

TODOS LOS EVANGELIOS

Traducción íntegra
de las lenguas
originales de todos
los textos evangélicos
conocidos

EDICIÓN DE
ANTONIO PIÑERO



La presente edición contiene todos los evangelios que han llegado hasta nosotros, tanto canónicos como apócrifos. Llamamos evangelio al término utilizado a partir del siglo II en toda la cristiandad: «Libro que recoge los hechos y palabras de la vida de Jesús de Nazaret como buena noticia de salvación para todos los seres humanos». En lo que se refiere a los llamados evangelios gnósticos, entendemos como tales a «los libros que contienen la revelación de Jesús, normalmente tras su resurrección, acerca del Dios trascendente, de la esencia espiritual de los elegidos y de su salvación».

De este modo, son verdaderos evangelios también algunos libros que no se definen como tales y llevan títulos diferentes. Por tanto, el número de evangelios conocidos, y recogidos en este volumen, supera los setenta, aunque de algunos de ellos no conservamos más que el título o pequeños fragmentos.

En este libro, un equipo de especialistas ha abordado por primera vez la traducción íntegra a partir de las lenguas originales latín, griego, hebreo, siríaco, copto y árabe de todos los textos evangélicos. Además, ofrecen al lector una ficha identificativa de cada texto posibles autor y fecha del evangelio, lengua y fuentes disponibles, así como una breve introducción que sitúa al lector en el contexto histórico y religioso del escrito.

Una obra única y un referente absolutamente imprescindible para cualquier persona interesada en conocer y profundizar en el cristianismo.



AA. VV.

TODOS LOS EVANGELIOS

Traducción íntegra de las lenguas originales de todos los
textos evangélicos conocidos

ePub r1.0

Titivillus 27.07.16

EDICIÓN DIGITAL

AA. VV., 2009

Traducción: Antonio Piñero Saenz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Edición digital: ePubLibre (EPL), 2016

Conversión pdf: FS, 2020



Índice



ABREVIATURAS

PRÓLOGO, por Antonio Piñero

I. EVANGELIOS CANÓNICOS

Evangelio de Marcos

Evangelio de Mateo

Evangelio de Lucas, primera parte: lo que obró el Espíritu en Jesús

Evangelio de Lucas, segunda parte, Hechos de los apóstoles: lo que obró el Espíritu en sus seguidores, especialmente Pedro y Pablo

Evangelio de Juan

II. EVANGELIOS APÓCRIFOS

A) EVANGELIOS DE LA NATIVIDAD DE JESÚS

1. Protoevangelio de Santiago
2. Evangelio del Pseudo Mateo
3. Libro sobre la natividad de María
4. Libro sobre la infancia del Salvador

Extracto sobre el nacimiento de Jesús

B) EVANGELIOS DE LA INFANCIA DE JESÚS

1. Evangelio del Pseudo Tomás, filósofo israelita
2. Evangelio árabe de la infancia
3. Historia de José el carpintero

4. Evangelio armenio de la infancia

5. Libro de la infancia del Salvador

APÉNDICE: CARTAS DE JESÚS

1. Copia de la carta escrita por el rey Abgaro a Jesús y enviada a Jerusalén por medio del correo Ananías

2. Respuesta de Jesús al príncipe Abgaro por medio del correo Ananías.

3. Escrito, compuesto en siríaco, unido a las cartas anteriores

4. Carta de Jesús acerca del domingo

C) EVANGELIOS DE LA PASIÓN Y LA RESURRECCIÓN

1. Evangelio de Pedro

2. Ciclo de Pilato

2.1. *Evangelio de Nicodemo/Actas de Pilato/Descenso de Cristo a los infiernos*

Primera parte: Actas de Pilato

Segunda parte: Descenso de Cristo a los infiernos

Redacción griega A

Redacción latina B

2.2. Escritos complementarios al Ciclo de Pilato

2.2.1. Carta de Poncio Pilato a Tiberio

2.2.2. Carta de Tiberio a Pilato

2.2.3. Relación de Pilato (*Anaphorá*)

2.2.4. Correspondencia entre Pilato y Herodes

Carta de Pilato a Herodes

Carta de Herodes a Pilato

2.2.5. Carta de Poncio Pilato al emperador Claudio

2.2.6. Sentencia de Pilato

2.2.7. Tradición de Pilato (*Parádosis*)

2.2.8. Muerte de Pilato

2.2.9. Declaración de José de Arimatea

2.2.10. Venganza del Salvador (*Vindicta*)

3. Evangelio de Bartolomé

D) EVANGELIOS ASUNCIONISTAS

1. Libro de san Juan evangelista, el teólogo

2. Libro de Juan, arzobispo de Tesalónica

3. Tránsito de la virgen María o «Narración del Pseudo José de Arimatea»

E) EVANGELIOS GNÓSTICOS

1. Evangelios probablemente del siglo II

1. Evangelio de Judas

2. Evangelio según Tomás

3. Evangelio según María

4. Diálogo del Salvador

5. Libro secreto de Juan

6. Libro secreto de Santiago

2. Evangelios probablemente del siglo III

1. Evangelio según Felipe

2. Sabiduría de Jesucristo

3. Carta de Pedro a Felipe

4. Libro de Tomás el atleta

5. Revelación a Pedro

6. Revelación a Santiago

7. El libro del gran discurso iniciático/Los dos libros de Yeú

Primer libro de Yeú

Segundo libro de Yeú

8. Pistis Sofía

3. Comentarios a las doctrinas secretas de Jesús

1. Evangelio de los egipcios

2. Evangelio de la Verdad

F) TEXTOS FRAGMENTARIOS

1. Evangelio de los nazarenos

2. Evangelio de los hebreos

3. Evangelio de los ebionitas o de los Doce

4. Evangelio de los egipcios

5. Evangelio o tradiciones de Matías

6. Evangelio de los adversarios de la Ley y de los Profetas

7. Evangelio de Eva

8. Las grandes preguntas de María

G) EVANGELIOS DE TÍTULO DESCONOCIDO

1. Fragmento evangélico «Egerton»

2. Palabras del Señor («logia») reunidas en un papiro de Oxirrincó

3. Fragmento evangélico de Oxirrincó 655

4. Fragmento evangélico del Fayum

5. Fragmento evangélico de Oxirrincó 840

6. Fragmento evangélico gnóstico de Oxirrincó 1081

7. Papiro 11710 de Berlín

8. Fragmento de El Cairo: Papiro 10735

9. Papiro copto de Estrasburgo/Evangelio del Salvador o Evangelio desconocido de Berlín

H) PALABRAS DE JESÚS NO RECOGIDAS EN LOS EVANGELIOS CANÓNICOS («ÁGRAPHAS»)

1. «Ágrapha» canónicos extraevangélicos
2. «Ágrapha» en lecturas variantes de manuscritos evangélicos
3. «Ágrapha» citados por los Padres
4. «Ágrapha» de origen musulmán

APÉNDICE

La Fuente «Q»

ÍNDICE DE EVANGELIOS

BIBLIOGRAFÍA

RELACIÓN DE TRADUCTORES

SOBRE LOS TRADUCTORES

Abreviaturas



ob. cit.	obra citada
s.	siglo
PG	<i>Patrologia Graeca</i> (edición J. P. Migne)
Íd.,	El mismo
<i>Ibíd.</i>	<i>Ibíd.</i> , «en el mismo lugar»

Libros de la Biblia

1 Cro 2 Cro	<i>Crónicas</i>
1 Mac 2 Mac	<i>Macabeos</i>
1 Re 2 Re	<i>Reyes</i>
1 Sam 2 Sam	<i>Samuel</i>
Ab	<i>Abdías</i>
Ag	<i>Ageo</i>
Am	<i>Amós</i>
Bar	<i>Baruc</i>

Ct	<i>Cantar de los cantares</i>
Dn	<i>Daniel</i>
Dt	<i>Deuteronomio</i>
Ecles	<i>Eclesiastés</i>
Eclo	<i>Eclesiástico</i>
Esd	<i>Esdras</i>
Est	<i>Ester</i>
Ex	<i>Éxodo</i>
Ez	<i>Ezequiel</i>
Gn	<i>Génesis</i>
Hab	<i>Habacuc</i>
Is	<i>Isaías</i>
Job	<i>Job</i>
Jc	<i>Jueces</i>
Jdt	<i>Judit</i>
Jl	<i>Joel</i>
Jon	<i>Jonás</i>
Jos	<i>Josué</i>
Jr	<i>Jeremías</i>
Lam	<i>Lamentaciones</i>
Lv	<i>Levítico</i>
Mi	<i>Miqueas</i>
Mal	<i>Malaquías</i>
Na	<i>Nahún</i>
Neh	<i>Nehemías</i>
Nm	<i>Números</i>
Os	<i>Oseas</i>
Pr	<i>Proverbios</i>

Rt	<i>Rut</i>
Sal	<i>Salmos</i>
Sab	<i>Sabiduría</i>
Sof	<i>Sofonías</i>
Tob	<i>Tobías</i>
Zac	<i>Zacarías</i>

Nuevo Testamento

Ap	<i>Apocalipsis</i>
1 Cor 2 Cor	<i>Corintios</i>
Col	<i>Colosenses</i>
Ef	<i>Efesios</i>
Flm	<i>Filemón</i>
Flp	<i>Filipenses</i>
Gál	<i>Gálatas</i>
Heb	<i>Hebreos</i>
Hch	<i>Hechos</i>
1 Jn 2 Jn 3	<i>Epístolas de Juan</i>
Jn	
Jn	<i>Juan</i>
Jud	<i>Judas</i>
Lc	<i>Lucas</i>
Mc	<i>Marcos</i>
Mt	<i>Mateo</i>

1 Pe 2 Pe	<i>Pedro</i>
Rom	<i>Romanos</i>
St	<i>Santiago</i>
1 Tim 2 Tim	<i>Timoteo</i>
1 Tes 2 Tes	<i>Tesalonicenses</i>
Tt	<i>Tito</i>

Obras cristianas primitivas

Adv. Haer.	<i>Adversus Haereses</i> («Contra los herejes», Ireneo de Lyon)
1 Apol	<i>Justino, 1 Apología</i>
Bern	<i>Carta de Bernabé</i>
1-2 Clem	<i>1.ª - 2.ª Carta de Clemente de Roma</i>
Diál.	<i>Justino, Diálogo con Trifón</i>
Did	<i>Didaché</i>
H.E.	<i>Historia Eclesiástica</i> (Eusebio de Cesarea)
PL	<i>Patrología Latina</i> (Migne)
Pol	<i>Ignacio de Antioquía, A Policarpo</i>
Strom	<i>Stromata</i> (Clemente de Alejandría)

Prólogo



La presente edición contiene todos los evangelios que han llegado hasta nosotros, tanto canónicos como apócrifos, desde la segunda mitad del siglo I d. de. C. hasta el siglo X d. de. C., aproximadamente. Unos se han transmitido completos; otros, solo fragmentariamente —a través de citas de otros autores—, y otros, finalmente, casi solo su título.

Utilizamos el vocablo Evangelio no en el sentido primitivo que tuvo entre los primeros cristianos (proclamación de la buena nueva; *kérigma* en griego), sino en el que se expande a partir del siglo II en toda la cristiandad: «*Libro* que recoge los hechos y palabras de la vida de Jesús de Nazaret como buena noticia de salvación para todos los seres humanos». En el caso especial de los evangelios gnósticos (p. 449), entendemos por evangelio «los *libros* que contienen la revelación del Jesús espiritual, normalmente tras su resurrección, acerca del Dios trascendente, de la esencia espiritual de los elegidos y de su salvación». Teniendo en cuenta estas definiciones, el número de evangelios, tanto canónicos como apócrifos, sobrepasa ampliamente la cincuentena.

No se fie el lector de los títulos dados por la tradición —la mayoría de las veces tardía— a algunos de los evangelios. Aparte de alguna información errónea sobre el autor, como ocurre con los evangelios canónicos, puede generarse también una mala información sobre su contenido. Sobre todo entre los escritos gnósticos pueden ocurrir dos cosas: primera, que

algunos de los denominados «evangelios», no lo sean o solo de un modo un tanto inexacto (en verdad, en las obras editadas en este volumen, esto ocurre únicamente en un par de casos como el *Evangelio de la Verdad*, o el de los *Egipcios*), o bien, segunda, que lleven un título que pueda despistar al lector, como es el caso de la *Revelación a Pedro o a Santiago*, la *Carta de Pedro a Felipe* o *Pistis Sofía*. Independientemente del título, son estos verdaderos evangelios gnósticos que cumplen con la definición que de ellos puede darse.

La versión de los textos ofrecidos en este libro es original. Los firmantes de cada traducción la han realizado a partir de los textos originales publicados en modernas ediciones que se hallan en las bibliotecas universitarias, en diversas lenguas antiguas: griego, latín, copto, árabe, sin mediación de versión moderna alguna, indicada en la brevísima bibliografía que acompaña este volumen. En esas colecciones encontrará el lector ulterior información sobre cada evangelio que, dadas las características de este volumen, no tienen aquí cabida. En ciertos casos se ha recurrido a la fotografía de algún manuscrito especial cuando así parecía conveniente.

Para no aumentar el número de páginas de una edición que se desea de consulta y manejable, hemos prescindido en lo posible de las notas al texto. Las introducciones son igualmente breves.

Un orden de presentación estrictamente cronológico de los evangelios aquí ofrecidos sería muy deseable, porque tal presentación ayuda evidentemente a percibir la evolución de las ideas. Sin embargo, esta empresa no es posible, ya que de la mayoría de los evangelios no podemos ofrecer más que una cronología aproximada, y porque muchos de ellos —de muy distinto talante y condición— coincidirían en una franja temporal y aparecerían en este libro mezclados, sin la debida

distinción por su temática.

Por este motivo se ha procurado un doble orden: cronológico y temático. Hemos dejado para el final los textos fragmentarios, los pocos restos de evangelios de título desconocido y los «agrafa», porque creemos que se comprenderán mejor después de haber leído los textos que se nos han transmitido al completo. Al principio de cada evangelio aparece una breve ficha que informa al lector de las principales cuestiones que pueden interesarle, como autor, fecha de composición y fuente de donde se extrae cada texto. Al final ofrecemos un índice alfabético de los evangelios por su denominación usual de modo que sea fácil encontrarlos en este libro.

Suponemos en el lector un mejor conocimiento de los evangelios canónicos que de los apócrifos. Por ello no hemos utilizado en los primeros los ladillos en cursiva que indican el contenido general de cada perícopa, pero sí los empleamos en los evangelios apócrifos de modo que el lector pueda hacerse con mayor facilidad una idea del contenido.

Como observará el lector a partir de las breves fichas introductorias, casi todos los autores de los evangelios aquí recogidos son absolutamente desconocidos. En algunos casos, en concreto, en los evangelios canónicos, conocemos el presunto nombre de sus «autores»; pero se trata en verdad de tradiciones tardías, del siglo II, poco o nada fiables, puesto que son meramente intentos de ligar artificialmente las tradiciones sobre Jesús con nombres de personajes de su entorno o del de los primeros apóstoles. Detrás de esos nombres se esconde una personalidad para nosotros desconocida.

Como complemento a esta edición, ofrecemos al lector el evangelio reconstruido, conocido como «Fuente Q»,

fundamental para entender el proceso de transmisión de la tradición evangélica y dos «evangelios» gnósticos, muy famosos, el de los *Egipcios* y el de la *Verdad*, que llevan el título pero son más bien comentarios a las doctrinas secretas de Jesús.

Las introducciones y fichas breves sobre autor, fecha y lugar de composición, fuentes documentales, etc., han sido redactadas por el editor literario.

ANTONIO PIÑERO
Universidad Complutense, Madrid

I

Evangelios canónicos



Llamamos «canónicos» a los escritos evangélicos admitidos en el «canon», o lista, de libros aceptados como sagrados por la Iglesia cristiana en general. La historia de la formación de esta lista es muy oscura y complicada y se extiende desde el 110 aproximadamente (época de composición de un escrito primitivo judeocristiano, la Didaché, o «Doctrina de los Doce Apóstoles», que parece citar al Evangelio de Mateo hasta el siglo X, en el que el Apocalipsis de Juan fue definitivamente aceptado como canónico en las iglesias del oriente cristiano. Estos evangelios canónicos van en primer lugar en nuestra colección porque son los más antiguos.

EVANGELIO DE MARCOS

Autor: Desconocido. El denominado Marcos o Juan Marcos es una tradición de la Iglesia desde el siglo II. Pero en realidad no sabemos quién se esconde tras ese nombre.

Fecha probable de composición: Hacia el 71 d. de. C. en la edición que tenemos.

Lugar de composición: Desconocido. Quizá Roma.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiros del siglo III y cientos de manuscritos desde el siglo IV.

Se discute la fecha de composición de este escrito, que puede situarse entre el 60 d. de. C. hasta el 71 d. de. C. Para su datación es básico cómo se entienda Mc 13, 2-3; 15, 38; 12, 1-12, que suponen por parte del autor conocimiento de la destrucción del Templo de Jerusalén llevada a cabo por los romanos en el 70 d. de. C. Parece probable que sea por tanto posterior; pero no mucho más, puesto que enseguida fue usado por Mateo y Lucas para la redacción de sus evangelios.

El autor es desconocido. La tradición del siglo II (Papías, Exégesis de los dichos del Señor, obra perdida pero citada fragmentariamente por Eusebio de Cesarea, en Historia Eclesiástica III 39, 16) comienza a identificarlo con Juan Marcos, seguidor del apóstol Pedro. Pero la teología fundamental del evangelio, la valoración de la muerte y

resurrección de Jesús como sacrificio expiatorio de la humanidad y la recogida de la tradición paulina sobre la institución de la eucaristía hacen del autor más bien un discípulo de Pablo de Tarso (1 Cor 11, 23-26).

El autor se basa en fuentes escritas previas: un ciclo de milagros de Jesús (= Mc 5-7); un ciclo de «diálogos polémicos» (= Mc 2); una colección de parábolas (= Mc 4); un discurso apocalíptico (= Mc 13) y una historia previa de la Pasión (= Mc 14-16, 8).

La obra fue compuesta originalmente en griego, quizá en Roma y, ciertamente, para lectores paganos, pues traduce al griego las pocas frases arameas de Jesús que recoge en su texto.

El autor intenta hacer frente a la nueva situación religiosa del judeocristianismo generada tras la derrota de los judíos en la Gran Revuelta del 66 al 70. Jerusalén y el Templo habían sido prácticamente borrados de la tierra; los romanos no distinguían bien entre cristianos y judíos, pues para ellos no había más que diferencias sectarias de un mismo pensamiento religioso..., y ser «judío» era peligroso después de los trastornos causados al Imperio por la Gran Revuelta; la esperada venida de Jesús como «señor y mesías» aún no había tenido lugar. Dentro del panorama del cristianismo primitivo componer un evangelio era novedoso, porque transformaba lo que eran unidades sueltas de tradición sobre Jesús en una especie de biografía.

1 Principio del evangelio de Jesús el Cristo^[1], hijo^[2] de Dios. ² Tal como está escrito en el profeta Isaías: *Fíjate que envió a mi mensajero ante ti, que dispondrá tu camino*^[3]; ³voz del que grita en el desierto; *preparad el camino del Señor. Haced francos sus caminos*^[4], ⁴ apareció Juan bautizando en el desierto y predicando el bautismo del arrepentimiento para

absolución de los pecados. ⁵ Y salió hacia él toda la región de Judea y todos los hierosolimitanos, y eran bautizados por él en el río Jordán tras confesar sus pecados. ⁶ Y Juan vestía pieles de camello y un cinturón de piel alrededor de su cintura y comía saltamontes y miel silvestre.

⁷ Y predicaba diciendo: «Viene uno más fuerte que yo tras de mí, cuyo cordón de las sandalias no soy digno de agacharme y desatarlo. ⁸ Yo os he bautizado con agua; él os bautizará mediante el Espíritu santo».

⁹ Y en aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado en el Jordán por Juan. ¹⁰ Y en cuanto salió del agua vio que los cielos se hendían y que un Espíritu como una paloma bajaba hacia él; ¹¹ y una voz surgió de los cielos: «Tú eres mi hijo amado, en ti me he complacido».

¹² Y al instante, el Espíritu lo alejó hacia el desierto. ¹³ Y estuvo en el desierto cuarenta días tentado por Satanás, y (allí) estaba entre fieras, y los ángeles lo atendían.

¹⁴ Después de que Juan fuera entregado, llegó Jesús a Galilea anunciando la buena noticia de Dios ¹⁵ y decía: «El plazo se ha cumplido y está cerca el reino de Dios: arrepentíos y confiad en la buena noticia».

¹⁶ Y mientras pasaba junto al mar de Galilea, vio a Simón y Andrés, el hermano de Simón, echando (las redes) en el mar, pues eran pescadores. ¹⁷ Y les dijo Jesús: «Venid tras de mí y haré que os convirtáis en pescadores de hombres». ¹⁸ Y al instante, dejaron las redes y lo siguieron. ¹⁹ Y un poco más adelante vio a Jacob, el hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que preparaban las redes, ²⁰ y al instante los llamó, y dejando a su padre Zebedeo en el barco con sus jornaleros salieron tras él.

²¹ Y se dirigen a Cafarnaún; y al llegar el sábado entraban

en la sinagoga y enseñaban. ²² Y quedaban admirados de su enseñanza: pues les enseñaba como quien tiene autoridad, no como los escribas.

²³ Y al instante había en la sinagoga de estos cierto hombre de espíritu impuro que se puso a decir a gritos: ²⁴ «¿Qué pasa entre tú y nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? Sé quién eres, el santo del Señor». ²⁵ Y lo recriminó Jesús diciendo: «Cállate y sal de él». ²⁶ Y el espíritu impuro que lo desgarraba y emitía una voz terrible salió de él. ²⁷ Y todos quedaron atónitos de manera que empezaron a preguntarse entre sí diciendo: «¿Qué es esto? Una nueva enseñanza con autoridad; incluso a los espíritus impuros da órdenes y le obedecen». ²⁸ Y corrió el rumor de esto al instante por todas partes en toda la región vecina de Galilea.

²⁹ Y al instante salieron de la sinagoga y fueron a casa de Simón y Andrés con Jacobo y Juan. ³⁰ Pero la suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y al instante le hablaron de ella. ³¹ Y se acercó y la cogió con fuerza de la mano; y la fiebre la abandonó, y les atendía.

³² Y llegada la tarde, cuando se esconde el sol, le llevaron a todos los que sufrían algún mal y a los endemoniados; ³³ y toda la población estaba reunida ante la puerta. ³⁴ Y sanó a muchos que estaban enfermos de muy variadas enfermedades y echó muchos demonios, y no permitía que los demonios hablaran porque lo conocían.

³⁵ Y por la mañana, pero siendo aún noche cerrada, se levantó, salió y se marchó a un lugar desierto y allí rezaba. ³⁶ Y lo siguió Simón y los que estaban con él. ³⁷ Y lo encontraron y le dijeron: «Todos te buscan».

³⁸ Y les dijo: «Marchemos a otro lado hacia las aldeas, para que también allí predique; pues para eso he salido».

³⁹ Y fue y predicó en las sinagogas de toda Galilea y echó demonios. ⁴⁰ Y un leproso se dirigió a él y le invocó cayendo de rodillas y diciéndole: «Si quieres, puedes limpiarme». ⁴¹ Y se conmovió y le tendió su mano, le tocó y le dijo: «Quiero, queda limpio»; ⁴² y al instante se fue de él la lepra, y quedó limpio.

⁴³ E irritado con él lo echó inmediatamente ⁴⁴ y le dijo: «Atiende: a nadie digas nada, al contrario, vete al sacerdote y entrega por tu curación lo que ordenó Moisés, para testimonio ante ellos».

⁴⁵ Pero en cuanto salió comenzó a contarlo y a divulgar el hecho, a tal punto que ya no pudo entrar en la ciudad públicamente, sino que se quedaba fuera de ella en lugares desiertos; y legaban a él de todas partes.

2 ¹ Y cuando entró de nuevo a Cafarnaún tras unos días se oyó «está en casa». ² Y se reunió la muchedumbre al punto de ya no haber ni siquiera junto a la puerta, y les dirigió la palabra. ³ Y vienen y le traen un paralítico transportado por cuatro. ⁴ Y al no poder acercárselo debido a la multitud, quitaron la cubierta bajo la que estaba y, tras arrancarla, soltaron el camastro donde yacía el paralítico.

⁵ Y al comprender Jesús su fe, dice al paralítico: «Hijo, tus pecados son perdonados».

⁶ Había allí sentados algunos escribas que pensaban en sus corazones: ⁷ «¿Por qué habla este así? Blasfema; ¿quién puede perdonar los pecados salvo únicamente Dios?».

⁸ Y al instante, conociendo Jesús por su espíritu que pensaban así en su interior, les dice: «¿Por qué pensáis esas cosas en vuestros corazones? ⁹ ¿Qué es más fácil, decir al paralítico tus pecados son perdonados, o decir levántate, coge tu camastro y anda? ¹⁰ Para que comprendáis que el Hijo del

hombre^[5] tiene poder para perdonar los pecados en la tierra —le dice al paralítico—, ¹¹ a ti te digo: levántate, coge tu camastro y márchate a tu casa».

¹² Y se levantó y, al instante, tomó el camastro y se marchó a la vista de todos, y como consecuencia todos quedaron en suspenso y glorificaron a Dios diciendo: «Jamás hemos visto algo así».

¹³ Y salió de nuevo para el mar; y toda la multitud fue hasta él y les enseñaba. ¹⁴ Y desviándose vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado en la oficina de impuestos y le dice: «Sígueme». Y se levantó y lo siguió.

¹⁵ Y sucedió que él estaba en su casa, y muchos publicanos y pecadores se sentaban a la mesa con Jesús y sus discípulos, pues eran muchos y lo seguían.

¹⁶ Y los escribas de los fariseos, que veían que comía entre pecadores y publicanos, decían a sus discípulos: «¿Come con publicanos y pecadores?».

¹⁷ Y al oírlo, les dice: «No tienen necesidad de un médico quienes están sanos, sino los enfermos; no vine para llamar a los justos, sino a los pecadores».

¹⁸ Y los discípulos de Juan y los fariseos ayunaban, y vienen y le dicen: «¿Por qué los discípulos de Juan y los fariseos ayunan y los tuyos no ayunan?».

¹⁹ Y les dijo Jesús: «¿Acaso los invitados a un banquete de bodas en el cual el novio está con ellos pueden dejar de comer? Durante todo el rato que tengan al novio entre ellos no pueden dejar de comer. ²⁰ Vendrán días en que el novio se vaya de ellos y entonces dejarán de comer en ese día. ²¹ Nadie cose a un manto antiguo un remiendo de andrajos sin lavar; y si no, el parche nuevo tira del viejo y queda un roto peor. ²² Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; y si no, el vino rompe

los odres y se echan a perder el vino y los odres; al revés, el vino nuevo en odres nuevos».

²³ Y sucedió que él, en el sábado, pasaba por los sembrados, y sus discípulos comenzaron a arrancar las espigas.

²⁴ Y los fariseos le dijeron: «Mira, ¿qué hacen en sábado que no se atienen a la Ley^[6]?».

²⁵ Y les dijo: «¿Nunca habéis leído qué hizo David cuando tuvo necesidad y hambre, él mismo y los suyos, ²⁶ cómo fue a la casa de Dios siendo sumo sacerdote Abiatar y se comió los panes de la ofrenda, que no es lícito coma nadie salvo los sacerdotes, y lo dio incluso a quienes estaban con él?».

²⁷ Y les dijo: «El sábado apareció para el hombre y no el hombre para el sábado; ²⁸ así pues, dueño es el Hijo del hombre incluso del sábado».

3 ¹ Y volvió de nuevo a la sinagoga. Y había allí un hombre con la mano atrofiada.

² Y lo vigilaban por si lo curaba en sábado, para acusarlo.

³ Y dice al hombre con la mano atrofiada: «Acércate al centro».

⁴ Y les dice: «¿Es lícito en sábado hacer una buena acción o una mala, salvar una vida o matar?».

Pero ellos callaban.

⁵ Y mirándolos en torno suyo con ira, entristecido por la dureza de su corazón, dice al hombre: «Extiende la mano».

Y extendió y la mano se le restableció. ⁶ Y los fariseos salieron al instante y pidieron consejo a los herodianos sobre él para perderlo.

⁷ Y Jesús junto a sus discípulos se apartó al mar, y mucho gentío de Galilea lo seguía, y de Judea, ⁸ de Jerusalén, de Idumea, de más allá del Jordán, y de los alrededores de Tiro y

Sidón, mucho gentío se llegó hasta él para oír cuanto hacía.

⁹ Y dijo a sus discípulos que se le preparara una barquilla debido a la muchedumbre, para que no lo estrujaran; ¹⁰ pues curó a muchos, al punto de caer sobre él para tocarlo cuantos tenían alguna calamidad. ¹¹ Y los espíritus impuros, cuando lo veían, corrían hacia él y decían a voces: «Tú eres el hijo de Dios». ¹² Y les exigía con toda severidad que no lo descubrieran.

¹³ Y sube a la montaña y llama a sí a quienes quiso, y fueron con él. ¹⁴ Y reunió a doce, que también denominó apóstoles, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar ¹⁵ y con autoridad para echar demonios; ¹⁶ y reunió a doce, y a Simón le dio el nombre de Pedro, ¹⁷ y a Jacobo el de Zebedeo y a Juan, el hermano de Jacobo, también los apodó Boanerges, que significa hijos del trueno; ¹⁸ Y a Andrés, Filipo, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo el de Alfeo, y Tadeo, Simón el Celador ¹⁹ y Judas Iscariote, que llegó a traicionarlo.

²⁰ Y se marcha a una casa; y en su compañía va de nuevo la muchedumbre hasta el punto de no poder ellos comer ni pan. ²¹ Y cuando lo oyeron, sus parientes salieron a llevárselo, pues dijeron que estaba fuera de sí.

²² Y los escribas que habían bajado de Jerusalén dijeron: «Tiene a Belcebú y echa a los demonios mediante el jefe de los demonios».

²³ Y los convocó y les dijo mediante ejemplos: «¿Cómo puede Satanás echar a Satanás? ²⁴ Y si un reino es dividido contra sí mismo, no puede existir tal reino; ²⁵ y si una casa es dividida contra sí misma, no podrá existir tal casa. ²⁶ Y si Satanás se rebela contra sí mismo y se divide, no puede existir, sino que alcanza su final. ²⁷ Pero nadie puede, cuando se dirige a la casa del poderoso, obtener sus bienes salvo que

primero ate al poderoso, y entonces obtendrá su casa.

²⁸ «Os aseguro que a los hijos de los hombres se les perdonarán todos los pecados y las blasfemias cuantas llegado el caso hubieran proferido; ²⁹ pero quien hubiera blasfemado contra el Espíritu santo, no tiene perdón hasta la eternidad, al contrario, es reo de pecado eterno».³⁰ Porque decían: «Tiene espíritu impuro».

³¹ Y llegan su madre y sus hermanos y, quedándose a las puertas, le enviaron quienes lo llamaran.

³² Y se sentaba la muchedumbre a su alrededor, y le dicen: «Mira, tu madre y tus hermanos te buscan fuera».

³³ Y como respuesta les dice: «¿Quién es mi madre y hermanos?». ³⁴ Y mirando en torno a él a los que estaban en círculo alrededor de él, dice: «Mira, mi madre y mis hermanos. ³⁵ Pues quien haga la voluntad de Dios, este es mi hermano, mi hermana y mi madre».

4 ¹ Y de nuevo comenzó a enseñar junto al mar; y se reúne ante él una gran muchedumbre, a tal punto que él subió a una barca en el mar y se sentó, y toda la muchedumbre estaba en tierra junto al mar. ² Y les enseñaba mediante ejemplos muchas cosas y les decía en su enseñanza:

³ «Escuchad. Mirad, el sembrador salió a sembrar. ⁴ Y sucedió durante la siembra que parte cayó junto al camino, y llegaron los pájaros y la comieron. ⁵ Y otra parte cayó en las piedras, donde no tenía mucha tierra, y al instante brotó debido a no tener tierra profunda; ⁶ y cuando el sol la hizo brotar se quemó y, por no tener raíz, se secó. ⁷ Y otra cayó en los cardos, y crecieron los cardos y la ahogaron, y no dio fruto. ⁸ Y otra parte cayó en la tierra buena y dio fruto cuando brotó, y creció y produjo el treinta, el sesenta y el ciento». ⁹ Y decía: «Quien tiene oídos para oír, que oiga».

¹⁰ Y cuando se quedaron a solas, le preguntaron los de su entorno con los doce por los ejemplos.

¹¹ Y les dijo: «A vosotros se os ha dado el secreto del reino de Dios; para aquellos que están fuera todo ocurre mediante ejemplos,¹²*porque al ver, miren y no comprendan, y al oír, oigan y no entiendan, jamás se convertirían ni se les perdonaría*^[7].

¹³ Y les dice: «¿No entendéis este ejemplo, y cómo comprendéis todos los ejemplos? ¹⁴ El sembrador siembra la palabra. ¹⁵ Estos son los que están junto al camino: por el lugar en que se siembra la palabra y por cuando escucharon, al instante viene Satanás y se llevó la palabra sembrada para ellos. ¹⁶ Y estos son los sembrados en el pedregal, que cuando oyeron la palabra al instante la acogen con alegría, ¹⁷ y no tienen raíces en su interior, por el contrario son inconstantes, en consecuencia, aparecida una angustia o acoso a causa de la palabra, al instante se escandalizan. ¹⁸ Y otros son los sembrados entre cardos: estos son los que escuchan la palabra, ¹⁹ y las preocupaciones del mundo y el engaño de la riqueza y las restantes pasiones que penetran el interior asfixian la palabra y resulta estéril. ²⁰ Y aquellos son los sembrados en tierra buena, los que escuchan la palabra, la reciben y fructifican el treinta, el sesenta y el ciento».

²¹ Y les dijo: «¿Acaso va la lámpara a colocarse bajo el modio^[8] o bajo la cama? ¿No se coloca sobre el candelero? ²² Pues no está oscuro salvo para que se ilumine, ni quedó oculto salvo para que salga a la luz. ²³ Si alguien tiene oídos para oír, que oiga». ²⁴ Y les dijo: «Atended a lo que escucháis. Mediante la medida con que midáis, se os medirá y se os dará. ²⁵ Pues quien tiene, a él se le dará; y quien no tiene, incluso cuanto tiene se le quitará».

²⁶ Y decía: «Tal es el reino de Dios, como un hombre que echa la semilla a tierra ²⁷ y duerme y se levanta noche y día, y la semilla germina y crece como él no conocía. ²⁸ Por sí misma la tierra trae fruto; primero hierba, luego espiga, luego trigo pleno en la espiga. ²⁹ Y cuando se da el fruto, al instante envía la hoz, porque la siega ya ha llegado».

³⁰ Y decía: «¿A qué igualaremos el reino de Dios o con qué lo compararemos? ³¹ A un grano de mostaza que, cuando es sembrado en tierra, es la más pequeña de las semillas de la tierra, ³² pero cuando es sembrado, crece y se convierte en la mayor de todas las hortalizas y produce grandes ramas, al punto de que es posible bajo su sombra que *las aves del cielo aniden*^[9]».

³³ Y con muchos ejemplos semejantes les decía la palabra para que pudieran prestar atención; ³⁴ fuera de los ejemplos no les hablaba, pero en particular a los discípulos les explicaba todo.

³⁵ Y les dijo aquel día llegada la tarde: «Vayamos a la orilla opuesta».

³⁶ Y dejan a la multitud y lo cogen como estaba en el barco, y otros barcos había con él. ³⁷ Y se presenta una gran tempestad de viento y arrojaba las olas contra el barco, al punto de que ya estaba lleno el barco.

³⁸ Y él estaba en la popa dormido sobre un cojín. Y lo despiertan y le dicen: «Maestro, ¿no te preocupa que perezcamos?».

³⁹ Y se levantó y exigió con severidad al viento, y dijo al mar: «¡Cállate, enmudece!». Y se calmó el viento y se produjo una gran calma.

⁴⁰ Y les dijo: «¿Por qué sois miedosos? ¿Todavía no tenéis confianza?».

⁴¹ Y se atemorizaron con un gran pavor y se dijeron unos a otros: «¿Quién es este, que incluso el viento y el mar le obedecen?».

5 ¹ Y fueron al otro lado del mar hacia la comarca de los gerasenos^[10]. ² Y al salir él del barco, al instante salió a su encuentro, de entre los sepulcros, un hombre con espíritu impuro, ³ el cual tenía su morada en los sepulcros, y ni si quiera con una cadena podía nadie sujetarlo ⁴ debido a que muchas veces había sido atado con cadenas y grilletes y las cadenas eran hechas pedazos por él y los grilletes destrozados, y nadie tenía fuerza para someterlo; ⁵ y todo el día y toda la noche los pasaba en los sepulcros y los montes chillando e hiriéndose a sí mismo con piedras.

⁶ Y viendo a Jesús desde lejos corrió y se arrodilló ante él ⁷ y, gritando con grandes voces, dice: «¿Qué hay entre tú y yo, Jesús, hijo de Dios Altísimo? Te ruego por Dios que no me atormentes».

⁸ Pues le había dicho: «Sal, espíritu impuro, de este hombre».

⁹ Y le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?».

Y le dijo: «Legión es mi nombre, porque somos muchos». ¹⁰ Y le pedía muchas veces que no los expulsara de la región. ¹¹ Pero había allí cerca del monte una gran piara de cerdos paciendo; ¹² y le rogaron por fin: «Envíanos hacia los cerdos, para que entremos en ellos». ¹³ Y se lo concedió. Y los espíritus impuros salieron y entraron en los cerdos, y la piara se puso en movimiento barranco abajo hacia el mar, cerca de dos mil, y se iban ahogando en el mar.

¹⁴ Y quienes los cuidaban huyeron y lo dieron a conocer en la ciudad y los campos; y llegaron para ver qué había ocurrido, ¹⁵ y se llegan hasta Jesús y observan al poseso

sentado, vestido y en estado normal, el que tuvo a la legión, y se atemorizaron. ¹⁶ Y les expusieron minuciosamente los que lo vieron cómo había sucedido lo del endemoniado y lo de los cerdos. ¹⁷ Y comenzaron a rogarle que saliera de sus montes.

¹⁸ Y al embarcarse, le rogaba el endemoniado que se reuniera con él.

¹⁹ Y no lo permitió, sino que le dice: «Ve a tu casa con los tuyos y refiéreles cuanto el Señor te ha hecho y te compadece». ²⁰ Y se marchó y comenzó a predicar en la Decápolis^[11] cuanto Jesús le había hecho, y todos se asombraban.

²¹ Y volviendo a cruzar Jesús en el barco hacia la otra orilla, se unió una gran muchedumbre a él, y estaba junto al mar. ²² Y uno de los jefes de la sinagoga, de nombre Jairo, viene y, en cuanto lo vio, cae a sus pies ²³ y le pide reiteradamente: «Mi hijita está en las últimas, ven a imponerle las manos para que se salve y vuelva a vivir». ²⁴ Y se marchó con él, y lo siguió una numerosa muchedumbre y lo apretujaba.

²⁵ Y una mujer que llevaba doce años con un derrame de sangre, ²⁶ y que sufría mucho por obra de muchos médicos y que gastaba todo lo suyo y en nada le ayudaba, sino que iba a peor, ²⁷ al oír de Jesús, marchó en la muchedumbre por detrás y le tocó el manto; ²⁸ pues dijo: «Si llego a tocar aunque sean sus ropas, me salvaré». ²⁹ Y al instante se secó la fuente de sangre y supo en su cuerpo que ya estaba curada de su tormento.

³⁰ Y al instante, Jesús, reconociendo en sí mismo que su fuerza salía, volviéndose hacia la multitud decía: «¿Quién me tocó los vestidos?».

³¹ Y le decían sus discípulos: «¿Miras a la multitud que te apretuja y dices: “¿Quién me tocó?”?».

³² Y miraba alrededor para ver a la que había hecho eso. ³³ Pero la mujer, atemorizada y temblorosa, sabedora de lo que le había ocurrido, fue y cayó ante él y le dijo toda la verdad.

³⁴ Pero él le dijo: «Hija, tu confianza ha hecho que estés salvada; márchate en paz y queda curada de tu tormento».

³⁵ Mientras todavía hablaba, llegan de casa del jefe de sinagoga diciendo: «Tu hija ha muerto; ¿por qué todavía atormentas al maestro?».

³⁶ Pero Jesús, que oyó hablar a la muchedumbre, dice al jefe de la sinagoga: «Deja de tener miedo, simplemente sigue confiando».

³⁷ Y no permitió a nadie seguirlo, salvo a Pedro, a Jacobo y a Juan, el hermano de Jacobo. ³⁸ Y se marchan a casa del jefe de sinagoga y observa un alboroto y que chillan y gritan mucho, ³⁹ y entra y les dice: «¿Por qué alborotáis y chilláis? La muchacha no ha muerto, sino que duerme».

⁴⁰ Y se reían de él. Pero él echa a todos, y toma al padre de la muchacha y a la madre y a los suyos, y entra donde estaba la muchacha. ⁴¹ Y cogiendo la mano de la muchacha, le dice: «Talitá kum», que se traduce: «Niña, a ti te digo, levántate». ⁴² Y al instante se levantó la niña y echó a andar; pues tenía doce años. Y salieron de sí con gran estupor. ⁴³ Y les ordenó repetidamente que nadie lo supiera, y dijo que le dieran de comer.

6 ¹ Y se marchó de allí y llega a su tierra natal, y lo siguen sus discípulos. ² Y llegado el sábado comenzó a enseñar en la sinagoga, y muchos que lo escuchaban se admiraban y decían: «¿De dónde le viene esto? y ¿cuál es la sabiduría que se le ha dado?, ¿y estos poderes que se manifiestan gracias a sus manos? ³ ¿No es este el carpintero, el hijo de María y hermano de Jacobo, José, Judá y Simón? ¿Y

no están sus hermanas aquí delante de nosotros?». Y se indignaban por su causa.

⁴ Y les decía Jesús que un profeta no es infamado salvo en su tierra natal, entre sus parientes y en su casa. ⁵ Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo imponer las manos a unos pocos enfermos y curarlos. ⁶ Y se extrañaba debido a la falta de confianza de estos. Y recorría las aldeas de los alrededores enseñando. ⁷ Y hace venir a los doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, y les daba poder sobre los espíritus impuros, ⁸ y les ordenó que no llevaran nada para el camino salvo un bastón; ni pan, ni alforja, ni dinero en el cinturón, ⁹ pero calzadas las sandalias, y que no se pusieran dos túnicas.

¹⁰ Y les decía: «Allí donde entréis a una casa, quedaos en ella hasta que salgáis de allí, ¹¹ y el lugar que no os reciba ni os escuchen, marchaos de allí y sacudid el polvo de debajo de los pies como testimonio para ellos».

¹² Y partieron y predicaron para que se arrepintieran; ¹³ y echaban muchos demonios, y ungían de aceite a muchos enfermos y los curaban.

¹⁴ Y oyó el rey Herodes, pues su nombre se hizo notorio, y decía: «Juan el Bautista ha sido sacado de entre los muertos y por eso los milagros se realizan mediante él». ¹⁵ Y muchos decían: «Es Elías»; pero otros decían: «Es profeta como uno de los profetas». ¹⁶ Y al oírlo Herodes, decía: «Al que yo decapité, a Juan, este fue resucitado».

¹⁷ Pues Herodes mismo mandó recado y capturó a Juan y lo encadenó en la cárcel debido a Herodías, mujer de su hermano Filipo, porque se casó con ella; ¹⁸ pues Juan le decía a Herodes: «No es lícito que tengas la mujer de tu hermano». ¹⁹ Y Herodías le guardaba rencor y quería matarlo, pero no podía, ²⁰ pues Herodes temía a Juan, sabedor de que él era un

hombre justo y santo, y lo vigilaba; y por haberlo escuchado, dudaba mucho, y lo escuchaba con gusto.

²¹ Y llegado el día oportuno, cuando Herodes preparó un banquete en su cumpleaños para sus principales, capitanes y los más nobles de Galilea, ²² y una vez que entró su hija Herodías y bailó, agradó a Herodes y cuantos estaban a la mesa. Dijo el rey a la muchacha: «Pide lo que quieras y te lo daré»; ²³ y le juró: «Lo que quieras te lo daré, incluso la mitad de mi reino». ²⁴ Y ella salió y dijo a su madre: «¿Qué pediré en cumplimiento?». Y ella dijo: «La cabeza de Juan el Bautista». ²⁵ Y al instante entró con premura a presencia del rey y le pidió en cumplimiento: «Quiero que ahora mismo me des en una fuente la cabeza de Juan el Bautista». ²⁶ Y el rey, terriblemente entristecido debido a los juramentos y a quienes estaban a la mesa, no quiso menospreciarla; ²⁷ y al instante mandó llamar el rey a un verdugo y le ordenó traer la cabeza de aquel. Y salió y lo decapitó en la cárcel ²⁸ y trajo su cabeza en una fuente, y la entregó a la muchacha, y la muchacha la entregó a su madre. ²⁹ Y, cuando oyeron esto, sus discípulos fueron y recogieron el cadáver y lo pusieron en un sepulcro.

³⁰ Y se reúnen los discípulos ante Jesús y le refirieron todo cuanto habían hecho y enseñado.

³¹ Y les dice: «Venid vosotros solos a un lugar desierto y descansad un poco». Pues eran muchos los que habían venido y se habían ido, y ni para comer tenían tiempo.

³² Y marcharon en el barco a un lugar desierto solos; ³³ y los vieron irse y muchos lo supieron, y a pie de todas las aldeas corrieron juntos hasta allí y los precedieron.

³⁴ Y al salir vio una gran muchedumbre y se conmovió por ellos, *porque eran como ovejas sin pastor*^[12], y comenzó a enseñarles muchas cosas.

³⁵ Y transcurrido ya mucho rato, se le acercaron sus discípulos y decían: «El lugar está desierto y ha pasado ya mucho rato; ³⁶ despídelos para que se marchen a los campos de los alrededores y las aldeas y se compren qué comer».

³⁷ Pero él, como respuesta, dijo: «Dadles vosotros qué comer».

Y le dicen: «¿Iremos y compraremos panes por doscientos denarios y se los daremos para comer?».

³⁸ Pero él les dice: «¿Cuántos panes tenéis? Id a ver».

Y tras saberlo, le dicen: «Cinco, y dos peces».

³⁹ Y les ordenó que se colocaran por grupos sobre la hierba verde. ⁴⁰ Y se colocaron en grupos de cien y de cincuenta. ⁴¹ Y cogiendo los cinco panes y los dos peces, dirigió la mirada al cielo y bendijo y partió los panes y los dio a sus discípulos para que se los sirvieran, y los dos peces los repartió entre todos. ⁴² Y todos comieron y se hartaron; ⁴³ los trozos llenaron doce cestos también de peces. ⁴⁴ Y los que comían eran cinco mil hombres.

⁴⁵ Y al instante ordenó a sus discípulos embarcarse y cruzar al otro lado hacia Betsaida, mientras él despedía a la muchedumbre. ⁴⁶ Y tras alejarse de ellos, se marchó al monte a rezar. ⁴⁷ Y llegada la tarde, estaba el barco en medio del mar, y él solo en tierra. ⁴⁸ Y como los viera abrumados por el remar, pues tenían viento contrario, alrededor de la cuarta hora de la noche va hacia ellos caminando sobre el mar y quiso adelantarlos. ⁴⁹ Y ellos, que lo vieron caminar sobre el mar, pensaron: «Es un fantasma», y se pusieron a gritar; ⁵⁰ pues todos lo vieron y se espantaron.

Y él, al instante, habló con ellos y les dice: «Tened confianza, soy yo; no temáis». ⁵¹ Y subió al barco con ellos y el viento se calmó, y quedaron todavía más fuera de sí; ⁵² pues

no habían comprendido lo de los panes, pero su corazón se habían endurecido.

⁵³ Y tras cruzar a tierra llegaron a Genesaret y amarraron. ⁵⁴ Y una vez salidos del barco, al instante lo conocieron, ⁵⁵ y recorrieron toda aquella región y comenzaron a traerle en camastros a los enfermos allí donde oían que estaba. ⁵⁶ Y allí donde alcanzaba aldeas, o ciudades, o campos, en las plazas colocaban los enfermos y le pedían permiso para que le tocaran aunque fuera el borde de su manto; y cuantos lo tocaban se curaban.

7 ¹ Se reunieron con él los fariseos y algunos escribas que venían de Jerusalén. ² Y al ver a algunos de sus discípulos que con las manos impuras, esto es, sin lavar, comían los panes ³ —pues los fariseos y todos los judíos si no se lavan cuidadosamente las manos no comen, siguiendo la tradición religiosa de los ancianos, ⁴ y no comen cuando vienen de la plaza si no se bañan, y otras muchas cosas hay que recibieron para cumplirlas, abluciones de copas, vasijas, jarras de bronce y camas—, ⁵ y le preguntan los fariseos y los escribas: «¿Por qué tus discípulos no se comportan según la tradición de los ancianos, sino que comen el pan con las manos impuras?».

⁶ Y él les dijo: «Bien profetizó Isaías sobre vosotros, los hipócritas, según está escrito: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón se aleja de mí; ⁷ y en vano me adoran enseñando como enseñanzas los preceptos de los hombres*^[13]. ⁸ Al dejar el precepto^[14] de Dios seguís la tradición de los hombres».

⁹ Y les decía: «Bien menospreciáis el precepto de Dios, para instituir vuestra tradición. ¹⁰ Pues Moisés dijo: *Honra a tu padre y a tu madre*^[15], y: *Quien injurie al padre o la madre, ha*

de morir^[16]. ¹¹ Pero vosotros decís: Si un hombre dice a su padre o a su madre corbán, es decir, sea una “ofrenda” lo que de mí pudiera serles útil, ¹² ya no permitís que él haga nada para su padre o su madre, ¹³ invalidando la palabra de Dios con esa tradición vuestra que habéis recibido; cosas muy semejantes hacéis muchas veces».

¹⁴ Y tras llamar con toda intención de nuevo a la muchedumbre les decía: «Escuchadme todos y comprended. ¹⁵ Nada hay fuera del hombre que entre en él que pueda profanarlo; por el contrario, lo que procede del hombre es lo que lo profana».

¹⁷ Y cuando^[17] entró a una casa, lejos de la gente, le preguntaban sus discípulos por el ejemplo. ¹⁸ Y les dijo: «¿Así de necios sois también vosotros? ¿No comprendéis que todo lo externo que entre en el hombre no puede profanarlo, ¹⁹ porque no entra en su corazón sino en su vientre, y sale hacia el retrete, purificando todos los alimentos?». ²⁰ Y decía: «Lo que proviene del hombre, esto profana al hombre. ²¹ Pues surgen hacia el exterior del corazón de los hombres los malos pensamientos, actos lascivos, robos, asesinatos, ²² adulterios, avaricias, perversidades, engaño, desenfreno, envidia, blasfemia, soberbia, insensatez. ²³ Todos estos males salen de dentro y profanan al hombre».

²⁴ Y yendo de allí hacia el norte se marchó a los confines de Tiro. Y cuando entró en una casa no quiso que nadie lo conociera, pero no pudo ocultarse; ²⁵ por el contrario, al instante una mujer que había oído de él, cuya hija tenía un espíritu impuro, fue y se postró a sus pies; ²⁶ pero la mujer era gentil, sirofenicia de raza, y le pidió que echara al demonio de su hija.

²⁷ Y le contestaba: «Deja que primero se harden los hijos,

pues no es bueno coger el pan de los hijos y echarlo a los cachorros».

²⁸ Pero respondiéndole, le dijo ella: «Maestro: incluso los cachorros bajo la mesa comen de las migajas de los niños».

²⁹ Y él le dijo: «Gracias a estas palabras, márchate, que el demonio ya ha salido de tu hija».

³⁰ Y tras irse a su casa encontró a la niña ya echada en la cama y al demonio ya expulsado.

³¹ Y cuando de nuevo salió de los confines de Tiro se dirigió al mar de Galilea a través de Sidón por medio de los confines de la Decápolis. ³² Y le traen a uno sordo y tartamudo y le piden que le imponga la mano. ³³ Y, tras apartarlo de la muchedumbre, puso sus dedos en las orejas de este y tras escupir tocó su lengua, ³⁴ y dirigiendo los ojos al cielo suspiró y le dice: «Effata», que significa ábrete. ³⁵ Y al instante se abrieron sus orejas, y se soltó la atadura de la lengua y hablaba correctamente. ³⁶ Y les ordenó que no hablaran a nadie; pero cuanto les ordenó, ellos todavía más lo proclamaron. ³⁷ Y se quedaron extraordinariamente estupefactos cuando decían: «Maravillosamente ha hecho estas cosas, incluso hace oír a los sordos y a los mudos hablar».

8 ¹ En aquellos días, reunida de nuevo gran muchedumbre y sin nada que comer, tras llamar a los discípulos, les dice: ² «Me conmueve esta muchedumbre, porque permanecen conmigo ya hace tres días y no tienen qué comer; ³ y si los mando a sus casas sin comer, desfallecerán por el camino, y algunos vinieron de lejos».

⁴ Y sus discípulos le respondieron: «¿De dónde podrá nadie hartarlos de pan en un lugar desierto?».

⁵ Y les preguntaba: «¿Cuántos panes tenéis?».

Y ellos dijeron: «Siete».

⁶ Y ordena a la muchedumbre distribuirse por el suelo; y cogiendo los siete panes, tras dar gracias, los partió y se los dio a sus discípulos para que los repartieran, y los repartieron a la muchedumbre. ⁷ También tenían unos pocos pececillos; y, tras bendecirlos, dijo que también los repartieran. ⁸ Y comieron y se hartaron, y recogieron siete cestas como sobrante de trozos. ⁹ Y había como unos cuatro mil, y los despidió.

¹⁰ Y al instante, tras subir al barco con sus discípulos, se dirigió hacia las comarcas de Dalmanuta^[18].

¹¹ Y vinieron los fariseos y comenzaron a disputar con él, pretendiendo de él una señal del cielo, para tentarlo. ¹² Y, suspirando, dice: «¿Por qué esta generación busca una señal? Desde luego os digo que no se concederá a esta generación una señal». ¹³ Y, dejándolos, embarcó de nuevo y marchó a la otra orilla.

¹⁴ Y olvidaron coger panes, y solo un pan tenían consigo en el barco. ¹⁵ Y les ordenaba: «Atended: cuidaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes». ¹⁶ Y se decían entre ellos que no tenían pan.

¹⁷ Y sabiéndolo, les dice: «¿Por qué decís que no tenéis pan? ¿Todavía no veis ni comprendéis? ¿Tenéis endurecido vuestro corazón? ¹⁸ *¿Los que tienen ojos no ven, y los que tienen oídos no oyen?* ¹⁹ ¿Y no recordáis^[19], cuando partí los cinco panes para cinco mil, cuántos cestos llenos de trozos recogisteis?».

Le dicen: «Doce».

²⁰ «Cuando los siete para cuatro mil, ¿cuántos cestos recogisteis llenos de trozos?». Y le dicen: «Siete». ²¹ Y les decía: «¿Todavía no comprendéis?».

²² Y se van a Betsaida. Y le llevan un ciego y le piden que lo toque. ²³ Y tomando al ciego de la mano lo llevó fuera de la

aldea y, tras escupir en sus ojos, le impuso las manos y le preguntaba: «¿Ves algo?». ²⁴ Y, tras dirigir la mirada, decía: «Veo a los hombres, porque como árboles observo que andan». ²⁵ A continuación, impuso de nuevo las manos sobre sus ojos y miró fijamente y puso la mirada en todo con nitidez. ²⁶ Y lo envió a su casa, diciéndole: «No vayas a la aldea».

²⁷ Y se marchó Jesús y sus discípulos a las aldeas de Cesarea de Filipo, y por el camino preguntaba a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?». ²⁸ Y le dijeron: «Juan el Bautista, pero otros Elías, y otros que uno de los profetas». ²⁹ Y él les preguntaba: «Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Como respuesta, le dice Pedro: «Tú eres el Ungido». ³⁰ Y les exigió severamente que sobre él con nadie hablaran.

³¹ Y comenzó a enseñarles que es preciso que el Hijo del hombre sufriera mucho y fuera rechazado como indigno por los ancianos, los sumos sacerdotes, los escribas, y que se lo matara y que después de tres días resucitara; ³² y decía con franqueza su discurso. Y Pedro lo llevó aparte y comenzó a censurarlo. ³³ Pero, tras volverse y mirar a sus discípulos, censuró a Pedro y le dijo: «Márchate de delante de mí, Satanás, que no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres».

³⁴ Y reuniendo a la muchedumbre con sus discípulos, les dijo: «Si alguien quiere seguir tras de mí, niéguese a sí mismo y coja su cruz y sígame. ³⁵ Pues quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por causa mía y de la buena noticia, la salvará. ³⁶ Pues ¿de qué sirve que el hombre gane el mundo y perjudique su vida? ³⁷ Pues ¿qué compensación daría un hombre por su vida? ³⁸ Pues quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se

avergonzará de ese cuando llegue mediante la gloria de su padre con los santos ángeles.

9 ¹ Y les decía: «Os aseguro que hay algunos de los aquí presentes que de ninguna manera probarán la muerte hasta que vean el reino de Dios ya llegado mediante poder».

² Y después de seis días, toma consigo Jesús a Pedro, Jacobo y Juan y los lleva a ellos solos a un monte alto aparte. Y se metamorfoseó delante de ellos, ³ y sus vestidos se trastocaron en blanco muy resplandeciente, que el batanero no puede sobre la tierra blanquear así. ⁴ Y les pareció que Elías con Moisés hablaban con Jesús.

⁵ Y, como respuesta, dice Pedro a Jesús: «Rabí, es mejor que nosotros estemos aquí, y haremos tres tiendas, para ti una, para Moisés otra y para Elías otra». ⁶ Pues no sabía qué responder, pues estaban asustados. ⁷ Y surgió una nube que les hacía sombra, y surgió una voz de la nube: «Este es mi hijo el amado, escuchadlo». ⁸ E inmediatamente, cuando miraron alrededor, ya no vieron a nadie sino a Jesús solo con ellos mismos.

⁹ Y tras bajar ellos del monte les ordenó que a nadie contaran lo que habían visto, salvo cuando el Hijo del hombre resucitara de los muertos. ¹⁰ Y retuvieron el mensaje preguntándose qué era lo de resucitar de los muertos.

¹¹ Y le preguntaron: «¿Por qué dicen los escribas que *es preciso que Elías venga primero*^[20]?». ¹² Y él les dijo: «Al volver Elías el primero restablece todo; ¿y cómo está escrito respecto al Hijo del hombre que sufrirá mucho y será despreciado? ¹³ Pero os digo que Elías ya ha llegado, y le hicieron cuanto querían, como está escrito sobre él».

¹⁴ Y dirigiéndose hacia los discípulos, vieron mucha gente

alrededor de ellos y a los escribas que disputaban con ella.¹⁵ Y al instante toda la muchedumbre que los miraban se quedó asombrada y corriendo los recibieron.¹⁶ Y les preguntó: «¿Por qué discutís con ellos?». ¹⁷ Y le respondió uno de la muchedumbre: «Maestro, he traído a mi hijo ante ti porque tiene un espíritu mudo; ¹⁸ y si en alguna ocasión se apodera de él, lo tira al suelo, y echa espumarajos, rechina los dientes y se contrae; y dije a tus discípulos que lo expulsaran, y no pudieron».

¹⁹ Y como respuesta, les dice: «¡Oh generación incrédula!, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? Traédmelo». ²⁰ Y ya lo tenía ante él. Y en cuanto lo miró, al instante el espíritu lo insultó, y cayó a tierra y rodaba echando espuma. ²¹ Y preguntó a su padre: «¿Cuánto tiempo hace que le ha ocurrido esto?». Y él dijo: «Desde la infancia. ²² Y muchas veces se arrojó al fuego y al agua para perderse; pero, si algo puedes, apiádate de nosotros y ayúdanos». ²³ Y Jesús le dijo: «El si puedes, todo es posible para quien confía». ²⁴ Al instante, gritando, el padre del niño decía: «Confío; ayúdame en la desconfianza». ²⁵ Y viendo Jesús que la muchedumbre se congregaba, exigió al espíritu impuro y le dijo: «Espíritu mudo y sordo, yo te ordeno, sal de él y no entres ya en él». ²⁶ Y gritando e insultando salió; y el muchacho se quedó como un muerto, al punto que muchos decían que había muerto. ²⁷ Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo despertó, y se levantó.

²⁸ Y cuando se marchaba a casa, sus discípulos le preguntaban aparte: «¿Por qué nosotros no pudimos echarlo?». ²⁹ Y les dijo: «Esta especie no puede salir mediante ninguna persona salvo que se rece».

³⁰ Y saliendo de allí, viajaban a través de Galilea, y no quería que nadie lo supiera, ³¹ pues enseñaba a sus discípulos y les decía: «El Hijo del hombre se entrega a las manos de

hombres, y lo matan, y una vez muerto resucitará después de tres días». ³² Ellos no entendían lo dicho y temían preguntarle.

³³ Y llegaron a Cafarnaún. Y una vez en casa, les preguntaba: «¿Qué discutíais en el camino?». ³⁴ Y ellos callaban, pues en el camino discutían entre ellos quién era más importante. ³⁵ Y se sentó, y los llamó, y les dice: «Si alguien quiere ser el primero, que sea el último de todos y el criado de todos». ³⁶ Y tomando a un niño, se puso en pie en medio de ellos y, tras cogerlo en brazos, les dijo: ³⁷ «Quien reciba a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe; y quien a mí me reciba, no me recibe a mí, sino a quien me envía».

³⁸ Le decía Juan: «Maestro, he visto a uno que en tu nombre intentaba echar un demonio y lo impedimos, porque no nos seguía». ³⁹ Y Jesús le dijo: «No se lo impedáis. Pues nadie hará un portento en mi nombre y podrá inmediatamente injuriarme; ⁴⁰ pues quien no está contra nosotros, está por encima nuestro.

⁴¹» Pues quien os dé a beber un vaso de agua en nombre de que sois de Cristo, os doy por cierto que no perderá su paga.

⁴²» Y quien importune a uno de estos pequeños que confían en mí, bien le está a ese si una piedra de molino de asno está atada alrededor de su cuello y ha sido arrojado al mar.

⁴³» Y si te escandaliza tu mano, córtala; pues mejor es que entres manco a la vida antes que con las dos manos marches al infierno, al fuego inextinguible^[21].

⁴⁵» Y si tu pie te escandaliza, córtalo; mejor es que entres cojo a la vida que ser arrojado al infierno con los dos pies.

⁴⁷» Y si tu ojo te escandaliza, quítatelo; pues mejor es que entres tuerto al reino de Dios que ser arrojado al infierno con los dos ojos, ⁴⁸*porque su gusano no muere y el fuego no se*

extingue^[22].

⁴⁹» Pues todo será consumido por el fuego. ⁵⁰ La sal es buena; pero si la sal acaba por ser insípida, ¿con qué condimentaréis? Tened sal en vosotros y vivid en paz entre vosotros».

10 ¹ Y se marcha de allí hacia los límites de Judea y al otro lado del Jordán, y lo acompañan de nuevo multitudes, y, como tenía por costumbre, de nuevo les enseñaba.

² Y se le acercaron unos fariseos y le preguntaron si es conforme a la Ley que un hombre repudie a una esposa, con el fin de ponerlo a prueba. ³ Y él les dijo como respuesta: «¿Qué os ordenó Moisés?». ⁴ Y ellos le dijeron: «Moisés prescribió escribir un libro de divorcio y repudiar». ⁵ Y Jesús les dijo: «Por vuestra dureza de corazón os prescribió Moisés este mandamiento. ⁶ Pero desde el principio de la creación *varón y mujer los hizo; ⁷por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y será fiel a su mujer, ⁸y los dos acabarán por ser una carne^[23]*; de manera que ya no son dos, sino una carne. ⁹ Lo que Dios unió no lo separe un hombre.

¹⁰ Y cerca de casa, de nuevo los discípulos le preguntaban sobre esto. ¹¹ Y les dice: «Quien repudie a su mujer y se case con otra, induce al adulterio a esta; ¹² y si esta repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio».

¹³ Y le traían niños para que los tocara; pero los discípulos se lo prohibieron; ¹⁴ y al verlo, Jesús se indignó y les dijo: «Dejad que los niños se me acerquen, no los apartéis, pues de estos es el reino de Dios. ¹⁵ Os aseguro: quien no reciba el reino de Dios como un niño, de ninguna manera entrará en él». ¹⁶ Y tras cogerlos en brazos, los bendecía imponiéndoles las manos.

¹⁷ Y tras marcharse, uno que corría hacia el camino y cayó de rodillas le empezó a preguntar: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?». ¹⁸ Y Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno salvo el único Dios. ¹⁹ Ya conoces los mandamientos: *No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no serás testigo falso, no defraudarás, honra a tu padre y a tu madre*^[24]». ²⁰ Y él le dijo: «Maestro, guardé todos ellos desde la infancia». ²¹ Y Jesús, mirándolo lo amó y le dijo: «Una cosa te queda: venga, vende todo cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y sígueme». ²² Pero él se entristeció por estas palabras y se marchó apenado, pues tenía muchos bienes.

²³ Y mirando en derredor, dice Jesús a sus discípulos: «¡Qué difícilmente entrarán los que tienen riquezas en el reino de Dios!». ²⁴ Y los discípulos se asombraron de estas palabras. Pero Jesús les dice de nuevo a modo de respuesta: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! ²⁵ Es más fácil que un camello pase por el agujero de la aguja que un rico entre en el reino de Dios». ²⁶ Pero ellos se asustaron mucho y se decían entre ellos: «¿Y quién puede salvarse?». ²⁷ Después de mirarlos, les dice Jesús: «Es imposible para unos hombres, pero no para Dios; pues todo le es posible a Dios».

²⁸ Empezó Pedro a decirle: «Mira, nosotros ya hemos dejado todo y ya te seguimos». ²⁹ Y dijo Jesús: «Os aseguro que nadie hay que deje casa, o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o campos por mi causa y por la buena noticia, ³⁰ que no recoja el céntuplo ahora, en este momento, de la casa, hermanos, hermanas, madre, hijos, campos, después de persecuciones, y una vida eterna en la nueva era por venir^[25]. ³¹ Pero muchos primeros serán los últimos, y los últimos, los primeros».

³² Se encontraban de camino hacia Jerusalén, y se había

adelantado a ellos Jesús, y se quedaron atónitos, y los que lo seguían tenían miedo. Y de nuevo tomó aparte a los Doce y comenzó a contarles lo que iba a sucederle: ³³ «Mirad, subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, ³⁴ y se burlarán de él, le escupirán y azotarán y lo matarán, y después de tres días resucitará».

³⁵ Y se le acercan Jacobo y Juan, los hijos de Zebedeo, para decirle: «Maestro, queremos que nos cumplas lo que te pidamos». ³⁶ Y él les dijo: «¿Qué queréis que os cumpla?». ³⁷ Y ellos le dijeron: «Concedénos que uno se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu gloria». ³⁸ Y Jesús les dijo: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo bebo o, en cuanto al bautismo que yo llevo a cabo, ser bautizados?». ³⁹ Y ellos le dijeron: «Podemos». Y Jesús les dijo: «Beberéis la copa que yo bebo, y en cuanto al bautismo que yo llevo a cabo, seréis bautizados, ⁴⁰ pero el sentaros a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía otorgarlo, salvo para quienes está preparado».

⁴¹ Y tras oírle los diez, comenzaron a irritarse con Jacobo y Juan. ⁴² Y, tras llamarlos, les dice Jesús: «Sabéis que los que piensan gobernar las naciones las dominan y sus mandatarios ejercen su autoridad sobre ellos. ⁴³ No es lo mismo entre vosotros, sino que quien quiera convertirse en un grande entre vosotros, será vuestro criado, ⁴⁴ y quien quiera ser el primero entre vosotros, será siervo de todos, ⁴⁵ pues tampoco el Hijo del hombre vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate a favor de muchos.

⁴⁶ Y se dirigen a Jericó. Y habiéndose alejado él de Jericó, de sus discípulos y de la muchedumbre suficientemente, el hijo de Timeo, Bartimeo, un mendigo ciego, se sentó junto al camino. ⁴⁷ Y tras oír que Jesús es el Nazareno, comenzó a

gritar y a decir: «Hijo de David, Jesús, apiádate de mí». ⁴⁸ Y muchos le ordenaban que se callara; pero él gritó mucho más fuerte: «Hijo de David, apiádate de mí». ⁴⁹ Y Jesús se puso en pie y dijo: «Llamadlo». Y llaman al ciego y le dicen: «Vamos, levanta, te llama». ⁵⁰ Y, tras arrojar su manto y levantarse, se dirigió hacia Jesús. ⁵¹ Y como respuesta, le dijo Jesús: «¿Qué quieres que te cumpla?». Y el ciego le dijo: «Rabino, que vuelva a ver». ⁵² Y Jesús le dijo: «Vete, tu confianza te ha salvado». Y al instante volvió a ver y lo siguió en su camino.

11 ¹ Y cuando se acercan hacia Jerusalén, Betfagé y Betania junto al monte de los Olivos, envía a dos de sus discípulos ² y les dice: «Id a la aldea que está frente a vosotros, e inmediatamente que os dirijáis hacia ella encontraréis un burro atado sobre el que nadie todavía se montó; soltadlo y traedlo. ³ Y si alguien os dice: “¿Por qué hacéis eso?”, decidle: “Tu señor tiene necesidad, y al instante lo envía de nuevo aquí”». ⁴ Y se fueron y encontraron al burro atado junto a una puerta en la calle y lo sueltan. ⁵ Y algunos de los que allí estaban les decían: «¿Por qué hacéis eso de soltar el burro?». ⁶ Y ellos les dijeron tal como Jesús les dijo, y los dejaron. ⁷ Y llevan el burro a Jesús y le echan encima sus mantos, y se sentó sobre él. ⁸ Y muchos extendieron sus mantos por el suelo, y otros hierba que habían cortado de los campos.

⁹ Y los que iban por delante y los que lo seguían gritaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!^[26], ¹⁰ bendito el reino por llegar de nuestro padre David. ¡Hosanna en las alturas!

¹¹ Y entró en Jerusalén, en el Templo, y tras observar todo, que ya era la hora de la tarde, salió hacia Betania con los doce.

¹² Y al día siguiente, una vez que salieron de Betania,

tuvieron hambre. ¹³ Y viendo de lejos una higuera con hojas, fue por si encontraba algo en ella; y se llegó a ella, y no encontró otra cosa que hojas; pues no era época de higos. ¹⁴ Y como respuesta le dijo: «¡Nunca más coma nadie fruto de ti!». Y lo escuchaban los discípulos.

¹⁵ Y se dirigen a Jerusalén. Y tras entrar al Templo comenzó a expulsar a los vendedores y compradores del Templo, y las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían las palomas las derribó, ¹⁶ y no permitía que nadie moviera instrumentos por el Templo. ¹⁷ Y les explicaba: «¿No está escrito que *mi casa será llamada casa de oración por todas las naciones*^[27]?. Pero vosotros la habéis convertido en *cueva de ladrones*^[28]».

¹⁸ Y escucharon los sumos sacerdotes y los escribas y trataban de hallar cómo perderlo; pues le temían, pues toda la muchedumbre quedaba fuera de sí a causa de su enseñanza.

¹⁹ Y cuando llegó la tarde, se marchaban de la ciudad.

²⁰ Y según pasaban de mañana, vieron la higuera ya seca desde las raíces. ²¹ Y, al recordar, Pedro le dijo: «¡Rabí, mira la higuera que maldijiste!, ya se ha secado». ²² Y como respuesta les dice Jesús: «Tened confianza en Dios. ²³ Os aseguro que quien diga a este monte: “Prepárate y arrójate al mar”, y no dude en su corazón, por el contrario confíe en que lo que dice ha de ocurrir, lo tendrá. ²⁴ Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, tened la confianza de que lo conseguisteis y lo tendréis. ²⁵ Y cuando os paréis a rezar, pasad por alto lo que tengáis contra nadie, para que vuestro Padre en los cielos pase por alto vuestras faltas».

²⁷ Y van de nuevo a Jerusalén^[29]. Y mientras anda él en el Templo, se le acercan los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos, ²⁸ y le decían: «¿En virtud de qué poder haces todo

esto?». O: «¿Quién te otorgó este poder de hacer todo esto?».

²⁹ Y Jesús les dijo: «Os haré una pregunta, y respondedme y os diré en virtud de qué poder hago todo esto: ³⁰ el bautismo de Juan, ¿procede del cielo o de los hombres? Respondedme».

³¹ Y discutían entre ellos diciendo: «Si dijéramos del cielo, dirá: “¿Por qué entonces no creísteis en él?”. ³² ¿Pero si dijéramos “de los hombres?”». Temían a la muchedumbre; pues todos tenían a Juan verdaderamente por un profeta. ³³ Y como respuesta le dicen a Jesús: «No sabemos». Y Jesús les dice: «Ni yo os digo en virtud de qué poder hago todo esto».

12 ¹ Y comenzó a hablarles mediante ejemplos: «Un hombre plantó una viña, puso en derredor una cerca, excavó una prensa subterránea, construyó una vivienda encima, la entregó a sus campesinos y se marchó. ² Y en su momento envió a los campesinos un esclavo para que recogiera de los trabajadores los frutos de la viña; ³ y tomándolo lo apalearon y devolvieron con las manos vacías. ⁴ Y de nuevo les envió otro esclavo; y lo hirieron en la cabeza y lo desdeñaron. ⁵ Y envió otro; y lo mataron, y a muchos otros, a quienes en unos casos apalearon y en otros mataron. ⁶ Todavía tenía un hijo amado; se los envió el último diciendo: “Harán caso de mi hijo”. ⁷ Pero aquellos campesinos dijeron entre sí: “Este es el heredero; matémoslo ahora y nuestra será la herencia”. ⁸ Y tomándolo lo mataron y arrojaron fuera de la viña. ⁹ ¿Qué hará entonces el señor de la viña? Vendrá, hará matar a los campesinos y dará la viña a otros. ¹⁰ «¿No leísteis esta Escritura: *La piedra que rechazaron los albañiles, esta se convirtió en angular.* ¹¹ *Del Señor vino ella y es maravillosa a nuestros ojos?*» ^[30].

¹² Y trataban de capturarlo, pero temían a la muchedumbre, pues supieron que dijo la parábola con relación a ellos. Y, tras dejarlo, se marcharon.

¹³ Y le envían a algunos de los fariseos y herodianos para intentar cazarlo de palabra. ¹⁴ Y tras ir le dicen: «Maestro, sabemos que eres recto y no te preocupas por nadie; pues no miras el rostro de los hombres, sino que enseñas con rectitud el camino de Dios: ¿Se atiene a la Ley^[31] pagar el tributo al César o no? ¿Pagamos o no pagamos?». ¹⁵ Pero él, entendiendo su hipocresía, les dijo: «¿Por qué me tentáis? Traedme un denario para que lo vea». ¹⁶ Y se lo trajeron. Y les dice: «¿De quién es la imagen esta y la inscripción?». Y le dijeron: «Del César». ¹⁷ Y Jesús les dijo: «Lo del César, devolvedlo^[32] al César, y lo de Dios, a Dios». Y se admiraban de él.

¹⁸ Y se le acercan unos saduceos, que como tales dicen que no hay resurrección, y le preguntaban diciendo: ¹⁹ «Maestro, Moisés nos prescribió que *si el hermano de uno muere^[33] y deja esposa y no deja hijo, que el hermano tome a su esposa y suscite descendencia para su hermano*. ²⁰ Eran siete hermanos; y el primero tomó esposa y murió y no dejó descendencia; ²¹ y el segundo la tomó y murió sin dejar descendencia; y el tercero lo mismo. ²² Y ninguno de los siete dejó descendencia. Finalmente, la mujer también murió. ²³ En la resurrección, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será esposa? Pues los siete tenían la misma esposa».

²⁴ Les dijo Jesús: «¿No es por eso que os equivocáis, por no conocer las Escrituras ni la fuerza de Dios? ²⁵ Pues cuando resuciten de muertos, ni se desposan ni son desposados, sino que son como ángeles en los cielos. ²⁶ Pero sobre los muertos, que son resucitados, ¿no leísteis en los libros de Moisés, sobre la zarza, cómo le habló Dios diciéndole: *Yo soy el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob^[34]*? ²⁷ No es Dios de muertos, sino de vivos; os equivocáis mucho».

²⁸ Y acercándose uno de los escribas tras oír que ellos

disputaban, al ver que les respondía correctamente, le preguntó: «¿Cuál es el primer mandamiento de todos?». ²⁹ Le respondió Jesús: «El primero es: *Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único señor*^[35], ³⁰ *y amarás a tu Dios con todo tu corazón, toda tu vida, toda tu inteligencia, toda tu fuerza*^[36]. ³¹ El segundo es este: *Amarás a tu vecino*^[37] *como a ti mismo*. Mayor que estos no hay otro mandamiento. ³² Y le dijo el escriba: «Bien, maestro, hablas según la verdad que *uno es y no hay otro excepto este*^[38]; ³³ *y el amarlo con todo el corazón, toda la conciencia, toda la fuerza*^[39], *y el amar al vecino como a ti mismo*^[40] es mucho más importante que todos los holocaustos y sacrificios^[41]». ³⁴ Y Jesús, al ver que respondía cabalmente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios». Y nadie se atrevía ya a preguntarle.

³⁵ Y como respuesta decía Jesús en el Templo mientras enseñaba: «¿Por qué dicen los escribas que el Ungido es un hijo de David? ³⁶ David mismo dijo mediante el Espíritu santo: *Dijo el Señor a mi señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies*^[42]. ³⁷ David mismo lo llama su Señor, y ¿por qué es un hijo suyo?». Y la abundante muchedumbre lo escuchaba con agrado.

³⁸ Y en su enseñanza decía: «Guardaos de los escribas, que quieren pasear con vestidos de gala, saludos en las plazas, ³⁹ puestos de honor en las sinagogas y los banquetes, ⁴⁰ que devoran las fortunas de las viudas y en apariencia rezan mucho; estos alcanzarán la más importante condena».

⁴¹ Y sentado frente al cepillo veía cómo la muchedumbre echaba monedas de bronce al cepillo; y muchos ricos echaban mucho; ⁴² y una viuda pobre llegó y echó dos ochavos, que es un cuadrante^[43]. ⁴³ Y tras llamar a sus discípulos, les dijo: «Con seguridad os digo que esta pobre viuda echó más que todos los que echaban al cepillo; ⁴⁴ pues todos echan de lo que

les sobra, pero esta de su pobreza ha echado cuanto tenía para vivir».

13 ¹ Y tras salir él del Templo le dice uno de sus discípulos: «Maestro, ¡qué piedras y qué construcciones!». ² Y Jesús le dijo: «¿Ves estas grandes construcciones? No quedará piedra sobre piedra que no sea demolida».

³ Y sentado en el monte de los Olivos frente al Templo, le preguntaba en particular Pedro y Jacobo, Juan y Andrés: ⁴ «Dinos: ¿cuándo será eso y cuál será la señal cuando vaya a cumplirse todo esto?» ⁵ Y Jesús comenzó a decirles: «Mirad que nadie os engañe; ⁶ muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Soy yo”, y a muchos engañarán. ⁷ Pero cuando tengáis noticia de guerras y rumores de guerras, no os asustéis: es preciso que eso ocurra, pero todavía no será el fin. ⁸ Pues será levantada una nación contra otra nación y reino contra reino, y habrá terremotos en todas partes y habrá hambrunas; esto será el comienzo de los dolores del parto».

⁹ «Pero mirad por vosotros mismos; os entregarán al sanedrín y seréis azotados en las sinagogas y os presentaréis ante gobernadores y reyes por causa mía para testificar. ¹⁰ Y así, es preciso que sea primero anunciada la buena noticia a toda nación. ¹¹ Y cuando os conduzcan para entregaros, no penséis de antemano qué diréis, que lo que se os dé en aquella ocasión, eso diréis; pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu santo. ¹² Y el hermano entregará al hermano a la muerte y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra sus padres y los matarán. ¹³ Y seréis odiados por todos por mi nombre. Pero quien lo soporte hasta el final, este será salvado».

¹⁴ «Y cuando veáis *la idolatría devastadora*^[44] erigida donde no debe —quien lea esto, piense—, entonces que los de Judea

huyan a los montes, ¹⁵ quien esté sobre su azotea no baje ni entre a coger nada de su casa, ¹⁶ y quien esté en el campo, no se vuelva atrás a coger su ropa. ¹⁷ ¡Ay de las embarazadas y las que den a mamar en aquellos días!»

¹⁸ «Suplicad para que no pase en invierno. ¹⁹ Pues aquellos días serán una angustia como no ha habido semejante desde el comienzo de la creación que creó Dios hasta ahora, y no la habrá. ²⁰ Y si el Señor no decidiera acortar los días, no se salvaría nadie; pero gracias a los elegidos que escogió, acortó los días».

²¹ «Y, en ese momento, si alguien os dijera: “Mira, aquí está el Cristo; mira, allí”, no confiéis; ²² pues surgirán falsos Cristos y falsos profetas y darán signos y prodigios para engañar, si es posible, a los elegidos. ²³ Vosotros, atended; os lo he predicho».

²⁴ «Pero en aquellos días, entre la angustia aquella, *el sol será oscurecido y la luna no dará su luz,*²⁵ *y las estrellas caerán del cielo, y las fuerzas que hay en los cielos*^[45] se tambalearán».

²⁶ «Y entonces verán *al Hijo del hombre venir entre nubes*^[46] con gran poder y gloria. ²⁷ Y entonces enviará a los ángeles y reunirá a sus elegidos de los cuatro puntos cardinales, desde la cima de la tierra hasta la cima del cielo».

²⁸ «Y de la higuera aprended el ejemplo: cuando ya su ramaje está tierno y echa las hojas, sabéis que el verano está cerca; ²⁹ de la misma forma también, vosotros, cuando veáis que estas cosas suceden, sabed que él está cerca, a las puertas».

³⁰ «Con certeza os digo que no transcurrirá esta generación hasta que todo esto suceda. ³¹ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».

³² «Y con respecto a aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el hijo, solo el Padre».

³³ «Atended, vigilad, pues no sabéis cuándo es el momento. ³⁴ Tal como un hombre de viaje cuando deja su casa y da a sus esclavos el poder, a cada uno su trabajo, y al portero le encarga vigilar. ³⁵ Vigilad, pues desconocéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, a medianoche, al cantar el gallo o de mañana, ³⁶ no venga de repente y os encuentre dormidos. ³⁷ Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Vigilad!».

14 Eran la Pascua y los ácidos a los dos días. Y los sumos sacerdotes y los escribas buscaban cómo lo matarían tras capturarlo mediante engaño; ² pues decían: «No en la fiesta, que no haya una revuelta de la gente».

³ Y estando él en Betania, en casa de Simón el leproso, acostado él, vino una mujer que traía un *alabastron*^[47] de ungüento de nardo puro magnífico; tras^[48] romper el frasco lo vertió sobre su cabeza. ⁴ Había algunos que se irritaban entre ellos: «¿Para qué se ha producido este derroche de ungüento? ⁵ Pues este ungüento podía ser vendido por más de trescientos denarios y ser entregado a los pobres»; y se enfadaban con ella.

⁶ Pero Jesús dijo: «Dejadla. ¿Por qué le ocasionáis molestias? Hizo en mí una bella acción. ⁷ Pues tenéis pobres en todas partes con vosotros y cuando queráis podéis beneficiarlos, pero a mí no me tenéis siempre. ⁸ Hizo lo que podía: adelantó el ungir mi cuerpo para el entierro. ⁹ Pero os aseguro cuando se anuncie la buena noticia a todo el mundo, también lo que hizo esta será referido para recuerdo suyo».

¹⁰ Y Judas Iscariote, uno de los doce, se dirigió a los sumos sacerdotes para entregárselo. ¹¹ Y ellos, al oírlo, se alegraron y prometieron darle dinero. Y buscaba cómo lo entregaría en el

momento oportuno.

¹² Y el primer día de los ácidos, cuando sacrificaban la Pascua^[49], le dicen sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos y preparemos para que comas la Pascua?». ¹³ Y envía a dos de sus discípulos y les dice: «Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidlo. ¹⁴ Y donde entre decid al dueño que el maestro dice: “¿Dónde está mi posada, donde comeré la Pascua con mis discípulos?”. ¹⁵ Y él os indicará una sala grande ya preparada; y allí nos la prepararéis». ¹⁶ Y salieron los discípulos y fueron a la ciudad y encontraron lo que les dijo y prepararon la Pascua.

¹⁷ Y llegada la tarde se va con los doce. ¹⁸ Y una vez recostados a la mesa^[50] y comiendo, Jesús dijo: «Con seguridad os digo que uno de vosotros me entregará, uno que come conmigo». ¹⁹ Comenzaron a disgustarse y a decirle uno por uno: «¿Acaso yo?». ²⁰ Pero él les dijo: «Uno de los doce, el que unta conmigo en el plato. ²¹ Porque el Hijo del hombre camina tal como está escrito sobre él, pero ¡ay de ese hombre debido al cual el Hijo del hombre es entregado! Mejor sería para él si no hubiera nacido ese hombre».

²² Y mientras ellos comían, tras coger un pan y bendecirlo, lo partió y se lo dio y dijo: «Tomad, este es mi cuerpo». ²³ Tras coger una copa, y bendecirla, se la dio, y bebieron de ella todos. ²⁴ Y les dijo: «Esta es mi sangre de la alianza derramada en favor de muchos. ²⁵ Os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta ese día en que lo beba nuevo en el reino de Dios».

²⁶ Y tras cantar los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos. ²⁷ Y les dice Jesús: «Todos os escandalizaréis, porque está escrito: *Mataré al pastor y los rebaños serán dispersados*^[51]. ²⁸ Pero después de que yo sea levantado de los

muertos, iré por delante de vosotros a Galilea». ²⁹ Y Pedro le dijo: «Si llegado el caso todos se escandalizan, sin embargo, yo no». ³⁰ Y le dice Jesús: «Te aseguro que tú hoy por la noche, antes que el gallo cante dos veces tres me negarás». ³¹ Pero él con más ahínco le decía: «Si es caso, moriré contigo, que de ninguna manera te negaré». Y eso mismo decían todos también.

³² Y se marchan a un lugar cuyo nombre es Getsemaní, y dice a sus discípulos: «Sentaos aquí hasta que rece». ³³ Y se lleva a Pedro, Jacobo y Juan consigo y empezó a quedarse admirado^[52] y a angustiarse, ³⁴ y les dice: «*Triste sobremanera es mi vida*^[53] hasta la muerte; quedaos aquí y velad». ³⁵ Y tras adelantarse un poco cayó a tierra y suplicaba que si es posible pasara de él el momento^[54], ³⁶ y decía: «Abbá, Padre, todo te es posible: aparta esta copa de mí; pero no porque yo quiero, sino porque tú (quieres)». ³⁷ Y se marcha y los encuentra durmiendo, y le dice a Pedro: «Simón, ¿duermes? ¿No tuviste fuerza para velar una hora? ³⁸ Velad y rezad, para que no entréis en tentación; el espíritu es animoso pero la carne débil».

³⁹ Y tras marcharse de nuevo, rezó diciendo la misma oración. ⁴⁰ Y de nuevo al volver los encontró durmiendo, pues estaban sus ojos cargados, y no supieron qué responderle. ⁴¹ Y se marcha una tercera vez y les dice: «Dormid en adelante y descansad; basta; llegó la hora; mira cómo es entregado el Hijo del hombre en manos de los pecadores. ⁴² ¡Levantaos, vamos; el que me entrega ya está cerca!».

⁴³ Y al instante, mientras él todavía hablaba, se presenta Judas, uno de los doce, y con él una muchedumbre con espadas y estacas de parte de los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos. ⁴⁴ Había dado el traidor la señal convenida diciéndoles: «Al que yo bese, él es, capturadlo y

marchaos con seguridad». ⁴⁵ Y echando a andar al instante y acercándose le dice: «Rabí», y lo besó. ⁴⁶ Ellos le echaron mano y lo capturaron. ⁴⁷ Uno de los que allí se encontraban, tras desenvainar la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja.

⁴⁸ Y como respuesta, les dijo Jesús: «¿Como contra un bandolero vinisteis con espadas y estacas a cogerme? ⁴⁹ Cada día estaba ante vosotros en el Templo enseñando y no me capturasteis; pero que se cumplan las Escrituras». ⁵⁰ Y lo abandonaron y huyeron todos. ⁵¹ Y un cierto joven seguía con él vestido de una sábana sobre su cuerpo desnudo, y lo capturan; ⁵² pero dejando a un lado la sábana huyó desnudo.

⁵³ Y condujeron a Jesús ante el sumo sacerdote, y se reúnen todos los sacerdotes, ancianos y escribas. ⁵⁴ Y Pedro desde lejos lo siguió hasta el exterior de la morada del sumo sacerdote y se quedaba sentado junto a los sirvientes y se calentaba al fuego.

⁵⁵ Y los sacerdotes y todo el sanedrín buscaban contra Jesús un testimonio para matarlo, y no lo encontraban; ⁵⁶ pues muchos testificaban en falso contra él, e iguales los testimonios no eran. ⁵⁷ Y unos que se levantaron testificaban contra él diciendo: ⁵⁸ «Nosotros le oímos decir: “Yo derribaré este Templo hecho con mano humana y después de tres días construiré otro no hecho por el hombre”». ⁵⁹ Y ni siquiera así era igual su testimonio.

⁶⁰ Y tras situarse en medio el sumo sacerdote preguntó a Jesús diciendo: «¿No dices nada de por qué estos te acusan?». ⁶¹ Pero él callaba y no respondió nada. De nuevo el sumo sacerdote le preguntó y le dice: «¿Eres tú el Ungido, el hijo del Bendito?». ⁶² Y Jesús dijo: «Yo soy, y veréis *al Hijo del hombre* sentado a la derecha del poder y *que viene entre las nubes del*

cielo^[55]». ⁶³ Y el sumo sacerdote, desgarrando sus vestiduras, le dice: «¿Qué necesidad tenemos de testigos? ⁶⁴ Escuchasteis la blasfemia. ¿Qué os parece?». Y todos ellos sentenciaron que fuera reo de muerte.

⁶⁵ Y empezaron algunos a escupirle y cubrirle la cara y abofetearlo y decirle: «Profetiza», y los servidores lo azotaron.

⁶⁶ Y estando Pedro abajo en el patio viene una esclava del sumo sacerdote ⁶⁷ y al ver a Pedro calentándose, fijándose en él le dice: «También tú estabas con el Nazareno, con Jesús». ⁶⁸ Y él lo negó diciendo: «Ni lo conozco ni tengo noticia de lo que dices». Y se salió fuera al portal y un gallo cantó.

⁶⁹ Y la criada al verlo comenzó de nuevo a decir a los presentes: «Este es uno de ellos». ⁷⁰ Pero él negaba de nuevo. Y poco después de nuevo los presentes decían a Pedro: «Verdaderamente eres uno de ellos, pues también eres galileo». ⁷¹ Pero él comenzó a protestar y a jurar: «No conozco al hombre este que decís». ⁷² Y al instante por segunda vez cantó un gallo. Y Pedro recordó lo dicho, cómo Jesús le dijo: «Antes de que un gallo cante dos veces, tres me negarás». Y al darse cuenta echó a llorar.

15 ¹ Y al instante, por la mañana, tras tomar una decisión los sumos sacerdotes junto con los ancianos, los escribas y todo el sanedrín, y tras encadenar a Jesús, lo llevaron y entregaron a Pilato.

² Y Pilato le preguntó: «¿Tú eres el rey de los judíos?». Y como respuesta, él le dice: «Tú lo dices». ³ Y lo acusaban los sumos sacerdotes reiteradamente. ⁴ Pero Pilato de nuevo le preguntaba diciendo: «¿No respondes nada? Mira de cuánto te acusan». ⁵ Pero Jesús ya no respondió nada, a tal punto que sorprendió a Pilato.

⁶ En cada fiesta les liberaba^[56] a un preso que le pedían. ⁷

Había uno, llamado Barrabás, encadenado con los sublevados que en la sublevación habían cometido asesinato.⁸ Y subiendo la muchedumbre comenzó a reclamarlo tal como les hacía^[57].⁹ Y Pilato les respondió diciendo: «¿Queréis que os libere al rey de los judíos?». ¹⁰ Pues sabía que lo habían entregado por envidia los sumos sacerdotes. ¹¹ Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la muchedumbre para que les liberara antes a Barrabás. ¹² Pero como respuesta Pilato les decía de nuevo: «¿Qué, entonces, queréis que haga al que decís rey de los judíos?». ¹³ Y ellos de nuevo gritaron: «¡Crucifícalo!». ¹⁴ Y Pilato les decía: «¿Por qué haré libre al malo?». Pero ellos gritaron sobremanera: «¡Crucifícalo!».

¹⁵ Y Pilato, queriendo dar satisfacción a la muchedumbre, les liberó a Barrabás, y entregó a Jesús, tras darle latigazos, para que lo crucificaran.

¹⁶ Y los soldados lo condujeron al patio, que es un pretorio, y convocan a la cohorte completa. ¹⁷ Y lo visten de púrpura y le ciñen una corona tras entrelazar espinos. ¹⁸ Y comenzaron a saludarlo: «¡Hola, rey de los judíos!». ¹⁹ Y le golpeaban la cabeza con una caña y le escupían y, cogiéndole las rodillas, se arrodillaban ante él. ²⁰ Y cuando se burlaron de él, lo despojaron de la púrpura y le vistieron sus ropas.

Y lo llevan fuera para crucificarlo. ²¹ Y fuerzan a uno que pasaba por allí, Simón de Cirene, que venía del campo, padre de Alejandro y de Rufo, para que llevara su cruz.

²² Y lo llevan al lugar del Gólgota, que es traducido Lugar de la Calavera. ²³ E intentaban darle vino mezclado con mirra; pero él no lo tomaba.

²⁴ Y lo crucifican y *reparten sus ropas echando suertes*^[58] quién se llevaba qué. ²⁵ Era la hora tercera y lo crucificaron. ²⁶ Y había sido inscrita la inscripción de su acusación: «El rey de

los judíos».

²⁷ Y con él crucifican a dos bandoleros, uno a su derecha y otro a su izquierda^[59].

²⁹ Y los que pasaban al lado lo infamaban moviendo sus cabezas y diciendo: «¡Eh! El que iba a derribar el Templo y reconstruirlo en tres días, ³⁰ ¡sálvate bajando de la cruz!». ³¹ Igualmente también los sumos sacerdotes se burlaban entre ellos junto con los escribas y decían: «A otros salvó, a él mismo no puede salvarse; ³² el Cristo, el rey de Israel, que baje ahora de la cruz para que veamos y creamos». Y los crucificados con él lo injuriaban.

³³ Y llegada la hora sexta, la oscuridad se hizo por toda la tierra hasta la hora novena. ³⁴ Y en la hora novena gritó Jesús con potente voz: *Eloi, Eloi, lema sabachthani*^[60], que se traduce: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me abandonaste?* ³⁵ Y algunos de los presentes al oírlo decían: «Mira, llama a Elías». ³⁶ Y tras venir uno corriendo y empapar de vinagre una esponja, para ponerla en una caña, se la daba a beber diciendo: «Dejadlo, veamos si viene Elías para bajarlo». ³⁷ Pero Jesús, soltando un gran grito, expiró.

³⁸ Y el velo del Templo se desgarró en dos de arriba abajo. ³⁹ Al ver el centurión, situado frente a él, que así expiraba, dijo: «Verdaderamente este hombre era hijo de Dios».

⁴⁰ Había también unas mujeres observando desde lejos, entre las cuales estaba María de Magdala, María la de Jacobo el menor y madre de José y Salomé, ⁴¹ las cuales, cuando estaba en Galilea, lo seguían y ayudaban, y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

⁴² Y llegada ya la tarde, como era víspera, lo cual es día antes del sábado, ⁴³ llegándose José de Arimatea, un miembro prudente del consejo, que también estaba a la espera del reino

de Dios, se atrevió y se dirigió a Pilato y le pidió el cadáver de Jesús. ⁴⁴ Y Pilato se sorprendió de que ya hubiera muerto y, tras llamar al centurión, le preguntó si murió hacía tiempo. ⁴⁵ Y tras conocerlo por el centurión, concedió el cadáver a José.

⁴⁶ Y tras comprar una sábana y bajarlo lo envolvió en la sábana y lo colocó en una tumba^[61] que había sido excavada en la roca, y arrimó, haciéndola rodar, una piedra tallada a la puerta de la tumba. ⁴⁷ Y María de Magdala y María la de José veían cómo quedó colocado.

16 ¹ Y pasado el sábado María de Magdala y María la de Jacobo y Salomé compraban perfumes para ungirlo. ² Y muy temprano, el primer día de la semana, llegan a la tumba al salir el sol. ³ Y se decían unas a otras: «¿Quién nos hará rodar la piedra de la puerta de la tumba?». ⁴ Y al mirar ven que la piedra ha sido hecha rodar; pues era verdaderamente grande.

⁵ Y tras entrar a la tumba vieron un joven sentado en los de la derecha, vestido con traje blanco, y se maravillaron. ⁶ Pero él les dice: «No os maravilléis; buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado; fue resucitado, no está aquí; ved el lugar donde lo colocaron. ⁷ Pero venga, decid a sus discípulos y a Pedro que se dirige por delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, tal como os dijo».

⁸ Y saliendo huyeron de la tumba, pues las tenía cogidas un temblor y un estupor; y a nadie dijeron nada; pues tenían miedo^[62].

FINAL SECUNDARIO DEL EVANGELIO DE MARCOS

(Glosa del siglo II formada con datos de los otros evangelios canónicos con la finalidad de arreglar el abrupto final del Evangelio).

⁹ Jesús resucitó en la madrugada, el primer día de la

semana, y se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. ¹⁰ Ella fue a comunicar la noticia a los que habían vivido con él, que estaban tristes y llorosos. ¹¹ Ellos, al oír que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron. ¹² Después de esto, se apareció, bajo otra figura, a dos de ellos cuando iban de camino a una aldea. ¹³ Ellos volvieron a comunicárselo a los demás; pero tampoco creyeron a estos.

¹⁴ Por último, estando a la mesa los once discípulos, se les apareció y les echó en cara su incredulidad y su dureza de corazón, por no haber creído a quienes lo habían visto resucitado. ¹⁵ Y les dijo: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. ¹⁶ El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará. ¹⁷ Estas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, ¹⁸ agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien».

¹⁹ Con esto, el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios. ²⁰ Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban.

EVANGELIO DE MATEO

Autor: Desconocido. El denominado «Mateo» no es más que una tradición del siglo II. Tras el nombre no sabemos qué autor se esconde en realidad.

Fecha probable de composición: Hacia el 80-90 d. de C.

Lugar de composición: Desconocido. Se supone que Antioquía de Siria o Damasco.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiros de finales del siglo II o del III y centenares de manuscritos a partir del siglo IV.

La tradición de la Iglesia desde el siglo II (Papías; véase Evangelio de Marcos) lo denomina con este nombre, al autor, pero de él nada sabemos en realidad. Ciertamente, no es posible que sea el discípulo de Jesús llamado Mateo, o en otras ocasiones Leví, ya que no es un testigo visual, sino que utiliza textos previos escritos en griego: la Fuente Q y el Evangelio de Marcos. Aparte de estas fuentes, contiene tradición propia, muy probablemente de origen oral. Mateo ofrece bastantes variaciones sobre su antecesor debidas a un plan consciente de reelaboración del material que tiene ante sus ojos. Es como una edición nueva, ampliada y corregida, del Evangelio de Marcos.

Aunque el autor es seguidor de la corriente paulina, como Marcos y Lucas, en la interpretación de la muerte y resurrección de Jesús, su evangelio contiene también tradición

petrina, como el absoluto respeto por la ley de Moisés: Jesús aparece en su escrito como defensor acérrimo del cumplimiento de esta norma como condición para la salvación. La comunidad judeocristiana en la que nace este evangelio es también distinta a la comunidad del primer evangelista; sus preocupaciones y teología son diferentes y la imagen misma de Jesús presenta otros colores y dimensiones. Para Mateo el mesías, de Israel y del mundo, probado por sus hechos milagrosos y las profecías de la Escritura, es el nuevo intérprete absoluto de la Ley y habla hoy a la comunidad y al mundo.

No es posible determinar el lugar de composición del Evangelio de Mateo. Se ha argumentado que en Mt 17, 24 y ss. se afirma que una estatera es una moneda que vale dos didracmas, y que solo en Antioquía y Damasco tenía la estatera ese valor. Por tanto —se dice—, el Evangelio se compuso en una de esas dos ciudades. Esta opinión es muy plausible y encaja bien con el ambiente judeohelenístico del Evangelio, pero no absolutamente segura.

La fecha de composición es aproximada: después de Marcos; posterior a la destrucción de Jerusalén (año 70, que se presupone en 22, 7; 23, 38) y anterior al Evangelio de Juan (que conoce el material sinóptico). Por tanto, en torno al 80 ó 90 del siglo I.

1 ¹ Libro del origen de Jesús Cristo hijo de David hijo de Abrahán^[63].

² Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judá y sus hermanos, ³ Judá engendró a Fares y Zara de Tamar, Fares engendró a Esrom, Esrom engendró a Aram, ⁴ Aram engendró a Aminadab, Aminadab engendró a Naasón, Naasón engendró a Salmón, ⁵ Salmón engendró a Booz de Rahab, Booz engendró a Obed de Rut, Obed

engendró a Jesé, ⁶ Jesé engendró a David el rey.

David engendró a Salomón de la mujer de Urías, ⁷ Salomón engendró a Roboán, Roboán engendró a Abías, Abías engendró a Asa, ⁸ Asa engendró a Josafat, Josafat engendró a Jorán, Jorán engendró a Ozías, ⁹ Ozías engendró a Joatán, Joatán engendró a Acaz, Acaz engendró a Ezequías, ¹⁰ Ezequías engendró a Manasés, Manasés engendró a Amón, Amón engendró a Josías, ¹¹ Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos durante la cautividad de Babilonia.

¹² Después de la cautividad de Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, Salatiel engendró a Zorobabel, ¹³ Zorobabel engendró a Abiud, Abiud engendró a Eliacín, Eliacín engendró a Azor, ¹⁴ Azor engendró a Sadoc, Sadoc engendró a Aquín, Aquín engendró a Eliud, ¹⁵ Eliud engendró a Eleazar, Eleazar engendró a Matán, Matán engendró a Jacob, ¹⁶ Jacob engendró a José el esposo de María, de la cual nació Jesús, el llamado Cristo.

¹⁷ Así pues, todas las generaciones desde Abrahán hasta David son catorce generaciones, y de David hasta la cautividad de Babilonia catorce, y de la cautividad de Babilonia hasta el Cristo catorce generaciones.

¹⁸ De Jesús Cristo el nacimiento fue así. Desposada su madre, María, con José, antes de que se unieran se encontró embarazada del Espíritu santo. ¹⁹ Y José su esposo, que era justo y no quería escarmentarla, decidió repudiarla en secreto.

²⁰ Y mientras consideraba él estas cosas, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en un sueño para decirle: «José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa; pues lo concebido en ella procede del Espíritu santo. ²¹ Dará a luz un hijo, y lo llamarás Jesús; pues él salvará a su pueblo de sus pecados. ²² Todo esto se ha producido para que se cumpla lo

dicho por el Señor por medio de su profeta cuando decía:
²³*Mira, una virgen engendrará y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emmanuel*^[64], lo cual se traduce *Dios entre nosotros*^[65]». ²⁴ Tras despertarse José del sueño, hizo como le ordenó el ángel del Señor y recibió a su mujer, ²⁵ y no la conoció hasta que dio a luz un hijo; y lo llamó Jesús.

2 ¹ Nacido Jesús en Belén de Judea en los días del rey Herodes, he aquí que unos magos de levante^[66] se presentaron en Jerusalén, ² diciendo: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues hemos visto su estrella en levante y vinimos para arrodillarnos ante él». ³ Al oírlo, el rey Herodes se espantó y toda Jerusalén con él, ⁴ y reuniendo a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo les preguntó: «¿Dónde ha nacido el Ungido?».

⁵ Y ellos le dijeron: «En Belén de Judea; pues así está escrito por medio del profeta: ⁶*Y tú, Belén*^[67], tierra de Judá, *de ninguna manera eres la menor entre los principales de Judá; pues de ti vendrá un caudillo que apacentará mi pueblo de Israel*^[68]».

⁷ Entonces Herodes, tras llamar a escondidas a los magos, investigó con exactitud el momento de aparición de la estrella, ⁸ y al enviarlos a Belén, dijo: «Poneos en camino y indagad con exactitud sobre el niño; y cuando lo encontréis, avisadme, para que también yo vaya y me arrodille ante él».

⁹ Ellos, tras escuchar al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella que vieron en levante los precedía hasta que estuvo encima de donde estaba el niño. ¹⁰ Al ver la estrella se alegraron enormemente. ¹¹ Y yendo a la casa vieron al niño con María, su madre, y cayendo a tierra se arrodillaron ante él y, tras abrir sus tesoros, le presentaron unos regalos, oro, incienso y mirra. ¹² Y avisados por un sueño para no volver

con Herodes, se marcharon por otro camino hacia su país.

¹³ Tras marcharse ellos, he aquí que un ángel del Señor se aparece en un sueño a José para decir: «Al despertarte, coge al niño y a su madre y huye a Egipto, y permanece allí hasta que te diga; pues Herodes va a buscar al niño para matarlo». ¹⁴ Él se despertó y tomó al niño y a su madre de noche y se marchó a Egipto, ¹⁵ y permaneció allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio de su profeta cuando decía: *De Egipto llamé a mi hijo*^[69].

¹⁶ Entonces Herodes, al ver que había sido engañado por los magos, se encolerizó mucho, y mandó matar a todos los niños de Belén y en todas sus comarcas, desde la edad de dos años hacia atrás, según la edad que calculó de los magos. ¹⁷ Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías cuando decía: ¹⁸*Una voz se oyó en Ramá*^[70], *un llanto y un lamento abundante; Raquel, que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no están*^[71].

¹⁹ Y muerto Herodes, he aquí que un ángel del Señor se aparece en un sueño a José en Egipto ²⁰ para decirle: «Despierta y toma a tu hijo y su madre y encamínate a Israel; pues han muerto los que buscaban la vida de tu hijo». ²¹ Y él se levantó y tomó a su hijo y a su madre y fue a Israel.

²² Y al oír que Arquelao reina en Judea en lugar de su padre Herodes^[72] temió acudir allí; y avisado en un sueño se marchó a las comarcas de Galilea, ²³ y fue y se instaló en una ciudad llamada Nazaret; para que se cumpliera lo dicho por medio de los profetas, que sería llamado nazoreo.

3 ¹ Y en aquellos días aparece Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea ² y diciendo: «Arrepentíos, pues ya está cerca el reino de los cielos». ³ Pues este es el anunciado mediante Isaías el profeta que dice: *Voz*

del que grita en el desierto; preparad el camino del Señor. Haced francos sus caminos^[73].

⁴ Y Juan mismo^[74] llevaba su vestido de pelos de camello y un cinturón de piel alrededor de su cadera, y su alimentación era saltamontes y miel silvestre. ⁵ Entonces salió hacia él Jerusalén y toda Judea y toda la región vecina del Jordán^[75], ⁶ y eran bautizados en el río Jordán por él tras reconocer sus pecados.

⁷ Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a su bautismo, les dijo: «Crías de serpientes, ¿quién os mostró en secreto a huir de la ira venidera? ⁸ Dad en consecuencia un fruto digno de arrepentimiento ⁹ y no penséis en deciros: “Tenemos como padre a Abrahán”. Pues os digo que Dios es capaz de hacer surgir de estas piedras hijos de Abrahán. ¹⁰ Y el hacha ya se encuentra junto a la raíz de los árboles; es más, todo árbol que no da fruto bueno es talado y arrojado al fuego».

¹¹ «Yo os bautizo mediante agua para arrepentimiento, pero quien viene tras de mí es más poderoso, cuyas sandalias no soy capaz de llevarle; él os bautizará mediante Espíritu santo y fuego; ¹² en cuya mano^[76] está el biello y dejará limpia la era y reunirá el trigo en su granero, pero la paja la quemará en un fuego inextinguible».

¹³ Entonces se presenta Jesús desde Galilea en el Jordán ante Juan para ser bautizado por él. ¹⁴ Y Juan se lo impidió diciendo: «¿Yo tengo necesidad de ser bautizado por ti, y tú vienes a mí?». ¹⁵ Y respondiéndole, le dijo Jesús: «Déjalo inmediatamente, pues así es propio que cumplamos toda justicia». Entonces lo dejó. ¹⁶ Y una vez bautizado Jesús, al instante salió del agua; y he aquí que se le abrieron los cielos, y vio el Espíritu de Dios bajar como una paloma y llegar sobre él; ¹⁷ y he aquí que una voz de los cielos que decía: «Este es mi

hijo amado, en quien me complazco».

4 ¹ Entonces Jesús fue llevado por los aires^[77] al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. ² Y tras ayunar cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. ³ Y acercándose el tentador le dijo: «Si eres el hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan». ⁴ Él, respondiéndole, le dijo: «Está escrito: *No vive el hombre con pan únicamente, sino con toda palabra procedente de la boca de Dios*^[78]».

⁵ Entonces lo transporta el diablo a la ciudad sagrada y lo puso en pie sobre el alero del Templo ⁶ y le dice: «Si eres el hijo de Dios, tírate abajo, pues está escrito que: *A sus ángeles les será ordenado en tu favor y con sus manos te cogerán, para que no tropiece tu pie contra una piedra*^[79]».

⁷ Le dice Jesús: «A su vez está escrito: *No tentarás al Señor tu Dios*^[80]».

⁸ De nuevo lo transporta el diablo a un monte altísimo y le muestra todos los reinos del mundo y su gloria ⁹ y le dijo: «Te daré todo esto si, cayendo, te pones a mis pies». ¹⁰ Entonces le dice Jesús: «Vete, Satanás; pues está escrito: *A los pies del Señor tu Dios te pondrás y a él el único servirás*^[81]».

¹¹ Entonces lo deja el diablo, y he aquí que unos ángeles se acercaron y le servían.

¹² Tras oír que Juan fue entregado, volvió a Galilea. ¹³ Y tras dejar Nazaret se fue y se instaló en Cafarnaún, situada junto al mar en los límites de Zebulón y Neftalí; ¹⁴ para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías cuando decía: ¹⁵*Tierra de Zebulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de las naciones,* ¹⁶*el pueblo establecido en la oscuridad vio una gran luz, y para los establecidos en la región y la sombra de muerte surgió la luz*^[82].

¹⁷ A partir de entonces comenzó Jesús a anunciar y decir: «Arrepentíos; pues está cerca el reino de los cielos».

¹⁸ Caminando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, echando la red al mar, pues eran pescadores. ¹⁹ Y les dice: «Seguidme, y os haré pescadores de hombres». ²⁰ Y ellos, dejando al instante las redes, lo siguieron. ²¹ Y adelantándose vio allí a otros dos hermanos, Jacobo el hijo de Zebedeo y Juan su hermano, que en el barco con Zebedeo su padre preparaban sus redes, y los llamó. ²² Y ellos al instante, dejando el barco y a su padre, lo siguieron.

²³ Y recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas y anunciando la buena noticia del reino y curando cualquier enfermedad y dolencia en la gente.

²⁴ Y alcanzó el rumor a Siria completa; y le trajeron a todos los que tenían un mal con variadas enfermedades y sufrimientos, endemoniados, lunáticos y parálíticos, y los curó.

²⁵ Y lo siguieron enormes gentíos desde Galilea, la Decápolis, Jerusalén, Judea y más allá del Jordán.

5 ¹ Y al ver los gentíos subió a un monte, y, una vez sentado, se le acercaron sus discípulos; ² Y abriendo su boca^[83] les enseñaba diciendo^[84]:

³ «Felices los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos. ⁴ Felices los que lloran, porque ellos serán consolados. ⁵ Felices los mansos, porque ellos heredarán la tierra. ⁶ Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos se hartarán. ⁷ Felices los que se compadecen, porque ellos serán compadecidos. ⁸ Felices los puros de corazón, porque ellos verán a Dios. ⁹ Felices los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. ¹⁰ Felices los que han sido

perseguidos a causa de la justicia, porque suyo es el reino de los cielos. ¹¹ Seréis felices cuando os injurien y persigan y digan cualquier maldad contra vosotros engañando por causa mía. ¹² Permaneced alegres y jubilosos, porque vuestra paga es abundante en los cielos; pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

¹³» Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se hace insípida, ¿con qué se salará? Para nada vale ya salvo para ser tirada y pisada por los hombres.

¹⁴» Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad situada sobre montañas no puede quedar oculta; ¹⁵ ni encienden una lámpara^[85] y la colocan bajo un modio^[86], sino sobre un candelabro, e ilumina a todos en la casa. ¹⁶ Que ilumine así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas acciones y gloríen a vuestro padre^[87] en los cielos.

¹⁷» No creáis que vine a abolir la Ley o los profetas^[88]. No vine a abolir la Ley sino a cumplirla^[89]. ¹⁸ Pues con certeza os digo: hasta que pase el cielo y la tierra, de ninguna manera pasará de la Ley ni una iota ni una coma, hasta que todo se lleve a cabo. ¹⁹ Quien derogue uno solo de estos preceptos^[90] y enseñe así a los hombres, será llamado el menor en el reino de los cielos; pero quien cumpla y enseñe, este será llamado grande en el reino de los cielos.

²⁰» Pues os digo que si la justicia no os desborda a escribas y fariseos, de ninguna manera entraréis en el reino de los cielos.

²¹» Oísteis que se dijo^[91] a los antiguos: “No matarás^[92]; y quien mate, será acusado en el juicio”. ²² Pero yo os digo que todo el que se irrite con su hermano^[93] será acusado en el juicio; y quien diga a su hermano: “racá^[94]”, será acusado en el sanedrín; y quien diga “loco”, será acusado en la gehenna^[95] del fuego. ²³ Así pues, si presentas habitualmente tu ofrenda al

altar del sacrificio y allí siempre recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, ²⁴ deja allí la ofrenda ante el altar del sacrificio y, venga, lo primero reconcíliate con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda. ²⁵ Sé benévolo con tu contrario cuanto antes, mientras estés con él en el camino, no te entregue el contrario al juez y el juez al guardia, y seas arrojado a la cárcel; ²⁶ con seguridad te digo que no saldrás de allí hasta que entregues el último cuadrante^[96].

²⁷» Oísteis que se dijo: “*No cometerás adulterio*^[97]”. ²⁸ Pero yo os digo que todo el que mire a una mujer deseándola ya cometió adulterio con ella en su corazón. ²⁹ Y si tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti; pues te conviene más que se pierda uno de tus miembros y no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. ³⁰ Y si tu mano derecha te escandaliza, córtala y arrójala lejos de ti; pues te conviene más que se pierda uno de tus miembros y no que todo tu cuerpo vaya a la gehenna.

³¹» Se dijo: “Quien repudie a su esposa, dele una carta de divorcio”. ³² Pero yo os digo que todo el que repudie a su esposa, salvo fornicación, la hace cometer adulterio, y quien se case con la repudiada, comete adulterio.

³³» A su vez oísteis que se dijo a los antiguos: “No jurarás en falso, sino que dedicarás tus juramentos al Señor”. ³⁴ Pero yo os digo que no juréis en modo alguno; ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ³⁵ ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey, ³⁶ ni por tu cabeza jures, porque ni un solo pelo puedes hacer blanco o negro. ³⁷ Por el contrario, que vuestra palabra sea sí, sí, no, no; el exceso de esto es propio del mal.

³⁸» Oísteis que se dijo: “*Ojo por ojo y diente por diente*^[98]”. ³⁹ Pero yo os digo que no os enfrentéis al mal; pero quien te

golpea la mejilla derecha, preséntale también la otra; ⁴⁰ y a quien quiera juzgarte y quitarte el manto, dale también el manto; ⁴¹ y quien te forzará una milla, sigue con él dos. ⁴² Da a quien en una ocasión te pida, y no echés atrás a quien quiera tomar prestado de ti.

⁴³» Oísteis que se dijo: “*Amarás a tu vecino*^[99] y odiarás a tu adversario”. ⁴⁴ Pero yo os digo: Amad siempre a vuestros adversarios y rogad siempre por quienes os persiguen, ⁴⁵ para que os convirtáis en hijos de vuestro Padre en los cielos, porque hace que salga su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos. ⁴⁶ Pues si vais a amar a quienes os aman, ¿qué paga tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? ⁴⁷ Y si solo saludáis a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen también lo mismo los gentiles? ⁴⁸ Así pues, sed perfectos como vuestro Padre celeste es perfecto.

6 ¹» Guardaos de hacer vuestra justicia ante los hombres para ser vistos por ellos; y desde luego si no, no tendréis pago de vuestro Padre de los cielos. ² Así pues, cuando des limosna, no hagas sonar la trompeta ante ti, tal como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser glorificados por los hombres; con seguridad os digo, reciben su paga. ³ Pero, cuando des limosna, no sepa tu izquierda qué hace tu derecha, ⁴ para que tu limosna quede en secreto; y tu padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

⁵» Y cuando recéis, no seréis^[100] como los hipócritas, porque buscan rezar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para mostrarse a los hombres; con seguridad os digo, reciben su paga. ⁶ Pero tú, cuando reces, dirígete a tu cuarto y, tras cerrar la puerta, reza a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en el cielo, te recompensará.

⁷» Y al rezar, no parlotearéis como los gentiles, pues

piensan que mediante su locuacidad serán escuchados. ⁸ Así pues, no os parezcáis a ellos; pues vuestro padre conoce lo que necesitáis antes de pedirle. ⁹ Así pues, vosotros rezadle así: “Padre nuestro que estás en los cielos, que sea Santificado tu nombre; ¹⁰ venga tu reino; se cumpla tu voluntad así en el cielo y en la tierra; ¹¹ danos hoy nuestro pan cotidiano; ¹² perdónanos nuestras deudas, tal como también nosotros ya hemos perdonado a nuestros deudores; ¹³ y no nos llesves a tentación, por el contrario líbranos del mal”.

¹⁴» Pues si perdonáis a los hombres sus faltas, os perdonará también vuestro Padre celestial; ¹⁵ pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras faltas.

¹⁶» Y cuando ayunéis, no sigáis estando, como los hipócritas, entristecidos, pues desfiguran sus caras para hacer público a los hombres que ayunan; con certeza os digo, reciben su paga. ¹⁷ Por el contrario, tú, al ayunar, unge tu cabeza y lava tu cara, ¹⁸ para no hacer público a los hombres que ayunas, sino a tu Padre a escondidas; y tu Padre, que ve a escondidas, te recompensará.

¹⁹» No sigáis atesorando tesoros en la tierra, donde una polilla o la herrumbre los hace desaparecer, y donde unos ladrones excavan y los roban; ²⁰ Atesorad tesoros en el cielo, donde ni una polilla ni la herrumbre lo hace desaparecer, y donde los ladrones ni excavan ni lo roban; ²¹ pues donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón.

²²» La luz del cuerpo es el ojo. Así pues, si tu ojo fuere puro, todo tu cuerpo será resplandeciente; ²³ pero si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será sombrío: Así pues, si la luz que hay en ti es sombría, ¡cuánta oscuridad!

²⁴» Nadie puede servir a dos señores; pues odiará a uno y a otro lo amará, o se consagrará a uno y desdeñará al otro. No

podéis servir a Dios^[101] y a la riqueza.

²⁵» Por eso os digo: Dejad de preocuparos por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis, ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis. Pues ¿no es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? ²⁶ Fijaos en los pájaros del cielo: que no siembran ni cosechan ni acopian en los almacenes, y vuestro Padre celestial los alimenta; ¿no los aventajáis vosotros en mucho? ²⁷ ¿Quién de vosotros, con preocuparse, puede añadir a su edad^[102] un solo codo^[103]? ²⁸ ¿Y por qué os preocupáis por la vestimenta? Comprended cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. ²⁹ Y yo os digo que ni Salomón, mediante toda su gloria, vistió como uno de ellos. ³⁰ Y si Dios así viste la hierba del campo que hoy existe y mañana es arrojada al horno, ¿no mucho más a vosotros, hombres de poca fe? ³¹ Así pues, no os preocupéis diciendo: “¿Qué comeré?” o “¿Qué beberé?”, o “¿Qué vestiré?”. ³² Pues todo esto lo buscan las naciones; pues vuestro Padre celestial tiene conocimiento de que necesitáis de todo esto.³³ Por el contrario, buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo esto os será añadido. ³⁴ Así pues, no os preocupéis por el mañana, pues el mañana se preocupará de sí mismo: bastante es para el día su maldad.

7 ¹» No sigáis juzgando, para que no seáis juzgados; ² pues según el criterio con que juzguéis seréis juzgados, y según la medida con que midáis seréis medidos. ³ ¿Por qué miras la brizna en el ojo de tu hermano, pero la viga en el tuyo no la notas? ⁴ ¿O cómo dirás a tu hermano: “Deja que te quite la brizna de tu ojo”, y he aquí que la viga está en tu ojo? ⁵ Hipócrita, quita primero de tu ojo la viga, y entonces verás con claridad para quitar la brizna del ojo de tu hermano.

⁶» No deis lo santo a los perros, ni arrojéis vuestras perlas ante los cerdos, no sea que las pisoteen con sus patas y al volverse os hieran.

⁷» Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; ⁸ pues todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. ⁹ ¿Hay acaso alguien entre vosotros al que pedirá su hijo pan, y le dará una piedra? ¹⁰ ¿O pedirá también un pescado, y le dará una serpiente? ¹¹ Así pues, si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden.

¹²» Entonces, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, eso mismo hacedles vosotros; pues esta es la Ley y los profetas.

¹³» Entrad por la puerta estrecha; porque la puerta es ancha y el camino que lleva a la perdición espacioso y muchos son los que entran por él; ¹⁴ ¡qué estrecha es la puerta y apretado el camino que lleva a la vida, y qué pocos los que lo encuentran!

¹⁵» Guardaos de los falsos profetas, que como tales vienen a vosotros con vestimentas de ovejas, pero por dentro son lobos ávidos. ¹⁶ Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso de cardos se recogen racimos de uvas o higos de abrojos? ¹⁷ De la misma forma, todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol marchito da frutos malos. ¹⁸ No puede un árbol bueno dar frutos malos, ni un árbol marchito dar frutos buenos. ¹⁹ Todo árbol que no dé fruto bueno, es talado y arrojado al fuego. ²⁰ Así pues, de cierto que por sus frutos los conoceréis.

²¹» No todo el que me diga: “Señor, Señor”, entrará en el reino de los cielos, sino quien haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos. ²² Muchos me dirán en aquel día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas?”. ²³ Y entonces les reconoceré que jamás los conocí: *Apartaos de mí quienes practicáis lo contrario de la*

Ley^[104].

²⁴» Así pues, todo aquel que me escucha estas palabras y las practica, será igual a un hombre prudente que como tal edificó su casa sobre la roca; ²⁵ y llegó la tormenta y vinieron los ríos y soplaron los vientos y se precipitaron sobre aquella casa, y no cayó, pues estaba asentada sobre la piedra. ²⁶ Y todo aquel que me escucha estas palabras y no las lleva a cabo será igual a un hombre necio que como tal edificó su casa sobre la arena; ²⁷ y cayó la lluvia, y llegaron los ríos, y soplaron los vientos, y chocaron contra aquella casa, y se derrumbó y su caída fue grande (estrepitosa)».

²⁸ Y sucedía que^[105], cuando Jesús terminó estos discursos, las muchedumbres se saciaban con su enseñanza; ²⁹ pues les enseñaba como quien tiene autoridad y no como sus escribas.

8 ¹ Tras bajar del monte lo siguieron muchas multitudes. ² Y he aquí que un leproso acercándosele se arrodillaba ante él diciendo: «Señor, si quieres puedes limpiarme». ³ Y tendiendo su mano le tocó diciendo: «Quiero, queda limpio»; y al instante se curó su lepra. ⁴ Y le dice Jesús: «Mira, a nadie lo cuentes, por el contrario, vete y persónate ante el sacerdote y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio para estos».

⁵ Y al ir a Cafarnaún se le acercó un centurión para rogarle ⁶ y decirle: «Señor, mi criado permanece postrado en casa paralítico, terriblemente atormentado». ⁷ Y le dice: «Iré y lo curaré». ⁸ Y respondiendo, le dijo el centurión: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, pero dilo simplemente de palabra y se curará mi criado. ⁹ Pues también yo soy un hombre bajo autoridad, con soldados bajo mi mando, y digo a este: “Ve”, y va, y a otro: “Ven”, y viene; y a mi esclavo: “Haz esto”, y lo hace». ¹⁰ Al oírlo, Jesús se admiró y dijo a quienes lo

seguían: «Con seguridad os digo, de nadie encontré semejante confianza en Israel. ¹¹ Y os digo que muchos procedentes de oriente y occidente llegarán y serán sentados a la mesa junto a Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, ¹² pero los hijos del reino serán arrojados a la tiniebla exterior; allí estará el llanto y el rechinar de dientes». ¹³ Y dijo Jesús al centurión: «Vete, se cumplirá como confiaste». Y su criado se curó en aquel momento.

¹⁴ Y yendo Jesús a casa de Pedro vio a su suegra postrada y con fiebre; ¹⁵ y tocó su mano, y la fiebre la dejó, y se levantó y lo atendía.

¹⁶ Y llegada la tarde, le presentaron a muchos endemoniados; y expulsó los espíritus de palabra y a todos los que se encontraban enfermos los curó, ¹⁷ para que se cumpliera lo dicho por Isaías cuando decía: *Él tomó nuestras enfermedades y soportó las dolencias*^[106].

¹⁸ Y al ver Jesús la muchedumbre a su alrededor, ordenó irse a la otra orilla. ¹⁹ Y se acercó uno de los escribas y le dijo: «Maestro, te seguiré donde vayas». ²⁰ Y le dice Jesús: «Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza». ²¹ Otro de sus discípulos le dijo: «Señor, permíteme primero ir y enterrar a mi padre». ²² Pero Jesús le dice: «Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos».

²³ Y al entrar en el barco lo siguieron sus discípulos. ²⁴ Y he aquí que hubo una gran sacudida en el mar, tal que el barco quedaba ocultado por las olas, pero él dormía. ²⁵ Y fueron y lo despertaron diciendo: «¡Señor, sálvanos, perecemos!». ²⁶ Y les dice: «¿Por qué sois cobardes, hombres de poca fe?». Entonces, levantándose, increpó a los vientos y al mar, y hubo una gran calma. ²⁷ Y los hombres se admiraron y dijeron:

«¿Quién es este, que los vientos y el mar lo obedecen?».

²⁸ Y yendo al otro lado, a la región de los gadarenos, le salieron al encuentro dos endemoniados provenientes de los sepulcros, bastante fieros, a tal punto que nadie podía recorrer aquel camino. ²⁹ Y he aquí que gritaron diciendo: «¿Qué hay entre tú y nosotros, hijo de Dios? ¿Has venido aquí antes de tiempo para probarnos?». ³⁰ Y había a cierta distancia de allí una piara de muchos cerdos paciando. ³¹ Y los demonios le pedían y decían: «Si nos expulsas, envíanos a esa piara de cerdos». ³² Y les dijo: «Id». Y ellos salieron y fueron a los cerdos. Y he aquí que toda la piara se precipitó del barranco al mar y murieron en las aguas. ³³ Los pastores huyeron, y dirigiéndose a la ciudad relataron todo, incluido lo de los endemoniados. ³⁴ Y he aquí que toda la ciudad salió al encuentro de Jesús y, al verlo, le pidieron que se marchara de sus dominios.

9 ¹ Y subiendo a un barco cruzó y fue a su propia ciudad. ² Y he aquí que le presentaban a un paralítico postrado en una cama. Y al ver Jesús la confianza de ellos, dijo al paralítico: «Ten ánimo, hijo, tus pecados son perdonados».

³ Y he aquí que algunos de los escribas dijeron entre sí: «Este blasfema». ⁴ Y, al ver Jesús sus pensamientos, dijo: «¿Para qué pensáis maldades en vuestros corazones? ⁵ Pues ¿qué es más fácil, decir: “Tus pecados son perdonados”, o decir: “Levántate y anda”? ⁶ Para que comprendáis que el Hijo del hombre tiene poder para perdonar los pecados en la tierra —entonces le dice al paralítico: “Levántate, coge tu camastro y márchate a tu casa”». ⁷ Y se levantó y se marchó a su casa. ⁸ Y al verlo las gentes temieron y glorificaron a Dios, por dar a los hombres semejante poder.

⁹ Y al marchar Jesús de allí vio a un hombre sentado en la oficina de impuestos, llamado Mateo, y le dice: «Sígueme». Y

se levantó y lo siguió.

¹⁰ Y sucedió que estando recostado a la mesa en casa, he aquí que también muchos publicanos y pecadores fueron y se tumbaron junto a Jesús y sus discípulos. ¹¹ Y al verlo decían los fariseos a sus discípulos: «¿Por qué come con publicanos y pecadores vuestro maestro?». ¹² Y al oírlo, les dijo: «No tienen necesidad de un médico quienes están sanos sino los enfermos. ¹³ Marchaos y aprended qué significa: *Compasión quiero, y no sacrificios*^[107]; pues no vine para llamar a justos, sino a pecadores».

¹⁴ Entonces se le acercan los discípulos de Juan diciendo: «¿Por qué nosotros y los fariseos^[108] ayunamos muchas veces, pero tus discípulos no ayunan?». ¹⁵ Y les dijo Jesús: «¿Acaso pueden los convidados al banquete de bodas llorar mientras el novio está con ellos? Vendrán días en que el novio les será arrebatado y entonces ayunarán. ¹⁶ Y nadie añade un remiendo de andrajos sin lavar a un manto antiguo, pues el parche tira del viejo y queda un roto peor. ¹⁷ Ni echan vino del año en odres viejos; y si no, los odres se rompen y el vino se derrama, y los odres se echan a perder; al revés, el vino nuevo en odres nuevos, y ambos se conservan».

¹⁸ Mientras decía esto, he aquí que un príncipe^[109] viene y se arrodilla ante él diciendo: «Mi hija murió hace poco; pero ve e impón tu mano sobre ella y vivirá». ¹⁹ Y Jesús se levantó y lo siguió, y sus discípulos.

²⁰ Y he aquí que una mujer que llevaba doce años con un derrame de sangre se les acercó desde atrás y tocó el borde del manto de él; ²¹ y dijo para sí: «Si simplemente toco su manto, me salvaré». ²² Pero Jesús, volviéndose y mirándola dijo: «Ten ánimos, hermana; tu confianza te ha salvado». Y se salvó la mujer desde aquel momento.

²³ Y yendo Jesús a casa del príncipe y viendo a los flautistas y la muchedumbre alborotada, ²⁴ decía: «Apartaos, pues no murió la criatura, sino que duerme». Y se reían de él. ²⁵ Pero cuando la muchedumbre fue expulsada, cogió la mano de ella y la criatura se levantó. ²⁶ Y se extendió esta noticia por la región entera.

²⁷ Y cuando se marchó de allí Jesús, lo seguían dos ciegos gritando y diciendo: «¡Compadécete de nosotros, Hijo de David!»^[110].

²⁸ Y cuando entraba en casa, se le acercaron los ciegos, y les dice Jesús: «¿Creéis que puedo hacer eso?». Le dicen: «Sí, Señor». ²⁹ Entonces les tocó los ojos diciendo: «Que os ocurra según vuestra confianza». ³⁰ Y se abrieron sus ojos. Y los conminó Jesús diciendo: «Mirad que nadie lo sepa». ³¹ Pero ellos salieron y lo divulgaron por aquella región.

³² Una vez se fueron estos, he aquí que le presentaron a un hombre mudo endemoniado. ³³ Y una vez expulsado el demonio, habló el mudo. Y se maravillaron las multitudes, diciendo: «Nunca se vio algo así en Israel». ³⁴ Pero los fariseos decían: «Expulsa a los demonios mediante el jefe de los demonios».

³⁵ Y recorría Jesús todas las ciudades y todas las aldeas enseñando en sus sinagogas y predicando la buena noticia del reino y curando cualquier enfermedad y cualquier dolencia.

³⁶ Y al ver a las multitudes se conmovió por ellas, porque estaban atormentadas y postradas *como ovejas sin pastor*^[111]. ³⁷ Entonces dice a sus discípulos: «La siega es mucha, pero los trabajadores son pocos; así pues, solicítad al señor de la siega que envíe trabajadores a esta siega».

10 ¹ Y tras convocar a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus impuros para expulsarlos y

curar cualquier enfermedad y cualquier dolencia.

² Estos son los nombres de los doce apóstoles: el primero Simón, el llamado Pedro, y Andrés su hermano; y Jacobo el de Zebedeo y su hermano Juan; ³ Felipe^[112] y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Jacobo el de Alfeo y Tadeo; ⁴ Simón el cananeo y Judas el iscariote, el que incluso lo entregó.

⁵ A estos doce los envió Jesús tras ordenarles: «No recorráis el camino de las naciones ni entréis a ninguna ciudad de samaritanos; ⁶ id mejor a las ovejas perdidas de la casa de Israel. ⁷ Poneos en camino y predicad diciendo que ya está cerca el reino de los cielos. ⁸ Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios; gratuitamente recibisteis, dad gratuitamente.⁹ No procuréis oro, ni plata, ni bronce a vuestros cinturones; ¹⁰ ni alforja, ni dos túnicas, ni calzado ni bastón; pues el trabajador es digno de su alimento.

¹¹ En la ciudad o aldea en que entréis, investigad quién es digno, y quedaos allí hasta que os marchéis. ¹² Y al entrar a una casa, saludadla; ¹³ y si la casa es digna, venga vuestra paz sobre ella; pero si no es digna, se vuelva con vosotros vuestra paz. ¹⁴ Y quien no os reciba ni escuche vuestras palabras, tras marcharos de la casa o la ciudad aquella sacudíos el polvo de vuestros pies^[113]. ¹⁵ Con seguridad os digo: será más soportable para la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio que para aquella ciudad.

¹⁶» Mirad que yo os envío como a ovejas en medio de lobos; así pues, sed desde ahora prudentes como serpientes y puros como palomas.

¹⁷» Pero cuidaos de los hombres; pues os entregarán al sanedrín y os flagelarán en sus sinagogas; ¹⁸ y seréis conducidos ante gobernadores y reyes por mi causa para testificar ante ellos y las naciones. ¹⁹ Pero cuando os

entreguen, no os preocupéis por cómo o qué diréis; pues se os dará en ese momento qué diréis; ²⁰ pues no sois vosotros los que habláis, sino el espíritu de vuestro Padre el que habla mediante vosotros.

²¹» Entregaré un hermano al hermano a la muerte y un padre al hijo, y se levantarán hijos contra padres y les darán muerte. ²² Y seréis odiados por todos debido a mi nombre; pero el que aguante hasta el final, este será salvado.

²³» Pero cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra, pues con seguridad os digo: no terminaréis las ciudades de Israel para cuando venga el Hijo del hombre.

²⁴» No hay discípulo sobre el maestro ni esclavo sobre su señor. ²⁵ Es suficiente para el discípulo llegar a ser como su maestro y el esclavo como su señor. Si al señor de la casa lo llamaron Belcebú, cuánto más a sus familiares.

²⁶» Así pues, no les temáis; pues nada ha sido velado que no será revelado, ni escondido que no sea conocido. ²⁷ Lo que os digo en tiniebla decidlo a la luz, y lo que oís al oído, anunciadlo por encima de las casas. ²⁸ Y no sigáis temiendo a quienes matan el cuerpo, pero no pueden matar la vida; en cambio, temed más a quien pueda aniquilar la vida y el cuerpo en la gehenna. ²⁹ ¿No se venden dos gorriones por una monedilla? Y ninguno de ellos caerá a tierra sin vuestro Padre. ³⁰ Y en cuanto a vosotros, los cabellos de vuestras cabezas todos han sido contados. ³¹ Así pues, dejad de tener miedo: vosotros aventajáis a muchos pájaros.

³²» Así pues, todo el que se comprometa conmigo ante los hombres, también yo me comprometeré con él ante mi Padre en los cielos; ³³ quienquiera que me niegue ante los hombres, también yo lo negaré ante mi Padre en los cielos.

³⁴» No creáis que vine a traer paz a la tierra; no vine a traer

paz, sino espada. ³⁵ Pues vine a separar *al hombre de su padre*^[114] y *a la hija de su madre y a la novia de su suegra*; ³⁶ y *los enemigos de un hombre son sus familiares*.

³⁷» Quien ame a un padre o a una madre por encima de mí, no es digno de mí; y el que ame a un hijo o a una hija por encima de mí, no es digno de mí; ³⁸ y quien no recibe su cruz y sigue detrás de mí, no es digno de mí. ³⁹ El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará.

⁴⁰» Quien os reciba, me recibe, y el que me reciba, recibe a quien me envía. ⁴¹ Quien reciba a un profeta en su condición de profeta, obtendrá paga de profeta, y quien reciba a un justo en su condición de justo, obtendrá paga de justo. ⁴² Y quien dé a beber a uno de estos pequeños un solo vaso de agua fresca en su condición de discípulo, con seguridad os digo que de ninguna manera perderá su paga».

11 ¹ Y cuando terminó Jesús de dar instrucciones a sus doce discípulos, sucedió que se marchó de allí para enseñar y predicar en sus ciudades.

² Y al escuchar Juan en la cárcel las obras del Cristo, le dijo por medio de sus discípulos tras enviarlos: ³ «¿Eres tú el que va a venir^[115] o esperamos a otro?».

⁴ Y, a modo de respuesta, les dijo Jesús: «Marchad y anunciad a Juan lo que oís y veis: ⁵*los ciegos ven* y los cojos andan, los leprosos son limpiados y *los sordos oyen* y *los muertos son resucitados* y los pobres reciben la buena noticia.

⁶ Y es feliz quien no se escandaliza debido a mí».

⁷ Tras irse estos, Jesús comenzó a hablar a las multitudes sobre Juan: «¿Qué vinisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ⁸ ¿Pero qué vinisteis a ver? ¿A un hombre vestido con trajes? Tenéis a quienes llevan trajes en las casas de los reyes. ⁹ ¿Pero qué vinisteis a ver? ¿A un

profeta? Os aseguro que sí, y más que un profeta. ¹⁰ Él es de quien se ha escrito: *Yo envío a un mensajero mío delante de ti, que preparará tu camino delante de ti*^[116].

¹¹» Con seguridad os digo: No ha surgido entre los nacidos de las mujeres nadie mayor que Juan; pero el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él. ¹² Pero desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia y los que usan de la fuerza lo saquean. ¹³ Pues todos los profetas, y la Ley, hasta Juan profetizaron; ¹⁴ y si queréis aceptarlo, él es el Elías que va a venir. ¹⁵ Quien tenga oídos que oiga.

¹⁶» ¿Con qué identificaré a esta generación? Es igual a unos niños sentados^[117] en las plazas que, hablando entre sí, ¹⁷ dicen: *Os tocamos la flauta y no bailasteis, nos lamentamos y no llorasteis*.¹⁸ Pues vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: “Tiene un demonio”. ¹⁹ Vino el Hijo del hombre, comiendo y bebiendo, y dicen: “Aquí tienes un hombre tragón y dado al vino, amigo de publicanos y pecadores”. Y fue juzgada la Sabiduría a tenor de sus hijos».

²⁰ Entonces comenzó a injuriar a las ciudades en las que tuvo lugar la mayor parte de sus milagros, porque no hicieron penitencia: ²¹ «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón hubieran tenido lugar los milagros ocurridos entre vosotras, hace tiempo que hubieran hecho penitencia mediante saco y ceniza. ²² Pero os digo, más llevadero será para Tiro y Sidón en el día del juicio que para vosotras. ²³ Y tú, Cafarnaún, ¿serás elevada hasta el cielo? Bajarás hasta el Hades; porque si en Sodoma hubieran tenido lugar los milagros ocurridos en ti, se mantendrían hasta hoy. ²⁴ Pero os digo que más llevadero será para la tierra de Sodoma en el día del juicio que para ti».

²⁵ En aquel momento, a modo de respuesta, dijo Jesús: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y la tierra, porque ocultaste esto a los sabios e inteligentes y lo revelaste a los ingenuos; ²⁶ sí, Padre, porque así te pareció bien. ²⁷ Todo me fue concedido por mi Padre, y nadie conoce al hijo salvo el Padre, ni conoce nadie al Padre a no ser el hijo, y aquel a quien el hijo quiera desvelarlo.

²⁸» Llegaos a mí todos los que estáis cansados y sobrecargados, y yo os daré descanso. ²⁹ Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, porque soy dulce y humilde de corazón, y *encontraréis descanso para vuestras vidas*^[118]; ³⁰ pues mi yugo es benigno y mi carga leve.

12 ¹ En aquel tiempo cruzó Jesús en sábado por los sembrados; y sus discípulos tuvieron hambre y empezaron a desgranar las espigas y a comer. ² Pero los fariseos al verlo, le dijeron: «Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado». ³ Y él les dijo: «¿No leísteis qué hizo David cuando tuvo hambre (él) y los suyos, ⁴ cómo entró a la casa de Dios y se comieron los panes de la ofrenda, que no les era lícito comer ni a él ni a los suyos, sino solo a los sacerdotes? ⁵ ¿O no tenéis leído en la Ley que el sábado los sacerdotes profanan en el Templo el sábado y son inocentes? ⁶ Pero os digo que esto es mayor que el Templo. ⁷ Si hubierais entendido qué significa *compasión quiero y no sacrificios*^[119], no hubierais condenado a los inocentes. ⁸ Pues señor del sábado es el hijo del hombre^[120]».

⁹ Y partiendo de allí fue a su sinagoga; ¹⁰ y he aquí un hombre con la mano seca. Y le preguntaron diciendo: «¿Es posible curar en sábado?», para acusarlo. ¹¹ Pero él les dijo: «¿Qué hombre de vosotros será el que tenga una única oveja y, si esta cayese a un hoyo en sábado, no la cogerá y la sacará? ¹² Así pues, cuánto aventaja un hombre a una oveja. En

consecuencia, es lícito obrar bien en sábado». ¹³ Entonces dice al hombre: «Extiende tu mano». Y la extendió y volvió a quedar sana como la otra. ¹⁴ Tras salir, los fariseos reunieron un consejo contra él para perderlo.

¹⁵ Pero Jesús, al saberlo, se marchó de allí. Y lo siguieron muchas multitudes, y atendió a todas. ¹⁶ Y les exigió severamente que no lo descubrieran, ¹⁷ para que se cumpliera lo dicho por medio de Isaías el profeta cuando decía: ¹⁸*He aquí mi siervo, al que escogí, mi amado, con el que se complace mi vida; impondré mi espíritu sobre él, y dará a conocer el juicio a las naciones.* ¹⁹*No disputará ni gritará, ni escuchará nadie su voz en las plazas.* ²⁰*No romperá la caña ya rota, y no apagará la mecha humeante, hasta que impulse a la victoria el juicio.* ²¹*Y en su nombre esperarán las naciones*^[121].

²² Entonces le fue presentado un endemoniado ciego y mudo, y lo curó. De manera que el mudo habló y vio. ²³ Y se maravillaron todas las multitudes y decían: «¿Acaso es este el Hijo de David?». ²⁴ Pero los fariseos, al oírlo dijeron: «Este no expulsa los demonios salvo mediante Belcebú, príncipe de los demonios». ²⁵ Pero conocedor de sus pensamientos, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo se arruina, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá en pie. ²⁶ Y si Satanás expulsa a Satanás, se divide contra sí mismo: ¿cómo, entonces, permanecerá en pie su reino? ²⁷ Y si yo expulso demonios mediante Belcebú, vuestros hijos ¿mediante quién expulsan? Por eso ellos serán vuestros jueces. ²⁸ Pero si yo expulso los demonios mediante el Espíritu de Dios, entonces el reino de Dios os alcanzó. ²⁹ ¿O cómo puede alguien entrar a la casa del fuerte y llevarse sus bienes, si no ata primero al fuerte? Y entonces robará su casa. ³⁰ Quien no está conmigo está contra mí, y quien no recoge conmigo, dispersa.

³¹» Por eso os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres pero la blasfemia al Espíritu no será perdonada. ³² Y quien diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero quien diga contra el Espíritu santo, no se le perdonará ni en esta era ni en la siguiente^[122].

³³» O hacéis bueno el árbol y bueno su fruto, o hacéis el árbol marchito y su fruto marchito^[123]; pues por el fruto se conoce el árbol. ³⁴ Crías de víboras, ¿cómo podéis decir cosas buenas siendo malos? Pues la boca habla a partir de las sobras del corazón. ³⁵ El hombre bueno derrama bienes de un tesoro bueno, y el hombre malo derrama males de un tesoro malo. ³⁶ Pero os digo que toda palabra estéril que pronuncian los hombres sobre ella rendirán cuentas en el día del juicio; ³⁷ pues por tus palabras serás juzgado, y por tus palabras serás condenado».

³⁸ Entonces le respondieron algunos de los escribas y fariseos, diciendo: «Maestro, queremos ver una señal que provenga de ti^[124]». ³⁹ Pero él, a modo de respuesta, les dijo: «Una raza malvada y adúltera trata de conseguir una señal, y una señal no se le dará salvo la señal de Jonás el profeta^[125]. ⁴⁰ Pues justamente tal *como estuvo Jonás en el vientre de un monstruo marino durante tres días y tres noches*^[126], de la misma forma estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches. ⁴¹ Los ninivitas resucitarán en el juicio con esta generación y la condenarán, porque hicieron penitencia a causa de la predicación de Jonás, y aquí hay mucho más que Jonás. ⁴² La Reina del sur^[127] se levantará en el juicio con esta generación y la condenará, porque vino de los límites de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón y aquí hay mucho más que Salomón».

⁴³ «Pero cuando el espíritu impuro sale del hombre, cruza por lugares desiertos buscando descanso y no lo encuentra. ⁴⁴

Entonces dice: “Volveré a mi casa, de donde salí”. Y al ir la encuentra vacía, limpia y ordenada. ⁴⁵ Entonces se marcha y lleva consigo otros siete espíritus peores que él y, entrando, se asientan allí; y el final del hombre aquel acaba por ser peor que el principio. Así será con esta generación malvada».

⁴⁶ Mientras todavía hablaba él a las multitudes, he aquí que su madre y hermanos se quedaron fuera pretendiendo hablar con él. ⁴⁷ Alguien le dijo: «Mira, tu madre y tus hermanos se han quedado fuera pretendiendo hablar contigo». ⁴⁸ Él, como respuesta, dijo al que le hablaba: «¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?» ⁴⁹ Y tendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo: «Mira, mi madre y mis hermanos. ⁵⁰ Pues quien haga la voluntad de mi Padre celestial este es mi hermano, mi hermana y mi madre».

13 ¹ En aquel día, tras marcharse Jesús de su casa, se sentó junto al mar; ² y se reunieron con él muchas multitudes, al punto que él se subió a un barco, y toda la multitud se quedó en la costa.

³ Y les habló mucho mediante comparaciones diciendo: «Mirad, un sembrador salió a sembrar. ⁴ Y al sembrar, una parte cayó junto al camino, y llegaron los pájaros y la comieron. ⁵ Y otra parte cayó a terreno rocoso, donde no tenía mucha tierra, y al instante brotó debido a no tener tierra profunda; ⁶ pero, una vez salió el sol, se quemó y por no tener raíz se secó. ⁷ Y otra cayó en los cardos, y crecieron los cardos y la ahogaron. ⁸ Y otra parte cayó en la tierra buena y dio fruto, unas el ciento, otras el sesenta, otras el treinta». ⁹ Y decía: «Quien tenga oídos que oiga».

¹⁰ Y acercándose los discípulos le dijeron: «¿Por qué les hablas mediante comparaciones?». ¹¹ Y él, como respuesta, les dijo: «Porque a vosotros se os ha dado conocer los secretos

del reino de los cielos, pero a aquellos no se les ha dado. ¹² Pues quien tiene, se le dará y le sobrar ; pero quien no tiene, incluso lo que tiene le será quitado. ¹³ Por eso les hablo mediante comparaciones, porque cuando ven no ven, y cuando oyen no oyen ni comprenden, ¹⁴ y se cumple en ellos la profecía de Isaías que dice: *Con el oído oiréis y de ninguna manera comprenderéis, y cuando veáis no veréis y de ninguna manera ver ,* ¹⁵ *pues se endureció el corazón de este pueblo, y con los oídos difícilmente oyeron y sus ojos los cerraron, para no ver con los ojos ni oír con los oídos ni comprender con el corazón y se conviertan y los salve* ^[128]. ¹⁶ En cambio, felices vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. ¹⁷ Con seguridad os digo que muchos profetas y justos ansiaron ver lo que veis y no vieron, y escuchar lo que escuch is y no escucharon.

¹⁸» Así pues, escuchad vosotros el ejemplo del sembrador. ¹⁹ Cuando uno cualquiera escucha la palabra del reino y no comprende, viene el Malo ^[129] y roba lo sembrado en su corazón, este es el sembrado junto al camino. ²⁰ Y el que fue sembrado sobre las piedras, este es el que, pese a oír el relato y tomarlo con alegría, ²¹ no tiene raíz en sí mismo, sino que es inconstante, y llegada una angustia o acoso a causa de la palabra, al instante se escandaliza. ²² Y el sembrado entre cardos, este es el que escucha la palabra, y la preocupación por el mundo ^[130] y el engaño de la riqueza ahoga la palabra y se queda sin fruto. ²³ Pero el que fue sembrado sobre tierra buena, este es el que oye la palabra y la comprende, precisamente el que fructifica y produce el céntuplo, el sesenta, el treinta».

²⁴ Otro ejemplo les expuso, al decir: «El reino de los cielos se igual  a un hombre que siembra buena simiente en su campo. ²⁵ Mientras sus hombres dormían, vino su

enemigo^[131], y sembraba cizaña en medio del trigo y se marchó. ²⁶ Y cuando brotó la hierba y produjo fruto, entonces apareció también la cizaña. ²⁷ Tras acercarse los siervos del dueño de la casa le dijeron: “Señor, ¿no sembraste simiente buena en tu campo? ¿De qué, pues, tiene cizaña?”. ²⁸ Y él les dijo: “Un hombre enemigo lo hizo”. Pero los siervos le dicen: “¿Quieres, entonces, que vayamos y la recojamos?”. ²⁹ Pero él les dice: “No, no sea que al recoger la cizaña arranquéis a la vez el trigo. ³⁰ Dejad que crezcan ambos juntos hasta la siega, y en el momento de la siega diré a los segadores: recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo reunidlo en mi silo”».

³¹ Otro ejemplo les expuso al decir: «El reino de los cielos es igual a la semilla de mostaza, que un hombre cogió y sembró en su campo; ³² es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando crece, es la mayor de las hortalizas y se convierte en un árbol, al punto que vienen *las aves del cielo y anidan en sus ramas*^[132]».

³³ Otro ejemplo les dijo: «El reino de los cielos es igual a levadura, que una mujer tomó y ocultó en tres celemines de harina hasta que todo fermentó». ³⁴ Todo esto dijo Jesús mediante comparaciones a la muchedumbre, y sin comparación nada les decía, ³⁵ para que se cumpliera lo dicho por vía del profeta cuando dijo: *Abriré mediante comparaciones mi boca, proclamaré en voz alta lo ocultado desde el comienzo del mundo*^[133].

³⁶ Entonces, tras dejar a la multitud, se fue a casa. Y se le acercaron sus discípulos para decirle: «Explícanos la comparación de la cizaña del campo». ³⁷ Y él, a modo de respuesta, les dijo: «El que siembra la buena simiente es el Hijo del hombre, ³⁸ y el campo es el mundo, y la buena simiente, estos son los hijos del reino; pero la cizaña son los

hijos del malo^[134], ³⁹ el enemigo, quien la siembra, es el diablo, y la siega es el final de la era^[135] y los segadores son los ángeles. ⁴⁰ Así pues, exactamente tal como se recoge la cizaña y es quemada en el fuego, así será al final de la era; ⁴¹ enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos y los que practican lo contrario a la Ley ⁴² y *los arrojarán al horno del fuego*^[136]; allí estará el llanto y el rechinar de dientes. ⁴³ Entonces los justos relucirán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga.

⁴⁴» El reino de los cielos es igual a un tesoro escondido en el campo, que escondió un hombre al encontrarlo, y por su alegría va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo.

⁴⁵» El reino de los cielos también es igual a aquel hombre comerciante que busca perlas bonitas; ⁴⁶ cuando encuentra una perla preciosa, va y vende todo cuanto tiene y la compra.

⁴⁷» El reino de los cielos también es igual a una red de pesca arrojada al mar y que recoge de toda especie; ⁴⁸ cuando estuvo llena, tras traerla playa arriba y sentarse, recogieron las hermosas^[137] en cajas, pero las estropeadas las echaron fuera.

⁴⁹ Así será en el final de la era: vendrán los ángeles y separarán a los malos de entre medias de los justos ⁵⁰ y *los arrojarán al horno del fuego*^[138]; allí estará el llanto y el rechinar de dientes.

⁵¹» ¿Comprendisteis todo esto?». Le dijeron: «Sí». ⁵² Él les dijo: «Por eso todo escriba que es discípulo del reino de los cielos es igual a un señor de su casa que tira de su tesoro lo nuevo y lo viejo».

⁵³ Y cuando Jesús terminó estas comparaciones se marchó de allí. ⁵⁴ Y al ir a su tierra^[139] les enseñaba en su sinagoga, al punto de que se quedaban fuera de sí y decían: «¿De dónde tiene este esta sabiduría y milagros? ⁵⁵ ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María y sus hermanos

Jacob, José, Simón y Judas? ⁵⁶ ¿Y sus hermanas no están todas entre nosotros? ¿De dónde, pues, le viene todo esto?». ⁵⁷ Y se escandalizaban por él. Pero Jesús les dijo: «No es infamado un profeta salvo en su tierra y en su casa». ⁵⁸ Y no hizo allí muchos milagros por su incredulidad.

14 ¹ En aquel tiempo oyó Herodes el tetrarca el rumor sobre Jesús, ² y dijo a sus sirvientes: «Este es Juan el Bautista; él fue resucitado de los muertos y por eso los milagros se realizan mediante él».

³ Pues Herodes, tras capturar a Juan, lo encadenó y puso en prisión por Herodías, la esposa de Filipo su hermano; ⁴ pues le decía Juan: «No es lícito que la tengas». ⁵ Y, pese a que quería matarlo, temía a la muchedumbre, porque lo tenían por profeta.

⁶ Llegado el aniversario de Herodes, la hija de Herodías bailó en el centro y agradó a Herodes, ⁷ por lo que, con un juramento, se comprometió con ella a concederle lo que pidiera. ⁸ Y ella, inducida por su madre, dijo: «Dame ahora sobre una fuente la cabeza de Juan el Bautista». ⁹ Y disgustado el rey por los juramentos y los presentes ordenó que fuera entregada, ¹⁰ y envió a decapitar a Juan en la cárcel. ¹¹ Y le fue traída su cabeza sobre una fuente y fue entregada a la muchacha, y la llevó a su madre. ¹² Y se acercaron allí sus discípulos y cogieron el cadáver y lo enterraron y fueron a decírselo a Jesús.

¹³ Cuando lo oyó Jesús, se marchó de allí en barco hacia el desierto solo; y al oírlo las multitudes, lo siguieron a pie desde las ciudades. ¹⁴ Y al salir vio una gran muchedumbre y se conmovió por ellos y atendió a sus enfermos.

¹⁵ Llegada la tarde se le acercaron los discípulos para decirle: «El lugar está desierto y ya pasó la hora; despide a la

muchedumbre para que se vayan a las aldeas y se compren alimentos». ¹⁶ Pero Jesús les dijo: «No tienen necesidad de irse, dadles de comer vosotros». ¹⁷ Pero ellos le dicen: «No tenemos aquí salvo cinco panes y dos peces». ¹⁸ Y él dijo: «Traédmelos aquí». ¹⁹ Y tras animar a la gente a reclinarsse sobre la hierba, tomando los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo, los bendijo y, tras partirlos, dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la muchedumbre. ²⁰ Y comieron todos y se hartaron, y recogieron como sobrante de los trozos doce cestos llenos. ²¹ Y los que comieron eran unos cinco mil varones, sin mujeres ni niños.

²² Y al instante obligó a los discípulos a subir a un barco y adelantarse al otro lado, mientras él despedía a la muchedumbre. ²³ Y tras despedir a la muchedumbre se marchó solo al monte a rezar. Y llegada la tarde estaba él allí. ²⁴ Y el barco ya distaba muchos estadios de la tierra, agitado por las olas, pues el viento era contrario. ²⁵ A la cuarta hora de la noche fue hacia ellos caminando sobre el mar. ²⁶ Y los discípulos, al verlo caminar sobre el mar, se aterrorizaron y dijeron: «Es un fantasma», y se pusieron a gritar de miedo. ²⁷ Al instante Jesús les habló diciendo: «Tened confianza, soy yo; no temáis». ²⁸ A modo de respuesta, le dijo Pedro: «Señor, si eres tú, ordéname ir hacia ti sobre las aguas». ²⁹ Y él dijo: «Ven». Y bajando del barco Pedro caminó sobre las aguas y fue hacia Jesús. ³⁰ Pero al ver que el viento era fuerte temió, y tras empezar a naufragar gritaba, diciendo: «¡Señor, sálvame!». ³¹ Al instante, Jesús, tendiendo la mano, lo cogió y le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué empezaste a dudar?». ³² Y tras subir ellos al barco el viento se calmó. ³³ Los del barco se arrodillaron ante él diciendo: «Verdaderamente eres el hijo de Dios^[140]».

³⁴ Y tras cruzar, se dirigieron a tierra, a Genesaret. ³⁵ Y

reconociéndolo los hombres de aquel lugar, enviaron recado a toda la región aquella y le presentaron todos los enfermos, ³⁶ y le pedían que le tocaran aunque fuera el borde de su manto; y cuantos lo tocaron fueron curados.

15 ¹ Entonces se acercan a Jesús desde Jerusalén unos fariseos y escribas que decían: ² «¿Por qué tus discípulos descuidan la tradición de los ancianos? Pues no lavan sus manos cuando comen pan». ³ Él, a modo de respuesta, les dijo: «¿Por qué también vosotros transgredís el precepto de Dios a causa de vuestra tradición? ⁴ Pues Dios dijo: *Honra a tu padre y a tu madre*^[141], y quien maldiga a su padre o a su madre, muera^[142]. ⁵ Pero vosotros decís: el que diga a su padre o a su madre: “Es un don aquello en lo que de mi parte seáis ayudados”, ⁶ de ninguna manera honrará a su padre; y anulasteis la ley de Dios a causa de vuestra tradición. ⁷ Hipócritas, bien profetizó sobre vosotros Isaías cuando decía:⁸*Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón se aleja de mí; en vano me veneran mientras enseñan como doctrinas*^[143] *preceptos de hombres*». ¹⁰ Y convocando a la multitud les dijo: «Escuchad y comprended: ¹¹ No lo que entra por la boca mancha al hombre, sino lo que sale de la boca, esto mancha al hombre».

¹² Entonces, tras acercarse, los discípulos le dicen: «¿Sabes que los fariseos, cuando escucharon tu discurso, se escandalizaron?». ¹³ Y él, a modo de respuesta, les dijo: «Toda planta que no plantó mi Padre celestial será arrancada de raíz. ¹⁴ Dejadlos; son guías ciegos de ciegos; si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán a un pozo».

¹⁵ A modo de respuesta, le dijo Pedro: «¿Háznos entender esta comparación». ¹⁶ Y él dijo: «¿Todavía sois también vosotros unos necios? ¹⁷ ¿No sabéis que todo lo que entra en

la boca avanza hasta la tripa y es arrojado al retrete? ¹⁸ Pero lo que sale de la boca procede del corazón, y esto profana al hombre. ¹⁹ Pues del corazón provienen los malos pensamientos, asesinatos, adulterios, actos lascivos, robos, calumnias, blasfemias. ²⁰ Esto es lo que profana al hombre, pero comer con las manos sin lavar no profana al hombre».

²¹ Y marchándose de allí Jesús se retiró a las regiones de Tiro y Sidón. ²² Y he aquí que una mujer cananea, procedente de aquellas regiones, gritaba diciendo: «¡Compadécete de mí, Señor, hijo de David!; mi hija está malamente endemoniada».

²³ Pero él no le respondía ni palabra. Y tras acercarse sus discípulos le pidieron, diciendo: «Despídela, porque grita detrás de nosotros». ²⁴ Él les dijo, a modo de respuesta: «No fui enviado salvo a las ovejas perdidas de la casa de Israel». ²⁵ Pero ella, tras acercarse, se puso ante él de rodillas diciendo: «Señor, ayúdame». ²⁶ Y él le dijo, a modo de respuesta: «No es bueno tomar el pan de los hijos para arrojarlo a los cachorros». ²⁷ Pero ella dijo: «Sí, señor, pues también los cachorros comen de las migas caídas de la mesa de sus señores». ²⁸ Entonces, a modo de respuesta, le dijo Jesús: «Mujer, grande es tu confianza; que te suceda como desees». Y recobró la salud su hija desde aquel momento.

²⁹ Y tras marcharse de allí Jesús se fue junto al mar de Galilea, y yendo al monte se quedó allí. ³⁰ Y se le acercó una numerosa multitud con cojos, ciegos, lisiados, mudos, entre ellos, y otros muchos, y echaron a sus pies y los curó a todos; ³¹ al punto que la muchedumbre se maravilló al ver a los mudos hablando, a los lisiados sanos, a los cojos caminando y a los ciegos viendo; y glorificaban al Dios de Israel.

³² Tras hacer venir a sus discípulos, Jesús dijo: «Me compadezco de esta muchedumbre, porque ya hace tres días que se quedan junto a mí y no tienen qué comer; y

despedirlos ayunos no quiero, no sea que desfallezcan por el camino». ³³ Y le dicen los discípulos: «¿De dónde tendremos en un desierto tantos panes como para saciar a semejante multitud?» ³⁴ Y les dice Jesús: «¿Cuántos panes tenéis?». Y ellos dijeron: «Siete y unos pocos pececillos». ³⁵ Y tras mandar a la multitud que se reclinara en tierra, ³⁶ tomó los siete panes y los peces y, tras bendecirlos, los partió y los dio a los discípulos, y los discípulos a la multitud. ³⁷ Y comieron todos y se hartaron. Y como sobrante de los trozos recogieron siete cestos llenos. ³⁸ Y los que comieron eran cinco mil varones, sin mujeres ni niños.

³⁹ Y tras despedir a la multitud, se subió al barco y se dirigió a la región de Magadán.

16 ¹ Y se acercaron unos fariseos y saduceos para tentarlo y le pidieron que les mostrara una señal del cielo^[144]. ² Pero él, a modo de respuesta, les dijo: «Al llegar la tarde decís: “Buen tiempo”, pues se vuelve rojizo el cielo; ³ y por la mañana: “Hoy tormenta”, pues se vuelve rojizo al ensombrecerse el cielo. ¿Sabéis juzgar el rostro del cielo, pero las señales de los momentos concretos no podéis? ⁴ Una generación malvada y adúltera pide una señal, y no se le dará otra señal que la señal de Jonás». Y dejándolos atrás se marchó.

⁵ Y al ir sus discípulos al otro lado del mar, olvidaron coger panes. ⁶ Y Jesús les dijo: «Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos». ⁷ Y ellos conversaban entre sí diciendo: «No cogimos panes». ⁸ Pero como lo supo, dijo Jesús: «¿Qué comentáis entre vosotros, hombres de poca fe, que no tenéis panes? ⁹ ¿Todavía no comprendéis ni recordáis los cinco panes de los cinco mil y cuántos cestos cogisteis? ¹⁰ ¿Ni los siete panes de los cuatro mil y cuántas cestas cogisteis? ¹¹ ¿Cómo no sabéis que no os hablé sobre panes? Y guardaos

de la levadura de los fariseos y saduceos». ¹² Entonces comprendieron que no dijo que se guardaran de la levadura de los panes, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos.

¹³ Al ir Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó Jesús a sus discípulos diciendo: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?». ¹⁴ Y ellos dijeron: «Unos que Juan el Bautista, pero otros que Elías, y otros que uno de los profetas». ¹⁵ Les dice: «¿Y vosotros quién decís que soy yo?». ¹⁶ Como respuesta, le dijo Pedro: «Tú eres el Cristo, el hijo del Dios vivo». ¹⁷ Y como respuesta, le dijo Jesús: «Eres afortunado, Simón Bariona^[145], porque la carne y la sangre^[146] no te lo revelaron, sino mi Padre celestial. ¹⁸ Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi iglesia^[147], y las puertas del Hades^[148] no la vencerán. ¹⁹ Te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos». ²⁰ Entonces ordenó a los discípulos que a nadie dijeran que él era el Cristo.

²¹ Desde entonces empezó Jesús a indicarles que era preciso que fuera a Jerusalén y sufriera mucho de parte de los ancianos, y sumos sacerdotes y escribas, y que moriría y que al tercer día sería resucitado. ²² Y tras llevarlo aparte Pedro, comenzó a conminarlo diciendo: «¡Dios te sea propicio, Señor; nunca te ocurrirá eso!». ²³ Y él, volviéndose, le dijo a Pedro: «¡Vete de mí, Satanás; eres un escándalo para mí, porque no consideras las cosas de Dios sino las de los hombres!».

²⁴ Entonces, Jesús dijo a sus discípulos: «Si alguno quiere venir tras de mí, que se niegue y coja su cruz y me siga. ²⁵ Pues quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará. ²⁶ ¿Pues en qué se verá beneficiado un hombre si adquiere todo el mundo pero perjudica su vida?

²⁷ Pues el Hijo del hombre va a venir mediante la gloria de su Padre y entonces *retribuirá a cada uno según sus acciones*^[149].

²⁸ Con seguridad os digo que hay algunos de los que están aquí que no probarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre venir a su reino».

17 ¹ Y después de seis días, toma Jesús aparte a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los sube a un monte alto a solas. ² Y se transformó ante ellos, y brilló su rostro como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. ³ Y he aquí que se les apareció en una visión Moisés y Elías conversando con él. ⁴ A modo de respuesta, dijo Pedro a Jesús: «Señor, es hermoso que nosotros estemos aquí; si quieres, haré aquí tres tiendas, para ti una, otra para Moisés y para Elías otra». ⁵ Mientras él todavía hablaba, he aquí que una nube resplandeciente los cubrió, y he aquí una voz procedente de la nube que decía: «Este es mi hijo el amado, con el que me complací; escuchadlo».

⁶ Y al escucharla los discípulos cayeron bocabajo y se atemorizaron terriblemente. ⁷ Y se acercó Jesús, y tocándolos dijo: «Levantaos y no temáis». ⁸ Pero al levantar los ojos, a nadie vieron salvo a Jesús solo.

⁹ Y mientras bajaban del monte los conminó Jesús diciendo: «A nadie contéis la visión hasta que el Hijo del hombre sea resucitado de los muertos». ¹⁰ Y los discípulos le preguntaron diciendo: «¿Por qué, pues, dicen los escribas que *es preciso que Elías venga primero?*»^[150]. ¹¹ Y él, a modo de respuesta, les dijo: «*Elías vendrá y restablecerá todo*; ¹² pero yo os digo que Elías ya vino y no lo reconocieron, sino que hicieron en él todo cuanto quisieron; de la misma manera, el Hijo del hombre va a sufrir a manos de ellos». ¹³ Entonces comprendieron los discípulos que les había hablado sobre Juan el Bautista.

¹⁴ Y una vez se dirigieron hacia la muchedumbre, se le acercó un hombre que cayó de rodillas ante él ¹⁵ y decía: «Señor, compadécete de mi hijo, porque es un lunático y es desgraciado; pues muchas veces se tira al fuego y muchas veces al agua. ¹⁶ Y lo presenté ante sus discípulos, y no pudieron curarlo». ¹⁷ A modo de respuesta, le dijo Jesús: «¡Oh generación incrédula y extraviada!, ¿hasta cuándo estaré entre vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? ¡Traédmelo aquí!». ¹⁸ Y lo conminó Jesús y expulsó de él el demonio, y el niño quedó curado desde ese momento.

¹⁹ Entonces, tras acercarse los discípulos a Jesús aparte, dijeron: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?». ²⁰ Y Jesús les dice: «A causa de vuestra poca fe; pues con seguridad os digo: si tuvierais una esperanza como una semilla de mostaza, diríais a este monte: “Vete de aquí allí”, y se iría; y nada os sería imposible».

²² Al volver a Galilea^[151], les dijo Jesús: «El Hijo del hombre va a ser entregado a manos de los hombres, ²³ y lo matarán, y al tercer día será resucitado». Y se entristecieron mucho.

²⁴ Tras dirigirse a Cafarnaún, se acercaron a Pedro los que recaudan la didracma^[152] y dijeron: «¿Vuestro maestro no paga la didracma?». ²⁵ Dice: «Sí». Y cuando iba hacia casa lo adelantó Jesús diciendo: «¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quién recaudan impuestos o un censo^[153]? ¿De sus hijos o de otros?». ²⁶ Y tras responder: «De otros», le dijo Jesús: «Es que entonces son libres^[154] sus hijos. ²⁷ Para que no los escandalicemos, dirigete al mar y arroja un anzuelo y toma el primer pez que caiga, y cuando hayas abierto su boca encontrarás una estatera^[155]; tómala y dásela por ti y por mí».

18 ¹ En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús para decirle: «¿Quién será mayor en el reino de

los cielos?». ² Y tras hacer venir a un niño, lo situó en medio de ellos ³ y dijo: «Con seguridad os digo: si no cambiáis y os volvéis como los niños, de ninguna manera entraréis en el reino de los cielos. ⁴ Así pues, quien se humille como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos. ⁵ Y quien reciba a un niño semejante en mi nombre, a mí me recibe.

⁶» Quien escandalice a uno de estos pequeños que confían en mí, le conviene que una piedra de molino movida por un asno esté colgada de su cuello y naufrague en alta mar. ⁷ ¡Ay del mundo por los escándalos! Pues es necesario que vengan escándalos, pero ¡ay del hombre debido al cual viene el escándalo! ⁸ Y si tu mano o tu pie te escandaliza, córtalo y arrójalo de ti; mejor es para ti que entres a la vida lisiado o cojo que ser arrojado al fuego eterno con dos manos o dos pies. ⁹ Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrójalo lejos de ti; mejor para ti es ser tuerto para entrar en la vida que ser arrojado a la gehenna del fuego con los dos ojos.

¹⁰» Cuidad de no despreciar a uno de estos pequeños; pues os digo que sus ángeles celestiales en todo momento ven el rostro de mi Padre celestial^[156].

¹²» ¿Qué os parece? Si un hombre tuviera cien ovejas y se extraviara una de ellas, ¿no dejará las noventa y nueve en el monte y marchará a buscar la extraviada? ¹³ Y si le sucede encontrarla, con seguridad os digo que se alegra por ella más que por las noventa y nueve que no se extraviaron. ¹⁴ De la misma manera, no es deseo de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños.

¹⁵» Y si peca contra ti tu hermano, ve y acúsalo entre tú y él solos. Si te oyera, ganarías a tu hermano; ¹⁶ pero si no te oyera, toma contigo todavía a uno o dos, para que *con el testimonio de dos o tres testigos quede todo dicho*^[157]. ¹⁷ Pero si llegado el

caso los desobedeciera, dilo a la asamblea; y si también desobedeciera a la asamblea, sea para ti como el gentil o el publicano.¹⁸ Con seguridad os digo: cuanto atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y cuanto desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo.

¹⁹» También os digo que si, llegado el caso, dos están de acuerdo entre ellos sobre la tierra en alguna cosa que pidan, la obtendrán de mi Padre celestial. ²⁰ Pues cuando dos o tres se han reunido en mi nombre, allí en medio de ellos estoy».

²¹ Entonces, acercándose, Pedro le dijo: «Señor, ¿cuántas veces pecará contra mí mi hermano y lo perdonaré? ¿Hasta siete veces?». ²² Le dice Jesús: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta y siete veces.

²³» Por eso el reino de los cielos es igual a un rey que quiso arreglar cuentas con sus esclavos. ²⁴ Cuando empezó a ajustarlas, se le presentó un deudor de diez mil talentos^[158]. ²⁵ Como no pudiera pagar, mandó el señor que él y su mujer fueran vendidos, y sus hijos y todo cuanto tuviera, y los devolviera. ²⁶ Así pues, cayendo a tierra, el esclavo se arrodilló ante él para decir: “Ten paciencia conmigo, y te devolveré todo”. ²⁷ Y tras apiadarse de aquel esclavo lo despidió y le perdonó la deuda. ²⁸ Pero al marcharse el esclavo aquel encontró a uno de sus compañeros de esclavitud que le debía cien denarios^[159], y tras cogerlo lo angustiaba diciendo: “Dame lo que me debes”. ²⁹ Así pues, cayendo el compañero, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo, y te lo devolveré”. ³⁰ Pero él no aceptó, sino que fue y lo echó a la cárcel hasta que devolviera la deuda. ³¹ Y al ver los compañeros de esclavitud lo sucedido se entristecieron mucho y fueron y relataron a su señor todo lo ocurrido. ³² Entonces, tras hacerle venir, le dice su señor: “Mal esclavo, te perdoné toda la deuda aquella pues me lo suplicaste; ³³ ¿no era

menester que también tú te compadecieras de tu compañero como yo te compadecí?”. ³⁴ E, irritado, su señor lo entregó a los carceleros hasta que devolviera toda la deuda. ³⁵ De la misma manera también hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano».

19 ¹ Y sucedió que, cuando Jesús terminó estos discursos, partió de Galilea y se dirigió a la región de Judea al otro lado del Jordán. ² Y los siguió una numerosa multitud, y los curó allí.

³ Y se le acercaron fariseos para tentarlo y decirle si le es lícito a un hombre despedir a su mujer por algún motivo. ⁴ Él, a modo de respuesta, dijo: «¿No leísteis que el creador, desde el principio, *macho y hembra los creó?*»^[160]. ⁵ Y dijo: «*Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y será fiel a su mujer, y los dos acabarán por ser una carne*^[161]. ⁶ De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios unió no lo separe un hombre». ⁷ Le dicen: «Así pues, ¿por qué Moisés prescribió dar un libelo de repudio y despedirla?». ⁸ Les dice: «Moisés, a causa de vuestra dureza de corazón, os ordenó repudiar a vuestras mujeres, pero al principio no sucedió así. ⁹ Os digo que quien repudie a su mujer no por adulterio y se case comete adulterio con la otra».

¹⁰ Le dicen sus discípulos: «Si así es la condición del hombre con la mujer, no conviene casarse». ¹¹ Pero él les dijo: «No todos son capaces de entender esta palabra, sino aquellos a quienes se les ha concedido. ¹² Pues hay eunucos que del vientre de su madre nacieron así, y hay eunucos que fueron hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron eunucos a sí mismos a causa del reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda».

¹³ Entonces le fueron presentados unos niños para que les impusiera las manos y rezase; pero los discípulos se lo

impidieron. ¹⁴ Y Jesús dijo: «Dejad a los niños y no impidáis que se acerquen a mí, pues de los que son así es el reino de los cielos». ¹⁵ Y, tras imponerles las manos, se marchó de allí.

¹⁶ Y he aquí que uno se le acercó y le dijo: «Maestro, ¿qué obra buena haré para conseguir vida eterna?». ¹⁷ Y él le dijo: «¿Por qué me preguntas sobre el bien? Uno es el bien: si quieres entrar en la vida, cumple los preceptos». ¹⁸ Le dice: «¿Cuáles?». Jesús le dijo: «*No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio,*¹⁹ *honra a tu padre y a tu madre*^[162], y *amarás a tu vecino como a ti mismo*^[163]». ²⁰ Le dice el joven: «Todo eso lo cumplí; ¿qué me falta todavía?». ²¹ Le dijo Jesús: «Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y sígueme». ²² Al oírlo, el joven se marchó entristecido; pues tenía muchas posesiones.

²³ Y Jesús dijo a sus discípulos: «Con seguridad os digo que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos. ²⁴ Y también os digo, es más fácil que un camello atravesase el agujero de una aguja que un rico entre en el reino de Dios». ²⁵ Al oírlo, los discípulos se espantaron enormemente y dijeron: «¿Quién entonces puede ser salvado?». ²⁶ Y mirándolos, les dijo Jesús: «Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible».

²⁷ Entonces, le dijo Pedro, a modo de respuesta: «Mira que nosotros dejamos todo y te seguimos; ¿qué tendremos entonces?». ²⁸ Y Jesús les dijo: «Con seguridad os digo que vosotros los que me seguisteis, en la resurrección, cuando se siente el Hijo del hombre sobre su trono de gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. ²⁹ Y todo el que dejó casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos, campos por mi nombre, recibirá el céntuplo y heredará una vida eterna. ³⁰ Y muchos

primeros serán los últimos, y últimos que serán los primeros».

20 ¹ «Pues el reino de los cielos es igual a un señor de su casa, que salió de mañana a su viña para contratar trabajadores. ² Tras ponerse de acuerdo con los trabajadores en un denario al día los envió a la viña. ³ Y saliendo alrededor de la tercera hora vio a otros que estaban en el mercado sin trabajar, ⁴ y les dijo a esos: “Venid también vosotros a la viña, y os daré lo que sea justo”. ⁵ Y ellos fueron. Y yendo de nuevo alrededor de la hora sexta y novena hizo lo mismo. ⁶ Alrededor de las once encontró a otros que estaban allí, y les dice: “¿Por qué estáis aquí todo el día sin trabajar?”. ⁷ Le dicen: “Porque nadie nos contrató”. Les dice: “Venid también vosotros a la viña”. ⁸ Y llegada la tarde, dice el señor de la viña a su administrador: “Llama a los trabajadores y págales el jornal, comenzando de los últimos a los primeros”. ⁹ Y yendo los de la hora oncena tomaron a razón de un denario. ¹⁰ Y cuando fueron los primeros creyeron que cobrarían más; y cobraron a razón de un denario también ellos. ¹¹ Al cogerlo, murmuraron contra el señor ¹² diciendo: “Estos últimos trabajaron una hora y los hiciste iguales a nosotros que soportamos el peso del día y el calor ardiente”. ¹³ Pero él le dijo como respuesta a uno de ellos: “Amigo, no cometo injusticia contra ti. ¿No te pusiste de acuerdo conmigo en un denario? ¹⁴ Coge lo tuyo y vete. Y quiero dar al último como a ti. ¹⁵ ¿Acaso no me es lícito hacer lo que quiera en lo mío? ¿O tu ojo es malo porque yo soy bueno?”. ¹⁶ De la misma manera, los últimos serán los primeros, y los primeros, los últimos^[164]».

¹⁷ Y al subir Jesús a Jerusalén, llevó consigo solo a los doce discípulos, y les dijo: ¹⁸ «Mirad que vamos a Jerusalén y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y escribas, y lo condenarán a muerte ¹⁹ y lo entregarán a los

gentiles para burlarse de él, flagelarlo y crucificarlo, y al tercer día será resucitado».

²⁰ Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos para arrodillarse ante él y pedirle algo. ²¹ Y él le dijo: «¿Qué quieres?». Le dice: «Dime que estos dos hijos míos se sentarán uno a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu reino». ²² Y a modo de respuesta, le dijo Jesús: «No sabes lo que pides. ¿Podéis beber el vaso que yo voy a beber?». Le dicen: «Podemos». ²³ Les dice: «Bebed mi vaso, pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda no es cosa mía concederlo, salvo a quienes esté preparado por mi Padre».

²⁴ Y cuando lo oyeron los diez, se enfadaron con los dos hermanos. ²⁵ Y Jesús, tras hacerles venir, dijo: «Sabéis que los príncipes de los gentiles los someten y los grandes ejercen su autoridad sobre ellos. ²⁶ No será así entre vosotros, sino que el que quiera ser entre vosotros grande, será siervo vuestro, ²⁷ y quien quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; ²⁸ exactamente de la misma manera que el Hijo del hombre no quiso ser servido, sino servir y dar su vida como rescate a favor de muchos».

²⁹ Y cuando se marchaban de Jericó, lo siguió una numerosa muchedumbre. ³⁰ Y he aquí que dos ciegos sentados junto al camino, al oír que Jesús viene, gritaron diciendo: «Compadécete de nosotros, Señor, Hijo de David». ³¹ Pero la multitud los conminó a callarse; pero ellos gritaron más diciendo: «Compadécete de nosotros, Señor, Hijo de David». ³² Y parándose Jesús los llamó y dijo: «¿Qué queréis que os haga?». ³³ Le dicen: «Señor, que se abran nuestros ojos». ³⁴ Y, conmovido, Jesús tocó sus ojos, y al instante vieron y lo siguieron.

21

¹ Y cuando se acercaron a Jerusalén y fueron a

Betfagé, junto al monte de los Olivos, entonces Jesús envió a dos discípulos, ² diciéndoles: «Id a la aldea frente a vosotros, y al instante encontraréis una burra atada y un pollino con ella; desatadlos y traédme los. ³ Y si alguien os dice algo, le diréis que el señor tiene necesidad de ellos». ⁴ Esto ocurrió para que se cumpla lo dicho mediante el profeta cuando dice: ⁵*Decid a la hija de Sión: Mira, tu rey vendrá a ti tranquilo montado en un burro, en un pollino hijo de acémila*^[165].

⁶ Y tras marcharse los discípulos y hacer tal como les ordenó Jesús, ⁷ trajeron la burra y el pollino y les colocaron las mantas, y se sentó sobre ellos. ⁸ Y una grandísima multitud extendió sus propios mantos en el camino, y otros cortaron ramas de árboles y las extendían en el camino. ⁹ Y las gentes que lo precedían y seguían gritaban diciendo: *¡Hosanna*^[166] *al Hijo de David!*^[167]. *Bendito el que viene en nombre del Señor; Hosanna en las alturas*^[168]. ¹⁰ Y cuando entró en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad diciendo: «¿Quién es este?». ¹¹ Y las gentes decían: «Este es el profeta Jesús de Nazaret, de Galilea».

¹² Y entró Jesús al Templo y arrojó a todos los que vendían y compraban en el Templo, y las mesas de los cambistas las derribó y las sillas de los que vendían las palomas, ¹³ y les dice: «Está escrito: *Mi casa será llamada casa de oración*^[169]. Pero vosotros la habéis hecho *cueva de bandoleros*^[170]».

¹⁴ Y se le acercaron ciegos y cojos en el Templo, y los curó. ¹⁵ Pero al ver los sumos sacerdotes y los escribas los milagros que hizo y a los niños que gritaban en el Templo y decían: «¡Hosanna al Hijo de David!», se indignaron ¹⁶ y le dijeron: «¿Escuchas qué dicen estos?». Y Jesús les dice: «Sí. ¿Nunca leísteis que *de la boca de los niños y de los que maman me*

procuré alabanza?»^[171].¹⁷ Y dejándolos atrás salió de la ciudad hacia Betania y acampó allí.

¹⁸ Por la mañana, cuando volvía a la ciudad, tuvo hambre. ¹⁹ Y al ver una higuera junto al camino fue hacia ella y nada encontró en ella salvo hojas, y le dice: «Ya no saldrá fruto de ti jamás». Y se secó inmediatamente la higuera.

²⁰ Y al verlo los discípulos se admiraron diciendo: «¿Cómo se secó inmediatamente la higuera?». ²¹ Como respuesta les dijo Jesús: «Con seguridad os digo: si tenéis confianza y no dudáis, no solo haréis lo de la higuera, sino que incluso si le dijerais a este monte: “Levántate y arrójate al mar”, se haría; ²² y todo cuanto pidáis mediante oración confiando, lo recibiréis».

²³ Y después de entrar en el Templo, mientras enseñaba se le acercaron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo para decirle: «¿Mediante qué poder hacer esto? ¿Y quién te dio este poder?». ²⁴ Como respuesta, les dijo Jesús: «También yo os haré una pregunta, que si me decís, también yo os diré mediante qué poder hago estas cosas^[172]: ²⁵ ¿De dónde venía el bautismo de Juan?, ¿del cielo o de los hombres?». Ellos deliberaban entre sí diciendo: «Si decimos: “Del cielo” nos dirá: “¿Por qué no creísteis en él?”. ²⁶ Pero si decimos: “De los hombres”, tememos a la multitud, pues todos tiene a Juan por profeta». ²⁷ Y como respuesta dijeron a Jesús: «No sabemos». Y les dijo él: «Ni yo os digo mediante qué poder hago estas cosas».

²⁸ «¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Y acercándose al primero le dijo: “Hijo, venga, mañana trabaja en la viña”. ²⁹ Como respuesta le dijo: “No quiero”, pero después, arrepentido, fue. ³⁰ Acercándose al otro, le dijo lo mismo. Y él, como respuesta, le dijo: “Yo^[173], Señor”, y no fue. ³¹ ¿Cuál de los dos cumplió la voluntad de su padre?». Dicen:

«El primero». Les dice Jesús: «Con seguridad os digo que los publicanos y prostitutas entrarán en lugar vuestro en el reino de Dios. ³² Pues vino Juan a vosotros por un camino justo, y no confiasteis en él, pero los publicanos y prostitutas confiaron en él. Y vosotros, al verlo, ni os habéis arrepentido después para creer en él.

³³» Escuchad otra comparación: Había un señor de su casa que plantó una viña, puso en derredor una cerca, excavó una prensa, construyó una vivienda encima, la entregó a sus campesinos y se marchó. ³⁴ Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus esclavos a los campesinos para recoger sus frutos. ³⁵ Y tomando los campesinos a los esclavos, a uno lo apalearon, a otro lo mataron, y a otro lo apedrearon. ³⁶ De nuevo envió a otros esclavos más que los primeros, y les hicieron lo mismo. ³⁷ Y por último les envió a su hijo diciendo: “Sentirán vergüenza ante mi hijo”. ³⁸ Pero los campesinos, al ver al hijo, dijeron entre sí: “Este es el heredero; matémoslo ahora y obtengamos su herencia”. ³⁹ Y tomándolo, lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron. ⁴⁰ Así pues, cuando llegue el señor de la viña, ¿qué les hará los campesinos aquellos?». ⁴¹ Le dicen: «A esos malvados los perderá malamente y dará la viña a otros campesinos, los cuales le darán sus frutos en su momento».

⁴² Les dice Jesús: «¿Nunca leísteis en las Escrituras: *La piedra que rechazaron los albañiles, esta se convirtió en angular; del Señor vino ella y es maravillosa a nuestros ojos*^[174]?». ⁴³ Por eso os digo que el reino de Dios os será quitado y entregado a una nación que dé sus frutos. ⁴⁴ [Y el que caiga sobre esta piedra se destrozará; pero sobre quien caiga lo aplastará]».

⁴⁵ Y al escuchar los sumos sacerdotes y fariseos sus comparaciones supieron que sobre ellos hablaba; ⁴⁶ y

buscando prenderlo, temieron a la multitud, pues lo tenían por profeta.

22 ¹ Y les dijo de nuevo Jesús como respuesta mediante comparaciones, diciendo: ² «El reino de los cielos se parece a un rey que celebró las bodas de su hijo. ³ Y envió a sus esclavos a llamar a los invitados a la boda, y no quisieron ir. ⁴ De nuevo envió a otros esclavos, diciendo: “Decid a los invitados: he preparado mis mejores cosas, mis toros y cebones sacrificios, y todo preparado; venid a la boda”. ⁵ Unos, sin preocuparse, se marcharon, uno a su campo, otro a su negocio; ⁶ los restantes, tras coger a los esclavos de aquel, los ultrajaron y mataron. ⁷ Y el rey se enfadó y tras enviar a sus tropas, mató a los asesinos aquellos y quemó su ciudad. ⁸ Entonces dice a sus esclavos: “La boda está preparada, pero los invitados no eran dignos; ⁹ así pues, marchad a las encrucijadas de los caminos y a cuantos encontréis invítadlos a la boda”. ¹⁰ Y tras partir estos esclavos hacia los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos; y se llenó la boda de gente recostada a la mesa. ¹¹ Y entró el rey a observar a los recostados a la mesa y vio allí a un hombre que no vestía la vestimenta de boda, ¹² y le dice: “Compañero, ¿cómo viniste aquí sin vestimenta de boda?”. Y él enmudeció. ¹³ Entonces el rey dijo a los sirvientes: “Tras atarle los pies y las manos arrojadlo a la oscuridad de fuera; allí estará el llanto y el rechinar de dientes”. ¹⁴ Pues muchos son los llamados, pero pocos los elegidos».

¹⁵ Marchándose entonces los fariseos tomaron consejo para sorprenderlo de palabra. ¹⁶ Y envían a sus discípulos ante él junto con herodianos para decirle: «Maestro, sabemos que eres recto y que enseñas con rectitud el camino de Dios y no te preocupas por nadie, pues no miras el rostro de los hombres^[175]. ¹⁷ Dinos, pues, qué te parece: ¿Se atiende a la

Ley^[176] pagar el censo al César o no?». ¹⁸ Pero como conociera Jesús su maldad, les dijo: «¿Por qué me tentáis, hipócritas? ¹⁹ Mostradme una moneda del censo». Y le trajeron un denario. ²⁰ Y les dice: «¿De quién es la imagen esta y la inscripción?». ²¹ Le dicen: «Del César». Entonces les dice: «Devolved^[177], pues, al César lo del César, y lo de Dios, a Dios». ²² Y al escucharlo se admiraron, y dejándolo se fueron.

²³ Aquel día se le acercaron unos saduceos diciendo que no hay resurrección^[178], y le preguntaron ²⁴ diciendo: «Maestro, Moisés dijo *“Si uno muere sin hijos, su hermano tomará a su esposa y suscitará descendencia para su hermano”*^[179]». ²⁵ Había entre nosotros siete hermanos; y el primero tomo esposa y murió y, no dejando descendencia, dejó su mujer a su hermano. ²⁶ Igualmente el segundo y el tercero, hasta los siete. ²⁷ Y después de todos, la mujer murió. ²⁸ Así pues, en la resurrección, ¿de cuál de los siete será esposa? Pues todos la tuvieron». ²⁹ Les dijo Jesús como respuesta: «Os equivocáis por no conocer las Escrituras ni la fuerza de Dios; ³⁰ pues en la resurrección ni desposan ni son desposadas, sino que son como ángeles en los cielos. ³¹ Pero sobre la resurrección de los muertos, ¿no leísteis lo dicho por Dios cuando decía: ³²“Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”^[180]? No es Dios de muertos, sino de vivos”». ³³ Y al oírlo la multitud quedó fuera de sí por su enseñanza.

³⁴ Y los fariseos, al oír que hacía callar a los saduceos, se reunieron allí mismo. ³⁵ Y uno de ellos, conocedor de la Ley, le preguntó para tentarlo: ³⁶ «Maestro, ¿cuál es el gran^[181] precepto en la Ley?». ³⁷ Y él le dijo: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, toda tu vida, toda tu inteligencia^[182]». ³⁸ Este es el mayor y primer precepto. ³⁹ Y después igual a este: *Amarás a tu vecino*^[183] como a ti mismo^[184]. ⁴⁰ De estos dos preceptos está suspendida toda la Ley y los profetas».

⁴¹ Pero una vez reunidos los fariseos, les preguntó Jesús, ⁴² diciendo: «¿Qué opináis sobre el Cristo? ¿De quién es hijo?». Le dicen: «De David». ⁴³ Les dice: «Así pues, ¿cómo David lo llama Señor mediante el Espíritu, cuando dice: ⁴⁴*Dijo el Señor a mi señor: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies*^[185]?». ⁴⁵ Así pues, si David lo llama Señor, ¿cómo es hijo suyo?». ⁴⁶ Y nadie podía responderle una palabra ni se atrevió nadie desde aquel día a preguntarle nunca.

23 ¹ Entonces Jesús habló a las multitudes y a sus discípulos, ² diciendo: «Sobre la silla de Moisés se sentaron los escribas y fariseos. ³ Así pues, todo cuanto os digan hacedlo y observadlo, pero no actuéis según sus hechos; pues dicen y no hacen. ⁴ Y atan cargas pesadas y difíciles de soportar y las colocan sobre los hombros de los hombres, pero ellos no quieren moverlas con su dedo. ⁵ Y hacen todas sus obras para ser vistas por los hombres; pues abren sus filacterias y ensanchan sus franjas^[186], ⁶ desean los primeros puestos en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas ⁷ y los abrazos en las plazas y ser llamados por los hombres rabí^[187].

⁸» Pero vosotros no seáis llamados rabí; pues uno es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. ⁹ Y no llaméis padre (a nadie) de entre vosotros en la tierra, pues es uno vuestro Padre celestial. ¹⁰ Ni seréis llamados guías, porque vuestro único guía es el Cristo. ¹¹ Y el mayor entre vosotros será vuestro sirviente. ¹² Y quien se exalte, será humillado, y quien se humille, será exaltado.

¹³» ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque cerráis el reino de los cielos ante los hombres! Pues vosotros no entráis ni dejáis que entren los que van a entrar^[188].

¹⁵» ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque cruzáis el mar y la tierra para hacer un solo prosélito^[189], y cuando se da, lo hacéis hijo de la gehenna el doble que vosotros!

¹⁶» ¡Ay de vosotros, guías ciegos que decís: “Quien jure por el Templo, no es nada; pero quien jure por el oro del Templo, está obligado!”. ¹⁷ ¡Necios y ciegos, pues, ¿qué es mayor, el oro o el Templo que hace santo al oro?! ¹⁸ Y quien jure por el altar del sacrificio, no es nada; pero quien jure por la ofrenda situada sobre él, está obligado. ¹⁹ Ciegos, pues, ¿qué es mayor, la ofrenda o el altar de los sacrificios que hace santa la ofrenda? ²⁰ Así pues, quien jure por el altar de los sacrificios jura por él y por todo lo que está sobre él; ²¹ y el que jure por el Templo, jura por él y por el que lo habita, ²² y el que jure por el cielo jura por el trono de Dios y por quien está sentado sobre él.

²³» ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque pagáis el diezmo^[190] de la menta, el eneldo, el comino, y dejáis lo más pesado de la Ley, la justicia, la conmiseración y la fe; y esto es menester hacerlo y aquello dejarlo! ²⁴ Guías ciegos, que filtráis el mosquito pero tragáis el camello.

²⁵» ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que purificáis lo exterior del vaso y del plato, pero por dentro están llenos de rapiña e incontinencia! ²⁶ ¡Fariseo ciego, purifica primero el interior del vaso, para que su exterior acabe también puro!

²⁷» ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque os parecéis a tumbas encaladas, que, como tales, por fuera aparecen encantadoras, pero dentro están llenas de huesos muertos y toda impureza! ²⁸ De igual forma también vosotros por fuera parecéis a los hombres ser justos, pero por dentro

estáis llenos de hipocresía y actitud contraria a la Ley.

²⁹» ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque habitáis las tumbas de los profetas y adornáis los sepulcros de los justos, ³⁰ y decís: “Si estuviéramos en los días de nuestros padres, no seríamos compañeros de estos por causa de la sangre de los profetas! ³¹ De manera que os atestiguáis a vosotros mismos que sois hijos de los que mataron a los profetas. ³² Y vosotros llenad la medida de vuestros padres. ³³ ¡Serpientes, crías de víboras!, ¿cómo vais a huir del juicio de la gehenna?

³⁴» Por eso, ved que yo os envío profetas, sabios y escribas; de ellos, mataréis y crucificaréis (a algunos), y de ellos flagelaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad (a otros); ³⁵ para que llegue sobre vosotros toda sangre justa derramada sobre la tierra desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, al que matasteis entre el Templo y el altar del sacrificio. ³⁶ Con seguridad os digo, todo esto llegará sobre esta generación.

³⁷» ¡Jerusalén, Jerusalén!, que mataste a los profetas y apedreaste a los que se te enviaron, ¿cuántas veces quise reunir a tus hijos, al modo en que un pájaro reúne sus polluelos bajo las alas, y no quisiste? ³⁸ Por eso se os privará de hogar. ³⁹ Pues os digo que no me veréis desde ahora hasta que digáis: *Bendito el que viene en nombre del Señor*^[191]».

24¹ Y tras salir Jesús del Templo se marchaba, y se le acercaron sus discípulos para mostrarle las construcciones del Templo. ² Y como respuesta les dijo: «¿No veis todo esto? Con seguridad os digo que de ninguna manera quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada».

³ Sentado él en el monte de los Olivos se le acercaron los discípulos en particular para decirle: «Dinos, ¿cuándo será eso

y cuál será la señal de tu venida y del final del tiempo?».

⁴ Y como respuesta, Jesús les dijo: «Cuidad que nadie os engañe; ⁵ pues muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Yo soy el Cristo”, y a muchos engañarán. ⁶ Vais a oír muchas guerras y gritos de guerra; mirad, no tengáis miedo; pues es preciso que ocurra, pero todavía no es el final. ⁷ Pues será levantada una nación contra otra nación y un reino contra otro reino, y vendrán hambrunas y terremotos en todas partes; ⁸ y todo esto será el principio de los dolores del parto.

⁹» Entonces os entregarán a la tribulación y os matarán, y seréis odiados por todas las naciones debido a mi nombre. ¹⁰ Y entonces muchos se escandalizarán y se entregarán y odiarán unos a otros; ¹¹ y surgirán muchos falsos profetas y engañarán a muchos; ¹² y debido a que aumentarán las acciones contra la Ley se enfriará el amor de muchos^[192]. ¹³ Pero el que permanezca hasta el final, este será salvado. ¹⁴ Y será anunciada esta buena noticia del reino en todo el mundo como testimonio para todas las naciones, y entonces llegará el final.

¹⁵» Así pues, cuando veáis que *la idolatría devastadora*^[193] dicha por boca de Daniel el profeta está en un lugar santo, el que lea reflexione, ¹⁶ entonces los que estén en Judea huyan a los montes, ¹⁷ el que esté sobre su casa no baje a recoger las cosas de su casa, ¹⁸ y el que esté en el campo no vuelva atrás a recoger su manto. ¹⁹ ¡Ay de las que estén embarazadas y de las que den el pecho en esos días!

²⁰» Pero rezad para que no tenga lugar vuestra huida en invierno ni en sábado. ²¹ Pues entonces habrá una gran tribulación, tal como no ha habido desde el principio del mundo hasta ahora ni la habrá. ²² Y si no fueran acortados los días aquellos, no se salvaría carne alguna^[194]; pero gracias a los

elegidos serán acortados aquellos días.

²³» Entonces, si alguno os dijera: “Mira, aquí está el Cristo”, o “Aquí”, no confiéis; ²⁴ pues surgirán falsos cristos y falsos profetas y darán grandes señales y prodigios a fin de engañar, si es posible, también a los elegidos. ²⁵ Mirad que os lo he predicho. ²⁶ Así pues, si os lo dijeran: “Mirad, que está en el desierto”, no salgáis; “mirad que está en los graneros”, no confiéis; ²⁷ pues exactamente igual que el resplandor viene de oriente y brilla hasta occidente, así será la vuelta del Hijo del hombre; ²⁸ donde esté el cadáver, allí se reunirán los buitres.

²⁹» Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, *el sol se oscurecerá, y la luna no proporcionará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las fuerzas de los cielos*^[195] se tambalearán. ³⁰ Y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y entonces serán abatidas todas las tribus de la tierra y verán al *Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo*^[196] con poder y mucha gloria; ³¹ y enviará a sus ángeles con una gran trompeta, y a sus elegidos los congregarán de los cuatro vientos desde el extremo de los cielos hasta el extremo de los cielos. ³² Y, aprended, el ejemplo de la higuera: cada vez que su rama está ya tierna y surgen las hojas, sabéis que está cerca el verano; ³³ Así también, vosotros, cuando veáis todo esto, sabéis que está cerca, a las puertas. ³⁴ Con seguridad os digo que de ninguna manera pasará esta generación hasta que todo esto ocurra. ³⁵ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

³⁶» Pero de ese día y hora nadie sabe nada, ni los ángeles de los cielos ni el Hijo, salvo el Padre.

³⁷» Pues exactamente igual que los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre. ³⁸ Pues tal como estaban en aquellos días anteriores al diluvio comiendo y bebiendo, y

casándose y dándose en matrimonio, hasta el día en que entró Noé al arca, ³⁹ y no supieron hasta que llegó el diluvio y se llevó a todos, asimismo será la venida del Hijo del hombre. ⁴⁰ Entonces estarán dos en el campo, uno es tomado y el otro dejado; ⁴¹ dos mujeres moliendo en el molino, una es tomada, la otra es dejada.

⁴²» Así pues, vigilad, porque no sabéis en qué día vendrá vuestro Señor. ⁴³ Y sabéis aquello de que si el señor de la casa supiera en qué hora de la noche viene el ladrón, vigilaría y no permitiría que su casa fuera robada horadándola. ⁴⁴ Por eso vosotros estad preparados, porque cuando no lo penséis vendrá el Hijo del hombre.

⁴⁵» ¿Quién es el esclavo fiel y prudente al que colocó el señor al frente de su servidumbre para darles el alimento en su tiempo? ⁴⁶ Feliz el esclavo aquel al que, cuando llegue, encontrará el señor haciendo eso; ⁴⁷ con seguridad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes. ⁴⁸ Y si el esclavo malo dijera en su corazón: “Tarda mi señor”, ⁴⁹ y comienza a golpear a sus compañeros esclavos, come y bebe con los borrachos, ⁵⁰ llegará el señor de ese esclavo en un día no previsto y en una hora que no conoce, ⁵¹ y lo castigará severísimamente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí estará el llanto y el rechinar de dientes.

25 ¹» Entonces el reino de los cielos será igual a diez doncellas que, tras coger sus lámparas, salieron al encuentro del novio. ² Cinco de ellas eran tontas y cinco prudentes. ³ Pues las tontas, al coger sus lámparas, no tomaron consigo aceite. ⁴ Pero las prudentes tomaron aceite en sus vasos junto con sus lámparas. ⁵ Como tardara el novio, cabecearon y se durmieron. ⁶ Pero a medianoche hubo un grito: “¡Mirad, el novio, salid a su encuentro!”. ⁷ Entonces se

levantaron todas las doncellas aquellas y prepararon sus propias lámparas. ⁸ Y las tontas dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan”. ⁹ Pero respondieron las prudentes diciendo: “Nunca nos llegaría a nosotras y a vosotras; dirigíos mejor a los vendedores y os compráis”. ¹⁰ Mientras se fueron a comprar llegó el novio, y las preparadas salieron con él a los esponsales y la puerta fue cerrada. ¹¹ Finalmente llegan también las restantes doncellas diciendo: “¡Señor, señor, ábrenos!”. ¹² Pero él, como respuesta, dijo: “Con seguridad os digo, no os conozco”. ¹³ En consecuencia, vigilad, porque no sabéis el día ni la hora.

¹⁴» Pues exactamente como un hombre que, cuando se iba a ir de viaje, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes, ¹⁵ y a uno le dio cinco talentos, a otro dos, a otro uno, a cada uno según su capacidad, y se fue de viaje. Al instante, ¹⁶ marchándose el que cogió cinco talentos comerció valiéndose de ellos y ganó otros cinco; ¹⁷ De la misma manera el de los dos ^[197] ganó otros dos. ¹⁸ Pero el que tomó uno, se fue e hizo un agujero en tierra y ocultó el dinero de su señor. ¹⁹ Y después de mucho tiempo viene el señor de los siervos aquellos y arregla cuentas con ellos. ²⁰ Y acercándose el que tomó cinco talentos, presentó otros cinco talentos, diciendo: “Señor, cinco talentos me diste; mira, gané otros cinco”. ²¹ Le dijo su señor: “¡Bien, siervo bueno y fiel!, en lo poco fuiste fiel, de mucho te pondré al cargo; entra en la alegría de tu señor”. ²² Acercándose también el de los dos talentos dijo: “Señor, dos talentos me diste; mira, dos talentos gané”. ²³ Le dijo su señor: “¡Bien, siervo bueno y fiel!, en lo poco fuiste fiel, de mucho te pondré al cargo; entra en la alegría de tu señor”. ²⁴ Y acercándose también el que recibió un talento, dijo: “Señor, sabedor de que eres hombre duro, que siegas donde no

sembraste y recoges de donde no esparciste, ²⁵ y atemorizado, salí y oculté tu talento en tierra; mira, tienes lo tuyo”. ²⁶ Como respuesta, le dijo su señor: “Siervo malo y negligente, ¿sabías que siego donde no sembré y recojo donde no esparcí? ²⁷ En consecuencia, era preciso que pusieras mi dinero donde los banqueros, y al venir yo recogiera lo mío con interés. ²⁸ En consecuencia, quitadle el talento y dádsele al que tiene diez talentos; ²⁹ pues a todo el que tiene se le dará y le sobraré, pero si alguien no tiene, incluso lo que tiene le será arrebatado. ³⁰ Y al siervo inútil echadlo a la oscuridad exterior; allí estará el llanto y el rechinar de dientes”.

³¹» Y cuando llegue el Hijo del hombre mediante su gloria y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre su trono de gloria; ³² y serán reunidas delante de él todas las naciones, y separará unas de otras, justamente como separa un pastor las ovejas de los chivos, ³³ y colocará las ovejas a su derecha y los chivos a su izquierda. ³⁴ Entonces dirá el Rey a los de su derecha: “Venid los benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. ³⁵ Pues tuve hambre, y me disteis para comer; tuve sed, y me disteis a beber; era extranjero, y me recogisteis; ³⁶ estaba desnudo, y me vestisteis; estuve enfermo, y me cuidasteis; estaba en la cárcel, y me visitasteis”. ³⁷ Entonces los justos le responderán diciendo: “Señor, ¿cuándo vimos que tenías hambre, y te alimentamos; o que tenías sed, y te dimos a beber? ³⁸ ¿Cuándo te vimos extranjero, y te recogimos; o desnudo, y te vestimos? ³⁹ ¿Y cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y te visitamos?”. ⁴⁰ Y como respuesta el Rey les dirá: “Con seguridad os digo que cuanto hicisteis a uno de mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis”.

⁴¹» Entonces dirá también a los de su izquierda: “Alejaos de mí para ser arrojados al fuego eterno preparado para el diablo

y sus ángeles. ⁴² Pues tuve hambre, y no me disteis para comer; tuve sed, y no me disteis a beber; ⁴³ era extranjero, y no me recogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis”. ⁴⁴ Entonces le responderán diciendo: “Señor, ¿cuándo vimos que tenías hambre o sed o eras extranjero o estabas desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te servimos?”. ⁴⁵ Entonces les responderá diciendo: “Con seguridad os digo, cuanto no hicisteis a uno de los más pequeños, tampoco a mí me lo hicisteis”. ⁴⁶ Y estos irán para el castigo eterno, pero los justos para la vida eterna».

26 ¹ Y sucedió que, cuando Jesús terminó todos estos discursos, dijo a sus discípulos: ² «Sabéis que en dos días tiene lugar la Pascua, y el Hijo del hombre es entregado para ser crucificado».

³ Entonces se reunieron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo en el palacio del sumo sacerdote, llamado Caifás, ⁴ y se confabularon para prender a Jesús mediante un engaño y matarlo; ⁵ pero decían: «No en la fiesta, para que no se produzca una revuelta en el pueblo».

⁶ Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, ⁷ se le acercó una mujer con un vaso de perfume muy costoso y lo derramó sobre su cabeza mientras estaba recostado a la mesa. ⁸ Pero, al verlo, los discípulos se irritaron diciendo: «¿Para qué este derroche? ⁹ Pues podía venderse por mucho y darlo a los pobres». ¹⁰ Y conociéndolo Jesús, les dijo: «¿Por qué le ocasionáis disgustos a la mujer? Pues hizo algo hermoso para mí; ¹¹ pues tenéis siempre a los pobres con vosotros, pero a mí no me tendréis más; ¹² pues al derramar el perfume este sobre mi cuerpo lo hizo para enterrarme. ¹³ Con seguridad os digo, donde sea anunciada esta buena noticia por todo el mundo, se mencionará también lo que esta hizo para recuerdo suyo».

¹⁴ Entonces, después de marcharse uno de los doce, el llamado Judas Iscariote, ante los sumos sacerdotes, ¹⁵ dijo: «¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?». Y ellos dispusieron para él treinta monedas de plata. ¹⁶ Y desde entonces buscaba una ocasión para entregarlo.

¹⁷ Y el primer día de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús para decirle: «¿Dónde te prepararemos para comer la Pascua?». ¹⁸ Él dijo: «Id a la ciudad a casa de uno y decidle: “El maestro dice: Está cerca mi momento, en tu casa celebraré la Pascua junto a mis discípulos”». ¹⁹ Y los discípulos hicieron como Jesús les ordenó y prepararon la Pascua.

²⁰ Y llegada la tarde, se recostó a comer junto a los doce. ²¹ Y mientras comían, dijo: «Con seguridad os digo que uno de vosotros me entregará». ²² Y muy entristecidos comenzaron a decirle uno por uno: «¿Acaso soy yo, señor?». ²³ Y como respuesta, dijo él: “El que ha mojado conmigo la mano en el plato, ese me entregará”. ²⁴ «El Hijo del hombre camina por donde está escrito sobre él, ¡ay del hombre aquel por el cual el Hijo del hombre es entregado!; ¡mejor hubiera sido para él si no hubiera nacido el hombre ese!». ²⁵ Como respuesta le dijo Judas, el que lo iba a entregar: «¿Acaso soy yo, rabí?». Le dijo: «Tú lo has dicho».

²⁶ Mientras comían, tomando Jesús pan y, tras bendecirlo, lo partió y, dándolo a los discípulos dijo: «Tomad y comed, este es mi cuerpo». ²⁷ Y tomando un vaso y, tras dar gracias, se lo dio diciendo: «Bebed de él todos, ²⁸ pues esto es mi sangre de la alianza, derramada para perdón de pecados. ²⁹ Y os digo, de ninguna manera beberé más de este fruto de la vid hasta el día aquel en que yo mismo beba con vosotros en común en el reino de mi Padre». ³⁰ Y tras entonar los himnos se fueron al monte de los Olivos.

³¹ Entonces les dice Jesús: «Todos vosotros os escandalizaréis por mí en esa noche, pues está escrito: *Heriré al pastor y dispersaré las ovejas del pastor*^[198]. ³² Y después de que yo sea resucitado os llevaré a Galilea». ³³ Como respuesta le dijo Pedro: «Si todos van a escandalizarse por ti, yo jamás me escandalizaré». ³⁴ Le dijo Jesús: «Con seguridad te digo que esta noche antes de que el gallo cante, tres veces me negarás». ³⁵ Le dice Pedro: «Aunque fuera preciso que muriera contigo, de ninguna manera te negaré». Lo mismo dijeron también todos los discípulos.

³⁶ Entonces se marcha Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y dice a los discípulos: «Sentaos aquí mientras me voy allí a rezar». ³⁷ Y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo comenzó a entristecerse y angustiarse. ³⁸ Entonces les dice: «*Triste sobremanera es mi vida*^[199] hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo». ³⁹ Y avanzando un poco se echó de hinojos para rogar y decir: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este vaso; pero^[200] no como yo quiero, sino como tú». ⁴⁰ Y se va hacia los discípulos y los encuentra durmiendo, y dice a Pedro: «¿De manera que no tuvisteis fuerzas para velar una hora conmigo? ⁴¹ Velad y rezad para que no entréis en tentación; el espíritu es animoso, pero la carne débil». ⁴² De nuevo una segunda vez se marchó y rogó diciendo: «Padre mío, si no es posible que este^[201] pase sin que lo beba, que se haga tu voluntad». ⁴³ Y volvió y otra vez los encontró durmiendo, pues sus ojos estaban cansados. ⁴⁴ Y tras dejarlos de nuevo se fue y rogó por tercera vez diciendo lo mismo de nuevo. ⁴⁵ Entonces se dirige hacia los discípulos y les dice: «Dormid de ahora en adelante y descansad. Mirad, la hora ya está cerca y el Hijo del hombre es entregado a manos de pecadores. ⁴⁶ ¡Despertad y vayamos! Mirad, ya está cerca el que me entrega».

⁴⁷ Y mientras todavía estaba hablando, he aquí que Judas, uno de los doce, vino y una numerosa multitud con él con espadas y palos de parte de los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. ⁴⁸ Y el que lo iba a entregar les había dado una señal cuando dijo: «Al que bese, ese es, capturadlo». ⁴⁹ Y al instante, acercándose a Jesús dijo: «¡Hola, rabí!», y lo besó. ⁵⁰ Y Jesús le dijo: «Amigo, ¿a qué has venido?». Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús y lo capturaron. ⁵¹ Y he aquí que uno de los que estaba con Jesús, extendiendo la mano, sacó su espada y, golpeando al siervo del sumo sacerdote, le cortó la oreja. ⁵² Entonces le dice Jesús: «Vuelve la espada a su lugar, pues todos los que tomen espada perecerán mediante espada. ⁵³ ¿O piensas que no puedo invocar a mi Padre, y me ofrecería al instante más de doce legiones de ángeles? ⁵⁴ En ese caso, ¿cómo se cumplirían las Escrituras de que así es preciso que ocurra?». ⁵⁵ En aquel momento dijo Jesús a las multitudes: «¿Como a un ladrón vinisteis a cogerme, con espadas y palos? Cada día estaba sentado en el Templo enseñando y no me capturasteis. ⁵⁶ Esto ha ocurrido en su totalidad para se cumplan las Escrituras de los profetas».

⁵⁷ Y los que capturaron a Jesús lo llevaron a casa de Caifás el sumo sacerdote, donde se habían reunido los escribas y ancianos. ⁵⁸ Pero Pedro lo siguió a distancia hasta el palacio del sumo sacerdote y, tras entrar, se sentó con los sirvientes para ver el final.

⁵⁹ Y los sumos sacerdotes y el sanedrín al completo buscaban un testimonio falso contra Jesús para matarlo, ⁶⁰ y no encontraron pese a que muchos testigos falsos se habían acercado. Finalmente, dos que habían venido ⁶¹ dijeron: «Este dijo: “Puedo derribar el templo de Dios y construirlo en tres días”». ⁶² Y el sumo sacerdote se levantó y le dijo: «¿Nada

respondes? ¿Qué testifican estos contra ti?» ⁶³ Pero Jesús calló. Y el sumo sacerdote le dijo: «Te conjuro por Dios vivo a que nos digas si tú eres el Cristo, el hijo de Dios». ⁶⁴ Le dice Jesús: «Tú lo dijiste. Pero os digo: desde ahora veréis *al Hijo del hombre* sentado a la derecha del poder y *viniendo sobre las nubes del cielo*^[202]». ⁶⁵ Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestidos mientras decía: «¡Blasfemó! ¿Qué necesidad tenemos de testigos? Mirad, ahora mismo habéis oído la blasfemia. ⁶⁶ ¿Qué os parece?». Y ellos, como respuesta, dijeron: «Es reo de muerte».

⁶⁷ Entonces escupieron su rostro y lo abofetearon, y ellos lo golpearon ⁶⁸ mientras decían: «Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te golpeó?»

⁶⁹ Y Pedro se sentó fuera del palacio; y se le acercó una criada y dijo: «También tú estabas con Jesús de Galilea». ⁷⁰ Pero él negó delante de todos diciendo: «No sé qué dices». ⁷¹ Y mientras salía hacia la puerta lo vio otra y dice a los que allí estaban: «Este estaba con Jesús el Nazareno». ⁷² Y de nuevo negó con un juramento: «¡No conozco a ese hombre!». ⁷³ Poco después se acercaron los presentes y dijeron a Pedro: «¡Verdaderamente también tú eres uno de ellos, pues incluso tu habla te delata!». ⁷⁴ Entonces comenzó a lanzar imprecaciones y a jurar: «¡No conozco a ese hombre!». Y al instante un gallo cantó.

⁷⁵ Y Pedro recordó lo dicho por Jesús cuando dijo: «Antes de que un gallo cante me negarás tres veces»; y tras marcharse fuera lloró amargamente.

27 ¹ Llegada la mañana, todos los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo celebraron un consejo contra Jesús para condenarlo a muerte; ² y tras encadenarlo lo llevaron y entregaron a Pilato el procurador.

³ Entonces, al ver Judas el que lo entregó que era condenado, arrepentido devolvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y ancianos ⁴ diciendo: «Pequé al entregaros una sangre inocente^[203]». Ellos dijeron: «¿Qué nos importa? Tú verás». ⁵ Y tras arrojar las treinta monedas de plata al Templo se alejó, y se marchó y ahorcó. ⁶ Y los sumos sacerdotes, cogiendo las monedas de plata, dijeron: «No es lícito echar esto al tesoro del Templo, pues son pago de sangre». ⁷ Y tras deliberar compraron con ellas el Campo del alfarero para tumba de extranjeros. ⁸ Por eso se llamó el Campo de sangre, hasta hoy. ⁹ Entonces se cumplió lo dicho por medio de Jeremías el profeta cuando dijo: *Y tomaron treinta monedas de plata, el pago del vendido al que vendieron de los hijos de Israel*^[204], ¹⁰ y las dieron para el Campo del alfarero, *según me ordenó el Señor*^[205].

¹¹ Y Jesús quedó de pie delante del procurador; y le preguntó el procurador diciendo: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Y Jesús le dijo: «Tú lo dices». ¹² Y al ser interrogado por los sumos sacerdotes y ancianos, nada respondió. ¹³ Entonces le dice Pilato: «¿No oyes de cuánto te acusan?». ¹⁴ Y no le respondió ni una palabra, al punto que el procurador se admiró sobremanera.

¹⁵ En cada fiesta solía el procurador soltar para la muchedumbre a un preso que quería^[206]. ¹⁶ Y tenían entonces un preso famoso llamado Jesús Barrabás. ¹⁷ Así pues, una vez reunidos, les dijo Pilato: «¿A quién queréis que os suelte, a Jesús Barrabás o a Jesús el llamado Cristo?». ¹⁸ Pues sabía que lo habían entregado por envidia.

¹⁹ Estando ya sentado él sobre la tribuna, envió a buscarlo su mujer para decirle: «Nada hay entre tú y ese justo; pues sufrí mucho hoy en un sueño a causa de él».

²⁰ Y los sumos sacerdotes y ancianos convencieron a las multitudes para que pidieran a Barrabás y a Jesús lo perdieran. ²¹ Como respuesta, les dijo el procurador: «¿A quién queréis que os libere de los dos?». Y ellos dijeron: «¡A Barrabás!». ²² Les dice Pilato: «¿Qué le haré entonces a Jesús el llamado Cristo?». Le dicen todos: «¡Que sea crucificado!». ²³ Y él dijo: «¿Pues qué mal cometió?». Y ellos gritaban exageradamente mientras decían: «¡Que sea crucificado!».

²⁴ Y al ver Pilato que nada ayudaba, sino que más tumulto se producía, tomando agua se lavó las manos frente a la multitud diciendo: «Soy inocente de esta sangre; vosotros veréis». ²⁵ Y como respuesta todo el pueblo dijo: «¡Su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!». ²⁶ Entonces liberó a Barrabás, y a Jesús, tras azotarlo, lo entregó para que fuera crucificado.

²⁷ Entonces los soldados del procurador, tras llevar a Jesús al pretorio, reunieron en él a toda la cohorte. ²⁸ Y tras desnudarlo le invistieron de una capa roja, ²⁹ y tras entrelazar una corona de cardos la colocaron sobre su cabeza y una caña en su mano derecha^[207], y cayendo de rodillas ante él se burlaban de él, diciendo: «¡Salud, rey de los judíos!», ³⁰ y tras escupirle tomaron la caña y la rompieron en su cabeza. ³¹ Y cuando se burlaron de él, le quitaron la capa y le vistieron sus ropas y lo llevaron a crucificar. ³² Y salieron y encontraron a un hombre de Cirene^[208] de nombre Simón, a este lo forzaron a llevar su cruz.

³³ Y fueron al lugar llamado Gólgota, que significa «lugar de la calavera», ³⁴ le dieron a beber vino mezclado con hiel; y una vez lo probó, no quiso beber. ³⁵ Tras crucificarlo, *repartieron sus ropas echándolas a suertes*^[209], ³⁶ y sentados lo observaban allí. ³⁷ Y colocaron por encima de su cabeza escrita su

imputación: «Este es Jesús, rey de los judíos».

³⁸ Entonces crucifican con él a dos bandoleros, uno a su derecha y otro a su izquierda. ³⁹ Y los que pasaban por allí lo maldecían moviendo sus cabezas ⁴⁰ y diciendo: «El que iba a destruir el Templo y en tres días iba a reconstruirlo, ¡sálvate, si eres hijo de Dios, y baja de la cruz!». ⁴¹ Igualmente, también los sumos sacerdotes se burlaban, junto a los escribas y ancianos, diciendo: ⁴² «A otros salvó, no puede salvarse a sí mismo; es rey de Israel, que baje ahora de la cruz y confiaremos en él. ⁴³ *Ha confiado en Dios, que lo salve ahora si quiere*^[210]; pues dijo: “Soy hijo de Dios”». ⁴⁴ Y esto mismo también le echaban en cara los bandoleros crucificados con él.

⁴⁵ Desde la hora sexta sobrevino oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora novena. ⁴⁶ Hacia la hora novena gritó Jesús con fuerte voz diciendo: *¡Elí, Elí, lemá sabactani*^[211]? Esto es: *Dios, mi Dios, ¿para qué me abandonaste?* ⁴⁷ Y algunos de los que allí estaban, al oírlo, dijeron: «Llama a Elías este». ⁴⁸ Y al instante, uno de ellos echó a correr y cogió una esponja y, tras llenarla de vinagre y colocarla en una caña, le dio a beber. ⁴⁹ Y el resto decía: «Déjanos ver si viene Elías a salvarlo». ⁵⁰ Y Jesús, gritando de nuevo con fuerte voz, expiró^[212].

⁵¹ Y he aquí que el velo del Templo se partió de arriba abajo en dos y la tierra tembló y las piedras se rompieron. ⁵² Y los sepulcros se abrieron y muchos cadáveres de santos muertos fueron resucitados, ⁵³ y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él entraron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos.

⁵⁴ Y el centurión y los que estaban con él, que observaban a Jesús, al ver el terremoto y lo sucedido, se aterrorizaron mientras decían: «Verdaderamente este era hijo de Dios^[213]».

⁵⁵ Había allí muchas mujeres mirando desde lejos, las cuales

habían seguido a Jesús desde Galilea para servirlo; ⁵⁶ entre ellas estaba María Magdalena y María la madre de Jacobo y José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

⁵⁷ Y llegada la tarde vino un hombre rico de Arimatea, de nombre José, que también él fue discípulo de Jesús; ⁵⁸ este, dirigiéndose a Pilato, le pidió el cadáver de Jesús. Entonces Pilato ordenó se le entregara. ⁵⁹ Y tomando el cadáver, José lo envolvió en una sábana limpia ⁶⁰ y lo puso en su sepulcro nuevo que excavó en la roca y, tras arrimar a la puerta del sepulcro una gran roca haciéndola rodar, se marchó. ⁶¹ Y estaban allí María la Magdalena y la otra María sentadas delante de la tumba.

⁶² Y al día siguiente, que viene tras la víspera de la Pascua, se reunieron los sumos sacerdotes y los fariseos con Pilato ⁶³ para decirle: «Señor, recordamos que aquel farsante estando todavía vivo dijo: “Después de tres días seré resucitado”. ⁶⁴ Así pues, ordena que la tumba sea custodiada hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos a robarlo y digan a la gente: “Fue resucitado de los muertos”, y sea la última mentira peor que la primera». ⁶⁵ Les dijo Pilato: «Tomad una guardia; id y vigilad como sabéis». ⁶⁶ Y los que fueron vigilaron la tumba sellando la piedra además de la guardia.

28 ¹ Y pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María para ver la tumba. ² Y he aquí que tuvo lugar un gran terremoto; pues un ángel del Señor que bajó del cielo y se acercó hizo rodar la piedra y se sentó sobre ella. ³ Y su aspecto era como un resplandor y su vestidura blanca como nieve. ⁴ Y a causa del miedo a él se turbaron los que miraban y se quedaron como muertos. ⁵ Y como respuesta dijo el ángel a las mujeres: «Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús el crucificado; ⁶ no está aquí, pues fue resucitado como dijo;

venid y ved el lugar donde reposó.⁷ Y marchad rápidamente y contad a sus discípulos que fue resucitado de los muertos, y mirad, va delante de vosotros a Galilea, allí lo veréis; mirad que os lo dije».

⁸ Y tras irse rápidamente del sepulcro con miedo y gran alegría, corrieron a anunciarlo a sus discípulos.⁹ Y he aquí que Jesús salió a su encuentro para decirles: «¡Salud!». Y ellas se acercaron y le cogieron los pies y se arrodillaron ante él.¹⁰ Entonces les dice Jesús: «No temáis; id y anunciad a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán».

¹¹ Y tras marcharse ellas, he aquí que algunos de los de la guardia que iban a la ciudad anunciaron a los sumos sacerdotes todo lo ocurrido.¹² Y tras reunirse con los ancianos y celebrar un consejo tomaron dinero suficiente y lo dieron a los soldados¹³ diciendo: «Decid: “Sus discípulos, yendo de noche, lo robaron mientras nosotros dormíamos”.¹⁴ Y si esto es oído por el procurador, nosotros lo convenceremos y os dejaremos libres de preocupaciones». ¹⁵ Y ellos, tomando el dinero, hicieron como les enseñaron. Y este rumor se propaló entre los judíos hasta hoy.

¹⁶ Y los once discípulos marcharon a Galilea al monte que les ordenó Jesús,¹⁷ y al verlo se arrodillaron ante él pero algunos dudaron.¹⁸ Y acercándose, Jesús les habló diciendo: «Se me concedió todo el poder en el cielo y sobre la tierra.¹⁹ Así pues, id y enseñad a todas las naciones, bautizadlos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu santo,²⁰ enseñadles a observar todo cuanto os encargué; y ved que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final del tiempo».

EVANGELIO DE LUCAS

Primera parte: lo que el Espíritu obró en Jesús

Autor: Desconocido, pero es el mismo para la primera y segunda parte.

Fecha probable de composición: Hacia el 80/85/90 d. de C.

Lugar de composición: Desconocido. Algún lugar de Asia Menor o de Grecia.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiros de finales del siglo II o del III y centenares de manuscritos a partir del siglo IV.

El Evangelio de Lucas representa un mundo diverso al de los otros dos evangelistas sinópticos, aunque solo sea porque su obra no es un «evangelio» como los otros dos, sino que tiene dos partes. La segunda, inseparable de la primera, son los Hechos de los Apóstoles. Si para Mateo el pasado de Jesús se hacía presente por medio del cumplimiento de las profecías de la Escritura y por la observancia de la Ley interpretada por Jesús, para Lucas el tiempo de Jesús es de verdad algo pasado, distinto

del tiempo de la Iglesia que le ha tocado vivir. Esto significa que Lucas tiene una nueva concepción de la historia, lo que determina cómo él recibe, cambia y adapta la tradición.

Las diferencias se deben a que las dos partes de la obra tratan de personajes distintos y para dibujarlos el autor usa fuentes distintas. Esta obra doble fue dividida luego por un simple motivo externo probablemente, aunque poderoso, su notable extensión: Lucas-Hechos no caben en un rollo único de papiro o pergamino; sí cómodamente en dos.

Lucas se muestra con más claridad aún que Mateo insatisfecho con los escritos evangélicos anteriores y pretende escribir su versión propia ofreciendo una «narración ordenada» (Lc 1, 3) que presupone una investigación personal. La narración se basa en las noticias transmitidas desde el principio por «testigos oculares y servidores de la Palabra», es decir, por testigos visuales y compiladores de tradiciones de la primera y segunda generación, respectivamente: el evangelista vive, pues, más tarde, en una tercera generación de cristianos. Lucas pretende ser tenido por historiador concienzudo, y al aceptar como base a Marcos y a la Fuente Q, muestra que los considera fiables históricamente, aunque con algunos reparos.

Sobre el autor, fecha y lugar de composición de este evangelio doble, véase la introducción a la segunda parte (p. 128).

1 ¹ Puesto que muchos emprendieron la tarea de poner en orden un relato sobre los hechos que se han cumplido entre nosotros, ² tal como nos transmitieron los testigos oculares desde comienzo y quienes han acabado convertidos en servidores de la palabra, ³ también me pareció oportuno a mí, que he ido siguiendo todo con atención desde el principio, escribírtelo con exactitud por orden, noble

Teófilo, ⁴ para que conozcas la certidumbre de las palabras sobre las que has sido catequizado.

⁵ Sucedió que, en los días de Herodes, rey de Judea, hubo un cierto sacerdote de nombre Zacarías del grupo de Abías^[214], y su mujer, descendiente de las hijas de Aarón y cuyo nombre era Isabel. ⁶ Eran ambos justos a ojos de Dios, conduciéndose irreprochables mediante todos los preceptos y sentencias del Señor. ⁷ Y no tenían hijo alguno, porque Isabel era estéril, y ambos de avanzada edad.

⁸ Y sucedió que, mientras era sacerdote en el orden de su grupo ante Dios, ⁹ según la costumbre del sacerdocio le tocó en suerte quemar incienso entrando al templo del Señor, ¹⁰ y toda la muchedumbre del pueblo estaba fuera suplicando a la hora del incienso. ¹¹ Y se le apareció un ángel del Señor de pie a la derecha del altar del sacrificio de incienso. ¹² Y Zacarías se espantó al verlo y el miedo cayó sobre él.

¹³ Y le dijo el ángel: «No temas, Zacarías, porque tu ruego fue escuchado, y tu mujer Isabel dará a luz un hijo para ti y lo llamarás Juan. ¹⁴ Y será una alegría para ti y un gozo y muchos se alegrarán de su nacimiento. ¹⁵ Pues será grande a los ojos del Señor, y *no beberá vino ni licor alguno*^[215] y se llenará del Espíritu santo ya desde el vientre de su madre; ¹⁶ y a muchos de los hijos de Israel convertirá hacia el Señor su Dios. ¹⁷ Y él avanzará el primero delante de él mediante el Espíritu y la fuerza de Elías, convirtiendo los corazones de los padres hacia los hijos y a los infieles a la prudencia de los justos con el fin de preparar para el Señor un pueblo dispuesto».

¹⁸ Y dijo Zacarías al ángel: «¿Cómo lo sabré? Pues soy anciano y mi mujer es de edad avanzada». ¹⁹ Y como respuesta le dijo el ángel: «Yo soy Gabriel, el que está frente a Dios y fui enviado a hablarte y darte esta buena noticia; ²⁰ Y

he aquí que quedarás callado y sin poder hablar hasta el día en que ocurra esto, porque no confiaste en mis palabras, que, como tales, se cumplirán en su momento».

²¹ Y el pueblo estaba esperando a Zacarías y se extrañaba de lo que se demoraba en el Templo. ²² Pero al salir no pudo hablarles, y supieron que había visto una visión en el Templo; y él estaba haciéndoles señas con la cabeza y permanecía mudo. ²³ Y sucedió que, cuando se cumplieron los días de su servicio religioso, fue a su casa.

²⁴ Después de estos días concibió su mujer y se encerró cinco meses diciendo: ²⁵ «Así me ha hecho el Señor cuando me quitó el oprobio^[216] entre los hombres».

²⁶ En el sexto mes fue enviado el ángel Gabriel de parte del Señor a la ciudad de Galilea cuyo nombre es Nazaret, ²⁷ a una virgen prometida a un hombre cuyo nombre era José, de la casa de David, y el nombre de la muchacha era María. ²⁸ Y acercándose a ella dijo: «Salve, que estás colmada de gracia, el Señor esté contigo». ²⁹ Y ella se desconcertó con el discurso y pensaba para sí qué clase de saludo sería ese. ³⁰ Y le dijo el ángel: «No temas, María, pues encontraste gracia de Dios. ³¹ Y mira, concebirás en el vientre y darás a luz un hijo y le darás por nombre Jesús. ³² Él será grande y será llamado hijo del Altísimo^[217], y le dará Dios el Señor el trono de David, su padre, ³³ y reinará sobre la casa de Jacob hasta la eternidad y de su reinado no habrá final».

³⁴ Y dijo María al ángel: «¿Cómo será eso si no conozco varón?».

³⁵ Y como respuesta le dijo el ángel: «Un santo Espíritu vendrá sobre ti y una fuerza del Altísimo te envolverá; por eso también el santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. ³⁶ Y mira, Isabel, tu pariente, también concibió un hijo en su

vejez, y este es ya el sexto^[218] para la llamada estéril; ³⁷ porque ninguna cosa es imposible para Dios».

³⁸ Y le dijo María: «Aquí esta la sierva del Señor; suceda en mí según tu palabra». Y el ángel se marchó de su presencia. ³⁹ Tras ponerse en marcha en aquellos días, María se fue rápidamente a la montaña a Judá, ⁴⁰ y fue a casa de Zacarías y saludó a Isabel. ⁴¹ Y sucedió que, cuando Isabel escuchó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre, e Isabel se llenó de un Espíritu santo, ⁴² y llamó en voz alta y dijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre^[219]». ⁴³ ¿De dónde me viene esto, que venga a mí la madre de mi Señor? ⁴⁴ Pues mira, en cuanto la voz de tu sonido llegó a mis oídos, saltó de júbilo la criatura en mi vientre. ⁴⁵ ¡Y feliz la que confió que tendrá cumplimiento lo dicho a ella por el Señor!».

⁴⁶ Y dijo María: «Alaba mi alma al Señor, ⁴⁷ y se alegró mi espíritu por causa de Dios, mi salvador,⁴⁸ porque volvió la vista hacia la humildad de su sierva. Mira, pues, desde ahora me celebrarán todas las generaciones, ⁴⁹ porque el poderoso hizo en mí cosas grandiosas. Y santo es su nombre,⁵⁰ y su conmiseración^[220] a una generación y otra para los que le temen^[221]. ⁵¹ Llevó a cabo su poder mediante su brazo, dispersó a los orgullosos con el designio de su corazón; ⁵² hizo bajar a los poderosos de los tronos y encumbró a los humildes, ⁵³ a los pobres llenó de bienes y a los ricos los despidió vacíos. ⁵⁴ Amparó a Israel, su siervo, recordando la conmiseración, ⁵⁵ tal como habló a nuestros padres, a favor de Abrahán^[222] y a su descendencia hasta la eternidad». ⁵⁶ Permaneció María con ella unos tres meses, y se volvió a su casa.

⁵⁷ A Isabel se le cumplió el tiempo de dar a luz y alumbró a

un niño. ⁵⁸ Y los vecinos y parientes suyos oyeron que el Señor celebró su conmiseración con ella y se alegraban con ella. ⁵⁹ Y sucedió que al octavo día fueron a circuncidar al niño y pretendían llamarlo Zacarías por el nombre de su padre. ⁶⁰ Y como respuesta, su madre dijo: «No; por el contrario, se llamará Juan». ⁶¹ Y le dijeron: «No hay nadie de tu familia que tenga este nombre». ⁶² Y preguntaban por señas a su padre qué nombre querría darle. ⁶³ Y tras pedir una tablilla escribió para decir: «Juan es su nombre». Y se admiraron todos. ⁶⁴ Y se abrió su boca al instante y su lengua, y no paraba de hablar para bendecir a Dios. ⁶⁵ Y sobrevino temor a todos los que los rodeaban, y en toda la montaña de Judea se comentaban todas estas cosas, ⁶⁶ y todos los que las oían pensaban en su corazón diciendo: «¿Quién será este niño?». Pues también la mano de Dios estaba con él.

⁶⁷ Y Zacarías, su padre, se llenó de un espíritu santo y profetizó diciendo: ⁶⁸ «Bendito el Señor, Dios de Israel, porque volvió la mirada a favor de su pueblo, y llevó a cabo su liberación, ⁶⁹ y levantó una trompeta^[223] de salvación para nosotros en la casa de David, su siervo, ⁷⁰ como dijo por boca de sus santos profetas desde el principio del tiempo, ⁷¹ salvación de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian, ⁷² realizando su misericordia con nuestros padres y recordando su santa alianza, ⁷³ dándonos el juramento que pronunció ante Abrahán nuestro padre, ⁷⁴ para que, salvados nosotros sin temor de la mano enemiga, lo sirvamos ⁷⁵ mediante la santidad y la justicia ante su mirada durante todos nuestros días. ⁷⁶ Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, y te pondrás en marcha el primero ante el Señor para preparar sus caminos, ⁷⁷ otorgando conocimiento de salvación a su pueblo mediante la absolución de sus pecados, ⁷⁸ debido a las entrañas de conmiseración de nuestro Dios,

por las cuales el amanecer nos examinará desde lo alto, ⁷⁹ mostrando a los que están en la oscuridad y la sombra de muerte, dirigiendo en línea recta nuestros pies hacia un camino de paz».

⁸⁰ Y el niño crecía y se fortalecía en su espíritu y estaba en los desiertos hasta el día de su proclamación ante Israel.

2 ¹ Y sucedió en aquellos días que salió un decreto de Augusto César para que todo el mundo fuera censado. ² Este primer censo tuvo lugar siendo procurador de Siria Cirenio ^[224]. ³ Y todos se pusieron en marcha para ser censados, cada uno a su propia ciudad. ⁴ Y también subió José desde Galilea de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y del linaje de David, para ser inscrito con María, la casada con él, estando encinta. ⁶ Y sucedió que, mientras estaban ellos allí, se cumplieron los días para que diera a luz, ⁷ y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la hospedería.

⁸ Y había unos pastores en aquella región que vivían en el campo y vigilaban los turnos de la noche en sus rebaños. ⁹ Y un ángel del Señor se colocó sobre ellos y la gloria del Señor los rodeó, y se atemorizaron mucho. ¹⁰ Y les dijo el ángel: «Dejad de tener miedo, pues, mirad, os anuncio una gran alegría que será para todo el pueblo, ¹¹ porque os ha nacido hoy en la ciudad de David un salvador que es el Cristo Señor. ¹² Y esta es vuestra señal, encontraréis una criatura envuelta en pañales y acostada en un pesebre». ¹³ Y de repente surgió junto al ángel un ejército celestial alabando a Dios y diciendo: «¹⁴ Gloria en las alturas a Dios y sobre la tierra paz para los hombres de buena voluntad».

¹⁵ Y sucedió que se fueron de allí hacia el cielo los ángeles, y

los pastores se decían entre sí: «Vayamos ya a Belén y veamos esto que ha sucedido que nos dio a conocer el Señor». ¹⁶ Y fueron a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño acostado en un pesebre; ¹⁷ y cuando lo vieron, contaron lo que se les dijo en cuanto a ese niño. ¹⁸ Y todos los que lo escucharon se admiraron de lo dicho por los pastores; ¹⁹ pero María observaba estas cosas guardándolas en su corazón. ²⁰ Y se volvieron los pastores gloriando y alabando a Dios por todo cuanto oyeron y vieron, tal como se les dijo.

²¹ Y cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarlo, se le puso el nombre de Jesús, el que había sido dicho por el ángel antes de ser concebido en el vientre.

²² Y cuando se cumplieron los días de la purificación de estos^[225], según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén a presentarlo al Señor, ²³ tal como está escrito en una ley del Señor: *Todo varón que abra a su madre^[226] será llamado consagrado al Señor^[227]*, ²⁴ y ofrecer como sacrificio, según lo dicho en la ley del Señor, *una pareja de tórtolas o dos polluelos de palomas*.

²⁵ Y he aquí que había un hombre en Jerusalén llamado Simeón, y el hombre este era justo y temeroso de Dios, aguardaba el consuelo de Israel, y un Espíritu santo estaba sobre él; ²⁶ y se le había profetizado por el Espíritu santo no ver la muerte hasta que viera al Cristo del Señor. ²⁷ Y fue, gracias al Espíritu, al Templo; y al llevar los padres al niño Jesús para que actuaran según la costumbre de la Ley respecto a este, ²⁸ él lo recibió en los brazos y bendijo a Dios y dijo: ²⁹ «Ahora liberas a tu siervo, Señor, según tu palabra, en paz; ³⁰ porque mis ojos han visto tu salvación, ³¹ que preparaste a favor de todos los pueblos, ³² luz para revelación de las naciones y gloria de tu pueblo Israel».

³³ Y su padre y su madre se admiraban de lo dicho sobre él.
³⁴ Y los bendijo Simeón y dijo a María, su madre: «Mira, este está puesto como caída y restauración de muchos en Israel y como señal que será disputada ³⁵ —¡y una espada atravesará tu vida!— para que sean desvelados pensamientos de muchos corazones.

³⁶ Y había una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser; ella, de muy avanzada edad, vivió con su marido siete años desde su virginidad ³⁷ y era una viuda de ochenta y cuatro años, la cual no se alejaba del Templo, sirviendo con ayunos y súplicas día y noche. ³⁸ Y como estuviera allí en aquella ocasión, alababa a Dios y hablaba sobre él a todos los que aguardaban la redención de Jerusalén.

³⁹ Y cuando terminaron todo lo referente a la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a Nazaret su ciudad. ⁴⁰ Y el niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre él.

⁴¹ Y lo llevaban sus padres cada año a Jerusalén en la fiesta de Pascua. ⁴² Y cuando tenía doce años, al subir ellos según la costumbre de la fiesta, ⁴³ después de cumplir los días, mientras ellos volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, y no lo supieron sus padres. ⁴⁴ Creyendo que estaba en la caravana, hicieron un día de camino y lo buscaron entre los parientes y conocidos, ⁴⁵ y al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén a buscarlo. ⁴⁶ Y después de tres días lo encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros escuchándolos y preguntándoles; ⁴⁷ se sorprendían todos los que le oían por su inteligencia y sus respuestas. ⁴⁸ Y al verlo, se irritaron, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, atormentados, te buscábamos». ⁴⁹ Y les dijo: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que me ocupe de las cosas de mi Padre?». ⁵⁰ Y ellos no

comprendieron lo que les dijo. ⁵¹ Y bajó con ellos y fue a Nazaret, y los obedecía. Y su madre guardaba todas las cosas en su corazón. ⁵² Y Jesús progresaba en sabiduría, edad y gracia en presencia de Dios y los hombres.

3 ¹ En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César^[228], siendo procurador de Judea Poncio Pilato, y tetrarca de Galilea Herodes, y Filipo su hermano tetrarca de Iturea y la región de la Traconítide, y Lisanio tetrarca de Abilene, ² durante el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, la palabra de Dios vino sobre Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto. ³ Y se dirigió a toda la región vecina del Jordán anunciando un bautismo de arrepentimiento para perdón de los pecados, ⁴ tal como está escrito en el libro de las palabras de Isaías el profeta: *Voz del que grita en el desierto; preparad el camino del Señor. Haced francos sus caminos;*⁵*todo barranco será llenado y todo monte y colina rebajado, y lo torcido será enderezado y los caminos escabrosos serán caminos allanados,*⁶*y verá toda carne la salvación de Dios*^[229].

⁷ Así pues, decía a las multitudes que salían que se bautizaran por él: «Crías de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? ⁸ Dad en consecuencia frutos dignos de arrepentimiento y no comencéis a decir entre vosotros: “Tenemos como padre a Abrahán”. Pues os digo que Dios es capaz de hacer surgir de estas piedras hijos de Abrahán. ⁹ Y el hacha ya se encuentra junto a la raíz del árbol; es más, todo árbol que no da fruto bueno es talado y arrojado al fuego».

¹⁰ Y le preguntaban las multitudes diciendo: «¿Qué haremos entonces?». ¹¹ Como respuesta les decía: «El que tenga dos túnicas, dé parte al que no tenga, y el que tenga alimentos, haga lo mismo». ¹² Y fueron también unos publicanos a ser bautizados y le dijeron: «Maestro, ¿qué hemos de hacer?». ¹³ Y él les dijo: «No reclaméis nada más que

lo que se os tiene ordenado^[230]». ¹⁴ Y le preguntaban también unos que estaban en el ejército diciendo: «¿Qué hemos de hacer también nosotros?». Y les dijo: «No extorsionéis a nadie ni delatéis por dinero y bastaos con vuestras pagas».

¹⁵ Y como esperara el pueblo y reflexionaran todos en sus corazones sobre Juan, si acaso él era el Cristo, ¹⁶ respondió Juan a todos diciendo: «Yo os bautizo con agua, pero viene tras de mí el más poderoso que yo, de cuyas sandalias no soy capaz de desatarle la cinta; él os bautizará mediante Espíritu santo y fuego; ¹⁷ cuyo bieldo^[231] está en su mano para limpiar la era y reunir el trigo en su granero, pero la paja la quemará en un fuego inextinguible».

¹⁸ Así pues, invitando a muchas otras cosas, daba la nueva noticia al pueblo. ¹⁹ Pero Herodes, el tetrarca, injuriado por él respecto a Herodías, mujer de su hermano, y respecto a todo lo perverso que hizo Herodes, ²⁰ añadió esto a todo y encerró a Juan en la cárcel.

²¹ Y sucedió que mientras bautizaba a todo el pueblo, y al ser bautizado Jesús y cuando rezaba, se abrió el cielo, ²² y el Espíritu santo bajó en aspecto corpóreo como una paloma sobre él, y que se produjo una voz procedente del cielo: «Tú eres mi hijo amado, en el cual me glorío».

²³ Y Jesús tenía, cuando comenzaba, treinta años, siendo hijo, según se conocía, de José, hijo de Helí, ²⁴ hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melquí, hijo de Jannai, hijo de José, ²⁵ hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Naúm, hijo de Esli, hijo de Nagai, ²⁶ hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semeín, hijo de Josec, hijo de Jodá, ²⁷ hijo de Joanán, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Neri, ²⁸ hijo de Melqui, hijo de Addí, hijo de Cosán, hijo de Elmadán, hijo de Er, ²⁹ hijo de Jesús, hijo de Eliezer, hijo de Jorín, hijo de Matat, hijo de Leví,

³⁰ hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquín, ³¹ hijo de Melea, hijo de Menná, hijo de Mattatá, hijo de Natán, hijo de David, ³² hijo de Jesé, hijo de Jobed, hijo de Booz, hijo de Sala, hijo de Naasón, ³³ hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá, ³⁴ hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Taré, hijo de Nacor, ³⁵ hijo de Seruc, hijo de Ragau, hijo de Falec, hijo de Eber, hijo de Sala, ³⁶ hijo de Cainán, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, ³⁷ hijo de Matusalá, hijo de Henoc, hijo de Jaret, hijo de Maleleel, hijo de Cainán, ³⁸ hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

4 ¹ Y Jesús, lleno de Espíritu santo, se volvió del Jordán, y fue llevado mediante el Espíritu al desierto ² cuarenta días para ser tentado por el diablo. Y no comió nada durante aquellos días y, transcurridos estos, sintió hambre. ³ Y le dijo el diablo: «Si eres hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan». ⁴ Y le respondió Jesús: «Está escrito: *No con pan únicamente vive el hombre*^[232]». ⁵ Y llevándolo hacia arriba le mostró todos los reinos del mundo en un instante, ⁶ y le dijo el diablo: «Te daré todo este poder y su gloria, porque me ha sido concedido y lo otorgo a quien quiera; ⁷ así pues, tú, si te arrodillas ante mí, todo será tuyo^[233]». ⁸ Y como respuesta, le dijo Jesús: «Está escrito: *Al Señor tu Dios adorarás de rodillas y a él solo servirás*^[234]».

⁹ Lo llevó a Jerusalén y lo colocó sobre el alero del Templo, y le dijo: «Si eres hijo de Dios, tírate abajo; ¹⁰ pues está escrito: *A sus ángeles se encomienda, respecto a ti, cuidarte*^[235]».

¹¹ Y *en sus manos te levantarán para que nunca tropieces tu pie contra una piedra*^[236]».

¹² Y como respuesta, le dijo Jesús: «Se dijo: *No tentarás al*

Señor tu Dios^[237]». ¹³ Y tras acabar todas las tentaciones, el diablo se marchó de allí hasta su momento.

¹⁴ Y se volvió Jesús mediante el poder del Espíritu a Galilea. Y se extendió un rumor por toda la región vecina sobre él. ¹⁵ Y él enseñaba en sus sinagogas alabado por todos.

¹⁶ Y fue a Nazaret, donde se había criado, y entró, según su costumbre, el sábado a la sinagoga y se puso en pie para leer. ¹⁷ Y se le dio un libro del profeta Isaías y, desenrollando el libro^[238], encontró el pasaje donde está escrito: ¹⁸*El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ungió para dar a los pobres la buena noticia; me ha enviado para anunciar a los cautivos su liberación y a los ciegos la vista, y para liberar a los oprimidos^[239], para anunciar el año de gracia del Señor^[240].*

²⁰ Y después de enrollar el libro para dárselo al asistente, se sentó; y los ojos de todos los de la sinagoga estaban detenidos en él. ²¹ Y comenzó a decirles. «Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos». ²² Y todos daban fe y se asombraban de sus palabras de gracia^[241] salidas de su boca, y decían: «¿No es este hijo de José?». ²³ Y les dijo: «Sin duda me diréis este proverbio: “Médico, cúrate a ti mismo”; cuanto oímos que ha ocurrido en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu tierra». ²⁴ Y dijo: «Con seguridad os digo que nadie es profeta aceptado en su tierra. ²⁵ Y con la verdad en la mano os digo: Muchas viudas había en los días de Elías en Israel, cuando el cielo fue cerrado durante tres años y seis meses, cuando apareció una gran hambruna sobre toda la tierra, ²⁶ y a ninguna de ellas fue enviado Elías salvo a Sarepta la sidonia, una mujer viuda. ²⁷ Y cuando había muchos leprosos en época del profeta Eliseo en Israel, y ninguno de ellos fue limpiado, salvo Naamán el sirio». ²⁸ Y todos se llenaron de ira en la sinagoga al escuchar esto, ²⁹ y poniéndose en pie lo echaron de la ciudad y lo llevaron hasta una escarpada montaña sobre

la cual su ciudad estaba construida para despenarlo; ³⁰ pero él, cruzando por medio de ellos, se marchó.

³¹ Y bajó a Cafarnaún, una ciudad de Galilea. Y estaba enseñándoles los sábados; ³² y se asombraban con su enseñanza, porque su discurso se producía con autoridad.

³³ Y en la sinagoga había un hombre con un espíritu de un demonio impuro, y gritó con una fuerte voz: ³⁴ «¡Para! ¿Qué pasa entre tú y nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? Sé quién eres, el santo del Señor». ³⁵ Y le recriminó Jesús, diciendo: «Cállate, y sal de él». Y tras arrojarlo^[242] al centro, el demonio se marchó de él sin hacerle nada. ³⁶ Y el estupor se adueñó de todos, y hablaban entre ellos diciendo: «¿Qué discurso es este que con autoridad y poder da órdenes a los espíritus impuros y salen?». ³⁷ Y se divulgó un rumor sobre él a todo lugar de la región vecina.

³⁸ Y saliendo de la sinagoga se dirigió a casa de Simón. Una suegra de Simón estaba cogida por una fuerte fiebre, y le rogaron por ella. ³⁹ Y colocado sobre ella, increpó a la fiebre y la dejó; y al instante ella se levantó y les atendió.

⁴⁰ Y al ponerse el sol, todos cuantos tenían afectados de variadas enfermedades se los presentaron; y él, imponiendo las manos a cada uno de ellos, los curaba. ⁴¹ Y también demonios salían de muchos gritando y diciendo: «Tú eres el hijo de Dios», y, intimidándolos, no permitió que hablaran, porque sabían que él era el Cristo.

⁴² Y llegado el día, tras salir se dirigió a un lugar desierto; y las multitudes lo buscaban y fueron hasta él y le impedían que los abandonara. ⁴³ Y él les dijo: «Es preciso que anuncie la buena noticia del reino de Dios en las restantes ciudades, porque para eso fui enviado». ⁴⁴ Y estaba predicando en las sinagogas de Judea.

5 ¹ Y sucedió que la multitud urgía a Jesús y escuchaba la palabra de Dios, y él, que estaba junto al lago Genesaret^[243], ² y vio dos barcos que estaban junto al lago; y los pescadores que se habían bajado de ellos limpiaban las redes. ³ Subiendo a uno de los barcos, el que era de Simón, le preguntó si podía alejarlo de tierra un trecho; y sentado enseñaba desde el barco a la multitud.

⁴ Y en cuanto dejó de hablar, dijo a Simón: «Vete más adentro y echad vuestras redes a pescar». ⁵ Y como respuesta, dijo Simón: «Maestro, pese a trabajar toda la noche no cogimos nada; pero por ser palabra tuya^[244] echaré las redes». ⁶ Y al hacer esto apresaron mucha cantidad de peces, y los peces estaban a punto de irse de ellas. ⁷ E hicieron señal a los compañeros del otro barco para que vinieran a faenar con ellos; y fueron y llenaron ambos barcos, al punto de irse casi a pique.

⁸ Al verlo, Simón Pedro se postró ante las rodillas de Jesús, diciendo: «Aléjate de mí, pues soy un hombre pecador, Señor». ⁹ Pues el temor se apoderó de él y de todos los que estaban con él a causa de la pesca de los peces que capturaron, ¹⁰ e igualmente también de Jacob y Juan, los hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y dijo Jesús a Simón: «Deja de tener miedo; desde ahora eres pescador de hombres». ¹¹ Y, tras llevar los barcos a tierra, lo siguieron, abandonando todo.

¹² Y cuando estaba en una de las ciudades, he aquí un hombre con lepra; y al ver a Jesús, cayendo de hinojos, le suplicó diciendo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». ¹³ Y extendiendo la mano le tocó, diciendo: «Quiero, límpiame»; y al instante la lepra se marchó de él. ¹⁴ Y él lo conminó a que nada dijera a nadie. «Pero en cuanto te marches, preséntate al sacerdote y explícale tu purificación tal como ordenó Moisés,

como testimonio para ellos». ¹⁵ Y se extendió mucho la noticia sobre él, y se reunieron muchas gentes para escucharlo y ser curadas de sus enfermedades. ¹⁶ Pero él se retiraba a los desiertos y rezaba.

¹⁷ Y en uno de los días en que estaba enseñando, también estaban sentados unos fariseos y maestros de la Ley que habían venido de cada aldea de Galilea, Judea y Jerusalén; y una fuerza del Señor estaba allí para que él curara. ¹⁸ Y he aquí que unos hombres que traían sobre una camilla a un hombre que estaba paralítico también intentaban introducirlo y colocarlo frente a él. ¹⁹ Y al no encontrar cómo introducirlo por la muchedumbre, tras subir a una casa y sirviéndose de una litera, abajo a través de las tejas lo dejaron en el centro delante de Jesús. ²⁰ Y al ver su fe, dijo: «Hombre, te son perdonados tus pecados». ²¹ Y comenzaron a reflexionar los escribas y fariseos, diciendo: «¿Quién es este, que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino Dios solo?». ²² Pero conociendo Jesús sus reflexiones, como respuesta les dijo: «¿Qué reflexionáis en vuestros corazones? ²³ ¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y anda”? ²⁴ Para que comprendáis que el Hijo del hombre tiene poder sobre la tierra para perdonar pecados — dijo al paralítico—: “A ti te digo, levántate, toma tu litera y vete a tu casa”». ²⁵ E inmediatamente se puso en pie ante todos, tomó la camilla sobre la que había estado acostado, y se marchó a su casa glorificando a Dios. ²⁶ Y el estupor atrapó a todos y glorificaron a Dios y se llenaron de miedo mientras decían: «Hoy hemos visto cosas increíbles».

²⁷ Y después de esto, se marchó y vio a un publicano de nombre Leví sentado en su oficina de impuestos, y le dijo: «Sígueme». ²⁸ Y dejando todo se levantó y lo seguía. ²⁹ Y Leví le preparó un gran banquete en su casa, y había mucho gentío

de publicanos y otros que estaban recostados para comer con ellos. ³⁰ Y los fariseos y sus escribas murmuraban diciéndoles a sus discípulos: «¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?». ³¹ Y como respuesta, les dijo Jesús: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos; ³² no vine a llamar a los justos, sino a los pecadores, al arrepentimiento».

³³ Y le dijeron: «Los discípulos de Juan ayunan frecuentemente y de igual manera llevan a cabo súplicas, y los fariseos, pero los tuyos comen y beben». ³⁴ Y Jesús les dijo: «¿Acaso podéis hacer que pasen hambre los invitados del banquete mientras el novio está con ellos? ³⁵ Pasarán los días, y cuando los deje el novio, entonces pasarán hambre en aquellos días».

³⁶ Y también les dijo un ejemplo: «Nadie que corte un remiendo de un manto nuevo lo pone en uno viejo; por el contrario, también cortará el nuevo, y el remiendo del nuevo no encajará con el viejo. ³⁷ Y nadie echa vino nuevo a odres viejos; por el contrario, el vino nuevo romperá los odres y se derramará, y los odres se echarán a perder; ³⁸ en lugar de eso, hay que echar el vino nuevo en odres nuevos. ³⁹ Y nadie que bebe viejo quiere nuevo, pues dice: “El viejo es mejor”».

6 ¹ Y sucedió que en sábado cruzaba por unos sembrados, y sus discípulos espigaban y comían las espigas desmenuzándolas con las manos. ² Y algunos de los fariseos dijeron: «¿Por qué hacéis lo que no es lícito ^[245] en sábado?». ³ Y como respuesta, les dijo Jesús: «¿No habéis leído lo que hizo David cuando él y los que estaban con él pasaron hambre, cómo entró al templo de Dios y, topando los panes de la ofrenda, los comió y los dio a los suyos, los que no era lícito comer salvo a los sacerdotes?». ⁵ Y les dijo: «Dueño del sábado es el Hijo del hombre».

⁶ Y sucedió en otro sábado que entró a la sinagoga y se puso a enseñar. Y había un hombre allí y su mano derecha estaba seca. ⁷ Y lo vigilaban los escribas y los fariseos por si curaba en sábado, para encontrar (algo con qué) acusarlo. ⁸ Y él sabía sus reflexiones, pero dijo al hombre con la mano seca: «Levántate y ponte en medio»; y tras levantarse se puso en pie. ⁹ Y les dijo Jesús: «Os pregunto si se atiene a la Ley hacer el bien o hacer el mal en sábado, salvar una vida o dejarla perder». ¹⁰ Y mirando en torno a él a todos ellos, le dijo: «Extiende tu mano». Y él lo hizo, y su mano volvió a su antiguo estado. ¹¹ Y ellos se llenaron de ofuscación y discutían entre sí qué harían a Jesús.

¹² Y sucedió en esos días que salió a la montaña a rezar, y se le iba la noche en la oración a Dios. ¹³ Y cuando llegó el día, convocó a sus discípulos, y tras elegir a doce de ellos, a los que^[246] también denominó apóstoles. ¹⁴ A Simón, al que llamó Pedro, a Andrés su hermano, a Jacobo, a Juan, a Felipe, a Bartolomé, ¹⁵ a Mateo, Tomás, Jacobo el de Alfeo y a Simón el llamado celota, ¹⁶ a Judas hijo de Jacobo y a Judas Iscariote, el que se convirtió en su delator.

¹⁷ Y tras bajar en su compañía se puso en un lugar llano, y un^[247] gran gentío de sus discípulos, y una muchedumbre grande del pueblo de toda Judea y Jerusalén y la costa de Tiro y Sidón, ¹⁸ que llegaron para oírlo y ser curados de sus enfermedades; y los afectados de espíritus impuros eran curados, ¹⁹ y toda la muchedumbre buscaba ser tocada por él, porque salía una fuerza de él y curaba a todos.

²⁰ Y alzando sus ojos hacia sus discípulos, decía: «Felices los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. ²¹ Felices los que ahora estáis hambrientos, porque seréis saciados. Felices los que ahora lloráis, porque reiréis.

²²» Sed felices cuando os odien los hombres, y cuando os aparten y os injurien y rechacen vuestro nombre como malvado por causa del Hijo del hombre. ²³ Alegraos ese día y brincad, pues mirad, vuestra paga será abundante en el cielo; pues de la misma manera hacían a los profetas los padres de esos.

²⁴» Pero ¡ay de vosotros los ricos!, porque alejáis vuestro consuelo. ²⁵ ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados, porque pasaréis hambre! ¡Ay, los que ahora reís!, porque sufriréis y lloraréis. ²⁶ ¡Ay cuando os hagan bien todos los hombres!; pues de la misma manera hacían a los falsos profetas los padres de esos.

²⁷» Pero os digo a los que oís: amad a los que os desprecian, haced el bien a quienes os odian, ²⁸ bendecid a quienes os desean el mal, rezad por quienes os tratan con soberbia^[248]. ²⁹ A quien te golpee una mejilla, dale también la otra, y no prives del manto y la túnica a quien te los quite. ³⁰ Da a todo el que te pida y no reclames a quien te quita lo tuyo.

³¹ «Y tal como queréis que actúen los hombres con vosotros, actuad vosotros con ellos de la misma manera. ³² Y si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? Pues también los pecadores aman a los que les aman. ³³ Pues también si hacéis el bien a quienes hacen el bien con vosotros, ¿qué mérito tendréis? También los pecadores hacen lo mismo. ³⁴ Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis? También los pecadores prestan para cobrar lo mismo. ³⁵ Por el contrario, amad a los que os desprecian y haced el bien y no prestéis nada esperando recompensa; y vuestra paga será abundante, y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desgraciados y pobres.

³⁶ «Sed compasivos tal como también es compasivo vuestro

Padre. ³⁷ Y no sigáis juzgando, y de ninguna manera seréis juzgados; y no sigáis condenando, y de ninguna manera seréis condenados; absolved, y seréis absueltos; ³⁸ dad, y se os dará; una medida^[249] buena, apretada, llena, desbordada os dejarán en el regazo; pues con la medida con la que midáis, seréis a su vez medidos.

³⁹ Y les expuso también una comparación: «¿Acaso puede un ciego guiar a un ciego? ¿No caerán ambos a un hoyo? ⁴⁰ No hay discípulo por encima del maestro; todo el que esté preparado será como su maestro.

⁴¹» ¿Por qué ves la brizna en el ojo de tu hermano, pero la viga en tu propio ojo no la observas? ⁴² ¿Cómo puedes decir a tu hermano: “Hermano, deja que quite la brizna que hay en tu ojo”, sin ver tú mismo la viga que hay en tu ojo? Hipócrita, quita primero de tu ojo la viga y entonces verás con claridad para quitar la brizna que hay en el ojo de tu hermano.

⁴³» Pues no hay buen árbol que dé fruto podrido, ni a su vez árbol podrido que dé buen fruto. ⁴⁴ Pues cada árbol es conocido por su fruto; pues de cardos no recogen higos ni de zarzas vendimian uvas. ⁴⁵ El hombre bueno produce el bien del buen tesoro de su corazón, y el malo produce el mal del malo; pues de lo que hay abundancia en el corazón habla su boca.

⁴⁶» ¿Por qué me llamáis “Señor, señor” y no hacéis lo que os digo? ⁴⁷ Todo el que se me acerca y escucha mis palabras y las lleva a cabo, os mostraré a quién es igual: ⁴⁸ Es igual a un hombre que, cuando edificaba una casa, excavó, ahondó y puso cimientos sobre la roca; y llegada una crecida el río descargó toda su fuerza contra la casa aquella, y no tuvo fuerza para derribarla debido a haberla construido bien. ⁴⁹ Pero el que oyó y no hizo es igual a un hombre que edificaba su casa sobre la tierra sin cimientos, contra la que descargó

toda su fuerza el río, y al instante se derrumbó y se destrozó totalmente esa casa^[250].

7 ¹ Y una vez que todas sus palabras llegaron a oídos del pueblo, entró en Cafarnaún. ² Un siervo de cierto centurión estaba enfermo e iba a morir, el cual era muy querido para él^[251]. ³ Pero tras oír hablar de Jesús envió a buscarlo a unos ancianos de los judíos suplicándole que viniera y salvara a su siervo. ⁴ Y los que se presentaron ante Jesús le suplicaban insistentemente diciéndole: «Es digno de que se lo concedas; ⁵ pues ama a nuestra raza y él nos construyó la sinagoga». ⁶ Y Jesús se puso en camino con ellos. Y cuando ya no distaba mucho de la casa, envió unos amigos el centurión para decirle: «Señor, deja de molestarte, pues no soy digno de que entres a mi casa; ⁷ porque ni siquiera me consideré digno de ir yo mismo a ti; pero di una palabra, y que mi criado se cure. ⁸ Pues también yo soy un hombre sometido a autoridad aunque con soldados bajo mi mando, y digo a este: “Ve”, y va; y a otro: “Ven”, y viene, y a mi esclavo: “Haz esto”, y lo hace». ⁹ Al oírlo, Jesús se sorprendió y, volviéndose a la multitud que lo seguía, dijo: «Os digo que ni en Israel he encontrado fe semejante». ¹⁰ Y tras volver a casa los enviados, encontraron al siervo recuperándose.

¹¹ Y sucedió que a continuación se encaminó hacia una ciudad llamada Naín, y le acompañaban sus discípulos y mucha gente. ¹² Pero cuando se acercó a la puerta de la ciudad, he aquí que era sacado un hijo único, fallecido, por su madre, y era viuda, y un gran gentío estaba con ella. ¹³ Y al verla, el Señor se conmovió por ella, y le dijo: «Deja de llorar». ¹⁴ Y tras acercarse, tocó el féretro, y los que lo llevaban se pararon, y dijo: «Joven, a ti te digo, levántate». ¹⁵ Y el muerto se sentó y comenzó a hablar, y se lo entregó a su madre. ¹⁶ Y el temor^[252] se apoderó de todos y glorificaron a Dios, diciendo

“Un gran profeta se levantó entre nosotros” y “Cuidó Dios de se pueblo”.¹⁷ Y se propaló este rumor sobre él por toda Judea y toda la región vecina.

¹⁸ Y llevaron noticia a Juan de todo esto sus discípulos. Y tras hacer venir a dos de sus discípulos, Juan ¹⁹ los envió al Señor para decirle: «¿Eres tú el que va a venir o esperamos a otro?». ²⁰ Una vez que estuvieron junto a él estos hombres, dijeron: «Juan el bautista nos envió a ti para decirte: “¿Eres tú el que va a venir o esperamos a otro?”». ²¹ En aquel momento curó a muchos de enfermedades, tormentos y espíritus malignos y concedió a muchos ciegos la gracia de ver. ²² Y como respuesta, les dijo: «Marchad y contad a Juan lo que visteis y oísteis: *Los ciegos ven*^[253], los cojos andan, los leprosos son curados y *los sordos oyen*^[254], *los muertos son resucitados*^[255], los pobres reciben la buena noticia; ²³ y dichoso es quien quiera que no se escandalice por mí».

²⁴ Tras marcharse los enviados de Juan, comenzó a hablar a las gentes sobre Juan: «¿Qué vinisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ²⁵ ¿Pero qué vinisteis a ver? ¿A un hombre vestido con trajes? Mirad, los de magnífico vestido y lujo están en las casas de los reyes. ²⁶ ¿Pero qué vinisteis a ver? ¿A un profeta? Os digo que sí, y un profeta especialmente importante. ²⁷ Él es de quien se ha escrito: *Mira, envío a un mensajero mío delante de ti que preparará tu camino delante de ti*^[256]. ²⁸ Os digo: No ha surgido entre los nacidos de las mujeres nadie mayor que Juan; pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él».

²⁹ «Y todo el pueblo que lo escuchó, y los publicanos, reconocieron a Dios como justo al hacerse bautizar con el bautismo de Juan. ³⁰ Pero los fariseos y los conocedores de la Ley se desentendieron de la voluntad de Dios hacia ellos desde el momento en que no fueron bautizados por él.

³¹ «¿Con qué identificaré a los hombres de esta generación y a qué son iguales? ³² Son iguales a unos niños que, sentados en la plaza y hablando entre sí, dicen: “Os tocamos la flauta y no bailasteis, nos lamentamos y no llorasteis”. ³³ Pues ha venido Juan el Bautista, que no come pan ni bebe vino, y decís: “Tiene un demonio”. ³⁴ Ha venido el Hijo del hombre comiendo y bebiendo, y decís: “Aquí tienes un hombre tragón y dado al vino, amigo de publicanos y pecadores”. ³⁵ Y fue juzgada la Sabiduría a tenor de todos sus hijos^[257]».

³⁶ Uno de los fariseos le pidió que comiera con él y, al entrar a casa del fariseo, se recostó a la mesa. ³⁷ Y he aquí que una mujer pecadora que había en la ciudad, al saber que estaba en la casa del fariseo para comer, trayendo un vaso de perfume ³⁸ y colocándose detrás de sus pies, mientras lloraba lágrima viva comenzó a mojar los pies de él con sus lágrimas y con sus cabellos los secó, y besaba sus pies y los ungía con perfume. ³⁹ Pero al verlo, el fariseo que lo había invitado dijo para sí: «Este, si es un profeta, sabría quién y de qué clase es esta mujer que le toca, porque es una pecadora».

⁴⁰ Y como respuesta, le dijo Jesús: «Simón, tengo algo que decirte». Y él dijo: «Maestro, dime». ⁴¹ «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios; el otro, cincuenta. ⁴² Al no poder ellos devolverlo, les hizo el favor a ambos. En definitiva, ¿cuál de los dos lo amará más?». ⁴³ Como respuesta, dijo Simón: «Supongo que al que más favoreció». Y él le dijo: «Has juzgado bien». ⁴⁴ Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me ofreciste agua para los pies. Ella mojó con sus lágrimas mis pies y con sus cabellos los secó. ⁴⁵ Tú no me diste un beso; pero ella, desde que entró, no dejó de besarme los pies. ⁴⁶ No ungiste mi cabeza con aceite, pero ella ungó mis pies con perfume. ⁴⁷ En virtud de lo cual te digo han sido

perdonados sus muchos pecados, porque ama mucho; y es que al que poco se le perdona, poco ama». ⁴⁸ Y le dijo a ella: «Tus pecados han sido perdonados». ⁴⁹ Y los que estaban recostados con ellos comenzaron a decir para sí: «¿Quién es este que perdona los pecados?». ⁵⁰ Pero dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado; ve en paz».

8 ¹ Y sucedió a continuación que recorría cada ciudad y cada aldea anunciando y dando la buena noticia del reino de Dios, y los doce con él, ² y unas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades, María la llamada Magdalena, de la cual fueron expulsados siete demonios; ³ Juana, la mujer de Cusa, un intendente de Herodes, y Susana y otras muchas que los asistían de sus bienes.

⁴ Como se reuniera una gran multitud y los de la ciudad se dirigieran también hacia él, dijo por medio de una comparación: ⁵ «Salió el sembrador a sembrar su simiente. Y mientras la sembraba, una parte cayó junto al camino y fue pisada, y los pájaros del cielo se la comieron. ⁶ Y otra parte cayó sobre el pedregal, y cuando creció se secó por no tener humedad. ⁷ Y otra cayó en medio de cardos, y los cardos, al crecer al mismo tiempo, la ahogaron. ⁸ Y otra cayó en la tierra buena, y cuando creció dio como fruto el céntuplo». Al contar esto dijo: «El que tenga oídos para oír, que oiga».

⁹ Le preguntaron sus discípulos qué era aquella comparación. ¹⁰ Y él dijo: «Se os ha concedido conocer los secretos del reino de Dios, pero a los demás mediante comparaciones, para que *viendo, no vean, y oyendo, no comprendan*. ¹¹ Esta es la comparación: la semilla es la palabra de Dios. ¹² Los que están junto al camino son los que escuchan, luego viene el diablo y quita la palabra de sus corazones para que no sean salvados creyendo. ¹³ Y los del

pedregal los que, cuando escuchan, reciben con alegría la palabra, aunque estos no tienen raíz, los que en su momento creen y en un momento de tentación abandonan. ¹⁴ Lo que ha caído a los cardos, estos son los que, después de oír, y alejados por las preocupaciones, la riqueza, los placeres de la vida, son ahogados y no llegan a madurar. ¹⁵ Y lo que cae en tierra buena, estos son los que tras escuchar con un corazón bello y bueno, guardan la palabra y llegan a madurar mediante la perseverancia.

¹⁶» Nadie, tras encender una vela, la oculta en un mueble o la coloca bajo la cama, sino que la pone en el candelabro, para que los que entren vean la luz. ¹⁷ Pues no hay nada oculto que no acabe aclarado, ni secreto que no sea conocido y salga a la luz.

¹⁸» Así pues, mirad cómo escucháis; pues quien tenga, a ese se le dará; y quien no tenga, incluso lo que piense tener le será quitado».

¹⁹ Acudió ante él su madre y sus hermanos, y no pudieron encontrarse con él debido a la muchedumbre. ²⁰ Y le fue anunciado: «tu madre y tus hermanos han venido con la intención de verte». ²¹ Como respuesta, les dijo él: «Mi madre y mis hermanos son estos que escuchan la palabra y la practican».

²² Sucedió en uno de esos días que subió a un barco él y sus discípulos, y les dijo: «Vayamos al otro lado del lago», y se hicieron a la mar. ²³ Y mientras navegaban se durmió, y bajó una tempestad de viento al lago y se anegaban y pasaban peligro. ²⁴ Fueron y lo despertaron para decirle: «¡Maestro, maestro, que morimos!». Pero él, una vez despierto, increpó al viento y a la ola de agua; y cesaron y vino la calma. ²⁵ Y les dijo: «¿Dónde está vuestra confianza?». Y llenos de temor, se admiraron diciéndose unos a otros: «¿Quién es este que

también da órdenes a los vientos y al agua, y le obedecen?».

²⁶ Y navegaron hasta la región de los gerasenos, que está enfrente de Galilea. ²⁷ Mientras bajaba a tierra, le salió al encuentro cierto hombre de la ciudad endemoniado y desde hacía mucho tiempo no había vestido^[258] manto y no se quedaba en casa, sino entre las tumbas. ²⁸ Y, al ver a Jesús, gritando cayó ente él y le dijo a grandes voces: «¿Qué hay entre tú y yo, Jesús, hijo de Dios el Altísimo? Te pido que no me atormentes». ²⁹ Pues le había exigido al espíritu impuro salir del hombre. Pues muchas veces lo tenía cogido y era encadenado con cadenas y grilletes para ser vigilado y, tras romper las cadenas, era llevado por el demonio a los desiertos. ³⁰ Y le preguntó Jesús: «¿Cuál es tu nombre?». Y él dijo: «Legión», porque entraron muchos demonios en él. ³¹ Y le pedían que no les ordenara irse al abismo. ³² Y había allí una piara de muchos cerdos pastoreada en el monte; y lo pidieron que les ordenara entrar en ellos; y se lo ordenó. ³³ Y tras salir del hombre los demonios entraron en los cerdos, y la piara se arrojó barranco abajo al lago y se ahogó.

³⁴ Y al ver los pastores lo ocurrido, huyeron y lo contaron en la ciudad y los campos. ³⁵ Y salieron para ver lo ocurrido y se dirigieron a Jesús y encontraron sentado al hombre del que habían salido los demonios, vestido y en estado normal junto a los pies de Jesús, y se llenaron de temor. ³⁶ Y les dijeron los que lo vieron cómo fue salvado el endemoniado. ³⁷ Y le pidió toda la multitud de los contornos de los gerasenos que se marchara de allí, porque estaban atenazados por un gran miedo; y él, subiendo al barco, se volvió. ³⁸ Y el hombre del que habían salido los demonios le pidió que estuviera con él; pero lo despidió, diciendo: ³⁹ «Vuelve a tu casa y relata cuanto te hizo Dios». Y se marchó por toda la ciudad anunciando cuanto le hizo Jesús.

⁴⁰ Y mientras Jesús se volvía, lo recibió la multitud, pues todos lo estaban esperando. ⁴¹ Y he aquí que llegó un hombre llamado Jairo, y este era director de la sinagoga, y cayendo a los pies de Jesús le pedía que fuera a su casa, ⁴² porque tenía una hija única de unos doce años y se moría. Mientras iba, las multitudes lo ahogaban. ⁴³ Y una mujer que llevaba doce años con un flujo de sangre, que había pasado todos sus recursos en médicos y por ninguno pudo ser curada, ⁴⁴ acercándose por detrás tocó el borde de su manto y al instante paró el flujo de sangre. ⁴⁵ Y dijo Jesús: «¿Quién es el que me ha tocado?». Y como todos lo negaran, dijo Pedro: «Maestro, las gentes te aprietan y te estrechan». ⁴⁶ Pero Jesús dijo: «Alguien me tocó, pues he notado que una fuerza salía de mí». ⁴⁷ Y como comprendiera la mujer que no había pasado desapercibida, fue temblando y, cayendo ante él, le contó la razón por la que le había tocado delante de todo el pueblo y cómo se había curado inmediatamente. ⁴⁸ Y él le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz». ⁴⁹ Mientras él todavía hablaba, vino uno de casa del director de la sinagoga diciendo: «Tu hija ha muerto; no molestes ya al maestro». ⁵⁰ Pero Jesús, que lo oyó, le respondió: «Deja de tener miedo, simplemente confía y será salvada». ⁵¹ Y dirigiéndose a la casa no permitió a nadie que entrara con él salvo a Pedro, Juan, Jacobo y el padre de la niña y la madre. ⁵² Lloraban todos y se lamentaban por ella. Pero él dijo: «Dejad de llorar, pues no murió sino que duerme». ⁵³ Y se reían de él al ver que había muerto. ⁵⁴ Pero él, cogiéndole la mano, gritó diciendo: «Niña, levántate». ⁵⁵ Y su respiración volvió y se levantó inmediatamente, y ordenó que se le diera de comer. ⁵⁶ Y se quedaron anonadados sus padres, y él les exigió que a nadie contaran lo ocurrido.

9 ¹ Y tras hacer llamar a los doce, les dio fuerza y poder sobre todos los demonios y para curar

enfermedades, ² y los envió a anunciar el reino de Dios y a curar a los enfermos, ³ y les dijo: «No llevéis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tengáis dos mantos. ⁴ Y a la casa en que entréis, quedaos allí y marchaos de ella. ⁵ Y cuantos no os reciban, una vez os marchéis de esa ciudad sacudíos el polvo del camino de los pies como testimonio para ellos». ⁶ Y tras marcharse, atravesaban las aldeas anunciando la buena noticia y curando en todas partes.

⁷ Pero oyó Herodes el tetrarca todo lo ocurrido, y estaba perplejo, porque se decía por unos que Juan había sido resucitado de los muertos, ⁸ pero por otros que Elías se había aparecido, y por otros que cierto profeta de los antiguos había resucitado. ⁹ Y dijo Herodes: «A Juan, yo lo decapité; ¿quién es este del que oigo cosas tales?». E intentaba verlo.

¹⁰ Y cuando volvieron, los apóstoles le relataron cuanto habían hecho. Y, tomándolos aparte, se marchó a una ciudad llamada Betsaida. ¹¹ Y las gentes, al enterarse, lo siguieron; y, tras acogerlos, les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que tenían necesidad de curación.

¹² Y el día comenzó a declinar; y acercándosele los Doce le dijeron: «Despide a la multitud para que, yendo a las aldeas de los alrededores y a los campos, se alojen y encuentren alimento, porque estamos aquí en un lugar desierto». ¹³ Y les dijo: «Dadles vosotros de comer». Y ellos dijeron: «No tenemos nada más que cinco panes y dos peces, salvo que vayamos nosotros y compremos alimento para toda esta multitud». ¹⁴ Pues había unos cinco mil hombres. Y dijo a sus discípulos: «Haced que se recuesten en cuadrillas de unos cincuenta». ¹⁵ Y así hicieron y recostaron a todos. ¹⁶ Tomando los cinco panes y los dos peces, tras dirigir los ojos al cielo los bendijo, los partió y los dio a los discípulos para que los repartieran a la multitud. ¹⁷ Y comieron y se hartaron todos, y

se recogieron como sobrante doce canastos de trozos.

¹⁸ Y sucedió que mientras estaba él rezando a solas, estaban con él los discípulos, y les preguntó diciendo: «¿Quién dicen las gentes que soy?». ¹⁹ Y ellos como respuesta dijeron: «Juan el Bautista, otros Elías, otros que cierto profeta de los antiguos resucitó». ²⁰ Y les dijo: «Pero vosotros, ¿quién decís que soy?». Y Pedro, como respuesta, dijo: «El Cristo de Dios». ²¹ Y él, exigiéndoselo severamente, les mandó que no se lo dijeran a nadie, ²² diciéndoles: «Es preciso que el Hijo del hombre sufra mucho y sea rechazado por los ancianos y escribas y muera, y al tercer día sea resucitado».

²³ Y les decía a todos: «Si alguno quiere seguirme, que se niegue y coja mi cruz cada día^[259] y me siga. ²⁴ Pues quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mi causa, este la salvará. ²⁵ Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde o perjudica a sí mismo? ²⁶ Pues quien se avergüence de mí y de mis palabras, de este se avergonzará el Hijo del hombre cuando llegue en su gloria y la de su Padre y la de los santos ángeles. ²⁷ Y os digo con la verdad en la mano, hay algunos de los que están aquí que no probarán la muerte hasta que vean el reino de Dios».

²⁸ Y transcurrieron después de estas palabras como unos ocho días, y tomando a Pedro, Juan y Jacobo subió a un monte a rezar. ²⁹ Y mientras rezaba, el aspecto de su rostro se transformó en otro y su vestimenta se hizo de un blanco resplandeciente. ³⁰ Y he aquí que dos hombres hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías, ³¹ que, apareciéndose en gloria, le contaban el final de él, el que iba a cumplirse en Jerusalén. ³² Y Pedro y los que estaban con él fueron dominados por el sueño; pero al despertarse vieron la gloria de él y a los dos hombres que estaban con él. ³³ Y al marcharse ellos de él, sucedió que Pedro dijo a Jesús: «Maestro, es bueno

que nosotros nos quedemos aquí y hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías», sin saber lo que decía. ³⁴ Y mientras decía esto se presentó una nube y los cubrió; y se asustaron cuando entraron en la nube. ³⁵ Y una voz surgió de la nube que decía: «Este es mi hijo, el elegido, escuchadlo». ³⁶ Y mientras se producía la voz, Jesús se encontró solo. Y ellos se callaron y a nadie le contaron en aquellos días nada de lo que vieron.

³⁷ Y al día siguiente, cuando bajaban del monte, sucedió que una gran multitud se encontró con él. ³⁸ Y he aquí que un hombre de la multitud gritó diciendo: «Maestro, te pido que atiendas a mi hijo, porque es mi único hijo, ³⁹ y mira, un espíritu lo toma y de repente grita y lo convulsiona con espumarajos y a duras penas sale de él tras quebrantarlo. ⁴⁰ Y rogué a tus discípulos que lo echaran, pero no pudieron». ⁴¹ Y como respuesta, dijo Jesús: «¡Oh generación incrédula y perversa!, ¿hasta cuándo estaré con vosotros y os aguantaré? Trae aquí a tu hijo». ⁴² Y estando todavía en camino irrumpió en él el demonio y lo sacudió con convulsiones; pero Jesús ordenó al espíritu impuro y curó al chico y lo devolvió a su padre. ⁴³ Y todos se admiraron de la grandeza de Dios.

Admirados por todo cuanto hacía, dijo a sus discípulos: ⁴⁴ «Vosotros prestad oídos a estas palabras: pues el Hijo del hombre va ser entregado a manos de hombres». ⁴⁵ Pero ellos desconocían este hecho, y había sido velado para ellos para que no lo comprendieran, y temían preguntarle sobre estas palabras.

⁴⁶ Comenzó una discusión entre ellos, por cuál de ellos sería el más importante. ⁴⁷ Pero Jesús, conocedor de las reflexiones de sus corazones, tomando a un niño lo colocó junto a ellos, ⁴⁸ y les dijo: «Quien reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y quien me reciba, recibe a quien me envía; pues el

más pequeño entre vosotros este es el mayor».

⁴⁹ Y como respuesta, dijo Juan: «Maestro, conocíamos a uno que en tu nombre echaba demonios, y se lo impedíamos porque no nos sigue». ⁵⁰ Pero le dijo Jesús: «No lo impedáis, pues quien no está contra vosotros está a favor vuestro».

⁵¹ Y sucedió que se cumplían los días de su ascensión, y él se decidió a ir a Jerusalén.

⁵² Y envió unos mensajeros por delante. Y puestos en marcha fueron a una aldea de samaritanos para prepararlo ^[260]; ⁵³ y no lo recibieron, porque su propósito era ir a Jerusalén. ⁵⁴ Al verlo los discípulos Jacobo y Juan, dijeron: «Señor, ¿quieres que digamos *que un fuego baje del cielo y los aniquile* ^[261]? ⁵⁵ Volviéndose, se lo echó en cara. ⁵⁶ Y se fueron a otra aldea.

⁵⁷ Y una vez se pusieron en camino le dijo uno: «Te seguiré allí donde vayas». ⁵⁸ Y le dijo Jesús: «Las zorras tienen madrigueras y nidos las aves del cielo, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza». ⁵⁹ Le a dijo otro: «Sígueme». Pero dijo él: «Señor, déjame irme para enterrar primero a mi padre». ⁶⁰ Y le dijo: «Deja que los muertos entierren a sus muertos, y tú marcha y anuncia el reino de Dios». ⁶¹ Y dijo otro: «Te seguiré, Señor; pero primero déjame que me despida de los que están en mi casa». ⁶² Y le dijo Jesús: «Nadie que ponga la mano delante del arado y mire hacia atrás es útil al reino de Dios».

10 ¹ Y después de esto, designó el Señor a otros setenta y dos y los envió por delante de dos en dos a toda ciudad y lugar donde iba a ir él. ² Y les decía: «La siega es mucha, pero los trabajadores pocos; pedid, pues, al dueño de la siega que envíe trabajadores a la siega. ³ Marchaos; mirad que os envío como a corderos entre lobos. ⁴ No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias, y no saludéis a nadie por el camino. ⁵ Y

en la casa en la que entréis, decid lo primero: “Paz para esta casa”. ⁶ Y si en ella hay un hijo de la paz^[262], descansará vuestra paz sobre él; pero, de todos modos, si no, se volverá vuestra paz sobre vosotros. ⁷ Y permaneced en esa casa comiendo y bebiendo lo de aquellos, pues digno es el trabajador de su sueldo. No paséis de una casa a otra. ⁸ Y en la ciudad a la que entréis y os reciban, comed lo que os esté preparado. ⁹ Y curad a los enfermos que haya en ella y decidles: “Ya está cerca de vosotros el reino de Dios”. ¹⁰ Y en la ciudad a la que entréis y no os reciban, cuando salgáis a sus plazas decid: ¹¹ “Nos limpiaremos incluso el polvo que se nos pegue en los pies procedente de vuestra ciudad; pero sabed esto, que el reino de Dios ya está cerca”. ¹² Os digo que para Sodoma será más llevadero aquel día que para esa ciudad.

¹³» ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón hubieran tenido lugar los milagros ocurridos entre vosotras, hace tiempo que hubieran hecho penitencia sentados en saco y ceniza. ¹⁴ Incluso será más llevadero para Tiro y Sidón en el juicio que para vosotras. ¹⁵ Y tú, Cafarnaún, ¿serás elevada hasta el cielo? Bajarás hasta el Hades^[263].

¹⁶» Quien os escuche, me escucha; y quien os rechace, me rechaza; pero el que me rechace, rechaza a quien me envía».

¹⁷ Y volvieron los setenta y dos con alegría contando: «Señor, incluso los demonios nos obedecen mediante tu nombre». ¹⁸ Y les dijo: «Veía a Satanás cayendo como un relámpago del cielo. ¹⁹ Mirad, os he dado el poder de pisar por encima de serpientes y escorpiones, y sobre cualquier poder del enemigo, y de ninguna manera os hará daño cosa alguna. ²⁰ Pero no os alegréis con esto, con que los espíritus os obedecen; por el contrario, alegraos de que vuestros nombres ya están escritos en el cielo».

²¹ En ese momento se alegró gracias al Espíritu santo y dijo: «Te agradezco, Padre, Señor del cielo y la tierra, que ocultaste esto a los sabios e inteligentes y lo desvelaste a los ingenuos; sí, Padre, porque así te pareció bien. ²² Todo me fue concedido por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo salvo el Padre, ni quién es el Padre a no ser el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera desvelarlo». ²³ Y volviéndose a los discípulos en particular, dijo: «Felices los ojos que ven lo que veis. ²⁴ Pues os aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que veis y no lo vieron, y escuchar lo que escucháis, y no lo escucharon.

²⁵ Y he aquí que un experto en la Ley se levantó para ponerlo a prueba, diciendo: «Maestro, ¿haciendo qué heredaré la vida eterna?». ²⁶ Y él le dijo: «En la Ley, ¿qué está escrito? ¿Cómo lees? ²⁷ Él, como respuesta, dijo: «*Amarás al Señor tu Dios^[264] con todo tu corazón y toda tu vida y toda fuerza, toda tu inteligencia, y a tu vecino como a ti mismo^[265]*». ²⁸ Y le dijo: «Has respondido correctamente; haz esto y vivirás». ²⁹ Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Quién entonces es mi vecino?».

³⁰ Contestando dijo Jesús: «Cierta hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandoleros, que incluso lo desnudaron y, tras darle una paliza, lo abandonaron medio muerto. ³¹ Por causalidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, pasó de largo. ³² Igualmente, también un levita que pasaba por el lugar y lo vio pasó de largo. ³³ Pero un samaritano que estaba en camino llegándose allí, y viéndolo se compadeció, ³⁴ y tras acercarse vendó sus heridas derramando vino y aceite, después de hacerlo subir en su propio caballo lo llevó a una posada y cuidó de él. ³⁵ Y al día siguiente dejó dos denarios al posadero y dijo: “Cuida de él, y cuanto gastes de más yo cuando vuelva

te lo pagaré”. ³⁶ ¿Cuál de estos tres te parece que se convirtió en vecino del que había caído en manos de los bandoleros?». ³⁷ Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Y le dijo Jesús: «Vete y haz lo mismo».

³⁸ Mientras caminaban, entró él en una aldea; y una mujer, de nombre Marta, lo acogió. ³⁹ Y ella tenía una hermana llamada María, que, sentada también a sus pies, escuchaba la palabra del Señor. ⁴⁰ Pero Marta estaba ocupada con mucha tarea; y haciendo un alto, dijo: «Señor, ¿no te preocupa que mi hermana me deje a mí sola el servir? Dile entonces que me ayude». ⁴¹ Como respuesta, le dijo el Señor: «Marta, Marta, te preocupas y afanas por muchas cosas, ⁴² pero de una sola hay necesidad; pues María ha escogido la mejor parte, que, por tanto, no le será quitada».

11 ¹ Y sucedió que, mientras estaba en cierto lugar rezando, así que paró, le dijo uno de sus discípulos: «Señor, enséñanos a rezar tal como Juan enseñó a sus discípulos». ² Y les dijo: «Cuando recéis, decid: Padre, sea santo tu nombre; venga tu reino; ³ el pan nuestro diario dánoslo cada día; ⁴ y perdónanos nuestros pecados, pues también nosotros perdonamos a quien nos debe; y no nos llesves a tentación».

⁵ Y les dijo: «Si alguno de vosotros tuviera un amigo y se fuera a él a medianoche y le dijera: “Amigo, préstame tres panes, ⁶ puesto que un amigo se me ha presentado de viaje y no tengo para darle”, ⁷ y él le respondiera desde dentro: “No me des problemas; la puerta ya está cerrada y mis hijos están en la cama conmigo; no puedo levantarme para dártelos”, ⁸ os digo, incluso si no le diera por ser su amigo, desde luego por propia vergüenza, tras levantarse le dará cuanto desea. ⁹ Y yo os digo: Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; ¹⁰ pues todo el que pide, consigue; y el que busca,

encuentra; y a quien llama, se le abre. ¹¹ ¿Y a cuál de vosotros como padre pedirá el hijo un pez, y en lugar de un pez le dará una serpiente? ¹² ¿Acaso si pide también un huevo le dará un escorpión? ¹³ Así pues, si vosotros, que sois malos, sabéis dar buenos regalos a vuestros hijos, cuánto más el padre del cielo concederá un Espíritu santo a quienes se lo pidan».

¹⁴ Y estaba expulsando un demonio que era mudo; y sucedió que, tras salir el demonio, habló el mudo y todos se admiraron. ¹⁵ Y algunos de ellos dijeron: «Mediante Belcebú, que gobierna a los demonios, expulsa demonios»; ¹⁶ y otros, para tentarlo, le pedían una señal procedente del cielo. ¹⁷ Y conociendo sus pensamientos les dijo: «Todo reino dividido en sí mismo es devastado, y una casa cae sobre una casa. ¹⁸ Y si también Satanás se dividió a sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? Porque decís que yo expulso demonios mediante Belcebú. ¹⁹ Y si yo expulso los demonios mediante Belcebú, ¿mediante quién los expulsan vuestros hijos? Por esa razón, ellos serán vuestros jueces. ²⁰ Pero si yo expulso los demonios mediante el dedo de Dios, realmente el reino de Dios os ha alcanzado. ²¹ Cuando el fuerte, provisto de armas, guarde su propio palacio, en paz están sus bienes; ²² pero tan pronto como uno más fuerte que él lo venza, toma su armadura completa, en la que confiaba, y reparte sus despojos. ²³ Quien no esté conmigo, está contra mí, y quien no recoge conmigo, dispersa.

²⁴» Cuando el espíritu impuro salió del hombre, marcha por lugares desiertos buscando un descanso y, no encontrándolo, dice entonces: “Volveré a mi casa, de donde salí”. ²⁵ Y al llegar la encuentra ya limpia y ordenada. ²⁶ Entonces se marcha y reúne consigo otros siete espíritus peores que él, y cuando entran se asientan allí; y el final de aquel hombre acaba por ser peor que su principio».

²⁷ Y sucedió, mientras decía estas cosas, que una mujer de entre la multitud, levantando la voz, le dijo: «Afortunado el vientre que te llevó y los pechos que mamaste». ²⁸ Y él dijo: «Antes bien, afortunados los que escuchan la palabra de Dios y la guardan».

²⁹ Como las gentes se agolparan, comenzó a decir: «Esta generación es una generación malvada; reclama una señal, y no se le dará otra señal que la de Jonás. ³⁰ Pues tal como Jonás se convirtió en señal para los ninivitas, el Hijo del hombre lo será para esta generación. ³¹ La reina del Sur será resucitada en el juicio junto con los hombres de esta generación y los condenará, porque vino de los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay algo más importante que Salomón. ³² Los ninivitas resucitarán en el juicio junto con esta generación y la condenarán, porque se convirtieron a la predicación de Jonás, y aquí hay algo más importante que Jonás.

³³» Nadie, tras encender una vela, la oculta ni la pone bajo un celemín, sino que la pone en el candelabro, para que los que entren vean la luz.

³⁴» La vela del cuerpo es el ojo. Cuando tu ojo es puro, todo tu cuerpo es luminoso; pero cuando es malvado, también tu cuerpo es tenebroso. ³⁵ Así pues, vigila que la luz que hay en ti no es tiniebla. ³⁶ Así pues, si todo tu cuerpo es luminoso, sin parte alguna oscura, todo será luminoso como cuando una vela te alumbró con su resplandor».

³⁷ «Y después de hablar, le pide un fariseo que almuerce en su casa; y cuando entró, se recostó. ³⁸ Y el fariseo, al verlo, se sorprendió de que no se lavara lo primero antes del almuerzo. ³⁹ Y le dijo el Señor: «Ahora vosotros, los fariseos, limpiáis el exterior del vaso y de la bandeja, pero vuestro interior está lleno de rapiña y maldad. ⁴⁰ ¡Insensatos!, ¿es que el que hizo el

exterior no hizo también el interior? ⁴¹ Por tanto, da como limosna tu interior y, atiende, tendréis todo limpio.

⁴²» Pero ¡ay de vosotros, fariseos! Porque pagáis el diezmo de la menta, la ruda y la legumbre y descuidáis el juicio y el amor de Dios; pero esto hay que cumplirlo y aquello no descuidarlo.

⁴³» ¡Ay de vosotros, fariseos! Porque amáis el puesto de honor en las sinagogas y los saludos en los mercados.

⁴⁴» ¡Ay de vosotros! Porque sois como enterramientos inciertos, y los hombres que caminan por encima no lo saben».

⁴⁵ Como respuesta, uno de los expertos en la Ley le dice: «Maestro, al decir tales cosas, también nos afrentas».

⁴⁶ Pero él dijo: «Y también ¡ay de vosotros, los expertos en la Ley! Porque cargáis a los hombres un peso difícil de soportar, y vosotros mismos no tocáis con uno de vuestros dedos los pesos.

⁴⁷» ¡Ay de vosotros! Porque construís los sepulcros de los profetas, y vuestros padres los mataron. ⁴⁸ En efecto, sois testigos y consentís las obras de vuestros padres, porque ellos los mataron, pero vosotros construís.

⁴⁹» Por eso también la Sabiduría de Dios dijo: “Os enviaré profetas y apóstoles, de ellos matarán y perseguirán, ⁵⁰ para que sea reclamada la sangre de todos los profetas derramada desde el principio del mundo a esta generación, ⁵¹ desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, el que murió entre el altar del sacrificio y el Templo. Os aseguro que será reclamada a esta generación”.

⁵²» ¡Ay de vosotros, los expertos en la Ley! Porque llevabais la llave del conocimiento; vosotros mismos no entrasteis y se lo impedisteis a quienes iban a entrar».

⁵³ Y una vez que se marchó de allí, comenzaron los escribas y los fariseos a acosarlo terriblemente y a interrogarlo sobre más cosas, ⁵⁴ acechando para cazarle algo salido de su boca.

12 ¹ Estando en esas, reunidas miles de personas a punto de pisotearse unos a otros, comenzó a decir a sus discípulos primeramente: «Apartaos de la levadura, que es la hipocresía, de los fariseos. ² Nada hay oculto que no vaya a ser descubierto, ni secreto que no vaya a ser conocido. ³ Por eso, cuanto digáis en la oscuridad, será escuchado en la luz, y lo que se diga al oído en los sótanos, será anunciado en las azoteas.

⁴» Y os digo, amigos míos: No tengáis miedo de los que matan el cuerpo y después no tienen nada más que hacer. ⁵ Os indicaré a quién temer: temed a quien después de matar tiene poder de arrojar a la gehenna. Sí, os digo, temed a este. ⁶ ¿No se venden cinco gorriones por dos ases? Y ni uno de ellos ha sido olvidado a los ojos de Dios. ⁷ Es más, incluso cada uno de los pelos de vuestra cabeza está ya contado. No temáis: vosotros valéis más que muchos pájaros.

⁸» Y os digo, todo aquel que se comprometa conmigo ante los hombres, también el Hijo del hombre se comprometerá con él ante los ángeles de Dios. ⁹ Pero quien me niegue ante los hombres, será negado ante los ángeles de Dios.

¹⁰» Y todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre, será perdonado por esto; pero al que blasfeme contra el Espíritu santo, no se le perdonará.

¹¹» Y cuando os lleven a las sinagogas, a las magistraturas y a las autoridades, no os preocupe cómo o qué alegaréis en la defensa o qué diréis; ¹² pues el Espíritu santo os enseñará en su momento qué habréis de decir».

¹³ Y le dijo uno del gentío: «Maestro, di a mi hermano que

reparta conmigo la herencia». ¹⁴ Y él le dijo: «¡Hombre! ¿Quién me ha hecho juez o partidor vuestro?».

¹⁵ Y les dijo: «Vigilad y guardaos de toda codicia, porque no porque esté uno en la abundancia su vida proviene de sus bienes».

¹⁶ Y les dijo una comparación, diciendo: «La hacienda de un hombre rico produjo mucho. ¹⁷ Y pensó para sí, diciendo: “¿Qué haré, que no tengo dónde almacenar mis frutos?”. ¹⁸ Y dijo: “Haré esto: derribaré mis graneros y los construiré mayores y almacenaré allí todo el grano y mis bienes, ¹⁹ y le diré a mi alma: alma, tienes muchos bienes preparados para muchos años; descansa, come, bebe, alégrate”. ²⁰ Pero le dijo Dios: “¡Insensato!, esta misma noche te pedirán la vida; lo que preparaste, ¿para quién será?”. ²¹ De igual manera el que atesora para él y no se enriquece para Dios».

²² Y dijo a sus discípulos: «Por eso os digo: no os preocupéis por la vida, qué comeréis, ni el cuerpo, qué vestiréis. ²³ Pues el alma es más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. ²⁴ Fijaos los cuervos, que ni siembran ni siegan, que no tienen granero ni almacén, y Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que los pájaros! ²⁵ ¿Quién de vosotros, con preocuparse, puede añadir a su estatura un solo codo^[266]? ²⁶ Así pues, si ni siquiera tenéis posibilidad sobre lo menor, ¿por qué os preocupáis por el resto? ²⁷ Prestad atención a cómo crece el lirio: ni trabaja ni hila; pero os digo, ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos. ²⁸ Y si Dios viste así la hierba del campo que hoy existe y mañana es arrojada al horno, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! ²⁹ Y vosotros no busquéis qué comer y qué beber, y no os excitéis de preocupación. ³⁰ Pues todo esto lo buscan las naciones del mundo, pero vuestro Padre tiene conocimiento de que necesitáis de todo esto. ³¹ Es más, buscad su Reino y todo esto

se os añadirá. ³² Deja de tener miedo, pequeño rebaño, porque vuestro Padre se complace en daros su Reino.

³³» Vended vuestros bienes y dad limosna; haced bolsas que no se hagan viejas, un tesoro inagotable en los cielos, donde ningún ladrón se acerca ni la polilla estropea; ³⁴ pues donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

³⁵» Que *vuestras cinturas estén ceñidas*^[267] y las velas encendidas; ³⁶ y vosotros sed iguales a hombres que esperan a su señor cuando vuelve de las bodas, para que cuando venga y llame le abran inmediatamente. ³⁷ Felices los siervos aquellos que, cuando llegue, encontrará el señor velando; con seguridad os digo que se ceñirá y los hará recostarse a la mesa y les servirá pasando de uno a otro. ³⁸ Y aunque venga a segunda o tercera hora y los encuentre así, felices son ellos. ³⁹ Pero sabed esto, que si el señor de la casa supiera a qué hora vendrá el ladrón, no permitiría que su casa sufriera un asalto. ⁴⁰ Y vosotros preparaos, porque no imagináis en qué momento vendrá el Hijo del hombre.

⁴¹ Y dijo Pedro: «Señor, ¿a nosotros nos dices esta comparación o también a todos?». ⁴² Y dijo el Señor: «¿Cuál es entonces el administrador fiel y prudente al que el señor colocará al frente de su servicio para que dé en su momento su ración de trigo? ⁴³ Feliz el siervo aquel que encuentre su señor a su llegada actuando así. ⁴⁴ Verdaderamente os digo que lo colocará al frente de todos sus bienes. ⁴⁵ Pero si el siervo aquel se dijera para sí: “Tarda en venir mi señor”, y comenzara a golpear a los siervos y las siervas, y a comer y beber, emborracharse, ⁴⁶ llegará el señor de ese siervo un día que este no se espere y en un momento que no sepa, y lo castigará con severidad y le impondrá la suerte de los desleales.

⁴⁷» Pero aquel siervo que conoce la voluntad de su señor y no se preparó o no actuó con referencia a la voluntad de este, será golpeado muchas veces; ⁴⁸ y el que no sabiendo, pese a haber hecho cosas dignas de golpes, será golpeado pocas veces. Y a todo aquel que se le dio mucho, mucho se pedirá de él; y al que le añadieron mucho, muchísimo más le pedirán.

⁴⁹ «He venido a arrojar fuego sobre la tierra y ¡cuánto deseo que ya hubiera prendido! ⁵⁰ Tengo que recibir un bautismo, y ¡cómo me atormento hasta que se cumpla! ⁵¹ ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, os digo, sino la discordia. ⁵² Pues habrá desde ahora cinco discordes en una sola casa, tres contra dos y dos contra tres. ⁵³ Serán divididos el padre del hijo, y el hijo del padre, la madre de la hija y la hija de la madre, la suegra de la nuera y la nuera de la suegra».

⁵⁴ Y decía también a las multitudes: «Cuando veis la nube que viene de occidente, al instante decís que vendrá lluvia, y así sucede; ⁵⁵ y cuando el viento del sur sopla, decís que habrá bochorno, y sucede. ⁵⁶ Hipócritas, el aspecto de la tierra y del cielo sabéis interpretarlo, pero la ocasión esta, ¿cómo no sabéis interpretarla?

⁵⁷» ¿Por qué no juzgáis también correctamente respecto a vosotros mismos? ⁵⁸ Pues cuando vas al magistrado con tu parte contraria en un juicio, en el camino crea ocasión de que se aleje de ti, no sea que te lleve por la fuerza al juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te lleve a la cárcel. ⁵⁹ Te digo que no saldrás de allí hasta que entregues el último ochavo».

13 ¹ Se presentaron algunos en aquella ocasión que le estaban informando sobre los galileos, cuya sangre mezcló Pilato con la de sus sacrificios. ² Y como respuesta, les dijo: «¿Pensáis que estos galileos eran más pecadores que los

demás galileos porque han sufrido esto? ³ No, os lo aseguro; por el contrario, si no os arrepentís, pereceréis igualmente. ⁴ ¿Acaso aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató, pensáis que eran más culpables que todos cuantos habitan Jerusalén? ⁵ No, os lo aseguro; por el contrario, si no os arrepentís todos pereceréis de la misma manera».

⁶ Y les decía esta comparación: «Tenía uno una higuera ya crecida en su viña, y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. ⁷ Y le dijo al viñador: “Mira, tres años hace ya que vengo buscando fruto en la higuera esta y no lo encuentro; así pues, córtala, ¿para qué ocupa inútilmente la tierra?”. ⁸ Pero él, como respuesta, le dijo: “Déjala, señor, también este año; mientras, removeré la tierra alrededor de ella y echaré estiércol, ⁹ y quizá dé fruto al siguiente; pero, desde luego, si no, la cortarás”».

¹⁰ Estaba enseñando en una de las sinagogas el sábado. ¹¹ Y he aquí que una mujer con un espíritu de enfermedad^[268] desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada y sin poder erguirse de ninguna manera. ¹² Y al verla, Jesús se dirigió a ella y le dijo: «Mujer, has quedado libre de tu enfermedad», ¹³ y le impuso las manos; e inmediatamente se enderezó y glorificaba a Dios. ¹⁴ Como respuesta, el jefe de la sinagoga, irritándose porque Jesús había curado en sábado, decía a la multitud: «Hay seis días en los que se puede trabajar; así pues, si venís en ellos, seréis curados, pero no en sábado». ¹⁵ Pero le respondió el Señor, y dijo: «¡Hipócritas!, ¿ninguno de vosotros deja suelto en sábado el buey o el burro, y cuando lo saca del pesebre lo abreva?¹⁶ Y a esta hija de Abrahán^[269], a la que Satanás, mirad, ató durante dieciocho años, ¿no estaba permitido librarla de esta cadena en sábado?». ¹⁷ Y mientras decía esto se avergonzaban todos sus contrarios, y todo el gentío se alegraba con todas las maravillas hechas por él.

¹⁸ Decía: «¿A qué tiene semejanza el reino de Dios y a qué lo asemejaremos? ¹⁹ Tiene semejanza con una semilla de mostaza que cogió un hombre y la arrojó a su huerto; y creció y se convirtió en un árbol, y *las aves del cielo se posaron en sus ramas*^[270]».

²⁰ Y de nuevo dijo: «¿A qué asemejaremos el reino de Dios?

²¹ Tiene semejanza con la levadura, que una mujer tomó y ocultó en tres celemines de harina hasta que todo fermentó».

²² Y cruzaba ciudades y aldeas enseñando y dirigiéndose a Jerusalén.

²³ Y uno le dijo: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?». Y él le dijo: ²⁴ «Pelead por entrar por la puerta estrecha, porque muchos, os aseguro, procurarán entrar y no podrán. ²⁵ Desde el momento en que se levante el dueño de la casa y cierre con llave la puerta, también empezareis a quedaros fuera y a llamar a la puerta diciendo: “¡Señor, ábrenos!”, y os dirá como respuesta: “No sé de dónde sois”. ²⁶ Entonces empezareis a decir: “Comimos ante ti y bebimos y en nuestras plazas enseñaste”; ²⁷ y él os dirá: “No sé de dónde sois; *¡Alejaos de mí todos los que sois trabajadores de la injusticia!*^[271]”. ²⁸ Allí estará el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac, Jacob y todos los profetas en el reino de Dios, pero vosotros arrojados fuera. ²⁹ Y llegarán de oriente y occidente, y del norte y del sur, y se recostarán a comer en el reino de Dios. ³⁰ Y mira, hay últimos que van a ser los primeros, y hay primeros que van a ser los últimos».

³¹ En aquella ocasión se acercaron algunos fariseos para decirle: «Sal y márchate de aquí, que Herodes quiere matarte». ³² Y les dijo: «Id y decid a esa zorra: “Mira, expulso demonios, hoy y mañana realizaré curaciones y al tercer día moriré”. ³³ Pero es preciso que hoy y mañana y pasado

mañana me ponga en marcha, porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén.

³⁴» Jerusalén, Jerusalén, que matas a tus profetas y apedreas a los enviados a ti, ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos, a la manera en que un pájaro reúne su nidada bajo las alas, y no quisiste! ³⁵ Por eso se os privará de hogar. Y os aseguro que no me veréis hasta que llegue el momento en que digáis: *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!*^[272]».

14 ¹ Y sucedió que, cuando fue en sábado a casa de uno de los principales de los fariseos a comer, ellos estaban acechándolo.

² Y he aquí que había un hombre hidrópico delante de él. ³ Y como respuesta^[273] se dirigió Jesús a los expertos en la Ley y a los fariseos, diciendo: «¿Se atiende a la Ley o no curar en sábado?». ⁴ Pero ellos se mantuvieron callados. Y él, cogiéndolo, lo curó y lo despidió. ⁵ Y les dijo: «Se llegará a caer un hijo o un buey de alguno de vosotros a un pozo, ¿y no lo sacará al instante en sábado?». ⁶ Y no pudieron contestar a esto.

⁷ Contaba a los invitados una comparación, mientras aguardaba a que exigieran los primeros puestos del banquete, diciéndoles: ⁸ «Cuando seas invitado por alguno a una boda, no te recuestes a comer en el primer puesto, no sea que uno más apreciado que tú haya sido invitado por ese, ⁹ y llegue quien te invitó a ti y al otro y te diga: “Dale ese sitio”, y entonces te vayas a ocupar el último sitio avergonzado. ¹⁰ Por el contrario, cuando seas invitado, ve y ponte a la mesa en el último sitio, para que, cuando venga el que te ha invitado, te diga: “Amigo, sube más arriba”; entonces tendrás gloria frente a todos los convidados. ¹¹ Porque todo el que se encumbré, será humillado; y todo el que se humille, será encumbrado».

¹² Y decía también al que lo invitó: «Cuando des un almuerzo o una cena, no llares a tus amigos, ni a tus hermanos, ni parientes, ni vecinos ricos, no sea que estos también te inviten y se convierta en una recompensa para ti. ¹³ Al contrario, cuando des un banquete, invita a pobres, tullidos, cojos, ciegos; ¹⁴ y serás feliz, porque no pueden corresponderte, pues se te recompensará en la resurrección de los justos».

¹⁵ Al oír esto, uno de los invitados le dijo: «¡Feliz quien coma el pan en el reino de Dios!».

¹⁶ Y él le dijo: «Un hombre preparaba un gran banquete y llamó a muchos, ¹⁷ y envió a su siervo a la hora del banquete a decir a los invitados: “Venid, que ya está preparado”. ¹⁸ Y comenzaron a excusarse todos a una. El primero le dijo: “Compré un campo y tengo necesidad de ir a verlo; te lo ruego, excúsame”. ¹⁹ Y otro dijo: “Compré cinco yuntas de bueyes y me voy a probarlas; te lo ruego, excúsame”. ²⁰ Y otro dijo: “Me he casado con una mujer y por eso no puedo ir”. ²¹ Y una vez se presentó el esclavo contó a su señor todo. Entonces, enfadado, el señor de la casa dijo a su siervo: “Sal rápido a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí pobres, tullidos, ciegos, cojos”. ²² Y le dijo el siervo: “Señor, ya está hecho lo que mandaste y todavía hay sitio”. ²³ Y dijo el señor al siervo: “Ve a los caminos y cercados y hazles venir para que se llene mi casa”. ²⁴ Pues os aseguro que ninguno de aquellos hombres invitados gozará de mi banquete».

²⁵ Viajaban con él muchas gentes y, volviéndose, les dijo: ²⁶ «Si alguien se acerca a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, hijos, hermanos y hermanas, e incluso su propia vida, no puede ser mi discípulo. ²⁷ Quien no levanta su propia cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo.

²⁸» Pues ¿quién de vosotros, queriendo construir una torre, no se sienta primero y calcula el gasto, si tiene para su conclusión? ²⁹ No sea que, una vez haya echado los cimientos y no haya podido acabar, empiecen a reírse de él todos los que lo vean ³⁰ diciendo: “Este hombre comenzó a edificar y no pudo terminar”. ³¹ ¿O qué rey que va a partir hacia otro reino para hacer la guerra no se sienta a decidir si es capaz, con diez mil, de enfrentarse al que viene con veinte mil contra él? ³² Desde luego, si no es así, mientras aún está en camino, envía una embajada a pedir la paz. ³³ Así pues, todo aquel entre vosotros que se someta de tal manera a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío.

³⁴» Buena es la sal; pero si también la sal se hace insípida, ¿con qué será condimentada? ³⁵ Ni para tierra ni para estiércol es útil, la arrojan fuera. Quien tenga oídos para oír que oiga».

15 ¹ Se le estaban acercando todos los publicanos y pecadores para escucharlo. ² Y murmuraban los fariseos y escribas diciendo: «Este recibe a los pecadores y come con ellos».

⁴ Y les dijo este ejemplo, diciendo: «¿Qué hombre entre vosotros, con cien ovejas y que haya perdido una, no dejará las noventa y nueve en el desierto y marchará en pos de la perdida hasta que la encuentre? ⁵ Y cuando la encuentra la coloca contento sobre sus hombros, ⁶ y al ir a casa llama a sus amigos y vecinos para decirles: “Alegraos conmigo, que he encontrado a mi oveja perdida”. ⁷ Os digo que mayor alegría habrá en el cielo en lo que atañe a un solo pecador que se arrepiente que respecto a noventa y nueve justos que, como tales, no tienen necesidad de arrepentimiento.

⁸» ¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no toma una vela y barre la casa y busca con cuidado hasta que la

encuentra? ⁹ Y cuando la encuentra, llama a sus amigas y vecinas para decirles: “Alegraos conmigo, que encontré la dracma que perdí”. ¹⁰ De la misma manera, os lo aseguro, surge la alegría entre los ángeles de Dios respecto a un solo pecador que se arrepiente».

¹¹ Y dijo: «Un hombre tenía dos hijos. ¹² Y dijo el más joven de ellos al padre: “Padre, dame la parte que me corresponde de la fortuna”, y él dividió la hacienda. ¹³ Y después de no muchos días, el más joven, tras reunir todo, se marchó a una región lejana y allí malgastó su fortuna viviendo perdidamente. ¹⁴ Así que gastó todo, sobrevino una gran hambruna sobre aquella región, y él comenzó a estar en la miseria. ¹⁵ Y se puso en marcha y se unió a uno de los ciudadanos de aquella región, y lo envió a sus campos a cuidar cerdos, ¹⁶ y deseaba llegar a hartarse de las algarrobas que comían los cerdos, aunque nadie le daba. ¹⁷ Pero cuando recapacitó decía: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo muero de hambre aquí! ¹⁸ Me levantaré y me iré con mi padre y le diré: padre, pequé contra el cielo y ante ti, ¹⁹ ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros”. ²⁰ Y se levantó y se fue con su padre. Y cuando aún estaba mucha distancia, lo vio su padre y se conmovió y corriendo se echó a su cuello y le besó dulcemente. ²¹ Y le dijo su hijo: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”. ²² Pero dijo el padre a sus siervos: “Traed deprisa el mejor traje y vestidlo, y dadle un anillo para su mano y sandalias para sus pies, ²³ y traed la ternera cebada, sacrificadla y comamos y celebrémoslo, ²⁴ porque este hijo mío estaba muerto y revivió, estaba perdido y fue encontrado”. Y comenzaron a celebrarlo. ²⁵ Estaba el hijo mayor en el campo; y según se acercó a la casa al venir, oyó música y bailes, ²⁶ y haciendo venir a uno de los

siervos preguntó qué era aquello. ²⁷ Le dijo: “Tu hermano ha llegado y tu padre sacrificó a la ternera cebada, porque lo recobró sano”. ²⁸ Y se enfadó y no quería entrar, pero su padre, saliendo, le hizo venir. ²⁹ Él, como respuesta, dijo a su padre: “Mira, tantos años hace ya que trabajo para ti y nunca quebranté una orden tuya, y a mí nunca me diste un cabrito para que lo celebrase con mis amigos; ³⁰ pero cuando ese hijo tuyo, que se tragó tu hacienda con prostitutas, vino, le sacrificaste una ternera cebada”. ³¹ Y él le contestó: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; ³² era necesario que lo celebráramos y nos alegráramos, porque tu hermano estaba muerto y vivió, y estaba perdido y fue encontrado”».

16 ¹ Y decía también a los discípulos: «Había un hombre rico que tenía un administrador, y este se enemistó con él en la idea de que malgastaba sus bienes. ² Y tras llamarlo, le dijo: “¿Qué oigo sobre ti? Rinde cuentas de tu administración, pues ya no puedes seguir de administrador”. ³ Pero dijo para sí el administrador: “¿Qué haré, que mi señor me quita la administración? No puedo cavar, me avergüenza pedir. ⁴ Ya sé qué haré para que, cuando me retire de la administración, sea recibido en sus casas”. ⁵ Y tras hacer llamar a cada uno de los deudores de su señor le decía al primero: “¿Cuánto debes a mi señor?”. ⁶ Él dijo: “Cien batos^[274] de aceite”. Él le dijo: “Coge tus documentos y siéntate y escribe rápidamente cincuenta”. ⁷ A continuación dijo a otro: “¿Y tú cuánto debes?”. Él dijo: “Cien *cores*^[275] de trigo”. Le dice: “Coge tus documentos y escribe ochenta”. ⁸ Y alabó el señor al administrador de la injusticia^[276] porque actuó prudentemente; porque los hijos de esta época son más prudentes en lo que atañe a su descendencia que los hijos de la luz. ⁹ Y yo os digo: Haced amigos del *mamoná*^[277] de la injusticia, para que cuando se acabe seáis recibidos en las

moradas eternas».

¹⁰» El fiel en lo poco, es fiel también en lo mucho, y el injusto en lo poco es injusto también en lo mucho. ¹¹ Así pues, si en el *mamoná* injusto no llegasteis a ser fieles, ¿quién os confiará el verdadero? ¹² Y si no llegasteis a ser fieles con lo ajeno, ¿quién os dará lo vuestro^[278]?

¹³» Ningún criado puede servir a dos señores: pues u odiará a uno y al otro lo amará, o se consagrará a uno y al otro lo desdenará. No podéis servir a Dios y al *mamoná*».

¹⁴ Escuchaban todo esto los fariseos, que son amantes del dinero, y se mofaban de él. ¹⁵ Y les dijo: «Vosotros sois los que os declaráis justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es elevado entre los hombres, es idolatría a los ojos de Dios.

¹⁶» La Ley y los profetas, hasta Juan; desde entonces, el reino de Dios es anunciado y todo el mundo se esfuerza por él. ¹⁷ Es más fácil que pasen el cielo y la tierra que caerse una coma de la Ley.

¹⁸» Todo el que repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio; y quien se case con una repudiada por su marido, comete adulterio.

¹⁹» Había un hombre rico, y vestía púrpura y lino, y celebraba banquetes cada día. ²⁰ Pero un pobre de nombre Lázaro se arrojó a su puerta tras haber sido herido, ²¹ y deseando hartarse con lo caído de la mesa del rico; pero hasta los perros venían y lamían sus heridas. ²² Y sucedió que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán; pero también murió el rico y fue enterrado. ²³ Y en el Hades^[279], levantando sus ojos, pues estaba en el tormento, ve a Abrahán desde lejos y a Lázaro en su seno. ²⁴ Y, gritando, dijo él: “Padre Abrahán, apiádate de mí y envía a Lázaro para

que bañe la punta de su dedo con agua y me refresque la lengua, porque sufro horriblemente con este fuego”. ²⁵ Y le dijo Abrahán: “Hijo, recuerda que obtuviste tus bienes durante tu vida, y Lázaro igualmente sus males; pero ahora es consolado de esta manera y tú sufres tormento”. ²⁶ Y, en todo caso, entre nosotros y vosotros hay un gran abismo, al punto que los que quieren cruzar desde aquí hasta vosotros no pueden, ni atraviesan desde allí hasta nosotros”. ²⁷ Y dijo: “Entonces te pido, padre, que lo envíes a casa de mi padre, ²⁸ pues tengo cinco hermanos, para que les sirva de prueba a fin de que no vengan también ellos a este lugar de tormento”. ²⁹ Y le dice Abrahán: “Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen”. ³⁰ Y él dijo: “No, padre Abrahán, al contrario: se arrepentirán si alguno va desde los muertos hasta ellos”. ³¹ Y le dijo: “Si no escuchan a Moisés y los profetas, ni aunque resucitara uno de ente los muertos se convencerán”».

17 ¹ Y dijo a sus discípulos: «Es imposible que no vengan escándalos, pero ¡ay de aquel por cuya causa vengan! ² Más le conviene a aquel que una piedra de molino le rodee el cuello y sea arrojado al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños. ³ Cuidad de vosotros mismos.

»Si tu hermano peca contra ti, incrépalo; y si se arrepiente, perdónalo. ⁴ Y si peca siete veces al día contra ti y se vuelve siete veces a ti para decirte: me arrepiento, perdónalo».

⁵ Y dijeron los apóstoles al Señor: «Auméntanos la fe». ⁶ Y dijo el Señor: «Si tenéis una fe tal como una semilla de mostaza, diríais a esta morera: “Arráncate y plántate en el mar”, y os haría caso.

⁷» ¿Quién de vosotros que tenga un siervo que are y pastoree, es quien le dice cuando viene del campo: “Ven y siéntate a comer”, ⁸ pero no le dice: “Prepara lo que voy a comer y alrededor de mí sírveme hasta que coma y beba, y

después comerás y beberás tú?”.⁹ ¿Acaso agradece al siervo que hiciera lo ordenado?¹⁰ También así vosotros, cuando hagáis todo lo que se os ha ordenado, decid: Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que debíamos hacer».

¹¹ Y sucedió que mientras iba a Jerusalén cruzaba por medio de Samaria y Galilea.

¹² Y, llegado a una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos,¹³ y ellos gritaban diciendo: «Jesús, maestro, apiádate de nosotros». ¹⁴ Y al verlos, les dijo: «Id y presentaos a los sacerdotes». Y sucedió que cuando iban se curaron.¹⁵ Pero uno de ellos, al ver que se curaba, se volvió alabando con grandes voces a Dios,¹⁶ y cayó de hinojos a los pies de él dándole gracias; y él era samaritano. ¹⁷ Como respuesta, le dijo Jesús: «¿No se curaron los diez? ¿Dónde están los nueve?»¹⁸ ¿No se les encontró dando la vuelta para honrar a Dios salvo a este extranjero?». ¹⁹ Y le dijo: «Levántate y vete; tu fe te ha salvado».

²⁰ Preguntado por los fariseos cuándo llega el reino de Dios, les respondió y dijo: «No llega el reino de Dios con aviso,²¹ ni dicen: “Mira, aquí está; allí”; pues el reino de Dios está dentro de vosotros».

²² Dijo a sus discípulos: «Vendrán días en que desearéis ver uno de los días del Hijo del hombre y no lo veréis.²³ Y os dirán: “Mira, allí está; mira, aquí”. No salgáis ni los sigáis.²⁴ Pues tal como el relámpago que relampaguea brilla desde un lado al otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su día.²⁵ Pero primero es necesario que sufra mucho y sea rechazado por esta generación.²⁶ Y tal como sucedió en los días de Noé, así ocurrirá en los días del Hijo del hombre.²⁷ Comían, bebían, se casaban, eran dadas en matrimonio, hasta el día en que Noé entró al arca y llegó el cataclismo y mató a todos.²⁸

De la misma manera sucedió en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, cultivaban, construían;²⁹ pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre desde el cielo y mató a todos.³⁰ Según esto será el día en que sea revelado el Hijo del hombre.³¹ En aquel día, quien esté sobre su casa y sus cosas en casa, que no baje a recogerlas; y quien esté en el campo, igualmente que no se vuelva atrás.³² Recordad a la mujer de Lot.³³ Quien intente salvar su vida, la perderá; pero quien la pierda, la mantendrá viva.³⁴ Os digo: en esa noche habrá dos sobre una cama, uno será invitado, el otro será abandonado;³⁵ y habrá dos moliendo lo mismo, una será invitada, la otra será abandonada^[280]». ³⁶ Y como respuesta le dijeron: «¿Dónde, Señor?». ³⁷ Y él les dijo: «Donde esté el cuerpo, allí también serán reunidas las aves de presa».

18 ¹ Y les decía un ejemplo de cómo es necesario rezar en cualquier ocasión y no desfallecer, ² diciendo: «Había un juez en una región que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. ³ Y había una viuda en esa ciudad y se fue ante él para decirle: “¡Defiéndeme de la parte contraria!”». ⁴ Y no quiso durante mucho tiempo. Pero después dijo para sí: “Aun cuando ni temo a Dios ni respeto a los hombres, ⁵ ciertamente porque esta viuda está molestando, la defenderé, para que no acabe cargándome”». ⁶ Y dijo el Señor: «“Oíd qué dice el juez de la injusticia^[281]”. ⁷ ¿Y Dios no defenderá a sus elegidos que le gritan día y noche aunque los haga esperar? ⁸ Os digo que los defenderá rápidamente. Pero si viene el Hijo del hombre, ¿acaso encontrará la fe sobre la tierra?».

⁹ Y dijo también este ejemplo a algunos que están convencidos de ser justos y desprecian al resto: ¹⁰ «Dos hombres subieron al Templo a rezar, uno fariseo y el otro

publicano. ¹¹ El fariseo, en pie, rezaba para sí: “Dios, te agradezco que no soy como el resto de los hombres, codiciosos, injustos, adúlteros, o incluso como este publicano; ¹² ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todo cuanto poseo”. ¹³ Pero el publicano, en pie a lo lejos, no quería ni levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Dios, redímeme, pecador”. ¹⁴ Os aseguro: este bajó justificado a su casa contrariamente a aquel; porque todo el que se ensalce, será humillado; pero quien se humille, será ensalzado».

¹⁵ Le presentaban también niños para que los tocara; pero, cuando los veían, los discípulos se lo censuraban. ¹⁶ Aunque Jesús los hizo venir, diciendo: «Dejad que los niños vengan a mí y no lo impidáis, pues el reino de Dios es de los que son como tales. ¹⁷ Con seguridad os digo, quien no reciba al reino de Dios como un niño, de ninguna manera entrará en él».

¹⁸ Y le preguntó un magistrado diciendo: «Maestro bueno, ¿haciendo qué heredaré la vida eterna?». ¹⁹ Y le dijo Jesús: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno salvo únicamente Dios. ²⁰ Conoces los preceptos: *No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no presentarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre*^[282]». ²¹ Él dijo: «Todo esto empecé a cumplirlo desde la juventud». ²² Y tras escucharlo, le dijo Jesús: «Todavía te queda una cosa: vende todo cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y, venga, sígueme». ²³ Pero él, al escuchar eso, se quedó muy triste: pues era tremendamente rico.

²⁴ Y al ver Jesús que se había quedado muy triste, dijo: «¡Qué difícilmente entran los que tienen riquezas al reino de Dios! ²⁵ Pues es más fácil que un camello entre por el agujero de una aguja que entrar un rico al reino de Dios». ²⁶ Y dijeron los que le oyeron: «¿Y quién puede ser salvado?». ²⁷ Él dijo:

«Lo imposible para los hombres es posible para Dios».

²⁸ Y le dijo Pedro: «Mira, nosotros, que dejamos lo nuestro, te seguimos». ²⁹ Y les dijo él: «Con seguridad os digo que no hay nadie que deje casa, mujer, hermanos, parientes o hijos por el reino de Dios, ³⁰ que no reciba muchas veces más en este tiempo y una vida eterna en la eternidad por venir».

³¹ Y tomando consigo a los Doce les dijo: «Mirad, subamos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo escrito por mano de los profetas para el Hijo del hombre; ³² pues será entregado a los gentiles, burlado, afrentado, escupido, ³³ y después de azotarlo lo matarán, y al tercer día resucitará». ³⁴ Pero ellos nada de esto entendieron, y estas palabras estaban escondidas para ellos y no conocían lo que decía.

³⁵ Y sucedió que, mientras se acercaba a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino pidiendo. ³⁶ Cuando oyó que venía mucha gente, preguntó qué sería aquello. ³⁷ Le refirieron que pasaba por allí Jesús el Nazareno. ³⁸ Y comenzó a gritar, diciendo: «¡Jesús, hijo de David, apiádate de mí!». ³⁹ Y los que iban en cabeza le recriminaron para que se callara, pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de David, apiádate de mí!». ⁴⁰ Y una vez que se detuvo, mandó Jesús que fuera guiado hasta él. Y como estuviera ya cerca, le preguntó: ⁴¹ «¿Qué quieres que te haga?». Y él dijo: «Señor, que vuelva a ver». ⁴² Y Jesús le dijo: «Vuelve a ver; tu fe te ha salvado». ⁴³ E, inmediatamente, volvió a ver y seguía tras él dando gloria a Dios. Y toda la gente, cuando lo vio, alabó a Dios.

19 ¹ Y entró y cruzó Jericó. ² Y he aquí que había un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico. ³ Y buscaba ver a Jesús, quién era, y no podía a causa de la multitud, porque tenía una estatura baja. ⁴ Y corriendo hacia delante subió a un sicómoro para verlo porque iba a cruzar

por allí. ⁵ Y cuando llegó al sitio, Jesús miró hacia arriba y le dijo: «Zaqueo, baja aprisa, pues hoy es menester que me quede en tu casa». ⁶ Y bajó aprisa y lo recibió con alegría. ⁷ Y todos, al verlo, murmuraban diciendo: «Entró a casa de un pecador para alojarse». ⁸ Y parando en seco, dijo Zaqueo al Señor: «Mira, la mitad de mis bienes, Señor, la doy a los pobres, y si en algo defraudé a alguno, le doy el cuádruplo». ⁹ Y le dijo Jesús: «Hoy vino la salvación a esta casa, porque también él es hijo de Abrahán; ¹⁰ pues el Hijo del hombre vino a buscar y salvar al perdido».

¹¹ Mientras oían esto, añadió un ejemplo por estar cerca de Jerusalén y pensar ellos que iba a aparecer inmediatamente el reino de Dios. ¹² Así pues, dijo: «Cierta hombre de buena familia se marchó a una región lejana para recibir la dignidad real y volver. ¹³ Y llamando a diez siervos suyos les dio diez minas^[283] y les dijo: “Negociad mientras vengo”. ¹⁴ Pero sus ciudadanos lo odiaban y enviaron una embajada tras él diciendo: “No queremos que este reine sobre nosotros”. ¹⁵ Y sucedió que después de volver él tras recibir la dignidad real, dijo que sus esclavos hablaran con él, aquellos a los que dio el dinero, para saber qué habían ganado negociando. ¹⁶ Y se presentó el primero a decirle: “Señor, tu mina produjo diez minas”. ¹⁷ Y le dijo: “¡Bravo, buen siervo! Porque fuiste fiel en lo poco, vete con el gobierno sobre diez ciudades”. ¹⁸ Y vino el segundo a decirle: “Tu mina, señor, produjo cinco minas”. ¹⁹ Y le dijo también a este: “Y tú lo harás sobre cinco ciudades”. ²⁰ Y el otro vino a decirle: “Señor, mira, tu mina, la que tenía guardada en un sudario; ²¹ pues tenía miedo de ti, porque eres un hombre austero, recoges lo que no pusiste y siegas lo que no sembraste”. ²² Le dice: “Por tu boca te juzgo, esclavo malvado. ¿Sabías que yo soy un hombre austero porque recojo lo que no puse y siego lo que no sembré? ²³ ¿Y por qué

no diste mi dinero a un banco? Y al venir yo lo hubiera recuperado con interés”.²⁴ Y dijo a los presentes: “Quitadle la mina y entregadla a quien tiene las diez”.²⁵ Y le dijeron: “Señor, tiene diez minas”.²⁶” Os digo que a todo el que tenga se le dará, pero del que no tenga, incluso lo que tenga será reclamado.²⁷ Además, a los que me desprecian, a estos que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y degollados delante de mí”».

²⁸ Y tras decir esto, continuó adelante para subir a Jerusalén.

²⁹ Y sucedió que, cuando ya estuvo cerca de Betfagé y Betania, cerca del monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos,³⁰ diciendo: «Id a la aldea que está enfrente, y al entrar en ella encontraréis un burro atado, sobre el que nadie se ha montado nunca, y desatadlo y traedlo.³¹ Y si alguno os pregunta: “¿Por qué lo soltáis?”. Decidle así: “Porque el Señor tiene necesidad de él”».³² Y, tras marcharse los que fueron enviados encontraron tal como les dijo^[284].³³ Cuando desataban el burro, les dijeron sus dueños: «¿Por qué desatáis el burro?». ³⁴ Y ellos dijeron: «Porque el Señor tiene necesidad de él». ³⁵ Y lo llevaron hasta Jesús, y tras poner sus mantas sobre el burro subieron a Jesús. ³⁶ Y una vez que echó a andar él, extendían sus mantos en el camino. ³⁷ Y cuando ya estaba cerca de la pendiente del monte de los Olivos, comenzaron toda la multitud de discípulos contentos a alabar a Dios con grandes voces por todos los milagros que habían visto, ³⁸ diciendo: «*Bendito el que viene, el rey, en nombre del Señor*^[285]. Paz en el cielo y gloria en las alturas». ³⁹ Y algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: «Maestro, reprime a tus discípulos». ⁴⁰ Y como respuesta, les dijo: «Os digo, si llegan a callarse, las piedras hablarán».

⁴¹ Y cuando ya estaba cerca como para ver la ciudad, lloró

por ella, ⁴² diciendo: «¡Si hubieras conocido en este día también tú lo de la paz!...; pero el caso es que ahora ha quedado oculto a tus ojos. ⁴³ Porque llegarán días contra ti, y los que te odian te levantarán una empalizada y te cercarán por todas partes, ⁴⁴ y te arrasarán a ti y a los hijos que hay en ti, y no dejarán piedra sobre piedra en ti, porque no conociste el momento de tu visitación».

⁴⁵ Y entrando al Templo comenzó a expulsar a los que vendían, ⁴⁶ diciendo: «Está escrito: *Y mi casa será casa de oración*^[286], pero vosotros la convertisteis en *cueva de bandoleros*^[287]».

⁴⁷ Y se pasaba el día enseñando en el Templo. Pero los sumos sacerdotes y escribas buscaban perderlo, y los dirigentes del pueblo^[288], ⁴⁸ y no encontraban qué le harían, pues el pueblo entero estaba pendiente escuchándolo.

20 ¹ Y sucedió en uno de esos días que, cuando estaba enseñando al pueblo en el Templo y anunciando la buena noticia, se quedaron parados los sumos sacerdotes y los escribas junto a los ancianos, ² y dijeron dirigiéndose a él: «Dinos, ¿mediante qué autoridad haces estas cosas, o quién es el que te otorga esta autoridad?». ³ Y como respuesta les dijo: «También os preguntaré yo una cosa, y decidme: ⁴ el bautismo de Juan, ¿procedía del cielo o de los hombres?». ⁵ Y ellos reflexionaron diciendo entre sí: «Si dijéramos: “Del cielo”, dirá: “¿Por qué no confiasteis en él?”; ⁶ si “De los hombres”, todo el pueblo nos apedreará, pues está convencido de que Juan era un profeta». ⁷ Y le respondieron que no sabían de dónde. ⁸ Y Jesús les dijo: «Ni yo os digo mediante qué autoridad hago estas cosas».

⁹ Y comenzó a contar al pueblo este ejemplo: «Un hombre plantó una viña y la entregó a sus campesinos, y se marchó

durante mucho tiempo. ¹⁰ Y en su momento envió a los campesinos un siervo para que le diera el fruto de la viña; pero los campesinos lo echaron con las manos vacías después de apalearlo. ¹¹ Y volvió a enviar a otro; pero también a aquel, tras apalearlo e infamarlo, lo echaron. ¹² Y volvió a enviar a un tercero; y ellos también lo echaron tras herirlo. ¹³ Y dijo el dueño de la viña: “¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizá lo respeten”. ¹⁴ Pero al verlo, los campesinos reflexionaron, diciéndose: “Este es el heredero; matémoslo, para que la herencia sea nuestra”. ¹⁵ Y echándolo fuera de la viña, lo mataron. ¿Qué les hará el dueño de la viña? ¹⁶ Irá y matará a los campesinos estos y dará la viña a otros».

Y al oírlo, dijeron: «No será así». ¹⁷ Pero él, poniendo la mirada en ellos, dijo: «¿Qué es, entonces, esto que está escrito: *La piedra que rechazaron los albañiles, esta se convirtió en angular*^[289]?¹⁸ Todo el que caiga sobre esta piedra, se destrozará; pero sobre quien caiga, lo aplastará».

¹⁹ Y buscaron los escribas y los sumos sacerdotes echarle las manos encima en aquella ocasión, aunque temieron al pueblo, pues supieron que dijo este ejemplo contra ellos. ²⁰ Y para acecharlo le enviaron espías que simulaban ser justos para encontrar alguna palabra suya con que entregarlo al poder y la autoridad del procurador. ²¹ Y le interrogaron diciendo: «Maestro, sabemos que hablas y enseñas rectamente y que no atiendes a la persona, sino que enseñas con verdad el camino de Dios; ²² ¿se atiene a la Ley que paguemos el impuesto o no?». ²³ Comprendiendo su astucia, les dijo: ²⁴ «Mostradme un denario; ¿de quién tiene la imagen y la leyenda?». Y ellos dijeron: «Del César^[290]». ²⁵ Y él les dijo: «Entonces devolved^[291] al César lo del César, y a Dios lo de Dios». ²⁶ Y no pudieron encontrar palabra suya a la vista del pueblo y, admirados de su respuesta, se callaron.

²⁷ Pero se acercaron unos saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron, ²⁸ diciendo: «Maestro, Moisés nos escribió que *si muere el hermano de uno* con mujer, y este estuviera *sin hijos*, que *su hermano tome a su mujer y suscite la descendencia de su hermano*^[292]. ²⁹ Así pues, había siete hermanos; y el primero, tras tomar esposa, murió sin hijos; ³⁰ y el segundo ³¹ y el tercero tomaron a la misma; de la misma manera también los siete no dejaron hijos y murieron. ³² Por último, también la mujer murió. ³³ Así pues, la mujer, ¿de cuál de ellos será mujer en la resurrección? Pues los siete la tuvieron por mujer».

³⁴ Y les dijo Jesús: «Los hijos de este tiempo se casan y son dados en matrimonio, ³⁵ pero los que sean considerados dignos de alcanzar aquel tiempo y la resurrección de los muertos, ni se casarán ni serán dados en matrimonio; ³⁶ pues ya no podrán morir, puesto que son iguales a ángeles y son hijos de Dios por ser hijos de la resurrección. ³⁷ Y que los muertos serán resucitados, también Moisés lo reveló en la zarza cuando dice *al Señor, Dios de Abrahán y Dios de Isaac y Dios de Jacob*^[293]. ³⁸ Y no es Dios de muertos, sino de vivos, pues todos viven para él».

³⁹ Como respuesta, algunos de los escribas dijeron: «Maestro, dijiste bien». ⁴⁰ Pues ya no se atrevían a preguntarle nada.

⁴¹ Y les dijo: «¿Cómo decís que el Cristo es hijo de David? ⁴² Pues David mismo dice en el libro de los Salmos: *Dijo el Señor a mi señor: Siéntate a mi derecha,*⁴³ *mientras pongo a tus enemigos bajo tus pies*^[294]. ⁴⁴ Así pues, David lo llama Señor, y ¿cómo es hijo suyo?

⁴⁵ Y como estuviera escuchando todo el pueblo, dijo a sus discípulos: ⁴⁶ «Cuidaos de los escribas, que quieren pasear con

trajes y ansían los saludos en las plazas y los primeros asientos en las sinagogas y las primeras camas en los banquetes, ⁴⁷ que devoran las fortunas de las viudas y rezan largamente por precepto; estos recibirán la mayor condena».

21 ¹ Y echando un vistazo, vio a los ricos que echaban al cepillo sus ofrendas. ² Y vio a una viuda pobre que echaba allí dos ochavos, ³ y dijo: «Con seguridad os digo que esta viuda pobre echó más que todos; ⁴ pues todos estos echaron al tesoro de lo que les sobra, pero ella echó de su penuria todo el sustento que tenía».

⁵ Y como algunos dijeran sobre el Templo: «Ha sido adornado con hermosas piedras y exvotos», dijo: ⁶ «Esto que veis, pasarán días^[295] en los que no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada».

⁷ Y le preguntaron, diciendo: «Maestro, entonces, ¿cuándo será eso y cuál será la señal cuando vaya a ocurrir?». ⁸ Y él dijo: «Mirad, no seáis engañados; pues muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Yo soy” y “el momento ya está cerca”. No vayáis tras ellos, ⁹ y cuando oigáis guerras y revueltas, no os asustéis; pues es necesario que ocurra primero esto, pero no llegará el final inmediatamente».

¹⁰ Entonces les decía: «Se levantará nación contra nación y reino contra reino, ¹¹ y habrá grandes terremotos y por doquier hambruna y pestes, y habrá espantos y grandes señales del cielo.

¹²» Pero, antes de todo esto, os echarán mano y perseguirán, entregándoos a las sinagogas y cárceles, conducidos ante los reyes y gobernantes por causa de mi nombre; ¹³ acabará en una prueba para vosotros. ¹⁴ Así pues, poned en vuestros corazones el no preocuparos de defenderos, ¹⁵ pues yo os daré boca y sabiduría a la que no

podrán oponerse o contradeciros ninguno de los que estén en contra vuestra. ¹⁶ Y seréis entregados incluso por padres, hermanos, parientes y amigos, y morirán de entre vosotros, ¹⁷ y seréis odiados por todos debido a mi nombre. ¹⁸ Aunque de ninguna manera morirá un solo cabello de vuestra cabeza. ¹⁹ Mediante vuestra persistencia ganaréis vuestras vidas.

²⁰» Y cuando veáis Jerusalén rodeada por ejércitos, entonces sabréis que ya está cerca su devastación. ²¹ Entonces, los que estén en Judea, que huyan a la montaña, y los que estén en medio de la ciudad, se marchen; y los que estén en los campos, que no entren en ella, ²² porque estos son días de castigo para cumplir todo lo escrito. ²³ ¡Ay de las que estén embarazadas y de las que den el pecho en esos días! Pues habrá una gran necesidad sobre la tierra e ira contra este pueblo. ²⁴ Y caerán a punta de espada y serán llevados como cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por naciones, hasta que se consuma el tiempo de las naciones.

²⁵» Y habrá señales en el sol, la luna y las estrellas, y sobre la tierra aflicción de naciones por la perplejidad del ruido y el temblor^[296] del mar, ²⁶ de hombres muriendo por el miedo y la expectación de lo que vendrá sobre el mundo, pues *las fuerzas de los cielos*^[297] se tambalearán. ²⁷ Y entonces verán *al Hijo del hombre venir entre nubes*^[298] con gran poder y gloria. ²⁸ Y cuando todo comience a suceder, permaneced tranquilos y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención».

²⁹ Y les dijo un ejemplo: «Ved la higuera y cualquier árbol; ³⁰ cuando ya verdean, al mirarlos sabéis por ellos que ya está cerca el calor; ³¹ así también vosotros, cuando veáis estos sucesos, sabed que está cerca el reino de Dios. ³² Con seguridad os digo que de ninguna manera pasará esta generación antes de que todo ocurra. ³³ El cielo y la tierra

pasarán, pero mis palabras de ninguna manera pasarán.

³⁴» Cuidad de vosotros, no sea que se entorpezcan vuestros corazones con borrachera, embriaguez y preocupaciones concernientes a la vida, y ese día se os eche imprevisto encima ³⁵ como una trampa; pues sobrevendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de la tierra. ³⁶ Y vigilad en todo momento, rogando que tengáis fuerza para evitar todo cuanto va a ocurrir y podáis quedaros de pie frente al Hijo del hombre».

³⁷ Pasaba los días en el Templo enseñando, y por las noches se iba y acampaba en el monte llamado de los Olivos; ³⁸ Y todo el pueblo iba de madrugada al templo para oírlo.

22 ¹ Y ya estaba cerca la fiesta de los Ácimos, la denominada Pascua. ² Y buscaban los sumos sacerdotes y los escribas cómo quitarlo de en medio, pues temían al pueblo.

³ Entró Satanás en Judas, el llamado Iscariote, que se contaba entre los doce; ⁴ y fue y trató con los sumos sacerdotes y oficiales cómo se lo entregaría. ⁵ Y se alegraron y convinieron darle dinero. ⁶ Y estuvo de acuerdo, y buscaba la ocasión de entregárselo sin gente.

⁷ Y llegó el día de los Ácimos, en el cual había que sacrificar los corderos de Pascua^[299]; ⁸ y envió a Pedro y Juan, diciendo: «Id y preparadnos la Pascua para comer». ⁹ Y ellos le dijeron: «¿Dónde quieres que lo preparemos?». ¹⁰ Y él les dijo: «Mirad, una vez que entréis a la ciudad, se encontrará con vosotros un hombre que porta un cántaro de agua; seguidlo hasta la casa en que entre, ¹¹ y decidle al dueño de la casa: “Te dice el maestro: ¿Dónde está la posada donde comeré la Pascua con mis discípulos?”; ¹² y aquel os indicará una habitación en el piso de arriba grande, amueblada; allí la prepararéis». ¹³ Y marchándose encontraron lo que les había dicho, y

prepararon la Pascua.

¹⁴ Y cuando llegó la hora, se puso a la mesa y los apóstoles con él. ¹⁵ Y les dijo: «Con ansia deseé comer esta Pascua con vosotros antes de que sufra; ¹⁶ pues os digo que de ninguna manera la comeré hasta que se cumpla en el reino de Dios». ¹⁷ Y cogiendo un vaso, dando gracias dijo: «Tomadlo y distribuidlo entre vosotros; ¹⁸ pues os digo que de ninguna manera beberé el fruto de la vid desde ahora hasta que llegue el reino de Dios». ¹⁹ Y tomando pan, al dar gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: «Este es mi cuerpo, que va a ser entregado por vosotros; haced esto para recuerdo mío». ²⁰ Y de la misma manera, el vaso después de cenar, diciendo: «Este vaso es la nueva alianza mediante mi sangre, que va a ser derramada por vosotros».

²¹ «Pero, mirad, la mano del que me va a entregar está conmigo sobre la mesa. ²² Porque el Hijo del hombre camina según lo determinado, pero ¡ay del hombre por el cual es entregado!». ²³ Y comenzaron a preguntar entre ellos cuál de ellos sería el que iba a hacer eso.

²⁴ Y surgió también entre ellos una disputa, la de cuál de ellos parecía ser el más importante. ²⁵ Pero él les dijo: «Los reyes de los gentiles son sus señores, y sus gobernantes son llamados bienhechores. ²⁶ Pero vosotros no sois así, sino que el más importante entre vosotros sea como el recién llegado y el que mande como el sirviente. ²⁷ Pues ¿quién es más importante, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Sin embargo, yo, entre vosotros, soy como el que sirve.

²⁸ «Y vosotros sois los que han persistido conmigo en mis pruebas; ²⁹ y yo os lego, tal como me legó mi Padre, un reino ³⁰ para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y que os

sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

³¹ «¡Simón, Simón! Mira, Satanás pidió cribaros como al trigo; ³² pero yo rogué en lo que respecta a ti que tu fe no te abandonara; y tú cuando vuelvas fortalecerás a tus hermanos». ³³ Y él le dijo: «Señor, contigo estoy dispuesto a ir a la cárcel y a la muerte». ³⁴ Y él dijo: «Te aseguro, Pedro, que no cantaré el gallo hoy hasta que niegues tres veces conocerme».

³⁵ Y les dijo: «Cuando os envíe sin bolsa, sin alforjas, sin sandalias, ¿qué os faltó?». Y ellos dijeron: «Nada». ³⁶ Y les dijo: «Pero ahora, el que tenga una bolsa, tómela; igual también la alforja, y el que no tenga, que venda su manto y compre una espada. ³⁷ Pues os aseguro que esto está escrito que se cumpla conmigo, que *también sea contado entre los contrarios a la Ley*^[300]; pues también tiene fin lo referente a mí». ³⁸ Y ellos le dijeron: «Señor, mira, aquí hay dos espadas». Y él les dijo: «Es suficiente».

³⁹ Y saliendo se encaminó, según la costumbre, hacia el monte de los Olivos, y le siguieron también los discípulos. ⁴⁰ Y una vez en el sitio, les dijo: «Rezad para que no caigáis en tentación». ⁴¹ Y él se alejó de ellos como a tiro de piedra y, puesto de rodillas, rezó, ⁴² diciendo: «Padre, si quieres aparta este vaso de mí; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». ⁴⁵ Y tras levantarse de su oración^[301] se fue donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza, ⁴⁶ y les dijo: «¿Por qué dormís? Rezad en pie para que no caigáis en tentación».

⁴⁷ Mientras aún hablaba, he aquí una multitud, y el llamado Judas, uno de los doce, los precedía y se acercó a Jesús para besarlos. ⁴⁸ Y Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?». ⁴⁹ Y al ver los que estaban a su alrededor

lo que iba a ocurrir, dijeron: «Señor, ¿herimos con espada?». ⁵⁰ Y uno de ellos hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. ⁵¹ Y, como respuesta, dijo Jesús: «Dejadlo aquí»; y tocando la oreja lo curó.

⁵² Y dijo Jesús a los sumos sacerdotes, oficiales del Templo y presbíteros allí presentes contra él: «¿Contra un bandolero salisteis, con espadas y estacas? ⁵³ Pese a que estaba yo todos los días con vosotros en el Templo no me echasteis mano, pero este es vuestro momento y la autoridad de la oscuridad».

⁵⁴ Y tomándolo consigo, lo llevaron y condujeron a casa del sumo sacerdote; y Pedro los seguía de lejos. ⁵⁵ Y como encendieran un fuego en medio del patio y se sentaran alrededor, se sentó Pedro en medio de ellos. ⁵⁶ Pero, al verlo una criada sentado junto al fuego y mirarlo atentamente, le dijo: «También tú estabas con él». ⁵⁷ Pero él lo negó, diciendo: «No lo conozco, mujer». ⁵⁸ Y al poco, otro que lo vio dijo: «También tú eres de ellos». Y Pedro dijo: «Hombre, no lo soy». ⁵⁹ Y pasada como una hora, otro insistió diciendo: «Verdaderamente también este estaba con él, pues también es galileo». ⁶⁰ Y dijo Pedro: «Hombre, no sé qué dices». E inmediatamente, mientras aún hablaba, cantó el gallo. ⁶¹ Y volviéndose el Señor dirigió la mirada a Pedro, y Pedro recordó lo dicho por el Señor cuando dijo: «Antes de que cante el gallo me negarás tres veces». ⁶² Y, saliendo, se echó a llorar amargamente.

⁶³ Y los hombres que lo guardaban se burlaban de él mientras lo golpeaban, ⁶⁴ y cubriéndolo le preguntaban diciendo: «Profetiza, ¿quién es el que te golpea?». ⁶⁵ Y le decían muchas otras cosas para infamarlo.

⁶⁶ Y cuando llegó el día, se reunió el Consejo de ancianos del pueblo, sumos sacerdotes y escribas, y lo llevaron a su

reunión^[302], ⁶⁷ diciéndole: «Si tú eres el Cristo^[303], dínoslo». Pero les dijo: «Si os lo dijera, de ninguna forma me creeríais; ⁶⁸ pero si os preguntara, de ninguna forma me responderíais. ⁶⁹ Y desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la derecha del poder de Dios». ⁷⁰ Y dijeron todos: «Así pues, ¿eres tú el Hijo de Dios?». Y él les dijo: «Vosotros decís que yo lo soy». ⁷¹ Y ellos dijeron: «¿Por qué tenemos todavía necesidad de testimonio alguno? Pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca».

23

¹ Y toda la asamblea se levantó y lo llevó a Pilato.

² Y comenzaron a acusarlo, diciendo: «Hemos cogido a este revolviendo a nuestra nación e impidiendo pagar los tributos al César y diciendo que él es el rey ungido^[304]». ³ Y Pilato lo interrogó, diciendo: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Y él, como respuesta, dijo: «Tú lo dices». ⁴ Y Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a las multitudes: «Ninguna culpa encuentro en él». ⁵ Pero ellos insistían diciendo: «Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí».

⁶ Y Pilato, al oírlo, le preguntó si el hombre era galileo, ⁷ y, al comprender que estaba bajo el poder de Herodes, lo envió a Herodes^[305], pues estaba él también en Jerusalén aquellos días.

⁸ Y Herodes, cuando vio a Jesús, se alegró mucho, pues desde mucho tiempo atrás quería conocerlo por haber oído de él y esperaba ver algún signo hecho por él. ⁹ Y le preguntó muchas cosas^[306], pero él no le respondió nada. ¹⁰ Pero estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo enérgicamente. ¹¹ Lo despreciaba también Herodes, y se reía de él junto con sus soldados al colocarle una ropa blanca, y lo envió de vuelta a Pilato. ¹² Y es que se hicieron amigos Herodes y Pilato aquel día; pues anteriormente habían estado

enemistados entre sí.

¹³ Y Pilato, tras convocar a los sumos sacerdotes y jefes y al pueblo, ¹⁴ les dijo: «Me presentasteis a este hombre como que revuelve al pueblo, y mirad, yo, tras examinarlo ante vosotros, ninguna culpa encontré en este hombre de lo que le acusáis. ¹⁵ Pero tampoco Herodes, pues nos lo ha enviado de vuelta, y mirad, no hay nada digno de pena capital hecho por él; ¹⁶ así pues, lo soltaré después de reprenderlo».

¹⁸ Prorrumpieron^[307] en gritos todos a una diciendo: «¡Llévatelo, suéltanos a Barrabás!»; ¹⁹ el cual había sido llevado a la cárcel por una revuelta ocurrida en la ciudad y un asesinato. ²⁰ Pero Pilato se dirigió de nuevo a ellos queriendo liberar a Jesús. ²¹ Y ellos gritaron diciendo: «¡Crucifícalo, crucifícalo!». ²² Y por tercera vez les dijo: «¿Pues qué mal cometió este? Ninguna culpa digna de pena capital encontré en él; así pues, lo soltaré después de reprenderlo». ²³ Pero ellos insistían en exigirle a grandes voces que fuera crucificado, y sus voces dominaban.

²⁴ Y Pilato resolvió que se realizara su petición; ²⁵ liberó al encarcelado por revuelta y asesinato que pedían y a Jesús lo entregó a su voluntad.

²⁶ Y cuando lo conducían, tomando a Simón, cierto cirineo que venía del campo, le obligaron a llevar la cruz detrás de él.

²⁷ Lo seguía mucha gente del pueblo y de mujeres que se golpeaban el pecho y lo lamentaban. ²⁸ Y, vuelto hacia ellas, dijo Jesús: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; al revés, llorad por vosotras y por vuestros hijos, ²⁹ porque, mirad, vendrán días en los cuales dirán: ¡Felices las estériles y los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron! ³⁰ Entonces empezarán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡Cubridnos!^[308]; ³¹ porque

si hacen esto con la madera húmeda, ¿qué pasará con la seca?». ».

³² Y conducían con él también a dos malhechores para matarlos.

³³ Y cuando llegaron al lugar llamado Calavera, allí lo crucificaron a él y a los malhechores, a uno a su derecha, a otro a su izquierda. ³⁴*Y para repartirse sus vestidos los echaron a suertes*^[309].

³⁵ Y el pueblo se quedó mirando. Y también los oficiales se mofaban de él diciendo: «A otros salvó, que se salve si él es el Cristo de Dios, el elegido». ³⁶ Y se burlaban de él también los soldados que venían, ofreciéndole vinagre ³⁷ y diciendo: «Si tú eres el rey de los judíos, sálvate». ³⁸ Había también una inscripción sobre él: «El rey de los judíos es este».

³⁹ Uno de los malhechores colgados lo injuriaba diciendo: «¿No eres tú el Cristo? Sálvate y sálvanos». ⁴⁰ Pero como respuesta le dijo el otro, recriminándolo: «¿No temes tú a Dios, cuando tienes el mismo castigo? ⁴¹ Incluso nosotros con justicia, pues recibimos lo adecuado a lo que hicimos; pero él nada extraño hizo». ⁴² Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». ⁴³ Y le dijo: «Con seguridad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso».

⁴⁴ Y era ya como la hora sexta y se echó una tiniebla sobre la tierra hasta la hora novena ⁴⁵ al ocultarse el sol, y se rasgó el velo del Templo. ⁴⁶ Y gritando terriblemente, Jesús dijo: «Padre, *en tus manos pongo mi espíritu*^[310]». Y tras decir esto expiró.

⁴⁷ Y al ver lo sucedido, el centurión glorificó a Dios, diciendo: «Verdaderamente este hombre era justo». ⁴⁸ Y todas las gentes que estaban allí reunidas para ese espectáculo, cuando contemplaron lo ocurrido, golpeándose el pecho

volvieron sobre sus pasos.

⁴⁹ Se habían quedado a distancia para verlo todos sus conocidos y unas mujeres que lo venían sirviendo desde Galilea.

⁵⁰ Y he aquí que un hombre llamado José, que era miembro del Consejo y hombre bueno y justo^[311] ⁵¹ —él no había estado de acuerdo con su decisión y hechos—, procedente de Arimatea, ciudad de los judíos, que esperaba el reino de Dios, ⁵² este, llegándose a Pilato, pidió el cadáver de Jesús ⁵³ y, tras bajarlo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro cavado en la roca en el que nadie había sido depositado todavía. ⁵⁴ Y era el día de la Preparación, y clareaba el sábado.

⁵⁵ Pero las mujeres que lo habían seguido, las que habían venido de Galilea con él, vieron el sepulcro y que el cadáver era colocado en él, ⁵⁶ y se volvieron y prepararon plantas aromáticas y mirra. Y el sábado descansaron según el precepto.

24 ¹ El primer día de la semana, al despuntar el alba, fueron al sepulcro a llevar las plantas aromáticas que habían preparado. ² Pero encontraron la piedra rodada a un lado del sepulcro, ³ y al entrar no encontraron el cadáver de Jesús el Señor. ⁴ Y sucedió que, mientras quedaban en la incertidumbre sobre esto, dos hombres se colocaron junto a ellas con ropa blanca brillante. ⁵ Y como quedaran llenas de temor y inclinaran sus rostros hacia tierra, les dijeron ellos: «¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos? ⁶ No está aquí, sino que fue resucitado. Recordad que os dijo cuando estaba todavía en Galilea, ⁷ diciendo del Hijo del hombre que era preciso que fuera entregado a manos de hombres pecadores y fuera crucificado, y al tercer día resucitara». ⁸ Y recordaron sus palabras.

⁹ Y volviéndose del sepulcro refirieron todo esto a los once y al resto. ¹⁰ Eran María Magdalena, Juana y María la de Jacob y las restantes con ellas. Contaban a los apóstoles esto, ¹¹ y estas palabras aparecían a sus ojos como una tontería, y no creían en ellas. ¹² Pero Pedro se levantó y corrió hacia el sepulcro y, tras mirar atentamente, ve solo las vendas, y se fue asombrado de lo ocurrido.

¹³ Y he aquí que dos de ellos, ese mismo día, estaban en camino hacia una aldea que dista sesenta estadios de Jerusalén, de nombre Emaús, ¹⁴ y trataban entre ellos sobre todo lo ocurrido. ¹⁵ Y sucedió que mientras ellos hablaban y disputaban, Jesús se acercó y caminó con ellos, ¹⁶ pero sus ojos no podían reconocerlo. ¹⁷ Y les dijo: «¿Qué asuntos son estos que os decís uno a otro mientras camináis?». Y se quedaron tristes. ¹⁸ Y como respuesta, el llamado Cleofás dijo: «¿Eres el único que vive en Jerusalén y no sabes lo ocurrido allí estos días?». ¹⁹ Y les dijo: «¿Qué?». Y ellos le dijeron: «Lo de Jesús el Nazareno, que se convirtió en profeta poderoso en hechos y palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo, ²⁰ que los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron a pena de muerte y lo crucificaron. ²¹ Y nosotros esperábamos que él era el que iba a rescatar a Israel; pero, ciertamente, ya llevamos tres días desde que ocurrió esto. ²² Sin embargo, también algunas de nuestras mujeres nos sorprendieron, cuando llegaron tempraneras al sepulcro, ²³ y al no encontrar su cadáver vinieron a decirnos que incluso vieron una aparición de ángeles, que dijeron que vive. ²⁴ Y salieron algunos de los nuestros al sepulcro y lo encontraron tal como dijeron las mujeres, pero a él no lo vieron». ²⁵ Y él les dijo: «Insensatos y torpes de corazón por creer en todo lo que dijeron los profetas; ²⁶ ¿no era necesario que el Cristo sufriera y entrara en su gloria?». ²⁷ Y comenzando desde Moisés y todos los

profetas les explicó mediante todas las Escrituras lo referente a él.

²⁸ Y ya estaban cerca de la aldea a la que se dirigían, y él simuló andar más lejos. ²⁹ Y lo obligaron diciendo: «Quédate con nosotros, que es casi la tarde y ya ha declinado el día». Y fue a quedarse con ellos. ³⁰ Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomando el pan lo bendijo y partiéndolo se lo dio, ³¹ y se abrieron sus ojos y lo reconocieron; y él se hizo invisible para ellos. ³² Y dijeron entre sí: «¿No estaba nuestro corazón ardiendo cuando nos hablaba en el camino, cuando nos interpretaba las Escrituras?»

³³ Y, levantándose en ese momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los once con los suyos, ³⁴ que decían que realmente el Señor fue resucitado y se apareció en una visión a Simón. ³⁵ Y ellos relataron lo del camino y que se les dio a conocer mediante la partición del pan.

³⁶ Y mientras estaban ellos contando esto, se situó él en medio de ellos y les dijo: «Paz a vosotros». ³⁷ Asustados y llenos de miedo, pensaban que veían un espíritu. ³⁸ Y les dijo: «¿Por qué estáis alborotados y por qué crecen las reflexiones en vuestros corazones? ³⁹ Mirad mis manos y mis pies, porque soy el mismo; tocadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que tengo yo». ⁴⁰ Y mientras decía esto les mostró las manos y los pies. ⁴¹ Y como aún siguieran sin creer por la alegría y estuvieran asombrados, les dijo: «¿Tenéis algo que comer?». ⁴² Y ellos le dieron una ración de pescado asado; ⁴³ y tomándolo se lo comió ante ellos.

⁴⁴ Y les dijo: «Estas son las palabras que os dije estando todavía con vosotros, que es preciso que se cumpla todo lo escrito en la Ley de Moisés, los profetas y los salmos, sobre mí». ⁴⁵ Entonces les iluminó la mente para entender las

Escrituras, ⁴⁶ y les dijo: «Así está escrito que el Cristo sufra y resucite de los muertos al tercer día, ⁴⁷ y que sea anunciado en su nombre el arrepentimiento para perdón de pecados a todas las naciones. Comenzando desde Jerusalén, ⁴⁸ vosotros sois mártires de esto. ⁴⁹ Y mirad, yo envío la promesa de mi Padre sobre vosotros; y vosotros quedaos en la ciudad hasta que os invistáis de poder de las alturas».

⁵⁰ Los condujo hasta Betania y, alzando las manos, los bendijo. ⁵¹ Y sucedió mientras los bendecía que se alejó de ellos y fue elevado al cielo.

⁵² Y ellos, tras caer de rodillas ante él, volvieron a Jerusalén con gran alegría ⁵³ y estaban todo el día en el templo bendiciendo a Dios.

EVANGELIO DE LUCAS

Segunda parte: Hechos de los apóstoles: lo que obró el Espíritu en sus seguidores, especialmente Pedro y Pablo

Autor: Desconocido, pero es el mismo para la primera y segunda parte.

Fecha probable de composición: Hacia el 80/90 d. de C.

Lugar de composición: Desconocido. Algún lugar de Asia Menor o de Grecia.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiros de finales del siglo II o del III y centenares de manuscritos a partir del siglo IV.

Los Hechos de los apóstoles representan la única fuente para muchos acontecimientos de los primeros años de la Iglesia. Sin ella no podríamos ni esbozar siquiera qué pasó en los primeros momentos del cristianismo. Pero a pesar de que el autor emplea el «nosotros» para describir algunas peripecias de la vida del apóstol Pablo, no sabemos a ciencia cierta quién está detrás de esa expresión, y si tal expresión es quizá solo una

ficción literaria.

El autor es en verdad desconocido, aunque se le denomine Lucas, médico y compañero de Pablo (Col 4, 14; 2 Tim 4, 11). No parece, sin embargo, que pueda ser un discípulo del Apóstol, pues hay notables diferencias e incluso contradicciones entre la teología de este, conocida por sus cartas, y la que Lucas pone en boca de Pablo. Pudo ser bien un judeocristiano muy helenizado, o un pagano muy cercano al judaísmo, es decir, un «prosélito» o convertido a la religión judía.

Existen muchos estudiosos que opinan que los pasajes que emplean el «nosotros» provienen de un auténtico compañero de Pablo, pero que permaneció con el Apóstol poco tiempo. En concreto no estuvo con él en los años cruciales entre el 50 y el 58, precisamente cuando él redactó las grandes cartas llegadas hasta hoy. En este caso, no sería imposible —se opina— que un personaje secundario del entorno de Pablo escribiera los Hechos varias décadas después de la muerte del Apóstol, ignorando algunos detalles de la vida de este, simplificando y remodelando otros. De cualquier modo, incluso en esta opinión, el autor no sería un simple historiador, sino un teólogo que repensó la figura de su héroe, Pablo, cuya vida describe en parte.

En cuanto al lugar de composición, se han sugerido diversas localidades: Roma (improbable, pues el autor desconoce la tradición sobre la estancia allí de Pedro), algún lugar de Asia Menor (¿Antioquía?) o de Grecia. La cuestión es insoluble y, además, tiene poca importancia para la comprensión de la obra.

La fecha de composición es solo deducible indirectamente: Lucas-Hechos es posterior al Evangelio de Marcos, al que utiliza, probablemente anterior al Evangelio de Juan, que parece conocer el texto de Lucas (el evangelio), y desde luego

anterior a la Epístola de los Apóstoles, un apócrifo de mediados del siglo II que cita a los Hechos. Con estos datos se piensa que la doble obra hubo de estar completa a más tardar hacia el 90 d. de C.

1 ¹ En el primer libro, Teófilo, narré todo cuanto comenzó a hacer y a enseñar Jesús, ² hasta el día en que, tras dar instrucciones por medio del Espíritu santo a los apóstoles que había escogido, fue ascendido hacia las alturas. ³ A los que también se presentó vivo tras sufrir en muchas pruebas, apareciéndose a ellos durante cuarenta días exponiendo lo relativo al reino de Dios; y reunido con ellos les ordenó no irse de Jerusalén, sino esperar la promesa del padre que me escuchasteis, ⁵ que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados mediante el Espíritu santo no muchos días después^[312]. ⁶ Así pues, al acompañarlo le preguntaban diciendo: «Señor, ¿en este tiempo restablecerás el reino a Israel?». ⁷ Y les dijo: «No es cosa vuestra conocer el tiempo o el momento preciso que el Padre decretó mediante su poder, ⁸ sino que recibiréis una fuerza del Espíritu santo que viene sobre vosotros y seréis testigos míos en Jerusalén y en toda Judea, Samaria y hasta el límite del mundo».

⁹ Y diciendo esto, mientras ellos miraban, fue elevado y una nube lo tomó de delante de sus ojos. ¹⁰ Y cuando estaban mirando hacia el cielo mientras él se iba, he aquí que dos hombres se colocaron junto a ellos en vestidos resplandecientes, ¹¹ y también dijeron: «Galileos, ¿por qué os quedáis en pie mirando hacia el cielo? Este Jesús que ha sido ascendido desde vosotros hasta el cielo volverá de la misma manera en que habéis visto que se marchaba al cielo».

¹² Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que está cerca de Jerusalén el camino de un

sábado. ¹³ Y cuando entraron, subieron al piso superior donde se quedaban, Pedro, Juan, Jacobo, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo el de Alfeo, Simón el celota y Judas el hijo de Jacobo. Todos estos habían perseverado unánimemente en la oración con unas mujeres y María la madre de Jesús y sus hermanos.

¹⁵ Y en esos días se levantó Pedro en medio de los hermanos y habló; había una multitud de personas de unos ciento veinte: ¹⁶ «Hermanos, era preciso que se cumpliera la Escritura que predijo el Espíritu santo por boca de David sobre Judas, el que acabó siendo guía para los que arrestaron a Jesús, ¹⁷ que se contó entre nosotros y le tocó la suerte de esta tarea. ¹⁸ Así pues, este adquirió un terreno con el pago de la injusticia y tras caer de cabeza reventó por medio y se esparcieron todas sus vísceras; ¹⁹ y fue conocido por todos los que viven en Jerusalén, al punto de que el terreno ese es conocido en su dialecto propio como *Haceldamax*, que significa lugar de sangre. ²⁰ Pues está escrito en el libro de los Salmos: *Quede su morada vacía, y no haya quien habite en ella* ^[313]. Y *Ocupe otro su cargo* ^[314].

²¹» Así pues, es preciso que, de los hombres que nos acompañaron en todo momento, desde que Jesús el Señor llegó y se marchó de nosotros, ²² comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue llevado a las alturas desde nosotros, que sea testigo de su resurrección uno de estos junto a nosotros». ²³ Y presentaron a dos, José el llamado Barsabas que era apodado el Justo ^[315], y Matías. ²⁴ Y rezando, dijeron: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, indícanos al que eliges de estos dos, ²⁵ para que ocupe el lugar de esta tarea y apostolado del cual se apartó Judas para irse por su cuenta». ²⁶ Y les entregaron los votos y el voto recayó sobre Matías y fue elegido juntamente con los once apóstoles.

2 ¹ Y cuando se llegó al día de Pentecostés^[316], estaban todos juntos. ² Y surgió de pronto un sonido procedente del cielo como de un soplo producido violentamente, y se llenó toda la casa en la que estaban. ³ Y se les aparecieron en una visión repartidas lenguas como de fuego y se colocaron sobre cada uno de ellos, ⁴ y se llenaron todos del Espíritu santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les otorgaba manifestarse.

⁵ Y había en Jerusalén habitantes judíos, hombres temerosos de Dios de toda nación bajo el cielo. ⁶ Y como se hubiera extendido esta noticia, se reunió una multitud y quedó confundida porque cada uno los escuchaba hablar en su propio idioma. ⁷ Quedaron asombrados y fuera de sí mientras decían: «Mira, ¿no son galileos estos que hablan? ⁸ Y ¿cómo es que cada uno de nosotros escuchamos nuestro idioma, en el que nacimos? ⁹ Partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, ¹⁰ Frigia y Panfilia, Egipto y las zonas de Libia junto a Cirene y los nativos romanos, ¹¹ judíos y prosélitos, cretenses, árabes, los oímos referir en nuestras lenguas las grandezas de Dios». ¹² Y todos quedaban fuera de sí y dudaban, diciéndose uno a otro: «¿Qué quiere ser esto?». ¹³ Pero otros decían riéndose: «Se han llenado de vino».

¹⁴ Y Pedro, que estaba con los once, levantó la voz y les manifestó: «Judíos y habitantes de Jerusalén todos, que os sea esto conocido y atended a mis palabras. ¹⁵ Pues no están estos borrachos, como suponéis vosotros, pues es la hora tercera del día, ¹⁶ sino que esto es lo que fue dicho por medio del profeta Joel: ¹⁷*Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos, vuestras hijas y vuestros muchachos verán visiones, y vuestros ancianos tendrán sueños proféticos;*¹⁸y, con

seguridad, sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán. ¹⁹Y daré presagios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra, sangre, fuego y vapor de humo.²⁰El sol se transformarán en oscuridad y la luna en sangre, antes de que llegue el día del Señor, día grande y manifiesto.²¹Y ocurrirá que todo el que invoque el nombre del Señor se salvará^[317].

²² «Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, hombre señalado por Dios para vosotros por milagros, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros mediante él tal como sabéis, ²³ a este con la voluntad predeterminada y providencia de Dios lo matasteis al crucificarlo una vez entregado por mano de quienes no siguen la Ley, ²⁴ al que Dios resucitó para librar las angustias de la muerte, porque no era posible que este fuera retenido por ella. ²⁵ Pues David le dice: *Veía al Señor ante mí siempre, porque está a mi derecha para que no dude.*²⁶*Por eso se alegró mi corazón y se regocijó mi lengua, y aun mi carne descansará en la esperanza,*²⁷*porque no abandonarás mi alma en el Hades ni darás a tu santo el ver la corrupción.*²⁸*Me diste a conocer caminos de vida, me llenarás de felicidad con tu rostro*^[318].

²⁹ «Hermanos, es posible hablaros con franqueza sobre el patriarca David porque murió y fue enterrado y su sepulcro está entre nosotros hasta este día. ³⁰ Así pues, por ser profeta y saber que Dios le prometió bajo promesa que del fruto de su cadera^[319] se sentaría en su trono, ³¹ previendo dijo sobre la resurrección del Cristo que ni sería abandonado en el Hades ni su carne vería la corrupción. ³² Dios resucitó a este Jesús, de lo cual todos somos testigos; ³³ así pues, exaltado a la derecha de Dios, con la promesa del Espíritu santo de su Padre, derramó lo que veis y oís. ³⁴ Pues David no subió a los cielos, sino que dice: *Dijo el Señor a mi señor: Siéntate a mi derecha,*

³⁵ *hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies*^[320].³⁶ Sepa entonces sin dudas toda la casa de Israel que Dios también hizo Señor y Cristo a este Jesús que vosotros crucificasteis».

³⁷ Y al escucharlo, quedaron todos entristecidos de corazón y dijeron a Pedro y los demás apóstoles: «¿Qué haremos, hermanos?». ³⁸ Y Pedro les dijo: «Arrepentíos y que cada uno de vosotros se bautice en nombre de Jesús el Cristo, para perdón de vuestros pecados y obtendréis el don del Espíritu santo. ³⁹ Pues vuestra es la promesa y de vuestros hijos y de todos los que están lejos, a cuantos el Señor nuestro Dios convoque». ⁴⁰ Y con muchas otras razones daba testimonio y les exhortaba diciendo: «Salvaos de esta generación injusta». ⁴¹ Y los que, tras recibir su palabra, se bautizaron y se unieron ese día eran como tres mil personas.

⁴² Había quienes perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, la unión, la fracción del pan y las oraciones. ⁴³ Tuvo toda persona temor^[321], y se produjeron por medio de los apóstoles muchos prodigios y señales. ⁴⁴ Y todos los que creían estaban unidos y tenían todo en común, ⁴⁵ y vendían sus posesiones y bienes y los repartían entre todos según tuviera alguno necesidad; ⁴⁶ y cada día, perseverando en el Templo con un mismo aliento y partiendo en casa el pan, participaban de un género de vida con gozos y sencillez de corazón, ⁴⁷ alabando a Dios y con el favor de todo el pueblo. Y el Señor añadía a los que se salvaban todos los días.

3 ¹ Pedro y Juan subían al Templo a la hora de la oración de nona. ² Y un hombre, que era cojo desde el vientre de su madre, era llevado, al que^[322] colocaban cada día junto a la puerta del Templo llamada la Hermosa para pedir limosna a los que entraban al Templo; ³ el cual, al ver que Pedro y Juan iban a entrar al Templo, pidió limosna. ⁴ Y fijándose en él, dijo Pedro con Juan: «Míranos». ⁵ Y él se fijó

en ellos pensando que obtendría algo de ellos. ⁶ Pero le dijo Pedro: «Plata y oro no tengo, pero te doy esto: en nombre de Jesús, el Cristo de Nazaret, levántate y anda». ⁷ Y cogiéndolo de la mano derecha lo levantó; e inmediatamente se enderezaron sus pies y tobillos, ⁸ y tras dar un salto de gozo se quedó en pie y andaba, y entró con ellos al Templo andando y saltando y alabando a Dios. ⁹ Y todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios; ¹⁰ sabían de él que era el que estaba sentado a la puerta Hermosa del Templo pidiendo limosna, y se llenaron de asombro y estupor por lo que le había ocurrido.

¹¹ Y mientras él agarraba a Pedro y Juan, todo el pueblo corrió a una hacia ellos en el pórtico llamado de Salomón entusiasmados. ¹² Al verlo, Pedro respondió al pueblo: «Israelitas, ¿por qué os sorprendéis de esto u os fijáis en nosotros en la idea de que hemos hecho que él ande con una fuerza y piedad propias? ¹³*El Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres*^[323], glorificó a su hijo Jesús al que vosotros entregasteis y negasteis ante Pilato, que resolvía dejarlo libre; ¹⁴ pero vosotros rechazasteis al santo y justo y pedisteis que un asesino os fuera regalado, ¹⁵ y matasteis al causante de la vida, al que Dios resucitó de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. ¹⁶ Y con la confianza en su nombre, a este que veis y conocéis su nombre lo ha endurecido^[324], y la fe debida a él^[325] le dio la integridad a la vista de todos vosotros. ¹⁷ Y ahora, hermanos, sé que actuasteis por ignorancia, exactamente igual que vuestros jefes; ¹⁸ pero Dios, lo que prometió por medio de todos sus profetas que sufriría su Cristo, lo cumplió así. ¹⁹ Así pues, arrepentíos y volved^[326] para borrar vuestros pecados, ²⁰ a fin de que lleguen los tiempos de descanso desde el rostro del Señor y vuelva a enviar a Jesús, el Cristo que os estaba predeterminado, ²¹ al que es preciso que el cielo acoja hasta

los tiempos de restauración de todos, de los que habló Dios por medio de los santos profetas de su tiempo. ²² Moisés dijo *Un profeta os resucitará vuestro Dios de entre vuestros hermanos como yo; escucharéis todo cuanto os diga*^[327]. ²³ *Y sucederá que toda persona que no escuche a ese profeta será extirpado del pueblo*^[328]. ²⁴ Y todos los profetas desde Samuel y los siguientes, cuantos hablaron, también anunciaron estos días. ²⁵ Vosotros sois los hijos de los profetas y la alianza que instauró Dios con vuestros padres cuando decía a Abrahán: *Y mediante tu descendencia serán bendecidas todas las tribus de la tierra*^[329]. ²⁶ Primeramente Dios, al resucitar para vosotros a su Hijo, lo envió para bendeciros al abominar cada uno de sus maldades».

4 ¹ Y mientras ellos hablaban al pueblo, se colocaron a su lado los sacerdotes, el oficial del Templo y los saduceos, ² molestos con que enseñaran al pueblo y anunciaran la resurrección de los muertos mediante Jesús, ³ y les echaron mano y pusieron bajo vigilancia hasta la mañana; pues ya era tarde. ⁴ Y muchos de los que escucharon el discurso creyeron y el número de varones alcanzó unos cinco mil.

⁵ Y por la mañana sucedió que se reunieron sus oficiales, ancianos y escribas en Jerusalén, ⁶ y Anás, el sumo sacerdote, Caifás, Juan, Alejandro y cuantos eran de la estirpe de los sumos sacerdotes, ⁷ y situándolos en el centro preguntaban: «¿Mediante qué poder o mediante qué nombre^[330] hicisteis vosotros eso?».

⁸ Entonces Pedro, lleno del Espíritu santo, les dijo: «Jefes del pueblo y ancianos, ⁹ si nosotros hoy respondemos sobre la curación de un hombre enfermo mediante quién se ha sanado este, ¹⁰ habéis de saber todos vosotros y el pueblo de Israel que mediante el nombre de Jesús el Cristo de Nazaret al que

vosotros crucificasteis, al que Dios levantó de los muertos, mediante este él se irguió sano ante vosotros. ¹¹ Este es la piedra que fue despreciada por vosotros, los arquitectos, la que llegó a ser piedra angular. ¹² Y no hay salvación mediante ningún otro, pues tampoco hay bajo el cielo otro nombre dado entre los hombres, mediante el cual sea menester que nos salvemos».

¹³ Y como vieran la confianza de Pedro y Juan y comprendieran que eran hombres simples e iletrados, se sorprendían y reconocían que estaban con Jesús, ¹⁴ y mirando al hombre que estaba con ellos ya curado, no tenían nada que contestar. ¹⁵ Tras mandar que salieran del sanedrín, tomaron consejo entre ellos ¹⁶ diciendo: «¿Qué haremos con estos hombres? Porque es claro que gracias a ellos tuvo lugar un signo manifiesto y que no podemos negarlo; ¹⁷ pero para que no sea difundido al pueblo, amenacémoslos para que no hablen sobre ese nombre con nadie». ¹⁸ Y tras llamarlos les prohibieron absolutamente hablar o enseñar sobre el nombre de Jesús. ¹⁹ Pero Pedro y Juan, como respuesta, les dijeron: «Juzgad si es justo que, ante Dios, nos escuchéis a nosotros antes que a Dios; ²⁰ pues no podemos nosotros no decir lo que sabemos y escuchamos». ²¹ Y ellos, tras prohibírselo, los despidieron, no encontrando forma alguna de castigarles, a causa del pueblo, porque todos glorificaban a Dios por lo sucedido; ²² pues tenía más de cuarenta años el hombre al que le ocurrió esta señal de la curación.

²³ Y, una vez liberados, se dirigieron a los suyos y relataron cuanto les dijeron los sumos sacerdotes y ancianos. ²⁴ Y ellos, al oírlo, levantaron a una la voz hacia Dios y dijeron: «Señor, *tú que hiciste el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos*^[331], ²⁵ que dijiste por boca de nuestro padre David, tu siervo, gracias al Espíritu santo: *¿Para qué se alborotaron las*

*naciones y los pueblos se preocuparon en vano?*²⁶ *Se presentaron los reyes de la tierra y los jefes se reunieron contra el Señor y su Cristo*^[332].²⁷ Pues se reunieron verdaderamente en esta ciudad contra tu santo siervo Jesús, al que ungiste, Herodes y Poncio Pilato con las naciones y pueblos de Israel,²⁸ para hacer cuanto tu mano y tu voluntad predijeron que sucedería.²⁹ Y ahora, Señor, vigila sus amenazas y concede a tus esclavos proclamar tu palabra con toda confianza,³⁰ extendiendo tu mano para que ocurran curaciones, señales y prodigios gracias al nombre de tu santo siervo Jesús». ³¹ Y después de rezar, se agitó el lugar en que estaban, y todos se llenaron del Espíritu santo y proclamaban la palabra de Dios con confianza.

³² Y el corazón y la vida de la multitud de los creyentes eran una sola, y ni uno de los presentes decía tener algo propio, sino que todo lo tenían común. ³³ Y con una gran fuerza daban los apóstoles testimonio de la resurrección de Jesús el Señor, y había una gran gracia sobre todos ellos. ³⁴ Pues no había nadie necesitado entre ellos; pues cuantos poseían terrenos o casas, tras venderlas aportaban el producto de las ventas ³⁵ y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según tendría necesidad. ³⁶ Y de los apóstoles, José, el llamado Bernabé, lo cual es interpretado como hijo de la exhortación, levita y chipriota de nacimiento, ³⁷ como tuviera un campo, cuando lo vendió llevó el dinero y los puso a los pies de los apóstoles.

5 ¹ Y cierto hombre llamado Ananías, con su mujer Safira, vendió una posesión suya ² y se apropió del producto de la venta, sabiéndolo también su mujer, y llevando una parte la puso a los pies de los apóstoles. ³ Y dijo Pedro: «Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu santo y te quedaras el precio de la

posesión? ⁴ ¿Acaso no era propiedad tuya cuando lo tenías y vendido no estaba a tu disposición? ¿Por qué dispusiste tal cosa? No engañaste a los hombres, sino a Dios». ⁵ Y al oír tales palabras, Ananías cayó y expiró, y un gran miedo sobrecogió a todos los que escuchaban. ⁶ Los más jóvenes allí presentes lo envolvieron y, llevándoselo, lo enterraron.

⁷ Y sucedió que, con un intervalo de unas tres horas, también su mujer, que no sabía lo ocurrido, entró. ⁸ Y le respondió Pedro: «Dime, ¿vendiste el terreno por tal suma?». Y ella dijo: «Sí, por esta». ⁹ Y Pedro a ella: «¿Por qué os pusisteis de acuerdo en tentar al Espíritu del Señor? Mira, los pies^[333] de los que han enterrado a tu marido están a la puerta y te llevarán». ¹⁰ Y al instante cayó a los pies de él y expiró. Y los jóvenes entraron y la encontraron muerta, y la enterraron junto a su marido, ¹¹ y un gran miedo sobrecogió a toda la asamblea y a todos los que escucharon esto.

¹² De manos de los apóstoles tuvieron lugar señales y prodigios numerosos en el pueblo. Y todos estaban de acuerdo en el pórtico de Salomón, ¹³ pero nadie del resto se atrevía a unírseles, sino que el pueblo los exaltaba. ¹⁴ Se les añadía cada vez mayor número de creyentes en el Señor, multitudes de hombres y mujeres, ¹⁵ al punto que incluso sacaban a las plazas a los enfermos y los colocaban sobre camas y camastros para que, cuando pasara Pedro, aunque fuera su sombra cubriese a alguno de ellos. ¹⁶ Y también la multitud de los de las ciudades vecinas a Jerusalén se unían trayendo enfermos y convulsos por espíritus impuros, los cuales quedaron sanados en su totalidad.

¹⁷ Levantándose^[334] el sumo sacerdote y todos los suyos, la que es secta de los saduceos, se llenaron de envidia ¹⁸ y les echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la prisión pública. ¹⁹ Pero un ángel del Señor, abriendo de noche las

puertas de la cárcel, cuando los sacaba de allí dijo: ²⁰ «Id y poneos en el Templo a contar al pueblo todos los hechos de esta vida». ²¹ Una vez oído, entraron al amanecer al Templo y enseñaban. Cuando se presentó^[335] el sumo sacerdote con los suyos convocaron al sanedrín y al consejo de ancianos de los hijos de Israel al completo y ordenaron fueran conducidos a la cárcel. ²² Pero los asistentes que se presentaron no los encontraron en la cárcel; volvieron y contaron ²³ diciendo: «Encontramos la cárcel cerrada con toda seguridad y a los guardias apostados a las puertas, pero al abrirlas no encontramos a nadie dentro». ²⁴ Cuando escucharon estas palabras, el oficial en jefe del Templo y los sumos sacerdotes dudaban al respecto qué sería esto. ²⁵ Uno que se presentó les contó: «Mirad, los hombres que pusisteis en la cárcel están en el Templo enseñando al pueblo». ²⁶ Entonces, salió el oficial en jefe con sus asistentes y los llevó no con violencia, pues temían que el pueblo los apedrease.

²⁷ Cuando los llevaron, se plantaron en el sanedrín, y les preguntó el sumo sacerdote ²⁸ diciendo: «Os prohibimos enseñar lo de este nombre, y, mira tú, tenéis llena Jerusalén de vuestra enseñanza y queréis echarnos encima la sangre de este hombre». ²⁹ Como respuesta, Pedro y los apóstoles dijeron: «Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres. ³⁰ El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, al que vosotros matasteis colgándolo de un madero; ³¹ a este Dios lo enaltecíó como jefe y salvador con su derecha para conceder arrepentimiento a Israel y perdón de los pecados. ³² Y nosotros somos testigos de estos hechos, y el Espíritu santo que concedió Dios a los que le obedecen».

³³ Y al escucharlo se irritaban profundamente y querían prenderlos. ³⁴ Pero levantándose un fariseo en el sanedrín de nombre Gamaliel, maestro de la Ley, reconocido por todo el

pueblo, ordenó que sacaran rápidamente a estos hombres, ³⁵ y les dijo: «Hierosolimitanos, prestad atención, en lo que se refiere a estos hombres, a qué vais a hacer. ³⁶ Pues antes de estos días, se levantó Teudas, diciendo que él era alguien, al que se sumó un número de cuatrocientos hombres; el cual fue muerto y todos cuantos le obedecían por él se disolvieron y acabaron en nada. ³⁷ Después de este, surgió Judas el Galileo durante los días del censo, y también levantó al pueblo tras de sí; también aquel murió y todos cuantos le obedecían se disgregaron. ³⁸ Y en cuanto a ahora, os digo: alejaos de estos hombres y dejadlos; porque si esto es decisión o cosa de hombres, cesará, ³⁹ y si realmente procede de Dios, no podéis destruirlos, no seáis contados entre los que luchan contra Dios». Le hicieron caso, ⁴⁰ y, tras llamar a los apóstoles y azotarlos, les prohibieron hablar del nombre de Jesús y los soltaron. ⁴¹ Y verdaderamente, ellos se marchaban alegres del sanedrín porque habían sido considerados dignos de ser ultrajados por el nombre, ⁴² y todo el día en el Templo y en casa no cesaban de enseñar y ofrecer como buena noticia a Jesús el Cristo.

6 ¹ En esos días, como aumentara el número de discípulos, surgió un rumor de los helenistas contra los hebreos, porque eran despreciadas en el servicio diario las viudas de estos. ² Y los doce, que habían hecho llamar a la multitud de los discípulos, dijeron: «No es agradable que nosotros, dejando la palabra de Dios, sirvamos las mesas. ³ Es más, fijaos, hermanos, en siete de vosotros que hayan sido celebrados, llenos de espíritu y sabiduría, a los que pondremos al frente de esta tarea, ⁴ y nosotros perseveraremos en la oración y el servicio de la palabra». ⁵ Y el discurso pareció bien a los ojos de toda la multitud y eligieron a Esteban, un hombre lleno de fe y Espíritu santo, a

Filipo, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás, un prosélito de Antioquía, ⁶ a los que llevaron ante los apóstoles y, mientras rezaban, les impusieron las manos.

⁷ Y la palabra de Dios creció y aumentó mucho el número de los discípulos en Jerusalén, y una multitud de los sacerdotes se sometía a la fe.

⁸ Y Esteban, lleno de gracia y fuerza, hacía grandes prodigios y señales en el pueblo. ⁹ Se presentaron algunos de los de la sinagoga llamada de los Libertinos, Cireneos, Alejandrinos, y de las de Cilicia y Asia, para disputar con Esteban, ¹⁰ y no podían oponerse a la sabiduría y espíritu con que hablaba. ¹¹ Entonces provocaron a unos hombres para que dijeran: «Hemos oído que este hombre dice cosas blasfemas contra Moisés y Dios». ¹² Agitaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas y se pusieron al frente y lo capturaron y llevaron al sanedrín, ¹³ y aportaron testigos falsos que decían: «Este hombre no cesa de decir cosas contra este lugar santo y la Ley; ¹⁴ pues le hemos oído decir que este Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las costumbres que recibimos de Moisés». ¹⁵ Y fijando los ojos en él todos los sentados en el sanedrín, veían su cara como una cara de ángel.

7 ¹ Y dijo el sumo sacerdote: «¿Es esto así?». ² Y él dijo: «Hermanos y padres, escuchad. El Dios de la gloria se apareció en una visión a nuestro padre Abrahán cuando estaba en Mesopotamia antes de que habitara en Jarán ³ y le dijo: *Sal de tu tierra y tu familia, y ve hacia la tierra que yo te mostraré*^[336]. ⁴ Entonces, saliendo de la tierra de los caldeos habitó en Jarán. Y después de morir su padre se trasladó a esta tierra que vosotros habitáis ahora, ⁵ y no le concedió una herencia en ella ni un paso de pie y le prometió *darle el disfrute de la misma a él y a su descendencia con él*^[337], aunque

no tenía hijos. ⁶ Así le dijo Dios: *Tu descendencia será extranjera en tierra extraña, la esclavizarán y la devastarán durante cuarenta años;*⁷ *y el pueblo al que sirvan lo juzgaré,* dijo Dios, *y después de esto serán liberados*^[338] *y me servirán en este lugar.* ⁸ Y le dio la alianza de la circuncisión; y así engendró a Isaac y lo circuncidió al octavo día, e Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas.

⁹ «Y los patriarcas, celosos de José, lo vendieron a Egipto. Aunque Dios estaba con él ¹⁰ y lo libró de todas sus tribulaciones y le concedió gracia y sabiduría ante el faraón, el rey de Egipto, y lo convirtió en jefe de Egipto y toda su casa. ¹¹ Y vino una hambruna sobre todo Egipto y Canaán y una gran tribulación, y no encontraban alimento nuestros padres. ¹² Y como oyera Jacob que había grano en Egipto, envió a nuestros padres por delante. ¹³ Y finalmente fue reconocido José por sus hermanos y quedó clara para el faraón la raza de José. ¹⁴ Y José hizo llamar a su padre Jacob haciéndole venir con toda familia, setenta y cinco personas. ¹⁵ Y bajó Jacob a Egipto y murió él y nuestros padres, ¹⁶ y los trasladaron a Siquén y los pusieron en el sepulcro que compró Abrahán a precio de plata a los hijos de Emmor en Siquén. ¹⁷ Y según se acercaba el tiempo de la promesa que hizo Dios a Abrahán, aumentó el pueblo y creció en número en Egipto, ¹⁸ hasta que *subió al poder otro rey en Egipto que no conocía a José*^[339]. ¹⁹ Este, que engañó con sofismas a nuestro pueblo, arruinó a nuestros padres al exponer a sus hijos a no vivir.

²⁰» En ese momento nació Moisés, y era hermoso para Dios; este fue criado tres meses en la casa de su padre, ²¹ pero al morir aquel lo recogió la hermana del faraón y lo crió como a un hijo suyo. ²² Y Moisés fue educado en toda la sabiduría de los egipcios, y era poderoso en palabras y hechos. ²³ Y cuando se le cumplieron cuarenta años, subió a su corazón

visitar a sus hermanos los hijos de Israel. ²⁴ Y al ver a uno injuriado lo vengó y castigó al que le atormentaba matando al egipcio. ²⁵ Y creyó que sus hermanos comprenderían que Dios, mediante su mano, les da la salvación; pero ellos no lo entendieron. ²⁶ Y al día siguiente se les apareció en una visión cuando luchaban y los reconcilió diciendo: “Amigos, sed hermanos; ¿por qué os hacéis daño unos a otros?”. ²⁷ Pero el que causaba el daño a su vecino lo echó atrás diciendo: *¿Quién te hizo jefe y juez nuestro?*²⁸ *¿Quieres matarme de la misma manera que ayer mataste al egipcio?*^[340]. ²⁹ Y escapó Moisés por esas palabras y se asentó en la tierra de Madián, donde engendró dos hijos.

³⁰» Y cumplidos cuarenta años se le apareció en una visión en el desierto del monte Sinaí un ángel en el resplandor de una zarza de fuego. ³¹ Y cuando Moisés lo vio, admiró la visión, y como se acercara a verla surgió una voz del Señor: ³²*Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, de Isaac y Jacob*^[341]. Lleno de temblores, Moisés no se atrevía a mirar. ³³ Y le dijo el Señor: *Desata las sandalias de tus zapatos, pues el lugar sobre el que estás es tierra sagrada*^[342]. ³⁴*He visto el daño de mi pueblo en Egipto y he oído su lamento, y he bajado a liberaros; y ahora ven, te envío a Egipto*^[343]. ³⁵ A este Moisés, que negaron diciendo: *¿Quién te hizo jefe y juez?*^[344]. A este lo envió Dios como jefe y redentor con mano de un ángel que se le apareció en visión en la zarza. ³⁶ Este los condujo haciendo prodigios y señales en Egipto y en el mar Rojo, y en el desierto durante cuarenta años. ³⁷ Este es el Moisés que dijo a los hijos de Israel: *Dios suscitará un profeta como yo de entre vuestros hermanos*^[345]. ³⁸ Este es el que se encontraba en reunión en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí y con nuestros padres, el que recibió palabras vivas para dárnoslas, ³⁹ al que no quisieron obedecer nuestros padres, sino que se

apartaron de él y se volvieron en sus corazones hacia Egipto,⁴⁰ diciendo a Aarón: *Haznos dioses que marchen delante nuestro, pues este Moisés que nos condujo fuera de Egipto no sabemos qué ha sido de él*^[346].⁴¹ E hicieron una figura de becerro en aquellos días y realizaron un sacrificio al ídolo y se alegraron con las acciones de sus manos.⁴² Pero Dios se apartó y les permitió servir al ejército del cielo, tal como está escrito en un libro de los profetas: *¿Acaso me presentasteis víctimas ni sacrificios durante los cuarenta años en el desierto, casa de Israel?*⁴³ *Portasteis la tienda de Moloc y la estrella de vuestro dios Refam, las imágenes que hicisteis para arrodillaros ante ellas, y os haré vivir más allá*^[347] de Babilonia.

⁴⁴ «Nuestros padres tenían la tienda del testimonio^[348] en el desierto tal como el que hablaba a Moisés ordenó hacer según el modelo que había visto;⁴⁵ que también portaron nuestros padres cuando la recibieron como herencia con Jesús^[349] en la ocupación de las naciones, que Dios expulsó de delante de nuestros padres hasta los días de David,⁴⁶ que encontró gracia a los ojos de Dios y pidió encontrar una morada para la casa de Jacob.⁴⁷ Y Salomón le construyó un Templo.⁴⁸ Pero el Altísimo no habita lo hecho por mano de hombre, tal como dice el profeta: *El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies; ¿qué tipo de casa me construiréis, dice el Señor, o cuál será lugar de mi descanso?*⁵⁰ *¿No hizo mi mano todo esto?*^[350].⁵¹ Tercos e incircuncisos de corazón y oído, vosotros siempre resistís al Espíritu santo como vuestros padres y vosotros.⁵² ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Incluso mataron a los que anunciaban la venida del Justo, del que ahora vosotros os convertisteis en traidores y asesinos,⁵³ que como tales recibisteis la Ley a través de ángeles y no la observasteis».

⁵⁴ Al oír esto, se irritaban profundamente en sus corazones

y hacían rechinar sus dientes por él. ⁵⁵ Lleno del Espíritu santo, y mirando atentamente hacia el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús situado a la derecha de Dios, ⁵⁶ y dijo: «Mira, veo los cielos iluminados y al Hijo del hombre situado a la derecha de Dios». ⁵⁷ Gritando con grandes voces apretaron sus oídos y se abalanzaron a una contra él ⁵⁸ y, tras sacarlo fuera de las puertas^[351], lo lapidaban. Y los testigos guardaron sus ropas junto a los pies de un joven llamado Saulo. ⁵⁹ Y lapidaban a Esteban, que invocaba y decía: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Puesto de rodillas gritó a grandes voces: «Señor, no les pongas en la balanza este pecado». Y diciendo esto murió.

8 ¹ Saulo estaba conforme con su muerte.

En aquel día tuvo lugar una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén; y todos se diseminaron por las comarcas de Judea y Samaria, excepto los apóstoles. ² Recogieron a Esteban unos hombres piadosos y se lamentaron mucho por él. ³ Saulo injuriaba a la Iglesia entrando en las casas; y arrastrando a hombres y mujeres los entregaba a prisión.

⁴ Y los que se dispersaron fueron por todas partes dando la buena noticia de la palabra. ⁵ Y Felipe, que bajó a la ciudad de Samaria, les predicó al Cristo. ⁶ Y las gentes prestaban atención a lo dicho por Felipe todos a una a la hora de escucharlo y ver las señales que hacía. ⁷ Pues muchos que tenían espíritus impuros, que gritaban a grandes voces, salían, y muchos paralíticos y cojos fueron curados; ⁸ y hubo mucha alegría en aquella ciudad.

⁹ Cierta hombre llamado Simón se encontraba en la ciudad y practicaba la magia y dejaba estupefacto al pueblo de Samaria, pues decía que era alguien grande, ¹⁰ al que todos,

desde el más pequeño al mayor, prestaban atención diciendo: «Este es la fuerza de Dios llamada grande». ¹¹ Y le prestaban atención por el hecho de dejarlos estupefactos desde hacía mucho tiempo. ¹² Pero cuando creyeron en Felipe, que daba la buena noticia del reino de Dios y el nombre de Jesús Cristo, se bautizaban hombres y mujeres. ¹³ Y Simón creyó, y una vez bautizado perseveró en Felipe, y al ver las señales y milagros realizados quedó estupefacto.

¹⁴ Y al escuchar los apóstoles que estaban en Jerusalén que Samaria había aceptado la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y Juan, ¹⁵ que cuando bajaban rezaron por ellos para que recibieran el Espíritu santo; ¹⁶ pues todavía no había descendido sobre ninguno de ellos, y solo estaban bautizados en nombre del Señor Jesús. ¹⁷ Entonces les imponían las manos y aceptaban el Espíritu santo. ¹⁸ Y al ver Simón que gracias a la imposición de manos de los apóstoles se otorgaba el Espíritu, les ofreció dinero ¹⁹ diciendo: «Dadme también a mí este poder para que reciba el Espíritu santo aquel a quien imponga las manos». ²⁰ Pero Pedro le dijo: «Quédese tu dinero contigo para perdición, porque creíste que el don de Dios es adquirido gracias al dinero; ²¹ no tienes parte ni herencia en esta palabra, pues tu corazón no es recto a los ojos de Dios. ²² Así pues, arrepíentete de esta maldad tuya y ruega al Señor que se te vaya este pensamiento de tu corazón, ²³ pues veo que eres dado a la cólera de la ira y estás atado a la injusticia». ²⁴ Y como respuesta dijo Simón: «Rogad vosotros por mí al Señor para que nada de lo que habéis dicho me sobrevenga». ²⁵ Los que atestiguaban públicamente y explicaban la palabra del Señor se volvían a Jerusalén, y dieron la buena noticia a muchas aldeas de Samaria.

²⁶ Un ángel del Señor habló a Filipo diciendo: «Levanta y ponte en camino hacia el sur por la carretera que baja de

Jerusalén a Gaza, esta está desierta». ²⁷ Y se levantó y puso en camino. Y he aquí un etíope eunuco ministro de Candace, reina de los etíopes, el cual estaba al frente de todo el tesoro real, el cual fue a postrarse a Jerusalén, ²⁸ y estaba de vuelta y sentado en su carro y leía al profeta Isaías. ²⁹ Y le dijo el Espíritu a Felipe: «Acércate y sigue a ese carro». ³⁰ Y cuando se acercaba corriendo oyó Felipe que leía a Isaías el profeta y dijo: «¿Comprendes lo que lees?». ³¹ Y él dijo: «¿Pues cómo podría si nadie me ilustra?». E invitó a Felipe a que, subiendo, se sentara con él. ³² Y el pasaje de la Escritura que leía era este: *Fui conducido como oveja al sacrificio, y como un cordero silencioso ante quien lo esquila, de tal manera permanece cerrada mi boca.*³³ *En su humillación fue negada su justicia; ¿quién describirá su linaje? Porque su vida es arrebatada de la tierra*^[352].

³⁴ Como respuesta, dijo el eunuco a Filipo: «Te lo ruego, ¿de quién habla el profeta aquí?». ³⁵ Y tras abrir la boca^[353] y comenzando por esta Escritura, Felipe le dio la buena noticia de Jesús. ³⁶ Y según iban camino abajo, llegaron a un sitio con agua, y dice el eunuco: «Mira, agua, ¿qué te impide bautizarme?». ³⁸ Y ordenó^[354] detener el carro y se metieron ambos en el agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. ³⁹ Y cuando salieron del agua un espíritu del Señor se llevó a Felipe y el eunuco ya no lo vio más, y siguió su camino contento. ⁴⁰ Felipe acabó en Azoto; y mientras marchaba dio la buena noticia a todas las ciudades hasta que llegó a Cesarea^[355].

9 ¹ Saulo, todavía respirando amenazas y odio hacia los discípulos del Señor, dirigiéndose al sumo sacerdote ² requirió de él cartas para las sinagogas de Damasco con el fin de, si encontraba a hombres o mujeres que siguieran esta doctrina, llevarlos encadenados a Jerusalén.

³ Cuando estaba en camino, sucedió que, al acercarse a

Damasco, repentinamente lo rodeó una luz procedente del cielo ⁴ y, cayendo a tierra, escuchó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». ⁵ Y dijo: «¿Quién eres, Señor?». Y él: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues. ⁶ Pero levanta y entra en la ciudad y te será dicho lo que es preciso que hagas». ⁷ Y los hombres que le acompañaban en el viaje se quedaron estupefactos al oír la voz pero no ver a nadie. ⁸ Se levantó Saulo del suelo y, una vez abiertos los ojos, nada vio. Guiándolo con la mano lo llevaron hasta Damasco. ⁹ Y estuvo tres días sin ver, y ni comió ni bebió.

¹⁰ Había cierto discípulo en Damasco de nombre Ananías, y le dijo mediante una visión el Señor: «Ananías». Y él dijo: «Aquí estoy, Señor». ¹¹ Y el Señor a él: «Levántate y encamínate hacia la calle llamada Recta y busca en casa de Judas a un tarsiota llamado Saulo; pues hete aquí que este reza ¹² y ve [en una visión] a un hombre llamado Ananías que se le acerca y le impone las manos para que vuelva a ver». ¹³ Respondió Ananías: «Señor, he oído de muchos a propósito de este hombre cuántos males hizo a tus santos en Jerusalén; ¹⁴ y aquí tiene facultad de parte de los sumos sacerdotes para encadenar a todos los que invoquemos tu nombre». ¹⁵ Le respondió el Señor: «Ve, porque lo tengo por herramienta de predestinación para llevar mi nombre ante los gentiles y los reyes y los hijos de Israel. ¹⁶ Pues yo le mostraré cuanto es preciso que sufra a causa de mi nombre». ¹⁷ Salió Ananías y se dirigió a la casa e, imponiéndole sus manos, dijo: «Hermano Saulo, el Señor me envió, Jesús el que se te presentó en visión en el camino que traías, para que vuelvas a ver y te llenes de Espíritu santo». ¹⁸ Y al momento se le cayeron de los ojos como escamas y volvió a ver y, levantándose, fue bautizado ¹⁹ y tomando alimento cogió fuerzas.

Pasó unos días entre los discípulos de Damasco, ²⁰ y

enseguida predicó en las sinagogas a Jesús, que este es el hijo de Dios. ²¹ Quedaron todos los oyentes fuera de sí y dijeron: «¿No es este el que perseguía en Jerusalén a los que invocaban este nombre y aquí vino para eso, para llevarlos encadenados ante los sumos sacerdotes?». ²² Pero Saulo cogía más y más fuerzas y confundía a los judíos residentes en Damasco al reconocer que este es el Cristo.

²³ Cuando hubieron pasado muchos días, los judíos se confabularon para matarlo; ²⁴ pero su decisión fue conocida por Saulo. Vigilaban incluso las puertas día y noche para matarlo. ²⁵ Sus discípulos, cogiéndolo por la noche, lo bajaron por la muralla soltándolo en una canasta.

²⁶ Presentándose en Jerusalén intentó unirse a los discípulos, y todos le temieron al no creer que fuera un discípulo. ²⁷ Tomándolo Bernabé, lo llevó a los apóstoles y les describió detalladamente cómo vio en el camino al Señor, que le habló, y cómo en Damasco habló con toda libertad en nombre de Jesús. ²⁸ Y con ellos entró y salió de Jerusalén, hablando libremente en nombre del Señor, ²⁹ y habló y disputó con los helenistas^[356], pero ellos pretendían matarlo. ³⁰ Al saberlo los hermanos, lo trasladaron a Cesarea y lo enviaron a Tarso.

³¹ Por entonces, la Iglesia de toda Judea y Galilea y Samaria tenía paz, edificada y en marcha con el temor del Señor, y se llenaba del consuelo del Espíritu santo.

³² Y sucedió que Pedro, que recorría todos los lugares, se bajó también hasta los santos que residen en Lida. ³³ Y encontró allí a un hombre llamado Eneas, tumbado en una cama desde hacía ocho años que era paralítico. ³⁴ Y le dijo Pedro: «Eneas, Jesús Cristo te cura; levántate y haz la cama». Y al instante se levantó. ³⁵ Y todos los que residen en Lida y

Sarón lo vieron, los cuales^[357] se volvieron al Señor.

³⁶ En Joppe había una discípula llamada Tabita, que se traduce Gacela; ella estaba llena de las buenas obras y limosnas que hacía. ³⁷ Y sucedió en aquellos días que enfermó hasta morir; y tras lavarla la dejaron en la habitación de arriba. ³⁸ Y como Lida estuviera cerca de Joppe, los discípulos, al oír que Pedro está en allí, le enviaron dos hombres para rogarle: «No tardes en llegarte hasta nosotros». ³⁹ Y Pedro, levantándose, los acompañó; en cuanto llegó lo condujeron a la habitación de arriba y se le presentaron todas las viudas llorando y enseñándole túnicas y mantos que Gacela hacía cuando estaba con ellas. ⁴⁰ Y tras echar a todos fuera y ponerse de rodillas se ponía a rezar y volviéndose al cuerpo dijo: «Tabita, levántate». Y ella abrió sus ojos, y tras ver a Pedro se sentó. ⁴¹ Y dándole él la mano la levantó; y tras llamar a los santos y las viudas se la presentó viva. ⁴² Y llegó a ser conocido en toda Joppe y creyeron muchos en el Señor. ⁴³ Y sucedió que se quedó en Joppe muchos días en casa de cierto Simón, curtidor de pieles.

10 ¹ Un hombre de Cesarea llamado Cornelio, centurión de la legión llamada Itálica, ² piadoso y temeroso de Dios junto con toda su casa, que daba muchas limosnas al pueblo y rogaba a Dios continuamente^[358], ³ vio claramente en una visión como a la hora nona del día a un ángel de Dios que llegaba hasta él y le decía: «Cornelio». ⁴ Y fijando los ojos en él y lleno de miedo dijo: «¿Qué pasa, Señor?». Y le dijo: «Tus oraciones y limosnas subieron a la memoria de Dios^[359]. ⁵ Y ahora envía a dos hombres a Joppe y haz venir a cierto Simón que es conocido como Pedro; ⁶ este se aloja en casa de Simón el curtidor, cuya casa está junto al mar». ⁷ Cuando el ángel que le hablaba se marchó, tras llamar a dos sirvientes y a un soldado piadoso de los que estaban

bajo su mando ⁸ y explicarles todo, los envió a Joppe.⁹ Al día siguiente, mientras ellos estaban en camino y se acercaban a la ciudad, subió Pedro a la casa a rezar hacia la hora sexta.¹⁰ Y sucedió que acabó muy hambriento y quiso comer.

Y cuando se lo preparaban le sobrevino un éxtasis,¹¹ y ve el cielo iluminado y algo así como un paño grande que, suspendido de los cuatro extremos, bajaba sobre la tierra,¹² en el cual estaban todos los cuadrúpedos y reptiles de la tierra y las aves del cielo.¹³ Y surgió una voz hacia él: «Levántate, Pedro, sacrifica y come». ¹⁴ Y Pedro dijo: «De ninguna manera, Señor, porque jamás comí nada inmundo e impuro». ¹⁵ Y una voz de nuevo por segunda vez: «Lo que Dios purificó deja de profanarlo tú». ¹⁶ Y esto sucedió tres veces, y al instante aquella cosa fue subida al cielo. ¹⁷ Y cuando se preguntaba Pedro qué sería la visión que tuvo, he aquí que los enviados por Cornelio, tras preguntar por la casa de Simón, se detuvieron ante la puerta,¹⁸ y dirigiéndose a él le preguntaron si Simón el llamado Pedro se aloja allí. ¹⁹ Y como Pedro recapacitara sobre la visión, le dijo el Espíritu: «Mira, tres hombres que te buscan,²⁰ pero levanta, baja y ve con ellos sin dudar nada, porque yo los he enviado». ²¹ Y tras bajar, Pedro les dijo: «Mirad, yo soy el que buscáis; ¿cuál es el motivo de que estéis aquí?». ²² Y ellos dijeron: «Cornelio, un centurión, hombre justo y temeroso de Dios, reconocido por toda la nación de los judíos, recibió de un ángel santo una revelación para venir a llevarte a su casa y escucharte». ²³ Así pues, tras invitarlos a entrar los alojó. Al día siguiente se levantó y se fue con ellos, y algunos de los hermanos de Joppe lo acompañaron. ²⁴ Y al día siguiente entró en Cesarea. Cornelio estaba esperándolos después de llamar a sus parientes y amigos más cercanos. ²⁵ Y cuando sucedió que Pedro entró, al encontrarse con él Cornelio cayó a sus pies de rodillas. ²⁶ Pero

Pedro lo levantó diciendo: «Levanta, también yo soy un hombre». ²⁷ Y conversando con él entró y se encuentra con que habían venido muchos, ²⁸ y les dijo: «Vosotros creíais que para un judío es contrario a la Ley juntarse o visitar a uno de otra raza; aunque a mí Dios me enseñó a no llamar inmundo o impuro a ningún hombre; ²⁹ por eso, también he venido aquí sin protestar cuando he sido llamado. Así pues, pregunto por qué razón me llamasteis». ³⁰ Y Cornelio dijo: «Cuatro días atrás, a esta misma hora, estaba yo rezando la nona en mi casa y he aquí que un hombre se planta delante de mí con una vestidura resplandeciente, ³¹ y dice: “Cornelio, tu plegaria fue escuchada y tus limosnas tenidas en cuenta a los ojos de Dios. ³² Así pues, manda a buscar en Joppe a Simón, el llamado Pedro, este se aloja en casa de Simón el curtidor junto al mar”». ³³ Inmediatamente, pues, envié por ti, y tú hiciste bien al presentarte. En consecuencia, todos nosotros estamos ahora frente a Dios para escuchar todo lo que te fue ordenado por el Señor».

³⁴ Y abrió Pedro la boca^[360] y dijo: «Verdaderamente^[361] comprendo que Dios no es parcial, ³⁵ sino que en cualquier nación quien le teme y practica la justicia le es grato. ³⁶ La palabra que envió a los hijos de Israel al anunciar como buena noticia la paz por medio de Jesús Cristo, este es el Señor de todos; ³⁷ vosotros conocéis lo sucedido por toda Judea, comenzando por Galilea con el bautismo que predicó Juan; ³⁸ a Jesús de Nazaret, cómo lo ungió Dios con Espíritu santo y poder, que recorrió haciendo el bien y curando a todos los tiranizados por el diablo, porque Dios estaba con él. ³⁹ Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A este lo mataron colgándolo de un madero; ⁴⁰ a este Dios lo resucitó al tercer día y le concedió que se hiciera manifiesto, ⁴¹ no a todo el pueblo, sino a los

testigos elegidos de antemano por Dios, a nosotros, que, como tales, comimos y bebimos con él después de resucitar de los muertos; ⁴² y nos ordenó predicar al pueblo y dar testimonio de que él es el designado por Dios como juez de vivos y muertos. ⁴³ De él dan fe los profetas que todo el que crea en él recibirá el perdón de sus pecados gracias a su nombre».

⁴⁴ Mientras aún pronunciaba Pedro estas palabras, sobrevino el Espíritu santo a todos los que escuchaban el discurso. ⁴⁵ Y quedaron estupefactos los creyentes que provenían de la circuncisión que habían acompañado a Pedro, porque también sobre las naciones se ha derramado el regalo del Espíritu santo, ⁴⁶ pues oyeron que hablaban en lenguas y alababan a Dios. Entonces respondió Pedro: ⁴⁷ «¿Quién puede impedir ya que sean bautizados estos que recibieron el Espíritu santo tal como nosotros? ⁴⁸ Y mandó que fueran bautizados mediante el nombre de Jesús Cristo. Entonces le pidieron quedarse algunos días.

11 ¹ Oyeron los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea que las naciones recibieron la palabra de Dios. ² Pero cuando Pedro subió a Jerusalén, los de la circuncisión lo criticaban ³ diciendo: «Fuiste a casa de hombres con prepucio^[362] y comiste con ellos». ⁴ Y comenzó Pedro a explicarles con orden diciendo: ⁵ «Yo estaba en la ciudad de Joppe rezando y vi en éxtasis una visión, que algo así como un paño grande bajaba del cielo suspendido de los cuatro extremos y vino hasta mí. ⁶ Al mirarlo, aprecié y vi todos los cuadrúpedos de la tierra, y las fieras y reptiles y las aves del cielo. ⁷ Y escuché una voz que me decía: “Levántate, Pedro, sacrifica y come”. ⁸ Pero dije: “De ninguna manera, Señor, porque nada inmundo e impuro entró jamás en mi boca”. ⁹ Y respondió la voz de nuevo por segunda vez: “Lo

que Dios purificó, deja de profanarlo tú”. ¹⁰ Y esto sucedió tres veces, y retrocedió de nuevo hacia el cielo. ¹¹ Y mirad, de repente tres hombres se presentaron en la casa donde yo estaba enviados a mí desde Cesarea. ¹² Y me dijo el Espíritu que los acompañara sin dudar. También fueron conmigo estos seis hermanos y entramos a la casa del hombre. ¹³ Nos contó cómo vio al ángel aparecer en su casa y decirle: “Envía a buscar en Joppe y traerlo a Simón, el llamado Pedro, ¹⁴ que te dirá cosas mediante las cuales te salvarás tú y toda tu casa”. ¹⁵ Y mientras comenzaba yo a hablar sobrevino a todos el Espíritu santo exactamente como a nosotros al principio. ¹⁶ Y recordé la palabra del Señor cuando decía: *Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados mediante un Espíritu santo.* ¹⁷ Así pues, si Dios les concedió el mismo don que a nosotros por creer en el Señor, Jesús Cristo, yo, ¿quién soy para poder estorbar a Dios?». ¹⁸ Y al oír esto se callaron y glorificaron a Dios diciendo: «Entonces también a las naciones ha concedido Dios el arrepentimiento para la vida».

¹⁹ Los que se habían dispersado después del problema surgido a propósito de Esteban, se habían dirigido a Fenicia, Chipre y Antioquía, sin explicar la palabra salvo a judíos. ²⁰ Pero había entre ellos algunos chipriotas y Cireneos que, cuando fueron a Antioquía, también se dirigieron a griegos para darles la buena noticia de Jesús el Señor. ²¹ Y estaba la mano del Señor con ellos, y un gran número que creía se volvió hacia el Señor. ²² Llegó la cuestión a oídos de la iglesia de Jerusalén y enviaron a Bernabé a Antioquía. ²³ Cuando él llegó y vio la gracia de Dios, se alegró y exhortaba a todos a perseverar en el Señor con voluntad de corazón, ²⁴ porque era un hombre bueno y lleno de Espíritu santo y fe. Y se unió mucha gente al Señor. ²⁵ Y salió para Tarso a buscar a Saulo, ²⁶ y tras encontrarlo lo llevó a Antioquía. Y les sucedió que

durante un año completo se unieron a esa iglesia y enseñaron, y que, en Antioquía por primera vez, los discípulos fueron llamados cristianos.

²⁷ En aquellos días bajaron de Jerusalén unos profetas hasta Antioquía. ²⁸ Uno de ellos, llamado Ágabo, indicó que una gran hambruna iba a presentarse en todo el mundo, la que acaeció en época de Claudio^[363]. ²⁹ Y de los discípulos, según cada uno tuviera de más, determinaron que cada uno enviaría para socorro a los hermanos que vivían en Judea; ³⁰ lo cual hicieron enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y Saulo.

12 ¹ En aquellas circunstancias, el rey Herodes puso manos a la obra a hacer daño a algunos de la iglesia. ² Y mató a Santiago^[364] el hermano de Juan a espada. ³ Y como viera que esto era grato a los judíos, añadió apresar a Pedro — eran los días de los Ácimos—, ⁴ al que también, una vez prendido, puso en la cárcel entregándolo a cuatro grupos de cuatro soldados para vigilarlo, deseando entregarlo después de la Pascua al pueblo. ⁵ Así pues, Pedro fue custodiado en la cárcel, pero la iglesia rezaba una oración fervorosamente por él a Dios.

⁶ Y cuando Herodes iba a entregarlo, durante aquella noche estaba Pedro dormido entre dos soldados sujetado por dos cadenas y unos carceleros hacían guardia delante de la puerta. ⁷ Y he aquí que un ángel del Señor se presentó y una luz brilló en la celda; y tras dar unos golpes en el pecho de Pedro, lo levantó diciendo: «Levanta rápido». Y se le cayeron las cadenas de las manos. ⁸ Y le dijo el ángel: «Aviáte y átate las sandalias». Y eso hizo. Y le dice: «Échate el manto y sígueme». ⁹ Y salió y lo siguió y no supo que lo ocurrido gracias al ángel era verdad; por el contrario, le parecía contemplar una visión. ¹⁰ Después de atravesar la primera vigilancia y la segunda

llegaron a la puerta de hierro que lleva a la ciudad, la cual se abrió por sí misma para ellos y, una vez fuera, alcanzaron una calle, y al instante el ángel se marchó de allí.¹¹ Y cuando se quedó consigo mismo, dijo Pedro: «Ahora sé realmente que el Señor envió a su ángel y me quitó de la mano de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los judíos». ¹² Y, comprendiendo, se dirigió a casa de María, la madre de Juan, el llamado Marcos, donde muchos estaban reunidos y rezando. ¹³ Y como llamara a la puerta se acercó una niña llamada Rode a escuchar, ¹⁴ y cuando reconoció la voz de Pedro no abrió de alegría, sino que fue corriendo a anunciar que Pedro estaba ante la puerta. ¹⁵ Y ellos le dijeron: «Estás loca». Pero ella insistió en que así era. Ellos dijeron: «Es su ángel». ¹⁶ Y Pedro seguía llamando; y cuando abrieron lo vieron y quedaron asombrados. ¹⁷ Haciendo señas para que se callaran les contó cómo el Señor lo sacó de la cárcel y dijo: «Comunicádselo a Jacob y los hermanos». Y salió y se dirigió a otro lugar.

¹⁸ Al llegar el día había no poca agitación entre los soldados por qué había sido de Pedro. ¹⁹ Herodes, que inició la búsqueda y no lo encontraba, tras juzgar a los guardias ordenó matarlos, y bajando de Judea a Cesarea se quedó allí.

²⁰ Estaba irritado con tirios y sidonios; y se presentaron a la vez ante él y, tras convencer a Blasto, el guardia del dormitorio del rey, le pidieron la paz porque la comarca de estos se alimentaba de la del rey. ²¹ Y el día señalado, Herodes, que vestía un vestido real y se sentó en el trono, les hablaba, ²² pero el pueblo dijo: «Voz de Dios, no de hombre». ²³ E inmediatamente un ángel del Señor lo golpeó porque no dio gloria a Dios y expiró comido de gusanos.

²⁴ Y la palabra de Dios creció y se multiplicó. ²⁵ Bernabé y Saulo volvieron a Jerusalén para cubrir la necesidad, llevando

consigo a Juan, el llamado Marcos.

13 ¹ Había en Antioquía en la iglesia allí existente profetas y maestros: Bernabé, Simeón el llamado Negro y Lucio el cireneo, Manahén, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo. ² Y como sirvieran al Señor y ayunaran, dijo el Espíritu santo: «Elegidme ya a Bernabé y Saulo para la obra para la que los tengo convocados». ³ Entonces, tras ayunar y rezar e imponiéndoles las manos, los despidieron.

⁴ Así pues, ellos, enviados por el Espíritu santo, bajaron a Seleucia y de allí embarcaron hasta Chipre, ⁵ y llegados a Salamina proclamaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos, y tenían a Juan como asistente. ⁶ Y después de atravesar toda la isla hasta Pafos encontraron a un mago y falso profeta judío cuyo nombre era Barjesús ⁷ que estaba con el procónsul Sergio Pablo, hombre inteligente. Este, llamando a Bernabé y Saulo, trató de escuchar la palabra de Dios. ⁸ Se oponía a ellos Elimas el mago, pues así se traduce su nombre, procurando apartar al procónsul de la fe. ⁹ Pero Saulo, el también Pablo, lleno de Espíritu santo, mirándolo fijamente, ¹⁰ dijo: «¡Ay, lleno de engaño y toda astucia, hijo del diablo, que aborreces toda justicia! ¿No dejarás de torcer los derechos caminos del Señor? ¹¹ Y mira ahora la mano del Señor sobre ti y queda ciego para no ver el sol hasta un cierto momento». E inmediatamente cayó sobre él tiniebla y oscuridad y dando vueltas buscaba quien lo guiase con la mano. ¹² Entonces, cuando el procónsul vio lo ocurrido, creyó, admirado de la enseñanza del Señor.

¹³ Y retirándose de Pafos los del círculo de Pablo llegaron a Perge de Panfilia, pero Juan, que se separó de ellos, se volvió a Jerusalén. ¹⁴ Y ellos, cruzando desde Perge, alcanzaron Antioquía de Pisidia, y entrando el sábado a la sinagoga se

sentaron. ¹⁵ Y después de la lectura de la Ley y los Profetas, los directores de la sinagoga mandaron decirles: «Hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación^[365] para el pueblo, decidla».

¹⁶ Y se levantó Pablo e hizo una señal con la mano y dijo: «Israelitas y temerosos de Dios, escuchadme: ¹⁷ El Dios de este pueblo de Israel eligió a nuestros padres y ensalzó al pueblo durante su estancia en Egipto y con el brazo extendido los sacó de allí, ¹⁸ y aguantó su carácter durante unos cuarenta años en el desierto, ¹⁹ y tras aniquilar siete naciones en la tierra de Canaán les dio por herencia su tierra ²⁰ durante unos cuatrocientos cincuenta años. Y después de eso les concedió jueces hasta Samuel el profeta. ²¹ Y desde entonces pedían un rey, y les dio Dios a Saúl, hijo de Cis, hombre de la tribu de Benjamín, durante cuarenta años, ²² y después de rechazarlo los elevó a David al título de rey, al que incluso dijo para dar testimonio: “Encontré a David, hijo de Jesé, un hombre según mi corazón, que cumplirá todos mis designios”. ²³ Dios, a partir de la descendencia de este, según su promesa, ha suscitado a Jesús como salvador para Israel, ²⁴ mientras Juan anunciaba primero a la vista de su llegada un bautismo de arrepentimiento para todo el pueblo de Israel. ²⁵ Y, cuando Juan terminaba su carrera, decía: “¿Por qué suponéis que soy yo? No soy yo; pero mirad, detrás de mí viene uno cuyas sandalias no soy yo digno de desatar”. ²⁶ Hermanos, hijos del linaje de Abrahán y los que teméis a Dios, se nos envió la palabra de esta salvación. ²⁷ Y los que habitan Jerusalén y sus jefes, que no lo reconocieron, cumplieron las voces de los profetas leídas cada sábado al juzgarlo, ²⁸ y al no encontrar ninguna causa de muerte pidieron a Pilato que lo matara. ²⁹ Y así se cumplió todo lo escrito sobre él, después de bajarlo del madero lo pusieron en un sepulcro. ³⁰ Pero Dios lo resucitó de

entre los muertos,³¹ el cual fue visto durante muchos días por los que subieron con él desde Galilea a Jerusalén, los cuales son ahora testigos suyos ante el pueblo.³² Y nosotros os damos la buena noticia de que la promesa dada a los padres ya está cumplida,³³ porque Dios nos la ha cumplido a nosotros sus hijos al resucitar a Jesús tal como está escrito en el salmo segundo: *Tú eres mi hijo, Yo te he engendrado hoy*^[366].³⁴ Que resucitó de entre los muertos al que ya no va a volver a la corrupción, así está dicho: *Os concederé las cosas santas de David, las auténticas*^[367].³⁵ Porque también se dice en otro lugar: *No permitirás que tu santo conozca la corrupción*^[368].³⁶ Pues David, en realidad, que sirvió durante su vida la voluntad de Dios, murió y se unió a sus padres y conoció la corrupción;³⁷ pero este al que Dios resucitó, no conoció la corrupción.³⁸ Así pues, hermanos, debéis saber que gracias a él se os anuncia el perdón de los pecados, y de todo lo que no podíais ser justificados mediante la Ley de Moisés,³⁹ todo el que crea en él será justificado.⁴⁰ En consecuencia, cuidado que no se cumpla lo dicho en los profetas: *41 Mirad, los que despreciáis, y admiraos y callaos, porque realizaré en vuestros días una obra, una obra que de ninguna manera creeréis si alguien os la detalla*»^[369].

⁴² Y una vez salieron, les pedían que les explicaran estas palabras el sábado siguiente.⁴³ Disuelta la reunión, muchos judíos y prosélitos temerosos siguieron a Pablo y Bernabé, quienes, dirigiéndose a ellos, les sugerían perseverar en la gracia de Dios.⁴⁴ Al sábado siguiente casi toda la ciudad se reunió para escuchar la palabra de Dios.⁴⁵ Pero cuando los judíos vieron la multitud se llenaron de envidia y replicaban lo dicho por Pablo infamando.⁴⁶ Y hablando con toda libertad, Pablo y Bernabé dijeron: «Era necesario que la palabra de Dios os fuera explicada primero; después que la

despreciáis y no os juzgáis dignos de la vida eterna, mirad, nos volvemos a las naciones.⁴⁷ Pues así nos lo tiene ordenado el Señor: *Te he colocado para luz de las naciones, para que seas su salvación hasta el final de la tierra*^[370]».

⁴⁸ Y cuando lo oyeron, los gentiles se alegraron y glorificaron al Señor, y creyeron cuantos estaban determinados a la vida eterna;⁴⁹ y se extendía la palabra de Dios por toda la comarca.⁵⁰ Pero los judíos excitaban a las mujeres temerosas decentes y a los principales de la ciudad y provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé y los echaron de su región.⁵¹ Ellos, tras sacudirse el polvo de los pies sobre ellos, llegaron a Iconio,⁵² y los discípulos se llenaron de alegría y Espíritu santo.

14¹ Y en Iconio sucedió que, de la misma manera, entraron en la sinagoga de los judíos y hablaron de tal forma que una gran multitud de judíos y griegos creyó.² Pero los judíos incrédulos reunieron y enquistaron las conciencias de los gentiles contra los hermanos.³ En todo caso, se quedaron durante mucho tiempo hablando con toda libertad sobre el Señor, por dar él testimonio sobre la palabra de la gracia de Dios, por conceder que tuvieran lugar señales y prodigios mediante ellos.⁴ Pero quedó dividida la gente de la ciudad, y unos estaban con los judíos, otros con los apóstoles.⁵ Y cuando tuvo lugar un intento por parte de los gentiles y los judíos, junto con los dirigentes de la ciudad, de ultrajarlos y apedrearlos,⁶ tras averiguarlo, huyeron a las ciudades de Licaonia Listra y Derbe y su comarca,⁷ y allí se quedaron comunicando la buena noticia.

⁸ Y un listrio se sentaba, incapacitado, sobre sus pies, cojo desde el vientre de su madre, que jamás había caminado.⁹ Él oyó a Pablo hablar, el cual lo miró fijamente y al ver que tiene^[371] fe para salvarse,¹⁰ le dijo a grandes voces: «Levántate

sobre los pies bien derecho». Y dio un salto y se pone a andar.
¹¹ Y las gentes, al ver lo que Pablo había hecho, levantaron sus voces diciendo en dialecto licaonio: «Los dioses a los hombres han bajado a nosotros en forma de hombre», ¹² y llamaban a Bernabé Zeus y a Pablo, Hermes, porque él era quien explicaba la palabra. ¹³ Y el sacerdote del Zeus que está delante de la ciudad, portando toros y coronas a las puertas quería, junto con las multitudes, hacer sacrificios^[372]. ¹⁴ Cuando los apóstoles Pablo y Bernabé lo oyeron, rasgando sus mantos, salieron hacia la multitud gritando ¹⁵ y diciendo: «¡Pero hombre! ¿Por qué hacéis eso? También nosotros somos de la misma naturaleza que vosotros, hombres que os damos la buena noticia de que os apartéis de todo lo vano y os volváis al Dios vivo, *que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos*^[373]; ¹⁶ que en las generaciones pasadas permitió que las naciones recorrieran sus propios caminos; ¹⁷ sin embargo, benéfico él, no se dejó a sí mismo sin testimonio, dándoos las lluvias y las estaciones ubérrimas, llenando de vida y alegría vuestros corazones». ¹⁸ Y diciendo tales cosas a duras penas frenaron a las multitudes para que no hicieran sacrificios para ellos.

¹⁹ Vinieron judíos de Antioquía e Iconio y, tras convencer a las multitudes y apedrear a Pablo, lo arrastraron fuera de la ciudad considerando que estaba muerto. ²⁰ Pero cuando lo rodeaban los discípulos, se puso en pie y entró en la ciudad. Y de mañana salió junto con Bernabé hacia Derbe. ²¹ Después de anunciar la buena noticia a aquella ciudad y hacer muchos discípulos, se volvieron hacia Listra, Iconio y Antioquía ²² para fortalecer las almas de los discípulos, animándolos a perseverar en la fe y que es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios. ²³ Una vez que nombraron a los ancianos^[374] en cada iglesia, y tras rezar y

ayunar, los encomendaron al Señor, en quien ya creían. ²⁴ Y cruzando Pisidia llegaron a Panfilia, ²⁵ y tras explicar la palabra en Perge bajaron a Atalia, ²⁶ y desde allí se embarcaron hacia Antioquía, de donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la misión que habían cumplido. ²⁷ Estado ya allí, y tras reunir la asamblea, detallaron cuanto Dios había realizado por ellos y que abrió a los gentiles la puerta de la fe. ²⁸ Y pasaron no poco tiempo con los discípulos.

15 ¹ Algunos que bajaron de Judea enseñaban a los hermanos: «Si no os circuncidáis al modo de Moisés, no podéis salvaros». ² Y como se produjera una división y disputa no pequeña por parte de Pablo y Bernabé contra estos, decretaron que Pablo y Bernabé y algunos de ellos subieran a presencia de los apóstoles y ancianos a Jerusalén a propósito de esta disputa. ³ Los enviados por la asamblea atravesaban Fenicia y Samaria refiriendo la conversión de las naciones y alegraban mucho a todos los hermanos. ⁴ Llegados a Jerusalén fueron recibidos por la asamblea, los apóstoles y los ancianos, y anunciaron cuanto Dios hizo entre ellos. ⁵ Se levantaron algunos de la facción de los fariseos que habían creído para decir que era preciso que se circuncidaran y exigieran observar la ley de Moisés.

⁶ Los apóstoles y ancianos se reunieron para deliberar sobre este tema. ⁷ Como se suscitara mucha disputa, se levantó Pedro y les dijo: «Hermanos, vosotros tenéis conocimiento de que desde hace mucho tiempo entre vosotros (me) eligió Dios para que, por medio de mi boca, escucharan las naciones la palabra de la buena noticia y creyeran. ⁸ Y Dios, que conoce los corazones, os lo atestiguó otorgándoles el Espíritu santo, como a nosotros, ⁹ y en nada distinguió entre nosotros y ellos cuando purificó sus corazones con la fe. ¹⁰ Así pues, ¿por qué

ahora tentáis a Dios imponiendo un yugo sobre los cuellos de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar? ¹¹ Al contrario, confiamos en salvarnos mediante la gracia de Jesús el Señor, de la misma manera que aquellos». ¹² Se calló toda la multitud y atendieron a Bernabé y Pablo, que expusieron cuantos signos y prodigios realizó Dios entre las naciones gracias a ellos. ¹³ Después de que estos se callaron, respondió Jacob diciendo: «Hermanos, escuchadme. ¹⁴ Simeón^[375] os ha expuesto cómo primero Dios consideró tomar de entre las naciones un pueblo para su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los profetas según está escrito: ¹⁶ Después de esto volveré y reconstruiré la tienda caída de David^[376], *y sus ruinas las construiré y volveré a levantarla,*¹⁷ *para que el resto de los hombres busque al Señor y todas las naciones a las cuales sea proclamado mi nombre*^[377], *dice el Señor, que hace que esto sea*¹⁸ *conocido desde antiguo*^[378].

¹⁹ «Por eso juzgo yo que no hay que molestar a quienes, de entre las naciones, se vuelven hacia Dios, ²⁰ al contrario, hay que escribirles que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, la fornicación, lo ahogado y la sangre. ²¹ Pues Moisés desde las generaciones antiguas tiene en cada ciudad a quienes le prediquen en las sinagogas todos los sábados cuando es leído».

²² Entonces pareció a los apóstoles y a los ancianos junto con toda la asamblea enviar a Antioquía a unos escogidos de entre ellos mismos junto con Pablo y Bernabé, Judas el llamado Barsabás, y Silas, hombres importantes entre los hermanos, ²³ para escribirles por mano de estos:

«Los apóstoles y hermanos ancianos a los de Antioquía, Siria y Cilicia, procedentes de las naciones, saludos. ²⁴ Una vez que hemos escuchado que algunos de entre nosotros os confundieron con sus palabras trastornando vuestras

conciencias, para lo que no les dimos instrucciones, ²⁵ nos pareció, tras alcanzar un mismo parecer y elegir a unos hombres, enviároslos con nuestros amados Bernabé y Pablo, ²⁶ hombres que se han expuesto por causa del nombre de Jesús Cristo nuestro Señor. ²⁷ Hemos enviado entonces a Judas y Silas y a estos para que, de palabra, os anuncien lo siguiente: ²⁸ pues pareció al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros como obligatoria ninguna otra carga más que estas: ²⁹ alejaros de la comida de los ídolos y de la carne, lo ahogado y la fornicación, porque, al guardaros de estas cosas haréis bien. Salud».

³⁰ Los enviados bajaron a Antioquía y, reuniendo a la multitud, entregaron la carta. ³¹ Al leerla se alegraron con la exhortación. ³² Judas y Silas, que también eran profetas, de palabra exhortaron sobremanera a los hermanos y los fortalecieron, ³³ y tras pasar algún tiempo fueron enviados en paz por los hermanos a quienes les habían enviado^[379]. ³⁵ Pablo y Bernabé pasaron el tiempo en Antioquía enseñando y transmitiendo con muchos compañeros la buena noticia de la palabra del Señor.

³⁶ Después de algunos días dijo Pablo a Bernabé: «Volvamos y observemos cómo están los hermanos en cada ciudad en la que hemos anunciado la buena noticia de la palabra de Dios». ³⁷ Y Bernabé quería llevar consigo también a Juan el llamado Marcos; ³⁸ pero Pablo consideraba no llevar consigo al que se había separado de ellos desde Panfilia y no les había acompañado a la misión. ³⁹ Y se produjo una exasperación tal que se separaron uno de otro, y Bernabé, tomando consigo a Marcos, embarcó para Chipre, ⁴⁰ mientras Pablo eligiendo a Silas partió comisionado por los hermanos para la gracia del Señor. ⁴¹ Y atravesaba Siria y Cilicia fortaleciendo las iglesias.

16 ¹ Y llegó también a Derbe y Listra. Y allí había un discípulo de nombre Timoteo, hijo de una creyente judía pero de padre griego, ² del cual daban buen testimonio los hermanos de Listra e Iconio. ³ Este quiso Pablo que lo acompañara, y lo tomó y lo circuncidó debido a los judíos que se encontraban en aquellos lugares; pues todos sabían que su padre era griego. ⁴ Y cuando recorrían las ciudades, les encomendaban guardar las recomendaciones decididas por los apóstoles y ancianos de Jerusalén. ⁵ Ciertamente las iglesias se confirmaban en la fe y crecían en número día a día.

⁶ Y atravesaron Frigia y Galacia por impedirles el Espíritu santo explicar la palabra en Asia; ⁷ tras bajar por Misia, intentaban dirigirse a Bitinia, y no se lo permitió el espíritu de Jesús; ⁸ y dejando atrás Misia bajaron a la Tróade. ⁹ Y se le presentó a Pablo durante una noche una visión, un macedonio estaba en pie y rogándole y diciendo: «Cruza a Macedonia para ayudarnos». ¹⁰ Y cuando contempló la visión, al instante quisimos ir a Macedonia intuyendo que Dios nos hacía venir para proclamarles la buena noticia.

¹¹ Fuimos derechos por mar desde Tróade a Samotracia, y al día siguiente a Neápolis, ¹² y desde allí a Filipos, que es la primera ciudad de esta parte de Macedonia, una colonia. Y nos detuvimos en esta ciudad algunos días. ¹³ Y el sábado salimos de las puertas de la ciudad junto a un río donde creíamos que había un lugar de oración^[380] y, tras sentarnos, hablamos con las mujeres allí reunidas. ¹⁴ Y una mujer de nombre Lidia, que comerciaba con telas de púrpura, de la ciudad de Tiatira, temerosa de Dios, escuchaba, cuyo^[381] corazón abrió el Señor para prestar atención a lo dicho por Pablo. ¹⁵ Cuando ella y los de su casa se bautizaron, rogó diciendo: «Si habéis juzgado que creo en el Señor, entrad a mi casa y quedaos»; y nos obligó.

¹⁶ Y sucedió que mientras nos dirigíamos al lugar de oración, una niña con un espíritu adivinador salió a nuestro encuentro, la cual proporcionaba muchos beneficios a sus dueños cuando profetizaba. ¹⁷ Ella, que nos seguía a Pablo y a nosotros, gritó diciendo: «Estos son los siervos del Dios Altísimo, los que os anuncian el camino de la salvación». ¹⁸ Y hacía esto muchos días. Pero Pablo, cansado, volviéndose dijo al Espíritu: «Te ordeno en nombre de Jesús Cristo salir de ella»; y en ese instante salió. ¹⁹ Y al ver sus señores que su esperanza de beneficio se iba, tomando a Pablo y Silas los arrastraron al ágora, a presencia de los magistrados, ²⁰ y presentándolos a los pretores dijeron: «Estos hombres agitan nuestra ciudad, siendo judíos, ²¹ y proclaman costumbres que no nos es lícito aceptar ni practicar siendo romanos». ²² Y se congregó una multitud contra ellos, y los pretores, tras desgarrarles las ropas, ordenaban azotarlos, ²³ y tras darles muchos azotes, los echaron a la cárcel ordenando al carcelero los vigilara con precaución. ²⁴ Este, aceptando tal orden, los llevó a la celda interior y aseguró sus pies a un madero.

²⁵ Hacia la medianoche, Pablo y Silas en sus rezos entonaban un himno a Dios, y los presos escuchaban. ²⁶ Y repentinamente hubo tan gran terremoto que fueron sacudidos los cimientos de la cárcel; e inmediatamente se abrieron todas las puertas y se soltaron las cadenas de todos. ²⁷ Se despertó el carcelero y, al ver las puertas de las cárcel abiertas, blandiendo la espada iba a darse muerte creyendo que los prisioneros habían huido. ²⁸ Pero lo llamó con grandes voces Pablo, diciendo: «No te hagas ningún daño, pues todos estamos aquí». ²⁹ Tras pedir una luz, entró y, una vez dentro, cayó ante Pablo y Silas, ³⁰ y llevándolos fuera dijo: «Señores, ¿qué he de hacer para salvarme?». ³¹ Y ellos dijeron: «Cree en Jesús el Señor y te salvarás tú y tu casa». ³² Y le explicaron la

palabra del Señor junto a todos los que estaban en su casa.³³ Y tomándolos en aquella hora de la noche les lavó sus heridas y él fue bautizado, y todos los suyos inmediatamente,³⁴ y llevándolos a casa preparó una mesa y se regocijó en toda la casa porque ya creía en Dios.³⁵ Y llegada la mañana, los pretores enviaron a los lictores a decirles: «Suelta a esos hombres».³⁶ Y el carcelero transmitió estas palabras a Pablo: «Los pretores han mandado decir que os libere; así pues, salid ahora y marchad en paz».³⁷ Pero Pablo les dijo: «¿Tras golpearnos públicamente sin juzgarnos, a unos romanos, nos echaron a la cárcel, y ahora a escondidas nos liberan? Pues no, que vengan ellos mismos a hacernos salir».³⁸ Y los lictores comunicaron a los pretores estas palabras. Se asustaron al oír «son romanos»,³⁹ y fueron y los llamaron y los sacaron pidiéndoles salir de la ciudad.⁴⁰ Y tras salir de la cárcel fueron a casa de Lidia, y cuando vieron a los hermanos los exhortaron y se fueron.

17¹ Y tras pasar por Anfípolis y Apolonia llegaron a Tesalónica, dado que allí había una sinagoga de judíos.² Y según lo acostumbrado por Pablo, se dirigió a ellos y discutió con ellos tres sábados a partir de las Escrituras,³ ilustrando y exponiendo que era necesario que el Cristo sufriera y resucitara de los muertos y que «este Cristo es Jesús a quien yo os predico^[382]». ⁴ Y algunos de ellos quedaron convencidos y quedaron asignados a Pablo y Sila, y mucha gente de griegos piadosos, y no pocas mujeres importantes.⁵ Pero como los judíos estuvieran celosos y se atrajeran algunos malvados de las plazas y provocaran un tumulto, amedrentaban a la ciudad y, presentándose frente a la casa de Jasón, buscaban conducirlos ante el pueblo^[383], ⁶ pero al no encontrarlos, arrastraban a Jasón y algunos hermanos gritando ante los jefes civiles de la ciudad que estos eran los

que sublevaban el mundo y aquí están, ⁷ a los que había recibido Jasón; y todos estos actúan contra las órdenes del César diciendo que hay otro rey, Jesús. ⁸ Y revolvieron a la gente y a los jefes civiles de la ciudad que oían estas cosas, ⁹ pero tomando fianza de Jasón y del resto los despacharon.

¹⁰ Pero los hermanos, durante la noche, enviaron a Pablo y Silas a Berea, que al llegar se fueron a la sinagoga de los judíos. ¹¹ Y estos eran más nobles que los de Tesalónica, y como tales recibieron la palabra con todo ardor, examinando cada día las Escrituras por si fuera así. ¹² Así pues, muchos de ellos creyeron, y de las mujeres griegas ilustres y hombres no pocos. ¹³ Pero cuando los griegos de Tesalónica supieron que también en Berea era anunciada la palabra de Dios por Pablo, fueron también allí para agitar y alborotar a las muchedumbres. ¹⁴ Pero al instante los hermanos hicieron a Pablo ir al mar, y se quedaron Silas y Timoteo allí. ¹⁵ Pero los que llevaban a Pablo lo condujeron hasta Atenas y, con el encargo para Silas y Timoteo de que se dirigieran lo antes posible junto a él, vinieron.

¹⁶ Y mientras los esperaba en Atenas Pablo, se exasperó su espíritu en él al contemplar que la ciudad estaba llena de ídolos. ¹⁷ Discutía en la sinagoga con los judíos y los piadosos y en el ágora todo el día con quienes se topaba. ¹⁸ Y también algunos filósofos epicúreos y estoicos conversaban con él, y algunos decían: «¿Qué quiere contar este charlatán?». Otros, por su parte: «Parece ser un predicador de divinidades extranjeras, porque anunciaba como buena noticia a Jesús y la resurrección». ¹⁹ Tomándolo, lo condujeron al Areópago, diciéndole: «¿Podemos conocer qué nueva enseñanza es esta referida por ti? ²⁰ Pues traes cosas extranjeras a nuestros oídos. Queremos, pues, saber qué quieres decir». ²¹ Todos los atenienses y forasteros que habitan allí no tenían tiempo para

otra cosa que decir o escuchar lo más novedoso.

²² Situado Pablo en medio del Areópago, dijo: «Atenienses, veo que sois en toda circunstancia muy piadosos. ²³ Pues llegado yo aquí y comprobando vuestros cultos, incluso encuentro un altar en el que ya está escrito “Para el dios desconocido”.

»Así pues, lo que vosotros adoráis sin saberlo, yo lo anuncio. ²⁴ El Dios que hizo el mundo y todo cuanto hay en él, este que es el Señor de cielo y tierra, no habita en los templos hechos por la mano del hombre, ²⁵ ni es servido por manos humanas como si estuviera necesitado de algo, él mismo a todo da vida, espíritu y todas las cosas. ²⁶ A partir de uno solo hizo que toda nación humana habitara por toda la faz de la tierra, fijando también las estaciones y los límites de sus territorios ²⁷ para que busquen a Dios, si es que lo buscan incluso a tientas, y lo encuentran, que, ciertamente, no dista mucho de cada uno de nosotros. ²⁸ Pues por su mediación vivimos, nos movemos y somos^[384], como algunos de vuestros poetas tienen dicho, pues de él somos descendencia.

²⁹» Siendo, pues, descendencia de Dios, no necesitamos considerar que la divinidad es igual al oro, plata o piedra, marca de la técnica y la reflexión del hombre. ³⁰ Así pues, Dios, despreciando las épocas de ignorancia, ahora exhorta a los hombres a que todos, en todas partes, se arrepientan, ³¹ ya que ha decretado un día en que ha de juzgar la tierra habitada mediante su justicia, mediante un hombre que designó, al dar a todos confianza tras resucitarlo de entre los muertos».

³² Al oír «resurrección de los muertos», unos se burlaron; pero otros dijeron: «De nuevo te oiremos sobre este punto». ³³ De esta manera, salió Pablo de entre ellos. ³⁴ Algunos hombres que se le unieron creyeron, entre ellos Dionisio Areopagita y una mujer de nombre Damaris y otros con ellos.

18 ¹ Después de esto se fue de Atenas y llegó a Corinto. ² Y como encontrara a un judío llamado Áquila, póntico de nacimiento, que recientemente había venido de Italia, y a Priscila, su mujer, por haber ordenado Claudio que todos los judíos se marcharan de Roma, se fue hacia ellos ³ y por desempeñar el mismo oficio se quedó en su casa y trabajaba, pues eran los dos fabricantes de tiendas de campaña. ⁴ Hablaba cada sábado en la sinagoga y trataba de convencer a judíos y griegos. ⁵ Y cuando bajaron de Macedonia Silas y Timoteo, Pablo se dedicaba a la palabra dando testimonio a los judíos de que Jesús era el Cristo. ⁶ Y como se resistieran ellos y lo difamaran, quitándose los vestidos les dijo: «Vuestra sangre sobre vuestra cabeza; desde ahora me dirigiré libre a los gentiles». ⁷ Y marchándose de allí fue a casa de uno llamado Ticio Justo, un temeroso de Dios cuya casa estaba junto a la sinagoga. ⁸ Pero Crispo, el director de la sinagoga, creyó en el Señor junto con toda su casa, y muchos corintios al oírlo creyeron y fueron bautizados. ⁹ Y una noche dijo el Señor a Pablo mediante una visión: «Deja de tener miedo; por el contrario, habla y no calles, ¹⁰ porque yo estoy contigo y nadie deseará causarte daño, porque tengo un pueblo numeroso en esta ciudad». ¹¹ Residió allí un año y seis meses, enseñando entre ellos la palabra de Dios.

¹² Y, siendo Galión procónsul de Acaya, los judíos se sublevaron contra Pablo y lo llevaron al tribunal, ¹³ diciendo: «Este hombre trata de persuadir a los hombres de que veneres a Dios contra la Ley». ¹⁴ Y cuando Pablo iba a abrir la boca dijo Galión a los judíos: «Si hubiera crimen alguno o fechoría, judíos, os atendería según la ley, ¹⁵ pero si las investigaciones se refieren a una palabra, nombres, la Ley vuestra, miradlo vosotros mismos». ¹⁶ Y los hizo marcharse del tribunal. ¹⁷ Y tras apoderarse todos de Sóstenes, el jefe de la sinagoga, lo

golpeaban delante del tribunal; y nada de esto preocupó a Galión.

¹⁸ Y Pablo, que aún se quedó muchos días con los hermanos, tras despedirse navegaba hacia Siria, y con él Priscila y Áquila, tras raparse la cabeza en Céncreas, pues tenía un voto. ¹⁹ Y alcanzaron Éfeso y los dejó allí, pero él, entrando a la sinagoga, conversaba con los judíos. ²⁰ Y como le pidieran quedarse mucho tiempo, no respondió, sino que despidiéndose y diciendo: «Volveré de nuevo con vosotros, si Dios quiere», se marchó de Éfeso, ²² y bajando a Cesarea, después de subir y saludar a la iglesia, bajó a Antioquía.

²³ Y tras algún tiempo salió para recorrer Galacia y Frigia fortaleciendo a todos los discípulos. ²⁴ Cierta judía de nombre Apolo, alejandrino de nacimiento, hombre elocuente, llegó a Éfeso, siendo versado en las Escrituras. ²⁵ Este había sido instruido en el camino del Señor y fervoroso de espíritu hablaba y enseñaba correctamente lo referido a Jesús, pese a conocer solo el bautismo de Juan; ²⁶ y este comenzó a hablar en la sinagoga. Y como lo oyeran Priscila y Áquila, lo tomaron consigo y le explicaron con más exactitud el camino de Dios. ²⁷ Y como él quisiera cruzar a Acaya, tras animarlo los hermanos escribieron a los discípulos que lo acogieran, el cual al llegar allí ayudó mucho a los que ya creían por medio de la gracia, ²⁸ pues refutaba vigorosamente a los judíos públicamente al demostrarles, ayudándose de las Escrituras, que Jesús era el Cristo.

19 ¹ Y sucedió que mientras Apolo estaba en Corinto Pablo, que había cruzado por el interior llegó a Éfeso y encontró algunos discípulos, ² y les dijo: «¿Alcanzasteis el Espíritu santo tras empezar a creer?». Y ellos a él: «Pero si no habíamos oído que hay un Espíritu santo». ³ Y dijo: «¿Entonces con qué fuisteis bautizados?». Ellos dijeron: «Con

el bautismo de Juan». ⁴ Y dijo Pablo: «Juan llevó a cabo un bautizo de arrepentimiento para el pueblo refiriéndose al que iba a venir tras él para que creyeran, esto es, a Jesús». ⁵ Tras escucharlo, fueron bautizados en nombre de Jesús el Señor, ⁶ e imponiéndoles las manos llegó el Espíritu santo sobre ellos y hablaban en lenguas y profetizaban, ⁷ y eran todos ellos unos doce.

⁸ Y entró a la sinagoga y durante tres meses hablaba libremente, dialogando y tratando de convencer sobre el reino de Dios. ⁹ Pero algunos se endurecían y no hacían caso hablando mal del camino ante la multitud, se marchó de su lado y apartó a los discípulos cada día para hablar en la escuela de Tirano. ¹⁰ Esto sucedió durante dos años, de manera que todos los habitantes de Asia escucharon la palabra del Señor, judíos y griegos. ¹¹ Y Dios hacía milagros no habituales por medio de las manos de Pablo, ¹² al punto que incluso sudarios y delantales eran llevados de nuevo de su propia piel a los enfermos y las enfermedades se alejaban de ellos, y los espíritus malignos se marchaban.

¹³ Intentaron algunos exorcistas judíos ambulantes invocar sobre los que tenían los espíritus malignos el nombre de Jesús el Señor, diciendo: «Os conjuro por Jesús, el que Pablo proclama». ¹⁴ Y eran siete hijos de un tal Esceva, sumo sacerdote judío, los que hacían esto. ¹⁵ Como respuesta, el espíritu maligno les dijo: «Conozco a Jesús y de Pablo tengo noticias, pero vosotros, ¿quiénes sois?». ¹⁶ Y saltando el hombre en quien estaba el espíritu maligno sobre ellos, sometiendo a todos los obligó a huir desnudos y heridos de aquella casa. ¹⁷ Y esto fue conocido por todos los judíos y griegos que habitaban Éfeso, y el miedo sobrevino a todos y engrandeció el nombre de Jesús el Señor. ¹⁸ Y muchos de los que ya creían comenzaban a reconocer y dar cuenta de sus

prácticas. ¹⁹ Y muchos de los que practicaban la magia reuniendo los libros los quemaron a la vista de todos, y contaron también sus honorarios y calcularon cincuenta mil monedas de plata. ²⁰ De tal manera creció y cobró fuerza la palabra bajo el poder del Señor.

²¹ Y cuando todo esto se cumplió, Pablo dispuso en su espíritu ir a Jerusalén recorriendo Macedonia y Acaya, diciendo: «Después de que esté allí es preciso que también yo conozca Roma». ²² Y tras enviar a Macedonia a dos de los que asistían, Timoteo y Erasto, él permanecía un tiempo en Asia.

²³ Pero tuvo lugar en aquella época un desorden no pequeño sobre el camino. ²⁴ Pues había cierto hombre llamado Demetrio, platero, que, fabricando templos de Ártemis en plata proporcionaba no poca ganancia a los artesanos, ²⁵ a los que reunió junto a los trabajadores del gremio, dijo: «Hombres (de Éfeso), sabéis que de este oficio obtenemos nuestra prosperidad, ²⁶ y veis y oís que no solo de Éfeso, sino de casi toda el Asia, este Pablo, convenciéndola, ha convertido a una gran muchedumbre diciendo que no son dioses los que salen de nuestras manos. ²⁷ Pero no solo esto corre el riesgo de llevar nuestro oficio al descrédito, sino que también al templo de la gran diosa Ártemis se le ha hecho de menos y se le va a despojar de la grandeza que toda Asia y el mundo habitado venera». ²⁸ Al oír esto, y llenos de enojo, gritaron diciendo: «Grande es la Ártemis de Éfeso».

²⁹ Se llenó la ciudad de confusión y marcharon a una hacia el teatro cogiendo a Gayo y a Aristarco de Macedonia, compañeros de viaje de Pablo. ³⁰ Como quisiera Pablo ir a la magistratura, no se lo permitieron los discípulos; ³¹ algunos de los asiarcas, por ser amigos de él, enviaron a buscarlo y lo exhortaron a no ir al teatro. ³² Unos gritaban una cosa, otros otra, pues la asamblea era confusa y la mayoría ignoraba por

qué se habían reunido. ³³ De la multitud destacaron a Alejandro, toda vez que le habían empujado los judíos. Alejandro, agitando la mano, quería dirigirse al pueblo. ³⁴ Pero cuando reconocieron que era judío, surgió un clamor de la multitud y durante dos horas gritaron: «Grande es Ártemis efesia».

³⁵ Tras poner orden entre la multitud, dice el secretario: «Ciudadanos efesios, ¿quién hay entre los hombres que no reconoce a la ciudad de Éfeso como guardiana del templo de la gran Ártemis y de la estatua caída del cielo? ³⁶ Entonces, siendo estos hechos irrefutables, es preciso que os calméis y no cometáis ninguna desfachatez. ³⁷ Pues habéis traído a estos hombres que ni son saqueadores de templos ni injurian a nuestra divinidad. ³⁸ En consecuencia, si Demetrio y los artesanos que están de su parte tienen algo que decir contra alguien, se convocan asambleas públicas y hay procónsules, que se acusen unos a otros. ³⁹ Y si buscáis algo más, en la asamblea oficial será deliberado. ⁴⁰ Pues nos arriesgamos a ser acusados de despertar una revuelta hoy, no habiendo causa ninguna de la que no podremos dar cuenta a propósito de esta confusión». Y, tras decir esto, disolvió la asamblea.

20 ¹ Después de que cesara el tumulto, Pablo, tras hacer llamar a los discípulos y animarlos, despidiéndose se marchó para dirigirse a Macedonia. ² Después de cruzar aquellas regiones y animar a todos con largos discursos, alcanzó Grecia ³ al cabo de tres meses; como surgiera una conjura contra él por parte de los judíos cuando iba a embarcarse para Siria, determinó volver sus pasos por Macedonia. ⁴ Y le acompañó Sópatro, el hijo de Pirro, natural de Berea; de los tesalonicenses Aristarco y Segundo, y Gayo, de Derbe, y Timoteo, los asiáticos Tíquico y Trófimo. ⁵ Y adelantándose estos, nos esperaron en la Tróade, ⁶ y nosotros

nos hicimos a la mar después de los días de los ácidos desde Filipos y llegamos junto a ellos en la Tróade después de cinco días, quedándonos allí siete días.

⁷ Durante el primer días de la semana, reunidos nosotros para partir el pan, Pablo, que iba a partir al día siguiente, hablaba con ellos y prolongaba la charla hasta medianoche. ⁸ Y había muchas lámparas en la sala en que estábamos reunidos. ⁹ Pero un joven de nombre Eutico, que estaba sentado sobre una ventana, dominado por un sueño profundo por hablar Pablo mucho tiempo, cayó vencido por el sueño desde el tercer piso abajo y fue levantado como muerto. ¹⁰ Y bajó Pablo y cayó sobre él y, abrazándolo, dijo: «Dejad de inquietaros, pues la vida sigue en él». ¹¹ Y tras subir, partir el pan, comer abundantemente y conversar hasta el amanecer, se marchó así. ¹² Pero trajeron al niño vivo y se consolaron no poco.

¹³ Y nosotros, que nos adelantamos, fuimos en barco hasta Aso para allí recoger a Pablo; pues así lo había decidido: él iba a ir a pie. ¹⁴ Y cuando se encontró con nosotros en Aso, recogiendo fuimos a Mitilene, ¹⁵ y de allí navegando al día siguiente llegamos derechos a Quíos, al otro nos dirigimos a Samos, y al siguiente llegamos a Mileto. ¹⁶ Pues Pablo tenía decidido navegar paralelamente a Éfeso, para no detenerse demasiado en Asia; pues se apresuraba para, si le era posible, estar en Jerusalén en Pentecostés.

¹⁷ Desde Mileto envió a Éfeso a llamar a los ancianos de la iglesia. ¹⁸ Y cuando se presentaron ante él, les dijo: «Vosotros sabéis, desde el primer día en que llegué a Asia, cómo me porté con vosotros siempre, ¹⁹ sirviendo al Señor con toda humildad y lágrimas y pruebas que me sucedieron con las insidias de los judíos, ²⁰ cómo no rechacé nada de lo que convenía para predicaros y enseñaros en público y en casa, ²¹

dando testimonio a judíos y griegos del arrepentimiento a favor de Dios y de la fe en nuestro Señor, Jesús.

²² «Y fijaos, ahora, encadenado por el Espíritu, me dirijo a Jerusalén sin saber qué saldrá a mi paso, ²³ excepto que el Espíritu santo me atestigua que en cada ciudad me esperan cadenas y tribulaciones. ²⁴ Pero en nada cuento mi alma con tal de cumplir mi recorrido y el servicio que acepté de parte de Jesús el Señor, dar testimonio de la buena noticia de la merced de Dios. ²⁵ Pero mirad, yo sé que no veréis mi rostro más ninguno de vosotros, entre quienes pasé la vida predicando el Reino. ²⁶ Porque hoy os doy fe que estoy puro de la sangre de todos; ²⁷ pues no rechacé anunciaros toda la voluntad de Dios. ²⁸ Cuidaos de vosotros mismos y de todo el rebaño, en el cual el Espíritu santo os colocó como vigilantes para guiar la iglesia de Dios que él adquirió con su propia sangre^[385]. ²⁹ Yo sé que tras mi marcha vendrán lobos poderosos contra vosotros sin temor al pastor, ³⁰ y que entre vosotros mismos surgirán hombres que explicarán perversiones con el fin de arrastrar a los discípulos tras de sí. ³¹ Por eso, velad para recordar que, a lo largo de tres años, día y noche, no dejé de advertir a cada uno con mis lágrimas. ³² Y ahora os confío a Dios y a la palabra de su gracia, a él que está en disposición de edificaros y entregaros la herencia mediante todos los santificados. ³³ No deseé plata, oro ni vestimenta alguna; ³⁴ vosotros mismos sabéis que estas manos han servido a mis necesidades y a las de quienes están conmigo. ³⁵ Siempre os mostré que debéis preocuparos de los pobres esforzándoos así, y recordar las palabras de Jesús el Señor, porque él mismo dijo: Es más felicidad dar que tomar».

³⁶ Y tras decir esto, poniéndose de rodillas con todos, rezó.

³⁷ Se produjo un gran lamento de todos y, cayendo sobre el cuello de Pablo, lo besaron, ³⁸ doliéndose especialmente del

discurso con que se había dirigido a ellos, porque ya no iban a ver su rostro. Y lo acompañaron hasta el barco.

21 ¹ Y cuando sucedió que tras despedirles nos hicimos a la mar fuimos derechos a Cos, y de seguido a Rodas, y de allí a Pátara, ² y cuando encontramos una nave nos embarcamos para cruzar hasta Fenicia. ³ Teniendo a la vista Chipre, y dejándola a la izquierda, navegábamos hacia Siria y llegamos a Tiro, pues allí el barco iba a dejar su carga. ⁴ Tras encontrar a los discípulos permanecimos allí siete días, discípulos que decían a Pablo, llevados por el Espíritu, que no fuera a Jerusalén. ⁵ Y cuando cumplimos aquellos días, al salir nos poníamos en camino con todos ellos acompañándonos con sus mujeres e hijos hasta las afueras de la ciudad, y arrodillándonos en la playa para rezar ⁶ nos despedimos unos de otros y subimos al barco y ellos se volvieron a sus casas.

⁷ Y nosotros, tras terminar la navegación desde Tiro, alcanzamos Tolemaida y saludamos a los hermanos y permanecimos un día con ellos. ⁸ Y saliendo al día siguiente fuimos a Cesarea, y yendo a casa de Felipe, el evangelista, que era uno de los siete, nos quedamos con él. ⁹ Él tenía cuatro hijas vírgenes que profetizaban.

¹⁰ Y mientras permanecíamos allí durante muchas días, bajó de Judea un profeta de nombre Agabo, ¹¹ y acercándose a nosotros y tomando el cinturón de Pablo, tras atarse los pies y las manos, dijo: «Esto dice el Espíritu santo: Al hombre de quien es este cinturón así lo encadenarán en Jerusalén los judíos y lo entregarán a manos de los gentiles». ¹² Y cuando escuchamos esto, nosotros y los del lugar le rogábamos que no subiera a Jerusalén. ¹³ Entonces respondió Pablo: «¿Qué hacéis llorando y rompiéndome el corazón? Pues no solo estoy preparado para ser encadenado, sino también para morir en Jerusalén a favor del nombre de Jesús, el Señor». ¹⁴ Y

como no se convenciera, nos llamamos después de decir: «Hágase la voluntad del Señor».

¹⁵ Después de estos días nos preparamos y subimos a Jerusalén; ¹⁶ También vinieron con nosotros algunos de los discípulos de Cesarea, llevándonos estos a casa de Mnason, un chipriota, antiguo discípulo. ¹⁷ Llegados nosotros a Jerusalén, nos recibieron con alegría los hermanos.

¹⁸ Al día siguiente Pablo fue con nosotros a casa de Santiago, y se presentaron todos los ancianos. ¹⁹ Y tras saludarles refirió cosa por cosa todo cuanto Dios hizo entre los gentiles mediante su servicio. ²⁰ Ellos, mientras lo escuchaban, glorificaban a Dios y le dijeron: «Ves, hermano, cuántos miles son entre los judíos los que ya creen y todos son fervorosos de la Ley; ²¹ pero han oído de ti que enseñas la renuncia de Moisés a todos los judíos de las naciones diciendo que no circunciden a sus hijos ni sigan las costumbres. ²² ¿Qué pasa, entonces? Seguramente habrán oído que ya has llegado. ²³ En consecuencia, has de hacer lo que vamos a decirte: Tenemos cuatro hombres que han hecho voto por sí mismos. ²⁴ Tomándolos, purifícate con ellos y paga los gastos de ellos para que se rasuren la cabeza, y sabrán todos que aquello de lo que se te acusa no es nada, sino que también actúas guardando la Ley. ²⁵ En cuanto a los gentiles que han creído, nosotros les escribimos^[386] dictaminándoles que se guarden de la comida de los ídolos, la sangre, lo ahogado y la fornicación».

²⁶ Entonces Pablo, tomando a estos hombres al día siguiente para ser purificado con ellos, entró en el Templo para hacer público el fin de los días de purificación en que fuera presentada la ofrenda a favor de cada uno de ellos.

²⁷ Pero cuando iban a cumplirse los siete días, los judíos de Asia, al verlo en el Templo, revolvieron a todo el gentío y le

echaron mano, ²⁸ gritando: «Israelitas, ayudad; este es el hombre que enseña a cualquiera en cualquier parte contra el pueblo, la Ley y este lugar, e incluso introdujo griegos en el Templo y ha profanado este santo lugar». ²⁹ Pues habían visto con él a Trófimo el efesio en la ciudad, al que creían Pablo había llevado al Templo. ³⁰ Se alborotó la ciudad toda y hubo un tumulto del pueblo, y agarrando a Pablo lo arrastraron fuera del Templo y al instante fueron cerradas las puertas. ³¹ Y como le buscaran para matarlo, el rumor subió hasta el tribuno de la guarnición, que toda Jerusalén estaba revuelta. ³² Él, tomando inmediatamente soldados y centuriones, bajó ^[387] contra ellos, pero los que vieron al tribuno y los soldados cesaron de golpear a Pablo. ³³ Acercándose entonces el tribuno, lo agarró y ordenó que fuera amarrado con dos cadenas, y preguntaba quién era y qué había hecho. ³⁴ Pero en la multitud cada uno decía una cosa. Y como no pudiera él conocer la verdad debido al tumulto, ordenó que fuera conducido a la guarnición. ³⁵ Pero cuando se alcanzó la escalinata, sucedió que fue llevado por los soldados debido a la violencia de la multitud, ³⁶ pues los seguía el gentío del pueblo gritando: «¡Mátalo!».

³⁷ Y a punto de ser conducido a la guarnición, Pablo dice al tribuno: «¿Me es posible decirte algo?». Él dijo: «¿Sabes griego? ³⁸ ¿No eres acaso el egipcio que estos días de antes sublevó y se llevó al desierto a cuatro mil sicarios?». ³⁹ Y dijo Pablo: «Ciertamente soy judío, de Tarso en Cilicia, ciudadano de una ciudad no desconocida; pero te pido que me lleves de vuelta para hablar al pueblo». ⁴⁰ Y tras llevarlo de vuelta, Pablo, en pie en la escalinata, hizo callar al pueblo con la mano. Y una vez conseguido un profundo silencio les habló en hebreo diciendo:

22 ¹ «Hermanos y padres, atendedme la defensa que ahora hago ante vosotros». ² Al oír que les hablaba en hebreo guardaron mayor silencio. Y dice: ³ «Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, criado en esa ciudad, educado a los pies de Gamaliel según el rigor de la Ley de nuestros padres, siendo celoso seguidor de Dios tal como todos vosotros veis hoy; ⁴ perseguí este camino hasta la muerte encadenando y entregando a prisión a hombres y mujeres, ⁵ como también me atestiguará el sumo sacerdote y todo el Consejo de ancianos, de los cuales tras recibir incluso cartas para los hermanos, me puse en camino hacia Damasco, para llevar también a los que allí estuvieran encadenados a Jerusalén con el objeto de que fueran castigados. ⁶ Pero sucedió que mientras estaba en camino y ya cerca de Damasco, hacia el medio día, de repente, una gran luz relampagueó alrededor mío, ⁷ caí al suelo y escuché una voz que me decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. ⁸ Y yo respondí: “¿Quién eres, Señor?”. Me dijo: “Soy Jesús de Nazaret, al que tú persigues”. ⁹ Y los que estaban conmigo vieron la luz, pero no oyeron la voz del que me hablaba. ¹⁰ Y dije: “¿Qué haré, Señor?”. Y el Señor me dijo: “Levántate y encamínate a Damasco, y allí se te informará sobre todo cuanto está designado que hagas”. ¹¹ Y como no veía a causa del resplandor de aquella luz, guiado de la mano por los que estaban conmigo fui a Damasco. ¹² Y un tal Ananías, hombre de prestigio para todos los judíos que viven allí, ¹³ acercándose a mí y poniéndose a mi lado me dijo: “Saulo, hermano, ve de nuevo”. Y yo en ese instante lo volví a ver. ¹⁴ Y él dijo: “El Dios de nuestros padres te eligió tiempo atrás para conocer su voluntad y ver lo justo y escuchar la voz de su boca, ¹⁵ porque serás testigo suyo ante todos los hombres de lo que has visto y oído. ¹⁶ Y ahora, ¿qué vas a hacer? Levanta, bautízate, lava tus

pecados para que invoques su nombre”.¹⁷ Y me sucedió cuando volvía a Jerusalén y mientras rezaba en el Templo que entré en éxtasis¹⁸ y lo vi a él diciéndome: “Apresúrate y sal de Jerusalén rápidamente, porque no aceptarán tu testimonio sobre mí”.¹⁹ Y yo dije: “Señor, ellos saben que yo encarcelé y golpeé, sinagoga por sinagoga, a los que creían en ti,²⁰ y cuando fue derramada la sangre de Esteban, tu testigo, también yo estuve al frente, lo aprobé y guardé los mantos de los que lo mataban”.²¹ Y me dijo: “Ponte en camino, que yo te enviaré a los gentiles de más lejos”».

²² Y lo escuchaban hasta estas palabras y levantaron la voz diciendo: «¡Llévate a un hombre semejante de la tierra, pues no merece vivir!». ²³ Y como gritaran, agitaran sus mantos y echaran polvo al aire, ²⁴ el tribuno ordenó que fuera conducido a la guarnición, diciendo que fuera sometido al tormento de los látigos para que averiguara por qué causa hablaban así sobre él. ²⁵ Pero cuando lo tendieron para los azotes, dijo Pablo al centurión que estaba allí: «¿Os es lícito azotar a un hombre romano sin juicio?». ²⁶ Tras oírlo en centurión y dirigirse al tribuno se lo advirtió diciendo: «¿Qué vas a hacer? Porque este hombre es romano». ²⁷ Y acercándose, le dijo el tribuno: «Dime: ¿eres tú romano?». Él dijo: «Sí». ²⁸ El tribuno respondió: «Yo adquiriré la ciudadanía por mucho dinero». Y Pablo dijo: «Yo, en cambio, lo soy por nacimiento». ²⁹ Al punto se distanciaron de él los que iban a torturarlo y el tribuno sintió miedo al saber que era romano y había sido encadenado.

³⁰ Y al día siguiente, como quisiera conocer la verdad, el porqué era acusado por los judíos, lo liberó y ordenó que los sumos sacerdotes y todo el sanedrín se reunieran, y, haciendo bajar a Pablo, lo puso ante ellos.

23 ¹ Y mirando Pablo hacia el sanedrín dijo: «Hermanos, hasta este día me he comportado con toda buena conciencia respecto a Dios». ² Pero el sumo sacerdote Ananías ordenó a los que estaban junto a él que lo golpearan en la boca. ³ Entonces Pablo le dijo: «Dios va a golpearte, muro blanqueado; ¿y tú te sientas para juzgarme según la Ley y quebrantándola ordenas que sea golpeado?». ⁴ Y los presentes dijeron: «¿Censuras al sumo sacerdote de Dios?». ⁵ Y dijo Pablo: «No sabía, hermanos, que es sumo sacerdote; pues está escrito: *Del jefe de tu pueblo no hablarás mal*^[388]». ⁶ Y como supiera Pablo que una parte era de saduceos y otra de fariseos, gritó en el sanedrín: «¡Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos, por la esperanza y la resurrección^[389] de los muertos soy juzgado!». ⁷ Y al decir esto surgió una disputa entre fariseos y saduceos y la multitud se dividió. ⁸ Pues los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu, mientras los fariseos están de acuerdo en todo. ⁹ Y se produjo un fuerte griterío, y algunos de los escribas de la facción de los fariseos se levantaban y se oponían con firmeza diciendo: «Nada malo encontramos en este hombre; ¿y si un espíritu o un ángel le habló?».

¹⁰ Pero como se hiciera más fuerte la disputa, temiendo el tribuno que Pablo fuera despedazado por ellos, ordenó al ejército bajar y sacarlo de en medio de ellos y conducirlo a la guarnición. ¹¹ Y durante la noche siguiente se le presentó el Señor y dijo: «Ánimo, pues tal como has dado testimonio sobre mí en Jerusalén, de la misma forma es preciso que lo des en Roma».

¹² Y al llegar el día, como hubieran preparado los judíos una conspiración se obligaron a sí mismos diciendo: «Ni comer, ni beber hasta que matemos a Pablo». ¹³ Y eran más de

cuarenta los que prepararon esta conspiración, ¹⁴ algunos se acercaron a los sumos sacerdotes y los ancianos y dijeron: «Nos comprometimos con un juramento a no probar nada hasta que matemos a Pablo. ¹⁵ Así pues, vosotros ahora manifestad al tribuno junto con el sanedrín que lo baje ante vosotros en la idea de que vais a determinar con exactitud lo referido a él; mientras nosotros estamos preparados para matarlo antes de que se acerque».

¹⁶ Al oír el hijo de la hermana de Pablo el engaño, presentándose y entrando a la guarnición se lo detalló a Pablo. ¹⁷ Y tras hacer venir Pablo a uno de los centuriones dijo: «Lleva a este joven al tribuno, pues tiene algo que contarle». ¹⁸ Y él, tomándolo, lo condujo al tribuno y dijo: «El preso Pablo, tras hacerme llamar, me pidió que condujera a tu presencia a este joven que tiene algo que decirte». ¹⁹ Y tomando el tribuno al joven de la mano y yéndose a parte, lo interrogó: «¿Qué es lo que tienes que decirme?». ²⁰ Y dijo: «Los judíos dispusieron pedirte que mañana bajes a Pablo al sanedrín con la idea de que se va a examinar con exactitud lo referido a él. ²¹ Por tanto, no les hagas caso; pues lo acechan más de cuarenta de ellos que se comprometieron a no comer ni beber hasta que lo maten, y ahora están preparados esperando tu aceptación». ²² Entonces el tribuno dejó marchar al joven tras conminarlo a que no dijera a nadie que me has dicho eso^[390].

²³ Y tras hacer llamar a dos centuriones, dijo: «Preparad doscientos soldados para que vayan hasta Cesarea y setenta jinetes y doscientos lanceros desde tercera hora de la noche, ²⁴ y disponed mulos para que trasladéis a Pablo al pretor Félix y lo salvéis», ²⁵ tras escribir una carta con el siguiente contenido: ²⁶ «Claudio Lisias al poderoso pretor Félix, salud. ²⁷ A este hombre, capturado por los judíos y a punto de ser

asesinado, me presenté y lo rescaté con el ejército cuando supe que es romano. ²⁸ Y queriendo saber el motivo por el cual lo acusan, lo bajé a su sanedrín, ²⁹ lo encontré acusado de crímenes contra la Ley de ellos, pero sin acusación alguna digna de muerte o de prisión. ³⁰ Pero denunciada ante mí una confabulación futura contra él, te lo envié inmediatamente tras advertir también a sus acusadores de que expongan lo que tienen contra él ante ti».

³¹ Así pues, los soldados, según lo que se les había dispuesto, tomando a Pablo lo condujeron de noche a Antipátrida, ³² y al día siguiente se volvieron a la guarnición dejando que con él partieran los jinetes; ³³ los cuales se dirigieron a Cesarea, entregaron la carta al pretor y le presentaron a Pablo. ³⁴ Y una vez leído y preguntado de qué región es, y tras conocer que de Cilicia, ³⁵ «te escucharé», dijo, «cuando se presenten también tus acusadores»; y ordenó que se le custodiara en el pretorio de Herodes.

24 ¹ Y al cabo de cinco días bajó el sumo sacerdote Ananías junto con algunos ancianos y Tértulo, cierto orador, que hablaron al pretor contra Pablo. ² Y una vez fue convocado él, comenzó a acusarlo Tértulo diciendo: «Nosotros que alcanzamos la mayor paz gracias a ti y logradas mejoras para este pueblo gracias a tu prudencia, ³ las recibimos de ti siempre en todo lugar, poderoso Félix, con todo agradecimiento. ⁴ Pero para no cansarte más, te pido nos escuches brevemente con tu benignidad. ⁵ Pues encontramos a este hombre, una epidemia, levantando revueltas entre todos los judíos repartidos por el orbe y jefe de la secta de los nazarenos, ⁶ el cual intentó también profanar el Templo y al que también capturamos^[391], ⁸ del cual podrás saber tú mismo, interrogándole, todo esto de lo que le acusamos». ⁹ Atacaron también los judíos, afirmando que eso era así.

¹⁰ Y respondió Pablo, una vez le permitió el pretor hablar: «Sabiendo que desde hace muchos años eres juez benévolo de este pueblo, defenderé mi causa, ¹¹ siendo tú mismo capaz de averiguar que no son muchos más de doce días desde que subí a arrodillarme en Jerusalén. ¹² Y ni me encontraron en el Templo hablando con nadie o amotinando a la gente ni en las sinagogas ni por la ciudad, ¹³ ni pueden hacer aportación alguna respecto a aquello de lo que me acusan. ¹⁴ Pero te reconozco esto, que según el camino que llaman secta, así estoy al servicio del Dios patrio creyendo en todo lo escrito concerniente a la Ley y a los profetas, ¹⁵ con la esperanza en Dios que también estos mismos aceptan, que va a haber resurrección de justos e injustos. ¹⁶ Por eso también yo me afo en tener una conciencia sin tacha ante Dios y los hombres en toda circunstancia. ¹⁷ Después de muchos años presenté también ofrendas para dar limosnas a mi pueblo, ¹⁸ con las cuales me encontraron purificado en el Templo no con gentío ni con barullo, ¹⁹ salvo algunos judíos procedentes de Asia que era preciso se presentaran ante ti y acusaran si algo tiene contra mí. ²⁰ O que digan estos qué crimen encontraron cuando estaba en el sanedrín, ²¹ o que hablen sobre ese grito que di cuando estaba entre ellos, que yo soy juzgado hoy ante vosotros sobre la resurrección de los muertos».

²² Les dio largas Félix, sabedor con toda exactitud lo del camino, diciendo: «Cuando Lisias el tribuno baje, decidiré sobre vosotros»; ²³ tras ordenar al centurión que fuera custodiado, tuviera algo de libertad, y que a nadie de los suyos impidiera ayudarlo.

²⁴ Al cabo de varios días, presentándose Félix con Drusila, su mujer, que era judía, mandó a buscar a Pablo y lo oyó a propósito de la fe en Cristo Jesús. ²⁵ Pero como hablara de

justicia, fortaleza, y el juicio por venir, lleno de miedo Félix respondió: «Vete por ahora, en su momento te haré llamar»,²⁶ también por esperar que se le daría dinero por parte de Pablo; por eso también, haciéndole llamar, con mucha frecuencia hablaba con él.²⁷ Y cumplidos dos años, Félix recibió como sucesor a Porcio Festo, y queriendo agradar a los judíos, Félix dejó a Pablo preso.

25¹ Así pues, Festo, cuando llegó a la región, después de tres días subió a Jerusalén desde Cesarea,² y se le presentaron los sumos sacerdotes y los principales judíos contra Pablo y lo reclamaban³ pidiendo el favor contra él de que fuera hecho llamar a Jerusalén, tramando matarlo en el camino.⁴ En consecuencia, Festo respondió que Pablo sería custodiado en Cesarea, y que él mismo partía rápidamente;⁵ «Así pues», dijo, «los que manden entre vosotros que me acompañen y, si hay algo extraño en él, que lo acusen».

⁶ Y tras pasar con ellos no más de ocho o diez días, bajando a Cesarea, al día siguiente ya sentado en el tribunal ordenó que Pablo fuera llevado allí.⁷ Y estando él presente, lo rodearon los judíos de Jerusalén que habían bajado acusándolo de muchas y graves inculpaciones que no podían demostrar,⁸ mientras Pablo argumentaba como defensa que ni cometió crimen alguno contra la Ley de los judíos ni contra el templo ni contra el César.⁹ Pero Festo, que quería agradar a los judíos, como respuesta dijo a Pablo: «¿Quieres, subiendo a Jerusalén, ser juzgado allí de esto?». ¹⁰ Y dijo Pablo: «Estoy en pie en el tribunal del César, donde debo ser juzgado. Contra los judíos ningún crimen cometí, como muy bien sabes tú.¹¹ Así pues, si cometo algún crimen y he hecho algo digno de la pena capital, no rechazaré morir; pero si no hay nada de esto de que me acusan, nadie puede entregarme a ellos; apelo al César». ¹² Festo entonces, tras hablar con el Consejo,

respondió: «Has apelado al César, irás al César».

¹³ Pasados algunos días, el rey Agripa y Berenice llegaron a Cesarea para saludar a Festo. ¹⁴ Y cuando pasaron allí muchos días, Festo contó al rey lo de Pablo diciendo: «Hay un hombre dejado aquí por Félix en calidad de preso, ¹⁵ a propósito del cual, cuando estaba yo en Jerusalén, se presentaron los sumos sacerdotes y los ancianos de los judíos para pedir condena contra él. ¹⁶ A ellos les respondí que no hay costumbre entre los romanos de entregar a un hombre antes de que el acusado tenga ante sí a quienes lo acusan y tenga ocasión de defenderse de la inculpación. ¹⁷ Así pues, como se presentaran ellos aquí, sentado sin dilación en el tribunal ordené que fuera traído ese hombre; ¹⁸ una vez situados a su alrededor, los acusadores no aportaban causa alguna de los crímenes que yo sospechaba, ¹⁹ pero tenían algunas reclamaciones sobre su superstición contra él y en relación con cierto Jesús, ya muerto, del que aseguraba Pablo que vive. ²⁰ Y como dudara yo de la reclamación sobre todo esto, decía si querría ir a Jerusalén y ser allí juzgado sobre el asunto. ²¹ Y apelando Pablo ser custodiado hasta la decisión de Augusto, ordené fuera custodiado hasta que lo envíe ante el César». ²² Y Agripa a Festo: «Quería también yo oír a este hombre». «Mañana», dijo, «lo oirás».

²³ Así pues, llegado al día siguiente Agripa y Berenice con mucha pompa, tras entrar al tribunal con los tribunos y hombres por excelencia de la ciudad, y tras ordenarlo Festo, Pablo fue conducido^[392]. ²⁴ Y dice Festo: «Rey Agripa y todos los que con él comparecen, mirad a este, contra quien toda la muchedumbre de los judíos vino a mí en Jerusalén y aquí gritando que no era menester que viviera. ²⁵ Pero yo comprendí que no había hecho nada digno de muerte, y como él apelara a Augusto decidí enviarlo a él. ²⁶ No sé con

seguridad qué escribir sobre él al Señor^[393], por lo cual lo traje a vuestra presencia, en especial la tuya, rey Agripa, para que sepa qué escribir una vez llevada a cabo la instrucción; ²⁷ pues me parece absurdo enviar a un preso sin indicar también las acusaciones contra él».

26 ¹ Y Agripa dijo a Pablo: «Se te concede hablar sobre ti mismo». Entonces Pablo, haciendo un gesto con la mano, empezó a defenderse: ² «De todo cuanto soy acusado por los judíos, rey Agripa, considero que soy afortunado de defenderme hoy ante ti, ³ principalmente por ser tú conocedor de todas las costumbres y cuestiones de los judíos, por lo cual te pido que me escuches con magnanimidad. ⁴ Así pues, mi manera de vivir desde joven, llevada a cabo en mi raza desde el principio y en Jerusalén, todos los judíos la saben, ⁵ pues me conocen de hace tiempo, si es que quieren testificarlo, porque viví como fariseo según la más estricta de las sectas de nuestra religión. ⁶ Y ahora, por la promesa hecha por Dios a nuestros padres, estoy aquí para ser juzgado, ⁷ a la cual nuestras doce tribus sirvieron día y noche con constancia con la esperanza de alcanzarla, respecto a la cual esperanza soy acusado por judíos, rey. ⁸ ¿Por qué se juzga increíble entre vosotros si Dios resucita a los muertos? ⁹ Yo consideré que debía enfrentarme a fondo al nombre de Jesús el Nazareno, ¹⁰ lo cual hice en Jerusalén, y encerré a muchos de los santos en las cárceles con autorización de los sumos sacerdotes y, una vez muertos, votaba a favor. ¹¹ Y en todas las sinagogas castigándolos muchas veces intentaba obligarlos a blasfemar terriblemente y, enloquecido contra ellos, llevaba la persecución incluso a las ciudades de fuera. ¹² En estas, cuando me dirigía a Damasco con poderes y autorización de los sumos sacerdotes, ¹³ a mediodía vi, rey, en el camino una luz procedente del cielo que me iluminaba a mí y a mis

acompañantes por encima del resplandor del sol.¹⁴ Y una vez caímos todos a tierra, escuché una voz que me decía en hebreo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Te es duro cocear un aguijón”.¹⁵ Y yo dije: “¿Quién eres, Señor?”. Y el Señor dijo: “Yo soy Jesús al que tú persigues”.¹⁶ Pero levanta y quédate en pie; pues para eso me aparezco a ti en visión, para hacerte servidor y testigo de lo que ves y de lo que te enseñaré,¹⁷ rescatándote del pueblo y de las naciones a las que te envío¹⁸ para abrir sus ojos, para llevarlos de vuelta de la oscuridad a la luz y del poder de Satanás hacia Dios, para llevar el perdón de los pecados y la herencia entre los santificados por su fe en mí”.¹⁹ Por lo cual, rey Agripa, no desobedecí a la visión celestial,²⁰ sino a los que estaban en Damasco primero y en Jerusalén y por toda la región de Judea y a todos los gentiles les encomendaba arrepentirse y volverse hacia Dios, haciendo cosas dignas de la conversión.²¹ Por eso los judíos, cuando me atraparon en el Templo, trataban de matarme.²² En consecuencia, como encontrara la ayuda de Dios, he permanecido hasta este dando testimonio y sin decir ni poco ni mucho nada lejano a lo que los profetas y Moisés dijeron que iba a ocurrir,²³ que el Cristo sufriría, que él, el primero después de su resurrección de los muertos, iba a anunciar la luz al pueblo y las naciones».

²⁴ Y tras argumentar esto en su defensa, Festo dijo a grandes voces: «Estás loco, Pablo; las muchas escrituras te vuelven loco». ²⁵ Y Pablo: «No estoy loco», dijo, «poderoso Festo, sino que digo palabras de verdad y sensatez^[394]». ²⁶ Pues tiene conocimiento de todo esto el rey ante el que hablo con valentía, pues no confío que se le haya ocultado nada de esto; pues no ha ocurrido en una esquina^[395]. ²⁷ ¿Crees, rey Agripa, en los profetas? Sé que crees». ²⁸ Y Agripa a Pablo: «Por poco me convences de hacerme cristiano». ²⁹ Pero Pablo: «Rogaría

a Dios que, por poco o por mucho, no solo a ti, sino también a todos los que me oyen hoy, se convirtieran en lo que yo soy aparte de estas cadenas». ³⁰ Se levantó el rey y el pretor y Berenice y los que estaban sentados con ellos, ³¹ y al marcharse hablaban unos con otros diciendo que este hombre no hace nada digno de muerte o prisión. ³² Y Agripa dijo a Filipo: «Este hombre podría quedar libre sino no hubiera apelado al César».

27 ¹ Y cuando se decidió que navegáramos hasta Italia, entregaron a Pablo y unos prisioneros a un centurión de nombre Julio, de la cohorte Augusta. ² Y subiendo a un barco adramiteno que iba a navegar hasta los territorios de Asia, fuimos conducidos, estando con nosotros Aristarco, macedonio de Tesalónica. ³ Al otro día fuimos conducidos a puerto en Sidón, y Julio, tratando con cortesía a Pablo, le dejó que fuera a casa de los amigos y se le atendiera. ⁴ Y desde allí subimos al barco y navegamos de costado junto a Chipre debido a que los vientos eran contrarios, ⁵ y atravesando el mar de Cilicia y Panfilia bajamos hasta Mira de Licia. ⁶ Y como allí encontrara el centurión un barco alejandrino que navegaba hacia Italia, nos embarcó en él. ⁷ Y tras navegar durante muchos días despacio y presentarnos a duras penas en Cnido, como el viento fuera contrario, bajamos a Creta junto a Salmona, ⁸ y tras costearla a duras penas llegamos a un lugar llamado Puertos Buenos, donde estaba la ciudad de Lasea.

⁹ Y pasado mucho tiempo y siendo ya insegura la travesía debido a que incluso había pasado el ayuno, les aconsejaba Pablo ¹⁰ diciendo: «Amigos, veo que con daño y mucha pérdida no solo de la carga y el barco, sino también de nuestras personas, se va a llevar a cabo la travesía». ¹¹ Pero el centurión atendió al piloto y al capitán más que a lo dicho por

Pablo.¹² Y como el puerto no estuviera preparado para pasar el invierno, la mayoría tomó la decisión de marcharse de allí, por si podían, alcanzando Fenice, un puerto de Creta que mira al sudoeste y al noroeste, y pasar el invierno.

¹³ Y como soplara un poco de viento del sur, pensando que conseguirían su propósito, levaron anclas e iban costeano cerca de Creta.¹⁴ Pero después de no mucho un viento huracanado se abatió sobre la isla, el llamado euroaquilón^[396];¹⁵ Y como el barco fuera arrastrado y no pudiera resistir el viento, dejándonos ir éramos llevados.¹⁶ Y retrocediendo algo hasta un islote llamado Caudes, a duras penas pudimos hacernos dueños del bote,¹⁷ que, tras izarlo, utilizaron como ayuda atando el barco por debajo, y temiendo que cayera contra la Sirte, aflojando el aparejo, eran llevados.¹⁸ Y como fuéramos terriblemente sacudidos, al día siguiente descargaban¹⁹ y al tercero arrojaron por su propia mano el aparejo del barco.²⁰ Y como no aparecieran ni el sol ni las estrellas durante muchos días, y apretara no poco la tempestad, en adelante se nos iba toda esperanza de salvarnos.

²¹ Y como hubiera mucha falta de alimento, Pablo se puso en pie en medio de ellos y dijo: «Era necesario, amigos, que me obedecierais en no partir de Creta y ahorrarnos la pérdida y el daño.²² Pero os pido a que os animéis; pues no habrá pérdida de ninguna de nuestras vidas, solo del barco.²³ Pues se me presentó durante la noche un ángel del Dios del que soy y al que venero²⁴ para decirme: “Deja de tener miedo, Pablo, es preciso que te presentes ante el César, y, mira, Dios te ha otorgado a todos los que navegan contigo”.²⁵ Por eso, animaos, amigos; pues confío en Dios porque sucederá tal como me ha dicho.²⁶ Es preciso que acabemos en alguna isla».

²⁷ Y cuando era la decimocuarta noche en que éramos

llevados por el Adriático, en medio de la noche los marineros notaban que se acercaban a tierra. ²⁸ Y al echar el ancla encontraron veinte brazas, pero apartándose un poco y echando otra vez el ancla encontraron quince; ²⁹ Y temiendo caer en un lugar escarpado, echando cuatro anclas desde la popa esperaban que llegara el día. ³⁰ Pero como los marineros quisieran huir del barco y lanzaran al mar el bote con la excusa de que iban a tensar las anclas de proa, ³¹ dijo Pablo al centurión y a los soldados: «Si estos no permanecen en el barco, vosotros no podréis salvaros». ³² Entonces los soldados cortaron las cuerdas del bote y lo dejaron caer.

³³ Mientras estaba para llegar el día, Pablo aconsejaba a todos tomar alimento diciendo: «Habéis cumplido catorce días y habéis esperado sin comer nada. ³⁴ Por eso os animo a que comáis; pues esto es lo que conviene a vuestra salvación, pues no se perderá ni un cabello de ninguno de vosotros». ³⁵ Y tras decir esto y tomar pan, dio gracias a Dios ante todos y, tras partirlo, comenzó a comer. ³⁶ Y una vez todos de buen ánimo, también ellos tomaron alimento. ³⁷ Y alcanzábamos las personas del barco el número de doscientas setenta y seis. ³⁸ Y ya hartos de comida, aligeraron el barco arrojando la comida al mar.

³⁹ Y cuando llegó el día, no reconocían la región, pero distinguían un golfo con playa a la que querían sacar el barco si era posible. ⁴⁰ Tras soltar las anclas las dejaron caer al mar, mientras soltaban las sogas de los timones e izando el artimón al viento y fuero llevados hasta la playa. ⁴¹ Pero chocando contra un promontorio llevaron a tierra la nave y la proa quedó elevada sin zarandeos, pero la popa se partió por la fuerza de las olas. ⁴² Y se tomó la decisión por parte de los soldados de matar a los marineros para que ninguno huyera nadando. ⁴³ Pero el centurión, que quería salvar a Pablo,

impidió su decisión y ordenó que los que pudieran nadar se lanzaran los primeros al agua para alcanzar tierra, ⁴⁴ y el resto unos sobre tablones, otros sobre cualquier trozo del barco. Y así sucedió que todos se salvaron.

28 ¹ Y una vez salvados, supimos entonces que la isla se llama Malta. ² Y los bárbaros nos ofrecían una hospitalidad poco usada, pues tras encender una hoguera nos llevaron a todos por causa de la lluvia y el frío. ³ Y tras preparar Pablo un haz de leños y colocarlo en la hoguera, una víbora que se iba del calor mordió su mano. ⁴ Y cuando los bárbaros vieron la bestia colgando de su mano, se decían unos a otros: «Seguramente este hombre es un asesino al que la justicia divina no permitió vivir después de salvarlo del mar». ⁵ Él, por su parte, sacudiéndose el animal a la hoguera no sufrió mal alguno, ⁶ pero ellos pensaban que iba a envenenarse o caer de pronto al fuego. Y como ya esperaran mucho y vieran que nada extraño le había sucedido, cambiando de opinión decían que era un dios.

⁷ En las cercanías tenía el jefe de la isla, llamado Publio, sus posesiones, el cual nos dio albergue amistosamente durante tres días. ⁸ Y sucedía que el padre de Publio estaba en cama afectado de fiebre y disentería, y Pablo se fue a él y rezó, y le impuso las manos y lo curó. ⁹ Y una vez sucedió esto, todos los demás isleños enfermos se acercaban y eran curados, ¹⁰ y nos honraron de muchas formas y nos dieron todo lo necesario cuando nos hicimos a la mar.

¹¹ Y después de tres meses nos fuimos en un barco que había pasado el invierno en la isla alejandrina, señalada con los Dióscuros^[397]. ¹² Y tras alcanzar Siracusa permanecimos allí tres días, ¹³ de donde partimos y llegamos a Regio. Y después de un día, como se levantara viento sur, llegamos al segundo día a Putéoli, ¹⁴ donde, tras encontrar hermanos,

fuimos invitados por ellos a quedarnos siete días; y así llegamos a Roma. ¹⁵ Y allí, cuando los hermanos oyeron nuestras noticias vinieron a nuestro encuentro hasta el Foro Apio y Tres Tabernas, y Pablo, cuando los vio, dio gracias a Dios y cobró ánimos. ¹⁶ Y cuando llegamos a Roma se permitió a Pablo quedarse en casa particular con el soldado que le vigilaba.

¹⁷ Y después de tres días sucedió que convocó a los que eran los jefes de los judíos; y una vez reunidos les decía: «Yo, hermanos, que no hice nada contra el pueblo o las costumbres de nuestros padres, fui entregado como preso en Jerusalén a manos romanas, ¹⁸ los cuales, tras juzgarme, decidieron dejarme libre por no haber encontrado causa de muerte en mí. ¹⁹ Pero como se opusieran los judíos, fue necesario apelar al César, no porque tuviera algo de que acusar a mi nación. ²⁰ Por esa causa os convoqué para conoceros y hablaros, pues por la esperanza de Israel llevo esta cadena». ²¹ Y ellos le dijeron: «Nosotros ni hemos recibido cartas sobre ti procedentes de Judea, ni se ha presentado ninguno de los hermanos para detallarnos o contarnos crimen alguno sobre ti. ²² Y juzgamos correcto escuchar de ti lo que piensas, pues sobre esta secta nos es conocido lo que se le reprocha en todas partes».

²³ Y tras fijarle un día llegaron a su casa muchos, a los que expuso, poniéndose como testigo, el reino de Dios, convenciendo a muchos sobre Jesús a partir de la Ley de Moisés y los profetas, desde la mañana hasta la tarde. ²⁴ Y unos atendieron a lo dicho, otros desconfiaron; ²⁵ y se despedían, estando en desacuerdo unos de otros, cuando Pablo dijo una sola cosa: «Que el Espíritu santo habló correctamente por boca de Elías el profeta anterior a vuestros padres ²⁶ cuando dijo: *Dirígete a este pueblo y dile: Con el oído*

oiréis, y de ninguna manera comprenderéis, y cuando veáis, no veréis, y de ninguna manera veré.²⁷ Pues se endureció el corazón de este pueblo, y con los oídos difícilmente oyeron y sus ojos los cerraron, para no ver con los ojos ni oír con los oídos ni comprender con el corazón y se conviertan y los salve^[398].

²⁸ Así pues, debéis saber que esta salvación de Dios fue enviada a las naciones; ellos también escucharán^[399]».

³⁰ Y permaneció dos años completos en una habitación alquilada y recibía a todos los que venían a él, ³¹ anunciando el reino de Dios y enseñando lo referido Jesús Cristo el Señor con toda libertad y sin impedimento.

EVANGELIO DE JUAN

(Hacia el 95-100)

Autor: Desconocido. Probablemente actuaron en él varias manos, con un redactor final.

Fecha probable de composición: Hacia 90/100 d. de C.

Lugar de composición: Desconocido. Quizá algún lugar de Samaria/de Asia Menor/de Éfeso.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Un papiro del segundo cuarto del siglo II, del III y centenares de manuscritos a partir del siglo IV.

El Evangelio de Juan, comparado con los tres Sinópticos, presenta muy notables diferencias y plantea serios problemas de interpretación, porque su imagen de Jesús es muy distinta de la de sus antecesores. Existen grandes divergencias entre el autor de este escrito y los Sinópticos en el marco cronológico y geográfico en el que desarrolla la actividad de Jesús, en el modo de hablar de este, quien, por ejemplo, no habla en parábolas; la teología expresada por Jesús en sus discursos es también notablemente distinta.

Tales diferencias hallan una cierta explicación en que conoce

ciertamente, si no los evangelios anteriores, sí al menos la tradición sinóptica que está detrás de ellos y forma su base; pero no la utiliza tal cual, sino que la repiensa, la reelabora y la reescribe. El carácter simbólico y místico de este evangelio indica de modo indirecto al lector que Juan no deseaba reproducir simplemente la tradición que sobre Jesús le había llegado. Medita sobre ella y la presenta de manera que la figura de Jesús aparezca como él —el autor de un evangelio nuevo— cree que en realidad fue.

El redactor del evangelio presenta como garante de su información a un «discípulo amado» de Jesús, a quien nunca se denomina por su nombre. Por ello muchos intérpretes creen que este personaje es solo, o ante todo, la figura literaria del discípulo ideal de Jesús.

El autor es en sí desconocido. Como dato para calcular la fecha de composición del Evangelio de Juan tenemos un hecho que nos impide ir más allá del 125/130 d. de C.: el Papiro 52, que contiene restos de Jn 18, 31-33, 37-38 y que los paleógrafos fechan más o menos por esa época. El Evangelio tuvo que componerse, pues, antes..., y con un tiempo suficiente como para ser conocido y copiado en Egipto. Es razonable pensar en una composición durante los años finales del siglo I.

El lugar de composición es dudoso. Como el autor parece un judío marginal muy helenizado (por la influencia en él del espíritu gnóstico) se ha pensado en Samaria, como lugar marginal respecto a Judea y por el papel de los samaritanos en este evangelio (cap. 4). Otros estudiosos han propuesto alguna ciudad de Asia Menor, de lengua griega, que tuviera una gran población judía. Y dado que la tradición sitúa el final de los días del apóstol Juan en Éfeso, se piensa en esta ciudad.

1 ¹ En el principio estaba la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. ² Esta estaba en el principio con Dios. ³ Todo surgió mediante ella, y sin ella nada surgió. ⁴ En ella había vida, y la vida era la luz de los hombres; ⁵ y la luz brilla en la oscuridad, y la oscuridad no la atrapó.

⁶ Hubo un hombre, enviado por Dios, cuyo nombre era Juan; ⁷ él vino para testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran gracias a él. ⁸ No era aquel la luz, sino quien testimoniara sobre la luz.

⁹ Era ^[400] la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre, la que viene al mundo. ¹⁰ En el mundo estaba, y el mundo gracias a ella surgió, y sin embargo el mundo no la conoció. ¹¹ Vino a los suyos, y los suyos no la aceptaron. ¹² Pero cuantos la recibieron, a ellos ^[401] les dio poder para convertirse en hijos de Dios, a los que creen en su nombre, ¹³ quienes no fueron engendrados a partir de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios.

¹⁴ Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como de Hijo único del Padre, llena de gracia y verdad. ¹⁵ Juan da testimonio sobre ella y ha gritado al decir: «Este era el que dije ^[402]: el que va a venir detrás de mí ha nacido delante de mí porque vivía antes que yo. ¹⁶ Porque de su plenitud tomamos todos nosotros también una gracia tras otra; ¹⁷ porque la Ley fue dada gracias a Moisés, la gracia y la verdad surgió gracias a Jesús Cristo. ¹⁸ A Dios nadie lo ha visto jamás; el Dios Hijo único ^[403] que está en el seno de su Padre, él lo explicó.

¹⁹ Y este es el testimonio de Juan, cuando los judíos le enviaron desde Jerusalén a sacerdotes y levitas para preguntarle: «¿Quién eres tú?». ²⁰ Él confesó y no negó, y

confesó: «Yo no soy el Cristo». ²¹ Y le preguntaron: «¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías?». Y dice: «No soy». «¿Eres tú el profeta?». Y respondió: «No». ²² Entonces le dijeron: «¿Quién eres? Para que demos una respuesta a quienes nos enviaron: ¿Qué dices sobre ti mismo?». ²³ Dijo: *Voz del que grita en el desierto; enderezad el camino del Señor*^[404], tal como dijo el profeta Isaías.

²⁴ Y habían sido enviados unos fariseos. ²⁵ Y le preguntaron y dijeron: «¿Por qué entonces bautizas si tú no eres el Cristo ni Elías ni el profeta?» ²⁶ Juan les respondió diciendo: «Yo bautizo mediante agua; en medio de vosotros ya está ese al que no veis, ²⁷ el que viene detrás de mí, cuyo cordón de la sandalia no soy digno de desatar». ²⁸ Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba y bautizaba.

²⁹ Al día siguiente ve que Jesús se acerca a él y dice: «Mirad, el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. ³⁰ Este es aquel de quien dije: Detrás de mí viene un hombre que ha nacido antes que yo, porque era anterior a mí. ³¹ Y yo no lo conocía, sin embargo, para que se mostrara a Israel, para eso vine yo a bautizar mediante agua». ³² Y dio testimonio Juan diciendo: «He visto el Espíritu bajando como una paloma desde el cielo y se quedaba sobre él. ³³ Y yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar mediante agua ese me dijo: “Sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, este es el que bautiza mediante un Espíritu santo”. ³⁴ Y yo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios».

³⁵ Al día siguiente de nuevo estaba allí Juan y dos de sus discípulos, ³⁶ y al prestar atención a Jesús, que pasaba, dice: «Mirad, el cordero de Dios». ³⁷ Y sus dos discípulos le oyeron decirlo y siguieron a Jesús. ³⁸ Y cuando se vuelve Jesús y ve que lo seguían les dice: «¿Qué buscáis?». Y ellos le dijeron: «Rabí^[405]», que traducido se dice: «Maestro, ¿dónde vives?». ³⁹

Les dice: «Venid y vedlo». Así pues, fueron y vieron dónde vivía y aquel día se quedaron junto a él; era como la hora décima. ⁴⁰ Era Andrés, el hermano de Simón Pedro, uno de los dos que habían oído a Juan y lo habían seguido; ⁴¹ este lo primero que hace es encontrar a su hermano Simón y le dice: «He encontrado al Mesías», que se traduce Cristo^[406]. ⁴² Lo condujo ante Jesús. Mirándolo atentamente, Jesús le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú serás llamado Cefas», que se traduce Pedro.

⁴³ Al día siguiente quiso ir a Galilea y encuentra a Felipe, y le dice Jesús: «Sígueme». ⁴⁴ Felipe era de Betsaida, de la ciudad de Andrés y Pedro. ⁴⁵ Felipe encuentra a Natanael y le dice: «Al que describió^[407] en la Ley Moisés y los profetas he encontrado, Jesús hijo de José de Nazaret». ⁴⁶ Y le dijo Natanael: «¿De Nazaret puede venir algo bueno?». Le dice Felipe: «Ven y mira». ⁴⁷ Vio Jesús que se le acercaba Natanael y dice sobre él: «Mira, un israelita en quien verdaderamente no hay engaño». ⁴⁸ Le dice Natanael: «¿Desde cuándo me conoces?». Respondió Jesús y le dijo: «Desde antes de que Felipe te hablara cuando estabas bajo la higuera te vi». ⁴⁹ Le respondió Natanael: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel». ⁵⁰ Respondió Jesús y le dijo: «¿Porque te digo que te vi bajo la higuera, crees? ¡Cosas mayores que esto verás!». ⁵¹ Y le dice: «Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, veréis *el cielo abierto y los ángeles de Dios subiendo y bajando*^[408] sobre el Hijo del hombre».

2 ¹ Al tercer día había una boda en Caná de Galilea, y estaba la madre de Jesús allí. ² Fue también invitado Jesús y sus discípulos a la boda. ³ Y, como faltara vino, le dice la madre de Jesús a Jesús^[409]: «No tienen vino». ⁴ Y le dice Jesús: «¿Qué nos importa a ti y a mí, mujer? Todavía no llega mi hora». ⁵ Dice su madre a los sirvientes: «Haced lo que él os

diga». ⁶ Y había allí seis tinajas de piedra situadas para la purificación de los judíos con una capacidad de dos o tres metretas^[410]. ⁷ Les dice Jesús: «Llenad las tinajas de agua». Y las llenaron hasta arriba. ⁸ Y les dice: «Sacad ahora y llevadlo al presidente del banquete». Y ellos lo llevaron. ⁹ Y como probó el presidente del banquete el agua ya convertida en vino y no sabía de dónde venía, pero los sirvientes lo sabían los que habían sacado el agua^[411], se dirige al novio el presidente del banquete ¹⁰ y le dice: «Cualquiera pone primero el vino bueno y cuando están borrachos el malo; tú has guardado el vino bueno hasta ahora».

¹¹ Este comienzo de sus signos hizo Jesús en Caná de Galilea y dio a conocer su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

¹² Después de esto bajó a Cafarnaún él, su madre, sus hermanos y sus discípulos, y allí permanecieron no muchos días.

¹³ Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió a Jerusalén Jesús.

¹⁴ Y encontró en el Templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas y a los cambistas allí sentados, ¹⁵ y tras preparar un látigo con cuerdas echó a todos del Templo, y a las ovejas y bueyes, y de los cambistas desparramó el dinero y volcó las mesas, ¹⁶ y a los que vendían palomas les dijo: «Llevaos esto de aquí, dejad de hacer de la casa de mi Padre una casa de negocio». ¹⁷ Recordaron sus discípulos que está escrito: *El celo de tu casa me devorará*^[412].

¹⁸ Por su parte, respondieron los judíos y le dijeron: «¿Qué señal nos muestras, que haces esto?». ¹⁹ Respondió Jesús y les dijo: «Destruid este Templo y en tres días lo levantaré». ²⁰ Le dijeron por su parte los judíos: «En cuarenta y seis años fue

construido este Templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?». ²¹ Pero aquel hablaba sobre el Templo de su cuerpo. ²² Sin embargo, cuando fue resucitado de los muertos, los discípulos recordaron que decía esto, y creyeron en la Escritura y en la palabra que dijo Jesús.

²³ Y cuando estaba en Jerusalén en la Pascua, durante la fiesta, muchos creyeron en su nombre al ver los signos^[413] que llevaba a cabo; ²⁴ pero Jesús no se confiaba a ellos por el hecho de que conocía a todos y porque no tenía necesidad de que nadie diera testimonio sobre el hombre, pues él sabía qué hay en el hombre.

3 ¹ Había un fariseo, Nicodemo de nombre, magistrado de los judíos; ² este se acercó a él de noche y le dijo: «Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; pues nadie puede hacer los signos que tú haces, si no está Dios con él». ³ Respondió Jesús y le dijo: «Verdaderamente, verdaderamente te lo digo, quien no nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios». ⁴ Le dice Nicodemo: «¿Cómo puede un hombre nacer si ya es viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez al vientre de su madre y nacer?» ⁵ Respondió Jesús: «Verdaderamente, verdaderamente te lo digo, quien no nazca del agua y del espíritu no puede entrar en el reino de Dios. ⁶ Lo nacido de la carne, carne es, y lo nacido del espíritu, espíritu es. ⁷ No te sorprendas porque te dije: Es preciso que nazcáis de nuevo. ⁸ El Espíritu sopla donde quiere y escuchas su sonido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo el que ha nacido del Espíritu». ⁹ Respondió Nicodemo y dijo: «¿Cómo puede suceder eso?». ¹⁰ Respondió Jesús y le dijo: «¿Tú eres el maestro de Israel y no conoces esto? ¹¹ Verdaderamente, verdaderamente te lo digo, lo que sabemos lo decimos y lo que hemos visto lo testimoniamos, aunque nuestro testimonio no lo aceptáis. ¹²

Si os dije lo terreno y no lo creísteis, ¿cómo es que si dijera lo celestial lo creeríais? ¹³ Y nadie ha subido al cielo salvo quien ha bajado del cielo, el Hijo del hombre. ¹⁴ Y tal como Moisés exaltó a la serpiente en el desierto, así es necesario que sea exaltado el Hijo del hombre, ¹⁵ para que todo el que crea, mediante él tenga vida eterna. ¹⁶ Pues tanto amó Dios al mundo, que dio a su hijo único para que todo el que crea en él no muera, sino que tenga vida eterna. ¹⁷ Pues no envió Dios a su Hijo al mundo para que juzgara al mundo, sino para que el mundo fuera salvado gracias a él. ¹⁸ Quien cree en él, no es juzgado; pero el que no cree ya ha sido juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. ¹⁹ Y este es el juicio, que la luz ha venido al mundo y los hombres amaron más la oscuridad que la luz^[414]; pues sus obras eran malas. ²⁰ Pues todo el que comete bajezas odia la luz y no va hacia la luz, para que sus actos no sean puestos en evidencia; ²¹ pero el que actúa con verdad va hacia la luz, para que sus actos sean puestos de manifiesto porque han sido hechos mediante Dios».

²² Después de esto, fue Jesús y sus discípulos a Judea y allí permanecía con ellos y bautizaba.

²³ Y estaba también Juan bautizando en Ainón cerca de Salim, porque había mucha agua allí y venían y eran bautizados; ²⁴ pues todavía no había sido llevado a la cárcel Juan.

²⁵ Entonces hubo una discusión de los discípulos de Juan con un judío sobre la purificación. ²⁶ Y se acercaron a Juan y le dijeron: «Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, del que tú has dado testimonio, mira, él bautiza y todos van a él». ²⁷ Respondió Juan y dijo: «No puede un hombre aceptar nada salvo que le haya sido concedido desde el cielo. ²⁸ Vosotros sois testigos míos de que dije “No soy yo el Cristo,

sino que he sido enviado por delante de él”. ²⁹ El que tiene una novia es el novio; pero el amigo del novio, que está allí y escucha, se alegra con la voz del novio. Por tanto, esta alegría mía se ha cumplido. ³⁰ Es preciso que él medre y yo venga a menos».

³¹ El que viene de arriba está por encima de todos; el que proviene de la tierra proviene de la tierra y habla desde la tierra. El que viene del cielo, está por encima de todos; ³² El que ha visto y oído da este testimonio, aunque nadie acepta su testimonio. ³³ El que aceptó su testimonio afirmó que Dios es la verdad. ³⁴ Pues aquel que envió Dios dice las cosas de Dios, pues no da el espíritu con medida. ³⁵ El Padre ama al Hijo y ha dado todo mediante su mano. ³⁶ El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el que no obedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece con él.

4 ¹ Así pues, cuando supo Jesús que los fariseos oyeron «Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan» —² aunque realmente Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos—, ³ dejó Judea y volvió de nuevo a Galilea.

⁴ Y era necesario que cruzara por Samaria. ⁵ Así pues, se dirige a la ciudad de Samaria llamada Sicar, vecina del lugar que Jacob dio a su hijo José; ⁶ y allí estaba la fuente de Jacob. Así pues, Jesús, cansado del viaje, estaba sentado junto a la fuente; era hacia la hora sexta. ⁷ Llega una mujer de Samaria para sacar agua. Le dice Jesús: «Dame de beber»; ⁸ pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar alimentos. ⁹ Así pues, le dice la samaritana: «¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides beber, a una mujer que es samaritana? Pues los judíos no tratan con samaritanos». ¹⁰ Respondió Jesús y le dijo: «Si conocieras el regalo de Dios y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú se lo habrías pedido y él te habría dado agua viva». ¹¹ Le dice la mujer: «Señor, ni siquiera tienes

cántaro y el pozo es profundo; ¿de qué tienes tú el agua viva?
¹² ¿Acaso eres tú mejor que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo y él mismo bebió de él, y sus hijos y sus animales?». ¹³ Respondió Jesús y le dijo: «Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed; ¹⁴ pero quien beba del agua que yo le daré, jamás volverá a tener sed hasta la eternidad, sino que el agua que yo le daré en él se convertirá en fuente de agua que brota hacia una vida eterna».

¹⁵ Le dice la mujer: «Señor, dame esta agua para que no tenga sed ni venga aquí a sacar». ¹⁶ Le dice a ella: «Venga, díselo a tu marido y ven aquí». ¹⁷ Respondió la mujer y le dijo: «No tengo marido». Le dice Jesús: «Bien dijiste “No tengo marido”, ¹⁸ pues tenías cinco maridos y ahora, el que tienes, no es tu marido; has dicho la verdad». ¹⁹ Le dice la mujer: «Señor, observo que eres profeta. ²⁰ Nuestros padres se arrodillaban en este lugar^[415]; y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde hay que arrodillarse». ²¹ Le dice Jesús: «Créeme, mujer, que se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén os arrodillaréis ante el Padre. ²² Vosotros os arrodilláis ante lo que no conocéis; nosotros nos arrodillamos ante lo que conocemos, porque la salvación proviene de los judíos. ²³ Pero viene la hora, y es ahora, en que los verdaderos adoradores se arrodillarán ante el Padre mediante espíritu y verdad; pues también el Padre busca a los que se arrodillan ante él. ²⁴ Dios es espíritu, y es preciso que quienes se arrodillan ante él se arrodillen mediante el espíritu y la verdad». ²⁵ Le dice la mujer: «Sé que viene un Mesías, el llamado Cristo; cuando llegue él, nos explicará todo». ²⁶ Le dice Jesús: «Yo soy, el que te está hablando».

²⁷ Y en esto vinieron sus discípulos y se sorprendían de que hablaba con una mujer; aunque, desde luego, nadie dijo: «¿Qué buscas o por qué hablas con ella?». ²⁸ Así pues, la mujer

dejó su cántaro y se marchó a la ciudad y dice a los hombres: ²⁹ «Venid y ved a un hombre que me dijo todo cuanto he hecho, ¿no es este el Cristo?». ³⁰ Salieron de la ciudad y se llegaban a él.

³¹ Entretanto, le pedían los discípulos diciendo: «Rabí, come». ³² Él les dijo: «Tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis». ³³ Por su parte, se decían los discípulos unos a otros: «¿Le trajo alguien de comer?». ³⁴ Les dice Jesús: «Mi alimento es que haré la voluntad de quien me envía y terminaré su obra. ³⁵ ¿No decís vosotros: “Cuatro meses más y llegará la siega”? Mirad, yo os digo, levantad los ojos y contemplaréis las tierras que están amarillas para la siega. ³⁶ El que siega recibe su paga y amontona fruto para la vida eterna, para que el sembrador se alegre de la misma manera que el segador. ³⁷ Pues en esto el refrán es cierto, porque uno es el sembrador y otro el segador. ³⁸ Yo os envié a segar lo que vosotros no habéis trabajado; otros han trabajado y vosotros os aprovecháis de su trabajo».

³⁹ De aquella ciudad muchos samaritanos creyeron en él gracias a lo dicho por la mujer que atestiguó: «Me dijo todo lo que yo he hecho». ⁴⁰ Así pues, cuando se le acercaron los samaritanos, le pedían que se quedara entre ellos; y permaneció allí dos días. ⁴¹ Y muchos más creyeron gracias a su palabra, ⁴² y decían a la mujer: «Ya no creemos por tu relato, pues nosotros mismos hemos escuchado y sabemos que este es verdaderamente el salvador del mundo».

⁴³ Después de dos días se marchó de allí a Galilea; ⁴⁴ pues Jesús mismo dio testimonio de que un profeta no tiene veneración en su tierra. ⁴⁵ Sin embargo, cuando llegó a Galilea, lo acogieron los galileos que ya habían visto todo cuanto hizo en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos fueron a la fiesta.

⁴⁶ Así pues, fue de nuevo a Caná de Galilea, donde convirtió el agua en vino.

Y había un servidor del rey cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaún. ⁴⁷ Él, cuando oyó «Jesús llega de Judea a Galilea», fue a él y le pidió que bajara y curara a su hijo, pues estaba a punto de morir. ⁴⁸ Por su parte, le dijo Jesús: «Si no veis signos y prodigios, jamás creeréis». ⁴⁹ Le dice el criado del rey: «Señor, baja antes de que muera mi hijo». ⁵⁰ Le dice Jesús: «Márchate, tu hijo vive». Creyó el hombre en la palabra que le dio Jesús y se marchó. ⁵¹ Y cuando ya se bajaba él, sus siervos salieron a su encuentro para decirle «Tu hijo vive». ⁵² Les preguntó entonces la hora en que empezaba a sentirse mejor; entonces le dijeron: «Ayer, hacia la hora séptima, lo dejó la fiebre». ⁵³ Supo entonces el padre que en aquel momento en que le dijo Jesús: «Tu hijo vive», y creyó él y toda su casa. ⁵⁴ Este segundo signo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

5 ¹ Después de esto, había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén.

² Hay en Jerusalén, junto a la puerta probática^[416], una piscina llamada en hebreo Betzatá, que tiene cinco pórticos. ³ En ellos permanecía echada una multitud de enfermos, ciegos, cojos, tullidos^[417]. ⁵ Había allí un hombre con treinta y ocho años de enfermedad; ⁶ al ver Jesús a este echado y sabiendo que ya tenía mucho tiempo, le dice: «¿Quieres curarte?». ⁷ Le respondió el enfermo: «Señor, no tengo a nadie que, cuando se agite el agua, me meta en la piscina; en el momento en que yo voy, otro baja en mi lugar». ⁸ Le dice Jesús: «Levanta, toma tu camastro y anda». ⁹ Y al instante quedó sanado el hombre y tomó su camastro y se fue.

Era sábado aquel día. ¹⁰ En consecuencia, decían los judíos al curado: «Es sábado y no se atiene a la Ley que levantes tu

camastro». ¹¹ Él les respondió: «El que me ha sanado me dijo “Toma tu camastro y anda”». ¹² Le preguntaron: «¿Quién es el hombre que te dijo: “Toma y anda”?». ¹³ Pero el curado no sabía quién era, pues Jesús se alejó al haber mucha gente en el lugar. ¹⁴ Después lo encuentra Jesús en el Templo y le dijo: «Mira, te has curado, no peques más, para que no te ocurra algo peor». ¹⁵ Salió el hombre y explicó a los judíos: «Jesús es el que me sanó». ¹⁶ Y por eso persiguieron los judíos a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado.

¹⁷ Y Jesús les respondió: «Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo»; ¹⁸ por eso buscaban aún más los judíos matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios su Padre, haciéndose él igual a Dios.

¹⁹ Así pues, respondió Jesús y les dijo: «Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, no puede el hijo hacer nada por sí mismo salvo que vea al padre hacerlo; pues lo que aquel haga, de la misma manera lo hace el hijo también. ²⁰ Pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará cosas mayores que estas para que vosotros os admiréis. ²¹ Pues justamente tal como el Padre resucita a los muertos y los vuelve a la vida, también así el Hijo vuelve a la vida a quienes quiere. ²² Pues el Padre no juzga a nadie, sino que otorgó toda sentencia al Hijo, ²³ para que todos honren al Hijo tal como honran al Padre. Quien no honre al Hijo no honra al Padre que lo envía.

²⁴ «Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, quien escuche mi palabra y crea en quien me envía alcanza vida eterna y no va a juicio, y ya ha pasado de la muerte a la vida. ²⁵ Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, llega la hora y es ahora cuando los muertos escucharán la voz del Hijo de Dios y los que la escucharon vivirán. ²⁶ Pues justamente como el Padre tiene vida en sí mismo, así también concedió al Hijo

tener vida en sí mismo. ²⁷ Y le concedió poder para juzgar, porque es el Hijo del hombre. ²⁸ No os admiráis de esto, de que llega la hora en que todos los que están en las tumbas escucharán su voz, ²⁹ y los que hicieron el bien saldrán para una resurrección eterna, pero los que hicieron el mal, para una resurrección de juicio.

³⁰ «Yo no puedo nada por mí mismo; tal como escucho juzgo, y mi sentencia es justa, porque no busco mi voluntad, sino la de quien me envía.

³¹ «Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero; ³² otro es quien da testimonio de mí, y sé que es cierto el testimonio que da sobre mí. ³³ Vosotros habéis enviado gente a Juan y ha dado testimonio con verdad; ³⁴ pero yo no recibo testimonio de hombre alguno, sino que digo esto para que os salvéis. ³⁵ Aquel era la vela que arde y alumbra, y vosotros quisisteis disfrutar una hora con su luz.

³⁶ «Yo tengo mayor testimonio que Juan; pues las obras que me concedió mi Padre para que las culmine, estas obras que hago dan testimonio respecto a mí de que el Padre me ha enviado. ³⁷ Y el Padre que me envía él ha dado testimonio sobre mí. Ni su voz oiréis jamás ni su aspecto veréis, ³⁸ y su palabra no la tenéis entre vosotros, porque el que él envió, a ese no le creéis. ³⁹ Rastreáis las Escrituras porque vosotros pensáis obtener mediante ellas la vida eterna; aunque ellas son las que dan testimonio sobre mí; ⁴⁰ y no queréis venir a mí para alcanzar la vida eterna.

⁴¹ «No alcanzo la gloria de los hombres, ⁴² sino que sé que vosotros no tenéis el amor de Dios entre vosotros. ⁴³ Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me aceptáis; si viniera alguno en su propio nombre, a ese lo aceptaréis. ⁴⁴ ¿Cómo podéis creer que conseguís la gloria de otros, y la gloria del

único Dios no la buscáis?

⁴⁵ «No creáis que yo os acusaré ante el Padre; es Moisés quien os acusará, en el que habéis tenido esperanzas. ⁴⁶ Pues si creyerais en Moisés, creeríais en mí; pues aquel escribió sobre mí. ⁴⁷ Pero si no creéis en sus Escrituras, ¿cómo creeréis en mis palabras?».

6 ¹ Después de esto, salió Jesús para el otro lado del mar de Galilea, de Tiberíades. ² Lo siguió una gran multitud, porque veían los signos que llevaba a cabo en los enfermos. ³ Subió Jesús a la montaña y allí se sentó con sus discípulos. ⁴ Y estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.

⁵ Como alzó Jesús los ojos y viera que una gran multitud venía a él, dice a Felipe: «¿Dónde compraremos pan para que coman estos?» ⁶ Y dijo esto para tentarlo, pues él sabía qué iba a hacer. ⁷ Le respondió Felipe: «Doscientos denarios de pan no les llega para que tengan un poco». ⁸ Le dice uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: ⁹ «Hay un muchacho aquí que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos?». ¹⁰ Dijo Jesús: «Haced que los hombres se recuesten». Había hierba abundante en el lugar. Así pues, se recostaron los hombres en número de unos cinco mil. ¹¹ Tomó entonces los panes Jesús y, tras dar gracias, los dio a los que yacían por igual y de los peces cuanto quisieron. ¹² Y cuando se saciaron, dice a sus discípulos: «Recoged los trozos sobrantes para que no se pierda nada». ¹³ Así pues, recogieron y llenaron doce cestos de trozos procedentes de los cinco panes de cebada, lo que había sobrado a los que habían comido. ¹⁴ Así pues, los que vieron el signo que llevó a cabo decían: «Este es realmente el profeta que iba a venir al mundo». ¹⁵ En consecuencia, Jesús, que sabía que iban a venir y atraparlo para hacerlo rey, se alejó de nuevo a la montaña él solo.

¹⁶ Y cuando llegó la tarde, bajaron sus discípulos al mar, ¹⁷ y tras subir a un barco se marchaban al otro lado del mar, hacia Cafarnaún. Y ya se había hecho de noche y todavía no había ido con ellos Jesús, ¹⁸ y el mar, como soplara un fuerte viento, se encrespaba. ¹⁹ Sin embargo, cuando ya se habían adelantado unos veinticinco o treinta estadios, observan que Jesús camina sobre el mar y ya está cerca del barco, y se atemorizaron. ²⁰ Pero él les dice: «Soy yo; dejad de tener miedo». ²¹ Por su parte, ellos querían recogerlo en la barca, aunque al instante llegó el barco a tierra, donde se dirigían.

²² Al día siguiente, la multitud situada al otro lado del mar vio que no había otra barca allí y que no subió Jesús al barco con sus discípulos, sino que salieron solos sus discípulos; ²³ pero llegaron barcas de Tiberíades cerca del lugar donde comieron el pan tras dar gracias el Señor. ²⁴ Así pues, cuando la multitud vio que Jesús no estaba allí ni sus discípulos, subieron a las barcas y fueron a Cafarnaún buscando a Jesús. ²⁵ Y al encontrarlo al otro lado del mar, le dijeron: «Rabí, ¿cuándo has llegado aquí?».

²⁶ Les respondió Jesús y dijo: «Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, me buscáis no porque veis signos, sino porque comisteis de los panes y os hartasteis. ²⁷ Procuraos no el alimento perecedero, sino el alimento que perdura hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os dará, pues a este confirmó Dios Padre». ²⁸ A su vez, le dijeron: «¿Qué haremos para realizar las obras de Dios?». ²⁹ Respondió Jesús y les dijo: «Esta es la obra de Dios, que creáis en quien él envió».

³⁰ En respuesta, le dijeron: «¿Qué signo entonces haces tú para que veamos y creamos en ti? ¿Qué logras? ³¹ Nuestros padres comieron el maná en el desierto, tal como está escrito: *Les dio pan del cielo para comer*^[418]». ³² A su vez, les dijo Jesús:

«Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, Moisés no os ha dado pan del cielo, sino que mi Padre os da verdadero pan del cielo; ³³ pues el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo». ³⁴ Entonces le dijeron: «Señor, danos siempre este pan». ³⁵ Les dijo Jesús: «Yo soy el pan de vida; el que se acerca a mí, jamás tendrá hambre, y el que cree en mí, jamás tendrá sed.

³⁶» Pero os dije que me habéis visto y no creéis. ³⁷ Todo lo que me dé el Padre llegará a mí, y el que venga a mí no será arrojado fuera, ³⁸ porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de quien me envía. ³⁹ Y esta es la voluntad de quien me envía, que no pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite el último día. ⁴⁰ Pues esta es la voluntad de mi Padre, que todo el que vea al Hijo y crea en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré el último día».

⁴¹ Por su parte se quejaban los judíos de él porque dijo: «Yo soy el pan que baja del cielo», ⁴² y decían: «¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo es que ahora dice que ha bajado del cielo?». ⁴³ Respondió Jesús y dijo: «Dejad de murmurar entre vosotros. ⁴⁴ Nadie puede llegar a mí si el Padre, el que me envió, no lo libera, y yo lo resucitaré el último día. ⁴⁵ Está escrito en los profetas: Y todos serán *discípulos de Dios*^[419]. Todo el que escuche al Padre y aprenda, viene a mí. ⁴⁶ No se trata de que alguien ha visto al Padre, sino de que quien viene del Padre, ese ha visto al Padre. ⁴⁷ Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, el que cree, alcanza vida eterna. ⁴⁸ Yo soy el pan de la vida. ⁴⁹ Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; ⁵⁰ este es el pan que bajó del cielo, para que cualquiera coma de él y no muera. ⁵¹ Yo soy el pan que vive, el que bajó del cielo; quien coma de este pan vivirá hasta la eternidad, y el pan que yo os daré es mi carne a favor de la vida del mundo».

⁵² En estas peleaban los judíos entre sí diciéndose: «¿Cómo puede darnos su carne para comer?». ⁵³ En respuesta, les dijo Jesús: «Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, si no coméis la carne del Hijo del hombre ni bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. ⁵⁴ Quien coma mi carne y beba mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día. ⁵⁵ Pues mi carne es alimento verdadero y mi sangre es bebida verdadera. ⁵⁶ Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. ⁵⁷ Así como me envió el Padre que vive y yo vivo gracias a Padre, quien me coma vivirá gracias a mí. ⁵⁸ Este es el pan que bajó del cielo, no como el que comieron los padres y murieron; quien coma este pan vivirá hasta la eternidad».

⁵⁹ Esto dijo en la sinagoga cuando enseñaba en Cafarnaún.

⁶⁰ Por su parte, muchos discípulos suyos, que lo oyeron, dijeron: «Duro es este discurso; ¿quién puede oírlo?». ⁶¹ Pero sabedor Jesús en su interior de que sus discípulos murmuran sobre esto, les dijo: «¿Os escandaliza esto? ⁶² Entonces, ¿si veis al Hijo del hombre que sube donde estaba antes? ⁶³ El espíritu es el que hace volver a la vida, la carne no ayuda en nada; lo que yo os he dicho es espíritu y vida. ⁶⁴ Pero hay algunos de vosotros que no creen». Pues sabía Jesús desde el principio quiénes son los que no creen y quiénes son los que lo entregarán. ⁶⁵ Y decía: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si no le ha sido concedido por parte del Padre».

⁶⁶ Desde entonces muchos de sus discípulos se echaron atrás y ya no volvieron a caminar con él. ⁶⁷ Dijo entonces Jesús a los doce: «¿No queréis también vosotros marcharos?». ⁶⁸ Le respondió Simón Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tienes dichos de vida eterna, ⁶⁹ y nosotros hemos creído y reconocido que tú eres el santo de Dios». ⁷⁰ Les respondió Jesús: «¿No os elegí yo a vosotros, los doce? Y sin embargo,

entre vosotros hay un diablo». ⁷¹ Y decía a Judas, hijo de Simón Iscariote; pues este iba a entregarlo, uno de los doce.

7 ¹ Y después de esto se dirige Jesús a Galilea; pues no quería recorrer Judea, porque los judíos pretendían matarlo.

² Y estaba cerca la fiesta de los judíos de los Tabernáculos. ³ Así pues, le dijeron sus hermanos: «Vete de aquí y dirígete a Judea, para que también tus discípulos vean tus signos, los que ^[420] llevas a cabo, ⁴ pues nadie hace algo en secreto y busca estar en boca de todos. Si haces estas cosas, muéstrate al mundo». ⁵ Pues ni siquiera sus hermanos creían en él. ⁶ Por su parte, les dice Jesús: «Mi momento todavía no ha llegado, pero vuestra oportunidad siempre está a punto. ⁷ No puede el mundo odiaros, pero a mí me odia, porque yo doy testimonio sobre esto, que sus obras son malvadas. ⁸ Subid vosotros a la fiesta; yo no subiré a esta fiesta porque mi momento no se ha cumplido». ⁹ Y tras decir esto se quedó en Galilea.

¹⁰ Y cuando subieron sus hermanos a la fiesta, entonces subió también él, pero no a las claras, sino a escondidas. ¹¹ Pues los judíos lo buscaban en la fiesta y decían: «¿Dónde está ese?». ¹² Y había un fuerte rumor sobre él entre las gentes: unos decían es bueno; otros decían engaña a la gente. ¹³ No obstante, nadie hablaba claramente sobre él debido al miedo a los judíos.

¹⁴ Estando ya en su mitad la fiesta, subió Jesús al Templo y enseñaba. ¹⁵ En respuesta se sorprendían los judíos diciendo: «¿Cómo es que este sabe letras si no ha sido enseñado?». ¹⁶ Por su parte, les respondió Jesús y dijo: «Mi enseñanza no es mía, sino de quien me envía; ¹⁷ si alguien quiere hacer su voluntad, sabrá, a propósito de la enseñanza, si proviene de Dios o yo hablo por mí mismo. ¹⁸ El que habla por sí mismo

busca su propia gloria; pero el que busca la gloria de quien lo envía, este es el verdadero, y no hay injusticia^[421] en él.

¹⁹ «¿No os ha dado Moisés la Ley? Y ninguno de vosotros cumple la Ley. ¿Por qué pretendéis matarme?». ²⁰ Respondió la multitud: «Tienes un demonio; ¿quién pretende matarte?».

²¹ Respondió Jesús, y les dijo: «Una sola cosa hice y todos os sorprendéis. ²² Por eso Moisés os ha dado la circuncisión —no porque proviene de Moisés, sino de los Padres— y en sábado circuncidáis al hombre. ²³ Si un hombre recibe la circuncisión en sábado para que la Ley no sea quebrantada, ¿os enfadáis conmigo porque sané a un hombre completo en sábado? ²⁴ Dejad de juzgar de vista, al contrario, empezad a juzgar el juicio verdadero».

²⁵ Por su parte, decían algunos de Jerusalén: «¿No es este al que pretenden matar? ²⁶ Y mira, habla con toda libertad y nada le dicen. ¿Acaso saben con certeza los magistrados que este es el Cristo? ²⁷ Pero de este sabemos de dónde viene, en cambio el Cristo, cuando venga, nadie sabe de dónde viene».

²⁸ Daba voces Jesús en el Templo mientras enseñaba, y decía: «También a mí me conocéis y sabéis de dónde vengo; y no he venido por mí mismo, pero es verdadero quien me envía, al que vosotros no conocéis. ²⁹ Yo lo conozco, porque yo vengo de él y él me ha enviado». ³⁰ Así pues, pretendían prenderlo, aunque ninguno le echó mano, porque no había llegado su hora.

³¹ Muchos de la multitud creyeron en él y decían: «El Cristo, cuando llegue, ¿llevará a cabo más señales que las que hizo este?». ³² Oyeron los fariseos que a la multitud murmuraba esto de él, y los sumos sacerdotes y los fariseos enviaron servidores a prenderlo. ³³ Por su parte, dijo Jesús: «Estoy todavía un poco de tiempo con vosotros y me voy con quien me envió. ³⁴ Buscadme y no me encontraréis, y donde

yo estoy vosotros no podéis ir». ³⁵ En consecuencia, se dijeron los judíos: «¿Adónde va a ir este que no lo encontraremos? ¿Acaso va a dirigirse a la diáspora de los griegos y a enseñar a los griegos? ³⁶ ¿Qué es eso que dijo: “Buscadme y no me encontraréis, y donde yo voy vosotros no podéis ir”?».

³⁷ El último día de la fiesta, el día grande, Jesús se puso en pie y gritó para decir: «Si alguno tiene sed, que venga a mí y beberá. ³⁸ Quien crea en mí, así lo dijo la Escritura, manarán ríos de su vientre de agua viva». ³⁹ Y esto dijo sobre el espíritu que iban a alcanzar los que creyeran en él; pues no había espíritu, porque Jesús no había sido todavía glorificado.

⁴⁰ Los que de la multitud escucharon estas palabras, decían: «Este es verdaderamente el profeta»; ⁴¹ otros decían: «Este es el Cristo», y otros decían: «¿Pues no viene el Cristo de Galilea? ⁴² ¿No dijo la Escritura que de la descendencia de David y de la aldea de Belén, de donde venía David, viene el Cristo?». ⁴³ Se produjo una división en la multitud por esta causa; ⁴⁴ algunos de ellos querían prenderlo, pero ninguno le echó mano.

⁴⁵ Así pues, llegaron los servidores ante los sumos sacerdotes y fariseos y les dijeron aquellos: «¿Por qué no lo habéis traído?». ⁴⁶ Respondieron los criados: «Jamás habló así un hombre». ⁴⁷ A su vez, respondieron los fariseos: «¿También vosotros habéis sido engañados? ⁴⁸ ¿Alguno de los sumos sacerdotes creyó en él, o de los fariseos? ⁴⁹ Pero esta muchedumbre que no conoce la Ley está maldita». ⁵⁰ Les dice Nicodemo, el primero que se dirigió a él, que era uno de ellos: ⁵¹ «¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre si no lo escucha primero y sabe qué hace?». ⁵² Respondieron y le dijeron: «¿Eres tú también de Galilea? Pregunta y mira, que de galilea no sale ningún profeta».

8 ¹ Mas Jesús se fue al monte de los Olivos^[422]. ² Pero de madrugada se presentó otra vez en el Templo, y todo el pueblo acudía a él. Entonces se sentó y se puso a enseñarles. ³ Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio ⁴ y le dicen: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. ⁵ Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?». ⁶ Esto lo decían para tentarlo, para tener de qué acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. ⁷ Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra». ⁸ E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. ⁹ Ellos, al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio. ¹⁰ Incorporándose Jesús le dijo: «Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?». ¹¹ Ella respondió: «Nadie, Señor». Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más».

¹² Como respuesta^[423] se dirigió de nuevo Jesús a ellos diciendo: «Yo soy la luz del mundo; el que me siga jamás andará en la oscuridad, sino que llegará a la luz de la vida». ¹³ En respuesta, le dijeron los fariseos: «Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero». ¹⁴ Respondió Jesús y les dijo: «Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es cierto, porque sé de dónde vine y adónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni adónde voy. ¹⁵ Vosotros juzgáis según la carne, yo no juzgo a nadie. ¹⁶ Y si yo juzgo, mi sentencia es verdadera, porque no soy yo solo, sino yo y mi Padre que me envía. ¹⁷ También en vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos hombres es cierto. ¹⁸ Yo soy el que da testimonio de mí y da testimonio de mí el Padre que

me envía». ¹⁹ Por su parte le decían: «¿Dónde está tu Padre?». Respondió Jesús: «Ni a mí me conocéis ni a mi Padre; si me conocierais, también conoceríais a mi Padre». ²⁰ Todo esto dijo en el cepillo mientras enseñaba en el Templo; y nadie lo prendió, porque todavía no había llegado su hora.

²¹ Así pues, les dijo de nuevo: «Yo vengo y me buscáis, y morís por vuestros pecados; a donde yo voy, vosotros no podéis ir». ²² Por su parte, le decían los judíos: «¿Es que se va a matar él mismo? Porque dice: “A donde yo voy, vosotros no podéis ir”». ²³ Y les decía: «Vosotros sois de los de abajo, yo no soy de este mundo». ²⁴ Así pues, les dijo: «Morís por vuestros pecados, pues si no creéis que soy yo, morís por vuestros pecados». ²⁵ En respuesta le decían: «¿Quién eres tú?». Les dijo Jesús: «¿Qué^[424] os digo en principio? ²⁶ Tengo mucho que decir y juzgar sobre vosotros, pero el que me envía es verdadero, y yo digo al mundo lo que le escucho». ²⁷ No comprendieron que se refería al Padre. ²⁸ Así pues, les dijo Jesús: «Cuando exaltéis al Hijo del hombre, entonces comprenderéis que soy yo, y que por mí mismo no hago nada, sino que tal como me enseñó el Padre hablo. ²⁹ Y el que me envía está conmigo; no me dejó solo, porque yo hago siempre lo que le es grato».

³⁰ Mientras decía esto, muchos creyeron en él. ³¹ En respuesta, decía Jesús a los judíos que creían en él: «Si vosotros llegarais a perseverar en mi palabra, realmente seréis discípulos míos ³² y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». ³³ Le respondieron: «Somos descendencia de Abrahán y para nadie hemos servido como esclavos nunca; ¿cómo así dices que quedaremos libres?». ³⁴ Les respondió Jesús: «Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, que todo el que practica el pecado es esclavo del pecado. ³⁵ Pero el esclavo no se queda en la casa hasta la eternidad, el Hijo permanece hasta

la eternidad. ³⁶ Así pues, si el Hijo os libera, verdaderamente seréis libres.

³⁷» Sé que sois descendencia de Abrahán; pero pretendéis matarme, porque mi palabra no tiene cabida entre vosotros. ³⁸ Digo lo que yo he visto junto al Padre; también vosotros, en consecuencia, hacéis lo que habéis escuchado del Padre^[425]». ³⁹ Respondieron y le dijeron: «Nuestro Padre es Abrahán». Les dice Jesús: «Si sois hijos de Abrahán, practicad las obras de Abrahán; ⁴⁰ pero el caso es que ahora pretendéis matarme, un hombre que os dice lo que ha oído de Dios; esto no lo hizo Abrahán. ⁴¹ Vosotros practicáis las obras de vuestros Padres». En respuesta le dijeron: «Nosotros no hemos nacido de la prostitución, tenemos a Dios por Padre». ⁴² Les dijo Jesús: «Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais, pues yo salí y vengo del Padre. Pues no he venido por mí mismo, sino que aquel me envió. ⁴³ ¿Por qué no comprendéis mi discurso? Porque no podéis escuchar mi palabra. ⁴⁴ Vosotros procedéis del padre diablo y queréis cumplir la voluntad de vuestro padre. Aquel era un asesino desde el principio y no ha estado en la verdad, porque la verdad no está en él. Cuando hable la mentira, habla desde su carácter, porque es mentiroso y padre de ella^[426]. ⁴⁵ Pero yo, porque digo la verdad, no me creéis. ⁴⁶ ¿Quién de vosotros me pone en evidencia en lo relativo al pecado? Si digo verdad, ¿por qué no me creéis? ⁴⁷ Quien procede de Dios escucha las palabras de Dios; pero eso vosotros no me escucháis, porque no procedéis de Dios».

⁴⁸ Respondieron los judíos y le dijeron: «¿No decimos bien que eres samaritano y tienes un demonio?». ⁴⁹ Respondió Jesús: «Yo no tengo un demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis. ⁵⁰ Pero yo no busco mi gloria; hay quien busca y juzga. ⁵¹ Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, si alguno atendiese mi palabra, no vería la muerte

jamás». ⁵² En respuesta, le dijeron los judíos: «Ahora hemos comprendido que tienes un demonio. Abrahán murió, y los profetas, y tú dices: “Si alguno atendiese mi palabra, no vería la muerte jamás”. ⁵³ ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? Y los profetas murieron. ¿Por quién te tomas?». ⁵⁴ Respondió Jesús: «Si yo me glorifico, mi gloria no es nada; es mi Padre el que me glorifica, al que vosotros decís es nuestro Dios, ⁵⁵ y no lo habéis conocido, pero yo lo conozco. Y si dijera que no lo conozco, sería un mentiroso igual a vosotros; pero lo conozco y atiendo su palabra. ⁵⁶ Abrahán, vuestro padre, deseó ver mi día, y lo vio y se alegró». ⁵⁷ A su vez, le dijeron los judíos: «¿No tienes todavía cincuenta años y has visto a Abrahán?». ⁵⁸ Les dijo Jesús: «Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, Yo estoy antes de que Abrahán naciera». ⁵⁹ En respuesta tomaron unas piedras para arrojárselas. Pero Jesús se ocultó y salió del Templo.

9 ¹ Y al pasar vio a un ciego de nacimiento. ² Y le preguntaron sus discípulos diciendo: «Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que naciera ciego?». ³ Respondió Jesús: «Ni él pecó ni sus padres, sino para que se mostraran las obras de Dios mediante su persona. ⁴ Es necesario que practiquemos las obras de quien me envió mientras sea de día; llega la noche cuando nadie puede practicarlas. ⁵ Mientras yo esté en el mundo, soy la luz del mundo». ⁶ Después de decir esto, escupió al suelo e hizo un poco de barro de la saliva y untó el barro sobre sus ojos ⁷ y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé» (que se traduce «enviado»). En consecuencia, se fue, se lavó y volvió viendo.

⁸ Los vecinos y los que lo veían de ante, porque era mendigo, decían: «¿No es este el que estaba sentado para mendigar?». ⁹ Otros decían: «Es este»; otros decían: «No, pero

es igual que él». Él decía: «Soy yo». ¹⁰ Por su parte, le decían: «¿Cómo es que se te abrieron los ojos?». ¹¹ Él respondía: «El llamado Jesús hizo barro y untó mis ojos y me dijo: “Ve a Siloé y lávate”; así pues, fui y, después de lavarme, volví a ver». ¹² Y le dijeron: «¿Dónde está?». Dice: «No sé».

¹³ Lo llevan ante los fariseos al que un día fue ciego. ¹⁴ Pero era sábado el día en que Jesús hizo el barro y abrió sus ojos. ¹⁵ Así pues, también le preguntaban de nuevo los fariseos cómo es que volvió a ver. Él les dijo: «Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo». ¹⁶ En respuesta decían algunos de los fariseos: «No es este un hombre de Dios, porque no guarda el sábado». Pero otros decían: «¿Cómo puede un pecador llevar a cabo semejantes señales?». Y había división de opiniones entre ellos. ¹⁷ Así pues, le dicen al ciego de nuevo: «¿Qué dices tú sobre él por el hecho de que abrió tus ojos?». Él dijo: «Es un profeta».

¹⁸ Sin embargo, los judíos no creyeron de él que fuera ciego y volviera a ver hasta que hablaron con los padres de quien volvió a ver ¹⁹ y les preguntaron para decirles: «¿Es este vuestro hijo, del que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?». ²⁰ Respondieron entonces sus padres y dijeron: «Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; ²¹ pero cómo ve ahora no lo sabemos, o quién le abrió los ojos nosotros no lo sabemos; preguntadle a él, tiene edad para hablar sobre sí mismo». ²² Esto dijeron sus padres porque tenían miedo a los judíos; pues ya habían dispuesto los judíos que si alguien lo reconocía como el Cristo, quedaría excluido de la sinagoga. ²³ Por eso sus padres dijeron: «Tiene edad, preguntadle».

²⁴ Por su parte hablaron por segunda vez con el hombre que era ciego y le dijeron: «Da gloria a Dios; nosotros sabemos que eres un hombre pecador». ²⁵ Por su parte,

respondió él: «No sé si soy pecador; sé una cosa, que antes era ciego y ahora veo». ²⁶ En respuesta le dijeron: «¿Qué te hizo? ¿Cómo abrió tus ojos?». ²⁷ Les respondió: «Ya os lo dije y no me escuchasteis; ¿por qué queréis oírlo de nuevo? ¿No queréis vosotros convertirlos en discípulos suyos?». ²⁸ Y lo injuriaron y dijeron: «Tú eres discípulo suyo, pero nosotros somos discípulos de Moisés; ²⁹ nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés, pero no sabemos de dónde es». ³⁰ Respondió el hombre y les dijo: «En eso está lo admirable, en que vosotros no sabéis de dónde es, y ^[427] me abrió los ojos». ³¹ «Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero si alguien es piadoso de Dios y cumple su voluntad, lo escucha. ³² Nunca se oyó que nadie abriera los ojos de un ciego de nacimiento; ³³ si el no fuera de Dios, no podría hacer nada». ³⁴ Respondieron y le dijeron: «¿Todo tú naciste entre pecados y nos enseñas?». Y lo echaron fuera.

³⁵ Oyó Jesús que lo echaron fuera y, cuando lo encontró, dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». ³⁶ Respondió él y dijo: «¿Y quién es, señor, para que crea en él?». ³⁷ Le dijo Jesús: «Lo tienes a la vista, el que habla contigo es él». ³⁸ Y él dijo: «Creo, Señor»; y se arrodilló ante él.

³⁹ Y dijo Jesús: «Para juzgar vine a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, queden ciegos». ⁴⁰ Escucharon esto los fariseos que estaban con él y le dijeron: «¿Acaso somos también nosotros ciegos?». ⁴¹ Les dijo Jesús: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora decís “veo”, vuestro pecado permanece».

10 ¹ «Verdaderamente, verdaderamente os lo digo: el que no entra por la puerta al corral de las ovejas, sino que sube por otro sitio, es un ladrón y un bandolero; ² pero el que entra por la puerta es pastor de ovejas. ³ A este el que vigila la puerta le abre, y las ovejas oyen su voz, y llama a las

ovejas por su nombre particular y las saca. ⁴ Cuando ha sacado todas las ovejas, camina al frente de ellas y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz; ⁵ pero al extraño de ninguna manera lo siguen, sino que huyen de él porque no conocen la voz del extraño». ⁶ Este ejemplo les contó Jesús, pero ellos no sabían de qué les hablaba.

⁷ Así pues, les dijo de nuevo Jesús: «Verdaderamente, verdaderamente os lo digo: que yo soy la puerta de las ovejas. ⁸ Todos los que vinieron a mí son ladrones y bandoleros, pero no les hicieron caso las ovejas. ⁹ Yo soy la puerta; a través de mí, si alguien entrara, se salvará y entrará y saldrá y encontrará pasto. ¹⁰ El ladrón no va si no es para robar, matar y morir; yo vine para que tengan vida y tengan más.

¹¹» Yo soy el buen pastor. El pastor bueno da su vida por sus ovejas; ¹² el que está a jornal y no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve que viene el lobo y abandona las ovejas y huye —y el lobo se apodera de ellas y las dispersa—, ¹³ porque está a jornal y no se preocupa de las ovejas.

¹⁴» Yo soy el buen pastor, y conozco las mías y ellas me conocen, ¹⁵ tal como me conoce el Padre y yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas. ¹⁶ Y tengo otras ovejas que no son de este corral; y es preciso que las conduzca y conocerán mi voz, y se convertirán en un solo rebaño, un solo pastor.

¹⁷» Por eso el Padre me ama, porque doy mi vida para de nuevo recibirla. ¹⁸ Nadie me la quita, sino que yo la doy por mí mismo. Tengo autoridad para darla, y tengo autoridad para recibirla de nuevo; este encargo recibí de mi Padre».

¹⁹ De nuevo surgió la división de opiniones entre los judíos por estas palabras. ²⁰ Muchos decían: «Tiene un demonio y está loco; ¿por qué lo escucháis?». ²¹ Otros decían: «Estas

palabras no son de un endemoniado; ¿acaso puede un endemoniado abrir los ojos a los ciegos?».

²² Tenía lugar entonces la fiesta de la Consagración del Templo en Jerusalén, era invierno, ²³ y paseaba Jesús en el Templo por el pórtico de Salomón. ²⁴ Lo rodearon entonces los judíos y le decían: «¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? Si tú eres el Cristo, dínoslo con claridad». ²⁵ Les respondió Jesús: «Os lo dije y no me creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, estas dan testimonio de mí; ²⁶ pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. ²⁷ Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y me siguen, ²⁸ y yo les doy vida eterna y jamás morirán hasta la eternidad y nadie las arrebata de mi mano. ²⁹ Lo que me dio mi Padre es mejor que cualquier cosa. ³⁰ Mi Padre y yo somos una sola cosa».

³¹ Recogieron otra vez piedras los judíos para apedrearlo. ³² Les respondió Jesús: «Muchas obras buenas os enseñé procedentes de mi Padre; ¿por cuál de todas me apedreáis?».

³³ Le respondieron los judíos: «No te apedreamos por una obra buena, sino por blasfemia, y porque, siendo un hombre, te consideras Dios». ³⁴ Les respondió Jesús: «¿No está escrito en vuestra Ley: *Yo dije: sois dioses*^[428]? ³⁵ Si a aquellos para los que surgió la palabra de Dios los llama dioses, y la Escritura no puede ser quebrantada, ³⁶ ¿al que el Padre santificó y envió al mundo vosotros decís “blasfemas”, porque dije: “Soy hijo de Dios”? ³⁷ Si no llevo a cabo las obras de mi Padre, no creáis en mí; ³⁸ pero si las llevo a cabo, aunque no lleguéis a creer en mí, empezad a creer en las obras, para que lleguéis a conocer y sigáis conociendo que el Padre está en mí y yo en el Padre». ³⁹ Por su parte, buscaban de nuevo prenderlo, aunque se les escapó de las manos.

⁴⁰ Y partió de nuevo para la otra parte del Jordán, al lugar donde estuvo Juan primero bautizando, y se quedó allí. ⁴¹ Y

muchos se llegaron hasta él y decían: «Juan no llevó a cabo ninguna señal, pero todo cuanto dijo Juan sobre él era cierto». ⁴² Y muchos creyeron en él allí.

11 ¹ Había cierto enfermo, Lázaro de Betania, procedente de la aldea de María y Marta su hermana. ² Y era María la que ungió al Señor con bálsamo y secó sus pies con sus propios cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo. ³ Así pues, las hermanas enviaron a decirle: «Señor, mira, el que tú amas está enfermo». ⁴ Pero al oírlo, Jesús dijo: «Esta enfermedad no está destinada a la muerte, sino a favor de la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado gracias a ella». ⁵ Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. ⁶ Así pues, cuando escuchó que estaba enfermo, en ese momento se quedó en el lugar donde estaba dos días, ⁷ a continuación, después de esto, dice a sus discípulos: «Vayamos a Judea otra vez». ⁸ Le dicen los discípulos: «Rabí, ahora te buscan los judíos para apedrearte, ¿y de nuevo quieres ir allí?». ⁹ Respondió Jesús: «¿No tiene doce horas el día? Si uno camina durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; ¹⁰ pero si uno camina durante la noche, tropieza, porque no hay luz en él».

¹¹ Dijo esto, y después les dice: «Nuestro amigo Lázaro se ha dormido; pero iré para despertarlo». ¹² Le dijeron en respuesta los discípulos: «Señor, si se ha dormido se salvará». ¹³ Les había hablado Jesús sobre su muerte^[429], pero ellos pensaron: «Habla sobre el dormirse del sueño». ¹⁴ Así pues, cuando les dijo Jesús con claridad: «Lázaro ha muerto, ¹⁵ y me alegro por vosotros para que creáis, porque yo no estaba allí; pero vayamos allí». ¹⁶ Dijo por su parte Tomás, el llamado Gemelo, a sus compañeros: «Vayamos también nosotros para morir con él».

¹⁷ Así pues, una vez que fue Jesús, lo encontró muerto ya de

cuatro días, en el sepulcro. ¹⁸ Estaba Betania cerca de Jerusalén como unos quince estadios. ¹⁹ Y muchos de los judíos se habían llegado a Marta y María para consolarlas por su hermano. ²⁰ Así pues, cuando Marta oyó «Jesús viene», salió a su encuentro; María, en cambio, se quedó en casa. ²¹ Así pues, dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano; ²² pero ahora también sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá». ²³ Le dice Jesús: «Tu hermano resucitará». ²⁴ Le dice Marta: «Sé que resucitará en la resurrección del último día». ²⁵ Le dijo Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida; el que crea en mí vivirá aunque muera, ²⁶ y todo aquel que viva y crea en mí de ninguna manera morirá nunca. ¿Crees esto?». ²⁷ Le dice: «Sí, Señor, yo ya creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios que viene al mundo».

²⁸ Y tras decir esto salió y llamó a María, su hermana, para decirle a escondidas: «El maestro está aquí y te llama». ²⁹ Y ella, cuando lo oyó, se levantó rápidamente y se llegó a él. ³⁰ Todavía no había llegado Jesús a la aldea, sino que estaba en el lugar donde había salido a su encuentro Marta. ³¹ De manera que los judíos que estaban con ella en casa y la consolaban, al ver que María se levantaba a toda prisa y salía, la siguieron pensando: «Va al sepulcro para llorar allí».

³² Sin embargo, cuando María llegó donde estaba Jesús, al verlo cayó a sus pies para decirle: «Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano». ³³ Sin embargo, Jesús, cuando vio que lloraba y que los judíos que la acompañaban lloraban, se conmovió en su espíritu, se agitó ³⁴ y dijo: «¿Dónde lo habéis puesto?». Le dicen: «Señor, ven y mira». ³⁵ Lloró Jesús. ³⁶ Por su parte, decían los judíos: «Mira cómo lo quería». ³⁷ Pero algunos de ellos dijeron: «¿No podía el que abrió los ojos de un ciego hacer que él tampoco muriese?».

³⁸ Así pues, conmovido Jesús de nuevo en su interior, se dirige al sepulcro; era una cueva, y una piedra estaba encima.

³⁹ Dice Jesús: «Levantad la piedra». Le dice Marta, la hermana del muerto: «Señor, ya huele, pues es de cuatro días». ⁴⁰ Le dice Jesús: «¿No te dije que, si crees, verás la gloria de Dios?».

⁴¹ Así pues, levantaron la piedra. Y Jesús levantó los ojos y dijo: «Padre, te doy gracias porque me escuchaste. ⁴² Y yo sabía que siempre me escuchas, pero lo dije debido a la multitud que está aquí, para que crean que tú me has enviado». ⁴³ Y tras decir esto, gritó a grandes voces: «¡Lázaro, sal aquí!». ⁴⁴ Salió el muerto, con los pies y las manos atadas con vendas, y su cara estaba envuelta alrededor con un sudario. Les dice Jesús: «Soltadlo y permitidle venir».

⁴⁵ Como consecuencia de esto, muchos judíos que se habían acercado a María y que vieron lo que hizo, creyeron en él; ⁴⁶ Y algunos de ellos se dirigieron a los fariseos y les contaron lo que hizo Jesús.

⁴⁷ Así pues, se reunían en consejo los sumos sacerdotes y los fariseos y decían: «¿Qué hacemos, que este hombre lleva a cabo muchas señales? ⁴⁸ Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y acabarán con nuestro lugar^[430] y nación». ⁴⁹ Y uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote de aquel año, les dijo: «Vosotros no sabéis nada, ⁵⁰ ni calculáis lo que os conviene, un hombre muera a favor del pueblo y no perezca toda la nación. ⁵¹ Pero esto no lo dijo por sí mismo, sino que, siendo el sumo sacerdote de aquel año, profetizó que Jesús iba a morir a favor de su pueblo, ⁵² y no solo a favor de la nación, sino también para reunir en uno solo a los hijos de Dios dispersos. ⁵³ Así pues, desde aquel día tomaron la decisión de matarlo.

⁵⁴ Así pues, Jesús ya no andaba libremente entre los judíos, sino que se marchó de allí a una comarca cerca del desierto, a

la ciudad llamada Efraín, y allí permaneció con los discípulos.

⁵⁵ Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y subieron muchos a Jerusalén desde el campo antes de la Pascua para cumplir los rituales. ⁵⁶ En consecuencia, buscaban a Jesús y decían entre ellos cuando estaban en el templo: «¿Qué os parece? ¿Qué no vendrá a la fiesta?». ⁵⁷ Y habían dado los sumos sacerdotes y los fariseos órdenes para que, si alguien sabía dónde estaba, lo denunciara para atraparlo.

12 ¹ Así pues, Jesús llegó seis días antes de la Pascua a Betania, donde estaba Lázaro, al que Jesús levantó de los muertos. ² Por su parte, le prepararon allí un banquete, y Marta lo servía, y Lázaro era uno de los recostados a comer con él.

³ Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro de mucho valor ungió los pies de Jesús y secó con sus propios cabellos los pies de este; y la casa se llenó del olor del perfume. ⁴ Pero dice Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que iba a entregarlo: ⁵ «¿Por qué no se vendió este perfume por trescientos denarios y se dio a los pobres?». ⁶ Y dijo esto no porque se preocupara de los pobres, sino porque era un ladrón y por tener la caja común se llevaba lo que se echaba. ⁷ En respuesta, le dijo Jesús: «Déjala, que lo guarde para el día de mi entierro; ⁸ pues siempre tenéis pobres junto a vosotros, pero a mí no me tenéis siempre».

⁹ Mucha gente de los judíos supo «Está allí» y fueron no solo por causa de Jesús, sino para ver a Lázaro, al que levantó de los muertos. ¹⁰ Y los sumos sacerdotes tomaron la decisión de matar también a Lázaro, ¹¹ porque muchos judíos fueron por él y creyeron en Jesús.

¹² Al día siguiente, una gran multitud que iba a la fiesta, al oír «viene Jesús a Jerusalén» ¹³ tomaron las palmas de palmera

y salieron a su encuentro y gritaban: ¡Hosanná!^[431]. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor^[432], y el rey de Israel!^[433].

¹⁴ Y cuando Jesús encontró un pollino, lo montó, tal como está escrito: ¹⁵*Deja de temer, hija de Sión; mira, tu rey viene montado sobre la cría de un burro*^[434]. ¹⁶ Esto no lo supieron los discípulos al principio, sino cuando Jesús fue glorificado, entonces recordaron que esto fue escrito por él y que lo hicieron para él. ¹⁷ Por su parte, daba testimonio la gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro fuera del sepulcro y lo levantó de los muertos. ¹⁸ Por eso también salió a su encuentro la multitud, porque oyeron que había llevado a cabo esta señal. ¹⁹ En consecuencia, los fariseos se dijeron: «¿Veis cómo no os sirve de nada? Mirad, el mundo fue detrás de él».

²⁰ Había algunos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. ²¹ Estos, entonces, se llegaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le preguntaban diciendo: «Señor, queremos ver a Jesús». ²² Va Felipe y le dice a Andrés, va Andrés y Felipe y le dicen a Jesús. ²³ Y Jesús les responde diciendo: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. ²⁴ Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, si un grano de trigo que cae a tierra no muere, queda él solo; pero si muere, trae mucho fruto. ²⁵ El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guarda para la vida eterna. ²⁶ Si alguien me sirve, que me siga, y donde yo estoy, allí también estará mi servidor; si alguien me sirve, lo honrará el Padre».

²⁷ «Ahora mi alma se ha agitado. ¿Y qué dije? ¿Padre, sálvame^[435] de esta hora? Pero por eso llegué hasta esta hora. ²⁸ Padre, alabado sea tu nombre». Llegó entonces una voz del cielo: «Te glorifiqué y de nuevo te glorificaré». ²⁹ Por su parte, la multitud que estaba allí y lo oyó decía que habían habido

un rayo, pero otros decían: «Un ángel ha hablado con él». ³⁰ Respondió Jesús y dijo: «No se ha producido esta voz por mí, sino por vosotros. ³¹ Ahora es el juicio de este mundo, ahora el gobernante de este mundo será expulsado; ³² y yo, si soy alzado de esta tierra, a todos arrastraré hacia mí». ³³ Y esto decía indicando con qué muerte iba a morir.

³⁴ Por su parte, le respondió la multitud: «Nosotros escuchamos de la Ley que el Cristo permanece hasta la eternidad, y ¿cómo dices tú que es preciso que el Hijo del hombre sea elevado? ¿Quién es este Hijo del hombre?». ³⁵ En respuesta, les dijo Jesús: «La luz todavía está un poco de tiempo entre vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que la oscuridad no os cubra; y quien camine en la oscuridad, no ve dónde va. ³⁶ Cuando tenéis luz, creéis en la luz, para que os convirtáis en hijos de la Luz». Esto dijo Jesús, y marchándose se ocultó de ellos.

³⁷ Y pese a llevar a cabo semejantes señales ante ellos, no creyeron en él; ³⁸ para que la palabra de Isaías el profeta se cumpliera la que dijo ^[436]: *Señor, ¿quién creyó en nuestro anuncio? Y el brazo del Señor, ¿a quién fue revelado* ^[437]? ³⁹ Por eso no pudieron creer, porque de nuevo dijo Isaías: ⁴⁰ *Ha cegado sus ojos y ha endurecido su corazón, para que no vean con los ojos y comprendan con el corazón y se conviertan, y los sanaré* ^[438]. ⁴¹ Esto dijo Isaías porque vio su gloria, y habló sobre él. ⁴² Sin embargo, de hecho, muchos de los magistrados creyeron en él, pero debido a los fariseos no lo confesaron para no ser expulsados de la sinagoga, ⁴³ pues amaban la gloria de los hombres más que la gloria de Dios.

⁴⁴ Y Jesús gritó y dijo: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en quien me envía, ⁴⁵ y el que me ve, ve a quien me envía. ⁴⁶ Yo vine al mundo como luz, para que nadie que crea en mí se quede en tinieblas. ⁴⁷ Y si alguien escucha mis palabras y no

las guarda, yo no lo juzgaré; pues no vine para juzgar el mundo, sino para salvar el mundo. ⁴⁸ Quien me niegue y no acepte mis palabras tiene quien lo juzgue; la palabra que yo pronuncié lo juzgará el último día. ⁴⁹ Porque yo no hablo por mí mismo, sino que el Padre que me envía me dio el encargo de qué hacer y qué decir. ⁵⁰ Y sé que su encargo es vida eterna. Así pues, lo que digo, tal como me lo ha dicho el Padre lo digo».

13 ¹ Antes de la fiesta de Pascua, sabedor Jesús que llegó su hora de pasar de este mundo al Padre, como amara a los suyos de este mundo, los amó hasta el final. ² Y llegada la cena, como ya hubiera el diablo arrojado al corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el entregarlo, ³ sabedor él que todo lo puso el Padre en sus manos y que de Dios vino y a Dios iba, ⁴ se levanta de la cena y pone sus ropas, tomando un paño se lo ciñó; ⁵ a continuación echa agua en una palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con el paño con el que se había ceñido. ⁶ Así pues, se acerca a Simón Pedro; le dice: «Señor, ¿tú me lavas los pies?». ⁷ Respondió Jesús y le dijo: «Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora, pero lo sabrás después». ⁸ Le dice Pedro: «De ninguna manera me lavarás los pies jamás». Le respondió Jesús: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo». ⁹ Le dice Simón Pedro: «Señor, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza». ¹⁰ Le dice Jesús: «El que se ha bañado no tiene necesidad de lavarse otra cosa que los pies, ciertamente está completamente limpio^[439]; y vosotros estáis limpios, pero no todos». ¹¹ Pues conocía al que lo entregaría; por eso dijo: «No todos estáis limpios».

¹² Así pues, cuando les lavó los pies y tomó sus ropas y se recostó a la mesa de nuevo, les dijo: «¿Sabéis qué he hecho con vosotros? ¹³ Vosotros me llamáis “Maestro” y “Señor”, y decís bien: pues lo soy. ¹⁴ Así pues, si yo, el señor y el maestro,

os lavé los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; ¹⁵ pues os he dado ejemplo para que, tal como yo he hecho con vosotros, hagáis vosotros. ¹⁶ Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, no hay esclavo mayor que su señor, ni enviado^[440] mayor que quien lo envía. ¹⁷ Si comprendéis esto, seréis felices si lo lleváis a cabo.

¹⁸» No hablo de todos vosotros; yo conozco a quiénes elegí; pero para que se cumpliera la Escritura: *El que devora mi pan ha levantado contra mí su talón*^[441]. ¹⁹ Desde ahora os lo digo antes de que ocurra, para que creáis cuando ocurra que yo soy. ²⁰ Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, quien acepte a quien envío, a mí me acepta, y el que a mí me acepte, acepta a quien me envía».

²¹ Tras decir esto, Jesús se agitó en su espíritu y dio testimonio y dijo: «Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, uno de vosotros me entregará». ²² Se miraban unos a otros los discípulos preguntándose «¿de quién habla?». ²³ Se había recostado uno de sus discípulos en el seno^[442] de Jesús, al que amaba Jesús. ²⁴ Por su parte le hace una seña con la cabeza Simón Pedro para saber quién era ese del que hablaba. ²⁵ Recostándose él sobre el pecho de Jesús, le dice: «Señor, ¿quién es?». ²⁶ Responde Jesús: «Es aquel para el que yo unte un trozo y se lo dé». Así pues, tras untar un trozo lo toma y se lo da a Judas, hijo de Simón Iscariote. ²⁷ Y junto con el trozo entró en ese momento en él Satanás. Por su parte, le dice Jesús: «Lo que vas a hacer, hazlo rápido». ²⁸ Esto nadie de los allí acostados supo por qué se lo dijo; ²⁹ pues algunos pensaban, ya que Judas tenía la caja de caudales: «Le dice Jesús: compra aquello que necesitamos para la fiesta, o que dé algo a los pobres». ³⁰ Así pues, tras aceptar el trozo, aquel salió. Y era de noche.

³¹ Así pues, cuando salió, dice Jesús: «Ahora ha sido

glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado mediante él; ³² si Dios ha sido glorificado mediante él, y Dios lo glorificará mediante él, también lo glorificará inmediatamente. ³³ Hijos, aún estaré un poco con vosotros; buscadme, y tal como dije a los judíos “Donde yo voy vosotros no podéis ir”, también os lo digo ahora. ³⁴ Un precepto nuevo os doy, que os améis entre vosotros como yo os he amado para que también vosotros os améis entre vosotros. ³⁵ Gracias a esto sabrán todos que sois mis discípulos, si guardáis el amor entre vosotros».

³⁶ Le dice Simón Pedro: «Señor, ¿dónde vas?». Le respondió Jesús: «Donde voy no puedes seguirme, pero me seguirás más tarde». ³⁷ Le dice Pedro: «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti». ³⁸ Responde Jesús: «¿Darás tu vida por mí? Verdaderamente, verdaderamente te lo digo, no cantará ningún gallo hasta que me niegues tres veces.

14 ¹» Que no se perturbe vuestro corazón: creed en Dios y creed en mí. ² En la casa de mi Padre hay muchas moradas; pero si no, ¿os diría que voy a prepararos un lugar? ³ Y si voy y os preparo un lugar, de nuevo volveré y os llevaré junto a mí, para que donde yo estoy también estéis vosotros. ⁴ Y adonde yo voy conocéis el camino».

⁵ Le dice Tomás: «Señor, no sabemos dónde vas, ¿cómo podemos conocer el camino?». ⁶ Le dice Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre si no es gracias a mí. ⁷ Si me habéis conocido, también conoceréis al Padre. Y desde ahora lo conocéis y lo habéis visto».

⁸ Le dice Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». ⁹ Le dice Jesús: «¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me has conocido, Felipe? El que me ha conocido ha conocido al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”? ¹⁰ ¿No crees

que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Lo que yo os digo no lo digo por mí mismo, sino que el Padre, que permanece en mí, hace sus obras. ¹¹ Creedme que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí; y si no, creed gracias a las obras».

¹²» Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, quien crea en mí, las obras que yo hago también las hará él, y hará mayores que estas, porque yo voy junto al Padre; ¹³ y lo que pidáis en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado mediante el Hijo. ¹⁴ Si me pedís algo en mi nombre, lo haré.

¹⁵» Si me amáis, guardad mis preceptos; ¹⁶ y yo le pediré al Padre y os dará otro intercesor, para que esté con vosotros hasta la eternidad, ¹⁷ el espíritu de la verdad, que el mundo no puede aceptar porque no lo ve ni lo conoce; vosotros lo conocéis, permanece entre vosotros y estará entre vosotros. ¹⁸ No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros. ¹⁹ En poco tiempo ya el mundo no me verá, pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis. ²⁰ Ese día sabréis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros. ²¹ Quien retenga mis preceptos y los cumpla, ese es el que me ama; y quien me ame, será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me mostraré a él».

²² Le dice Judas, no el Iscariote: «Señor, ¿y qué ha sucedido para que tú vayas a mostrarte a nosotros y no al mundo?». ²³ Respondió Jesús y le dijo: «Si alguno me ama, cumplirá mi palabra, y mi Padre lo amará, vendremos junto a él y le prepararemos una morada. ²⁴ Quien no me ame no cumplirá mi palabra; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envía.

²⁵ «Esto os lo he dicho quedándome entre vosotros; ²⁶ pero el intercesor, el Espíritu santo, que enviará mi Padre mediante mi nombre, él os explicará todo y os recordará todo lo que yo

os dije.

²⁷» Os dejo paz, os doy mi paz; no os la doy como la da el mundo. Que no se perturbe vuestro corazón ni se acobarde. ²⁸ Oísteis que yo os dije: “Me voy y volveré junto a vosotros”. Si me amarais, os alegraríais de que vaya junto al Padre, porque el Padre es más que yo. ²⁹ Y ahora os he hablado antes de que suceda para que cuando ocurra creáis. ³⁰ Ya no hablaré mucho con vosotros, pues llega el jefe del mundo; aunque en mí no puede nada, ³¹ pero para que el mundo sepa que amo a mi Padre, y tal como me lo ordenó mi Padre, así actúo. Levantaos, vayámonos de aquí.

15 ¹» Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. ² Cada sarmiento en mí que no da fruto, él lo coge, y todo el que da fruto, lo limpia para que traiga más fruto; ³ vosotros ya estáis limpios gracias a la palabra que yo os he dicho; ⁴ perseverad en mí, y yo en vosotros. Tal como un sarmiento no pude traer fruto por sí mismo si no permanece en la vid, de la misma manera tampoco vosotros si no perseveráis en mí. ⁵ Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanezca en mí y yo en él, este trae fruto abundante, porque sin mí no podéis hacer nada. ⁶ Si alguno no persevera en mí, fue expulsado fuera, como el sarmiento, y se secó, y los recogen y los echan al fuego y arden. ⁷ Si perseveráis en mí, y permanecen mis palabras en vosotros, pedid lo que queráis, y lo tendréis. ⁸ Con eso fue glorificado mi Padre, con que traeréis fruto abundante y os convertiréis en mis discípulos.

⁹» Tal como me amó mi Padre, también yo os amé; perseverad en mi amor. ¹⁰ Si cumplís mis preceptos, perseverad en mi amor, tal como yo he cumplido los preceptos de mi Padre y persevero en su amor. ¹¹ Esto os le he dicho para que mi alegría esté entre vosotros y vuestra alegría sea colmada. ¹² Este es mi precepto: que os améis entre

vosotros como yo os amé. ¹³ Mayor amor que este nadie tiene, que alguien dé su vida por sus amigos. ¹⁴ Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os ordeno. ¹⁵ Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe qué hace su señor; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo di a conocer. ¹⁶ Vosotros no me escogisteis, pero yo os escogí y os he destinado a que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto perdure, para que lo que pidáis al Padre mediante mi nombre os lo dé. ¹⁷ Esto os ordeno, que os améis entre vosotros.

¹⁸» Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí primero. ¹⁹ Si procedierais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero el caso es que no sois de este mundo, sino que yo os elegí de entre el mundo, por eso os odia el mundo. ²⁰ Acordaos de la palabra que yo os dije: no hay esclavo mayor que su señor. Si me persiguieron, también a vosotros os perseguirán; si cumplieron mi palabra, también la vuestra cumplirán. ²¹ Pero cometerán todo esto contra vosotros debido a mi nombre, porque no conocen a quien me envía. ²² Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa en cuanto a su pecado. ²³ Quien me odie también odia a mi Padre. ²⁴ Si no hubiera realizado las obras entre ellos, lo que ningún otro hizo, no tendrían pecado; pero ahora han visto y me han odiado a mí y a mi Padre. ²⁵ Pero para que se cumpla la palabra escrita en su Ley: *Me odiaron sin motivo*^[443].

²⁶ «Cuando llegue el intercesor que yo os envió de mi Padre, el Espíritu de verdad que emana de mi Padre, él dará testimonio sobre mí; ²⁷ y vosotros también daréis testimonio, pues desde el principio estáis conmigo.

16 ¹» Os he dicho esto para que no os escandalicéis. ² Os echarán de la sinagoga; pero llega la hora en que

todo el que os mate considere que presta un servicio a Dios.³ Y esto lo hacen porque no conocen ni a mi Padre ni a mí.⁴ Pero esto os lo he dicho para que, cuando llegue su hora, recordéis de eso porque os lo dije. Pero esto no os lo dije al principio porque estaba con vosotros.⁵ Y el caso es que ahora voy hacia quien me envía, y ninguno de vosotros me pregunta: “¿Adónde vas?”.⁶ Pero porque os he dicho esto la pena ha llenado vuestro corazón.⁷ Pero yo os digo la verdad, os conviene que me marche. Pues si no me marchara, el intercesor no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré.⁸ Y cuando venga, inculpará al mundo en lo relativo al pecado, la justificación y el juicio:⁹ en lo relativo al pecado, porque no creen en mí; ¹⁰ en lo relativo a la justificación, porque voy hacia el Padre y ya no me veréis; ¹¹ y en lo relativo al juicio, porque el Señor de este mundo ha sido juzgado.

¹²» Todavía tengo mucho que deciros, pero no podéis soportarlo ahora; ¹³ pero cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os conducirá por medio de la verdad toda; pues no hablará por sí mismo, sino que cuanto oír lo contará y os anunciará lo por venir.¹⁴ Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará.¹⁵ Todo cuanto tiene el Padre es mío; por eso dije que recibe de lo mío y os lo anuncia.¹⁶ En poco tiempo ya no me veréis más, y de nuevo en poco tiempo me veréis».

¹⁷ Por su parte, decían sus discípulos entre sí: «¿Qué es esto que nos dice: “En poco tiempo ya no me veréis y de nuevo en poco tiempo me veréis” y: “Voy hacia el Padre”?». ¹⁸ Así pues, decían: «¿Qué es esto que dice de en poco tiempo? No sabemos qué dice».

¹⁹ Supo Jesús que querían preguntarle, y les dijo: «¿Indagáis entre vosotros sobre esto que dije: “En poco tiempo ya no me veréis más, y de nuevo en poco tiempo me veréis”? ²⁰

Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, vosotros lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará; vosotros os doleréis, pero vuestro dolor se convertirá en alegría. ²¹ La mujer, cuando da a luz, siente dolor, porque llegó su hora; pero cuando nace el niño, ya no se acuerda de la tribulación debido a la alegría de que ha nacido un hombre en el mundo. ²² Así pues, vosotros ahora sentís dolor, pero os veré de nuevo, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestra alegría.

²³» Y ese día no me preguntaréis nada. Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, lo que lleguéis a pedir al Padre mediante mi nombre os dará. ²⁴ Hasta ahora no pedisteis nada mediante mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa.

²⁵» Os he dicho esto mediante ejemplos; llega el momento en que ya no os hablaré con ejemplos, sino que os daré noticia del Padre claramente. ²⁶ Ese día pediréis mediante mi nombre, y no os digo que pediré al Padre por vosotros; ²⁷ pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios. ²⁸ Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y voy al Padre».

²⁹ Dicen sus discípulos: «Mira, ahora hablas con claridad, y no expones ningún ejemplo. ³⁰ Ahora sabemos que sabes todo y no tienes necesidad de que nadie te pregunte; por eso creemos que saliste de Dios». ³¹ Les respondió Jesús: «¿Ahora creéis? ³² Mirad, llega un momento, y ya ha llegado, en que os dispersaréis cada uno en lo vuestro y me dejaréis solo; aunque yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo. ³³ Esto os lo he dicho para que tengáis paz gracias a mí. En el mundo tendréis tribulación; pero tened ánimo, yo he vencido al mundo».

17 ¹ Expuso esto Jesús y, tras alzar los ojos al cielo, dijo: «Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique, ² según le diste poder sobre toda carne, para que a todos los que tú le diste les dé una vida eterna. ³ Y esta es la vida eterna, que te reconocen a ti como único Dios verdadero y al que enviaste, a Jesús, como Cristo. ⁴ Yo te glorifiqué sobre la tierra al cumplir la obra que me has dado para que la realice; ⁵ y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti con la gloria que tenía junto a ti antes de que hubiera mundo.

⁶» Mostré tu nombre a los hombres que me has dado del mundo. Eran tuyos y me los diste y ya han guardado tu palabra. ⁷ Ahora ya saben que todo cuanto me diste proviene de ti; ⁸ porque las palabras que me diste me las has dado para ellos, y ellos las aceptaron y conocieron verdaderamente que salieron de ti, y creyeron que tú me enviaste.

⁹» Yo te pido por ellos, no te pido por el mundo, sino por los que me has dado, porque son tuyos, ¹⁰ y todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío, y me he glorificado mediante ellos. ¹¹ Y ya no estaré en el mundo, aunque ellos están en el mundo, y yo voy junto a ti. Padre santo, guárdalos mediante tu nombre, a los que me has dado^[444], para que sean uno tal como nosotros. ¹² Cuando estuve con ellos, yo los guardaba mediante tu nombre, a los que me has dado, y los custodié, y ninguno de ellos pereció salvo el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura. ¹³ Pero ahora voy junto a ti y digo esto en el mundo para que tengan mi alegría cumplida en sí mismos. ¹⁴ Yo les he dado tu palabra y el mundo los odió, porque no proceden del mundo, tal como yo no procedo del mundo. ¹⁵ No pido que los eleves del mundo, sino que los guardes mal. ¹⁶ No proceden del mundo tal como yo no procedo del mundo. ¹⁷ Santifícalos mediante la verdad; tu

palabra es la verdad. ¹⁸ Tal como me enviaste al mundo, también yo los envié al mundo; ¹⁹ y a favor suyo yo también me santifico, para que también ellos sean santificados mediante la verdad.

²⁰» Pero no te pido solo por ellos, sino también por los que creerán en mí gracias a la palabra de estos, ²¹ para que todos sean uno, tal como tú, Padre, en mí y yo en ti, para que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. ²² Y yo, la gloria que me has dado, se la he dado a ellos, para que sean uno como nosotros somos uno; ²³ yo en ellos y tú en mí, para que conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste como me amaste.

²⁴» Padre, lo que me has dado, quiero que donde yo estoy también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria, la que me has dado, porque me amas antes del principio del mundo. ²⁵ Padre justo, tampoco el mundo te conoció, pero yo te conocí, y estos conocieron que tú me enviaste; ²⁶ y les di a conocer tu nombre y lo daré a conocer, para que el amor con que me amaste esté en ellos y yo en ellos».

18 ¹ Tras decir esto, Jesús salió con sus discípulos al otro lado del torrente del Cedrón, donde había un huerto, al que entró él y sus discípulos.

² Y conoció también el lugar Judas, el que iba a entregarlo, porque muchas veces se reunió Jesús allí con sus discípulos. ³ Así pues, Judas, tomando una cohorte y servidores de los sumos sacerdotes y fariseos, llega allí con fanales, antorchas y armas. ⁴ Jesús, por su parte, sabedor de todo lo que iba a venir sobre él, salió y les dice: «¿A quién buscáis?». ⁵ Le respondieron: «A Jesús el nazareno». Les dice: «Yo soy». Estuvo Judas, el que iba a entregarlo junto a ellos. ⁶ Por su parte, cuando les dijo: «Soy yo», se echaron atrás y cayeron a

tierra. ⁷ Así pues, de nuevo les preguntó: «¿A quién buscáis?». Y dijeron: «A Jesús el nazareno». ⁸ Respondió Jesús: «Os he dicho que soy yo. Así pues, si me buscáis a mí, dejad que estos se vayan; ⁹ para que se cumpla la palabra que dijo: “Los que me has dado, a ninguno perdí de ellos”». ¹⁰ Por su parte, Simón Pedro, que tenía una espada, la blandió e hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha; el siervo tenía por nombre Malco. ¹¹ Sin embargo, dijo Jesús a Pedro: «Envaina la espada; el vaso que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?».

¹² Entonces la cohorte, el capitán y los sirvientes de los judíos capturaron a Jesús y lo encadenaron ¹³ y lo condujeron primero ante Anás; pues era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote de aquel año; ¹⁴ y era Caifás el que aconsejó a los judíos que convenía que un hombre muriera a favor del pueblo.

¹⁵ Y siguió a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. El discípulo aquel era conocido del sumo sacerdote y acompañó a Jesús al patio del sumo sacerdote, ¹⁶ pero Pedro se quedó fuera junto a la puerta. Por su parte, el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, entró. ¹⁷ Le dice entonces a Pedro la portera: «¿No eres también tú de los discípulos de ese hombre?». Dice él: «No lo soy». ¹⁸ Pero estaban allí los siervos y sirvientes que habían preparado un brasero, porque hacía frío, y se calentaban; y estaba allí Pedro con ellos en pie y calentándose.

¹⁹ Por su parte, el sumo sacerdote preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su enseñanza. ²⁰ Le respondió Jesús: «Yo he hablado libremente al mundo, yo siempre enseñé en la sinagoga y en el Templo, donde todos los judíos se reúnen, y a escondidas no he dicho nada. ²¹ ¿Qué me preguntas? Pregunta a los que han escuchado qué les dije; mirad, estos saben qué

dije yo». ²² Y mientras él decía esto, uno de los sirvientes que estaba allí dio una bofetada a Jesús, diciendo: «¿Así respondes al sumo sacerdote?». ²³ Le respondió Jesús: «Si he hablado mal, da testimonio del mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me golpeas?». ²⁴ Entonces lo envió Anás encadenado a Caifás, el sumo sacerdote.

²⁵ Y allí estaba Simón Pedro en pie y calentándose. Entonces le dijeron: «¿No eres también tú de sus discípulos?». Él lo negó y dijo: «No lo soy». ²⁶ Dice uno de los siervos del sumo sacerdote, que era pariente de aquel a quien Pedro cortó la oreja: «¿No te vi yo en el huerto con él?». ²⁷ Sin embargo, negó de nuevo Pedro, y al instante cantó un gallo.

²⁸ Llevan entonces a Jesús desde casa de Caifás al pretorio; y era al amanecer; y ellos no entraron al pretorio para no mancharse sino poder comer la Pascua^[445].

²⁹ Así pues, salió Pilato a ellos y dice: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?». ³⁰ Respondieron y le dijeron: «Si no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado». ³¹ Les dijo por su parte Pilato: «Lleváoslo vosotros y juzgadlo según vuestra Ley». Le dijeron los judíos: «No es lícito que matemos a nadie». ³² Para que la palabra de Jesús se cumpliera, la que dijo indicando con qué muerte iba a morir.

³³ Entró entonces otra vez Pilato al pretorio y llamó a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el rey de los judíos?». ³⁴ Respondió Jesús: «¿Lo has dicho por ti mismo o te hablaron otros de mí?». ³⁵ Respondió Pilato: «¿Acaso soy judío? Tu nación y los sumos sacerdotes te entregaron a mí; ¿qué has hecho?». ³⁶ Respondió Jesús: «Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis sirvientes lucharían para que yo no fuera entregado a los judíos^[446]; ahora bien, mi reino no es de aquí».

³⁷ Por su parte, le dijo Pilato: «¿Entonces no eres rey?».

Respondió Jesús: «Tú dices que yo soy rey. Yo he nacido para esto y para esto vine al mundo, para dar testimonio a favor de la verdad; todo el que es de la verdad escucha mi voz». ³⁸ Le dice Pilato: «¿Qué es la verdad?».

Y tras decir esto, salió de nuevo ante los judíos y les dice: «Yo no encuentro ninguna culpa en él. ³⁹ Es costumbre entre vosotros que os libere a alguien en Pascua; ¿queréis entonces que os libere al rey de los judíos?». ⁴⁰ En respuesta gritaron de nuevo diciendo: «No a este, sino a Barrabás». Y Barrabás era un bandolero.

19 ¹ Así pues, entonces tomó Pilato a Jesús y lo hizo azotar. ² Y los soldados que lo golpeaban le colocaron una corona de espinos sobre la cabeza y lo cubrieron con un manto púrpura, ³ y se dirigían a él y decían: «¡Salve, rey de los judíos!». Y seguían dándole bofetadas. ⁴ Y salió de nuevo fuera Pilato y les dijo: «Mirad, yo os traigo a este para que sepáis que no encuentro ninguna culpa en él». ⁵ Salió entonces Jesús fuera, llevando la corona de espinos y el manto púrpura. Y les dice: «Aquí está el hombre».

⁶ Así pues, cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los sirvientes, gritaron diciendo: «¡Crucifícalo, crucifícalo!». Les dice Pilato: «Tomadlo vosotros y crucificadlo; pues yo no encuentro culpa en él». ⁷ Le respondieron los judíos: «Nosotros tenemos una Ley y según la Ley debe morir, porque se consideró Hijo de Dios». ⁸ Por su parte, cuando Pilato escuchó esta razón tuvo miedo, ⁹ y entró al pretorio de nuevo y le dice a Jesús: «¿De dónde eres tú?». Pero Jesús no le dio respuesta. ¹⁰ Le dice entonces Pilato: «¿No me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para liberarte y autoridad para crucificarte?». ¹¹ Respondió Jesús: «No tienes ninguna autoridad contra mí, salvo la que se te ha dado desde arriba; por eso, el que me entregó a ti tiene mayor pecado». ¹² Desde

entonces Pilato buscaba liberarlo; pero los judíos gritaron diciendo: «Si liberas a este, no eres amigo del César; todo aquel que se proclama rey se opone al César». ¹³ Así pues, Pilato, tras escuchar estas razones, llevó fuera a Jesús y lo sentó sobre el tribunal en un lugar llamado *Litóstrotos*^[447], y en hebreo *Gabbata*. ¹⁴ Y era la víspera de la Pascua, la hora hacia las seis. Y dice a los judíos: «Mirad, vuestro rey». ¹⁵ En respuesta gritaron ellos: «¡Mátalo, mátalo, crucifícalo!». Les dice Pilato: «¿Crucifico a vuestro rey?». Respondieron los sumos sacerdotes: «No tenemos otro rey que el César». ¹⁶ Así pues, se lo entregó para que fuera crucificado.

Así pues, tomaron a Jesús, ¹⁷ y tomando la cruz con él salió al llamado Lugar de la Calavera, que se dice en hebreo *Gólgota*, ¹⁸ donde lo crucificaron, y con él a otros dos a un lado y a otro, y a Jesús en medio. ¹⁹ Pero Pilato escribió también un cartel y lo colocó sobre la cruz; estaba escrito: «Jesús de Nazaret, rey de los judíos». ²⁰ En consecuencia, este cartel lo leyeron muchos judíos porque estaba cerca de la ciudad el lugar donde fue crucificado Jesús; también estaba escrito en hebreo, latín y griego. ²¹ Por su parte, decían a Pilato los sumos sacerdotes de los judíos: «No escribas “El rey de los judíos”, sino que él dice “Soy el rey de los judíos”». ²² Respondió Pilato: «He escrito lo que he escrito».

²³ Por su parte, los soldados, cuando crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos e hicieron cuatro partes, una parte para cada soldado, y la túnica. Y la túnica no tenía costuras, tejida de una pieza de arriba abajo. ²⁴ Así pues se dijeron: «No lo dividamos, echemos a suerte de quién será»; para que se cumpliera la Escritura que dice: *Y repartieron mis ropas entre ellos. Y por mis vestiduras echaron suertes*^[448]. Así pues, los soldados ciertamente hicieron esto.

²⁵ Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y una hermana

de su madre, María la de Clopás, y María Magdalena. ²⁶ Por su parte, Jesús, cuando vio que su madre y el discípulo que amó estaban presentes, dijo a su madre: «Mujer, mira, tu hijo». ²⁷ A continuación dice al discípulo: «Mira, tu madre», y desde aquel momento el discípulo la aceptó en su casa.

²⁸ Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo se había cumplido, para que se cumpliera la Escritura dice: «Tengo sed». ²⁹ Había allí una tinaja llena de vinagre; así pues, tras atar a un hisopo una esponja llena de vinagre se la acercaron a la boca. ³⁰ Por su parte, cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: «Ya se ha cumplido», e inclinando la cabeza entregó el espíritu.

³¹ Entonces los judíos, ya que era Pascua, para que no quedasen en la cruz los cadáveres durante el sábado, pues era día grande de aquella semana, pidieron a Pilato que les partieran las piernas y se los llevaran. ³² Así pues, fueron los soldados y partieron las piernas del primero y del otro que estaba crucificado con él; ³³ pero al llegar a Jesús, cuando vieron que ya estaba muerto, no le partieron las piernas, ³⁴ sino que uno de los soldados le acertó en el costado con su lanza, y salió al instante sangre y agua. ³⁵ Y el que lo ha visto ha dado testimonio, y su testimonio es verdadero, y él supo que es verdad, para que también vosotros creáis. ³⁶ Pues esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: *Hueso no le romperán*^[449]. ³⁷ Y de nuevo otra Escritura dice: *Mirarán hacia quien traspasaron*^[450].

³⁸ Y después de eso, pidió a Pilato José de Arimatea, que era discípulo de Jesús pero oculto por miedo a los judíos, llevarse el cadáver de Jesús; y Pilato lo consintió. Así pues, fue y se llevó su cadáver. ³⁹ Y también fue Nicodemo, el que se llegó a él de noche al comienzo, llevando una mezcla de áloe y mirra de unas cien libras^[451]. ⁴⁰ Así pues, tomó el cadáver de Jesús y

lo amortajó con vendas con los aromas, tal como es costumbre enterrar entre los judíos. ⁴¹ Y había en el lugar donde fue crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro vacío en el que nadie había sido sepultado; ⁴² así pues, allí, debido a la víspera de los judíos, porque el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.

20 ¹ Y el primer día de la semana, María Magdalena va temprano, siendo aún de noche, al sepulcro y ve la piedra movida del sepulcro. ² Así pues, corre y se va a Simón Pedro y a otro discípulo que amaba Jesús y les dice: «Se llevaron a Jesús del sepulcro y no sabemos dónde lo pusieron».

³ Salió entonces Pedro y el otro discípulo y fueron al sepulcro. ⁴ Y corrían los dos a la vez; y sin embargo, el otro discípulo corrió más rápido que Pedro y llegó primero al sepulcro, ⁵ y tras asomar la cabeza ve las vendas allí, sin embargo no entró. ⁶ Por su parte, Pedro, que lo seguía, también entró al sepulcro y ve las vendas allí, y el sudario que estaba en su cabeza, no junto a las vendas sino enrollado por separado en un lugar. Por su parte, también entró entonces el otro discípulo, el que llegó primero junto al sepulcro, y vio y creyó; ⁹ pues no conocían todavía la Escritura, que es preciso que resucite de los muertos. ¹⁰ Entonces los discípulos volvieron de nuevo a casa.

¹¹ Pero María se quedó fuera junto al sepulcro llorando. Así pues, cuando lloraba, se asomó al sepulcro, ¹² y ve a dos ángeles vestidos de blanco, uno junto a la cabecera y otro junto a los pies^[452], donde estuvo el cadáver de Jesús. ¹³ Y le dicen ellos: «Mujer, ¿por qué lloras?». Les dice que se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo pusieron. ¹⁴ Tras decir esto se vuelve hacia atrás y ve a Jesús de pie y, sin embargo, no reconoce que es Jesús. ¹⁵ Le dice Jesús: «Mujer, ¿por qué

lloras? ¿A quién buscas?». Ella, pensando que es el guarda del huerto, le dice: «Señor, si tú te lo llevaste, dime dónde lo dejaste, y yo me lo llevaré». ¹⁶ Le dice Jesús: «María». Ella se vuelve y le dice en hebreo: «Rabbuní» (lo cual se dice «Maestro»). ¹⁷ Le dice Jesús: «Deja de tocarme^[453], pues todavía no he subido hacia mi Padre; llégate a mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre y vuestro Padre, Dios mío y Dios vuestro”». ¹⁸ Se marcha María Magdalena para anunciar a los discípulos: «He visto al Señor», y que le dijo estas cosas.

¹⁹ Así pues, llegada ya la tarde del primer día de la semana y cerradas las puertas del lugar donde estaban los discípulos debido al miedo a los judíos, llegó Jesús y se situó en medio y les dijo: «Paz para vosotros». ²⁰ Y mientras decía esto les mostró las manos y el costado. Por su parte se alegraron los discípulos al ver al Señor. ²¹ Entonces les dijo Jesús de nuevo: «Paz para vosotros; tal como me envió el Padre, también yo os envío». ²² Y diciendo esto inspiró y les dice: «Recibid el Espíritu santo;²³ a quienes perdonéis los pecados, le serán perdonados; a quienes los retengáis, les serán retenidos».

²⁴ Pero Tomás, uno de los doce, el llamado Gemelo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. ²⁵ Así pues, le decían los demás discípulos: «Hemos visto al Señor», pero él les dijo: «Si no veo en sus manos la herida de los clavos y meto mi dedo en la herida de los clavos y meto mi mano en su costado, no lo creeré de ninguna manera». ²⁶ Y al cabo de ocho días de nuevo estaban sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Viene Jesús pese a estar las puertas cerradas y se situó en medio, y dijo: «Paz para vosotros». ²⁷ A continuación, le dice a Tomás: «Trae tu dedo aquí y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente». ²⁸ Respondió Tomás y le dijo: «Mi Señor y mi Dios». ²⁹ Le dice Jesús: «¿Crees porque has visto? Afortunados los que no ven y

creen».

³⁰ Muchas y variadas señales llevó a cabo Jesús a la vista de sus discípulos, que no están escritas en este libro; ³¹ y estas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo Hijo de Dios, y para que, creyendo, alcancéis vida mediante su nombre.

21 ¹ Después de esto se manifestó Jesús de nuevo a sus discípulos en el mar de Tiberíades; y se manifestó de esta manera. ² Estaban juntamente Simón Pedro y Tomás, el llamado Gemelo, Natanael el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. ³ Les dice Simón Pedro: «Voy a pescar». Le dicen: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y subieron al barco, y en aquella noche no capturaron nada. ⁴ Pero llegada ya la mañana, estaba Jesús en la playa, aunque no sabían los discípulos que era Jesús. ⁵ Entonces les dice Jesús: «Muchachos, ¿no tenéis pescado?». Le respondieron: «No». ⁶ Y él les dijo: «Echad la red a la derecha del barco y encontraréis». Así pues, la echaron, y ya no la pudieron arrastrar debido a la cantidad de peces. ⁷ Entonces le dice a Pedro el discípulo aquel al que amaba Jesús: «¡Es el Señor!». Por su parte, Simón Pedro, al oír «Es el Señor», se ciñó la túnica exterior, pues estaba desnudo, y se tiró al mar, ⁸ y los demás discípulos fueron en la barca, pues no había mucha distancia a tierra, sino unos doscientos codos, arrastrando la red de peces. ⁹ Así pues, en cuanto bajaron a tierra, ven un brasero encendido y pescado preparado y pan. ¹⁰ Les dice Jesús: «Traed de los peces que habéis capturado ahora». ¹¹ Subió entonces Simón Pedro y arrastró la red a tierra llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y pese a ser tantos no se rompió la red. ¹² Les dice Jesús: «Venid y a comer». Pero ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Quién eres tú?». Sabían que era el Señor. ¹³ Va

Jesús, toma el pan y se lo da, e igualmente el pescado. ¹⁴ Esta fue ya la tercera vez que se apareció Jesús a los discípulos una vez resucitado de los muertos.

¹⁵ Así pues, cuando comieron, le dijo Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Le dice: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice: «Cuida mis corderos».

¹⁶ Le dice de nuevo una segunda vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Le dice: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice: «Apacienta mis ovejas». ¹⁷ Le dice por tercera vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le dijera por tercera vez «¿Me quieres?», y le dice: «Señor, tú sabes todo, tú conoces que te quiero». Le dice Jesús: «Cuida mis ovejas». ¹⁸ «Verdaderamente, verdaderamente os lo digo, cuando eras joven, te preparabas para el camino y te dirigías a donde querías; pero cuando envejeces, extiendes tus manos, y otro te prepara y te lleva donde tú no quieres». ¹⁹ Y dijo esto para señalarle con qué muerte glorificará a Dios. Y tras decir esto, le dice: «Sígueme».

²⁰ Se vuelve Pedro y ve que el discípulo que Jesús amaba lo sigue, el que también se recostó en la cena en su pecho y dijo: «Señor, ¿quién es el que te va a entregar?». ²¹ Al ver entonces a este, dice Pedro a Jesús: «Señor, y este, ¿qué?». ²² Le dice Jesús: «Si quiero que este se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú sígueme». ²³ Así pues, salió esta frase hasta los discípulos, que él no muere; pero no le dijo Jesús: «No muere», sino «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa?».

²⁴ Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y las escribió, y sabemos que su testimonio es verdadero. ²⁵ Pero hay muchas otras cosas que hizo Jesús, las cuales si fueran escritas una por una, ni el mismo mundo albergaría los libros escritos.

II

Evangelios apócrifos



Los evangelios apócrifos constituyen una parte importante de la tradición de los hechos del cristianismo. El calificativo de «apócrifos» influyó, sin embargo, en la falta de aprecio de los estudiosos y los cristianos de a pie. Al lado de los evangelios canónicos, los apócrifos aparecen como los que refieren leyendas y mitos frente a los que hablan de hechos. Esto no siempre es verdad, pues a veces —aunque ciertamente pocas— transmiten ciertas noticias y dichos de Jesús que puede acercarse al Jesús histórico.

El término «apócrifos» significa etimológicamente «ocultos», «escondidos». De alguna forma, la denominación primitiva alude a una reserva intencionada, pues tanto para ciertos eclesiásticos como para algunos herejes, se trataría de obras solamente conocidas y utilizadas por un grupo privilegiado de iniciados. La etiqueta les era particularmente útil, por cuanto los escritos apócrifos recibieron frecuentemente las críticas de la mayoría de los escritores ortodoxos, que los señalaban como peligrosos o desviados de la doctrina verdadera.

El significado actual de «apócrifo» ha variado de esta acepción primigenia y significa «falso, rechazado» por la ortodoxia, por lo que está dedicado especialmente a las obras que imitan los géneros literarios bíblicos pero no han sido admitidas por la Iglesia en el canon de los libros inspirados. «Apócrifos» hay de todos los géneros presentes en el Nuevo

Testamento: evangelios, hechos de los apóstoles, cartas y apocalipsis. De entre todos se lleva la palma del interés popular los evangelios apócrifos, porque su personaje central, Jesús —o a veces su madre, María—, es el personaje central del Nuevo Testamento. Muchos pasajes de los Evangelios de la Infancia están justificados por la curiosidad de los cristianos frente a la personalidad divina de su protagonista.

Los escritos apócrifos han tenido un influjo efectivo en la tradición cristiana y en el desarrollo de sus doctrinas. Dogmas importantes están basados en tradiciones, cuyo testimonio escrito se encuentra básicamente en estos textos. Así, la ascensión de la Virgen es el núcleo de los apócrifos ascencionistas. La virginidad perpetua de María está expresada plásticamente en los Evangelios de la Natividad. La misma divinidad de Jesús aparece en los evangelios apócrifos de una forma más rotunda incluso que en los canónicos.

La iconografía, como plasmación de la piedad cristiana, es deudora de los datos de estas obras, cuya difusión a lo largo de la historia da testimonio de su aceptación y valoración. Los escasos detalles sobre José y su misión de custodio de la Virgen y padre nutricio de Jesús aparecen generosamente ampliados y destacados en estos textos.

No todos los evangelios apócrifos se han conservado en su integridad, pues desde los siglos III y IV la Gran Iglesia hizo lo posible por anular su influencia, bien descalificándolos, aniquilándolos o sometiéndolos a una profunda revisión. De muchos de ellos apenas conocemos su existencia por las referencias que encontramos en las obras de los escritores eclesiásticos: de algunos puede reconstruirse el argumento o algunas secciones de su texto primitivo a base de citas concretas. Recogemos sus datos en el apartado que dedicamos a los Textos fragmentarios, donde también incluimos los

fragmentos de papiros y la colección de los Ágrapha («palabras de Jesús no consignadas en los evangelios canónicos»), que no aparecen en los textos bíblicos.

En este apartado van a continuación los Evangelios de la Natividad, los de la Infancia, los de la Pasión y Resurrección, los Asuncionistas y la Correspondencia (Cartas) de Jesús. Como dijimos en el Prólogo, procuramos seguir un orden cronológico dentro de un orden temático.

A) EVANGELIOS DE LA NATIVIDAD DE JESÚS

Se trata de escritos que abordan temas hacia los que fue muy sensible la cristiandad primitiva, como la familia y la virginidad perpetua de María, el nacimiento portentoso de Jesús, los hermanos de este, etc., que como tal presentaban dificultades para la construcción dogmática nada fáciles de explicar.

1. Protoevangelio de Santiago

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Quizá de mediados del siglo II. En cualquier caso, anterior al siglo IV.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Unos 20 manuscritos medievales, del siglo XII en adelante.

Este apócrifo es uno de los más antiguos y origen de una tradición legendaria recogida por otros apócrifos de la infancia de Jesús. El Protoevangelio de Santiago trata de la concepción

y natividad de Jesús de la Virgen María. El calificativo de Protoevangelio se debe al jesuita y humanista francés del siglo XVI Guillermo Postel, que llegó a creer que podría tratarse del prólogo del Evangelio de Marcos. Su presunto autor según el texto sería Santiago, el «hermano del Señor», que lo habría escrito en el desierto, pero la noticia es inverosímil. Desde el siglo IV hay testimonios fehacientes sobre los datos contenidos en este evangelio en las tradiciones recogidas por los Padres de la Iglesia, aunque ciertas tradiciones que recoge este escrito, como la del nacimiento en una cueva o la virginidad de María constatada por la comadrona, que pueden remontarse hasta mediados y finales del siglo II, respectivamente. La repercusión de este apócrifo en las leyendas populares cristianas e incluso en la teología fue enorme.

* * *

Relato histórico sobre la natividad de la santísima madre de
Dios y siempre virgen María^[454]

Tristeza de Joaquín

1 ¹ En las historias de las doce tribus de Israel había un hombre muy rico de nombre Joaquín, que presentaba ofrendas dobles diciendo: «Lo que me sobra será para todo el pueblo, y lo del perdón de mis pecados para hacer al Señor propicio conmigo».² Estaba cerca el día grande del Señor, cuando los hijos de Israel ofrecían sus dones. Y se presentó Rubén ante Joaquín diciendo: «No puedes presentar el primero tus dones, porque no has dejado descendencia en Israel». ³ Se entristeció grandemente Joaquín y se dirigió al archivo de las doce tribus del pueblo diciendo: «Miraré el archivo de las doce tribus de Israel para ver si soy el único que no he dejado descendencia en Israel». Hecha la investigación, halló que todos los hombres justos habían dejado descendencia en Israel. Y se acordó del patriarca Abrahán,

porque en sus últimos días le dio Dios un hijo, Isaac. ⁴ Se entristeció Joaquín en gran manera y no apareció ante su mujer, sino que se fue al desierto y allí fijó su tienda. Ayunó cuarenta días y cuarenta noches diciendo en su interior: «No bajaré ni para comer ni para beber hasta que me visite el Señor mi Dios. La oración será mi comida y mi bebida».

Dolor de Ana

2 ¹ Ana, su mujer, se lamentaba con doble lamento y se daba dobles golpes de pecho, diciendo: «Me doleré por mi viudez, me doleré por mi esterilidad». ² Pero llegó el día grande del Señor, y le dijo Judit, su sirvienta: «¿Hasta cuándo estás humillando tu alma?». Mira que ha llegado el día grande del Señor y no te está permitido estar de duelo, sino toma este velo para la cabeza que me ha dado la señora del taller. Yo no me lo puedo ceñir porque soy una sirvienta, y el velo tiene un sello real». ³ Respondió Ana: «Apártate de mí, pues yo no lo he fabricado, sino que el Señor me ha humillado grandemente. No sea que algún malhechor te lo haya dado y vengas a hacerme cómplice de tu pecado». Y dijo Judit: «¿Por qué te voy a maldecir porque el Señor haya cerrado tu matriz para no darte fruto en Israel?». ⁴ Ana se entristeció grandemente. Se quitó sus vestidos de luto, se adornó la cabeza, se puso sus vestidos de boda y hacia la hora de nona^[455] bajó al jardín a pasear. Y vio un laurel, se sentó debajo y suplicó al Señor diciendo: «Oh Dios de nuestros padres, bendíceme y escucha mi plegaria, como bendijiste la matriz de Sara y le diste un hijo, Isaac».

3 ¹ Mirando hacia el cielo, vio un nido de pájaros en el laurel y se lamentó consigo misma, diciendo: «¡Ay de mí! ¿Quién me engendró? ¿Qué seno me dio a luz? Porque yo he nacido como maldición ante los hijos de Israel, y me han echado con burlas del templo del Señor. ² ¡Ay de mí! ¿A quién

soy yo semejante? Desde luego yo no soy semejante a las aves del cielo, porque las aves del cielo son fecundas en tu presencia, Señor. ¡Ay de mí! ¿A quién soy yo semejante? Yo no soy semejante a las bestias de la tierra, porque también las bestias de la tierra son fecundas en tu presencia, Señor. ³ ¡Ay de mí! ¿A quién soy yo semejante? No soy semejante a estas aguas, porque estas aguas son también fecundas en tu presencia, Señor. ¡Ay de mí! ¿A quién soy yo semejante? Yo no soy semejante a esta tierra, porque también esta tierra produce sus frutos a su tiempo, y te bendice, Señor».

Anunciación a Ana

4 ¹ He aquí que un ángel del Señor se le presentó y le dijo: «Ana, Ana, el Señor ha escuchado tu plegaria. Concebirás y darás a luz, y se hablará de tu descendencia en toda la tierra». Dijo Ana: «Vive el Señor, mi Dios, si engendro varón o hembra lo presentaré como ofrenda al Señor mi Dios, y estará prestándole servicio todos los días de su vida». ² Llegaron dos mensajeros diciéndole: «Joaquín, tu marido, viene con sus rebaños». Pues un ángel del Señor bajó hasta él y le dijo: «Joaquín, Joaquín, el Señor Dios ha escuchado tu plegaria. Baja de aquí, pues he aquí que Ana, tu mujer, va a concebir en su vientre». ³ Bajó Joaquín y llamó a sus pastores, diciéndoles: «Traed acá diez corderas sin mancha, irreprochables, y serán para el Señor, mi Dios; traedme también doce terneras de leche para los sacerdotes y el sanedrín, y cien cabritos para todo el pueblo». ⁴ Cuando Joaquín llegó con sus rebaños, estaba Ana a la puerta. Vio a Joaquín que llegaba, echó a correr y se colgó de su cuello, diciendo: «Ahora sé que el Señor Dios me ha bendecido en gran manera, pues siendo viuda ya no lo soy, y siendo estéril voy a concebir en mi vientre». Y descansó Joaquín aquel primer día en su casa.

5 ¹ Al día siguiente llevaba sus ofrendas diciendo dentro de sí mismo: «Si el Señor Dios me es propicio, me hará ver el efod^[456] del sacerdote». Llevaba sus ofrendas Joaquín, y observó el efod del sacerdote cuando se acercaba al altar del sacrificio; y no vio pecado alguno dentro de sí mismo. Dijo Joaquín: «Ahora sé que el Señor me ha sido propicio y me ha perdonado todos mis pecados». Y bajó justificado del templo del Señor y se marchó a su casa. ² Se cumplieron los meses de Ana, y en el noveno mes dio a luz. Y preguntó a la comadrona: «¿Qué he tenido?». La comadrona respondió: «Una niña». Dijo Ana: «Mi alma ha sido engrandecida en este día». Y acostó a la niña. Cumplidos los días, Ana se purificó, dio el pecho a la niña y le puso por nombre Mariam.

6 ¹ La niña se fortalecía de día en día. Cuando cumplió los seis meses, la puso su madre en tierra para probar si se tenía en pie. Después de dar siete pasos, llegó hasta el regazo de la madre. Ella la levantó diciendo: «Vive el Señor, mi Dios, que no volverás a caminar por esta tierra hasta que te lleve al templo del Señor». Hizo, pues, un oratorio en su habitación y no permitió que nada profano e impuro pasara por sus manos. Llamó también a unas jóvenes hebreas, irreprochables, que la divertían. ² Cuando cumplió la niña un año, Joaquín celebró un gran convite. Invitó a los sacerdotes, a los escribas, al sanedrín y a todo el pueblo de Israel. Presentó Joaquín la niña a los sacerdotes, que la bendijeron, diciendo: «Dios de nuestros padres, bendice a esta niña y dale un nombre memorable para todas las generaciones». Y dijo todo el pueblo: «Así sea, así sea, amén». La presentó luego a los príncipes de los sacerdotes, quienes la bendijeron diciendo: «Dios de las alturas, vuelve tus ojos sobre esta niña y

bendícela con una perfecta bendición, de las que no admiten mejora». ³ Su madre la llevó al oratorio de su habitación y le dio el pecho. Compuso entonces Ana un cántico al Señor Dios diciendo: «Cantaré un himno al Señor, mi Dios, porque me ha visitado, ha apartado de mí el oprobio que me achacaban mis enemigos y me ha dado el Señor el fruto de su justicia, único y múltiple en su presencia. ¿Quién anunciará a los hijos de Rubén que Ana está amamantando? Escuchad, escuchad, las doce tribus de Israel, que Ana está amamantando». Y la dejó descansar en la habitación de su oratorio. Salió Ana y se puso a servir a los invitados. Terminado el banquete, se retiraron alegres y dando gloria al Dios de Israel.

Presentación en el Templo

7 ¹ La niña iba cumpliendo meses. Cuando llegó la niña a los dos años, dijo Joaquín a Ana: «Llevémosla al templo del Señor para que cumplamos la promesa que prometimos, no sea que nos la reclame el Señor y nuestra ofrenda resulte ya inaceptable». Replicó Ana: «Esperemos que cumpla los tres años, para que la niña no eche de menos a su padre y a su madre». Y respondió Joaquín: «Esperemos». ² Cuando la niña cumplió los tres años, dijo Joaquín: «Llamad a las irreprochables hijas de los hebreos, que tomen una lámpara cada una y que las mantengan encendidas para que la niña no se vuelva hacia atrás ni su corazón quede cautivado por algo al margen del templo del Señor». Y así lo hicieron hasta que subieron al templo del Señor. La recibió el sacerdote, la besó y la bendijo, diciendo: «Ha engrandecido el Señor tu nombre por todas las generaciones, por ti al final de los días manifestará el Señor su redención a los hijos de Israel». ³ Hizo que se sentara en el tercer peldaño del altar de los sacrificios, y el Señor Dios derramó gracia sobre ella, que

danzó con pies alegres y fue querida por toda la casa de Israel.

8 ¹ Bajaron sus padres, admirados y alabando al Señor Dios, porque la niña no se había vuelto atrás. María permanecía en el templo del Señor alimentada como una paloma que recibía su alimento de la mano de un ángel. ² Cuando cumplió doce años, celebraron consejo los sacerdotes diciendo: «Mirad, María ha cumplido los doce años en el templo del Señor. ¿Qué haremos, pues, con ella para que no mancille^[457] el santuario del Señor?». Respondieron al sumo sacerdote: «Tú estás al frente del altar del Señor, entra y reza por ella, y lo que te manifieste el Señor, eso es lo que haremos». ³ El sumo sacerdote se puso la túnica de las doce campanillas, entró en el Santo de los Santos y rogó por ella. Y he aquí que un ángel del Señor se le apareció y le dijo: «Zacarías, Zacarías, sal y convoca a los viudos del pueblo; que cada uno traiga una vara, y aquel sobre quien el Señor manifieste un prodigio, con él se casará». Salieron los heraldos por toda la región de Judea, sonó la trompeta del Señor y todos llegaron corriendo.

Desposorios con José

9 ¹ José dejó la azuela y salió a su encuentro. Una vez que se reunieron, se dirigieron al sumo sacerdote portando sus varas. El sumo sacerdote tomó las varas de todos, entró en el Templo y oró. Terminada la oración, tomó las varas, salió y se las devolvió; pero en ellas no apareció prodigio alguno. Pero al tomar José la última vara, he aquí que salió de la vara una paloma que voló sobre la cabeza de José. Y dijo el sacerdote a José: «Te ha tocado en suerte la virgen del Señor para que la tomes bajo tu custodia». ² Respondió José: «Tengo hijos y soy anciano, mientras ella es una jovencita; no vaya a convertirme en motivo de risa ante los hijos de Israel». Dijo el sacerdote a José: «Teme al Señor,

tu Dios, y recuerda lo que hizo Dios con Datán, Abirón y Coré, cómo se abrió la tierra y fueron tragados a causa de su rebeldía. Y ahora, teme, José, no sea que sucedan esas cosas en tu casa». ³ José, lleno de temor, la recibió bajo su custodia. Entonces dijo José a María: «Mira, te he tomado del templo del Señor, y ahora te dejo en mi casa mientras me voy a terminar mis trabajos de construcción. Luego, regresaré contigo; el Señor te guardará».

10 ¹ Los sacerdotes celebraron un consejo diciendo: «Hagamos un velo para el templo del Señor». Y dijo el sacerdote: «Buscadme vírgenes sin mancha de la tribu de David». Marcharon los servidores, buscaron y encontraron siete vírgenes. Entonces se acordó el sacerdote de la joven María, porque era de la tribu de David e irreprochable ante Dios. Marcharon los servidores y la trajeron. ² Llevaron a las vírgenes al templo del Señor. Dijo, pues, el sacerdote: «Sortead en mi nombre para ver quién hilará el oro, el amianto, el lino, la seda, el jacinto, la escarlata y la auténtica púrpura». Y le tocaron a María la escarlata y la púrpura auténtica; ella las tomó y se marchó a su casa. Por aquel tiempo quedó mudo Zacarías y fue sustituido por Samuel, hasta que Zacarías recobró el habla. Y María tomó la escarlata y comenzó a hilarla.

Anunciación

11 ¹ Tomó María el cántaro y salió para llenarlo de agua. Y he aquí que llegó una voz que decía: «Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre todas las mujeres». Ella miraba a derecha y a izquierda para ver de dónde venía aquella voz. Llena de temor marchó a su casa, dejó el cántaro, tomó la púrpura, se sentó y se puso a tejerla. ² Y he aquí que un ángel del Señor se puso delante de ella diciendo: «No temas, María, pues has hallado gracia ante

el Señor del universo, y concebirás por su palabra». Ella, al oírlo, discurría en su interior diciendo: «¿Concebiré yo por la gracia del Señor Dios vivo y daré a luz como da a luz toda mujer?». ³ Respondió el ángel del Señor: «No será así, María, sino que la fuerza del Señor te cubrirá con su sombra. Por eso, lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo del Altísimo. Le pondrás por nombre Jesús; él salvará a su pueblo de sus pecados». Y dijo María: «He aquí la esclava del Señor en su presencia, hágase en mí según tu palabra».

Visitación

12 ¹ Terminó el trabajo con la púrpura y la escarlata, y lo llevó al sacerdote, que la bendijo diciendo: «María, el Señor Dios ha engrandecido tu nombre, y serás bendita en todas las generaciones de la tierra». ² Llena de alegría, marchó María a casa de su parienta Isabel y llamó a la puerta. Cuando lo oyó Isabel, arrojó lo que tenía entre manos, corrió a la puerta y abrió. Al ver a María, la bendijo diciendo: «¿De dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor? Pues he aquí que lo que hay dentro de mí se ha puesto a dar saltos y te ha bendecido». Pero María se había olvidado de los misterios que le había manifestado el arcángel Gabriel, miró fijamente al cielo y dijo: «¿Quién soy yo, Señor, que todas las generaciones me bendicen?». ³ Y permaneció tres meses en casa de Isabel. De día en día su vientre crecía; llena de temor, se marchó María a su casa y se ocultaba de los hijos de Israel. Pues tenía dieciséis años cuando sucedieron estos misterios.

Reacción de José

13 ¹ Cuando le llegó el sexto mes, regresó José de sus trabajos. Y, al entrar en su casa, la encontró que estaba encinta. Golpeó su rostro, se arrojó a tierra sobre un saco y lloró amargamente, diciendo: «¿Con qué cara miraré al Señor, mi Dios? ¿Cómo voy a orar por esta doncella? Porque

la recibí del templo del Señor mi Dios, y no he sido capaz de guardarla. ¿Quién me ha puesto asechanzas? ¿Quién ha cometido este mal en mi casa y ha violado a la que era virgen? ¿Acaso ha vuelto a repetirse en mí la historia de Adán? Pues de la misma manera que, cuando estaba dando gloria a Dios, vino la serpiente, encontró a Eva sola y la engañó, así también me ha sucedido a mí». ² Se levantó José del saco, llamó a María y le dijo: «¿Por qué has hecho esto tú, la predilecta de Dios? ¿Te has olvidado del Señor, tu Dios? ¿Por qué has humillado tu alma, tú la que te has educado junto al Santo de los Santos y recibías alimento de manos de un ángel?». ³ Ella lloró amargamente diciendo: «Yo soy pura y no conozco varón». José le preguntó: «¿De dónde viene entonces lo que hay en tu vientre?». Ella respondió: «Vive el Señor, mi Dios, que no tengo idea de dónde me viene».

14 ¹ Tuvo José gran temor, se apartó de ella y reflexionaba sobre qué haría con ella. Y se dijo José: «Si oculto su falta, parece que voy contra la ley del Señor; y si la denuncio ante los hijos de Israel, temo que lo que hay en ella sea algo angelical, y acabe yo entregando a la muerte sangre inocente. ¿Qué voy a hacer con ella? La despediré secretamente». Y así lo sorprendió la noche. ² Pero he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «No tengas miedo por esta doncella, pues lo que hay en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, pues él salvará a su pueblo de los pecados». Se levantó José del sueño y dio gloria al Dios de Israel que le había otorgado esta gracia. Y fue el custodio de María.

José, objeto de sospecha

15 ¹ Vino Anás el escriba a casa de José y le dijo: «¿Por qué no apareciste en nuestra reunión?». José le respondió: «Porque vine cansado del camino y pasé el primer

día descansando». Al volverse, observó que María estaba encinta. ² Fue corriendo al sacerdote y le dijo: «José, por quien tú respondes, ha faltado gravemente contra la Ley». Le dijo el sacerdote: «¿Pues qué ha pasado?». Respondió Anás: «Que ha violado a la virgen que recibió del templo del Señor; ha ocultado su matrimonio sin manifestárselo a los hijos de Israel». Respondió el sacerdote diciendo: «¿Ha hecho esto José?». Respondió Anás, el escriba: «Envía a unos criados y encontrarás a la virgen encinta». Marcharon los criados y la encontraron como Anás había dicho. La trajeron, pues, al tribunal junto con José. ³ Dijo el sacerdote: «María, ¿por qué has hecho esto? ¿Por qué has humillado tu alma y te has olvidado del Señor, tu Dios? ¿Tú, que te has criado en el Santo de los Santos, que tomaste el alimento de manos de un ángel, que oíste los himnos y danzaste en presencia del Señor?». Ella lloró amargamente diciendo: «Vive el Señor, mi Dios, que soy pura en su presencia y que no conozco varón». ⁴ El sacerdote dijo a José: «¿Por qué has hecho esto?». Respondió José: «Vive el Señor, mi Dios, que soy puro con respecto a ella». Insistió el sacerdote: «No des falso testimonio, sino di la verdad. Ocultaste el matrimonio con ella y no lo manifestaste a los hijos de Israel; no inclinaste tu cabeza bajo la poderosa mano de Dios para que tu descendencia fuera bendita». Y José guardó silencio.

16 ¹ Dijo el sacerdote: «Devuelve la virgen que recibiste del templo del Señor».

Y José rompió en lágrimas. Añadió el sacerdote: «Os daré a beber el agua de la prueba del Señor, ella pondrá de manifiesto vuestros pecados delante de vuestros ojos». ² Tomándola el sacerdote, se la dio a beber a José, y lo envió a la montaña. Pero regresó sano. Se la dio también a beber a María, y la envió a la montaña. Pero regresó sana. Todo el

pueblo quedó admirado porque no apareció pecado en ellos.³ Dijo el sacerdote: «Si el Señor no ha manifestado vuestro pecado, tampoco yo os condeno». Y los dejó marchar libres. Tomó José a María y marchó a su casa lleno de alegría y dando gloria al Dios de Israel.

El nacimiento de Jesús

17¹ Salió una orden del emperador Augusto para que se empadronaran todos los habitantes de Belén de Judea. Y José pensó: «Yo empadronaré a mis hijos, pero ¿qué haré con esta doncella? ¿Cómo la voy a empadronar? ¿Cómo mi mujer? Me da vergüenza. ¿Cómo mi hija? Pero todos los hijos de Israel saben que no es hija mía. Este es el día del Señor, él hará lo que quiera». ² Aparejó la burra, acomodó en ella a María, y un hijo de José llevaba el cabestro, mientras él seguía detrás. Cuando estuvieron a tres millas de distancia, se volvió José y vio que ella estaba triste. Y se dijo en su interior: «Posiblemente lo que lleva dentro le causa molestias». Pero se volvió otra vez José y la vio sonriente. Entonces le dijo: «¿Qué te ocurre, que unas veces veo tu rostro sonriente y otras veces triste?». María respondió a José: «Porque veo con mis ojos dos pueblos, uno que llora y se lamenta, y otro que se alegra y se regocija». ³ Cuando llegaron a la mitad del camino, María dijo a José: «Bájame de la burra, porque lo que hay dentro de mí se da prisa por salir». La bajó de la burra y le dijo: «¿Adónde te llevaré para proteger tu pudor?, porque este lugar es desierto».

18¹ Encontró allí una cueva y la introdujo en ella. Dejó junto a María a sus hijos, y él salió a buscar una comadrona hebrea por la región de Belén. ² «Yo, José, me puse a caminar, pero no podía. Levanté mis ojos al cielo y noté que el aire estaba paralizado. Levanté la mirada hacia la bóveda del cielo y vi que estaba detenida y que los pájaros del

cielo estaban quietos. Cuando volví la vista a la tierra, descubrí una artesa preparada y unos trabajadores recostados que metían sus manos en la artesa. Los que mascaban, en realidad no mascaban; los que cogían, no sacaban nada; los que se llevaban la comida a la boca, no se la llevaban, sino que los rostros de todos estaban mirando a lo alto. Había también unas ovejas que eran arreadas, pero [no avanzaban nada], sino que estaban paradas. El pastor levantó su mano para golpearlas [con el cayado], pero su mano se quedó en el aire. Volví la vista hacia la corriente del río y vi que los cabritos arrimaban sus bocas, pero no podían beber. En suma, todas las cosas momentáneamente cesaban de moverse».

19 ¹ Mas he aquí que una mujer que bajó de la montaña, me dijo: «Hombre, ¿adónde vas?». Le contesté: «Busco una comadrona hebrea». Ella me preguntó diciendo: «¿Eres de Israel?». Le respondí: «Sí». Ella replicó: «¿Y quién es la que está dando a luz en la cueva?». Yo le dije: «Es mi prometida». «Entonces —dijo—, ¿no es tu mujer?». Le respondí: «Es María, la que se crio en el templo del Señor, que yo recibí como mujer, pero que no es mi mujer, sino que ha concebido por obra del Espíritu Santo». La comadrona le preguntó: «¿Es eso verdad?». José le respondió: «Ven y lo verás». Y la comadrona se fue con él. ² Cuando llegaron al lugar de la cueva, se detuvieron. Y he aquí que una nube luminosa cubría la cueva. Dijo la comadrona: «Hoy ha sido engrandecida mi alma, porque mis ojos han visto cosas increíbles: que ha nacido la salvación de Israel». De repente la nube comenzó a retirarse de la cueva, pero apareció en la cueva una gran luz que nuestros ojos no podían soportar. Al poco rato aquella luz se desvanecía, hasta que apareció el niño y se puso a tomar el pecho de su madre, María. Levantó la voz la comadrona y dijo: «Hoy es un día grande para mí, porque he visto este nuevo espectáculo». ³ Cuando la comadrona salió

de la cueva, vino a su encuentro Salomé, a la que dijo: «Salomé, Salomé, tengo una maravilla nueva que contarte: una virgen ha dado a luz, cosa incomprensible para su naturaleza». Replicó Salomé: «Vive el Señor, mi Dios, que si no meto mi dedo y examino su naturaleza, no creeré que una virgen haya dado a luz».

Castigo de la comadrona

20 ¹ Entró la comadrona y dijo a María: «Arréglate, porque ha surgido un altercado nada pequeño sobre ti». Y Salomé metió su dedo en la naturaleza de María y lanzó un grito diciendo: «¡Ay de mí por mi maldad y mi incredulidad! Porque he tentado al Dios vivo, y he aquí que mi mano se me cae quemada». ² Y se arrodilló ante el Señor, diciendo: «Oh Dios de mis padres, recuerda que soy descendiente de Abrahán, Isaac y Jacob. No me pongas como escarmiento para los hijos de Israel, sino devuélveme a los pobres, pues tú sabes, Señor, que en tu nombre realizaba mis curaciones y recibía de ti mi salario». ³ Mas he aquí que se apareció un ángel del Señor, que le dijo: «Salomé, Salomé, el Señor te ha escuchado. Presenta tu mano al niño, tómalo en brazos y tendrás salud y alegría». ⁴ Se acercó Salomé y tomó al niño en brazos diciendo: «Me postraré en adoración ante él, porque ha nacido un gran rey para Israel». Enseguida quedó curada Salomé, que salió de la cueva justificada. Y se oyó una voz que decía: «Salomé, Salomé, no publiques las cosas increíbles que has visto hasta que el niño entre en Jerusalén».

Los magos y muerte de los inocentes

21 ¹ José se preparó para marchar a Judea. Pero sobrevino en Belén de Judea un gran tumulto. Pues llegaron unos magos diciendo: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues hemos visto su estrella en el Oriente y hemos venido para adorarlo». ² Al oírlo Herodes, se

inquietó, envió unos servidores a los magos y mandó llamar a los príncipes de los sacerdotes para preguntarles: «¿Qué hay escrito sobre el mesías? ¿Dónde ha de nacer?». Respondieron ellos: «En Belén de Judea, pues así está escrito». Y los despidió. Entonces preguntó a los magos, diciendo: «¿Qué señal habéis visto sobre el rey que ha nacido?». Contestaron los magos: «Vimos una estrella muy grande que brillaba entre los otros astros y los eclipsaba, de modo que no se veían. Así conocimos nosotros que había nacido un rey para Israel, y hemos venido a adorarlo». Dijo entonces Herodes: «Id a buscarlo y, si lo encontráis, comunicádmelo para que yo también vaya y lo adore». ³ Cuando salieron los magos, he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente se puso delante de ellos y los guió hasta que entraron en la cueva, y se detuvo en la entrada. Los magos vieron al niño con su madre, María, y sacaron regalos de sus alforjas: oro, incienso y mirra. ⁴ Avisados por un ángel para que no entraran en Judea, se volvieron a su tierra por otro camino.

22 ¹ Cuando Herodes supo que había sido burlado por los magos, montó en cólera y envió esbirros, diciéndoles: «Matad a los niños de dos años para abajo». ² Cuando María oyó que habían sido matados los niños, llena de temor, tomó al niño, lo envolvió en pañales y lo colocó en un pesebre de bueyes. ³ Isabel se enteró de que buscaban a Juan, lo tomó y subió con él a la montaña y andaba mirando dónde lo escondería. Pero no había un lugar que sirviera de escondite. Y, gimiendo, Isabel dijo a grandes voces: «Monte de Dios, recibe a una madre con su hijo». Y es que Isabel ya no podía subir más. ⁴ Al instante se rasgó el monte y la recibió. Y contemplaron una luz resplandeciente. Pues con ellos estaba un ángel del Señor que los custodiaba.

Muerte del sacerdote Zacarías

23 ¹ Pero Herodes andaba buscando a Juan, y envió unos criados a Zacarías, que le dijeron: «¿Dónde tienes escondido a tu hijo?». Él les contestó: «Yo trabajo en el servicio de Dios y resido habitualmente en el templo del Señor. No sé dónde está mi hijo». ² Se marcharon los enviados y anunciaron a Herodes todas estas cosas. Herodes montó en cólera y dijo: «Su hijo es el que reinará en Israel». Y le envió un nuevo mensaje, diciendo: «Di la verdad. ¿Dónde está tu hijo? Pues sabes que tu sangre está bajo mi mano». Marcharon los enviados y anunciaron todo esto a Herodes. ³ Zacarías dijo: «Soy mártir de Dios si derramas mi sangre, pues el Señor acogerá mi espíritu, porque derramas sangre inocente a las puertas del templo del Señor». Y a las primeras luces del alba fue asesinado Zacarías. Los hijos de Israel no se enteraron de que había sido asesinado.

24 ¹ Los sacerdotes se reunieron hacia la hora del saludo, pero no les salió al encuentro la bendición de Zacarías según lo acostumbrado. Y estuvieron esperando a Zacarías para saludarlo en la oración y glorificar al Altísimo. ² Al ver que tardaba, se llenaron todos de temor. Pero uno de ellos se atrevió a entrar y vio junto al altar de los sacrificios sangre coagulada, y oyó una voz que decía: «Zacarías ha sido asesinado, y no se borrará su sangre hasta que venga su vengador». Al escuchar aquellas palabras, se llenó de temor y salió a comunicárselo a los sacerdotes. ³ Cobrando valor, entraron y vieron lo sucedido. El artesonado del Templo crujió, y ellos se rasgaron las vestiduras de arriba abajo. Pero su cuerpo no lo encontraron, sino que solamente encontraron su sangre coagulada. Llenos de temor, salieron y anunciaron a todo el pueblo que Zacarías había sido asesinado. Todas las tribus del pueblo se enteraron, guardaron luto y se lamentaron durante tres días y tres noches. ⁴ Después de los

tres días, se reunieron los sacerdotes para deliberar a quién pondrían en su lugar. Y cayó la suerte sobre Simeón, pues era aquel de quien había profetizado el Espíritu Santo que no vería la muerte hasta que contemplara al Mesías hecho carne.

Conclusión

25 ¹ Yo, Santiago, el que ha escrito esta historia, cuando se levantó un tumulto en Jerusalén porque había muerto Herodes, me dirigí al desierto hasta que se calmó el tumulto en Jerusalén. Allí glorificaba al Señor, mi Dios, que me otorgó gracia y sabiduría para escribir esta historia. ² Que la gracia esté con los que temen a nuestro Señor Jesucristo, a quien será la gloria por los siglos de los siglos, amén.

2. Evangelio del Pseudo Mateo

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Base del relato anterior al 200. Texto actual del siglo VI.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Traducción latina, probablemente del siglo VI, conservada en un manuscrito del siglo XIV.

El epígrafe que sirve de título a este evangelio se debe a Constantin von Tischendorf, quien se basó en el contexto de la presunta correspondencia entre los obispos Cromacio y Heliodoro con san Jerónimo. Lo mismo que sucedió con

otros apócrifos, el uso que de ellos hicieron diversos herejes incidió en la valoración que prevaleció en la tradición cristiana. El nacimiento de María y la infancia del Salvador son las dos partes nucleares del escrito. El mismo texto nos sitúa frente a dos partes bien diferenciadas. La primera (1-24) narra los nacimientos de los dos protagonistas de la obra, María y Jesús, y se extiende hasta el regreso de la Sagrada Familia de Egipto. Sus relatos siguen a grandes rasgos los datos de los evangelios canónicos. La segunda parte (25-42) es una presentación totalmente legendaria de la infancia y adolescencia de Jesús. En muchos aspectos, los hechos no resultan demasiado edificantes y representan la visión popular de lo que sería la vida de un personaje en quien habitara la divinidad.

Las leyendas de este evangelio tuvieron gran influencia en la tradición cristiana. Obras de literatura, el arte en sus aspectos de la pintura y la escultura, libros de devoción y hasta las reflexiones de grandes místicos fueron sensibles a ellas.

El texto latino actual es del siglo VI y es probablemente una traducción y remodelación de un original griego basado muy lejanamente en el Evangelio de Mateo. El autor ha añadido un prólogo indicando que el autor del texto es el evangelista Mateo, y que de él hizo una versión san Jerónimo al latín. Ambas noticias son rotundamente falsas: las dos cartas que forman el prefacio son composición también del anónimo autor del apócrifo.

* * *

Empieza el libro sobre el nacimiento de la bienaventurada María y sobre la infancia del Salvador, escrito en hebreo por el bienaventurado evangelista Mateo y traducido al latín por el bienaventurado presbítero Jerónimo.

Carta a Jerónimo

A su queridísimo hermano el presbítero Jerónimo, los obispos Cromacio y Heliodoro: salud en el Señor.

Encontramos en los libros apócrifos la natividad de la Virgen María y la infancia de nuestro Señor Jesucristo. Considerando que en ellos hay escritas muchas cosas contrarias a nuestra fe, creemos que todas deben ser rechazadas, no sea que con ocasión de hablar de Cristo proporcionemos alegría al Anticristo. Mientras nosotros estábamos examinando estos problemas, hubo unos santos varones, Parmenio y Virino, quienes decían que Vuestra Santidad había encontrado un volumen hebreo escrito por el beatísimo evangelista Mateo, que contenía la narración no solo de la natividad de la Virgen Madre, sino también de la infancia de nuestro Salvador.

Por eso pedimos a Vuestra Caridad por el mismo nuestro Señor Jesucristo que nos haga el favor de traducir del hebreo al latín ese volumen, no tanto para que conozcamos las maravillas de Cristo como para que podamos rechazar la astucia de los herejes. Ellos, para dar forma a su malvada doctrina, mezclaron sus mentiras con la natividad buena de Cristo en la intención de ocultar la amargura de su muerte con la dulzura de su vida.

Será, pues, una obra de tu purísima caridad el que o bien escuches a unos hermanos tuyos que te suplican o hagas que unos obispos reciban la deuda de caridad que te requieren y que tú creas razonable.

Respuesta de Jerónimo

Jerónimo, siervo humilde de Cristo, a los santos y beatísimos obispos Cromacio y Heliodoro: Salud en el Señor.

El que cava una tierra convencido de que oculta oro, no se apodera de lo primero que ofrece la fosa abierta, sino que

antes de que el golpe del hierro vibrante saque a la luz el brillante metal, se entretiene en revolver y levantar los terrones, y se alimenta de esperanza el que todavía no ha aumentado su ganancia.

Arduo trabajo el que se me impone, cuando Vuestra Beatitud me ordena lo que ni el mismo San Mateo, apóstol y evangelista, quiso que se publicara. Pues si no se tratara de asuntos secretos, lo hubiera incluido en el mismo evangelio que publicó. Pero procuró que este libro quedara sellado con caracteres hebreos, y hasta el momento no lo ha divulgado, de manera que el libro escrito de su propia mano con caracteres hebreos se encuentra en poder de hombres muy religiosos, que lo recibieron de sus antecesores a lo largo del tiempo. Este mismo libro nunca se lo transmitieron a nadie, pero su contenido lo explicaron de diversas maneras. Y ha sucedido que el libro ha sido divulgado por un discípulo de Maniqueo, de nombre Leucio^[458], que también escribió con nombre falso hechos de los apóstoles. El tal libro ofrece material más propio para destruir que para edificar, lo que se demostró en un concilio^[459]. Por ello, la Iglesia no le ha prestado ninguna atención.

Cesen ya los mordiscos de los que ladran, pues no añadimos este libro a las escrituras canónicas, sino que transmitimos los escritos del que fue apóstol y evangelista para dejar al descubierto la falacia de los herejes. En esta tarea obedecemos las órdenes de los piadosos obispos lo mismo que nos enfrentamos a los impíos herejes.

Damos satisfacción al amor de Cristo, convencidos de que nos ayudarán con sus oraciones los que por nuestra obediencia puedan acceder a la santa infancia de nuestro Salvador.

PARTE PRIMERA

Nacimiento de María

1 ¹ En aquellos días había en Jerusalén un varón de nombre Joaquín, de la tribu de Judá. Este apacentaba sus ovejas y temía a Dios con sencillez y bondad. No tenía otra preocupación que sus rebaños, con cuyo producto alimentaba a todos los que temían a Dios; proporcionaba doble ración a los que fomentaban el temor de Dios y la instrucción, y una sola a los que los servían. Ahora bien, de los corderos, las ovejas, la lana o de todas las cosas que parecía poseer hacía tres partes: una se la daba a las viudas, los huérfanos, los peregrinos y los pobres; otra a los que se dedicaban al culto de Dios; la tercera se la reservaba para él y para todos los de su casa. ² Como se comportaba de esta manera, multiplicaba Dios sus rebaños de forma que no había otro semejante en Israel. Empezó a actuar de esta manera desde que cumplió los quince años de edad. Cuando cumplió los veinte años, tomó como esposa a Ana, hija de Isacar, de su misma tribu, es decir, de la estirpe de David. Después de convivir con ella durante veinte años, no tuvo de ella ni hijos ni hijas.

2 ¹ Sucedió, pues, que en los días festivos, entre los que ofrecían incienso al Señor, se encontraba Joaquín preparando sus ofrendas en presencia del Señor. Y se le acercó un escriba del Templo de nombre Rubén, que le dijo: «No te es lícito permanecer entre los que ofrecen sacrificios a Dios, porque Dios no te ha bendecido dándote descendencia en Israel». Al quedar avergonzado en presencia del pueblo, se retiró llorando del templo del Señor, y no regresó a su casa, sino que se dirigió a sus rebaños. Llevó con él a los pastores a través de los montes hasta una tierra lejana, de modo que,

durante cinco meses, su mujer Ana no pudo recibir de él ninguna noticia.

² Ella, en sus oraciones, decía llorando: «¡Poderosísimo Señor, Dios de Israel! ¿Por qué, después de no darme hijos, me has quitado también a mi marido? Pues he aquí que hace cinco meses que no lo veo. Y no sé siquiera si está muerto para que al menos pudiera darle sepultura». Mientras lloraba amargamente en el jardín de su casa, se puso en oración y elevó sus ojos al Señor. Vio entonces un nido de pajarillos en un laurel y dando un gemido dijo al Señor: «Señor Dios omnipotente, que has dado hijos a toda criatura: a las bestias, a los jumentos, a las serpientes, a los peces y a las aves, de manera que se gozan con ellos, ¿me excluyes a mí sola del don de tu benignidad? Tú sabes, Señor, que desde el principio de mi matrimonio prometí que si me dabas un hijo o una hija, te los habría ofrecido en tu templo santo».

³ Mientras decía estas cosas, apareció de pronto delante de ella un ángel del Señor, que le dijo: «No temas, Ana, porque en la intención de Dios hay un descendiente tuyo; y lo que nacerá de ti será motivo de admiración en todos los siglos hasta el final de los tiempos». Dicho esto, desapareció de sus ojos. Pero ella, presa de temor y pavor por haber visto tal visión y haber oído tales palabras, entró en su habitación y se tendió en el lecho como muerta. Allí permaneció todo el día y toda la noche sumida en el mayor temblor y en oración.

⁴ Llamó después a su doncella y le dijo: «¿Ves que me encuentro decepcionada por mi viudez y que vivo en la angustia, y tú no has querido ni siquiera entrar a verme?». Entonces le respondió en un murmullo, diciendo: «Si Dios ha cerrado tu seno y ha apartado a tu marido de ti, ¿qué puedo yo hacer?». Cuando Ana oyó estas palabras, lloró más todavía.

3 ¹ En aquel mismo tiempo apareció un cierto joven entre los montes, donde Joaquín apacentaba sus rebaños, y le dijo: «¿Por qué no regresas con tu mujer?». Respondió Joaquín: «La tuve durante veinte años; pero ahora, como no ha querido Dios darme hijos de ella, salí vergonzosamente reprobado del templo de Dios. ¿Para qué voy a volver con ella si me siento abatido y despreciado? Me quedaré, pues, aquí con mis ovejas mientras Dios quiera concederme la luz de este mundo. Pero por medio de mis criados daré con gusto a los pobres, a las viudas, a los huérfanos y a los que sirven a Dios la parte que les corresponda».

² Cuando acabó de hablar, el joven le respondió: «Yo soy un ángel de Dios, que me he aparecido hoy a tu mujer, que oraba llorando, y la he consolado. Has de saber que ha concebido ya de ti una hija, que morará en el templo de Dios, y el Espíritu Santo reposará en ella. Su felicidad será superior a la de todas las santas mujeres, tanto que nadie podrá decir que hubo alguien semejante antes que ella, pero después de ella nunca vendrá a este mundo otra mujer semejante. Por todo esto, baja de la montaña, vuelve con tu esposa y la encontrarás encinta. Porque Dios ha suscitado una semilla en ella, por lo que darás gracias a Dios. Su descendencia será bendita, y ella misma será también bendita y madre de eterna bendición».

³ Postrado Joaquín ante él, le dijo: «Si he hallado gracia ante ti, descansa un poco en mi tienda y bendíceme a mí, tu siervo». Replicó el ángel: «No digas que eres mi siervo, sino consiervo mío, pues somos siervos de un mismo Señor. Mi comida es invisible, y mi bebida no puede ser vista por hombres mortales. Por eso no debes pedirme que entre en tu tienda, sino que lo que pensabas darme ofrécelo a Dios en

holocausto».

Entonces tomó Joaquín un cordero sin mancha y dijo al ángel: «Yo no me hubiera atrevido a ofrecer a Dios un holocausto si tu mandato no me hubiera dado la autoridad ritual para ofrecerlo». Replicó el ángel: «Tampoco yo te hubiera invitado a hacer esa ofrenda si no hubiera conocido la voluntad del Señor». Sucedió, pues, que al ofrecer Joaquín el sacrificio a Dios, junto con el aroma del sacrificio, como entre el humo el ángel se marchó al cielo.

⁴ Entonces Joaquín cayó sobre su rostro y estuvo tendido desde la hora de sexta^[460] hasta la tarde. Al llegar sus criados y empleados, como no sabían lo que aquello significaba, se asustaron y pensaban que quizá quisiera suicidarse. Se acercaron a él y a duras penas pudieron levantarlo de tierra. Cuando les contó lo que había visto, llenos de exagerado estupor y de admiración, le rogaban que cumpliera sin tardanza el mandato del ángel y regresara rápidamente al lado de su mujer. Y mientras Joaquín discurría en su interior si debía volver, sucedió que se quedó adormecido, y el ángel que se le había aparecido cuando estaba despierto, se le apareció en sueños y le dijo: «Yo soy el ángel que Dios te ha dado como custodio: baja sin temor y regresa al lado de Ana, porque las obras de misericordia que habéis hecho tú y Ana tu mujer han sido expuestas en presencia del Altísimo. En consecuencia, se os ha concedido una descendencia como nunca la han tenido ni los profetas ni los santos, ni la tendrán». Cuando Joaquín se despertó del sueño, llamó a sus pastores y les refirió su sueño. Pero ellos, postrados ante el Señor, le dijeron: «Cuidado, no vayas a menospreciar más al ángel de Dios; levántate y vayamos apacentando lentamente el rebaño».

⁵ Cuando habían ya caminado treinta días y se encontraban

cerca, se apareció un ángel del Señor a Ana, que estaba en oración, y le dijo: «Vete a la puerta Dorada y sal al encuentro de tu marido, porque hoy llegará hasta ti». Salió a toda prisa con sus doncellas y comenzó a orar de pie en la misma puerta. Después de esperar largo rato y sentirse cansada de tan larga espera, levantó los ojos y vio a Joaquín que venía con sus rebaños. Corrió a su encuentro y se colgó de su cuello dando gracias a Dios y diciendo: «Era viuda, y he aquí que ya no lo soy; era estéril, y ya he concebido». Y hubo un gran gozo entre todos sus vecinos y conocidos, tanto que toda la tierra de Israel se congratuló con esta noticia.

María en el templo del Señor

4¹ Después de estos sucesos, cumplidos los nueve meses, dio a luz Ana una hija, a la que puso por nombre María. Una vez que la hubo amamantado durante tres años, marcharon juntos Joaquín y su esposa Ana al templo del Señor. Hechas sus ofrendas al Señor, entregaron a su hijita María para que conviviera con las vírgenes que permanecían día y noche alabando a Dios. Cuando llegó frente al templo del Señor, subió los quince escalones tan a la carrera, que no miró en absoluto hacia atrás, ni echó de menos a sus padres como suele suceder en la infancia. Con ello quedaban todos atónitos, de modo que hasta los mismos pontífices del Templo se llenaron de admiración.

5¹ Entonces Ana, llena del Espíritu Santo, dijo en presencia de todos: «El Señor Dios de los ejércitos se acordó de su palabra y ha visitado a su pueblo con su santa presencia, para humillar a las gentes que se levantaban contra nosotros y convertir hacia él sus corazones. Abrió sus oídos a nuestras plegarias y apartó de nosotros los insultos de nuestros enemigos. La estéril se ha convertido en madre y ha engendrado el júbilo y la alegría en Israel. Ahora podré

ofrecer mis dones al Señor, sin que puedan impedirlo mis enemigos. Que el Señor convierta sus corazones hacia mí y me dé un gozo sempiterno».

6 ¹ María provocaba la admiración de todo el pueblo. Porque, teniendo tres años de edad, caminaba con paso tan firme, hablaba con tanta perfección y se dedicaba con tanto interés a la alabanza de Dios, que no la consideraban como una niña, sino como una mujer adulta. Y se aplicaba a sus oraciones como si ya tuviera treinta años. Su cara resplandecía como la nieve, tanto que apenas se podía fijar en su rostro la mirada. Se dedicaba con insistencia a las labores de la lana, y lo que mujeres ya ancianas no pudieron realizar, ella lo desarrollaba desde su tierna edad.

² Se había fijado esta norma: desde el amanecer hasta la hora de tercia se aplicaba con fidelidad a la oración; desde la hora de tercia hasta la de nona se ocupaba de las labores textiles; y de nuevo desde la hora de nona no se apartaba de la oración hasta que se le aparecía el ángel del Señor, de cuya mano recibía el alimento. Así progresaba más y más en la alabanza de Dios. Finalmente, en compañía de las vírgenes mayores se instruía en la alabanza de Dios, de tal manera que no había ninguna más presta que ella en la vigilancia, ninguna más erudita en el conocimiento de la ley de Dios, ninguna más sumisa en la humildad, ninguna más elegante en el canto de los salmos de David, ni más generosa en la caridad, ni más pura en la castidad, ni más perfecta en toda clase de virtud. Pues era constante, inmovible, inmutable, y cada día progresaba hacia lo mejor.

³ Nadie la vio nunca airada, ni la oyó decir una mala palabra. Su lenguaje estaba tan lleno de gracia que se conocía que Dios estaba en su lengua. Permanecía continuamente en la oración y en el estudio de la Ley. Se preocupaba de que

ninguna de sus compañeras pecara de palabra, ni se dejara llevar de una risa desacompasada, ni se comportara con sus semejantes con injurias o soberbia. Bendecía a Dios sin cesar; y para que no le faltara a Dios nada de alabanza, ni siquiera en los saludos, cuando alguien la saludaba, ella contestaba: «Gracias a Dios». En una palabra, de ella se derivó la costumbre de que los hombres, cuando se saludaban mutuamente, respondieran: «Gracias a Dios». Ella se mantenía con el alimento que diariamente recibía de manos del ángel; el que conseguía de los pontífices lo repartía entre los pobres. Frecuentemente se la veía en conversación con los ángeles, quienes la trataban como si fueran íntimos amigos. Si alguno de los enfermos la tocaba, regresaba al instante sano a su casa.

7 ¹ Entonces, el sacerdote Abiatar ofreció incontables dones a los pontífices para poder tomarla y ofrecerla a su propio hijo como esposa. Pero María se lo impedía diciendo: «No es posible que yo conozca varón o que un varón me conozca». Pero los pontífices y todos sus parientes le decían: «Dios es honrado en los hijos y adorado en los descendientes, como siempre ha sido en Israel». María les respondió diciendo: «Dios es honrado sobre todo con la castidad, como se puede comprobar:

²» Porque antes de Abel no hubo justo alguno entre los hombres. Él agradó a Dios por sus ofrendas y fue asesinado despiadadamente por el que le desagradó. No obstante, recibió una doble corona, por sus ofrendas y por su virginidad, porque nunca aceptó una mancha en su carne. Finalmente, también Elías fue llevado en carne al cielo, porque conservó virgen su carne. Esto es lo que aprendí en el templo de Dios desde mi infancia, que una virgen puede ser amada de Dios. Por eso, tomé en mi corazón la decisión de no

conocer varón jamás».

José, elegido esposo de María

8¹ Sucedió que cuando cumplió los catorce años de edad, fue el momento en que los fariseos dijeron que era costumbre el que una mujer no pudiera habitar en el templo de Dios. Se tomó la decisión de enviar un emisario por todas las tribus de Israel para que convocara a todos en el templo del Señor para después de tres días. Cuando todo el pueblo estuvo reunido, se levantó el pontífice Abiatar y subió a un estrado elevado para poder ser oído y visto por todo el pueblo. Hecho una gran silencio, dijo: «Oídmme, hijos de Israel, y acoged con vuestros oídos mis palabras. Desde que Salomón edificó este Templo, ha habido en él vírgenes, hijas de reyes, de profetas, de sumos sacerdotes y de pontífices; y fueron grandes y dignas de admiración. Sin embargo, llegadas a la edad legal, tomaron varones en matrimonio y siguieron así la norma de sus antepasados agradando a Dios. Pero María es la única que ha descubierto una nueva forma de agradar a Dios, pues ha hecho a Dios promesa de permanecer siempre virgen. Por lo tanto, pienso que por medio de nuestra investigación y de la respuesta de Dios podríamos conocer a quién debe ser entregada en custodia».

² Estas palabras agradaron a toda la asamblea. Y echaron a suertes los sacerdotes sobre las doce tribus de Israel, y la suerte recayó sobre la tribu de Judá. Dijo el sacerdote: «Que todos los que no tienen mujer vengan mañana y traigan una vara en su mano». Y sucedió que entre los jóvenes vino también José trayendo su vara. Entregaron las varas al sumo sacerdote, quien ofreció a Dios un sacrificio y consultó al Señor. El Señor le respondió: «Meted las varas de todos dentro del Santo de los Santos y que permanezcan allí. Y ordénales que vuelvan mañana a recoger sus varas. Del

extremo superior de una vara saldrá una paloma que volará hasta el cielo. Aquel en cuya mano la vara devuelta produzca esta señal, debe ser el que reciba a María en custodia».

³ Sucedió que al día siguiente llegaron todos muy temprano. Hecha la oblación del incienso, entró el pontífice en el Santo de los Santos y sacó las varas. Las repartió todas, pero de ninguna salió la paloma. Entonces el pontífice Abiatar se vistió la vestidura sacerdotal con las doce campanillas, entró en el Santo de los Santos e inmoló un sacrificio. Y mientras recitaba su oración, se le apareció un ángel, que le dijo: «Hay aquí una vara muy pequeña, a la que no has prestado atención y que has colocado entre las demás. Cuando la saques y se la des al interesado, aparecerá en ella la señal de la que te hablé». Era en efecto aquella vara la de José, quien había sido postergado porque ya era anciano, y no había reclamado su vara para no verse obligado a acoger a la doncella. Y mientras estaba humildemente en el último lugar, lo llamó con gran voz el pontífice Abiatar, diciéndole: «Ven y recoge tu vara, porque por ti estamos expectantes». Se acercó José lleno de espanto, porque el sumo sacerdote le había llamado con un fuerte grito. Pero luego, cuando extendió la mano para recoger su vara, al instante salió de su extremidad superior una paloma preciosísima, más blanca que la nieve; y después de volar largo rato por los tejados del Templo, se dirigió hacia el cielo.

⁴ Entonces todo el pueblo felicitaba al anciano diciendo: «Has logrado la felicidad en tu ancianidad, porque Dios ha manifestado que eres el idóneo para recibir a María». Pues los sacerdotes le decían: «Recíbela, porque de toda la tribu de Judá tú eres el único elegido por Dios». Entonces José, postrándose con humildad, comenzó a rogarles diciendo con vergüenza: «Soy anciano y ya tengo hijos, ¿por qué me

confiáis esta jovencita?». Entonces, el sumo sacerdote Abiatar respondió: «Recuerda, José, cómo Datán, Abirón y Coré perecieron porque menospreciaron la voluntad del Señor. Lo mismo te sucederá si menosprecias esto que Dios te ordena». José replicó: «Yo no menosprecio la voluntad de Dios, sino que seré su custodio en tanto en cuanto se pueda saber por la voluntad de Dios cuál de mis hijos puede tomarla como esposa. Que se le den algunas compañeras vírgenes, con las cuales mientras tanto pueda convivir». Respondió el pontífice Abiatar, diciendo: «Se le facilitarán en efecto vírgenes para su consuelo, mientras llega el día determinado en el que tú la recibas, pues no podrá unirse en matrimonio con ningún otro».

⁵ Entonces recibió José a María con otras cinco vírgenes, que vivirían con ella en casa de José. Estas vírgenes se llamaban Rebeca, Séfora, Susana, Abigea y Zahel, a las que los sacerdotes entregaron seda, jacinto, algodón, púrpura y lino. Echaron a suertes entre ellas para ver qué tendría que hacer cada una de ellas. A María le correspondió la púrpura para el velo del templo del Señor. Cuando la recibió, le decían las otras vírgenes: «Tú eres la más pequeña de todas y has merecido conseguir la púrpura». Al decir esto, empezaron a llamarla en tono de broma la reina de las vírgenes^[461]. Como se comportaban de este modo, apareció en medio de ellas un ángel del Señor, que les dijo: «Esta expresión no tendrá sentido de broma, sino de verdadera profecía». Atemorizadas con la visión del ángel y con sus palabras, pidieron a María que las perdonase y que rezase por ellas.

La anunciación

9 ¹ Al día siguiente, mientras estaba María junto a la fuente llenando el cántaro, se le apareció un ángel del Señor que le dijo: «Feliz eres, María, porque has preparado en

tu seno una morada para el Señor. He aquí que una luz vendrá del cielo para habitar en ti, y por ti resplandecerá en todo el mundo».

² Otra vez, tres días más tarde, mientras trabajaba con sus manos la púrpura, entró donde ella estaba un joven cuya hermosura no es posible describir. Al verlo, María se asustó y se echó a temblar. Pero él le dijo: «No temas, María, que has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y darás a luz un rey, que dominará no solamente en la tierra sino en el cielo, y reinará por los siglos de los siglos».

10 ¹ Mientras sucedían estas cosas, José se encontraba trabajando en la ciudad marítima de Cafarnaún, pues era carpintero. Permaneció allí durante nueve meses. Cuando regresó a su casa, descubrió que María estaba encinta. Se estremeció todo y, lleno de angustia, exclamó: «Señor, Dios mío, recibe mi espíritu, pues es mejor para mí morir que vivir». Pero las vírgenes que estaban con María le dijeron: «¿Qué estás diciendo, señor José? Nosotras sabemos que no la ha tocado ningún varón; nosotras sabemos que la integridad y la virginidad permanecen inmaculadas en ella. Porque ha sido custodiada por Dios. Ha permanecido siempre en oración con nosotras. Todos los días habla con ella el ángel del Señor; todos los días recibe el alimento de manos del ángel. ¿Cómo es posible que haya en ella algún pecado? Pues si quieres que te manifestemos nuestra opinión, su gravidez no la ha causado sino el ángel de Dios».

² Pero José replicó: «¿Por qué tratáis de convencerme para que os crea que un ángel del Señor es el que la ha dejado encinta? Es muy posible que alguien se haya fingido ser un ángel del Señor y la haya engañado». Al decir esto lloraba diciendo: «¿Con qué cara voy a ir al templo del Señor? ¿Con qué valor voy a mirar a los sacerdotes de Dios?». Mientras

decía tales cosas, pensaba repudiarla en secreto.

11 ¹ Había decidido levantarse de noche para huir a algún lugar oculto en el que habitar, cuando en esa misma noche se le apareció en sueños un ángel del Señor, que le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa, porque lo que hay en su seno es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo que se llamará Jesús, pues él salvará a su pueblo de sus pecados». Se levantó José del sueño, dio gracias a Dios, habló a María de lo que le habían contado sus compañeras y les narró su visión. Consolado sobre el asunto de María, le dijo: «He pecado porque abrigué sospechas contra ti».

José, objeto de investigación

12 ¹ Sucedió después de estas cosas que se corrió el rumor de que María estaba encinta. Detenido, pues, José por los servidores del Templo, fue llevado al pontífice, quien juntamente con los sacerdotes empezó a reprimirlo, diciendo: «¿Por qué has falseado estas bodas con una virgen tan importante y tan grande, a la que los ángeles de Dios han alimentado en el Templo como a una paloma, que nunca quiso ni siquiera ver a un varón y que adquirió una formación excelente en la ley de Dios? Si tú no le hubieras hecho violencia, hubiera permanecido siendo virgen hasta el día de hoy». José se excusaba jurando que él nunca la había tocado. Entonces le dijo el pontífice Abiatar: «Vive Dios que enseguida te haré beber el agua de la prueba del Señor, y al punto quedará patente tu pecado».

² Entonces se congregó toda la multitud de Israel en cantidad innumerable, y fue también llevada María al templo del Señor. Los sacerdotes, lo mismo que sus parientes y allegados, decían llorando a María: «Confiesa tu pecado a los sacerdotes, pues eras como una paloma en el Templo y

recibías el alimento de la mano de un ángel». Fue llamado también José ante el altar, y se le dio el agua de la prueba del Señor. Si un hombre que mentía la bebía y daba siete vueltas alrededor del altar, Dios hacía aparecer en su rostro una cierta señal. Pero cuando José la bebió con total seguridad y dio las vueltas alrededor del altar, no apareció en él señal alguna de pecado. Entonces todos los sacerdotes, los servidores y el pueblo todo lo declararon inocente diciendo: «Feliz eres tú, porque no se ha encontrado culpa en ti».

³ Llamaron a María y le dijeron: «Y tú, ¿qué excusa puedes tener? ¿O qué mayor señal puede darse en ti que este embarazo que te delata? Lo único que te exigimos es que, ya que José es inocente, confieses quién es el que te ha engañado. Pues es mejor que tu confesión te delate, y no que la ira de Dios, al dar una señal en tu rostro, te ponga en evidencia delante de todo el pueblo». Entonces María, con firmeza e intrepidez, dijo: «Si hay en mí alguna impureza o algún pecado, o si hubo concupiscencia o deshonestidad, que el Señor me ponga de manifiesto a la vista de todos los pueblos para que sirva a todos de ejemplar escarmiento». Se acercó al altar del Señor confiadamente, bebió el agua de la prueba, dio siete vueltas alrededor del altar, pero no se halló mancha alguna en ella.

⁴ El pueblo quedó estupefacto y sumido en la perplejidad, al ver el evidente embarazo y constatar que no aparecía en su rostro señal alguna. Empezaron a inquietarse con los varios rumores que iban surgiendo entre el pueblo. Unos proclamaban su santidad, otros la acusaban con mala fe. Entonces, María, viendo la sospecha del pueblo y puesto que no estaba del todo justificada, dijo con voz clara cuando todos la oían: «Vive Adonay, el Señor de los ejércitos, en cuya presencia me encuentro, que nunca he conocido varón ni

pienso conocerlo, porque desde mi niñez tengo tomada esta decisión. Y este es el voto que hice a Dios desde mi infancia: permanecer íntegra para aquel que me creó. En tal integridad confío que viviré para él solo, y mientras viva permaneceré para él solo libre de toda impureza».

⁵ Entonces, todos la besaban rogándole que supiera disculpar sus malvadas sospechas. Todo el pueblo, los sacerdotes y todas las vírgenes la condujeron a su casa con regocijo y con gozo, diciendo a gritos: «Bendito sea el nombre del Señor, que manifestó tu santidad a todo el pueblo de Israel».

Nacimiento de Jesús

13 ¹ Sucedió que, pasado algún tiempo, un edicto publicado del César Augusto ordenaba que todo el mundo fuera a empadronarse a su propia patria. Este empadronamiento fue ejecutado por el gobernador de Siria Cirino^[462]. Se vio, pues, José en la necesidad de trasladarse a Belén con María, porque procedía de allí, y María era de la tribu de Judá y de la casa y de la patria de David. Cuando José y María iban por el camino que lleva a Belén, dijo María a José: «Veo a dos pueblos ante mí, a uno que llora y a otro que se alegra». José le respondió: «Estate sentada, sujétate bien en el jumento y no digas palabras inútiles». Entonces apareció ante ellos un joven hermoso, vestido con espléndidas vestiduras, que dijo a José: «¿Por qué has dicho que son superfluas las palabras sobre los dos pueblos de que ha hablado María? Pues ha visto al pueblo judío que lloraba, porque se ha apartado de su Dios, y ha visto al pueblo de los gentiles alegrarse porque se ha acercado y se ha colocado cerca del Señor. Es lo que prometió a nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob. Porque ha llegado el tiempo en que por la descendencia de Abrahán serán benditas todas las

gentes».

² Dicho esto, el ángel mandó detenerse al jumento porque había llegado el momento del parto. Y ordenó a María que bajara de la cabalgadura y entrara en una cueva subterránea en la que nunca había habido luz, sino siempre tinieblas, porque no entraba en absoluto la luz del día. Pero, al entrar María, empezó toda la cueva a llenarse de resplandor, y como si dentro estuviese el sol, toda mostraba un fulgor luminoso. Como si allí fuera el mediodía, una luz divina iluminaba la cueva. Y ni de día ni de noche faltó la luz divina mientras estuvo dentro María. Fue allí donde dio a luz un niño, a quien rodearon los ángeles en el momento de nacer, y una vez nacido lo adoraron diciendo: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres del beneplácito divino».

³ Ya hacía rato que José había ido a buscar comadronas. Y cuando regresó a la cueva, María ya había dado a luz al niño. José dijo a María: «Yo te he traído a las comadronas Zelomí y Salomé, pero están fuera delante de la cueva y no se atreven a entrar acá por el excesivo resplandor». Al oír María estas cosas, se sonrió. Pero José le dijo: «No te sonrías, sino sé cauta, no sea que vayas a necesitar alguna medicina». Entonces mandó que una de ellas entrara con él. Entró Zelomí, y dijo a María: «Permíteme que te toque». Cuando María le permitió que la tocara, exclamó a grandes voces la comadrona diciendo: «¡Señor, gran Señor, ten misericordia! Nunca se ha oído ni siquiera sospechado que los pechos estén llenos de leche, y el niño que ha nacido haya dejado virgen a su madre. Ninguna mancha de sangre hay en el recién nacido, ningún dolor en la parturienta. Una virgen concibió, virgen dio a luz, virgen permaneció».

⁴ Al oír estas palabras la otra comadrona, llamada Salomé, dijo: «Lo que estoy oyendo no lo creeré si yo misma no lo

compruebo». Entró Salomé donde estaba María y le dijo: «Permíteme que te palpe y compruebe si es verdad lo que ha dicho Zelomí». Como María le permitió que la palpase, introdujo su mano Salomé. Cuando la alargó para tocar, al punto se le quedó seca la mano. Presa de dolor, comenzó a llorar vehementemente, a angustiarse y a decir a gritos: «Señor, tú sabes que siempre te he tenido temor, y que cuidé a todos los pobres sin retribución por mi trabajo, nunca cobré a las viudas y a los huérfanos, y nunca despedí vacío a ningún necesitado. Y mira cómo ahora me he convertido en una miserable por mi incredulidad, porque me atreví a sondear a tu virgen».

⁵ Cuando hubo dicho estas cosas, apareció junto a ella un joven todo espléndido que le decía: «Acércate al niño, adóralo y tócalo con tu mano. Él te salvará, porque es el Salvador del mundo y de todos los que en él ponen su esperanza». Ella se acercó al niño al instante, lo adoró y le tocó la orla de los pañales en los que estaba envuelto. Inmediatamente quedó curada su mano. Saliendo fuera, comenzó a proclamar y a contar las grandezas de los milagros que había visto y que había experimentado, y cómo había sido curada. De manera que muchos creyeron al oír su testimonio.

⁶ Pues también unos pastores de ovejas afirmaban que habían visto ángeles que en plena noche cantaban un himno, alababan y bendecían al Dios del cielo. Y decían que había nacido el Salvador de todos, que es el Cristo Señor, en quien será restaurada la salvación de Israel.

⁷ Hasta brillaba sobre la cueva desde la tarde a la mañana una gran estrella, cuya magnitud no se había visto nunca desde el origen del mundo. Los profetas que había en Jerusalén decían que aquella estrella anunciaba el nacimiento de Cristo, que cumpliría la promesa hecha no solamente a

Israel, sino a todas las gentes.

14 ¹ A los tres días del nacimiento del Señor, salió María de la cueva y entró en un establo. Colocó al niño en un pesebre, y un buey y un asno lo adoraron. Entonces se cumplió lo anunciado en la profecía de Isaías: «Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor» (Is 1, 3). Y es que los mismos animales, situados a su lado, lo adoraban sin cesar. Así se cumplió lo dicho en la profecía de Habacuc: «En medio de dos animales te darás a conocer^[463]». En aquel mismo lugar permanecieron José y María con el niño durante tres días.

15 ¹ El sexto día entraron en Belén, donde pasaron el séptimo día. Al octavo día, al circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de que fuera concebido en el seno. Cuando se cumplieron los días de la purificación de María según la ley de Moisés, José llevó al niño al templo del Señor. Y como el niño recibió la circuncisión, ofrecieron por él un par de tórtolas y dos polluelos de paloma.

² Había en el templo del Señor un varón perfecto y justo, de nombre Simeón, de ciento doce años de edad. Había recibido la promesa de parte del Señor de que no gustaría la muerte antes de ver al Mesías, el hijo de Dios encarnado. En cuanto vio al niño, exclamó, diciendo a grandes voces: «¡Dios ha visitado a su pueblo, el Señor ha cumplido su promesa!». Y a toda prisa adoró al niño. A continuación lo tomó en su manto, lo adoró nuevamente y besaba sus plantas diciendo: «Ahora dejas marchar a tu siervo en paz, Señor, según tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación, que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel^[464]».

³ Estaba también en el templo del Señor la profetisa Ana,

hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Había vivido con su marido siete años desde su matrimonio, y era viuda ya desde hacía ochenta y cuatro años. Nunca se había apartado del templo del Señor y había vivido dedicada a los ayunos y a la oración. Acercándose, adoraba al niño diciendo que en él estaba la redención del mundo^[465].

Los magos y muerte de los inocentes

16¹ Pasados dos años, llegaron a Jerusalén unos magos de Oriente portando grandes regalos. Preguntaron insistentemente a los judíos diciendo: «¿Dónde está el rey que os ha nacido? Pues hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo». Este rumor llegó al rey Herodes. Y tanto lo aterrorizó que envió emisarios a los escribas, fariseos y doctores del pueblo para averiguar por ellos dónde vaticinaron los profetas que iba a nacer el Mesías. Ellos le contestaron: «En Belén de Judá. Pues así está escrito: “Y tú, Belén, tierra de Judá, de ninguna manera eres la más pequeña entre las principales ciudades de Judá; pues de ti saldrá el caudillo que regirá a mi pueblo de Israel”». Entonces el rey Herodes llamó a los magos e investigó de ellos con diligencia cuándo se les había aparecido la estrella. Y los envió a Belén diciendo: «Id y preguntad con todo interés sobre el niño, y cuando lo encontréis, anunciádmelo para que yo vaya también a adorarlo».

² Cuando los magos iban de camino, se les apareció la estrella, y como si les hiciera de guía, así les precedía hasta que llegaron al lugar donde estaba el niño. Los magos, al ver la estrella, se alegraron con un grandísimo gozo. Entraron en la casa y hallaron al niño Jesús sentado en el regazo de su madre. Entonces abrieron sus tesoros y obsequiaron a María y a José con grandes regalos. Luego cada uno ofreció al Niño una moneda de oro. A continuación uno le ofreció oro, otro

incienso y el otro mirra. Y como estaban dispuestos a volver al rey Herodes, recibieron en sueños un aviso de un ángel para que no lo hicieran. Pero ellos, después de adorar gozosamente al niño, regresaron a su tierra por otro camino.

17 ¹ Viendo el rey Herodes que había sido burlado por los magos, montó en cólera y envió mensajeros por todos los caminos con intención de apresarlos y matarlos. Pero al no poder encontrarlos de ninguna manera, envió sicarios a Belén y mató a todos los niños de dos años para abajo, de acuerdo con el tiempo que había averiguado de los magos.

² Pero un día antes de que lo hiciera, fue avisado José en sueños por un ángel del Señor que le dijo: «Toma a María y al niño, y vete a Egipto por el camino del desierto». José se marchó según le había dicho el ángel.

Huida a Egipto

18 ¹ Llegaron a una cueva, en la que decidieron descansar. Bajó, pues, María del jumento y se sentó teniendo a Jesús sobre el regazo. Hacían el viaje con José tres jóvenes, y una jovencita con María. Y hete aquí que de la cueva salieron de repente muchos dragones. Los jóvenes, al verlos, se pusieron a gritar movidos por un gran temor. Entonces Jesús bajó del regazo de su madre y se puso de pie delante de los dragones. Pero ellos, después de adorarlo, se marcharon. Se cumplió entonces lo que había predicho el profeta David: «Alabad al Señor desde la tierra los dragones y todos los abismos» (Sal 148, 7)^[466].

² Entonces el niño Jesús, caminando delante de ellos, les ordenó que no hicieran daño a ningún hombre. Pero María y José tenían mucho miedo de que los dragones pudieran dañar al pequeño. Jesús les dijo: «No temáis, ni penséis que soy un niño pequeño, pues yo siempre he sido y soy un varón

perfecto. Y es necesario que todas las fieras de los bosques sean mansas ante mí».

19 ¹ De la misma manera, los leones y los leopardos lo adoraban y les hacían compañía por el desierto. A donde se dirigían María y José, les precedían mostrándoles el camino. Y adoraban a Jesús inclinando sus cabezas. El primer día que vio María a los leones que se le acercaban y a varias clases de fieras, quedó fuertemente asustada. Pero el niño Jesús, mirándola con rostro alegre, le dijo: «No temas, madre, pues se apresuran a venir no para hacerte daño sino para obsequiarte». Dichas estas cosas, ahuyentó el temor de sus corazones.

² Los leones caminaban juntamente con ellos, y con los bueyes, los asnos y las bestias que portaban el equipaje. Aunque permanecían junto a ellos, a ninguno dañaban, sino que estaban tan mansos entre las ovejas y los carneros que habían traído y los llevaban consigo desde Judea. Caminaban entre los lobos, y ninguno era dañado por otro. Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta: «Los lobos pacerán con los corderos, el león y el buey se alimentarán juntamente de paja^[467]». Había dos bueyes y el carro en el que portaban el bagaje. Eran los leones los que los dirigían en su camino.

20 ¹ Sucedió que a los tres días de marcha, María se sintió fatigada por el calor del desierto. Vio una palmera y dijo a José: «Descansaré un poquito bajo su sombra». José la llevó rápidamente a la palmera y la hizo bajar del jumento. Una vez que se hubo sentado, mirando hacia las ramas de la palmera, vio que estaban llenas de frutos, y dijo a José: «Desearía, si es posible, tomar algún fruto de esta palmera». José le contestó: «Me sorprende que digas esto cuando ves lo alta que es esta palmera y que pienses en comer de sus frutos. Yo me preocupo más de la escasez de agua, que

ya falta en los odres, y no tenemos para satisfacer nuestra sed y la de los jumentos».

² Entonces el niño Jesús, recostado con rostro alegre en el regazo de su madre, dijo a la palmera: «Dóblate, árbol, y con tus frutos da alivio a mi madre». Inmediatamente, ante esta voz, la palmera dobló su cima hasta las plantas de María. Y recogieron de ella frutos de los que todos quedaron reconfortados. Una vez que fueron recogidos todos los frutos de la palmera, seguía inclinada esperando para levantarse que le dieran la misma orden que la había ordenado inclinarse. Entonces Jesús le dijo: «Levántate, palmera, descansa y sé compañera de mis árboles que están en el paraíso de mi Padre. Pero abre ahora desde tus raíces una vena que está escondida en la tierra para que de ella broten aguas con las que podamos saciarnos». Al punto se levantó la palmera, y empezaron a salir de sus raíces manantiales de agua limpiísima, fresca y dulce por demás. Cuando vieron las fuentes de agua, se alegraron con gran alegría, y se saciaron con hombres y jumentos dando gracias a Dios.

21 ¹ Al día siguiente se marcharon de allí, y en el momento en que iniciaban el camino, se volvió Jesús hacia la palmera y le dijo: «Te otorgo este privilegio, palmera, que una de tus ramas sea trasladada por mis ángeles y plantada en el paraíso de mi Padre. Y te concederé esta bendición: que a todos los que venzan en algún certamen se les diga: “Habéis llegado a la palma de la victoria”». Mientras esto decía, he aquí que un ángel del Señor apareció sobre la cima de la palmera, tomó una de sus ramas y subió volando al cielo con la rama en la mano. Al ver este prodigio, cayeron todos rostro a tierra y quedaron como muertos. Pero Jesús les habló diciendo: «¿Por qué el temor ha invadido vuestros corazones? ¿No sabéis que esta palmera, que he hecho

trasladar al paraíso, estará preparada para todos los santos en el lugar de las delicias como lo ha estado para vosotros en este desierto?». Y se levantaron todos llenos de gozo.

22 ¹ Mientras caminaban, le dijo José: «Señor, un calor excesivo nos consume. Si te parece bien, tomemos el camino junto al mar para poder atravesar las ciudades marítimas descansando». Jesús le dijo: «No tengas miedo, José; yo abreviaré vuestro camino, de modo que lo que debíais recorrer en treinta días, lo terminéis hoy en un solo día». Mientras hablaban estas cosas, extendieron la vista y comenzaron a ver los montes y las ciudades de Egipto.

² Alegres y gozosos, llegaron a los confines de Hermópolis, y entraron en una ciudad de Egipto, de nombre Sotinen. Como allí no había ningún conocido en cuya casa hospedarse, entraron en un templo que se llamaba Capitolio de Egipto. En aquel templo había depositados trescientos sesenta y cinco ídolos, a quienes se ofrecían cada día honores divinos sacrílegamente.

23 ¹ Sucedió que cuando María santísima entró con el niño en el templo, todos los ídolos cayeron en tierra, de modo que todos yacían demolidos y hechos trizas sobre sus rostros. Demostraron así con toda evidencia que no eran nada. Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Isaías: «Ved que el Señor vendrá sobre una nube ligera y entrará en Egipto, y se moverán de su sitio todas las obras de los egipcios hechas a mano» (Is 19, 1).

24 ¹ Cuando se anunció lo sucedido a Afrodisio, gobernador de aquella ciudad, vino al templo con todo su ejército. Al ver los sacerdotes del templo que llegaba a toda prisa Afrodisio con todo su ejército, pensaban que iban a ver cómo se tomaba venganza contra los que habían sido la causa de que los dioses se vinieran abajo. Pero, entrado aquel

en el templo, como vio que todos los ídolos yacían caídos sobre su rostro, se acercó a María y adoró al Niño que llevaba ella sobre su regazo. Y después de adorarlo, se dirigió a todo su ejército y a sus amigos diciendo: «Si este no fuera el Dios de nuestros dioses, nuestros dioses de ningún modo hubieran caído sobre sus rostros, ni yacerían postrados en su presencia. De donde se deduce que ellos lo están confesando tácitamente como su Dios. Por consiguiente, si todos nosotros no obramos con cautela como vemos que hacen nuestros dioses, podríamos incurrir en el peligro de su indignación y perecer, como ocurrió al Faraón, rey de los egipcios, quien por no creer en tan grandes prodigios fue sumergido en el mar con todo su ejército». Entonces todo el pueblo de aquella ciudad creyó en el Señor Dios por medio de Jesucristo.

PARTE SEGUNDA

25 Poco tiempo después, dijo el ángel a José: «Regresa a la tierra de Judá, pues han muerto los que buscaban la vida del niño^[468]».

Las charcas de barro

26 ¹ Sucedió que después del regreso de Jesús de Egipto, cuando estaba en Galilea, apenas cumplidos los tres años de edad, jugaba en un día de sábado con otros niños en el lecho del río Jordán. Se sentó Jesús e hizo siete charcas con barro, a cada una de las cuales añadió pequeños terrenos. A través de ellos, a su mandato, hizo correr las aguas de la corriente y luego las hacía volver. Entonces uno de los niños, hijo del diablo, llevado de la envidia, cerró el acceso por donde las aguas iban a las charcas y trastornó la obra de Jesús. Entonces le dijo Jesús: «¡Ay de ti, hijo de la muerte, hijo

de Satanás! ¿Destruyes tú la obra que acabo de construir?». Y enseguida el que había hecho eso cayó muerto.

² Entonces los padres del muerto se pusieron a gritar con voz airada contra María y José, diciendo: «La maldición de vuestro hijo ha hecho que muera el nuestro». Al oírlo José y María, se dirigieron al punto a Jesús movidos por el escándalo de los padres del niño y el tumulto de los judíos. Pero José dijo en secreto a María: «Yo no me atrevo a hablarle; pero tú aconséjale y dile: “¿Por qué has excitado contra nosotros el odio de la gente, y tenemos que aguantar ahora esta molesta actitud de los hombres?”». Llegó, pues, su madre y le preguntó: «Señor mío, ¿qué es lo que ha hecho ese niño para tener que morir?». Él le respondió: «Era digno de muerte por haber destruido la obra que yo había realizado».

³ Pero su madre le rogaba diciendo: «No hagas estas cosas, mi Señor, porque todos se levantan contra nosotros». Y él, no queriendo contristar a su madre, golpeó con su pie derecho las nalgas del muerto y le dijo: «Levántate, hijo de la iniquidad; pues no eres digno de entrar en el descanso de mi Padre, porque deshiciste la obra que yo había construido». Entonces resucitó el que estaba muerto y se fue. Y Jesús con su mandato conducía las aguas a las charcas por los canales.

Los pajarillos de barro

27 ¹ Después de estos sucesos, sucedió a la vista de todos que tomó Jesús barro de las charcas que había fabricado y con él hizo doce pajarillos. Era sábado el día en que Jesús hizo esto, y con él había muchos niños. Pero como uno de los judíos vio lo que Jesús hacía, dijo a José: «José, ¿no ves cómo tu hijo Jesús hace en sábado lo que no le está permitido? Pues ha fabricado de barro doce pajarillos». Al oírlo, José reprendió a Jesús, diciéndole: «¿Por qué haces en sábado lo que no nos está permitido?». Pero Jesús, al oír a

José, dando unas palmadas, dijo a los pajarillos: «Volad». A la voz de su mandato echaron a volar. Y en presencia de todos los que estaban allí, que veían y escuchaban, dijo a las aves: «Id y volad por el orbe y por todo el universo, y vivid».

² Cuando los presentes vieron tales prodigios, quedaron llenos de gran estupor. Unos lo alababan y admiraban; otros lo vituperaban. Se dirigieron algunos a los príncipes de los sacerdotes y a los jefes de los fariseos, y les anunciaron que Jesús, el hijo de José, había hecho en presencia de todo el pueblo de Israel grandes señales y prodigios. Y lo mismo se anunció a las doce tribus de Israel.

Las charcas destruidas

28 ¹ Nuevamente, el hijo de Anás, sacerdote del Templo, que había venido con José, tomando un bastón en la mano, a la vista de todos y con enorme furor, destruyó las charcas que Jesús había fabricado con sus manos. Se derramaron las aguas que Jesús había recogido en ellas del torrente. También obstruyó el canal por el que entraban las aguas y luego lo destruyó. Cuando Jesús lo vio, dijo a aquel niño que había destruido sus charcas: «¡Oh pésimo germen de iniquidad, hijo de la muerte, taller de Satanás! En verdad que el fruto de tu descendencia quedará sin vigor; tus raíces, sin humedad; tus ramas, secas, sin frutos». Al momento y a la vista de todos, el muchacho quedó seco y murió.

29 ¹ A continuación quedó José temblando, tomó a Jesús y se dirigió a su casa con él y con su madre. Y he aquí que de pronto llegó corriendo por la parte de enfrente un muchacho, actor también de la iniquidad, y se lanzó sobre el hombro de Jesús con intención de burlarse o de hacerle daño si podía. Pero Jesús le dijo: «No volverás sano del camino por donde vas». Al momento cayó muerto. Los padres del muerto, que habían visto lo sucedido, exclamaron diciendo:

«¿De dónde ha nacido este niño? Está claro que todo lo que dice es verdad, y frecuentemente se cumple antes de que lo diga». Se acercaron, pues, los padres del muchacho muerto a José y le dijeron: «Llévate a este Jesús de este lugar, pues no puede habitar con nosotros en este pueblo. O, si acaso, enséñale a bendecir y no a maldecir». Se acercó entonces José a Jesús y le daba estos consejos: «¿Por qué haces estas cosas? Ya hay muchos contra ti que se han visto perjudicados, y por tu culpa nos odian y tenemos que aguantar las molestias de la gente». Jesús respondió a José: «Ningún hijo es sabio, sino aquel a quien su padre instruye según la ciencia de este tiempo, y a nadie daña la maldición de su padre sino a los que obran mal».

² Entonces hubo una reunión de vecinos contra Jesús, a quien acusaban ante José. Tan pronto como José vio lo que sucedía, se asustó en demasía por temor a una sedición con violencia del pueblo de Israel. En aquel mismo momento, tomó Jesús al muchacho muerto por una oreja y lo suspendió en el aire a la vista de todos. Y vieron que Jesús hablaba con él como un padre con su hijo. Volvió el espíritu al muchacho y revivió. Y todos quedaron admirados.

Jesús en la escuela

30 ¹ Un cierto maestro judío, por nombre Zaquíás, oyó a Jesús cuando decía tales cosas. Y viendo que resultaba invencible por la ciencia de su virtud, se sintió dolido y comenzó a hablar contra José sin educación, neciamente y sin respeto. Pues decía: «¿No quieres entregar a tu hijo para que sea educado en las ciencias humanas y en el temor? Pero veo que tú y María preferís amar a vuestro hijo más que a las tradiciones de los ancianos del pueblo. Os convenía que honraseis más a los ancianos de toda la asamblea de Israel y que vuestro hijo tuviese caridad mutua

con los otros niños y fuese educado en la doctrina judía».

² José, por su parte, le dijo: «¿Quién hay que pueda dominar y enseñar a este muchacho? Pero si tú puedes dominarlo y enseñarle, nosotros no te prohibimos en modo alguno que le enseñes lo que suele aprender el común de los hombres». Al oír Jesús lo que había dicho Zaquías, le respondió diciendo: «Maestro de la Ley, lo que acabas de decir y todo lo que has mencionado conviene que lo cumplan los que son instruidos en las instituciones humanas. Pero yo soy ajeno a vuestros fueros, porque no tengo un padre carnal. Tú, que conoces la Ley y estás instruido en ella, estás sujeto a la Ley. Pero yo existía ya antes de la Ley. Tú, que crees que no hay quien te iguale en conocimientos, podrías ser instruido por mí. Porque ningún otro puede enseñar otras cosas que las que has mencionado. Pero puede el que es digno de hacerlo^[469]. Y yo cuando sea levantado de la tierra^[470], haré cesar toda idea de vuestra genealogía. Tú no sabes cuándo naciste. En cambio, solo yo sé cuándo nacisteis y cuánto tiempo va a durar vuestra vida sobre la tierra».

³ Entonces todos los que oyeron estas cosas públicamente quedaron estupefactos y exclamaron diciendo: «¡Oh!, ¡oh!, ¡oh! Este es un misterio realmente grande y admirable. Nunca hemos oído algo semejante. Nunca se ha oído decir nada parecido ni por parte de los profetas, ni de los fariseos, ni de los escribas. Nosotros sabemos dónde ha nacido este y que apenas tiene cinco años. Pero ¿de dónde ha aprendido lo que habla?». Los fariseos respondieron: «Nosotros nunca hemos oído que tales cosas las diga otro niño en tal edad infantil».

⁴ Pero Jesús, respondiendo, les dijo: «¿Os admiráis de que un niño diga estas cosas? ¿Pues por qué no me creéis en lo que os digo? Porque os dije que yo sé cuándo nacisteis, os quedáis admirados. Pues os diré más cosas que os causarán

mayor admiración. Yo vi a Abrahán, a quien vosotros llamáis vuestro padre, hablé con él y él me vio también». Cuando oyeron esto, guardaron silencio, y ninguno de ellos se atrevía a hablar. Jesús añadió: «Estuve entre vosotros con otros niños, pero no me conocisteis. Hablé con vosotros como con personas prudentes, pero no entendisteis mi voz, porque sois más pequeños que yo y de poca fe».

31 ¹ El maestro Zaquías, doctor de la Ley, dijo de nuevo a José y a María: «Dadme al Niño, y yo se lo entregaré al maestro Leví para que le enseñe las letras y lo instruya». Entonces José y María condujeron a Jesús entre halagos a la escuela para que aprendiera las letras con el anciano Leví. Jesús entró, pero permanecía callado. El maestro Leví le iba enseñando las letras, y empezando por la primera, el *álef*, le decía: «Responde». Pero Jesús callaba y no respondía nada. Entonces el preceptor Leví se enfadó, tomó una vara de estoraque y lo golpeó en la cabeza.

² Jesús dijo al maestro Leví: «¿Por qué me pegas? En verdad has de saber que el mismo que es golpeado enseña al que lo golpea más de lo que aprende de él. Pues bien, yo puedo decirte las cosas que tú me dices. Pero todos estos que hablan y escuchan son ciegos “como bronce que suena o címbalo que retiñe” (1 Cor 13, 1), que no comprenden las cosas que se transmiten con su sonido».

Jesús, hablando a Zaquías, añadió: «Toda letra, desde *álef* hasta *tau* se distingue por su disposición. Dime tú primero lo que es *tau* y yo te diré lo que es *álef*». Pero de nuevo Jesús les dijo: «¡Hipócritas! ¿Cómo pueden decir *tau* los que ignoran el *álef*? Decidme primero qué es *álef*, y yo entonces os creeré cuando digáis *beth*». Jesús comenzó a preguntar los nombres de cada una de las letras y dijo. «Que el maestro de la Ley diga lo que es la primera letra, o por qué tiene tantos triángulos,

escalenos, subagudos, divididos por la mitad, opuestos, alargados, rectos, horizontales, horizontales en curva». Cuando Leví oyó estas cosas, quedó sorprendido ante tan variada disposición de los nombres de las letras.

³ Entonces, escuchándolo todos, empezó Leví a gritar: «¿Debe acaso un hombre así vivir sobre la tierra? Más bien merece ser colgado en una gran cruz, pues puede apagar el fuego y evitar los otros tormentos. Yo pienso que este ya existió antes del cataclismo y que nació antes del diluvio. ¿Pero qué vientre lo gestó? ¿O qué madre lo dio a luz? ¿O qué pechos lo amamantaron? Huyo de él, pues no puedo aguantar la palabra de su boca, sino que mi corazón queda estupefacto al oír tales palabras. No creo que haya hombre capaz de comprender su palabra a no ser que Dios le ayude. Yo mismo, infeliz de mí, me he expuesto a sus burlas. Pues pensando que tenía un discípulo, me he encontrado, sin enterarme, con mi maestro. ¿Qué puedo decir? No puedo aguantar las palabras de este niño. Huiré de este pueblo, porque no puedo entender estas cosas. Siendo un anciano, he sido vencido por un niño. Pues no puedo hallar ni el principio ni el fin de lo que dice. Es difícil que alguien pueda encontrar el principio por sí mismo. Os lo digo abiertamente, no miento, que, en mi opinión, el comportamiento de este niño y los principios de su conversación y el resultado de su intención nada parecen tener de común con los hombres. Por lo tanto, no sé si este niño es un mago o es Dios, o es más bien un ángel de Dios el que habla en él. No sé de dónde es, de dónde ha venido o qué puede llegar a ser».

⁴ Entonces Jesús, sonriendo con rostro alegre ante él, dijo con autoridad a todos los hijos de Israel que estaban presentes y escuchaban: «Que fructifiquen los estériles, vean los ciegos, los cojos anden correctamente, los pobres gocen de bienes,

resuciten los muertos para que vuelva cada uno a su estado natural recuperado y permanezca en aquel que es la raíz de la vida y de la dulzura perpetua». Cuando el niño Jesús terminó de decir estas palabras, quedaron al instante recuperados todos los que habían incurrido en molestas enfermedades. Y no se atrevía ya nadie a decirle nada ni a oír nada de su boca.

Jesús resucita a un muerto

32 ¹ Después de esos sucesos, se marcharon de allí José y María con Jesús a la ciudad de Nazaret. Allí vivía Jesús en compañía de sus padres. Estando allí Jesús un día de sábado jugando con otros niños en la azotea de una casa, sucedió que uno de los niños empujó a tierra desde la azotea a otro, que murió. Sin haberlo visto, los padres del muerto, gritaban contra José y María, diciendo: «Vuestro hijo ha hecho caer a tierra a nuestro hijo, que ha muerto». Pero Jesús callaba y no les respondía nada. Se dirigieron a toda prisa José y María a Jesús, y ella le preguntaba: «Señor mío, dime si has sido tú el que le has hecho caer a tierra». Al momento, bajó Jesús de la azotea a tierra y llamó al niño por su nombre, que era Zenón. Este respondió: «¡Señor!». Jesús le preguntó: «¿Fui yo acaso el que te empujó a tierra desde la azotea?». El niño contestó: «¡No, Señor!» Quedaron admirados los padres del niño que había muerto y honraban a Jesús por el milagro realizado. De allí marcharon José y María con Jesús hacia Jericó.

El agua en el manto

33 ¹ Tenía Jesús seis años. Y su madre lo envió con otros niños a traer agua de la fuente con un cántaro. Sucedió que, cuando ya había sacado el agua, uno de los niños le dio un empujón, golpeó el cántaro y lo rompió. Pero Jesús extendió el manto que vestía, recogió en el manto toda el agua que había en el cántaro y se la llevó a su madre. Ella, al verlo,

se admiraba, reflexionaba dentro de sí y todo lo guardaba en su corazón.

Siembra prodigiosa

34 ¹ De nuevo salió otro día al campo con un poco de trigo del granero de su madre, y lo sembró. El trigo nació, creció y se multiplicó en exceso. Finalmente, él mismo lo segó y recogió tres coros^[471] de grano, que repartió ente varios conocidos.

Jesús en la cueva de los leones

35 ¹ Hay un camino que sale de Jericó y se dirige al río Jordán, en el lugar por donde pasaron los hijos de Israel. Se dice que fue allí donde fue depositada el Arca de la Alianza. Cuando Jesús tenía ocho años, salió de Jericó y se dirigía al Jordán. Al lado del camino, cerca de la orilla del Jordán, había una gruta donde una leona alimentaba a sus cachorros. Nadie podía caminar con seguridad por aquel camino. Pero vino Jesús de Jericó, y sabiendo que en aquella cueva había parido la leona a sus crías, entró en ella a la vista de todos. Cuando vieron los leones a Jesús, salieron corriendo a su encuentro y lo adoraron. Jesús estaba sentado dentro de la gruta, y los leoncitos correteaban por sus pies haciéndose caricias mutuamente con Jesús y jugando. Los leones adultos, que estaban de lejos con la cabeza baja, lo adoraron y le hacían fiestas ante él con sus colas.

² Entonces el pueblo, que permanecía alejado, al no ver a Jesús, dijo: «Si no fuera porque este o sus padres habían cometido graves pecados, no se habría ofrecido espontáneamente a los leones». Mientras el pueblo pensaba estas cosas en su interior, presa de una gran tristeza, he aquí que de pronto Jesús salió de la gruta a la vista de todos y ante sus pies iban los leones jugando entre ellos. Sus padres, con la cabeza baja, estaban de lejos observando. Igualmente la gente

se mantenía lejos por miedo a los leones, pues no se atrevían a acercarse. Entonces Jesús empezó a decir al pueblo: «¡Cuánto mejores que vosotros son las bestias, que reconocen a su Señor y lo glorifican, mientras que vosotros, creados a imagen y semejanza de Dios, lo ignoráis! Las bestias me reconocen y se amansan; los hombres me ven y no me reconocen».

36 ¹ Después de estos sucesos, atravesó Jesús el Jordán con los leones a la vista de todos. Las aguas del Jordán se dividieron a derecha e izquierda. Entonces dijo a los leones de forma que todos lo oyeron: «Id en paz y no hagáis daño a nadie, pero que tampoco los hombres os lo hagan a vosotros hasta que regreséis al lugar de donde salisteis». Ellos se despidieron no con la voz sino con la actitud y se marcharon a sus lugares. Y Jesús regresó con su madre.

Jesús, ayudante de su padre José

37 ¹ José era de oficio carpintero y no hacía otra cosa de madera sino yugos de bueyes, arados, instrumentos para remover la tierra y otros aperos de labranza, y fabricaba también camas de madera. Y sucedió que cierto joven le encargó que le hiciera un lecho de seis codos. Mandó José a su ayudante que cortara la madera con la sierra según las medidas dadas. Pero no se adaptó a lo señalado, sino que hizo un travesaño más corto que el otro. Comenzó José a discurrir inquieto qué tendría que hacer en tal situación.

² Cuando Jesús lo vio tan seriamente preocupado, como que no encontraba solución al caso, se dirigió a él en tono de consuelo, diciendo: «Ven, sostengamos los extremos de ambos maderos, unámoslos uno con otro, los igualamos y los traemos hacia nosotros. Así podremos hacerlos iguales». José obedeció a lo que mandaba Jesús, pues sabía que podía hacer cuanto quisiera. Tomó José los extremos de los maderos y los apoyó en la pared junto a él. Jesús sostuvo los otros extremos

de los maderos, tiró del más corto y lo igualó con el madero más largo. Y dijo a José: «Vete a trabajar y cumple con el encargo». José cumplió lo que había prometido.

Jesús va de nuevo a la escuela

38 ¹ Sucedió por segunda vez que el pueblo pidió a José y a María que Jesús aprendiera letras en la escuela. No se negaron a realizarlo, y de acuerdo con el precepto de los ancianos, lo llevaban a un maestro para que le enseñara las ciencias humanas. Entonces el maestro empezó a enseñarle con autoridad diciendo: «Di *álef*». Pero Jesús le dijo: «Dime tú primero qué es *bet*, y yo te diré qué es *álef*». Airado el maestro con la respuesta, golpeó a Jesús. Y al momento de golpearlo murió.

² Jesús volvió a casa con su madre. Pero José, llenó de temor, llamó a María y le dijo: «Sabe que en verdad mi alma está triste hasta la muerte por causa de este joven. Pues es posible que alguien lo golpee alguna vez con malicia, y muera». María le respondió: «Varón de Dios, no creas que esto pueda pasar. Más aún, ten la seguridad de que quien mandó que naciera entre los hombres lo guardará de todos los malhechores y lo librará en su nombre de todo mal».

39 ¹ Por tercera vez rogaron los judíos a María y a José que lo llevaran con halagos a otro maestro para que lo instruyera. Llenos de temor José y María por el pueblo, la insolencia de los príncipes y las amenazas de los sacerdotes, lo llevaron nuevamente a la escuela, conscientes de que no podría aprender nada de los hombres el que poseía una ciencia perfecta recibida de solo Dios.

² Una vez que Jesús entró en la escuela, guiado por el Espíritu Santo, tomó el libro de la mano del maestro que enseñaba la Ley. Y en presencia de todo el pueblo comenzó a leer, pero no lo que estaba escrito en el libro, sino que hablaba

inspirado por el Espíritu de Dios vivo, como cuando un torrente brota de una fuente viva, que siempre permanece llena. Enseñaba con tanto valor al pueblo las grandezas de Dios, que el mismo maestro, cayendo en tierra lo adoró. El corazón del pueblo que estaba presente y lo había escuchado decir tales cosas quedó estupefacto. Cuando se enteró José, vino corriendo hasta Jesús, temiendo que el mismo maestro muriera. Cuando el maestro lo vio, le dijo: «Tú no me has enviado un discípulo, sino un maestro. ¿Y quién puede aguantar sus palabras?». Entonces se cumplió lo dicho por medio del salmista: «El río de Dios está lleno de agua. Preparaste su alimento, pues así está preparado^[472]».

Nueva resurrección en Cafarnaún

40 ¹ Después marchó desde allí José con María y Jesús para dirigirse a la marítima Cafarnaún por la maldad de los hombres que les eran contrarios. Cuando Jesús habitaba ya en Cafarnaún, había en la ciudad un hombre llamado José, que era muy rico. Cayó en una grave enfermedad y murió. Su cadáver yacía en una camilla.

² Oyó Jesús que en la ciudad se lamentaban, lloraban y gemían por el muerto. Dijo, pues, a José: «¿Por qué no concedes el beneficio de tu gracia a este que se llama como tú?». José le replicó: «¿Qué poder o qué facultad tengo yo para prestar un beneficio a este hombre?». Jesús le dijo: «Toma el sudario que tienes en tu cabeza, ve a ponerlo sobre el rostro del muerto y dile: “Que Cristo te salve”. Enseguida será salvo, y el difunto se levantará de su camilla». Cuando lo oyó José, marchó al punto corriendo según la recomendación de Jesús. Entró en la casa del difunto, y el sudario que tenía en la cabeza lo colocó sobre el rostro del que yacía en la camilla, diciendo: «Que Jesús te salve». Al punto se levantó el muerto del lecho y preguntaba quién era Jesús.

41 ¹ Se marcharon de la ciudad de Cafarnaún a la ciudad que se llama Belén. José vivía en su casa con María, y con ellos estaba Jesús. Cierta día llamó José a Santiago, su hijo primogénito, y lo envió al huerto a recoger verduras para hacer un guiso. Jesús fue con Santiago, su hermano, al huerto sin que lo supieran José ni María. Mientras Santiago recogía las verduras, salió de pronto una víbora de su agujero, que mordió a Santiago en la mano. Por el desmedido dolor, empezó a gritar. Y ya a punto de desfallecer, decía con amargura en la voz: «¡Ay! ¡ay! Una víbora malísima me ha mordido en la mano».

² Jesús se encontraba en la parte contraria. Corrió hacia Santiago al oír sus gritos de amargura. Sujetó su mano, y no hizo otra cosa nada más que soplar en la mano de Santiago y enfriarla. Al momento, Santiago sanó y el reptil murió. José y María ignoraban lo ocurrido. Pero a los gritos de Santiago y a las palabras de Jesús, corrieron al huerto y hallaron ya muerto al reptil y sano a Santiago.

Vida de familia

42 ¹ Cuando José iba a un convite con sus hijos Santiago, José, Judas y Simeón, y con sus dos hijas, acudía también Jesús con su madre y la hermana de su madre, María de Cleofás, la que el Señor Dios había dado a su padre Cleofás y a Ana su madre por haber hecho ofrenda de María, la madre de Jesús, al Señor. Esta había recibido también el nombre de María para consuelo de sus padres.

² Cuando se reunían, Jesús los santificaba y bendecía; él era el primero que empezaba a comer y a beber. Ninguno de ellos se atrevía a comer o a beber, ni a sentarse a la mesa o a partir el pan hasta que él los santificara y lo hiciera el primero. Si por casualidad estaba ausente, lo aguardaban hasta que

pudiera hacerlo. Cuando él quería ponerse a comer, venían José y María y sus hermanos, los hijos de José. Pues estos hermanos observaban y temían a Jesús, pues tenían su vida como lumbrera ante sus ojos. Cuando Jesús dormía, tanto de día como de noche, la claridad de Dios resplandecía sobre él.

A él sea dada toda alabanza y gloria por los siglos de los siglos. Amén. Amén.

3. Libro sobre la natividad de María

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Siglo IX.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Traducción latina conservada en manuscritos medievales posteriores al siglo X.

El apócrifo sobre la natividad de la Virgen María es un resumen del Pseudo Mateo, atribuido durante mucho tiempo a san Jerónimo. La Patrología Latina de Migne lo sigue incluyendo entre las obras de este. La carta presuntamente dirigida por san Jerónimo a los obispos Cromacio y Heliodoro, que figura como prefacio del Pseudo Mateo, explica la insistencia de esta atribución. La época probable de su composición, el siglo IX, es muy ajena en contenido y forma a la de san Jerónimo.

Llama la atención, sin embargo, la delicada corrección en el tratamiento de ciertos temas, dudosamente edificantes para el

pueblo cristiano, del Pseudo Mateo. Distingue el texto entre los desposorios de José con María y su matrimonio. La figura de María aparece sensiblemente más purificada y cercana. Las escenas bíblicas mencionadas son más fieles al texto canónico y su exégesis más actualizada. El aprecio de este apócrifo queda certificado con su inclusión en la Leyenda áurea, de Jacobo de Vorágine, en el siglo XIII, que en su redacción primitiva tenía el título de Legenda Sanctorum (Leyendas de los santos).

* * *

PREFACIO

Me haces una peticioncilla, ligera en cuanto al trabajo, pero muy seria en lo que se refiere a la cautela necesaria para evitar falsedades.

Pues me pides que refiera por escrito si por casualidad he encontrado en algún lugar algo sobre la Natividad de la santa y bienaventurada virgen María hasta su parto incomparable y los primeros acontecimientos de la vida de Cristo. El asunto, por cierto, no es difícil de hecho, pero como he dicho, corre gran riesgo si presume de contar la verdad. Pues lo que me pides ahora, que tengo canas en la cabeza, sabes que lo leí cuando era adolescente en cierto libro que cayó en mis manos. Y seguramente, por el gran lapso de tiempo y la sucesión de otras cosas nada pequeñas, pueden haber desaparecido fácilmente de mi memoria algunos detalles. Por eso, no se me puede echar en cara con razón que si, al responder a tu petición, yo he omitido, añadido o cambiado alguna cosa, lo que no niego que pueda haber ocurrido, no acepto, sin embargo, que lo haya hecho deliberadamente.

Así pues, deseando satisfacer a tus deseos tanto como atender a la curiosidad de los lectores, os aviso tanto a ti como a cualquier lector que el mencionado libro, si mal no recuerdo, por lo que al sentido se refiere, comenzaba de esta

manera.

La familia de María

1 ¹ La bienaventurada y gloriosa siempre virgen María, descendiente de estirpe regia y de la familia de David, nació en la ciudad de Nazaret y fue educada en Jerusalén, en el templo del Señor. Su padre se llamaba Joaquín, y su madre, Ana. Su familia paterna era de Galilea, de la ciudad de Nazaret, pero su linaje materno era de Belén.

² La vida de ambos era sencilla y recta delante de Dios; y era irrepreensible y piadosa delante de los hombres. Pues habían dividido todas sus posesiones en tres partes: una parte la gastaban en el Templo y en sus servidores; otra la dedicaban a los peregrinos y a los pobres; la tercera se la reservaban para las necesidades suyas y de su familia.

³ Así, estos esposos, queridos de Dios y piadosos a los ojos de los hombres, vivían en su casa durante cerca de veinte años en casto matrimonio sin tener hijos. Sin embargo, habían hecho voto de que si Dios les concedía descendencia, la consagrarían al servicio del Señor. Por esta causa solían frecuentar el templo del Señor a lo largo del año en las festividades.

Humillación de Joaquín

2 ¹ Sucedió que estaba próxima la festividad de la Dedicación^[473] del Templo, por lo que Joaquín subió a Jerusalén con algunos parientes. En aquella ocasión era sumo sacerdote Isacar. Cuando vio a Joaquín con su ofrenda entre otros conciudadanos, lo menospreció y despreció sus presentes, preguntándole por qué osaba estar entre hombres fecundos él que era estéril. Le decía que sus dones nunca podrían ser considerados dignos de Dios, que lo había juzgado indigno de tener descendencia, ya que la Escritura llama maldito a todo el que no ha engendrado un varón para

Israel^[474]. En consecuencia, le decía que primero se librara de esta maldición engendrando hijos, y que luego viniera a la presencia del Señor con ofrendas.

² Cubierto Joaquín de vergüenza ante tal oprobio, se retiró con los pastores que estaban en los pastos con sus ovejas. Pues no quiso volver a su casa, no fuera que sus paisanos, que estaban con él y habían oído lo que le dijo el sacerdote, lo señalaran recordándole el oprobio.

Aparición del ángel a Joaquín

3 ¹ Hacía ya algún tiempo que se encontraba allí, cuando cierto día en que estaba solo se le presentó un ángel del Señor en medio de un inmenso resplandor. Se sintió turbado ante la visión, pero el ángel que se la aparecía alivió su temor diciéndole: «No temas, Joaquín, ni te turbes con mi visión, pues yo soy un ángel del Señor enviado a ti por él para anunciarte que tus plegarias han sido escuchadas y que tus limosnas han subido hasta su presencia. Porque ha observado tu vergüenza y ha oído el oprobio de esterilidad que injustamente se te ha echado en cara. Dios es quien venga el pecado, no la naturaleza. Por eso, cuando cierra la matriz de alguna persona, lo hace para abrirla otra vez de una forma más admirable y para que se conozca que lo que nace no es fruto de la concupiscencia, sino del favor divino.

²» Pues Sara, la primera madre de vuestra stirpe, ¿no fue acaso estéril hasta los ochenta años? Sin embargo, en su más extrema ancianidad engendró a Isaac, a quien se hizo la promesa de que serían bendecidas todas las gentes. Igualmente Raquel, tan grata al Señor y tan amada por el santo Jacob, fue estéril durante mucho tiempo. No obstante, engendró a José, no solamente señor de Egipto, sino libertador de muchísimas gentes que estaban a punto de perecer de hambre. ¿Quién hubo entre los caudillos más

fuerte que Sansón o más santo que Samuel? Y sin embargo, ambos tuvieron madres estériles. Pero si la razón de mis palabras no te convence, has de saber que los embarazos largo tiempo esperados y los partos de estériles suelen ser más dignos de admiración.

³» Pues del mismo modo Ana, tu esposa, te va dar a luz una hija, a la que pondrás por nombre María. Ella, como habéis prometido, estará desde su infancia consagrada al Señor, y quedará llena del Espíritu Santo ya desde el vientre de su madre. No comerá ni beberá nada inmundo, ni vivirá entre la gente del pueblo, sino en el templo del Señor. Será tal su conducta que nadie pueda ni siquiera sospechar ni decir de ella nada desagradable. Luego, cuando crezca en edad, igual que ella nacerá de modo admirable de una estéril, así también, siendo virgen, engendrará de forma incomparable al Hijo del Altísimo, que se llamará Jesús, el cual, según el sentido etimológico de su nombre, será el Salvador de todas las gentes.

⁴» Esta será la señal de la verdad de lo que te anuncio: Cuando llegues a la Puerta Dorada de Jerusalén, te saldrá al encuentro tu esposa Ana, que, estando preocupada por la tardanza de tu regreso, se alegrará entonces al verte». Dichas estas cosas, el ángel se retiró de él.

El ángel se aparece a Ana

4 ¹ Después se apareció a Ana, su esposa, a quien dijo: «No temas, Ana, ni pienses que es un fantasma lo que estás viendo. Pues yo soy el ángel que he ofrecido vuestras plegarias y limosnas delante de Dios. Ahora he sido enviado a vosotros para anunciaros que os va a nacer una hija, que se llamará María y que será bendita sobre todas las mujeres. Estará llena de la gracia del Señor desde su misma natividad y permanecerá los tres años de su lactancia en la casa de sus

padres. Pero después, consagrada al servicio del Señor, no se apartará del Templo hasta el tiempo de la sensatez. Sirviendo allí a Dios noche y día en ayunos y oraciones, se abstendrá de toda cosa inmunda. Nunca conocerá varón, sino que será la única que sin caso similar, sin mancilla, sin corrupción, sin unión con varón, engendrará siendo virgen a un hijo, y siendo esclava al Señor, que es Salvador del mundo por gracia, por nombre y por obra.

²» Levántate, pues, sube a Jerusalén, y cuando llegues a la Puerta que se llama Dorada, por ser de ese color, encontrarás que hasta allí como señal sale a tu encuentro tu esposo, por cuyo estado de salud estás preocupada. Cuando estas cosas se cumplan, has de saber que todo cuanto te anuncio se cumplirá sin duda ninguna».

Nacimiento de María

5 ¹ Así pues, según el mandato del ángel, partieron ambos del lugar donde se encontraban y subieron a Jerusalén. Cuando llegaron al lugar designado por el vaticinio del ángel, allí se encontraron mutuamente. Entonces, alegres por volver a verse y seguros con la certeza de la prole prometida, dieron las debidas gracias al Señor, exaltador de los humildes.

² Una vez que adoraron al Señor, regresaron a su casa y aguardaron con certeza y alegría el cumplimiento de la promesa divina. Concibió, pues, Ana y dio a luz una hija, a quien, según el mandato del ángel, sus padres dieron el nombre de María.

María en el templo del Señor

6 ¹ Cuando pasaron tres años y se cumplió el tiempo de la lactancia, llevaron a la Virgen con sus ofrendas al templo del Señor. Había alrededor del templo quince peldaños de acuerdo con los quince salmos graduales. Porque

como el Templo estaba situado sobre un monte, no se podía acceder al altar de los holocaustos si no era mediante escalones.

² En uno de estos pusieron sus padres a la bienaventurada virgen María, que era muy niña. Mientras ellos se cambiaban los vestidos que habían usado en el viaje y se ponían otros, según la costumbre, más elegantes y aseados, la Virgen del Señor subió todos los peldaños uno a uno sin ayuda de una mano que la guiara y la sostuviera, de tal modo que no se podía pensar que en este detalle le faltara nada propio de la edad adulta. Y es que el Señor realizaba ya algo grande en la infancia de su Virgen, y preanunciaba con la señal de este milagro lo grande que iba a ser.

³ Así pues, celebrado el sacrificio según la costumbre de la Ley y cumplido su voto, dejaron a la Virgen en las dependencias del Templo para que fuera educada con otras doncellas. Pero ellos regresaron a su casa.

7 ¹ La Virgen del Señor, con el aumento de la edad, avanzaba también en virtudes. Y en palabras del salmista, su padre y su madre la abandonaron, pero el Señor la acogió (Sal 27, 10). Pues cada día la visitaban los ángeles, cada día gozaba de la visión divina, que la guardaba de todos los males y la hacía abundar en toda clase de bienes. Así llegó a los catorce años, de manera que no solamente los malos nada podían imaginar en ella digno de reproche, sino que todos los buenos que conocían su vida y su conducta la juzgaban digna de admiración.

² Entonces el sumo sacerdote solía anunciar públicamente que las doncellas, que residían oficialmente en el Templo y habían cumplido esta edad, regresaran a su casa y se casaran según la costumbre de la gente y su grado de madurez. Todas las demás obedecieron prontamente a este mandato, pero sola

la Virgen del Señor, María, respondió que ella no podía hacerlo. Decía que ella y sus padres la habían consagrado al servicio del Señor, y que además ella personalmente había ofrecido al Señor su virginidad, que nunca pretendía violar conociendo a varón en ninguna clase de relación. Por su parte, el sumo sacerdote se sentía con el ánimo angustiado. Pues pensaba que no se debía quebrantar un voto en contra de la Escritura que dice: «Ofreced votos y cumplidlos» (Sal 76, 12). Pero tampoco se atrevía a introducir en el pueblo una costumbre nueva. Mandó, pues, que para la festividad ya cercana se presentaran todos los hombres importantes de Jerusalén y de sus alrededores para poder conocer gracias a su consejo qué debía hacerse sobre un asunto tan dudoso.

³ Hecho esto, pensaron todos que debía consultarse al Señor sobre el tema. Y mientras todos se dedicaban a la oración, el sumo sacerdote se dirigió a hacer la consulta según la costumbre. Sin demora, oyéndolo todos, se oyó una voz que procedía del oráculo y del lugar del propiciatorio. Decía que, según el vaticinio de Isaías, se debía buscar a quién debería encomendarse aquella virgen para que se desposara con ella. Pues está claro que Isaías dice: «Del tronco de Jesé saldrá un retoño y surgirá una flor de su raíz, sobre la que descansará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad. Y quedará lleno del espíritu del temor del Señor» (Is 11, 1-3).

⁴ Por lo tanto, según esta profecía, ordenó que todos los de la casa y la familia de David, aptos para el matrimonio y no casados, tenían que llevar sus varas al altar. Aquel de cuya vara presentada brotase una flor y en cuya cima se posase el espíritu del Señor en forma de paloma, sería el que debería hacerse cargo de la Virgen y desposarse con ella.

8 ¹ Entre los demás estaba José, hombre de la casa y de la familia de David, de edad avanzada. Cuando todos llevaban por orden sus varas, solo él retiró la suya. Pero como no aparecía nada conforme a la voz divina, el sumo sacerdote pensó que se debía consultar nuevamente al Señor. Respondió el oráculo que el único de los designados que no había aportado su vara era aquel con quien la Virgen debía desposarse. Por lo que José fue descubierto. Cuando llevó su vara, en cuyo extremo se posó una paloma que bajó del cielo, quedó a todos patente que era él quien debía tomar a la Virgen por esposa.

² Celebrados, pues, los esponsales según la costumbre, José se retiró a la ciudad de Belén para preparar su casa y disponer lo necesario para la boda. Pero María, la virgen del Señor, regresó a la casa de sus padres en Galilea en compañía de otras siete doncellas compañeras suyas de la misma edad, que había recibido del sacerdote.

La anunciación

9 ¹ En aquellos días, es decir, en los primeros tiempos después de su llegada a Galilea, fue enviado por Dios el ángel Gabriel para que le hablara de la concepción del Señor y le explicara el modo y el orden de tal concepción. Cuando entró donde ella estaba, inundó con gran resplandor la habitación en la que permanecía y le dijo saludándola con gran cariño: «Dios te salve, María, virgen del Señor queridísima, virgen llena de gracia, el Señor está contigo, tú eres bendita más que todas las demás mujeres, y la más bendita entre todos los nacidos».

² La Virgen, que conocía muy bien el rostro de los ángeles y no consideraba extraño el resplandor celestial, ni se asustó con la visión del ángel, ni se sorprendió con la magnitud de la

luz. Solamente se turbó con sus palabras y se puso a considerar qué podía significar aquel saludo tan desacostumbrado, qué pretendía y en qué desenlace acabaría. El ángel, inspirado por el cielo, salió al paso de tales pensamientos diciendo: «No temas, María, como si te ocultara con mi saludo algo contra tu castidad. Pues has hallado gracia delante del Señor porque has elegido la castidad. Por eso, vas a concebir y dar a luz virginalmente sin pecado.

³ «Tu hijo será grande porque dominará de mar a mar y desde el río hasta los confines del orbe de la tierra^[475]. Será llamado Hijo del Altísimo, porque el que nacerá humilde en la tierra, es rey excelso en el cielo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin^[476]. Porque realmente es el rey de reyes y Señor de los que dominan. Y su trono permanecerá por los siglos de los siglos^[477]».

⁴ La Virgen, no por desconfiar de las palabras del ángel, sino por el deseo de conocer cómo sucederían las cosas, respondió: «¿Cómo puede ocurrir esto? Pues siendo así que yo, según mi voto, nunca conozco varón, ¿cómo podré dar a luz sin semilla masculina?». Sobre esto, le dijo el ángel: «No pienses, María, que vas a concebir al modo humano. Porque, sin relación alguna con varón, siendo virgen darás a luz, siendo virgen amamantarás. Pues el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra contra todos los ardores de la concupiscencia. Por eso, el que nacerá de ti será el único santo, porque es el único concebido y nacido sin pecado, que será llamado Hijo de Dios». Entonces María, extendiendo las manos y levantando los ojos al cielo, dijo: «He aquí la esclava del Señor, pues no soy digna del nombre de señora, hágase en mí según tu palabra».

⁵ Sería posiblemente largo, y hasta tedioso para algunos, si quisiéramos recoger en esta obrita todo lo que, según se ha escrito, precedió o siguió a la natividad del Señor. Por esta razón, omitidas las cosas que están expuestas en los evangelios con mayor extensión, pasemos a narrar las que lo están menos.

Dudas de José y nacimiento de Jesús

10 ¹ José vino de Judea a Galilea con intención de tomar por esposa a la Virgen, pues ya habían pasado tres meses, y estaba a punto de cumplirse el cuarto desde que se celebraron los esponsales. Entretanto, al crecer poco a poco el vientre de la embarazada, comenzaron a manifestarse los signos del parto cercano. Esto no pudo quedar oculto a los ojos de José, pues, como esposo que era, trataba con la Virgen con mayor libertad y hablaba con ella con gran familiaridad, con lo que advirtió que estaba realmente encinta. Empezó, pues, a sentirse angustiado y preocupado, porque ignoraba qué era lo primero que debería hacer. Pues no quiso denunciarla porque era justo, ni difamarla con la sospecha de fornicación porque era piadoso. Así pues, pensaba disolver en secreto su matrimonio y despedirla a escondidas.

² Mientras reflexionaba sobre estos pensamientos, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas —es decir, no abrigues sospecha de fornicación en la Virgen, ni pienses algo siniestro sobre ella, ni tengas temor en tomarla como esposa—, porque lo que ha nacido en ella y ahora angustia tu alma no es obra de un hombre sino del Espíritu Santo. Pues es la única entre las mujeres que, siendo virgen, dará a luz al Hijo de Dios, a quien pondrás el nombre de Jesús, o sea, Salvador, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». Ahora bien, José tomó a la Virgen por esposa según el mandato del ángel; pero no la

conoció, sino que la custodió cuidándola castamente. Ya estaba a punto de cumplirse el noveno mes desde la concepción, cuando José tomó a María con todo lo necesario y se dirigió a Belén, ciudad de la que era oriundo. Y sucedió que cuando estaban allí, se cumplieron los días del parto y, como los evangelistas enseñaron, dio a luz a su hijo primogénito, nuestro Señor Jesucristo, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos.

4. Libro sobre la infancia del Salvador

Extracto sobre el nacimiento de Jesús

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Hacia el siglo IX.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Latín, sobre materiales en lengua griega.

Fuentes: Manuscritos de los siglos XIII y XIV. En esta versión, *Codex Arundel 404* del British Museum.

Son muchos los relatos apócrifos que dependen de alguna manera del Protoevangelio de Santiago, y que no añaden nada sobre lo que se conoce por la fuente primera. Uno de ellos, es

este sobre la Infancia del Salvador que tiene algunas noticias y detalles nuevos. La obra se encuentra en dos recensiones, sensiblemente diferentes: el Códice Arundel, del Museo Británico (siglo XIV), y el Herenford, de Chapter (siglo XIII). El Arundel —de tenor pretendidamente arcaico— atribuye su composición al evangelista Mateo y presenta como Prólogo la carta de san Jerónimo a Cromacio y Heliodoro, que precede el Evangelio del Pseudo Mateo. El Hereford, de fecha posterior, da como autor a Santiago, como el Protoevangelio de Santiago. El descubrimiento de ambos manuscritos se debe a M. R. James, que los publicó el año 1927.

La notable semejanza entre este apócrifo y el Pseudo Mateo ha hecho surgir la disputa sobre su relación y eventual prioridad, cuestión aún no resuelta. El estilo dista mucho del ingenuo y simple de los evangelios apócrifos más antiguos. El autor recoge los datos ya conocidos, los amplía y los reelabora hasta darles un carácter elegante y distinguido. La presentación del nacimiento de Jesús ofrece detalles nuevos que, en opinión de M. R. James, dependían del antiquísimo Evangelio de Pedro, del siglo II. A este evangelio deben atribuirse, según algunos autores, ciertas expresiones de carácter doceta^[478], como el hecho de que el recién nacido no tenía peso ninguno y de que el niño fuera una especie de condensación de la luz (c. 74).

La variedad de elementos y de tratamiento de los materiales demuestra que el autor se ha servido de distintas fuentes, particularmente, del Protoevangelio de Santiago, del Evangelio del Pseudo Mateo y del Evangelio del Pseudo Tomás. La redacción de la obra debe considerarse de una época bastante tardía, concretamente de la época carolingia (siglo IX). Pero siempre a base de datos anteriores al siglo VI. Llamen la atención ciertas contradicciones en el texto

completo, como el conocimiento o ignorancia de José sobre la concepción virginal de Jesús (Arundel, c. 68 y 81) o repeticiones de acciones ya realizadas, como la entrada en Belén.

El autor refleja la reacción de la piedad popular frente a la creencia en la divinidad del Jesús recién nacido. Todo lo material es ajeno a la trascendencia de un ser de naturaleza divina. Esta realidad impone un desarrollo de los hechos totalmente alejado de las costumbres humanas. Todo queda más allá de la capacidad y la comprensión de la mente humana.

Como el texto presenta abundantes repeticiones de temas ya conocidos, ofrecemos solamente los extractos más interesantes^[479].

* * *

El nacimiento

62 José se adelantó para llegar a la ciudad. Dejó a María con su hijo Simeón, porque estaba encinta y caminaba más despacio. Entrado en Belén, su patria, se detuvo en el centro de la ciudad y dijo: «No hay cosa más justa que el que uno ame a su ciudad. Pues ella es el reposo de todo hombre, y cada uno descansa en su propia tribu. Yo te vuelvo a ver después de mucho tiempo, oh Belén, casa buena de David, rey y profeta de Dios».

63 Haciendo un recorrido, vio un establo solitario y se dijo: «Debo detenerme en este lugar, porque me parece albergue de peregrinos. Y aquí no tengo ni hospedaje ni posada donde podamos descansar». E inspeccionándolo, dijo: «La habitación es pequeña, pero idónea para unos pobres, especialmente porque está apartada del griterío de la gente, como para no poder molestar a una mujer en trance de parto. Por lo tanto, es necesario que

descanse en este lugar con todos los míos».

64 En diciendo esto, salió fuera y miró hacia el camino. Y he aquí que ya se iba acercando María en compañía de Simeón. Una vez que llegaron, dijo José: «Hijo mío Simeón, ¿por qué has llegado tarde?». El joven respondió: «Si yo no hubiera estado, padre y señor mío, María habría tardado más, porque estando embarazada, se detenía con frecuencia en el camino para descansar. Porque yo tuve siempre cuidado durante la marcha de que no la sorprendiera el parto. Doy gracias al Altísimo porque le ha dado resignación. Pues por lo que sospecho y por lo que ella misma dice, su parto está próximo». Dicho esto, hizo detenerse el jumento, y bajó María del animal.

65 Dijo entonces José a María: «Hijita mía, has sufrido muchas molestias por mi causa. Entra, pues, y ocúpate de ti. Y tú, Simeón, trae agua y lava sus pies, dale comida, y si tiene necesidad de alguna otra cosa, haz lo que su alma desea». Simeón hizo lo que su padre le había mandado y la condujo a la gruta, que con la entrada de María comenzó a tener luz solar, y se iluminó como si fuera mediodía.

66 Ella no cesaba en absoluto, sino que continuamente daba gracias en su interior. Pero Simeón dijo a su padre: «Padre, ¿qué pensamos que le pasa a esta doncella, porque a todas horas está hablando dentro de sí?». José le contestó: «No puede hablar contigo, porque está cansada del camino. Por eso habla consigo misma, pero está dando gracias». Y acercándose a ella, le dijo: «Levántate, señora e hija, sube a tu lecho y descansa».

67 Dicho esto, salió fuera. Poco después fue tras él Simeón y le dijo: «Date prisa, señor y padre mío, ven rápidamente, que María te reclama, pues te necesita

con urgencia. Pienso que su parto está ya cerca». José le dijo: «Yo no me apartaré de su lado. Pero tú, como joven que eres, ve rápidamente a la ciudad, busca una comadrona para que venga donde está María, porque una comadrona es de gran ayuda para una mujer que está de parto». Respondió Simeón: «Yo soy un desconocido en esta ciudad, ¿cómo voy a poder encontrar una comadrona? Pero escúchame, padre y señor mío, sé y estoy seguro de que el Señor se cuida de ella; él le procurará una comadrona, una nodriza y todo lo que necesite».

Llegada de la comadrona

68 Mientras esto decía, he aquí que llega una joven con una silla con la que se acostumbraba a auxiliar a las mujeres en el parto, y se detuvo allí. Cuando la vieron, quedaron admirados, y José le dijo: «Hijita, ¿adónde vas con esta silla?». La joven respondió: «Mi maestra me ha enviado a este lugar, porque ha venido a ella un joven con mucha prisa diciéndole: “Ven con rapidez para atender a un nuevo parto, pues una joven está de parto por vez primera”. Al oírlo mi maestra, me ha enviado a mí por delante. Ella viene detrás de mí».

Miró José hacia atrás, la vio venir y salió a su encuentro. Ambos se saludaron mutuamente. La comadrona le dijo: «Hombre, ¿adónde vas?». Él respondió: «A buscar a una comadrona hebrea». La mujer le preguntó: «¿Eres tú de Israel?». José respondió: «Sí, yo soy de Israel». La mujer le dice: «¿Quién es la joven que está de parto en esta cueva?». José respondió: «María, desposada conmigo, la que fue educada en el templo del Señor». La comadrona le preguntó: «¿No es ella tu esposa?». José contestó: «Está desposada conmigo, pero ha concebido por obra del Espíritu Santo». La comadrona le pregunta: «¿Es verdad lo que dices?». José le

dice: «Ven y compruébalo».

69 Y entraron en la cueva. José le dijo: «Pasa a visitar a María». Cuando la comadrona iba a entrar en el interior de la cueva, tuvo miedo porque dentro resplandecía una luz grande, que no disminuyó ni de día ni de noche mientras María permaneció dentro. Dijo, pues, José a María: «Mira, te he traído a Zaquel, la comadrona, que está ahí fuera delante de la cueva y no se atreve a entrar por el excesivo resplandor, pues es incapaz de soportarlo». Al oírlo María, se sonrió. José le dijo: «No te sonrías, sino sé prudente, pues ha venido para ver si por casualidad necesitas alguna medicina». La ordenó pasar, y ella se detuvo ante María. Después de que María permitió ser examinada por espacio de unas horas, exclamó a grandes voces la comadrona diciendo: «Señor, Dios grande, ten misericordia, porque nunca se ha oído ni se ha visto hasta ahora cosa semejante, pero ni siquiera se ha podido sospechar que unos pechos estén llenos de leche y que el varón recién nacido señale a su madre como virgen. Ninguna mancha de sangre ha habido en el que nace, ningún dolor ha aparecido en la que da a luz. Virgen ha concebido, virgen ha dado a luz y después del parto continúa siendo virgen».

70 Como tardaba la comadrona, entró José en la cueva. Vino a su encuentro la comadrona, salieron fuera los dos y hallaron a Simeón de pie, quien le preguntó: «Señora, ¿qué hay de la doncella? ¿Puede tener alguna esperanza de vida?». La comadrona le preguntó: «¿Qué dices, hombre? Toma asiento y te contaré una cosa admirable». Y levantando los ojos al cielo, dijo la comadrona con voz clara: «Padre todopoderoso, ¿por qué razón he visto un milagro tan grande, por el que estoy estupefacta? ¿Cuáles son las obras que he realizado, por las que he sido digna de contemplar tus santos misterios, de manera que dispusieras el

que tu sierva viniera en esta hora hasta aquí para ver las maravillas de tus bienes? Señor, ¿qué voy a hacer? ¿Cómo puedo contar lo que he visto?».

Simeón le dice: «Te ruego que me expliques lo que has visto». La comadrona le dice: «No se te ocultará este asunto, porque comprende muchos bienes. Atiende, pues, a mis palabras y guárdalas en tu corazón.

71 » Cuando entré a examinar a la doncella, la encontré con el rostro vuelto hacia arriba, mirando al cielo y hablando consigo misma. Yo sospecho que oraba y bendecía al Altísimo. Me acerqué a ella y le dije: “Dime, hija mía, ¿no sientes alguna molestia o alguna parte de tus miembros está dolorida?”. Pero ella, como si nada oyera, permanecía inmóvil como una piedra firme mirando al cielo.

72 » En aquella hora se detuvieron todas las cosas en medio del mayor silencio y con temor. Pues hasta los vientos cesaron y dejaron de soplar, ni una sola hoja de los árboles se movió, ni se oyó el rumor de las aguas, ni se movieron los ríos, cesaron las olas del mar, callaron todos los manantiales de las aguas y no se oyó la voz de los hombres, sino que había un gran silencio. Hasta el mismo polo cesó desde aquella hora su precipitada carrera. Las medidas de las horas habían pasado prácticamente. Todas las cosas habían quedado estupefactas y sumidas en un gran silencio. Nosotros aguardábamos la llegada de Dios Altísimo, el final de los siglos.

73 » Cuando se acercó la hora, apareció abiertamente el poder de Dios. La doncella estaba mirando fijamente al cielo convertida en viña, pues ya estaba para cumplirse el término de los bienes. Y en cuanto apareció la luz, adoró al que vio que había alumbrado. El niño despedía resplandores a la manera del sol. Estaba totalmente limpio, y

era agradabilísimo de ver, pues solo él apareció como la paz que apacigua el mundo entero. En la misma hora en que nació, se oyó la voz de muchos seres invisibles que decían a la vez: “Amén”. La luz que había nacido se multiplicó, y con la claridad de su resplandor oscureció la luz del sol. Aquella cueva quedó repleta de una luz clara y de un perfume suavísimo. Ahora bien, esta luz nació lo mismo que el rocío que desciende del cielo a la tierra. Pues su perfume supera el de todos los ungüentos.

74 » Yo quedé estupefacta y llena de admiración; y el temor se apoderó de mí. Pues tenía la mirada fija en el gran resplandor de la luz que había nacido. Pero aquella luz fue poco a poco condensándose en sí misma y tomó la forma de un niño. Y enseguida se hizo un niño como suelen ser los niños al nacer. Cobré valor, me incliné, lo toqué y lo levanté en mis manos con gran temor. Me quedé aterrada porque no tenía el peso propio de un recién nacido. Lo examiné y comprobé que no había en él la más mínima mancha, sino que estaba totalmente limpio en su cuerpo como ocurre con el rocío del Dios Altísimo. Era ligero de llevar y espléndido de ver. Mientras estaba grandemente admirada porque no lloraba como suelen llorar los recién nacidos, y mientras lo tenía en brazos con la mirada fija en su rostro, me dedicó una gratisima sonrisa. Abrió los ojos y los fijó en mí delicadamente. Al momento salió de sus ojos una gran luz como un gran relámpago».

75 Al oír estas cosas, respondió Simeón: «Dichosa mujer, que fuiste digna de contemplar y anunciar esta nueva y santa visión, y dichoso yo que he oído estas cosas; y aunque no las he visto, las he creído». Le dice la comadrona: «Tengo que contarte todavía una cosa maravillosa que te va a llenar de estupor». Respondió Simeón: «Cuéntamela, Señora, porque me alegro al oír estas cosas». La

comadrona le dice: «En el momento en que tomé al niño en mis manos, vi que tenía limpio su cuerpo, y que no estaba manchado con las impurezas con que nacen los hombres. Pensé en mi interior que podrían haber quedado otros fetos en la matriz de la doncella. Pues es algo que suele suceder a las mujeres en el parto, por lo que corren peligro y caen en la depresión. Llamé enseguida a José y puse al niño en sus manos. Me acerqué a la doncella, la examiné y comprobé que estaba limpia de toda mancha de sangre. ¿Cómo lo voy a contar? ¿Qué puedo decir? No acierto a explicarlo. No sé cómo voy a poder describir tan grande resplandor del Dios vivo. Pero tú, Señor, me eres testigo de que he tocado con mis manos a esta doncella, y he comprobado que la que ha dado a luz es virgen no solamente después del parto, sino también^[480] [...] del sexo masculino. En aquella misma hora clamé a grandes voces, glorifiqué a Dios, caí sobre mi rostro y lo adoré. Luego, salí fuera. José envolvió al niño en pañales y lo colocó en un pesebre».

76 Simeón le dijo: «¿Te ha dado algún salario?». La comadrona respondió: «Soy yo más bien la que debo dar un precio, gracias y oraciones. He prometido ofrecer a Dios un sacrificio inmaculado, porque se ha dignado hacerme inspectora y conocedora de este misterio. Porque yo misma hago una ofrenda personal por los dones que se ofrecen en el templo del Señor».

Dicho esto, dijo a su discípula: «Hijita, toma la silla y vayámonos. Pues hoy he visto en mi ancianidad a una parturienta sin dolores, y a una virgen dar a luz, si es que esto puede llamarse parto. Pues tengo la sospecha en mi alma de que ella se ha entregado a la voluntad del Dios que permanece por los siglos». Y diciendo esto, se marchó con ella.

Historia de los magos

89 Al ver a los magos, José dijo: «Fíjate en estos que se acercan hasta nosotros. Me parece que se llegan después de un largo viaje. Me levantaré y saldré a su encuentro». Se adelantó y dijo a Simeón: «Me parece que estos que vienen son adivinos. Pues mira cómo no descansan ni un momento, sino que observan y discuten entre ellos. Me parece incluso que son peregrinos, pues su modo de vestir es distinto del nuestro. Más aún, su vestimenta es muy ancha y de color oscuro. Finalmente, llevan unos birretes en sus cabezas y calzan unos amplios pantalones como sin terminar^[481]. Mira, se han detenido y se dirigen a mí; y de nuevo vienen hacia acá». Una vez que llegaron a la cueva, les dijo José: «Decidme, ¿quiénes sois vosotros?». Mas ellos querían entrar con osadía, pues estaban dispuestos a entrar. José les dijo: «Por vuestra salud, decidme quiénes sois, que así os dirigís a mi morada». Ellos contestaron: «Porque nuestro guía ha entrado aquí delante de nosotros. ¿Por qué razón nos preguntas a nosotros? Aquí nos ha enviado él». José replicó: «Os ruego que me digáis por qué motivo habéis venido hasta aquí». Ellos dijeron: «Te aseguramos que la salvación es común para todos.

90 » Hemos visto en el cielo la estrella del rey de los judíos y venimos a adorarlo. Porque está escrito en los libros antiguos sobre la señal de esta estrella, que cuando aparezca nacerá el rey eterno que dará a los justos una vida inmortal». José les dice: «Era justo que investigarais primero en Jerusalén, pues allí está el santuario del Señor». Le respondieron: «Estuvimos en Jerusalén y avisamos al rey de que Cristo ha nacido y que venimos en su busca. Pero él nos dijo: “Yo ignoro dónde ha nacido”. A continuación envió aviso a todos los investigadores de las Escrituras, a todos los magos, a los príncipes de los sacerdotes y a los doctores, los

cuales vinieron a él. Les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos le contestaron: “En Belén. Pues así está escrito: Tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá. Pues de ti saldrá el caudillo que regirá a mi pueblo Israel”. En cuando nos llegó la noticia, la aceptamos y venimos a adorarlo. Pues esta estrella, que apareció, se puso delante de nosotros desde el momento en que salimos de viaje. Cuando Herodes oyó estos detalles, tuvo miedo y nos preguntó a escondidas sobre el tiempo en que apareció la estrella. Cuando ya nos íbamos, nos dijo: “Informaos diligentemente y, cuando lo encontréis, anunciádmelo para que yo vaya también a adorarlo”.

91 » El mismo Herodes nos entregó la diadema que usaba para su cabeza y que tiene una mitra blanca.

Nos dio también el anillo real, que tenía una joya, sello incomparable que el rey de los persas le había enviado como regalo, y nos ordenó que se lo entregáramos al niño. El mismo Herodes prometió que le ofrecería un don cuando regresáramos a él. Tomados los regalos, nos marchamos de Jerusalén. Mas he aquí que la estrella, que se nos había aparecido, se puso delante de nosotros desde que partimos de Jerusalén hasta que llegamos a este lugar. Y entró en la gruta en la que tú estás y en la que no permites que nosotros entremos». José les dice: «Yo ya no me opongo; seguidla, porque Dios es vuestro guía, y no solo vuestro, sino de todos aquellos a quienes ha querido manifestar su gloria». Al oír esto los magos, entraron y saludaron a María, diciendo: «Dios te salve, llena de gracia». Se acercaron al pesebre, lo examinaron y vieron al niño.

92 Pero José dijo a Simeón: «Fíjate y mira lo que hacen dentro estos peregrinos, pues no me parece bien que yo los vigile». Así lo hizo. Y dijo a su padre: «Al entrar, han saludado al niño y se han postrado rostro en

tierra. Luego, de acuerdo con la costumbre de los bárbaros, lo adoran y besan uno a uno los pies del infante. ¿Qué es lo que ahora hacen? Lo ignoro». José le dice: «Mira con atención». Respondió Simeón: «Ahora abren sus tesoros y le ofrecen regalos». Le dice José: «¿Qué es lo que le ofrecen?». Respondió Simeón: «Sospecho que le ofrecen los dones que ha enviado el rey Herodes. Pues de sus cofres le han ofrecido oro, incienso y mirra; y han dado a María otros muchos dones». José le dijo: «Han hecho muy bien estos hombres al no besar gratis al niño; no como aquellos nuestros pastores que llegaron hasta aquí sin regalos». Y de nuevo añadió: «Observa con mayor atención y mira lo que hacen». Observando Simeón, dice: «Otra vez han adorado al niño y ya salen hacia acá».

93 Salieron, pues, aquellos y dijeron a José: «¡Oh varón dichosísimo! Ahora vas a saber quién es este niño que estás criando». José les dice: «Sospecho que es hijo mío». Le dicen ellos: «Su nombre es más grande que el tuyo. Pero quizás el que seas digno de llamarte padre suyo se debe a que lo sirves no como a tu hijo, sino como a tu Dios y Señor; y aunque lo tocas con tus manos, lo tratas con gran temor y diligencia. No nos consideres, pues, como a unos ignorantes. Aprende de nosotros que aquel, para quien has sido designado nutricio, es el Dios de los dioses, el Señor de los que dominan, el Dios y Rey de todos los príncipes y las potestades, el Dios de los ángeles y de los justos. Él es quien salvará a todas las gentes en su nombre, pues de él es la majestad y el imperio; él quebrará el aguijón de la muerte y disipará los poderes del infierno. A él servirán los reyes y adorarán todas las tribus de la tierra; a él confesará toda lengua diciendo: “Tú eres Cristo Jesús, libertador y salvador nuestro, pues tú eres Dios, poder y claridad del eterno Padre”».

94 José les dijo: «¿De dónde habéis aprendido lo que me habéis dicho?». Le contestaron los magos: «Vosotros tenéis las antiguas escrituras de los profetas de Dios, en las que está escrito cómo ha de suceder la venida de Cristo a este mundo. También nosotros poseemos copias más antiguas de escrituras en las que se habla de él. Y de lo demás que nos has preguntado sobre el origen de donde hemos podido conocer estas cosas, oye esto que te decimos: Lo aprendimos por la señal de la estrella. Pues se nos apareció con un brillo superior al del sol, brillo del que nunca pudo dar nadie razón. Esta estrella que apareció indica que una estirpe divina reinará con el resplandor del día. No giraba en el centro del cielo, como suelen hacer las estrellas fijas y los planetas, que aunque observan un curso fijo de su tiempo, permanecen inmóviles; y como en órbitas siempre inciertas se llaman errantes, mientras que esta estrella sola se mantenía sin movimiento^[482]. Pues nos parecía que todo el polo, es decir, el cielo, no podía abarcarla en toda su magnitud; y ni el sol pudo oscurecerla con la claridad de su luz como a las demás estrellas. Más aún, el mismo sol se ha debilitado cuando ha llegado el resplandor de esta estrella. Pues esta estrella es la palabra de Dios. Y cuantas son las estrellas, tantas son las palabras de Dios. Pero la palabra de Dios es Dios inenarrable. Y como esta estrella es inenarrable, también fue nuestra compañera de camino en el viaje que hicimos para venir hasta Cristo».

95 Así pues, José les dijo: «Con todas estas cosas que habéis hablado me habéis causado un gran deleite. Os ruego, pues, que os dignéis permanecer conmigo el día de hoy». Ellos le dijeron: «Permítenos, por favor, que sigamos nuestro camino. Pues el rey nos ordenó que volviéramos cuanto antes hasta él». Pero él los retuvo.

96 Ellos abrieron sus tesoros e hicieron a María y a José ingentes regalos.

B) EVANGELIOS DE LA INFANCIA DE JESÚS

Los evangelios apócrifos de la infancia son la respuesta de la piedad cristiana a las múltiples preguntas que la personalidad de Jesús como mesías celeste planteaba. El Dios hecho hombre, el Hijo natural del Padre, la Palabra de Dios, el salvador de la humanidad pecadora, concentraba en su persona títulos tantos y de tan grueso calibre como para que el laconismo de los evangelios canónicos pudiera ser aceptado si no era con la inquietud de quien quería saber más y más de una personalidad inconmensurable para los fieles.

Un niño débil, hijo de una familia pobre y humilde, ciudadano de un villorrio, Nazaret, del que «no podía salir nada bueno» (Jn 1, 46), tenía que romper moldes y quebrar estructuras según la imaginación popular. El Libro sobre la Infancia del Salvador (74) cuenta que lo que nació de la Virgen María fue una luz que se fue condensando y tomando la forma de un niño hasta que se convirtió en un recién nacido, un niño sin el peso ordinario, radiante y puro como el «rocío del Dios Altísimo». Así, el niño Jesús aquí presentado reivindica su poder ilimitado y su autoridad natural. Sus mismos padres, José y María, se sienten desbordados y más que sorprendidos. La conducta del Jesús de los evangelios apócrifos de la infancia no es coherente con el «manso y humilde de corazón» de Mt 11, 29, pues emplea sus extraordinarios poderes con intenciones de lucimiento y hasta de venganza.

Cuatro son las obras más importantes de este ciclo: 1) El Evangelio de la infancia del Pseudo Tomás, filósofo israelita. 2) El Evangelio árabe de la infancia. 3) La Historia de José el carpintero. 4) El Evangelio armenio de la infancia. La cronología atribuida a estas obras confirma la apreciación, surgida de criterios internos, que señala al Evangelio del Pseudo Tomás (s. II aunque con retoques posteriores) como núcleo básico y original del ciclo.

1. Evangelio del Pseudo Tomás, filósofo israelita

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Núcleo básico del siglo II. Redacción actual anterior al siglo V.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Traducciones latina y siríaca anteriores al siglo V. Manuscritos griegos de los siglos XIV y XV.

Este Evangelio del Pseudo Tomás no debe confundirse con Evangelio gnóstico de Tomás (p. 440). Este es un conjunto de dichos (logia) que Jesús habría revelado al apóstol Judas Tomás. Por el contrario, el Pseudo Tomás es un texto narrativo y fantasioso con ecos precisos de otros relatos sobre la Infancia. Se cree, no obstante, que ambos evangelios pudieron estar relacionados de algún modo en su origen, pero que este último fue censurado o purificado de sus tendencias gnósticas

para recoger solamente las partes narrativas. El título del texto griego habla, en efecto, de Narraciones sobre la infancia del Señor.

Este evangelio se ha conservado en dos recensiones griegas denominadas por los editores A y B, basadas cada una en un manuscrito único. La recensión A es más extensa y antigua que la B. Son, a pesar de todo, textos paralelos con muchos pasajes comunes; B presenta numerosas analogías con el evangelio del Pseudo Mateo. El criterio de los investigadores es que el material original de este evangelio puede remontarse a los años finales del siglo II. Existe también una versión siríaca y otra latina, de texto abreviado, pero también cercanas al original. Como apéndice ofrecemos un extracto de la versión latina, que es la más antigua..

Llama la atención la atribución a «Tomás, filósofo israelita». La redacción griega B considera que se trata efectivamente del santo apóstol Tomás. La variante preferida por M. R. James^[483], «ismaelita», podría tener mayor verosimilitud si la unimos con la denominación de filósofo. En opinión de este investigador, sería probable que enmascare la idea de una tradición venida de la India, país evangelizado por el apóstol Tomás.

* * *

Relatos sobre la infancia del Señor, escritos por Tomás, filósofo israelita

1 Yo, el israelita Tomás, he considerado necesario dar a conocer a todos los hermanos venidos de la gentilidad la infancia y las maravillas de nuestro Señor Jesucristo así como todo cuanto hizo una vez nacido en nuestra tierra. Empieza así:

Los pájaros de barro

2 ¹ Este niño Jesús, llegado a los cinco años, estaba jugando después de una lluvia en el cauce de una corriente. Las aguas que fluían las recogía en charcas, las volvía puntualmente cristalinas y las dominaba solamente con su palabra.

² Hizo barro blando y formó con él doce pajarillos. Era sábado cuando hizo aquello. Había también otros muchos niños jugando con Jesús.

³ Al ver cierto judío lo que hacía Jesús jugando en día de sábado, marchó a toda prisa y se lo anunció a su padre José: «Mira que tu hijo está junto al arroyo, ha tomado un poco de barro y ha formado doce pajarillos, con lo que ha profanado el sábado».

⁴ Fue José al lugar y, al verlo, le llamó la atención, diciendo: «¿Por qué haces en sábado estas cosas que no está permitido hacer?». Pero Jesús, batiendo sus manos, gritó a los pajarillos y les dijo: «Marchaos». Los pajarillos echaron a volar y se fueron gorjeando.

⁵ Cuando lo vieron los judíos, quedaron admirados, y fueron a contar a las autoridades lo que habían visto hacer a Jesús.

Incidente con el hijo del escriba

3 ¹ El hijo de Anás, el escriba, se encontraba allí en pie con Jesús, tomó una vara de mimbre y dispersó las aguas que había recogido Jesús.

² Cuando vio Jesús lo sucedido, se indignó y le dijo: «Injusto, impío e insensato, ¿qué mal te han hecho las charcas y el agua? Pues mira, también tú te vas a quedar seco ahora como un árbol, y no producirás hojas, ni raíz ni fruto».

³ Al punto, aquel muchacho se quedó seco todo entero. Por su parte, Jesús se retiró y se dirigió a la casa de José. Los

padres del muchacho muerto lo levantaron llorando su juventud, y lo llevaron a casa de José, a quien increpaban diciendo: «Tienes un hijo que hace cosas como estas».

Nuevo incidente mortal

4 ¹ En otra ocasión, caminaba por el pueblo cuando un muchacho tropezó contra su hombro. Indignado, Jesús le dijo: «No podrás seguir tu camino». E inmediatamente cayó muerto el muchacho. Algunos, que vieron lo ocurrido, dijeron: «¿De dónde ha nacido este joven, que todo lo que dice se cumple puntualmente?».

² Se acercaron a José los padres del difunto y lo increpaban, diciendo: «Tú, que tienes un hijo semejante, no puedes habitar con nosotros en este pueblo, a no ser que le enseñes a bendecir y no a maldecir, pues provoca la muerte a nuestros hijos^[484]».

Jesús en la escuela

5 ¹ José llamó a solas a Jesús y lo amonestaba, diciendo: «¿Por qué haces estas cosas, de modo que estos hombres sufran, nos odien y nos persigan?». Jesús le contestó: «Yo sé que estas palabras que pronuncias no son tuyas. Sin embargo, por ti guardaré silencio. Pero ellos sufrirán su castigo». Inmediatamente los que lo acusaban quedaron ciegos.

² Al verlo se llenaron de temor y de zozobra, y decían de él que todo lo que pronunciaba, fuera bueno o fuera malo, se convertía en obra y en un hecho admirable. Cuando José vio aquello que Jesús había hecho, se levantó y le dio un fuerte tirón de orejas.

³ Jesús se enfadó y le dijo: «Bastante tienes con buscar y no encontrar. Sobre todo, has actuado de forma insensata. ¿No sabes que yo soy tuyo? Pues no me molestes».

6 ¹ Un rabino, de nombre Zaqueo, se encontraba en un lugar contiguo y oyó lo que Jesús hablaba con su padre. Quedó sorprendido porque, niño como era, decía aquellas cosas.

² Después de unos cuantos días, se acercó a José y le dijo: «Tienes un hijo prudente e inteligente. Vamos, entrégamelo para que aprenda las letras. Yo le enseñaré con las letras toda clase de ciencia, y a tratar con todas las personas mayores, honrándolas como a ancianos y como a padres, y a amar a sus semejantes.

³ Le dijo todas las letras desde la alfa a la omega con todo cuidado. Pero Jesús, fijando los ojos en su maestro Zaqueo, le dijo: «Tú, que no conoces la naturaleza de la alfa, ¿cómo vas a enseñar a los demás la beta? Hipócrita, enseña primero la alfa, si es que la sabes, y entonces te creeremos lo que digas sobre la beta». A continuación comenzó a interrogar al maestro sobre la primera letra, pero el maestro no pudo responderle.

⁴ En presencia de todos, dijo a Zaqueo: «Escucha, maestro, el orden de la letra primera y mira con atención cómo tiene medidas, rasgos medianos que van unidos transversalmente, conjuntados, levantados, divergentes, inclinados. La alfa tiene trazos de tres signos: homogéneos, equilibrados y equivalentes.

7 ¹ Cuando escuchó el maestro Zaqueo hablar al niño de tantas y tan grandes alegorías de la primera letra, quedó desconcertado ante tamaña respuesta y su enseñanza. Y dijo a los presentes: «¡Ay de mí! Estoy desconcertado, desgraciado de mí. Yo mismo me he granjeado la vergüenza al traer a mí a este muchacho.

²» Llévatelo, por favor, hermano José. No soporto la austeridad de su mirada. No comprendo ni una sola de sus palabras. Este niño no ha nacido en el mundo. Él puede

dominar el mismo fuego. Quizá ha nacido antes de la creación del mundo. Qué vientre lo ha llevado, qué seno lo ha alimentado, lo ignoro. ¡Ay de mí, amigo mío! Me desquicia. Soy incapaz de seguir su pensamiento. Me he engañado a mí mismo, desdichadísimo de mí. Me esforcé por tener un alumno y resulta que conseguí un maestro.

³» Comprendo, amigos, mi vergüenza, porque siendo viejo he sido vencido por un niño. Voy a perder los ánimos y a morir por causa de este niño. Pues en este momento no puedo fijar la mirada en su rostro. Cuando todos digan que he sido vencido por un niño pequeño, ¿qué voy a decir? ¿Y qué explicaré acerca de lo que me dijo sobre los rasgos de la primera letra? Lo ignoro, amigos. Pues no conozco ni su principio ni su fin.

⁴» Por consiguiente, hermano José, considero que te lo debes llevar a tu casa. Pues es algo grande: o Dios, o un ángel o no sé qué decir».

8 ¹ Mientras los judíos daban consejos a Zaqueo, el niño se rio de buena gana y dijo: «Que fructifiquen ahora tus asuntos y recobren la vista los ciegos de corazón. Yo he venido de arriba para maldecirlos y para llamarlos hacia lo alto, según me lo ha ordenado el que por vosotros me ha enviado».

² Cuando el niño terminó sus palabras, enseguida quedaron sanos todos los que habían caído bajo su maldición. Desde entonces, nadie se atrevía a irritarlo para que no lo maldijera y quedara inválido.

Resurrección de un muerto

9 ¹ Unos días después, estaba Jesús jugando en la azotea de una casa cuando uno de los niños que jugaban con él cayó abajo desde la azotea y se mató. Los otros niños, al verlo, escaparon huyendo y quedó Jesús solo.

² Llegaron los padres del difunto y lo acusaban a él. Pero Jesús dijo: «Yo de ningún modo lo he tirado abajo». Pero ellos lo trataban con insolencia.

³ Saltó Jesús desde la azotea y se colocó junto a la boca del muchacho. Gritó con gran voz y dijo: «Zenón —que así se llamaba—, levántate y dime: ¿Soy yo el que te ha tirado abajo?». Levantándose el muerto al momento, dijo: «No, Señor; no me has tirado abajo, sino que me has resucitado». Los que lo vieron quedaron fuera de sí. Los padres del muchacho dieron gloria a Dios por el milagro sucedido y adoraron a Jesús.

Jesús cura a un leñador herido

10 ¹ Pocos días después, estaba cortando leña un joven en la vecindad cuando se le cayó el hacha y le hendió la planta del pie. Estaba a punto de morir desangrado.

² Producido un alboroto con gran aglomeración, llegó allá también corriendo el niño Jesús. Se abrió paso a la fuerza entre la multitud y apretó el pie herido del joven, que enseguida quedó curado. Luego dijo al joven: «Levántate ahora, sigue cortando la leña y acuérdate de mí». La gente, al ver lo sucedido, adoró al niño diciendo: «En verdad que el Espíritu de Dios habita en este niño».

El agua en el manto

11 ¹ Cuando tenía seis años, le dio su madre un cántaro y lo envió a sacar agua para traerla a casa. Pero tropezó con la gente y el cántaro se rompió.

² Jesús, extendiendo el manto con que se cubría, lo llenó de agua y se lo llevó a su madre. Al ver su madre el milagro acaecido, besó dulcemente a Jesús. Y guardaba en su corazón los misterios que lo veía realizar.

Cosecha milagrosa

12 ¹ Nuevamente, en el tiempo de la siembra, salió el niño con su padre a sembrar grano en su terreno. Mientras sembraba su padre, sembró también el niño Jesús un grano de trigo^[485]. Y después de la siega y de la trilla, cosechó cien coros. Llamó a todos los pobres del lugar a su era y les repartió el trigo. José se llevó lo restante. Tenía Jesús ocho años cuando hizo este milagro.

Jesús, carpintero milagroso

13 ¹ El padre de Jesús era artesano, y por aquel tiempo fabricaba arados y yugos. Le encargaron que hiciera una cama para una persona rica. Sucedió que uno de los dos varales del encargo era más corto que el otro. Como José no sabía qué hacer, dijo el niño Jesús a su padre: «Pon los dos maderos en tierra e iguálalos partiendo de la mitad».

² Hizo José lo que le dijo el niño. Se colocó Jesús en una de las partes, tomó el madero más corto y, estirándolo, lo dejó igual que el otro. Al verlo su padre José, se llenó de admiración. Y tomando al niño lo cubrió de besos, diciendo: «Soy feliz, porque Dios me ha dado este hijo».

El maestro iracundo

14 ¹ Al ver José la inteligencia del niño y cómo maduraba con la edad, tomó de nuevo la decisión de que no quedara en la ignorancia de las letras. Lo llevó, pues, y lo puso a disposición de otro maestro. Dijo el maestro a José: «En primer lugar, lo educaré en las letras griegas; luego, en las hebreas». Porque el maestro sabía de los conocimientos del muchacho, y tuvo miedo. Sin embargo, después de escribir el alfabeto, trató de que Jesús practicara durante mucho tiempo, pero no obtuvo respuesta alguna.

² Pero Jesús le dijo: «Si realmente eres un maestro, y si conoces bien las letras, dime el valor de la alfa y yo te diré el

de la beta». Enfadado, el maestro lo golpeó en la cabeza. Al sentir el niño el dolor, lo maldijo. Y al punto se desvaneció el maestro y cayó en tierra de bruces.

³ Regresó el niño a casa de José. Se llenó José de tristeza y recomendó a su madre que no le permitiera salir fuera de la casa, porque morían todos los que le disgustaban.

El maestro amable

15 ¹ Después de algún tiempo, nuevamente otro profesor, que era amigo sincero de José, le dijo: «Trae al muchacho a mi escuela, quizá pueda yo con cariño enseñarle las letras». Le respondió José: «Si te atreves, hermano, llévalo contigo». Lo tomó, pues, con temor y gran angustia, pero el niño iba de buena gana.

² Entró decidido en la escuela y encontró un libro colocado sobre el pupitre. Lo tomó, pero no leyó las letras que había en él, sino que, abriendo la boca, se puso a hablar movido por el Espíritu Santo, y enseñaba la Ley a los presentes que lo escuchaban. Una gran muchedumbre que se había congregado lo rodeaba escuchándolo y se admiraba de la hermosura de su enseñanza y la disposición de sus razones, porque siendo un niño hablaba de aquella manera.

³ Cuando José lo escuchó, se llenó de temor, y fue corriendo a la escuela, temiendo que también aquel profesor quedara lisiado. Pero dijo el profesor a José: «Sepas, hermano, que yo recibí a este niño como a un discípulo, pero él está lleno de abundante gracia y sabiduría. En consecuencia, hermano, creo que lo mejor es que te lo lleves a tu casa».

⁴ Cuando el niño oyó estas palabras, le sonrió y le dijo: «Porque has hablado rectamente y has dado un testimonio correcto, aquel que ha sido castigado quedará también sano gracias a ti». Enseguida quedó curado el otro profesor. José tomó al niño y se marchó a su casa.

Curación del mordido por la víbora

16 ¹ Envío José a su hijo Santiago a recoger leña para traerla a su casa. Y el niño Jesús iba con él. Mientras reunía Santiago las ramas de leña, una víbora le mordió en la mano.

² Estando tumbado en el suelo y a punto de morir, se le acercó Jesús y le sopló en la mordedura. Enseguida cesó el dolor, el animal reventó y al punto quedó sano Santiago.

Resurrección de un niño

17 ¹ Después de estos sucesos, había en la vecindad de José un niño enfermo que murió. Su madre le lloraba fuertemente. Oyó Jesús que se formaba un gran duelo y un tumulto, y acudió corriendo a toda prisa. Encontró muerto al niño, lo tocó en el pecho, y le dijo: «A ti digo, criatura, no mueras, sino vive y permanece con tu madre». Al momento el niño abrió los ojos y sonrió. Y Jesús dijo a la madre: «Tómalo, dale leche y acuérdate de mí».

² Al verlo, la multitud que estaba presente se llenó de admiración, y dijo: «Verdaderamente este niño o es Dios o un ángel de Dios, porque toda palabra que dice se convierte en realidad». Y Jesús se retiró de allí jugando con los otros niños.

El albañil resucitado

18 ¹ Después de algún tiempo, se estaba construyendo una casa cuando se formó un gran tumulto. Jesús se levantó y fue hasta aquel lugar. Y vio a un hombre que yacía muerto en el suelo, lo tomó de la mano y le dijo: «A ti te digo, hombre, levántate y continúa tu trabajo». Inmediatamente se levantó y se postró ante Jesús.

² Al verlo, la multitud se llenó de admiración y dijo: «Este niño es del cielo, pues ha salvado a muchas almas de la muerte y las tendrá que salvar durante toda su vida».

19 ¹ Cuando cumplió los doce años, marchaban sus padres según la costumbre a Jerusalén para la fiesta de Pascua en un grupo de viajeros. Después de la Pascua, regresaban a su casa. Cuando ellos regresaban, se volvió el niño Jesús a Jerusalén. Sus padres creyeron que iba en la comitiva.

² Después de un día de camino, lo buscaban entre sus parientes. Al no encontrarlo, se llenaron de tristeza y regresaron otra vez a la ciudad en su busca. A los tres días, lo encontraron en el Templo sentado en medio de los doctores escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos estaban atentos y se admiraban de que siendo un niño dejaba sin palabra a los ancianos y a los doctores del pueblo desentrañando los capítulos principales de la Ley y las parábolas de los profetas.

³ Acercándose su madre María, le dijo: «¿Por qué has hecho esto con nosotros, hijo mío? Mira que te estábamos buscando apenados». Les dijo Jesús: «¿Por qué me buscáis? ¿No sabéis que es preciso que me ocupe en las cosas de mi padre?».

⁴ Los escribas y los fariseos le preguntaron: «¿Eres tú la madre de este niño?». Ella respondió: «Sí, lo soy». Ellos le dijeron: «Dichosa tú entre las mujeres, porque Dios ha bendecido el fruto de tu vientre, ya que una gloria tan grande, y tan grande virtud y sabiduría, ni la hemos visto ni la hemos oído jamás».

⁵ Se levantó Jesús y siguió a su madre. Y estaba sometido a sus padres. Su madre guardaba en la memoria todos estos sucesos. Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia. A él la gloria por los siglos de los siglos, amén.

APÉNDICE

Los tres primeros capítulos del *Pseudo Tomás latino*

Cómo María y José huyeron con Jesús a Egipto

1 ¹ Una vez que se produjo un revuelo, porque Herodes mandó buscar a nuestro Señor Jesucristo para matarlo, dijo un ángel a José: «Toma a María y al niño, y huye a Egipto, lejos de los que lo buscan para matarlo». Dos años tenía Jesús cuando entró en Egipto.

² Caminando a través de un campo sembrado, alargó la mano y tomó algunas espigas. Las puso sobre el fuego, las trituro y comenzó a comerlas.

³ Cuando entraron en Egipto, se hospedaron en la casa de una viuda, y pasaron en el mismo lugar un año entero.

⁴ Cumplió entonces Jesús los tres años. Al ver jugar a los niños, se puso a jugar con ellos. Tomó un pez seco, lo echó en una vasija y le ordenó que se moviera. Y empezó a moverse. Dijo de nuevo al pez: «Arroja la sal que tienes y nada en el agua». Y así sucedió. Cuando vieron los vecinos lo que había ocurrido, se lo anunciaron a la mujer viuda en cuya casa se alojaba María, su madre. Cuando aquella mujer se enteró, los arrojó rápidamente de su casa.

Cómo un maestro expulsó a Jesús fuera de la ciudad en la que vivían

2 ¹ Caminaba Jesús con María, su madre, por el foro de la ciudad cuando vio a un maestro que estaba

enseñando a sus discípulos. De pronto, doce gorriones que se perseguían entre sí cayeron por el muro en el seno de aquel maestro. Al verlo Jesús, se alegró y se detuvo.

² Cuando aquel profesor vio que Jesús se ponía alegre, dijo a sus discípulos con gran enfado: «Id y traédmelo». Cuando lo tenían sujeto, lo cogió de una oreja y dijo: «¿Qué has visto para ponerte alegre?». Jesús contestó: «Maestro, mira mi mano llena de trigo. Se lo enseñé y esparcí el trigo, que ellos quitaron de en medio al verlo en peligro. Por eso riñeron entre sí para repartirse el trigo». Y Jesús no pasó de allí hasta que no se cumplió lo que había dicho. Ante estos hechos, el maestro se dispuso a expulsarlo de la ciudad juntamente con su madre.

Cómo Jesús fue expulsado de Egipto

3 ¹ He aquí que un ángel salió al encuentro de María y le dijo: «Toma al niño y regresa a la tierra de los judíos, pues han muerto los que buscaban su vida». Se levantó, pues, María con Jesús, y marcharon a la ciudad de Nazaret, que está situada entre las propiedades pertenecientes a su padre.

² Cuando José salió de Egipto después de la muerte de Herodes, llevó al niño al desierto hasta que hubo tranquilidad en Jerusalén de parte de los que buscaban la vida del niño. Y dio gracias a Dios porque le había dado conocimiento, y porque él había hallado gracia delante del Señor Dios. Amén^[486].

2. Evangelio árabe de la infancia

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Anterior al siglo v.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Siríaco.

Fuentes: Traducción árabe tomada del *Codex Orientalis* 387 de la Biblioteca Laurenziana de Florencia (fechado en 1299).

El título que da nombre a este evangelio se debe al hecho de que durante mucho tiempo fue conocido solamente por su redacción árabe. Los estudios desarrollados por el sabio bolandista P. Peeters han llevado al convencimiento de que se trata de una obra originalmente siríaca. En ella se recogen elementos tomados de otros evangelios más antiguos, especialmente del Protoevangelio de Santiago y del Evangelio del Pseudo Tomás. El compilador de este evangelio toma su primera parte notoriamente del Protoevangelio de Santiago. Para la segunda, se sirve preferentemente de los datos del Pseudo Tomás. Tiene, no obstante, partes originales, como los capítulos que van del 11 al 41.

Llama la atención la anécdota del niño Jesús, que ya en la cuna revela su identidad divina y su destino en palabras dirigidas a su madre María: «Yo soy Jesús, el Hijo de Dios, el Logos, a quien tú has dado a luz, como el ángel Gabriel te había anunciado. Mi Padre me ha enviado para la salvación del mundo» (1, 2). La Virgen María ocupa un espacio notable realizando diversos milagros mediante los pañales de Jesús y el agua usada para bañar su cuerpo. En varios capítulos aparecen personajes que luego forman parte de la historia evangélica. Así aparecen en el relato los dos ladrones crucificados con Jesús (33), Tomás el Mellizo (30), Judas Iscariote (35), Simón el cananeo (42), etc.

P. Peeters explica así el origen y las características de esta obra: «Al principio existió un libro original (quizás anterior al siglo v) donde se narraban en forma dramática algunos episodios de la infancia de Cristo después de la vuelta de Egipto en un tono novelístico y legendario. Esta obra debió de ser la fuente de las redacciones siríaca, griega, latina, georgiana y eslava del Pseudo Tomás. Posteriormente, este texto hipotético inicial se mezcla con el Protoevangelio para hilvanar una historia completa de los primeros años de la vida de Jesús. Esta amalgama cae en manos de un compilador siríaco que la elabora de nuevo novelísticamente, y así viene a introducirse en Armenia hacia el siglo vi. Esta compilación vino a cristalizar, finalmente, en la forma actual del Evangelio armenio de la Infancia. Simultáneamente, la antigua Historia de la infancia fue elaborada por otro compilador siríaco, quien insertó en ella una serie de milagros de la Virgen. Esta elaboración fue sucesivamente traducida al árabe y se le añadió un ejemplar del Pseudo Tomás. El conjunto dio por resultado lo que ahora conocemos como Evangelio árabe de la Infancia, cuyo original siríaco fue englobado en una vasta rapsodia sobre la vida de la Virgen»^[487].

Ofrecemos dos textos de este evangelio. El primero, el del manu scritto Codex Orientalis 387 de la Biblioteca Laurenziana de Florencia (fechado en 1299); el segundo, de C. Tischendorf, Evangelia Apocrypha, Lipsiae ² 1876, 181-209 (reeditada en 1966 Hildesheim), en versión latina literal, en cuerpo de letra menor y con sus capítulos numerados en romanos, cuando ofrece alguna variante que pudiera ser interesante.

* * *

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso
Con la ayuda y el favor del Altísimo empezamos a escribir

el libro de los milagros de nuestro Señor, Dueño y Salvador Jesucristo, que tiene el título de *Evangelio de la Infancia*. En la paz del Señor. Amén.

1 En la época del profeta Moisés, la paz sea sobre él, había un hombre llamado Zoroastro que poseía la ciencia de la profecía. Un día que estaba sentado en casa de un discípulo enseñando dicha ciencia, dijo durante su explicación: «La Virgen concebirá sin conocer varón, parirá sin perder el marchamo de su pureza y el pueblo se regocijará con este anuncio en las siete partes de la tierra. Los judíos lo crucificarán en la ciudad santa que construyó Melquisedec, resucitará de entre los muertos y subirá al cielo. Como señal de su nacimiento, contemplaréis en Oriente una estrella más brillante que la luz del sol y los astros del cielo, porque no es una estrella, sino un ángel de Dios. Cuando la hayáis visto, poneos en marcha hacia Belén, postraos ante el rey nacido y presentadle ofrendas; la estrella os guiará hasta él». Estas palabras eran una profecía: el metropolitano^[488]. Josué hijo de Nun dijo que este Zoroastro era el astrólogo Balaán cuyo profecía se cumpliría al final de los tiempos.

I¹ Encontramos lo que sigue en el libro del sumo sacerdote Josefo, que vivió en el tiempo de Cristo. Algunos creen que se trata de Caifás.

² Cuenta que Jesús habló realmente cuando se encontraba reclinado en la cuna y que dijo a su madre: «Yo soy Jesús, el Hijo de Dios, el Logos, a quien tú has dado a luz, como el ángel Gabriel te había anunciado. Mi Padre me ha enviado para la salvación del mundo».

Nacimiento de Jesús en Belén

2 En el año 304 de la era de Alejandro, Augusto ordenó que todo hombre se empadronase en su localidad. José tomó a su desposada, María, y se fue a Belén

para empadronarse junto a su familia en su pueblo natal. En el camino, José vio que María presentaba un semblante triste y alegre al mismo tiempo, y le preguntó: «¿Por qué te veo a la vez afligida y contenta?». Ella respondió: «Tengo dos visiones diferentes y maravillosas: veo al pueblo de Israel triste y lloroso, como el ciego que ante el sol no disfruta de su luz. Y veo a los pueblos de occidente instalados en las tinieblas: sobre ellos se hace la luz y, felices, conversan como un ciego al que se le han abierto los ojos».

Cuando se acercaban a Belén, María le dijo a José: «Ha llegado el momento del alumbramiento y no puedo continuar la marcha hasta el pueblo: entremos en esta gruta». Esto sucedió a la puesta del sol. Entonces José fue a buscarle una mujer que la asistiera. Ocupado en este cometido, vio a una anciana hebrea de Jerusalén y le dijo: «Bendita seas; ven y entra en esta cueva, pues hay en ella una mujer que quiere dar a luz».

II ¹ En el año 309 de la era de Alejandro, publicó Augusto un edicto ordenando que cada ciudadano fuera a empadronarse en su lugar de origen. José, pues, se levantó, tomó a María su esposa y, pasando por Jerusalén, llegó a Belén para empadronarse con su familia en su ciudad de origen.

² Al llegar a una cueva, María dijo a José que el momento del parto era inminente y que no podría llegar hasta la ciudad. «Así es que —dijo— entremos en esta cueva». Sucedió esto hacia la puesta del sol. José salió a toda prisa para ir en busca de una mujer que la asistiera. Estando en ello, vio a una anciana mujer hebrea de Jerusalén, a quien dijo: «Ven acá, buena mujer, entra en esta cueva, donde hay una doncella a punto de dar a luz».

La comadrona

3 La anciana llegó con José a la cueva cuando el sol ya se había puesto. Entraron ambos y la encontraron llena de una luz más resplandeciente que las lámparas y los candiles, como si fuera la luz del sol. Un Niño en pañales y acostado en el pesebre era amamantado por su madre María.

III ¹ Ya se había puesto el sol cuando la anciana mujer, en compañía de José, llegó a la cueva. Los dos entraron en ella. Y he aquí que todo estaba iluminado con resplandores más hermosos que el destello de las lámparas y las antorchas, y más brillantes que la luz del sol. Un niño, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre, estaba mamando del pecho de su madre, María.

² Estando los dos admirados por esta luz, preguntó la mujer anciana a María: «¿Eres tú la madre de este niño?». Cuando María respondió afirmativamente, la anciana le dijo: «Pues tú no eres en absoluto como las demás hijas de Eva». María replicó: «Así como mi hijo no tiene igual entre los demás niños, su madre no tiene igual entre las mujeres». La anciana le dijo: «Señora mía, he venido para conseguir alguna recompensa; pues desde hace bastante tiempo estoy aquejada de parálisis». Le dijo nuestra dueña y señora María: «Pon tus manos sobre el niño». En cuanto la anciana hizo esto, quedó inmediatamente curada. Entonces se marchó diciendo: «De ahora en adelante seré criada y sierva de este niño todos los días de mi vida».

Los pastores

4 Mientras estaban maravillados con aquella luz, llegaron unos pastores, encendieron fuego y se alegraron con gran júbilo. Se les apareció un ejército celestial alabando y ensalzando al Dios altísimo, y los pastores se unieron a ellos. De este modo, la cueva parecía en aquel momento el templo supremo, porque las bocas celestes y las

lenguas terrestres glorificaban y enaltecían la natividad del señor Jesucristo.

Cuando la anciana hebrea vio todas esas maravillas evidentes, alabó al Dios altísimo de esta manera: «Doy gracias a Dios, el Dios de Israel, porque mis ojos han visto el nacimiento del Redentor de Israel».

Presentación en el Templo

5 Cuando Jesús nació en Belén de Judea durante el reinado de Herodes, vinieron los magos de Oriente a Jerusalén, tal y como había profetizado Zoroastro, trayendo como presentes oro, mirra e incienso. Algunos sostenían que eran tres, al igual que las ofrendas, mientras que otros aseguraban que eran doce hijos de reyes. Otros dijeron que diez de estirpe real, acompañados por un séquito de mil doscientos hombres. Cuando llegaron a la cueva y entraron, encontraron a José y a María con el Niño en pañales, acostado en el pesebre. Inmediatamente se prosternaron ante él, le dieron los regalos y, al conocer la historia de José y María, se maravillaron porque habían puesto sus coronas ante él y lo habían adorado sin tener la certeza de quién era. Les preguntaron: «¿Quiénes sois y de dónde venís?». A lo que respondieron: «Somos persas y por eso hemos venido». Entonces, María tomó uno de aquellos pañales, se lo dio a cambio y lo aceptaron de la mejor de las maneras. La noche del jueves siguiente a la natividad, se les apareció a los persas el ángel semejante a una estrella que les había servido de guía y se orientaron siguiendo el rastro de su luz hasta que llegaron a su tierra.

Los magos

IV Sucedió que, cuando el Señor Jesús nació en Belén de Judea en el tiempo del rey Herodes, unos magos llegaron desde el Oriente a Jerusalén como Zoroastro

había predicho. Traían consigo como regalos oro, incienso y mirra. Lo adoraron y le presentaron sus regalos. Entonces, María tomó uno de los pañales y se lo entregó como correspondencia dada su escasez de medios. Ellos lo aceptaron de sus manos con las mayores muestras de honor. En la misma hora, se les apareció un ángel con la forma de aquella estrella que los había guiado por delante durante su viaje. Y se marcharon siguiendo el rastro de su luz hasta que llegaron a su propio país.

6 Salieron a su encuentro los reyes y los sacerdotes preguntándoles: ¿Qué habéis visto y hecho? ¿Cómo habéis ido y vuelto? ¿Qué habéis traído? Y les mostraron el pañal que les había dado María. Para celebrarlo hicieron una fiesta y, como era su costumbre, prendieron un fuego que adoraron y al que arrojaron el pañal que, al momento, quedó envuelto en llamas. Pero cuando el fuego se hubo extinguido, lo sacaron tal como estaba al principio, como si las llamas no lo hubiesen tocado, y empezaron a besarlo y se lo restregaban por las cabezas y los ojos, diciendo: «Ciertamente, esta es la verdad, sin duda es una obra divina, porque el fuego no puede quemarlo, ni destruirlo»; y lo depositaron con grandes honores entre sus tesoros.

7 Cuando llegó el momento de la circuncisión, al octavo día según prescribe la Ley, el Niño fue circuncidado en la misma cueva. La anciana hebrea se quedó con la piel cortada, la metió en una redoma del mejor aceite de nardo que había en la tienda de su hijo, el perfumista, y se lo confió, diciéndole: «¡Ay de ti como vendas esta redoma de ungüento de nardo, ni aunque por ella te paguen trescientos dinares!». Esta es la redoma que posteriormente compró María, la pecadora, y vertió sobre la cabeza de Jesús.

Cuando el Niño tuvo diez días, lo llevaron al templo de

Jerusalén, ante el Señor, y presentaron por él ofrendas de acuerdo con lo prescrito en la ley de Moisés: «*Todo varón primogénito será consagrado a Dios*». Permanecieron solo diez días en la cueva, porque en la primera noche los magos llegaron de Persia y a la segunda partieron.

8 El décimo primer día, que era sábado, cuando María subía al Niño al atrio del Templo, el viejo Simón lo vio radiante como una columna de fuego. Su madre, gozosa, lo llevaba al pecho mientras los ángeles la rodeaban entre alabanzas, como nobles ante el rey. Simón se acercó a María y, extendiendo la mano ante ella, dijo: «Ahora, mi Señor, puedes despedir a tu siervo en paz pues mis ojos han visto tu compasión^[489]». También la profetisa Ana presenció aquello; dio gracias a Dios y proclamó la bienaventuranza de María.

Viaje a Egipto

9 Mas Herodes, al saber que los magos lo habían burlado y que ya no irían, llamó a los sabios, diciéndoles: «Decidme dónde nacerá el mesías», y le contestaron: «En Belén de Judea». Y cuando tramaba la muerte de Jesús, se le apareció a José un ángel del Señor, diciéndole: «Levántate, toma al Niño y a su madre, y huye a Egipto». Se levantó, pues, al canto del gallo y se puso en camino.

10 Mientras estaba cavilando en cómo sería el viaje, lo sorprendió la alborada y ya había recorrido la mitad del camino. Estaba próximo a una gran aldea en la que un genio impío habitaba en un ídolo al que el resto de ídolos y divinidades de Egipto brindaban ofrendas y votos. Había allí un imán a quien se dirigía aquel demonio cuando hablaba desde el ídolo y, luego, este se lo transmitía a los habitantes de Egipto y alrededores que acudían a él. Tenía este imán un hijo de tres años poseído de varios demonios que

decía muchas cosas y que, cuando se le hacía algún reproche, se desgarraba las vestimentas y, desnudo, lanzaba piedras a la gente.

También había en aquella localidad un bimaristán^[490] consagrado a aquel ídolo. Cuando José y María llegaron a la aldea, la tierra tembló y el ídolo se derrumbó con el resto de dioses. Los doctores y los sacerdotes se congregaron en torno al ídolo diciendo: «¿Qué es este temblor que ha sacudido nuestra tierra?». Respondiéndoles el ídolo: «En verdad hay un Dios oculto que tiene un hijo igual a Él y que está escondido a su lado. Al entrar en esta tierra, esta se ha puesto a temblar y a sacudirse, y por gracia de su inmensa luz se han derrumbado los dioses». Por este motivo, los egipcios fueron a buscar al imán y le pidieron opinión para hacer un dios y denominarlo «el secreto escondido».

Milagros diversos

11 Mas el hijo de aquel sacerdote, al ocurrirle lo que siempre le pasaba, entró en el bimaristán cuando José y María se encontraban allí. Al salir todo el mundo huyendo de allí, él tomó algunos pañales de Jesús que María, tras lavarlos, había tendido en la pared y se los puso en la cabeza. Inmediatamente algunos demonios empezaron a escaparse abandonando su boca con aspecto de cuervos, otros con forma de serpientes, quedando el niño sano, por lo que se puso a loar a Dios.

Al verlo su padre ya curado, le preguntó: «¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Cómo te has curado?, cuéntame». Y le contestó: «Me he puesto en la cabeza el pañal de un niño que se hospeda con su madre en el bimaristán, y los demonios me abandonaron y huyeron». Dijo el padre: «Tal vez, hijo mío, puede que sea el hijo de Dios que ha cruzado nuestras tierras destrozando el ídolo y destruyendo los dioses». Y así es como

se cumplió la profecía que decía: «De Egipto llamé a mi hijo^[491]».

12 Al enterarse José y María de lo sucedido, se asustaron y dijeron: «Cuando estábamos en la tierra de Israel, Herodes tenía intención de matar a Jesús y por eso acabó con los recién nacidos de Belén y sus alrededores. No hay duda de que ahora los egipcios, cuando se enteren de lo que le ha pasado al ídolo hecho añicos, nos quemarán vivos».

13 Salieron de allí y fueron a parar a un lugar en el que había unos ladrones que acababan de apresar y despojar a un grupo de caminantes. Los malhechores escucharon un gran alboroto, similar a la aclamación que se produce al paso del séquito de un rey cuando vuelve a su ciudad con cabalgaduras y atabales, y huyeron asustados, dejando tras de sí cuanto habían robado.

Se levantaron los cautivos, y unos a otros se soltaron los grilletes, recogieron sus bagajes y se marcharon. Cuando vieron a José y a María, les preguntaron: «¿Dónde está el rey cuyo séquito y clamores habían escuchado los asaltantes, dejándonos y liberándonos después?». A lo que José les contestó: «Vendrá tras de nosotros».

14 Llegaron a otra aldea y se encontraron con una mujer poseída que había salido por la noche con cierto propósito y, como la miró un demonio rebelde, no volvió a poder vestirse, ni había manera de hacerla permanecer en lugar cubierto. Cada vez que la aherrojaban con grillos y cadenas, los rompía y salía desnuda a campo abierto, se detenía en los cruces de caminos y en los cementerios arrojando piedras a la gente, causando así muchas calamidades a su familia.

Al verla María, se apiadó de ella y el demonio la abandonó

enseguida, yéndose disgustado bajo la apariencia de un joven y diciendo: «¡Ay de ti y de tu hijo, María!». De este modo la mujer se libró de su azote, fue dueña de sí misma y, al sentir vergüenza de su desnudez, retornó a casa de su familia ocultándose de la gente y vistió sus ropas. Después contó el suceso a su padre y su familia que, al ser los notables de la aldea, alojaron a José y María con la mejor hospitalidad.

15 Al día siguiente partieron bien avituallados, y por la tarde de ese mismo día llegaron a otra aldea en la que los habitantes venían de celebrar una boda. Por arte de Satanás el lapidado y de la hechicería, la novia había enmudecido y no podía hablar.

Cuando la desdichada novia vio a María que entraba en la aldea llevando consigo a su hijo, se acercó a ella, extendió su mano, saludó al Niño, lo tomó en brazos y lo besó. Entonces ascendió el aroma del cuerpecito del Niño, desatándole al instante el nudo de la lengua y abriéndole los oídos. A la sazón ensalzó a Dios por haberle devuelto la salud. Aquella tarde hubo gran júbilo, pues los aldeanos pensaban que era Dios con sus ángeles los que habían bajado hasta ellos.

16 Allí permanecieron honrados y agasajados durante tres días, hasta que dejaron la casa de los esposos. Se marcharon bien provistos de vituallas y llegaron a una aldea habitada donde se preocuparon por buscar albergue. Allí había una mujer reputada y distinguida que se había ido a lavar al río y, al ver el lugar desierto, se despojó de sus ropajes para bañarse. Entonces, apareció Satanás en forma de serpiente y, abalanzándose sobre ella, se enroscó en su vientre y, siempre que se acercaba la noche, la atormentaba: acoplaba su boca sobre la de ella y la penetraba con su cola como hace el hombre.

Esta mujer, al ver a María con el Niño en el regazo, se

apasionó con toda su alma y dijo: «Dámelo que lo tome en brazos y lo bese». Así lo hizo e inmediatamente la serpiente se desenroscó, por lo que todos los presentes loaron al Dios Altísimo. Aquella mujer haría una buena obra^[492].

17 Al día siguiente, aquella mujer tomó agua perfumada para lavar al Niño. Tras haberlo lavado, se valió de la misma agua para enjuagar a una joven que había allí y cuyo cuerpo estaba blanco a causa de la lepra. Al derramar el agua sobre ella, la joven se purificó, quedando sana al instante. Los paisanos no dudaron que José, María y el Niño eran dioses y no humanos. Cuando se aprestaban a partir del pueblo, se les acercó la muchacha y les suplicó si podía acompañarlos y, como consintieron, los siguió.

18 Por fin llegaron a un pueblo donde se erigía el palacio de un príncipe majestuoso que disponía de un ala para huéspedes en la que se alojaron. La muchacha se presentó ante la esposa del príncipe y, al encontrarla llorosa y desconsolada, le preguntó: «¿Por qué lloras?». Y le respondió: «Ciertamente mi dolor es enorme, pero no te voy a confesar el motivo». A lo que le dijo: «Si me lo revelas, te encontraré remedio».

Entonces repuso la mujer: «Guárdame, pues, este secreto: yo estoy casada con este príncipe que es rey y tiene muchas tierras sometidas. Estuve mucho tiempo viviendo con él sin darle descendencia, y cuando por fin le di un hijo, resultó tener la lepra y, al verlo, lo aborreció expresándome que o bien lo entregaba a una preceptora que lo criase en un país lejano donde fuese un desconocido, o bien lo mataba, y que de ningún otro modo volvería ante mí, ni siquiera para verme. Por ello me encuentro presa de la angustia. ¡Ay de mí por causa de mi hijo y de mi esposo!». La joven le respondió: «Ya he dado con el remedio para tu desgracia, así que no te

entristezcas ni llores. Yo, la que te hablo, también fui leprosa y me sanó Dios a través de Jesús, hijo de María». Aquella mujer le preguntó: «¿Dónde está ese Dios al que te refieres?». Y la muchacha respondió: «Aquí mismo, está dentro de tu casa». Ella volvió a preguntar: «¿Y cómo es posible eso? ¿Dónde se encuentra?». Le contestó la muchacha: «En verdad, José, María y Jesús se alojan en tu casa». A lo que le dijo: «Explícame cómo fuiste tú curada de la lepra gracias a un niño, según pretendes». Y le apostilló: «Su madre lo lavó con la misma agua que yo me derramé después, sanándome al instante de la lepra».

En ese momento, la esposa del príncipe se levantó, los mandó llamar para invitarlos y le ofreció a José un festín con una nutrida concurrencia de varones. Al día siguiente, tomó agua perfumada para lavar a Jesús, llevando consigo a su hijo y, después, al lavarlo con la misma agua, este se curó inmediatamente de la lepra. Entonces, tributando alabanzas y glorificaciones a Dios, dijo al Niño: «Bendita sea tu madre, que sana a sus semejantes con el agua del lavado de tu cuerpo». Después colmó a María de majestuosos regalos y la despidió con honores.

19 Llegaron a otra aldea, donde querían pernoctar y se hospedaron en la casa de un señor recién casado que no podía unirse a su mujer a causa de un maleficio. Sin embargo, cuando la Sagrada Familia entró en el hogar, el maleficio se deshizo y por eso, cuando se disponían a marchar, aquel hombre no se lo consintió sin ofrecerles antes un gran banquete.

El hombre convertido en mulo

20 Al día siguiente se pusieron en marcha. Ya en las cercanías de otra aldea, encontraron a tres mujeres que regresaban llorando del cementerio. Al verlas,

María dijo a la doncella que los acompañaba: «Pregúntales cuál es su desdicha y qué es lo que les ha sobrevenido». Les preguntó, y ellas no quisieron responder a la muchacha, sino que a su vez inquirieron: «Y vosotros, ¿de dónde venís y adónde vais?, pues ya va a ponerse el sol». La muchacha les contestó: «Somos viajeros en busca de un sitio donde hospedarnos». Entonces ellas dijeron: «Venid con nosotras».

De este modo, se fueron con las tres mujeres y entraron en una casa nueva ricamente decorada y con muchos enseres. Era invierno. Entonces, la muchacha entró a la estancia en las que estaban las dueñas de la casa y se las encontró apesadumbradas y llorando. Allí había un mulo, que mucho se cuidaban de besar y alimentar, cubierto con una casulla de brocado y un montón de sésamo ante él. Así que dijo la doncella: «Señoras, ¿cuál es la historia de este mulo?». Y respondieron entre sollozos: «Este mulo era nuestro hermano, hijo de nuestra madre, que ves aquí. Al fallecer nuestro padre dejándonos grandes riquezas, nos propusimos casar a este hermano y celebrarle un buen casamiento, pero todas las mujeres tuvieron celos entre sí y le echaron un sortilegio.

»Una noche, mientras dormíamos con las puertas de nuestra casa y nuestros aposentos cerradas, nos encontramos, al despertar, con que habíamos perdido a nuestro hermano y que a cambio nos habían dado este mulo. Desde entonces no hemos dejado de consultar a mago alguno o encantador sobre la tierra; los hemos traído a todos, sin que haya servido de nada. Por eso, siempre que nos atormentamos, vamos con esta madre nuestra al cementerio, lloramos en la tumba de nuestro padre y volvemos».

21 Cuando la doncella hubo oído esto, les dijo: «Tened confianza en Dios, pues he dado con la curación de vuestro mal. Se encuentra entre vosotras en vuestra

propia casa». Le preguntaron: «¿Y cómo es posible?». A lo que ella replicó: «Yo, que estoy ante vosotras, era antes leprosa, pero vi a una mujer con un niño pequeño de nombre Jesús al que lavó con agua. Después tomé la lavaza y, al verterla sobre mi cuerpo, quedé curada. Sé que Él puede libraros del mal que os aflige, así que dirigíos a su madre María, hacedla venir a vuestra casa, descubridle vuestro secreto y nosotros le pediremos que interceda por vosotras».

Nada más oír las palabras de la muchacha, las mujeres fueron a buscar a María, la trajeron a su casa y se sentaron junto a ella mientras lloraban y repetían: «Señora nuestra, María, ten piedad de nosotras, pues ya no tenemos cabeza; no nos queda padre ni hermano en nuestra casa, y este mulo que ves aquí era antes nuestro hermano que ha sido encantado. Te rogamos, pues, que mires por nosotras». Entonces María se quedó muy desconsolada con lo que venía de oír, así que elevó al niño Jesús, lo montó a lomos del mulo y se echó a llorar con aquellas mujeres, diciendo: «Que la inmensa fuerza oculta que hay en ti, Jesús, hijo mío, cure a este mulo y lo convierta en el hombre que antes era».

En ese mismo instante, el mulo se transformó, adoptando la condición de hombre con aspecto de joven saludable y, junto a su madre y sus hermanas, se postró ante María, cogió al Niño en brazos y, a la vez que lo besaba, dijo: «Bendita sea tu madre, Jesús, y dichosos sean los ojos que se deleitan al verte».

22 Las dos hermanas dijeron a su madre: «En verdad, nuestro hermano se ha recuperado gracias al auxilio de esta muchacha que nos puso al corriente de la existencia de María y su Hijo. Puesto que está soltero, lo correcto es que lo casemos con ella». Le preguntaron a María por su parecer y, al darles esta su consentimiento, se pusieron

a preparar las nupcias, tornándose así la tristeza en alegría y el llanto en cánticos. Y de entre sus incontables riquezas sacaron joyas y las más suntuosas galas; y se acicalaron y regocijaron cantando y salmodiando: «Jesús, hijo de David, tú eres el que torna la aflicción en júbilo».

Allí permanecieron (*José y María*) diez días, hasta que se pusieron en marcha. Aquellas gentes los acompañaron en la partida y volvieron de la despedida llorando, especialmente aquella muchacha.

Viaje de vuelta a Israel

23 Se pusieron en camino y anduvieron hasta que llegaron a una tierra desierta, de la que habían oído decir que era peligrosa. A pesar de todo, José y María decidieron atravesarla por la noche. Mientras caminaban, vieron a dos ladrones dormidos a los que previamente sus compañeros les habían confiado la vigilancia. Eran Tito y Dúmaco. Dijo el primero al segundo: «Te pido que les digas el buen camino para que pasen desapercibidos a nuestros compañeros». Y como Dúmaco rehusó hacerlo, Tito le ofreció cuarenta dinares de su dinero y le adelantó en depósito dos fajas con el fin de que su compañero no hablara y así nadie los percibiera.

Entonces María dijo a Tito: «Que la misericordia del Señor te dispense bienestar y te conceda la remisión de todos tus pecados». Estos son quienes fueron crucificados a la derecha y a la izquierda de Jesús el día de la pasión.

XXIII ...³ Desde allí marcharon hacia la ciudad de los ídolos, la cual, cuando ellos se acercaban, se convirtió en montículos de arena.

XXIV Desde allí se dirigieron hacia aquel sicomoro, que ahora se llama Matarieh. El Señor Jesús hizo brotar una fuente en la que

María lavó la túnica de Jesús. Y del sudor del Señor Jesús, que ella esparció por allí, se produjo un bálsamo por toda la región^[493].

XXV De allí bajaron a Menfis, vieron al Faraón y permanecieron tres años en Egipto. El Señor Jesús hizo en Egipto muchísimos milagros que no están recogidos ni en el *Evangelio de la Infancia* ni en los Evangelios completos.

24 Cuando alcanzaron los confines de la tierra de los judíos tuvieron miedo de adentrarse, pues les había llegado la noticia de que Arquelao era el rey de esos dominios después de haberlo sido Herodes, su padre.

Era admirable ver cómo el dueño de la tierra deambulaba sin rumbo como si no tuviese casa. Hasta que se le apareció el ángel y le ordenó volver a su morada en el país de los judíos.

Nuevos milagros de Jesús

25 Cuando entraron en Belén se encontraron con que sus moradores padecían enfermedades incurables y a los niños les salían pústulas, morían o quedaban ciegos.

Allí había una mujer que tenía un hijo moribundo y lo llevó a María, que se encontraba lavando a su hijo, diciéndole: «Señora mía, mi hijo sufre mucho».

María le respondió: «Que Jesús lo mire». Así, María sacó a su hijo del agua y lavó al hijo de la señora en la misma agua del lavado de Jesús. El niño se durmió y, al despertarse, ya estaba sano y restablecido. Entonces su madre lo llevó y se lo presentó a María, que le dijo: «Dale gracias a Dios, pues Él, es quien ha devuelto la salud a tu hijo».

26 Otra mujer, vecina de la anterior, cuyo hijo había quedado sano, le dijo a esta: «Mi hijo está agonizante:

ha perdido la vista, no lo abandona la jaqueca y por eso se pasa el día y la noche en continuo lamento». A lo que la madre del sanado respondió: «Yo también tenía a mi hijo moribundo, próximo a la muerte y lejos de la vida. Fui a ver a María, la madre de Jesús, cogí la lavaza del cuerpo de su hijo, la vertí sobre el mío, se durmió al instante y, cuando se despertó, ya estaba sano».

Cuando la señora escuchó esto, fue premeditadamente a la hora del baño de Jesús, recuperó el agua y la derramó sobre el cuerpo y los ojos de su hijo. Inmediatamente vio que su hijo descansaba de aquello que lo asolaba y que estaba curado. Así que lo tomó en brazos, lo llevó a la presencia de María y le refirió lo ocurrido, agradeciendo a Dios su misericordia. Y María le dijo: «¡Ay de ti como pongas a alguien al corriente de esto!».

27 Había en la misma aldea dos mujeres casadas con un mismo hombre y tenían ambas un hijo varón enfermo. Una de ellas se llamaba María, y su hijo, Cleofás. Esta fue a ver a María, madre de Jesús, y le dio un bonito pañuelo, rogándole a cambio que la compensase con uno de los pañales del Niño. Así se hizo, y la madre de Cleofás se marchó a tejer con el pañal una camisa que le puso a su hijo, sanándose este al instante y muriendo el de su rival. Por esta razón surgió entre ambas una enemistad, por morir el hijo de esta y vivir el de aquella.

Cada viernes trabajaba en casa una de la dos, y esta vez era el turno de María. Cuando encendió el horno, su hijo gateaba alrededor de ella, abrió la portilla del horno y se alejó para buscar la pasta. Cuando su rival vio el lugar vacío, aprovechó la ocasión para empujar a Cleofás dentro del horno y salió huyendo. María volvió para hornear la pasta y encontró a su hijo en el horno riéndose, pues sentía frío y el fuego no lo

quemaba. María supo que su rival era quien había arrojado su hijo al fuego, así que lo cogió y lo llevó a presencia de María, la madre de Jesús, dándole cuenta del suceso. María le dijo: «Cállate y no se lo digas a nadie, pues te podrían perjudicar los rumores».

Otro día, su rival fue al pozo para traer agua. Viendo que Cleofás jugaba por el lugar y que allí no estaba más que ella, lo cogió y lo echó al pozo, volviéndose después a casa. Cuando los aldeanos se presentaron a coger agua del pozo, vieron a un niño sentado en la superficie, riéndose y jugando con el agua entre sus manos. Bajaron para sacarlo y se sorprendieron mucho. Entonces María, su madre, envuelta en lágrimas, se lo llevó a María, la madre de Jesús, y le dijo: «¿Acaso no ves, señora mía, cómo mi rival lo ha echado al pozo? ¡Seguro que terminará por matármelo!». María le replicó: «Cállate, ciertamente Dios te vengará de ella». Más tarde, la rival fue a coger agua del pozo, pero se le enredó la cuerda en los pies y cayó dentro. La sacaron con el cráneo molido, los huesos partidos y murió, cumpliéndose con ella el dicho de: «Cavaron un pozo y lo olvidaron, cayéndose después en la fosa que prepararon^[494]».

XXIX² Acostumbraban a realizar las labores domésticas en semanas alternas. Cuando le llegó el turno a María, la madre de Cleofás, calentó el horno para cocer pan, y dejando a su hijo Cleofás al lado del horno, fue a buscar la masa que había preparado. Al ver su rival que el niño estaba solo y que el horno estaba muy caliente por el fuego que brillaba en el interior, tomó al niño y lo arrojó dentro del horno. Cuando regresó María y vio que su hijo Cleofás yacía sonriente en el horno y que el horno estaba totalmente frío como si nunca hubiera tenido fuego de cerca, se dio cuenta de que su rival lo había arrojado dentro del

fuego. Lo sacó, pues, y lo llevó a donde estaba María, la madre de Jesús, y le refirió lo que había sucedido. Ella le dijo: «Guarda silencio y no cuentes a nadie el asunto, pues tengo miedo por ti si lo divulgas».

28 Otra mujer tenía dos hijos gemelos que sufrían. Uno de ellos murió y, como el otro estaba agonizante, la madre, sumida en llantos, lo llevó en presencia de María, y le dijo: «¡María, señora mía, socórreme! De dos hijos que tenía, uno ha muerto y el otro está moribundo». Y continuó diciendo, mientras elevaba al Niño en brazos: «Misericordioso eres, Señor, veraz y ecuánime, y no eres perverso; tú me diste dos hijos, y ya que me has quitado uno, déjame al menos al otro».

María se apiadó por lo amargo del lamento de la madre, diciéndole: «Reclina a tu hijo en la cuna de Jesús y cúbrelo con los vestidos de este». Al recostar al niño en la cuna, este cerró los ojos y estuvo a un paso de morir. Pero en cuanto se hundió en ella y se envolvió con aquellos vestidos, aspirando el aire del cuerpecito puro de Jesús, abrió los ojos y se puso a llamar con grandes voces a su madre: «Madre, madre, dame el pecho». Ella se lo dio, el niño mamó, y la madre dijo a María: «Ahora reconozco que en ti está la fuerza de Dios, ya que tu hijo sana a sus semejantes con el solo contacto de sus vestimentas». Este niño es el Tomás que se menciona en el Evangelio.

XXX ... ² Aquel niño que fue curado es el que luego en el Evangelio tiene el nombre de Bartolomé.

29 Después de aquello, vino una mujer leprosa a ver a Jesús, diciendo: «¡María, señora mía, socórreme!». María le respondió: «¿Qué ayuda solicitas: oro, plata o ver tu cuerpo libre de la lepra?». Ella dijo: «¿Quién puede darme esto último?». A lo cual repuso María: «Ten un poco

de paciencia hasta que mi hijo salga del agua».

Tras sacar al Niño, lo acostó en la cuna y le dijo: «Coge esta agua y viértela por tu cuerpo». Y, haciendo esto, quedó sanada y glorificó a Dios.

30 Se marchó aquella mujer tras permanecer tres días en casa de María. Cuando llegó a una aldea, encontró al hijo de un notable que había contraído matrimonio con la hija de otro personaje de su rango, pero cuando la condujeron ante él, el esposo observó la huella de la lepra, como una estrella, entre los ojos de su esposa, por lo que se deshizo la alianza y el matrimonio fue disuelto. Aquella mujer se detuvo ante los paisanos y, al encontrarlos afligidos, les dijo: «¿Cuál es la causa de vuestro llanto?». A lo que le respondieron: «Nuestro mal es demasiado nefasto como para que se lo descubramos a los demás». Y ella les dijo: «Si me decís lo que os aqueja, os daré el remedio a vuestro mal».

Como consintieron mostrándole la mota de lepra entre los ojos de la que había sido repudiada, añadió: «Yo misma, la que veis ante vosotros, era leprosa, fui a Belén de Judea y encontré a una mujer que se llama María, cuyo hijo se llama Jesús, que, al verme en aquel lastimoso estado, se apiadó de mí y me dio el agua del lavado de su hijo. La derramé por mi cuerpo y quedé sanada». Y las mujeres le dijeron: «Ponte en pie, ven con nosotras y llévanos ante María».

Obtenido su consentimiento, se marcharon cargadas de nobles regalos hasta donde estaba María que, al ver la mota de la muchacha leprosa, dijo: «Que la piedad de Jesús esté con vosotras», y se puso a enjuagar a su hijo para luego darles la lavaza. La desdichada se derramó aquella agua y se curó al instante; al mirarse la mano y descubrir que estaba sana, volvió a su casa contenta. Al llegarle a su antiguo marido la noticia de su curación y bienestar, este celebró la boda y la

tomó en matrimonio por segunda vez.

31 Cuando atravesaron aquel territorio, vieron a una doncella de noble familia poseída de un demonio que a veces se le manifestaba bajo la apariencia de un dragón que quería devorarla y luego le chupaba todo el cuerpo mientras ella permanecía inmóvil como un cadáver. Cuando el demonio se acercaba, ella se echaba las manos a la cabeza y gritaba: «Desdichada de mí, ¿es que nadie puede salvarme de este dragón?». En esos momentos, su padre y su madre, y todo aquel que la escuchaba o veía, se estremecían por su desgracia. En torno a ella se congregaban muchas voces a llorar y lamentarse, especialmente cuando clamaba entre llantos diciendo: «Hermanos y amigos, ¿acaso no hay entre vosotros quien pueda librarme de este monstruo?».

Cuando la hija del notable, aquella restablecida de la lepra, escuchó esta llamada de socorro, subió a la terraza y vio a la joven con las manos en la cabeza, llorando junto a la multitud que se agolpaba a su alrededor. Entonces preguntó a su esposo: «¿Qué le sucede a esa muchacha?». El marido la puso al tanto de todo, y ella volvió a inquirir: «¿Tiene padre, madre o hermanos?», y como el marido asintió, ella le ordenó: «Tráeme a su madre». Cuando su madre se presentó, le preguntó: «¿Es tuya esa doncella endemoniada?». Cuando la madre lo ratificó, ella continuó: «Guárdame este secreto y no lo reveles si es que quieres que se cure. Llévatela a Belén de Judea, a la aldea del rey David, y averigua dónde está la casa de María, madre de Jesús. Preséntate allí, nárrale todo lo que te ha pasado, y verás como tu hija se sanará y volveréis de allí muy contentas».

La madre partió hacia Belén en compañía de su hija, se presentó ante María y le comunicó lo sucedido. Entonces María le dio el agua del baño de su hijo y con ella lavó a la

joven. Después le dio uno de los pañales de Jesús, y le dijo: «En cuanto veas a tu enemigo, sácale estos pañales».

32 Cuando se separaron de la madre de Jesús para encaminarse a su aldea, llegó la hora en la que el dragón solía visitar a la joven. Cuando la muchacha lo vio, se llenó de pánico, y su madre le dijo: «Lo mejor será que te quedes junto al agua y veas lo que te ocurre».

Entonces el dragón salió al encuentro y la joven se estremeció de pies a cabeza, pero, al acercarse a ella, vio que una flecha de fuego salía de uno de los pañales que llevaba en la cabeza y lo alcanzaba entre los ojos. Entonces, gritando, dijo entre alaridos: «¡Ay de mí por tu culpa, Jesús, hijo de María!», y se alejó sin que volviese a ser visto nunca más, por lo que la muchacha descansó, tributó agradecimientos y alabanzas a Dios, y desde entonces no volvió a tener más visiones horribles.

XXXIV ... ² Por fin, la joven descansó libre del demonio y dio alabanzas y gracias a Dios, y con ella todos los que presenciaron aquel milagro.

Judas Iscariote

33 Cuando Jesús cumplió tres años, había por allí una mujer cuyo hijo, de nombre Judas, estaba poseído. Siempre que el demonio se manifestaba en él, se ponía a magullar a todos los que se le acercaban y, si no encontraba a nadie, se mordisqueaba sus propios brazos y piernas. Al saber la madre de la existencia de Jesús y de aquellos que fueron curados con su mediación, llevó a Judas ante su presencia.

Entretanto, Santiago y José habían sacado al Niño a jugar. Al llegar, Judas se sentó a la derecha de Jesús y, al ser atacado inmediatamente por el demonio, se puso a dar golpes y morder el flanco izquierdo de Jesús haciendo que se quejase y

llorase. Pero de repente, el demonio salió huyendo de Judas bajo la forma de un perro rabioso. Este niño era Judas Iscariote, el que entregó Jesús a la muerte. La parte del cuerpo de Nuestro Señor que Judas lastimó recibiría una herida de lanza el día de la pasión.

34 Cumplió el niño Jesús siete años y estaba un día entretenido con sus compañeros haciendo figurillas de acémilas, burros y vacas con barro. Todos hacían alarde de sus propios trabajos y los retocaban, mejorándolos. Entonces dijo Jesús: «Las estatuillas que yo he hecho andarán cuando se lo ordene». Y respondió uno de los muchachos: «Entonces tú eres el hijo del Creador».

Al momento Jesús les ordenó que anduviesen, y ellas andaban. Y si les ordenaba que se fuesen, se iban, y si les ordenaba que volviesen, volvían. De la misma manera, los pájaros alzaban el vuelo si les ordenaba volar, o se posaban en su mano para comer si esas eran sus órdenes. Y todo era así; las acémilas, burros y vacas pastaban la cebada y la paja que les ponía, y bebían el agua que les daba. Aquellos niños se marcharon y contaron todo en casa, y sus padres les advirtieron: «¡Ay de vosotros como juguéis u os mezcléis con él, pues es un mago. No tratéis con él y dejad de verlo!».

35 Un día, cuando Jesús caminaba por las callejuelas de la ciudad con sus jóvenes amigos, entró en la taberna de un tintorero, de nombre Salem, donde había muchos paños de vecinos para teñir.

Jesús los cogió todos y los introdujo en una tinaja de índigo. Al llegar Salem de su casa y percatarse de que las vestimentas se habían echado a perder, puesto que quería haber teñido cada pieza de un color distinto, se enfadó con Jesús y le dijo: «Hijo de María, ¿qué has hecho? En menudo lío me has metido». Y Jesús respondió: «Cada prenda que

quieras cambiar de color, yo te la cambiaré». Y enseguida se puso a darle al tintorero cada prenda del color que este le pedía. Por ello, los judíos que fueron testigos de aquel milagro loaron a Dios.

36 Hemos encontrado en el libro del sumo pontífice Josefo, que vivió en la época de Cristo y al que la gente identifica con Caifás, que Jesús hablaba estando en la cuna y que cuando solo tenía un año le dijo a su madre: «María, yo soy Jesús, el Hijo de Dios, tú me trajiste al mundo tal y como te lo anunció el ángel Gabriel. He sido enviado para salvar a la humanidad».

I ¹ Encontramos lo que sigue en el libro del Sumo Sacerdote Josefo, que vivió en el tiempo de Cristo. Algunos creen que se trata de Caifás.

² Cuenta que Jesús habló realmente cuando se encontraba reclinado en la cuna y que dijo a su madre: «Yo soy Jesús, el Hijo de Dios, el Logos, a quien tú has dado a luz, como el ángel Gabriel te había anunciado. Mi Padre me ha enviado para la salvación del mundo».

José y Jesús carpinteros

37 Los vecinos de la ciudad hacían llamar muchas veces a José el carpintero para encargarle labores de madera, como puertas, marcos y cajas. Su hijo Jesús lo acompañaba adondequiera que fuese y siempre que José lo necesitaba para alargar, acortar, ensanchar o estrechar, ya fuera de un codo o un palmo, Jesús extendía su mano hacia el objeto y este se acoplaba a la medida, sin que José tuviese que hacer nada con sus manos. José era muy diestro en su profesión.

XXXVIII ... ² Y tan pronto como hacía este gesto, todo quedaba según el deseo de José, hasta el punto de que no necesitaba hacer nada con su

mano. José, en efecto, no era muy habilidoso en cuestiones de carpintería.

38 Cierta día lo mandó llamar el rey de Jerusalén y le dijo: «Deseo que me hagas un trono que se ajuste al espacio en el que me siento». A lo que José le respondió: «Sus deseos son órdenes», y permaneció en el palacio del rey dos años hasta que finalizó el encargo. Colocó el trono en el espacio previsto y constató que le faltaban dos palmos de cada lado. El rey se enfureció con José y este no volvió a probar bocado del disgusto.

Entonces Jesús le pregunto: «¿Qué te ocurre, José?, se te ve apenado y más delgado». Y José le respondió: «Es que he echado a perder el trabajo que he estado haciéndole al rey durante dos años». Le dijo Jesús: «No te apenes ni te alarmes, más bien agarra tú de un extremo y yo del otro y repararemos lo que has echado a perder». Cooperaron para rectificarlo y el trono se ajustó a las medidas del lugar. Los presentes se asombraron por este prodigio y alabaron a Dios.

Respecto a la madera de aquel trono, era de aquella que databa de la época del rey Salomón, hijo de David, que era de gran calidad.

39 Un día que Jesús salió a la calle, viendo un grupo de chicos que jugaban, los siguió hasta que se detuvo en la puerta de una casa preguntándoles a las mujeres que allí estaban por los niños que habían entrado en aquel lugar. Ellas respondieron: «Aquí no ha entrado ningún niño». A lo que Jesús replicó: «¿Entonces quiénes son aquellos que están en el horno?». Y le respondieron: «Cabritos de dos años». Entonces exclamó Jesús: «Cabritos que estáis en el horno, venid a vuestro pastor». Al instante, los cabritos salieron brincando a su alrededor. Al ver esto, las mujeres se maravillaron a la vez que fueron presas de espanto y se

aprestaron a prosternarse ante Jesús y le imploraron, diciendo: «Jesús, hijo de María, tú eres el buen pastor de Israel, ten piedad de estas mujeres que están ante ti y que no te han dicho la verdad, pero tú has venido a curar y no a extraviar».

Jesús les respondió: «No hay duda de que el pueblo de Israel es como el de los negros^[495], que agarran al carnero por las extremidades para irritar de este modo al pastor». Y aquellas mujeres le dijeron: «Después de lo visto, no se te puede esconder nada ni se te puede contrariar. Solo se deben obedecer tus órdenes». Dijo, pues, Jesús: «Venga, muchachos, a jugar». Al instante, en presencia de las mujeres, de la condición de cabras tornaron a la de niños y salieron corriendo con Jesús. Desde aquel día esos niños no pudieron alejarse de él. Sus padres les indicaron que no volviesen a contradecir a Jesús, hijo de María.

Jesús ensaya su entrada en Jerusalén

40 En el mes de mayo, Jesús reunió a los niños, los puso en la calzada real y extendió por tierra sus vestimentas sentándose encima. Después trenzaron una guirnalda de flores, se la pusieron en la cabeza a modo de corona y se detuvieron delante de él, a su izquierda y a su derecha, como si fueran los chambelanes del séquito del rey. Y a todo el que transitaba por aquel camino lo llevaban ante él y le decían: «Ven a saludar al rey».

41 Pasó un grupo con un niño de quince años, de nombre Simón, que había escuchado un ruido en un árbol. Al pensar que era el polluelo de un pájaro, estiró la mano para atraparlo y le mordió una serpiente. Su familia lo llevaba a los médicos de Jerusalén por si podían curarlo; entonces los niños los detuvieron diciéndoles: «Venid a rendir homenaje a nuestro rey, ved qué quiere de vosotros y

saludadlo». La familia saludó a Jesús mientras lloraban por causa del brazo de Simón, que estaba demasiado amoratado e infecto.

Este les preguntó: «¿Por qué lloráis?». Y le respondieron: «Porque este metió la mano para coger un polluelo y le mordió una serpiente». Al verlos, Jesús tuvo piedad de ellos y se acercó a coger la mano de Simón, diciéndole: «Tú serás mi discípulo». En ese mismo instante quedó sanado de su mordedura y se sintió como si nunca hubiera sido picado: este es el apóstol Simón, llamado el Cananeo, a causa del nido en el que le mordió la serpiente.

Después de esto vino un hombre de Jerusalén. Los niños lo llevaron ante Jesús y le dijeron: «Saluda a nuestro rey», y cuando Jesús lo vio, le dijo: «Dios te guarde».

Nuevos milagros

42 Unos días después los niños estaban jugando en una azotea. Al apiñarse, uno de ellos cayó, muriendo al instante. Y se dijeron los unos a los otros: «Decid que Jesús lo ha matado». Entonces detuvieron a José, a María y a Jesús por el asesinato del niño, los llevaron ante el gobernador y los niños testigos del suceso culparon a Jesús de la muerte del niño. Así que el gobernador dijo: «Ojo por ojo, diente por diente y alma por alma. Entregad a Jesús para que sea ejecutado». Jesús preguntó al juez: «Si llamo a este muerto, resucita y certifica que yo no lo he matado, ¿qué harás tú con los que han dado falso testimonio?». El gobernador le contestó: «Si tú hicieses eso, quedaría demostrada tu inocencia y su culpabilidad». Entonces dijo Jesús: «Zenón, Zenón, ¿he sido yo quien te ha empujado?». El difunto se incorporó y dijo: «Mi señor Jesús, no has sido tú quien me ha arrojado, y ni siquiera estabas presente cuando me tiraron. Los que me empujaron son: Addi, Rahbi, Wardi,

Mardi y Moisés, los mismos que te han acusado de una cosa imposible». Entonces Jesús se acercó a Zenón y, al ponerlo de pie, sus enemigos se avergonzaron y su familia y amigos se alegraron, maravillándose todos los presentes y diciendo: «En verdad Dios está con este Niño. Ya veréis qué será de él». El Niño tenía doce años cuando obró este milagro.

43 Cuando Nicodemo divulgó el decreto de Herodes para matar a los niños, su madre lo cogió... (laguna).

44 ... que era su cabecilla. Cuando cayó en las fauces de la muerte, las mujeres y los hombres se apenaron por él más que su madre y los vecinos sabían esto, mas lo guardaban a escondidas. Prefirieron no atenderlo ni curarlo, sino que su mano obrase un milagro del que la multitud fuese testigo y creyese en él. Aquel joven murió y su madre le preparó un sepelio en el desierto. Cuando los aldeanos acudieron a la tumba y estaban reunidas allí gentes de todos los rincones, Jesús dijo: «Poned el ataúd por tierra». Cuando lo hubieron puesto, Jesús le tomó la mano al difunto, diciéndole: «A Dios imploro: joven yacente en el ataúd, levántate». El mancebo abrió los ojos, se levantó y Jesús lo ayudó a incorporarse entregándoselo a su madre, que se postró ante él con todos los miembros de su familia. Por la noche, pensaron que lo que había sucedido era irreal, y Jesús les dijo: «Acercad una mesa y pan, comed y regocijaos con gran alegría». Después, ellos proclamaron: «Jesús, el hijo de María, torna la desdicha en dicha». Volvieron con él a la ciudad y en todos los pueblos lo alabaron por haber sanado a muchos enfermos.

Jesús en la escuela

XLIII Otro día, José envió a su hijo Santiago a recoger leña. El Señor Jesús fue con él como compañero. Cuando llegaron al lugar donde

estaba la leña y Santiago empezó a recogerla, una víbora venenosa le mordió en la mano, de modo que empezó a llorar a gritos. Entonces el Señor Jesús, al verlo en tal situación, se acercó a él y sopló en el lugar donde le había mordido la víbora. Hecho esto, quedó inmediatamente curado.

XLV ¹ En una ocasión mandó María a Jesús que fuera a traer agua de la fuente. Cuando ya volvía con el agua, el cántaro, que ya estaba lleno, recibió un duro golpe y se rompió.

² Entonces el Señor Jesús extendió su pañuelo, recogió el agua y se la llevó a su madre. Ella quedó asombrada con ello y guardaba en su corazón todo lo que veía.

XLVI ¹ Otro día estaba el Señor Jesús con otros chicos junto a un arroyo. Habían hecho pequeñas charcas. El Señor Jesús había formado doce pajarillos y los había colocado alrededor de su charca, tres en cada lado. Era día de sábado.

² Así pues, acercándose un judío, el hijo de Hanán, y al verlos así entretenidos, dijo enojado y con gran indignación: «¿Es que hacéis figuras de barro en día de sábado?». Y a toda prisa destruyó sus charcas. Entonces el Señor Jesús dio unas palmadas sobre los pajarillos que había hecho y ellos echaron a volar gorjeando.

³ Entonces el hijo de Hanán se acercó también a la charca de Jesús y la deshizo a patadas, con lo que el agua que contenían se desparramó. El Señor Jesús le dijo: «Lo mismo que esta agua se ha desparramado, así también tu vida se desparramará igualmente». Al instante, aquel muchacho quedó seco.

XLVII En otra ocasión, regresaba el Señor Jesús ya tarde a casa con José. Se encontró con un muchacho, que venía corriendo en sentido

contrario y dio un empujón a Jesús con tanta fuerza que lo hizo caer al suelo. Entonces el Señor Jesús le dijo: «Así como tú me has hecho caer, así caerás tú para no levantarte más». En el mismo momento el muchacho cayó y expiró.

XLVIII¹ Había, además, en Jerusalén un hombre llamado Zaqueo que daba clases a los niños. Y dijo a José: «¿Por qué, oh José, no me traes a Jesús para que aprenda las letras?». José estuvo de acuerdo en hacerlo y contó el asunto a María. Lo llevaron, pues, a casa del maestro, quien tan pronto como vio a Jesús, escribió para él el alefato y le pidió que dijera el *álef*. Una vez que hubo dicho el *álef*, el maestro le ordenó que pronunciara la *beth*. El Señor Jesús le dijo: «Dime primero el significado de la letra *álef*, y entonces pronunciaré yo la *beth*».

² Como el maestro lo amenazaba con azotarlo, el Señor Jesús le explicó el significado de las letras *álef* y *beth*. Y también qué figuras de la letra eran rectas, cuáles curvas, cuáles en forma de espiral, cuáles puntiagudas y cuáles no, por qué una letra iba delante de otra. Así empezó a referir y explicar muchas otras cosas, que el maestro ni había oído ni leído en libro alguno. El Señor Jesús dijo finalmente al maestro: «Escúchame mientras te hablo». Y empezó a repetir clara y distintamente *álef*, *beth*, *ghimel*, *daleth*, y así sucesivamente hasta la *tau*. El maestro quedó asombrado y dijo: «Pienso que este niño nació antes de Noé». Y dirigiéndose a José, le dijo: «Me has traído para que le enseñe un niño que es más instruido que todos los maestros». Dijo también a María: «Este hijo tuyo no tiene necesidad de instrucción».

XLIX¹ Más adelante lo llevaron a otro maestro distinto y más instruido, el cual, al verlo, le dijo: «Di *álef*». En cuanto dijo *álef*, el maestro le ordenó que

pronunciara la *beth*. Pero el Señor Jesús le respondió diciendo: «Primero dime el significado de la letra *álef*, y entonces yo pronunciaré la *beth*. Después, cuando el maestro levantó la mano para azotarlo, la mano se le quedó seca al momento, y el maestro murió.

² Entonces José llamó a María, y le advirtió: «De ahora en adelante, no dejaremos a Jesús salir de casa, porque todo el que se le opone, cae muerto.

L¹ Cuando llegó a la edad de doce años, lo llevaron a Jerusalén para la fiesta. Cuando la fiesta terminó, sus padres regresaron. Pero el Señor Jesús se quedó en el Templo en medio de los doctores y eruditos de Israel. Les hacía varias preguntas sobre sus conocimientos y a su vez les respondía.

² Les preguntó: «¿De quién es hijo el Mesías?». Ellos le respondieron: «Es hijo de David». Él replicó: «¿Cómo es que en espíritu le llama su Señor cuando dice: “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies?”» (Mt 22, 42-46).

³ De nuevo le dijo el jefe de los doctores: «¿Has leído los libros?». El Señor Jesús respondió: «No solo los libros, sino lo que en ellos se contiene». Y se puso a explicarles los libros, la Ley, los preceptos, los estatutos y los misterios contenidos en los libros de los profetas, cosas que no puede alcanzar el entendimiento de cualquier criatura. Aquel doctor intervino diciendo: «Hasta el momento no he llegado a tal ciencia, ni siquiera a oír hablar de ella. ¿Quién pensáis que será este niño?».

LI¹ Un filósofo que estaba presente, experto en astronomía, preguntó al Señor Jesús si había estudiado esta ciencia.

² El Señor Jesús le respondió explicando el número de las esferas y de los cuerpos celestes, sus naturalezas y

operaciones, su oposición, su aspecto triangular, cuadrangular, hexagonal, su órbita de ida y de vuelta, sus posiciones en minutos y en segundos, y otras cosas que van más allá de la razón.

LII ¹ Había también entre aquella gente un filósofo muy versado en las ciencias naturales, quien preguntó al Señor Jesús si había estudiado medicina.

² Como respuesta, él le explicó la física, la metafísica, la hiperfísica, la hipofísica, las virtudes y los humores del cuerpo, así como sus efectos; el número de los miembros y de los huesos, de las venas, las arterias y los nervios; también los efectos del calor y de la sequedad, del frío y de la humedad y todo lo que estas cosas originan; cuál es la actuación del alma sobre el cuerpo, sus percepciones y capacidades; cuál era el funcionamiento de la facultad de hablar, de enfadarse, de desear; su conjunción y su disyunción y otras cosas que van más allá de la comprensión de cualquier criatura.

³ Entonces se levantó aquel filósofo, adoró al Señor Jesús y dijo: «Señor, desde este momento, seré tu discípulo y tu esclavo».

LIII ¹ Mientras estaban hablando unos con otros de estas y otras cosas, llegó María, la Señora, después de haber estado buscando a Jesús durante tres días en compañía de José. Ella, pues, al verlo sentado entre los doctores haciéndoles preguntas y contestándoles, le dijo: «Hijo mío, ¿por qué te has portado así con nosotros? Fíjate que tu padre y yo te hemos estado buscando con gran angustia». Pero él respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que yo debo estar ocupado en la casa de mi Padre?» (Lc 2, 49). Pero ellos no comprendieron las palabras que les habló. Entonces aquellos doctores preguntaron a María si aquel era su hijo. Como ella les indicó que sí lo era, ellos

dijeron: «Bendita eres tú, María, porque has dado a luz a tal hijo».

² Regresó con ellos a Nazaret y les obedecía en todo. Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y el Señor Jesús crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres (Lc 2, 52).

LIV Desde aquel día empezó a ocultar sus milagros, misterios y secretos, y a prestar atención a la Ley, hasta que cumplió los treinta años. Fue entonces cuando el Padre lo manifestó públicamente en el Jordán con aquella voz bajada del cielo: «Este es mi hijo amado, en quien tengo mis complacencias» (Mt 3, 17). El Espíritu Santo estaba presente en forma de una blanca paloma.

Jesús y Juan Bautista

45 Alguna gente partió de la ciudad de Naím a ver a Juan Bautista que estaba en el río Jordán, y le anunciaron lo siguiente: «Hemos visto cómo Jesús ha llamado a un muerto de la tumba, le ha devuelto la vida, y ahora está comiendo y bebiendo con él». Juan envió a dos de sus discípulos para preguntarle: «¿Eres tú el que viene o esperamos a otro distinto?». Jesús respondió a los discípulos de Juan: «Volved junto a Juan y decidle lo que habéis visto y oído». Y los dos discípulos fueron a informar a Juan de lo que habían hecho en Naím.

46 En el año trescientos treinta y cuatro de la era de Alejandro, el seis de febrero, Juan vio a Jesús con el ojo del alma; había ido a buscarlo, inundando el cielo y la tierra con la luz de su rostro. La luz del sol, comparada al resplandor de su semblante, era como la luz de una estrella en comparación con la luz del sol: por eso los ojos humanos no podían mirarlo. Juan se sobresaltó al ver a Jesús, que venía a ser bautizado, y se dirigió a él, diciéndole: «Señor mío, todas

las criaturas te piden el perdón y la remisión de los pecados. ¿Cómo puede ser que tú me pidas a mí el bautismo y la remisión?». Jesús le contestó: «Para eso he sido enviado. He venido a cumplir la misión que me ha sido encomendada», y, dicho esto, bajó al río para ser bautizado. Al abrirse las puertas del cielo, Juan vio al Espíritu Santo descender en forma de paloma y escuchó la voz del Padre que decía desde lo alto: «Este es mi hijo bienamado, mi predilecto, así que escuchadlo^[496]». Entonces todos los presentes quedaron llenos de espanto y Jesús salió del agua ordenando a los discípulos que se bautizasen.

Boda en Caná de Galilea

47 Tres días después del bautismo había un convite en Caná de Galilea^[497] al que Jesús, sus discípulos y su madre habían sido invitados. Como eran tantos y el vino comenzaba a escasear, la madre, confiada en el poder de Jesús, dijo: «Hijo mío, Jesús, la gente ya no tiene vino». Jesús se excusó: «¿Cómo lo podíamos saber tú y yo, madre, si acaba de terminarse ahora?». Al oír esto, la madre ordenó a los sirvientes: «Haced lo que os ordene». Entonces Jesús les pidió que llenasen seis tinajas de agua hasta rebosar, y dijo: «Ahora cogedlas y servid a todos los asistentes al banquete». Cuando hubieron escanciado buen y sabroso vino a todos los convidados, Jesús hizo llamar al novio, y le dijo: «Todo los presentes han acudido primero al vino más delicioso, pero como se han emborrachado y ya no queda, habrá que darles del otro». A lo que el esposo respondió: «No sé de qué otro vino hablas, ni de dónde viene». Entonces los presentes dijeron: «Con toda razón ha respondido que no sabe de dónde procede el otro vino». Mas el copero, que venía de atender a los últimos en ser servidos, intervino diciendo: «Es agua que el hijo de María ha cambiado en vino». En ese

momento, todos los presentes alabaron a Jesús por su primer milagro después del bautismo.

48 En el vigésimo primer día del mes de enero, Jesús abandonó Caná y marchó a combatir al demonio^[498]. Cuando llevaba diez días de ayuno, vino el demonio a tentarlo con comida deliciosa, diciéndole: «Si estás hambriento, convierte estas piedras en pan y come, alivia el sufrimiento de tu apetito como hiciste cuando cambiaste el agua en vino». Mas Jesús le respondió: «No solo de pan vive el hombre, sino de todas las palabras que salen de la boca de Dios», y el demonio y su ejército se quedaron perplejos. El primer día de febrero, a la mitad del ayuno, se presentó el demonio para combatir de nuevo a Jesús y tentarlo con el amor a los bienes terrenales, diciéndole: «La tierra y los bienes terrenales me han sido entregados, y a ti te los entregaré, si te postras ante mí». Y Jesús le dijo: «Está escrito: *Póstrate solo ante Dios y solo a Él sirve*». El demonio y sus ejércitos se avergonzaron cuando los derrotó por segunda vez.

Otros episodios de la vida pública de Jesús

49 «... Yo soy inocente de su sangre, pues él no fue responsable de sus propios actos^[499]». Montaron un gran tumulto que forzó la entrega de Jesús y testificaron que merecía ser condenado a muerte. De esta forma ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos asumían la responsabilidad de su sangre. El viernes treinta del mes de marzo, a las nueve de la mañana, lo crucificaron en un tronco junto a dos ladrones: uno de ellos a la derecha y el otro a la izquierda. En el momento de la puesta del sol, José acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de su hijo. Este lo complació y se lo entregó; entonces José lo envolvió en un sudario nuevo y lo perfumó con mirra y áloe: la mirra era la que le habían ofrecido los magos cuando nació y que desde entonces María había guardado para la

ocasión. José lo ungió, lo amortajó y lo bajó a una tumba nueva que tenía cavada en su jardín.

Más tarde, los sacerdotes y fariseos se presentaron ante Pilato y le dijeron: «Señor nuestro, este hechicero Jesús, el crucificado, bien merecía la muerte por las falsedades que se atribuía a sí mismo. La primera de ellas fue su desacato a la ley de Moisés, y tú sabes que Dios habló a Moisés. La segunda es que se proclamó a sí mismo Dios, y la tercera, que dijo de sí mismo “Seré rey”; así que nosotros, por ti y por tu causa, lo hemos ejecutado. No contento con esto, y aún en vida, dijo a sus discípulos: “A los tres días resucitaré de entre los muertos”. Por eso, ahora es necesario que ordenes que se monte una guardia que vigile su sepulcro y que ese José, que lo ha educado y criado, sea esposado y encarcelado hasta que transcurran tres días para que no vaya con los discípulos a robar el cadáver por la noche y se pongan a divulgar la noticia de su resurrección de entre los muertos, haciendo así que su última aparición sea peor que la primera».

A lo que Pilato respondió: «Yo estoy libre de toda culpa en relación a la sangre de Jesús, el hijo de María». Ellos replicaron: «Su sangre pesará para siempre sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Entonces Pilato sentenció: «Si vosotros cargáis con esa responsabilidad, su cuidado está a vuestra disposición. Marchad y vigilad tal y como deseáis». Salieron, pues, acompañados por los hombres y guardias de Pilato y apresaron a José. Tras ponerle grillos y cadenas, lo encarcelaron a él solo en una casa cuya vigilancia, tras cerrar y atrancar las puertas, fue confiada a setenta custodios. Después sellaron el sepulcro de Jesús dejando allí también setenta guardianes para vigilarlo. Luego deliberaron sobre José, diciéndose: «¿Y si lo matásemos el domingo por la mañana secretamente en la cárcel?». Sin percatarse de que estos hechos serían el origen de sus desavenencias posteriores. Al

instante formaron dos grupos: los sacerdotes, fariseos, judíos y saduceos guardarían la tumba; los escribas y fariseos (*sic*)^[500] custodiarían la prisión de los judíos.

Resurrección

50 Durante la cuarta guardia de la noche del primero de abril hubo un temblor de tierra enorme y los ángeles se posaron en hileras junto al sepulcro de Jesús, como los nobles se forman ante el rey. Luego, Gabriel bajó del cielo como un relámpago, quedando los vigilantes muertos de miedo. Y al resucitar Jesús y salir del sepulcro, todos los ángeles se prosternaron ante él, agradeciéndole su resurrección para salvar a la humanidad y la victoria obtenida por su favor para anunciar la buena nueva. Viendo esto, los guardianes se apartaron dejando intactos los precintos y las cadenas. Entonces Jesús se dirigió a José, que se elevaba unos quince codos sobre el suelo y había atravesado por el aire las puertas afianzadas con cerrojos, y se tocaron. A José, erguido sobre una roca alta y maravillado por ver a Jesús semejante al sol, se le cayeron al suelo los grilletes y las esposas.

Entretanto, los guardias escuchaban cómo Jesús le dijo: «José, ve a Ramá, a tu tálamo». Cuando ambos desaparecieron ante sus ojos, los vigilantes entraron en la casa y comprobaron que estaba igual que antes y que los precintos estaban tal y como los habían dejado. Sorprendidos de que Jesús caminara por los alrededores, se dijeron para sí mismos: «No hay sombra de duda; Jesús es el Mesías esperado que ha vuelto al jardín. Vayámonos, pues, a la ciudad. A nuestra forma de ver, de nada sirve custodiar un sepulcro vacío mientras el confinado camina libre por el jardín». Sin embargo, cuando se disponían a regresar a la ciudad, algunos dijeron: «Será mejor que seamos pacientes y esperemos una hora más a ver qué ocurre».

He aquí que algunas mujeres ya se acercaban al lugar: María, la madre de Jesús; María, la madre de Cleofás; María, la hermana de Lázaro; María, la esposa de José, que había llegado antes que María, la madre de Jesús; María, madre de los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y Frusa, la hermana de Juan el menor. En cuanto Jesús las vio, salió a su encuentro, y ellas, creyendo que era el jardinero, le preguntaron: «Señor, ¿qué han hecho los guardias con Jesús?». Les respondió Jesús: «Que la paz sea con vosotras. No os asustéis, pero yo soy Jesús que he resucitado de entre los muertos tal como os prometí. Poneos en marcha y decid a mis hermanos y discípulos que vayan a Galilea donde yo os precederé y allí todos me veréis». Y aquellas mujeres, alegres, sonrientes y jubilosas por haber visto aquello y escuchado las palabras de Jesús, decidieron volver con los discípulos. Abandonaron el sepulcro y entraron maravilladas en la ciudad, proclamando: «En verdad, este Jesús hijo de María es el mesías esperado por el mundo».

51 El domingo por la mañana se reunieron los sacerdotes, los fariseos, los judíos y los saduceos. Una vez congregados, los sacerdotes, acercándose a los judíos y saduceos, les expresaron de este modo la situación de Jesús: «Está en el jardín». A lo que los fariseos y los escribas respondieron: «Hemos sabido que habéis aceptado un soborno de los seguidores de Jesús para entregarles a cambio su cuerpo; después, os habéis puesto todos de acuerdo para decir que Jesús resucitó, pero esto es inadmisibile y nosotros sabemos qué es lo que merecéis. Merecéis, tras recibir fuertes azotes y un castigo severo, ser entregados a la justicia para dar cuenta del soborno que habéis recibido; porque vosotros, judíos y saduceos, erais los guardianes del sepulcro». Entonces los escribas y los fariseos, sabedores de que José también había salido de la cárcel, dijeron: «Entregadnos a José

tal cual os lo entregamos para que os entreguemos el cuerpo de Jesús que nos entregasteis». Los escribas y fariseos contestaron: «José está en Ramá», y los judíos y saduceos dijeron: «Y Jesús, en Galilea», y añadieron: «Vosotros nos habéis acusado de haber recibido un soborno y de haber entregado a cambio el cuerpo de Jesús a sus seguidores. En cuanto a vosotros, ¿quién os ha quitado a José después de que os lo confiásemos esposado? Dadnos al hombre vivo para que os demos al hombre asesinado, crucificado y muerto». Los escribas y fariseos explicaron: «Al hombre vivo que nos disteis, lo vino a buscar Jesús, el que nosotros os dimos, cogiéndolo y salvándolo de nosotros». Y los saduceos afirmaron: «Deben decir la verdad aquellos que proclaman que Jesús ha vuelto de entre los muertos».

En este momento, algunos se pusieron a anunciar la resurrección de Jesús sin vacilar, ya que ellos mismos habían sido testigos de lo que había pasado. La discusión se alargaba y, con el paso del tiempo, aumentaba el barullo hasta que se enfrentaron los unos contra los otros. Los sacerdotes, viendo el tumulto que se había formado, impusieron silencio a ambos grupos y mandaron llamar a los guardianes de José, diciéndoles: «Ahora escucharéis lo que tenéis que declarar acerca de vosotros mismos. Diréis que apresasteis a un hombre y que, al condenarlo a muerte, asumisteis sobre vosotros y sobre vuestros hijos la responsabilidad de su sangre. Después os disteis cuenta de que habíais sido injustos y de que seríais perseguidos por derramar su sangre pura. De esta manera, seréis conducidos ante el sultán y confiscará vuestras casas». Por su parte, los judíos y los saduceos les preguntaron: «¿Y qué es lo que haréis vosotros?, que con calumnias nos habéis acusado de haber recibido un soborno que no hemos recibido». Entonces, los sacerdotes sentenciaron: «Callaos y no repitáis ni una letra de lo dicho;

nosotros somos los que os proporcionaremos una gratificación. Diréis que sus seguidores lo robaron por la noche mientras dormíais. Cuando el gobernador oiga esta confesión, nosotros mismos le pediremos que os absuelva». Este testimonio falseado por los sacerdotes es el que sigue divulgándose entre los judíos hasta el día de hoy.

52 Los once discípulos acudieron al lugar en el que los había citado en Galilea, lo vieron y, junto a todas las mujeres que estaban allí, se alegraron mucho. Todos los discípulos se habían reunido el domingo, y cuando por la mañana Jesús llegó a Jerusalén, entró en la estancia superior en la que lo estaban esperando antes de que María y aquellos que habían creído en el Mesías en la cueva del pesebre se pusiesen a rezar junto a su sepulcro. El domingo siguiente se les apareció de nuevo a los apóstoles en la estancia y los acompañó por el camino al cementerio. Pero antes de partir, estando todavía las puertas de la estancia cerradas, verificó a Tomás su resurrección, diciéndole, mientras miraba a los congregados: «Toca mi costado». Al cabo de cuarenta días volvió a certificar su resurrección haciendo que lo vieran.

53 El jueves diez de mayo reunió a los discípulos con las mujeres que habían aprendido con él y subieron al monte de los Olivos. Allí los instruyó con preceptos espirituales, mandándoles que permanecieran diez días en la estancia superior de Jerusalén hasta que les fuese concedida la gracia divina que les permitiría predicar entre los pueblos. Luego subió al cielo, se abrieron las nubes y desapareció. Después de separarse de él, volvieron tristes y llorosos y esperaron allí diez días.

54 La mañana del domingo veinte de mayo, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos concediéndoles el don de lenguas que a tantos socorrería y haría creer.

55 El Evangelio de la infancia, que narra la aparición de Nuestro Señor Jesucristo para invitar a que sea adorado y glorificado, (se terminó de escribir) en griego el sábado catorce de febrero de mil seiscientos de la era de Alejandro (1299 d. de C.). Lo copió el siervo que espera la clemencia de su señor y el perdón de sus pecados: Isaac ben Abi al-Faray ben al-Qasis al-Mutatabbeeb, en la ciudad de Mardin, la protegida. A Dios la gracia y el favor siempre. Amén. Por Dios, el Clemente, el Misericordioso: Dios Santísimo y Todopoderoso, Santísimo inmortal que fue crucificado por nosotros, apiádate de nosotros; Señor, apiádate de nosotros; Señor, apiádate de nosotros; Señor nuestro, apiádate. Tenemos que loarte a ti, Señor nuestro, loarte a ti, Señor nuestro. Apiádate de nosotros.

LV Este es aquel a quien adoramos suplicantes, el que nos ha dado el ser y la vida, el que nos sacó del seno de nuestra madre; el que tomó por nosotros un cuerpo humano y nos redimió para poder darnos el abrazo de su eterna misericordia y mostrarnos su clemencia según su liberalidad, beneficencia, generosidad y benevolencia. A él la gloria, la beneficencia, el poder y el dominio desde ahora y para siempre. Amén.

Aquí termina el evangelio completo de la infancia con la ayuda del Dios Altísimo y de acuerdo con lo que encontramos en el original.

3. Historia de José el carpintero

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Siglos IV-VI.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego traducido en el siglo IV al copto sahídico.

Fuente: Traducciones árabes medievales a partir del texto copto.

No se conocen bien los orígenes de este apócrifo, transmitido en copto sahídico, bohairico y en árabe. Por ello, es probable que hay surgido en la iglesia copta egipcia antes de la invasión árabe. Tampoco es improbable —dado el origen de otros apócrifos— que en la base de todas las versiones estuviera el griego.

Esta obra tiene carácter de homilía litúrgica más que de pretendida historia. La parte central, compuesta por los capítulos 12-29-XXIX, es la más original y trata de la enfermedad, muerte y sepultura de José. Los capítulos 1-11 son una reelaboración de las tradiciones sobre la infancia de Jesús.

El texto de nuestra versión, etiquetada en algunas ediciones como Historia árabe de José el carpintero, es un texto paralelo a la historia copta, cuyas ligeros detalles variantes no modifican la sensación de relatos coincidentes. Ofrecemos la versión de la edición latina, hecha por G. Wallin en 1722. En opinión de C. Tischendorf, traduce un texto árabe, considerado a su vez como traducción de una obra en lengua copta, a su vez basada en un original griego más antiguo.

* * *

En el nombre de Dios, uno en esencia y trino en personas.
Historia de la muerte de nuestro padre, el santo anciano José
el carpintero

Que sus bendiciones, hermanos, y sus oraciones nos guarden a todos. Amén. El total de los días de su vida fue de ciento once años, y su salida de este mundo ocurrió el veintiséis del mes de Abib, que equivale a nuestro mes de abril. Que su oración nos guarde. Amén. Por cierto, que fue el mismo Señor nuestro Jesucristo en persona el que refirió esta historia a sus discípulos en el monte de los Olivos, así como el relato de sus trabajos y la consumación de sus días. Los apóstoles, por su parte, conservaron estas palabras, las consignaron por escrito y las dejaron en la biblioteca de Jerusalén. Que su oración nos guarde. Amén.

Jesús habla a los apóstoles

1 Un día, nuestro Salvador y Maestro, Dios y Salvador nuestro Jesucristo, estaba sentado en el monte de los Olivos con sus discípulos, que se habían congregado todos. Y les habló diciendo: «Hermanos y amigos míos, hijos del Padre que os ha elegido de entre todos los hombres. Sabéis que repetidas veces os he anunciado que conviene que yo sea crucificado y muera por la salvación de Adán y de toda su descendencia, y que resucite de entre los muertos. Yo os encargaré la predicación del santo Evangelio, anunciado antes a vosotros, para que lo prediquéis por todo el mundo. Os revestiré de la virtud de lo alto y os llenaré del Espíritu Santo. Anunciaréis, pues, a todas las gentes la penitencia y el perdón de los pecados. Porque una sola copa que el hombre encuentre en el mundo futuro será más excelente e importante que todas las riquezas de este mundo. Y el lugar que pueda ocupar un pie en la casa de mi Padre será mayor y más precioso que todos los tesoros de la tierra. Más aún, una sola hora en la morada alegre de los justos es más feliz y más valiosa que mil años entre los pecadores. Porque el llanto y los lamentos de estos no se acabarán, y sus lágrimas no cesarán; no hallarán nunca descanso ni alivio en ningún momento. Y

ahora, miembros míos honorables, id y predicad a todas las gentes y comunicadles este anuncio: “Con seguridad el Salvador os procurará diligentemente la herencia debida, pues es administrador de justicia. Los ángeles derrotarán a vuestros enemigos y lucharán con ellos en el día del combate. Dios pedirá cuentas de cualquier palabra inepta y ociosa que hablen los hombres, que tendrán que dar razón de ella. De la misma manera que nadie escapará de la muerte, así quedarán patentes las obras de todos en el día del juicio, sean buenas o malas”. Anunciad también la palabra que hoy mismo os he dicho: “No se gloríe el fuerte de su fortaleza, ni el rico de sus riquezas, sino que quien quiera gloriarse, que se gloríe en el Señor”».

José queda viudo

2 Hubo un hombre, llamado José, oriundo del pueblo de Belén, de la región de Judá y de la ciudad del rey David. Instruido excelentemente en la ciencia y en la doctrina, fue nombrado sacerdote en el templo del Señor. Fue experto en el arte de la carpintería. De acuerdo con la costumbre de todos los hombres, tomó esposa. Y también engendró hijos e hijas, cuatro varones y dos hembras. Estos son sus nombres: Judas, Justo, Santiago y Simón; los nombres de las dos hijas eran Asia y Lidia. Pero falleció la esposa del justo José, que había estado siempre atenta a la gloria de Dios en todas sus obras. Y José, aquel varón justo, mi padre según la carne y esposo de María, mi madre, se dedicó, en compañía de sus hijos, a su profesión de carpintero.

Presentación de María en el Templo

3 Cuando enviudó José el justo, acababa de cumplir mi madre, bendita, santa y pura, los doce años. Porque sus padres la habían ofrecido en el Templo cuando tenía tres años, y había permanecido en el templo del Señor durante

nueve años. Cuando vieron los sacerdotes que la virgen santa y temerosa del Señor había crecido, comentaron entre sí diciendo: «Busquemos un varón justo y piadoso a quien María pueda estar confiada hasta que llegue el tiempo de su matrimonio, no sea que mientras permanece en el Templo le suceda lo que suele suceder a las mujeres, por lo que seamos culpables de pecado y Dios se irrite contra nosotros.

Desposorios de José con María

4 Enseguida enviaron emisarios y convocaron a los doce ancianos de la tribu de Judá, que escribieron los nombres de las doce tribus de Israel. La suerte cayó sobre el piadoso anciano, José el justo. Entonces los sacerdotes dijeron a mi madre bendita: «Vete con José y permanece con él hasta el tiempo de tu matrimonio». Recibió, pues, José el justo a mi madre y la llevó a su casa. Encontró María al pequeño Santiago en la casa de su padre, descaecido de ánimo y triste por la pérdida de su madre, y ella lo educó. Por ello, María fue llamada madre de Santiago. Luego, dejándola José en su casa, marchó al taller donde desempeñaba el oficio de carpintero. Cuando la santa virgen hubo pasado dos años en casa de José, cumplió los catorce años, incluido el tiempo en el que José la recibió.

La encarnación

5 Yo la amé de una forma particular por mi propia voluntad con el beneplácito de mi Padre y el designio del Espíritu Santo. Y me encarné en ella por un misterio que supera la comprensión de las criaturas. Cuando transcurrieron tres meses del embarazo, regresó el justo varón José del lugar donde ejercía su profesión. Al advertir que la virgen mi madre estaba encinta, quedó mentalmente turbado y decidió despedirla en secreto. Además, por el temor, la tristeza y la angustia de su corazón, no pudo comer ni beber

en aquel día.

Visión de José

6 En medio del día, se le apareció en sueños el príncipe de los ángeles, san Gabriel, con instrucciones de mi Padre, y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque ha concebido por obra del Espíritu Santo; dará a luz un hijo, que recibirá el nombre de Jesús. Es este el que gobernará a todas las gentes con cetro de hierro». Dicho esto, el ángel se retiró, y José se levantó del sueño. Hizo, pues, como el ángel del Señor le había ordenado, y María permaneció en su casa.

Nacimiento de Jesús

7 Transcurrido el tiempo, apareció un decreto de Augusto, César y rey, para que se empadronase todo el orbe habitado, cada hombre en su propia ciudad. Levantándose, pues, el justo anciano José, tomó consigo a la virgen María y se dirigieron a Belén, porque el parto estaba ya inminente. Inscribió José su nombre en el registro de este modo: «José, hijo de David, cuya esposa es María, soy de la tribu de Judá». María, mi madre, me dio a luz en Belén, en una gruta cercana al sepulcro de Raquel, la esposa del patriarca Jacob, la que fuera madre de José y Benjamín.

Huida a Egipto

8 Pero Satanás fue y avisó a Herodes el Grande, padre de Arquelao. Este Herodes es el mismo que ordenó decapitar a Juan, mi amigo y pariente. Por eso me buscó con toda diligencia, pensando que mi reino era de este mundo. Sin embargo, aquel piadoso anciano José fue avisado en sueños del asunto. Por ello, levantándose, tomó a María, mi madre, en cuyo seno estaba yo descansando. Como compañera del camino se ofreció Salomé. Salió, pues, de su casa y se retiró a Egipto, donde permaneció un año entero

hasta que cesó la cólera de Herodes.

Regreso a Nazaret

9 Pero Herodes murió con una clase de muerte pésima, sufriendo castigo por la sangre derramada de los niños, a quienes quitó de en medio inicualemente sin que fueran culpables de pecado alguno. Muerto, pues, Herodes, aquel tirano impío, regresaron José y mi madre a la tierra de Israel, y habitaron en una ciudad de Galilea, llamada Nazaret. José, volviendo al ejercicio de su profesión de carpintero, se ganó la vida con el trabajo de sus manos. Porque nunca trató de buscarse gratis el sustento con el trabajo ajeno, tal como lo había ordenado Moisés en otro tiempo.

Vejez sana de José

10 Finalmente, al aumentar el número de los años de su ancianidad, envejeció. No obstante, no tuvo enfermedad corporal alguna, ni le falló la vista, ni le faltó un solo diente de la boca, ni le falló tampoco la razón durante todo el tiempo de su vida. Semejante a un joven lozano, conservó siempre un vigor juvenil en sus quehaceres. Sus miembros permanecieron íntegros y libres de toda clase de dolor. Toda su vida duró ciento once años, y su ancianidad se prologó muy largamente.

La Sagrada Familia

11 Justo y Simeón, los hijos mayores de José, tomando esposa, marcharon con sus familias. Igualmente las dos hijas contrajeron matrimonio y se fueron a sus casas. Permanecían, pues, en la casa de José Judas y el pequeño Santiago con la virgen, mi madre. Yo, además, permanecí allí mismo junto con ellos como si fuera uno más de sus hijos. Pasé toda mi vida sin pecado. Llamaba a María «mi madre» y a José «padre». En todo lo que me ordenaban, les daba la razón. Nunca los disgusté, sino que los obedecí,

como suelen hacer cuantos hombres nacen en la tierra. Ningún día provoqué su ira, ni les repliqué palabra alguna o respuesta desabrida. Por el contrario, los amé con un cariño grande, como a la niña de mis ojos.

Se acerca la muerte de José

12 Después de estos acontecimientos, sucedió que se acercó la muerte de aquel piadoso anciano José y su salida de este mundo, según es la norma de todos los que nacen en esta tierra. Cuando ya su cuerpo se debilitaba por la cercanía de la muerte, un ángel del Señor le indicó que ya era inminente la hora de su fallecimiento. En consecuencia, le sobrevino el temor y una gran turbación de ánimo. Se levantó, pues, y se dirigió a Jerusalén. Entró en el templo del Señor y, puesto en oración junto al santuario, dijo:

Plegaria de José

13 «¡Oh Dios, que eres el autor de todo consuelo, Dios de toda misericordia, Señor del género humano, Dios de mi alma, de mi espíritu y de mi cuerpo, me postro ante ti suplicante, Señor y Dios mío! Si ya se han cumplido mis días, y es inminente mi salida de este mundo, envíame, por favor, al poderoso Miguel, príncipe de tus santos ángeles. Que permanezca conmigo hasta que mi pobre alma salga de este cuerpo desgraciado sin molestia, terror ni turbación. Porque un gran temor y una tristeza vehemente se apodera de todos los cuerpos en el día de la muerte, ya se trate de varón o de hembra, de bestia o de fiera, de cuanto reptar por la tierra o vuela por el aire. En fin, todas las criaturas que hay bajo el cielo, dotadas de aliento vital, sienten la sacudida del horror, de un gran miedo y de un inmenso cansancio cuando las almas abandonan sus cuerpos.

»Ahora bien, ¡oh mi Señor y mi Dios!, que tu santo ángel asista con su auxilio a mi alma y a mi cuerpo hasta que se

separen mutuamente. Que no se aparte de mí la faz del ángel, designado para mi custodia desde el día de mi creación, sino que se muestre como mi compañero de camino hasta que me conduzca hasta ti^[501]. Que su rostro sea afable y alegre para mí y me acompañe en paz. No permitas que los demonios de aspecto terrible se acerquen a mí en el camino por donde tengo que ir, hasta que llegue a ti felizmente. No dejes que los guardianes de las puertas impidan la entrada de mi alma en el paraíso. Ni que, poniendo al descubierto mis pecados, me expongas a la vergüenza ante tu terrible tribunal. Que no se lancen contra mí los leones. Y que las olas del mar de fuego, que toda alma tiene que atravesar, no sumerjan mi alma antes de que contemple la gloria de tu divinidad. ¡Oh Dios, juez justísimo, que juzgarás a los mortales con justicia y equidad, y pagarás a cada uno según sus obras! ¡Oh Señor y Dios mío!, concédeme, por favor, tu misericordia, y alumbrá mi camino para que pueda llegar hasta ti. Porque tú eres para todos la fuente abundante de bienes y gloria eternamente, amén».

José cae enfermo

14 Sucedió luego que, cuando regresó a Nazaret a su casa, cayó enfermo y tuvo que guardar cama. Era el tiempo en que se acercaba su último día, como es el destino de todos los hombres. Se sentía gravemente enfermo como nunca lo había estado desde el día de su nacimiento. Y así agradó por cierto a Cristo exponer las circunstancias de la vida del justo José. Vivió cuarenta años antes de contraer matrimonio. Después permaneció su esposa bajo su tutela cuarenta y nueve años, pasados los cuales, falleció. Un año después de esta muerte, los sacerdotes encomendaron a José la custodia de mi madre, la bienaventurada María, para que la guardase hasta el tiempo de sus bodas. Pasó ella dos años en casa de José sin que sucediera nada de particular. Pero a los

tres años de su estancia, cuando ella tenía quince años, me dio a luz en la tierra por un misterio que no puede entender ni comprender criatura alguna, sino yo, mi Padre y el Espíritu Santo, que conmigo forman una sola esencia.

Se agrava la salud de José

15 El total de la vida de mi padre, aquel justo anciano, alcanzó los ciento once años, tal como lo había determinado mi Padre celestial. El día en que su alma abandonó su cuerpo era el veintiséis del mes de Abib. El oro fino empezó a perder su esplendor y la plata a deteriorarse por el uso, me refiero a su entendimiento y a su ciencia. Aborreció también la comida y la bebida, y se desvaneció su destreza en el oficio de la carpintería, de modo que no volvió a tener ni idea de ella. Sucedió, pues, que al amanecer del día veintiséis del mes de Abib, el alma del justo anciano José se volvió inquieta según estaba recostado en el lecho. Por ello, abrió su boca lanzando suspiros, dio unas palmadas y grito con gran voz, diciendo de este modo:

Lamentaciones de José

16 «¡Ay del día en que vine a este mundo! ¡Ay del vientre que me gestó! ¡Ay de las entrañas que me recibieron! ¡Ay de los pechos que me amamantaron! ¡Ay del regazo sobre el que descansé! ¡Ay de las manos que me llevaron y me educaron hasta que crecí! Puesto que fui concebido en la iniquidad, y en el pecado me concibió mi madre (Sal 51, 7). ¡Ay de mi lengua y de mis labios, que profirieron y hablaron vanidad, maledicencia, mentira, error, escarnio, impostura, detracción e hipocresía! ¡Ay de mis ojos, que contemplaron el escándalo! ¡Ay de mis oídos, que se gozaban con las palabras de los calumniadores! ¡Ay de mis manos, que se hicieron con lo que no era legítimamente suyo! ¡Ay de mi vientre y de mis intestinos, que apetecieron

alimentos que les estaban prohibidos! ¡Ay de mi garganta que, como el fuego, consumía todo lo que encontraba! ¡Ay de mis pies, que muchas veces anduvieron por los caminos que eran desagradables a Dios! ¡Ay de mi cuerpo y ay de mi triste alma, que se apartaron de Dios su creador! ¿Qué haré cuando llegue al lugar en el que tenga que presentarme ante el justísimo juez, y él me reprenda por las obras que acumulé en mi juventud? ¡Ay de todo aquel hombre que muere en sus pecados! En efecto, la hora terrible que se abatió sobre mi padre Santiago, cuando su alma voló de su cuerpo, es la que ahora me amenaza. ¡Qué desdichado soy hoy y digno de lamentación! Pero Dios solo es el que dirige mi alma y mi cuerpo, el que cumple en ellos su voluntad».

Jesús consuela a su padre José

17 Estas son las cosas que habló José, aquel anciano justo. Cuando yo entré donde él estaba, encontré su alma en vehemente conmoción, pues estaba sumido en la mayor angustia. Y le dije: «Salve, padre mío José, ¿cómo te encuentras?». Él me respondió: «Salve muchas veces, hijito querido. Porque me han rodeado el dolor y el temor de la muerte, pero tan pronto como oí tu voz, se ha apaciguado mi alma. ¡Oh Jesús Nazareno, Jesús mi protector, Jesús salvador de mi alma, Jesús mi defensor! Jesús, nombre dulcísimo en mi boca y en la de todos los que te aman; ojo que ves y oído que oyes, escúchame. Yo, tu siervo, te venero hoy humildemente y derramo mis lágrimas junto a ti. Tú solo eres mi Dios, como muchísimas veces me lo dijo el ángel, sobre todo aquel día en que mi ánimo dudó con perversos pensamientos sobre la pura y bendita María que estaba encinta y a la que yo pensaba repudiar en secreto.

»Pero cuando yo estaba meditando tales cosas, se me aparecieron durante mi descanso por un admirable misterio

unos ángeles del Señor que me dijeron: “José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa, ni te pongas triste, ni profieras palabras indecorosas sobre su embarazo, porque está encinta por obra del Espíritu Santo, y dará a luz un hijo cuyo nombre será Jesús. Pues él salvará a su pueblo de sus pecados”. No me desees mal alguno por esta causa, Señor, porque yo ignoraba el misterio de tu natividad. También me acuerdo, mi Señor, del día en que murió aquel niño por la mordedura de una serpiente. Sus parientes querían entregarte a Herodes diciendo que eras tú el que lo habías matado. Pero tú lo resucitaste de entre los muertos y se lo devolviste a los suyos. Entonces yo me acerqué, te tomé de la mano y te dije: “Hijo mío, ten cuidado”. Tú me respondiste: “¿Eres tú acaso mi padre según la carne? Ya te enseñaré quién soy yo”. Ahora, pues, Señor y Dios mío, no te irrites conmigo o me condenes por aquel momento. Yo soy tu siervo e hijo de tu esclava; y tú eres mi Señor, mi Dios y mi Salvador, Hijo de Dios verdadero».

Universalidad de la muerte

18 Cuando mi padre José hubo dicho estas cosas, ya no tenía fuerzas para llorar.

Y comprendí que la muerte ya se hacía con él. Levantándose, pues, mi madre, la virgen purísima, se acercó a mí y dijo: «¡Oh hijo mío querido, ya está a punto de morir este piadoso anciano José!». Yo le respondí: «¡Madre mía queridísima, a todas las criaturas que nacen en este mundo les llega con seguridad la necesidad de morir, pues la muerte tiene poder sobre todo el género humano! Tú también, virgen y madre mía, lo mismo que el resto de los mortales, debéis salir de esta vida. Sin embargo, tu muerte, como la de este hombre piadoso, no es muerte, sino vida perpetua para la eternidad. También es preciso que yo muera con este cuerpo

que recibí de ti. Pero levántate, venerable madre mía, vete y entra donde está el bendito anciano José, para que veas lo que va a suceder cuando su alma salga del cuerpo».

Jesús junto al lecho de José

19 María, pues, fue y entró al lugar donde se encontraba José. Yo, por mi parte, estaba sentado a sus pies con los ojos fijos en él. Las señales de la muerte ya habían aparecido en su rostro. Mas aquel bendito anciano, levantando la cabeza, miraba mi cara con los ojos fijos. Sin embargo, apenas tenía fuerza para hablarme por el dolor de la muerte que ya lo atenazaba y le arrancaba suspiros. Yo sostuve sus manos durante una hora entera, y él, con su rostro vuelto hacia mí, me indicaba que no lo abandonase. A continuación, puse mi mano sobre su pecho y noté que su alma estaba ya cerca de su garganta y preparada para salir de su morada corporal.

La agonía

20 Cuando mi madre, la Virgen, me vio que tocaba su cuerpo, tocó también ella sus pies. Y cuando advirtió que estaban ya muertos y sin calor, me dijo: «Hijo mío querido, en efecto, sus pies empiezan a enfriarse y están helados como la nieve». Llamó, pues, a los hijos y a las hijas de José y les dijo: «Venid los que aquí estáis y acercaos a vuestro padre, porque ciertamente está en las últimas». Respondió Asia, la hija de José, diciendo: «¡Ay de mí, hermanos míos, esta es la misma enfermedad que tuvo mi madre querida!». Y se lamentaba hecha un mar de lágrimas mientras lloraban los demás hijos de José. Yo también y mi madre María lloramos juntamente con ellos.

Muerte de José

21 Volviendo los ojos hacia el mediodía, vi que ya llegaba la muerte y con ella todo el infierno. Venía

escortada por su ejército y sus satélites; sus vestidos, sus rostros y sus bocas vertían fuego. Cuando mi padre José advirtió que todo esto se dirigía directamente hacia él, sus ojos se deshicieron en lágrimas, y al mismo tiempo gimió de modo admirable. Vista la vehemencia de sus suspiros, rechacé a la muerte y al ejército entero de los servidores que la acompañaban. Entonces invoqué a mi buen Padre, diciendo:

Plegaria de Jesús

22 «¡Oh Padre de toda clemencia!, ojo que ves y oído que oyes, escucha mi súplica y mis plegarias por el anciano José, y envía a Miguel, príncipe de tus ángeles, y a Gabriel, pregonero de la luz y luz de tus ángeles, para que todo su coro vaya con el alma de mi padre José hasta que la conduzcan junto a ti. Esta es la hora en que mi padre necesita misericordia. Pero yo os digo que todos los santos, más aún, todos los hombres que nacen en el mundo, sean justos o perversos, deben gustar por necesidad la muerte».

Muerte de José

23 Vinieron, pues, Miguel y Gabriel hasta el alma de mi padre José, la tomaron y la envolvieron en una envoltura luminosa. Así entregó su espíritu en manos de mi buen Padre, que le otorgó la paz. Todavía ninguno de sus hijos conoció que había muerto. Pero los ángeles guardaron su alma de los demonios de las tinieblas, que acechaban en el camino. Y alabaron a Dios hasta que la condujeron a la morada de los justos.

Luto en la casa de José

24 Su cuerpo quedó tendido y pálido. Por eso, arrimé mi mano a sus ojos y los entorné, cerré su boca y dije a María, la Virgen: «¡Oh madre mía!, ¿dónde está la profesión que ejerció durante todo este tiempo que vivió en el mundo? Ha perecido, y ahora es como si nunca hubiera

existido». Cuando sus hijos me oyeron que hablaba con mi madre, la Virgen pura, comprendieron que ya había expirado y rompieron en lamentos mezclados con lágrimas. Pero yo les dije: «En verdad que la muerte de vuestro padre no es muerte, sino vida eterna. Porque liberado de las miserias de este mundo, ha pasado al perpetuo descanso que durará eternamente». Al oír estas palabras, rasgaron sus vestiduras llorando.

Honras fúnebres

25 Los habitantes de la ciudad de Nazaret y de toda Galilea se enteraron de su duelo y acudieron a ellos, y lloraron desde la hora de tercia hasta la de nona. A la hora de nona acudieron todos a la vez a la habitación de José. Se llevaron su cuerpo después de embalsamarlo con ungüentos de calidad. Mientras tanto, yo rogaba a mi Padre con la oración propia de los habitantes del cielo. Es la misma oración que escribí con mi propia mano antes de ser concebido en el seno de la virgen María, mi madre. Tan pronto como la terminé y pronuncié el «amén», se acercó una inmensa multitud de ángeles; y a dos de ellos les ordené que extendieran una vestidura luminosa y envolviesen con ella el cuerpo del bendito anciano José.

Bendición de Jesús

26 Dirigiéndome a José, dije: «No dominará sobre ti el olor de la muerte y su hedor, ni saldrán jamás gusanos de tu cuerpo. No se quebrará ni uno solo de sus miembros, ni se alterará uno solo de los cabellos de tu cabeza, ni perecerá nada de tu cuerpo, padre mío José, sino que permanecerá íntegro e incorrupto hasta el banquete de los mil años. A todo aquel que haga una ofrenda por los difuntos en el día de tu conmemoración, yo lo bendeciré y lo recompensaré en la congregación de las vírgenes. El que con

el fruto de su trabajo proporcione alimentos a los pobres, viudas y huérfanos en el día en que se celebra tu memoria, y en tu nombre, nunca se verá privado de bienes en todos los días de su vida. Al que ofrezca de beber, aunque solo sea un vaso de agua o de vino, a una viuda o a un huérfano en tu nombre, yo te lo entregaré para que entres con él en el banquete de los mil años. Y a todo hombre que se preocupe de hacer una ofrenda en el día de tu conmemoración, yo lo bendeciré y le daré su recompensa en la asamblea de las vírgenes. Le daré el treinta, el sesenta y el ciento por uno.

»Al que escriba la historia de tu vida, de tus trabajos y de tu partida de este mundo, y recoja las palabras que han salido ahora de mi boca, yo lo confiaré a tu tutela mientras permanezca en esta vida. Cuando su alma salga del cuerpo, y tenga que abandonar el mundo, yo quemaré el libro de sus delitos y haré que no sea atormentado por suplicio alguno en el día del juicio. Más bien atravesará el mar de fuego y lo recorrerá sin molestia ni dolor. Esto es lo que debe hacer todo hombre pobre, el que no puede hacer nada de lo que he enumerado, a saber, si le nace un hijo, que le ponga de nombre José. De esa manera, su casa se verá libre de la escasez y de la muerte repentina eternamente».

Camino del sepulcro

27 Más adelante, se reunieron los jefes de la ciudad en el lugar donde había sido depositado el cuerpo del bendito anciano José. Llevaban consigo velos festivos para envolverlo con ellos según la costumbre con que suelen amortajar los judíos sus cadáveres. Pero hallaron que el cuerpo tenía los lienzos como adheridos. Estaban tan pegados al cadáver, que los que quisieron desenvolverlo encontraron que la mortaja era inmóvil e indisoluble como si fuera de hierro. Ni siquiera pudieron encontrar extremidades en los

lien-zos, lo que les provocó una gran admiración. Al final, lo sacaron a un lugar donde había una gruta, abrieron la puerta para depositar su cuerpo entre los cuerpos de sus padres. Entonces me vino a la memoria el día en que marchó conmigo a Egipto y las inmensas molestias que tuvo que soportar por mi causa. En consecuencia, lloré su muerte mucho tiempo y, reclinado sobre su cuerpo, dije:

28 «¡Oh muerte, que haces inútil toda ciencia y provocas tantas lagrimas y tantos lamentos! Mi Padre Dios es ciertamente el que te ha concedido este poder.

Pues por la transgresión de Adán y de su esposa Eva mueren los hombres, de modo que la muerte no perdona ni a uno siquiera. Sin embargo, a nadie le sucede o se le aplica sin el mandato de mi Padre. Existieron ciertamente hombres que prolongaron la vida hasta los novecientos años, pero murieron. Más aún, aunque algunos vivieron más tiempo, todos acabaron sucumbiendo al mismo destino. Nadie ha podido jamás decir: “Yo no he gustado la muerte”. Porque el Señor nunca impone la misma pena sino una sola vez, y ello cuando agrada a mi Padre enviársela al hombre. En el mismo momento en que ella se acerca, fijándose en el mandato que baja del cielo, dice: “Me presentaré contra el hombre promoviendo una conmoción inmensa”. Entonces se produce sin demora un ataque contra el alma, la muerte la domina obrando con ella a su arbitrio.

»Precisamente porque Adán no cumplió la voluntad de mi Padre, sino que violó su mandato, mi Padre se irritó contra él y lo condenó a muerte. Esa es la razón por la que la muerte entró en el mundo. Porque si Adán hubiera observado el precepto de mi Padre, nunca le hubiese llegado la muerte. ¿Pensáis que yo podía pedir a mi buen Padre que me enviara un carro de fuego, que tomara el cuerpo de mi padre José y lo trasladara al lugar del descanso para que habitara con los

seres espirituales? Pero por la prevaricación de Adán descendió esta desgracia y la violencia de la muerte sobre todo el género humano. Esta es la causa por la que conviene que yo muera según la carne, para que los hombres, que yo he creado, puedan alcanzar misericordia».

Sepultura de José

29 Después de decir esto, abracé el cuerpo de mi padre José y lloré sobre él. Otros abrieron la puerta del sepulcro y depositaron en él su cuerpo junto al cuerpo de su padre Santiago. Cuando se durmió, acababa de cumplir los ciento once años. Nunca tuvo un dolor de dientes en su boca, ni la agudeza de sus ojos se debilitó, ni su talle se encorvó, ni disminuyeron sus fuerzas. Trabajó en su profesión de carpintero hasta el último día de su vida, que fue el día veintiséis de Abib.

Reacción de los apóstoles

30 Cuando nosotros, los apóstoles, oímos estas cosas que dijo nuestro Salvador, nos levantamos alegres y, postrados ante él, lo honramos, diciendo: «¡Oh Salvador nuestro!, muéstranos tu misericordia, porque acabamos de oír la palabra de vida. No obstante, admiramos, ¡oh Salvador nuestro!, el destino de Henoc y de Elías, ya que ellos no estuvieron sometidos a ninguna clase de muerte. Porque en realidad habitan en la morada de los justos hasta el día de hoy, y sus cuerpos no han conocido la corrupción. Sin embargo, aquel anciano, José el carpintero, era tu padre según la carne. Ahora bien, tú nos ordenaste que fuéramos por todo el mundo predicando el santo evangelio, y nos dijiste: “Anunciad también la muerte de mi padre José, y celebrad en su honor como sagrado un día de fiesta en el día de su aniversario. Todo el que detraiga algo de estas palabras o les añada alguna cosa, incurre en falta”. Admiramos ciertamente

a José, desde aquel día en que naciste en Belén, porque te llamara hijo suyo según la carne. ¿Por qué no lo hiciste inmortal, lo mismo que lo son Henoc y Elías? Y tú afirmas que él fue justo y elegido».

La ley universal de la muerte

31 Nuestro Salvador respondió diciendo: «La profecía de mi Padre se cumplió realmente en Adán por su desobediencia. Todo está dispuesto según el arbitrio y la voluntad de mi Padre. Por eso, si el hombre hace caso omiso del mandato de Dios, sigue las obras del diablo cometiendo pecado y se prolonga su vida, es conservado vivo precisamente por si acaso hace penitencia, y piense que caerá en manos de la muerte. Pero si alguien vive preocupado por las buenas obras, también se le prolonga el espacio de la vida, para que al crecer la fama de su recta ancianidad, los hombres buenos lo imiten. Pero cuando veáis a un hombre inclinado a la ira, sabed que sus días son abreviados; pues ellos son los que desaparecen en la flor de su edad. Así pues, toda profecía que pronunció mi Padre sobre los hijos de los hombres debe cumplirse en cualquier aspecto. Por lo que se refiere a Henoc y a Elías, cómo siguen vivos hasta el día de hoy conservando los mismos cuerpos con los que nacieron, y por lo que toca a mi padre José, que no gozó como aquellos de la permanencia en el cuerpo, sabed que aunque viva el hombre muchas miríadas de años en el mundo, la vida dará paso a la muerte. Y yo os digo, hermanos míos, que es preciso que Henoc y Elías regresen al mundo al final de los tiempos y mueran. Eso ocurrirá en el día de la conmoción, del terror, de la angustia y de la aflicción. Pues el Anticristo dará muerte a los cuatro cuerpos y derramará su sangre como si fuera agua por causa del oprobio que le echarán en cara y de la ignominia que le acusarán los vivientes cuando se descubra su impiedad».

32 Y dijimos: «¡Oh Señor, nuestro Dios y Salvador!, ¿quiénes son aquellos cuatro, que dijiste que el Anticristo iba a quitar de en medio por sus reproches?». Respondió el Salvador: «Son Henoc, Elías, Sila y Tabitha». Cuando oímos estas palabras de labios de nuestro Salvador, nos alegramos y regocijamos, y ofrecimos toda gloria y acción de gracias al Señor Dios y a nuestro Salvador Jesucristo. Él es a quien se debe la gloria, el honor, la dignidad, el dominio, el poder y la alabanza, y juntamente con él, al Padre bueno y al Espíritu Santo vivificante, ahora y en todo tiempo por los siglos de los siglos, amén.

4. Evangelio armenio de la infancia

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: No anterior al siglo VI.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego, traducido al siríaco y luego al armenio.

Fuente: Traducciones medievales al armenio.

De todos los evangelios que cuentan los detalles de la Infancia de Jesús, el Evangelio armenio es posiblemente el más tardío, no anterior al siglo VI. Uno de los primeros estudiosos modernos de este texto, P. Peeters^[502], opinaba que posiblemente existiera un libro básico del que se derivaran los demás que constituyen este ciclo. La prueba más convincente es

la coincidencia de los temas y su desarrollo. El carácter de estos relatos provoca el deseo de completarse o de confirmarse. Reelaboraciones varias reiteran sucesos con escasos detalles variantes. Pasajes enteros aparecen en distintos apócrifos con tantos aspectos paralelos como para suponer una fuente común.

A este perfil responde el Evangelio armenio de la infancia, conjunto de veintiocho largos capítulos, redactados con un estilo prolijo y redundante. Tiene mucho de paráfrasis y ampliificaciones de datos, conocidos ya por apócrifos anteriores. Fuentes referenciales son otros textos que constituyen el grupo concreto y homogéneo de los evangelios apócrifos de la infancia, en especial el Protoevangelio de Santiago y el Evangelio del Pseudo Mateo. Concretamente, el Evangelio armenio, en sus capítulos 1-7, reproduce el Protoevangelio 1-11 y el Pseudo Mateo 1-12.

Para evitar, pues, enojosas repeticiones, seleccionamos algunos pasajes interesantes de la edición de P. Peeters. De los eliminados reproducimos los epígrafes que rotulan los capítulos de la obra para que aparezcan las líneas maestras de su contenido y desarrollo. Su tenor sirve para iluminar los pasajes paralelos y para destacar el marco concreto de la pretendida personalidad del protagonista de la Infancia.

* * *

Lo que sucedió a propósito de la santa Virgen María en la casa de su padre. Relato de Santiago, hermano del Señor.

1¹ El hombre llamado Joaquín salió de su casa, tomó consigo sus ganados y sus pastores y se marchó al desierto, donde fijó su tienda. Después de permanecer en oración durante cuarenta días y cuarenta noches, gimiendo y llorando, sin tomar otra cosa que pan y agua, se sentó y oró a Dios con gran aflicción de espíritu, diciendo: «Acuérdate de

mí, Señor, según tu misericordia y tu justicia, dame una señal de tu benevolencia como hiciste con nuestro antepasado Abrahán. A él, en el tiempo de su ancianidad, le diste un hijo de bendición, un hijo de la promesa, a Isaac, su único descendiente, prenda de consuelo para su stirpe». De este modo, rogaba a Dios con lágrimas y con el alma afligida, pidiendo misericordia al Señor. Y añadía: «No me iré de aquí, ni comeré ni beberé hasta que el Señor me haya visitado y haya tenido misericordia de su siervo».

² Cuando terminaron los cuarenta días de su ayuno, vino un ángel del Señor, se puso delante de Joaquín y le dijo: «Joaquín, el Señor ha escuchado tus plegarias y ha dado cumplimiento a tu petición. He aquí que tu esposa concebirá y te dará a luz una prole de bendición. Su nombre será grande y todas las generaciones la proclamarán bienaventurada. Levántate, toma las ofrendas que has prometido y tráelas al templo santo. Allí cumplirás tu voto. Pues mira, yo iré esta noche a avisar al sumo sacerdote para que acepte las ofrendas de tus manos». Dicho esto, el arcángel se retiró. Y Joaquín, levantándose con alegría, partió con sus numerosos rebaños y sus ofrendas.

³ El ángel del Señor se apareció al pontífice Eleazar en una visión semejante y le dijo: «He aquí que Joaquín viene hacia ti con ofrendas. Recibe sus dones religiosamente y según la Ley como conviene». El pontífice se despertó de su sueño, se levantó y dio gracias al Señor, diciendo: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque no desoye a sus siervos que le imploran». Entonces el ángel se apareció por segunda vez a Ana, y le dijo: «Mira que llega tu marido; levántate, sal a su encuentro y recíbelo con alegría». Ana, pues, se levantó, se puso sus vestidos de boda y fue corriendo a su encuentro. Cuando divisó a su marido, se postró ante él con alegría y se

arrojó a su cuello.

⁴ Joaquín le dijo: «Sea contigo la paz y una buena noticia, Ana: el Señor Dios ha tenido piedad de mí, me ha bendecido y ha prometido darnos una prole de bendición». Ana dijo a Joaquín: «También para ti buena noticia de mi parte, porque también a mí me ha prometido el Señor darme lo que dices». Ana, pues, se sintió trasportada de alegría y dijo: «Bendito sea el Señor Dios de Israel, que no ha desdeñado nuestras súplicas y no ha apartado de nosotros su misericordia». Al mismo tiempo, Joaquín mandó llamar a sus amigos y vecinos y les hizo un espléndido recibimiento. Comieron, bebieron y se regocijaron. Después de haber dado gracias al Señor, regresó cada uno a su casa. Y glorificaban a Dios en alta voz.

2 *Nacimiento de la Virgen María. Lo que sucedió en la casa de su padre.*

3 *Educación de la santa Virgen María en el Templo durante doce años.*

4 *Siguiendo los usos tradicionales, los sacerdotes entregaron la santa Virgen María en matrimonio a José, para que velara celosamente por la santa Virgen. Él la tomó bajo su custodia confiado en el Señor.*

5 *La voz del ángel, mensajero de felicidad, anuncia la concepción de la santa Virgen María:*

⁸ María dijo (al ángel): «Sí, yo creo en tus palabras y acepto las órdenes que me has comunicado. Tienes razón en lo que has dicho. Pero escucha lo que te voy a decir: “Hasta el día de hoy me he guardado en la santidad y en la justicia delante de los sacerdotes y de todo el pueblo, después de haber sido confiada a José como esposa. Él se ha comprometido a custodiarme con todo cuidado en su casa hasta que recibamos la corona de la bendición con las otras vírgenes y doncellas. Ahora bien, si él vuelve y me encuentra encinta, ¿qué

explicación le voy a dar? ¿Qué le voy a decir? Y si me pregunta cuál es la causa de mi embarazo, ¿qué responderé a su pregunta?»». El ángel le contestó: «¡Oh dichosa y santa Virgen! Escucha bien estas palabras y guarda en tu alma lo que te voy a decir. Esto no es obra de un hombre, y el asunto de que te hablo no vendrá de nadie. Es el Señor el que lo realizará en ti. Él tiene poder para liberarte de todas las angustias de esta prueba». María replicó: “Si el asunto es como dices, y si el Señor mismo se digna rebajarse hasta su sierva y esclava, que se haga en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). Y el ángel la dejó.

⁹ En el mismo instante en que la Virgen santa pronunciaba estas palabras y se humillaba, el Verbo de Dios penetró en ella por la oreja^[503]. La naturaleza íntima de su cuerpo animado fue santificada con todos sus sentidos y sus doce miembros, y quedó purificada como el oro en el crisol. Ella devino un templo santo, inmaculado, y la morada de la divinidad (del Verbo). En el mismo momento comenzó el embarazo de la santa Virgen. Porque cuando el ángel trajo la buena nueva a María, era el 15 de nisán, es decir, el 6 de abril, miércoles, a las nueve de la mañana.

¹⁰ Inmediatamente, un ángel del Señor marchó a toda prisa al país de los persas a fin de avisar a los reyes magos para que fueran a adorar al niño recién nacido. Guiados por la estrella durante nueve meses, llegaron a su destino en el momento en que la Virgen se convertía en madre. En aquel tiempo, el reino de los persas sobresalía por su poder y sus victorias por encima de todos los reyes de Oriente. Los que eran los reyes de los magos eran tres hermanos: el primero, Melcón, que reinaba sobre los persas; el segundo, Baltasar, que reinaba sobre los indios; el tercero, Gaspar, que poseía el territorio de los árabes. Después de reunirse por orden de Dios, llegaron

en el momento en que la Virgen se convertía en madre. Habían acelerado su marcha y se encontraron allí en el instante preciso del nacimiento de Jesús.

6 *La aflicción de José. Sus sospechas y el juicio que emitió sobre la santísima Virgen.*

7 *María demostró su virginidad y la castidad de José. Ambos fueron sometidos a la prueba del agua (Nm 5, 11-28).*

8 *Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo en la cueva.*

9 *Eva, nuestra primera madre, y José llegaron a toda prisa y vieron a la bendita y santa Virgen cuando daba a luz:*

¹ Cuando José y nuestra primera madre vieron (la nube luminosa), se postraron rostro a tierra y, dando gracias a Dios en voz alta, lo glorificaron, diciendo: «Bendito seas, Señor Dios de nuestros padres, Dios de Israel, que has realizado hoy con tu llegada la redención del hombre; que me has restablecido de nuevo, me has levantado de mi caída y me has devuelto a mi antigua dignidad. Mi espíritu se siente orgulloso, y mi esperanza en Dios mi Salvador se ha estremecido de gozo».

² Dichas estas palabras, Eva, nuestra primera madre, vio una nube que subía al cielo alejándose de la cueva. Por otra parte, aparecía una luz resplandeciente que se posaba delante del pesebre de los animales. El niño se acercó a tomar el pecho de su madre y a beber su leche. Luego, regresó a su lugar y se sentó. Al verlo, José y nuestra primera madre Eva daban gloria a Dios con acción de gracias, y admiraban estupefactos los prodigios que acababan de suceder. Y decían: «¿Quién ha oído realmente cosa semejante de alguna persona, o ha visto con sus ojos algo como lo que aquí se ha cumplido?».

³ Nuestra primera madre entró en la cueva, tomó al niño en sus brazos y se puso a acariciarlo y a abrazarlo con ternura. Y bendecía a Dios porque el niño era extraordinariamente hermoso de ver, brillante, resplandeciente y de rasgos despejados. Lo envolvió en pañales y lo depositó en el pesebre de los bueyes. Entonces nuestra primera madre Eva salió de la cueva. De pronto vio a una mujer, de nombre Salomé, que venía de la ciudad de Jerusalén. Nuestra primera madre Eva salió a su encuentro y le dijo: «Te anuncio una gozosa y buena nueva: una joven virgen, que nunca ha conocido varón, ha dado a luz un niño en esta cueva».

⁴ Salomé dijo: «Yo sé que toda la ciudad de Jerusalén la ha condenado como culpable y digna de muerte. Por su vergüenza y su deshonor ha huido de la ciudad para venir hasta aquí. Pero yo, Salomé, he sabido en Jerusalén que esta virgen ha dado a luz un hijo varón, y he venido con alegría para verlo». Nuestra primera madre Eva dijo: «Es verdad, y su virginidad es santa y permanece inmaculada». Salomé replicó: «¿Cómo has podido saber tú que es virgen?». Nuestra primera madre respondió: «Te voy a contar lo que yo misma he visto con mis propios ojos». Salomé dijo: «Cuéntame». Nuestra primera madre dijo: «Cuando entré en la cueva, vi una nube luminosa que planeaba por encima. En las alturas se oía un ruido de palabras, y un numeroso ejército de coros espirituales de ángeles que bendecían y glorificaban a Dios a plena voz. Y una nube brillante se elevaba hacia el cielo». Salomé le dijo: «Vive el Señor, que no creeré en tus palabras antes de ver que una virgen que no ha conocido varón ha dado a luz un niño sin concurso masculino». Entonces nuestra primera madre entró en la cueva y dijo a la Virgen santa María: «Prepárate como es preciso, porque he aquí que Salomé quiere comprobar y constatar tu virginidad».

⁵ Cuando Salomé entró en la cueva y alargó la mano para acercarla a la Virgen, de pronto saltó una llama de un brillo intenso que le quemó la mano. Y dando un gran grito, exclamó: «¡Ay de mí, miserable y desafortunada! Mis culpas me han extraviado gravemente. ¿Qué he hecho en mi insensatez? He pecado contra mi Dios, he blasfemado y, por mi incredulidad, he tentado al Dios vivo. Mirad cómo mi mano se ha convertido en fuego ardiente».

⁶ Pero un ángel, que estaba junto a Salomé, le dijo: «Extiende tu mano hacia el niño, acércala a él y quedarás curada». Cayó a los pies del niño, lo besó y, tomándolo en sus brazos, lo acariciaba diciendo: «¡Oh recién nacido, hijo del Padre grande y poderoso, niño Jesús, Mesías, rey de Israel, redentor, ungido del Señor, tú te has manifestado en la ciudad de David! ¡Oh luz, tú te has levantado sobre la tierra y nos has revelado la redención del mundo!».

10 *Los pastores, testigos del nacimiento del Señor.*

11 *Los magos llegaron con presentes para adorar al niño Jesús recién nacido:*

¹ José y María habían permanecido con el niño en la cueva, a escondidas y sin aparecer, para que nadie supiera nada. Pero después de tres días, es decir, el 23 de tébeth o 9 de enero, he aquí que los magos de Oriente que habían partido de su país y habían marchado con un ejército numeroso, llegaron a la ciudad de Jerusalén después de nueve meses. El primero era Melcón, rey de los persas; el segundo era Gaspar, rey de los indios; el tercero era Baltasar, rey de los árabes. Los jefes de su ejército, investidos de la categoría de miembros del comando general, eran doce. Las fuerzas de caballería que los acompañaban alcanzaban la cifra de doce mil hombres, cuatro mil de cada uno de los reinos. Todos habían venido por orden de Dios desde la tierra de los magos, de las regiones

de Oriente, su patria. Pues cuando el ángel del Señor anunció a la Virgen María la buena nueva de su maternidad, como ya hemos referido, en el mismo instante el Espíritu Santo les advirtió que fueran a adorar al niño recién nacido. Tomada, pues, la decisión de partir, se reunieron en un mismo lugar. Y la estrella que les precedía los condujo, a ellos y a sus tropas, hasta la ciudad de Jerusalén después de nueve meses.

² Acamparon alrededor de la ciudad y permanecieron tres días, ellos y los príncipes de sus reinos respectivos. Aunque eran todos hermanos, hijos de un mismo rey, ejércitos de diversas lenguas marchaban tras ellos. Melcón, el primer rey, es el que aportaba mirra, áloe, muselina, púrpura y cintas de lino juntamente con los libros escritos y sellados por el dedo de Dios. El segundo, el rey de los indios, Gaspar, llevaba como presentes en honor del niño nardo precioso, mirra, canela, cinamomo, incienso y otros perfumes. El tercero, el rey de los árabes, Baltasar, traía con él oro, plata, piedras preciosas, zafiros de gran precio y perlas finas [...].

²² El rey Melcón tomó el libro del Testamento que guardaba en su casa como herencia de sus primeros padres, como ya hemos dicho, y se lo presentó al niño, diciendo: «He aquí el escrito en forma de carta, que tú mandaste guardar después de haberlo sellado y cerrado. Toma y lee el documento auténtico que tú has escrito. Era el documento, cuyo texto era guardado en secreto y que los magos no se habían atrevido ni a abrir ni a darlo a leer a ninguno de los sacerdotes, ni tampoco a dejar que lo oyera el pueblo judío, porque ellos no eran dignos de convertirse en hijos del reino de Dios, ya que estaba destinados a negarlo y a crucificar al Salvador [...].

²⁴ Este es el documento escrito, sellado y cerrado por el dedo de Dios, que los magos presentaron a Jesús. Desde entonces, los reyes, los príncipes y todo su ejército

cumplieron sus votos y sus plegarias. Permanecieron en la cueva durante tres días. Y después de haber deliberado, se dijeron los reyes: «Ea, vamos juntos a adorarlo y a confesar que es Dios. Luego, volveremos a emprender nuestro viaje en paz». De común acuerdo se levantaron todos, se dirigieron a la cueva, adoraron a Jesús y dieron de él este testimonio: «Tú eres Dios e Hijo de Dios». Y saliendo de la cueva, alababan a Dios con alegría y gozo.

12 *Después de cuarenta días, José y María se dirigieron con dones al Templo.*

13 *Herodes, engañado por los magos, ordena matar a los niños de Belén.*

14 *Herodes da muerte al sumo sacerdote Zacarías en el Templo.*

15 *El ángel comunicó a José la orden de huir hacia la tierra de Egipto lejos del poder de Herodes. Prodigios realizados por Jesús:*

⁵ Jesús salía de casa a pasear con otros niños y compañeros de la misma edad para jugar con ellos y unirse a sus conversaciones. Los llevaba a los lugares altos del castillo, a las claraboyas y a las ventanas por donde pasaban los rayos del sol. Y les decía: «¿Quién de vosotros sería capaz de abrazar un rayo de luz y deslizarse por él de aquí hasta abajo sin hacerse daño?». Ellos le contestaron: «Ninguno de nosotros podría hacer tal cosa». Jesús replicó: «Pues mirad todos y ved». Y Jesús, estrechando entre sus brazos los rayos del sol, formados con minúsculas partículas de polvo, se dejó resbalar hasta abajo sin hacerse daño alguno. Visto lo cual, los niños y la gente menuda que allí se encontraba se fueron a contar en la ciudad el prodigio realizado por Jesús. Los que oían el relato de aquel espectáculo quedaban admirados y estupefactos. Pero cuando José y María oyeron tales cosas, se llenaron de

temor y se marcharon de aquella ciudad por causa del niño para que nadie lo reconociera. Salieron de noche furtivamente llevándose a Jesús, y se alejaron huyendo de aquellos lugares.

²⁴ En aquella ciudad (Mesrín de Egipto) permaneció José durante varios días en casa de un príncipe de estirpe hebrea. Se llamaba Lázaro y tenía un hijo y dos hijas. El hijo se llamaba Lázaro, y las hijas, Marta y María. Acogió a José y a los suyos con gran honor, como convenía. José prolongó allí su estancia y contó a Lázaro del trato que le habían dispensado los hijos de Israel: opresiones, persecuciones, vejaciones y finalmente el destierro en que se encontraban. Al oír estas cosas, Lázaro se llenó de tristeza. José le dijo: «Bendito seas, porque nos has hecho todo el bien posible. Nos has recibido cordialmente, nos has mantenido a todos los que hemos venido hasta aquí y nos has hecho mucho bien». Lázaro respondió a José: «Anciano venerable, establece tu morada en este lugar, y no dudes de que más adelante encontrarás el descanso y la liberación de tu aflicción».

16 *La santa familia regresó a la tierra de Israel y habitó en el país de Galilea en la ciudad de Nazaret.*

17 *Partieron de allí para dirigirse a Siria.*

18 *Llegan a la tierra de Canaán. Travesuras infantiles de Jesús.*

19 *Van a la tierra de Israel y procuran que Jesús vaya a la escuela.*

20 *Jesús es confiado a Gamaliel para que aprenda las letras.*

21 *Llegan a la ciudad de Tiberíades y Jesús se dedica al oficio de tintorero.*

22 *Jesús va a la ciudad de Arimatea. Muerte y resurrección operadas por una travesura infantil de*

Jesús.

23 *Suben a la cima de una montaña. Travesura infantil de Jesús:*

³ Otro día, tomó Jesús consigo a los niños y los llevó a pasar el rato junto a un gran árbol. Ordenó al árbol que inclinara su ramaje, y Jesús se subió y se sentó encima. Ordenó al árbol que se enderezara. El árbol se levantó dominando todo aquel paraje. Jesús permaneció arriba durante una hora. Los niños le gritaban y decían: «Ordena al árbol que se incline para que nosotros subamos contigo». Entonces Jesús ordenó al árbol que inclinara su ramaje, y dijo a los niños: «Venid enseguida junto a mí». Y subieron gozosos junto a Jesús. Después de un cierto tiempo, Jesús mandó al árbol y el árbol inclinó su ramaje. Los niños bajaron con Jesús, y el árbol recuperó su posición.

⁴ Sucedió también que un día estaban reunidos los niños en un mismo lugar, y Jesús estaba con ellos. Había allí un muchacho de doce años, atacado en todo su cuerpo de dolorosas enfermedades. Era leproso, epiléptico, mutilado en la extremidad de los dedos de manos y pies, tanto que había perdido la forma humana. No podía caminar y yacía al lado de la calzada. Cuando Jesús lo vio, tuvo piedad de él, y le dijo: «Muchacho, ven que yo te vea». El joven, quitándose los vestidos, quedó desnudo. Jesús ordenó a los niños que lo tendieran en tierra. Y Jesús, recogiendo polvo del suelo, lo esparció sobre él y dijo: «Extiende tu mano, porque estás curado de todas tus enfermedades». Al momento toda su piel se despegó de su cuerpo; sus tendones y las articulaciones de sus huesos se consolidaron, y devino sano y sin tacha como un recién nacido. Se levantó, pues, se precipitó llorando a los pies de Jesús y se postró ante él. Jesús le dijo: «Vete en paz». Y se fue en paz a su casa. Todos los presentes, testigos de los

milagros que Jesús había hecho, quisieron verlo, pero no lo encontraron.

24 *Marcharon a la ciudad de Emaús, donde curó a los enfermos. Milagros realizados por Jesús.*

25 *El ángel avisó a José que se fuera a la ciudad de Nazaret.*

26 *Numerosas curaciones que Jesús realizó en la ciudad, en el pueblo y en varios lugares.*

27 *Se cumplen las tradiciones escritas por los profetas y sobre las acciones maravillosas que hizo Jesús.*

28 *El juicio que Jesús emitió entre dos soldados:*

¹ Quince días después sucedió que Jesús decidió mostrarse un poco más a los hombres. Cuando iba de camino, encontró a dos soldados que, mientras caminaban, se enzarzaron en una disputa con peligro de hacerse daño. Jesús los vio de lejos, se dirigió a ellos y les dijo: «Soldados, ¿por qué estáis así llenos de cólera y con disposición de mataros el uno al otro?». Estaban, en efecto, tan llenos de rabia en su ánimo, que no le respondieron palabra. Llegaron a un cierto lugar, donde había un pozo y se sentaron junto al agua. Se amenazaban groseramente el uno al otro con injurias. Jesús, que se hallaba sentado entre los dos, estaba atento a su conversación. Y uno de los dos, que era el más joven, reflexionando, se dijo: «Él es el mayor; yo soy el inferior y más joven. Conviene, pues, que yo me someta. ¡Maldita sea! Por lo demás, ¿por qué ponerlo furioso contrariándolo? Voy a someterme a él, a su voluntad».

² Después, el soldado, mirando a su alrededor, vio a Jesús sentado tranquilamente y le dijo: «Niño, ¿de dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Cómo te llamas?». Jesús respondió: «Si te lo digo, no podrás comprenderme». El soldado le preguntó: «¿Viven todavía tu padre y tu madre?». Jesús contestó: «Sí, mi

Padre vive y es inmortal». El soldado replicó: «¿Cómo que inmortal?». Dijo Jesús: «Es inmortal desde el principio; vive, y la muerte no tiene poder sobre él». El soldado dijo: «¿Quién es el que permanecerá vivo para siempre, sobre quien la muerte no tiene poder, ya que dices que tu padre tiene asegurada la inmortalidad?». Jesús respondió: «No podrías conocerlo ni tener una idea»... : «¿Quién puede verlo?». Contestó Jesús: «Nadie». El soldado insistió: «¿Dónde está tu padre?». Dijo Jesús: «Está en el cielo, por encima de la tierra». El soldado replicó: «¿Y cómo puedes ir tú a su lado?». Jesús dijo: «Yo he estado, y ahora todavía estoy con él». El soldado dijo: «No puedo comprender lo que dices». Jesús aseguró: «Es algo inexplicable e incomprensible». El soldado le dijo: «¿Pues quién lo puede comprender?». Jesús le dijo: «Si me lo preguntas, yo te lo puedo explicar». A lo que el soldado repuso: «Por favor, explícamelo».

³ Jesús dijo: «No tengo padre en la tierra ni madre en el cielo». El soldado replicó: «¿Cómo has nacido entonces y has sido alimentado?». Jesús le contestó: «Mi primera generación procede del Padre antes de los siglos; mi segunda ocurrió en esta tierra...».

[Sigue una prolija explicación de Jesús sobre su generación eterna y su nacimiento en el tiempo. Luego pone de acuerdo a los dos soldados].

¹³ Y Jesús hizo entre los dos un reparto equitativo. Ellos estuvieron de acuerdo con la voluntad de Jesús. Luego los bendijo, y ellos prosiguieron su camino.

5. Libro de la infancia del Salvador

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Hacia el siglo XI.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: ¿Latín?

Fuente: Manuscritos latinos medievales. En esta edición, manuscrito latino 11867 de la Biblioteca Nacional de París.

Es un breve evangelio que recoge tradiciones y leyendas, generalmente conocidas por otros documentos. Recogemos las más originales, tomadas de las ediciones de R. Reinisch y G. Bonaccorsi de los años 1879 y 1948^[504], respectivamente. El texto latino que figura en la Biblioteca Nacional de París con el número 11867 presenta un contenido que guarda numerosas semejanzas, desde el título al cuerpo del relato, con el conocido y traducido en esta colección Liber de Infantia Saluatoris del Códice Arundel 404 del Museo Británico (ambos llevan el mismo título latino, véase p. 244). Si en el primer caso ofrecíamos solo lo referente al nacimiento de Jesús, en el presente se traducen únicamente los pasajes que ofrecen alguna información más o menos novedosa al menos de la infancia de Jesús.

* * *

Jesús en la torre con otros niños

1 Aconteció en cierto tiempo que muchos niños seguían a Jesús para jugar con él. Pero un padre de familia, muy enfadado porque su hijo andaba con Jesús, lo encarceló en una torre fortísima y solidísima, con la intención de que nunca más siguiera a Jesús. En la torre no había abertura ninguna ni entrada, excepto la puerta y una ventana

estrechísima solamente para dejar pasar un poquito de luz. La puerta era secreta y estaba sellada. Sucedió a aquel padre de familia que un día se acercó por allí Jesús para jugar con los niños. Al oírlo el niño encarcelado, gritó junto a la ventana, diciendo: «Jesús, compañero queridísimo, he oído tu voz, mi alma se ha regocijado y me he sentido aliviado. ¿Por qué me abandonas aquí encerrado?». Vuelto Jesús hacia él, dijo: «Extiende hacia mí tu mano o tu dedo por el agujero». Cuando así lo hizo, tomó Jesús la mano y sacó por aquella estrechísima ventana al niño que lo siguió. Le dijo Jesús: «Reconoce el poder de Dios y cuenta en tu vejez lo que Dios hizo contigo en tu niñez». Cuando vio lo sucedido el padre de familia, lo primero que hizo fue acercarse a la puerta. Al advertir que todo estaba intacto y sellado, protestó a gritos diciendo que era un fantasma. Pues sus ojos estaban cerrados para no reconocer el poder divino.

Salto prodigioso

2 El mismo padre de familia, llamado José, el más importante entre los magistrados de la sinagoga, y entre los fariseos, los escribas y doctores, se quejó de Jesús porque había realizado maravillas nuevas en el pueblo de forma que ya era venerado como Dios. Y con gran exaltación dijo: «Mirad cómo nuestros niños, entre los que está mi hijo, siguen a Jesús hasta el campo de Sicar». Lleno de ira, cogió un bastón para golpear a Jesús, y lo persiguió hasta el monte, en cuya falda lateral se extiende un campo de habas. Jesús se apartó de su furor dando un salto desde la cima del monte hasta un lugar que distaba como un tiro de arco. Los otros niños quisieron imitarlo en un salto similar, pero cayeron rompiéndose las piernas, brazos y cuellos. Por este hecho se armó una grave protesta ante María y José, pero Jesús sanó a todos y los dejó todavía más fuertes. Cuando vio lo sucedido el jefe de la sinagoga, a saber, el padre del niño encarcelado, y

también lo vieron todos los presentes, adoraron juntos a Dios Adonay. El lugar en el que Jesús dio el salto se llama hasta el día de hoy «el Salto del Señor».

Siembra milagrosa

3 Sucedió, pues, que siendo el tiempo de la sementera, salió José a sembrar el trigo. Y le siguió Jesús. Cuando José comenzó a sembrar, extendió Jesús la mano y tomó la cantidad de trigo que cabe en un puño y lo desparramó en la linde del campo. Vino José en el tiempo de la siega para recoger su cosecha. Vino también Jesús para recoger las espigas del grano que había sembrado y cosechó cien modios^[505] de trigo excelente, cantidad que no habían producido tres o cuatro de los otros campos. Y dijo a José: «Llamad a los pobres, a las viudas y a los huérfanos y que se les reparta el trigo de mi cosecha». Así se hizo. Nuevamente, durante la distribución, hubo un enorme e inesperado incremento, con el que restablecidos los pobres bendecían al Señor de todo corazón diciendo que el Señor Dios de Israel había visitado a su pueblo^[506].

Garbanzos convertidos en piedras

4 Sucedió otra vez en un día del tiempo de la siembra que pasaba Jesús por Asia, cuando vio a un cierto campesino que sembraba en su campo una clase de legumbre, llamada «garbanzo». El lugar se llamaba «Campo junto a la tumba de Raquel», situado entre Jerusalén y Belén. Jesús le dijo: «Hombre, ¿qué estás sembrando?». Pero indignado y burlándose de que un niño de aquella edad le hiciera esa pregunta, contestó: «Piedras». Jesús le dijo: «Dices la verdad, porque son piedras». Y todos aquellos granos de garbanzo se convirtieron en piedras durísimas, que aún conservan hasta el día de hoy la forma de garbanzo, el color y hasta los ojillos en la cabeza. Así, con la palabra sola de Jesús, todos los granos,

tanto los sembrados como los que iban a serlo, se convirtieron en piedras. Y hasta el día de hoy los que buscan con cuidado encuentran aquellas piedras.

El bastón de Jesús convertido en árbol

5 Otro día por la mañana, cuando todavía el rocío templaba la fuerza del sol, subieron María y José de las regiones de Tiro y Sidón a Nazaret. A medida que subía el sol, María se sentía más pesada y acabó por sentarse en tierra presa de la fatiga. Y dijo a José: «Ha subido [la fuerza] del sol por la que me siento agobiada. ¿Qué puedo hacer? No hay una sombra para cobijarme». Y elevando sus manos al cielo, oró diciendo: «¡Oh virtud del Altísimo!, según aquella palabra amable que oí en una ocasión procedente de ti (Lc 1, 35), cúbreme con tu sombra; que viva mi alma y dame tu refrigerio». Jesús, al oír estas palabras, se alegró y clavó en tierra el palo seco que sostenía en la mano a modo de bastón y dijo con tono de mando: «Proporciona inmediatamente a mi madre una sombra gratísima». Y al punto aquella vara se transformó en un árbol espeso y frondoso que ofreció a los que descansaban a su sombra un dulce refrigerio.

Jesús cabalga sobre un rayo de sol

6 En un día de invierno, cuando el sol resplandecía radiante con toda su fuerza, se extendió un rayo de sol penetrando por una ventana hasta la pared en la casa de José. Jugaban por allí los niños del barrio correteando por la casa, cuando Jesús subió sobre un rayo de sol y, colocando encima sus vestidos, se sentó como sobre una viga firmísima. Cuando lo vieron los niños coetáneos que con él estaban jugando, pensaban que podrían hacer lo mismo. Subieron, pues, para sentarse con Jesús jugando a imitación suya. [Pero cayeron al suelo gritando:] «Nos estrellamos». Pero Jesús, a instancias de María y José, sanaba las lesiones de todos los heridos

soplando ligeramente sobre el lugar dolorido. Y dijo: «El Espíritu sopla donde quiere, y a los que quiere los sana». Entonces todos quedaron sanos. Estas cosas las anunciaron a nuestros padres. Este suceso se hizo público en Jerusalén y en los remotos confines de Judá. La fama de Jesús se extendió por las provincias de alrededor. Vinieron, pues, para bendecirlo y para ser bendecidos por él. Y le dijeron: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron» (Lc 11, 27).

José y María dieron las gracias a Dios por todo lo que habían visto y oído^[507].

12 En otro tiempo, dijo María a su hijo: «Hijo, ve a la fuente de Gabriel, saca de ella agua y tráela en un cántaro». Obediente a su madre, tomó el cántaro y se marchó. Le seguían otros niños de su edad portando igualmente sus cántaros. Cuando volvía Jesús después de llenar su cántaro, lo lanzó con ímpetu contra una roca que había en el camino, pero ni se rompió ni resonó demasiado. Al verlo los otros niños, hicieron lo mismo; pero todos rompieron sus cántaros, y se derramó el agua por la que habían ido. Como surgió por ese motivo un escándalo acompañado de quejas, recogió Jesús los fragmentos, rehízo todas las vasijas y devolvió a cada uno la suya con el agua. Y levantando los ojos al cielo, dijo: «Padre, así deben ser reformados los hombres dispersados que han perecido». Todos quedaron atónitos por aquel hecho y por aquellas palabras y bendecían diciendo: «Bendito el que viene en el nombre del Señor. Amén».

APÉNDICE

Cartas de Jesús

Autores: Desconocidos.

Fecha probable de composición: A mediados del siglo III.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Siríaco.

Fuente: Traducciones al griego a partir del siglo IV, algunas conservadas en los manuscritos de la *Historia eclesiástica*, de Eusebio de Cesarea.

Entre la literatura declarada apócrifa llama la atención la correspondencia epistolar mantenida presuntamente entre Jesús y el rey Abgaro de Edesa. La tradición supone que si las facultades taumatúrgicas de Jesús eran tan ilimitadas, habría sido natural que su fama traspasara las fronteras de Palestina. Esta tradición recoge la leyenda de unas relaciones epistolares entre el rey Abgar V de Edesa, calificado por Tácito como Rex Arabum Acbarus^[508], y el mismo Jesús. Este personaje reinó en Edesa desde el año 4 a. de. C. hasta el 7 d. de. C. y luego desde el 13 hasta el 50 d. de. C. Enfermo de lepra, dirigió a Jesús una carta en la que le rogaba que viajara hasta Edesa para curarlo. Jesús le prometió enviarle un discípulo después de su ascensión.

Esta leyenda conectaba la presencia del cristianismo en Edesa con la época apostólica^[509]. Es posible que esta tradición pudiera remontarse al siglo III. De las dos fuentes documentales

que la testimonian, la Doctrina de Addai y el texto de la Historia de la Iglesia de Eusebio de Cesarea, traducimos el relato de Eusebio, que registra incluso la fecha del año 340.

* * *

Introducción y comentario de Eusebio de Cesarea

La divinidad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a causa de su actividad taumatúrgica, fue conocida por toda la humanidad. Con ello se granjeó también entre los que residían en el extranjero, muy lejos de Judea, muchos miles de adeptos, que esperaban la salud de sus enfermedades y de muchas otras molestias. Ahora bien, el rey Abgar, que gobernaba gloriosamente sobre los pueblos de más allá del Éufrates y que padecía una grave enfermedad corporal, incurable para las fuerzas humanas, tuvo noticia del famoso nombre de Jesús y de sus milagros públicamente reconocidos. En consecuencia, se dirigió por medio de un emisario, portador de una carta de súplica, en la que solicitaba la curación de su enfermedad. Para salir al paso de esta petición, Jesús no hizo nada entonces, pero lo honró con una carta personal, en la que le prometía enviarle a uno de sus discípulos con el encargo de librarlo de su enfermedad y a la vez otorgarle a él y a los suyos la salud del alma.

No tardó en cumplir su promesa. Pues después de la ascensión de Jesús al cielo, Tomás, uno de los doce apóstoles, por mandato divino, envió a Edesa a Tadeo, que pertenecía al grupo de los setenta discípulos de Cristo. Iba como predicador de la doctrina de la salvación y para cumplir la promesa hecha por el Salvador. Sobre el asunto hay un testimonio escrito, recogido en los archivos reales de la ciudad de Edesa... Especialmente, hay una carta que hemos tomado del archivo y hemos traducido literalmente del siríaco. Su texto es el siguiente:

1. Copia de la carta escrita por el rey Abgaro a Jesús y enviada a Jerusalén por medio del correo Ananías

Abgaro Ukkâmâ^[510], príncipe de Edesa, a Jesús el Salvador bueno que ha aparecido en Jerusalén, salud.

He tenido noticia de actividades tuyas y de las curaciones que realizas sin medicinas ni hierbas. Pues según cuentan, devuelves la vista a los ciegos, haces andar a los cojos, limpias a los leprosos, expulsas a los espíritus inmundos y a los demonios, sanas a los atormentados por largas enfermedades y resucitas a los muertos.

Después de escuchar todas estas noticias acerca de ti, se me ha ocurrido que es por una de estas dos cosas: o porque tú eres Dios, que has bajado del cielo y realizas estas cosas, o eres Hijo de Dios y por eso las haces. Por esta razón, pues, te he escrito rogándote que te tomes la molestia de venir hasta mí para curarme de la enfermedad que me aflige.

Pues también he oído decir que los judíos murmuran contra ti y pretenden hacerte mal. Yo tengo una ciudad muy pequeña, pero digna, que es suficiente para los dos.

2. Respuesta de Jesús al príncipe Abgaro por medio del correo Ananías

Abgaro, eres dichoso por haber creído en mí sin haberme visto. Pues de mí está escrito que los que me hayan visto no creerán en mí, para que aquellos que no me hayan visto crean

y vivan^[511].

Y sobre lo que me has escrito pidiéndome que vaya hasta ti, es preciso que cumpla aquí todas aquellas cosas por las que fui enviado. Entonces subiré de nuevo al lado del que me envió.

Pero cuando sea elevado al cielo, te enviaré a uno de mis discípulos para que cure tu enfermedad y os otorgue la vida a ti y a los tuyos.

3. Escrito, compuesto en siríaco, unido a las cartas anteriores

(Eusebio de Cesarea, *Historia de la Iglesia*, I, 13, 1-21).

Después de la ascensión de Jesús a los cielos, Judas, llamado también Tomás, envió al apóstol Tadeo, uno de los setenta, a Abgaro. Llegó, pues, y habitó en casa de Tobías, hijo de Tobías. Cuando se extendió la noticia de su llegada y de los milagros que realizaba, le fue comunicado a Abgaro que había llegado un apóstol de Jesús, según se lo había prometido por carta. Tadeo, pues, comenzó a curar por el poder de Dios toda enfermedad y dolencia, de modo que todos quedaban admirados.

Cuando Abgaro oyó las maravillas, los milagros y las curaciones que hacía en el nombre y en el poder de Jesucristo, cayó en la sospecha de que este podría ser el que le prometió cuando le dijo: «Cuando sea elevado al cielo, te enviaré a uno de mis discípulos que te curará y os otorgue la vida a ti y a todos los tuyos». Mandó llamar a Tobías, en cuya casa se

hospedaba, y le dijo: «He oído decir que está hospedado en tu casa un hombre poderoso, que ha llegado de Jerusalén y realiza muchas curaciones en el nombre de Jesús». Tobías dijo: «Sí, Señor, ha llegado un extranjero que se aloja en mi casa y realiza muchos milagros». Abgaro le dijo: «Tráelo a mi casa». Tobías entonces regresó a su casa y dijo a Tadeo: «El príncipe Abgaro me ha mandado llamar y me ha rogado que te lleve hasta él para que tú cures su enfermedad». Tadeo repuso: «Vamos, porque he sido enviado con poderes precisamente por él».

Tobías, levantándose temprano al día siguiente, tomó consigo a Tadeo y se dirigió a casa de Abgaro. Cuando llegó, rodeado Abgaro de sus próceres, creyó ver en el rostro de Tadeo que entraba no sé qué de divino. Abgaro, al verlo, adoró a Tadeo. Los presentes fueron presa de la admiración, pues no veían la visión que solamente era visible para Abgaro. Este preguntó a Tadeo: «¿Eres tú en verdad discípulo de Jesús, el Hijo de Dios, que me dijo: “Yo te enviaré a uno de mis discípulos, que curará tu enfermedad y os otorgará la vida a ti y a todos los tuyos?”». Tadeo respondió: «Porque has creído firmemente en el Señor Jesús que me ha enviado, por eso he sido yo enviado a ti. Y si crees más y más en él, se cumplirán todos los deseos de tu corazón de acuerdo con tu fe». Abgaro le dijo: «He creído en él de manera que desearía destruir con un ejército a los judíos que lo crucificaron, si no hubiera desistido de ello por temor al poder de los romanos».

Tadeo añadió: «Nuestro Señor y Dios Jesucristo cumplió la voluntad de su Padre. Después de haberla cumplido, regresó junto a su Padre al cielo». Abgaro le dijo: «Yo también he creído en él y en su Padre». Tadeo replicó: «Por eso impongo mi mano sobre ti en el nombre del mismo Señor Jesús». Hecho esto, inmediatamente quedó curado Abgaro de la enfermedad y la dolencia que lo aquejaban. Abgaro se llenó

de admiración porque lo que había oído decir sobre Jesús lo veía ahora cumplido de hecho por su discípulo y apóstol Tadeo, ya que sin medicamentos ni hierbas le había devuelto la antigua salud. Y no solamente a él, sino también a un tal Abdo, hijo de Abdo, que padecía de gota. Pues se postró suplicante a los pies de Tadeo y, recibiendo su bendición con la imposición de las manos, quedó curado.

El mismo apóstol curó también a muchos ciudadanos haciendo numerosos milagros y predicando la palabra de Dios. A continuación, dijo Abgaro: «Tadeo, tú haces estas cosas por el poder de Dios, por lo que te admiramos. Pero, además de esto, te ruego que nos expliques cómo sucedió la venida de Jesús, cómo fue su poder y con qué autoridad hacía las cosas que hemos escuchado». Tadeo respondió: «Ahora voy a callar, ya que he sido enviado a predicar la palabra. Pero mañana congrégame a todos tus conciudadanos; ante ellos predicaré la palabra de Dios y sembraré en ellos la palabra de la vida. Os contaré cómo fue la venida de Jesús y su misión, por qué razón fue enviado por el Padre; os hablaré del poder de sus obras y de los misterios de los que habló en el mundo; con qué potestad hacía tales cosas; cómo fue su nueva predicación, y la pequeñez, la sencillez y la humildad del que era hombre en apariencia; cómo se humilló a sí mismo y murió; cómo ocultó su divinidad; cuánto padeció de parte de los judíos, fue crucificado y bajó a los infiernos...».

Este relato lo he traducido del siríaco literalmente no sin provecho. Ojalá encuentre aquí su lugar idóneo.

4. Carta de Jesús acerca del domingo

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Anterior al siglo VI.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Siete versiones diferentes agrupadas en tres recensiones. En este caso se utiliza la recensión A transmitida por un códice griego del siglo XV, de la Biblioteca Nacional de París.

Liciniano, obispo de Cartagena (muerto antes de 602), había escrito un ataque contra los que creían en cartas venidas del cielo debido a que Vicente, obispo de Ibiza a la sazón, había enviado al primero un escrito que presumía de serlo. Según Liciniano, tal escrito apócrifo parecía «judaizar» en el sentido de posponer el domingo frente al sábado judío.

La carta enviada por Vicente, que se creía perdida, ha sido identificada —según A. De Santos Otero, p. 665— con una epístola transmitida en griego en la Iglesia oriental, muy apreciada a partir del siglo VI. El texto se presenta a sí mismo como una carta escrita por el mismo Jesucristo y venida desde el cielo hasta el altar de san Pedro en Roma.

De las tres redacciones conocidas, traducimos la del códice 925 de la Biblioteca Nacional de París, representante de la etiquetada como redacción A.

* * *

Prólogo del copista

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Relato acerca del domingo, día santo del Señor entre los demás días, en el que resucitó de entre los muertos, el

Señor y Dios nuestro Jesucristo. Bendice, Señor. Carta del Señor, Dios y Salvador nuestro Jesucristo, enviada a la antigua Roma, al templo de san Pedro, príncipe de los apóstoles a quien dijo Cristo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares sobre la tierra será atado en el cielo, y cuando desatares sobre la tierra será desatado en el cielo^[512]». Esta carta quedó suspendida en el aire en medio del templo. Pero se apareció en sueños al obispo de Roma, Pedro, el gran apóstol del Señor, y le dijo: «Levántate, obispo, mira la inmaculada carta de nuestro Señor Jesucristo». El pontífice se levantó tembloroso y entró en el santuario. Al ver la inmaculada carta en medio del templo colgada en el aire, gritó llorando: «Grande eres, Señor, y admirables son tus obras, porque nos has manifestado esta carta para todo el mundo». Y llamando a toda la multitud de los clérigos de la gran iglesia, sacerdotes, monjes, hombres, mujeres y niños, decían entre lágrimas durante tres días y tres noches: «Muéstranos, Señor, tu abundante misericordia a tus humildes e indignos suplicantes». Y hacia la hora de tercia del día bajó la inmaculada carta hasta las manos del pontífice, el cual, postrándose y besándola con temor y temblor, la abrió y encontró que decía:

Texto de la carta

Mirad, mirad, hijos de los hombres, que os he dado el santo domingo, pero vosotros ni lo habéis apreciado ni celebrado. Envié naciones bárbaras, y derramaron vuestra sangre. Realicé muchas cosas terribles, pero ni aun así hicisteis penitencia. ¿No habéis oído el evangelio que dice: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán por los siglos^[513]»? Os envié tormentas, heladas, pestes y terremotos

sobre la tierra, granizada, langostas, orugas, saltamontes y otras muchas cosas por causa del día santo del domingo, y no hicisteis en absoluto penitencia. Os di trigo, vino, aceite y toda clase de bienes, y en cuanto os saciasteis, volvisteis a vuestra maldad. Pretendí destruir a todo hombre por causa del domingo santo, pero de nuevo me compadecí por la plegaria de mi inmaculada madre, y de los santos ángeles, apóstoles y mártires, y hasta del Precursor y Bautista. Pues apartaron mi cólera de vosotros. Viudas, huérfanos y pobres claman en mi presencia, pero no tuvisteis compasión de ellos. Las gentes se compadecen, pero vosotros los cristianos no tenéis misericordia. Di a los hebreos la Ley por medio de Moisés, y no la quebrantan. A vosotros os he dado el santo evangelio y mi ley y mi bautismo, pero no lo guardáis.

¿No sabéis, hombres, que en el primer día hice el cielo y la tierra y el principio de los días y de los tiempos, y que lo denominé domingo luminoso, Pascua grande y resurrección? Por eso, todo hombre bautizado debe honrarlo y celebrarlo y frecuentar la iglesia santa de Dios. ¿No sabéis que en viernes hice al primer creado Adán y a Eva, y que nuevamente en viernes fui crucificado y sepultado, y que en domingo resucité por la salvación del mundo? Por esta razón os ordené que todo cristiano ayune absteniéndose de carne, queso y aceite los miércoles y los viernes. ¿No sabéis que el día santo del domingo me alojé en casa de Abrahán gracias a su hospitalidad cuando incluso sacrificó un ternero en obsequio de la Santa Trinidad^[514]?. También en domingo me aparecí a Moisés en el monte Sinaí, y después que ayunó cuarenta días, le hice entrega de las tablas escritas por Dios [quiero decir la Ley]^[515]. También el día santo del domingo, mi arcángel Gabriel trajo el mensaje del «Dios te salve» [quiero decir la anunciación]^[516]. También en domingo recibí el bautismo de manos del Precursor, para daros ejemplo y para que no sintáis

orgullo al ser bautizados por unos pobres sacerdotes. [No seáis orgullosos, no lo seáis ni siquiera frente a un pobre cualquiera]. Pues Juan, el que me bautizó, no tenía para vestirse sino unos pelos de camello, y ni comía pan ni bebía vino. ¡Ay del que no honra a su padrino ni a sus propios hijos! ¡Ay de los que pisotean la cruz! ¿No sabéis que en el día santo del domingo juzgaré a la tierra entera y haré presentarse ante mí a reyes y mandatarios, ricos y pobres, desnudos y descamisados? Juro por mi trono excelso que, si no guardáis el día santo del domingo, los miércoles, los viernes y las fiestas más señaladas, tengo que enviar bestias venenosas para que devoren los pechos de las mujeres que no amamantan bebés porque no tienen leche materna, y lobos salvajes raptan a vuestros hijos. Maldito es el hombre que no honra el día santo del domingo desde la hora nona del sábado hasta la aurora del lunes, y que no respeta el ayuno y la abstinencia los miércoles y los viernes. Glorificad, pues, mi nombre grande.

Y si tampoco hacéis estas cosas, no os enviaré otra carta, sino que abriré los cielos y haré llover fuego, granizo, agua hirviendo, porque el hombre no acaba de enterarse; provocaré terremotos terribles y haré llover sangre y ceniza en el mes de abril; aniquilaré toda semilla, viña y plantas, y haré desaparecer vuestras ovejas y rebaños por causa del domingo santo. Voy a enviar bestias aladas para que coman vuestras carnes, de modo que digáis: «Abrid las sepulturas los que desde los siglos estáis descansando y escondednos de la ira del Señor Dios Todopoderoso». Oscureceré la luz del sol y haré surgir las tinieblas como hice en otro tiempo con los egipcios por medio de Moisés, mi siervo. Enviaré al pueblo de Israel para que los reduzca a esclavitud y los haga perecer con muerte cruel y a espada. Entonces lloraréis y haréis penitencia. Entonces volveré mi rostro para no oíros, y ello por causa del domingo santo. Hombres malhechores,

embusteros, adúlteros, rebeldes, impíos, injustos, odiosos, traidores, intrigantes, blasfemos, hipócritas, abominables, falsos profetas, ateos [...], esquivos, [...], que odian a sus hijos, que pisotean la cruz, ambiciosos del mal, desobedientes, calumniadores, que odian la luz y aman las tinieblas, que dicen: «Amamos a Cristo y ultrajamos al prójimo», siendo odiados devoramos a los pobres [...]. ¡De cuántas cosas tendrán que arrepentirse en el día del juicio los que practican estas conductas! ¿Cómo no se va a romper la tierra y os devorará vivos? Porque realizan las obras del diablo y heredarán la maldición en compañía de Satanás. Sus hijos, como el polvo, desaparecerán de la faz de la tierra. Por mi madre inmaculada, por los querubines de muchos ojos y por Juan el que me bautizó, que esta carta no ha sido escrita por un hombre, sino que lo ha sido enteramente por mi Padre invisible. Si se encuentra algún insensato o malintencionado, que diga que esta carta no viene de Dios, heredará la maldición tanto él como su casa, lo mismo que Sodoma y Gomorra; y su alma irá al fuego exterior, porque no tiene fe. Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.

¡Ay de aquel sacerdote que no acoja esta carta y no la lea ante el pueblo! ¡Ay también de aquella ciudad y de aquel pueblo que no la escuche de todo corazón! ¡Ay del hombre que ultraja y deshonra al sacerdote! Porque no ultraja al sacerdote, sino a la Iglesia de Dios, a su fe y a su bautismo. Pues el sacerdote ora por todo el pueblo, por los que lo odian y los que lo aman. ¡Ay de los que conversan durante la sagrada liturgia, y escandalizan al sacerdote que está rezando por los pecados de todos ellos! Porque el sacerdote y el diácono oran por el pontífice y por el pueblo cristiano. ¡Ay de los que no honran a su propio padrino! Él llevó la cruz a tu casa y fue para ti un segundo padre por el bautismo. ¡Ay de los que no creen en las sagradas escrituras! ¡Ay de los que

adosan casa con casa y campo con campo, para no dar facilidades de expansión al prójimo! ¡Ay de aquellos que despojan a los obreros de su salario! ¡Ay de los que dan su dinero con interés!, porque serán juzgados con Judas. ¡Ay del monje que no permanece en el monasterio y en la santa iglesia de Dios! ¡Ay del monje que cae en la fornicación! ¡Ay del que abandona a su propia mujer y se une con otra! Maldito sea el sacerdote aquel que no lea esta carta delante de los hombres, porque cierra el reino de Dios delante de ellos, y ni entra él ni permite que entren los que quieren. Bendito el sacerdote que posee y lee esta carta delante del pueblo, y la copia para otras ciudades y regiones. En verdad os digo que encontrará su recompensa y el perdón de los pecados en el día del juicio. ¡Ay del amo de casa que no hace fructificar su hacienda!, porque como madera estéril será consumido en el fuego. ¡Ay del que presenta dones en la iglesia y está enemistado con sus prójimos! ¡Ay del sacerdote que celebra los santos oficios estando enemistado!, pues no está solo durante la celebración, sino que también los ángeles celebran los oficios con él. Yo, Dios, soy el primero, y estoy también después de estas cosas, y fuera de mí no hay ningún otro. ¿Adónde podréis huir de mi rostro? ¿O dónde os esconderéis? Yo examino los corazones y los riñones, conozco los razonamientos de los hombres y lo que está oculto lo haré manifiesto. Yo ordeno que todo hombre confiese fielmente a su padre espiritual lo que ha hecho desde su juventud. Pues tal padre ha sido dado por mí y por mi santa Iglesia para atar y desatar los pecados de los hombres. Dichoso el hombre que ha honrado el día santo del domingo. Yo, Cristo, lo he bendecido, por lo que será bendito.

Epílogo añadido por el copista de la carta

El arzobispo, papa de Roma, ha dicho a todos: «Hermanos e hijos de nuestra humildad, escuchad; reyes y autoridades,

comprended y aprended a hacer el bien; juzgad y escuchad lo que es justo, patriarcas, metropolitans, obispos, rectores, padres espirituales, sacerdotes, monjes, diáconos y todo el pueblo cristiano del Señor; observad lo que ha ordenado Cristo el Señor sobre el día santo del domingo, para que tengáis paz en este mundo presente. Sin el amor puro, nada bueno posee el hombre. Del mismo modo que los alimentos sin sal son inservibles e inútiles, así también los hombres sin amor son inútiles. Por eso os ruego: guardad y honrad el santo día del domingo y de la resurrección, (que es como se ha llamado) y las solemnes fiestas, para que halléis misericordia en el día del juicio en Cristo Jesús, Señor nuestro, a quien sea dada la gloria y el poder por los siglos. Amén».

C) EVANGELIOS DE LA PASIÓN Y LA RESURRECCIÓN

El grupo de los apócrifos sobre la pasión y la resurrección de Jesús contiene tres bloques fundamentales: el Evangelio de Pedro, el largo y variado Ciclo de Pilato y el Evangelio de Bartolomé. Se trata de obras consideradas como traducciones o elaboraciones sobre originales griegos, que contienen un núcleo de una notable antigüedad: pueden datar del siglo II d. de. C.

1. Evangelio de Pedro

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Hacia el 130.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Papiro de Akhmîm, en griego, probablemente de los siglos VIII/IX.

El Evangelio de Pedro fue descubierto el año 1887 en la tumba de un monje egipcio de la antigua Panópolis (hoy Akhmîm, Alto Egipto). Formaba parte de un conjunto de escritos que contenían restos del Apocalipsis de Pedro y del

Libro 1.º de Henoc. Anteriormente sabíamos de la existencia de este evangelio por un par de textos de Orígenes^[517] y de Eusebio de Cesarea^[518], y una noticia del obispo Serapión de Antioquía^[519]. Es conocido también como Fragmento de Akhmîn por el lugar concreto en el que fue hallado. El fragmento que ofrecemos forma parte con seguridad del antiguo Evangelio de Pedro, descrito por Serapión (190-211), cuyos datos coinciden exactamente con el texto del fragmento que traducimos.

A pesar de lo que se ha mantenido en tiempos recientes, sobre todo por miembros del denominado «Jesus Seminar», parece bastante clara la dependencia del Evangelio de Pedro de los evangelios canónicos, tanto en la forma como en el contenido, al menos en la forma que ha sido descubierto en Akhmîm. La reconstrucción de un núcleo anterior a este fragmento parece muy hipotética.

El autor se permite un uso un tanto arbitrario de sus fuentes. A pesar de todo, el Evangelio de Pedro parece una obra ortodoxa, escrita en Siria, aunque en lengua griega. Su contenido doctrinal y las referencias a autores antiguos señalan el siglo II como su época más probable de composición. El texto delata una admiración sin límites por la personalidad de Pedro, que se presenta a sí mismo en el capítulo final de la obra: «Yo, Simón Pedro, y mi hermano Andrés», pero que ya había sido mencionado en el capítulo 26 en compañía de otros compañeros.

El número dado a los versículos es meramente convencional, pues la obra está truncada al principio y al final.

* * *

Jesús en manos de los judíos

¹ Ninguno de los judíos se lavó las manos, ni Herodes ni cualquiera de sus jueces. Y como no querían lavarse, se

levantó Pilato.

² Entonces el rey Herodes ordena que se apoderen del Señor, diciéndoles: «Haced con él todo lo que os he mandado que hagáis».

José de Arimatea solicita el cuerpo de Jesús

³ Estaba por allí José, el amigo de Pilato y del Señor. Y sabiendo que iban a crucificarlo, se dirigió a Pilato y le pidió el cuerpo del Señor para sepultarlo.

⁴ Pilato envió un recado a Herodes para pedirle el cuerpo (del Señor).

⁵ Herodes respondió: «Hermano Pilato, aun cuando nadie lo hubiera solicitado, nosotros le habiéramos dado sepultura, ya que el sábado es inminente. Y está escrito en la Ley: “Que el sol no se ponga sobre un ejecutado”». Y se lo entregó al pueblo el día anterior al de los Ácimos, que era su fiesta.

Jesús, objeto de escarnio

⁶ Ellos, tomando al Señor, le daban empujones a la carrera y decían: «Arrastremos al Hijo de Dios, pues ha caído en nuestro poder».

⁷ Lo revistieron de púrpura y lo hicieron sentarse sobre el trono del juicio, diciendo: «Juzga con justicia, rey de Israel».

⁸ Uno de ellos trajo una corona de espinas y la puso sobre la cabeza del Señor.

⁹ Otros de los presentes le escupían en el rostro, otros le daban de bofetadas en las mejillas, otros lo golpeaban con una caña y algunos lo azotaban, diciendo: «Con este honor honremos al Hijo de Dios».

Crucifixión

¹⁰ Llevaron a dos malhechores y crucificaron al Señor en medio de ellos. Pero él callaba como si no sintiera dolor.

¹¹ Cuando enderezaron la cruz, escribieron sobre ella: «Este es el rey de Israel».

¹² Colocando sus vestiduras delante de él, las dividieron en lotes y las echaron a suerte entre ellos.

¹³ Uno de aquellos malhechores los increpó, diciendo: «Nosotros padecemos esto por las maldades que hemos hecho; pero este, que es el Salvador de los hombres, ¿qué mal os ha hecho?

¹⁴ Indignados contra él, mandaron que no se le quebraran las piernas para que muriera entre tormentos.

Jesús en la cruz

¹⁵ Era mediodía cuando la oscuridad se extendió por toda Judea. Se alborotaron llenos de angustia temiendo que el sol se pusiera, pues todavía vivía. Porque les está prescrito: «Que no se ponga el sol sobre un ajusticiado».

¹⁶ Uno de ellos dijo: «Dadle a beber hiel con vinagre». Y hecha la mezcla, se la dieron a beber.

¹⁷ Cumplieron todas las cosas y dieron fin a las maldades que pendían sobre sus cabezas.

¹⁸ Muchos daban vueltas por allí con antorchas creyendo que era de noche, y cayeron en tierra.

¹⁹ El Señor levantó la voz, diciendo: «Fuerza mía, fuerza mía, me has abandonado». Dicho esto, fue llevado a lo alto.

²⁰ En aquel momento se rasgó en dos el velo del templo de Jerusalén.

Descendimiento y sepultura

²¹ Entonces retiraron los clavos de las manos del Señor y lo depositaron en tierra. Y la tierra entera tembló y sobrevino en gran temor.

²² Entonces brilló el sol, y resultó que era la hora de nona.

²³ Se alegraron los judíos y entregaron a José el cuerpo de Jesús para que lo enterrara, pues había visto todo el bien que había hecho.

²⁴ Tomó, pues, el cuerpo del Señor, lo lavó, lo envolvió en una sábana y lo introdujo en su propia sepultura, llamada *Jardín de José*.

Duelo por Jesús

²⁵ Entonces, los judíos, los ancianos y los sacerdotes, conociendo cuánto mal se habían hecho a sí mismos, empezaron a lamentarse y a decir: «¡Ay de nuestros pecados! Está cerca el juicio y el fin de Jerusalén».

²⁶ Yo estaba triste junto con mis compañeros, y heridos en nuestro propósito, permanecíamos ocultos. Porque éramos buscados por ellos como malhechores y como si quisiéramos prender fuego al Templo.

²⁷ Por todas estas cosas, ayunábamos y estábamos lamentándonos y llorando noche y día hasta que llegó el día del sábado.

Guardias en el sepulcro

²⁸ Se reunieron entre sí los escribas, los fariseos y los ancianos, al oír que el pueblo entero murmuraba y se golpeaba el pecho diciendo: «Si a la muerte de este hombre han sucedido estos signos tan grandes, ved cuán justo debe ser».

²⁹ Los ancianos tuvieron miedo y fueron a Pilato, suplicándole y diciendo:

³⁰ «Danos soldados, para que custodien su sepultura durante tres días, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y el pueblo crea que ha resucitado de entre los muertos y nos haga a nosotros algún mal».

³¹ Pilato les entregó a Petronio y a un centurión con

soldados para que custodiaran la tumba. Con ellos vinieron también al sepulcro sacerdotes y escribas.

³² Rodando una gran piedra todos los que allí estaban con ayuda del centurión y los soldados, la pusieron a la puerta del sepulcro.

³³ Y después de grabar siete sellos y de plantar allí una tienda, se quedaron de guardia.

Resurrección

³⁴ Cuando clareaba la mañana del sábado, vino una multitud de Jerusalén y sus alrededores para ver el sepulcro sellado.

³⁵ Pero en la noche que daba paso al domingo, estando los soldados de guardia de dos en dos, se oyó una gran voz en el cielo.

³⁶ Y vieron los cielos abiertos y dos varones que descendían desde allí, rodeados de un gran resplandor, que se acercaban al sepulcro.

³⁷ Aquella piedra que habían dejado sobre la puerta, rodando espontáneamente, se retiró a un lado; la tumba quedó abierta y ambos jóvenes entraron en ella.

Testigos de la resurrección. La cruz parlante

³⁸ Entonces, al verlo aquellos soldados, despertaron al centurión y a los ancianos, pues también ellos estaban allí de guardia.

³⁹ Mientras ellos explicaban lo que habían visto, ven salir del sepulcro a tres varones, dos de los cuales ayudaban al otro, y una cruz los seguía.

⁴⁰ La cabeza de los dos primeros llegaba hasta el cielo, pero la del que era conducido por ellos sobrepasaba los cielos.

⁴¹ Oyeron una voz que venía de los cielos y decía: «¿Has

predicado a los que duermen?».

⁴² Y se oyó desde la cruz una respuesta: «¡Sí!».

Los guardias obligados al silencio

⁴³ Discurrían, pues, entre ellos sobre la idea de dirigirse a Pilato y manifestarle aquellas cosas.

⁴⁴ Cuando todavía estaban reflexionando, aparecen de nuevo los cielos abiertos, baja un hombre que entra en el sepulcro.

⁴⁵ Al ver esto los que estaban con el centurión, fueron de noche a toda prisa a Pilato dejando el sepulcro que custodiaban. Y explicaron con gran angustia todo lo que habían visto diciendo: «Verdaderamente era Hijo de Dios».

⁴⁶ Pilato les dio esta respuesta: «Yo estoy limpio de la sangre del Hijo de Dios. A vosotros esto os pareció bien».

⁴⁷ Después, acercándose todos, le pidieron y suplicaron que ordenara al centurión y a los soldados que no dijeran a nadie lo que habían visto.

⁴⁸ «Pues nos conviene —decían— ser reos del mayor pecado delante de Dios que caer en manos del pueblo de los judíos y ser apedreados».

⁴⁹ Mandó, pues, Pilato al centurión y a los soldados que no dijeran nada.

Las mujeres van al sepulcro

⁵⁰ En la mañana del domingo, María Magdalena, discípula del Señor —temerosa por causa de los judíos, pues estaban inflamados de ira—, no había hecho en el sepulcro del Señor lo que acostumbran a hacer las mujeres con los difuntos y con sus seres queridos.

⁵¹ Tomando consigo a sus amigas, fue al sepulcro donde Jesús había sido enterrado.

⁵² Tenían miedo de que las vieran los judíos, y decían: «Aunque no pudimos llorar y lamentarnos en aquel día en que fue crucificado, hagámoslo al menos ahora junto a su sepulcro.

⁵³ Pero ¿quién nos correrá la piedra, colocada ante la puerta de la sepultura, para que podamos entrar, sentarnos junto a él y hacer lo que es debido?

⁵⁴ Porque la piedra era grande y tenemos miedo de que nos vea alguien. Pero si no podemos, dejemos aunque sea junto a la puerta lo que traemos para memoria suya; luego lloramos y nos lamentamos hasta que regresemos a nuestra casa».

El sepulcro vacío

⁵⁵ Marcharon, pues, y encontraron abierto el sepulcro. Se acercaron a echar allí una ojeada. Y ven allí un joven sentado en medio del sepulcro, hermoso y revestido con ropa brillantísima, el cual les dijo:

⁵⁶ «¿A qué habéis venido? ¿A quién buscáis? ¿Acaso a aquel que fue crucificado? Ha resucitado y se ha ido. Y si no lo creéis, asomaos y ved que no está en el lugar donde yacía. Pues ha resucitado y se ha marchado allá de donde fue enviado».

⁵⁷ Entonces las mujeres, llenas de temor, huyeron.

Los apóstoles regresan a sus casas

⁵⁸ Era el último día de los Ácimos, y muchos se marchaban de vuelta a sus casas una vez acabada la fiesta.

⁵⁹ Nosotros, los doce discípulos del Señor, llorábamos y estábamos tristes. Y cada uno, afligido por lo ocurrido, se retiró a su casa.

⁶⁰ Yo, Simón Pedro, y mi hermano Andrés, tomando las redes, nos fuimos al mar. Con nosotros estaba Leví, el hijo de Alfeo, a quien el Señor...

2. Ciclo de Pilato

El prefecto romano de Judea, que juzgó y condenó a Jesús, ocupa sectores importantes de la tradición sobre su resurrección y las circunstancias concomitantes. Su perfil en estos documentos tiene un carácter un tanto reivindicativo de su fama y, desde luego, una función apologética. Como testigo cualificado de los sucesos, da testimonio a favor de Jesús cargando las tintas sobre la culpabilidad de los judíos. Lo mismo que el Evangelio de Juan, la referencia a las autoridades religiosas del pueblo suele llevar la etiqueta de «los judíos». Para el Pilato de estos evangelios Jesús era claramente inocente y estaba tocado de cierta aureola divina. A igual que el Evangelio de Marcos y los Hechos de los Apóstoles, los apócrifos de este ciclo son conscientes de que la autoridad política viene de Roma. En consecuencia, esta debe quedar al margen de acusaciones y juicios negativos. La actitud favorable a Pilato era perceptible ya en el Evangelio de Pedro, pero adquiere unas dimensiones amplias en el denominado «Ciclo de Pilato».

La impresión mayoritaria entre los tratadistas es que el material de estos apócrifos es muy antiguo: en torno a la mitad del siglo II, pero este material debió de recibir variadas reelaboraciones hasta cristalizar en los textos que conocemos, aparecidos juntos no antes del siglo X.

* * *

2.1. Evangelio de Nicodemo/Actas de Pilato/Descenso de Cristo a los infiernos

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Hacia el 130.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Papiro de Akhmîm, en griego, probablemente de los siglos VIII/IX.

El título actual de este escrito, Evangelio de Nicodemo, es tardío, medieval, y recubre la unión de dos obras anteriores. El título tiene su fundamento en la noticia ofrecida en el Prólogo a su parte primera o Actas de Pilato. La segunda parte, al carecer de título original, ha sido denominada Descenso de Cristo a los infiernos. De esta última se han transmitido dos recensiones, una griega y otra latina. Actores protagonistas del Descenso son dos hijos de Simeón, el anciano que tomó al niño Jesús en sus brazos (Lc 2, 25-32). Los textos griegos no mencionan sus nombres, que para la recensión latina se llamaban Carino y Leucio. Estos dos apelativos coinciden con el nombre compuesto de un personaje al que algunos Padres de la Iglesia atribuyen, tradicional, pero erróneamente, la composición de los Hechos Apócrifos de los apóstoles.

Parece evidente la dependencia de estos textos del material de los evangelios canónicos, de los que toma el autor, o autores, desconocidos, los datos precisos para estructurar el relato. Por otra parte, algunos temas delatan un periodo anterior a las fuentes rabínicas que acusaban a Jesús de haber nacido de relaciones adulterinas. En las Actas de Pilato 2, 3, los judíos echan en cara a Jesús el haber venido al mundo como «fruto de fornicación».

El Descenso a los infiernos abunda en datos tomados de las historias del Antiguo Testamento. Personajes tan paradigmáticos como Adán, David, Isaías, Jeremías, etc., se

presentan como difuntos que están en los infiernos esperando la llegada del Redentor. Aquí se narran las escenas finales de aquella parte de la vida de la humanidad antes de la venida de Jesús a la tierra con un cierto tono de tiempo real. Luego llega con su cruz el buen ladrón anunciando que detrás viene Jesús, y más tarde se amplifica la noticia de la resurrección de muchos justos, recogida por Mateo 27, 52-53. Entre otros, resucita el anciano Simeón con sus dos hijos, que son luego los relatores de los acontecimientos vividos en los infiernos.

* * *

PRIMERA PARTE

Actas de Pilato

(Redacción griega)

Memorias de nuestro señor Jesucristo, compuestas en
tiempo de Poncio Pilato

Prólogo

Yo, Ananías, protector, del rango de los prefectos, legisperito, conocí a partir de las divinas Escrituras a nuestro Señor Jesucristo, a quien me acerqué por la fe y fui juzgado digno del santo bautismo. Después de rastrear los recuerdos de lo acaecido en aquel tiempo acerca de nuestro Señor Jesucristo y que los judíos depositaron en tiempo de Poncio Pilato, encontré tales recuerdos conservados en hebreo. Por la benevolencia divina los traduje al griego para conocimiento de todos los que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, en el año 17 del reinado de nuestro señor Flavio Teodosio, sexto de Flavio Valentino, en la indicción novena.

Todos cuantos los leéis y los trasladáis a otros libros, acordaos de mí y rezad por mí, para que Dios me sea propicio y me perdone los pecados que he cometido contra él.

Paz a los que los leen, a los que los escuchan y a sus

servidores. Amén.

En el año decimoquinto del gobierno de Tiberio César, emperador de los romanos; en el año decimonono del gobierno de Herodes, rey de Galilea; en el día octavo de las calendas de abril, que es el 25 de marzo; en el consulado de Rufo y Rebelión; en el año cuarto de la olimpiada 202; siendo sumo sacerdote de los judíos José, hijo de Caifás. Todo cuanto narró Nicodemo después de la cruz y la pasión del Señor, se lo entregó a los príncipes de los sacerdotes y a los demás judíos. Lo redactó el mismo Nicodemo en hebreo.

Jesús ante el tribunal romano

1 1. Después de celebrar un consejo los príncipes de los sacerdotes y los escribas, Anás, Caifás, Semes, Dataés, Gamaliel, Judas, Leví, Neftalí, Alejandro, Jairo y los demás de entre los judíos, se dirigieron a Pilato acusando a Jesús de muchas maldades diciendo: «Sabemos que este es hijo de José el carpintero y que nació de María. Dice que es hijo de Dios y rey, también profana el sábado y pretende disolver la ley de nuestros padres». Pilato les dice: «¿Qué es lo que hace y lo que pretende disolver?». Los judíos le contestan: «Tenemos una ley que prohíbe curar en sábado. Pues este ha curado en sábado con malas artes a cojos, jorobados, inválidos, ciegos, paralíticos, sordos y endemoniados». Pilato les pregunta: «¿Con qué malas artes?». Le responden: «Es un encantador y arroja los demonios por virtud de Beelzebul, jefe de los demonios, todos los cuales le están sometidos». Pilato les dice: «Esto no es expulsar los demonios por virtud de un espíritu impuro, sino por la del dios Esculapio».

2. Dicen los judíos a Pilato: «Rogamos a tu grandeza que sea presentado ante tu tribunal para ser juzgado». Pilato los convocó y les dijo: «Decidme cómo es posible que yo, siendo un gobernador, juzgue a un rey». Ellos le contestaron:

«Nosotros no decimos que es rey, sino que él se lo llama a sí mismo». Pilato mandó llamar al mensajero y le dijo: «Que traigan a Jesús con todo respeto». Salió, pues, el mensajero y, reconociéndolo, lo adoró. Tomando la capa que llevaba en la mano, la extendió en tierra, diciendo: «Señor, pisa por aquí y entra, porque te llama el gobernador». Cuando vieron los judíos lo que había hecho el mensajero, gritaron contra Pilato, diciendo: «¿Por qué no lo has hecho entrar por medio de un heraldo, sino de un mensajero? Pues el mensajero, al verlo, lo adoró, y ha extendido su capa en tierra para que pasara por encima como si fuera un rey^[520]».

3. Pilato volvió a llamar al mensajero y le dijo: «¿Por qué has hecho esto, has extendido tu capa en tierra y has hecho pasar sobre ella a Jesús?». El mensajero le contestó: «Señor gobernador, cuando me enviaste a Jerusalén ante Alejandro, vi a Jesús sentado sobre un asno, mientras los hijos de los hebreos portaban ramas en sus manos y gritaban, y otros extendían sus vestiduras en tierra diciendo: “Sálvanos^[521], tú que estás en las alturas; bendito el que viene en el nombre del Señor”».

4. Los judíos se ponen a gritar diciendo al mensajero: «Los hijos de los hebreos gritaban en hebreo, ¿cómo tú lo expresas en griego?». El mensajero les respondió: «Pregunté a uno de los judíos, y le dije: “¿Qué es lo que gritan en hebreo?”. Y él me lo interpretó». Pilato les dice: «¿Qué es lo que gritaban en hebreo?». Los judíos respondieron: «Hosanna membromê; barujammâ; Adonay». Pilato les pregunta: «¿Y qué quiere decir *Hosanna* y las otras cosas?». Respondieron los judíos: «Sálvanos, tú que estás en las alturas; bendito el que viene en el nombre del Señor». Díceles Pilato: «Si vosotros mismos dais testimonio de que los niños dijeron estas palabras, ¿en qué ha fallado el mensajero?». Pero ellos guardaron silencio.

Dijo entonces el gobernador al mensajero: «Sal y hazle entrar de la forma que quieras». Salió el mensajero y trató de que entrara como en la vez anterior. Dijo, pues, a Jesús: «Señor, entra, que el gobernador te llama».

5. Mientras entraba Jesús, y los abanderados sostenían las banderas, los bustos de las banderas se inclinaron y adoraron a Jesús. Al ver los judíos la actitud de las banderas y cómo se habían inclinado y adorado a Jesús, se pusieron a gritar desmesuradamente contra los abanderados. Pero Pilato dijo a los judíos: «¿No os admiráis de que los bustos se hayan inclinado y hayan adorado a Jesús?». Respondieron los judíos a Pilato: «Nosotros hemos visto cómo los abanderados los inclinaban y adoraban a Jesús». El gobernador llamó a los abanderados y les dijo: «¿Por qué habéis hecho eso?». Ellos respondieron a Pilato: «Nosotros somos griegos y servidores de los dioses, ¿cómo podíamos adorar a este hombre? Pero mientras nosotros sosteníamos los bustos, se inclinaron ellos mismos y lo adoraron».

6. Dijo Pilato a los jefes de las sinagogas y a los ancianos del pueblo: «Elegid vosotros a hombres fuertes y robustos para que ellos sostengan las banderas. Veremos si ellas se inclinan por sí mismas». Tomaron, pues, los ancianos de los judíos a doce varones robustos y fuertes. Hicieron que seis a la vez sostuvieran las banderas. Se situaron delante del tribunal del gobernador. Dijo Pilato al mensajero: «Sácalo fuera del pretorio e introdúcelo de nuevo de la forma que quieras». Salió, pues, Jesús fuera del pretorio y el mensajero con él. Llamó Pilato a los que anteriormente sostenían los bustos y les dijo: «He jurado por la salud del César que si las banderas no se inclinan cuando entre Jesús, os cortaré la cabeza». Ordenó otra vez el gobernador que entrara Jesús. El mensajero observó la misma actitud que al principio y rogó insistentemente a Jesús que pisara por encima de su capa. Y

entró caminando sobre ella. Cuando entraba, se inclinaron de nuevo las banderas y adoraron a Jesús.

Detalles del proceso

2 1. Cuando Pilato lo vio, se llenó de miedo y trataba de levantarse del tribunal. Pero mientras estaba pensándolo, su mujer le envió un recado diciendo: «Nada tengas que ver con este hombre justo, pues he padecido mucho por él esta noche^[522]». Entonces Pilato llamó a todos los judíos y les dijo: «Sabéis que mi mujer es piadosa y sigue más bien las costumbres judías». Ellos replicaron: «Sí, lo sabemos». Pilato les dijo: «Pues mi mujer me ha enviado a decir que nada tenga que ver con este hombre justo, pues ha padecido por su causa esta noche». Respondiendo los judíos, dijeron a Pilato: «¿No te hemos dicho que es un encantador? Fíjate que ha enviado un sueño a tu mujer».

2. Pilato hizo entrar a Jesús y le dijo: «¿Qué testimonio dan estos contra ti? ¿No dices nada?». Pero Jesús contestó: «Si no tuvieran poder para hacerlo, no habrían hablado nada, pues cada uno tiene el dominio de su propia boca para hablar lo bueno y lo malo; ellos verán».

3. Respondiendo los ancianos de los judíos, dijeron a Jesús: «¿Qué es lo que vamos a ver? Primero, que has nacido como fruto de fornicación; segundo, que tu nacimiento en Belén provocó una matanza de niños; tercero, que tu padre José y tu madre María huyeron a Egipto por no tener libertad en el pueblo».

4. Dijeron algunos de los presentes, que eran judíos piadosos: «Nosotros afirmamos más bien que no ha nacido de fornicación, sino que José celebró desposorios con María, por lo que Jesús no nació de fornicación». Pilato dijo a los judíos que decían que era fruto de fornicación: «Esto que decís no es verdad, porque se celebraron los esponsales, según cuentan

vuestros mismos compatriotas». Replicaron a Pilato Anás y Caifás: «Todos en el pueblo gritamos, pero no nos creen cuando decimos que nació de fornicación. Estos son prosélitos y discípulos suyos». Llamó entonces Pilato a Anás y Caifás y les preguntó: «¿Qué quiere decir *prosélitos*?». Ellos respondieron: «Que nacieron de padres griegos, pero ahora se han hecho judíos». Dijeron los que afirmaban que no había nacido de fornicación: Lázaro, Asterio, Antonio, Santiago, Amnes, Zeras, Samuel, Isaac, Finees, Crispo, Agripa y Judas: «Nosotros no hemos sido prosélitos, sino que somos hijos de judíos y decimos la verdad. Además, estuvimos presentes en los desposorios de José y de María».

5. Pilato convocó a los doce hombres que decían que Jesús no había nacido de fornicación y les dijo: «Os conjuro por la salud del César que me digáis: ¿Es verdad lo que habéis dicho que no ha nacido de fornicación?». Respondieron a Pilato: «Nosotros tenemos una ley que nos prohíbe jurar, porque es un pecado. Que estos juren por la salud del César que no es verdad lo que hemos dicho, y somos reos de muerte». Dijo Pilato a Anás y Caifás: «¿Nada respondéis a estas cosas?». Respondieron Anás y Caifás a Pilato: «Estos doce están convencidos de que no ha nacido de fornicación, pero todos en el pueblo decimos a gritos que ha nacido de fornicación, que es un hechicero y se llama a sí mismo Hijo de Dios».

6. Ordenó Pilato que saliera toda la muchedumbre, excepto los doce que decían que no había nacido de fornicación, y mandó que Jesús fuera puesto aparte. Entonces les dijo Pilato: «¿Por qué razón quieren matarlo?». Ellos contestaron a Pilato: «Le tienen celos porque cura en sábado». Pilato replicó: «¿Por una obra buena quieren darle muerte?».

Pilato intenta librar a Jesús

3 1. Lleno de ira, salió Pilato fuera del pretorio y les dijo: «Pongo al sol por testigo de que no encuentro culpa alguna en este hombre». Respondieron los judíos y dijeron al gobernador: «Si este no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos entregado». Dijo Pilato: «Tomadlo vosotros y juzgadlo según vuestra ley». Los judíos dijeron a Pilato: «A nosotros no nos está permitido matar a nadie». Replicó Pilato: «A vosotros os prohibió Dios matar, pero ¿a mí?».

2. Volvió a entrar Pilato al pretorio, llamó a Jesús a solas y le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Jesús respondió a Pilato: «¿Dices esto por ti mismo o es que otros te lo han dicho de mí?». Pilato respondió a Jesús: «¿Soy yo acaso también judío? Tu pueblo y los príncipes de los sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?». Respondió Jesús: «Mi reino no es de este mundo, pues si de este mundo fuera mi reino, mis servidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos. Pero ahora mi reino no es de aquí». Dijo Pilato: «¿Luego tú eres rey?». Le respondió Jesús: «Tú dices que yo soy rey; pues para esto he nacido y he venido, para que todo el que es de la verdad escuche mi voz». Pilato le dice: «¿Qué es la verdad?». Jesús le contesta: «La verdad viene del cielo». Pilato pregunta: «¿Es que sobre la tierra no hay verdad?». Jesús dice a Pilato: «Ya ves cómo los que dicen la verdad son juzgados por los que poseen el poder sobre la tierra».

4 1. Dejando a Jesús dentro del pretorio, salió Pilato al encuentro de los judíos y les dice: «Yo no encuentro en él culpa alguna». Los judíos le dicen: «Este ha dicho: “Puedo destruir este templo y en tres días volver a edificarlo”». Pregunta Pilato: «¿Qué templo?». Responden los judíos: «El que edificó Salomón en cuarenta y seis años, este dice que lo va a destruir y edificar en tres días». Dice Pilato: «Soy inocente de la sangre de este hombre justo. Vosotros veréis».

Dicen los judíos: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

2. Reuniendo Pilato a los ancianos, a los sacerdotes y a los levitas, les dijo en secreto: «No actuéis así, pues no le acusáis de nada que sea digno de muerte; ya que vuestra acusación se refiere a sus curaciones y a la profanación del sábado». Dicen los ancianos, los sacerdotes y los levitas a Pilato: «Si alguien blasfema contra el César, ¿es digno de muerte o no lo es?». Pilato dice: «Es digno de muerte». Replican los judíos a Pilato: «Si alguien que blasfema contra el César merece la muerte, este ha blasfemado contra Dios».

3. El gobernador mandó salir a los judíos fuera del pretorio, y llamando a Jesús le dice: «¿Qué voy a hacer contigo?». Jesús responde a Pilato: «Haz como se te ha dado». Pilato replica: «¿Cómo se me ha dado?». Responde Jesús: «Moisés y los profetas vaticinaron sobre mi muerte y mi resurrección». Los judíos y los que habían oído estas palabras preguntaron a Pilato: «¿Para qué tienes que seguir escuchando esta blasfemia?». Pilato dice a los judíos: «Si esto es una blasfemia, detenedlo vosotros como blasfemo, llevadlo a vuestra sinagoga y juzgadlo según vuestra ley». Dicen los judíos a Pilato: «Nuestra ley contiene esta norma: Si un hombre peca contra otro hombre, merece recibir cuarenta azotes menos uno; pero el que blasfema contra Dios ha de ser lapidado».

4. Pilato les dice: «Tomadlo vosotros y castigadlo del modo que queráis». Los judíos dicen a Pilato: «Nosotros queremos que sea crucificado». Pilato replica: «No merece ser crucificado».

5. Echando el gobernador una mirada sobre las turbas que estaban alrededor, al ver que muchos judíos lloraban, dice: «No toda la gente quiere que muera». Dicen los ancianos de los judíos: «Por eso hemos venido todos juntos, para que

muera». Pilato pregunta a los judíos: «¿Por qué tiene que morir?». Los judíos responden: «Porque ha dicho que es Hijo de Dios y rey».

Nicodemo intercede por Jesús

5 1. Un cierto judío, de nombre Nicodemo, se puso delante del gobernador y le dijo: «Te ruego, hombre piadoso, que me permitas decir unas pocas palabras». Le dice Pilato: «Habla». Dice Nicodemo: «Yo hablé a los ancianos, a los sacerdotes, a los levitas y a toda la muchedumbre de los judíos en la sinagoga: “¿Qué estáis buscando hacer con este hombre? Este hombre hace muchos signos y prodigios, que ningún otro hizo ni podrá hacer. Dejadlo en paz y no queráis hacer nada malo contra él. Si los signos que hace vienen de Dios, permanecerán; pero si proceden de los hombres, se disiparán. Pues también Moisés, enviado por Dios a Egipto, hizo muchos signos que Dios le había indicado que hiciera delante del Faraón, rey de Egipto. Allí estaban también los servidores del Faraón, Jamnés y Jambrés, que hicieron también no pocos signos de los que hacía Moisés. Los egipcios consideraban dioses a Jamnés y Jambrés. Pero como los signos que hacían no venían de Dios, perecieron ellos y los que los creían. Y ahora dejad en paz a este hombre, pues no merece la muerte”».

2. Entonces dicen los judíos a Nicodemo: «Tú te has hecho discípulo suyo, por eso defiendes su causa». Nicodemo les dice: «¿Acaso el gobernador también se ha hecho discípulo suyo y por eso habla a su favor? ¿No es el César el que lo ha puesto en esta dignidad?». Los judíos estaban encolerizados y rechinaban los dientes contra Nicodemo. Pilato les dice: «¿Por qué rechináis vuestros dientes contra él si habéis oído la verdad?». Dicen los judíos a Nicodemo: «Toma tú su verdad y su parte». Dice Nicodemo: «Amén, amén. La tomo como

habéis dicho».

Testimonios a favor de Jesús

6 1. Uno de los judíos se adelantó y rogó al gobernador que le diera la palabra. El gobernador le dice: «Si quieres hablar, habla». El judío dijo: «Yo estuve treinta y ocho años tumbado en una litera en medio de grandes dolores. Cuando vino Jesús, muchos que estaban endemoniados y sometidos a diversas enfermedades fueron curados por él. Y unos jovencitos, compadeciéndose de mí, me transportaron con la litera y me llevaron hasta él. Al verme Jesús, tuvo compasión de mí y me dijo: “Toma tu camilla y camina”. Tomé mi camilla y me puse a caminar». Dicen los judíos a Pilato: «Pregúntale qué día era cuando fue curado». Dice el que había sido curado: «Era sábado». Replican los judíos: «¿Acaso no te habíamos informado de que en sábado cura y expulsa demonios?».

2. Otro judío, adelantándose, dice: «Yo nací ciego, oía voces, pero no veía a las personas. Una vez que pasaba Jesús, me puse a gritar a grandes voces: “Ten piedad de mí, hijo de David”. Se compadeció de mí, puso sus manos sobre mis ojos y al momento recuperé la vista». Otro judío dio un paso adelante y dijo: «Estaba encorvado, y él me enderezó con su palabra». Otro dijo: «Contraí la lepra, y él me curó con una palabra».

7 Una mujer, de nombre Berenice, dijo a gritos: «Padecía flujo de sangre, toqué la orla de su manto y se detuvo la hemorragia, que duraba ya doce años». Dicen los judíos: «Tenemos una ley que prohíbe presentar a una mujer como testigo».

8 Algunos otros, cantidad de varones y mujeres, gritaban diciendo: «Este hombre es un profeta, y los demonios le están sometidos». Dice Pilato a los que

afirmaban que los demonios se le someten: «¿Por qué no se le han sometido también vuestros maestros?». Responden a Pilato: «No lo sabemos». Otros dijeron que había resucitado al difunto Lázaro, que llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Lleno de temor, el gobernador dijo a toda la muchedumbre de los judíos: «¿Por qué queréis derramar sangre inocente?».

Jesús condenado a muerte

9 1. Llamando a Nicodemo y a los doce que afirmaban que no había nacido de fornicación, les dice: «¿Qué puedo hacer, pues se está levantando un tumulto en el pueblo?». Ellos le contestan: «No sabemos; ellos verán». Convocó de nuevo Pilato a toda la multitud de los judíos y les dice: «Sabéis que es costumbre que se os libere a un preso por la fiesta de los Ácimos. Tengo preso y condenado en la cárcel a un asesino llamado Barrabás, y tengo también a este Jesús que está delante de vosotros, contra quien no encuentro culpa alguna. ¿A quién queréis que os suelte?». Pero ellos gritaron: «¡A Barrabás!». Les dice Pilato: «¿Qué haré, pues, con Jesús, el llamado Cristo?». Dicen los judíos: «¡Sea crucificado!». Pero algunos judíos respondieron: «No eres amigo del César si sueltas a este, pues ha dicho que es Hijo de Dios y rey. ¿Quieres a este como rey y no al César?».

2. Encolerizado, Pilato dice a los judíos: «Vuestra raza es siempre pependiciara y os oponéis a vuestros bienhechores». Dicen los judíos: «¿A qué bienhechores?». Replica Pilato: «Vuestro Dios os sacó de Egipto de una dura servidumbre, os salvó cuando ibais a través del mar como si fuerais por tierra seca, os alimentó en el desierto con maná, os proporcionó codornices, os dio de beber agua sacada de una roca y os dio una ley. A pesar de todo, irritasteis a vuestro Dios, os buscasteis un becerro fundido, exasperasteis a vuestro Dios, y él trató de exterminaros. Pero Moisés intercedió por vosotros,

y no fuisteis castigados con la muerte. Y ahora me acusáis de que odio al emperador».

3. Al levantarse para salir del tribunal, empiezan los judíos a gritar diciendo: «Nosotros reconocemos como rey al César y no a Jesús. Pues hasta los magos le trajeron de Oriente dones como a un rey. Cuando Herodes oyó de los magos que había nacido un rey, intentó darle muerte. Pero al saberlo su padre José, lo tomó junto con su madre y huyeron a Egipto. Cuando Herodes se enteró, exterminó a los hijos de los hebreos que habían nacido en Belén».

4. Cuando oyó Pilato estas palabras, se llenó de temor. Y haciendo callar a las turbas, porque estaban gritando, les dice: «¿De modo que este es aquel al que Herodes buscaba?». Dicen los judíos: «Sí, es este». Entonces Pilato, tomando agua se lavó las manos de cara al sol, diciendo: «Inocente soy de la sangre de este justo; allá vosotros». De nuevo empiezan a gritar los judíos: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!».

5. Entonces ordenó Pilato que fuera echado el velo del tribunal donde estaba sentado, y dice a Jesús: «Tu raza te ha rechazado como rey. Por eso, he decidido que en primer lugar seas azotado según la costumbre de los reyes piadosos, y luego seas colgado en la cruz en el jardín donde fuiste apresado; y que los dos malhechores, Dimas y Gestas, sean crucificados juntamente contigo».

Crucifixión y muerte

10 1. Salió Jesús del pretorio, y los dos malhechores con él. Cuando llegaron al lugar acordado, lo desnudaron de sus vestidos y le ciñeron un lienzo a la cintura; le colocaron alrededor de la cabeza una corona de espinas. De manera semejante colgaron a los dos malhechores. Jesús decía: «Padre, perdónalos, pues no saben

lo que hacen». Los soldados se repartieron sus vestiduras mientras el pueblo estaba mirando. Los príncipes de los sacerdotes y las autoridades que estaban con ellos se burlaban de él diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo. Si este es Hijo de Dios, que baje de la cruz». Los soldados se burlaban de él acercándose y llevándole vinagre con hiel, diciendo: «Tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Después de la sentencia, ordenó que se escribiera como título su acusación con letras griegas, latinas y hebreas según lo que habían dicho los judíos que «Es rey de los judíos».

2. Uno de los malhechores colgados le habló diciendo: «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero respondiendo Dimas, lo reprendía diciendo: «¿Nada temes a Dios cuando estás en el mismo suplicio? Nosotros estamos con razón, pues recibimos lo que merecen nuestras obras; pero este no ha hecho mal alguno». Y decía: «Acuérdate, Señor, de mí cuando estés en tu reino». Jesús le dijo: «En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso».

11 1. Era como la hora de sexta cuando las tinieblas cayeron sobre la tierra hasta la hora de nona al haberse oscurecido el sol; la cortina del Templo se rasgó por la mitad. Jesús, dando una gran voz, dijo: «Padre, *baddakh efkid ruel*», que quiere decir: «En tus manos encomiendo mi espíritu». Dicho esto, entregó su espíritu. Cuando vio el centurión lo que había sucedido, dio gloria a Dios, diciendo: «Este hombre era justo». Todas las turbas que habían ido al espectáculo, al ver lo sucedido, regresaban dándose golpes de pecho.

2. El centurión dio parte al gobernador de lo sucedido. Cuando lo oyeron el gobernador y su mujer, se entristecieron mucho y no comieron ni bebieron nada en aquel día. Pilato

hizo llamar a los judíos y les dijo: «¿Habéis visto lo que ha sucedido?». Pero ellos respondieron: «Ha habido un eclipse de sol como de costumbre».

3. Estaban de lejos sus conocidos; y las mujeres que le habían seguido desde Galilea contemplaban los hechos. Un hombre, llamado José, que era sanedrita, de la ciudad de Arimatea, y que esperaba el reino de Dios, se acercó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Lo bajó, pues, y lo envolvió en una sábana limpia, y lo colocó en un sepulcro excavado en piedra, en el que nadie había sido depositado todavía.

José de Arimatea, preso y liberado

12 1. Cuando oyeron los judíos que José había pedido el cuerpo de Jesús, se pusieron a buscarlo, y a los doce que afirmaban que Jesús no había nacido de fornicación, y también a Nicodemo y a otros muchos, que se habían presentado ante Pilato y habían manifestado las buenas obras de Jesús. Cuando todos se habían escondido, apareció entre ellos Nicodemo solo, porque era un varón importante del pueblo judío. Les dice Nicodemo: «¿Cómo habéis entrado en la sinagoga?». Los judíos le contestan: «¿Y cómo has entrado tú en la sinagoga? Como eres su cómplice, que tengas también parte con él en el siglo venidero». Nicodemo dijo: «Así sea, así sea».

De semejante manera se presentó también José, que les dijo: «¿Por qué razón os habéis molestado contra mí porque reclamé el cuerpo de Jesús? Fijaos que lo he depositado en mi sepulcro nuevo después de haberlo envuelto en una sábana limpia; y he hecho rodar una piedra sobre la entrada de la cueva. Vosotros no os habéis portado bien con este justo, porque no os habéis arrepentido de haberlo crucificado, sino que también lo habéis herido con una lanza». Los judíos detuvieron a José y ordenaron tenerlo encerrado hasta el

primer día después del sábado. Le dicen, pues: «Has de saber que la hora no permite que hagamos nada contra ti, porque ya el sábado amanece. Pero conoce que ni siquiera serás considerado digno de recibir sepultura, sino que daremos tus carnes a las aves del cielo». Responde José: «Estas palabras son propias del orgulloso Goliath, el que injurió al Dios vivo y al santo David. Pues dijo Dios por el profeta: “A mí me corresponde la venganza, y yo soy el que retribuiré”, dice el Señor. Y ahora el que es incircunciso en la carne, pero circunciso de corazón, tomando agua se lavó las manos de cara al sol diciendo: “Yo soy inocente de la sangre de este justo, allá vosotros”. Y vosotros respondisteis a Pilato, diciendo: “[Caiga] su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos”. Ahora temo que venga la ira del Señor sobre vosotros y sobre vuestros hijos, como dijisteis». Cuando los judíos oyeron estas palabras, se llenó de amargura su alma, y echando mano de José lo apresaron y lo encerraron en una casa donde no había ventana alguna. Pusieron a la puerta guardianes y sellaron la puerta donde estaba encerrado José.

2. El sábado decretaron los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas que todos se encontraran al día siguiente en la sinagoga. Se levantaron muy de mañana todos los de la multitud y se pusieron a deliberar en la sinagoga con qué género de muerte lo eliminarían. Reunido en sesión el sanedrín, ordenaron que fuera llevado con gran deshonor. Pero abriendo la puerta, no lo encontraron dentro. Quedó todo el pueblo fuera de sí, y se llenaron de estupefacción porque habían encontrado los sellos intactos y la llave la tenía Caifás. Y ya no se atrevieron a poner sus manos sobre los que habían hablado a favor de Jesús delante de Pilato.

Noticias de la resurrección

13 1. Cuando todavía estaban sentados en la sinagoga, admirados por causa de José, vinieron algunos de los guardianes que los judíos habían pedido a Pilato para que guardaran la tumba de Jesús no fuera que vinieran sus discípulos y robaran su cuerpo. Llegaron, pues, anunciando a los jefes de las sinagogas, a los sacerdotes y a los levitas lo sucedido. Es decir, cómo «se produjo un gran terremoto, y vimos a un ángel que bajó del cielo, retiró la piedra de la entrada de la cueva y se sentó encima de ella. Brilló como la nieve y como el relámpago. Nosotros, llenos de miedo, caímos en tierra como muertos. Y oímos la voz del ángel quien hablaba a las mujeres, que permanecían junto a la tumba: “No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí; ha resucitado como dijo. Venid, ved el lugar donde yacía el Señor. Id rápidamente y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos y que está en Galilea”».

2. Los judíos les preguntan: «¿A qué mujeres hablaba?». Responden los guardianes: «No sabemos quiénes eran». Dicen los judíos: «¿Qué hora era?». Dicen los de la guardia: «La medianoche». Insisten los judíos: «¿Y por qué no las detuvisteis?». Dicen los guardianes: «Nos quedamos como muertos por el miedo, no esperando que pudiéramos ver la luz del día, ¿cómo íbamos a poder detenerlas?». Dicen los judíos: «Vive el Señor, que no os creemos». Dicen los guardianes a los judíos: «Visteis tan grandes signos en aquel hombre y no lo creísteis, ¿cómo nos vais a creer a nosotros? Con razón jurasteis que vive el Señor, pues aquel también vive». De nuevo dicen los de la guardia: «Nosotros hemos oído que al que reclamó el cuerpo de Jesús lo encerrasteis sellando la puerta, pero que al abrirla no lo habéis

encontrado. Entregad, pues, vosotros a José, y nosotros entregaremos a Jesús». Dicen los judíos: «José se ha ido a su ciudad». Dicen los guardianes a los judíos: «También Jesús ha resucitado, según hemos oído decir al ángel, y está en Galilea».

3. Cuando los judíos oyeron estas palabras, tuvieron miedo y dijeron: «Que no se conozca este anuncio, no sea que todos se pasen a Jesús». Y convocando un consejo los judíos, recogían dinero abundante que dieron a los soldados, diciendo: «Decid: “Mientras nosotros estábamos dormidos, vinieron sus discípulos de noche y robaron su cuerpo”. Si el gobernador llegara a enterarse, nosotros lo convenceremos y os dejaremos libres de problemas». Ellos tomaron el dinero y hablaron como se les había indicado.

Testigos de la ascensión de Jesús al cielo

14 1. Un sacerdote de nombre Finees, un rabino llamado Adás y el levita Ageo bajaron desde Galilea a Jerusalén y narraron a los jefes de las sinagogas, a los sacerdotes y a los levitas lo siguiente: «Hemos visto a Jesús acompañado de sus discípulos, sentado en el monte Mamilkh; y decía a sus discípulos: “Id a todo el mundo, predicad a toda criatura. El que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, se condenará. A los creyentes los acompañarán estas señales: en mi nombre arrojarán demonios, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes; si toman alguna bebida mortal, no sufrirán ningún daño; impondrán las manos sobre enfermos y se sentirán bien^[523]”. Cuando todavía estaba hablando Jesús a sus discípulos, vimos que fue elevado al cielo».

2. Dicen los ancianos, los sacerdotes y los levitas: «Dad gloria al Dios de Israel y reconocedlo si es que habéis oído y visto lo que habéis contado». Dicen los que habían hablado: «Vive el Señor Dios de nuestros padres, Abrahán, Isaac y

Jacob que hemos oído estas cosas y que lo hemos visto cuando era elevado al cielo». Dicen los ancianos, los sacerdotes y los levitas: «¿Habéis venido para anunciarnos esto o para cumplir un voto hecho a Dios?». Ellos dijeron: «A cumplir un voto hecho a Dios». Les dijeron los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los levitas: «Si habéis venido para cumplir un voto hecho a Dios, ¿a qué vienen esas tonterías que habéis contado delante de todo el pueblo?». Dicen el sacerdote Finees, el rabino Adás y el levita Ageo a los jefes de las sinagogas, a los sacerdotes y a los levitas: «Si estas palabras que hemos hablado y lo que hemos visto son un error, aquí estamos ante vosotros. Haced con nosotros lo que os parezca bien a vuestros ojos». Tomaron entonces el libro de la Ley y les hicieron jurar que a nadie contarían aquellos sucesos. Les pusieron de comer y de beber y les hicieron salir de la ciudad después de darles dinero y poner tres hombres a su disposición, que los acompañaron hasta Galilea. Y marcharon en paz.

3. Cuando marcharon aquellos hombres a Galilea, se reunieron los príncipes de los sacerdotes, los jefes de las sinagogas y los ancianos en la sinagoga a puerta cerrada. Se lamentaban con grandes lamentaciones diciendo: «¿Se ha producido este prodigio en Israel?». Anás y Caifás dijeron: «¿Por qué os escandalizáis? ¿Por qué lloráis? ¿No sabéis acaso que sus discípulos les han dado abundante dinero y les han instruido para que digan que un ángel del Señor bajó y corrió la piedra de la entrada del sepulcro?». Los sacerdotes y los ancianos respondieron: «Pase que sus discípulos robaran el cuerpo, pero ¿cómo es que el alma entró en el cuerpo y ahora vive él en Galilea?». Pero ellos, al no poder dar respuesta a estos argumentos, apenas pudieron decir: «No nos está permitido creer a unos incircuncisos».

Milagrosa liberación de José de Arimatea

15 1. Entonces se levantó Nicodemo y se puso en pie delante del sanedrín diciendo: «Habláis con razón.

Conocéis, pueblo del Señor, a los varones que han bajado de Galilea. Son temerosos de Dios, con abundancia de recursos, enemigos de la codicia, hombres de paz. Han contado bajo juramento: “Hemos visto a Jesús en el monte Mamilkh en compañía de sus discípulos”. Y enseñaba cuantas cosas les habéis oído contar y que lo habían visto ser trasportado al cielo. Pero nadie les preguntó con qué aspecto había sido trasportado. Pues según nos enseñaba a nosotros, el libro de las Santas Escrituras contenía el relato de que Elías había sido elevado al cielo, y que Eliseo lo había llamado a grandes voces. Por ello Elías arrojó su capa sobre el Jordán, y así Eliseo pudo atravesarlo y llegar hasta Jericó. Salieron a su encuentro los hijos de los profetas, que le dijeron: “Eliseo, ¿dónde está Elías, tu señor?”. Él contestó que había sido trasportado al cielo. Dijeron luego a Eliseo: “¿Acaso no lo ha arrebatado un espíritu y lo ha arrojado sobre uno de estos montes? Tomemos con nosotros a nuestros criados y vayamos a buscarlo”. Convencieron a Eliseo, quien marchó con ellos. Lo buscaron durante tres días, pero no lo encontraron, por lo que reconocieron que había sido trasportado. Y ahora, escuchadme: enviemos mensajeros por todo Israel y veamos si Cristo ha sido llevado por un espíritu y arrojado en uno de los montes». Agradó a todos aquella propuesta, y enviaron mensajeros por todos los rincones de Israel para que buscaran a Jesús, pero no lo encontraron. Encontraron, en cambio, a José de Arimatea, pero nadie se atrevió a detenerlo.

2. Llevaron el anuncio a los ancianos, a los sacerdotes y a los levitas, diciendo: «Hemos recorrido todos los rincones de Israel, pero no hemos encontrado a Jesús; en cambio, hemos encontrado a José de Arimatea». Cuando oyeron hablar de

José, se alegraron y dieron gloria al Dios de Israel. Celebraron consejo los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas para deliberar de qué manera podrían encontrarse con José. Tomaron papel y escribieron a José en estos términos: «La paz sea contigo; sabemos que hemos pecado contra Dios y contra ti. Hemos rogado al Dios de Israel que te considere digno de venir junto a tus padres y tus hijos, porque todos nos hemos entristecido al abrir la puerta y no encontrarte. Somos conscientes de que tomamos un mal consejo contra ti. Pero el Señor te ha protegido, y el mismo Señor disolvió el consejo que tomamos contra ti, apreciado padre José».

3. Eligieron, pues, de todo Israel a siete varones, amigos de José, a quienes el mismo José conocía. Los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas les dijeron: «Mirad: Si al recibir nuestra carta la leyera, estad seguros de que vendrá a nosotros en vuestra compañía; pero si no la leyera, sabed que está molesto con nosotros, dadle un saludo de paz y regresad a nosotros». Dieron su bendición a los enviados y los despidieron. Llegaron aquellos hombres a donde estaba José, se postraron ante él y le dijeron: «La paz sea contigo». Respondió: «Paz a vosotros y a todo el pueblo de Israel». Le entregaron la copia de la carta. Cuando José recibió la carta, la leyó, la besó y bendijo a Dios, diciendo: «Bendito sea el Señor Dios, que libró a Israel de derramar sangre inocente; y bendito el Señor que ha enviado a su ángel y me ha cubierto bajo sus alas». A continuación, les preparó la mesa, y comieron, bebieron y durmieron allí.

4. Se levantaron muy temprano e hicieron oración. Luego, José ensilló su asna, se puso en camino con aquellos hombres y llegaron a la ciudad santa de Jerusalén. El pueblo entero salió al encuentro de José, gritando: «¡Que entres en paz!». Dijo a todo el pueblo: «¡Paz a vosotros!». Todo el pueblo lo besó. Rezaron el pueblo y José, y quedaron todos fuera de sí al

verlo. Nicodemo lo recibió en su casa y le hizo una gran recepción. Invitó también a Anás, a Caifás, a los ancianos, a los sacerdotes y a los levitas a su casa. Se regocijaron comiendo y bebiendo en compañía de José. Y después de entonar el himno, cada cual se marchó a su casa. Pero José permaneció en casa de Nicodemo.

5. Al día siguiente, que era viernes, madrugaron los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas para ir a la casa de Nicodemo. Les salió este al encuentro y les dijo: «La paz sea con vosotros». Ellos le contestaron: «La paz sea contigo y con José, con toda tu casa y con toda la casa de José». Y los introdujo en su casa. Estaba reunido todo el sanedrín; José se sentó entre Anás y Caifás. Nadie se atrevió a hablarle ni una palabra. Dijo, pues, José: «¿Por qué razón me habéis llamado?». Hicieron señas a Nicodemo para que hablara a José. Nicodemo empezó a hablar, y dijo a José: «Sabes que los honorables rabinos, los sacerdotes y los levitas tratan de conocer por ti un asunto». José les dijo: «Preguntad». Entonces Anás y Caifás tomaron el libro de la Ley y juraron a José, diciendo: «Da gloria al Dios de Israel y reconócelo. Porque Akhar, conjurado por el profeta Jesús, no cometió perjurio, sino que le anunció todo y no le ocultó ni una palabra. Pues tú ahora no nos ocultes nada». Replicó José: «No os ocultaré una sola palabra». Entonces le dijeron: «Tuvimos una gran tristeza cuando reclamaste el cuerpo de Jesús, lo envolviste en una sábana limpia y lo depositaste en el sepulcro. Por esta razón, te dejamos con todas las garantías en una casa donde no había ni una ventana, cerramos con llave y sellamos las puertas, y unos guardianes custodiaban el lugar donde estabas encerrado. El primer día después del sábado, cuando abrimos, no te encontramos, por lo que nos entristecimos muchísimo. Todo el pueblo del Señor quedó fuera de sí hasta ayer. Cuéntanos, pues, ahora qué pasó

contigo».

6. Respondió José: «El viernes, hacia la hora décima, me encerrasteis, y allí permanecí el sábado entero. Hacia medianoche, cuando yo estaba en oración, la casa donde me encerrasteis fue suspendida de los cuatro ángulos, y vi un relámpago de luz que entró en mis ojos. Lleno de miedo, caí en tierra, y alguien me tomó de la mano y me sacó fuera del lugar donde estaba caído. Una humedad como de agua se derramó sobre mí desde la cabeza a los pies, y un olor de perfume me llegó a las narices. Aquel personaje me enjugó el rostro, me besó y me dijo: “No temas, José; abre tus ojos y mira quién está hablando contigo”. Levantando los ojos, vi a Jesús; y temblando, pensaba que era un fantasma. Empecé a recitar los mandamientos, y él los repetía conmigo. Como sabéis, si un fantasma sale al encuentro de alguien y oye recitar los mandamientos, huye inmediatamente. Pero al ver que los recitaba conmigo, le dije: “Maestro Elías”. Él me dijo: “No soy Elías”. Yo le pregunté: “¿Quién eres, Señor?”. Me dijo: “Yo soy Jesús, cuyo cuerpo reclamaste de Pilato, me envolviste en una sábana limpia, me pusiste un sudario sobre el rostro, me colocaste en tu nueva gruta y rodaste una gran piedra ante la puerta de la gruta”. Yo dije al que me hablaba: “Muéstrame el lugar donde te deposité”. Me llevó y me mostró el lugar donde lo había depositado. Allí se encontraba la sábana y el sudario que había estado sobre su rostro. Entonces reconocí que era Jesús. Él me tomó de la mano y, siguiendo cerradas las puertas, me colocó en medio de mi casa; me llevó al lecho y me dijo: “La paz sea contigo”. Me besó y me dijo: “No salgas de tu casa hasta dentro de cuarenta días; pues mira, me marchó a Galilea junto a mis hermanos”».

Nuevos relatos de la resurrección y la ascensión

16 1. Cuando escucharon los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas estos relatos de parte de José, se quedaron como muertos, cayeron en tierra y ayunaron hasta la hora de nona. Nicodemo y José trataron de consolar a los sacerdotes Anás y Caifás y a los levitas, diciendo: «Levantaos, poneos de pie, fortaleced vuestras almas, porque mañana es el sábado del Señor». Se levantaron y oraron a Dios, comieron y bebieron, y marchó cada uno a su casa.

2. El día del sábado celebraron consejo nuestros maestros, los sacerdotes y los levitas, deliberando en común y diciendo: «¿Qué significa esta cólera que ha caído sobre nosotros? Porque conocemos a su padre y a su madre». Respondió el rabino Leví: «Sé que sus padres son temerosos de Dios, no descuidan sus votos y dan sus diezmos tres veces al año. Cuando nació Jesús, lo trajeron sus padres a este lugar y ofrecieron a Dios sacrificios y holocaustos. Cuando el gran maestro Simeón lo tomó en sus brazos, dijo: “Ahora despides en paz, Señor, a tu siervo según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación, que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para la revelación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel”. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: “Te anuncio noticias sobre este niño”. Dijo María: “¿Buenas, Señor?”. Simeón contestó: “Buenas: este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel y para signo de contradicción. Una espada traspasará tu alma para que sean desvelados los pensamientos de muchos corazones”» (Lc 2, 34-35).

3. Dicen al rabino Leví: «¿Y esto, cómo lo sabes?». Leví les contestó: «¿No sabéis que aprendí la Ley a su lado?». Los sanedritas le dicen: «Queremos ver a tu padre». Y mandaron

venir a su padre. Cuando le preguntaron, les respondió: «¿Por qué no creéis a mi hijo? El bienaventurado y justo Simeón le enseñó él mismo la Ley». Dijeron los sanedritas: «Maestro Leví, ¿es verdad lo que has contado?». Respondió: «Es verdad». Dijeron entre sí los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas: «Venid, enviemos a Galilea en busca de los tres varones, que vinieron y nos contaron de su doctrina y de su ascensión, y que nos digan cómo lo vieron cuando era elevado al cielo». Esta propuesta fue del agrado de todos. Enviaron a los tres varones, que ya habían ido con ellos a Galilea, y les dijeron: «Decid al rabino Adá, al rabino Finees y al rabino Ageo: “Paz a vosotros y a todos los que están con vosotros. Provocada una gran disputa en el sanedrín, hemos sido enviados a vosotros para invitaros a venir a este santo lugar de Jerusalén”».

4. Marcharon aquellos hombres camino de Galilea, y los encontraron reunidos y meditando la Ley. Los saludaron con la paz y dijeron los varones que estaban en Galilea a los que habían venido a buscarlos: «La paz sobre todo Israel». Contestaron: «La paz sea con vosotros». De nuevo les dijeron: «¿Por qué razón habéis venido?». Respondieron los emisarios: «Os llama el sanedrín a la ciudad santa de Jerusalén». Al oír aquellos hombres que eran requeridos por el sanedrín, oraron a Dios, se reclinaron a la mesa con los emisarios, comieron y bebieron. Luego se levantaron y marcharon en paz a Jerusalén.

5. Al día siguiente, se reunió el sanedrín en la sinagoga y les preguntaron diciendo: «¿Habéis visto realmente a Jesús sentado en el monte Mamilkh mientras enseñaba a sus once discípulos, y habéis visto cómo era ascendido al cielo?». Aquellos hombres respondieron, diciendo: «Como vimos que era ascendido, así os lo hemos contado».

6. Dice entonces Anás: «Ponedlos por separado, y veamos si coincide su relato». Y los pusieron por separado. Llaman en primer lugar a Adá y le dicen: «¿Cómo viste que Jesús era ascendido?». Dice Adá: «Cuando todavía estaba sentado en el monte Mamilkh y enseñaba a sus discípulos, vimos una nube que lo cubrió con su sombra a él y a sus discípulos, lo levantó la nube hasta el cielo mientras sus discípulos permanecían rostro en tierra». Llaman entonces al sacerdote Finees y le hacen la misma pregunta, diciendo: «¿Cómo viste tú que Jesús era ascendido?». Y respondió de la misma manera. Interrogaron luego a Ageo, quien también respondió de la misma manera. Dijeron los sanedritas: «La ley de Moisés contiene la siguiente doctrina: “Por boca de dos o tres testigos será firme toda palabra^[524]”». Dice el maestro Buthem: «Está escrito en la Ley: “Caminaba Henoc con Dios, y ya no está, porque se lo llevó Dios”» (Gn 5, 22). Dijo también el maestro Jairo: «También hemos oído de la muerte de Moisés, pero a él no lo hemos visto, pues está escrito en la ley del Señor: “Murió Moisés según la palabra del Señor, y nadie ha conocido su sepultura hasta el día de hoy”». Dijo el rabino Leví: «¿Cómo es lo que el rabino Simeón dijo cuando vio a Jesús?: “He aquí que este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel, y como signo de contradicción^[525]”». El rabino Isaac dijo: «Está escrito en la Ley: “Mirad que yo envío a mi ángel delante de tu rostro, quien irá delante de ti para guardarte en todo buen camino, en el que es invocado mi nombre^[526]”».

7. Entonces Anás y Caifás dijeron: «Con razón habéis mencionado lo escrito en la ley de Moisés: que nadie vio la muerte de Henoc, y nadie habló de la muerte de Moisés. Jesús dirigió la palabra a Pilato, pero nosotros sabemos que recibió bofetadas y salivazos en la cara; que los soldados le impusieron una corona de espinas; que fue flagelado; que

recibió sentencia de Pilato; que fue crucificado sobre el Calvario junto con dos ladrones; que le dieron a beber vinagre con hiel; que el soldado Longino le atravesó el costado con una lanza; que José, nuestro honorable padre, reclamó su cuerpo, y que resucitó, como asegura; y que, como dicen los tres maestros: “Lo vimos que era ascendido al cielo”; en fin, que el rabino Leví ha dado testimonio contando lo que dijo el rabino Simeón: “He aquí que este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel, y como signo de contradicción”».

Entonces dijeron todos los maestros al pueblo entero del Señor: «Si esto procede del Señor y resulta admirable a nuestros ojos, conoceréis con seguridad, hombres de la casa de Jacob, que está escrito: “Maldito todo el que está colgado de un madero” (Dt 21, 23). Y otro pasaje de la Escritura afirma: “Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra perecerán”».

Dijeron los sacerdotes y los levitas entre sí: «Si hasta Sommos, llamado Yobel, se ha conservado su memoria, sabed que dominará eternamente y se creará un pueblo nuevo».

Entonces los jefes de las sinagogas, los sacerdotes y los levitas dieron este anuncio a todo Israel: «Maldito sea el que adore una obra salida de la mano de un hombre, y maldito el que adore a criaturas al lado de su Creador». Dijo todo el pueblo: «¡Así sea, así sea!».

8. Todo el pueblo cantó un himno al Señor en estos términos: «Bendito sea el Señor que ha dado el descanso al pueblo de Israel de acuerdo con todo lo que había hablado. No cayó en vano ni una sola de las palabras buenas que habló a Moisés, su siervo. Que el Señor, nuestro Dios, esté con nosotros como estuvo con nuestros padres. No nos abandone a la perdición para que podamos inclinar nuestro corazón

hacia él y caminar por todos sus caminos; para que podamos cumplir sus mandamientos y sus juicios que encomendó a nuestros padres. En aquel día el Señor será rey sobre toda la tierra. Y habrá un solo Señor; su nombre será único, Señor rey nuestro. Él nos salvará. No hay nadie semejante a ti, Señor; tú eres grande, Señor, y grande es tu nombre. Por tu poder cúranos, Señor, y quedaremos curados; sálvanos, Señor, y quedaremos salvados; porque somos tu parte y tu herencia. No abandonará el Señor a su pueblo por la grandeza de su nombre, pues el Señor empezó a hacernos su pueblo».

Después de entonar todos el himno, marchó cada uno a su casa dando gloria a Dios, de quien es la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDA PARTE

Descenso de Cristo a los infiernos

(Redacción griega A)

Simeón y sus hijos, resucitados

17(1) 1. José dijo: «¿Y por qué os admiráis de que Jesús haya resucitado? No es eso lo admirable.

Lo que es digno de admiración es que no ha resucitado solo, sino que también ha restituido la vida a otros muchos difuntos, los cuales se han aparecido a muchos en Jerusalén. Y si no conocéis a los demás, al menos, conocéis a Simeón, el que tomó en sus brazos a Jesús, y a sus dos hijos, a quienes también ha resucitado. Pues nosotros los enterramos hace poco, pero ahora se pueden ver sus sepulcros abiertos y vacíos. Ellos están vivos y residen en Arimatea». Enviaron, pues, a unos hombres, que encontraron sus sepulturas abiertas y vacías. Dice José: «Vayamos a Arimatea y veamos si los encontramos».

2. Entonces se levantaron los príncipes de los sacerdotes, Anás y Caifás, José, Nicodemo, Gamaliel y otros con ellos.

Marcharon a Arimatea y encontraron a aquellos de los que hablaba José. Hicieron oración y se saludaron mutuamente. Después fueron con ellos a Jerusalén y los presentaron en la sinagoga. Aseguraron las puertas y pusieron en medio el Antiguo Testamento de los judíos, y les dijeron los sumos sacerdotes: «Queremos que juréis por el Dios de Israel y por Adonay, para que digáis así la verdad, cómo habéis resucitado y quién es el que os ha levantado de entre los muertos».

3. Al oír esto los hombres resucitados, hicieron sobre sus rostros la señal de la cruz y dijeron a los sumos sacerdotes: «Dadnos papel, tinta y pluma». Les llevaron estas cosas. Ellos se sentaron y escribieron lo siguiente:

Isaías y Juan Bautista, en el abismo de los justos

18(2) 1. Señor Jesucristo, resurrección y vida del mundo, danos gracia para que contemos tu resurrección y las maravillas que realizaste en el infierno. Estábamos nosotros en el infierno con todos los que habían muerto desde el principio del mundo. En la hora de la medianoche amaneció en aquellos oscuros lugares como la luz brillante del sol, con la que fuimos todos iluminados de modo que pudimos vernos unos a otros. Aquella luz procedía de un gran resplandor. El profeta Isaías, que estaba allí, dijo: «Esta luz proviene del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, sobre la que profeticé estando vivo, diciendo: “Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, el pueblo que yacía en las tinieblas vio una gran luz”» (Is 9, 1).

2. Salió después al centro otro, que era asceta del desierto, y le preguntaron los patriarcas: «¿Quién eres tú?». Él respondió: «Yo soy Juan, el último de los profetas, que enderecé los caminos del Hijo de Dios y prediqué al pueblo la penitencia para el perdón de los pecados. El Hijo de Dios vino a mí, y cuando lo vi de lejos, dije al pueblo: “Este es el cordero de

Dios, el que quita el pecado del mundo”. Con mi propia mano lo bauticé en el río Jordán. Y vi como una paloma y al Espíritu Santo que descendía sobre él. Escuché también la voz de Dios Padre que decía así: “Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido^[527]”. Por eso me envió también a vosotros para que os anunciara que llegaba hasta aquí el Hijo unigénito de Dios, para que todo el que crea en él se salve, y el que no crea en él se condene. Por eso, os digo a todos vosotros que tan pronto como lo veáis, lo adoréis, porque esta es la única ocasión que tenéis de hacer penitencia por haber adorado a los ídolos en el mundo vano de allá arriba y por los pecados que cometisteis. No será posible hacer esto en otra ocasión».

Testimonios de Adán y de Set

19(3) 1. Cuando Juan informaba así a los que estaban en el infierno, oyéndolo también el primer creado y primer padre Adán, dijo a su hijo Set: «Hijo mío, quiero que digas a los progenitores del género humano y a los profetas adónde te envíe cuando enfermé para morir». Set dijo: «Profetas y patriarcas, escuchadme: Mi padre Adán, el primer creado, habiendo caído en trance de muerte, me envió a hacer oración a Dios cerca de la puerta del paraíso, para que me condujera por medio de un ángel hasta el árbol de la misericordia, del que yo pudiera tomar aceite con que ungir a mi padre y hacer que se recuperara de su enfermedad. Y así lo hice.

2. »Después de la oración, vino el ángel del Señor y me dijo: “¿Qué pides, Set? ¿Pides el aceite que reanima a los enfermos o el árbol que destila tal aceite, con vistas a la enfermedad de tu padre? No es posible encontrarlo ahora. Por tanto, vete y di a tu padre que cuando se cumplan cinco mil quinientos años desde la creación del mundo, entonces bajará a la tierra el unigénito Hijo de Dios hecho hombre. Él será quien lo unja

con tal aceite, y tu padre se levantará, y lo lavará con agua y con Espíritu Santo, a él y a sus descendientes. Entonces sanará de toda enfermedad, porque ahora ello es imposible”».

Cuando escucharon estas cosas, los patriarcas y los profetas se alegraron grandemente.

Diatriba entre Satanás y el Abismo

20(4) 1. Mientras todos se encontraban sumidos en tan gran alegría, vino Satán, el heredero de las tinieblas, y dijo al Abismo: «Devorador e insaciable, escucha mis palabras. De la raza de los judíos hay un cierto personaje de nombre Jesús, que se denomina a sí mismo Hijo de Dios. Pero siendo como era hombre, los judíos lo crucificaron con nuestra colaboración. Y como ahora ha muerto, prepárate para que lo encerremos aquí con seguridad. Yo sé que es un hombre, y le oí decir: “Mi alma está triste hasta la muerte^[528]”. Me ha hecho también muchos males en el mundo de allá arriba mientras convivía con los mortales. Cuando se encontraba con mis siervos, los perseguía; y a todos los hombres que yo dejaba mutilados, ciegos, cojos, leprosos y cosas parecidas, los curaba solo con su palabra; y a muchos a quienes yo preparaba para la sepultura, incluso a esos les devolvía la vida solo con su palabra».

2. Dijo el Abismo: «¿Es que es tan fuerte como para hacer estas cosas con sola su palabra? ¿Y tú puedes acaso enfrentarte a él, siendo como es? Porque me parece que a uno como este nadie puede hacerle frente. Pero si dices que oíste cómo tenía miedo de la muerte, esto debió de decirlo en son de burla y riéndose de ti, pretendiendo dominarte con mano poderosa. ¡Ay! ¡Ay de ti por todos los siglos!». Dijo Satán: «Devorador e insaciable Abismo, ¿tanto temor tienes al oír hablar de nuestro común enemigo? Yo no le tuve ningún miedo, sino

que animé a los judíos, que lo crucificaron y le dieron a beber hiel y vinagre. Prepárate, pues, para que cuando llegue lo sujetes con fuerza».

3. Respondió el Abismo: «Heredero de las tinieblas, hijo de la perdición, calumniador, me acabas de decir que a muchos que tú tenías ya preparados para la sepultura, él les devolvió la vida solo con la palabra. Si ha librado a otros de la sepultura, ¿cómo y con qué poder podrá ser dominado por vosotros? Hace poco tiempo yo devoré a un difunto, de nombre Lázaro; y poco tiempo después uno de los vivos lo arrancó a la fuerza de mis entrañas solo con su palabra. Creo que se trata de ese de quien hablas. Si lo acogemos aquí, tengo miedo de que peligrosos también en el caso de los demás. Pues a todos los que devoré desde el principio del mundo, he aquí que los percibo agitados, y sufro dolores en mi vientre. No me parece una buena señal el caso de Lázaro, el que me ha sido arrebatado recientemente. Pues voló de mí no como un muerto, sino como un águila; tan rápidamente lo arrojó fuera la tierra. Por eso te conjuro por tus gracias y por las mías que no lo traigas aquí. Pues tengo la impresión de que se presenta aquí porque todos los muertos han pecado. Esto te lo digo, por las tinieblas que tenemos, si lo llegas a traer aquí, no me quedará ninguno de los muertos».

21(5) 1. Mientras Satanás y el Abismo se decían uno a otro tales cosas, se produjo una gran voz como de un trueno que decía: «Levantad, príncipes, vuestras puertas; levantaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria». Al oír esto el Abismo, dijo a Satanás: «Sal, si eres capaz, y enfréntate a él». Salió, pues, fuera Satanás. Después dijo el Abismo a sus demonios: «Asegurad bien y fuertemente las puertas de bronce y los cerrojos de hierro; sujetad mis cerraduras y vigiladlo todo a pie firme, pues si entra aquí, se apoderará, ¡ay!, de nosotros».

2. Cuando oyeron estas cosas los progenitores, comenzaron todos a mofarse de él, diciendo: «Devorador e insaciable, abre para que entre el rey de la gloria». Dijo el profeta David: «¿No sabes, ciego, que cuando yo vivía, profeticé este anuncio?: “Levantad, príncipes, vuestras puertas^[529]”. Isaías añadió: «Yo, previendo esto por la gracia del Espíritu Santo, escribí: “Resucitarán los muertos, se levantarán los que están en los sepulcros y se regocijarán los que están en la tierra”. Y también: “¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, Abismo, tu victoria?”^[530]».

3. Vino de nuevo una voz que decía: «Levantad las puertas». Cuando el Abismo oyó esta voz por segunda vez, dijo como si realmente nada supiera: «¿Quién es este rey de la gloria?». Contestaron los ángeles del Señor: «El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la guerra^[531]». Enseguida, al sentirse esta palabra, las puertas de bronce se quebraron y los cerrojos de hierro se rompieron. Todos los muertos amarrados quedaron libres de sus ataduras, y nosotros con ellos. Entró el rey de la gloria como un hombre, y todos los rincones del abismo fueron iluminados.

Derrota del Abismo y de Satanás

22(6) 1. Enseguida gritó el Abismo: «Hemos sido vencidos, ¡ay de nosotros! Pero ¿quién eres tú que tienes tanto poder y fuerza? ¿Quién eres tú que vienes aquí libre de pecado? ¿El que aparece como pequeño y puede hacer grandes cosas, el humilde y el elevado, el criado y el amo, el soldado y el rey, el que domina sobre muertos y vivos? Fuiste clavado en la cruz y depositado en el sepulcro; ahora has quedado libre y has destruido toda nuestra fuerza. ¿Eres tú acaso Jesús, del que nos decía el jefe de los sátrapas Satanás que por la cruz y la muerte ibas a heredar el mundo entero?».

2. Entonces el rey de la gloria tomó por la coronilla al jefe de los sátrapas Satanás y se lo entregó a los ángeles, diciendo: «Sujetad con cadenas de hierro sus manos, sus pies, su cuello y su boca». Después, entregándolo al Abismo, dijo: «Tómalo y sujétalo con seguridad hasta mi segunda venida».

23(7) El Abismo tomó a Satanás y le dijo: «Beelzebul, heredero del fuego y del castigo, enemigo de los santos, ¿por qué necesidad tramaste el que fuera crucificado el rey de la gloria para que viniera aquí y nos despojara? Vuélvete y mira cómo no ha quedado en mí ningún muerto, sino que todo lo que conseguiste por medio del árbol de la ciencia lo has perdido por la cruz; toda tu alegría se ha convertido en tristeza; y al querer dar muerte al rey de la gloria, te has dado muerte a ti mismo. Pues ya que te he recibido con la intención de sujetarte con toda seguridad, vas a aprender por propia experiencia cuántos males te voy a causar. ¡Oh jefe de los diablos, principio de la muerte, origen del pecado, culminación del mal! ¿Qué mal has encontrado en Jesús para tramar su perdición? ¿Cómo te has atrevido a hacer un mal tan grande? ¿Cómo te has preocupado de hacer bajar a estas tinieblas a un hombre tal, por quien te has visto privado de todos los que han muerto desde el principio del mundo?».

Los santos resucitan y entran en el Paraíso

24(8) 1. Mientras así dialogaba el Abismo con Satanás, extendió su mano derecha el rey de la gloria, tomó y levantó al primer padre Adán. Luego, volviéndose hacia los demás, dijo: «Venid conmigo todos los que habéis muerto por el madero que este tocó. Pues mirad cómo yo os resucito a todos por el madero de la cruz». A continuación sacó a todos fuera, y el primer padre Adán apareció lleno de gozo y decía: «Doy gracias a tu

magnanimidad, Señor, porque me has sacado del abismo más profundo». Igualmente dijeron todos los profetas y los santos: «Te damos gracias, Cristo, Salvador del mundo, porque has sacado nuestra vida de la corrupción».

2. Dichas estas cosas, bendijo el Salvador a Adán haciéndole la señal de la cruz en la frente. Hizo también lo mismo con los patriarcas, los profetas, los mártires y todos los antepasados. Los tomó y dio un salto desde el abismo. Mientras él caminaba, cantaban los santos padres tras él y diciendo: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Aleluya. A él sea la gloria de parte de todos los santos».

25(9) Caminaba, pues, hacia el paraíso cuando tomó de la mano al primer padre Adán y se lo entregó junto con todos los justos al arcángel Miguel. Cuando entraban por la puerta del paraíso, les salieron al paso dos hombres ancianos, a quienes los santos padres preguntaron: «¿Quiénes sois vosotros, que no habéis visto la muerte ni habéis bajado al abismo, sino que habitáis en el paraíso en cuerpo y alma?». Uno de ellos les contestó diciendo: «Yo soy Henoc, el que por ser agradable a Dios, fui trasladado por él hasta aquí; y este es Elías, el Tesbita. Los dos vamos a seguir vivos hasta la consumación de los siglos; entonces seremos enviados de parte de Dios para oponernos al Anticristo, morir a sus manos, resucitar a los tres días y ser arrebatados en las nubes al encuentro del Señor».

Testimonio del Buen Ladrón

26(10) Mientras decían estas cosas, llegó otro hombre humilde, que portaba sobre sus hombros una cruz. Los santos padres le dijeron: «¿Quién eres tú, que tienes aspecto de ladrón, y qué significa esa cruz que llevas sobre tus hombros?». Él respondió: «Yo, como vosotros decís, fui ladrón y bandido en

el mundo. Por eso me apresaron los judíos y me condenaron a morir en cruz junto con nuestro Señor Jesucristo. Estando él colgado de la cruz, cuando vi los prodigios que sucedían, creí en él. Le rogué, pues, y le dije: “Señor, cuando reines, no te olvides de mí”. Enseguida me dijo: “En verdad, en verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso”. Llevando, pues, mi cruz, he venido al paraíso, he encontrado al arcángel Miguel y le he dicho: “Nuestro Señor Jesús, el crucificado, me ha enviado aquí; llévame, pues, a la puerta del Edén”. Cuando la espada de fuego vio la señal de la cruz, me abrió y entré. Después me dijo el arcángel: “Aguarda un poco, que viene también Adán, el primer padre del género humano, con los justos, para que entren ellos también dentro”. Y ahora, al veros, he venido a vuestro encuentro».

Al escuchar los santos estas cosas, gritaron a grandes voces, diciendo: «Grande es nuestro Señor, y grande es su poder».

Epílogo

27(11) Todas estas cosas las vimos y las escuchamos nosotros, los dos hermanos, quienes fuimos también enviados por el arcángel Miguel, y fuimos designados para predicar la resurrección del Señor, pero antes para marchar al Jordán y ser bautizados. Allí marchamos, en efecto, y fuimos bautizados con otros muertos resucitados. Después fuimos también a Jerusalén, donde celebramos la Pascua de la resurrección. Ahora bien, como no podemos quedarnos allí, nos marchamos. Que el amor de Dios Padre, la gracia de nuestro Señor Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

Después de escribir estas cosas y de asegurar los libros, dieron la mitad a los príncipes de los sacerdotes y la otra mitad a José y a Nicodemo. Ellos desaparecieron

inmediatamente para gloria de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Descenso de Cristo a los infiernos

(Redacción latina B)

Carino y Leucio redactan su historia y regresan al sepulcro

17(1) 1. Entonces los rabinos Addas, Finees y Egias, tres varones que habían venido de Galilea dando testimonio de que habían visto a Jesús asunto al cielo, se levantaron en medio de la multitud de los príncipes de los judíos y dijeron delante de los sacerdotes y los levitas reunidos en consejo: «Señores, cuando nosotros íbamos de Galilea al Jordán, salió a nuestro encuentro una gran multitud de hombres vestidos de blanco, que habían muerto en otro tiempo. Entre otros, vimos que estaban con ellos Carino y Leucio. Una vez que se acercaron a nosotros y nos besamos mutuamente, porque habían sido nuestros amigos queridos, les preguntamos: “Decidnos, amigos y hermanos nuestros, ¿qué significan esta alma y esta carne? ¿Quiénes son estos con quienes vais? ¿Cómo es que vivís en el cuerpo cuando hace tiempo que moristeis?”.

2. »Ellos respondieron diciendo: “Hemos resucitado desde los infiernos con Cristo, pues él nos ha resucitado de entre los muertos. Debéis saber que desde ahora han quedado destruidas las puertas de la muerte y de las tinieblas. Las almas de los santos han sido sustraídas de allí y han subido al cielo en compañía de Cristo, el Señor. El mismo Señor nos ha ordenado que durante un cierto tiempo paseemos por las riberas del Jordán y por los montes; sin embargo, que no nos mostremos a todos ni hablemos con todos, sino con aquellos que a él le agraden. Y ahora no hubiéramos podido ni hablar ni mostrarnos a vosotros, si no nos lo hubiera permitido el Espíritu Santo”.

3. Al oír estas palabras toda la multitud que estaba presente en el consejo, presa de terror y temblor, se preguntaba admirada si sería verdad lo que aquellos galileos testificaban. Entonces Caifás y Anás dijeron al consejo: «Pronto quedará claro por todo lo que estos antes y después han testificado. Si se descubre que es verdad que Carino y Leucio permanecen vivos en sus cuerpos, y si nosotros podemos contemplarlos con nuestros propios ojos, entonces es verdad todo lo que estos testifican. Cuando los encontremos, ellos nos lo confirmarán todo. Pero si no, sabed que todo es una mentira».

4. Entonces, iniciado enseguida el consejo, les pareció bien elegir a unos varones idóneos, temerosos de Dios, que conocieran cuándo aquellos habían muerto y dónde estaba la sepultura en la que habían sido enterrados, para que buscaran con diligencia y viesan si era todo como habían oído. Se presentaron allí quince varones, que habían sido testigos de su muerte, habían estado por su propio pie en el lugar donde habían sido sepultados y habían visto sus sepulturas. Fueron, pues, y hallaron que las sepulturas estaban abiertas, lo mismo que otras muchas, y que no había ni rastro de sus huesos o de sus cenizas. Regresaron a toda prisa y contaron lo que habían visto.

5. Entonces toda su sinagoga se turbó con una desmedida tristeza y unos a otros se dijeron: «¿Qué podemos hacer?». Anás y Caifás respondieron: «Preparemos y enviemos al sitio, donde hemos oído que están, a unos hombres distinguidos que les rueguen y les supliquen. Quizá se dignen venir hasta nosotros». Entonces les enviaron a Nicodemo, a José y a los tres rabinos galileos que los habían visto para que les rogaran que se dignaran venir hasta ellos. Marcharon, en efecto, y anduvieron por toda la región del Jordán y de los montes. Pero al no encontrarlos, se disponían a regresar.

6. Y he aquí que de pronto vieron aparecer una inmensa multitud de unos doce mil hombres que bajaban del monte Amalech y que habían resucitado con el Señor. Al reconocer allí mismo a muchísimos, no pudieron decirles ni palabra por el miedo y la visión del ángel. Se detuvieron de lejos mirando con atención y escuchando cómo avanzaban cantando salmos y diciendo: «El Señor ha resucitado de entre los muertos, como había dicho, regocijémonos y alegrémonos todos, porque reina eternamente». Entonces, llenos de admiración los que habían sido enviados, cayeron en tierra atemorizados. Y les recomendaron que buscaran a Carino y a Leucio en sus casas.

7. Ellos se levantaron y marcharon a sus casas, donde los encontraron dedicados a la oración. Entrando adonde estaban, cayeron en tierra saludándolos. Luego se levantaron y dijeron: «Amigos de Dios, toda la multitud de los judíos nos han enviado a vosotros, pues han oído que habéis resucitado de entre los muertos. Os ruegan y suplican que vayáis hasta ellos para que todos conozcamos las maravillas de Dios, que han sucedido entre nosotros en nuestros tiempos». Ellos, levantándose por indicación divina, fueron hasta ellos y entraron en su sinagoga. Entonces la multitud de los judíos con los sacerdotes pusieron en sus manos los libros de la Ley y los conjuraron por el Dios Heloy y el Dios Adonay, por la Ley y los Profetas, diciendo: «Decidnos cómo habéis resucitado de entre los muertos y cómo son estas maravillas que han acontecido en nuestros tiempos como nunca hemos oído que hayan sucedido jamás. Pues hasta nuestros huesos todos quedaron estupefactos de terror, se secaron mientras la tierra se mueve bajo nuestros pies. Y es que unimos todos nuestros pechos para derramar sangre justa y santa».

8. Entonces Carino y Leucio les hicieron señas con las manos para que les dieran un rollo de papel y tinta. Lo

hicieron así porque el Espíritu Santo no les permitió que hablaran con ellos. Después de darles a cada uno su papel, los separaron al uno del otro en diferentes habitaciones. Ellos, haciendo con sus dedos la señal de la cruz de Cristo, empezaron a escribir cada uno en su rollo. Cuando terminaron, exclamaron como a una sola voz desde sus respectivas habitaciones: «Amén». Pero levantándose, Carino dio su papel a Anás, y Leucio a Caifás. Después de saludarse mutuamente, salieron y regresaron a sus sepulcros.

9. Entonces Anás y Caifás, abriendo un rollo, empezaron a leerlo cada uno en secreto. Pero todo el pueblo lo tomó tan a mal, que todos empezaron a gritar: «Leednos estos escritos abiertamente, y cuando hayan sido leídos, nosotros los guardaremos, no sea que personas inmundas y falaces cambien por su obcecación la verdad de Dios en falsedad». Después Anás y Caifás, abatidos de temblor, entregaron el rollo a los rabinos Addas, Finees y Egias, que habían venido de Galilea anunciando que Jesús había sido asunto al cielo. Toda la multitud de los judíos les dio crédito para que leyeran esta escritura. Y en efecto, leyeron el papel con este contenido:

Contenido del relato de Carino y Leucio

18(2) 1. Yo soy Carino. Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, permite que cuente las maravillas que hiciste en los infiernos. Cuando estábamos en tinieblas y en sombra de muerte, retenidos en los infiernos, de pronto nos resplandeció una gran luz, y temblaron los infiernos y las puertas de la muerte. Se oyó la voz del Hijo del Altísimo Padre como la voz de un gran trueno; y clamando fuertemente, se expresó de esta manera: «Retirad, príncipes, vuestras puertas; levantad las puertas eternas, pues va a entrar Cristo el Señor, rey de la gloria».

2. Entonces llegó Satanás, caudillo de la muerte, huyendo despavorido, diciendo a sus ministros y a los infiernos: «Ministros míos e infiernos todos, acudid, cerrad vuestras puertas, echad las palancas de hierro, luchad con fuerza y resistid, no sea que teniendo nosotros las cadenas caigamos presos en ellas». Entonces todos sus impíos servidores quedaron conturbados y empezaron a cerrar con toda diligencia las puertas de la muerte y a trabar poco a poco los cerrojos y las palancas. Empuñaron con mano firme todas sus armas y lanzaron gritos con voz siniestra y terrible.

Diatriba entre el Infierno y Satanás

19(3) 1. Entonces Satanás dijo al Infierno: «Prepárate para recibir a quien voy a enviarte».

El Infierno respondió a Satanás: «Esta voz no ha sido sino el clamor del Hijo del Padre Altísimo, pues con ella se han estremecido la tierra y todos los lugares del infierno. De donde deduzco que, como yo, todos mis lazos están ya abiertos de par en par. Pero yo te conjuro, Satanás, cabeza de todos los males, por tus poderes y por los míos, que no lo traigas a mí, no sea que mientras tratamos de atraparlo, seamos apresados por él. Pues si solo con su voz todo mi poder quedó destruido, ¿qué piensas que va a hacer cuando llegue su presencia?».

2. Satanás, el príncipe de la muerte, le respondió: «¿Por qué gritas? No temas, malvadísimo amigo antiguo, pues yo suscité contra él al pueblo judío, hice que fuera golpeado a bofetadas y conseguí que un discípulo suyo lo traicionara. Es, además, un hombre que tiene mucho miedo a la muerte, que dijo lleno de temor: “Triste está mi alma hasta la muerte”. Pues yo lo conduje a ella, y ahora está pendiente de lo alto de la cruz».

3. Entonces le dijo el Infierno: «Si es este el que solo con el imperio de su palabra hizo que Lázaro, muerto ya de cuatro

días, volara desde mi seno como un águila, no es un hombre en humanidad, sino Dios en majestad. Te ruego, pues, que no me lo traigas a mí». Satanás replicó: «Prepárate, pues, y no tengas miedo. Como ya está pendiente de la cruz, no puedo hacer otra cosa». Entonces el Infierno respondió a Satanás de este modo: «Pues si no puedes hacer otra cosa, ya está cerca tu perdición. Yo, en fin, quedaré abatido y sin honor, pero tú estarás atormentado bajo mi dominio».

El relato de Set

20(4) 1. Los santos de Dios escuchaban la disputa que mantenían Satanás y el Infierno. Ellos, sin embargo, no se reconocían todavía el uno al otro; no obstante, empezaban a conocerse. Pero nuestro santo padre Adán respondió así por todo a Satanás: «Príncipe de la muerte, ¿por qué tienes miedo y estás temblando? He aquí que el Señor vendrá y destruirá todos tus proyectos. Tú serás apresado por él y encadenado por todos los siglos».

2. Entonces todos los santos, al oír la voz de nuestro padre Adán, que respondió por todo con entereza a Satanás, quedaron confortados en la alegría. Acudiendo todos al padre Adán, formaron allí mismo una piña con él. Nuestro padre Adán, mirando entonces con mayor atención a toda aquella multitud, se admiraba de que todos hubieran sido engendrados por él en el mundo. Y abrazando a cuantos estaban a su alrededor y derramando amarguísimas lágrimas, dijo a su hijo Set: «Cuenta, hijo mío Set, a los santos patriarcas y a los profetas lo que te dijo el guardián del paraíso, cuando te envié para que me trajeras del aceite mismo de la misericordia y ungieras mi cuerpo una vez que me sentí enfermo».

3. Set respondió: «Cuando me enviaste ante la puerta del paraíso, oré y supliqué al Señor con lágrimas, y llamé al

guardián del paraíso para que me diera de aquel aceite. Salió entonces el arcángel Miguel y me dijo: “Set, ¿qué es por lo que lloras? Has de saber que tu padre Adán no recibirá ahora de este aceite de misericordia, sino después de muchas generaciones del mundo. Pues vendrá desde los cielos al mundo el amantísimo Hijo de Dios y será bautizado por Juan en el río Jordán. Será entonces cuando tu padre Adán recibirá de este aceite de misericordia, lo mismo que todos los que crean en él. El reino de los que hayan creído en él permanecerá por los siglos”».

Testimonio de Isaías y Juan Bautista

21(5) 1. Entonces, cuando todos los santos oyeron estas cosas, volvieron a llenarse de gozo. Uno de los circunstantes, de nombre Isaías, clamando a grandes voces, dijo: «Padre Adán y todos los presentes, escuchad mis palabras. Cuando yo estaba en la tierra, bajo el magisterio del Espíritu Santo, canté proféticamente de esta luz, diciendo: “El pueblo que residía en las tinieblas vio una gran luz, y a los que habitaban en la región de las sombras de la muerte les amaneció una luz^[532]”». Al sonido de esta voz, el padre Adán y todos se volvieron y preguntaban: «¿Quién eres tú? Porque lo que dices es verdad». Y él añadió: «Mi nombre es Isaías».

2. Entonces apareció junto a él otro con aspecto de ermitaño. Y le preguntaron, diciendo: «¿Quién eres tú, que llevas en el cuerpo tales señales?». Él respondió con seguridad: «Yo soy Juan el Bautista, voz y profeta del Altísimo. Yo caminé ante la faz del mismo Señor para cambiar los desiertos y los caminos escabrosos en vías llanas. Yo señalé con el dedo para los habitantes de Jerusalén al cordero del Señor y al Hijo de Dios y lo glorifiqué. Lo bauticé en el río Jordán. Yo oí la voz del Padre que sonaba desde el cielo y proclamaba: “Este es

mi Hijo amado, en el que me he complacido. Yo recibí de él la información de que había de descender a los infiernos”».

Entonces, al oír estas palabras, el padre Adán clamó con gran voz y repitió: «¡Aleluya!», que quiere decir: «El Señor viene en todas las cosas».

David y Jeremías

22(6) 1. Después, otro de los que allí estaban presentes, sobresaliente por una cierta insignia imperial, de nombre David, proclamaba con solemnidad: «Cuando yo estaba en la tierra, revelaba al pueblo la misericordia de Dios y su visitación, vaticinando los gozos que habían de venir a lo largo de los siglos, diciendo: “Hablen de Dios sus misericordias y las maravillas que ha hecho a los hijos de los hombres, porque ha triturado las puertas de bronce y ha quebrado los cerrojos de hierro”» (Sal 107, 15-16). Entonces los santos patriarcas y profetas empezaron a reconocerse mutuamente y a hablar cada uno de sus profecías. Fue entonces cuando el santo profeta Jeremías se puso a contar sus profecías a los patriarcas y a los profetas, diciendo: «Cuando yo estaba en la tierra profeticé sobre el Hijo de Dios, el que se manifestó en la tierra y convivió con los hombres».

2. Entonces todos los santos, exultantes por la luz del Señor, la presencia del padre Adán y la respuesta de todos los patriarcas y profetas, exclamaron diciendo: «¡Aleluya, bendito el que viene en el nombre del Señor!», de tal manera que al oír su exclamación, Satanás se llenó de pavor y buscó una puerta para huir. Pero no podía, porque el Infierno y sus satélites lo mantenían sujeto en el abismo y vigilado por todas partes. Y le decían: «¿Por qué estás temblando? Nosotros no te permitimos salir de aquí de ninguna manera. Recibe ahora estas cosas, que bien las mereces, de parte de aquel a quien

continuamente atacabas. Porque si no, has de saber que quedarás encadenado por él bajo mi custodia».

El buen ladrón

23(7) 1. Nuevamente se oyó la voz del Hijo del Padre Altísimo como la voz de un gran trueno que decía: «Alzad, príncipes, vuestras puertas; elevaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria^[533]». Entones Satanás y el Infierno gritaron, diciendo: «¿Quién es este rey de la gloria?». Les respondió la voz del Señor: «El Señor, fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla^[534]».

2. Después de esta voz, vino un hombre, cuya apariencia era como la de un ladrón, llevando una cruz al hombro, que gritaba desde fuera, diciendo: «Abridme para que pueda entrar». Satanás entreabrió la puerta, lo introdujo en el interior del albergue y volvió a cerrar la puerta. Lo vieron todos los santos resplandeciente y enseguida le dijeron: «Tu apariencia es de ladrón. Explícanos qué es lo que llevas a tus espaldas». A lo que respondió humildemente, diciendo: «Verdaderamente fui un ladrón en todo; y los judíos me colgaron en la cruz en compañía de mi Señor Jesucristo, Hijo del Padre Altísimo. Al final, yo he venido adelantándome, pero él viene enseguida detrás de mí».

3. Entonces el santo David, inflamado en ira contra Satanás, clamó fuertemente: «Abre, inmundísimo, tus puertas para que entre el Rey de la gloria». De forma parecida se levantaban todos los santos de Dios contra Satanás, intentaban apoderarse de él y repartírselo. De nuevo se oyó un clamor desde dentro: «Alzad, príncipes, vuestras puertas; elevaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria^[535]». De nuevo preguntaron el Infierno y Satanás a aquella perspicua voz, diciendo: «¿Quién es este rey de la gloria?». Y aquella voz admirable les contestó: «El Señor poderoso, él es el rey de la

gloria^[536]».

Entrada triunfal de Cristo

24(8) He aquí que de pronto el Infierno tembló, las puertas de la muerte y sus cerraduras se despedazaron, las palancas de hierro se quebraron y cayeron en tierra, y todo quedó al descubierto. Satanás quedó en el medio, confuso y abatido, sujeto con grilletes en los pies. Y he aquí que el Señor Jesucristo venía en la claridad de una excelsa luz, manso, grande y humilde, con una cadena en las manos, que ató al cuello de Satanás; le ató de nuevo las manos a la espalda y lo arrojó al tártaro bocarriba; y le puso su santo pie en la garganta, diciendo: «Hiciste muchos males a lo largo de todos los siglos; nunca descansaste; hoy te entrego al fuego perpetuo». Y llamando al punto al Infierno, le dijo en tono de mando: «Toma a este pésimo y malvadísimo, y mantenlo bajo tu custodia hasta el día en que yo te lo ordene». Lo tomó en efecto y se hundió con él bajo los pies del Señor a las profanidades del abismo.

Encuentro con los santos

25(9) 1. Entonces el Señor Jesucristo, Salvador de todos, piadoso y mansísimo, saludando otra vez a Adán, le decía: «La paz sea contigo, Adán, en compañía de tus hijos por los infinitos siglos de los siglos, amén». El padre Adán se arrojó a los pies del Señor, se levantó de nuevo, besó su mano y, derramando abundantes lágrimas, dijo: «Mirad, las manos que me modelaron dan testimonio a todos». Después, decía al Señor: «Llegaste, oh Rey de la gloria, para liberar a los hombres y agregarlos a tu reino perpetuo». Entonces, también nuestra madre Eva se arrojó igualmente a los pies del Señor, se volvió a levantar, besó sus manos y, derramando abundantes lágrimas, dijo: «Mirad, las manos que me formaron dan testimonio a todos».

2. Entonces todos los santos, adorándolo, exclamaron diciendo: «Bendito el que viene en el nombre del Señor; Dios, el Señor, nos ha iluminado. Así sea por todos los siglos. Aleluya por los siglos de los siglos: alabanza, honor, poder, gloria, porque llegaste de lo alto para visitarnos». Cantando continuamente el aleluya y regocijándose en común de la gloria, acudían bajo las manos del Señor. Entonces el Salvador, examinando todo con atención, mordió al Infierno; y tan rápidamente como arrojó una parte al tártaro, llevó la otra consigo a los cielos.

26(10) Entonces todos los santos de Dios suplicaron al Señor que dejase en los infiernos el signo victorioso de la santa cruz, para que sus malvados ministros no pudiesen retener a culpado alguno a quien el Señor hubiera absuelto. Y así se hizo. Puso, pues, el Señor su cruz en medio del infierno, que es signo de victoria y que permanecerá allí eternamente.

A continuación salimos de allí todos con el Señor, dejando a Satanás y al Infierno en el tártaro. Y a nosotros y a otros muchos se nos dio la orden de que resucitáramos con nuestro cuerpo para dar eternamente testimonio de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo y de los sucesos que tuvieron lugar en los infiernos.

Estas cosas, hermanos carísimos, son las que vimos y de las que damos testimonio, pues fuimos conjurados por vosotros. Lo atestigua aquel que por nosotros murió y resucitó. Porque, según está escrito, así sucedió en todos los detalles.

Epílogo

27(11) Cuando terminó y se completó la lectura, todos los oyentes cayeron sobre sus rostros llorando amargamente, golpeándose cruelmente los pechos, clamando y diciendo sin cesar: «¡Ay

de nosotros! ¿Por qué nos ha sucedido esto a nosotros, desgraciados? Huye Pilato, huyen Anás y Caifás, huyen los sacerdotes y los levitas, y huye además el pueblo de los judíos llorando y diciendo: “¡Ay de nosotros, desgraciados! Hemos derramado en tierra sangre sagrada”».

En tres días y en tres noches no probaron de ninguna manera ni pan ni agua, y ninguno de ellos regresó a la sinagoga. Pero al tercer día, reunido nuevamente el consejo, se leyó enteramente la otra carta de Leucio, y no se encontró ni más ni menos, ni siquiera una letra, de lo que contenía el escrito de Carino. Entonces se disgustó la sinagoga, y lloraron cuarenta días y cuarenta noches, esperando de Dios la muerte y la venganza divina. Pero aquel, compasivo, piadoso y altísimo, no los destruyó enseguida, concediéndoles generosamente espacio para la penitencia. Sin embargo, no fueron hallados dignos de convertirse al Señor.

Estos son los testimonios de Carino y de Leucio, hermanos carísimos, sobre Cristo, Hijo de Dios, y sus santas gestas en los infiernos. Démosle todos alabanza y gloria por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

2.2. Escritos complementarios al Ciclo de Pilato

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: De época medieval, siglos X-XI, sobre base anterior.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego y latín.

2.2.1. Carta de Poncio Pilato a Tiberio

Este texto, llamado también la Segunda Carta de Pilato, se ha conservado solamente en manuscritos latinos. La versión presente está tomada de la edición de C. von Tischendorf de los Evangelia Apocrypha, Lipsiae, ² 1876, pp. 433-434. Aunque su contenido proviene con toda probabilidad de tiempos antiguos, la forma literaria delata una época muy posterior, posiblemente del Renacimiento, como lo demuestra el estilo cuidado y elegante. Pilato manifiesta una actitud favorable a la causa de Jesús y da testimonio de su inocencia.

Todos los documentos de este género (núms. 1-10) son una composición medieval (siglos X/XI), realizada a base de tradiciones más antiguas.

* * *

Carta de Poncio Pilato escrita al emperador romano sobre nuestro señor Jesucristo

Poncio Pilato al emperador Tiberio César, salud.

Jesucristo, de quien te hablé abiertamente en mis últimas declaraciones, por deseo del pueblo padeció un suplicio amargo a pesar de mi disgusto y mis temores. Por Hércules, que un varón tan piadoso y tan cabal no lo ha tenido ni lo tendrá época alguna. Pero se dio un sorprendente intento del propio pueblo y un consenso de todos los escribas, los jefes y los ancianos contra las recomendaciones de sus profetas y, en nuestra mentalidad, las sibilas, para crucificar a este legado de la verdad. Mientras estaba colgado, aparecieron signos que no solo estaban por encima de la naturaleza, sino que, a juicio de los filósofos, amenazaban con la ruina de todo el orbe. Sus discípulos se conservan florecientes, en sintonía con su

Maestro en las obras y en la moderación de su vida. Más aún, en su nombre hacen mucho bien. Y si no fuera porque temía que se produjera una sedición en el pueblo por su estado de creciente agitación, quizá nos pudiera vivir todavía aquel varón. Por lo que, obligado por mi lealtad a tu dignidad más que llevado de mi propia voluntad, no supe resistir con todas mis fuerzas, sino que permití que una sangre justa e inmune de toda acusación, aunque por la inicua maldad de los hombres, fuera vendida y sufriera, a pesar de que todo acabaría en su propia perdición, según la interpretación de las escrituras. Adiós. Día 28 de marzo.

2.2.2. Carta de Tiberio a Pilato

Este documento, cuyo origen está en la Iglesia cristiana oriental, se ha conservado en su versión griega. Tiene dos partes desde el punto de vista temático. La primera es la supuesta contestación del emperador a Pilato. En ella censura la conducta del gobernador por haber condenado a Jesús. La segunda parte cuenta de la muerte de Pilato y de otros jefes judíos. El texto es claramente hostil a la memoria del prefecto, a quien acusa abiertamente de soborno.

Muchos detalles son comunes a la recensión B latina de los Actas de Pilato. El texto que traducimos es el de J. A. Robinson, Apocrypha Anecdota, 2, 1899, pp. 78-81.

* * *

Respuesta del César Augusto, enviada a Poncio Pilato, gobernador de la provincia oriental. Escribió también la sentencia y se la remitió con el mensajero Rajab, a quien entregó también soldados en número de dos mil.

«Puesto que condenaste a Jesús Nazareno a una muerte violenta y llena de injusticias, y antes de la condena a muerte lo entregaste a los insaciables y furiosos judíos sin tener compasión de este justo, después de mojar la caña y

pronunciar una sentencia desgraciada, lo hiciste flagelar y lo entregaste sin culpa alguna de su parte para ser crucificado. Aceptaste regalos por su muerte, y aunque sentías compasión por él de palabra, con el corazón lo entregaste a los inicuos judíos. Por ello vas a ser conducido como preso a mi presencia para que pronuncies tu defensa y me des cuenta de esa vida que has entregado a la muerte sin motivo. Pero ¡ay de tu desvergüenza y endurecimiento! Yo, desde que ha llegado a mis oídos esta noticia, sufro en mi alma y se me rompen las entrañas. Pues ha venido hasta mí una mujer, que dice ser discípula suya; se trata de María Magdalena, de quien cuentan que expulsó siete demonios, y atestigua que Jesús realizaba las mayores curaciones: hizo ver a los ciegos, andar a los cojos, oír a los sordos, limpió a los leprosos, y en una palabra, como ella atestiguaba, realizaba estas curaciones solo con la palabra. ¿Cómo permitiste que ese hombre fuera crucificado sin culpa alguna? Y si no lo aceptabais como Dios, debíais haber tenido compasión de él como médico que era. Pero hasta por el falso escrito que me ha llegado de parte tuya veo que tengo que castigarte, pues escribes que era mayor que los dioses que nosotros veneramos. ¿Cómo es que lo entregaste a la muerte? Pues de la misma manera que tú lo condenaste injustamente y lo entregaste a la muerte, también yo te entregaré justamente a la muerte; y no solamente a ti, sino también a todos tus consejeros y cómplices, de quienes aceptaste incluso regalos por su muerte».

Entregó su escrito a los mensajeros, y se les dio por escrito la sentencia mandada por Augusto para que mataran a espada a toda la estirpe de los judíos y fuera conducido a Roma Pilato como prisionero y condenado, y a todos los principales de los judíos, gobernadores de zona, a Arquelao, el hijo del aborrecible Herodes, y a su cómplice Filipo, al sumo sacerdote Caifás y a su suegro Anás y a todos los principales

de los judíos.

Marchó, pues, Rajab con los soldados e hizo lo que se le había ordenado. Hirió con la espada a todos los varones de los judíos, y a sus impuras mujeres las prostituyeron entre los paganos, con lo que nació y surgió una semilla abominable de su padre Satanás. A Arquelao y a Filipo, a Anás y Caifás y a todos los principales de los judíos los llevó presos a Roma. Y sucedió que mientras atravesaban una cierta isla llamada Creta, Caifás perdió la vida de una manera desgraciada y violenta. Cuando lo tomaron para sepultarlo, ni siquiera la tierra lo aceptaba, sino que lo arrojaba fuera. Al verlo todos los de la multitud, tomando piedras con sus propias manos, las arrojaron contra él, y así lo sepultaron. Los demás arribaron a Roma.

Había una costumbre entre los antiguos reyes de que, si un condenado a muerte miraba su rostro, quedaba libre de su condena. Ordenó, pues, el César que Pilato no lo mirara para que no se librara de la muerte. Mandó, en cambio, que lo introdujeran en una cueva y lo dejaran allí.

A Anás lo mandó envolver en una piel de buey, y al secarse el cuero por el sol y quedar oprimido por él, se le salieron las entrañas por la boca, con lo que perdió violentamente su vida desgraciada. A todos los demás judíos los entregó a la muerte matándolos a espada. En cuanto a Arquelao, el hijo del aborrecible Herodes, y a su cómplice Filipo ordenó que fueran empalados.

Un cierto día salió el emperador de caza y perseguía a una gacela. Llegó la gacela y se detuvo delante de la entrada de la cueva [en la que se hallaba Pilato]. Estaba este a punto de perecer a manos del César. Y para que se cumpliera lo que iba a suceder, intentó Pilato fijar los ojos en el rey, pero la gacela se puso delante de él. El emperador colocó una flecha en su

arco para disparar a la gacela. Pero la flecha entró por la entrada de la cueva y mató a Pilato. [Todos los que creéis que Cristo es el Dios verdadero, nuestro Salvador, dadle gloria y magnificencia; porque a él se debe la gloria, el honor y la adoración, con su Padre no incoado y su Espíritu consustancial ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén].

2.2.3. *Relación de Pilato (Anaphorá)*

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: En torno al siglo VII.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Manuscritos medievales posteriores al Renacimiento.

Conocida también como Carta de Pilato al César. Tischendorf publicó las dos recensiones griegas, la A, que aquí traducimos, y la B. El texto no va más allá del siglo VII, pero, como sucede con varios de estos documentos, se trata de una reelaboración de tradiciones más antiguas. Se trataría, supuestamente, de una relación de los sucesos relativos a la muerte de Jesús, compuesta por el mismo Pilato y remitida a las autoridades romanas. Jesús había sido un taumaturgo bienhechor, autor de los milagros registrados en los evangelios canónicos.

* * *

Relación del gobernador Pilato sobre nuestro señor Jesucristo, enviada a Roma al César Augusto

En aquellos días, crucificado nuestro Señor Jesucristo bajo Poncio Pilato, gobernador de Palestina y de Fenicia, aparecieron en Jerusalén estos recuerdos de lo que hicieron los judíos contra el Señor. Pilato, pues, junto con su

correspondencia personal, se los remitió al César que estaba en Roma escribiendo lo siguiente:

«Al excelentísimo, venerabilísimo, divinísimo y terribilísimo Augusto César, Pilato, gobernador de la provincia oriental.

Milagros de Jesús

1 »Excelentísimo Señor: hago uso de esta declaración, por la que me siento dominado por el temor y el temblor. Pues en esta provincia de la que soy gobernador, en la que se encuentra la única de las ciudades que se llama Jerusalén, todo el pueblo de los judíos me entregó un hombre llamado Jesús, presentando numerosas acusaciones contra él, pero que no pudieron confirmar con la exposición de sus razones. Había entre ellos una cierta secta que le llevaba la contraria, porque Jesús les decía que el sábado no era día de descanso ni que debía respetarse. Pues realizó muchas curaciones en ese día: hizo que los ciegos recobraran la vista, que los cojos caminaran, resucitó muertos, limpió leprosos, curó paralíticos, incapaces totalmente de tener fuerza en el cuerpo ni estabilidad en sus miembros, sino solo voz y sensatez. Les proporcionaba la facultad para andar y correr, eliminado cualquier enfermedad solo con la palabra. Y otra acción más poderosa todavía, que es ajena a nuestros dioses: resucitó a un muerto de cuatro días, llamándolo solamente con su palabra cuando ya el muerto tenía la sangre coagulada, cuando su cuerpo ya estaba corrupto por la presencia de los gusanos y despedía un hedor de perro. Al verlo yacente en el sepulcro, le ordenó que saliera corriendo. Y como si no tuviera nada de cuerpo muerto, sino como un esposo que sale de la cámara nupcial, así salió del sepulcro cubierto de abundante perfume.

2 » A unos extranjeros, claramente endemoniados, que tenían su morada en los desiertos y comían sus propias carnes, con una vida similar a la de las bestias y los reptiles, los convirtió en habitantes de ciudades y los volvió cuerdos con su palabra; y logró que fueran sabios, poderosos y gloriosos, comensales de todos los que eran enemigos de los espíritus inmundos y funestos que residían en ellos, y a quienes arrojó al fondo del mar.

3 » Había otra vez uno que tenía la mano seca, y no solamente la mano, sino que la mitad del cuerpo de aquel hombre estaba como petrificada; no tenía aspecto de varón ni un cuerpo proporcionado. Pues a aquel también lo curó con su palabra y lo dejó sano.

4 » Una mujer hemorroísa desde hacía muchos años, agotada por la hemorragia en articulaciones y venas, ni siquiera parecía llevar un cuerpo humano, era similar a un cadáver y había perdido totalmente la voz. Todos los médicos de la zona no habían encontrado la forma de curarla y no le quedaba ya esperanza de vida. Al pasar Jesús por allí en secreto, tomó ella fuerza de su sombra y tocó por detrás el borde de su vestido; y al punto, en aquella misma hora, una fuerza llenó sus vacíos como si nunca hubiera padecido aquella enfermedad. Y echó a correr rápidamente hacia su propia ciudad de Cafarnaún hasta completar la distancia de seis jornadas.

5 » Estas cosas que he declarado con claridad y cuidado, las realizó Jesús en día de sábado. Realizó otros signos todavía mayores que estos. De tal manera que he comprendido que los prodigios realizados por él son mayores que los de los dioses que nosotros veneramos.

Cómplices políticos y religiosos

6 » A este me lo entregaron Herodes, Arquelao y Filipo, Anás y Caifás con todo el pueblo, para que lo interrogara y promovieron un gran tumulto. Ordené, pues, que fuera crucificado después de hacerlo flagelar, aunque no encontré contra él culpa alguna en los delitos y malas acciones de que lo acusaban.

Consecuencias de la muerte de Jesús

7 » Al mismo tiempo en que fue crucificado sobrevinieron las tinieblas sobre toda la tierra, se oscureció el sol en pleno día y aparecieron las estrellas, en las que no había claridad; la luna perdió su brillo como teñida de sangre. El mundo de los seres subterráneos quedó absorbido. Lo que tenían como lugar sagrado del Templo, así llamado por los judíos, no volvió a aparecer así tras la caída de aquellos. Y con el eco repetido de los truenos se provocó una profunda sima en la tierra.

8 » Durante aquel estado de temor, aparecieron muertos que habían resucitado, como los mismos judíos atestiguaron. Dijeron que se trataba de Abrahán, Isaac, Jacob y los doce patriarcas, Moisés y Job, los primeros que murieron hace tres mil quinientos años, como afirman aquellos. Y otros muchísimos a los que yo mismo vi aparecidos corporalmente, que se lamentaban por los judíos a causa de la prevaricación que habían cometido y por la perdición de los mismos judíos y de su Ley.

9 » Duró el temor del terremoto desde la hora sexta del viernes hasta la hora de nona. Llegada la tarde del día primero tras el sábado, se produjo un estruendo desde el cielo, de modo que el cielo se convirtió en un resplandor siete veces superior al de todos los días. Apareció a la tercera hora de la noche, y el sol apareció resplandeciente como nunca, iluminando toda la bóveda celeste. Y así como los relámpagos

se presentan de repente en invierno, aparecieron también unos hombres en incontable número, magníficos por su vestimenta y por su gloria, gritando. Su voz se oía como el ruido de un trueno enorme: “Jesús, el crucificado, ha resucitado. Subid de los infiernos los que estáis prisioneros en los subterráneos del abismo”. La hendidura de la tierra era como sin fondo. Sino que los cimientos mismos de la tierra aparecían entre los que gritaban en los cielos, y caminaban corporalmente en medio de los muertos que habían resucitado. Aquel, que resucitó a todos los muertos y encadenó al abismo, decía: “Avisad a mis discípulos que voy delante de ellos a Galilea; allí me verán”.

10 » Toda la noche aquella no cesó la luz de brillar. Muchos judíos murieron absorbidos por la hendidura de la tierra, de manera que a muchísimos de los que habían actuado contra Jesús no se los encontró al día siguiente. Otros veían apariciones fantásticas de resucitados, a quienes nunca ninguno de nosotros había visto. No quedó en la misma Jerusalén ni una sinagoga de los judíos, puesto que todas desaparecieron en aquel cataclismo.

11 » En consecuencia, fuera de mí por aquel temor y dominado por un temblor espantoso, las cosas que vi en aquellos mismos momentos las escribí y las remití a tu autoridad. Ordenando también lo que hicieron los judíos contra Jesús, lo he enviado a tu divinidad, Señor».

2.2.4. Correspondencia entre Pilato y Herodes

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Época medieval tardía (siglo XI/XII).

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego o siríaco.

Esta relación epistolar entre el gobernador y el tetrarca comprende dos cartas, redactadas ambas en griego, la de Pilato a Herodes y la de Herodes a Pilato. La simpatía por el procurador romano es evidente. Pilato cuenta con sensible complacencia la resurrección de Jesús y sus apariciones en Galilea. Confirma su testimonio con dos testigos tan cualificados como su esposa Procla y el centurión Longino.

Herodes despliega un abanico de penas, consideradas como la justa recompensa por los males que hizo a Jesús. Empieza por la muerte violenta de su hija Herodías. Lesbónax, su hijo, está en las últimas. Herodes mismo padece de una grave hidropesía. Su mujer ha perdido un ojo.

* * *

Carta de Pilato a Herodes

Pilato, gobernador de Jerusalén, al tetrarca Herodes, salud.

Nada bueno realicé persuadido por ti en aquel día en que los judíos presentaron a Jesús, el llamado Cristo. Pues de la misma manera que me notificaron, entre otros el centurión, que Jesús había sido crucificado, también me anuncian ahora que ha resucitado de entre los muertos al tercer día. Pero también yo mismo estoy decidido a enviar una misión a Galilea. Pues lo han visto en su misma carne y con su misma figura. Se ha manifestado con su misma voz y sus mismas enseñanzas a más de quinientos hombres piadosos, que han ido dando testimonio de ello sin vacilar, predicando en especial su resurrección y anunciando un reino eterno. Daba la impresión de que los cielos y la tierra se regocijaban con sus santas enseñanzas.

Ahora bien, mi esposa Procla, dando fe a las visiones en las

que se le apareció, cuando yo, siguiendo tu consejo, estaba a punto de entregarlo para que lo crucificaran, me dejó y marchó con diez soldados y el fiel centurión Longino para contemplar su rostro como en un gran espectáculo. Y lo vieron sentado en un campo de cultivo, con una gran muchedumbre alrededor y enseñando las magnificencias del Padre; hasta el punto de que todos quedaban admirados y fuera de sí, porque el que había sufrido la pasión y había sido crucificado, ese había resucitado de entre los muertos.

Mientras todos lo observaban y examinaban, los vio y les habló, diciendo: «¿Todavía no creéis en mí, Procla y Longino? ¿No eres tú acaso el que vigilabas mi pasión y mi sepultura? Y tú, mujer, ¿no enviaste a tu marido un aviso sobre mí? [...] el testamento de Dios que dispuso mi Padre. Pues toda la carne que había perecido, por mi muerte que vosotros bien conocéis, la vivificaré yo que he sido exaltado después de haber padecido mucho. Ahora bien, oíd que no perecerá todo el que crea en Dios Padre y en mí. Porque yo destruí los dolores de la muerte y vencí al dragón de muchas cabezas. En mi futura venida, resucitado cada cual con un cuerpo nuevo, bendecirá a mi Padre, al Padre del que fue crucificado en tiempo de Poncio Pilato».

Mientras él decía estas cosas, al oírlas mi esposa Procla, el centurión que había tenido el encargo de vigilar la pasión de Jesús y los soldados que habían ido con ella, llorando y llenos de tristeza, vinieron para anunciarme tales cosas. Cuando yo las oí, se las comuniqué a mis más importantes colegas y a mis compañeros de armas. Ellos, llenos de tristeza y llorando, consideraban a diario el mal que habían hecho contra él. También yo mismo, por el dolor de mi mujer, vivo ayunando y durmiendo en tierra. [...] llegó el Señor y nos levantó a mí y a mi mujer del suelo. Y fijando mis ojos en él, vi que su cuerpo todavía conservaba las heridas. Él puso sobre mis

hombros sus manos, diciendo: «Te llamarán bienaventurado todas las generaciones y todas las razas, porque en tu tiempo murió el Hijo del hombre, resucitó, subirá a los cielos y se sentará en las alturas. Y conocerán todas las tribus de la tierra que yo soy el que juzgará a los vivos y a los muertos en el último día».

Carta de Herodes a Pilato

Herodes, tetrarca de Galilea, a Pilato, gobernador de los judíos, salud.

Me encuentro sumido en un duelo no pequeño, según las divinas Escrituras, tanto que también tú, al oírlo, seguramente caerás en la tristeza. Porque mi hija Herodías, a la que tanto quería, pereció cuando jugaba junto al agua, que se había desbordado sobre las orillas del río. Como el agua subió hasta su cuello, la madre la agarró de la cabeza para que no la arrastrara la corriente; pero se desprendió la cabeza de la muchacha, que fue lo único que pudo retener mi mujer; todo lo demás del cuerpo se lo llevó el agua. Mi mujer aprieta ahora llorando la cabeza sobre sus rodillas, y toda mi casa está en un duelo incesante.

Yo me encuentro rodeado de muchos males después que oí que habías menospreciado a Jesús. Deseo ir solamente a verlo, a postrarme ante él y a escuchar alguna palabra de su boca, porque hice muchos males contra él y contra Juan el Bautista. Pero, mira, estoy recibiendo lo que merezco. Pues mi padre provocó por causa de Jesús un gran derramamiento de sangre de hijos ajenos. Y yo, por mi cuenta, hice decapitar a Juan, que fue el que lo bautizó.

Justos son los juicios de Dios, porque cada cual es recompensado según sus obras. Ahora bien, puesto que puedes volver a ver a Jesús, lucha ahora por mí y comunícale de mi parte una palabra. Pues a vosotros los gentiles se os ha

dado el reino según los profetas y el mismo Cristo.

Lesbónax, mi hijo, se encuentra en las últimas, consumido por una grave enfermedad desde hace muchos días. Y yo también estoy muy debilitado, sometido a la prueba de la hidropesía, hasta el punto de que salen gusanos por mi boca. Hasta mi mujer ha perdido el ojo izquierdo a causa del duelo que ha caído sobre mi casa.

Justos son los juicios de Dios, porque hicimos mofa del ojo honrado. No hay paz para los sacerdotes, dice el Señor. La muerte se va a apoderar ya de los sacerdotes y del Consejo de los ancianos de Israel, porque pusieron sus injustas manos sobre el justo Jesús. Esto ha tenido su cumplimiento en la consumación de los siglos, de manera que los gentiles son los herederos del reino de Dios, mientras que los hijos de la luz son arrojados fuera, porque no hemos guardado los intereses del Señor ni los de su Hijo.

Por eso ciñe ahora tus lomos, acepta el fruto de tu justicia de noche y de día acordándote de Jesús en compañía de tu mujer, y el reino será vuestro; pues nosotros ultrajamos al justo. Y si se me permite una petición, oh Pilato, ya que somos de la misma edad, da sepultura a mi casa con todo cuidado. Pues es más justo que nosotros seamos sepultados por ti que no por los sacerdotes, a quienes en breve les espera el juicio según las escrituras de Jesús. Pásalo bien.

Te he remitido los pendientes de mi mujer y mi anillo. Si alguna vez lo recuerdas, me lo devolverás en el último día. Pues ya suben gusanos de mi boca, con lo que recibo la condena de este mundo. Pero temo más la de allá arriba, porque los criterios de Dios vivo van a caer doblemente sobre mí. Nos escapamos fugazmente de esta vida porque aquí somos efímeros. Y de allí procede el juicio eterno y la recompensa por nuestros actos.

2.2.5. Carta de Poncio Pilato al emperador Claudio

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: En torno a los siglos V/VI.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Manuscrito *Parisinus Graecus*, fechado en el 890.

La presunta carta de Pilato al emperador Claudio está contenida en un pasaje de los Hechos Apócrifos de Pedro y Pablo (caps. 40-42)^[537], obra tardía pero cuyos primeros materiales son de los siglos II y III. Según la carta, en el contexto de unas investigaciones sobre la persona de Jesús, Nerón tiene conocimiento de un informe enviado por el prefecto de Judea a las autoridades romanas. Llevado de su interés por conocer la realidad de los hechos debatidos por los apóstoles Pedro y Pablo con Simón Mago, ordena que le traigan y lean aquellos escritos. Sorprende la mención del emperador Claudio cuando las tradiciones sobre Pilato dan por supuesto que el antiguo prefecto murió castigado por Tiberio. La carta abunda en el criterio, tan extendido en la literatura apócrifa, sobre la buena voluntad de Pilato y su testimonio a favor de la inocencia de Jesús.

* * *

1 Poncio Pilato a Claudio, salud^[538]. Hace poco ha sucedido algo que yo mismo he descubierto. Los judíos se castigaron a ellos mismos y a sus sucesores con terribles juicios propios. En efecto, sus padres habían recibido unas promesas, según las cuales, Dios les enviaría desde el cielo a un santo suyo que probablemente sería llamado su rey. Y anunció que lo enviaría a la tierra por medio de una virgen.

Pues bien, siendo yo gobernador, aquel vino a Judea.

2 Yo vi que daba la luz a los ciegos, limpiaba a los leprosos, curaba a los paralíticos, expulsaba de los hombres a los demonios, resucitaba a los muertos, daba órdenes a los vientos, caminaba a pie sobre las olas del mar y hacía otras muchas maravillas. Todo el pueblo de los judíos decía que era el Hijo de Dios. Los sumos sacerdotes, movidos contra él por envidia, lo apresaron y me lo entregaron. Y después de decir mentiras y más mentiras contra él, afirmaban que era un impostor y que obraba en contra de su Ley.

3 Yo creí que aquello era verdad y, después de azotarlo, se lo entregué a su voluntad. Ellos lo crucificaron, lo enterraron y pusieron guardias sobre él. Pero él resucitó al tercer día mientras mis guardias lo custodiaban. Ante lo sucedido, se inflamó la maldad de los judíos, hasta el punto de que dieron dinero a los soldados diciendo: «Decid que sus discípulos han robado su cuerpo^[539]». Pero ellos, después de recibir el dinero, no pudieron mantener en secreto lo ocurrido, sino que dieron testimonio de que lo habían visto resucitar, y de que habían recibido dinero de los judíos. Por ello, refiero estas cosas a vuestra potestad para que nadie mienta, y para que puedas saber si has creído a los falsos testimonios de los judíos.

2.2.6. Sentencia de Pilato

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Anterior al siglo XVI.

Lugar de composición: Italia.

Lengua original: Italiano.

Fuente: Legajo del Archivo General de Simancas.

En el Archivo General de Simancas (Sección Secretaría de

Estado, legajo 847 antiguo, folio 1.º) se conserva el texto de la presunta sentencia emitida por Pilato contra Jesús. Se trata de una copia de un original italiano, realizada por un soldado español durante alguna de las campañas en el reino de Nápoles. Según la nota de presentación, la copia había sido hallada en Áquila en los Abruzzos en el año 1580.

* * *

Sentencia que dio Pilato contra Cristo nuestro Señor

Copia hallada en la ciudad de Áquila, del reino de Nápoles, de la sentencia dada por Poncio Pilato, Presidente de la Judea en el año 18 [*sic*] de Tiberio César, Emperador de Roma, contra Jesu-Cristo, Hijo de Dios y de María Virgen, sentenciándolo a muerte de Cruz en medio de dos Ladrones el día 25 de marzo; hallada milagrosamente dentro de una hermosísima piedra, en la cual estaban dos cajitas, una de hierro, y dentro de ella otra de finísimo marfil, donde estaba inclusa la infrascrita sentencia en letra Hebrayca en carta pecora^[540] del modo siguiente:

El año 17.º de Tiberio César, emperador romano y de todo el mundo, monarca invencible, en la Olimpiada 121, en la Cliada 24, y en la Creación del mundo, según el número y cómputo de los hebreos cuatro veces 1147 de la propágine del Imperio Romano 73 y de la liberación de la servidumbre de Babilonia 1211: siendo cónsules del Pueblo Romano Lucio Pisano y Mauricio Pizarico; procónsules Lucio Balesna, público gobernador de la Judea, y Quinto Flavio, bajo el regimiento y gobierno de la ciudad de Jerusalén, Presidente gratisimo Poncio Pilato, regente de la baja Galilea, y Herodes Antipa, Pontífices del Sumo Sacerdocio Anás, Caifás, Alit Almael el maestro del Templo, Roboán Ancabel, Franchino centurión, y cónsules romanos, y de la ciudad de Jerusalén Quinto Cornelio Sublemio, y Sexto Ponfilio Rufo; y en el día

25 del mes de marzo.

Yo Poncio Pilato, aquí Presidente Romano dentro del Palacio de la Archirresidencia: Juzgo, condeno y sentencio a muerte a Jesús llamado de la Plebe *Christo Nazareno*, y de patria Galileo, hombre sedicioso de la ley Mosaica, contrario al grande Emperador Tiberio César; y determino, y pronuncio por esta, que su muerte sea en cruz, y fijado con clavos a usanza de reos, porque aquí congregando, y juntando muchos hombres ricos, y pobres, no ha cesado de mover tumultos por toda la Judea, haciéndose hijo de Dios, y Rey de Jerusalén, con amenazarles la ruina de esta ciudad y de su sacro Templo, negando el tributo al César, y habiendo aún tenido el atrevimiento de entrar con ramos, y triumpho, y con parte de la plebe dentro de la Ciudad de Jerusalén, y en el Sacro Templo. Y mando a mi primer Centurión Quinto Cornelio lleve públicamente por la Ciudad a Jesucristo ligado, y azotado, y que sea vestido de púrpura, y coronado de algunas espinas, con la propia cruz en los hombros para que sea ejemplo a todos los malhechores: y con él quiero sean llevados dos Ladrones homicidas, y saldrán por la Puerta Sagrada, ahora Antoniana, y que lleve á Jesús Christo al publico monte de Justicia llamado Calvario, donde crucificado, y muerto, quede el cuerpo en la cruz, como espectáculo de todos los malvados; y que sobre la Cruz sea puesto el título en tres lenguas, y en todas tres (Hebrea, Griega y Latina) diga JESUS NAZAR. REX JUDAEORUM.

Mandamos asimismo, que ninguno de cualquier estado, o calidad se atreva temerariamente a impedir la tal Justicia por mí mandada, administrada, y ejecutada con todo rigor según los decretos, y leyes romanas, y hebreas so pena de rebelión al Imperio Romano = Testigos de nuestra Sentencia: por las 12 Tribus de Israel Rabain Daniel, Rabian segundo, Joannin Bonicar, Barbasu. Sabi Pontuculam. Por los Fariseos Bulio,

Simeón, Ronol, Rabani, Mondagul, Boncurfosu. Por el Sumo Sacerdocio Rabban, Nidos, Boncasado. Notarios de esta publicación: por los Hebreos Nitانبarta; por el Juzgado y Presidente de Roma Lucio Sextillo, Amasio Clío.

(La copia está tomada del manuscrito titulado *Libro de varias noticias y apuntaciones*, que dejó escritas en Latín, Español, Francés e Italiano D. N. Guerra, Obispo de Segovia. Copiada de su original en M. DCC. LXXXVI).

2.2.7. Tradición de Pilato (Parádosis)

Este relato está considerado como prolongación de la Anaphorá (véase anteriormente 2.2.3). Su paralelismo en estilo y sensibilidad ha hecho pensar en la posibilidad de que se trate de una obra del mismo autor. Lo mismo que la Anaphorá, también esta Parádosis claramente favorable al prefecto en detrimento de los judíos, «instigadores y responsables» de la muerte de Jesús. Hasta el punto de que la muerte de Pilato, precedida de una sentida plegaria, tiene el carácter de una gloriosa liberación más que de castigo.

* * *

Consecuencias de la muerte de Jesús

1 Llegó la carta a la ciudad de los romanos y fue leída al César en presencia de no pocos testigos. Todos quedaron estupefactos, porque a causa de la injusticia cometida por Pilato, las tinieblas y el terremoto se habían extendido sobre toda la tierra. Y el César, lleno de ira, ordenó que llevaran preso a Pilato.

Pilato trasladado a Roma

2 Traslado Pilato a la ciudad de Roma, cuando el César oyó que había llegado, tomó asiento en el templo de los dioses al frente de todo el Senado, con todo su aparato militar y el conjunto de sus fuerzas, ordenó que Pilato se adelantara. Y el César le dijo: «¿Por qué te atreviste a hacer

tales cosas, hombre infame, después de ver signos tan grandes como los que hacía aquel hombre? Por haberte atrevido a cometer malas acciones, has llevado a la ruina al mundo entero».

Juicio de Pilato ante el emperador

3 Pilato respondió: «Soberano emperador, yo soy inocente de estas cosas; los instigadores y los culpables son la turba de los judíos». El César le dijo: «¿Quiénes son ellos?». Contestó Pilato: «Herodes, Arquelao, Filipo, Anás y Caifás y toda la multitud de los judíos». El César replica: «¿Por qué razón seguiste tú su consejo?». Dijo Pilato: «Su nación es revoltosa y rebelde, y no se somete a tu autoridad». El César dijo: «Tan pronto como te lo entregaron, debiste ponerlo en lugar seguro y enviármelo a mí, y no dejarte convencer por ellos para crucificar a un hombre así, justo, que realizaba prodigios tan buenos como tú mismo decías en tu relación. Pues por tales signos era evidente que Jesús era el Cristo, el rey de los judíos».

4 Cuando el César dijo estas cosas y pronunció el nombre de Cristo, se vino abajo toda la multitud de los dioses, que quedaron reducidos a polvo en el lugar donde estaba sentado el César con el Senado. Y todos los del pueblo, que estaban presentes junto al César, quedaron llenos de temor cuando oyeron pronunciar aquel nombre y vieron caer a sus dioses. Todos, en efecto, sobrecogidos de miedo, marcharon cada uno su casa, maravillados por lo sucedido. Ordenó, pues, el César que Pilato fuera custodiado con seguridad, para poder conocer la verdad sobre Jesús.

5 Al día siguiente, sentándose el César en el Capitolio con todo el Senado, trataba de interrogar nuevamente a Pilato. Dijo el César: «Di la verdad, hombre infame, porque por la acción impía que intentaste contra Jesús se ha puesto

de manifiesto la práctica de tus malas obras por la caída de los dioses. Responde, pues: “¿Quién es aquel crucificado, cuyo nombre ha traído la ruina a todos los dioses?”». Pilato contestó: «Realmente, todas sus memorias son verdaderas. Yo mismo me convencí por sus obras de que era más grande que todos los dioses que nosotros veneramos». El César replicó: «¿Por qué razón, pues, tuviste el atrevimiento de actuar así contra él si sabías quién era? ¿O acaso maquinabas algún mal contra mi reino?». Dijo Pilato: «Por la injusticia y la revuelta de los malvados y ateos judíos hice lo que hice».

Decreto contra los judíos

6 Montando el César en cólera, celebró consejo con todo el Senado y con su fuerza militar. Y ordenó emitir un decreto contra los judíos de este tenor: «A Liciano, el que ostenta la autoridad de la provincia oriental, salud. He tenido noticia de la osadía, acaecida en los tiempos actuales, de parte de los habitantes de Jerusalén y de las ciudades judías de alrededor, de que han obligado a Pilato a crucificar a un cierto dios llamado Jesús. Delito por el que el mundo, envuelto en tinieblas, era arrastrado a la perdición. Procura, pues, presentarte a ellos rápidamente junto con abundantes soldados y proclamar la cautividad por medio de este decreto. Cumple esta orden de marchar contra ellos, y obligándolos a la dispersión, somételos a servidumbre entre todas las naciones. Expulsando de toda Judea hasta la parte más pequeña de su nación, procura que no aparezca nada de ella, porque están llenos de maldad».

7 Llegado este decreto a la región oriental, Liciano obedeció por miedo al decreto y puso a toda la nación de los judíos en trance de exterminio. A los que quedaron en Judea les permitió que marcharan a la diáspora como esclavos. Tuvo noticia el César de cuanto había realizado

Liciano contra los judíos en la región oriental, lo que le agradó.

Pilato condenado a muerte

8 El César se dispuso de nuevo a interrogar a Pilato. Y ordenó a un jefe de nombre Albio que cortara la cabeza a Pilato, diciendo: «Lo mismo que este levantó la mano contra el hombre justo llamado Cristo, de modo semejante caerá también él sin posibilidad de salvación».

Oración de Pilato

9 Cuando Pilato llegó al lugar, oró en silencio, diciendo: «Señor, no me pierdas con los malvados hebreos, porque yo no hubiera levantado mis manos contra ti si no hubiera sido a causa del pueblo de los impíos judíos, porque provocaron un tumulto contra mí. Pero yo actué por ignorancia. No me pierdas, pues, por este pecado, sino sé benevolente conmigo, Señor, y con tu sierva Procla, que permanece conmigo en esta hora de mi muerte. A ella la designaste para que profetizara que ibas a ser clavado en una cruz. No la condenes también a ella por mi pecado, sino perdónanos y cuéntanos entre la porción de tus justos».

10 Y he aquí que al terminar Pilato su oración, vino una voz del cielo que decía: «Te llamarán bienaventurado todas las generaciones e instituciones de las naciones, porque en tu tiempo se cumplieron todas estas cosas que habían sido anunciadas por los profetas acerca de mí. Tú tendrás que aparecer como mi testigo en mi segunda venida, cuando juzgue a las doce tribus de Israel y a los que no han reconocido mi nombre». El prefecto sacudió la cabeza de Pilato, y he aquí que un ángel del Señor la recibió. Cuando vio su mujer Procla al ángel que venía y recibía su cabeza, llena de alegría, entregó también ella su espíritu y fue sepultada con su marido.

2.2.8. Muerte de Pilato

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Anterior a la *Leyenda áurea*, de Jacobo de Vorágine, con base en leyendas antiguas.

Lugar de composición: Quizás Italia.

Lengua original: Latín.

Fuente: Manuscrito Ambrosiano de Milán L. 58 del siglo XIV.

Altamente valorada por Tischendorf, esta creación medieval latina recapitula datos y tradiciones provenientes de una época más antigua. Fue incluido su texto en la Leyenda áurea, de Santiago/Jacobo de Vorágine (siglo XIII). Refiere la misión desempeñada por Volusiano, diputado por Tiberio para recabar noticias sobre Jesús, médico que curaba todas las enfermedades. No pudo llevar consigo a Jesús, muerto ya, pero regresó a Roma acompañado de Verónica, dueña de un paño que tenía grabada la efigie de Jesús. Pilato escapó de la muerte y del furor del César porque se presentaba vistiendo la túnica inconsútil de Jesús. Descubierta la causa de su impunidad, se suicidó. Su cuerpo, rechazado por el Tíber, y luego por el Ródano, fue al fin arrojado a un pozo en las cercanías de Lausana.

* * *

Muerte de Pilato el que condenó a Jesús

Embajada de Tiberio a Jesús

Estando Tiberio César, emperador de los romanos, aquejado de una grave enfermedad, enterado de que en Jerusalén había un cierto médico, de nombre Jesús, que curaba todas las enfermedades con sola su palabra, ignorando que los judíos y Pilato le habían dado muerte, ordenó a un

familiar suyo, de nombre Volusiano, lo siguiente: «Ve lo más pronto posible más allá del mar, y dirás a Pilato, servidor y amigo mío, que me envíe a este médico para que me devuelva mi anterior salud». El dicho Volusiano, oída la orden del emperador, partió inmediatamente y llegó junto a Pilato de acuerdo con lo que le habían mandado. Expuso a Pilato en persona lo que le había encargado Tiberio César, diciendo: «Tiberio César, emperador de los romanos, tu señor, habiendo oído que en esta ciudad hay un médico que con sola su palabra cura las enfermedades, te ruega encarecidamente que se lo envíes sin más para que le cure su enfermedad». Al oír Pilato estas palabras, quedó aterrado en gran manera, consciente de que lo había hecho matar por envidia. Pilato respondió al mismo mensajero, diciendo: «Aquel hombre era un malhechor, un hombre que atraía a todo el pueblo hacia sí. Por eso, celebrado un consejo con los sabios de la ciudad, hice que fuera crucificado».

Verónica y la faz de Jesús

Cuando aquel mensajero regresaba a su residencia, se encontró con una mujer llamada Verónica, que había conocido a Jesús, y le dijo: «¡Oh mujer!, ¿por qué dieron muerte los judíos a un cierto médico que había en esta ciudad, que con sola su palabra curaba a los enfermos?». Ella empezó a llorar, diciendo: «¡Ay de mí! Señor, Dios mío y Señor mío, a quien Pilato entregó por envidia, lo condenó y mandó que fuera crucificado». Entonces él, con dolor desmedido, le dijo: «Lo lamento vivamente, porque no puedo cumplir el encargo que me había encomendado mi señor». Le dijo Verónica: «Cuando mi Señor se iba por ahí predicando, y yo carecía de su presencia muy a pesar mío, quise que me pintaran su imagen, para que mientras me veía privada de su presencia me diese al menos consuelo la figura de su imagen. Y cuando llevaba el lienzo al pintor para que me la pintara, mi Señor me

salió al paso y me preguntó adónde iba. Cuando le expliqué la causa de mi marcha, me pidió el lienzo y me lo devolvió señalado con la imagen de su venerable faz. Por consiguiente, si tu señor mira con devoción su aspecto, obtendrá inmediatamente el beneficio de su curación». Él le preguntó: «¿Esta imagen puede acaso comprarse con oro o con plata?». Ella respondió: «No, sino con un piadoso afecto de devoción. Marcharé, pues, contigo y llevaré la imagen para que el César la vea; luego volveré».

Verónica en Roma

Así pues, vino Volusiano a Roma en compañía de Verónica y dijo al emperador Tiberio: «A Jesús, al que hace tiempo deseabas ver, lo entregaron Pilato y los judíos a una muerte injusta, y por envidia lo castigaron con el tormento de la cruz. Pero ha venido conmigo una cierta matrona que trae una imagen del mismo Jesús; si la miras devotamente, conseguirás enseguida el beneficio de tu salud». César hizo que el camino fuera cubierto con paños de seda, y ordenó que le presentaran la imagen. Tan pronto como fijó en ella sus ojos, recuperó su antigua salud.

Arresto y condena de Pilato

Ahora bien, Pilato por mandato del César fue detenido y conducido a Roma. Al oír el César que Pilato había llegado a Roma, se llenó de un furor desmedido contra él y ordenó que se lo llevaran. Pilato, por su parte, había llevado consigo la túnica inconsútil de Jesús, que tenía puesta cuando se presentó ante el emperador. Tan pronto como el emperador lo vio, renunció a toda su ira, se levantó rápido ante él y no tuvo valor para dirigirle ninguna dura palabra. Y el que en su ausencia parecía tan terrible y tan fiero, ahora en su presencia actuaba en cierto modo con mansedumbre. Y en cuanto lo despidió, se enardecía terriblemente contra él, llamándose a

gritos miserable porque no le había demostrado en absoluto el furor de su pecho. Inmediatamente hizo que lo volvieran a llamar, jurando y afirmando que era hijo de muerte y que no tenía derecho a vivir sobre la tierra. Pero cuando lo vio, al punto lo saludó y abandonó toda la ferocidad de su alma. Todos estaban admirados, y él mismo también, de que mientras Pilato estaba ausente, se sentía enardecido contra él, y mientras estaba presente, no podía decirle nada con aspereza. Finalmente, bien por inspiración divina, bien por indicación de algún cristiano, hizo que fuera despojado de aquella túnica. Enseguida recuperó contra él la anterior ferocidad de su alma. Al estar el emperador fuertemente admirado con ello, le dijeron que aquella túnica había sido del Señor Jesús. Entonces el emperador ordenó que fuera enviado a la cárcel, hasta que deliberase con el consejo de los sabios qué convendría hacer con él. Pocos días después, se dio contra Pilato la sentencia de que fuera condenado a una muerte ignominiosa por demás. Al oír Pilato la noticia, se suicidó con su propio cuchillo.

El cadáver de Pilato, rechazado por la tierra

Conocida la muerte de Pilato, dijo el César: «Verdaderamente ha muerto con una muerte ignominiosa, como que ni su propia mano le perdonó».

Atado a una mole considerable, fue arrojado al fondo del río Tíber. Unos espíritus malignos e inmundos, gozosos con aquel cuerpo maligno e inmundo, se movían por aquellas aguas y provocaban relámpagos y tempestades, truenos y granizo, hasta el punto de que todos estaban sobrecogidos de un horrible temor. Por esa razón los romanos lo extrajeron del río Tíber, lo deportaron a Viena de las Galias en son de burla y lo sumergieron en el río Ródano. Viena suena algo así como camino de la gehenna o infierno, porque en aquel

tiempo era un lugar maldito. Pero allí acudieron también los malos espíritus, obrando las mismas cosas. Ahora bien, aquellos hombres, no aguantando tan gran acometida de los demonios, retiraron aquel vaso de maldición y encargaron que lo sepultaran en el territorio de Lausana. Pero al sentirse sus habitantes demasiado molestos con las predichas acometidas, lo retiraron de allí y lo sumergieron en un pozo rodeado de montañas, donde todavía, según cuentan algunos, se producen ciertas maquinaciones diabólicas.

2.2.9. Declaración de José de Arimatea

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Posterior a las *Actas de Pilato*, siglo V o posterior.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Manuscrito Ambrosiano E 1900 del siglo XII.

Es un complemento más en versión griega de las Actas de Pilato, al estilo de la Anaphorá y de la Parádosis. Como el subtítulo expresa, José de Arimatea aparece como autor del relato, que ofrece una detallada presentación de los dos ladrones, que fueron crucificados con Jesús. Un robo de los libros sagrados, acaecido en el Templo, fue un nuevo motivo para acusar a Jesús. Pero la condena definitiva fue debida a sus temerarias afirmaciones contra el Templo (Mt 26, 61; Jn 2, 12).

La pasión y la resurrección de Jesús tienen como apéndice una estancia en Galilea, en la que estaba acompañado por el buen ladrón, con la presencia testimonial de José de Arimatea, relator presunto de los hechos. Sus datos derivan de los Actas de Pilato, y su contexto literario es similar al de la carta de Herodes a Pilato. Pero en este documento se ofrecen datos desconocidos en otros relatos, como el que Judas era sobrino de

Declaración de José de Arimatea el que reclamó el cuerpo del Señor, que incluye también las causas de los dos ladrones

José acusa a los judíos

1 1. Yo soy José de Arimatea, el que reclamé a Pilato el cuerpo del Señor Jesús para sepultarlo, y que por esta causa estoy preso en la cárcel por orden de los judíos, asesinos y enemigos de Dios. Ellos, aun poseyendo la Ley, fueron motivo de aflicción para el mismo Moisés. Y después de exasperar al legislador y no reconocer a Dios, crucificaron al Hijo de Dios, como dejaron claro para los que conocían quién era crucificado. Siete días antes de que Cristo padeciera, fueron enviados a Pilato desde Jericó dos ladrones condenados, cuya acusación era esta:

Gestas, el mal ladrón

2. El primero de ellos, de nombre Gestas, mataba a espada a algunos caminantes, a otros los sometía al trance de dejarlos desnudos; a las mujeres las colgaba de los tobillos cabeza abajo y les cortaba los pechos; era aficionado a beber la sangre de los miembros de los niños; nunca conoció a Dios ni cumplía las leyes; realizaba acciones violentas desde el principio de su vida.

Judas, sobrino de Caifás

3. Fue arrestado también Jesús el día cuarto antes de la Pascua por la tarde. Pero no había Pascua para Caifás ni para la multitud de los judíos, sino un gran duelo por el saqueo cometido por el ladrón en el santuario. Llamaron a Judas Iscariote para hablar con él. Era Judas hijo de un hermano del sacerdote Caifás. No era discípulo sincero de Jesús, sino que lo había persuadido con mentiras la muchedumbre de los

judíos para que lo siguiera; pero no para que hiciera caso de los prodigios realizados por él, ni para que lo reconociera, sino para que se lo entregase a traición, con la intención de sorprenderlo en alguna mentira. Le habían dado regalos por una acción tan gloriosa junto con una didracma de oro al día. Llevaba ya dos años viviendo con Jesús, como dice uno de los discípulos llamado Juan.

Nuevas acusaciones contra Jesús

4. Tres días antes de que Jesús fuera arrestado, dijo Judas a los judíos: «¡Vamos!, pongamos por caso que no fue el ladrón el que robó la Ley, sino el mismo Jesús, y yo presentaré pruebas». Cuando se dijeron estas palabras, entraba con nosotros Nicodemo, el que tenía las llaves del santuario, y dijo a todos: «No hagáis tal cosa». Ahora bien, Nicodemo era más sincero que toda la asamblea de los judíos. Dijo, pues, a gritos la hija de Caifás, de nombre Sara: «Pues este ha dicho en presencia de todos contra este lugar santo: “Puedo destruir este templo y en tres días levantarlo”» (Mt 26, 61). Los judíos le dijeron: «Tienes la confianza de todos nosotros». Y es que la consideraban como profetisa. Celebrado, pues, el consejo, fue arrestado Jesús.

Juicio de Jesús ante Anás y Caifás

2 1. Al día siguiente, miércoles, lo trasladaron a la hora de nona al palacio de Caifás. Y Anás y Caifás le dijeron: «Dinos, ¿por qué razón has robado nuestra Ley y has vendido en pública subasta las promesas de Moisés y de los profetas?». Pero Jesús nada respondió. Por segunda vez le volvieron a preguntar en presencia de toda la asamblea: «¿Por qué quieres tú destruir de un golpe el santuario que Salomón construyó en cuarenta y seis años?». Y tampoco respondió nada Jesús a estas palabras. El santuario de la sinagoga había sido, en efecto, saqueado por el ladrón.

Traición de Judas

2. A la caída de la tarde del miércoles, toda la muchedumbre trataba de matar a fuego a la hija de Caifás por la pérdida de la Ley, porque no sabían cómo celebrar la Pascua. Pero ella les dijo: «Aguardad, hijos, demos muerte a este Jesús, se encontrará la Ley y la fiesta santa se celebrará solemnemente». En secreto, dieron Anás y Caifás oro abundante a Judas Iscariote, diciendo: «Di, como nos anunciaste de antemano: “Yo sé que la Ley ha sido robada por Jesús”. Así la acusación recaerá sobre él y no sobre esta doncella irreproachable». Una vez dispuestas estas cosas, Judas les dijo: «Que no sepa todo el pueblo que yo he recibido instrucción de vosotros para hacer esta gestión contra Jesús. Pero liberad a Jesús, y yo convenceré al pueblo de que las cosas son así». Y con engaño pusieron a Jesús en libertad.

3. Ahora bien, Judas entró en el santuario el jueves al amanecer y dijo a todo el pueblo: «¿Qué estáis dispuestos a darme, y yo os entregaré al destructor de la Ley y saqueador de los profetas?». Los judíos le respondieron: «Si nos lo entregas, te daremos treinta monedas de oro». No sabía el pueblo que Judas hablaba de Jesús, pues muchos confesaban que era Hijo de Dios. Judas, pues, recibió las treinta monedas de oro.

4. Saliendo a la hora cuarta y a la hora quinta, encontró a Jesús que paseaba por la plaza. Cuando estaba para caer la tarde, dijo Judas a los judíos: «Dadme un refuerzo de soldados con espadas y palos, y yo os lo entregaré». Le dieron, pues, sirvientes para echarle mano. Cuando iban caminando, les dijo Judas: «Detened a aquel a quien yo bese, pues es el que ha robado la Ley y los profetas». Se acercó entonces a Jesús y lo besó, diciendo: «¡Salve, Maestro!». Era la tarde del jueves. Y habiéndolo apresado, lo entregaron a Caifás y a los pontífices,

mientras decía Judas. «Este es el que ha robado la Ley y los profetas». Pero los judíos interrogaron injustamente a Jesús, diciendo: «¿Por qué has hecho estas cosas?». Y él nada respondió.

Cuando Nicodemo y yo, José, vimos la cátedra de la corrupción, nos apartamos de ellos, pues no queríamos perecer junto con el consejo de los impíos.

Jesús es crucificado entre dos ladrones

3 1. Después de haber realizado muchas y terribles cosas contra Jesús en aquella noche, lo entregaron al gobernador Pilato al amanecer del viernes para que lo crucificara; con esta intención se reunieron todos. Hecha la investigación, ordenó el gobernador Pilato que fuera crucificado con dos ladrones. Fueron crucificados al mismo tiempo que Jesús a la izquierda Gestas y a la derecha Dimas.

2. Empezó a gritar el que estaba a la izquierda, diciendo a Jesús: «Mira cuántos males he perpetrado en la tierra. Y si hubiera sabido que tú eras el rey, también hubiera acabado contigo. ¿Cómo es que dices que eres Hijo de Dios y no puedes ayudarte a ti mismo en esta necesidad? ¿O cómo vas a poder ayudar tú a otro que te suplique? Si tú eres el Cristo, baja de la cruz para que yo crea en ti. Pero ahora no te contemplo como un hombre, sino como una fiera salvaje, que pereces conmigo». Y empezó a decir muchas otras cosas contra Jesús, blasfemando y rechinando los dientes contra él. Pues aquel ladrón había caído cazado en la trampa del diablo.

3. En cambio, el ladrón que estaba a la derecha, de nombre Dimas, al ver la gracia divina de Jesús, gritaba así: «Yo sé, Jesucristo, que tú eres Hijo de Dios. Te veo adorado como Cristo por miles de miríadas de ángeles; perdóname los pecados que he cometido; no hagas que en mi juicio vengan los astros contra mí, o la luna cuando vayas a juzgar a toda la

tierra, porque fue durante la noche cuando realicé mis malos proyectos; no estimules al sol, ahora oscurecido por ti, para que diga los males de mi corazón, pues no puedo ofrecerte don alguno por el perdón de mis pecados. Ya la muerte me alcanza por mis errores; pero tú puedes expiarlos. Sálvame, Señor del universo, de tu juicio terrible. No des poder a mi adversario para que me devore y para hacerse el heredero de mi alma, como de la de ese que está colgado a tu izquierda. Pues observo cómo el diablo recibe gozosamente su alma, mientras sus carnes van desapareciendo. No ordenes que yo vaya a parar también a la porción de los judíos. Porque veo a Moisés y a los patriarcas sumidos en un gran llanto, mientras el diablo se regocija a costa de ellos. Por lo tanto, Señor, antes de que mi espíritu salga, manda que sean borrados mis pecados, y acuérdate de mí, pecador, en tu reino, cuando sobre tu trono grande y altísimo vayas a juzgar a las doce tribus de Israel. Pues has preparado un gran castigo para tu mundo por ti mismo».

4. Cuando el ladrón terminó de hablar estas cosas, le dijo Jesús: «En verdad, en verdad te digo, Dimas, que hoy estarás conmigo en el paraíso. Pero los hijos del reino, descendientes de Abrahán, de Isaac, de Jacob y de Moisés serán arrojados a las tinieblas exteriores: allí habrá llanto y crujiir de dientes. Tú, en cambio, habitarás solo en el paraíso hasta mi segunda venida, cuando vaya a juzgar a los que no reconocieron mi nombre». Y añadió dirigiéndose al ladrón: «Márchate y di a los querubines y a las potestades que blanden la espada de fuego y que guardan el paraíso, desde que Adán, el primer creado, que vivió en él, transgredió y no guardó mis mandamientos, por lo que lo arrojaron de allí. Ninguno de los primeros verá el paraíso hasta que venga por segunda vez a juzgar a vivos y muertos. —Así lo ha escrito Jesucristo, el Hijo de Dios, el que bajó de las alturas de los cielos, el que surgió,

sin separarse, del seno del Padre invisible, descendió al mundo para hacerse carne y ser clavado en una cruz para salvar a Adán a quien plasmó—. Aviso a mis potestades arcangélicas, a los porteros del paraíso, a los servidores de mi Padre. Quiero y ordeno que entre el que está crucificado conmigo, que ha recibido por mí el perdón de sus pecados, que entre en el paraíso revestido de un cuerpo incorruptible, y que habite allí donde nadie puede jamás habitar».

Y he aquí que, dichas estas cosas, Jesús entregó su espíritu a la hora de nona del viernes. Las tinieblas cubrían toda la tierra y, al producirse un gran terremoto, se vino abajo el santuario y el pináculo del Templo.

La sepultura

4 1. Yo, José, reclamé el cuerpo de Jesús y lo deposité en un sepulcro nuevo, donde nadie había sido sepultado. Del ladrón que estaba a la derecha no se pudo encontrar el cuerpo; pero el cadáver del de la izquierda tenía un aspecto como de dragón.

Prisión de José

Puesto que reclamé el cuerpo de Jesús para enterrarlo, llevados los judíos de un sentimiento de indignación, me encerraron en una cárcel donde se guardaba a la fuerza a los malhechores. Esto me sucedió en la tarde del sábado en la que estaban prevaricando los de nuestra nación. Y he aquí que nuestra misma nación tuvo que soportar el sábado terribles tribulaciones.

2. Llegada la tarde del primer día después del sábado, a la hora quinta de la noche, vino a mí Jesús dentro de la cárcel en compañía del ladrón que había estado crucificado a su derecha y a quien él había enviado al paraíso. Hubo una gran luz en la prisión. Y quedó suspendida la casa por los cuatro ángulos, el lugar se descompuso y yo pude salir. Entonces

reconocí a Jesús en primer lugar y después al ladrón, que traía una carta para Jesús. Mientras caminábamos hacia Galilea, brilló una gran luz, tal que la creación no podía soportarla. En cuanto al ladrón, exhalaba un gran aroma, propio del paraíso.

Carta traída por el buen ladrón

3. Sentándose Jesús en cierto lugar, leyó así: «Los querubines y los ángeles de seis alas, que hemos recibido de tu divinidad la orden de custodiar el jardín del paraíso, por medio del que contigo fue crucificado manifestamos por tu disposición lo siguiente: “Cuando hemos visto la señal de los clavos del ladrón que fue crucificado contigo y en las letras el resplandor de tu divinidad, el fuego se apagó, al no poder soportar el resplandor de aquella señal. Y nosotros, llenos de miedo, quedamos espantados. Pues habíamos oído al autor del cielo, de la tierra y de toda la creación, que desde las alturas bajaba para poner su morada en las partes inferiores de la tierra a causa de Adán, el primer creado. Porque después de ver la cruz sin mancha, que resplandecía por causa del ladrón y que brillaba siete veces más que el resplandor del sol, nos pusimos a temblar dominados por la agitación de los infiernos. Entonces los ministros del abismo, junto con nosotros, dijeron con gran voz: Santo, santo, santo el que tiene el poder en las alturas. Y las potestades emitieron este grito: Señor, has aparecido en el cielo y sobre la tierra, proporcionado la alegría de los siglos después de salvar de la muerte a la misma criatura”».

Jesús, resucitado

5 1. Tras contemplar estas cosas, mientras marchaba a Galilea con Jesús y el ladrón, Jesús se transfiguró y no era como al principio antes de que fuera crucificado, sino que era totalmente luz. Los ángeles le servían constantemente, y Jesús hablaba con ellos. Pasé con él tres días, y no estaba

ninguno de sus discípulos con él, sino solamente el ladrón.

2. Y mediada ya la fiesta de los Ácimos, llegó su discípulo Juan. Todavía no habíamos visto al ladrón ni sabíamos lo que había ocurrido con él. Juan, pues, preguntó a Jesús: «¿Quién es este, que no has permitido que yo pueda ser visto por él?». Pero Jesús no le dio respuesta alguna. Y echándose a sus pies, le dijo: «Señor, sé que desde el principio me amaste; pues ¿por qué me ocultas a aquel hombre?». Jesús le respondió: «¿Por qué buscas lo secreto? Eres el colmo de la insensatez. ¿No ves cómo el perfume del paraíso ha llenado este lugar? ¿Es que no sabes quién era? El ladrón puesto en la cruz ha conseguido ser heredero del paraíso. En verdad, en verdad te digo que él es su único dueño hasta que llegue el gran día». Juan replicó: «Hazme digno de contemplarlo».

El buen ladrón

3. Mientras hablaba Juan, apareció de repente el ladrón. Entonces Juan, estupefacto, cayó en tierra. Pero el ladrón no tenía la misma apariencia que antes de venir Juan, sino que era como un rey con gran poder, adornado con la cruz. Y se oía una voz emitida por una numerosa muchedumbre: «Has venido al lugar del paraíso preparado para ti; hemos recibido del que te ha enviado la orden de servirte hasta el gran día». Al oírse esta voz, el ladrón y yo, José, nos hicimos invisibles. Entonces yo me encontré en mi casa y no volví a ver a Jesús.

4. He puesto por escrito estas cosas que yo mismo vi para que todos crean en Jesucristo crucificado, Señor nuestro, y no sean ya ministros de la ley de Moisés, sino que crean en los signos y prodigios realizados por Jesús, y para que, creyendo, heredemos la vida eterna y nos encontremos en el reino de los cielos. A él conviene dar gloria, poder, alabanza y majestad por los siglos de los siglos. Amén.

2.2.10. Venganza del Salvador (Vindicta)

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Siglos VIII/X.

Lugar de composición: Quizá Francia.

Lengua original: Latín.

Fuente: Dos manuscritos del siglo XIV conservados en Venecia y Milán.

Este texto latino contiene detalles que despertaron un alto interés en la piedad cristiana, pues las tradiciones de fondo — a pesar de los errores históricos evidentes e hilarantes— eran consoladoras para la piedad. Un ismaelita, de nombre Natán, pone a Tito en contacto con los recuerdos de Cristo, circunstancia que bastó por sí sola para que sanara de una especie de cáncer de nariz y rostro. Velosiano, emisario del emperador Tiberio, en busca del sanador Jesús, logra dar con su efigie, que se encontraba en poder de Verónica, la hemorroísa del Evangelio (Mc 5, 25-34 paral.). El emisario y Verónica viajan a Roma portadores de la faz del Salvador. Tiberio, enfermo de lepra y otras dolencias, a la vista de la faz, queda sano, y su carne se torna como la de un niño pequeño. La destrucción de Jerusalén y la ruina de los enemigos de Jesús es la «venganza» que merecían los que tramaron su crucifixión. La obra, no obstante su aceptación, está llena de incongruencias y absurdos históricos. No es el menor el dato del bautismo de Tito y Tiberio o la conjunción geográfica de Libia con Aquitania.

* * *

Intento de pacto con Roma

1 En los días del emperador Tiberio César, siendo Herodes tetrarca, bajo el mando de Poncio Pilato, fue entregado Cristo por los judíos y rehabilitado por Tiberio.

En aquellos días estaba Tito como régulo bajo la autoridad

de Tiberio en la región de Aquitania, en la ciudad de Libia de nombre Burgidala (Burdeos). Ahora bien, Tito tenía una herida en la parte derecha de la nariz por causa de un cáncer, y tenía destrozada la cara hasta el ojo.

2 Salió de Judea un cierto hombre, de nombre Natán, hijo de Naúm. Era un ismaelita, que marchaba de tierra en tierra y de mar en mar, por todos los confines del orbe. Natán fue enviado desde Judea al emperador Tiberio, para llevar el pacto que habían hecho con la ciudad de Roma. Pero Tiberio se encontraba delicado y lleno de úlceras y fiebres, con nueve clases de lepra.

Naufragio de Natán

3 Quiso Natán dirigirse a la ciudad de Roma. Pero sopló un viento del Norte, que impidió su navegación y lo desvió hacia una ciudad de Libia. Viendo Tito la nave que se acercaba, conoció que venía de Judea. Todos quedaron admirados y dijeron que nunca habían visto que un navío así viniera de aquella región.

4 Ordenó, pues, Tito llamar al patrón de la nave y le preguntó quién era. Él respondió: «Yo soy Natán, hijo de Naúm, de la estirpe de los ismaelitas, y en Judea soy súbdito de Poncio Pilato. He sido enviado al emperador Tiberio para llevar un pacto desde Judea. Pero se desencadenó un fuerte viento en el mar que me desvió a una tierra que no conozco.

5 Le dijo Tito: «Si pudieses de algún modo encontrar un remedio, de unturas o de hierbas, que pudiera curar la herida que tengo, como ves, en el rostro, de manera que me curase y recobrase mi salud anterior, te colmaría de abundancia de bienes».

Noticias de Jesús

6 Natán le respondió: «No sé, ni conozco tales cosas, Señor, de las que tú me hablas. Sin embargo, si hubieses estado en tiempos pasados en Jerusalén, hubieras encontrado a un profeta elegido, que se llamaba Emmanuel (pues él había de salvar al pueblo de sus pecados). Hizo su primer milagro en Caná de Galilea convirtiendo el agua en vino, con su palabra limpió a los leprosos, ahuyentó a los demonios, resucitó a tres muertos; liberó a una mujer sorprendida en adulterio y condenada por los judíos para ser lapidada; a otra mujer, de nombre Verónica, que padecía flujo de sangre desde hacía doce años y que se acercó por detrás y tocó la orla de su vestido, la sanó; con cinco panes y dos peces sació a cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, y todavía sobraron doce espuelas de fragmentos. Hizo todas estas cosas y otras muchas antes de su pasión. Después de su resurrección lo vimos en carne como había sido antes».

7 Tito le dijo: «¿Cómo resucitó de entre los muertos si estuvo muerto?». Respondió Natán, diciendo: «Manifiestamente murió, fue colgado en una cruz, fue bajado de ella y durante tres días permaneció en el sepulcro; después resucitó de entre los muertos, descendió a los infiernos y liberó a los patriarcas, a los profetas y a todo el género humano; luego se apareció a sus discípulos y comió con ellos; después lo vieron subir al cielo. Es, pues, verdad todo lo que os digo. Yo lo vi con mis propios ojos, lo mismo que la casa toda de Israel». Y dijo Tito estas palabras: «¡Ay de ti, emperador Tiberio, lleno de úlceras y rodeado de la lepra! Porque tal escándalo se cometió durante tu reinado; promulgaste tales leyes en Judea, la tierra donde nació nuestro Señor Jesucristo, por las que arrestaron al rey y mataron al gobernador de los pueblos, pero no permitieron que viniera a nosotros para curarte de la lepra y limpiarme de mi enfermedad. Por ello, si hubieran estado delante de mí,

mataría con mis propias manos los cuerpos de aquellos judíos y los suspendería de un tosco madero, porque disteis muerte a mi Señor, y mis ojos no fueron dignos de ver su rostro».

Milagrosa curación de Tito

8 Dicho esto, desapareció al punto la herida del rostro de Tito, y su carne y su rostro recobraron la salud. Y todos los enfermos que allí había quedaron sanos en aquella hora. Pero exclamó Tito junto con todos ellos diciendo con gran voz: «Rey mío y Dios mío, nunca te había visto y me has curado; mándame ir navegando sobre las aguas a la tierra de tu natividad, para que tome venganza de tus enemigos. Y ayúdame, Señor, para que pueda destruirlos y vengar tu muerte; tú, Señor, entrégalos a mis manos».

Bautismo de Tito

9 Dichas estas cosas, ordenó que lo bautizaran. Pero llamó a Natán y le dijo: «¿Cómo viste que eran bautizados los que creen en Cristo? Ven a mí y bautízame en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu santo, amén. Pues también yo creo firmemente en el Señor Jesucristo con todo mi corazón y con toda mi alma, porque en todo el mundo no hay otro que me ha creado y me ha curado de mis heridas».

Esto dicho, envió mensajeros a Vespasiano para que viniera a toda prisa con los más fuertes varones, preparados como para la guerra.

10 Entonces Vespasiano tomó consigo cinco mil hombres armados, y todos acudieron en tropel a donde estaba Tito. Cuando llegaron a la ciudad de Libia, dijo el jefe a Tito: «¿Cuál es la razón por la que me has hecho venir aquí?». Él respondió: «Has de saber que Jesús ha venido a este mundo, nació en un lugar de Judea llamado Belén, fue entregado por los judíos, flagelado y crucificado en

el monte Calvario, resucitó al tercer día de entre los muertos; sus discípulos lo vieron con la misma carne con la que nació, se manifestó a sus discípulos, y ellos creyeron en él. Nosotros, por cierto, queremos también hacernos discípulos suyos. Vayamos, pues, ahora y borremos de la tierra a sus enemigos, para que se conozca que no hay nadie semejante al Señor nuestro Dios sobre la superficie de la tierra».

Destrucción de Jerusalén

11 Celebrado, pues, el consejo, salieron de la ciudad de Libia, llamada Burgidala, y se embarcaron con rumbo a Jerusalén. Pusieron sitio al reino de los judíos y comenzaron a provocar su perdición. Cuando los reyes de los judíos tuvieron noticia de sus hechos y de la destrucción de la tierra, quedaron sobrecogidos de temor y altamente desconcertados. Entonces Arquelao se turbó en sus palabras y dijo a su hijo: «Hijo mío, recibe mi reino y adminístralo; toma consejo con los demás reyes que hay en la tierra de Judá, para que podáis escapar de nuestros enemigos». Dicho esto, desenvainó su espada y se arrojó sobre ella, inclinó luego su más aguda espada, se la hundió en el pecho y murió.

12 Su hijo se alió con otros reyes que estaban bajo su autoridad. Tomaron consejo en común y se concentraron dentro de Jerusalén en compañía de sus nobles, que habían estado presentes en el consejo, y permanecieron allí siete años.

13 Tito y Vespasiano tomaron la decisión de poner sitio a su ciudad. Y así lo hicieron. Cumplidos, pues, siete años, aumentó gravemente el hambre; y por la falta de pan empezaron a comer tierra.

14 Entonces todos los soldados de los cuatro reyes tomaron consejo entre sí y dijeron: «Nosotros vamos a morir. ¿Qué va hacer Dios con nosotros? ¿O qué nos

aprovecha nuestra vida, ya que los romanos han venido para conquistar nuestra tierra y nuestra gente? Más nos vale que nos matemos nosotros a nosotros mismos, y que no digan los romanos que son ellos los que nos mataron y celebren sobre nosotros la victoria». Sacaron, pues, sus espadas y se hirieron; y murieron de ellos doce mil hombres.

15 Se produjo entonces un hedor grande en aquella ciudad por los cadáveres de aquellos muertos. Y sus reyes tuvieron un desmedido temor mortal y no pudieron soportar el hedor de aquellos, ni sepultarlos, ni arrojarlos fuera de la ciudad. Dijeron entre sí: «¿Qué podemos hacer? Nosotros, por cierto, entregamos a Cristo a la muerte, pero ya hemos sido nosotros entregados también a la muerte. Cambiemos nuestra actitud y entreguemos a los romanos las llaves de la ciudad, porque Dios nos ha entregado ya a la muerte». Y enseguida se subieron a los muros de la ciudad y empezaron todos a gritar a grandes voces, diciendo: «Tito y Vespasiano, recibid las llaves de la ciudad, que os ha entregado el Mesías, llamado Cristo».

16 Entonces se entregaron en manos de Tito y de Vespasiano, y dijeron: «Juzgadnos, porque debemos morir, porque nosotros juzgamos a Cristo y lo entregamos sin motivo alguno». Tito y Vespasiano los arrestaron, y a unos los lapidaron, a otros los colgaron en la cruz con los pies arriba y la cabeza abajo, y los atravesaron con lanzas; a otros los entregaron para venderlos, a otros se los repartieron entre sí e hicieron cuatro partes, como ellos habían hecho con las vestiduras de Cristo. Y dijeron: «Vendieron a Cristo por treinta monedas de plata, vendamos nosotros a treinta de ellos por un denario». Y así lo hicieron. Hecho esto, se apoderaron de todas las tierras de Judea y de Jerusalén.

17 Enviaron entonces a investigar sobre la faz o rostro de Cristo, para tratar de encontrarlo. Y hallaron a una mujer, llamada Verónica, que lo tenía. Luego detuvieron a Pilato y lo metieron en la cárcel para que fuera custodiado por cuatro escuadrones de soldados, situados a la puerta de la cárcel.

Misión de Velosiano

18 Enseguida mandaron mensajeros a Tiberio, emperador de la ciudad de Roma, para que les enviara a Velosiano. Tiberio le dijo (a Velosiano): «Toma todo lo que necesites para el mar, desembarca en Judea y busca a un discípulo de aquel que se llamaba Cristo y Señor. Dile que venga a mí para que en el nombre de su Dios me cure de la lepra y de las enfermedades que a diario me atormentan gravemente, y también de las heridas, pues yo me encuentro bastante mal. Y envía para los reyes de los judíos, que están sometidos a mi imperio, tus garfios y terribles instrumentos de tortura, porque mataron a Jesucristo Nuestro Señor, y condénalos a muerte. Si encuentras a tal hombre que pueda librarme de esta enfermedad, yo creeré en Cristo, el Hijo de Dios, y haré que me bauticen en su nombre». Velosiano dijo: «Señor emperador, si encuentro a tal hombre que nos pueda ayudar y liberar, ¿qué recompensa le prometeré?». Respondió Tiberio: «La mitad completa de mi reino».

19 Entonces Velosiano marchó inmediatamente, embarcó en la nave, desplegó velas para navegar y navegó mar adelante. Duró la travesía un año y siete días, en cuyo tiempo llegó a Jerusalén. Ordenó enseguida que algunos de los judíos acudieran a su presencia. Y empezó a investigar qué había sucedido con Cristo.

Testimonio de José y Nicodemo

20 Entonces José, de la ciudad de Arimatea, y Nicodemo llegaron juntos. Nicodemo dijo: «Yo lo vi personalmente, y sé que en verdad es el Salvador del mundo». José, por su parte, dijo: «Y yo lo bajé de la cruz y lo deposité en un sepulcro nuevo, que estaba excavado en la roca. Los judíos me arrestaron y encerraron el viernes por la tarde. Mientras me encontraba en oración el día del sábado, la casa quedo suspendida por los cuatro ángulos, y vi al Señor Jesucristo como un relámpago de luz y, presa de temor, caí en tierra. Él me dijo: “Mírame, que yo soy Jesús, cuyo cuerpo enterraste en tu sepulcro”. Yo le dije: “Muéstrame el sepulcro donde te deposité”. Jesús me tomó con su diestra y me condujo al lugar donde lo había sepultado».

21 Llegó también una mujer, llamada Verónica, que le dijo: «Yo también toqué entre la turba la orla de su vestido, pues durante doce años había sufrido flujo de sangre, y enseguida me curó».

22 Entonces Velosiano dijo a Pilato: «Tú, impío y cruel Pilato, ¿por qué mataste al Hijo de Dios?». Pilato respondió: «Su pueblo y los pontífices Anás y Caifás me lo entregaron». Velosiano replicó: «Impío y cruel, eres digno de muerte y de un castigo cruel». Y lo devolvió a la cárcel.

La faz camino de Roma

23 Velosiano buscó, por fin, la faz o el rostro del Señor. Y le dijeron todos los que allí estaban: «Una mujer, llamada Verónica, es la que tiene el rostro del Señor en su propia casa». Inmediatamente ordenó que fuera conducida ante su presencia. Y le dijo: «¿Tienes tú el rostro del Señor en tu casa?». Ella lo negó. Entonces Velosiano mandó que recibiera tormento hasta que mostrara el rostro

del Señor. Ella, viéndose obligada, declaró: «Yo, señor mío, lo tengo en una sábana limpia, y cada día lo adoro». Velosiano le dijo: «Muéstramelo». Entonces ella le enseñó el rostro del Señor. Velosiano, tan pronto como lo vio, se postró en tierra. Lo tomó con corazón dispuesto y fe recta, lo envolvió en un lienzo de oro, lo colocó en un cofrecillo y lo selló con su anillo. Y juró solemnemente, diciendo: «Vive el Señor Dios y por la salud del César, que no lo verá más nadie sobre la faz de la tierra hasta que yo vea el rostro de mi señor Tiberio».

24 Dicho esto, los nobles más importantes de Judea tomaron a Pilato y lo condujeron a un puerto de mar.

Pero Velosiano tomó el rostro del Señor en compañía de todos sus discípulos y todos sus estipendios, y aquel mismo día se embarcaron en la nave.

25 Entonces Verónica abandonó por el amor de Cristo cuanto poseía y siguió a Velosiano. Y Velosiano le dijo: «¿Qué quieres o qué buscas, mujer?». Ella respondió: «Yo busco el rostro de nuestro Señor Jesucristo, que me iluminó, no por mis méritos, sino por su santa piedad... Devuélveme el rostro de mi Señor Jesucristo, pues me muero por este buen deseo. Si no quieres devolvérmelo, no cesaré hasta que vea dónde lo ponéis, porque yo, miserable de mí, le serviré todos los días de mi vida. Pues creo que mi Redentor vive eternamente».

26 Entonces Velosiano mandó que Verónica fuera llevada con él a la nave. Y desplegadas las velas, iniciaron la navegación en el nombre del Señor y atravesaron el mar. Ahora bien, Tito y Vespasiano subieron a Judea y tomaron venganza de todos los pueblos de aquella tierra. Velosiano, por su parte, transcurrido un año, llegó a la ciudad de Roma, dejó su navío en el río llamado Tíberis o Tíber, y entró en la ciudad. Envío un mensajero a su

lateranenense señor, el emperador Tiberio, dándole noticia de su feliz llegada.

27 El emperador Tiberio, oído el mensaje de Velosiano, se alegró profundamente y mandó que acudiera a su presencia. Y cuando llegó, lo llamó, diciendo: «Velosiano, ¿qué tal has llegado y qué has visto en la región de Judea con relación a Cristo, el Señor, y a sus discípulos? Indícame, por favor, quién es el que me va a curar de mi enfermedad, para que pueda quedar limpio enseguida de esta lepra que soporto sobre mi cuerpo, y entregaré todo mi reino a tu poder y al suyo».

Relación de Velosiano

28 Dijo Velosiano: «Señor emperador mío, yo he encontrado en Judea a tus servidores Tito y Vespasiano, temerosos del Señor, que han sido curados de todas sus úlceras y dolencias. Descubrí que por orden de Tito habían sido colgados todos los reyes y jefes de Judea, que Anás y Caifás habían sido lapidados, que Arquelao se había atravesado con una lanza; a Pilato lo envié preso a Damasco, y está encerrado en la cárcel bajo una custodia segura. Pero también he hecho averiguaciones sobre Jesús, contra quien se lanzaron los judíos de mala manera con espadas, palos y otras armas, y lo crucificaron. Él tenía que venir a nosotros para liberarnos e iluminarnos, pero lo colgaron de un madero. Vinieron José de Arimatea y Nicodemo con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras para ungir el cuerpo de Cristo. Lo bajaron de la cruz y lo depositaron en un sepulcro nuevo. Al tercer día resucitó con toda seguridad de entre los muertos, y se manifestó a sus discípulos con la misma carne con la que había nacido. Finalmente, después de cuarenta días, lo vieron subir al cielo. Por cierto, que Jesús hizo también otros muchos signos antes

y después de su pasión. En primer lugar, convirtió el agua en vino; luego resucitó a muertos, limpió a leprosos, dio vista a ciegos, curó a paralíticos, arrojó a demonios, hizo oír a los sordos y hablar a los mudos; resucitó a Lázaro, que llevaba ya cuatro días en el sepulcro; a Verónica, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años y tocó la orla de su vestido, le devolvió la salud.

29 » Entonces agradó al Señor de los cielos que el Hijo de Dios que, enviado a este mundo, fue el primogénito de los muertos en la tierra, enviara a su ángel, quien dio órdenes a Tito y Vespasiano, a los que conocí en este lugar donde se encuentra tu trono. Agradó también a Dios omnipotente el hecho de que marcharan a Judea y a Jerusalén, prendieran a tus súbditos y los sometieran a un juicio prácticamente igual al juicio a que sometieron a Jesús cuando lo detuvieron y ataron».

30 Vespasiano dijo después: «¿Qué haremos con los que van a quedar?». Tito respondió: «Ellos colgaron a nuestro Señor en un madero verde y lo hirieron con una lanza; nosotros, pues, colguémoslos en un madero seco y atravesemos con una lanza sus cuerpos». Y así lo hicieron. Pero Vespasiano insistió: «¿Qué vamos a hacer con los que han quedado?». Tito respondió: «Tomaron la túnica de nuestro Señor Jesucristo y de ella hicieron cuatro partes; tomémoslos ahora nosotros y dividámoslos en cuatro partes, una para ti, otra para mí, otra para tus hombres y la cuarta parte para mis siervos». Y así lo hicieron. Dijo otra vez Vespasiano: «¿Qué haremos con los que han quedado?». Tito respondió: «Aquellos judíos vendieron a nuestro Señor por treinta monedas de plata; ahora nosotros vendamos a treinta de ellos por una de esas monedas». Y así lo hicieron. «Prendieron a Pilato y me lo entregaron. Yo lo encerré en la cárcel para que fuera custodiado por cuatro escuadrones de

soldados en Damasco».

31 A continuación enviaron a investigar con toda diligencia dónde estaba la faz del Señor. Y hallaron a una mujer llamada Verónica, que poseía dicha faz.

Curación y bautismo de Tiberio

32 Entonces dijo a Velosiano el emperador Tiberio: «¿Cómo es que tú la tienes?». Él respondió: «La tengo en un lienzo limpio de oro envuelta en mi capa». El emperador Tiberio le dijo: «Tráemela y extiéndela ante mi rostro para que yo, postrado en tierra y de rodillas, la adore». Entonces Velosiano extendió su capa con el lienzo de oro donde esta grabada la faz del Señor. Y el emperador Tiberio la vio. Él adoró enseguida la imagen del Señor con un corazón puro, y quedó limpia su carne como la carne de un niño pequeño. Y todos los ciegos, leprosos, cojos, mudos, sordos y aquejados de enfermedades, que por allí estaban, se curaban, y quedaron sanos y limpios.

33 Pero el emperador Tiberio, inclinando la cabeza y doblando las rodillas, considerando aquellas palabras «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que mamaste» (Lc 11, 27), dirigió un gemido al Señor, diciendo entre lágrimas: «Dios del cielo y de la tierra, no me permitas que peque, sino confirma mi alma y mi cuerpo y colócalos en tu reino, porque en tu nombre confío siempre; líbrame de todos los males, lo mismo que libraste a los tres niños del horno de fuego ardiente».

34 Dijo después el emperador Tiberio a Velosiano: «Velosiano, ¿has visto tú a algún hombre de los que vieron a Cristo?». Velosiano respondió: «Sí que lo he visto». Dijo Tiberio: «¿Preguntaste cómo bautizan a los que creen en Cristo?». Dijo Velosiano: «Aquí, señor mío, tenemos a uno de los discípulos del mismo Cristo». Ordenó entonces

que llamaran a Natán para que viniera a su presencia. Vino, pues, Natán y lo bautizó en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén. Enseguida el emperador Tiberio, curado de todas sus dolencias, subió sobre su trono y dijo: «Bendito eres, Señor Dios omnipotente y digno de alabanza, que me libraste del lazo de la muerte y me limpiaste de todas mis iniquidades, porque he pecado mucho en tu presencia, Señor Dios mío, y no soy digno de ver tu rostro». Entonces el emperador Tiberio fue instruido plenamente en todos los artículos de la fe con firme convencimiento.

Conclusión

35 El mismo Dios omnipotente, que es rey de reyes y Señor de los que dominan, nos proteja en su fe, nos defienda y libre de todo peligro y de todo mal, y se digne conducirnos a la vida eterna cuando termine nuestra vida temporal. Él es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

3. Evangelio de Bartolomé

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Siglos III al VII. Base anterior a san Jerónimo, que lo cita.

Lugar de composición: Desconocido; algún lugar de la Iglesia oriental.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Manuscritos griegos: *Códice H* (siglo X/XI), *Sabbático griego*, del monasterio de San Sabas, más el

Codex Vindobonensis hist. 67 del siglo XIII (Biblioteca Real e Imperial de Viena), con complementos de las versiones latina y eslava.

El Evangelio de Bartolomé sorprende por su estructura y la originalidad de sus detalles. Como en el caso de otros apóstoles de Jesús, Bartolomé fue objeto de una atención que dio origen a toda una serie de tradiciones. San Jerónimo se refiere a un evangelio con este título en el Prólogo a su comentario sobre el evangelio canónico de Mateo (PL 26, 17 A). El Decreto Gelasiano (a. 493) menciona entre los apócrifos unos «Evangelios que llevan el nombre de nomine Bartolomé». Conocemos también el coprotagonismo de Bartolomé en los Hechos apócrifos de Felipe.

Este evangelio, sin embargo, tiene el perfil de un escrito homilético más que de un evangelio propiamente dicho. Aceptamos la denominación tradicional de evangelio, aunque la versión aquí ofrecida responde con mayor propiedad al epígrafe de «Preguntas de Bartolomé» o «Interrogatorio de Bartolomé», como afirma paladinamente la recensión latina Casanatense de Roma en un solemne final que sigue a la doxología de rigor: «Explicit [“Concluye”] interrogatio beatissimi Bartholomaei...». Si el evangelio básico podría ser una obra del siglo III, las «Preguntas» tienen sus parámetros cronológicos en los siglos V/VII.

Seguimos básicamente la versión griega del códice H (siglos X/XI), Sabbaítico griego, del monasterio de San Sabas, cercano a Jerusalén. Completamos las lagunas con el códice griego G (Viena), que glosa prácticamente el material de H, con el códice eslavo V (Viena) y en alguna que otra ocasión con el códice N de San Petersburgo. En el capítulo 4, a partir del versículo 32, seguimos la versión latina Casanatense. Es la recensión más completa de todas, que contiene el Evangelio de

Bartolomé en su integridad. Sin embargo, tiende a la ampliación, alejándose del presunto tenor del original. Utilizamos estas siglas en el texto para indicar su origen.

Este apócrifo refleja las preocupaciones y curiosidades que constituían temas importantes de la atención de la sociedad cristiana como la encarnación del Verbo, los sucesos relacionados con el descenso de Cristo a los infiernos, el origen de ángeles y demonios, la escala de los pecados por su gravedad, etc.

* * *

1 ¹ Después de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos, acercándose Bartolomé al Señor, le preguntaba diciendo: «Revélame, Señor, los misterios de los cielos».

² Respondió Jesús, diciendo: «Si no dejo mi cuerpo carnal, no podré decírtelo».

^{3N} [Pero cuando fue sepultado y resucitó, nadie se atrevió a preguntarle, porque no era posible verlo, pero la plenitud de su divinidad allí estaba realmente].

⁴ Bartolomé, pues, acercándose al Señor, le dijo: «Tengo algo que decirte, Señor».

⁵ Jesús le dijo: «Conozco lo que vas a decir; di, pues, lo que quieras; pregunta y yo te responderé».

⁶ Bartolomé replicó: «Señor, cuando ibas para ser colgado en la cruz, yo te seguía de lejos. Te vi colgado en la cruz, y a los ángeles que bajaban de los cielos y te adoraban. Y cuando sobrevinieron las tinieblas,

⁷ yo estaba contemplando, y vi que desaparecías de la cruz. Solamente oía voces subterráneas, y grandes lamentos y rechinar de dientes que sucedieron de repente. Cuéntame, Señor, adónde fuiste desde la cruz».

⁸ Respondió Jesús, diciendo: «Dichoso eres, mi querido Bartolomé, porque has contemplado este misterio. Y ahora, todo cuanto me preguntes te lo manifestaré.

⁹» Pues bien, cuando desaparecí de la cruz, entonces descendí al abismo para llevarme a Adán y a todos los que con él estaban, de acuerdo con el ruego del arcángel Miguel».

¹⁰ Entonces dice Bartolomé: «Señor, ¿qué quería decir la voz que sonó?».

¹¹ Jesús le contestó: «Era el Abismo que dijo a Belial: “Según veo, Dios ha llegado hasta aquí”.

^{12V}» (Cuando, pues, bajé con mis ángeles al Abismo para triturar sus fuertes cerrojos y derribar sus puertas de bronce, dijo el Abismo al Diablo: “Yo veo como si viniera Dios a la tierra”. Y clamaban los ángeles diciendo a las potestades: “Levantad, príncipes, vuestras puertas y quitad las puertas eternas, porque el rey de la gloria viene a la tierra”). Y dijo el Abismo: “¿Quién es el rey de la gloria, que viene hasta nosotros?”.

¹³» Pero cuando bajé quinientos pasos, el Abismo se llenó de turbación, diciendo: “Pienso que Dios ha bajado a la tierra, pues oigo la voz del Altísimo y no la puedo aguantar”.

¹⁴» El Diablo repuso: “No te sometas. Abismo, recóbrate, pues Dios no desciende a la tierra”.

¹⁵» Cuando bajé otros quinientos pasos, y clamaban los ángeles y potestades: “Levantad las puertas de vuestro Rey, alzad las puertas eternas, pues ved aquí que entra el rey de la gloria”, volvió decir el Abismo: “¡Ay de mí! Que oigo el aliento de Dios”.

¹⁶» Dijo el Diablo al Abismo: “¿Por qué me turbas, Abismo? Es un profeta, solo semejante a Dios; retengámoslo y llevémoslo ante los que piensan que sube al cielo”.

¹⁷» Pero el Abismo le dijo: “¿Quién es de los profetas? Cuéntamelo. ¿No será Henoc, el escritor más veraz? Pero Dios no le ha permitido descender a la tierra hasta que pasen seis mil años. ¿O es que te refieres a Elías, el vengador? Pero no bajará antes del fin del mundo. ¿Qué voy a hacer? Para nuestra perdición es el fin. En mi mano tenemos el número de los años”.

¹⁶⁻¹⁷ (gr.).»Dijo Belial al Abismo: “Mira con atención quién es realmente, porque me parece que es Elías, o Henoc o alguno de los profetas”.

»Pero el Abismo respondió a la Muerte, diciendo: “Todavía no se han cumplido los seis mil años. ¿Pues de dónde son estos, Belial? La cifra está en mis manos”.

¹⁸» Belial dijo al Abismo: “No te asustes, asegura tus puertas y refuerza tus cerrojos. Créeme, Dios no baja a la tierra”.

¹⁹» El Abismo le dice: “No oigo tus hermosas palabras, mi vientre se desgarrar, no siento mis entrañas. No ocurre nada, sino que Dios ha llegado aquí. ¡Ay de mí! ¿Adónde podré huir de su rostro, de la fuerza del gran Rey? Déjame entrar dentro de ti, pues fui creado antes que tú”.

²⁰» Entonces entré, lo flagelé, lo até con lazos indisolubles, arrojé fuera a todos los patriarcas y vine de nuevo a la cruz».

²¹ Le dice Bartolomé: «Indícame, Señor, quién era aquel a quien subían los ángeles en sus manos, el hombre aquel gigantesco».

²² Jesús le respondió, diciendo: «Aquel era Adán, el primer creado, por quien yo bajé de los cielos a la tierra y a quien dije: “Por ti y por tus hijos fui yo colgado en la cruz”. Y él, al oírlo, exhaló un suspiro y dijo: “Así te agradó, Señor”.

²³ De nuevo dijo Bartolomé: «También vi, Señor, a los ángeles que subían delante de Adán cantando himnos.

²⁴» Uno de los ángeles, más alto que los demás, no quería subir. Tenía en su mano una espada de fuego y te hacía señas a ti solo».

^{25V} [Todos los ángeles le suplicaban que subiera con ellos, pero no quería. Cuando le ordenaste que subiera, vi una llama que salía de sus manos y llegaba hasta la ciudad de Jerusalén.

²⁶ Dijo Jesús: «Era uno de los ángeles que están puestos para vengar el trono de Dios.

²⁷» Y me rogaba. Pero la llama que viste salir de sus manos hirió el edificio de la sinagoga de los judíos para testimoniar a mi favor, puesto que ellos me habían crucificado»].

^{28G} [Dicho esto, se dirigió a sus apóstoles diciendo: «Aguardadme en este lugar, porque hoy se ofrece un sacrificio en el paraíso, y tengo que estar presente para recibirlo»].

²⁹ Dijo Bartolomé: «Señor, ¿qué significa un sacrificio en el paraíso?». Y Jesús contestó: «Las almas de los justos, que han salido del cuerpo, entran ahora en el paraíso, y si yo no estoy presente, no podrán entrar».

³⁰ Bartolomé preguntó, diciendo: «Señor, ¿cuántas almas salen del mundo cada día?». Jesús le respondió: «Treinta mil».

³¹ De nuevo le dijo Bartolomé: «Señor, cuando enseñabas tu doctrina entre nosotros, ¿recibías los sacrificios en el paraíso?». Jesús le respondió diciendo: «En verdad te digo, querido mío, cuando enseñaba mi doctrina entre vosotros, también estaba sentado con mi Padre».

^{32G} [Bartolomé replicó diciendo: «Señor, ¿salen solamente tres almas cada día?». Le dice Jesús: «Apenas cincuenta y tres, querido mío»].

³³ «[De las almas que] salen del mundo, ¿cuántas almas justas se encuentran?». Jesús le responde: «Cincuenta». ^G[De nuevo, pregunta Bartolomé: «¿Y cómo es que solamente tres

entran en el paraíso?». Responde Jesús: «Las cincuenta y tres entran en el paraíso o son depositadas en el seno de Abrahán. Las demás están en el seno de la resurrección, porque las tres no son como estas cincuenta»].

³⁴ Le dice Bartolomé: «Señor, ¿cuántas almas nacen cada día en el mundo?». Jesús le responde: «Solamente una más de las que salen del mundo».

³⁵ Dichas estas cosas, les dio la paz y desapareció de su vista.

2 ¹ Estaban los apóstoles en un lugar llamado Chelturá ^v[con María la Madre de Dios].

² Acercándose Bartolomé a Pedro, Andrés y Juan, les dice: «Preguntemos a la llena de gracia cómo concibió al Señor o cómo lo dio a luz y cómo gestó al que no puede ser gestado». Pero ellos dudaban preguntarle.

³ Y Bartolomé dice a Pedro: «Tú, como mi jefe y maestro, acércate y pregúntaselo». Pero Pedro dijo a Juan: «Tú, como virgen, irreprochable y amado, acércate a preguntárselo».

⁴ Como todos vacilaban y se contradecían, se acercó Bartolomé con rostro alegre y le dijo: «Alégrate, tabernáculo del Altísimo, todos los apóstoles venimos a preguntarte cómo concebiste ^c[al incomprensible, o cómo getaste al que no puede ser gestado o cómo diste a luz a tamaña grandeza]».

⁵ María les dice: «No me preguntéis sobre este misterio. Pues como empiece a hablaros de él, saldrá un fuego de mi boca que consumirá toda la tierra».

⁶ Pero ellos insistían más y más en preguntar a María. Pero ella, no queriendo defraudar a los apóstoles, dijo: «Pongámonos en oración».

⁷ Los apóstoles se pusieron detrás de María. Y ella dijo a Pedro: «Pedro, jefe y columna la más firme, ¿te quedas de pie detrás de nosotros? ¿No dijo el Señor que la cabeza del varón

es Cristo ^N [y la de la mujer es el varón?]. Ahora bien, colocaos delante de mí para orar».

⁸ Pero ellos le dijeron: «En ti plantó el Señor su tabernáculo, y tuvo su complacencia en que tú lo contuvieras. Tú debes ser más bien quien nos lleve a la oración».

⁹ María les replica: «Vosotros sois estrellas brillantes del cielo, por lo que conviene que oréis delante de mí».

¹⁰ Le dicen: «Eres tú la que debes orar, ^G[pues eres la madre] del Rey celestial».

¹¹ María les replica: ^G[«A semejanza vuestra modeló el Señor los pájaros y los envió a los cuatro ángulos del mundo»].

¹² Ellos le dicen: «El que ^G[a duras penas cabe en los cielos halló su complacencia encerrándose dentro de ti]».

¹³ María entonces se puso delante de ellos, levantó sus manos al cielo y empezó a decir: «Elfuzā ... oloth. Kai mia thessai. Liso Adonai rerunbaubelth. Varvur. Tharasu. Erura. Edith. Errose ... thesthea. Krnenioth. Anev...as. Evargth. Marmarige. Eoffos. Thyriamukh. Eusbar... ^G[que en lengua griega dice:] Oh Dios, grande y sapientísimo, Rey de los siglos indescriptible, inefable, el que con una palabra organizaste las magnitudes celestiales, el que con acorde armonía cimentaste la alta estructura del firmamento, el que separaste las tinieblas sombrías de la luz, el que juntaste en un mismo sitio los manantiales de las aguas y no permitiste que nada pereciera ... ^G[porque para alimento de todos llenaste la tierra de lluvias que son bendiciones del Padre]; tú, que apenas cabes en los siete cielos, te complaciste en ^G[ser contenido sin dolor dentro de mí], siendo la Palabra ^G[plena del Padre, porque por ti todo fue hecho]; da gloria a tu inmenso nombre, Señor, y ordena ^G[que yo hable delante de tus santos apóstoles]».

¹⁴ Y terminada su oración, dijo: «Sentémonos en el suelo, y ven tú, jefe Pedro, siéntate a mi derecha y pon tu izquierda bajo mi brazo; tú, Andrés, haz lo mismo a mi izquierda; tú Juan, que eres virgen, sujeta mi pecho; y tú, Bartolomé, fija tus rodillas en mi espalda y aprieta mis hombros no sea que cuando empiece yo a hablar se desarticulen mis huesos».

¹⁵ Hecho esto, comenzó a decir: «Cuando estaba en el Templo de Dios y recibía el alimento de mano de un ángel, en uno de los días se me apareció como la figura de un ángel; su rostro era incomprensible, no tenía en su mano ni pan ni cáliz, como el ángel que había venido a mí la vez anterior.

¹⁶» Y de repente se rasgó el velo del Templo y se produjo un gran terremoto. Caí rostro a tierra, al no poder soportar el aspecto del ángel.

¹⁷» Él tendió su mano y me levantó; yo levanté mis ojos al cielo, y vino una nube de rocío ^G[sobre mi rostro] que me asperjó de la cabeza a los pies. Pero él me enjugó con su manto.

¹⁸» Y me dijo: “Alégrate, llena de gracia, vaso de elección”. Dio un golpe con su diestra, y surgió un pan grandísimo que puso en el Templo sobre el altar del sacrificio. Comió él primero y me lo dio después a mí.

¹⁹» De nuevo golpeó el lado izquierdo de su vestido, y surgió un cáliz extraordinariamente grande, lleno de vino. Bebió él primero y me lo dio después a mí. Cuando miré, vi un cáliz lleno y el pan.

²⁰» Me dijo también: “Dentro de tres años te enviaré mi palabra, y concebirás un hijo por quien se salvará toda la creación, mientras tú eres el cáliz del mundo. La paz sea contigo, amada mía, contigo estará mi paz perpetuamente”.

²¹» Y desapareció de mi vista; y el Templo se volvió como

esta anteriormente».

²² Mientras esto decía, salió un fuego de su boca. Y cuando el mundo iba a ser consumido, apareció el Señor que dijo a María: «No hables de este misterio, porque hoy llega a su fin toda la creación». Afligidos los apóstoles, temieron no fuera que el Señor se airara con ellos.

3 ¹ Marchó con ellos al monte Moria y se sentó en medio de ellos.

^{2G} [Atemorizados, vacilaban en preguntarle].

^{3G} [Mas Jesús les respondió diciendo]: «Preguntadme lo que queráis. Pues dentro de siete días ^G [subiré a mi Padre, y ya no me veréis más] con esta apariencia».

⁴ Pero ellos ^G [vacilantes, le dicen]: «Señor, muéstranos el abismo, según tu promesa».

⁵ Jesús les dice: «Es mejor para vosotros no ver el abismo. Pero si queréis, seguidme y lo veréis».

⁶ Y los condujo a un lugar llamado Chairudek, que quiere decir *lugar de la verdad*.

⁷ Hizo señas a los ángeles de Occidente, y se abrió la tierra como un libro y apareció el abismo.

⁸ Los apóstoles, al verlo, cayeron sobre su rostro.

⁹ Pero el Señor los levantó diciendo: «¿No os dije que no era bueno para vosotros ver el abismo?».

4 ¹ Y tomándolos de nuevo, subieron al monte de los Olivos. ² Decía Pedro a María: «Llena de gracia, ruega al Señor para que nos revele los misterios del cielo».

³ María dijo a Pedro: «Piedra escogida, ¿no prometió acaso fundar sobre ti su iglesia?».

^{4G} [De nuevo dice Pedro: «Tú eres el tabernáculo abierto; pregunta tú»].

^{5G} [María replica: «Tú eres la imagen de Adán; él no fue formado lo mismo que Eva]. Mira el sol, que brilla más que los demás astros a semejanza de Adán. Mira la luna, que está llena de fango por la transgresión de Eva. Pues el Señor puso a Adán en la parte oriental y a Eva en la occidental, y ordenó el Señor a ambos que se miraran mutuamente».

⁶ Cuando llegaron a la cima del monte, el Señor se apartó un poco de ellos. Y Pedro dijo a María: «Tú eres la que ha neutralizado la transgresión de Eva cambiándola de vergüenza en alegría».

⁷ Apareciéndose de nuevo el Señor, le dice Bartolomé: «Señor, muéstranos al adversario de los hombres para que veamos cómo es y cómo son sus obras, porque ni de ti siquiera tuvo compasión y logró que tú fueras colgado de la cruz».

⁸ Jesús, mirándolo fijamente, le dice: «Tu corazón está endurecido, y no puedes ver lo que solicitas».

⁹ Pero Bartolomé, asustado, cayó a los pies de Jesús y empezó a decir: «Luminaria inextinguible, Jesucristo, creador de la luz eterna, que has otorgado la gracia universal a los que te aman, que nos has otorgado por medio de la Virgen María la eterna luz de tu presencia en el mundo, procúranos el cumplimiento de nuestra demanda».

¹⁰ Dichas estas cosas por Bartolomé, lo levantó Jesús, diciendo: «Quieres ver, pues, al adversario de los hombres. Pero advierte que, al verlo, no solamente tú, sino también los demás apóstoles y María ^G [caeréis sobre vuestro rostro y quedaréis como muertos».

¹¹ Todos le dijeron: «Señor, que lo veamos»].

¹² Y los hizo bajar del monte de los Olivos. Luego, irritado con los ángeles guardianes del Tártaro, hizo señas a Miguel

para que tocara su trompeta poderosa. Inmediatamente Miguel la hizo sonar, y subió Belial sujeto por quinientos sesenta ángeles y atado con cadenas de fuego.

¹³ El dragón medía de largo mil seiscientos codos, y de ancho cuarenta. Su rostro era como un relámpago de fuego, y sus ojos eran tenebrosos. De sus narices salía un humo maloliente, y su boca era como la abertura de un precipicio.

¹⁴ Y enseguida, cuando lo vieron los apóstoles, cayeron sobre sus rostros en tierra y quedaron como muertos.

¹⁵ Pero Jesús ^G [se acercó y levantó a los apóstoles y les inspiró fuerza. Luego dijo a Bartolomé: «Acércate, Bartolomé], pisa con tu pie su cuello y pregúntale cómo eran sus obras ^G [y cómo engaña a los hombres]».

¹⁶ Jesús se quedó con los demás apóstoles.

¹⁷ Y temeroso, Bartolomé levantó su voz y dijo: «Sea bendito el nombre de tu reino inmortal desde ahora y por los siglos». Cuando Bartolomé terminó de hablar, Jesús le volvió a recomendar: «Vamos, pisa a Belial en su cuello». Y Bartolomé fue rápidamente y pisó su cuello, de modo que Belial se quedó temblando.

¹⁸ Bartolomé, lleno de miedo, huyó, diciendo: «Señor Jesús, dame la orla de tu vestido para que me atreva a acercarme a él».

¹⁹ Jesús le replica: «No puedes tomar la orla de mis vestidos, pues mis vestidos no son los mismos que llevaba antes de ser crucificado».

²⁰ Dice Bartolomé: «Temo, Señor, que lo mismo que no tuvo compasión de tus ángeles, me destruya también a mí».

²¹ Jesús le dice: «¿Acaso no se han hecho todas las cosas por mi palabra y por la inteligencia de mi Padre? Los espíritus se sometieron a Salomón. Tú, pues, animado por mi palabra, ve

y pregúntale lo que quieras».

²² Cuando Bartolomé hizo la señal de la cruz y oró a Jesús, se produjo un incendio por todos lados de modo que sus vestidos se incendiaron.

Jesús dice a Bartolomé: «Como te he dicho, pisa su cuello como para preguntarle cuál es su fuerza». Fue, pues, Bartolomé y le pisó sobre el cuello, pues estaba cubierto hasta las orejas.

²³ Le dice, pues: «Dime quién eres tú y cuál es tu nombre».

²⁴ [Mas él (Bartolomé) le aligeró y le dijo: «Di todo lo que has hecho y lo que estás haciendo»].

²⁵ Belial respondió: «Primero me llamaba Satanael, que significa *ángel de Dios*. Pero al no reconocer la imagen de Dios, mi nombre fue llamado Satanás, que es lo mismo que *ángel guardián del Tártaro*».

²⁶ De nuevo, le dice Bartolomé: «Revélame todo y no me ocultes nada».

²⁷ Él le dijo: «Te juro por la gloria de Dios que aunque quiera ocultártelo, no puedo. Está presente el que me pone a prueba. Porque si yo pudiera, también os perdería como hice con uno de vosotros.

²⁸» Pues yo fui llamado el primer ángel, porque cuando Dios hizo el cielo y la tierra, tomó un puñado de fuego y me modeló a mí el primero,

²⁹» el segundo a Miguel, el tercero a Gabriel, el cuarto a Rafael, el quinto a Uriel, el sexto a Xathanael y a otros seis mil ángeles, cuyos nombres no puedo decir, porque son los lictores de Dios, y me golpean con varas cada día y hasta siete veces cada noche; y no me dejan en paz, sino que arruinan mi fuerza. Los dos ángeles de la venganza son estos que están delante del trono de Dios. Son los que fueron formados los

primeros.

³⁰» Después de estos, fue creada la multitud de los ángeles. En el primer cielo hay cien miríadas, en el segundo cielo hay cien miríadas, en el tercer cielo hay cien miríadas, en el cuarto cielo hay cien miríadas, en el quinto cielo hay cien miríadas, en el sexto cielo hay cien miríadas, en el séptimo cielo hay cien miríadas. Fuera de los siete cielos está el primer firmamento, donde están las potestades que actúan sobre los hombres.

³¹» Hay también otros cuatro ángeles: uno mirando hacia el Norte, cuyo nombre es... Broil, que tiene en la mano una vara de fuego y anula la poderosa fuerza [...] porque no puede secar la tierra.

³²» Otro ángel está orientado al Norte, y su nombre es Elbisthá».

Versión latina Casanatense

³² bis (latín). «Etalfatha está sobre el Aquilón. Portan varas de fuego y teas encendidas para calentar librando del frío a fin de que no se seque la tierra y perezca el mundo.

³³⁻³⁴» Cedor está sobre el Austro, para que el sol no conmueva a la tierra actuando desde la aurora. Porque Lenevior templá el calor del sol para que no queme a la tierra. Él apaga la llama que sale de su boca.

³⁵» Hay también otro ángel que está sobre el mar y quiebra la fuerza de las olas.

³⁶» Las demás cosas no te las manifiesto».

³⁷ El apóstol Bartolomé le dice: «Dime, malhechor y embustero, ladrón desde el principio y lleno de amargura, astucia, envidia y engaño, vieja serpiente sutilísima, lobo rapaz, ¿cómo es que persuades a las almas de los hombres para que se aparten del Dios vivo, creador del universo, el que

hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos se contiene? Porque tú siempre eres enemigo del género humano».

⁴⁰ Y dijo el Anticristo: «Te lo voy a decir. Una rueda sube del abismo y tiene siete cuchillos de fuego. El primer cuchillo tiene doce canales».

⁴¹ Bartolomé preguntó: «¿Quiénes tienen los cuchillos?».

⁴² El Anticristo respondió: «En el canal de fuego que está en el primer cuchillo es donde son arrojados los aficionados al sortilegio, los adivinos, los que practican el encantamiento y los que en ellos creen o los buscan, porque por la maldad de su corazón descubrieron algo así como falsas adivinaciones. En el segundo canal de fuego son arrojados los blasfemos, que blasfeman de Dios, de sus prójimos y de la Escrituras. Allí son arrojados los hechiceros, así como los que los buscan y creen en ellos. Los de mi grupo que se matan a sí mismos procurándose la muerte, los que se arrojan al agua o se tiran a un pozo, los que se ahorcan de una soga o se hieren con espada estarán conmigo. En el tercer canal son arrojados los homicidas, los que practican la idolatría, los que se entregan a la avaricia o a la envidia, por la que yo fui arrojado del cielo a la tierra. [...] En los restantes canales son arrojados los perjurios, los ladrones, los soberbios o los que son ávidos de recibir usuras, los que se confabulan para blasfemar de los espíritus, los que no dan posada al peregrino y no dan limosnas, los que no visitan a los cautivos, los que prestan servicio en la iglesia tibiamente, los detractores, los que no aman a sus prójimos y los demás pecadores que no buscan al Señor o le honran con tibieza. A todos estos yo los escandalizo a mi voluntad».

⁴³ Bartolomé le dice: «Dime, diablo embustero y no veraz, ¿haces estas cosas por ti mismo, por tus servidores o incluso

por tus semejantes?».

⁴⁴ Respondió el Anticristo, diciendo: «¡Ojalá hubiera yo podido salir y hacer estas cosas por mí mismo! En tres días arruinaría a todo el mundo. Pero ni yo puedo salir ni otro alguno de los que conmigo fueron arrojados. Tenemos, no obstante, a otros servidores inútiles, más débiles, que por su parte convierten en colegas a otros servidores. A ellos les hemos dado órdenes y los hemos vestido con nuestro ropaje y los hemos enviado de caza para que cacen para nosotros las almas de los hombres con mucha dulzura, adulándolos para que sigan la embriaguez, la avaricia, la blasfemia, el homicidio, el hurto, la fornicación, para que se conviertan a la herejía, den culto a los ídolos, se aparten de la Iglesia, menosprecien la cruz del crucificado, den falso testimonio y aprueben lo que Dios odia y nosotros hacemos. A algunos los arrojamos al fuego, a otros los tiramos desde los árboles, otros les rompemos los pies o las manos, a otros les sacamos los ojos. Realizamos estas y otras muchas cosas. Les ofrecemos oro o plata y todo lo que el mundo puede desear, y a los que no podemos hacerlos pecar despiertos, hacemos que pequen en sueños [...].

⁴⁵» Te diré también los nombres de los ángeles de Dios que son nuestros enemigos. Uno de ellos se llama Mermeoth, el que gobierna las tempestades. Mis ministros lo conjuran, y él los despide para que habiten donde quieran, pero se consumen por volver. Otros son los cincuenta ángeles que están al cuidado de los rayos. Y cuando algunos espíritus quieren salir de entre nosotros por mar o por tierra, estos ángeles envían contra ellos desde las nubes ataques de piedra, el fuego nos abrasa y se quiebran las rocas y los árboles. Cuando logran encontrarnos, nos persiguen según el mandato de aquel a quien asisten, el que a mí me encadenó.

Siguiendo sus órdenes, tú tienes dominio sobre mí; y lo que nunca pensé decir, ahora hasta manifiesto mis secretos muy a pesar mío».

Y de nuevo le dice el apóstol Bartolomé: «¿Qué has hecho y qué estás haciendo? Explícamelo». Satanás le contestó: «Yo había decidido no manifestarte todo mi secreto, pero por aquel que lo reside todo, cuya cruz me ha comprometido, no puedo ocultarte nada» [...] ^[541].

⁵² Admirado de la audacia del enemigo y confiando en el poder del Salvador, respondió Bartolomé diciendo a Satanás: «Confiesa, demonio inmundísimo, por qué motivo fuiste arrojado de lo alto de los cielos, porque me juraste que lo manifestarías todo».

⁵³ Respondió el diablo y dijo: «Cuando Dios hizo a imagen suya a Adán, el padre de los hombres, ordenó a los cuatro ángeles que trajeran tierra de los cuatro ángulos de la tierra, y agua de los cuatro ríos del paraíso. Yo estaba entonces en el mundo, cuando en los cuatro ángulos de la tierra donde yo nunca estuve, el hombre se convirtió en alma viviente. Y Dios lo bendijo porque era su propia imagen. Después se postraron ante él Miguel, Gabriel y Uriel.

⁵⁴» Cuando volví de nuevo al mundo, me dijo el arcángel Miguel: “Adora la figura que ha hecho Dios según su voluntad”. Pero yo vi que había sido hecha de barro de la tierra. Y yo fui formado antes y con fuego y agua. “Yo no adoro al barro de la tierra”.

⁵⁵» De nuevo me dijo Miguel: “Adóralo, no sea que el Señor se irrite contra ti”. Pero yo le dije: “El Señor no se irrita contra mí, sino que yo pondré mi trono frente a su trono”. Entonces se irritó el Señor contra mí, mandó abrir las esclusas del cielo y me arrojó a la tierra.

⁵⁶» Y después de que yo fui arrojado, preguntó el Señor a

los restantes ángeles que estaban bajo mi poder si querían adorar las obras creadas por sus manos. Pero ellos le dijeron: “Como hemos visto que nuestro superior no adoraba, tampoco nosotros adoraremos a uno que es inferior a nosotros”. Entonces fueron también ellos arrojados a la tierra conmigo.

⁵⁷» Y nos quedamos dormidos durante cuarenta años. Cuando desperté, observé quiénes estaban dormidos debajo de mí.

⁵⁸» Los desperté según mi voluntad, y deliberé con ellos cómo podría convencer al hombre por cuyo motivo yo fui arrojado de los cielos.

⁵⁹» Tomado consejo, comprendí cómo podría seducirlo. Tomé unas hojas de higuera en las manos, enjugué el sudor de mi pecho y de mis axilas y las arrojé a la corriente de las aguas. Al beber Eva el agua, descubrió el deseo de la carne, y ella se lo ofreció a su marido. A ambos les pareció más bien algo dulce, pero aunque el sabor era amargo, no se dieron cuenta por la prevaricación que habían cometido. Ahora bien, si ellos no hubieran bebido de aquella agua, nunca hubiera yo podido convencerlos, ni hubiera sido capaz de prevalecer sobre ellos de otra manera sino con esta» [...].

⁶⁰ El apóstol Bartolomé dijo en oración: «Señor Jesucristo, ordénale que entre en el infierno, pues este diablo es atrevido contra mí». El Señor Jesucristo dijo a Satán: «Vete, desciende al abismo y quédate allí hasta mi venida». E inmediatamente desapareció el diablo.

⁶¹ Entonces Bartolomé, cayendo de hinojos a los pies de nuestro Señor Jesucristo, empezó a decir entre lágrimas: «¡Abbá! ¡Padre! Tú, que permaneces como el único y glorioso Verbo del Padre, por quien todo fue hecho; tú, a quien apenas pueden abarcar los siete cielos, a quien agradó habitar en el

seno de una virgen; a quien una virgen gestó y dio a luz sin dolor. Tú, Señor, elegiste a la que llamaste verdadera madre, reina y esclava. Ahora bien, Madre, porque por ella te dignaste descender y de ella tomaste carne. Reina, porque la nombraste reina de las vírgenes.

⁶²» Tú, que fuiste coronado de espinas para procurarnos a los pecadores arrepentidos la preciosa corona del cielo; que fuiste colgado de una cruz y recibiste como bebida hiel y vinagre para darnos a nosotros a beber el vino de la contrición; que te hiciste traspasar el costado con la lanza para saciarnos con tu cuerpo y con tu sangre.

⁶³» Tú, que diste nombre a los cuatro ríos, los cuales obedecen a tu mandato y son diligentes en tu servicio. El primer río es el *Philosophon*, por la unidad de la Iglesia y las creencias que se han manifestado en el mundo. El segundo es el río *Geón*, porque [el hombre] fue formado de la tierra o también por los dos testamentos. El tercero es el río *Tigris*, porque se nos ha manifestado en los cielos la sempiterna Trinidad a nosotros, los que creemos en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, que es un solo Dios, por quien han sido hechas todas las cosas en el cielo y en la tierra. El cuarto río es el *Éufrates*, porque saciaste para siempre a todo ser viviente por el lavado de la regeneración, que mostraba la figura de los evangelios que andan corriendo por todo el orbe de la tierra y que te dignaste anunciar por medio de tus siervos, para que creyéndolos y confesándolos se salven los que creen en tu nombre grande y terrible y en tus santos evangelios a fin de que puedan llegar a la vida que no tienen.

⁶⁴» Dios mío, gran Padre y Rey, salva, Señor, a los pecadores».

⁶⁵ Cuando Bartolomé hubo terminado la oración, Jesús le dijo: «Bartolomé, el Padre me ha llamado Cristo para que

descendiese a la tierra y ungiere con el óleo de la vida a todo el que viene a mí. Me llamó Jesús para que curase todo pecado de los ignorantes y para que transmitiese a los hombres la verdad de Dios».

⁶⁶ Bartolomé le pregunta: «Señor, ¿es lícito manifestar a todos los hombres estas verdades?»

⁶⁷ Le responde Jesús: «Es lícito manifestarlas a cuantos creen y observan este misterio que os he revelado. Pues entre los gentiles hay algunos que sirven a los ídolos, dados a la bebida, fornicarios, perjuros, blasfemos, detractores de la Iglesia católica, envidiosos, maléficos, magos, malignos, seguidores de las artes del enemigo y que odian a sus prójimos. Estos no son dignos de oír este misterio.

⁶⁸» Son dignos de oírlo los que guardan mis mandamientos y los que aceptan las palabras salvíficas de vida eterna que no tienen fin, los que tienen parte en los cielos con los santos, los justos y los fieles en el reino de mi Padre. Ahora bien, el que se haya separado del error de la iniquidad y haya seguido el camino de la salvación y de la justicia, ese debe oír este misterio. Pero tú, Bartolomé, eres dichoso, y dichosa es tu generación».

⁶⁹ Entonces Bartolomé, escribiendo en su corazón todas estas cosas que oyó de labios de nuestro Señor Jesucristo, bendijo con rostro alegre al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, diciendo: «Gloria a ti, Señor, redentor de los pecadores, vida de los justos, fe de los creyentes, resurrección de los muertos, luz del mundo, amante de la castidad».

⁷⁰ Y entonces Jesús, recibiendo la coraza, dijo: «Yo soy bueno, manso y benigno, misericordioso y clemente, fuerte y justo, admirable, santo y taumaturgo, defensor de los huérfanos y las viudas, que concedo la corona a los justos y a los fieles, juez de vivos y muertos, luz de luz y resplandor de la

claridad, consuelo de los atribulados y ayuda de los necesitados. Alegraos conmigo, amigos míos, y recibid mi don. Yo os daré el don celestial. Y os concederé la vida eterna a vosotros y todos los que me desean y creen en mí».

5 ¹ Bartolomé le dijo: «Señor, dinos cuál es el pecado más grave de todos».

² Jesús respondió: «En verdad te digo que los pecados más graves de todos son la hipocresía y la calumnia. Por eso el profeta dijo en el salmo: “Los impíos no prevalecerán en el juicio, ni los pecadores en la asamblea de los justos; lo mismo estarán los impíos en el juicio de mi Padre. En verdad, en verdad os digo que cualquier pecado será perdonado, pero el pecado contra el Espíritu Santo nunca será perdonado”» (Mc 3, 29 paral.).

³ Bartolomé preguntó: «¿En qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo?».

⁴ Jesús respondió: «Todo el que da un decreto contra los que sirven a mi Padre, ese blasfema contra el Espíritu Santo. Pues, en efecto, todo el que sirve a Dios con veneración es digno del Espíritu Santo, y quien habla contra él no hallará perdón.

⁵» ¡Ay del que jura por la cabeza de Dios, aunque no cometa perjurio, sino que diga la verdad! Pues Dios, el excelso, tiene doce cabezas. Él es la misma verdad, y con él no cabe ni mentira ni perjurio.

⁶» Id, pues, y anunciad al mundo entero la palabra verdadera. Después, tú, Bartolomé, revela esta palabra secreta a quien la desea. El que crea en ella tendrá la vida eterna».

⁷ Le dice de nuevo Bartolomé: «Señor, si alguien comete un pecado de la carne, ¿cuál será su recompensa en el juicio?».

⁸ Jesús le contesta: «Es bueno que el bautizado respete su

bautismo, guarde la castidad y en ella permanezca. Pero si le sobreviene el deseo carnal, debe ser varón de una sola mujer. Pues así como la mujer no debe conocer a otro varón, así el varón debe aborrecer a cualquiera otra mujer. Y si guardan castidad, si observan mis mandamientos y entregan sus diezmos a la Iglesia, como hizo Abrahán mi siervo, que guardó mis preceptos, les devolveré el ciento por uno y su matrimonio estará sin pecado. Y si surgiere la necesidad de tomar una segunda mujer o de tomar la mujer un segundo marido, pueden hacerlo lícitamente siempre que acudan a la Iglesia, hagan limosnas, vistan al desnudo, den de comer y de beber al hambriento y al sediento, den posada al peregrino sin menospreciarlo, visiten a los enfermos, sirvan a los encarcelados, no digan falso testimonio, reciban con toda veneración al sacerdote y al que teme a Dios y, como ya he dicho, ofrezcan diezmos a la Iglesia y hagan las demás cosas que son justas para que puedan agradar a Dios.

»Pero si alguien toma una tercera esposa, será llamado indigno y pecador en el reino de los cielos juntamente con ella. Pero el que guarde su castidad y virginidad y sea perfecto en la Iglesia católica, sea varón o mujer, será llamado perfecto en el reino de los cielos.

⁹» Vosotros debéis predicar a todos que estén vigilantes frente a tales cosas, que yo no me aparto de vosotros y os doy el Espíritu Santo».

¹⁰ Bartolomé dio gloria a Dios durante largo tiempo en compañía de los demás apóstoles, diciendo: «Gloria a ti, Padre Santo, sol que nunca se apaga, incomprensible, lleno de luz. A ti se debe el honor, la gloria y la adoración por toda la eternidad. Amén».

¹¹ Entonces Bartolomé, y con él todos los demás apóstoles, daban gloria al Señor Jesucristo, diciendo: «Gloria a ti, Padre

de los cielos, rey de la vida eterna, lámpara de luz inextinguible, sol brillante y resplandor de eterna claridad, Rey de reyes y Señor de los que dominan. A ti la gloria, la magnificencia, el imperio, el reino, el honor y el poder con el Padre y el Espíritu Santo. Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque nos ha visitado y ha redimido a su pueblo de la mano de sus enemigos. Ha obrado con nosotros con misericordia y clemencia. Gentes todas, alabad a nuestro Señor Jesucristo, tened fe en él, porque es juez de vivos y muertos y Salvador de los fieles. Que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén».

Terminan las preguntas del beatísimo apóstol Bartolomé y otros apóstoles a nuestro Señor Jesucristo.

D) EVANGELIOS ASUNCIONISTAS

Los apócrifos asuncionistas tienen como tema nuclear la asunción de María en cuerpo y alma al cielo, que pasó luego a ser dogma de la Iglesia. Sin embargo, la abundancia de esta clase de literatura y el contexto legendario en que se desarrolla hace muy problemática históricamente la tradición básica: los apóstoles son convocados para el acontecimiento desde sus países de misión; acuden todos transportados sobre sendas nubes, que los depositan junto al lecho mortuario de la Virgen; luego esta es trasladada en cuerpo y alma al Paraíso. Tanto la devoción cristiana como la arqueología están influidas por los datos de estos apócrifos: muchas iglesias están dedicadas a la Asunción de María; de acuerdo con el relato pormenorizado del texto, en Getsemaní se conserva la iglesia construida por los cruzados sobre el sepulcro de la Virgen.

1. Libro de san Juan evangelista, el teólogo

Tratado de san Juan el teólogo sobre la dormición de la santa Madre de Dios

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Siglos IV/VI, con base en leyendas apócrifas sobre el apóstol Juan del siglo III.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Manuscritos griegos de los siglos XI al XIV, más versión latina conservada en un manuscrito de la Biblioteca Laurenziana de Milán del siglo XIV.

Uno de los apócrifos asuncionistas más antiguos es el Libro de san Juan evangelista, denominado «Juan el teólogo», cuya antigüedad no va más allá del siglo IV en opinión de C. Tischendorf, su editor. M. Jugie lo retrasa hasta el siglo VI, basado en la ausencia de referencia a la fiesta de la Asunción establecida entonces en la Iglesia. Pero es posible que la tradición sea más antigua, como parece demostrar la noticia aportada por el Pseudo Melitón (ca. 500), autor ya de una obra, De Transitu Uirginis Mariae (PG V 1231). El Decreto Gelasiano (siglo VI) enumera entre los apócrifos un libro denominado Tránsito de santa María.

* * *

Visita de María al santo sepulcro

1 Cuando la santísima y gloriosa Madre de Dios y siempre virgen María iba según su costumbre a quemar perfumes en el santo sepulcro de nuestro Señor, inclinando sus santas rodillas, suplicaba a Cristo, su propio hijo y Dios nuestro, que volviera a ella.

2 Al ver los judíos que ella frecuentaba el santo sepulcro, se dirigieron a los príncipes de los sacerdotes, diciendo: «María va todos los días al sepulcro». Llamaron los sacerdotes a los guardias que habían colocado para impedir

que alguien rezara en el santo sepulcro y se informaron acerca de ella si lo que contaban era verdad. Pero los guardianes contestaron diciendo que no habían visto nada semejante, porque Dios les impedía verla presente.

Aparición del arcángel Gabriel

3 En uno de aquellos días, que era viernes, vino, según su costumbre, santa María al monumento. Y mientras oraba, sucedió que se abrieron los cielos y bajó hasta ella el arcángel san Gabriel, que le dijo: «Alégrate, la que has engendrado a Cristo, nuestro Dios, tu oración, después de atravesar los cielos hasta tu Hijo, ha sido aceptada. Y ahora, según tu ruego, abandonando el mundo, te irás hacia las moradas del cielo, junto a tu Hijo, a la vida verdadera y eterna».

4 Después de oír estas cosas del santo arcángel, regresó a la ciudad santa de Belén, llevando consigo a tres doncellas que la servían. Y una vez que descansó un poco, se incorporó y dijo a las doncellas: «Traedme un incensario para que pueda rezar». Y se lo llevaron según les había encargado.

5 Oró, pues, diciendo: «Señor mío Jesucristo, que por tu extremada bondad te dignaste ser engendrado por mí, escucha mi voz y envíame a tu apóstol Juan para que, al verlo, comience a sentir la alegría. Envíame también a tus demás apóstoles, tanto a los que ya han regresado hasta ti como a los que siguen en este mundo, dondequiera que se encuentren en virtud de tu santo mandato, a fin de que, viéndolos, bendiga tu nombre encomiable. Pues confío en que escuchas a tu sierva en todo».

Llegada de Juan

6 Mientras ella estaba en oración, me presenté yo, Juan, porque el Espíritu Santo me arrebató por medio de una nube desde Éfeso y me depositó en el lugar donde yacía la madre de mi Señor. Entrando donde ella estaba y dando gloria al que ella había engendrado, dije: «Alégrate, madre de mi Señor, que engendraste a Cristo nuestro Dios, regocíjate, porque con gran gloria vas a salir de esta vida».

7 Alabó a Dios la santa madre de Dios porque había venido yo, Juan, hasta ella, al acordarse de la voz del Señor que le dijo: «He aquí a tu madre y he aquí a tu hijo» (Jn 19, 26 y s). Llegaron también las tres doncellas y se arrodillaron.

8 Me dice la santa madre de Dios: «Reza y pon incienso». Y oré de este modo: «Señor Jesucristo, el que hiciste maravillas, haz también ahora alguna maravilla delante de la que te engendró; que salga tu madre de esta vida y que se espanten los que te crucificaron y los que no han creído en ti».

9 Cuando terminé mi oración, me dijo santa María: «Tráeme el incensario». Y poniendo ella el incienso, dijo: «Gloria a ti, Dios mío y Señor mío, porque se ha cumplido en mí lo que me prometiste antes de que subieras a los cielos: que cuando yo salga de este mundo, vendrás tú y la multitud de tus ángeles con gloria a mi encuentro».

10 Yo, Juan, le digo: «Viene nuestro Señor Jesucristo, nuestro Dios, y lo verás según te prometió». La santa madre de Dios me respondió, diciendo: «Los judíos juraron que quemarán mi cuerpo cuando yo muera». Pero yo repliqué: «Nunca verá la corrupción tu santo y precioso cuerpo». Ella respondió y me dijo: «Toma un incensario, echa incienso y reza». Y sobrevino una voz de los cielos que decía el amén.

11 Yo, Juan, escuché esta voz, y el Espíritu Santo me dijo: «Juan, ¿has oído esta voz salida del cielo cuando terminaste la oración?». Yo respondí: «Sí, la oí». Y el Espíritu Santo me dijo: «Esta voz que has oído anuncia la llegada inminente de tus hermanos los apóstoles y de las santas autoridades, que vienen hoy aquí».

Llegan los demás apóstoles

12 Yo, Juan, a continuación me puse en oración. Y el Espíritu Santo dijo a los apóstoles: «Subid todos al mismo tiempo sobre las nubes desde los confines de la tierra y congregaos inmediatamente en la ciudad santa de Belén por causa de la madre de nuestro Señor Jesucristo: Pedro desde Roma, Pablo desde Tiberia^[542], Tomás desde las Indias interiores, Santiago desde Jerusalén».

13 Andrés, el hermano de Pedro, y Felipe, Lucas, Simón Cananeo y Tadeo, que ya dormían en el Espíritu Santo, se han levantado de sus sepulcros. A ellos les ha dicho el Espíritu Santo: «No penséis que ya es la hora de la resurrección, sino levantaos de vuestros sepulcros por esto, para que vayáis al encuentro de la madre de vuestro Señor y Salvador Jesucristo para su honra y maravilla, porque está cerca el día de su partida y de su entrada en los cielos».

14 También Marcos, que todavía vivía, se presentó desde Alejandría con los demás, como se ha dicho de cada país. Pedro, levantado por una nube, se mantuvo en mitad del cielo y de la tierra mientras el Espíritu Santo lo sostenía. También los demás apóstoles, arrebatados sobre las nubes, se hallaron en compañía de Pedro. Y así todos, como ya se ha dicho, movidos por el Espíritu Santo, llegaron a la vez hasta nosotros.

15 Entrando donde estaba la madre del Señor y Dios nuestro, postrándonos ante ella, dijimos: «No temas

ni te entristezcas; el Señor Dios, el que por ti fue engendrado, te sacará con gloria de este mundo». Regocijándose en Dios su Salvador, se incorporó en el lecho. Y dijo a los apóstoles: «Ahora he creído que viene del cielo nuestro Maestro y Dios, pues ya lo contemplo y salgo de esta vida del mismo modo que os he visto aquí congregados. Quiero, pues, que me digáis cómo habéis conocido mi partida para presentaros ante mí, y desde qué países y distancias habéis venido hasta aquí, ya que os habéis dado tanta prisa para venir a visitarme. Porque tampoco me lo ha ocultado nuestro Señor Jesucristo, engendrado por mí, él que es Dios del universo. Pues estoy convencida, incluso ahora, de que él es el Hijo del Altísimo».

El sistema del traslado de los apóstoles

16 Pedro, tomando la palabra, dijo a los apóstoles: «Cada uno de nosotros, según lo que el Espíritu Santo nos ha anunciado y ordenado, informemos a la madre de nuestro Señor».

17 Yo, Juan, respondí, diciendo: «En el momento en que yo entraba en el altar del sacrificio en Éfeso para celebrar los oficios, el Espíritu Santo me dijo: “Ha llegado el momento de la partida de la madre de tu Señor. Marcha a Belén para su despedida”. Entonces una nube luminosa me arrebató y me depositó en la puerta de la casa donde yaces».

18 Respondió también Pedro: «Pues yo me encontraba en Roma hacia la salida del sol cuando oí una voz que venía del Espíritu Santo y que me decía: “La madre de tu Señor, llegada su hora, está a punto de partir. Marcha a Belén para su despedida”. Y he aquí que una nube luminosa me arrebató, y vi que también los demás apóstoles venían hacia mí sobre las nubes y oí una voz que me decía: “Marchad todos a Belén”».

19 Pablo, tomando también la palabra, dijo: «Yo también, cuando habitaba en una ciudad, situada a poca distancia de Roma, llamada región de los Tiberios, oí al Espíritu Santo que me decía: “La madre de tu Señor, que está para abandonar este mundo y subir a los cielos por su muerte, emprende ya la marcha. Vete tú también a Belén para despedirla”. Y he aquí que una nube luminosa me arrebató y me depositó aquí junto a vosotros».

20 Tomás tomó también la palabra, y dijo: «También yo, cuando recorría el territorio de los indios y la predicación se fortalecía con la gracia de Cristo, y cuando el hijo de la hermana del rey, de nombre Labdán, estaba a punto de ser bautizado por mí en su palacio, oí de repente al Espíritu Santo que me decía: “También tú, Tomás, preséntate en Belén para despedir a la madre de tu Señor, porque va a realizar su traslado a los cielos”. Y una nube luminosa me arrebató y me depositó ante vosotros».

21 Tomó también la palabra Marcos, y dijo: «Cuando yo celebraba el oficio de tercia en Alejandría, mientras oraba, el Espíritu Santo me arrebató y me trajo a vuestra presencia».

22 Tomó también la palabra Santiago, y dijo: «Cuando yo estaba en Jerusalén, el Espíritu Santo me hizo esta recomendación: “Vete a Belén, porque la madre de tu Señor se va a ir”. Y he aquí que una nube luminosa me arrebató y me depositó junto a vosotros».

23 Tomó también Mateo la palabra, y dijo: «Yo glorifiqué y glorifico a Dios, porque, encontrándome en una nave, y estando la mar borrascosa y enfurecida por las olas, de repente una nube luminosa cubrió el oleaje del temporal, que se convirtió en bonanza. Luego me arrebató y me depositó ante vosotros».

24 Tomaron la palabra entonces los que habían llegado con anterioridad, y contaron cómo se habían presentado. Así, Bartolomé dijo: «Yo estaba en la Tebaida predicando la palabra cuando el Espíritu Santo me dijo: “La madre de tu Señor se va a ir. Marcha, pues, a Belén para despedirla”. Y he aquí que una nube luminosa me arrebató y me trajo a vuestro lado».

Plegaria de María y sucesión de milagros

25 Todas estas cosas contaron los apóstoles a la santa Madre de Dios: cómo y de qué manera habían llegado. Extendió ella las manos hacia el cielo y oró, diciendo: «Adoro, celebro y glorifico tu nombre dignísimo de toda alabanza, Señor, porque pusiste los ojos sobre la humildad de tu esclava e hiciste grandes cosas en mí, tú el poderoso. Y he aquí que me llamarán bienaventurada todas las generaciones^[543]».

26 Después de la oración, dijo a los apóstoles: «Poned incienso y orad». Mientras oraban, se oyó un trueno del cielo y vino una voz terrible como ruido de carros. Apareció una multitud del ejército de ángeles y potestades, y se escuchó una voz como del Hijo del hombre. Los serafines rodearon la casa donde yacía la santa e inmaculada madre de Dios y virgen. De tal modo que todos los habitantes de Belén contemplaron todas las maravillas, y marcharon a Jerusalén para anunciar todas las maravillas que habían sucedido.

27 Sucedió que al escucharse la voz aparecieron de pronto el sol y la luna alrededor de la casa. Se presentó una asamblea de primogénitos de los santos en la casa donde yacía la madre del Señor para su honra y gloria. Y vi que se produjeron muchos milagros: los ciegos recuperaban la vista, los sordos oían, los cojos caminaban, los leprosos quedaban limpios y los poseídos por espíritus

impuros eran curados. Todo el que sufría de alguna enfermedad o dolencia, al tocar desde fuera el muro de la casa en la que ella yacía, gritaba: «Santa María, la que ha engendrado a Cristo nuestro Dios, ten piedad de nosotros». Y enseguida quedaban curados.

28 Muchas multitudes de toda clase de países que se encontraban en Jerusalén para orar, al oír hablar de los milagros sucedidos en Belén por causa de la madre del Señor, se presentaron en el lugar pidiendo la curación de diversas enfermedades, cosa que consiguieron. En aquel día se produjo una alegría indescriptible, mientras la multitud de los curados y de los espectadores glorificaban a nuestro Dios y a su madre. Todos los habitantes de Jerusalén, al regresar de Belén, celebraban fiesta con salmos y con himnos espirituales.

Reacción de los judíos

29 Los sacerdotes de los judíos, en compañía de todo su pueblo, estaban fuera de sí por lo sucedido. Dominados por un violentísimo celo y un renovado razonamiento vano, celebraron consejo y determinaron enviar a Belén mensajeros contra la santa Madre de Dios y los apóstoles que allí estaban. Y puestos en camino hacia Belén los judíos en masa, cuando se encontraban como a una milla de distancia, sucedió que contemplaron una visión terrible, y sus pies se les quedaron como atados. En consecuencia, volvieron hacia sus connacionales y contaron a los sumos sacerdotes toda la temible visión.

30 Aquellos, ardiendo más y más en ira, se dirigieron al gobernador, diciendo a gritos: «Ha perecido la nación de los judíos por esta mujer. Expúlsala fuera de Belén y de la comarca de Jerusalén». El gobernador, lleno de estupor por los milagros, les dijo: «Yo no la expulso ni de Belén ni de ningún otro sitio». Pero los judíos insistían en sus

gritos y lo conjuraban por la salud del César Tiberio para que expulsase de Belén a los apóstoles. «Pues si no haces esto, decían, se lo comunicaremos al César». Sintiéndose, pues, obligado, envió a Belén un comandante de mil hombres contra los apóstoles.

31 Pero el Espíritu Santo dijo a los apóstoles y a la madre del Señor: «He aquí que el gobernador ha enviado a un comandante de mil hombres contra vosotros, porque los judíos se han amotinado. Salid, por tanto, de Belén y no temáis, porque os transportaré en una nube hasta Jerusalén; pues la fuerza del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo está con vosotros».

32 Levantándose, pues, al punto los apóstoles, salieron de la casa llevando el lecho de su Señora, la madre de Dios, y se dirigieron a Jerusalén. Enseguida, según había dicho el Espíritu Santo, llevados por una nube, se encontraron en Jerusalén en la casa de la Señora. Nos levantamos y durante cinco días cantamos himnos sin cesar.

33 Cuando llegó el comandante a Belén y no encontró allí ni a la madre del Señor ni a los apóstoles, apresó a los betlemitas, diciéndoles: «¿Es que no habéis venido vosotros contando al gobernador y a los sacerdotes todos los milagros y prodigios acaecidos y cómo habían acudido los apóstoles desde todos los países? ¿Dónde están, pues? Venid y presentaos al gobernador en Jerusalén». Y es que el comandante ignoraba el traslado de los apóstoles y de la madre del Señor a Jerusalén. Tomando, pues, el comandante a los betlemitas, se presentó ante el gobernador diciendo que no había hallado a nadie.

34 Después de cinco días, el gobernador, los sacerdotes y toda la ciudad tuvieron noticia de que en su propia casa de Jerusalén estaba la madre del Señor

con los apóstoles, por los signos y prodigios que sucedían. Y una multitud de varones, mujeres y vírgenes, reuniéndose, gritaban: «Virgen santa, que has engendrado a Cristo nuestro Dios, no te olvides del género humano».

Los judíos pretenden quemar la casa de la Virgen

35 A la vista de estos sucesos, movidos más todavía del celo, el pueblo de los judíos y los sacerdotes tomaron leña y fuego con la intención de incendiar la casa donde yacía la madre del Señor en compañía de los apóstoles. El gobernador estaba contemplando de lejos el espectáculo. Cuando el pueblo de los judíos llegaba ya a la puerta de la casa, he aquí que de repente salió del interior, por obra de un ángel, un fuego poderoso que abrasó a gran cantidad de los judíos. Sobrevino por toda la ciudad un temor grande, y glorificaban al Dios engendrado por aquella mujer.

36 Cuando vio el gobernador lo sucedido, gritó ante todo el pueblo, diciendo: «En verdad que es Hijo de Dios el nacido de la Virgen, a la que vosotros pretendisteis perseguir. Pues estos milagros son obra del Dios verdadero». Y se produjo una disensión entre los judíos, porque muchos creyeron en el nombre de nuestro Señor Jesucristo a la vista de los milagros realizados.

Tránsito de María al cielo en domingo

37 Después de que sucedieron todos estos prodigios por medio de la madre de Dios y siempre virgen María, madre del Señor, cuando estábamos nosotros los apóstoles con ella en Jerusalén, nos dijo el Espíritu Santo: «Sabéis que en domingo recibió la virgen María el anuncio del arcángel Gabriel, que en domingo nació en Belén el Salvador, que en domingo salieron los hijos de Jerusalén con palmas a su encuentro diciendo: “¡Hosanna en las alturas! Bendito el que viene en nombre del Señor” (Mt 21, 9; Mc 11, 10), que en

domingo resucitó de entre los muertos, que en domingo ha de venir a juzgar a vivos y muertos, que en domingo tiene que venir desde los cielos para gloria y honor de la salida de la santa y gloriosa virgen que le dio a luz».

38 También en domingo dijo la madre del Señor a los apóstoles: «Poned incienso, porque Cristo viene con un ejército de ángeles». Y he aquí que se presenta Cristo sentado sobre un trono de querubines. Mientras todos nosotros rezábamos, aparecieron multitudes innumerables de ángeles, y el Señor venía sobre querubines con gran poder. Se produjo un resplandor luminoso sobre la santa Virgen con la llegada de su unigénito Hijo y, postrándose todas las potestades de los cielos, lo adoraron.

39 El Señor habló a su madre, diciendo: «María». Ella contestó: «Aquí estoy, Señor». El Señor le dijo: «No estés triste, sino que se alegre y regocije tu corazón, pues has hallado la gracia de contemplar la gloria que me ha dado mi Padre». Y alzando sus ojos la santa madre de Dios, vio en él una gloria que boca humana no es capaz ni de explicar ni comprender.

Pero el Señor continuó diciéndole: «He aquí que desde ahora tu noble cuerpo va a ser trasladado al paraíso, y tu alma estará en los cielos entre los tesoros de mi Padre con extraordinario resplandor, donde reina en exceso la paz y el gozo de santos ángeles».

40 La madre del Señor le contestó, diciendo: «Impón sobre mí tu diestra, Señor, y bendíceme». Y extendiendo el Señor su purísima diestra, la bendijo. Ella, tomando la purísima diestra de su hijo, la besaba, diciendo: «Adoro esta diestra que ha creado el cielo y la tierra; y suplico a tu celebradísimo nombre, oh Cristo Dios, rey de los siglos, unigénito del Padre, que recibas a tu esclava, tú que

te dignaste ser engendrado por mi pequeñez para salvar al género humano según tu inefable economía. Concede tu ayuda a todo hombre que invoque o suplique o mencione el nombre de tu sierva».

41 Mientras ella decía estas cosas, acercándose los apóstoles a sus pies y postrándose, dijeron: «Madre del Señor, envía una bendición al mundo, porque lo abandonas. Pues cuando engendraste la luz del mundo, lo bendijiste y lo resucitaste, pues estaba perdido». Puesta en oración la madre del Señor, suplicó de esta manera: «Oh Dios, que por tu gran bondad enviaste desde los cielos a tu unigénito para que habitara en mi humilde cuerpo, y te dignaste nacer de mi pequeñez, ten piedad del mundo y de toda alma que invoque tu nombre».

42 Orando de nuevo dijo: «Señor, Rey de los cielos, Hijo de Dios vivo, recibe a todo hombre que invoque tu nombre para que sea glorificado tu nacimiento». Y oraba nuevamente, diciendo: «Señor Jesucristo, que todo lo puedes en el cielo y en la tierra, esta insistente súplica dirijo a tu santo nombre: en cualquier tiempo y lugar en que se haga memoria de mi nombre, santifica aquel lugar y glorifica a los que te alaban por mi nombre aceptando de ellos toda ofrenda, toda súplica y toda oración».

43 Cuando ella terminó esta oración, el Señor dijo a su propia madre: «Alégrate y que se regocije tu corazón, pues toda gracia y todo don te han sido concedidos por mi Padre que está en los cielos, por mí y por el Espíritu Santo. Toda alma que invoque tu nombre no será defraudada, sino que encontrará misericordia, consuelo, auxilio y confianza tanto en el mundo presente como en el futuro en presencia de mi Padre que está en los cielos».

44 Entonces, volviéndose el Señor, dijo a Pedro: «Ha llegado el momento de comenzar la salmodia».

Cuando Pedro comenzó la salmodia, todas las potencias de los cielos respondieron con el Aleluya. Entonces el rostro de la madre del Señor resplandeció más que la luz, se levantó y bendijo con su propia mano a cada uno de los apóstoles. Todos dieron gloria a Dios. Y el Señor, extendiendo sus purísimas manos, recibió su alma santa e inmaculada.

45 Con la salida de su alma inmaculada, el lugar quedó lleno de perfume y de luz inefable. Y he aquí que se oyó una voz del cielo que decía: «Dichosa tú entre las mujeres». Fuimos a toda prisa Pedro y yo Juan, y Pablo y Tomás, y abrazamos sus sagrados pies para ser santificados. Y los doce apóstoles colocaron su honorable y santo cuerpo sobre un féretro y se lo llevaron.

Ultraje y castigo de Jefonías

46 Y he aquí que mientras la transportaban, un cierto hebreo, llamado Jefonías, fuerte de constitución, se lanzó violentamente contra el féretro que los apóstoles transportaban. Pero en esto un ángel del Señor, con una fuerza invisible, separó sus dos manos de los hombros e hizo que quedaran colgadas del féretro en el aire.

47 Realizado este prodigio, todo el pueblo de los judíos que lo habían contemplado se puso a gritar, diciendo: «Realmente es verdadero Dios el que fue dado a luz por ti, madre de Dios, siempre virgen María». Incluso el mismo Jefonías, como Pedro le ordenó que manifestara las maravillas de Dios, levantándose detrás del féretro, se puso a gritar: «Santa María, la que engendraste a Cristo Dios, ten piedad de mí». Volviéndose Pedro, le dijo: «En el nombre del que fuera engendrado por ella, que se unan

las manos que fueron separadas de ti». Inmediatamente, en virtud de la palabra de Pedro, las manos que colgaban del féretro de la Señora regresaron y se unieron a Jefonías. Y creyó también él y glorificó a Cristo Dios, el que fue engendrado por ella.

El cuerpo de María es trasladado al paraíso

48 Realizado este milagro, llevaron los apóstoles el féretro y depositaron el precioso y santo cuerpo de María en Getsemaní, en un sepulcro nuevo. Y he aquí que un perfume de suave olor salía del sepulcro de nuestra Señor la madre de Dios. Durante tres días se escucharon voces de ángeles invisibles que glorificaban a su Hijo Cristo, nuestro Dios. Pasado el tercer día, ya no se oyeron las voces, y por ello todos conocieron que su cuerpo inmaculado y honorable había sido trasladado al paraíso.

49 Hecho el traslado del cuerpo, vimos a Isabel, la madre de San Juan Bautista, a Ana, la madre de nuestra Señora, a Abrahán, a Isaac, a Jacob y a David que cantaban el Aleluya. También vimos a todos los coros de los santos, que se postraban ante los sagrados despojos de la madre del Señor. Igualmente vimos un lugar luminoso, cuya luz era brillante más que otra cualquiera. Un perfume de suave olor llenaba aquel lugar desde el que fue trasladado al paraíso el venerable y santo cuerpo de María. Y se oyó la música de los que cantaban himnos a su Hijo, dulces canciones que solamente a las vírgenes les está concedido escuchar, y que no producen hartura.

50 Nosotros, pues, los apóstoles, al contemplar el repentino y venerable traslado de su santo cuerpo, dimos gloria a Dios que nos manifestó sus maravillas acerca del tránsito de la madre de nuestro Señor Jesucristo.

Por sus oraciones y su intercesión, seamos dignos todos de

alcanzar su protección, auxilio y apoyo no solo en el mundo presente sino también en el futuro, glorificando en todo tiempo y lugar a su Hijo unigénito, junto con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

2. Libro de Juan, arzobispo de Tesalónica

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Siglos IV/VII, quizá con base en noticias del siglo IV.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano, quizá Tesalónica.

Lengua original: Griego.

Fuente: *Manuscrito Escorialense II.Y.11* del siglo XIII, cotejado con otros manuscritos que presentan un texto más breve.

Este apócrifo asuncionista es un relato de los sucesos que rodean la tradición de la dormición de María. Su contexto se sitúa en la estela de otros documentos paralelos, como es la obra del Pseudo Melitón. M. Jugie, que publicó la edición crítica del presente apócrifo en 1926, lo consideraba una edición corregida y aumentada del Pseudo Melitón. Pero no faltan autores, como el mismo Tischendorf, que invierten la dependencia. Es, sin embargo, más plausible la hipótesis de Jugie, dado que el Pseudo Melitón es de finales del siglo IV o principios del V, mientras que el «libro» de Juan de Tesalónica

parece de principios del siglo VII.

Estos textos paralelos se derivan con toda probabilidad de un texto común más antiguo, que podría remontarse en su base a principios del siglo IV, que es el reflejo de una tradición muy apreciada de gran influjo en la piedad cristiana, así como en la liturgia y en la iconografía. La presencia de la palma como símbolo del premio, la situación de los apóstoles Pedro y Juan a la cabecera y a los pies del cadáver de María, y la representación del alma de la Virgen en la forma de un niño, son algunos de los detalles que han quedado materializados en el arte.

Este evangelio, escrito en griego, tiene forma de homilía, o así es considerado por los estudiosos. En él se afirma la tradición de la muerte y el tránsito de María en Jerusalén, y no en Éfeso. En Jerusalén y en las cercanías de Getsemaní se conserva el edificio del Sepulcro de la Virgen, que sería el lugar donde se cumplieron supuestamente los sucesos narrados.

Un hecho sorprendente es la variedad de finales en distintas versiones. Por esa razón añadimos al texto presente el final del Pseudo Melitón, como ejemplo de la libertad de tratamiento del material común.

* * *

Dormición de nuestra Señora, madre de Dios y siempre virgen María compuesta por Juan, arzobispo de Tesalónica

Prólogo

1 ¹ A la admirable, celeberrima y realmente gran Señora de todo el mundo, a la siempre virgen madre de nuestro Salvador y Dios Jesucristo; a la que es verdaderamente madre de Dios, de parte de toda criatura que vive bajo el cielo, se le deben ofrecer perpetuamente cantos de alabanza, honor y gloria por el favor hecho por su medio a

toda la creación con la economía de la venida en carne del unigénito Hijo y Verbo de Dios Padre.

² Ella, después de la voluntaria pasión corporal, la resurrección de entre los muertos y la ascensión a los cielos del que en ella se hizo carne por nosotros, verdadero Verbo de Dios y verdadero hombre, permaneció en compañía de los santos apóstoles viviendo un tiempo nada breve por la región de Judea y de Jerusalén. Residió, pues, principalmente en la casa del apóstol virgen, a quien el Señor amaba, según manifiesta la divina Escritura. Y cuando cada uno de los apóstoles, por orden del Espíritu Santo, se lanzó a predicar el Evangelio por todo el mundo, después de cierto tiempo la misma celeberrima Virgen madre de Dios abandonó la tierra de muerte natural.

³ Ahora bien, algunos han transmitido por escrito las maravillas que sucedieron en aquel tiempo con relación a ella. Casi toda la tierra bajo el cielo celebra festivamente la memoria anual de su descanso, excepto unos pocos lugares, entre ellos el que rodea a esta metrópoli de los tesalonicenses, protegida por Dios. ¿Pues qué? ¿Condenaremos el descuido y la indolencia de nuestros predecesores? Lejos de nosotros decir esto o ni siquiera pensarlo, cuando ellos fueron los únicos que legaron por ley este privilegio a su propia patria; quiero decir el que no solamente celebremos las memorias de los santos del país, sino las de todos los que lucharon sobre la tierra por Cristo, familiarizándonos espiritualmente con Dios en asambleas y plegarias.

⁴ No fueron, pues, descuidados o indolentes, sino que puesto que los que entonces vivían, según se dice, escribieron fielmente los sucesos relativos al tránsito de María, algunos de los malvados herejes, que llegaron después, sembraron su cizaña y tergiversaron los escritos. Por esta razón, nuestros

padres se apartaron de ellos, como que estaban en desacuerdo con la Iglesia católica. Desde entonces la fiesta cayó entre ellos en el olvido.

⁵ No os admiréis cuando oís que los herejes corrompieron los escritos, porque se los ha descubierto de vez en cuando haciendo cosas semejantes incluso con las epístolas del apóstol portador de Cristo y hasta con los mismos evangelios. Pero no rechazamos los escritos verdaderos por causa de sus engaños abominables ante Dios, sino que después de purificar la falsa simiente, abrazaremos incluso para gloria de Dios lo que sucedió verdaderamente con sus santos, y lo haremos que resulte provechoso para las almas y agradable para Dios.

⁶ Pues así hemos encontrado que lo han logrado no solo los que recientemente nos han precedido, sino también los santos padres que vivieron mucho antes que ellos. Unos, sobre los llamados viajes especiales de los sanos apóstoles Pedro, Pablo, Andrés y Juan; otros, sobre la mayoría de los escritos sobre los mártires portadores de Cristo. Pues es preciso «purificar», según lo que está escrito, «las piedras del camino» (Jer 50, 26) para que no tropiece el rebaño elegido de Dios.

2 ¹ Nosotros, pues, puesto que trabajamos también para esta metrópoli amada de Cristo, a fin de que no carezca de bien alguno, creemos que es de todo punto necesario glorificar sinceramente a la bienhechora y Señora del mundo, la siempre virgen y madre de Dios María. Y celebrando con gozo espiritual la memoria de su magnífico descanso, con razón hemos puesto no pequeño cuidado en la exhortación y la edificación de las almas en orden a proponer a vuestros piadosos oídos no todas aquellas cosas que hemos encontrado escritas sobre ella de forma diferente en los diversos libros, sino solamente aquellas que verdaderamente tuvieron lugar y que son recordadas como sucedidas y

testimoniadas hasta ahora en sus lugares. Lo hemos recogido con temor de Dios y amor a la verdad, sin hacer caso alguno de opiniones personales introducidas por la perfidia de quienes han falsificado estas cosas.

² Escuchando, pues, los prodigios en verdad tremendos, enormes y dignos realmente de la madre de Dios, acaecidos con motivo de su admirable descanso con una compunción provechosa para el alma, ofreceremos a la inmaculada Señora y madre de Dios María nuestro agradecimiento después de Dios y la gloria que le es debida. Así nos manifestamos a nosotros mismos dignos de sus dones por nuestras buenas obras. Vosotros, aceptando un poco de nuestro amor y elogiando nuestra diligente exhortación hacia objetivos mejores por el presente escrito, correspondednos con vuestro cariño como hermanos e hijos queridos en el Señor. Y procuradme por una continua oración el auxilio de Dios. Pues de él es la gloria, el honor y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Anuncio del ángel

3 ¹ Cuando la santa madre de Dios, María, se desprendía del cuerpo, vino hasta ella el ángel grande y le dijo: «María, levántate y toma esta palma que me ha dado el que plantó el paraíso y entrégasela a los apóstoles, para que con ella en la mano canten himnos delante de ti, porque dentro de tres días vas a dejar el cuerpo. Pues he aquí que envío a todos los apóstoles a tu presencia; ellos te tributarán las honras fúnebres y contemplarán tu gloria hasta que te trasladen a tu lugar». María respondió al ángel, diciendo: «¿Por qué has traído solamente esta palma, y no has traído una palma para cada uno, no sea que si se da a uno solo, los demás protesten? ¿Qué quieres que haga, o cuál es tu nombre, para que, si me lo preguntan, se lo pueda decir?». El ángel le

contestó: «¿Por qué quieres tú saber mi nombre? Pues es admirable de oír. No dudes, pues, en recibir la palma, porque muchos serán curados por ella, y servirá de prueba para todos los habitantes de Jerusalén. Al que cree se le manifiesta; al que no cree se le oculta. Vete, pues, a la montaña».

² Entonces se fue María y subió al monte de los Olivos mientras brillaba delante de ella la luz del ángel; en su mano llevaba la palma. Cuando llegó al monte, se regocijó todo él con las plantas que en él había, de tal modo que las plantas inclinaban sus cabezas y adoraban. Cuando María vio esto, se turbó pensando que sería Jesús el que allí estaba, y dijo: «¿Eres tú acaso el Señor, porque por ti se ha producido tan grande prodigio, ya que tantas plantas se han postrado ante ti? Pues, digo yo, nadie puede realizar prodigio tan grande sino el Señor de la gloria, el que se entregó personalmente a mí».

³ Le dijo entonces el ángel: «Nadie puede hacer milagros si no es por su mano. Pues él suministra poder a cada uno de los seres. Yo soy el que recibo a las almas que se humillan ante Dios y las traslado al lugar de los justos en el día en que salen del cuerpo. En cuanto a ti, si te desprendes del cuerpo, yo mismo vendré a buscarte».

⁴ María entonces le dice: «Señor mío, ¿en qué forma vendrás a tus elegidos? Dime lo que es; dímelo para que yo también esté al tanto cuando vengas a tomarme». Él le contesta: «¿Qué tienes, Señora? Pues cuando Dios envíe a buscarte, no vendré yo solo, sino que vendrán también todos los ejércitos de los ángeles y cantarán himnos delante de ti. Toma, pues, el premio». Y después de decirle estas cosas, el ángel subió al cielo convertido en luz.

4 ¹ María regresó a su casa. Y enseguida tembló el edificio por la gloria de la palma que llevaba en la mano. Cuando cesó el movimiento, entró en su cámara

secreta y depositó la palma en un lienzo fino de lino. Entonces oró al Señor diciendo: «Escucha, Señor, la plegaria de tu madre María, que clama hacia ti, y envía sobre mí tu benevolencia; que ninguna potencia venga ante mí en la hora aquella en que salga del cuerpo, sino cumple lo que dijiste cuando lloré en tu presencia diciendo: «¿Qué haré para librarme de las potencias que vengan sobre mi alma?». Tú me prometiste diciendo: «No llores; no vendrán ángeles a ti, ni arcángeles, ni querubines, ni serafines, ni otra potestad, sino que yo mismo vendré a buscar tu alma. Ahora, pues, se ha acercado el dolor para la que está de parto». Y oró diciendo: «Bendigo la luz eterna en la que habitas; bendigo toda plantación hecha por tus manos, que permanece por los siglos. Oh santo, que habitas en los santos, escucha la voz de mi plegaria».

María se despide de sus parientes

5 ¹ Dicho esto, salió y dijo a la doncella de su casa: «Escucha, vete y llama a mis parientes y a los que me conocen diciéndoles que María os llama». Marchó su doncella y llamó a todos según le había ordenado. Cuando entraron, les dijo María: «Padres y hermanos míos, ayudadme, pues voy a salir del cuerpo para ir a mi descanso eterno. Levantaos, pues, y haced conmigo este amable servicio. Pues no os pido oro ni plata, porque estas cosas son vanas y corruptibles, sino que os pido humanidad, para que permanezcáis conmigo estas dos noches. Que cada uno de vosotros tome una lámpara, y no permitáis que se apague en tres días, y yo os bendeciré antes de mi partida».

² E hicieron como les había dicho. Llegó la noticia a todos los conocidos de María y a sus parientes, y todos se reunieron con ella. Volviéndose María, vio a todos los presentes y levantó su voz, diciendo: «Padres y hermanos míos,

ayudémonos unos a otros, encendamos las lámparas y vigilemos, porque no sabemos a qué hora viene el ladrón (Mt 24, 43). Se me ha dado a conocer, hermanos míos, cuándo voy a marchar. Lo he conocido, he sido instruida y no me preocupo, pues es algo universal. Pero temo solamente al luchador, al que lucha contra todos; solo que no puede hacerlo contra los justos y contra los fieles. Domina a los infieles, a los pecadores y a los que cumplen su voluntad, y hace en ellos lo que quiere. Pero no domina a los justos, porque el ángel de la maldad nada posee en ellos, sino que se retira de ellos lleno de vergüenza. Dos son los ángeles que vienen en busca del hombre, uno el de la justicia, otro el de la maldad. Llegan en compañía de la muerte. La muerte molesta al alma, pero vienen los dos ángeles y tantean su cuerpo. Y si resulta que ha realizado obras de justicia, el ángel de la justicia se alegra por ello, porque el ángel malo no tiene parte en él. Entonces vienen ángeles más numerosos en busca del alma cantando himnos delante de ella, hasta llegar al lugar de todos los justos. Entonces se lamenta el ángel de la maldad, porque no tiene parte en él. Pero si aparece alguien que ha realizado obras malas, se alegra también este y toma a otros espíritus malos, y se llevan al alma arrancándola a la fuerza. Entonces el ángel de la justicia se aflige severamente. Ahora bien, padres y hermanos míos, ayudémonos unos a otros para que no se halle nada malo en nosotros».

³ Cuando María habló estas cosas, le dijeron las mujeres: «Hermana nuestra, la que has llegado a ser la madre de Dios y Señora del mundo entero, aunque todos tengamos miedo, ¿qué tienes tú que temer siendo la madre del Señor? Pues ¡ay de nosotras! ¿Adónde podemos huir cuando tú dices estas cosas? Porque tú eres nuestra esperanza. Nosotros, pues, los más pequeños, ¿qué podemos hacer o adónde vamos a huir? Si el pastor tiene miedo del lobo, ¿adónde huirán las ovejas?».

⁴ Lloraban, pues, todos los presentes, pero les dijo María: «Guardad silencio, hermanos míos y no lloréis, sino glorificad a la que en este momento está en medio de vosotros. Os lo suplico, no lloréis en este lugar a la virgen de Dios, sino entonad salmos en vez de lamentos, para que la alabanza llegue a todas las generaciones de la tierra y a todo hombre de Dios. Entonad, pues, salmos en vez de lamentos, para que en vez de lamentos se convierta para vosotros en bendición».

Llegada de Juan

6 ¹ Cuando María dijo estas cosas, llamó a todos los que se encontraban cerca y les dijo: «Levantaos, orad». Después de hacer oración, se sentaron dialogando unos con otros sobre las grandes obras de Dios y los milagros que había realizado. Mientras dialogaban, se presentó el apóstol Juan, llamó a la puerta de María, abrió y entró. Cuando María lo vio, se turbó en su espíritu, gimió, se echó a llorar y dijo a grandes gritos: «Juan, hijo mío, no olvides lo que te recomendó tu maestro sobre mí cuando le lloré junto a la cruz diciendo: “Te vas, hijo mío, y ¿con quién me dejas? ¿Con quién habitaré?”. Y me dijo cuando tú estabas presente y lo oías: “Juan es el que te cuidará”. Ahora bien, hijo mío, no te olvides de lo que te han encargado sobre mí, y recuerda que a ti te amó más que a los demás apóstoles. Recuerda que te recostaste sobre su pecho solo tú. Recuerda que a ti solo reveló el misterio cuando estabas recostado sobre su pecho, misterio que nadie ha conocido nada más que yo y tú, porque tú eres el virgen y el elegido. A mí no quiso entristecerme porque vine a ser su morada. Pues le dije: “Dime qué es lo que has dicho a Juan”. Él te dio la orden, y tú me la comunicaste. Ahora, pues, Juan, hijo mío, no me abandones».

² Mientras María decía estas cosas, lloraba silenciosamente. Juan no pudo aguantar, sino que se turbó su espíritu y no

entendió lo que le decía. Pues no reconoció que salía del cuerpo. Por eso le dijo entonces: «María, madre del Señor, ¿qué quieres que te haga? Pues te he dejado incluso a mi criado para que te sirva los alimentos. No quieras que yo traspase el mandamiento que me encomendó mi Señor diciendo: “Recorre el mundo entero hasta que el pecado desaparezca”. Cuéntame, pues, ahora el dolor de tu alma. ¿Qué es lo que necesitas?». Le responde María: «Juan, hijo mío, no necesito nada de las cosas de este mundo, pero puesto que pasado mañana voy a salir del cuerpo, te ruego que me hagas un acto de humanidad: que pongas en lugar seguro mi cuerpo y lo deposites solo en un sepulcro. Haz guardia con tus hermanos los apóstoles por causa de los sacerdotes. Pues con mis propios oídos les he oído decir: “Si encontramos su cuerpo, le prenderemos fuego, porque de ella nació aquel impostor”».

³ Cuando Juan la oyó decir que iba a salir del cuerpo, cayó de rodillas y lloró, diciendo: «Oh Señor, ¿quiénes somos nosotros, que nos has manifestado estas tribulaciones? Pues todavía no hemos olvidado las primeras y tenemos ya que aguantar otra tribulación. ¿Por qué no salgo yo de mi cuerpo para que me protejas, oh María?».

⁴ Cuando María oyó que Juan decía estas cosas llorando, rogó a los presentes que guardaran silencio, pues también ellos estaban llorando. Y asíó fuertemente a Juan, diciendo: «Hijo, sé magnánimo conmigo y cesa de llorar». Entonces Juan se levantó y enjugó sus lágrimas. María le dijo: «Sal conmigo y suplica a la multitud que canten salmos hasta que deje de hablar contigo». Mientras ellos salmodiaban, introdujo a Juan en su propia habitación y le mostró su mortaja y todos los preparativos para su cuerpo, diciendo: «Juan, hijo mío, sabes que no poseo nada sobre la tierra sino

la mortaja y dos túnicas. Aquí hay dos viudas; cuando yo salga del cuerpo, dales una a cada una». A continuación lo llevó al lugar donde estaba la palma que el ángel le había dado, y le dijo: «Juan, hijo mío, toma esta palma para que la lleves delante de mi féretro, pues esto es lo que se me ha dicho». Él le contestó: «No puedo tomarla al margen de mis compañeros los apóstoles, sin que ellos estén presentes aquí, no sea que cuando vengan, surjan entre nosotros riñas y pependencias. Pues hay uno mayor que yo, establecido como jefe sobre nosotros^[544]. Pero si llegamos a reunirnos, reinará la buena voluntad».

Llegan los demás apóstoles

7 ¹ Al mismo tiempo en que salían ellos de la habitación, se produjo un trueno tan grande que todos los que estaban en aquel lugar se quedaron turbados. Después del ruido del trueno, bajaron de las nubes los apóstoles a la puerta de María. Eran once, cada uno de los cuales venía sentado sobre una nube: el primero, Pedro; el segundo, Pablo, trasladado también él por una nube y añadido al número de los apóstoles, pues había alcanzado el principio de la fe por Cristo. Además de estos, también los demás apóstoles fueron transportados en nubes hasta la puerta de María. Se saludaron unos a otros mirándose mutuamente y admirados de que se hubieran reunido en el mismo lugar. Dijo Pedro: «Hermanos, oremos a Dios que nos ha congregado, y especialmente por estar con nosotros el hermano Pablo». Una vez que Pedro dijo estas palabras, se pusieron en oración y dijeron a una sola voz: «Roguemos para que se nos dé a conocer por qué Dios nos ha congregado». Entonces cada uno hizo una reverencia al otro para que orase.

² Pedro, pues, dijo a Pablo: «Hermano Pablo, ora antes que yo, porque me he regocijado con una alegría inenarrable, pues

has llegado a la fe de Cristo». Replicó Pablo: «Perdóname, padre mío Pedro, porque soy un neófito y no soy apto para seguir las huellas de vuestros pies. ¿Cómo voy a poder orar antes que tú? Pues tú eres la columna de luz, y todos los hermanos presentes son mejores que yo. Tú, pues, padre, ruega por mí y por todos para que la gracia del Señor permanezca con nosotros».

³ Entonces se alegraron los apóstoles con la humildad de Pablo, y dijeron: «Padre Pedro, tú has sido establecido como nuestro jefe; ora tú antes que nosotros». Entonces Pedro oró, diciendo: «Dios nuestro padre y el Señor Jesucristo os glorificarán del mismo modo que es glorificado el ministerio que se me ha encomendado, pues yo soy el menor de los hermanos y siervo. Así como yo fui elegido, así también lo fuisteis vosotros, y una sola es la vocación por la que todos fuimos llamados. En consecuencia, todo aquel que glorifica al otro, glorifica a Jesús y no a un hombre. Pues este es el mandamiento del Maestro: que nos amemos los unos a los otros».

⁴ Entonces Pedro, extendiendo las manos, dio gracias, diciendo: «Señor omnipotente, que estás sentado por encima de los querubines en las alturas (2 Re 19, 15 hebreo) y miras las cosas de abajo (Sal 113, 6), que habitas una luz inaccesible (2 Tim 6, 16), tú resuelves las dificultades (Dn 5, 12), tú revelas los tesoros ocultos (Is 45, 3), tú sembraste en nosotros tu bondad. ¿Pues quién de los dioses es tan clemente como tú? No has apartado de nosotros tu benevolencia, pues salvas de los males a todos los que esperan en ti, tú que vives y has vencido a la muerte desde ahora y por los siglos de los siglos. Amén. Y de nuevo saludó a los demás.

Encuentro con Juan

8 ¹ Enseguida llegó Juan en medio de ellos, diciendo: «Benedicidme todos también a mí». Entonces lo saludaron también cada uno por orden. Después del saludo, le dijo Pedro: «Juan, el amado del Señor, ¿cómo has venido hasta aquí y cuántos días puedes estar?». Juan respondió: «Sucedió que, cuando yo estaba en la ciudad de Sardes enseñando hasta la hora de nona, descendió una nube en el lugar donde estábamos reunidos, y me arrebató delante de todos los que estaban conmigo y me trajo hasta aquí. Llamé a la puerta, me abrieron y encontré una multitud alrededor de nuestra madre María; y ella me dijo: “Estoy para salir del cuerpo”. Yo no aguanté en medio de los que estaban a su alrededor, sino que el llanto me agobió. Ahora, pues, hermanos, si entráis de madrugada adonde está ella, no lloréis ni os conmováis no sea que al vernos llorar los que están junto a ella duden acerca de la resurrección y digan que “ellos también tuvieron miedo de la muerte”. Animémonos, pues, a nosotros mismos con las palabras de nuestro buen Maestro».

² Entonces los apóstoles, entrando de madrugada en la casa de María, dijeron a una sola voz: «Dichosa María, la madre de todos los salvados, la gracia sea contigo». María les preguntó: «¿Cómo habéis entrado hasta aquí o quién os ha anunciado que voy a salir del cuerpo? ¿Y cómo es que os habéis congregado aquí? Pues os veo reunidos y me alegro». Cada uno dijo el país desde el que había sido transportado, y que arrebatados por nubes se habían congregado allí. Entonces la glorificaron todos, diciendo: «Que te bendiga el Señor, Salvador de todos». María se regocijó en el espíritu y dijo: «Te bendigo a ti, que proporcionas a todos las bendiciones; bendigo la morada de tu gloria; te bendigo a ti, dador de la luz, que te hiciste huésped de mi vientre; bendigo todas las obras de tus manos, que te obedecen con toda sumisión; te

bendigo a ti que nos has bendecido; bendigo las palabras de vida que salen de tu boca y que en verdad nos has entregado. Pues creo que todo lo que has dicho se está realizando en mí. Pues dijiste: «Enviaré a todos los apóstoles hasta ti cuando vayas a salir del cuerpo». Y he aquí que se han reunido, y yo estoy en medio de ellos, lo mismo que una vid fecunda, como cuando estaba contigo. Te bendigo con toda bendición; que se cumplan, pues, también las demás cosas que me prometiste. Pues me dijiste: «Tienes que verme cuando salgas del cuerpo».

³ Dichas estas cosas, llamó a Pedro y a todos los apóstoles, los introdujo en su habitación y les mostró su mortaja. A continuación, salió y se sentó en medio de todos con las lámparas encendidas. Pues no las habían dejado apagarse, según les había mandado María.

Palabras de Pedro a los apóstoles y a las vírgenes

9 ¹ Cuando se puso el sol el lunes, cuando estaba para salir del cuerpo, dijo Pedro a todos los apóstoles: «Hermanos, el que tenga palabras para enseñar que las diga, exhortando al pueblo durante la noche entera». Y los apóstoles le dijeron: «¿Quién hay delante de ti? Nos alegraremos especialmente si podemos escuchar tu enseñanza».

² Entonces Pedro empezó decir: «Hermanos y todos los que habéis venido a este lugar en esta hora de la partida de nuestra madre María, los que habéis encendido las lámparas que aparecen con el fuego de esta tierra visible, habéis hecho bien. Pero yo quiero también que cada uno reciba su lámpara inmaterial en el siglo interminable. Ella es la lámpara del hombre interior, la de tres pabilos, es decir, cuerpo, alma y espíritu. Pues si lucen estos tres con el fuego verdadero por el que lucháis, no os sentiréis avergonzados cuando entréis a la boda para descansar con el Esposo. Así ocurre con nuestra

madre María. Pues la luz de su lámpara ha llenado la tierra y no se apagará hasta la consumación del mundo, para que todos los que quieran ser salvados reciban confianza por ella. Pues no penséis que la muerte de María es realmente muerte. No es muerte, sino vida eterna, porque la muerte de los justos es una gloria a los ojos de Dios (Sal 116, 15). Esta es la gloria, y la muerte segunda no podrá causarles molestia».

³ Mientras Pedro hablaba todavía, brilló una gran luz en la casa en medio de todos, de modo que se oscureció la luz de sus lámparas. Y se oyó una voz que decía: «Pedro, háblales con conocimiento las cosas que pueden comprender. Pues el mejor médico cura según las dolencias de los enfermos, y la nodriza aplica sus cuidados de acuerdo con la edad del niño». Pedro, pues, levantó su voz, diciendo: «Te bendecimos, oh Cristo, timón de nuestras almas».

10 ¹ Entonces Pedro dijo a las vírgenes que estaban allí: «Escuchad vuestra gracia, vuestra gloria y vuestro honor. Pues dichosos todos los que guardan el perfil de su dignidad. Escuchad y aprended lo que nos dijo nuestro Maestro: “Semejante es el reino de los cielos a unas vírgenes” (Mt 25, 1). No dijo: “Es semejante a muchos tiempos”, porque los tiempos pasan, pero el nombre de la virginidad no pasará. No lo comparó con un hombre rico, porque las riquezas disminuyen, pero el nombre de la virginidad permanece. Por esta razón creo que seréis apreciadas. Por eso, comparó el reino de los cielos con vosotras, porque vivís libres de preocupaciones. Porque cuando la muerte es enviada a vosotros, no decís: “¡Ay de nosotras! ¿Adónde marchamos, dejando a nuestros desgraciados niños, nuestras grandes riquezas, nuestros campos sembrados o nuestras grandes posesiones?”. Pues no os preocupáis de ninguna de estas cosas. No tenéis otra preocupación si no es lo que se refiere a

vuestra virginidad. Cuando la muerte es enviada a vosotros, se os encuentra preparadas sin que os falte de nada. Y para que sepáis que no hay nada más importante que el nombre de vuestra virtud y que nada hay más pesado que las cosas de este mundo, considerad también esto:

² «Había en una ciudad un hombre rico con toda clase de posesiones. Tenía casualmente criados. Sucedió que dos de esos criados faltaron contra él al no obedecer a sus órdenes. Se encolerizó su señor y los desterró a un país lejano durante un tiempo con la intención de volverlos a llamar después. Uno de los criados desterrados se edificó una casa, sembró una viña, construyó una tahona y adquirió otras grandes propiedades. El otro siervo, si conseguía algo con su trabajo, lo invertía en oro. Y llamando a un orfebre, hizo una corona y dijo al orfebre: “Yo soy un siervo, que tengo un amo y a su hijo. Modela su figura en la corona de oro”. El orfebre realizó su obra de arte y dijo al siervo: “Levántate y ponte la corona sobre la cabeza”. Pero el siervo dijo: “Toma tu salario, pues yo tengo el momento apropiado para llevar la corona”. Entonces el orfebre comprendió lo que había dicho el siervo, y se marchó a su casa.

³» Después de estos sucesos, se acercó el día del regreso. Y el amo les envió cierto mensajero severo advirtiéndoles: “Si dentro de siete días no me los presentas, correrás grave peligro”. Entonces marchó el emisario con gran diligencia. Cuando llegó a aquel país, encontró a los criados que vivían de noche como de día. Tomando al que había adquirido la casa, la viña y las demás propiedades, le dijo: “Vamos, que tu amo me ha enviado a buscarte”. Pareció que aceptaba, diciendo: “Vamos”. Pero después le dice: “Ten paciencia conmigo hasta que venda todas las posesiones que aquí he adquirido”. Entonces el empleado le contestó: “No puedo

tener paciencia, pues dispongo solamente de siete días de plazo, y como tengo miedo de su amenaza, no puedo tardar”. Entonces el siervo se echó a llorar, diciendo: “¡Ay de mí! Porque me han encontrado desprevenido”. Le replicó el empleado: “Siervo pésimo, ¿no conocías tu condición de esclavo y que estabas desterrado, y que cuando tu amo quisiera mandaría a buscarte? ¿Por qué has plantado viñas, de las que no puedes llevarte nada, por lo que has sido hallado desprevenido? Antes de que yo llegara hasta ti, debías haberte preparado”. Entonces el siervo se echó a llorar y dijo: “¡Ay de mí! Pues yo pensaba que estaba desterrado para siempre y que mi amo no me había de reclamar. Por eso me hice con todas estas propiedades en este país”. Entonces el empleado se lo llevó sin que pudiera llevarse nada consigo.

⁴» Cuando el otro siervo oyó que había venido un enviado en su busca, se levantó, tomó la corona y, dirigiéndose al camino por donde había de pasar el empleado, se puso a esperar. Cuando llegó, le dijo: “Mi amo te ha enviado a buscarme; vamos juntos con alegría, pues nada me lo impide, y hasta lo que tengo es ligero. Pues no tengo ninguna otra cosa sino esta corona de oro. La mandé preparar esperando cada día y deseando que mi señor me fuera propicio, que mi amo enviara a buscarme y me sacara de este destierro, no fuera que otros me cobraran envidia y me quitaran la corona. Ahora, pues, he logrado mi deseo. Levantémonos, pues, y vámonos”.

⁵» Entonces los dos siervos se pusieron en camino con el empleado. Y cuando su amo los vio, dijo al que nada llevaba: “¿Dónde está el producto del trabajo de tanto tiempo de tu destierro?”. El siervo respondió: “Señor, has enviado para buscarme a un soldado exigente; yo le rogué que me permitiera vender mis propiedades para tomar el producto en

mis manos. Pero me dijo que no podía”. Entonces le dijo su amo: “Siervo malo, ¿es que te acordaste de hacer la venta justo cuando envié a buscarte? ¿Por qué no te fijaste en el destierro y no pensaste que aquellas propiedades no significaban nada para ti?”. Y montando en cólera, ordenó que atado de pies y manos fuera arrojado a otros lugares más indignos.

6» Llamó luego al que llevaba la corona y le dijo: “Bien, siervo bueno y fiel, deseaste la libertad como lo demuestra la corona que hiciste, pues la corona es cosa de hombres libres. Y no te atreviste a llevarla sin la licencia de tu señor. Pues no puede un siervo conseguir la libertad sino de manos de su propio señor. Ya que has deseado la libertad, recíbela de mis manos”. Entonces quedó libertado y puesto al frente de muchas cosas».

11 ¹ Después de que Pedro dijo estas cosas a las vírgenes que estaban alrededor de María, vuelto a la multitud, dijo: «Escuchemos también nosotros, hermanos, lo que nos va a suceder. Pues realmente nosotros somos las vírgenes del esposo verdadero, del Hijo de Dios y Padre de toda criatura, es decir, del género humano, con el que encolerizado Dios desde el principio, expulsó a Adán a este mundo. Por lo tanto, habitamos en el mundo como por su indignación y como en un destierro, pero no podemos permanecer en él a perpetuidad. Porque a cada uno le llega su día y será trasladado al lugar donde están nuestros padres y antepasados, donde están Abrahán, Isaac y Jacob. Llegado el final de cada uno, es enviado contra ellos el fuerte servidor, es decir, la muerte.

²» Y cuando llega a buscar el alma del pecador que está enfermo y que ha acumulado sobre sí muchos pecados y maldades, le provoca grandes molestias. Entonces el pecador le suplica, diciendo: “Ten paciencia conmigo solamente esta

vez hasta que arranque los pecados que he sembrado en mi cuerpo”. Pero la muerte no le hace ni caso. Pues ¿cómo va a condescender, si ya se ha cumplido su plazo? Por tanto, al no tener nada de lo que es justo, es trasladado al lugar del tormento. Pero aquel que hace obras de justicia se alegra, diciendo: “Nada me retiene, pues no tengo otra cosa que llevar en este momento si no es el nombre de virginidad”. Le suplica, pues, diciendo: “No me abandones en esta tierra para que algunos no me odien y me quiten el nombre de mi virginidad”. Entonces sale el alma y es transportada con himnos hasta el esposo inmortal. Y la depositan en el lugar del descanso. Ahora, pues, hermanos, luchad, sabiendo que no permanecemos aquí por los siglos».

El tránsito de María

12 Mientras Pedro decía estas cosas y hasta el alba confortaba a las turbas, salió el sol. Levantándose María, salió fuera, alzó sus manos y oraba al Señor. Después de la oración, entró y se tendió sobre el lecho. Pedro estaba sentado junto a su cabecera, y Juan a los pies; los demás apóstoles estaban alrededor de la cama. Hacia la hora de tercia se produjo un gran trueno proveniente del cielo y un olor de perfume tan agradable que todos los presentes quedaron sumidos en el sueño, excepto los apóstoles solamente y tres vírgenes, a quienes el Señor conservó en vela para que fueran testigos del funeral de María y de su gloria. Y he aquí que el Señor se presenta sobre las nubes con una multitud innumerable de ángeles. Entró el mismo Jesús con Miguel en la cámara donde se encontraba María mientras entonaban himnos los ángeles y los que estaban alrededor de la cámara. Tan pronto como entró el Salvador, encontró a los apóstoles alrededor de María y los saludó a todos. Después saludó a su madre. Y abriendo María su boca, pronunció una bendición, diciendo: «Yo te bendigo, porque no me has

defraudado en lo que me prometiste. Pues me prometiste repetidas veces que no permitirías que los ángeles vinieran a buscar mi alma, sino que vendrías tú por ella. Y en mí se ha cumplido todo según tu palabra. ¿Quién soy yo, pobre de mí, que he sido hallada digna de tan grande gloria?». Al decir estas cosas, cumplió su destino mientras su rostro sonreía al Señor. Y el Señor, tomando su alma, la depositó en las manos de Miguel después de envolverla en una especie de velos, cuya gloria no es posible describir.

² Nosotros, los apóstoles, vimos cómo el alma de María era entregada en las manos de Miguel, cubierta con todos los miembros humanos, excepto solamente la forma de hembra o de varón. Sin que hubiera en ella otra cosa que la semejanza del cuerpo completo y una blancura siete veces mayor que la del sol. Pedro, lleno de alegría, preguntó al Señor, diciendo: «¿De cuál de nosotros es tan blanca el alma como la de María?». El Señor le contestó: «Pedro, las almas de todos los que nacen en este mundo son semejantes. Pero cuando salen del cuerpo no se encuentran tan blancas, porque de una manera son enviadas y de otra son halladas. Y es que amaron la oscuridad de muchos pecados. Pero si uno se guarda de las maldades de la oscuridad de este mundo y sale así del cuerpo, su alma se encuentra así con semejante blancura». Después dijo de nuevo el Salvador a Pedro: «Asegura con cuidado el cuerpo de María, mi morada. Sal por la izquierda de la ciudad y encontrarás un sepulcro nuevo. Deposita el cuerpo en él y esperad allí como se os ha ordenado».

¹³ Mientras el Salvador decía estas cosas, gritó también el cuerpo de la santa madre de Dios, diciendo: «Acuérdate de mí, rey de la gloria, acuérdate de mí, porque soy hechura tuya; acuérdate de mí, porque guardé el tesoro que me fue encomendado». Entonces Jesús dijo al cuerpo de María: «No

te abandonaré, tesoro de mi margarita; no te abandonaré a ti, que fuiste hallada guardiana fiel del depósito que te había sido encomendado. Lejos de mí el que yo te abandone, arca que gobernaste a tu propio gobernador; lejos de mí el que yo te abandone, tesoro sellado, hasta que seas buscado». Dicho esto, desapareció el Salvador.

Honras fúnebres

13 ¹ Pedro, los demás apóstoles y las tres vírgenes tributaron los honores fúnebres al cuerpo de María y lo depositaron sobre el féretro. A continuación se levantaron los que se habían quedado dormidos. Pedro trajo la palma y dijo a Juan: «Tú eres el virgen; y tú eres el que debes ir cantando himnos delante del féretro con la palma en la mano». Juan le replicó: «Tú eres nuestro padre y obispo, y debes ir delante del lecho hasta que lo llevemos a su lugar». Pedro repuso: «Para que nadie de nosotros se entristezca, coronemos el féretro con la palma».

² Levantándose los apóstoles, transportaron el féretro de María. Y Pedro cantó un himno, diciendo: «Salió Israel de Egipto (Sal 114, 1). Aleluya». El Señor y los ángeles caminaban sobre las nubes cantando himnos y alabanzas sin ser vistos. Solo se oía la voz de los ángeles. Pero se esparció por toda Jerusalén una voz como de una numerosa multitud. Cuando los sumos sacerdotes oyeron el tumulto y el canto de los himnos, se turbaron y dijeron: «¿Qué significa este tumulto?». Pero uno les explicó que María había salido del cuerpo y que los apóstoles iban a su alrededor cantando himnos. Al punto, Satanás entró en ellos y, llenos de ira, dijeron: «Venid, salgamos fuera, matemos a los apóstoles y quememos el cuerpo que gestó a aquel mago». En efecto, se levantaron y salieron con espadas y otras armas con intención de darles muerte. Pero enseguida los ángeles que estaban

sobre las nubes los hirieron de ceguera. Los sacerdotes, al no ver adónde se dirigían, tropezaban de cabeza con las paredes, excepto solamente un sacerdote que había salido para ver lo que sucedía. Ahora bien, cuando se acercó a los apóstoles y vio el féretro con la corona y a los apóstoles cantando himnos, dijo lleno de gran cólera: «He aquí la morada del que ha arruinado a nuestra nación, qué gloria tan terrible recibe». Y se lanzó con gran furia sobre el féretro. Como lo quiso derribar, se agarró de él donde estaba la palma y, tirando fuertemente, intentaba derribarlo todo a tierra. Pero de pronto sus manos quedaron pegadas al féretro, se separaron de los codos y quedaron colgando.

³ Entonces aquel hombre se echó a llorar en presencia de todos los apóstoles y les rogaba, diciendo: «No me abandonéis ahora que estoy en tan grande necesidad». Pedro le dijo entonces: «El poder de ayudarte no es cosa mía ni de ninguno de estos. Pero si crees que Jesús es el Hijo de Dios, contra el que conspirasteis, al que prendisteis y disteis muerte, quedarás libre de esta prueba». Replicó aquel hombre: «¿Es que acaso sabíamos que era Hijo de Dios? Pero ¿qué podíamos hacer si teníamos los ojos oscurecidos por la codicia? Pues nuestros padres, estando para morir, nos llamaron y nos dijeron: Hijos, he aquí que Dios os ha elegido de entre todas las tribus para que estéis revestidos de poder delante de este pueblo y no trabajéis con la materia de esta tierra. Esta es vuestra tarea: que edificuéis a este pueblo y recibáis de todo el pueblo diezmos y primicias, y todo primogénito que abra la matriz. Pero estad vigilantes, hijos, no sea que por vosotros el país adquiera una abundancia desmedida y, sublevándoos, hagáis negocio en provecho vuestro y exasperéis a Dios. Más bien repartid lo que os sobra entre los pobres, los huérfanos y las viudas, y no descuidéis al alma atribulada. Pues nosotros no escuchamos las tradiciones

de nuestros padres, sino que viendo que el país gozaba de gran abundancia, pusimos los primogénitos de las ovejas, de los bueyes y de toda clase de ganado como negocio para vendedores y compradores. Pero vino el Hijo de Dios y arrojó a todos de aquel lugar, y también a los cambistas, diciendo: “Quitad estas cosas de este lugar y no convirtáis la casa de mi Padre en centro comercial” (Jn 2, 16). Pero nosotros, volviendo la mirada hacia nuestras costumbres abolidas por él, proyectamos maldades en nuestro interior, nos alzamos contra él y le dimos muerte, aunque sabíamos que realmente era Hijo de Dios. Ahora bien, no guardéis memoria de nuestra maldad, sino tened indulgencia conmigo. Porque esto me sucedió para que viva por ser amado de Dios».

⁴ Entonces Pedro hizo depositar en tierra el féretro y dijo al pontífice: «Si crees ahora de todo corazón, vete y besa dulcemente el cuerpo de María, diciendo: “Creo en ti y en el Dios nacido de ti”». Entonces el pontífice bendijo a santa María en el idioma de los hebreos durante tres horas y no permitió que nadie la tocara. Aducía testimonios de los santos libros de Moisés y de los demás profetas en el sentido de que estaba escrito sobre ella que se convertiría en el templo del Dios de la gloria. De tal modo que los oyentes se admiraban de tales tradiciones que nunca habían oído.

⁵ Pedro le dijo: «Vete y une tus manos la una con la otra». Y las unió, diciendo: «En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, el hijo de María, la madre de Dios, que se unan mis manos una con otra». Enseguida quedaron como eran desde el principio sin que nada les faltara. Pedro añadió: «Levántate, toma un retoño de la palma y entra en la ciudad; hallarás una multitud de ciegos que no encuentran el camino para salir, y cuéntales lo que te ha sucedido. Al que crea le impones el retoño sobre sus ojos, y al punto recobrará la vista».

⁶ Marchó el pontífice como Pedro le había ordenado, y encontró a muchos ciegos, —eran aquellos a quienes los ángeles habían herido de ceguera—, que lloraban diciendo: «¡Ay de nosotros!, porque lo que ocurrió en Sodoma nos ha sucedido también a nosotros». —Pues, en primer lugar, Dios los hirió de ceguera, y luego hizo venir fuego del cielo que los abrasó—. «¡Ay de nosotros! He aquí que estamos lisiados, y ahora viene también el fuego». Entonces aquel hombre les habló sobre la fe. El que creyó recobró la vista; el que no creyó no la recobró, sino que permaneció ciego.

Sepultura y sepulcro vacío

14 ¹ Los apóstoles transportaron el precioso cuerpo de la gloriosísima señora nuestra, madre de Dios, siempre virgen María, y lo depositaron en un sepulcro nuevo, donde el Salvador les había indicado. Permanecieron en él todos juntos haciendo guardia durante tres días. Después del tercer día, al abrir el ataúd para venerar la preciosa morada corporal de la que merece ser celebrada con himnos, solamente encontramos los lienzos, pues había sido trasladada por Cristo Dios, que en ella se había encarnado, a la eterna heredad. Este mismo Señor nuestro Jesucristo, el que ha glorificado a su inmaculada madre y madre de Dios, María, glorificará a los que la glorifiquen, salvará de todo peligro a los que invoquen anualmente su memoria y llenará de bienes sus casas, como hizo con la casa de Onesíforo. Recibirán el perdón de los pecados no solo aquí sino en el siglo futuro. Porque la designó como trono suyo sobre la tierra, trono digno de querubines y cielo terrenal, esperanza, refugio y confianza de nuestra raza.

Epílogo

15 ¹ Celebrando así místicamente la fiesta de su divina dormición, encontremos misericordia y gracia en el

siglo presente y en el futuro por la gracia y la benevolencia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder con su Padre increado y el santísimo y vivificante Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Versión latina de los sucesos finales de la tradición según la versión del Pseudo Melitón

De repente llegó el Señor Jesús con un ejército innumerable de ángeles en medio de un resplandor de gran claridad, y dijo a los apóstoles: «La paz sea con vosotros»... Entonces Pedro y los demás apóstoles dijeron: «Señor, elegiste a esta esclava tuya para que fuera tu inmaculada morada... Nos ha parecido a nosotros, tus siervos, que también era lo correcto que, como tú, vencida la muerte, reinas en la gloria, así resucitando el cuerpo de tu Madre, tú te la llevaras contigo al cielo llena de alegría». Entonces el Salvador dijo: «Que se haga según vuestra palabra». Y ordenó al arcángel Miguel que se llevara el alma de santa María. Y he aquí que de repente el arcángel Miguel corrió la piedra de la entrada del sepulcro, y dijo el Señor: «Levántate, amiga mía, pariente mía, tú que no sufriste la corrupción por contacto de varón, no padecerás la disolución del cuerpo en el sepulcro». Enseguida se levantó María de la tumba y bendecía al Señor; y postrándose a los pies del Señor, lo adoraba, diciendo: «Yo no puedo darte las gracias dignamente por los favores que te dignaste conceder a tu esclava. Que tu nombre, Redentor del mundo, Dios de Israel, sea bendito por los siglos». El Señor, después de besarla, se retiró, y la entregó a los ángeles para que la llevaran al paraíso. Dijo entonces a los apóstoles: «Acercaos a mí». Cuando se acercaron, los besó y les dijo: «La paz sea con vosotros, porque yo estoy siempre con vosotros hasta la consumación del mundo». Tan pronto como dijo esto el Señor, elevado en una nube, fue llevado al cielo. Con él iban los ángeles transportando a la beatísima María, madre de

Dios, hasta el paraíso de Dios. En cuanto a los apóstoles, fueron tomados en nubes y regresaron cada uno al lugar de su predicación.

3. Tránsito de la virgen María

«Narración del Pseudo José de Arimatea»

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: No anterior al siglo XIII.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano.

Lengua original: Griego.

Fuente: Manuscritos de los siglos XIII y XIV, en especial Vaticanus 4363 y Ambrosianus O 35.

Este evangelio apócrifo aparece en la edición de Tischendorf como una suerte de apocalipsis (Apocalypses Apocryphae, Lipsiae 1866, 113-123) y porta el epígrafe de Transitus A. En otras ediciones se titula «Narración del Pseudo José de Arimatea». Es una obra tardía, no anterior al siglo XIII, pero que ejerció gran influjo en la cultura cristiana de la Edad Media. La razón es que fue el medio por el que lograron amplia difusión diversas leyendas contenidas en otros apócrifos

asuncionistas.

Una curiosa novedad es todo el episodio de Tomás y del ceñidor de la Virgen. La escena, como recuerda A. de Santos Otero, aparece en una tabla del siglo xv en la catedral vieja de Salamanca. La Virgen arroja desde el cielo su ceñidor, que Tomás recibe arrodillado junto al sepulcro vacío.

* * *

Súplica de María

1 En aquel tiempo, antes de que el Señor fuera a la Pasión, entre las muchas cuestiones que la madre planteó a su hijo, empezó a interrogarlo sobre su propio tránsito en estos términos: «¡Oh queridísimo hijo!, ruego a tu santidad que cuando mi alma tenga que salir del cuerpo, me lo des a conocer tres días antes. Y tú, querido hijo, acógela en compañía de tus ángeles».

Respuesta de Jesús

2 Entonces él aceptó la plegaria de su querida madre y le dijo: «¡Oh morada y templo del Dios vivo, oh madre bendita, oh reina de todos los santos, bendita sobre todas las mujeres!, antes de que me llevaras en tu seno, te protegí siempre y te hice alimentar cada día con un manjar angélico: tú lo sabes. ¿Cómo te voy a abandonar después que tú me gestaste y me nutriste, me llevaste en la huida a Egipto y soportaste por mí muchas penalidades? Has de saber que mis ángeles te guardaron siempre y te guardarán hasta tu tránsito. Pero después que sufra la pasión por los hombres, como está escrito, y resucite al tercer día y suba al cielo después de cuarenta días, cuando me veas venir a ti con los ángeles y los arcángeles, con los santos, con las vírgenes y con mis discípulos, sabrás con seguridad que tu alma se va a separar del cuerpo y que yo la llevaré al cielo, donde nunca tendrá ya en absoluto ni tribulación ni angustia».

3 Entonces ella, llena de gozo y de gloria, besó las rodillas de su hijo y bendijo al Creador del cielo y de la tierra, que le otorgó tan gran don por medio de su hijo Jesucristo.

Anuncio del tránsito

4 Durante el segundo año después de la ascensión de nuestro Señor Jesucristo, la beatísima virgen María permanecía siempre día y noche en oración. Pero el día tercero antes de su muerte vino a ella un ángel del Señor, que la saludó, diciendo: «Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo». Ella respondió: «Gracias a Dios». El ángel le dijo de nuevo: «Recibe esta palma que el Señor te prometió». Ella, dando gracias a Dios con gran gozo, recibió de manos del ángel la palma que se le enviaba. Le dijo el ángel del Señor: «Dentro de tres días será tu asunción». A lo que ella respondió: «Gracias a Dios».

5 Entonces llamó a José, el de la ciudad de Arimatea, y a otros discípulos del Señor. Cuando se congregaron, junto con allegados y conocidos, anunció a todos los allí presentes su tránsito. Entonces la bienaventurada María se lavó y se vistió como una reina, y esperaba la venida de su Hijo, según se lo había prometido. Rogó a todos sus parientes que la protegieran y le procuraran alivio. Tenía consigo a tres vírgenes: Séfora, Abigea y Zahel. En cuanto a los discípulos de nuestro Señor Jesucristo ya se habían dispersado por todo el mundo para evangelizar al pueblo de Dios.

Llegada de los apóstoles

6 En una ocasión, en la hora de tercia, se produjeron grandes truenos, lluvia, relámpagos, tribulación y terremotos mientras estaba María reina en su habitación. Juan, evangelista y apóstol, fue traído súbitamente desde Éfeso, entró en la habitación de la bienaventurada María y la

saludó, diciendo: «Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo». Ella respondió: «A Dios gracias». E incorporándose, besó a san Juan. Y la bienaventurada María le dijo: «¡Oh queridísimo hijo!, ¿por qué me has dejado durante tanto tiempo y no has atendido a la orden de cuidarme que te dio tu Maestro cuando estaba pendiente de la cruz?». Pero él, postrado de rodillas, le pedía perdón. Entonces la bienaventurada María lo bendijo y lo volvió a besar.

7 Cuando iba a preguntar de dónde venía y por qué razón había llegado a Jerusalén, he aquí que todos los discípulos del Señor, excepto Tomás llamado el Mellizo, fueron traídos en una nube hasta la puerta de la habitación de la bienaventurada María. Se detuvieron, pues, entraron y adoraron a la reina, saludándola con estas palabras: «Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo». Pero ella se levantó con prontitud, se inclinó, los besó y dio gracias a Dios.

8 Estos son los nombres de los discípulos del Señor que fueron trasladados en la nube hasta allí: Juan Evangelista y su hermano Santiago, Pedro y Pablo, Andrés, Felipe, Lucas, Bernabé, Bartolomé y Mateo, Matías llamado el Justo, Simón Cananeo, Judas y su hermano, Nicodemo y Maximiano y otros muchos que no se pueden contar.

9 Entonces la bienaventurada María dijo a sus hermanos: «¿Qué pasa para que hayáis venido todos a Jerusalén?». Pedro respondió y dijo: «Nosotros necesitábamos interrogarte. ¿Y tú nos lo preguntas? Con seguridad, creo yo, ninguno de nosotros sabe por qué hemos venido aquí hoy con tanta prisa. Estaba en Antioquía, y ahora estoy aquí». Todos dijeron con claridad en qué lugar habían estado aquel día. Al oírlo, quedaron todos admirados de encontrarse allí.

10 La bienaventurada María les dijo: «Yo rogué a mi hijo, antes de que sufriera la pasión, que él y vosotros estuvieseis presentes a la hora de mi muerte. Y me ha concedido este favor. Sabed, pues, que el día de mañana se producirá mi tránsito. Vigilad y orad conmigo, para que cuando venga el Señor para recibir mi alma, os encuentre vigilantes. Entonces todos prometieron que permanecerían en vela. En efecto, vigilaron y adoraron durante toda la noche con salmos y cánticos a la luz de grandes luminarias.

El tránsito de María

11 Llegado el domingo, a la hora de tercia, lo mismo que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles en una nube, así descendió Cristo con una multitud de ángeles y recibió el alma de su madre querida. Pues fue tan grande el resplandor y tan suave el aroma cuando los ángeles cantaban aquello del Cantar de los cantares donde dice el Señor: «Como el lirio entre espinas, así es mi amiga entre las doncellas» (Ct 2, 2). Todos los presentes cayeron sobre sus rostros, como cayeron los apóstoles cuando Cristo se transfiguró delante de ellos en el monte Tabor. Y durante hora y media ninguno pudo incorporarse.

12 Pero al retirarse la luz, y a la vez con la misma luz, fue asunta al cielo el alma de la bienaventurada virgen María con salmos, himnos y la música del Cantar de los cantares. Cuando se levantaba la nube, tembló la tierra entera, y en un momento todos los habitantes de Jerusalén vieron claramente la muerte de santa María.

Derrota de Satanás

13 En aquel mismo momento entró Satanás en su interior, y empezaron a pensar qué podrían hacer con el cuerpo de María. Tomaron armas para prender fuego al cuerpo y matar a los apóstoles, pues por ella se había

producido la dispersión de Israel, a causa de los pecados del pueblo y de la conspiración de los gentiles. Pero fueron heridos de ceguera y golpeaban con sus cabezas contra las paredes y se daban golpes mutuamente.

Ultraje y castigo de Rubén

14 Entonces los apóstoles, aterrados por tanta claridad, se levantaron con cánticos de salmos, y transportaban el santo cuerpo desde el monte Sión hasta el valle de Josafat. Cuando estaban en la mitad del camino, he aquí que cierto judío, de nombre Rubén, quería arrojar a tierra el féretro con el cuerpo de la bienaventurada María. Pero sus manos se secaron hasta el codo y, queriendo o no queriendo, bajó hasta el valle de Josafat llorando y lamentándose porque sus manos estaban adheridas rígidamente al féretro de modo que no podía retirarlas hacia sí.

15 Comenzó a rogar a los apóstoles para que por sus oraciones pudiera curarse y hacerse cristiano. Entonces los apóstoles, postrados de rodillas, rogaron al Señor que lo liberara. Curado en aquel mismo momento, daba gracias a Dios y besaba los pies de la reina y de todos los santos y apóstoles. Bautizado, pues, en aquel lugar, empezó a predicar el nombre de nuestro Dios Jesucristo.

Sepultura y asunción

16 Entonces los apóstoles depositaron el cuerpo con grandes honores en el sepulcro mientras lloraban y cantaban por su excesivo amor y su dulzura. De repente los rodeó una luz del cielo y cayeron en tierra, mientras el santo cuerpo era llevado por los ángeles al cielo.

Tomás recibe el cinturón de María

17 Entonces el beatísimo Tomás fue llevado al monte de los Olivos y vio cómo el bienaventurado cuerpo se

dirigía al cielo. Y prorrumpió en exclamaciones diciendo: «¡Oh madre santa, madre bendita, madre inmaculada!, si he hallado gracia en este momento, en el que puedo contemplarte, alegra a tu siervo por tu misericordia, ya que te vas al cielo». Entonces el cinturón, con el que los apóstoles habían ceñido el santísimo cuerpo, fue arrojado desde el cielo al bienaventurado Tomás. Al recibirlo, lo besó y, dando gracias a Dios, regresó al valle de Josafat.

18 Encontró a todos los apóstoles y a una gran multitud, que estaban allí golpeándose el pecho, movidos por la claridad que habían contemplado. Una vez que se vieron y se besaron mutuamente, el bienaventurado Pedro le dijo: «En verdad que siempre fuiste duro e incrédulo, pues por tu incredulidad no quiso Dios que estuvieras con nosotros para dar sepultura a la madre del Salvador». Pero él, golpeándose el pecho, dijo: «Sé y creo firmemente que he sido siempre un hombre malo e incrédulo. Ahora bien, os pido perdón a todos vosotros por mi dureza y mi incredulidad». Y todos oraron por él.

El sepulcro vacío

19 Dijo entonces el bienaventurado Tomás: «¿Dónde habéis puesto su cuerpo?».

Y ellos le señalaron el sepulcro con el dedo. Pero él replicó: «Pues allí no está ese cuerpo llamado santísimo». El bienaventurado Pedro le dijo entonces: «Ya en otra ocasión no quisiste creer con nosotros la resurrección de nuestro Maestro y Señor si no lo palpabas con tus dedos y lo veías. ¿Cómo vas a creernos cuando te decimos que el santo cuerpo estaba aquí?». Pero él seguía afirmando: «Que no está aquí». Entonces, como llenos de ira, se acercaron al sepulcro, que era nuevo y había sido excavado en la roca, y apartaron la piedra. Pero no encontraron el cuerpo, por lo que no sabían qué decir

al verse vencidos por las palabras de Tomás.

20 A continuación, el bienaventurado Tomás les refirió cómo se encontraba celebrando misa en la India y que estaba revestido todavía con los ornamentos sacerdotales. Ignorante de la palabra de Dios, fue trasladado al monte de los Olivos y vio cómo el cuerpo santísimo de la bienaventurada María subía al cielo. Le suplicó que le diera la bendición. Ella escuchó su plegaria y le arrojó el cinturón con el que estaba ceñida. Tomás les mostró a todos el cinturón.

21 Cuando los apóstoles vieron el ceñidor con el que ellos la habían ceñido, dieron gloria a Dios y pidieron todos perdón al bienaventurado Tomás, motivados por la bendición que la bienaventurada María le había otorgado y porque había visto el cuerpo santísimo subir a los cielos. El bienaventurado Tomás los bendijo, diciendo: «¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan unidos!»^[545].

Regreso de los apóstoles

22 La misma nube, con la que habían sido trasladados allí, devolvió a cada uno hasta su lugar, como cuando Felipe bautizó al eunuco, según leemos en los Hechos de los Apóstoles^[546], y como el profeta Habacuc llevó el alimento a Daniel cuando estaba en el lago de los leones y enseguida regresó a Judea^[547]. De la misma manera, regresaron también enseguida los apóstoles al lugar donde antes estaban para predicar al pueblo de Dios.

23 Nada tiene de extraño que hiciera tales cosas el que entró y salió de la Virgen quedando cerrado su seno, el que entró al lugar donde estaban sus discípulos con las puertas cerradas, el que hizo oír a los sordos, resucitó a los muertos, limpió a los leprosos, dio vista a los ciegos e hizo otras muchas maravillas. No hay por qué dudar de esta fe.

Conclusión

24 Yo soy José, el que puse en mi sepulcro el cuerpo del Señor, el que lo vi resucitar; el que guardé siempre su sacratísimo templo, la bienaventurada siempre virgen María antes de la ascensión y después de la ascensión del Señor; el que escribí en papel y en mi corazón las palabras que salieron de la boca de Dios y cómo se cumplieron los sucesos antes mencionados. Di a conocer a todos, judíos y gentiles, las cosas que vi con mis ojos y escuché con mis oídos y que no desistiré de predicar mientras viva.

Supliquemos asiduamente a aquella, cuya asunción es hoy venerada y celebrada por el mundo entero, para que se acuerde de nosotros ante su piadosísimo hijo en el cielo. A él sea dada la alabanza y la gloria por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

E) EVANGELIOS GNÓSTICOS

***E**l vocablo «gnosis» es el sustantivo del verbo griego gignósko, «conocer», y significa «conocimiento». Con el vocablo «gnosis» suele designarse hoy día en la historia de las religiones un movimiento religioso que tiene sus primeras manifestaciones en el siglo I de nuestra era, y que florece con esplendor en el siglo II, en especial en aquellas versiones que tienen parte de su base ideológica en religiones conocidas en esos dos siglos: el judaísmo y el cristianismo. El término «gnosticismo» es moderno; fue acuñado durante el siglo XVIII y hace referencia de un modo especial al conjunto de sistemas gnósticos cristianos que florecieron en los siglos II y III d. de. C.*

La mayoría de los investigadores llama «gnósticos» a ciertos grupos religiosos del mundo antiguo que abrazan un determinado conjunto de ideas religiosas, a saber: la creencia en la presencia en el hombre de una chispa o centella, que proviene del ámbito de lo divino, celestial, y que en este mundo se halla sometida al destino, al nacimiento y a la muerte. Esa chispa divina debe ser despertada por un Redentor/Revelador que es enviado desde el ámbito celeste para rescatarla a fin de que sea finalmente reintegrada al lugar de donde procede.

Los gnósticos cristianos en concreto son los que creen que ese Revelador se ha encarnado en Jesús. El que conozca y acepte su revelación se salvará. Evangelios gnósticos son, pues, los escritos que —independientemente de su título— contienen la

revelación terrestre del Salvador/Revelador Jesús, normalmente después de su resurrección, acerca de la plenitud de la divinidad, de la chispa divina o esencia espiritual de los seres humanos elegidos y del camino para que esa chispa —o espíritu— abandone el mundo material y regrese al lugar de donde procede, el ámbito celestial.

Observe, por último, el lector que dentro de este apartado no todos los escritos en él recogidos llevan formalmente el título de «evangelio». Ocurre así porque tales títulos son secundarios, más tardíos que el escrito mismo, o bien tradicionales, la mayoría de las veces poco afortunados. Y, a la inversa, dos de ellos que llevan el título de «evangelio», el de los «Egipcios» y el de la «Verdad» no lo son propiamente porque no contienen revelaciones directas del Salvador Jesús. Pero la tradición los ha consagrado con ese título, por lo que es conveniente recogerlos en la colección presente. Nos atenemos, pues, a la definición de «Evangelio» gnóstico dada en el Prólogo: «Escritos que contienen la revelación del Jesús espiritual, normalmente durante el tiempo de su estancia en la tierra después de su resurrección, acerca del Dios trascendente, de la esencia espiritual de los elegidos y de su salvación».

Muchos de los textos ofrecidos a continuación pertenecen a los escritos descubiertos en Nag Hammadi o al Papiro copto de Berlín. Tenga en cuenta el lector que muy a menudo el soporte material está gravemente dañado por los avatares del descubrimiento o de la posterior venta fraudulenta: a los manuscritos les faltan páginas, o muchas de ellas se hallan en muy mal estado, llenas de roturas y agujeros. Estas ausencias de texto se indican con el siguiente signo [...] que por desgracia es a veces muy abundante.

1. EVANGELIOS PROBABLEMENTE DEL SIGLO II

La mayoría de los evangelios gnósticos se generaron a lo largo del siglo II d. de C. Sabemos que es así porque muchos de ellos son citados, en extracto o por sus títulos, por los Padres de la Iglesia de finales del siglo II y del III.

1. Evangelio de Judas

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Mediados del siglo II.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano.

Lengua original: Griego.

Fuente: Versión copta (reconstruida). Manuscrito copiado en torno al 320/340 en Egipto.

El Evangelio de Judas fue descubierto en 1978, pero solo se publicó en 2006 a partir de un manuscrito muy dañado. Su lengua original es el griego, pero se conserva solo en traducción al copto, la lengua egipcia en su fase de desarrollo durante el Imperio romano tardío. Su autor es desconocido, pero parece pertenecer a los gnósticos cristianos que creían que la revelación salvadora divina provenía de una cadena de reveladores que había comenzado con Adán y su hijo Set. El autor describe su obra como «discurso secreto de revelación». El Evangelio de Judas llamó poderosamente la atención sobre todo porque —según sus primeros editores— su personaje

central, el traidor a Jesús, resultaba totalmente rehabilitado: pasaba de felón a héroe, ya que había seguido simplemente en su traición el encargo expreso de Jesús.

El revuelo ante la nueva interpretación del supuesto «traidor» Judas fue notable y, aun antes de conocer bien el texto completo del manuscrito, se formularon hipótesis sobre la necesidad de modificar la interpretación de la historia del cristianismo primitivo en torno a los últimos momentos de Jesús y el papel en ellos de Judas. Sin embargo, el Evangelio de Judas está siendo sometido a un nuevo escrutinio por parte de los científicos, de modo que se duda seriamente de cuál es la correcta interpretación. Es posible también que Judas sea el ejemplo de un traidor a Jesús, aunque en un sentido diverso al tradicional.

Por medio de la abreviatura P. y un número en negrita se indica la página del manuscrito de la versión copta. [...] indica una laguna en el manuscrito.

* * *

P. 33 Palabras secretas de la revelación que Jesús habló con Judas Iscariote durante ocho días en el tercer día antes de celebrar la Pascua.

Llamada de los Doce

Cuando apareció (Jesús) sobre la tierra hizo milagros y grandes portentos para la salvación de la humanidad. Y algunos caminaban en el camino de la justicia, aunque otros caminaban en el camino de la transgresión. Fueron llamados los doce discípulos. Empezó a hablar con ellos sobre los misterios de allende el mundo y las cosas que iban a ocurrir al final. A menudo no se aparecía ante ellos sino como un niño.

Primera conversación de Jesús con sus discípulos sobre el mundo inferior. Jesús no es el hijo del dios de los discípulos

Y he aquí que un día se dirigía hacia sus discípulos en

Judea y los encontró reunidos y sentados practicando la piedad. Cuando se encontró con sus discípulos **P. 34** reunidos y sentados celebrando la acción de gracias sobre el pan, él se rio.

Entonces los discípulos le dijeron: «Maestro, ¿por qué te ríes de nuestra eucaristía? Lo que hacemos está bien^[548]».

Él les respondió diciendo: «No me río de vosotros. Pero vosotros no hacéis esto por vuestra voluntad, sino porque en esto vuestro Dios es ensalzado».

Ellos dijeron: «Maestro, tú [...] eres el hijo de nuestro Dios».

Jesús les dijo: «¿Acaso me conocéis? En verdad os digo que ninguna generación de los hombres que están entre vosotros me conocerá».

Cuando escucharon esto sus discípulos, empezaron a enfadarse y enfurecerse y a tomarla contra él^[549] en su corazón.

Jesús, por su parte, cuando vio su ignorancia, les dijo: «¿Por qué esta turbación os produce tal furia? Vuestro Dios está entre vosotros y [...] **P. 35** os ha enfurecido en vuestra alma. El que de vosotros sea fuerte entre los hombres que presente al hombre perfecto y que se alce ante mi rostro».

Y todos dijeron: «Nosotros somos fuertes».

Pero sus espíritus no pudieron osar alzarse ante su presencia, salvo Judas Iscariote. Este fue capaz de alzarse ante él (Jesús), pero no pudo mirarlo de frente a los ojos, sino que le volvió la cara.

Le dijo Judas: «Yo sé quién eres y de dónde has venido. Has venido del eón inmortal de Barbeló, y no soy digno de pronunciar el nombre de quien te ha enviado».

Primera conversación de Jesús con Judas

Pero Jesús, sabiendo que estaba pensando en algo más elevado, le dijo: «Sepárate de ellos. Yo te contaré los misterios del Reino no para que tú los alcances, porque tú sufres mucho. **P. 36** Pues otro ocupará tu lugar para que ellos doce (discípulos) otra vez alcancen la perfección ante su Dios».

Y le dijo Judas: «¿Cuándo me dirás estas cosas y [cuándo] llegará el gran día de la luz de la generación?».

Después de haber hablado estas cosas, Jesús se alejó de él.

Jesús se aparece ante los discípulos otra vez: la generación grande y santa es superior a los discípulos

Por la mañana, se apareció (de nuevo) ante sus discípulos y le dijeron: «Maestro, ¿a dónde fuiste y qué hiciste cuando te alejaste de nosotros?».

Les dijo Jesús: «Me fui hacia otra generación grande y santa».

Y le dijeron sus discípulos: «Señor, ¿cuál es la generación grande y santa que es superior a nosotros y que no está en este eón?».

Entonces, cuando escuchó esto, Jesús rio y les dijo: «¿Por qué pensáis en vuestro corazón sobre la generación poderosa y santa? **P. 37** En verdad os digo que nadie procedente de este eón verá aquella [generación] y ningún ejército de ángeles de las estrellas reinará sobre aquella generación, y ningún hombre mortal podrá acompañarla, pues aquella generación no proviene [...] que ha ocurrido [...] la generación de los hombres que están entre vosotros es de la generación de la humanidad [...] poder que [...] las demás potencias [...] por las que reináis». Cuando oyeron estas cosas, los discípulos se conmovieron cada uno en su espíritu y permanecieron sin palabras.

La visión de los discípulos

Otro día, Jesús se acercó a ellos y le dijeron: «Maestro, te hemos visto en una visión. Pues hemos tenido grandes sueños durante la noche» [...]

[Él les dijo:] «¿Por qué [...] cuando os habéis escondido?»^[550].

P. 38 Ellos dijeron: «Hemos visto una gran casa con un gran altar de sacrificios, en ella y doce hombres, que diríamos que son sacerdotes, y un nombre. Había una multitud que esperaba con perseverancia ante el altar hasta que los sacerdotes hubieran presentado las ofrendas. Nosotros esperábamos».

Jesús les dijo: «¿Cómo eran [esos hombres]?».

Ellos dijeron: «Unos [ayunaban] dos semanas, y [otros] sacrificaban a sus propios hijos; otros a sus mujeres, glorificándose y expresándose reverencias^[551] mutuamente. Otros se acostaban con hombres, otros cometían asesinatos, otros perpetraban una gran cantidad de pecados e iniquidades. Y los hombres que estaban en pie ante el altar invocaban tu nombre. **P. 39** Y en todas las acciones de su deficiencia se completan los sacrificios [...] aquellos». Y cuando le dijeron (a Jesús) estas cosas, se quedaron callados y turbados.

Interpretación de la visión por parte de Jesús

Entonces les dijo Jesús: «¿Por qué os turbáis? En verdad os digo que todos los sacerdotes que están ante el altar invocan mi nombre. Y otra vez os digo que han escrito mi nombre para [...] las generaciones de las estrellas por las generaciones de los hombres. Y han plantado en mi nombre árboles sin fruto y de manera vergonzosa».

Y les dijo Jesús: «Los que habéis visto que recibían las ofrendas del altar sois vosotros. Aquel es el dios al que rendís culto y sois los doce hombres que habéis visto; y los animales

que habéis visto que llevaban al sacrificio son la multitud que vosotros extraviáis **P. 40** ante el altar. Otra vez se alzaré [el Arconte del mundo] y de esta manera utilizaré mi nombre y le seguirán siendo fieles las generaciones de piadosos. Después de esto, hay otro hombre que se presentará de entre los fornicadores. Y otro se presentará de entre los que sacrifican a sus hijos y otro de los que se acuestan con hombres, y los que ayunan. Y los demás hombres impuros, inicuos y falaces. Y los que dicen: “Nosotros somos como ángeles”, pero son las estrellas que llevan a su compleción todas las cosas. Pues se ha dicho a las generaciones de los hombres: “He aquí que Dios ha recibido vuestro sacrificio de manos de un ministro^[552], es decir, un servidor del error”. Pues el Señor, que es Señor sobre todo, ordena que en el último día sean humillados».

P. 41 Les dijo Jesús: «Dejad de sacrificar [animales] sobre el altar, porque esto ocurre por la influencia de vuestras estrellas y de vuestros ángeles, porque ellos han cumplido todo hasta el final. Sean vanos a vuestros ojos y que todo esto os sea evidente».

Sus discípulos dijeron: «Señor [...], purifícanos de las cosas que hemos realizado a causa de nuestras estrellas y de nuestros ángeles». Jesús les dijo: «Es imposible [...] no es posible que el agua extinga un fuego que rodea el universo; ni que una fuente en [...] una ciudad pueda dar de beber a todas las generaciones excepto [...] la gran generación destinada a ello. Una única lámpara no puede iluminar a todas las [...] generaciones; ni un panadero puede alimentar a toda la creación **P. 42** bajo el cielo [...] ellos [...] y [...] a nosotros y [...] [sus discípulos le dijeron: «ayuda y sálvanos] les dijo Jesús: «Dejad de luchar contra mí. Cada uno de vosotros tiene su estrella y todos [faltan 18 lín.]».

P. 43 En la [...] que ha venido [...] fuente del árbol [...] de este eón [...] por un tiempo [...] pero ha venido a regar el paraíso de Dios y la raza que permanecerá, pues no corromperá el camino de vida de aquella generación, sino que [lo prolongará] por la eternidad».

Otra conversación con Judas sobre la suerte final de los seres humanos

Dijo Judas: «Rabí, ¿qué fruto es el que tiene esta generación?».

Dijo Jesús: «De toda la generación de hombres morirán las almas. Respecto a ellos cuando cumplan el tiempo del reino [de la materia] y sus espíritus les abandonen, sus cuerpos morirán, pero sus almas sobrevivirán y serán elevadas».

Dijo entonces Judas: «Y ¿qué harán las demás generaciones de los hombres?».

Dijo Jesús: «Es imposible **P. 44** sembrar sobre una piedra y cosechar fruto; esta es la manera [...] de la raza corrupta y la Sabiduría corruptible [...] la mano que ha creado al hombre mortal, para que las demás almas asciendan a los eones que están en lo alto. En verdad os digo que [ningún] ángel [ni] potencias podrán [...] ver [...] aquello que [...] las generaciones santas. Y cuando dijo esto Jesús, se fue...

Visión de Judas de la gran casa: el mundo divino superior

Judas dijo: «Maestro, de la manera en que los has escuchado a todos, escúchame ahora a mí, pues he tenido una gran visión».

Jesús, al oírlo, rio y le dijo: «¿Por qué te esfuerzas tanto, tú, oh demon^[553] decimotercero? Habla, pues, que te voy a escuchar hasta el final».

Y dijo Judas: «Me he visto en una visión en la que los doce discípulos me apedreaban. **P. 45** Y también me perseguían

[...] y entonces llegué a un lugar [...] tras de ti. Vi [una casa] y mis ojos no podían [abarcar] su tamaño. Unos hombres grandes la rodeaban, y aquella casa tenía un tejado de brezo. En medio de la casa una multitud [faltan 2 lín.].

[Yo dije]: «Maestro, llévame dentro con estos hombres».

Jesús contestó, diciendo: «Tu estrella te ha engañado, Judas».

Y continuó: «Ningún hombre nacido mortal puede entrar en la casa que has visto, pues aquel lugar está reservado para los que son santos. Es un lugar en el que ni el sol ni la luna podrán reinar, ni el día^[554], sino que ahí habitarán siempre (los santos), en el eón^[555] con los ángeles santos. Y he aquí que te he contado los misterios del Reino.

El destino de Judas

P. 46 «Y te he enseñado el error de las estrellas. Y te he enviado [...] sobre los doce eones.

Dijo Judas: «Maestro, ¿acaso mi semilla está dominada por los arcontes?».

Jesús le contestó, diciéndole: «Ven, que [...] a ti te hablaré [falta 1 lín.], pero tú sufres mucho al ver el reino y su generación entera».

Cuando oyó esto Judas, dijo: «¿Qué provecho he recibido en que tú me hayas apartado de esta generación?».

Jesús le contestó diciendo: «Tú serás el número trece, y serás maldecido por las demás generaciones, pero terminarás por gobernarlos, y en los últimos días [...] no ascenderás a la generación santa».

Jesús revela a Judas los secretos del mundo superior

P. 47 Y le dijo Jesús: «Ven, que te enseñaré [los secretos] que ningún hombre ha visto. Pues hay un gran eón ilimitado que ninguna generación de ángeles ha visto, en la que hay un

Gran Espíritu Invisible. *Este es el que ningún ojo de ángel ha visto y que ningún pensamiento del corazón ha alcanzado, ni le han dado nombre alguno*». Y apareció en aquel lugar una gran nube luminosa, y Él^[556] dijo: «Que venga un ángel a asistirme». Y salió de la nube un gran ángel, el Autoengendrado, un ser divino luminoso, y a causa de él otros cuatro ángeles surgieron de otra nube y se convirtieron en auxiliares del ángel Autoengendrado. Y dijo **P. 48** el Autoengendrado: «Hágase [...]», y así ocurrió [...] y [creó] la primera luminaria para reinar sobre ello. Y dijo: «Que haya ángeles a su servicio». Y así surgieron miles incontables. Y dijo: «Hágase un eón luminoso», y se hizo. Y Él^[557] creó una segunda luminaria para reinar sobre él, junto a miles de ángeles incontables para servirlo. Y de esta manera creó el resto de los eones luminosos y los hizo reinar sobre ellos y creó para ellos miles de ángeles incontables a su servicio. Y estaba Adamás en la primera nube luminosa que ningún ángel ha visto entre todos los que se llaman dios.

Jesús revela a Judas los secretos del mundo divino inferior y del cosmos

P. 49 Y él [...] aquel [...] imagen [...] y, según la semejanza de este ángel, reveló la [generación] incorruptible de Set [...] los doce [...] los veinticuatro [...] Y reveló las setenta y dos luminarias en la generación incorruptible según la voluntad del Espíritu^[558]. Las mismas setenta y dos luminarias revelaron trescientas sesenta luminarias en la generación incorruptible según la voluntad del Espíritu, pues su número es de cinco para cada una. Y su padre son los doce eones de las doce luminarias y por cada eón hay seis cielos, pues hay setenta y dos cielos para las setenta y dos luminarias y para cada uno **P. 50** [de los cinco] firmamentos, pues hay trescientos sesenta [firmamentos]. A estos se entregó el poder

y un gran ejército de ángeles innumerables para gloria y adoración [...], y también espíritus virginales para la gloria y servicio de todos los eones, sus cielos y sus firmamentos. Aquella multitud de inmortales se llama «cosmos», es decir, «corrupción^[559]», por el Padre y las setenta y dos luminarias que están con el Autoengendrado y los setenta y dos eones en los que se reveló el primer hombre con sus poderes incorruptibles. El eón, que se reveló con esta su generación que se encuentra en la nube del conocimiento y el ángel, se llama [...].

P. 51 El^[560]. [faltan 2 lín.] eón [...], después de estas cosas, dijo: [...] «Háganse los doce ángeles para reinar sobre el caos y el infierno^[561]». Y he aquí que en la nube se reveló un ángel cuya faz resplandecía como fuego y su figura estaba manchada de sangre. Su nombre era Nebro, que se traduce como «apóstata». Otros lo llamaban Yaldabaot. Y otro ángel salió de la nube, llamado Saclas. Nebro entonces creó seis ángeles y Saclas también, como auxiliares^[562]. Y estos engendraron doce ángeles en los cielos. Y recibió cada uno una parte de los cielos. Y dijeron los doce arcontes a los doce ángeles: «Que cada uno de vosotros **P. 52** [...] y que ellos [...] generación [falta 1 lín.] ángeles. El primero es Set, que se llama Cristo. El segundo es Harmatot, es decir [...]. El tercero es Galila. El cuarto es Yobel. El quinto es Adoneo. Estos son los cinco que reinan en el Infierno y primero sobre el caos. Entonces dijo Saclas a sus ángeles: «Creación del primer hombre “Creemos un hombre a imagen y semejanza”».

Y crearon a Adán y a su mujer, Eva, que en la nube se llama Zoé^[563]. Pues en este nombre todas las generaciones lo buscan. Y cada una de ellas la llama por estos nombres. Entonces Saclas no **P. 53** ordenó [...] sino que [...] las generaciones [falta 1 lín.]. Y le dijo el Arconte: «Tu vida durará un cierto

tiempo para ti y para tus hijos».

El destino de Adán y la humanidad

Entonces Judas dijo a Jesús: «¿Cuánto tiempo vivirá el hombre?».

Y le contestó Jesús: «¿Por qué te sorprendes de que Adán, con su generación, haya recibido una duración (de vida), en el lugar en el que ha recibido un reino (de la materia), con su Arconte?».

Y le dijo Judas a Jesús: «¿Acaso el espíritu del hombre muere?».

Le dijo Jesús: «De esta manera Dios ordenó a Miguel conceder los espíritus a los hombres, para que rindieran culto. Pero el Grandísimo^[564] ordenó a Gabriel otorgar espíritus a la gran generación que no tiene rey: el espíritu y el alma. Por esto, las demás almas...

La destrucción de los malvados

P. 54 [falta 1 lín.] la luz [faltan 2 lín.] [...] el espíritu [...] en vosotros al que habéis hecho habitar en esta [carne] entre las generaciones de ángeles. Dios hizo entonces que fuera concedido el conocimiento a Adán y los que estaban con él para que no gobernaran sobre ellos los reyes del caos y el infierno».

Judas entonces le dijo a Jesús: «¿Qué harán entonces aquellas generaciones?».

Le dijo Jesús: «En verdad os digo que las estrellas lo cumplirán todo cuando Saclas cumpla el periodo vital que le fue asignado. La primera estrella saldrá junto con las generaciones. Y estos cumplirán las cosas que se han dicho. Entonces se prostituirán en mi nombre y asesinarán a sus hijos **P. 55** y [faltan casi 7 lín.] en mi nombre, y él [...] tu estrella reinará sobre el décimo tercer eón».

Después Jesús rio.

Y le dijo Judas: «Maestro, [¿por qué te ríes de nosotros?]]».

Y le respondió [Jesús, diciendo]: «No me río [de vosotros], sino del error de las estrellas, pues estas seis estrellas vagaron junto con los cinco guerreros y todas estas cosas serán destruidas junto con sus criaturas».

El anuncio de la traición de Judas

Judas le dijo a Jesús: «Mira; y los que han sido bautizados en tu nombre, ¿qué harán?».

Le dijo Jesús: «En verdad te digo, este bautismo **P. 56** [...] (administrado en) mi nombre [faltan 8 lín.] En verdad te digo, Judas, que los que ofrecen sacrificios en honor de Saclas [...] dios [...] porque [faltan 3 lín.] todo lo que es malo. Tú, sin embargo, serás más que todos ellos, pues sacrificarás el cuerpo que me lleva^[565]: *Ya tu cuerno se ha elevado y tu furia se ha encendido, y tu estrella ha pasado y tu corazón se [ha puesto en pie^[566]]*. **P. 57** En verdad [te digo] que tus últimos [faltan 6 lín.] el Arconte será destruido. Y entonces el modelo^[567] de la gran generación de Adán se elevará, pues antes del cielo, la tierra y los ángeles existe aquella generación que procede del eón eterno. He aquí que todas las cosas te han sido dichas. Levanta la vista hacia arriba y mira la nube y la luz que hay en ella y las estrellas que giran a su alrededor, y la estrella que es la guía, esa es tu estrella».

Judas entonces levantó la vista hacia arriba y vio la nube luminosa y entró en ella. Los que estaban abajo escucharon una voz que salía de la nube y que decía...

P. 58 «[...] gran generación [...] imagen [faltan 6 lín.] y murmuraban los sumos sacerdotes, pues había entrado en el lugar de oración. Había algunos escribas que vigilaban atentamente para arrestarlo durante la oración, pues tenían miedo de la gente, pues todos le tenían por un profeta.

Y se acercaron a Judas y le dijeron: «¿Qué haces aquí? Tú eres un discípulo de Jesús».

Y les contestó Judas según lo que querían (oír). (Judas) recibió algunas monedas y les entregó (a Jesús).

El Evangelio de Judas.

2. Evangelio según Tomás

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Mediados del siglo II.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto de la primera mitad del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi: códice II 2.

El Evangelio de Tomás es el escrito más célebre de los que componen la biblioteca copta de Nag Hammadi, y, aparte de los evangelios canónicos, probablemente la obra del cristianismo primitivo que mayor atención ha acaparado en las últimas décadas entre los estudiosos. Su importancia se debe a que constituye una lista de 114 dichos (logia) de Jesús, muchos de los cuales eran anteriormente desconocidos, algunos de los cuales podrían remontarse a este. Ha llegado a ser denominado «el quinto evangelio».

Como ocurre con muchos otros textos coptos, el original del Evangelio de Tomás es presumiblemente griego (aunque se ha conjeturado también un original siríaco). De hecho, el

descubrimiento del texto copto permitió identificar tres papiros griegos fragmentarios, descubiertos en Oxirrínco, como pertenecientes a una recensió griega de este mismo evangelio. Sea en griego o en siríaco, en todo caso es muy probable que el texto haya sido compuesto en Siria.

El manuscrito copto es del siglo IV, y los fragmentos griegos pueden ser datados en torno al 150. Sobre la datación de la composición del texto original no existe consenso alguno entre los estudiosos, como tampoco la hay respecto a si el Evangelio de Tomás depende o no literariamente de los evangelios sinópticos. Algunos datan el texto original a mediados de los años 50, haciéndolo incluso anterior a la composición de los primeros evangelios canónicos; otros lo datan a mediados del siglo II. Otros, en fin, postulan que la obra es el resultado de un largo proceso, en el que a un núcleo original se le habrían ido incorporando nuevos añadidos hasta bien entrado el siglo II; esta última hipótesis permite concluir que algunos dichos contenidos en el Evangelio de Tomás son independientes de los sinópticos, mientras que otros pueden mostrar dependencia respecto a estos.

Una cuestión no menos espinosa es la del carácter ideológico del texto. Muchos autores lo consideran gnóstico, haciendo hincapié en la importancia que en él posee la gnosis, el anhelo por la reconstitución de la unidad originaria o la condena de lo mundano. Otros, en cambio, han señalado que no hay nada específicamente gnóstico en el evangelio, y que la presencia de los rasgos señalados puede explicarse en el marco del cristianismo sirio, en el que el ascetismo tuvo en los primeros siglos una importancia fundamental.

* * *

Estas son las palabras secretas que Jesús el Viviente dijo y que Dídimos Judas Tomás escribió.

1. Y dijo: «El que halle la interpretación de estas palabras no probará la muerte».

2. Jesús dijo: «El que busque, no cese de buscar hasta que encuentre, y cuando encuentre se conmoverá, y cuando se conmueva se maravillará y reinará sobre todo^[568]».

3. Jesús dijo: «Si los que os guían os dicen: “¡He aquí que el Reino está en el cielo!”, entonces los pájaros del cielo se os adelantarán. Si os dicen: “(Está) en el mar”, entonces los peces se os adelantarán. En cambio, el Reino está dentro de vosotros y fuera de vosotros».

«Cuando os conozcáis, entonces seréis conocidos y comprenderéis que vosotros sois los hijos del Padre Viviente. Pero si no os conocéis, entonces estáis en la indigencia y sois la indigencia».

4. Jesús dijo: «El hombre viejo en días no dudará en preguntar a un niño pequeño de siete días por el lugar de la Vida, y vivirá^[569]».

«Pues muchos que son primeros serán últimos».

«Y llegarán a ser uno solo».

5. Jesús dijo: «Conoce lo que está ante ti, y lo que te está oculto se te revelará. Porque no hay nada oculto que no será manifiesto».

6. Sus discípulos le preguntaron, diciéndole: «¿Quieres que ayunemos? ¿Y de qué modo hemos de orar y de dar limosna? ¿Y a qué alimentación hemos de atenernos?».

Jesús dijo: «No digáis mentiras y no hagáis lo que aborrecéis. Porque ante el cielo todo queda revelado. Pues no hay nada oculto que no será manifiesto y no hay nada encubierto que permanezca sin ser revelado».

7. Jesús dijo: «Bienaventurado el león al que el hombre comerá, y el león se convertirá en hombre. Y maldito el

hombre al que el león comerá, y el león se convertirá en hombre^[570]».

8. Y dijo: «El ser humano es como un pescador sabio que lanzó su red al mar y la sacó del mar llena de peces pequeños. Entre ellos, el pescador sabio encontró un pez grande y bueno. Lanzó todos los peces pequeños al fondo del mar, y eligió el pez grande sin pesar».

«¡El que tenga oídos para oír, que oiga!».

9. Jesús dijo: «He aquí que el sembrador salió, llenó su mano (con semillas) y las lanzó. Algunas cayeron sobre el camino; los pájaros vinieron y las cogieron. Otras cayeron sobre roca, y no echaron raíces en la tierra ni levantaron espigas hacia el cielo. Y otras cayeron sobre espinas, que ahogaron las semillas y el gusano las comió. Y otras cayeron sobre tierra buena, y dio buen fruto hacia el cielo. Produjo sesenta por medida y ciento veinte por medida».

10. Jesús dijo: «He lanzado fuego sobre el mundo, y he aquí que aguardo hasta que prenda».

11. Jesús dijo: «Este cielo pasará, y el (cielo) que está por encima pasará».

«Y los que están muertos no viven, y los que viven no morirán. Los días en que comíais lo que está muerto, lo convertíais en algo vivo. Cuando lleguéis a estar en la luz, ¿qué haréis? En los días en que erais uno os convertíais en dos. Pero cuando lleguéis a ser dos, ¿qué haréis?».

12. Los discípulos dijeron a Jesús: «Sabemos que tú nos dejarás. ¿Quién es el que será grande sobre nosotros?»^[571].

Jesús les dijo: «De dondequiera que hayáis venido, iréis a Santiago el Justo, por quien el cielo y la tierra llegaron a existir».

13. Jesús dijo a sus discípulos: «Comparadme y decidme a

quién me parezco».

Simón Pedro le dijo: «Te pareces a un ángel justo».

Mateo le dijo: «Te pareces a un filósofo sabio».

Tomás le dijo: «Maestro, mi boca no podrá en modo alguno decir a quién te pareces».

Jesús dijo: «Yo no soy tu maestro, puesto que has bebido y te has embriagado de la fuente que bulle, que yo mismo he cavado^[572]».

Y lo llevó (con él), se separó y le dijo tres palabras.

Cuando Tomás volvió a donde estaban sus compañeros (estos) le preguntaron: «¿Qué te ha dicho Jesús?».

Tomás les dijo: «Si yo os dijera (tan solo) una de las palabras que me ha dicho, cogeríais piedras y me las lanzaríais, y de las piedras saldría un fuego que os abrasaría».

14. Jesús les dijo: «Si ayunáis, os engendraréis pecados. Y si oráis, seréis condenados. Y si dais limosna, perjudicaréis vuestros espíritus^[573]».

«Si entráis en cualquier tierra, y camináis por las regiones, si os acogen, comed lo que os sirvan. Curad a los enfermos que haya entre ellos. Porque lo que entre en vuestra boca no os manchará, sino más bien os manchará lo que salga de vuestra boca».

15. Jesús dijo: «Cuando veáis al que no nació de mujer, postraos sobre vuestro rostro y adoradlo. Ese es vuestro Padre».

16. Jesús dijo: «Quizá los hombres piensen que yo he venido a poner paz en el mundo. Y no saben que yo he venido a poner división sobre la tierra —fuego, espada, guerra—. Porque habrá cinco (personas) en una casa: habrá tres contra dos, y dos contra tres, el padre contra el hijo y el hijo contra el padre».

«Y estarán como solitarios^[574]».

17. Jesús dijo: «Os daré lo que ningún ojo ha visto, lo que ningún oído ha escuchado, lo que ninguna mano ha tocado, y lo que no se le ha ocurrido a corazón de hombre^[575]».

18. Los discípulos dijeron a Jesús: «Dinos, ¿de qué modo tendrá lugar nuestro fin?».

Jesús dijo: «¿Es que habéis descubierto el principio, para que podáis inquirir por el fin? Porque donde está el principio, allí estará el fin. Bienaventurado el que se mantendrá en el principio, y conocerá el fin y no probará la muerte».

19. Jesús dijo: «Bienaventurado el que existía antes de llegar a ser. Si os convertís en discípulos míos y escucháis mis palabras, estas piedras os servirán. Porque tenéis cinco árboles en el paraíso, que no cambian en verano y en invierno, y sus hojas no caen. El que los conozca no probará la muerte».

20. Los discípulos dijeron a Jesús: «Dinos a qué se parece el Reino de los cielos».

Él les dijo: «Se parece a un grano de mostaza: en comparación con todas las semillas es pequeño, pero cuando cae sobre la tierra cultivada produce una gran rama y se convierte en protección para los pájaros del cielo».

21. María dijo a Jesús: «¿A quién se parecen tus discípulos?».

Él dijo: «Se parecen a jóvenes que se hallan en un campo que no es suyo. Cuando los dueños del campo vengan, les dirán: “Cedednos nuestro campo”. En su presencia, se desnudarán^[576] para dejárselo y devolverles su campo».

Por ello digo: «Si el dueño de una casa sabe que el ladrón viene, vigilará hasta que llegue y no le permitirá irrumpir en su casa, su dominio, para llevarse sus bienes».

«Vosotros, por vuestra parte, manteneos vigilantes frente al

mundo. Revestid vuestras cinturas con gran fuerza, para que los bandidos no encuentren (expedito) el camino que lleva hasta vosotros, porque las posesiones que vosotros buscáis, las encontrarán».

«¡Ojalá haya entre vosotros un hombre experimentado!».

«Cuando el fruto maduró, vino rápidamente, con su hoz en la mano, y lo cortó».

«Quien tenga oídos para oír, que oiga».

22. Jesús vio a unos pequeños que eran amamantados. Dijo a sus discípulos: «Estos pequeños que son amamantados se asemejan a los que entran en el Reino». Ellos le dijeron: «¿Es, pues, siendo pequeños como entraremos en el Reino?». Jesús les dijo: «Cuando hagáis de dos uno y lo exterior como lo exterior, y lo exterior como lo interior, y lo de arriba como lo de abajo, de tal forma que convirtáis en uno solo lo masculino y lo femenino, para que lo masculino no sea masculino ni lo femenino sea femenino. Cuando hagáis ojos en lugar de un ojo, y manos en lugar de una mano, un pie en lugar de un pie, y una imagen en lugar de una imagen, entonces entraréis en el Reino».

23. Jesús dijo: «Yo os elegiré, uno de entre mil y dos de entre diez mil».

«Y comparecerán siendo uno solo».

24. Sus discípulos dijeron: «Enséñanos el lugar en el que estés, pues nos es menester buscarlo».

Les dijo: «Quien tiene oídos para oír, que oiga».

«Hay luz dentro de un hombre de luz, e ilumina todo el mundo. Si no ilumina, hay tiniebla».

25. Jesús dijo: «Ama a tu hermano como a tu alma^[577]. Cuídalo como a la pupila de tu ojo».

26. Jesús dijo: «Ves la mota en el ojo de tu hermano, pero

no ves la viga en tu ojo. Cuando saques la viga de tu ojo, entonces verás claramente para (poder) sacar la mota del ojo de tu hermano».

27. (Jesús dijo): «Si no ayunáis del mundo, no hallaréis el Reino».

«Si no observáis el sábado como un sábado, no veréis al Padre».

28. Jesús dijo: «Yo comparecí en medio del mundo y me manifesté a ellos en carne. Los encontré a todos ebrios. No encontré a ninguno sediento. Y mi alma sintió dolor por los hijos de los hombres, porque son ciegos de corazón y no ven claramente. Porque vinieron vacíos al mundo, y buscan de nuevo salir vacíos del mundo. Pero ahora están ebrios. Cuando arrojen su vino, entonces se convertirán».

29. Jesús dijo: «Si la carne hubiera existido por mor del Espíritu, sería un milagro. Pero si el espíritu (hubiera existido) por mor del cuerpo, sería el milagro de los milagros. Sin embargo, yo me maravillo de cómo esta gran riqueza se asentó en esta pobreza».

30. Jesús dijo: «Donde hay tres dioses, hay dioses^[578]. Donde hay dos o uno, yo estoy con él».

31. Jesús dijo: «No hay profeta que sea aceptado en su pueblo. Un médico no cura a quienes lo conocen».

32. Jesús dijo: «Una ciudad edificada sobre una montaña alta, que esté fortificada, no puede caer ni ser ocultada».

33. Jesús dijo: «Lo que oirás con tu oreja y con la otra oreja, proclámalo sobre vuestros tejados».

«Porque nadie enciende una lámpara y la coloca bajo un modio, ni la coloca en un lugar oculto, sino que la coloca sobre el candelero, a fin de que todo el que entre y salga vea su luz».

34. Jesús dijo: «Si un ciego guía a un ciego, ambos caen en un pozo».

35. Jesús dijo: «No es posible que uno entre en la casa del fuerte y lo agarre por la fuerza, a no ser que le ate sus manos. Entonces desvalijará su casa».

36. Jesús dijo: «No andéis preocupados desde la mañana hasta la tarde y desde la tarde hasta la mañana por lo que os vais a poner^[579]».

37. Sus discípulos dijeron: «¿Qué día te manifestarás a nosotros, y en qué día te veremos?».

Jesús dijo: «Cuando os desnudéis y no os avergoncéis, y toméis vuestros vestidos y los pongáis bajo vuestros pies como hacen los niños pequeños, y los pisoteéis, entonces veréis al Hijo del Viviente y no temeréis».

38. Jesús dijo: «A menudo habéis deseado escuchar estas palabras que os digo, y no tenéis a otro de quien oírlas».

«Llegarán días en que me buscaréis y no me encontraréis».

39. Jesús dijo: «Los fariseos y los escribas recibieron las llaves del conocimiento y las ocultaron. Ni han entrado ni han dejado entrar a los que lo desean».

«En cuanto a vosotros, sed prudentes como las serpientes e inocentes como las palomas».

40. Jesús dijo: «Una vid ha sido plantada al margen del Padre, y al no ser firme será extirpada de raíz y destruida».

41. Jesús dijo: «A quien tiene en su mano, se le dará, y a quien no tiene, lo poco que tiene le será arrebatado».

42. Jesús dijo: «Sed transeúntes^[580]».

43. Sus discípulos le dijeron: «¿Quién eres, para decirnos estas cosas?».

«Por lo que os digo, ¿no sabéis quién soy? Pero os habéis hecho como los judíos, que aman el árbol y odian su fruto,

aman el fruto y odian el árbol».

44. Jesús dijo: «Quien blasfeme contra el Padre será perdonado, y quien blasfeme contra el Hijo será perdonado. Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en la tierra ni en el cielo».

45. Jesús dijo: «No se cosechan uvas de los espinos ni se cogen higos del matorral, pues no dan fruto. Un hombre bueno extrae algo bueno de su tesoro. Un hombre malo extrae algo malvado de su tesoro malo, que está en su corazón, y dice cosas malvadas porque del exceso del corazón extrae cosas malvadas».

46. Jesús dijo: «Desde Adán hasta Juan el Bautista, entre los nacidos de mujer no hay nadie más elevado que Juan el Bautista, para que sus ojos no se rompan^[581]». Pero yo os dije: «Aquel de entre vosotros que se haga un niño conocerá el Reino y será más elevado que Juan».

47. Jesús dijo: «No es posible que un hombre cabalgue (a la vez) dos caballos o tense dos arcos. Y no es posible que un esclavo sirva a dos señores: honrará a uno y ofenderá al otro».

«Ningún hombre bebe vino añejo y de inmediato desea beber vivo nuevo. Y no se vierte vino nuevo en odres viejos, para evitar que estallen, y no se vierte vino añejo en odres nuevos, para que no se eche a perder».

«No se cose un retal viejo en un vestido nuevo, pues se produciría un desgarró».

48. Jesús dijo: «Si dos hacen la paz entre ellos en la misma casa, dirán a la montaña: “¡Levántate!”, y se levantará».

49. Jesús dijo: «Bienaventurados los solitarios y los elegidos, porque encontraréis el Reino. Como sois de él, de nuevo iréis allí».

50. Jesús dijo: «Si os dicen: “¿De dónde venís?”, decidles:

“Venimos de la luz, el lugar donde la luz surgió de sí misma, se estableció y se manifestó en su imagen”. Si os dicen: “¿Sois vosotros?”^[582], decid: “Somos sus hijos y los elegidos del Padre Viviente”. Si os preguntan: “¿Cuál es el signo de vuestro Padre en vosotros?”, decidles: “Es un movimiento y un reposo”».

51. Sus discípulos le dijeron: «¿Qué día acontecerá el reposo de los muertos, y qué día vendrá el mundo nuevo?».

Les dijo: «Lo que buscáis ya ha venido, pero vosotros no lo conocéis».

52. Sus discípulos le dijeron: «Veinticuatro profetas hablaron en Israel y todos hablaron de ti».

Les dijo: «Habéis dejado al Viviente que está ante vosotros y habéis hablado de los muertos».

53. Sus discípulos le dijeron: «La circuncisión, ¿es provechosa o no?». Les dijo: «Si fuera provechosa, sus padres los engendrarían de sus madres (ya) circuncisos. Es más bien la verdadera circuncisión, en espíritu, la que ha deparado toda utilidad».

54. Jesús dijo: «Bienaventurados los pobres, porque el reino de los cielos es vuestro».

55. Jesús dijo: «Quien no odie a su padre y a su madre no podrá ser discípulo mío, y quien no odie a sus hermanos y a sus hermanas y no tome su cruz como yo no será digno de mí».

56. Jesús dijo: «Quien ha conocido el mundo ha encontrado un cadáver, y el mundo no es digno de quien ha encontrado un cadáver».

57. Jesús dijo: «El reino del Padre es como un hombre que disponía de [buena] semilla. Su enemigo vino de noche, sembró cizaña en su buena semilla. El hombre no permitió que (sus siervos) arrancaran la cizaña. Les dijo: “No sea que

vayáis a arrancar la cizaña y arranquéis el trigo junto con ella. Pues en el día de la cosecha la cizaña aparecerá, se arranca y se quema”».

58. Jesús dijo: «Bienaventurado el hombre que ha sufrido: él ha encontrado la vida».

59. Jesús dijo: «Contemplad al Viviente mientras estáis vivos, no sea que muráis, pretendáis verlo y no podáis verlo».

60. Un samaritano llevaba un cordero en su viaje a Judea.

Dijo (Jesús) a sus discípulos: «Ese rodea al cordero^[583]».

Le dijeron: «Para matarlo y comerlo».

Les dijo: «Mientras está vivo no lo comerá, sino que (lo comerá) después de matarlo y convertirlo en cadáver».

Le dijeron: «De otro modo no podrá hacerlo».

Les dijo: «Vosotros también buscaos un lugar para el reposo, a fin de que no os convirtáis en cadáver y os coman».

61. Jesús dijo: «Habrá dos reposando sobre un lecho. Uno morirá, el otro vivirá».

Salomé dijo: «¿Quién eres tú, hombre? ¿De quién (provienes)? Te has reclinado sobre mi lecho y has comido en mi mesa».

Jesús le dijo: «Yo soy el que proviene del que es igual. Me ha sido dado de entre lo perteneciente a mi Padre».

«Yo soy tu discípula».

«Por ello te digo: cuando alguien se hace igual, será lleno de luz. Pero cuando se separa, estará lleno de tiniebla».

62. Jesús dijo: «Digo mis misterios a los que son dignos de mis misterios».

«Lo que hace tu derecha, que tu izquierda no sepa lo que hace».

63. Jesús dijo: «Había un hombre rico que tenía muchos

bienes. Dijo: “Emplearé mis bienes para sembrar, cosechar, plantar y llenar mis graneros con frutos, de manera que no precise nada”. Tales eran sus pensamientos en su corazón. Y esa noche murió. ¡Quien tenga oídos, oiga!».

64. Jesús dijo: «Un hombre tenía huéspedes. Cuando hubo preparado la cena, envió a su siervo para invitar a los huéspedes. Fue al primero y le dijo: “Mi señor te invita”. Él dijo: “Tengo algunos pagos con comerciantes, que vienen a verme esta tarde. Iré a darles instrucciones. Excuso (mi presencia en) la cena”.

»Fue a otro y le dijo: “Mi señor te invita”. Él le dijo: “He adquirido una casa y me reclaman durante un día. No tendré tiempo”.

»Vino a otro y le dijo: “Mi señor te invita”. Él le dijo: “Mi amigo va a casarse y yo soy el que preparará el banquete. No podré, excuso (mi presencia en) la cena”.

»Fue a otro y le dijo: “Mi señor te invita”. Él le dijo: “He comprado una villa, y me voy a recibir las rentas. No podré, me excuso”.

»El siervo vino y dijo a su señor: “Los que invitaste a la cena se han excusado”.

»El señor dijo a su siervo: “Sal a los caminos, a los que encuentres tráelos para que cenén”.

»Los compradores y los negociantes no entrarán en los lugares de mi Padre».

65. Dijo: «Un [acreedor]^[584] tenía un viñedo. Lo arrendó a unos campesinos para que lo trabajaran y recibir su fruto de ellos. Envío a su siervo con el fin de que los campesinos le entregasen el fruto del viñedo. Ellos aferraron al siervo y lo golpearon; un poco más y lo habrían matado. El siervo fue y lo contó a su señor. Su señor dijo: “Quizá no lo

reconocieron^[585]». Envió a otro siervo. Los campesinos golpearon (también) a este otro. Entonces el señor envió a su hijo. Dijo: «Quizá se contendrán ante mi hijo». Esos campesinos, cuando supieron que él era el heredero del viñedo, lo agarraron y lo mataron».

«¡Quien tenga oídos, que oiga!».

66. Jesús dijo: «Enseñadme esa piedra que los constructores rechazaron: ella es la piedra angular».

67. Jesús dijo: «Quien conoce todo^[586], si necesita (conocerse) a sí mismo, necesita todo».

68. Jesús dijo: «Bienaventurados vosotros cuando os odien y os persigan».

«Y se encontrará un lugar en el que no seréis perseguidos^[587]».

69. Jesús dijo: «Bienaventurados son los que han sido perseguidos en su corazón. Ellos son los que en verdad han conocido al Padre».

«Bienaventurados los hambrientos, pues el vientre del que desea será saciado».

70. Jesús dijo: «Cuando engendréis eso que hay en vosotros, esto que tenéis os salvará. Si no tenéis eso en vosotros, esto que no tenéis en vosotros os [matará]».

71. Jesús dijo: «Destruiré [esta] casa, y nadie podrá construirla [de nuevo]».

72. [Un hombre le dijo]: «Di a mis hermanos que repartan conmigo las posesiones de mi padre».

Él le dijo: «¡Oh, hombre! ¿Quién me ha establecido como partidador?».

Se dirigió a sus discípulos, diciendo: «¿Acaso soy un partidador?».

73. Jesús dijo: «Ciertamente la mies es mucha, pero los

operarios son pocos. Así pues, pedid al Señor que envíe operarios a la mies».

74. Dijo: «Señor, hay muchos en torno al pozo, pero nadie en el pozo^[588]».

75. Jesús dijo: «Hay muchos en pie junto a la puerta, pero son los solitarios los que entrarán en la cámara nupcial».

76. Jesús dijo: «El Reino del Padre es como un comerciante, que tenía mercancía y encontró una perla. Ese comerciante es listo. Vendió la mercancía y se compró esta perla única».

«Vosotros, también, buscad el tesoro imperecedero y duradero allí donde la polilla no se acerca a comer ni el gusano destruye».

77. Jesús dijo: «Yo soy la luz que está sobre todas las cosas^[589]. Yo soy todo^[590]. Todo vino de mí, y todo ha llegado hasta mí».

«Romped un madero: yo estoy allí. Levantad la piedra y me encontraréis allí».

78. Jesús dijo: «¿Por qué salisteis al campo? ¿A ver una caña movida por el viento? ¿O a ver a un hombre vestido con ropas delicadas, [como vuestros] reyes y vuestros magnates? Ellos van vestidos de ropas delicadas y no podrán conocer la verdad».

79. Una mujer que había entre la muchedumbre le dijo: «¡Bendito el vientre que te portó y los pechos que te alimentaron!».

Él le dijo: «Benditos los que han escuchado la palabra del Padre y la han verdaderamente observado». Pues habrá días en que diréis: «Bendito el vientre que no concibió y los pechos que no amamantaron».

80. Jesús dijo: «Quien ha conocido el mundo ha encontrado un cadáver^[591]. El mundo no es digno de quien ha

encontrado el cadáver».

81. Jesús dijo: «Quien se ha enriquecido, se convierta en rey, y quien tiene poder, que renuncie».

82. Jesús dijo: «Quien está cerca de mí, está cerca del fuego. Y quien está lejos de mí, está lejos del Reino».

83. Jesús dijo: «Las imágenes se manifestaron al hombre y la luz que hay en ellas está oculta en la imagen de la luz del Padre. Se revelará y su imagen (quedará) oculta por su luz».

84. Jesús dijo: «Cuando veis lo que se os parece, os alegráis, pero cuando veáis vuestras imágenes, que surgieron antes de vosotros —ni mueren ni se manifiestan—, ¿cuánto soportaréis?».

85. Jesús dijo: «Adán vino a ser gracias a un gran poder y a una gran riqueza, y no llegó a ser digno de vosotros. Pues, si hubiera sido digno, no [habría probado] la muerte».

86. Jesús dijo: «[Los zorros tienen] sus [madrigueras] y los pájaros tienen sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene un lugar donde reclinar su cabeza y reposarse».

87. Jesús dijo: «Miserable es el cuerpo que depende de un cuerpo. Y miserable es el alma que depende de estos dos».

88. Jesús dijo: «Los ángeles y los profetas vienen a vosotros y os darán lo que es vuestro, y vosotros les daréis lo que tenéis. Decíos: “¿Qué día vendrán y recibirán lo que es suyo?”».

89. Jesús dijo: «¿Por qué laváis el exterior de la copa? ¿No comprendéis que el que creó el interior es el que creó también el exterior?».

90. Jesús dijo: «Venid a mí, pues es suave mi yugo y mi señorío es cordial, y encontraréis reposo para vosotros».

91. Le dijeron: «Dinos quién eres, a fin de que creamos en ti».

Él les dijo: «Escudriñáis la apariencia del cielo y de la tierra, pero lo que está en medio de vosotros no lo conocéis, y no sabéis escudriñar este tiempo».

92. Jesús dijo: «Buscad, y encontraréis, pero lo que me preguntasteis en aquellos días y entonces no os dije, ahora voy a decíroslo y vosotros no lo buscáis».

93. «No deis lo santo a los perros, para que no lo tiren al estercolero. No lancéis perlas a los cerdos, no sea que [...]»^[592].

94. Jesús [dijo]: «Quien busca, encontrará, [y al que llame], se le abrirá».

95. [Jesús dijo]: «Si tenéis dinero, no lo prestéis a interés, sino dadlo a quien no os lo devolverá».

96. Jesús [dijo]: «El Reino del Padre se parece a una mujer. Ella tomó un poco de levadura, la escondió en la masa y la convirtió en panes grandes. Quien tenga oídos, que oiga».

97. Jesús dijo: «El Reino del Padre se parece a una mujer que portaba una jarra llena de harina. Cuando andaba por [el] camino, el asa de la jarra se rompió. La harina, tras ella, se iba cayendo por el camino. Ella no lo sabía, pues no advirtió problema alguno. Cuando entró en su casa, colocó la jarra en el suelo y la encontró vacía».

98. Jesús dijo: «El Reino del Padre se parece a un hombre que quiso matar a un magnate. Desenvainó la espada en su casa y la clavó en la pared, con el fin de averiguar si su mano sería lo bastante fuerte. Entonces procedió a matar al magnate».

99. Los discípulos le dijeron: «Tus hermanos y tu madre están fuera». Él les dijo: «Quienes aquí cumplen el deseo de mi Padre, estos son mis hermanos y mi madre. Ellos son quienes entrarán en el Reino de mi Padre».

100. Enseñaron a Jesús una moneda de oro y le dijeron: «Los hombres del César nos exigen los impuestos». Les dijo: «Dad a César lo que es del César, dad a Dios lo que es de Dios, y, lo que es mío, dádme lo».

101. «Quien no odie a su [padre] y a su madre del mismo modo que yo, no podrá ser mi [discípulo]. Y quien no ame a su [padre y a] su madre del mismo modo que yo, no podrá ser [mi discípulo]. Pues mi madre [...] ^[593], pero mi verdadera [madre] me ha dado la vida».

102. Jesús dijo: «¡Ay de los fariseos!, porque son como un perro que yace en el pesebre de los bueyes, y ni come ni deja que los bueyes coman».

103. Jesús dijo: «Bienaventurado es el hombre que sabe por qué parte irrumpen los bandidos, de tal modo que podrá levantarse, reunir sus posesiones y ceñir su cintura ^[594] antes de que entren».

104. Dijeron a Jesús: «¡Ven, oremos hoy y ayunemos!». Jesús dijo: «Pues ¿qué pecado he cometido? ¿O en qué he sido vencido? Más bien, ayunemos y oremos cuando el esposo salga de la cámara nupcial».

105. Jesús dijo: «Quien conozca a su padre y a su madre será llamado “hijo de prostituta”».

106. Jesús dijo: «Cuando hagáis de los dos uno, os convertiréis en Hijos del hombre. Y cuando digáis: “¡Montaña, muévete!”, se moverá».

107. Jesús dijo: «El Reino es como un pastor que tenía cien ovejas. Una de ellas, la mayor, se perdió. Dejó a las noventa y nueve y fue a buscar esa una hasta que la halló. Tras haberse esforzado, dijo a la oveja: “Te quiero más que a las noventa y nueve”».

108. Jesús dijo: «Quien beba de mi boca llegará a ser como

yo. Yo mismo llegaré a ser él, y lo que está oculto le será desvelado».

109. Jesús dijo: «El Reino es como un hombre que tenía en su campo un tesoro oculto, de cuya existencia no sabía. Después de que murió, lo dejó^[595] a su hijo. El hijo tampoco conocía (la existencia del tesoro); tomó el campo y lo vendió. Y quien lo compró vino y, al roturarlo, [encontró] el tesoro. Empezó a dar dinero a interés a quien quiso».

110. Jesús dijo: «Quien ha encontrado el mundo y se ha hecho rico, renuncie al mundo».

111. Jesús dijo: «Los cielos y la tierra se plegarán ante vosotros».

«Y quien vive gracias al Viviente no verá la muerte».

«¿(Acaso) no (es) que Jesús dijo^[596]: “Del que se encuentra a sí mismo, el mundo no es digno”?».

112. Jesús dijo: «¡Ay de la carne que depende del alma! ¡Ay del alma que depende de la carne!».

113. Sus discípulos le dijeron: «¿Qué día va a venir el Reino?».

(Jesús dijo): «No viene en expectativa. No se dirá: “Helo aquí” o “Helo allí”; más bien, el Reino del Padre se extiende sobre la tierra y los hombres no lo ven».

114. Simón Pedro les dijo: «Que María salga de entre nosotros, pues las mujeres no son dignas de la vida».

Jesús dijo: «He aquí que yo la empujaré a que se haga varón, para que llegue a ser también un espíritu viviente semejante a nosotros, los varones; pues toda mujer que se haga varón entrará en el Reino de los cielos». El *Evangelio según Tomás*.

3. Evangelio según María

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Mediados del siglo II.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto del siglo IV. Papiro gnóstico de Berlín 8502, 1.

El Evangelio de María se ha conservado —junto con otros tres textos gnósticos— en un códice de papiro procedente de Egipto y conservado desde 1896 en Berlín, conocido por la sigla BG 8502. De esta obra se ha preservado aproximadamente la mitad del texto, pues faltan las pp. 1-7 y 11-14. Está escrita en copto sahídico, con algunas influencias de otros dialectos coptos, pero el original es con toda probabilidad griego; de hecho, en 1917 se halló un fragmento de papiro en griego, que corresponde a dos pasajes del Evangelio de María. Aunque el códice de Berlín puede datarse a principios del siglo V, el papiro griego es de principios del siglo III. Así pues, cabe datar el texto griego original del Evangelio de María en el siglo II.

El texto presenta dos partes principales. En la primera, el Jesús resucitado responde a algunas preguntas que le plantean los discípulos. En la segunda, ante el desconcierto de los discípulos tras la partida de Jesús, se recogen las palabras de María Magdalena —que narra un diálogo que había mantenido previamente con Jesús— y la reacción de Andrés, Pedro y Leví a estas palabras. Llama la atención en el texto la afirmación del estatus privilegiado de María Magdalena como receptora de una revelación especial, pero debe tenerse en cuenta que esta afirmación se apoya en textos canónicos

como Mc 16, 9 y Jn 11, 19.

* * *

La materia y el mundo

P. 7 [...] «La materia, ¿será o no será destruida?».

El Salvador dijo: «Toda naturaleza, toda producción y toda criatura se hallan mutuamente imbricadas, y de nuevo se disolverán en su propia raíz, porque la naturaleza de la materia se disuelve en lo que pertenece solo a su naturaleza. Quien tenga oídos para oír, que oiga».

La materia y el pecado

Pedro le dijo: «Como tú nos has expuesto todo, dinos también esto: ¿cuál es el pecado del mundo?».

El Salvador dijo: «No hay pecado, pero sois vosotros los que hacéis que exista pecado cuando hacéis las obras de la naturaleza del adulterio^[597] que se llama “pecado”. Por ello vino el Bien a vosotros, hasta lo que pertenece a toda naturaleza, para restablecerla en su raíz».

Continuó aún diciéndole: «Por ello enfermáis y morís, porque **P. 8** [hacéis lo que os seduce]. Quien pueda oír, que oiga. [La materia engendró] una pasión que no posee la semejanza, pues procedió de una unión contra natura. Entonces tiene lugar un trastorno en todo el cuerpo. Por ello os dije: “Sed obedientes, y si no sois obedientes, lo sois respecto a las diversas semejanzas de la naturaleza^[598]. El que tenga oídos para oír, que oiga».

Últimos preceptos

Tras haber dicho esto, el Bienaventurado los abrazó a todos, diciendo: «¡Paz a vosotros! ¡Que mi paz se haga entre vosotros! Velad para que nadie os extravíe, diciendo: “Helo aquí” o “Helo ahí”, pues el Hijo del hombre se halla en vuestro interior. Seguidlo. Quienes lo busquen, lo

encontrarán. Así pues, id y proclamad el evangelio del Reino. No **P. 9** establezcáis regla alguna excepto las que yo os he fijado y no deis ley al modo del legislador, para que no seáis atrapados en ella^[599]». Cuando dijo estas cosas, se fue.

Intermedio

Pero ellos estaban afligidos y lloraban abundantemente, diciendo: «¿Cómo iremos a los gentiles y cómo proclamaremos el evangelio del reino del Hijo del hombre? Si no se ha tenido consideración con él, ¿cómo se tendrá con nosotros?».

Entonces María se levantó, abrazó a todos y les dijo: «No lloréis y no estéis afligidos; y no dudéis, pues su gracia estará con todos vosotros y os protegerá. Mejor alabemos su grandeza, pues nos ha preparado y nos ha hecho hombres^[600]».

Cuando María hubo dicho esto, ella convirtió sus corazones al Bien y ellos comenzaron a considerar las palabras del Salvador.

P. 10 Pedro dijo a María: «Hermana, sabemos que el Salvador te quería más que al resto de las mujeres^[601]. Dinos las palabras del Salvador que recuerdes, que tú conoces y nosotros no, y que nosotros no hemos oído».

María respondió diciendo: «Lo que se os ha ocultado, yo os lo anunciaré».

Visión de María

Y ella comenzó a decirles estas palabras: «Yo —dijo— vi al Señor en una visión y le dije: “Señor, te he visto hoy en una visión”. Él respondió, diciéndome: “Bienaventurada tú que no te turbas al verme, pues allí donde está el Intelecto, allí está el tesoro”. Yo le dije: “Señor, ahora, el que ve la visión, ¿la ve en alma o en espíritu?”. El Salvador respondió diciendo: “No la

ve ni en alma ni en espíritu, sino que el Intelecto, que está en medio de ellos, es el que ve la visión y es él el que [...]”.

(Faltan las páginas 11 a 14.)

La ascensión del alma

P. 15 a él, y la Concupiscencia dijo: “Yo no te vi descender, pero ahora te veo ascender. ¿Por qué mientes, si me perteneces?”. El alma respondió diciendo: “Yo te vi, pero tú no me viste ni me reconociste. Yo era tuyo por la vestimenta, y tú no me conociste^[602]”. Cuando hubo dicho esto, ella se fue con gran gozo, y nuevamente cayó en poder de la tercera potencia, la que es llamada “Ignorancia”. Ella interrogó al alma, diciendo: “¿Adónde vas? Estás atenazada en la maldad. Estás ciertamente atenazada: no juzgues”. Y el alma dijo: “¿Por qué me juzgas, a mí que no he juzgado? Se me ha atenazado, a mí que no he atenazado. No he sido conocida, yo que he conocido que el Todo está siendo disuelto, tanto lo terrenal **P. 16** como lo celestial”.

»Cuando el alma hubo neutralizado a la tercera potencia, ascendió y vio a la cuarta potencia, que tenía siete formas. La primera forma es la tiniebla; la segunda, la concupiscencia; la tercera, la ignorancia; la cuarta, la envidia de la muerte; la quinta, el reino de la carne; la sexta, la loca inteligencia de la carne; la séptima, la sabiduría colérica. Estas son las siete potencias de la ira, que inquietan al alma: “¿De dónde vienes, homicida? ¿Adónde vas, dominadora del lugar?”. El alma respondió, diciendo: “El que me atenazaba ha sido matado, y el que me rodeaba ha sido neutralizado, y mi concupiscencia se ha evaporado, y mi ignorancia ha muerto. Desde un mundo he sido arrojada **P. 17** a un mundo, y desde una imagen superior a una imagen. Y la cadena del olvido dura (solo) un cierto tiempo. Desde ahora obtendré el reposo del tiempo, del momento, del eón, en silencio”».

María Magdalena reveladora de Jesús

Cuando María hubo dicho esto, guardó silencio, siendo así que el Salvador había hablado con ella hasta este punto.

Por su parte, Andrés respondió y dijo a los hermanos: «Decid, ¿qué opináis vosotros sobre lo que ella ha dicho? Por lo que a mí respecta, no creo que el Salvador haya dicho estas cosas, pues estas doctrinas contienen pensamientos extraños».

Pedro respondió y habló sobre las mismas cosas, preguntándoles sobre el Salvador: «¿Acaso él habló con una mujer sin que lo supiéramos, y no abiertamente, de forma que todos nosotros hayamos de volvernos y escucharla? ¿La habrá preferido a nosotros?»^[603].

P. 18 Entonces María se puso a llorar y dijo a Pedro: «Pedro, hermano mío, ¿qué piensas? ¿Piensas acaso que yo he excogitado sola estas cosas en mi corazón, y que miento en lo que concierne al Salvador?».

Entonces Leví^[604] respondió, y dijo a Pedro: «Pedro, desde siempre has sido colérico. Ahora te veo ejercitándote contra la mujer, al modo en que lo hacen los adversarios. Si el Salvador la ha hecho digna, ¿quién eres tú para rechazarla? Con seguridad el Salvador la conoce bien; por esto la amó más que a nosotros. Más bien avergoncémonos y revistamos al hombre perfecto, [engendrémoslo en nosotros como] nos lo encomendó, y proclamemos el evangelio sin establecer otra regla ni otra ley que la pronunciada por el Salvador».

Cuando **P. 19** Leví dijo esto, iniciaron la marcha para anunciar y predicar.

El Evangelio según María.

4. Diálogo del Salvador

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Siglo II.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto de la primera mitad del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi, código III 5.

El Diálogo del Salvador lleva expresamente este título al principio y al final. Se nos ha conservado en una copia única — muy dañada a veces, por lo que es difícil entenderlo—, y es el último de los cinco tratados transcritos en el código III de la Biblioteca de Nag Hammadi. No puede saberse con exactitud si este título es originario o ha salido de la mano de un redactor secundario. El texto presenta ciertos saltos e incoherencias en su redacción, lo que hace pensar que el autor, desconocido para nosotros, mezcló un tanto torpemente fuentes anteriores. Por ejemplo, un discurso gnóstico sobre el tránsito del alma a través de las esferas celestes; un mito de la creación: una especulación gnóstica basada en Gn 1-2; una interpretación sapiencial de un lista cosmológica sobre diversos elementos: fuego, agua, viento, cuerpo y una visión apocalíptica.

En conjunto, el escrito final pretende muy probablemente explicitar, en una suerte de catecismo doctrinal compendiado —en el que no se desarrolla un discurso teológico elaborado—, una interpretación gnóstica del bautismo, de la gnosis salvadora, y de la escatología que afecta al gnóstico. Del mismo modo intenta, probablemente, instruir al lector sobre el «orden de la salvación» normal en la iniciación gnóstica: buscar, encontrar, maravillarse en esta vida, y en la otra,

gobernar y descansar en el reposo celeste.

Nada hay en el Diálogo del Salvador, tal cual se nos ha transmitido, que nos pueda dar pistas seguras sobre la fecha de su composición. Pero los comentaristas piensan que por su teología y utilización de textos del Nuevo Testamento en su redacción final a la segunda mitad del siglo II.

* * *

El tránsito del alma a través de las esferas celestes

P. 120 El Salvador dijo a sus discípulos: «Ha llegado ya el tiempo, hermanos, de dejar nuestra tarea y descansar, pues el que permanece en el descanso descansará para siempre. Mas yo os digo: estad en el momento [...] temed [...] la ira (es) temerosa [...]».

Ellos aceptaron estas palabras con temor y temblor, y fueron dispuestos sobre ellos arcontes, pero de ello nada resulta.

(Continuó el Señor): «Pero cuando llegué, les abrí el camino y les enseñé acerca del paso que atravesarán, (ellos) los elegidos y solitarios, **P. 121** que han conocido al Padre, al tener fe en la verdad y (al haber ofrecido) todas las alabanzas que habéis ofrecido. Cuando alabéis (a Dios), proceded del modo siguiente: “Escúchanos, Padre, como has escuchado a tu Hijo unigénito y lo has recibido, [dándole] descanso de sus muchos [¿trabajos?] [Tú eres aquel], cuyo poder [...]. Tú eres el pensamiento y la serenidad toda del solitario. Escúchanos de nuevo como has escuchado a tu elegido”».

Añadido del copista

Aquellos que gracias a tu sacrificio entrarán por sus buenas obras, esos han salvado sus almas de estos miembros ciegos, de modo que existan eternamente. Amén.

P. 122 (Habla Jesús):«Os impartiré enseñanza: cuando

llegue el tiempo de la disolución, el primer poder de las tinieblas vendrá sobre vosotros. No temáis, a la vez que decís: “He aquí que ha llegado el momento”. Mas cuando veáis un cetro único [...] comprended que [...] los arcontes [...] vienen sobre vosotros [...]. Si ocurre que tenéis miedo de lo que va a venir sobre vosotros, os tragará. Pues no hay ninguno entre ellos que os perdone o tenga misericordia de vosotros. Pero, de este modo, mirad a [...] él, puesto que habéis aprendido toda palabra sobre la tierra. **P. 123** Él [...] os llevará al lugar [...] en el que no hay poder ni tirano. Cuando veáis a los que [...] a fin de que [...] vuestras almas [...] **P. 124** pues el cruce es terrible [...]. Mas vosotros, unánimemente, atravesadlo. Pues su profundidad es grande y su altura, enorme [...].

Diálogo de Jesús con Judas, Mateo y María

P. 125 Dijo el Salvador: «[...] lo que (está) en vuestro interior [...] permanecerá [...]». Judas dijo: «Señor [...] las obras [...] almas [...] estos pequeños [...], ¿dónde estarán? [...] espíritu [...]».

El Señor dijo: «[...] recibidlos. No morirán [...] no serán aniquilados, pues han conocido a su consorte^[605] y al que los recibirá. Pues la verdad busca al sabio y al justo. El Salvador dijo: «La lámpara del cuerpo es la mente^[606]. En tanto vuestro interior está en orden, es decir [...] vuestros cuerpos son luminosos. En tanto vuestro corazón es tenebroso, vuestra luz^[607] [...]».

P. 126 Sus discípulos dijeron: «[Señor], ¿quién es el que busca y [quién el que] revela^[608]?». [El Señor] dijo: «Aquel que busca [es también aquel que] revela [...]». Mateo dijo: «Señor, cuando [escucho] y cuando hablo, ¿quién [es el que habla y quién es el que] escucha?».

El Señor dijo: «El que habla es el que escucha, y el que ve es

el que revela». Dijo María (Magdalena): «Señor, he aquí que [...]. Desde que estoy en el cuerpo [mientras] lloro, y mientras [río...]^[609].

La creación: exégesis de Gn 1-2

Dijo el Señor: «[...] llora por sus obras^[610] [...]; permanece y la mente ríe [...] **P. 127** [...] espíritu [el que está en la] oscuridad, [no] será [capaz] de ver [la luz]... [Y si alguno no] permanece [en la oscuridad] no será capaz de ver la luz [...] la mentira [...] la sacaron de [...] existirá por siempre [...]. Los poderes [...] que están arriba y los que están debajo [...]. En aquel lugar habrá llanto y [crujir] de dientes^[611] por el fin de todas esas cosas.

Dijo Judas: «Dinos, Señor, qué había antes de que el cielo y la tierra existieran».

Dijo el Señor: «Había tinieblas y agua y **P. 128** y espíritu sobre el [agua^[612]. Yo] os digo: [lo que] buscáis [...] e investigáis [he aquí que está en] vuestro interior [...] el poder y el misterio [...] espíritu de [...] maldad [...] mente [...] he aquí que [...].

(Uno de los discípulos) dijo: «Señor, dinos dónde [...] está establecida [el alma?] y dónde existe la mente verdadera».

Dijo el Señor: «El fuego del espíritu llegó a ser [como el poder entre] los dos [...]. A causa de esto [...] llegó a existir, y la mente verdadera llegó a existir en los dos. Si alguien sitúa su alma en las alturas, entonces [...] será exaltado».

Mateo preguntó [...]

P. 129 [...] Dijo el Señor: «[...] más fuerte que [...] os siguen y todas las obras [...] de vuestros corazones. Pues según [...] vuestros corazones, de ese [...] modo venceréis a los poderes que están [arriba] y a los que están abajo [...]. Y yo os digo, [el que] tenga fuerza, niéguese (a sí mismo)^[613] y

[...] arrepíentase y el que [conoce], busque, encuentre y alégrese^[614].

Dijo Judas: «¡Mira! Observa que todas las cosas existen [...] como señales sobre [...]. A causa de esto suceden de este modo».

El Señor [dijo]: «Cuando el Padre estableció el universo, [sacó] agua de él^[615], [...] la Palabra salió de Él, y llegó a estar en muchos. **P. 130** Se colocó más alto que el camino [de las estrellas que rodean] la tierra entera [...] las aguas congregadas [...] que existen fuera [...] las aguas, un gran fuego las rodeaba como una muralla. [...] El tiempo [fue medido] cuando muchas cosas se separaron de lo que estaba dentro. Cuando el [...] ^[616] se estableció, miró a [...] y dijo: «Vete y [lánzalos] de ti mismo, a fin de que [la tierra no] experimente necesidad de generación en generación y por siempre. Entonces (la Palabra) produjo de sí misma fuentes de leche y fuentes de miel y aceite y vino, y frutos buenos y buen olor y buenas raíces de [modo que] (la tierra) fuera capaz de no ser deficiente de generación en generación y por siempre. **P. 131** Y Él, el que está arriba [...] de pie [...] su belleza [...] y fuera [...] luminoso, poderoso [...] se asemeja [...] gobierna sobre los eones que están arriba y abajo [...] tomada del fuego [...] esparcida en [...] arriba y abajo. Todas las obras dependen de ellos. Ellos [...] sobre el cielo arriba y sobre la tierra abajo. De ellos dependen todas las obras».

Y cuando Judas escuchó estas palabras, se postró [...] y dio gloria al Señor.

María preguntó a sus hermanos [...] vosotros preguntáis al Hijo [...] ¿dónde vais a colocarlas^[617]?

El Señor le [respondió]: «Hermana, [...] podrá preguntar por esas cosas [...] el que tenga lugar para situarlas en su corazón **P. 132** [...] salir [...] y entrar [...] de modo que no

sea retenido [...] este pobre mundo».

Mateo dijo: «Señor, deseo [ver] ese lugar de vida, [ese lugar] el cual no tiene tinieblas, sino [luz] pura».

Dijo el Señor: «Hermano Mateo, no podrás verlo en tanto estés revestido de carne».

Mateo dijo: «Señor, [aunque] no [pueda] verlo, permíteme [conocerlo]».

Dijo el Señor: «Todo aquel que se ha conocido a sí mismo^[618] lo ha visto [...]. Todo lo que le ha sido dado para hacerlo [...] y ha llegado a ser [...] en su bondad».

La tierra y los cuatro elementos

Respondió Judas y dijo: «Dime, Señor, ese que mueve la tierra, ¿cómo se mueve?».

El Señor tomó una piedra y la mantuvo en su mano [y preguntó]:

P. 133 «¿Qué tengo en mi mano?»

Respondió: «Una piedra».

Les dijo (Jesús): «Lo que sustenta la tierra (es) lo que sustenta el cielo. Cuando una palabra sale de la Grandeza, vendrá sobre aquello que sustenta el cielo y la tierra, porque la tierra no se mueve. Si se moviera, se caería, de modo que la Primera Palabra no resulte vana. Porque fue Ella la que estableció el universo y habitó en él e inhaló la fragancia de él. Pues al que no se mueve, Yo [...], a vosotros todos los hijos de los hombres, pues vosotros sois de este lugar. Vosotros estáis en los corazones de los que hablan a partir de la alegría y verdad... Incluso si procede del cuerpo del Padre entre los hombres y ellos no la reciben, se vuelve de nuevo a su lugar. El que [no] conoce [las obras de la] perfección, nada conoce. Si alguien no se encuentra en tinieblas, no podrá ver la luz.

P. 134 Si alguno no [sabe] cómo llega a existir el fuego, se

abrasará en él, porque no conoce sus raíces. Si alguno no conoce primero el agua, no conoce nada, pues ¿qué provecho obtiene bautizándose en ella? Si alguno no conoce cómo llega a existir el viento que sopla, será barrido con él. Si alguno no conoce cómo el cuerpo que porta ha llegado a la existencia, perecerá con él. Y el que no conoce [al Hijo], ¿cómo conocerá [al Padre]^[619]? Y al que no conoce la raíz de todas las cosas, estas le quedarán ocultas. El que no conoce la raíz de la maldad, no es extraño a ella. Aquel que no comprenda cómo ha venido, no sabrá cómo ha de irse, y no es extraño a este mundo [...] que será humillado.

Visión apocalíptica

P. 135 Entonces Judas, Mateo y María [...] al extremo del cielo y la tierra y cuando puso su [mano] sobre ellos, esperaron que podrían [...] Judas levantó sus ojos y vio un lugar extremadamente alto, y vio (otro) lugar, el abismo, abajo.

Judas dijo a Mateo: «Hermano, ¿quién podrá subir a semejante altura, o bajar al fondo del abismo?, pues hay un gran fuego allí, y algo terrible».

En aquel momento salió de allí una Palabra que se situó (ante él), quien vio cómo había bajado. Entonces le dijo: «¿Por qué has descendido?».

Y el Hijo del hombre los saludó y les dijo: «Una semilla del Poder fue deficiente y descendió al abismo de la tierra, y la Grandeza la recordó y envió al Logos a él. La subió a su presencia de modo que no resultara vana la Primera Palabra».

P. 136 Entonces los discípulos quedaron sorprendidos de todas las cosas que les había dicho, y las aceptaron con fe, y comprendieron que no es útil mirar a la maldad.

Entonces él (Jesús) dijo a sus discípulos: «¿No os he dicho que como una voz y un relámpago de este (mismo) modo el

bueno será llevado a la luz?».

Más preguntas de los discípulos

Entonces todos los discípulos lo alabaron y dijeron: «Señor, antes de que aparecieras en este lugar, ¿quién era el que te daba gloria? Pues toda gloria existe por ti. O ¿quién es el que [te] bendecirá? Pues toda alabanza procede de ti». (Y) cuando estaban allí, vio (uno de los discípulos) a dos espíritus que llevaban con ellos un alma en medio de un gran relámpago.

Y una palabra salió del Hijo del Hombre. Dijo: «Dadle sus vestidos». Y el más pequeño (de ellos hizo) el mismo avío que el grande [...].

P. 137 Luego, los discípulos [...].

Dijo María: «[...] mira el mal [...] el primero [...]».

Dijo el Señor: «[...] cuando los veas [...] serás grande [...]». Cuando veas al eterno Existente, esa es la gran visión».

Entonces todos le dijeron: «Ilústranos sobre ella».

Les dijo: «¿Cómo deseáis vosotros verla? ¿En una visión pasajera, o en una visión eterna?».

Les dijo de nuevo: «Procurad salvar al que puede seguirme, (e intentad) buscarlo y hablar con él, de modo que, cuando lo busquéis, todo esté en armonía en vosotros. Pues yo os [digo] que en verdad [habita] en vosotros el Dios viviente [...]».

P. 138 Judas [dijo]: «En verdad deseo [...]».

Le dijo el Señor: «[El Dios] viviente [...] habita [...] completo [...] la deficiencia».

Judas dijo: «¿Quién [nos gobernará]?»

Dijo el Señor: «[...] todas las obras que [...] el resto son ellos. Vosotros [...]».

Judas dijo: «He aquí que los arcontes están sobre nosotros, de modo que ellos reinarán sobre nosotros».

Dijo el Señor: «Sois vosotros los que reinaréis sobre ellos. Pero cuando os despojéis de la envidia, entonces os vestiréis de la luz y entraréis en la cámara nupcial».

Dijo Judas: «¿Cómo nos traerán nuestros vestidos?».

Dijo el Señor: **P. 139** (Hay) algunos que os (los) traerán y otros que los recibirán, pues os darán vuestros vestidos. Pues ¿quién podrá alcanzar ese lugar [que es la recompensa]? Mas los vestidos de la vida fueron dados al hombre porque conoce el camino por el que caminar. Pues también para mí es difícil alcanzarlo.

Dijo María: «Así respecto a “(Basta) la maldad de cada día^[620]” y “El obrero es digno de su salario^[621]”, y el “Discípulo se parece a su maestro^[622]». Habló y pronunció (estas palabras) como mujer que ha comprendido completamente.

Los discípulos le dijeron: «¿Qué es el Pleroma y qué la deficiencia?».

Les dijo (el Señor): «Vosotros sois del Pleroma pero estáis en el lugar de la deficiencia. Y he aquí que su luz se ha vertido sobre mí».

Mateo dijo: «Dime, Señor, cómo los muertos mueren y cómo los vivos viven».

P. 140 Dijo el Señor: «[Me habéis] preguntado sobre un dicho [...] “El ojo no ha visto^[623]», ni ha sido escuchado sino por vosotros. Pero yo os digo que cuando se elimina lo que mueve al hombre lo llamarán “muerto”. Y cuando lo que está vivo abandona al que está muerto, se lo llamará vivo».

Judas dijo: «¿Por qué, pues, a causa de la verdad se mata y se concede la vida?».

Dijo el Señor: «Aquel que es de la verdad no muere^[624], el que es (nacido) de la mujer muere».

María Magdalena, discípula sobresaliente

María dijo: «Dime Señor, ¿para qué he venido a este lugar?, ¿para obtener algún provecho o para sufrir detrimento?».

Dijo el Señor: «Tú manifiestas la abundancia del Revelador».

María le dijo: «Señor, ¿hay, pues, un lugar que [...], o que carece de la verdad?».

Dijo el Señor: «El lugar en el que yo no estoy».

Dijo María: «Señor, tú eres terrible, maravilloso y [¿apartas a?] los que no [te] conocen».

P. 141 Dijo Mateo: «¿Por qué no descansamos de una vez?».

Dijo el Señor: «Cuando dejéis estas cargas».

Mateo dijo: «¿Cómo se une el pequeño con el grande?».

Dijo el Señor: «Cuando dejes las obras que no pueden seguirte, entonces descansaréis».

Dijo María: «Deseo entender todas las cosas al [modo] como son».

Dijo el Señor: «¡Aquel que busca la vida! Pues esta es su riqueza. El [descanso] de este mundo es [falso], y su oro y su plata son perniciosos».

Le dijeron sus discípulos: «¿Qué debemos hacer a fin de que nuestras obras sean perfectas?».

Les dijo el Señor: «Estad preparados ante todas las cosas. **P. 142** Feliz el hombre que ha encontrado la [batalla] y la lucha ante sus ojos. No mató ni fue matado, sino que salió victorioso».

Judas dijo: «Dime, Señor, ¿cuál es el comienzo del camino?».

Dijo (Jesús): «Caridad y bondad, pues si una de estas hubiera existido entre los arcontes, la maldad no habría existido».

Dijo Mateo: «Señor, Tú has hablado del final de todo sin dolor».

Dijo el Señor: «Todo lo que os he dicho lo habéis comprendido y lo habéis aceptado con fe. Si las habéis entendido, son vuestras. Si no, no son vuestras».

Le dijeron: «¿Cuál es el lugar al que iremos?».

Dijo el Señor: «El lugar que alcanzaréis [...] Estad allí».

Dijo María: «Se ve todo lo que así ha sido establecido».

Dijo el Señor: «Os he dicho [que] el que ve es el que revela.

Le preguntaron sus discípulos, los Doce: **P. 143** «Maestro [...] la serenidad [...] enseñanos [...]».

Dijo el Señor: «[Si habéis entendido] todo lo que os he [dicho], [¿seréis inmortales?] en todo».

Dijo María: «Una frase voy a decir al Señor sobre el misterio de la verdad. En esto estamos, y (así) nos hemos revelado a lo cósmico».

Judas y Mateo dijeron: «Deseamos saber (con) qué clase de vestidos vamos a revestirnos cuando salgamos de la corrupción de la carne».

Dijo el Señor: «Los arcontes y los administradores poseen vestidos concedidos solo por un tiempo que no dura. Vosotros [en cambio] como hijos de la verdad os vestiréis no (con) vestidos que duren un momento, sino que os digo que seréis bienaventurados cuando os despojéis a vosotros mismos, pues no hay cosa grande [...] fuera».

P. 144 [...] El Señor dijo: [...].

María dijo: «¿De qué clase es la semilla de la mostaza^[625]? ¿Es del cielo o de la tierra?».

Dijo el Señor: «Cuando el Padre dispuso el universo para sí dejó muchas cosas de la Madre del Todo. Por ello (el Padre) habla y actúa».

Judas dijo: «Tú nos has dicho esto a nosotros con una mente verdadera. Cuando oremos, ¿cómo debemos orar^[626]?

Dijo el Señor: «Orad en el lugar en el que no haya mujer(es)».

Mateo dijo: «Nos dijo: “Orad en el lugar en el que no hay mujer(es)”, lo que significa: aniquilad las obras de la feminidad, no porque haya otra manera de engendrar, sino para que cese la generación.

María dijo: «No serán eliminadas jamás».

Dijo el Señor: «¿Quién sabe que ellos no destruirán [...]?»

P. 145 [...] Judas dijo a Mateo: «Destruirán [...] las obras [...] los arcontes. De este modo estaremos preparados ante ellos».

Dijo el Señor: «Es verdad. ¿Os ven a vosotros? ¿Verán acaso a los que os reciben? He aquí que (voy a decir) una palabra: El que es del cielo sale del Padre hacia el abismo, en silencio, con un relámpago, (y) genera. ¿Acaso lo verán o lo vencerán? Pero vosotros conocéis aún mejor el camino [...]. Antes de que un ángel o una potestad [...], sino que pertenece al Padre y al Hijo, porque ellos, los dos, son una (cosa) [...]. Y vosotros andaréis por el camino que habéis conocido. Aunque ocurra que los arcontes se hacen poderosos, no podrán conseguirlo. Mas, he aquí que yo os digo: es difícil para mí mismo el conseguirlo».

P. 146 María dijo al Señor: «Cuando las obras [...] que destruye [...]».

Dijo el Señor: «Sabéis, pues, [...] Si destruyo [...] iré a (ese) su lugar».

Dijo Judas: «¿Cómo se manifiesta el Espíritu?

Dijo el Señor: «¿Cómo se [manifiesta] la espada?».

Judas dijo: «¿Cómo se manifiesta la luz?».

Dijo el Señor: «[...] para siempre».

Dijo Judas: «¿Quién perdona las obras de quién? Las obras que [...] el mundo [...] es el que perdona las obras».

Dijo el Señor: «Todo aquel que [...] ha comprendido sus obras, le corresponde hacer la voluntad del Padre^[627]. Y vosotros esforzaos por eliminar la ira y la envidia y despojaros de [...] **P. 147** [...] os digo, pues, [...] ha buscado [...] vivirá, [¿descansará?]^[628]. Esto os digo [...] a fin de que no hagáis error vuestros espíritus y vuestras almas».

El Diálogo del Salvador.

5. Libro secreto de Juan

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Siglo II al IV.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto de la primera mitad del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi: códice II 1 y IV 1; papiro copto de Berlín 8502, 2.

El Libro secreto de Juan, llamado también «Apócrifo de Juan», se ha conservado en cuatro testigos coptos: a) el tratado primero del Códice II de Nag Hammadi, pp. 1,1 32,9; b) el tratado 1 del Códice III, pp. 1,1 40,11; c) el tratado 1 del Códice IV, pp. 1,1, 49,28; d) el tratado 2 del Papiro Berolinense 8502), pp. 19,6 77,7. La lengua de las cuatro

versiones es el copto sahídico. Las fechas y los lugares de las versiones son desconocidos.

Los cuatro testigos del texto copto representan tres escritos distintos; II y IV son copias prácticamente idénticas de la versión copta de un original griego largo; III y el Papiro Berolinense representan versiones coptas distintas de un original griego corto. La historia del escrito griego que dio lugar a las tres versiones coptas conservadas del Apócrifo, de Juan puede reconstruirse conjeturalmente a partir del análisis de la estructura y del contenido de los textos coptos. Las etapas principales podrían ser las siguientes:

1. La base es una obra de un autor gnóstico judío de mediados del siglo II, que conoce el Nuevo Testamento, pero cuya reflexión teológica está todavía ligada a la exégesis del Antiguo Testamento. Esta exégesis recoge temas del esoterismo judío.

2. Una segunda redacción de este tratado, realizada hacia el año 200, que al parecer cristianizó la base judía. Esta revisión, quizás abreviadora, fue la base de las versiones coptas del Códice III y del Papiro Berolinense (finales del siglo IV).

3. Una revisión armonizadora realizada a mediados del siglo III con la pretensión de adaptar el texto a un gnosticismo más mitigado teológicamente y más complicado ritualmente. Esta revisión armonizadora fue la base de la versión copta larga de los Códices II y IV.

El autor y redactores posteriores son totalmente desconocidos. Desde el punto de vista doctrinal este escrito tiene notables concomitancias doctrinales con el Evangelio de Judas, pertenece al denominada rama setiana de los gnósticos, aunque está cercana al valentinismo. Ofrecemos la versión larga del código II de Nag Hammadi con algunos añadidos del Papiro Berolinense (BG) en cuerpo menor.

Prólogo

P. 1 Esta es la enseñanza [del Salvador y la revelación] de los misterios y de las cosas escondidas en el silencio, que él enseñó a Juan, su discípulo. Esto tuvo lugar un día en el que Juan, [el hermano] de Santiago, que son los hijos de Zebedeo, subió al Templo.

He aquí que se le acercó un fariseo llamado Arimanio y le dijo: «¿Dónde está tu maestro, a quien tú seguías?».

Él respondió: «Ha regresado al lugar de donde había venido».

Le dijo el fariseo: «[Este nazareno] os ha engañado completamente y os ha llenado [...], y ha obstruido [vuestro corazón apartándoos] de las tradiciones [de vuestros padres]».

Al oír estas palabras [yo, Juan, me volví] del Templo [hacia una montaña en el de-sierto]. Estaba triste y [confundido], y me decía: ¿Por qué [fue elegido] el Salvador? ¿Por qué fue enviado [al mundo por su Padre?]. ¿Quien es el Padre que [lo ha enviado?]. ¿Cuál es este eón [hacia el que tenemos que ir?]. ¿Qué es lo que [quería expresar cuando nos dijo] que el eón [hacia el cual tenemos que ir ha recibido] la impronta del eón [incorruptible]? Pues no nos aclaró [de qué clase de eón se trataba].

Mientras [reflexionaba sobre estas cosas, los cielos se abrieron y la entera] creación que está bajo el cielo refulgió y [todo el mundo] se conmovió.

P. 2 [Yo temí y me incliné] al ver en la luz [a un niño de pie] junto a mí. Mientras lo miraba [se transformó] en un viejo corpulento. Después [cambió] de forma y volvió a ser simultáneamente un niño pequeño ante mí. Era, pues, [un ser único] bajo diversas formas en la luz, y las [formas] se

manifestaban unas a través de otras, de modo que, aun siendo uno, tenía tres formas.

Me dijo: «Juan, Juan, ¿por qué dudas y por qué temes? Esta visión no te es del todo ajena». Esto significaba: no seas pusilánime. «Yo soy el que siempre [está con vosotros]. Yo [soy el Padre], yo soy la Madre, yo soy el Hijo. Yo soy el inabarcable y el incorruptible. Ahora [he venido a enseñarte] lo que es, [lo que era] y lo que será^[629], a fin de que [conozcas] las cosas invisibles [y las visibles, y para explicarte quién es el hombre] perfecto. Ahora, pues, [levanta tu rostro, ven y escucha], a fin de [captar] lo que hoy [te diré para que puedas relatarlo a los que] comparten tu espíritu, que proceden de la raza [inconmovible] del hombre perfecto».

Yo le pedí que me [lo explicara para poderlo comprender, y entonces me dijo]^[630]:

Exégesis del Nuevo Testamento. La tríada divina: el Padre

La mónada es una monarquía sobre la cual no hay nada. Es el verdadero [Dios] y Padre del todo, [el espíritu invisible] que está por encima [del todo], el que existe en la incorruptibilidad, el que se halla en una pura luz que ninguna [mirada] puede sostener^[631]. Puesto que es el [espíritu] invisible, no conviene [pensarlo] como un dios o algo parecido, pues es más que un dios, ya que nadie hay por encima de él, ni nadie lo domina.

P. 3 BG: Pues nada existe antes de él, ni él tiene necesidad de otras cosas. No necesita vida, pues es eterno. No tiene necesidad de nada, porque es ya imperfectible, de modo que no tiene ninguna carencia que lo haga perfectible, antes bien en todo momento es una realidad perfecta y luminosa.

Es [indefinible], porque nadie lo [precede] para poderlo definir. Es inescrutable, porque nadie lo precede para [poderlo escrutar]. Es inconmensurable, porque nadie [lo precede para poderlo medir]. Es [invisible, porque] nadie lo ha visto jamás. [Es un eterno que existe eternamente]. Es [inexpresable] porque nadie lo abarca para poderlo expresar. Es innominable, porque [nadie lo precede] para poderlo nombrar.

[Es luz inconmensurable], simple, santa y [pura]. [Es absolutamente inexpresable], (no) por el hecho de poseer incorruptibilidad, [perfección], felicidad y divinidad, sino porque sobrepasa todos estos (atributos). No es corpóreo ni incorpóreo, ni grande ni pequeño. Acerca de él no se puede expresar ni la cantidad ni [la cualidad], pues nadie puede [comprenderlo]. No es nada de lo que [existe, sino absolutamente superior, y aun no simplemente superior], sino que su ser no participa ni de los eones ni del tiempo. Pues el que participa [del eón] ha sido hecho anteriormente.

BG: No ha sido determinado por el tiempo, ya que nada puede recibir de otro que sea determinante.

Efectivamente, [lo que se recibe es] un préstamo; ahora bien, el que existe antes que todo [no tiene necesidad alguna] que pueda ser satisfecha, pues este ser se contempla en su propia pura luz.

P. 4 Él es una grandeza, una grandeza sin medida. Es un eón principio de eón, una vida que da [vida], una felicidad que da felicidad, un conocimiento que da conocimiento, un bien que da bien, una misericordia que da misericordia y salvación, una gracia que da gracia, y no porque posee todo esto, sino porque da [una misericordia] inconmensurable e

incorruptible. ¿Cómo te podría hablar de él?

La tríada divina: la madre

Su eón es incorruptible en su quietud, [reposando en silencio]. Preexiste [a todo] y es la cabeza de todos los eones y el que les otorga fuerza por medio de su bondad. Pues nosotros, [siendo ignorantes], no podemos conocer a aquel que es [inconmensurable]. Solo puede hacerlo aquel que ha vivido en él, el Padre; él es quien nos lo ha explicado^[632].

El (supremo) se contempla en la luz que lo rodea, que es la fuente de las aguas vivas que se entrega a todos los eones bajo múltiples formas. Él [contempla] su propia imagen reflejada en la fuente del [espíritu] y desea (habitar) en su agua [luminosa], que es la fuente del agua [pura] que lo rodea^[633]. Su [inteligencia (*énnoia*) entró] en acción y apareció, [irguiéndose] y manifestándose ante él en el [resplandor] de aquella luz.

Himno de la inteligencia

Esta es la [potencia] que existe antes que todos ellos, que [procedió] del pensamiento de aquel, la [suprema inteligencia del todo], luz [semejanza] de luz, potencia [perfecta], imagen del Espíritu invisible, virginal y perfecto. Ella es [la potencia] y la gloria, Barbeló^[634], gloria perfecta de los eones, gloria de la revelación, gloria del espíritu virginal.

P. 5 Ella lo alabó, pues gracias a él había llegado a la existencia. Este es el primer pensamiento, la imagen de aquel. Ella fue la matriz del todo, pues existió antes que todos ellos, madre, padre, hombre primordial, espíritu santo, el triple varón, la triple potencia, el triple nombre, el andrógino, el eón eterno entre los invisibles, el primer principiado.

Este eón, [es decir, Barbeló], pidió al invisible Espíritu virginal que le fuera concedida una presciencia, y el Espíritu accedió. Y cuando hubo [accedido], se manifestó la

Presciencia y se irguió junto a la suprema inteligencia, la que procede del pensamiento del invisible Espíritu virginal. Lo ensalzó, a él y a su perfecta potencia, Barbeló, pues a causa de ella había llegado a la existencia.

Otra vez pidió que le fuera concedida la [incorruptibilidad], y él accedió. Cuando hubo [accedido], se manifestó la Incorruptibilidad y se irguió junto al Pensamiento y a la Presciencia. Y ensalzaron al Invisible y a Barbeló, a causa de la cual habían llegado a la existencia.

Y Barbeló pidió que le fuera concedida una vida eterna, y el invisible Espíritu accedió. Y cuando hubo accedido, se manifestó la vida eterna, y [se irguieron] y ensalzaron al Invisible [Espíritu] y a Barbeló, pues a causa de ella habían llegado a la existencia.

Nuevamente pidió que le fuera concedida la verdad, y el invisible Espíritu accedió. La Verdad se manifestó, y se irguieron y ensalzaron al Invisible y fragante Espíritu y a Barbeló, pues a causa de ella habían llegado a la existencia.

P. 6 Estos son los cinco eones del Padre, del Hombre Primordial que es imagen del invisible Espíritu, es decir, de la suprema inteligencia que es Barbeló: [Inteligencia], Presciencia, Incorruptibilidad, Vida eterna y Verdad. Esta es la péntada de los eones andróginos, lo que hace una decena de eones. Esto es el Padre.

La tríada divina: el Hijo

El (Espíritu) miró hacia dentro de Barbeló por medio de la pura luz —la que rodea al Espíritu invisible y su resplandor— y ella concibió de él. Engendró una centella de luz semejante a la luz beata, aunque sin igualar su magnitud. Este es un unigénito del Padre materno que se había manifestado, su único vástago, el unigénito del Padre, la pura luz^[635].

El invisible Espíritu virginal se alegró en la luz que había

sobrevenido, que se había manifestado en primer lugar por medio de la primera potencia de su suprema inteligencia, es decir, Barbeló. Y lo ungió con su bondad a fin de hacerlo perfecto y no carente de bien alguno, pues lo había ungido con la bondad del Espíritu invisible. Y se erguía delante de él cuando recibía la unción. En cuanto hubo recibido el don del Espíritu, ensalzó al Espíritu Santo y a la suprema inteligencia perfecta, gracias a la cual se había manifestado.

El (Hijo) pidió que le fuera concedido un colaborador, que era el Intelecto. El (Espíritu) accedió. Una vez el invisible Espíritu hubo accedido,

P. 7 el Intelecto se reveló y se irguió junto al ungido, ensalzándolo, y también a Barbeló. Todos ellos llegaron a la existencia en silencio y en inteligencia.

BG: El Espíritu invisible quiso producir una [realidad] por medio de la palabra, y su querer se hizo realidad y se manifestó junto al intelecto y la luz, glorificando (al Espíritu). El Logos siguió al querer, pues por medio del Logos, Cristo, el divino Autoengendrado^[636], había producido al todo.

La Vida eterna, el Querer, el Intelecto y la Presciencia se irguieron y glorificaron al Espíritu invisible y a Barbeló, pues a causa de ella habían llegado a la existencia.

El Espíritu Santo perfeccionó al divino Autoengendrado, hijo de Barbeló, para que se irguiera ante la magnitud y el invisible Espíritu virginal como Autoengendrado divino, el Cristo, a quien él había honrado con voz poderosa y que se había manifestado por medio de la suprema inteligencia. El invisible Espíritu virginal estableció al divino Autoengendrado como cabeza del todo y [como Dios de la

verdad], y le sometió todas las potestades, a fin de que comprendiera al todo. Este es el que ha sido llamado con un nombre que supera todo nombre^[637]. Este nombre será comunicado a los que sean dignos.

Los cuatro luminares

Ahora bien, los cuatro luminares que provienen del divino Autoengendrado salieron de la luz, que es el Cristo, y de la incorruptibilidad como un don del Espíritu, a fin de mantenerse erguidos junto (al Cristo).

P. 8 La tríada es: Querer, Inteligencia y Vida.

Las cuatro potencias son: Comprensión, Gracia, Percepción y Prudencia. La Gracia se halla junto al eón luminar Armozel, que es el primer ángel. Con este eón hay otros tres eones: Gracia, Verdad, Forma. El segundo luminar es Oriel, establecido sobre el segundo eón. Con él hay otros tres eones: Intección, Percepción, Memoria. El tercer luminar es Daveitai, establecido sobre el tercer eón. Con él hay otros tres eones: Comprensión, Amor, Idea. El cuarto eón ha sido establecido sobre el cuarto luminar, Elelet. Con él hay otros tres eones: Perfección, Paz, Sabiduría.

Estos son los cuatro luminares que están erguidos ante el divino Autoengendrado. Y estos son los doce eones que están erguidos ante el hijo, el Autoengendrado, por el querer y el don del Espíritu invisible. Los doce eones pertenecen al Hijo, el Autoengendrado, y el todo fue consolidado precisamente por el querer del Espíritu Santo por medio del Autoengendrado.

El Hombre Primordial

El hombre perfecto, primera verdadera manifestación, procedió de la presciencia del perfecto intelecto por medio de la revelación del querer del Espíritu invisible y del querer del Autoengendrado. El Espíritu invisible lo denominó [BG

Adán], P. 9 y lo estableció sobre el primer eón con el gran Autoengendrado, el Cristo, junto al primer luminar, Armozel, y sus potencias estaban con él. El invisible le otorgó una potencia intelectual invencible. Él habló ensalzando y bendiciendo al Espíritu invisible y dijo: gracias a ti ha existido el todo, y el todo retornará a ti. Yo te alabaré y te ensaltaré, y al Autoengendrado junto con los tres eones, el Padre, la Madre y el Hijo, la perfecta potencia.

(Adán) estableció a su hijo Set sobre el segundo eón, junto al segundo luminar, Oriel. La simiente de Set fue establecida sobre el tercer eón, sobre el tercer luminar, Daveitai. Allí fueron depositadas las almas de los santos. En el cuarto eón fueron establecidas las almas de los que ignoraron el Pleroma y no se apresuraron a arrepentirse, antes bien se demoraron un tiempo y después se arrepintieron. Estas quedaron junto al cuarto luminar, Elelet.

Estas son las criaturas que glorifican al Espíritu invisible.

Exégesis del Antiguo Testamento. El lapso de Sabiduría (Génesis 1, 1-2)

La Sabiduría, que era un eón, concibió en su interior un pensamiento, una reflexión acerca del Espíritu invisible y de la presciencia. Deseó manifestarse en una imagen salida de sí misma sin el querer del Espíritu, que no lo consentía, y sin su consorte, que no daba su aprobación. Y aunque no lo consentía su personificación masculina, y sin haber obtenido su acuerdo, y a pesar de haberlo premeditado sin el consentimiento del Espíritu y de no contar con el acuerdo (de su parte masculina), ella se hizo adelante.

P. 10 Puesto que había en ella una potencia invencible, su pensamiento no permaneció inactivo, y a partir de ella se manifestó una obra imperfecta y distinta de su forma, pues la había producido sin su consorte. No se parecía en nada a la

figura de su madre, sino que tenía otra forma.

Una vez hubo visto la obra deseada, esta se transmutó en la figura de un extraño dragón con rostro de león, de ojos resplandecientes como relámpagos. Lo arrojó lejos de ella y de aquel lugar a fin de que no lo viera ninguno de los inmortales, pues lo había creado en ignorancia. Lo envolvió en una nube luminosa y (lo) colocó en un trono en medio de la nube^[638] para que nadie lo viera excepto el Espíritu Santo que es llamado «la madre de los vivientes^[639]». Y le puso por nombre Yaldabaot.

La creación demiúrgica (Génesis 1, 3-24)

Este es el primer arconte. Recibió de su madre una gran potencia, y se alejó de ella y abandonó los lugares en los que había sido creado. Se robusteció y creó para sí otros eones resplandecientes de fuego luminoso. Allí se halla todavía. Se aferró a la necedad que lo habita y engendró potestades para sí. El nombre del primero es Atot, que las razas humanas llaman [...]. El segundo es Harmas, que es [el ojo] de la envidia. El tercero es Calila Umbri. El cuarto es Yabel. El quinto es Adonaiou, denominado Sabaot. El sexto es Caín, que las razas humanas llaman el sol. El séptimo es Abel. El octavo es Abrisene. El noveno es Yobel. **P. 11** El décimo es Armupiel. El undécimo es Melquiradonin. El duodécimo es Belias, que preside los abismos infernales^[640].

Estableció también siete reyes, uno para cada firmamento del cielo, sobre la hebdomada celestial, y cinco sobre las profundidades del abismo para que reinaran^[641]. Y les repartió su fuego, aunque no los dotó del poder luminoso que había recibido de su madre, pues era una tiniebla ignorante.

Cuando la luz se mezcló con la oscuridad indujo en la oscuridad una iluminación. Cuando la oscuridad se mezcló con la luz, la luz se oscureció, y ya no hubo luz ni oscuridad,

sino una cosa débil.

El arconte débil tiene tres nombres. El primer nombre es Yaldabaot, el segundo es Saclas, el tercero es Samael. Es un ser impío repleto de necedad. Dijo en efecto: «Yo soy dios y no hay otro dios fuera de mí^[642]». Con lo cual se mostró ignorante de su fundamento, el lugar de donde procedió.

Los arcontes crearon seis potencias para sí, y las potencias se crearon seis ángeles para cada una. [BG: En total, pues, hicieron 360 ángeles].

Estos son los nombres corporales (de los arcontes planetarios): el primero es Atot, que tiene aspecto de carnero. El segundo es Eloseo, que tiene aspecto de asno. El tercero es Astafeo, con aspecto de hiena. El cuarto es Yaó, con aspecto de serpiente de siete cabezas. El quinto es Sabaot, con aspecto de dragón. El sexto es Adonín, con aspecto de mono. El séptimo es Sabbede, con aspecto de fuego centelleante. Esta es la hebdómada de la semana.

P. 12 Yaldabaot tenía multitud de aspectos además de los mencionados, de modo que puede adoptar cualquiera de ellos según le plazca. Hallándose en medio de los serafines, los hace participar de su fuego. Por esto los domina, a causa de la potencia de la gloria que le corresponde en la luz de su madre. Por esto se atribuye el nombre de dios, sin respeto por el lugar del que procedía.

[Y juntó a] las potestades que estaban en torno a él con las siete potencias, a través de su pensamiento. Y por el solo hecho de decirlo se realizó. Dio un nombre a cada potencia, comenzando por arriba. La primera es bondad, con el primero, Atot. La segunda es providencia, con el segundo, Eloeo. La tercera es la divinidad, con el tercero, Astafeo. La cuarta es dominación, con el cuarto, Iaó. La quinta es el reino, con el quinto, Sanbaot. La sexta es la envidia, con el sexto,

Adonín. La séptima es la comprensión, con el séptimo, Sabbateón. Poseen un firmamento por cada eón celestial, y han recibido nombres de acuerdo con la gloria de las cosas celestiales en orden a [la destrucción] de las potencias. Los nombres que les otorgó su primer creador parecían poderosos. En cambio, los nombres que recibieron de acuerdo con la gloria de las cosas celestiales son para ellos destrucción e impotencia. Por esto tienen dos nombres.

Él ordenó toda cosa de acuerdo con la sem de los primeros eones que habían existido, **P. 13** de modo que los creó con la figura de los incorruptibles, no porque hubiera visto a los incorruptibles, sino porque la potencia que reside en él, recibida de su madre, producía en él la semejanza del mundo.

Cuando vio la creación que lo rodeaba y la multitud de ángeles nacidos de él a su alrededor^[643], les dijo: «Yo soy un Dios celoso y no hay otro Dios fuera de mí». Diciendo esto indicaba a los ángeles que lo rodeaban que había otro Dios, pues si no había otro, ¿de quién estaría celoso?

La Sabiduría inferior (Génesis 1, 2)

Entonces la madre comenzó a agitarse. Había conocido la deficiencia al debilitarse el resplandor de su luz, y se oscureció porque su consorte no estaba en armonía con ella.

Entonces yo (Juan) dije: «Señor, ¿qué quiere decir agitarse?».

Él me dijo sonriente: No pienses que es como dijo Moisés «sobre las aguas», no, sino que cuando ella vio la maldad que había sobrevenido y la apostasía que su hijo había protagonizado, se acongojó y cayó en un olvido en medio de la oscuridad de la ignorancia. No tuvo la audacia de regresar, sino que comenzó a moverse. Y este movimiento es aquella «agitación». El arrogante recibió de su madre una potencia. Era ignorante y pensaba que no existía ninguna potencia más

que la de su madre. Y cuando vio la multitud de ángeles que había creado, se glorió de ser superior a ellos.

Cuando la madre se percató de la imperfección del [aborto] de la oscuridad, comprendió que su consorte no había estado en armonía con ella. **P. 14** Se arrepintió, y rompió en un gran llanto. Los (eones) de todo el Pleroma percibieron la amargura de su arrepentimiento y pidieron un socorro para ella al invisible Espíritu virginal. El Santo Espíritu accedió y derramó sobre ella un don procedente de todo el Pleroma. Su consorte no se había acercado a ella, pero entonces se le aproximó por medio del Pleroma a fin de rectificar su deficiencia. Y no fue transportada a su propio eón, sino más allá de su hijo, a fin de que permaneciera en la enéada hasta la rectificación de su deficiencia.

El hombre primordial (Génesis 1, 3-5)

Una voz provino del eón celestial superior: «Existe el hombre y el hijo del hombre». El primer eón Yaldabaot lo oyó y pensó que procedía de su madre, pero en realidad no sabía su procedencia. El padre materno santo y perfecto —la suprema inteligencia perfecta, imagen del invisible, que es el padre del todo, por medio del cual el todo vino a existencia, el hombre Primordial— les enseñó que la semejanza de él se había manifestado en figura humana^[644].

El eón del primer arconte tembló enteramente y los fundamentos del abismo se conmovieron, y por medio de las aguas que están sobre la materia fue iluminada la región inferior por una aparición de la semejanza de él que había sido manifestada. Todas las potestades y el primer arconte se inclinaron y vieron que la entera región inferior resplandecía, y gracias a la luz vieron la forma de la semejanza en el agua.

El hombre psíquico (Génesis 1, 26-27)

P. 15 Y dijo a las potestades que estaban con él: «Venid,

hagamos un hombre según la imagen de Dios y según nuestra semejanza, a fin de que su imagen sea luz para nosotros».

Y lo crearon por medio de sus respectivos poderes de acuerdo con las instrucciones que habían recibido. Cada potestad obró una marca distintiva en la figura de la imagen que él había entrevisto en su elemento psíquico. Creó un ser según la imagen del hombre primordial y perfecto.

Y entonces dijeron: «Pongámosle por nombre Adán, a fin de que su nombre sea para nosotros una luz poderosa».

Las potestades iniciaron la obra. La primera, la bondad, creó un alma ósea. La segunda, la providencia, creó un alma de nervio. La tercera, la divinidad, creó un alma carnosa. La cuarta, la dominación, creó un alma de médula. La quinta, el reino, creó un alma sanguínea. La sexta, la envidia, creó un alma de piel. La séptima, comprensión, creó un alma de pelo.

Ellos, la multitud de los ángeles, se irguieron ante él y recibieron de las potestades las siete sustancias psíquicas destinadas a operar el ensamblaje de los miembros, la coordinación de los órganos y la composición ordenada de cada miembro.

El primero, Eterafaope Abron, comenzó por crear la cabeza; Menigestroet creó su parte superior; Asterejmen creó el cerebro; el ojo derecho lo creó Taspomoján; el ojo izquierdo lo creó Jerónimo; la oreja derecha, Bisún; la oreja izquierda, Aquioreín; la nariz, Banen Efrún; los labios, Amén; **P. 16** los dientes, Ibicán; las muelas, Basiliademe; las amígdalas, Ajcán; la nuez, Adabán; el cuello, Jaamán; la columna vertebral, Dearjó; la garganta, Tebar; el hombro izquierdo, Mniarjón; el codo izquierdo, Abitrión; el antebrazo derecho, Euantén; el antebrazo izquierdo, Cris; la mano derecha, Beliai; la mano izquierda, Treneu; los dedos de la mano derecha, Balbel; los dedos de la mano izquierda, Crima;

las uñas de las manos, Astrops; el seno derecho, Barrof; el seno izquierdo, Baún; el sobaco derecho, Ararín; el sobaco izquierdo, Arej; el vientre, Ftaué; el ombligo, Senafín; el abdomen, Arajetopi; el costado derecho, Zabedo; el costado izquierdo, Barias; el muslo derecho, Fnut; el muslo izquierdo, Abenlenarjei; el tuétano del hueso, Jnumeninorín; los huesos, Gesole; el estómago, Agromauma; el corazón, Bano; el pulmón, Sostrapal; el hígado, Anesimalar; el bazo, Topitro; los intestinos, Biblo; los riñones, Roeror; los nervios, Taphreo; la espina dorsal del cuerpo, Ipuspoboba; las venas, Bineborin; las arterias, Latoimenpsefei; les pertenecen los alientos que recorren todos los miembros, Entolle [...]; la carne entera, Beduc; la matriz derecha, Arabeei; el pene izquierdo, Eilo; los testículos, Sorma; las partes pudendas, Gormacaiojlabar; la pierna derecha, Nebrit; la pierna izquierda, Pserén; la articulación (?) de la pierna derecha, Asaclas; la articulación (?) izquierda, Ormaot; la rodilla derecha, Emenín; la rodilla izquierda, Cnix; **P. 17** la tibia derecha, Tipelón; la tibia izquierda, Ajiel; el tobillo derecho, Fneme; el tobillo izquierdo, Fiutrón; el pie derecho, Boabel; los dedos del pie derecho, Trajún; el pie izquierdo, Ficna; los dedos del pie izquierdo, Miamai; las uñas de los pies, Labernium.

Los que han sido puestos sobre todos estos son siete: Atot, Armas, Calila, Yabel, Sabaot, Caín, Abel.

Los que obran particularmente en los miembros son: en la cabeza, Diolimodra; en la nuca, Yammeax; en el hombro derecho, Yaquib; en el hombro izquierdo, Ouerton; en la mano derecha, Oudidí; en la mano izquierda, Arbao; en los dedos de la mano derecha, Lampno; en los dedos de la mano izquierda, Lecafar; en el seno derecho, Barbar; en el seno izquierdo, Imae; en el pecho, Pisandriaptés; en el sobaco derecho, Coade; en el sobaco izquierdo, Odeor; en el costado derecho, Asfixix; en el costado izquierdo, Sinogjuta; en el

vientre, Arouf; en la matriz, Sabalo; en el muslo derecho, Jarjarb; en el muslo izquierdo, Jtaon; en todas las partes pudendas, Batinot; en la pierna derecha, Joux; en la pierna izquierda, Jarja; en el tobillo derecho, Aroer; en el tobillo izquierdo, Toejea; en la rodilla derecha, Aol; en la rodilla izquierda, Jaraner; en el pie derecho, Bastan; en sus dedos, Arjentejta; en el pie izquierdo, Marefnount; en sus dedos, Abrana.

Sobre estos dominan los siete siguientes: Miguel, Uriel, Asmenedas, Safasatoel, Aarmurián, Rijrán, Amiorps.

Los que dominan sobre las sensaciones son Arjendecta; sobre la percepción, Deitarbatas; sobre la imaginación, Ummaa; sobre [el azar], Aajiará; sobre todo el impulso, Riaramnajo.

P. 18 El origen de los demonios que están en todo el cuerpo es determinado por cuatro cosas: calor, frío, humedad, sequedad. Pero la madre de todos ellos es la materia. El que domina sobre el calor es Floxofa, el que domina sobre el frío es Oroorroto, el que domina sobre lo seco es Erimajó, el que domina sobre lo húmedo es Aturo. La madre de todos estos pone en medio de ellos a Onortojrasaei, pues ella es indefinida y se mezcla con todos ellos. Es verdaderamente la materia, puesto que los nutre a todos.

Los cuatro principales demonios son: Efememfi, para el placer; Yoco, para el deseo; Nenentofni, para la pena; Blaomen, para el temor. La madre de todos ellos es la sensación, Suj Eiptoe. De estos cuatro demonios provienen las pasiones. De la pena provienen la envidia, los celos, el dolor, la molestia, la prepotencia, la negligencia, la preocupación, la aflicción y otras. Del placer provienen muchos vicios, vanidad y cosas parecidas. Del deseo provienen la ira, la irritación, el amor áspero, la avidez y cosas

semejantes. Del temor vienen el estupor, la perplejidad, la angustia, la vergüenza. Su manera de ser hace que puedan resultar útiles o perniciosas. El concepto de su realidad, sin embargo, es Anaio, que es la parte superior del alma material, ya que se halla con la sensación, que es Suj Eiptoe.

P. 19 El número total de ángeles es trescientos sesenta y cinco. Todos colaboraron para completarlo, miembro por miembro, tanto el cuerpo psíquico como el material. Hay otros, sin embargo, sobre el resto de las pasiones, acerca de los cuales no te he hablado. Si quieres conocerlos, los hallarás descritos en el *Libro de Zoroastro*.

Insuflación del espíritu. El hombre espiritual (Génesis 2, 7)

Habían colaborado todos, ángeles y demonios, para poner a punto el cuerpo psíquico. Pero toda su obra permaneció inerte e inmóvil durante largo tiempo. La madre (Sabiduría) quiso recuperar la potencia que había comunicado al primer arconte, y se hizo suplicante ante el padre materno del todo, el gran misericordioso. Él envió, por medio de un santo decreto, cinco luminares hacia el lugar de los ángeles del primer arconte.

Los luminares, con el propósito de recuperar la potencia de la madre, impartieron a Yaldabaot las siguientes instrucciones: «Sopla sobre su rostro tu propio aliento, y su cuerpo se levantará».

Y él sopló sobre su rostro su aliento^[645], que es la potencia de su madre; pero no lo sabía, porque era un ignorante. Entonces la potencia de la madre salió de Yaldabaot y penetró en el cuerpo psíquico que ellos habían elaborado según la semejanza del ser primordial. Y se movió, se robusteció y resplandeció.

P. 20 Entonces las restantes potencias tuvieron envidia, puesto que todas ellas eran las que lo habían producido y

habían dado su potencia al hombre, y ahora su inteligencia superaba a la de sus creadores, incluso la del primer arconte. Cuando se percataron de que era resplandeciente, que su pensamiento las sobrepasaba y que estaba libre de maldad, lo agarraron y lo precipitaron a la región inferior de toda la materia.

La Inteligencia auxiliadora (Génesis 2,18)

Ahora bien, el bienaventurado, el Padre materno, el benefactor y misericordioso, se apiadó de la potencia de la madre, la que había provenido del primer arconte y luego iba a dominar el cuerpo psíquico y sensible. Entonces, por medio de su Espíritu benefactor y su gran misericordia, envió una auxiliar para Adán, una intelección luminosa que procedía de él, la denominada Vida. Esta es la auxiliadora de toda la criatura, la que sufre con el (hombre) y lo establece en su Pleroma, instruyéndolo acerca de la caída de su [deficiencia], instruyéndolo sobre el camino del retorno, por el que ya había descendido. La intelección luminosa estaba escondida en Adán a fin de que los arcontes no la conocieran y que la intelección pudiera [rectificar] la deficiencia de la madre.

El hombre terrenal (Génesis 2, 7 y 3, 21)

El hombre se manifestó a causa de la centella de luz que estaba en él. Su pensamiento era superior al de todos sus creadores. Cuando estos miraron hacia arriba vieron que su pensamiento era superior. Entonces celebraron un conciliábulo con todos los seres arcónticos y angélicos. **P. 21** Tomaron fuego, tierra y agua, los mezclaron completamente con los cuatro vientos del fuego e hicieron una masa compacta, originando un gran trastorno. Entonces arrastraron a Adán hacia la sombra de la muerte a fin de modelarlo otra vez con (aquella mezcla de) tierra, agua y fuego y con el espíritu que procede de la materia —que es la

ignorancia de la oscuridad y del deseo— y con su espíritu contrahecho. Esta es la tumba, la nueva plasmación del cuerpo, el andrajo con que los facinerosos lo vistieron, la cadena del olvido. De esta manera fue ya un hombre mortal. Esta es la primera caída y la primera ruptura. Sin embargo, la intelección luminosa que poseía se disponía a despertar su pensamiento.

Adán en el paraíso (Génesis 2, 8-9)

Los arcontes lo arrebataron y lo pusieron en el paraíso, diciéndole: «¡Come!». Su alimento es amargo, su belleza es perversa, su alimento es engañoso, sus árboles son la impiedad, su fruto es un veneno mortal, su promesa es muerte. Ahora bien, el árbol de su vida lo plantaron en medio del paraíso. Voy a explicaros cuál es el secreto de su vida: viene del conciliábulo que convocaron, [es su espíritu contrahecho]. La raíz (de este árbol) es amarga, sus ramas son muerte, su sombra es odio, sus hojas acarrearán engaño, su savia es el ungüento de la perversidad, su fruto es la muerte, su simiente es un deseo que germina en la oscuridad, **P. 22** el infierno es el lugar de los que lo gustan y la oscuridad el lugar de su reposo. (Otro es) el denominado por ellos «árbol del conocimiento del bien y del mal» esto es, la intelección luminosa.

La serpiente (Génesis 3, 1-5)

Los arcontes vigilaron junto a él para evitar que Adán viera su Pleroma y se percatara de la desnudez de su vergüenza^[646]. Sin embargo, yo los incité a que comieran.

Entonces yo (Juan) dije al Salvador: «Señor, ¿no fue la serpiente la que indujo a Adán a comer?».

El Salvador contestó sonriendo: «La serpiente les enseñó a comer el vicio de la generación y la apetencia de la corrupción, a fin utilizarlo en provecho de sí misma».

Y Adán se dio cuenta de que había desobedecido al arconte a causa de la luz de la intelección que poseía, que rectificaba su pensamiento y lo hacía superior al del primer arconte.

Creación de la mujer (Génesis 2, 21-25 y 3, 20)

Entonces este quiso recuperar la potencia que había introducido en Adán, y extendió sobre él un olvido.

Entonces dije al Salvador: «¿Qué es el olvido?».

Él contestó: «No es como Moisés ha escrito y como tú has escuchado. Pues dice en su primer libro: “Lo hizo dormir”. Esto significa en realidad que [el arconte envolvió sus sentidos con una especie de velo y lo agobió con una insensibilidad]. A este respecto dice el profeta: “Llenaré de pesadumbre sus corazones para que no comprendan y no vean^[647]”. Entonces la intelección luminosa se escondió en Adán, y el primer arconte pretendió hacerla salir por su costilla. Pero la intelección luminosa es inaferrable; la oscuridad la perseguía y no la podía alcanzar. Entonces el arconte tomó una parte de la potencia de Adán y elaboró otra criatura en forma de mujer de acuerdo con la semejanza de la intelección que se le había manifestado. **P. 23** De esta manera transfirió la parte que había tomado de la potencia del hombre a la plasmación de una entidad femenina. Y no sucedió según dijo Moisés: «Su costilla».

Adán vio a la mujer junto a él, y al instante se manifestó la intelección luminosa disipando el velo que cubría su mente, y se purificó de la embriaguez de la oscuridad. Reconoció su semejanza y dijo: «He aquí hueso de mis huesos y carne de mi carne; por esto abandonará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne». Efectivamente, le es ofrecida su cónyuge.

Nuestra hermana, la Sabiduría, descendió con inocencia a fin de rectificar su deficiencia. Por esto es llamada Zoé, que

significa «la madre de los vivientes^[648]». Por medio de la suprema inteligencia de la verdadera soberanía superior y gracias a ella misma gustaron ellos el perfecto conocimiento. Fui yo el que me manifesté en figura de águila sobre el árbol del conocimiento. Esto se refiere a la intelección que proviene de la inteligencia suprema, la luz pura, para instruirlos y despertarlos de la profundidad del sueño, pues se hallaban ambos en decadencia y se habían percatado de su desnudez. La intelección se les apareció como una luz y despertó su pensamiento.

La expulsión del paraíso (Génesis 3, 17-24)

Cuando Yaldabaot se percató de que se apartaban de él, maldijo su propia tierra. Entonces encontró a la mujer que se preparaba para su marido. **P. 24** Él (arconte) era su dueño, pero no conocía el secreto que dependía del santo decreto. Ellos, sin embargo, no se atrevieron a execrarlo y a poner de manifiesto la ignorancia del arconte delante de sus propios ángeles. Entonces él los expulsó del paraíso y los envolvió en una densa oscuridad.

Caín y Abel (Génesis 4, 1-2)

El primer arconte vio a la doncella que estaba junto a Adán y supo que la intelección luminosa se había manifestado en ella como vida. Yaldabaot quedó sumergido en ignorancia. Pero cuando la suprema inteligencia del todo se dio cuenta, procuró que le fuera arrebatada a Eva la vida que poseía. Entonces el primer arconte la mancilló y engendró de ella dos hijos, el primero y el segundo: Elohim y Yahvé. Elohim tiene rostro de oso, Yahvé tiene rostro de gato. Uno es justo, otro injusto. Estableció a Yahvé sobre el fuego y sobre el viento, y a Elohim sobre el agua y sobre la tierra. A estos les impuso los nombres de Caín y Abel. (Todo esto lo realizó) atendiendo a sus malas artes. Hasta el día de hoy ha persistido la

copulación a causa del primer arconte, que implantó el deseo de la generación en la compañera de Adán. Por medio de la copulación suscitó la generación de la forma de los cuerpos, y los gobernó por medio de su espíritu contrahecho. Estableció a los dos arcontes sobre los principados de modo que dominaran sobre la tumba.

Generación de Set (Génesis 4, 25-26)

Una vez hubo Adán conocido la semejanza de su propia presciencia, engendró la semejanza del hijo del hombre **P. 25** y le impuso el nombre de Set. De acuerdo con el modo de la generación entre los eones, la otra madre, igualmente, hizo descender su espíritu, que es una semejanza de sí misma y un modelo para los que pertenecen al Pleroma, a fin de preparar un lugar para los eones que iban a descender. Entonces (el Espíritu) les dio a beber, por medio del primer arconte, un agua de olvido, a fin de que no pudieran saber de dónde procedían.

BG: Adán conoció a la que le era consustancial y engendró a Set. De acuerdo con el modo de la generación entre los eones, la madre, igualmente, hizo descender al que le pertenece. Este, el Espíritu, vino sobre ella con el fin de despertar a la que le es consustancial (e instruirla) acerca del modelo de la perfección, para librarlos del olvido y de la malicia de la tumba.

De esta manera [el Espíritu] se demoró un cierto tiempo en prestar auxilio [a la simiente], a fin de que cuando descendiera el Espíritu procedente de los santos eones fuera rectificada y curada de la deficiencia, de manera que todo el Pleroma fuera santo y sin deficiencia.

Cuestiones de escatología. Diversos destinos de las almas

Entonces dije al Salvador: «Señor, ¿se salvarán todas las almas y entrarán en la pura luz?».

Él respondió, diciendo: «Muy importantes son las cosas que has alcanzado con tu pensamiento, y difíciles de explicar a otros, a no ser los que pertenecen a la raza incommovible, los que recibirán el espíritu de vida que vendrá con poder, los que se salvarán. Ellos serán perfectos y dignos de la grandeza, y en aquel lugar serán purificados de toda maldad y de las apetencias de perversidad, pues no tendrán otra preocupación más que la incorruptibilidad, en la cual meditarán continuamente desde ahora sin ira, sin envidia y sin celos, sin apetencia y sin insatisfacción respecto a todo. No serán afectados por nada, a no ser en relación únicamente con la sustancia de la carne que han asumido. En el entretanto, estarán expectantes respecto al tiempo en que tendrá lugar la visita de los que tienen que recibirlos. **P. 26** Esta es la manera de ser de los dignos de la vida incorruptible y eterna y de la vocación, los que tienen paciencia y lo soportan todo a fin de perfeccionarse en el bien y heredar la vida eterna».

Yo le dije: «Señor, las almas que no han obrado estas cosas y que, sin embargo, han recibido la potencia del Espíritu de vida, ¿serán rechazadas?».

Él respondió y dijo: «Si el Espíritu descende sobre ellas, se salvarán de todas maneras y seguirán adelante. Pues la potencia descende sobre todo hombre, y sin ella nadie puede mantenerse erguido. Después de su nacimiento, el Espíritu de vida crece y viene la fuerza que robustece aquel alma, y ya no puede extraviarse en las obras de la perversidad. En cambio, las que han recibido el espíritu contrahecho son atraídas por él y se extravían».

Yo dije: «Señor, ¿adónde van las almas cuando abandonan

la carne?»..

Él me dijo, sonriendo: «El alma en la que la potencia predomina sobre el espíritu contrahecho es fuerte y huye de la perversidad, y gracias a la vigilancia del Incorruptible se salva y es recibida en el reposo de los eones».

Yo dije: «Señor, aquellos que no supieron a quién pertenecen, ¿adónde irán sus almas?».

P. 27 Y él me dijo: «En estas se ha robustecido el espíritu contrahecho a causa de su error. Él abrumba al alma y la arrastra hacia las obras de la perversidad, arrojándola al olvido. Después de su partida es entregada a las potestades que procedieron del arconte y entonces la atan con cadenas, la precipitan en la cárcel y deambulan con ella hasta que despierta del olvido y recibe el conocimiento. Cuando todo esto se ha cumplido, se salva».

Pero yo dije: «Señor, ¿y cómo puede el alma empequeñecerse y volver a la naturaleza de su madre o dentro del hombre?».

Él se alegró de esta pregunta y me dijo: «Tú eres realmente feliz, puesto que has conocido. Aquella alma tiene que seguir a otra que posea el espíritu de vida, y se salvará gracias a esta y ya no será arrojada a otra carne».

Y yo dije: «Señor, aquellas almas que han tenido conocimiento y luego se han desviado, ¿adónde irán?».

Él, entonces me dijo: «Al lugar a donde irán los ángeles de la indigencia, allí serán recibidas, un lugar donde no cabe ya el arrepentimiento y en el que serán custodiadas hasta el día en que sean torturados los que hayan blasfemado contra el Espíritu, quienes serán castigados con una pena eterna».

El destino

Pero yo dije: «Señor, ¿de dónde provino el espíritu

contrahecho?».

Entonces me dijo: «El Padre materno de gran misericordia, el Espíritu Santo, rico en toda forma de piedad y de compasión, **P. 28** es decir, la intelección de la suprema inteligencia luminosa, enderezó la simiente de la raza perfecta, el pensamiento [**BG** del hombre de luz para siempre]. Cuando el primer arconte se percató de que se situaban por encima de él y que le superaban en inteligencia, maquinó apoderarse de su mente, ignorando que lo sobrepasaban en inteligencia y que nunca los podría dominar. Entonces convocó una asamblea de sus potestades, que son sus potencias, y fornicaron de consuno con la Sabiduría, engendrando la amargura del destino, que es el último vínculo contrahecho, de tal manera que se hacen contrahechos unos a otros. Es el vínculo más consistente y más fuerte que entrelaza a los dioses, a los ángeles, a los demonios y a toda raza hasta el día de hoy. De este destino procede toda iniquidad, injusticia y blasfemia, vínculo del olvido y de la ignorancia, todo precepto insoportable, los pecados graves y los grandes temores. De esta manera toda la creación vino a ser ciega, a fin de que no conocieran al Dios que está por encima de todos ellos. A causa del vínculo del olvido fueron ocultados sus pecados, pues se hallan constreñidos por medidas, tiempos y momentos. El destino lo domina todo.

El diluvio (Génesis 6-8)

El arconte se arrepintió de todo lo que había producido. Entonces decidió provocar un diluvio sobre la creación humana. **P. 29** Sin embargo, la grandeza de la suprema inteligencia luminosa alertó a Noé, y este advirtió a toda la raza de los hijos de los hombres. Pero los que le eran ajenos no le hicieron ningún caso. No sucedió, pues, como lo narra

Moisés, que dice: «Se escondieron dentro de un arca^[649]». En realidad se escondieron en un lugar no solo Noé, sino también muchos hombres procedentes de la raza inconvencible. Penetraron en un lugar donde se escondieron en una nube luminosa. Noé se percató de su suprema soberanía, y estaba junto a él la entidad luminosa que los había iluminado, pues el arconte había difundido oscuridad sobre toda la tierra.

Los gigantes (Génesis 6, 1-4)

El arconte convocó una asamblea con sus potencias y envió a sus ángeles hacia las hijas de los hombres para raptarlas y suscitar una simiente para su placer. Al comienzo no se salieron con la suya. En vista de su fracaso, se reunieron otra vez y decidieron crear un espíritu contrahecho parecido al espíritu que había descendido, a fin de mancillar las almas por medio de él. Entonces los ángeles se transmutaron hasta parecerse a los maridos, colmándolas del espíritu tenebroso que habían mezclado para ellas, y de perversidad. Trajeron presentes de oro y plata, de bronce y de hierro, y metales y cosas parecidas. **P. 30** Y acarrearón a los hombres que los habían seguido grandes cuitas, arrastrándolos a gravísimos errores. Envejecieron sin gozo alguno y murieron sin haber hallado ninguna verdad y sin haber conocido al verdadero Dios. Y así es como los arcontes esclavizaron a toda la creación para siempre desde la constitución del cosmos hasta el presente. Entonces los hombres tomaron mujeres y engendraron de la oscuridad hijos a semejanza de su espíritu. Y cerraron sus corazones y los endurecieron con la costra del espíritu contrahecho hasta el presente.

El himno de la suprema inteligencia^[650]

Yo, suprema inteligencia perfecta del todo, me transformo en mi simiente. Yo preexisto y voy por todos los caminos. Yo

soy la abundancia de luz, el pensamiento del Pleroma. Yo he penetrado en la magnitud de la oscuridad y he resistido hasta ponerme en medio de la cárcel. Y los fundamentos del caos retemblaron y yo me escondí de ellos a causa de su perversidad, y ellos no me conocieron.

Volví por segunda vez. Me puse en camino apartándome de los seres luminosos —yo soy el pensamiento de la suprema inteligencia— y penetré hasta el fondo de la oscuridad y hasta el interior del infierno para ocuparme de mi designio. Y los fundamentos del caos retemblaron para precipitarse sobre los que se hallan en el caos y aniquilarlos. Y de nuevo me remonté hacia mi raíz luminosa a fin de evitar que fueran destruidos a destiempo.

Por tercera vez me puse en camino —yo soy la luz en la luz, yo soy el pensamiento de la suprema inteligencia— para descender hasta el fondo de la oscuridad **P. 31** y hasta el interior del infierno. Llené mi rostro de la plenitud del eón (superior) y penetré hasta el fondo de la cárcel de aquellos —que es la cárcel del cuerpo— y dije: «Quien me oiga, que se levante del sueño profundo».

Entonces él (Juan) lloró y vertió muchas lágrimas. Se restregó (los ojos) y dijo: «¿Quién es el que pronuncia mi nombre y de dónde procede esta esperanza para mí, mientras estoy encadenado a mi cárcel?».

Yo le dije: «Yo soy la inteligencia suprema de la pura luz; yo soy el pensamiento del espíritu virginal que te eleva hasta el lugar del honor. Levántate y piensa que tú eres el que ha escuchado. Sigue a tu raíz; yo soy el misericordioso. Guárdate de los ángeles de la indigencia y de los demonios del caos y de todo lo que llevas adherido. Evita el sueño profundo y el lugar abismal del infierno.

»Yo lo he despertado y lo he sellado en la luz con cinco

sellos, a fin de que a partir de ahora la muerte ya no tenga poder sobre él. Y he aquí que ahora regreso al perfecto eón. He terminado de decirte todo lo que tenías que escuchar. Te he dicho todas estas cosas para que las conozcas y las transmitas secretamente a los que participan de tu espíritu: este es el misterio de la raza incommovible».

Epílogo

El Salvador le comunicó todo esto para que lo escribiera y lo conservara en un lugar seguro.

Y le dijo: «Maldito sea el que trueque estas cosas por un regalo, o por comida o por bebida o por un vestido o cualquier cosa por el estilo».

P. 32 Esto le fue transmitido como un misterio. Y acto seguido desapareció de su presencia. Y (Juan) se acercó a sus discípulos y les anunció todo lo que el Salvador le había revelado. Jesucristo. Amén.

El libro secreto de Juan.

6. Libro secreto de Santiago

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Primera mitad del siglo II.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto de la primera mitad del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi: códice I 2.

Este escrito, también denominado Apócrifo de Santiago se ha transmitido entre los códices de Nag Hammadi y se autopresenta como una epístola que Santiago el Justo envía a un destinatario para nosotros desconocido. En ella le confía el contenido solicitado de un «escrito secreto», que el Señor había revelado a él y a Pedro. La misiva, por su carácter esotérico, va redactada en caracteres hebreos y prohíbe su divulgación. La revelación sucedió 550 días después de la resurrección e inmediatamente antes de la ascensión, cuando los «Doce» redactaban los «recuerdos» de lo que el Salvador les había dicho secreta o abiertamente.

El diálogo didáctico evoca el «Sermón de la montaña» y desarrolla tres temas: a) la idea del Reino como plenitud o vida: Los elegidos son bienaventurados porque han visto al Hijo del hombre. No al hombre, sino al Hijo bajo forma humana; b) la disolución de la profecía ante la manifestación del Reino iniciada por la presencia del Salvador, realidad ilustrada por parábolas: la profecía ha concluido con Juan el Bautista, pues la presencia del Señor ha inaugurado el tiempo de la consumación, y c) la transformación por la gnosis de la palabra oída en activa que hace completar el Reino.

Esta tesis entra en fricción con la formulación del concepto eclesiástico de tradición, basada en la Escritura, la profecía y la tradición apostólica, y abona la de la tradición secreta basada en la sucesión de los elegidos.

El uso del género del diálogo en relación con la tradición de los «dichos del Señor» para exponer la doctrina esotérica, presente en otros textos gnósticos antiguos, como Evangelio de Juan, el de Tomás y el Diálogo del Salvador y en el Libro secreto de Juan, sugiere que la redacción del escrito es anterior a mediados del siglo II. La lengua original debió de ser el griego.

* * *

Saludo epistolar

P. 1 [Santiago] es el que escribe a [...] ¡La paz [sea contigo desde] la Paz,[el amor] desde el Amor, la gracia desde la Gracia, la f[e] desde la Fe y la vida desde la Vida santa!

Carácter esotérico del escrito

Puesto que me has pedido que te envíe un escrito secreto que me fue revelado junto con Pedro por el Señor, no he podido ciertamente rehusártelo, ni decírtelo oralmente, pero lo [he escrito] en caracteres hebreos (y) te lo he enviado ciertamente a ti solo; pero en tanto que eres un servidor de la salvación de los santos, esfuérzate y ten cuidado en no divulgar este escrito a muchos, que el Salvador no quiso comunicar a todos nosotros, sus doce discípulos. ¡Serán bienaventurados, sin embargo, los que lleguen a salvarse por la fe en este discurso! Además, te he enviado hace diez meses otro escrito secreto que me reveló el Salvador. Pero este, de una parte, considéralo como que ha sido revelado a mí, Santiago.

P. 2 Este, por otra parte, asimismo [...] alcanzar [...] los que [...] busca [...]. De este modo [...] salvación y [...].

Circunstancias de la revelación

[Cuando] estaban una vez todos sentados y reunidos los doce discípulos y recordaban lo que el Salvador había dicho a cada uno, bien en secreto, o bien abiertamente y lo consignaban en libros (yo, sin embargo, escribía lo que está en este [libro]), he ahí que el Salvador se manifestó después de haberse alejado de [nosotros] mientras lo contemplábamos y quinientos cincuenta días después de que hubiera resucitado de entre los muertos.

Le dijimos: «¿Te has ido y te has alejado de nosotros?».

Pero Jesús dijo: «No, sino que me voy al lugar del que he venido. ¡Si queréis venir conmigo, venid!».

Respondieron todos ellos diciendo: «¡Si nos lo ordenas, iremos!».

Él dijo: «¡Verdaderamente os digo, nadie entrará en el Reino de los cielos si se lo ordeno, sino porque vosotros sois perfectos. Dejad que Santiago y Pedro vengan conmigo para que los perfeccione!».

Y una vez que hubo llamado a los dos, los apartó y mandó a los demás ocuparse de sus tareas. Dijo el Salvador:

Diálogo esotérico con Santiago y Pedro

P. 3 «Habéis alcanzado misericordia, [...] ser discípulos. Escribieron libros, de este modo [...] a vosotros también [...] cuidado y como [...] han escuchado y como no han entendido. ¿No queréis ser perfectos? Y vuestro corazón está ebrio. ¿No queréis estar sobrios? Por consiguiente, avergonzaos de estar despiertos y de estar dormidos. ¡Recordad que vosotros habéis visto al Hijo del hombre y que le habéis hablado y le habéis oído! ¡Desdichados los que han visto al Hijo del hombre! ¡Serán bienaventurados los que no han visto al hombre y los que no se han unido con él y los que no han hablado con él y los que no han oído nada de él! ¡Os pertenece la Vida! Sabed que os curé cuando estabais enfermos para que reinéis. ¡Desdichados los que tienen una pausa en su enfermedad, porque recaerán en la enfermedad! ¡Bienaventurados los que no han estado enfermos y han conocido el reposo antes de estar enfermos! ¡A vosotros pertenece el Reino de Dios! Por esto os digo: ¡Sed perfectos y no dejéis ningún lugar en vosotros vacío!, ya que se puede burlar de vosotros el que vendrá».

Entonces Pedro respondió: «He ahí, tres veces nos has dicho: **P. 4** “¡Sed plenos!”, [pero] estamos plenos».

El [Salvador respondió] y dijo: «Por ese [motivo os] he dicho “sed perfectos” para que no [seáis deficientes. Los que

son deficientes], sin embargo, no [se salvarán]. Buena, en efecto, es la plenitud y mala es la deficiencia. Igual, por lo tanto, que tu deficiencia es buena y, al contrario, que tu plenitud es mala, así el que está completo disminuye y no está completo el que es deficiente, como se completa el que es deficiente y el que es completo también se perfecciona debidamente. Por consiguiente, es necesario ser deficiente en tanto que sea posible perfeccionarse y perfeccionarse en la medida en que se sea deficiente, a fin de que podáis [perfeccionaros] más. Por lo tanto, sed llenos del Espíritu, pero faltos de razón, porque la razón es el alma e igualmente psíquica».

Respondí y le dije: «Señor, podemos obedecerte, si quieres, porque hemos abandonado a nuestros padres y a nuestras madres y nuestros pagos (y) te hemos seguido. Indícanos, pues, la manera de no ser tentados por el Diablo malo».

El Señor respondió y dijo: «¿Cuál sería vuestra recompensa, si hicierais la voluntad del Padre pero no recibís de él la parte como don en la medida en que sois tentados por Satanás? Pero si sois oprimidos por Satanás y perseguidos, pero hacéis su voluntad, os digo: **P. 5** Os amará y os hará iguales a mí y pensará de vosotros que sois amados en su Preconocimiento de acuerdo con vuestra elección. ¿No dejaréis de amar la carne y de temer al dolor? ¿O ignoráis que todavía no habéis sido maltratados, ni acusados injustamente, ni encarcelados, ni tampoco condenados ilegalmente, ni crucificados (sin) razón, ni sepultados en perfume como lo he sido yo por el Maligno? ¿Osáis absteneros de la carne, oh vosotros, para quienes el Espíritu es un muro que os rodea? Si reflexionáis acerca del mundo, desde cuándo existía cuando estabais caídos y cuánto tiempo permanecerá después de vosotros, encontraréis que vuestra vida es solo un día y que vuestros sufrimientos son solo una hora. Porque el bueno no entrará

en el mundo. Despreciad, pues, la muerte y desead la Vida. Recordad mi cruz y mi muerte y viviréis».

Mas yo respondí y le dije: «¡Señor, no nos hables de la cruz y de la muerte, porque están lejos de ti!».

P. 6 El Señor respondió y dijo: «Verdaderamente nadie se salvará si no tiene fe en mi cruz, porque de los que han creído en mi cruz es el Reino de Dios. Por lo tanto, buscad la muerte como los muertos que buscan la vida, porque a estos se revela lo que buscan. Pero ¿de qué se inquietan? Una vez que consideréis la muerte, os enseñará vuestra elección. Verdaderamente os digo, nadie que tema la muerte se salvará. Efectivamente, el reino de la muerte es de los que se dan muerte. ¡Sed mejores que yo, asemejaos al Hijo del Espíritu Santo!».

Entonces yo le pregunté: «Señor, ¿de qué modo podremos profetizar a los que nos piden que les profeticemos? Porque son muchos los que nos piden y orientan su oído hacia nosotros para oír una palabra de nuestra parte».

El Señor respondió y dijo: «¿Ignoráis que con Juan se ha cortado la cabeza de la profecía?».

Pero yo dije: «Señor, ¿es posible arrancar la cabeza de la profecía?».

El Señor me dijo: «Cuando sepáis lo que es “cabeza” y que la profecía sale de la cabeza, entenderéis lo que es: “Se le ha arrancado la cabeza”. **P. 7** Primero os he hablado en parábolas y no entendisteis. Ahora también os hablo abiertamente y no comprendéis. Pero vosotros sois para mí una parábola en (las) parábolas y algo manifiesto en lo abierto. Apresuraos a salvaros, sin ser urgidos. Preparaos vosotros mismos y, si es posible, superadme, porque así os amará el Padre. Aborreced la hipocresía y el mal pensamiento, porque el pensamiento es el que genera la hipocresía. La hipocresía está lejos de la

verdad. ¡No dejéis perecer el reino de los cielos!, porque este se parece a un tronco de palmera cuyos frutos se propagan a su alrededor. Produjo hojas y cuando brotaron, se secó su matriz. Igual sucede con el fruto que ha nacido de esta raíz única. Cuando se plantó, produjo frutos por medio de muchos. Ciertamente sería buena si ahora pudiera producir para ti nuevos retoños sin ella. Puesto que he sido glorificado antes de este momento, ¿por qué me retenéis, si tengo prisa por partir?

P. 8 »Después del [fin] me habéis obligado a permanecer con vosotros dieciocho días aún por motivo de las parábolas. Era suficiente para ciertos hombres el oír la enseñanza y entender aquello de “los pastores” y “la semilla” y “la casa” y “las lámparas de las vírgenes” y “el salario de los obreros” y “las dracmas y la mujer”. Apeteced la Palabra. Porque el primer estado de la Palabra es la fe, el segundo es el amor y el tercero son las obras. De ellos, efectivamente, proviene la vida. Porque la Palabra se parece a un grano de trigo. Una vez que alguien lo ha sembrado, tiene confianza en él, y cuando brotó, lo amó, porque vio muchos granos en vez de uno. Y cuando hubo trabajado, se mantuvo al prepararlo como alimento. También guardó para sembrar. Del mismo modo podéis recibir el reino de los cielos. Si no lo recibís por medio del conocimiento, no lo podréis encontrar.

»Por esto os digo: ¡Estad atentos, no os engaños! Y a menudo os dije a vosotros en conjunto y también a ti solo, oh Santiago, te lo he dicho: ¡Sálvate! Y te mandé seguirme, y te enseñé el argumento a decir ante los magistrados. Ved que yo he descendido y he hablado y he sido atormentado y he ganado mi corona, **P. 9** una vez que os he salvado. Descendí, en efecto, para habitar con vosotros, para que pudierais habitar conmigo. Y habiendo encontrado vuestras casas sin techo, he residido en las casas que me podrían recibir en el

momento de mi descenso. Por este motivo obedecedme, oh hermanos míos. Entended lo que es la gran Luz. El Padre no necesita de mí. Ningún padre, en efecto, necesita de su hijo, sino que es el hijo el que necesita del padre. Me apresuro hacia Él, porque el Padre del Hijo no necesita de vosotros. Escuchad a la Palabra, entended el conocimiento, amad la Vida y nadie os perseguirá, ni nadie os oprimirá, salvo vosotros mismos. ¡Oh desgraciados!, ¡oh infelices!, ¡oh comediantes de la Verdad!, ¡oh falsificadores del conocimiento!, ¡oh transgresores del Espíritu! ¿Hasta ahora persistís en escuchar, aun cuando os conviene hablar desde el comienzo? ¿Todavía persistís en dormir cuando os conviene velar desde el comienzo para que os reciba el reino de los cielos?

P. 10 »En verdad, sí, os digo: es más fácil para un puro descender a la impureza y a un hombre de luz caer en la oscuridad que a vosotros reinar o no reinar. Me acordé de vuestras lágrimas y de vuestro duelo y de vuestra pena. Ellos están lejos de nosotros. Por lo tanto, ahora ¡oh, los que estáis lejos de la herencia del Padre!, llorad en donde es apropiado y gemid y proclamad el bien, puesto que el Hijo asciende gloriosamente. Sí, verdaderamente os lo digo: si hubiera sido enviado y hablado a los que me van a escuchar, jamás habría descendido sobre la tierra. Ahora, por tanto, avergonzaos de lo demás.

Anuncio de la ascensión

»He ahí que me alejaré de vosotros. Partiré y no quiero permanecer más con vosotros, como tampoco vosotros lo habéis querido. Ahora, por tanto, seguidme con premura. Por esto os lo he dicho, por vuestra causa he descendido. Vosotros sois los amados. Sois los que seréis causa de la vida en muchos. Invocad al Padre, rogad a Dios a menudo y Él os

dará. ¡Bienaventurado es el que os ha visto con Él cuando era proclamado entre los ángeles y glorificado entre los santos! ¡Vuestra es la vida!

P. 11» ¡Alegraos y sed felices como hijos de Dios! Guardad su Voluntad para que seáis salvados. Aceptad mi reprobación y salvaos. Intercedo por vosotros junto al Padre y os perdonará mucho».

Una vez que oímos esto, nos alegramos, pues estábamos tristes con lo que nos había dicho primeramente.

Pero cuando nos vio regocijarnos, nos dijo: «¡Desgraciados vosotros que necesitáis un intercesor! ¡Desgraciados que necesitáis de la gracia! Serán bienaventurados los que hayan hablado y hayan adquirido por sí mismos la gracia. A semejaos a forasteros. ¿Cómo son a los ojos de vuestra ciudad? ¿Por qué motivo os turbáis, ya que os desterráis a vosotros mismos y os alejáis de vuestra ciudad? ¿Por qué abandonáis vuestro lugar vosotros mismos, disponiéndolo para los que quieran habitarlo? ¡Oh vosotros, desterrados y fugitivos, desgraciados de vosotros, porque seréis reprendidos! ¿O acaso pensáis del Padre que es amigo del hombre, o que obedece a las plegarias, o que gratifica a uno por otro, o que resiste al que busca? Porque conoce su voluntad, y junto con ello lo que la carne necesita, ya que no es ella la que desea al alma.

P. 12» Efectivamente, sin el alma el cuerpo no peca, igual que el alma no se salva sin el espíritu. Pero si el alma se salva al no cometer el mal, y si se salva también el espíritu, el cuerpo se torna sin pecado, ya que es el espíritu el que vivifica al alma; el cuerpo, al contrario, es el que le da muerte, o sea, que ella misma es la que se da muerte. En verdad os digo: no perdonará el pecado a ningún alma, ni la ofensa a la carne, pues ninguno de los que porten la carne se salvará.

Efectivamente pensáis que muchos han encontrado el reino de los cielos. ¡Bienaventurado el que se ha visto como el cuarto en los cielos!»^[651].

Cuando escuchamos esto sentimos pena pero al ver que nos apenamos, dijo: «Por este motivo os lo digo, para que os conozcáis, porque el reino de los cielos es semejante a una espiga (de trigo) que ha crecido en un campo y cuando ha madurado ha esparcido su fruto y nuevamente ha llenado el campo de espigas para otro año. Vosotros asimismo, apresuraos a segar para vosotros una espiga de Vida, para que seáis perfectos para el Reino^[652]. Y, por una parte, en tanto que estoy con vosotros, adheríos a mí y obedecedme. Una vez, empero, que me llegue a alejar de vosotros, recordadme. Pero recordadme, ya que estaba con vosotros sin haberme conocido.

P. 13» ¡Serán bienaventurados los que me han conocido! ¡Ay de los que me han escuchado y no han confiado en mí! ¡Serán bienaventurados los que no han visto, pero han [creído^[653]]!. Y una vez más os llamo, porque me revelo a vosotros mientras construyo una casa que es de gran valor para vosotros, puesto que encontráis refugio junto a ella, que podrá también servir de apoyo a la casa de vuestros vecinos, si esta corre riesgo de desplomarse. Sí, en verdad os lo digo: desgraciados aquellos por cuya causa he sido enviado a descender a este lugar. ¡Serán bienaventurados los que van a ascender junto al Padre! Una vez más os recrimino, oh existentes. Asemejaos a los que no existen para que lleguéis a ser con los que no existen. ¡No permitáis que el reino de los cielos sea un desierto en vosotros! ¡No os enorgullezcáis de la luz que ilumina, sino sed para vosotros mismos como yo mismo para vosotros! Me he sometido por vosotros a la maldición, para que os salvéis^[654]».

Mas Pedro respondió a esto, y dijo: «Nos exhortas a que nos dirijamos al reino de los cielos, pero también nos excluyes de él, Señor; nos convences y nos atraes a la fe y nos prometes la Vida, pero igualmente nos rechazas del reino de los cielos».

Mas el Señor respondió. Nos dijo: «Os he dado la fe muchas veces, pero también me he manifestado a ti, **P. 14** oh Santiago, pero no me habéis conocido. También ahora os voy a regocijar de nuevo muchas veces. Y aunque estáis alegres con la promesa de la Vida, os sentís tristes, sin embargo, y os apenáis si se os instruye sobre el Reino. Mas por la fe y el conocimiento habéis recibido la Vida para vosotros. Despreciad, pues, el rechazo, si oís hablar de él, pero cuando oigáis acerca de la promesa, regocijaos al máximo. Sí, en verdad os digo, el que reciba la Vida y llegue a creer en el Reino, no lo abandonará jamás, incluso si el Padre quisiera alejarlo de él. Quiero deciros estas cosas en este momento. Mas ahora voy a ascender hacia el lugar del que he venido. Sin embargo, cuando me apresuré a partir me rechazasteis y, en lugar de acompañarme, me habéis alejado de vosotros. No obstante, atended a la gloria que me espera, y cuando hayáis abierto vuestro corazón, oíd los cánticos que me esperan arriba en los cielos, porque debo situarme hoy a la derecha del Padre. Os he dicho, sin embargo, la palabra postrera. Voy a separarme de vosotros. Un carro espiritual, en efecto, me arrebató^[655] y desde ahora me desnudo para revestirme. Pero ¡atended! ¡Bienaventurados los que han dado la buena noticia del Hijo antes de que descendiera, para que cuando yo viniera pudiera ascender! **P. 15** Bienaventurados tres veces los que fueron proclamados por el Hijo antes de que nacieran, para que tuvierais una parte con ellos».

Ascensión del Salvador

Una vez dicho esto, partió y nos arrodillamos. Pedro y yo

dimos gracias y elevamos nuestro corazón hacia los cielos. Oímos con nuestros oídos y vimos con nuestros ojos un estrépito de combate, el sonido de una trompeta junto con un gran tumulto. Y cuando superamos ese lugar, elevamos nuestro intelecto todavía más y vimos con nuestros ojos y oímos con nuestras oídos cánticos y loas de ángeles y un regocijo angélico. Y poderes celestiales cantaban himnos y también nosotros nos regocijábamos. Después de esto, deseamos también levantar nuestro espíritu hasta el Poder, pero elevados allí, no se nos permitió ver ni oír nada.

Santiago y Pedro vuelven con los demás discípulos

Los demás discípulos nos llamaron y nos preguntaron: «¿Qué habéis oído del Maestro?, y ¿qué os ha dicho? y ¿adónde ha ido?».

Entonces les respondimos: «Se ha elevado y nos dio la mano derecha y nos prometió a todos la Vida. Nos ha mostrado los hijos que vendrán después de nosotros, ordenándonos amarlos como si nos hubiéramos de salvar a causa de ellos^[656]».

Desagrado de los discípulos, dispersión y subida de Santiago a Jerusalén

P. 16 Y cuando oyeron esto, creyeron por una parte en la revelación, pero se indignaron a causa de los que habrán de ser engendrados. Mas no deseando darle motivo de enfado, envié a cada uno de ellos a un lugar diferente^[657]. Por mi parte, subí a Jerusalén rogando tener parte con los amados, los que se manifestarán.

Despedida y exhortación

Pero ruego para que el comienzo venga de ti, ya que así es la manera como podré ser salvado, en tanto que aquellos serán iluminados por mí, por mi fe y por otra que sobrepasa a la mía, porque quiero que la mía merme. Por lo tanto,

esfuérzate por asemejárteles y ruega para tener una parte con ellos, porque salvo lo que te he dicho de su revelación, nada más ha manifestado el Salvador. A causa de esto proclamamos ciertamente que hay una parte con aquellos a los que se ha predicado, a los que el Señor ha hecho sus hijos.

2. EVANGELIOS PROBABLEMENTE DEL SIGLO III

1. Evangelio según Felipe

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Segunda mitad del siglo II/Primera mitad del siglo III.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano, Siria quizá.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto de la primera mitad del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi: códice II 3.

El Evangelio según Felipe, escrito en copto sahídico (aunque con algunas influencias dialectales), constituye el tratado 3 del códice II (pp. 51, 29.86, 18) de Nag Hammadi. No es un evangelio narrativo como los que se encuentran en el Nuevo Testamento, pero tampoco es un grupo definido de dichos, al

estilo del Evangelio de Tomás. Es más bien un conjunto de meditaciones teológicas expresadas en diversas formas literarias (aforismos, analogías, parábolas, diálogos, polémica, exégesis bíblica, etc.), probablemente tomadas de obras anteriores y reunidas bajo el nombre de un discípulo de Jesús; Felipe no desempeña en absoluto un lugar destacado en esta obra, y quizá el título se deba al hecho de que el apóstol Felipe es el único citado —una sola vez— en el texto.

La obra, que tiene algunas lagunas, presenta evidentes afinidades con el gnosticismo valentiniano. Aunque no se pliega a las exigencias de un discurso sistemático ni constituye una narración continua, pueden detectarse algunos temas recurrentes que conforman los principales centros de interés que han preocupado a su autor (o autores); entre ellos, destacan el énfasis en el carácter cristiano del autor y la comunidad a la que se dirige, la existencia de distintas categorías de hombres, la idea de que lo semejante se emparenta con lo semejante; la importancia de los sacramentos (unción, bautismo, cámara nupcial como culminación del sistema sacramental...) y de la gnosis, la necesidad de obtener una «resurrección antes de la muerte», etc.

La obra original, de la que se realizó la traducción al copto, fue probablemente compuesta en griego. Siria es el lugar más probable de composición. Las dataciones propuestas para la redacción actual del texto oscilan entre la mitad del siglo II y la segunda mitad del siglo III.

Hemos seguido el texto copto de la edición crítica de B. Layton en Nag Hammadi Codex II, 2-7 (NHS 20), Brill, Leiden, 1989. Dividimos el texto de acuerdo con la disposición propuesta por H.-M. Schenke.

* * *

1. Un hebreo produce hebreos, y tales individuos son llamados «prosélitos». Pero un prosélito no produce prosélitos. [Algunos] son como [...] y producen otros, [mientras que a otros] les basta con existir.

2. El esclavo únicamente aspira a convertirse en libre, pero no aspira al patrimonio de su amo. Por el contrario, el hijo no solo es hijo, sino que reclama para sí la herencia del padre.

3a. Aquellos que heredan a los muertos, ellos mismos están muertos, y heredan (solo) lo muerto. Aquellos que heredan lo vivo están ellos mismos vivos y heredan lo vivo y lo muerto.

3b. Los muertos no heredan nada. En efecto, ¿cómo podrá heredar un muerto?

3c. Si el que está muerto hereda lo vivo, no morirá, sino que el muerto vivirá más.

4. Un pagano no muere, pues nunca vivió, de modo que pueda morir. Quien creyó en la verdad vivió, y este corre el peligro de morir, pues vive desde que Cristo vino.

5. Se crea el mundo, se embellecen las ciudades, lo muerto se retira.

6. Cuando éramos hebreos éramos huérfanos, y teníamos (solo) a nuestra madre. Pero cuando nos hicimos cristianos^[658], obtuvimos padre y madre.

7. Los que siembran en invierno cosechan en verano. El invierno es el mundo; el verano es el otro eón. ¡Sembremos en el mundo para poder cosechar en verano!

Por ello nos conviene no orar en invierno. Lo que sigue al invierno es el verano. Pero si uno cosecha en invierno no cosechará sino que descuajará.

8. Pues este, de tal manera, no obtendrá fruto; no solo (el fruto) [no] se obtiene [ahora], sino que también el sábado [su campo] es estéril.

9a. Cristo vino para rescatar a unos, salvar a otros y redimir a otros. A los que eran extraños los rescató y los hizo suyos.

9b. Y separó a los suyos, a los cuales dejó en prenda, según su voluntad.

9c. No solo al manifestarse abandonó su alma cuando lo quiso, sino que desde que el mundo existe abandonó voluntariamente su alma. Entonces vino primeramente a recobrarla.

9d. Puesto que había sido dejada en prenda; quedó a merced de ladrones y fue hecha cautiva, pero él la salvó.

9e. Redimió a los buenos que había en el mundo, y a los malos^[659].

10a. La luz y la tiniebla, la vida y la muerte, los de la derecha y los de la izquierda son hermanos unos de otros. No es posible que se separen (unos de otros). Por tanto, ni los buenos son buenos, ni los malos son malos, ni la vida es vida, ni la muerte es muerte.

10b. Por ello, cada cual se disolverá en su origen primigenio. Pero los que son superiores al mundo son insolubles, son eternos.

11a. Los nombres otorgados a lo mundano hacen incurrir en grandes errores, pues desvían la mente de lo estable a lo inestable. Y así, el que oye (el nombre) «Dios» no concibe lo estable, sino lo inestable. Así sucede también con (los nombres) «Padre», «Hijo», «Espíritu santo», «Vida», «Luz», «Resurrección», «Iglesia» y todos los demás: no se concibe lo estable, sino que se concibe lo inestable, salvo que (previamente) se conozca lo estable.

11b. Los [nombres que han sido escuchados] pertenecen al mundo. Que nadie se engañe. [Si pertenecieran] al (otro) eón, no habrían sido nombrados nunca en este mundo, ni habrían

sido contados entre las cosas mundanas; tienen su fin en el (otro) eón.

12a. Únicamente un nombre no es pronunciado en el mundo, el nombre que el Padre otorgó al Hijo. (El nombre) es superior a cualquier otro, a saber, el nombre del Padre. Pues el Hijo no se convertirá en Padre a menos que fuere revestido del nombre del Padre.

12b. En lo relativo a este nombre: quienes lo tienen ciertamente lo conocen, pero no hablan de él. Pero los que no lo tienen no lo conocen.

12c. La verdad, empero, produjo nombres en el mundo por nuestra causa, pues nos es imposible conocerla sin nombres. Una sola es la verdad, y sin embargo es plural, y ello por nuestra causa, a fin de enseñarnos con amor ese único (nombre) por medio de muchos.

13. Los arcontes quisieron engañar al ser humano, ya que vieron que él tenía parentesco con los que son verdaderamente buenos^[660]. Quitaron el nombre a los que son buenos y lo dieron a los que no son buenos para, a través de los nombres, poder engañarlo y vincularlo a los que no son buenos. Y entonces, como si se les concediese una gracia, son inducidos a apartarse de los (que son) «no buenos» y a asociarse con los (que son) «buenos». Estas cosas las sabían, ya que querían tomar al libre y hacerlo su esclavo para siempre.

14a. Hay potencias que dan [...] al hombre, aun no queriendo que se salve, para que puedan [persistir]. Pues si el hombre se [salva, ya no habrá] sacrificios.

14b. [...] y no se ofrecerán animales a las potencias. Pues por lo que toca a los animales que se les ofrecían, se los ofrecían ciertamente vivos, pero cuando se los ofrecían, morían. Por lo que al hombre toca, fue ofrecido muerto a

Dios, y vivió.

15. Antes de que Cristo viniera no había pan en el mundo; al igual que en el Paraíso, el lugar donde Adán estaba, había muchos árboles para alimentar a los animales, pero no había trigo para alimentar al hombre. El hombre se nutría como los animales. Sin embargo, cuando vino Cristo, el hombre perfecto, trajo pan del cielo, para que el hombre se alimentase con alimento de hombre.

16a. Los arcontes pensaban que por su poder y su voluntad hacían lo que hacían, pero era el Espíritu santo el que realizaba todo secretamente, a través de ellos, tal como deseaba^[661].

16b. La verdad, que existe desde el principio, es sembrada por doquier. Y muchos ven cómo es sembrada, pero pocos ven cómo es cosechada.

17a. Algunos dijeron: «María concibió del Espíritu santo». ¡Se equivocan, no saben lo que dicen! ¿Cuándo una mujer concibió de una mujer?

17b. María es la virgen que ningún poder mancilló.

Ella es un gran anatema para los hebreos, que son los apóstoles y quienes siguen a los apóstoles. Esta virgen a la que ninguna potencia mancilló [...] pero las potencias se mancillaron a sí mismas.

17c. Y el Señor, a menos que tuviera otro padre, no habría dicho: «Mi padre que está en el cielo»; sino que habría dicho simplemente «mi padre».

18. El Señor dijo a los discípulos: «[...] de toda casa. Entrad en la casa del Padre, pero no sustraigáis nada en la casa del Padre ni os lo llevéis».

19. «Jesús» es un nombre oculto. «Cristo» es un nombre revelado. Por ello, «Jesús» no existe en ninguna (otra) lengua,

sino que su nombre es «Jesús», como es denominado. Por lo que respecta a «Cristo», su nombre es, en siríaco, «Mesías», y en griego, «Khristós». Ciertamente todos los otros lo tienen, de acuerdo con la lengua de cada uno. «El Nazareno» es el (nombre) manifiesto de lo que está oculto.

20. Cristo lo posee todo en sí mismo, sea hombre, ángel, misterio, y (aun) el Padre.

21. Los que sostienen que el Señor primero murió y (después) resucitó, se equivocan, pues él primero resucitó y (después) murió. Si uno no obtiene primero la resurrección, ¿acaso no morirá? ¡Vive Dios que este m[oriría]!

22. Nadie ocultará un objeto grande y valioso en un recipiente grande, pero a menudo uno habrá guardado incontables miríadas en un recipiente de a céntimo. Es el caso del alma: es una cosa que, siendo valiosa, vino a caer en un cuerpo despreciable.

23a. Algunos temen resucitar desnudos. Por ello desean resucitar en la carne. Y no saben que los que portan la carne son (precisamente) los que están desnudos. Aquellos que [son capaces] de desnudarse, son (precisamente) los que no están desnudos.

23b. «La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios» (1 Cor 15, 50). ¿Cuál es la que no heredará?: la que portamos encima. ¿Y cuál es, en cambio, la que heredará?: la perteneciente a Jesús y su sangre. Por ello dijo: «El que no come mi carne y bebe mi sangre no tiene vida en él» (Jn 6, 53 y s.). ¿Qué significa eso? Su carne es la palabra y su sangre es el Espíritu Santo. Quien ha recibido esto tiene alimento, y tiene bebida y vestido.

23c. Repruebo a los otros que sostienen que (la carne) no resucitará. ¿Así pues, ambos se equivocan? Tú dices que la carne no resucitará. Pero dime qué resucitará, para que

podamos honrarte. Tú dices: «el espíritu». (Pero está) en la carne. Y también: «esta luz». Está en la carne. «Un *lógos*». También está en la carne, pues sea lo que sea lo que digas, nada nombras (que esté) fuera de la carne. Es necesario resucitar en esta carne, ya que todo está en ella.

24. En este mundo los que se ponen vestidos valen más que los vestidos; en el reino de los cielos los vestidos valen más que aquellos que se los han puesto.

25. Mediante agua y fuego todo lugar es purificado: lo manifiesto mediante lo manifiesto, lo oculto mediante lo oculto. Hay algunas cosas que están ocultas mediante las manifiestas. Hay agua en el agua, hay fuego en la unción.

26a. Jesús portó todas (las formas) subrepticamente, pues él no se mostró tal cual era (en sí), sino que se mostró tal como podía ser visto. A todos ellos se reveló: se reveló a los grandes como grande, a los pequeños como pequeño, a los ángeles como ángel, y a los hombres como hombre. Por esto ocultó su *lógos* a todos. Algunos lo vieron, pensando que se veían a sí mismos. Pero cuando se reveló en gloria a sus discípulos en la montaña no era pequeño; se hizo grande, pero tras haber hecho grandes a los discípulos, para que ellos pudieran verle en su grandeza.

26b. Ese día dijo en la acción de gracias: «Tú, que has unido la luz perfecta con el Espíritu santo, une también a los ángeles con nosotros, (con las) imágenes».

27a. No despreciéis al Cordero, pues sin él no es posible ver al rey.

27b. Nadie podrá acceder hasta el rey estando desnudo.

28. El hombre celestial tiene hijos más numerosos que el hombre terreno. Si los hijos de Adán son numerosos, aunque mueren, cuánto más los hijos del hombre perfecto^[662], aquellos que no mueren, sino que son continuamente

engendrados.

29. El padre hace un hijo, y al hijo no le es posible hacer un hijo. Porque al que ha sido engendrado no le es posible engendrar. Más bien el hijo engendra hermanos, no hijos.

30a. Todos los que son engendrados en el mundo son engendrados por la naturaleza, y los otros por [este del que] fueron engendrados.

30b. El hombre [recibe alimento] mediante la promesa del lugar superior [...] por la boca. Y si el logos hubiera salido de allí, se nutriría por la boca y se haría perfecto.

31. Pues los perfectos conciben mediante un beso, y engendran. Por ello nos besamos unos a otros, recibiendo la concepción por la gracia mutua que hay entre nosotros.

32. Tres (mujeres) caminaban siempre con el Señor: María, su madre; la hermana de esta, y Magdalena, que es denominada «su compañera». Así pues, María es (llamada) su hermana, y su madre, y su compañera.

33. «El Padre» y «el Hijo» son nombres simples; «Espíritu santo» es un nombre doble^[663]. Pues ellos están en todas partes: están arriba, están abajo; están en lo oculto, están en lo manifiesto. El Espíritu Santo está en lo manifiesto —está abajo— y está en lo oculto —está arriba.

34a. Los santos son servidos por las potencias malas; porque ellas son cegadas por el Espíritu santo para que piensen que asisten a un hombre, cuando están obrando para los santos.

34b. Por esto (cuando) un discípulo pidió un día al Señor algo del mundo, él le dijo: «Pide a tu madre, y ella te dará de lo ajeno».

35. Los apóstoles dijeron a los discípulos: «Que nuestra entera ofrenda obtenga “sal”». Ellos llamaban [a Sofía] «sal»,

(pues) sin ella la ofrenda no es aceptable.

36. Sofía, por su parte, es estéril, [sin] hijos. Por ello es denominada [...] de sal. El lugar en que ellos [...] a su modo, el Espíritu santo [...] y son numerosos sus hijos.

37. Lo que el padre tiene pertenece al hijo. Y sin embargo, al hijo mismo, en tanto es pequeño, lo que le pertenece no se le confía. Cuando se convierte en hombre, su padre le entrega todo lo que tiene.

38. Los que yerran, aquellos a los que el espíritu engendra, yerran también por su causa. Por esto (se dice): «Mediante un mismo soplo el fuego se enciende y se extingue».

39. Una cosa es «Echamoth» y otra «Echmoth». Echamoth es la Sabiduría por excelencia, mientras que Echmoth es la Sabiduría de muerte, es decir, la que conoce la muerte; es llamada «la pequeña Sabiduría».

40a. Hay animales que están sometidos al hombre, como el ternero, el asno y otros de este tipo. Hay otros (animales) que no se someten, que habitan aislados en los desiertos. El hombre ara el campo sirviéndose de los animales que se someten, y de este (campo) se nutre a sí mismo y a los animales, tanto a los que se someten como a los que no se someten. Así ocurre también con el hombre perfecto: sirviéndose de las potencias que se someten trabaja todas las cosas, cuidándose de que subsistan.

40b. Pues por esto subsiste todo el lugar, tanto los buenos como los malos, sea los de la derecha sea los de la izquierda. El Espíritu santo pastorea a todos, y rige todas las potencias, las que se someten y las que no se someten, junto a las que están aisladas, pues él [...] las aprisca para que, [aunque] quieran, no puedan escaparse.

41. El que fue creado^[664] es bello. Sin embargo, tú no dirías que sus hijos son criaturas nobles. Si él no hubiera sido creado

sino engendrado, entonces dirías que su semilla es noble. Mas resulta que fue creado y engendró. ¿Qué nobleza es esta?

42a. Primero surgió el adulterio, después el asesinato, y él fue engendrado del adulterio, pues era hijo de la serpiente. Por esto se hizo homicida como lo era su padre; y mató a su hermano.

42b. Toda relación sexual habida entre quienes no son semejantes entre sí constituye un adulterio.

43a. Dios es un tintorero. Al igual que los buenos tintes, denominados «auténticos», (solo) se desvanecen con las cosas teñidas con ellos, así ocurre con los que Dios ha teñido. Puesto que sus tintes son inmortales, ellos se vuelven inmortales gracias a sus colores.

43b. Dios bautiza, a quienes bautiza, con agua.

44a. No es posible que alguien vea algo de las (realidades) estables a no ser que se haga como ellas. No ocurre así con el hombre que está en el mundo: él ve el sol, no siendo él sol; y ve el cielo y la tierra y todas las otras cosas, sin ser esas cosas. Pero^[665] así ocurre con la verdad: tú has contemplado algo de aquel lugar y te transformaste en ello; contemplaste el Espíritu, te transformaste en Espíritu; contemplaste a Cristo, te transformaste en Cristo; contemplaste al [Padre, te] transformarás en Padre.

44b. Por ello, [aquí] ves todas las cosas y no [te ves] a ti mismo, pero en [aquel lugar] te ves a ti mismo —pues en eso mismo que veas te [transformarás].

45. La fe recibe, el amor da. Nadie podrá recibir sin fe. Nadie podrá dar sin amor.

46. Por esto, para poder recibir, creemos, y para poder amar, damos, puesto que si uno no da con amor, no obtiene provecho de lo que ha dado. El que no ha recibido al Señor es

todavía [un] hebreo.

47. Los apóstoles que hubo antes de nosotros (lo) denominaban así: «Jesús, el Nazoreo, Mesías», es decir, «Jesús, Nazoreo, Cristo». El último nombre es «Cristo», el primero es «Jesús», el de en medio «Nazareno». «Mesías» tiene dos sentidos: «el Cristo» y «El (que es) medido». «Jesús», en hebreo, significa «la redención», «Nazara» es «la verdad»; «Nazareno», entonces, significa «(el de) la verdad». «Cristo» es el que fue medido; «el Nazareno» y «Jesús», los que le midieron.

48. Si una perla es arrojada al fango, no se vuelve menos valiosa, ni se volverá más valiosa si es ungida con bálsamo, sino que posee siempre igual valor a los ojos de su dueño. Así ocurre con los hijos de Dios: dondequiera que se hallen, siguen teniendo [el mismo] valor a los ojos de su Padre.

49. Si dices: «Soy un judío», nadie se preocupará. Si dices: «Soy un romano», nadie se turbará. Si dices: «Soy un griego», «un bárbaro», «un esclavo», «un hombre libre», nadie se estremecerá. Si dices: «Soy un cristiano», el [...] temblará. Ojalá pueda yo [llegar a ser] como ese cuyo nombre [...] no pueden soportar escuchar.

50. Dios es un antropófago. Por ello se le [sacrifican] hombres. Antes de que el hombre fuera sacrificado, se sacrificaban animales, puesto que no eran dioses aquellos a quienes iban dirigidos los sacrificios.

51. Las vasijas de vidrio y las vasijas de arcilla se elaboran mediante el fuego. Si las vasijas de vidrio se rompen, pueden recomponerse, pues se hicieron mediante un soplo. Las vasijas de arcilla, por el contrario, si se rompen, se destruyen, pues se hicieron sin soplo.

52a. Un asno que giraba en torno a una rueda de molino recorrió cien millas. Cuando lo soltaron, se encontró con que

seguía aún en el mismo lugar.

52b. Hay hombres que recorren grandes trayectos y no llegan a ningún lugar. Cuando los sorprende el atardecer, no han visto ni ciudad ni aldea, ni creación ni naturaleza, potencia o ángel. En vano se fatigaron tales desdichados.

53. La eucaristía es Jesús. Pues él es denominado en siríaco «Pharisatha», es decir, «el extendido», ya que Jesús vino a crucificar el mundo.

54. El Señor entró en la tintorería de Leví. Tomó setenta y dos colores y los vertió en la tinaja; los sacó todos blancos y dijo: «De este modo, como tintorero, vino el Hijo del hombre».

55a. La sabiduría que es llamada «estéril» es la madre [de los] ángeles.

55b. Y la compañera del [Salvador es] María Magdalena. El [Salvador] la amaba más que a todos los discípulos, y la besaba frecuentemente en la [boca]. Los demás [discípulos] [se acercaron a ella para preguntar]. Ellos le dijeron: «¿Por qué la amas más que a todos nosotros?». El Salvador respondió y les dijo: «¿Por qué no os amo a vosotros como a ella?».

56. Un ciego y un vidente, estando ambos a oscuras, no se distinguen entre sí. Cuando llega la luz, entonces el vidente verá la luz, y el que es ciego permanecerá a oscuras.

57. El Señor dijo: «Bienaventurado el que es antes de llegar a ser; pues el que es, ha sido y será».

58. La supremacía del hombre no es manifiesta, sino que yace en lo oculto. Por eso él es señor sobre las fieras, que son más fuertes que él, que son grandes en lo manifiesto y en lo oculto, y él permite su subsistencia. Pero si el hombre se aleja de ellas, se matan, se muerden y se devoran mutuamente, y se comen mutuamente por no hallar alimento. Mas ahora sí han

hallado alimento, pues el hombre ha cultivado la tierra.

59. Si uno se sumerge en el agua y sale sin haber recibido nada y dice: «Soy cristiano», ha recibido el nombre en préstamo. Pero si recibe el Espíritu Santo, posee el nombre en calidad de regalo. A quien ha recibido un regalo este no le será arrebatado, pero a quien ha recibido un préstamo se le exige (su restitución). Así nos ocurre cuando uno experimenta un misterio.

60a. El misterio del matrimonio es grande, pues sin él el cosmos no existiría. La subsistencia del mundo [es el hombre], mientras que la subsistencia [del hombre es el] matrimonio.

60b. Pensad en la unión [...], pues posee [un gran] poder. Su imagen consiste en un mancillamiento.

61a. Entre las formas del espíritu impuro las hay masculinas y femeninas. Las masculinas son las que cohabitan con las almas que se albergan en una forma femenina. Las femeninas, por su parte, son las que se mezclan con las que (se albergan) en una forma masculina, por mor de un desobediente. Y nadie podrá huir de estos (espíritus) si ellos lo aferran, a no ser que reciba una fuerza masculina y una femenina —a saber, el esposo y la esposa—. Se los recibe, empero, en la imagen de la cámara nupcial.

61b. Cuando las mujeres necias ven a un varón que está solo, se abalanzan sobre él, se divierten con él y lo mancillan. Así también con los hombres necios: cuando ven a una mujer hermosa que habita sola, la seducen y la violentan, deseando mancillarla. Pero si ven al marido y a su esposa habitando juntos, ni los (espíritus) femeninos penetran en el varón, ni los masculinos en la mujer. Así ocurre si la imagen y el ángel están unidos entre sí: tampoco nadie osará penetrar en el varón o en la mujer.

61c. El que abandona el mundo no puede ser ya aferrado, pues él estaba en el mundo manifiestamente por encima de la pasión de [...] y el miedo. Él es señor de [...], es superior a la envidia. Cuando [...] viene, ellos lo aferran y lo oprimen. Y ¿cómo podrá él mostrarse a las grandes potencias [que lo aferran]? ¿Cómo podrá [escondarse de ellas]?

61d. A menudo hay quien dice: «Nosotros somos creyentes» [para poder escapar de los espíritus impuros] y los demonios. Pues bien, si tuvieran el Espíritu Santo, ningún espíritu impuro se les adheriría.

62. No temas a la carne, tampoco la ames; si la temes, se adueñará de ti; si la amas, te devorará y te paralizará.

63a. O (el hombre) está en este mundo, o en la resurrección, o en los lugares de la Mediedad —¡ojalá no sea yo hallado en ellos!

63b. En este mundo hay bien y hay mal; sus bienes no son el bien y sus males no son el mal. Pero hay males después de este mundo que son verdaderos males —la que es denominada «la Mediedad»: es la muerte.

63c. Mientras estemos en este mundo nos conviene obtener la resurrección, para que cuando nos despojemos de la carne seamos hallados en el reposo y no tengamos que deambular en la Mediedad —pues numerosos son los que se extravían en el camino—. En efecto, es bueno salir del mundo antes de haber pecado.

64. Hay algunos que ni quieren ni pueden; otros, en cambio, que, aun queriendo, no obtienen provecho, pues no obraron; [su deseo] los convierte en pecadores. Mas si no quieren, la justicia se les ocultará en ambos casos: el deseo es, de nuevo (lo que cuenta), no el obrar.

65. Un seguidor de los apóstoles vio [en una aparición] a algunos encerrados en una mansión de fuego, atados con

[cadenas] de fuego, arrojados [...] ígneo [...]. Y ellos les dijeron: [estos hubieran] podido salvar [sus almas, pero] no han querido: recibieron [este lugar de] castigo, que es denominado «la tiniebla [exterior]», porque [...].

66. De agua y fuego han surgido el alma y el espíritu. De agua, de fuego y luz (ha surgido) el hijo de la cámara nupcial. El fuego es la unción, la luz es el fuego. No hablo de este fuego, que carece de forma, sino del otro cuya forma, blanca, es una hermosa luz e irradia belleza.

67a. La verdad no vino al mundo desnuda, sino que vino en símbolos e imágenes; (el mundo,) de lo contrario, no puede recibirla.

67b. Hay un renacimiento y una imagen del renacimiento. Es en verdad necesario renacer mediante la imagen.

67c. ¿Qué es la resurrección y la imagen? Es necesario que resucite mediante la imagen. Es necesario que la cámara nupcial y la imagen, mediante la imagen, entren en la verdad, a saber: la restauración.

67d. Tal es necesario para aquellos que adquieren no solo el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu santo, sino que a ellos mismos lo(s) obtuvieron. Si uno no los obtiene, también el nombre le será arrebatado.

67e. Se los recibe, empero, en la unción del [...] del poder de la cruz. A este (poder) lo denominan los apóstoles «la derecha y la izquierda». Tal individuo, en efecto, no es ya un cristiano, sino un Cristo.

68. El Señor hizo todo en forma de misterio: bautismo, unción, eucaristía, redención y cámara nupcial.

69a. [...] dijo: «Yo he venido a hacer [lo que está abajo] como lo que está [arriba y lo] que está fuera como lo que [está dentro, con el fin de reunirlos] en el lugar» [...] aquí mediante tipos [e imágenes].

69b. Los que dicen que [hay...] y uno por encima de él se equivocan.

69c. Pues el que se revela es aquel hombre celestial al que ellos denominan «el que está abajo», y aquel de quien es lo que está oculto es el que se halla por encima de él.

69d. Pues mejor sería decir: «Lo interior y lo exterior, y lo que se halla fuera de lo exterior». Por ello el Señor denominó a la destrucción «la tiniebla exterior» (Mt 8, 12; 22, 13; 25, 30). No hay nada fuera de ella.

69e. Él dijo: «Mi padre que está en lo oculto». Dijo: «Entra en tu habitación, cierra la puerta tras de ti y ora a tu padre que está en lo oculto» (Mt 6, 6), es decir: «el que está en el interior de todos ellos». Ahora bien, lo que está dentro de todos ellos es la plenitud. Nada hay más interior que ella. Es de esta de la que se dice: «La que está por encima de ellos».

70. Antes de Cristo, algunos salieron de donde ya no podían volver a entrar, y fueron allí de donde ya no podían salir. Pero vino Cristo: a los que habían entrado él los sacó, y a los que habían salido los introdujo.

71. Mientras Eva estaba con Adán, no existía la muerte. Cuando ella se separó de él, sobrevino la muerte. Si vuelve a entrar y se le recibe, no habrá más muerte.

72a. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué, Señor, me has abandonado?» (Mc 15, 34). Esto lo dijo en la cruz, pues se había separado de allí

72b. [...] que fue engendrado por el que [...] mediante Dios.

72c. El [Señor resucitó] de entre los muertos [y volvió a ser como era], pero [...] siendo perfecto [...] carne, pero esta [...] es verdaderamente carne [...] no es verdadera, sino [...] imagen de la verdadera.

73. No hay cámara nupcial para los animales, ni para los esclavos, ni para las mujeres mancilladas, sino (solo) para los hombres libres y las vírgenes.

74. Mediante el Espíritu santo somos ciertamente engendrados, pero somos reengendrados mediante Cristo. En ambos (casos) somos ungidos mediante el Espíritu. Cuando fuimos engendrados fuimos reunidos.

75. Sin luz, nadie podrá verse a sí mismo, ni en el agua ni en un espejo. Y tampoco podrás verte, a la luz, sin agua o espejo. Por ello es necesario bautizar en ambas: en la luz y en el agua. Ahora bien, la luz es la unción.

76a. Había en Jerusalén tres edificios dedicados a la ofrenda: uno, de cara al oeste, denominado «el santo»; otro de cara al sur, denominado «el santo del santo»; el tercero, de cara al este, denominado «el santo de los santos», el lugar en el que solo entra el sumo sacerdote. El bautismo es el edificio «santo»; la redención, «el santo del santo»; el «santo de los santos» es la cámara nupcial.

76b. El bautismo aporta la resurrección y la redención, (teniendo lugar) la redención en la cámara nupcial, pero la cámara nupcial está en lo superior a [...] Tú no encontrarás su [...].

76c. Los que oran [en espíritu y en verdad] [...] Jerusalén. [Hay algunos en] Jerusalén que [oran en] Jerusalén, buscando [...], los que son denominados «el santo de los santos» [...] el velo se rasgó [...] cámara nupcial, a no ser la imagen [...] de arriba.

76d. Por ello su velo se rasgó de arriba abajo, porque era preciso que algunos de abajo se dirigiesen arriba.

77. Las potencias no ven a los que se revisten de luz perfecta, y no pueden aferrarlos. Ahora bien: uno se revestirá de la luz en el misterio, en la unión.

78. Si la mujer no se hubiera separado del varón, no habría muerto con el varón. Su separación comportó el comienzo de la muerte. Por esto vino Cristo, para rectificar la separación acontecida desde el principio y de nuevo unirlos a los dos, y para dar vida y unir a los que habían muerto por la separación.

79. Por su parte, la mujer se une a su esposo en la cámara nupcial. Y los que se han unido en la cámara nupcial ya no se separarán. Por ello se separó Eva de Adán, porque ella no se había unido a él en la cámara nupcial.

80. El alma de Adán surgió a través de un soplo. Su consorte es el espíritu. Lo que le fue dado es su madre. Su alma le fue quitada, y en su lugar le fue dado un [espíritu]. Cuando él se unió a este, pronunció palabras demasiado elevadas para los poderes; ellos lo envidiaron, [le separaron de su] consorte espiritual? [...] la que está oculta [...] causa, a saber [...] para ellos solos [...] cámara nupcial para que [...]

81a. Jesús reveló [a orillas del] Jordán la plenitud del reino de los cielos.

81b. El que [fue engendrado] antes del Todo fue de nuevo engendrado. El que antes fue ungido, fue ungido de nuevo. El que fue redimido, de nuevo fue redimido.

82. Ciertamente es necesario expresar un misterio. El Padre del Todo se unió a la virgen que descendió, y un resplandor lo iluminó aquel día; él reveló la gran cámara nupcial. Por esto, su cuerpo surgió aquel día; dejó la cámara nupcial como quien surgió del novio y la novia. Así también Jesús estableció todo en él mediante estos. Y es necesario que todos y cada uno de los discípulos se introduzcan en su reposo.

83. Adán surgió de dos vírgenes, del espíritu y de la tierra virgen. Por esto, Cristo nació de una virgen, para rectificar el tropiezo acontecido en el comienzo.

84. Dos árboles crecen en el Paraíso; uno produce animales, el otro produce hombres. Adán [comió] del árbol que produce animales, se tornó animal y engendró animales. Por ello, los hijos de Adán veneran a los [animales]. El árbol [...] fruto es el [...] [por] esto fueron [numerosos los pecados. Si él hubiera] comido el [fruto del otro árbol, es decir, el] fruto del [árbol de la vida, que] produce hombres, [los dioses venerarían] al hombre.

85. (Al igual que) Dios creó al hombre [...] los hombres [para que el hombre adorara a Dios], así ocurre en el mundo: los hombres crean dioses y adoran su creación. ¡Más valdría que los dioses adorasen a los hombres!

86. En verdad, las obras del hombre surgen de su potencialidad. Por esto son denominadas «potencias». Sus obras son sus hijos, que surgieron del reposo. Por eso su potencia se alberga en sus obras, siendo por su parte el reposo manifiesto en los hijos. Y tú percibirás que esto alcanza hasta la imagen. Y este es el hombre según la imagen: el que hace sus obras mediante su fuerza, pero engendra a sus hijos mediante el reposo.

87. En este mundo los esclavos se someten a los libres. En el reino de los cielos los libres estarán al servicio de los esclavos: los hijos de la cámara nupcial estarán al servicio de los hijos del matrimonio.

88. Los hijos de la cámara nupcial tienen un [único] nombre: reposo. Si están en mutua compañía, no necesitan recibir forma alguna [pues poseen] la contemplación [...] [sensación] son numerosos [...] en las que [...] las glorias de las [...] no.

89. [...] descender al agua [...] fuera, salvar [...] los que [recibieron el bautismo] en su nombre. Pues él dijo: «Así cumpliremos toda justicia» (Mt 3, 15).

90a. Los que dicen que primero morirán y (luego) resucitarán se equivocan. Si no reciben primero la resurrección estando vivos, al morir no recibirán nada.

90b. Así también, al hablar del bautismo, dicen: «Grande es el bautismo», pues si se recibe se vivirá.

91. El apóstol Felipe dijo: «José el carpintero plantó un jardín porque necesitaba maderas para su oficio. Fue él quien hizo la cruz, de los árboles que había plantado. Y su semilla pendió de lo que había plantado; su semilla era Jesús, mientras que lo plantado era la cruz.

92. Pero el árbol de la vida está en medio del paraíso —el olivo—. De él se obtiene el crisma, a través del cual (se obtiene) la resurrección.

93a. Este mundo es un devorador de cadáveres. Todo lo que en él se come está muerto también. La verdad es una devoradora de vida. Por ello nadie de los que se nutren de la verdad morirá.

93b. Es de allí de donde Jesús vino y trajo alimento. Y a quienes querían él les dio [vida, para que] no murieran.

94a. Dios [plantó] un jardín. El hombre [habitaba en el] jardín. Hay [...] y en [...] de Dios. En [...] los que están en él [...] yo quiera. Este jardín [es el lugar en] que me dirán: «[...], come esto o no comas [esto, a tu] antojo». Este es el lugar donde yo comeré todo —a saber, el árbol del conocimiento—. Aquel mató a Adán, pero aquí el árbol del conocimiento vivificó al hombre. La ley era el árbol, en el que hay poder para otorgar el conocimiento del bien y del mal. Ni le apartó del mal ni le asentó en el bien, sino que produjo muerte para quienes comieron de él. Pues cuando dijo: «Comed esto, no comáis eso», se convirtió en el origen de la muerte.

95a. La unción es superior al bautismo, pues en virtud del crisma fuimos llamados «cristianos», no a causa del bautismo.

Y Cristo fue llamado (así) a causa del «crisma», pues el Padre ungió al Hijo, el Hijo ungió a los apóstoles, y los apóstoles nos ungieron a nosotros.

95b. El que ha sido ungido lo posee todo: posee la resurrección, la luz, la cruz.

96a. En lo que toca al Espíritu santo; el Padre le dio esto en la cámara nupcial, y él lo recibió.

96b. El Padre estaba en el Hijo y el Hijo en el Padre. Esto es el reino de los cielos.

97. Acertadamente dijo el Señor: «Algunos entraron riendo en el reino de los cielos, y salieron [riendo]» [...] porque un cristiano [...] de nuevo, y enseguida [...] descendió al agua [ascendió, superior al] todo, a causa de [...] [no] porque [...] una broma, sino [...] despreciar a [...] al reino de los cielos [...] si lo desprecia [...] y lo desdeña como una broma [saldrá] riendo.

98. Así ocurre también con el pan, el cáliz y el aceite, aun cuando hay otro superior a estos.

99a. El mundo surgió por un error, pues quien lo creó quiso crearlo imperecedero e inmortal. Fracasó y no obtuvo lo que esperaba, pues no tenía el mundo carácter imperecedero, ni tenía carácter imperecedero el que había hecho el mundo.

99b. Pues no tienen carácter imperecedero las cosas, sino los hijos. Y ninguna cosa podrá recibir carácter imperecedero si no se convierte en hijo.

99c. Pero quien no tiene la capacidad de recibir, menos aún podrá dar.

100. El cáliz de la oración contiene vino y agua, figurando como símbolo de la sangre sobre la que se da gracias; y se llena con el Espíritu santo, y lo que pertenece al hombre

totalmente perfecto. Cuando bebamos esto, recibiremos al hombre perfecto.

101. El agua viviente es un cuerpo. Es necesario que nos revistamos del hombre viviente. Por ello, cuando va a bajar al agua se desviste para revestirse de este.

102a. Un caballo engendra un caballo, un hombre engendra un hombre, un dios engendra un dios. Así ocurre con el novio y la novia: ellos proceden de [la cámara nupcial].

102b. Ningún judío [...] de los judíos [...] cristianos. [Surgió otra raza, y] fueron denominados [«bienaventurados»], «el pueblo elegido [del Dios vivo]», y «hombre verdadero» e «hijo del hombre» y «semilla del hijo del hombre». Esta raza verdadera es renombrada en el mundo.

102c. Aquí es donde habitan los hijos de la cámara nupcial.

103. Mientras que en este mundo la unión lo es de varón y mujer —en representación de la fuerza y la debilidad—, en el eón es otra la imagen de la unión.

104a. Los denominamos con estos nombres, pero hay otros; son superiores a todo nombre nombrado, y superiores al fuerte.

104b. Pues allí donde hay fuerza, hay los que son superiores a la fuerza.

104c. Estos no van cada uno por su lado, sino que ambos son uno y el mismo. Esto es lo que no podrá llegar a entendimiento carnal (1 Cor 2, 9).

105. ¿No es necesario que todo aquel que posee todo lo conozca todo? Algunos, ciertamente, si no se conocen (a sí mismos), no se beneficiarán de lo que poseen; mas los que han aprendido a conocerse, se beneficiarán de ello.

106. No solo el hombre perfecto no podrá ser aprehendido,

sino que tampoco podrá ser visto, ya que si es visto será aferrado. No hay otro modo de obtener esta gracia más que revistiéndose de la luz perfecta [y] convirtiéndose uno mismo en luz perfecta. El que se revistió entrará [...]. Esta es la perfecta [...].

107a. [Es necesario] que nos convirtamos [completamente en hombres perfectos] antes de que salgamos [del mundo].

107b. Quien recibe todo [sin ser señor] de este lugar, no podrá [enseñorearse de] aquel lugar, sino que [irá a la] Mediedad, en calidad de imperfecto. Solo Jesús conoce el fin de tal persona.

108. El hombre santo es totalmente santo, hasta en su cuerpo; pues si cuando toma el pan lo santifica —o el cáliz, o cualquier otra cosa que tome él la purifica—, ¿cómo no purificará también el cuerpo?

109a. Al igual que Jesús perfeccionó el agua del bautismo, así vació a la muerte. Por eso nosotros ciertamente bajamos al agua, pero no bajamos a la muerte para no ser vaciados en el espíritu del mundo.

109b. Cuando (el espíritu del mundo) sopla, hace aparecer el invierno; cuando sopla el Espíritu Santo, hace aparecer el verano.

110a. Quien posee el conocimiento de la verdad es un hombre libre (Jn 8, 32); pero el libre no peca, pues «el que peca es esclavo del pecado» (Jn 8, 34). La verdad es la madre, el conocimiento es el padre. A aquellos a quienes no les es dado pecar, el mundo los llama «libres». A aquellos a quienes no les es dado pecar, el conocimiento de la verdad (los) ensoberbece, es decir, los hace libres; y los enaltece sobre todo el lugar. Pero el amor edifica; el que se ha hecho libre mediante el conocimiento es esclavo, por amor, de quienes aún no han podido adquirir la libertad del conocimiento. El

conocimiento los capacita para hacerse libres.

110b. El amor de nada dice que es «suyo» [incluso aunque eso] sea suyo. No [dice: «esto es tuyo»] o «esto es mío» [sino: «todas estas cosas] son tuyas».

111a. El amor espiritual es vino y fragancia. Todos los que se ungen con él lo disfrutan; también lo disfrutan quienes están junto a ellos, siempre que los ungidos estén presentes. Si los ungidos con bálsamo les dejan y se van, los no ungidos, que solo estaban junto a ellos, tornan a su hedor.

111b. El samaritano no dio al herido más que vino y aceite; no es otra cosa que el bálsamo. Y curó las heridas, pues el amor cubre una multitud de pecados (1 Pe 4, 8).

112. A quien una mujer ama se parecerán los (hijos) que ella conciba. Si es su marido, se parecen a su marido; si es un adúltero, se parecen al adúltero. A menudo, si una mujer se acuesta con su marido obligada, estando empero su corazón con el adúltero con quien habitualmente cohabita, el (hijo) que concibe se parece al adúltero. Por lo que toca a vosotros, que estáis unidos al Hijo de Dios, no améis al mundo, sino amad al Señor, para que lo que engendréis no se parezca al mundo, sino que se parezca al Señor.

113. El ser humano se une con el ser humano; el caballo se une con el caballo; el asno se une con el asno. Los miembros de un género se unen con sus congéneres. Asimismo, el espíritu se une con el espíritu, y el logos cohabita con el logos, y la luz cohabita con la luz. Si tú te haces hombre, el hombre es quien te amará; si te haces espíritu, el espíritu es quien se vinculará a ti; si te haces logos, el logos es quien se unirá contigo; si te haces luz, la luz es la que cohabitará contigo. Si te haces uno de los de arriba, los de arriba reposarán sobre ti. Si te haces caballo, o asno, o ternero, o perro, u oveja, u otro de los animales que están fuera o que están abajo, no podrá

amarte ni el hombre ni el espíritu ni el logos ni la luz ni los de arriba ni los de dentro. No podrán reposar en ti, y tú no formas parte de ellos.

114. Quien es esclavo involuntariamente podrá ser libre; el que llegó a ser libre por la gracia de su Señor y se vendió a sí mismo en esclavitud ya no podrá ser libre.

115. El cultivo del mundo (se produce) gracias a cuatro elementos: se recoge en el granero gracias al agua, la tierra, el aire y la luz. Y así también el cultivo de Dios (se produce) gracias a cuatro: la fe, la esperanza, el amor y el conocimiento. Nuestra tierra es la fe, en la cual echamos raíces; el agua es la esperanza, a través de la cual nos nutrimos; el aire es el amor, a través del cual crecemos; y la luz es el conocimiento, a través del cual maduramos.

116a. La gracia existe en cuatro formas: es terrestre, es celeste [...] el cielo más elevado [...] en [...].

116b. ¡Bienaventurado aquel que no [contristó] ninguna alma! Esa persona es Jesucristo; él compareció en todo el lugar y no fue una carga para nadie. Por eso es bienaventurado aquel que es así: es un hombre perfecto.

117. Pues, con respecto a esto, la Palabra nos dice qué difícil es mantenerse tal: ¿cómo podremos llevar a cabo algo tan grande?, ¿cómo dar reposo a todos?

118. Ante todo, no se debe contristar a nadie —sea grande o pequeño, increyente o creyente; además, (se debe) dar reposo a los que se huelgan en el bien. Algunos sacan provecho de dar reposo a aquel que vive rectamente; quien hace el bien, no puede dar reposo a estos, pues no logra lo que le agrada; no puede tampoco contristar, ya que no les causa angustia. No obstante, aquel que vive rectamente a veces los contrista; no es que lo haga a propósito, sino que su propia maldad es la que los contrista. Quien posee la naturaleza

(adecuada) suscita alegría en el bueno; algunos, empero, se contristan malévolamente a causa de esto.

119. Un propietario se había provisto de todo: hijos, esclavos, ganado, perros, cerdos, trigo, cebada, paja, heno [...], carne y bellotas. Ahora bien, él era una persona sabia y conocía el alimento de cada cual; a los hijos les servía pan [...]; a los esclavos, por su parte, les servía [...] y grano; y a los animales domésticos echaba cebada, paja y heno; a los perros les echaba huesos, y a los cerdos echaba bellotas y [...] de pan. Así ocurre con el discípulo de Dios: si es sabio y entiende de discipulado, las formas corporales no lo engañarán, sino que avizorará la disposición del alma de cada cual y hablará con él. Hay muchos animales en el mundo que tienen forma humana; al reconocerlas, a los cerdos se les echará bellotas; a los animales domésticos, cebada, paja y heno; a los perros, huesos; a los esclavos impartirá lo elemental; a los hijos dará lo perfecto.

120a. Existe el hijo del hombre, y existe el hijo del hijo del hombre. El Señor es el hijo del hombre, y el hijo del hijo del hombre es el que crea mediante el hijo del hombre.

120b. El Hijo del hombre recibió de Dios la capacidad de crear; tiene también la capacidad de engendrar.

121a. El que recibió la capacidad de crear es una criatura. El que recibió la de engendrar es un engendrado. El que crea no puede engendrar, el que engendra puede crear. Sin embargo, se dice: «El que crea, engendra», pero su «engendrado» es una criatura. Por [ello], los engendrados no son sus hijos sino [criaturas].

121b. El que crea, actúa de modo manifiesto, y él mismo es manifiesto; el que engendra, engendra [a escondidas], y él mismo está oculto [puesto que es superior a] la imagen. El que crea, además, [crea] visiblemente; pero el que engendra,

engendra hijos a escondidas.

122a. [Nadie podrá] saber cuándo cohabitan [el marido] y la mujer excepto ellos solos, pues el matrimonio del mundo es un misterio para los que han tomado esposa. Si el matrimonio del mancillamiento es oculto, ¡cuánto más es el matrimonio inmaculado un verdadero misterio! No es carnal, sino puro; pertenece no al deseo, sino a la voluntad; pertenece no a la tiniebla o a la noche, sino que pertenece al día y a la luz.

122b. Si un matrimonio se exhibe, se convierte en prostitución; y la novia se prostituye no solo si recibe el semen de otro varón, sino incluso si sale de su alcoba y es vista. Solo ha de mostrarse a su padre y a su madre, al amigo del novio y a los hijos del novio.

122c. A ellos les es lícito entrar diariamente en la cámara nupcial, mas los otros anhelan incluso llegar a escuchar su voz y beneficiarse de su ungüento, y alimentarse de las migajas que caen de la mesa, como los perros.

122d. Los novios y las novias pertenecen a la cámara nupcial. Nadie podrá ver al novio y a la novia a no ser que se convierta en tal.

123a. Cuando Abrahán [...] al ver lo que iba a ver, [circuncidó] la carne del prepucio, para enseñarnos que es necesario destruir la carne.

123b. La mayor parte de las realidades del mundo se mantienen vivas en tanto que su interior permanece oculto. Si (su interior) es revelado, mueren, según lo muestra el ejemplo del hombre visible. En tanto que las entrañas del hombre están ocultas, el hombre vive; si sus entrañas quedan expuestas y se le salen, el hombre morirá. Del mismo modo que el árbol: mientras su raíz permanece oculta, florece y crece; si su raíz queda expuesta, el árbol se seca. Y así con toda criatura mundana: no solo con las que se revelan, sino

también con las ocultas. Pues en tanto que la raíz del mal permanece oculta, es fuerte; mas cuando es conocida, se desvanece; cuando es desvelada, se destruye.

123c. Por ello dice el Logos: «Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles» (Mt 3, 10). No se cortará —lo que es cortado brota de nuevo—, sino que el hacha penetra hacia abajo hasta que extrae la raíz. Jesús arrancó la raíz enteramente; otros, en cambio, solo en parte. En cuanto a nosotros, que cada uno penetre hacia la raíz del mal que está dentro de él, y lo arranque de raíz de su corazón. Será arrancado si es reconocido. Pero, si lo ignoramos, echa raíz en nosotros y produce sus frutos en nuestro corazón. Él nos domina. Nosotros somos sus esclavos. Nos hace cautivos, induciéndonos a hacer lo que no queremos, y que lo que queremos no lo hagamos (Rom 7, 19). Es potente porque no lo reconocimos. Mientras existe, está activo.

123d. La ignorancia es la madre de [todos los males]. La ignorancia desemboca en la muerte, pues los que proceden de la ignorancia ni fueron, ni son, ni serán [...] se perfeccionará cuando toda la verdad sea revelada; ya que la verdad es como la ignorancia: al estar oculta reposa en sí misma, pero cuando es revelada y reconocida, es glorificada, en tanto que es más potente que la ignorancia y el error. [La verdad] da la libertad. El Logos dijo: «Si conocéis la verdad, la verdad os hará libres» (Jn 8, 32). La ignorancia produce esclavitud, la gnosis es libertad. Si conocemos la verdad, hallaremos los frutos de la verdad en nosotros. Si estamos unidos a ella, nos aportará nuestra plenitud.

124. Actualmente nos atenemos a las realidades manifiestas de la creación. Decimos que son fuertes y valiosas, pero que las ocultas son débiles e insignificantes. Así [nos atenemos a] las realidades manifiestas de la verdad: (decimos que) son

débiles y despreciables, mientras que las ocultas son fuertes y valiosas. Los misterios de la verdad son manifestos, empero, como tipos e imágenes.

125a. Por su parte, la cámara nupcial está oculta; es lo santo en lo santo. El velo encubría, al principio, cómo Dios regía la creación, pero cuando el velo se rasgue y lo interior se manifieste, esta casa se quedará desierta o, mejor dicho, será destruida; entonces toda la divinidad de este lugar huirá, (si bien) no al santo de los santos, pues no podrá mezclarse con la [luz] sin mezcla y la plenitud sin [deficiencia, sino] que estará bajo las alas de la cruz [y bajo] sus brazos. Esta arca será su salvación cuando el diluvio se cierna sobre ellos. Si algunos pertenecen al estamento sacerdotal, podrán entrar en el interior del velo con el sumo sacerdote. Por ello no se rasgó el velo solo en su parte superior, puesto que se habría abierto solo para los de arriba; ni se rasgó solo en su parte inferior, puesto que se habría desvelado solo para los de abajo, sino que se rasgó de arriba abajo. Los de arriba nos abrieron las realidades de abajo para que pudiéramos penetrar en lo oculto de la verdad. Esto, en verdad, es lo valioso y lo fuerte. Entraremos allí, empero, a través de símbolos despreciables y realidades débiles; ciertamente son despreciables en comparación con la gloria perfecta. Hay una gloria superior a la gloria; hay un poder superior al poder. Por esto se nos ha abierto lo perfecto y lo oculto de la verdad, y los santos de los santos se revelaron, y la cámara nupcial nos invitó a entrar.

125b. Mientras (el lecho nupcial) esté oculto, la maldad es ciertamente insignificante, pero no ha sido arrumbada de en medio de la simiente del Espíritu santo, (por lo cual todavía) son esclavos del mal. Mas cuando se revele, entonces la luz perfecta se derramará sobre todos, y todos los que están en ella [recibirán la unción]. Entonces los esclavos serán libres [y] serán redimidos los cautivos.

126a. «[Toda] planta que mi padre celestial [no haya] plantado [será] arrancada» (Mt 15, 13).

126b. Los que están separados se unirán; [los que están vacíos] se colmarán.

126c. Todo aquel que entre en la cámara nupcial encenderá la [luz], pues [...] como los matrimonios que [...] acontece de noche, el fuego [ilumina] de noche y se extingue, pero en cambio los misterios de este matrimonio se consuman durante el día y a la luz; ni ese día ni su luz se apagan.

127a. Si uno se convierte en hijo de la cámara nupcial, recibirá la luz. Si uno no la recibe estando en este lugar, no la recibirá en el otro. Quien reciba esa luz no puede ser visto ni detenido, y nadie podrá molestar a alguien así, incluso mientras habita en el mundo, y tampoco cuando sale del mundo.

127b. Él ya recibió la verdad en imágenes. El mundo se convirtió en eón, pues el eón es para él plenitud, y lo es de esta forma: se le revela solo a él, no estando oculto en la tiniebla y en la noche, sino en un día perfecto y en una luz santa. El *Evangelio según Felipe*.

2. Sabiduría de Jesucristo

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Finales del siglo III.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano, quizá Egipto.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto de la primera mitad del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi: código III 4, y Papiro copto de Berlín 8502.

La Sabiduría de Jesucristo es el cuarto escrito conservado en el código III de Nag Hammadi. Hay una copia de ella posterior y muy bien conservada, en el Papiro copto de Berlín 8502 [BG] descubierto en el siglo XIX. La Sabiduría de Jesucristo forma parte de ese código porque el autor sigue a otra obra de Nag Hammadi, Eugnosto, el bienaventurado, texto gnóstico probablemente no cristiano que versa sobre las realidades trascendentes, al que glosa, amplía y cristianiza, añadiéndole un acento soteriológico, es decir, la salvación traída por Jesús, del que carece la obra anterior.

El tema salvífico adopta la forma de un diálogo con el Salvador. Este escrito cierra el código III de Nag Hammadi, lo que ratifica su unidad, si se tiene en cuenta que el Apócrifo de Juan, que lo abre, y el Evangelio de los egipcios, que le sigue, se refieren a la doctrina gnóstica sobre los Primeros Principios que se transmite a los iniciados. Esta doctrina de los comienzos concluye en nuestra obra con la presencia del Salvador Jesucristo en los tiempos del fin.

El autor de la Sabiduría de Jesucristo desestima la sabiduría de los filósofos, que contrapone a la palabra del Salvador encarnado y resucitado, la cual afianza entre los inmortales la enseñanza sobre las realidades eminentes. En esta orientación se destacan en el documento diversas notas propias de la enseñanza de los gnósticos valentinianos.

Al ser posterior a Eugnosto el Bienaventurado, y por la voluntad del autor de nuestro escrito de dar unidad a la doctrina gnóstica centrándola en la revelación última del Cristo pleromático por su manifestación en Jesús, por la

adaptación del lenguaje sobre la Ogdóada gnóstica que aparece en los escritos hermético-gnósticos de Nag Hammadi, la Sabiduría de Jesucristo debe de haber sido redactado en un tiempo de polémicas cristológicas en Egipto a mediados o fines del siglo III.

* * *

Aparición luminosa de Jesucristo a los Doce y a las mujeres

P. 90 La Sabiduría de Jesús el Cristo. Después que se levantó de entre los muertos, sus doce discípulos y siete mujeres seguían su enseñanza. Entonces fueron a Galilea sobre el monte **P. 91** llamado «lugar de cosecha y alegría»; cuando estaban reunidos juntos y estaban perplejos (preguntándose) sobre el fundamento del Todo, la dispensación y la previsión santa, la excelencia de las autoridades y sobre todas las cosas que cumplía el Salvador con ellos en el misterio de la santa dispensación, se manifestó el Salvador no en su anterior forma, sino con la (diferente) del Espíritu invisible^[666]. Su apariencia era como la de un gran ángel de luz. Su forma, sin embargo, no la puedo describir, porque ninguna carne mortal la podría soportar, sino una carne completamente pura como la que él nos ha mostrado sobre el monte llamado «de los Olivos» en Galilea.

Y dijo: «La paz sea con vosotros, mi paz os doy».

Todos se admiraron y tuvieron miedo.

Introducción contra los filósofos

P. 92 El Salvador sonrió y les dijo: «¿En qué pensáis? ¿De qué estáis perplejos? ¿Qué buscáis?».

Dijo Felipe: «(Nos preocupamos) acerca del fundamento del Todo y de la dispensación^[667]».

El Salvador les dijo: «Quiero que sepáis que todos los hombres nacidos en la tierra desde la fundación del mundo

hasta ahora siendo polvo y buscando a Dios, quién es y cómo es, no lo han encontrado. Los más sabios, empero, de entre ellos han forjado suposiciones desde el gobierno y el movimiento del mundo, pero no han alcanzado la verdad. Porque el gobierno se describe por todos los filósofos según tres orientaciones. Por esto no se ponen de acuerdo. En efecto, algunos de ellos dicen que el mundo se rige por sí mismo. **P. 93** Otros, por otra parte, que (lo rige) cierta providencia; otros, sin embargo, que (lo rige) el destino; pero no es ninguna de estas cosas. Por lo tanto, de las tres opiniones que he mencionado, ninguna se aproxima a la verdad y tampoco (cualquier otra) que provenga del hombre. Pero yo he venido de la Luz infinita y estoy aquí. Porque la conozco para poder deciros lo que es exacto respecto de la verdad. Lo que proviene de sí mismo es una vida natural impura que se genera a sí misma; la providencia es insensatez. El destino es insensible. A vosotros, pues, a vosotros se os ha dado conocer y a los que sean dignos del conocimiento se les dará, a los que no han sido engendrados desde la semilla del frotamiento impuro, sino por el Primero, el que fue enviado, porque este, realmente, es un inmortal en medio de los hombres que mueren».

El Dios supremo como ser y padre

P. 94 Le dijo Mateo: «Señor, nadie puede encontrar la verdad, si no es a través de ti. Enséñanos, por lo tanto».

El Salvador dijo: «El que es, es inefable. Ningún principado lo ha conocido, ni autoridad, ni poder subordinado, ni ente natural desde la fundación del mundo hasta ahora, salvo él solo y al que él quiera revelársele a través del que ha provenido de la primera Luz, desde ahora. Yo soy el gran Salvador. El que es realmente inmortal y eterno. Es eterno al carecer de nacimiento, porque todo el que nace perecerá. Es

inengendrado, pues carece de principio, porque todo el que tiene un principio tiene un fin. Puesto que ninguno lo gobierna, no tiene nombre, ya que el que tiene un nombre es la criatura de otro. **P. 95** Pero tiene un aspecto propio, no como lo habéis visto ni como lo habéis percibido, sino un aspecto de otro tipo que supera todas las cosas y que es mejor que el Todo, mira a todas partes y se ve desde sí mismo. Es ilimitado. Es incomprensible siempre. Es incorruptible y no tiene semejanza. Es inmutable. Es sin defecto. Es eterno. Es bienaventurado. Es incognoscible, (pero) él se conoce. Es inconmensurable. Es inaccesible. Es perfecto careciendo de deficiencias. Es bienaventurado incorruptible. Es llamado “Padre del Todo”».

El amor paterno y la generación del Todo

Felipe dijo: «Señor, ¿cómo, pues, se ha revelado a los perfectos?».

Le dijo el perfecto Salvador: «Antes de que alguno de los que son manifiestos fuera manifestado, la grandeza y las autoridades que están en Él **P. 96** abarcan a las Totalidades de las Totalidades y nada lo abarca. Porque es Intelecto total y es Pensamiento y es Discernimiento y es Intención y Proyecto y Potencia. Todos ellos son potencias iguales, y son las fuentes de las Totalidades y su género total, y todos ellos desde el primero al último están en el Preconocimiento del Padre ilimitado e inengendrado».

Tomás le dijo: «Señor Salvador, ¿por qué motivo han existido y por qué se han manifestado?».

Dijo el Salvador perfecto: «Yo he venido del Ilimitado para deciros todo. El Espíritu que es era generador, y tiene una potencia y una sustancia generadora **P. 97** y formadora para que se manifestara la gran riqueza que se ocultaba en él. A causa de su generosidad y su amor quiso por sí mismo

engendrar frutos para no disfrutar él solo de su bondad, sino que otros espíritus de la raza inquebrantable^[668] engendraran cuerpo y fruto, gloria y honor en su incorruptible e infinita gracia para que su bondad se manifestara por el Dios autoengendrado, Padre de todos los incorruptibles y de los que llegaron a ser después de estos. Pero ellos todavía no habían llegado a lo que es manifestado.

La diferencia esencial

«Hay, sin embargo, una gran diferencia entre los incorruptibles.» Clamó diciendo: «El que tenga oídos para oír a los ilimitados, que oiga, yo hablo a los que están despiertos».

P. 98 Prosiguió y dijo: «Todo lo que ha provenido de lo corruptible, perecerá, ya que ha venido de lo corruptible. Pero el que ha provenido de lo incorruptible (no) perece, sino que será incorruptible. De este modo muchos hombres se han extraviado porque no conocieron esta diferencia; están muertos».

Le dijo María^[669]: «Señor, ¿de qué modo sabremos esto?».

El Salvador perfecto dijo: «Venid desde lo no manifestado hasta el límite de lo manifestado y la emanación misma del Pensamiento os revelará de qué modo la fe en lo que no es manifiesto se encontraba en lo que es manifiesto, que participa del Padre inengendrado.

El verdadero Padre y el Padre en sí

«El que tenga oídos para oír, que oiga. El Señor del Todo no es llamado “Padre”, sino “Prepadre”, el Principio de los que se manifestarán. **P. 99** Él es, [empero, el] sin principio, el Prepadre. Se ve en sí mismo (como) en un espejo, y se manifestó como semejanza de sí mismo, y su semejanza se manifestó como Padre divino por sí mismo y Reflejo^[670], que es el que ha mirado desde enfrente al Padre preexistente e inengendrado. Es indudablemente de la misma edad que la

Luz que le es anterior, pero no le es igual en poder.

»Y después manifestó muchos que miran de frente, todos autogenerados, de la misma edad y poder, innumerables y que existen en gloria, cuyo género es llamado “la generación sobre la que no hay rey”, en la que vosotros os habéis manifestado también a partir de aquellos hombres. La multitud total, empero, sobre la que no hay reino es llamada **P. 100** “Hijos del Padre inengendrado, el Dios, el Salvador, el Hijo de Dios”, cuya semejanza está en vosotros. Pero es el Incognoscible que está pleno de toda gloria incorruptible y de gozo inefable. Todos ellos están en reposo en él, gozando siempre en inefable alegría de su gloria inmutable y en un júbilo inconmensurable que jamás fue oído ni conocido entre los eones y sus mundos hasta ahora».

El Hombre Inmortal y su despliegue

Le dijo Mateo: «Señor Salvador, ¿cómo se ha manifestado el Hombre?».

Dijo el perfecto Salvador: «Quiero que sepáis que el que apareció antes que el Todo en lo Ilimitado, el autoconstituido, **P. 101** el Padre autocreado, pleno de luz irradiante e inefable, es el que pensó en el comienzo que su semejanza fuera un gran poder. De inmediato el principio de esta luz se manifestó como un Hombre Inmortal andrógino, para que por este Hombre Inmortal obtuvieran su salvación y despertaran del olvido por medio del intérprete que ha sido enviado, el que está con vosotros hasta la consumación de la pobreza de los ladrones. Su consorte, sin embargo, es la gran Sabiduría, que fue destinada por el Padre autoengendrado desde el comienzo en él a (formar) una unión. Desde el Hombre Inmortal se manifestó primero como divinidad y reino, porque el Padre que es **P. 102** llamado “Hombre” fue revelado por el Padre en sí mismo. Creó para sí un gran eón en relación con su propia

grandeza cuyo nombre es Ogdóada. Le dio gran autoridad y gobernó sobre las creaciones de la indigencia. Se creó dioses, ángeles y arcángeles innumerables para su servicio a partir de esta Luz y del Espíritu tres veces masculino, o sea, el de Sabiduría, su consorte. De este Dios, en efecto, ha tenido origen tanto la divinidad como el reino. Por esto fue llamado “Dios de dioses” y “Rey de reyes”. El Primer Hombre tiene en sí su propio intelecto y un pensamiento adecuado a él, un discernimiento, una intención, un proyecto y un poder.

P. 103» Todos los eones que existen son perfectos e inmortales. Ciertamente respecto a la incorruptibilidad son iguales. Respecto al poder son diferentes, como la diferencia que hay entre padre e hijo, [hijo] y pensamiento y el pensamiento y lo restante, como he mencionado.

Ratificación aritmológica

»Entre las cosas que fueron generadas la Mónada^[671] es lo primero. Pero al final de todo, lo que se manifestó se manifestó todo desde su potencia y de lo que fue creado se manifestó lo que fue plasmado entero. A partir del que fue modelado se manifestó el que tomó forma; desde el que tomó forma, el que fue nombrado. A causa de este existió la diferencia de los inengendrados desde el principio hasta el fin».

La iglesia de los santos y el Hijo del Hombre

Entonces le dijo Bartolomé: «¿Cómo ha sido denominado **P. 104** en el Evangelio “Hombre” e “Hijo del Hombre”? Este hijo, por lo tanto, ¿de quién es?».

Le dijo el que es santo: «Quiero que entendáis que al primer Hombre se le llama “Generador”, “Intelecto perfecto por sí mismo”. Este pensó con la gran Sabiduría, su consorte, y manifestó a su Hijo primogénito andrógino. Por su nombre masculino es llamado “Primer generador”, “Hijo de Dios”;

por su nombre femenino, la “Sabiduría”, “Primera generadora”, “la Madre del Todo”. Algunos la llaman “el Amor”. Pero el Primogénito es llamado “el Cristo”. Porque tiene autoridad de su Padre se creó desde el Espíritu y la Luz una muchedumbre de ángeles **P. 105** innumerables para (su) servicio».

Le dijeron sus discípulos: «Señor, sobre el que es llamado “Hombre”, revélanos algo acerca de él, para que también entendamos con exactitud sobre su gloria».

Dijo el perfecto Salvador: «El que tenga oídos para oír, que oiga. El Padre primer generador es llamado “Adán, [el] Ojo de la Luz”, porque provino de la Luz resplandeciente (y) sus ángeles santos, inefables (y) sin sombra, se regocijaban sin cesar en la alegría en su Intención recibida de su Padre. El reino todo del Hijo del Hombre, el que se denomina el “Hijo de Dios” es de alegría inefable y sin sombra y de júbilo inmutable, regocijándose de su gloria incorruptible **P. 106** que jamás se oyó hasta ahora ni ha sido manifestada en los eones que existieron después de estos y sus mundos. Yo he venido del Autoengendrado y de la primera Luz ilimitada para enseñaros todo».

El Salvador, la Fe Sabiduría y la gota de luz

Sus discípulos dijeron de nuevo: «Enséñanos paladinamente de qué modo descendieron desde los no manifestados a través de lo inmortal al mundo mortal».

Dijo el perfecto Salvador: «El Hijo del Hombre estuvo de acuerdo con Sabiduría, su consorte, y manifestó una gran luz andrógina. Por su nombre masculino es denominado el “Salvador”, “Generador de todas las cosas”. Su nombre femenino es “Sabiduría”, “Generadora total”. Algunos la llaman “Fe”. Todos los que vienen al mundo **P. 107** como una gota engendrada por este de la Luz, son enviados al mundo

del Omnipotente para ser guardados por él. Y el lazo de su olvido la ha atado^[672] según la voluntad de Sabiduría para que por él la obra se [manifestara] a todo el mundo de la indigencia, a causa de su orgullo, de su ceguedad, puesto que se le ha dado el nombre de su ignorancia.

Himno del Salvador

»Yo, empero, he venido de los lugares de [lo] alto por la voluntad de la gran Luz, me he evadido de este lazo, he quebrado la obra de los ladrones, la he enderezado para que diera abundantes frutos por mí (la gota^[673] que fue enviada por la Sabiduría), se perfeccionara y no fuese más deficiente, sino que fuese liberada por mí, el gran Salvador, para que su gloria se manifieste, a fin de que Sabiduría sea alabada fuera de esta indigencia; **P. 108** que sus hijos, pues, no sean de la deficiencia, sino que logren el honor y la gloria, asciendan hasta su Padre y conozcan las palabras de la Luz masculina. Vosotros, por vuestra parte, fuisteis enviados por el Hijo, enviado para que alcanzarais luz y salierais del olvido (inducido) por las autoridades (de este mundo) y para que no se manifieste por tanto a causa de vosotros el frotamiento impuro, que brota desde el fuego terrible que proviene de lo carnal que hay en ellos. Pisotead su providencia».

Los 360 cielos. Resumen

Entonces l[e] dijo Tomás: «Señor Salvador, los que superan a los cielos, ¿cuántos son sus eones?».

Dijo el perfecto Salvador: «Os alabo porque buscáis estos grandes eones, puesto que vuestras raíces arraigan en los ilimitados. Cuando, sin embargo, se manifestaron aquellos de los que hablé anteriormente él [...]».

Faltan las páginas 109 y 110 en el código de Nag Hammadi, pero el texto paralelo del Papiro Berolinense sigue así:

BG P. 107 [...] enseguida creó el Padre autogenerador

doce eones, los doce ángeles para (su) servicio. Todos estos son perfectos y buenos. De esta forma se manifestó la deficiencia en la mujer.

La Ogdóada, lugar de los grandes eones

Le dijeron: «¿Cuántos son los eones de los inmortales a partir de los ilimitados?».

El Salvador perfecto dijo: «El que tenga oídos para oír, que oiga. **P. 108** El primer eón es el del Hijo del Hombre que es llamado “Primer Generador”, el que se llama el “Salvador”, el que se ha manifestado. El segundo eón es el del Hombre, que se llama “Adán, el Ojo de la Luz”. El que contiene a estos es el eón sobre el que no hay rey, el del eterno e ilimitado Dios, el Autoengendrado, el eón de los eones que están en él, los inmortales de los que antes hablé, **P. 109** el que es por encima de la Hebdomada que se ha manifestado a partir de la Sabiduría, que es el primer eón.

La iglesia de la Ogdóada y su jerarquía

»Pero él, el Hombre Inmortal, manifestó eones, poderes y reinos, y dio autoridad a todos los que se manifestaron en él para que cumplan sus voluntades hasta los últimos, que son los que están sobre el caos. Y estos estuvieron de acuerdo entre sí. Manifestaron toda grandeza y, gracias al Espíritu, una muchedumbre luminosa, colmada de gloria e innumerable. **P. 110** Estas han sido llamadas en el principio: “el primer eón”, “el segundo” y “el tercero”. El primero es llamado “la Unidad y el Reposo”. Cada uno tiene su nombre, por esto se ha denominado “Iglesia” a los tres eones, porque a partir de la gran multitud que se ha manifestado desde lo Uno se manifestó otra multitud. Ya que estas multitudes se unen..».

Sigue el texto del código de Nag Hammadi (continúa hablando el Revelador)

P. 111 [...] «y llegan a formar unidad, son llamados “Iglesia de la Ogdóada”. Ella se manifestó como un andrógino y se denominó en parte masculinamente y, en parte, femeninamente. Por un lado, la parte masculina fue llamada “Iglesia”, y la femenina, por otro, fue llamada “Vida”, para mostrarse que a partir de una Mujer vino la vida a todos los eones. Por otra parte, todo nombre se recibió desde el principio, porque a partir de su beneplácito con su Pensamiento se manifestaron los poderes. Primeramente los que se denominan “dios”. Ahora bien, [los] dioses de los dioses gracias a su contemplación manifestaron dioses. A partir de su contemplación manifestaron señores. Y los señores de los señores manifestaron a partir de su intención señores. Pero los señores con su poder manifestaron arcángeles. Los arcángeles a partir de sus palabras manifestaron ángeles. **P. 112** A partir de estos se manifestaron aspectos, figuras, formas y nombres para todos los eones y sus mundos.

Proceso productor según el Silencio y recapitulación

»Los inmortales que he mencionado tienen toda autoridad a partir del Hombre inmortal que se llama Silencio, porque a partir de una intención sin palabras se completó su grandeza entera. Las incorruptibilidades tienen, en efecto, autoridad y crearon un gran reino para cada una de ellas en (su) Ogdóada, así como tronos y templos y firmamentos según sus grandezas. Porque todo esto llegó a ser por voluntad de la Madre del Todo».

Entonces los santos apóstoles le dijeron: «Señor Salvador, háganos de los que están en los eones, porque es necesario que nosotros los busquemos».

P. 113 Dijo el perfecto Salvador: «Si todo lo que buscáis es esto, os lo diré. Han creado para sí ejércitos de ángeles,

miríadas innumerables para su servicio y glorias. Han creado espíritus virginales, luminosos, inefables e inmutables, porque no tienen dolor, ni impotencia, sino voluntad. Los eones se completaron así rápidamente junto con los cielos y los firmamentos en la gloria del Hombre inmortal y de la Sabiduría, su consorte, el lugar desde el que tienen forma todos los eones y sus mundos y los que vinieron a la existencia después de ellos tomaron modelo para su creación similarmente en los cielos del caos y sus mundos.

Alabanza de gloria y epílogo

»Pero todos los entes naturales, desde la manifestación del caos, están en la Luz que ilumina sin sombra y en alegría indescriptible y júbilo indecible, y siempre se regocijan a causa de la gloria **P. 114** que no cambia y del reposo inconmensurable, (lo) que no se puede describir entre todos los eones que llegaron a ser después de estos con todos sus poderes. Pero todo lo que os he mencionado, lo he expresado de modo que lleguéis a brillar en la luz más que ellos».

El velo

Le dijo María: «Señor santo, tus discípulos, ¿de dónde han venido, adónde van y qué harán en ese lugar?».

Les dijo el Salvador perfecto: «Quiero que entendáis que la Sabiduría, la Madre y consorte del Todo ha querido por sí misma que estos existan sin su varón. Pero según voluntad del Padre del Todo, para que su bondad incomprensible se manifestara, creó este velo entre los inmortales y los que han existido después de estos para que el destino siguiera [...].

Faltan las páginas 115-116 del código de Nag Hammadi. Los pasajes paralelos del Papiro Berolinense dicen lo siguiente:

BG P. 118 ... «a todos los eones y al caos, de modo que se manifestara la deficiencia de la mujer y esta viniera a la existencia, y el error combatiera contra ella. **P. 119** Y fuera de

los eones superiores, estos constituyeron el velo del Espíritu^[674], como emanaciones de luz.

La gota de luz, el alma viviente y los ladrones del soplo

»Desde los eones, por las emanaciones de luz como he mencionado, una gota proveniente de la Luz y del Espíritu descendió a las regiones inferiores del señor omnipotente del caos para que diera vida a sus obras a partir de esta gota de modo que resulte ser una sentencia contra él, es decir, el Archigenerador que es llamado Yaldabaot. Esta gota se manifestó en sus obras por medio del soplo como un **P. 120** alma viviente. La gota se había marchitado y adormecido en la ignorancia del alma. Cuando adquirió calor por el soplo de la gran Luz del Varón y formuló un pensamiento (por el que) recibieron nombre todos los que están en el mundo del caos y todas las cosas que hay en él una vez que el soplo le fue insuflado por medio de este Inmortal. Estos existieron por la voluntad de la Madre, la Sabiduría, para que el Hombre Inmortal congregara a los vestidos de este mundo^[675], **P. 121** y (los arcontes) fueron juzgados como ladrones. Entonces aquellos besaron con su soplo al originado por el soplo de lo alto. Como, empero, (la obra modelada) era psíquica, era incapaz de tomar en sí este poder hasta que se completara el número del caos, es decir, concluido el tiempo determinado por el gran ángel.

La unificación

»Yo, sin embargo, os he instruido sobre el Hombre Inmortal y he desatado los lazos de los ladrones que lo asediaban; he roto las puertas de **P. 122** la crueldad en su presencia, he humillado su providencia y se avergonzaron todos y se levantaron de su torpeza. A causa de esto, pues, he venido a este lugar, para unirlos tanto al Espíritu como al soplo y que lleguen a ser de dos uno...

Continúa el códice de Nag Hammadi:

P. 117 [...] »de nuevo igual que desde el principio, para que deis frutos abundantes y ascendáis hasta el que es desde el principio en una alegría inefable, con la gloria con [...] gracia del Padre [del Todo].

Gnosis superior

»El que conoce [al Padre] con conocimiento puro se retirará hacia el Padre [...] inengendrado. El que conoce [lo deficiente] se retirará [hacia lo deficiente] y [tendrá] el reposo [en la Ogdóada]. El que conoce, empero, [al Espíritu] inmortal de la Luz en el Silencio por la Intención y el consentimiento en la verdad, facilitará símbolos del Invisible y será luminoso en el Espíritu del Silencio. Que el que conoce al Hijo del Hombre en conocimiento y en amor me facilite un símbolo **P. 118** del Hijo del Hombre y se retire junto con los que están (reposando) en la Ogdóada.

Muchedumbre masculina y sin rey

»He ahí que os he manifestado el Nombre perfecto, toda la voluntad de la Madre de los ángeles santos, para que se completara en este lugar la muchedumbre de los varones, para que se manifestara [por ellos] [...] los que han existido [en la riqueza] inescrutable [del gran Espíritu] invisible [para que reciban] todos de [su bondad] y de la riqueza [del reposo] sobre la que ningún rey [reina].

Despedida del Salvador

»He venido [desde el que] fue enviado para manifestaros al que es desde el Principio, a causa de la arrogancia del Archigenerador^[676] y de sus ángeles, porque se dicen de sí mismos que son dioses. Pero yo he venido para enderezarlos de su ceguedad, para hablar a cada uno del Dios que está sobre el Todo. **P. 119** Vosotros, por lo tanto, pisotead sus tumbas, humillad su providencia y haced pedazos su yugo y

levantad lo que es mío. Os he dado autoridad sobre todas las cosas como hijos de la Luz para que pisoteéis su poder con vuestros pies».

Conclusión

Esto es lo que [ha dicho] el bienaventurado Salvador. (De inmediato) [se] les [hizo] invisible. Entonces tuvieron una [gran alegría...] en [el Espíritu. Desde] ese día sus discípulos comenzaron a predicar el Evangelio de Dios, el [Espíritu] imperecedero y eterno. Amén. La *Sabiduría de Jesús*.

3. Carta de Pedro a Felipe

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Siglos III/IV.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto de la primera mitad del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi, código VIII 2.

La Carta de Pedro a Felipe es una paráfrasis gnóstica a Lc 24-Hch 8, que defiende la tesis que Pedro es el origen de la predicación llena del Espíritu Santo del resto de los apóstoles, cuya finalidad es luchar contra los arcontes, o ángeles malvados del Demiurgo. En este sentido, la Carta de Pedro a Felipe tiene una finalidad análoga a la de la Revelación de Pedro. Como el resto de la biblioteca de Nag Hammadi en general, la Carta parece haber sido escrita originariamente en griego y luego traducida al copto sahídico.

El escrito se presenta a sí mismo en las primeras líneas con el título de «Carta de Pedro» a su compañero en el apostolado Felipe. Sin embargo, el texto no presenta los rasgos peculiares de la literatura epistolar, sino que parece más bien una mezcla de géneros literarios. En la sección narrativa, parcialmente homilética, el género más destacado de la obra es el «erotemático», o de preguntas de un discípulo y respuestas de un maestro. Se trata en el escrito presente de un «evangelio» o, si se prefiere, de «diálogo de revelación» gnóstico, con la peculiaridad de que en este escrito —como ocurre en el Cuarto Evangelio, el primer testimonio histórico de diálogo de revelación— es Jesús más bien quien habla en monólogo («discurso de revelación») y los discípulos asienten sobre todo y dan gracias.

La Carta de Pedro a Felipe es un tratado claramente cristiano-gnóstico, aunque en un muchos puntos ortodoxo. El autor se presenta como decidido defensor del primado de Pedro, que reduce a la obediencia a un Felipe distante. El fragmento más puramente gnóstico de la Carta es el mito de la transgresión de Sabiduría (135, 10-136, 17). Su vocabulario y presentación es parecido al del Libro secreto de Juan.

El autor es desconocido. Ahora bien, puesto que el escrito se dirige a ministros de una iglesia con tonalidad gnóstica (representados en los apóstoles), es bien posible que su autor fuera alguien con responsabilidades de gobierno en un grupo cristiano de claro talante gnóstico.

La fecha de composición es insegura y no hay suficientes indicios internos para precisarla. Debemos atenernos a nuestra ignorancia y postular una composición en el ámbito del resto de escritos de la Biblioteca de Nag Hammadi del siglo II al IV, más hacia el final de este periodo que al principio.

* * *

P. 132 Carta de Pedro enviada a Felipe

«Pedro, el apóstol de Jesús, el Cristo, a Felipe, nuestro amado hermano y nuestro compañero en el apostolado y a los hermanos que están contigo: salud.

»Deseo que comprendas, hermano nuestro (que) hemos recibido el mandato de nuestro Señor y salvador de todo el mundo de ir juntos a enseñar y predicar (en) la salvación que nos fue prometida por medio de nuestro P. 133 Señor Jesús, el Cristo. Pero tú estás separado de nosotros y no deseas que vayamos juntos y aprendamos cómo orientarnos para poder anunciar la buena nueva. Así pues, ¿te agradaría, hermano nuestro, venir según el mandato de nuestro Dios Jesús?».

Primera reunión de los apóstoles

Cuando Felipe recibió (esta carta) y la leyó, se fue hacia Pedro con alegría y gozo. Entonces Pedro congregó a los demás (apóstoles). Subieron al monte que es llamado «De los Olivos^[677]», el lugar en el que acostumbraban a reunirse con Cristo, el bienaventurado, cuando estaba en el cuerpo. Entonces, cuando se congregaron los apóstoles y se postraron sobre sus rodillas, rezaron de este modo: «Padre, Padre, Padre de la luz, el que posee la incorrupción, escúchanos como te [has] complacido en tu hijo santo Jesús, el Cristo. Pues él ha sido para nosotros un iluminador P. 134 en las tinieblas. Sí, ¡escúchanos!».

Y de nuevo repitieron su plegaria así: «Hijo de la Vida, Hijo de la Inmortalidad, que estás en la Luz, Hijo, Cristo de la Inmortalidad, redentor nuestro, danos fuerza, porque ellos^[678] nos están buscando para matarnos».

Aparición de Jesús. Preguntas de los apóstoles

Entonces apareció una gran luz, de modo que la montaña se iluminó con la visión del que apareció. Y una voz^[679] les gritó así: «Escuchad mis palabras que voy a deciros. ¿Por qué

me buscáis? Yo soy Jesús, el Cristo, que está con vosotros por siempre».

Entonces los apóstoles respondieron así: «Señor, nos gustaría saber (acerca de) la deficiencia de los eones y su plenitud, y cómo estamos detenidos en esta morada. O cómo hemos llegado a este lugar. Y ¿de qué modo saldremos (de él)? O ¿cómo tenemos **P. 135** el poder para hablar libremente? O ¿por qué los poderes luchan contra nosotros?»^[680].

Entonces, una voz vino a nosotros desde la luz y nos dijo así: «Sois vosotros, vosotros los que dais testimonio de que yo os he dicho todas estas cosas. Mas a causa de vuestra incredulidad hablaré de nuevo».

Primera respuesta de Jesús

«En efecto, respecto a la [deficiencia] de los eones esta [es] la deficiencia: (cuando) la desobediencia y la locura de la Madre se hizo visible al faltar la orden de la majestad del Padre, ella quiso suscitar eones. Y cuando ella habló, emergió el Arrogante^[681]. Y cuando dejó una porción^[682], el Arrogante se apoderó de ella y resultó la deficiencia. Esta es la deficiencia de los eones. Cuando el Arrogante tomó la porción, la sembró y puso sobre ella poderes y autoridades. Y [él] la confinó entre los eones mortales. Y se alegraron todos los poderes del mundo de haber sido engendrados. **P. 136** Pero ellos no conocen al [Padre que] preexiste, puesto que son extraños a Él. Pero este es (aquel) al que se le ha dado poder y al que sirven, alabándolo. Mas el Arrogante se llenó de soberbia a causa de la alabanza de los poderes. Se hizo envidioso, y deseó crear una imagen en lugar de [la imagen] y una forma en lugar de la forma. Y ordenó a los poderes bajo su autoridad que moldearan cuerpos mortales. Y (estos) llegaron a ser a partir de una falsa apariencia de la semejanza que se había producido.

Segunda respuesta

»Y respecto al Pleroma: Yo soy. Y fui enviado a un cuerpo a causa de la semilla que ha caído. Y bajé a este modelo mortal. Pero ellos no me reconocieron. Pensaban que yo era un hombre mortal^[683]. Y hablé con el que me pertenece, y él me oyó del mismo modo que vosotros me oís hoy. Y le di poder para entrar en la heredad de su padre. **P. 137** Y tomé [...] [fueron] repletos [...] en la salvación. Y puesto que él era deficiencia, a causa de esto llegó a ser plenitud.

Tercera y cuarta respuestas

»Y respecto a (aquello de) que estáis detenidos (en esta morada): (es) porque sois míos. Si os despojáis a vosotros mismos de lo que es corruptible, entonces os convertiréis en iluminadores entre los mortales. Y esta (es) la razón (por la que) vosotros lucharéis contra los poderes, porque ellos no tienen reposo como vosotros, puesto que no quieren que seáis salvados».

Pregunta y respuesta adicional

Entonces los apóstoles (lo) adoraron de nuevo y dijeron: «Señor, dinos cómo lucharemos contra los arcontes, puesto que los arcontes son superiores a nosotros».

Entonces [una] voz les gritó así desde la aparición^[684]: «Lucharéis contra ellos de este modo, pues los arcontes luchan contra el hombre interior. Vosotros, pues, lucharéis de este modo: reuníos y enseñad en el mundo la salvación con una promesa. Y ceñíos con el poder de mi Padre y expresad vuestras plegarias. Y mi Padre os ayudará del modo como os ayudó enviándome. **P. 138** No [...] como os lo [dije] antes cuando estaba en el cuerpo».

En Jerusalén

Entonces se produjeron rayos y truenos en el cielo^[685], y (el)

que se apareció fue llevado al cielo. Entonces los apóstoles dieron gracias al Señor con toda suerte de alabanzas. Se volvieron a Jerusalén. Y cuando estaban subiendo (a la ciudad) hablaban entre ellos de la luz que se había producido. Y dijeron una frase sobre el Señor, de este modo: «Si él, nuestro Señor, sufrió, ¿cuánto más (debemos sufrir) nosotros?».

Pedro respondió así: «Sufrió a causa nuestra, y nos es necesario también sufrir a causa de nuestra pequeñez».

Entonces vino a ellos una voz que les dijo: «Os he dicho muchas veces: es necesario que sufráis. Es necesario que seáis conducidos a las sinagogas y (ante) los gobernadores de modo que sufráis^[686]. Pero aquel que no sufre y no [...] [vuestro] Padre [...]».

P. 139 Y los apóstoles se alegraron [enormemente] y subieron [a] Jerusalén. Y subieron al Templo y enseñaron la salvación en nombre [del] señor Jesús, el Cristo. Y curaron [a una] multitud (de gente).

Discurso final de Pedro

Y abrió Pedro su boca, y dijo a sus discípulos^[687]: «Ciertamente, cuando nuestro Señor Jesús estaba en el cuerpo nos indicó todas las cosas^[688], pues (para eso) descendió. Hermanos míos, escuchad mi voz».

Y fue lleno del Espíritu y habló así: «Nuestro iluminador Jesús descendió y fue crucificado, y llevó una corona de espinas. Se puso un vestido de púrpura y fue [crucificado] en la cruz, y fue enterrado en una tumba, y resucitó de entre los muertos. Hermanos míos, Jesús es ajeno a estos sufrimientos^[689]. Pero nosotros somos los que hemos sufrido a causa de la transgresión de la madre. Y por este motivo, Él hizo todo según la semejanza con nosotros. Porque el Señor Jesús, el hijo de la gloria inconmensurable del Padre, es el

autor de nuestra vida. Así pues, hermanos míos, no obedezcamos a esos impíos y caminemos [...]».

P. 140 Pedro [los reunió] con estas palabras: «[Señor nuestro] Jesucristo, autor de [nuestro] descanso, danos el espíritu de conocimiento, de modo que también nosotros realicemos obras poderosas».

Entonces Pedro y los otros [lo] vieron, y quedaron llenos del Espíritu Santo, y cada uno realizó curaciones. Y se marcharon para predicar al Señor Jesús. Y se reunieron^[690] y se saludaron unos a otros diciendo «Amén».

Entonces Jesús se (les) apareció y les dijo: «Paz a vosotros^[691] y a todo aquel que cree en mi nombre. Y, al marchar, ¡que la alegría, la gracia y el poder sea con vosotros! Y no tengáis miedo. He aquí que estoy con vosotros por siempre^[692]».

Entonces los apóstoles se separaron unos de otros con cuatro mensajes^[693] para predicar. Y se fueron con el poder de Jesús, en paz.

4. Libro de Tomás el atleta

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Entre el 150 y el 250 d. de C.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto de la primera mitad del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi, código II 7.

El Libro de Tomás el atleta es el último tratado del II código de la Biblioteca de Nag Hammadi. La lengua original fue, sin duda, el griego. El traductor al copto pudo ser distinto del redactor final que compuso el incipit («comienzo»). El libro se presenta a sí mismo como un «evangelio» gnóstico o «diálogo de revelación» entre el Revelador y (Judas) Tomás, como una recopilación de las «palabras secretas» pronunciadas por el Salvador, Jesús, a su discípulo, transcritas por otro discípulo, llamado Matías.

El momento de la revelación es previo a la ascensión del Salvador. Matías, el duodécimo discípulo que sustituye al traidor Judas, no desempeña en la obra más que la función de secretario, mientras que Tomás desaparece en la segunda parte de la obra (desde P. 142). Es posible que la mención de Matías (o Matatías, o Mateo, variantes de un mismo nombre que significa en hebreo «don de Dios»), se deba a la tradición de la Iglesia antigua que relacionaba a Mateo/Matías con la recopilación de «dichos del Señor».

El Libro de Tomás el atleta es un tratado gnóstico de carácter moderado. El autor está interesado en mostrar que la revelación del Salvador afecta más al destino del hombre espiritual, el gnóstico, potencialmente perfecto cuando escuche y ponga en práctica las doctrinas impartidas por el Revelador, que a sus orígenes, que no se mencionan explícitamente. La adquisición de la gnosis lleva a conocerse a sí mismo, lo cual conduce necesariamente al conocimiento del Todo. El ideal es conocer bien lo visible, cómo es en realidad, para remontarse, gracias a las alas que proporciona la gnosis, al conocimiento de lo invisible.

El Libro de Tomás el atleta no aparece citado nunca por ningún autor antiguo, ni tampoco contiene la descripción de algún evento histórico que nos permita su datación. Ahora bien, las tradiciones en torno a Judas Tomás están localizadas en la Siria oriental, en donde nacen El Evangelio de Tomás y los Hechos apócrifos de Tomás. Por tanto, no sería extraño que el Libro de Tomás el atleta proceda de la misma zona. Igualmente, por su género literario —un diálogo de revelación que ocupa un lugar intermedio entre el más primitivo del Evangelio de Tomás (un dicho simple de la tradición sinóptica sobre Jesús interpretado al modo gnóstico) y el más evolucionado de los Hechos de Tomás (una novela de aventuras con un contenido teológico)—, sitúan a nuestro escrito entre el 150 y 250.

* * *

P. 138 Palabras secretas que dijo el Salvador a Judas Tomás, las que transcribí yo mismo, Matías, (mientras) iba andando oyéndolos hablar el uno con el otro. El Salvador dijo:

La naturaleza de la gnosis

«Hermano Tomás, mientras tienes tiempo en el mundo,

escúchame que voy a revelarte cosas sobre las que has discurrido en tu mente. Puesto que se ha dicho que eres mi gemelo y mi compañero auténtico, investiga para que sepas quién eres, y de qué modo existes y qué llegarás a ser. Puesto que te llaman mi hermano, no es conveniente que seas ignorante de ti mismo. Y sé que tú has entendido, pues has comprendido que yo soy el conocimiento de la verdad^[694]. Mientras andas conmigo, aunque eres ignorante has llegado a conocer, y te llamarán “el que se ha conocido a sí mismo”. Pues el que no se ha conocido a sí mismo no ha conocido nada, pero el que se ha conocido a sí mismo ha comenzado ya a tener conocimiento sobre la profundidad del Todo. Por ello, pues, tú eres mi hermano, Tomás. Has visto lo que está oculto a los hombres; es decir, aquello con lo que tropiezan al no conocerlo».

Lo visible y lo invisible

Y Tomás dijo al Señor: «Por ello te pido que me expliques [las] cosas sobre las que te pregunto antes de tu ascensión. Y cuando escuche de ti (lo que digas) sobre las cosas ocultas, entonces podré hablar sobre ellas. Y me es claro que es difícil practicar la verdad ante los hombres».

El Salvador respondió y dijo: «Si las cosas que os son visibles están ocultas ante ti, ¿cómo os será posible escuchar acerca de las cosas que no son visibles?. Si las obras de la verdad que son visibles en el mundo son difíciles de poner en práctica, ¿cómo, pues, realizaréis (las obras) de la Majestad exaltada y las del Pleroma que no son visibles? Y ¿cómo vais a ser llamados operarios^[695]? Por ello sois discípulos, y aún no habéis recibido la majestad y la perfección».

Respondió Tomás y dijo al Salvador: «Háblanos sobre esas (cosas) de las que nos dices que no son visibles, sino ocultas a nosotros».

El destino de los cuerpos

El Salvador dijo: «Todo cuerpo [de hombres] y bestias ha sido engendrado irracional [...]. Se muestran (sin embargo) como una [criatura] que se cree [a sí misma racional]. Aquellos de arriba [no se muestran en] las cosas visibles, **P. 139** sino que se muestran por su propia raíz, y sus frutos son los que los alimentan. Y estos cuerpos que son visibles se alimentan de criaturas que son semejantes a ellos. Por ello, pues, los cuerpos cambian. Pero lo que cambia será aniquilado y perecerá, y no tiene esperanza de vida desde ahora, pues su cuerpo es bestial. Y como los cuerpos de las bestias perecen, del mismo modo estos cuerpos modelados perecerán. ¿Acaso no provienen de la unión como el de las bestias? Y si proviene de ella misma, ¿cómo (el cuerpo) engendrará algo diferente de aquellas? Por ello, pues, sois infantes hasta que seáis perfectos».

Respondió Tomás: «Por ello te digo a ti, Señor, que los que hablan sobre cosas que no son visibles y difíciles de explicar son como los que disparan sus arcos a un objetivo durante la noche. Ciertamente, disparan sus arcos como cualquiera, puesto que lanzan contra un objetivo, aunque no es visible. Pero cuando sale la luz y oculta las tinieblas, entonces la obra de cada uno quedará visible. Pero Tú (eres) nuestra luz^[696], porque Tú nos iluminas, Señor».

Jesús dijo: «La luz existe en la luz».

Habló Tomás, y dijo: «¿Por qué esta luz visible que brilla a causa de los hombres se levanta y se pone^[697]?».

El Salvador dijo: «Bienaventurado Tomás: esta misma luz visible ha brillado por vosotros, no para que permanezcáis aquí, sino para que salgáis de él. Y cuando todos los elegidos abandonen la bestialidad, entonces esta luz se retirará arriba, hacia su esencia, y su esencia la recibirá, pues es una buena

servidora».

El sabio y el necio

Entonces el Salvador continuó, y dijo: «¡Oh amor inescrutable de la luz! ¡Oh amargura del fuego que arde en los cuerpos de los hombres y en sus tuétanos, ardiendo en ellos noche y día, y llameando en los miembros de los hombres, haciendo que sus mentes queden ebrias y sus almas extraviadas, [¿separándolas?] en machos y hembras [día] y noche, y moviéndolas con un movimiento que se [agita] secreta y visiblemente! Pues los machos [se mueven hacia las hembras], y las hembras [se mueven] hacia [los machos]. **P. 140** [Por ello] se ha dicho: “Todo aquel que busca la verdad de la verdadera Sabiduría se fabricará alas para volar, huyendo del deseo que agosta los espíritus de los hombres. Y se hará para sí mismo alas para escapar de todo espíritu visible”».

Tomás respondió, y dijo: «Señor, esto es precisamente lo que te estoy preguntando, puesto que he comprendido que Tú eres bueno para nosotros, como tú (mismo) dices».

El engañoso reino de lo visible

Respondió de nuevo el Salvador, y dijo: «Por ello nos es necesario hablaros, pues esta es la doctrina para el perfecto. Si vosotros, pues, deseáis ser perfectos, observaréis estas cosas^[698]. Si no, vuestro nombre es “ignorante”, puesto que no es posible que un sabio habite con un loco, pues el sabio es perfecto en toda sabiduría. Para el loco, el bueno y el malo son lo mismo. Pues el sabio será alimentado por la verdad, y llegará a ser como un árbol que crece junto a una corriente de agua^[699], viendo que otros tienen alas y se lanzan sobre las cosas visibles, que se hallan lejos de la verdad. Pues lo que los guía, el fuego, les dará una ilusión de verdad, y brillará sobre ellos con una belleza que perecerá y los hará prisioneros en un

dulzura tenebrosa y los hará cautivos con un fragante placer. Y los cegará con un deseo insaciable y quemará sus almas, y será para ellos como una cuña clavada en sus corazones, que no les será posible mover. Y como un bocado en las fauces los conduce según su propio deseo. Los aherroja con sus cadenas, y liga todos sus miembros con la amargura de las ligaduras del deseo hacia esas cosas visibles que perecen, cambian y se mudan según su impulso. En todo momento han sido atraídos desde el cielo a la tierra. Cuando mueren, se asemejan a todas las bestias corruptibles».

Tomás respondió, y dijo: «Está claro y se ha dicho: Muchas [son las cosas reveladas] a los que no conocen que [¿perderán sus?] almas».

Y [el Salvador] respondió, y dijo: «[Bendito el] sabio que [busca la verdad] y cuando la encuentra descansa **P. 141** en ella por siempre y no teme a los que desean perturbarlo.

Tomás respondió, y dijo: «¿Es bueno para nosotros, Señor, descansar entre los nuestros?».

Destino de lo material

El Salvador dijo: «Sí, pues es útil. Y es bueno para vosotros, puesto que las cosas visibles entre los hombres se disgregarán. Pues el recipiente de vuestra carne se disgregará, y cuando se destroce, llegará a estar entre las cosas visibles, entre las que se ven. Y entonces verán el fuego que les causa dolor a causa del amor por la fe que tuvieron en otro momento. Se congregarán de nuevo con lo que es visible.

Destino de las almas impías

«Mas (por otro lado) aquellos que ven entre las cosas no visibles, perecerán por el deseo de esta vida y por la flama del fuego, sin el primer amor. Solo un poco de tiempo hasta que lo que es visible se disgregue. Entonces habrá fantasmas sin forma y habitarán por siempre en medio de las tumbas entre

dolores y corrupción del alma».

Tomás respondió, y dijo: «¿Qué debemos decir ante esas cosas, o qué diremos a los ciegos, o qué enseñanza daremos a esos miserables mortales que dicen: “Hemos venido para [hacer] lo bueno y no para maldecir”, y de nuevo dicen: “Si no hubiéramos sido engendrados en la carne, no habríamos conocido el fuego”?»

Castigo de los impíos. El infierno

El Salvador dijo: «En verdad, a esos no los estimes como hombres, sino considéralos como bestias, pues como bestias se devoran unos a otros; de este modo los hombres de esta clase se devoran unos a otros. Pero estos se hallan privados de [vitalidad], pues aman la dulzura del fuego, sirven a la muerte y se lanzan hacia las obras de la corrupción. Estos completan los deseos de sus padres. Serán arrojados al abismo y serán afligidos por el amargo tormento de su mala naturaleza. Pues serán flagelados hasta que se lancen de cabeza hacia el lugar que no conocen, y [dejarán] sus miembros no con paciencia, sino con desesperación. Y se alegran con [el deseo de esta vida] con locura y desvarío. [Algunos] siguen este desvarío sin caer en la cuenta de su locura, mientras piensan que son sabios. [Se engañan por la belleza?] de sus cuerpos como [si no fueran a perecer?]. **P. 142** Sus corazones están dirigidos hacia ellos mismos. Sus pensamientos están ocupados con sus obras. Pero el fuego los abrasará».

Pero Tomás respondió, y dijo: «Señor, ¿qué hará aquel que ha sido arrojado a ellos? Pues estoy muy preocupado por su causa, pues son muchos los (demonios) que se les enfrentan».

El Salvador respondió, y dijo: «¿Cuál es tu opinión?».

Judas, llamado Tomás, dijo: «A ti, Señor, te compete hablar y a mí escuchar».

El Salvador replicó: «Escucha lo que voy a decirte y cree en

la verdad. El que siembra y lo que es sembrado^[700] será aniquilado en el fuego, dentro del fuego y del agua, y quedarán ocultos en tumbas tenebrosas. Y tras mucho tiempo se revelarán los frutos de los árboles malos y se los castigará, muriendo en la boca de bestias y hombres al impulso de la lluvia, de los vientos, el aire y de la luz que brilla desde arriba^[701]».

Tomás respondió: «Nos has persuadido ciertamente, Señor. Lo comprendemos en nuestros corazones y es claro que es así, y que tu palabra es suficiente. Pero estas palabras que nos dices son ridículas para el mundo y despreciables, puesto que no son comprendidas. ¿Cómo, pues, iremos a predicarlas si somos estamos en el mundo?».

Otra descripción del infierno

El Salvador respondió y dijo: «En verdad os digo que el que oiga vuestras palabras y tuerza su cara hacia otro lado o se mofe o se burle de ellas, en verdad os digo que será entregado al Arconte de arriba, el que gobierna sobre las potestades como su rey, y le dará vueltas y lo lanzará desde el cielo al abismo, y será encerrado en un lugar estrecho y tenebroso. Y no le será posible volverse ni moverse a causa de la gran profundidad del Tártaro y de la [amplia muralla?] dispuesta [contra él. Allí estarán prisioneros?] para que [no puedan escapar?]. No será olvidada [su locura?]. [...] os perseguirán y [os] entregarán al ángel Tartarujó [y tomará un látigo?] de fuego, persiguiéndolos **P. 143** con latigazos de fuego que producen una rociada de chispas sobre el rostro del que es perseguido. Si huye a occidente, halla fuego. Si se vuelve al sur, lo encuentra allí también. Si se vuelve al norte, lo encuentra también la amenaza del fuego flameante. Y no encuentra el camino hacia el oriente para huir allí y verse a salvo, pues (si) no lo encontró en el día (que estaba) en el

cuerpo, (tampoco) lo encontrará en el día del juicio».

Lamentos por los impíos

Entonces el Salvador continuó diciendo: «¡Ay de vosotros, impíos, que no tenéis esperanza, que confiáis en (cosas) que no ocurrirán!

»¡Ay de vosotros, que esperáis en la carne y en la prisión que será destruida! ¿Hasta cuándo seréis olvidadizos? Y las cosas imperecederas... ¿pensáis que no perecerán^[702]? Vuestra esperanza está puesta en el mundo, y vuestro dios es esta vida. Estáis aniquilando vuestras almas.

»¡Ay de vosotros a causa del fuego que llamea en vosotros, pues es insaciable!

»¡Ay de vosotros a causa de la rueda que gira en vuestros pensamientos!

»¡Ay de vosotros por la llama que está en vosotros, porque devorará vuestras carnes abiertamente y desgarrará vuestras almas en secreto y os preparará para vuestros compañeros!

»¡Ay de vosotros, cautivos, porque estáis atados en cavernas! ¡Os reís! ¡Os alegráis con una risa loca! ¡No pensáis en vuestra perdición, ni reflexionáis sobre vuestras circunstancias, ni habéis entendido que habitáis en tinieblas y en muerte! Mas estáis ebrios con el fuego y estáis [llenos] de amargura. Vuestros corazones desvarían a causa de la llama que hay en vosotros, y os es dulce la corona y los golpes de vuestros enemigos. Y la oscuridad ha surgido para vosotros como la luz, pues habéis sometido vuestra libertad a la servidumbre. Habéis puesto vuestros corazones en la oscuridad, y sometido vuestros pensamientos a la locura, y habéis llenado vuestros pensamientos con el humo del fuego que está en vosotros. Vuestra luz se ha ocultado en la nube [oscura] y habéis desgarrado el vestido que lleváis. [Os habéis sumido en el olvido], y se ha apoderado de vosotros la

esperanza que no existe. ¿Y quién es aquel en quien habéis creído? ¿No caéis en la cuenta de que os encontráis entre los que [desean] maldeciros como si [vuestra esperanza no existiera?]. **P. 144** Habéis bautizado vuestras almas en las aguas de la oscuridad. Habéis caminado en vuestros propios deseos.

»¡Ay de vosotros, que estáis en el error, sin mirar a la luz del sol que todo lo juzga, que todo lo ve^[703] y (que) se tornará hacia todas las cosas para hacer prisioneros a los enemigos! ¿No caéis en la cuenta cómo la luna de noche y de día mira hacia abajo contemplando los cuerpos de vuestros cadáveres?

»¡Ay de vosotros, que amáis el contacto con las mujeres y la sucia unión con ellas!

»¡Ay de vosotros, a causa de los poderes de vuestro cuerpo, pues os afligirán!

»¡Ay de vosotros, a causa de la potencia de los malos demonios!

»¡Ay de vosotros, que seducís vuestros miembros con el fuego! ¿Quién es el que hará llover un rocío refrescante, a fin de que extinga en vosotros la cantidad de fuego junto con vuestras llamas? ¿Quién es el que os dará el sol para que brille sobre vosotros y elimine las tinieblas en vosotros y oculte la oscuridad y las sucias aguas (estancadas)?

Parábola de la viña y las malas hierbas

»El sol y la luna os enviarán una fragancia junto con el aire, el espíritu, la tierra y el agua. Pues si el sol no brilla sobre estos cuerpos, se agostarán y perecerán como la maleza o las hierbas. Ciertamente, si el sol brilla sobre la maleza, (esta) adquiere fuerza y ahoga a la cepa. Si, por el contrario, la cepa vence y cubre de sombra a la maleza y todas las otras hierbas que crecen con ella, y se extiende y se ensancha, ella sola hereda la tierra sobre la que crece, y domina todo lugar sobre

el que proyecta su sombra. Entonces, pues, cuando prospere, domina toda la tierra, y es generosa para con su dueño, y lo complace mucho, pues habría tenido grandes dolores a causa de esas plantas hasta que las hubiera arrancado. Pero solo la cepa las eliminó y ahogó; murieron y fueron como tierra».

Entonces continuó Jesús, y les dijo: «¡Ay [de vosotros]!, pues no habéis recibido la doctrina, y los que son ignorantes trabajarán predicándola en vez de vosotros. Y os lanzaréis a la [libertinaje?] [Pero hay algunos?] enviados a [rescatar a aquellos?] a los que matáis diariamente **P. 145** para que resuciten de la muerte».

Bienaventuranzas sobre los espirituales

«¡Bienaventurados sois vosotros que conocéis de antemano el escándalo y huís de las cosas ajenas!

»¡Bienaventurados vosotros, que recibís muchos insultos^[704] y no os estiman a causa del amor que vuestro Señor tiene por ellos!

»¡Bienaventurados vosotros, que lloráis^[705] y sois oprimidos por los que no tienen esperanza, porque seréis liberados de toda atadura!

Exhortación a la vigilancia y premio final

»Vigilad y orad para que no estéis en la carne, sino que os escapéis de las amargas ataduras de esta vida. Y cuando roguéis, hallaréis el descanso, pues cuando hayáis abandonado los sufrimientos y pasiones del cuerpo, recibiréis el descanso del Bueno, y reinaréis con el Rey, vosotros con él y él con vosotros, desde ahora por siempre jamás. Amén.

»El *Libro de Tomás el atleta* escrito para los perfectos. Recordadme también, hermanos míos en vuestras oraciones. Paz a los santos y al espiritual».

5. Revelación a Pedro

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Principios del siglo III.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto de la primera mitad del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi, código VII 3.

La Revelación a Pedro es a pesar del título un evangelio gnóstico de acuerdo con la definición ofrecida en la p. 431. Se trata de uno de los textos mejor conservados de la Biblioteca de Nag Hammadi, en donde a veces lleva el título de Apocalipsis de Pedro. Sin embargo, el buen estado de conservación no lo hace sencillo de interpretar, pues el presumible original griego parece haber sido mal comprendido por el traductor, o mal transcrito por el copista, de modo que en algunos pasajes se hace bastante difícil ofrecer una versión correcta del copto.

El texto muestra a Pedro como el receptor de una visión triple, cuyo agente revelador e intérprete es Jesús mismo. El marco de esta revelación es la semana de pasión, en uno de los momentos en los que Jesús predicaba en el Templo antes de ser arrestado. La visión, con los rasgos típicos de una epifanía luminosa, se prolonga hasta los momentos de la crucifixión y resurrección del Salvador.

El carácter esencial de la revelación presentada por este escrito es la distinción entre el Salvador verdadero, no sujeto a ningún padecimiento, cuya muerte no es propiamente un sacrificio expiatorio por la salvación de los hombres, y las apariencias externas del acto de la crucifixión. Como buen gnóstico, el autor supone que la salvación consiste fundamentalmente en el conocimiento.

La Revelación a Pedro es un escrito polémico que vapulea sin piedad a los adversarios. Es interesante señalar la posible polémica del autor contra Pablo de Tarso, ya que Pablo es el máximo representante eclesiástico de la teología de la cruz. El conventículo gnóstico al que el autor dirige su escrito toma toda su fuerza y doctrina de Pedro como Príncipe de los apóstoles. Según el autor, el apóstol es el garante y comienzo de la verdadera gnosis.

La Revelación a Pedro no presenta la descripción o mención de ningún acontecimiento histórico que permita una datación. La polémica antiepiscopal, la alusión, también polémica, contra Hermas (probablemente el autor del Pastor, escrito en Roma hacia el 150 d. de C.), y la misma disputa contra los «eclesiásticos» y otros grupos gnósticos relevantes hacen pensar en un momento en el que era posible esta confrontación ideológica, en el que aún se percibía al gnosticismo como un movimiento vivo capaz de persuadir a algunos de los cristianos eclesiásticos. Este momento podría ser el final del siglo II o más bien principios del III.

* * *

Introducción

P. 70 Cuando el Salvador estaba sentado en el Templo, en el (año) trescientos de la edificación y (en el mes) de la consecución de la décima columna, y satisfecho con el número de la Majestad viviente e incorruptible, me dijo:

Primera visión

«Pedro, bienaventurados aquellos de arriba que pertenecen al Padre, que a través mía ha revelado la vida a aquellos que son de la vida, pues yo les he recordado, a ellos que están edificados sobre sólida (base), que oigan mis palabras y que distingan las palabras de la injusticia y el incumplimiento de la ley y las de la justicia, (pues) **P. 71** ellos proceden de arriba,

de cada palabra del Pleroma verdadero. (Pues) han sido iluminados con benevolencia por Aquel a quien las potestades buscaron, pero no encontraron, ni fue mencionado en generación ninguna de los profetas.

»Este ha aparecido ahora entre aquellos, en aquel en quien se ha aparecido, en el Hijo del Hombre, exaltado en los cielos arriba, (revelado) con temor de los hombres de esencia semejante. Pero tú mismo, Pedro, sé perfecto de acuerdo con tu nombre para conmigo, el que yo te he escogido, porque de ti he hecho un principio para el resto, a quienes he llamado al conocimiento. Sé fuerte hasta (que venga) el imitador de la justicia, (el imitador) de aquel que ha sido el primero en llamarte. (Pues) te ha llamado para que lo conozcas de un modo bueno en su realización, a causa de la distancia que acontece (haber entre uno y otro)... (Puedes reconocerlo) en los tendones de sus manos y sus pies, y en la coronación (realizada) por parte de aquellos (que son) de la mediedad^[706], y su cuerpo luminoso que ellos presentan en la esperanza del P. 72 ministerio a causa de un premio honroso, cuando iba a recriminarte tres veces en aquella noche^[707]».

Caracterización de los no gnósticos

Estas cosas dijo (el Salvador) mientras yo veía a unos sacerdotes y al pueblo que corrían hacia nosotros con piedras como para matarnos. Y me aterroricé (pensando) que íbamos a morir.

Y me dijo: «Pedro, te he dicho muchas veces que son ciegos que no tienen guía^[708]. Si quieres conocer su ceguera, pon tus manos sobre los ojos de tu vestido^[709] y di lo que ves».

Y cuando lo hice, no vi nada.

Dije: «No es posible ver (nada)».

Me dijo de nuevo: «Hazlo otra vez».

Y se produjo en mí temor y alegría (a la vez), pues vi una nueva luz más grande que la luz del día. Luego descendió (esta luz) sobre el Salvador, y le conté las cosas que había visto.

Y me dijo de nuevo: «Levanta tus manos y escucha lo que dicen los sacerdotes y el pueblo».

P. 73 Y oí a los sacerdotes mientras estaban sentados con los escribas. Las multitudes gritaban a voces. Cuando escuchó (el Salvador) de mí estas cosas, me dijo: «Aguza tus oídos y oye lo que están diciendo».

Y escuché de nuevo: «Mientras estabas sentado te alababan^[710]».

Y cuando le dije estas cosas, el Salvador dijo: «Te he dicho que estos son ciegos y sordos. Escucha, pues, ahora las cosas que se te está diciendo misteriosamente y consérvalas. No se las digas a los hijos de este mundo, pues blasfemarán contra ti en este mundo, ya que te desconocen, pero te alabarán (cuando tengan) el conocimiento.

Primer conjunto de adversarios: gnósticos desviados de la verdad originaria

»Pues muchos aceptarán al principio nuestras palabras, y se apartarán de ellas luego por el deseo del padre de su error, porque han hecho lo que él ha querido. Pero él (Dios) los revelará en su juicio, es decir, a los servidores de la Palabra. Pero aquellos que resulten **P. 74** mezclados con ellos serán sus prisioneros, pues no tienen percepción. Al no mezclado, al puro y al bueno lo empujan hacia el verdugo, y hacia el reino de aquellos que alaban al Cristo en la (pretendida) restauración. Y alaban a los hombres que propagan la mentira, aquellos que vendrán después de ti. Y se unirán al nombre de un muerto^[711], pensando que serán puros (por ese nombre). Pero quedarán muy impurificados y caerán en el

nombre del error y en manos de un hombre malvado y astuto, y en dogmas de múltiples formas y serán gobernados en la herejía.

Otro grupo gnóstico desviado

»Ocurrirá, pues, que algunos de ellos blasfemarán de la verdad y proclamarán una doctrina falsa. Y dirán cosas malas unos contra otros. A algunos de ellos se les llamará “aquellos que están en el poder de los arcontes”, los (¿que proceden?) de un hombre y una mujer desnuda^[712], de una multitud de formas y (expuesta a) gran variedad de sufrimiento. **P. 75** Y ocurrirá que los que dicen estas cosas preguntarán por sueños. Y si afirman que un sueño ha procedido de un demonio, digno de su error, entonces recibirán perdición en vez de incorrupción. Pues el mal no puede producir fruto bueno^[713]. Pues el lugar del que procede cada uno produce lo que es semejante a sí mismo, pues toda alma no es de la verdad o de la inmortalidad. Cada alma de este eón tiene como destino la muerte, según nuestra opinión, porque es siempre una esclava, pues ha sido creada para (servir a) sus deseos y la destrucción eterna en la que está y de la que procede. Las almas aman a las criaturas de la materia que han venido con ellas.

»Pero las almas inmortales no se asemejan a estas, oh Pedro. Y en tanto en cuanto no ha llegado la hora (de la muerte), ocurrirá que (el alma inmortal) se parecerá a una mortal. Pero no revelará su naturaleza que es solo **P. 76** inmortal, y piensa en la inmortalidad. Tiene fe y anhela abandonar estas cosas. Pues la gente no recolecta higos de los espinos o de los abrojos, si son inteligentes, ni uvas de los cardos^[714]. Ciertamente, lo que se produce siempre está dentro de aquello de donde procede. Y lo que viene de lo que no es bueno, resulta ser para el alma destrucción y muerte.

Pero esta (el alma inmortal) que llega a ser en el Eterno, se halla en la Vida, y en la Inmortalidad de la vida, a la que se asemeja. Así pues, todo lo que existe no se disolverá en lo que no existe. Pues la sordera y la ceguera se unirán solo con sus semejantes.

Otro grupo desviado también gnóstico

»Pero otros se cambiarán de las palabras malas y de los misterios que extravían. Algunos que no entienden los misterios, hablan de cosas que no entienden. Pero se jactarán que el misterio de la verdad es solo de ellos, y con arrogancia **P. 77** llegarán a tal orgullo como para envidiar al alma inmortal que ha resultado ser una prenda. Pues toda potestad, dominación y poder de los eones desea estar con estos en la creación del mundo, de modo que las potestades que no son, olvidados por los que son, los alaben, aunque no han sido salvados (por las potestades), ni han sido llevados al camino^[715], deseando siempre llegar a ser imperecederos. Pues cuando el alma inmortal se fortalece con el poder de un espíritu intelectual... inmediatamente, empero, las potestades hacen semejante al alma inmortal a uno de aquellos que están extraviados.

Otro grupo desviado no gnóstico

»Pero muchos otros, que se oponen a la verdad y son los mensajeros del error, conspirarán con su error y su ley contra estos pensamientos puros (que proceden) de mí, como mirando desde (el siguiente punto de vista), a saber pensando que el bien y el mal proceden de una (misma raíz). Ellos hacen negocio **P. 78** con mi palabra, y establecen (la existencia de) un Hado severo, bajo el cual la raza de las almas inmortales estará en vano hasta mi parusía. Pues saldrán de ellos... Y mi perdón de sus pecados en los que caen por culpa de sus adversarios, a los cuales yo rescaté de la esclavitud en la

que se encontraban, para darles libertad. (Y obran) a fin de crear un resto de imitación (del verdadero perdón), en nombre de un difunto, que es Hermas, de los primogénitos de la injusticia, a fin de que la luz existente no sea creída por los pequeños^[716]. Pero los de esta clase son los operarios que serán arrojados a las tinieblas exteriores, lejos de los hijos de la luz. Pues ni ellos entrarán, ni tampoco lo permiten a aquellos que suben para recibir su liberación^[717].

Otro grupo. También gnósticos, aunque errados

»Y además otros de ellos, que sufren, piensan que llevarán a su perfección **P. 79** la sabiduría de la fraternidad que existe realmente, que es la camaradería espiritual con aquellos unidos en comunión, a través de la cual se revelará el matrimonio de la inmortalidad. Pero (en vez de eso) se manifestará la semejanza de la raza de la fraternidad femenina como una imitación. Estos son los que oprimen a sus hermanos diciéndoles: “Por medio de esto^[718] tiene piedad nuestro Dios, puesto que la salvación nos llega a nosotros (solo) por esto, y no conocen el castigo de aquellos que se alegran por aquellos que han hecho esto a los pequeños, a los que vieron e hicieron prisioneros.

Otro grupo de adversarios: gentes de la Gran Iglesia

»Y existen (también) otros, de aquellos que están fuera de vuestro número, que se llaman a sí mismos obispos y también diáconos, como si hubieran recibido la autoridad de Dios. Caen bajo el juicio de los principales (puestos). Esta gente son canales vacíos».

Pero yo dije: «Tengo miedo a causa de lo que me has dicho, a saber que **P. 80** los pequeños son, en nuestra opinión, los espurios; que hay multitudes, ciertamente, que harán errar a otras multitudes de vivientes y os destrozarán en medio de ellos, y cuando pronuncien tu nombre, les darán crédito».

El Salvador dijo: «Gobernarán sobre los pequeños por un tiempo para ellos determinado en proporción a su error. Y después que se complete el (tiempo de su) error, se renovará el (eón) que nunca envejece, el del pensamiento inmortal, y (los pequeños) gobernarán sobre los que los gobernaron a ellos. Y él (ese eón que no envejece) arrancará la raíz de su error y la expondrá a la vergüenza, y se revelará la desvergüenza que ella tuvo sobre sí, y resultará que estos (los pequeños) serán inmutables, oh Pedro. ¡Ea, pues! Cumplamos la voluntad del Padre incorruptible. He aquí, pues, que vendrán los que traen el juicio sobre aquellos (los eclesiásticos), y quedarán expuestos a la vergüenza. Pero en cuanto a mí, no podrán tocarme. Pero tú, oh Pedro, estarás en medio de ellos. **P. 81** No temáis a causa de tu cobardía. Su mente se cerrará, pues el Invisible se les opondrá».

Segunda visión: la crucifixión

Cuando dijo estas cosas, vi cómo ellos lo agarraban de aquel modo. Y dije: «¿Qué veo, oh Señor? ¿Eres tú a quien agarran y eres tú el que te aferras a mí? O ¿quién es ese (que) sonríe alegre sobre el árbol? Y ¿hay otro a quien golpean en pies y manos?».

El Salvador me dijo: «Aquel al que viste sobre el árbol alegre y sonriente, este es Jesús, el viviente. Pero este otro, en cuyas manos y pies introducen los clavos, es el carnal, el sustituto, expuesto a la vergüenza, el que existió según la semejanza, ¡míralo a él y a mí!».

Pero yo, en cuanto vi, dije: «Señor, nadie te mira. Vayámonos de este lugar».

Pero él me dijo: «Te lo he dicho; deja a los ciegos solos. Y en cuanto a ti, mira cuán poco entienden de lo que dicen. **P. 82** Pues han expuesto a vergüenza al hijo de su gloria en vez de a mi siervo».

Tercera visión: la resurrección

Y vi a uno que se acercaba a nosotros que se parecía a aquel que se reía sobre el árbol. Estaba (vestido) del Espíritu Santo y es el Salvador. Y hubo una gran luz, inefable, que los rodeó, y una multitud de ángeles inefables e invisibles que lo alababa. Y yo soy el que lo ha visto cuando se manifestó el que da gloria.

Y me dijo: «Sé fuerte, pues tú eres aquel a quien han sido dados estos misterios, para conocerlos por una revelación, (a saber) que aquel a quien crucificaron es el primogénito, y la casa de los demonios y el recipiente de piedra en el que habitan (los demonios)^[719], el (hombre) de Elohim, el de la cruz que está bajo la Ley. Pero aquel que está cerca de él es el Salvador viviente, el que primero estaba en él, al que apresaron y soltaron, que está de pie, alegre, mirando a aquellos que usaron con él violencia, mientras están divididos entre ellos. **P. 83** Por este motivo, se ríe de su falta de visión, sabiendo que son ciegos de nacimiento. Existe, pues, ciertamente, el que toma sobre sí el sufrimiento, pues el cuerpo es el sustituto. Pero lo que liberaron fue mi cuerpo incorpóreo. Pero yo soy el Espíritu intelectual pleno de luz radiante. Al que visteis viniendo sobre mí es nuestro Pleroma intelectual, el que une la luz perfecta con mi Espíritu Santo.

»Estas cosas, pues, que tú has visto se las presentarás a la otra raza que no es de este mundo. Pues no habrá honor en cualquier hombre que no sea inmortal, sino solo en aquellos escogidos de una sustancia inmortal, que se ha manifestado capaz de contener a Aquel que da su abundancia. Por ello digo que “A todo aquel que tiene se le dará y tendrá en plenitud”. Pero el que no tiene —que es el hombre de este lugar, que está completamente muerto cuando ha sido apartado de los seres de la creación, de lo que ha sido

engendrado, **P. 84** a ese que, si ocurre que se le revela una de las esencias inmortales, piensa que la posee—, le será arrebatado (lo que tiene) y le será añadido a aquel que es. Tú, pues, sé animoso y no temas en absoluto. Pues yo estaré contigo^[720] para que ninguno de tus enemigos tenga poder sobre ti. La paz sea contigo. ¡Sé fuerte!».

Cuando (Jesús) dijo estas cosas, (Pedro) volvió a sí mismo.
Revelación a Pedro.

6. Revelación a Santiago

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Mediados del siglo III.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto de la primera mitad del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi: código V 3.

El tercer escrito del código V de Nag Hammadi se abre y cierra con el título de Revelación a Santiago. A pesar del título, es plenamente un evangelio gnóstico conforme a nuestra definición de la p. 431, pues se trata de un «diálogo de salvación» entre Jesús y un discípulo, aquí su hermano Santiago. Convencionalmente se designa a este texto «primera revelación» para diferenciarlo del escrito que le sigue de inmediato en el código que tiene un título idéntico.

El diálogo consta de dos grandes momentos, la etapa de la

docencia preparatoria anterior a la pasión, y la posterior que tiene lugar después de la resurrección. A lo largo de ambos tiempos cuyas subdivisiones interiores se señalan en la traducción, el diálogo expone su finalidad central: mostrar la esencia de la salvación como el descubrimiento de la interioridad oculta encerrada en las palabras del Salvador y en la aventura del descenso y ascenso hacia el Padre desconocido.

El escrito parece relativamente tardío e interpreta en clave gnóstica al judeocristianismo. Este discurso salvífico puede haber sido escrito en Egipto hacia fines del siglo III en un medio interesado en mostrar la superioridad del espiritualismo gnóstico ante las creencias oficiales judías y cristianas. El texto se conserva en sahídico, pero su original fue redactado en griego.

Desde 1978 se sabe del descubrimiento de otro manuscrito de esta «Revelación», el denominado Códice Tchacos, el mismo en el que se halla El evangelio de Judas, que por avatares del mercado ha resultado muy dañado. Solo en 2006 apareció la reconstrucción de esta nueva versión en copto, cuyas ampliaciones resultan de notable interés para la mejor comprensión del esoterismo judeocristiano. Este segundo original es más extenso, y contiene elementos que no era posible leer en la versión anteriormente conocida de Nag Hammadi, y permite asimismo completar lagunas del primer manuscrito de esta Biblioteca. Inversamente, este texto presta también auxilio para que se puedan completar líneas que faltan en este último en las páginas 13, 14 y 29 (los añadidos van entre paréntesis agudos).

Ofrecemos la versión del Códice Tchacos por ser la más completa, y suplimos sus lagunas con el texto anterior hallado en Nag Hammadi. Los suplidos van señalados con los signos.

Diálogo antes de la pasión. Discurso introductorio

P. 10 Sucedió que el Maestro me dijo: «Atiende, pues, al cumplimiento de mi liberación. Te he indicado esto, Santiago, hermano mío, porque no te llamo por azar “hermano mío”. Tú no eres mi hermano de acuerdo con la materia, pero te ignoras respecto a ti mismo, de modo que te diré quién soy. Oye. Nada existía, salvo El que es. Es innominable e indecible [entre los que] son o serán. Yo soy a partir del que es y es innominable. Se me ha dado un gran número de nombres que no me pertenecen, pero me son extraños. Mas no soy [primero], soy segundo a partir del que es. Ya que has preguntado sobre la feminidad, oye. Existía la feminidad, pero no preexistía. Y se preparó (para sí) poderes y divinidades. De este modo El que existe es anterior y la feminidad también existe, pero no es anterior.

P. 11» Yo, sin embargo, provengo de la imagen del que es para mostrarte al que es. No obstante, he manifestado la imagen de los poderes para que los hijos del que [es] sepan lo que les es propio y lo que les es extraño. Mira, te he revelado el misterio. Pues me aprehenderán pasado mañana. [Una multitud de ancianos] [...] me condenará y me [maldecirá]. Pero mi liberación estará próxima».

Segundo discurso. Contra Jerusalén

Dijo Santiago: «Rabí, ¿qué dices? Si te aprehenden, ¿qué haré?».

Me dijo: «¡No temas, Santiago! También a ti te aprehenderán. Cuando te apresen y te apedreen, serás redimido. Pero aléjate de Jerusalén, porque ella es la que da la copa de amargura en todo momento a los hijos de la luz. **P. 12** Es lugar de residencia de un gran número de arcontes. Pero tu redención te hará libre de ellos. Para que comprendas quiénes

son [y] cuántos son, no todos ellos, sino las primicias, tú [...]. Y oye. A los que he llevado conmigo desde el [...] arcontes [... cada uno] sobre su propia Hebdomada».

Tercer discurso. Los límites de la Escritura

Santiago dijo: «¿Hay, por lo tanto, Rabí, doce Hebdomadas y no siete como hay en las Escrituras?»

Jesús dijo: «Santiago, el que ha hablado sobre esta Escritura no sabía de ella extensamente. Pero yo te revelaré lo que ha provenido del Innumerable. Te daré una indicación sobre su cifra. En cuanto a lo que ha provenido del que carece de medida, te daré **P. 13** una indicación sobre su medida».

Cuarto discurso. Los arcontes y Santiago

Santiago dijo: «Por lo tanto, Rabí, si llego a sortear el número de los arcontes ¿quiénes son esos setenta y dos consortes?».

Él dijo: «Estos son los setenta y dos cielos que son sus subordinados. Son las potencias del poder total de ellos. [Pero] los que son superiores a ellos son las potencias que están arriba, por las que el eje completo (del universo) está establecido —laguna de varias líneas—. [...] Y se han establecido por sí mismos y son los que se han distribuido por doquier, bajo la autoridad de los doce arcontes. El poder inferior produjo para sí ángeles y ejércitos innumerables. Y si quieres los podrás contar, pero no lo puedes hacer ahora, si no eliminas la ceguera que hay en tu corazón [y] esta atadura misma que está en la carne. Y entonces alcanzarás al que es. Entonces alcanzarás al que es, y no serás más Santiago, **P. 14** sino alguien plenamente en El que es. Los innumerables serán contados ante ti y todo lo que es sin medida será medido por ti. Si quieres ahora darles un número, no lo podrás hasta que alejes de ti el razonamiento ciego, esta ligadura que te rodea de carne. Y entonces alcanzarás al que es. Y entonces no serás

más Santiago, sino que serás El que es. Y los que son innumerables todos habrán sido todos numerados».

Quinto discurso. Los poderes y el Salvador

[Santiago respondió y dijo]: «Rabí, ¿cómo alcanzaré al que es, dado que todos estos poderes están armados contra mí?».

Me dijo: «Estos poderes no están armados contra ti, sino que están armados contra otro. Estos poderes están armados contra mí y están armados contra otros poderes. Pero están armados contra mí [en vista de] mi juicio. [faltan varias líneas]. Pero habrá [...] en mí un silencio y un misterio [oculto]. [Sin embargo] me siento temeroso ante su cólera».

Himno al Salvador

Dijo Santiago: «Rabí, si se arman contra ti de esta forma, ¿cuánto más se armarán contra mí? Porque tú has venido con conocimiento para amonestar su ignorancia. Y has venido con la memoria para increpar su olvido. **P. 15** Y me he preocupado por ti, porque has descendido en el desconocimiento, pero no has sido contaminado en nada por él. Porque has descendido en el olvido y conservaste la memoria. Caminaste en el barro y no te has ensuciado. Tampoco excitaron tu venganza. Ahora bien, yo no soy así, sino que me he revestido con todo lo suyo. Hay en mí [como] un olvido que es de ellos, [y] mi memoria falla. Los que son míos me ignoran [y] soy incompleto [de] conocimiento y tampoco me inquietan los tormentos que hay en este lugar, [sino] su poder. ¿Qué harán? ¿Qué dices? O bien, ¿qué palabra podré formular para escaparme de ellos?».

Alabanza de Santiago por parte de Jesús

Dijo (Jesús): «Santiago, alabo tu razonamiento, pero tu temor te hace ansiar el sufrimiento. No te preocupes por ninguna otra cosa, salvo por tu redención. Mira, iré y daré cumplimiento a lo que me ha sido asignado sobre esta tierra

como he dicho que ha sido ya preparado desde los cielos, **P. 16** y te revelaré tu redención».

Discurso final. Promesa y despedida del Señor

Dijo Santiago: «Rabí, ¿cómo después de estas cosas te revelarás de nuevo a mí, después de que ellos te apresen y que hayas cumplido lo que te ha sido asignado y hayas llegado hasta El que es?».

Dijo Jesús: «Santiago, después de estas cosas me manifestaré a ti en este lugar no por tu causa solamente, sino también a causa de la incredulidad de los hombres, porque ¿cómo la fe podría radicar en ellos? [Una] muchedumbre, en efecto, alcanzará la fe y crecerá en ellos hasta que lleguen al conocimiento. Y después a causa de esto me manifestaré para amonestar a los arcontes. Y les manifestaré que hay uno que es inaprehensible. Si se lo aprehende, entonces es él el que domina. Pero ahora me iré. Recuerda lo que te he dicho y que crezca en ti».

Santiago dijo: «Rabí, me esforzaré como has dicho».

Lo dejó Jesús y dio cumplimiento a lo que le estaba destinado.

Diálogo después de la resurrección

Cuando Santiago oyó acerca de sus sufrimientos, sintió también **P. 17** mucha aflicción y esperaba su venida y era solo esto lo que le daba consuelo, la espera de su venida. Y, dos días después, he aquí que Santiago cumplía sus oficios religiosos en la montaña llamada Galgelam, con sus discípulos, que lo escuchaban con gusto, y lo consideraban como un consolador [diciendo]: «Este es el segundo maestro». Y entonces ellos se dispersaron, pero Santiago permaneció en atenta oración, como era su costumbre.

La gnosis permite distinguir lo real y lo aparente

Y Jesús se le manifestó súbitamente. Detuvo, pues, Santiago su oración y lo comenzó a abrazar, diciéndole: «Rabí, me he alejado de ti. He oído los sufrimientos que has soportado y he sufrido mucho. Conoces mi compasión. Por este motivo, al reflexionar no he querido estar contigo **P. 18** y no quisiera ver más a este pueblo. Ellos serán juzgados por esto que han hecho. Porque lo que han hecho es abominable para la vista».

Dijo Jesús: «Santiago, no te preocupes por mí ni por este pueblo. Yo soy el Pre-existente (que estaba) en mí. En ningún momento he sufrido en absoluto ni me he afligido ni he [muerto]. Y este pueblo no me ha hecho ningún daño. Aquel^[721], sin embargo, retomaba sobre sí la figura de los arcontes, para ser consagrado a ellos estando preparado para ser arconte de los que lo habían dispuesto, y lo llevó a cabo. Tú, sin embargo, ten cuidado, porque el dios justo se ha irritado, pues tú eres para él su servidor. Por este motivo tienes el nombre de “Santiago el Justo”. Mira, tú ya has sido redimido, porque me conocerás y te conocerás. Y has detenido esta oración dirigida al mismo dios justo».

P. 19 Y me abrazó y me besó.

Dijo Jesús: «En verdad te digo: has suscitado una gran cólera y furia contra ti. Pero debía suceder de este modo. Pero esto ha ocurrido para que otras cosas existan».

Santiago, empero, era medroso y lloró. Y se afligió mucho. Y se sentaron los dos sobre una piedra.

Le dijo Jesús: «Santiago, así sufrirás estos pesares, pero no estés triste. Porque la carne es apocada, mas ella recibirá lo que para ella se ha establecido. Pero en lo que te toca no estés temeroso ni tengas miedo».

Cuando oyó esto Santiago, enjugó las lágrimas de [sus ojos], también muy amargas, y se sintió muy aliviado de la tristeza que lo invadía.

Los arcontes guardianes y la generación de Sabiduría

Y Jesús le dijo: «Mira, te manifestaré tu redención. Cuando te hayan aprehendido, soportarás estos sufrimientos. Una muchedumbre se armará contra ti para prenderte a causa de tu palabra con autoridad. Particularmente tres de ellos te prenderán, los que residen allí sentados en un mismo lugar como recaudadores, quienes no solo exigen contribución por los pecados, sino que también arrastran y arrebatan las almas. Si caes en su poder, uno de ellos, el que es su vigilante, te dirá: “¿Quién eres tú y de dónde eres?”. Le responderás: “Soy un hijo y soy del Padre”. Te dirá: “¿Qué clase de hijo eres y a qué padre perteneces?”. Y le dirás: “Soy del Padre que es preexistente, y de un Hijo que existe en el Preexistente”. Y te dirá: “¿De dónde vienes?”. Y le dirás: “Del Preexistente”. Y [te] preguntará: “¿Por qué has venido?”. Contestarás: “He venido por todo lo que es mío y por lo que no es mío”. Y dirá: **P. 21** “¿Por qué has venido tras estas cosas, que no son tuyas?”. Le dirás: “No me son totalmente ajenas, sino que son de Achamot, que es la Mujer y las ha creado para ella misma. Y ha producido estas cosas cuando alumbró a esta generación que procede del Preexistente^[722]. No son, pues, cosas ajenas, sino que son mías. Son mías indudablemente, porque la que es su dueña pertenece al Preexistente. Pero son cosas ajenas en tanto que el Preexistente no ha tenido comunicación con ella cuando las generó”. Cuando igualmente te diga: “¿Adónde irás ahora?”, le dirás: “Iré a los que son míos. Al lugar desde donde he venido”. Y si dices esto, te salvarás de todos ellos. Si, empero, caes en las manos de [estos] tres guardas, [que] prenden las almas en este lugar, habrá sin duda una gran contienda, si les dices a estos lo siguiente: “Yo soy un vaso que es más precioso que Achamot, la mujer que os generó. **P. 22** Y si vuestra madre ignora su propia raíz, ¿cuándo llegaréis a estar sobrios^[723]? Pero yo he invocado a la

incorruptible Sabiduría, que existe en el [Padre], que es la madre de Achamot, pero su pareja [no había] obrado correctamente [junto con] su consorte. Os produjo sin varón, estando sola (y) en ignorancia de su Madre, ya que pensaba que existía ella sola. Pero yo clamaré a su Madre”. Y entonces todos ellos se turbarán y censurarán a su raíz y a la generación de su madre. Tú, [empero], ascenderás hacia las que son tus raíces, los lazos que son tus lazos.

Función de transmisor de Santiago

«Atiende Santiago, te he revelado quién soy y quién es el Preexistente y la figura **P. 23** de los doce discípulos, y los setenta y dos consortes y Achamot, la mujer que se traduce por “Sabiduría”, y quién eres tú y quién es la Sabiduría incorruptible, por la que serás redimido, y quiénes son todos los hijos del que es, quienes se han conocido y se ocultan en sí mismos. [Mantendrás ocultas] estas cosas que te he dicho, estarán en tu corazón y guardarás silencio sobre ellas. Las revelarás, sin embargo, a Addai. Cuando partas de la carne, de inmediato comenzará la guerra con esta tierra. Y beberá su copa, porque ella ha provocado la ira del dios que reside en Jerusalén. Pero Addai debe llevar estas cosas en la intimidad durante diez años y en el décimo debe sentarse y escribirlas, y [una vez] escritas, le serán arrebatadas, y se darán a Manaël; este es un nombre santo y tiene el mismo significado que Masfel.

P. 24» Que esta misma persona conserve el libro como herencia para los hijos. Y provendrá de él una simiente santa y digna de heredar las cosas que he dicho. Y cuando el niño crezca [...] será llamado Leví. Entonces el país entrará de nuevo en guerra. Pero Leví, como un infante, quedará oculto y ni una palabra de lo que he dicho saldrá de sus labios. Y desposará a una mujer de Jerusalén, de su generación, y

engendrará de ella dos hijos, y el segundo heredará estos (palabras secretas). El corazón del mayor estará cerrado y estas palabras se borrarán de su mente. El menor, sin embargo, crecerá con ellas y las mantendrá ocultas hasta que llegue a la edad de diecisiete años. **P. 25** Y nuevamente el país volverá a ir a la guerra. Pero puesto que no estará allí, será protegido de acuerdo con la providencia, y crecerá y gobernará sobre muchas provincias. Muchos serán salvados por él y permitirá que esta palabra sea enseñanza para muchas provincias. Pero será enérgicamente perseguido por sus [compañeros]. Y será atacado por ellos, que despreciarán esta palabra y estas cosas sucederán para que los arcontes extiendan su dominio».

Ultimo diálogo: las mujeres, el conocimiento y la masculinización de lo femenino

Santiago dijo: «Rabí, he llegado a creer todo esto, y está bien integrado en mi alma. Incluso te pregunto otra [cosa]: ¿quiénes son estas siete mujeres que han [sido] tus discípulas y a las que bendicen todas las generaciones? Yo también estoy admirado cómo estando en vasos impotentes^[724] (se han tornado fuertes) y han encontrado potencias y percepciones».

Dijo Jesús: «Santiago, está bien que te admires, pero el Hijo del Hombre ha venido y ha revelado **P. 26** los secretos a causa de los hijos de la luz para que posean los secretos una vez revelados. Estas siete mujeres son siete espíritus que se han introducido en esta Escritura: un espíritu de sabiduría y de pensamiento, un espíritu de consejo y de fortaleza, un espíritu de entendimiento y de conocimiento y un espíritu de temor. Cuando pasé a través de la tierra del gran arconte que se llama Adoneo, entré en ella y no me conoció, y cuando pasé junto a él pensó que era un hijo suyo y me gratificó en ese momento como hijo propio. Y antes de que me manifestara en estos

lugares, esparció los (espíritus) en este pueblo, en donde ningún profeta habló sin estos siete espíritus. Y son estos siete espíritus los que han hablado sobre mí por medio de boca de hombres **P. 27** tal como podían hablar, porque yo no había hablado con todo el poder; pero cuando vine, lo perfeccioné y todavía no lo he [completado]».

Santiago dijo: «Rabí, me has convencido de todo esto también, pero después que han aceptado a las siete (mujeres) y las han agrupado, ¿son algunas más respetadas que otras?».

Dijo Jesús: «Santiago te alabo todavía más, porque me preguntes cuidadosamente y no dices ninguna palabra ociosa. Verdaderamente eres digno de tu propia raíz^[725] y has arrojado lejos de ti la copa de la embriaguez. Ni uno solo de los arcontes te resiste, porque has comenzado a reconocer a los que son tuyos. Arroja lejos de ti toda ignorancia y está atento, no vaya a ser que (tus adversarios) te envidien, porque has recibido estas palabras, o sea, el conocimiento que enorgullece. Déjate convencer también por esa otra [verdad], que es la de Salomé, María (Magdalena) y Arsinoe, **P. 28** a las que constituiré (como ejemplo), porque son dignas del que es, pues han llegado a ser sobrias también y han sido liberadas de la ceguera que había en sus corazones y han reconocido quién soy. Lo que sucede según la Providencia del Padre, puesto que él me ha enviado como sacerdote, y en todas partes se me deben dar las primicias y el primogénito. El (sacerdote) de este mundo recibe las primicias y comparte sacrificios y ofrendas. Pero yo no soy de esta manera. Pero recibo las primicias de los que son impuros, de modo que pueda elevarlas puras para que se manifieste la potencia del verdadero poder. Porque lo corruptible se ha separado de lo incorruptible y la obra de la [feminidad] ha alcanzado a lo masculino».

Santiago dijo: «Rabí, ¿aquellas tres han perecido pero no han sufrido, si ellas poseían méritos; han sido perseguidas por otros y se han dicho (de ellas) cosas que no eran?».

(Jesús) dijo: «Santiago, es totalmente innecesario para cualquiera ser aniquilado. **P. 29** Estas tres se han alejado precisamente de un lugar de fe [...] [el] conocimiento oculto. Estos son los nombres de [las] tres: Safira, Susana y Juana. Mira, te lo he revelado todo y no eres un extraño para estas palabras, pues has recibido el comienzo del conocimiento de los que son míos. Ahora debes ir y encontrarás a los demás. Pero iré a ellos y manifestaré a los que han creído en ti para que estén (satisfechos)».

La corrección de los Doce

Y fue en ese momento inmediatamente y amonestó a los Doce; y arrojó [fuera de] ellos su satisfacción [en lo referente] al camino del conocimiento los convenció [...] existen fuera de ellos [...]. Los demás [...].

Juicio y ejecución de Santiago

Sucedió después [que] apresaron a Santiago en lugar de otro hombre, habiéndolo acusado de que había escapado de [...] la prisión [...], pero era otro hombre llamado Santiago el que había escapado de la prisión. Lo apresaron en lugar de (otra persona) y lo llevaron ante los jueces. Varios de ellos vieron que era inocente y lo quisieron dejar [ir]. Pero otros de ellos y toda la gente del pueblo que estaban de pie allí [dijeron]: «¡Que (este) deje esta tierra, pues no [es] digno de la vida!». Los primeros se sobrecogieron [y se levantaron], diciendo: «Nosotros no tenemos participación en esta sangre, porque un hombre justo va a perecer injustamente». [...] él recordó[...] fue [...] para los hombres [...]. Y cuando [lo] apedreaban dijo: «Padre mío, tú [que estás en los] cielos perdónalos, porque no saben lo que hacen». *Revelación a*

7. El libro del gran discurso iniciático/Los dos libros de Yeú

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Siglo III/IV.

Lugar de composición: Desconocido. ¿Egipto?

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto probablemente también del siglo IV. *Códice Bruce* conservado en la Biblioteca Bodleiana de Oxford.

El libro del gran discurso iniciático *pertenece al Códice Bruce, un manuscrito en copto del siglo IV, constituido por 78 hojas de papiro, de las que en la actualidad faltan siete. Este códice fue adquirido por el viajero escocés James Bruce en torno al 1773 en Medinet Habu en el Alto Egipto.*

El manuscrito contiene dos escritos, el indicado por la Pistis Sofía como «Los dos libros de Yeú», al que corresponde el título único de El libro del gran discurso iniciático, y otro escrito más breve carente de título. Se debe al gran coptólogo alemán C. Schmidt la ordenación del manuscrito. También él publicó su edición crítica con una traducción alemana y un comentario en 1892. Frente a diversas tentativas de compaginación, la forma final que ha adquirido el códice es la dada por C. Schmidt.

Los dos libros o partes de El libro del gran discurso

iniciático (94 páginas incluidas las 6 de tres hojas que faltan), son anteriores a la Pistis Sofía, puesto que esta los cita y los tiene en cuenta. Aparentemente es una producción muy exótica, puesto que constituye una interpretación cristiano gnóstica de los misterios helenísticos, con abundantes referencias a la magia ritual y a la función de Jesús como gran mistagogo, cuyo mensaje instruye y orienta a su discipulado más íntimo en los aspectos más elevados de la gnosis. En esta enseñanza y descripción de ritos de carácter iniciático ocupan un importante lugar tanto los varones como las mujeres.

El escrito, en consecuencia, registra numerosos nombres místicos y divinos para ilustrar su contenido y que ratifican tanto las figuras, el orden, las disposiciones y sellos de paso de los actos rituales, como los estados concomitantes del ascenso iniciático y espiritual. En este sentido el escrito conserva valiosos testimonios sobre las prácticas esotéricas que ahora pueden comprenderse mejor gracias al material paralelo que nos han deparado los escritos asimismo en copto de Nag Hammadi. Las partes más familiares de la redacción, sin embargo, asumen dentro del marco esotérico, la forma de un diálogo entre Jesús y sus discípulos, lo que lo hace representativo del género «evangelio», aunque no en su dimensión narrativa, apócrifa o de serie de sentencias, sino gnóstica.

* * *

PRIMER LIBRO DE YEÚ

Diálogo entre Jesús el viviente y sus discípulos

P. 39 Te he amado. He querido vivificarte, Jesús el viviente, el que conoce la verdad. Este es el libro de los conocimientos del Dios invisible que a través de los misterios ocultos manifiestan a la raza elegida de qué manera en reposo (se llega) a la vida del Padre, en la venida del Salvador, del

liberador de las almas que reciben para sí la Palabra de vida que está por encima de toda vida, en el conocimiento de Jesús el viviente que ha venido por medio del Padre desde el Eón luminoso en el cumplimiento del Pleroma, en la enseñanza, fuera de la cual no hay otra, la que Jesús el viviente ha enseñado a sus apóstoles, diciendo: «Esta es la enseñanza en la que está el conocimiento total».

Jesús el viviente respondió y dijo a sus apóstoles: **P. 40** «Bienaventurado el que ha crucificado al mundo y que no ha permitido al mundo crucificarlo».

Los apóstoles le respondieron a una sola voz, diciendo: «¡Oh Señor, enséñanos la manera de crucificar al mundo, de modo que él no nos crucifique y que seamos destruidos y perdamos nuestras vidas!».

Jesús el viviente respondió: «El que ha crucificado al mundo es el que ha encontrado mi palabra y la ha completado en la voluntad del que me ha enviado».

Los apóstoles respondieron, diciendo: «Háblanos de ti, oh Señor, que podamos oírte. Te hemos seguido con nuestro corazón íntegro. Hemos dejado padre y madre, hemos dejado viñedos y campos, hemos dejado propiedades y la grandeza de los reinos y te hemos seguido para que nos enseñes la vida de tu padre que te ha enviado» (Mt 19, 27-29).

Jesús el viviente respondió y dijo: «La vida de mi Padre es esta, que recibáis de la raza del intelecto vuestra alma y que dejéis de ser terrestres y os transforméis en intelectivos por lo que os he dicho en mis palabras de modo que las completéis y os liberéis del arconte de este eón y de sus acosamientos, que no tienen propósito. Pero vosotros, que sois mis discípulos, apresuraos en recibir mis palabras con certeza para que las conozcáis **P. 41** de manera que no pueda disputar contra vosotros el arconte de este eón, ninguna de cuyas órdenes

puede contra mí (Jn 14, 31), para que también vosotros, oh mis apóstoles, completéis la palabra en relación con mis palabras y yo mismo os libere y todos viváis en una libertad en la que no hay defecto. Del mismo modo que el Espíritu de consolación es perfecto, así también vosotros llegaréis a ser perfectos, a través de la libertad del Espíritu del santo Consolador».

Todos los apóstoles, Mateo y Juan, Felipe y Bartolomé y Santiago, respondieron con al unísono, diciendo: «¡Oh Señor Jesús, tú que vives, cuya bondad se extiende sobre los que han encontrado tu sabiduría y tu forma en la que das luz; oh Luz, dadora de luz, que iluminaste nuestros corazones hasta que recibimos la luz de vida; oh Palabra verdadera, que a través del conocimiento nos enseñas el conocimiento oculto del Señor Jesús, el viviente!».

Jesús el viviente respondió y dijo: «Bendito es el hombre que ha conocido estas cosas y ha hecho descender los cielos y ha levantado la tierra trasladándola al cielo y ha llegado a ser el Medio, ya que no es nada».

Los apóstoles respondieron, diciendo: **P. 42** «Jesús, eres el viviente; Señor, explícanos cómo podemos hacer descender los cielos, porque te hemos seguido para que nos enseñes la verdadera luz».

Jesús el viviente respondió y dijo: «La Palabra que existió en el cielo antes de que la tierra existiera (esta es la que es llamada el mundo), pero cuando conozcáis mi Palabra haréis descender el cielo y ella residirá en vosotros. El cielo es la Palabra invisible del Padre, pero cuando conozcáis estas cosas haréis descender el cielo. En lo que se refiere a trasladar la tierra al cielo, os mostraré lo que es y lo que os es posible conocer de esto. Trasladar la tierra al cielo significa que el que oye la palabra del conocimiento ha dejado de tener el

intelecto de un hombre de tierra y, en cambio, ha llegado a ser un hombre de cielo. Su intelecto ha dejado de ser terrestre, y ha llegado a ser celeste. Por esto seréis liberados del arconte de este eón y él llegará a ser el Medio, ya que no es nada».

Y Jesús el viviente dijo de nuevo: «Cuando lleguéis a ser celestes, no seréis el Medio, porque (este) no es nada, porque... los gobernantes y las malvadas autoridades lucharán contra vosotros y os tendrán celos porque me habéis conocido, puesto que yo no soy del mundo (Jn 8, 23) ni tampoco tengo parecido con **P. 43** los gobernantes, ni con las autoridades ni con la totalidad de los malvados. Ellos no proceden de mí. Y además el que ha nacido en la carne de injusticia no participa del reino de mi Padre, e igualmente el que me conoce según la carne tampoco tiene esperanza en el reino de mi Padre».

Los apóstoles le respondieron a una sola voz y le dijeron: «Jesús el viviente, oh Señor, ¿hemos nacido según la carne y te hemos conocido según la carne? Oh Señor, dínoslo, pues estamos confundidos».

Jesús el viviente respondió y dijo a sus apóstoles: «No me refiero a la carne en la que vosotros estáis, sino a la carne de la ignorancia y la insensatez que existe en la ignorancia que desvía a muchos de la Palabra de mi Padre».

Los apóstoles respondieron a las palabras del Jesús viviente y dijeron: «Dinos cómo tiene lugar la insensatez para que estemos alertas contra ella, vayamos...».

Jesús el viviente respondió y dijo: «Todo el que transporta mi virginidad y mi vestido sin entender... y blasfema mi nombre... y, además, ha sido un hijo terrestre porque no ha conocido mi palabra con solidez... que el Padre expresó para que os la enseñara a vosotros que me conoceréis en el cumplimiento del Pleroma del que Él me ha enviado».

P. 44 Los apóstoles respondieron y dijeron: «¡Oh Señor, Jesús el viviente, enséñanos el cumplimiento y esto nos bastará!».

Y él dijo: «La palabra que os doy... (*Faltan varias páginas*).

El Dios verdadero

P. 47 «Él lo ha emitido, siendo de su figura... Este es el Dios verdadero. Él se constituirá en este tipo como cabeza. Después mi Padre lo moverá a producir otras emisiones, para que llenen estos lugares. Este es su nombre según los tesoros externos a él. Se denominará por este nombre: *Ioeiaô thôyichôlmiô*, es decir, «el verdadero Dios». Se constituirá en esta figura como cabeza sobre los tesoros que son externos a él. Esta es la figura de los tesoros sobre los que se constituirá como cabeza y esta es la manera como los tesoros están distribuidos siendo él su cabeza. Esta es la figura en la que estaba antes de que fuese movido a producir emisiones. **P. 48** Nuevamente él será llamado Yeú. Será el padre de una muchedumbre de emisiones. Y una muchedumbre de emisiones provendrán de él por medio del mandato de mi Padre.

»Ellos mismos serán padres de los tesoros. Colocaré una muchedumbre sobre ellos como cabezas y serán llamados Yeú, el verdadero Dios. Él es el que será el padre de todos los Yeú, puesto que es una emisión de mi Padre. Y el verdadero Dios emitirá por medio del mandato de mi Padre. Él será cabeza sobre todos ellos. Los moverá y una muchedumbre de emisiones provendrá a partir de todos los Yeú, por medio del mandato del Padre cuando él los mueva, y ellos llenarán todos los tesoros. Y serán denominados órdenes de los tesoros de la Luz. Miríadas y miríadas surgirán a partir de ellos.

»Esta es ahora la figura en la que el Dios verdadero está colocado cuando está por constituirse como cabeza sobre los

tesoros, antes de que produjera las emisiones sobre **P. 49** los tesoros y antes de que produjera las emanaciones, porque mi Padre no lo ha movido todavía para producir y establecerse. Esta es su figura, la que ya he expuesto, pero esta es su figura cuando él llegue a producir emisiones. Esta es la figura del Dios verdadero de acuerdo con el modo como está colocado: las tres líneas que son de este modo son las voces que expresará cuando sea mandado cantar al Padre, para que él mismo produzca emisiones y también él emita. Esta es la figura de lo que es. Este, empero, es el modo en que el Dios verdadero está colocado, cuando está por emitir emisiones, cuando es movido por mi Padre para producir emanaciones y establecerse sobre ellas como cabezas sobre los tesoros, por medio del mandato de mi Padre.

»Una muchedumbre proviene a partir de ellas y llenará todos los tesoros **P. 50** por medio del mandato de mi Padre para ser dios(es). El Dios verdadero será llamado Yeú, el padre de todos los Yeú. Su nombre en la lengua de mi Padre es este: *Ioeiaôthôoyichôlmiô*. Sin embargo, cuando está constituido como cabeza sobre todos los tesoros, para emitirlos, esta es ahora su figura, la que acabo de presentar. Ahora oíd también la figura de los tesoros como ellos son emitidos. Él será cabeza sobre ellos de esta manera, antes de que los emita. Esta es la figura según está colocado. Ahora el Dios verdadero era de esta figura.

»Una potencia de mi Padre movió al Dios verdadero. Ella brilló dentro de él por medio de este pensamiento pequeño que provino de los tesoros de mi Padre. Brilló dentro del Dios verdadero. Un misterio lo movió **P. 51** a través de mi Padre. Lanzó una voz el Dios verdadero, diciendo de este modo: *Ie ie ie*, y cuando hubo lanzado la voz, se produjo esta voz que es la emisión. Fue de esta figura como procedieron un lado, después otro, de cada tesoro. La primera voz es esta que llamó

Yeú, el Dios verdadero, la que provino de él, el de lo alto.

»Esta es su marca. Él constituirá un orden de acuerdo con los tesoros, y lo colocará como los vigilantes ante la puerta de los tesoros que son los que están de pie como las tres iii ante la puerta. Este es el Dios verdadero. Cuando el Dios verdadero había emitido, esta fue su figura. Cuando esta grandeza estuvo de pie en los *tesoros* no existía todavía ningún orden. Me puse de pie y apelé el nombre de mi Padre, para que diera origen **P. 52** a la existencia de otras emisiones en los tesoros. Y de nuevo dio impulso desde sí mismo al movimiento del Dios verdadero. En primer lugar lo motivó a brillar dentro de sí para que pudiera mover a sus emisiones en los tesoros, para que ellos produjeran emisiones también, que son las que él ha colocado como cabezas sobre ellos. Sin embargo, él, el Dios verdadero, emitió estas primeras desde su lugar. Por esto expresó una voz cuando el poder brotó dentro de él. Esta es la primera voz que expresó. Movié a sus emisiones hasta que ellas emitieron.

Emisión de los doce órdenes

P. 53 «Estos son los órdenes que él ha hecho que sean emitidos. Y existen doce órdenes en cada tesoro, siendo estas su figura: seis cabezas sobre este lado y seis sobre aquel, vueltas cada una entre sí. Existirá una muchedumbre de órdenes que están de pie en ellos, exteriores a estos, todos los cuales expresaré. Hay doce cabezas en cada orden y el nombre le pertenece a todos ellos de acuerdo con su orden. Este nombre es el de los doce, existiendo doce cabezas en cada orden. Su nombre es este: *Oêazôzai*.

»Ahora bien, el primer orden del tesoro es el primero que hizo como emisión. Tomaré para mí mismo doce de estos órdenes y los colocaré para que me sirvan. **P. 54** Y hay doce cabezas en cada lugar del orden de cada tesoro; es decir, estos

nombres que están en los lugares. Estos nombres, con excepción de los que estarán en ellos. Estos son los tres vigilantes, *Ôzaaiô*, *Zoaôr* y *Ôyapsaiô*. Son estos los que *Zôaiôyi* emitió cuando la potencia brilló en su interior. Emitió doce emisiones, siendo estas sus doce cabezas en **P. 55** cada emisión y su nombre es el (de las) doce de acuerdo con cada uno de los órdenes, y estos son exteriores entre sí por siempre. Estos son los nombres de las emisiones:

»Hay doce cabezas en el lugar del tesoro de sus órdenes; es decir, estos nombres que están en cada lugar. Y hay doce en cada orden y este nombre es el de los doce, con excepción de los que estarán en ellos, cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue potencia luminosa. Son estos a los que *Zozôai* emitió cuando la potencia brilló en su interior. Emitió doce emisiones, siendo doce cabezas en cada emisión, y este nombre es el (de las) doce, según cada uno de los órdenes. Y estos son **56** exteriores entre sí por siempre, con excepción de sus vigilantes. Los nombres de los tres vigilantes son *Ôgêiôz*, *Oyaieaaîô* y *Aiô*.

»Y hay doce cabezas en cada lugar de los tesoros de sus órdenes, o sea, estos nombres que están en los lugares. Hay doce en cada orden y su nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos, cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue potencia luminosa. Son estos los que *Iôthiô* emitió desde sí cuando el poder de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Estas son las doce cabezas en cada emisión y este nombre es el (de las) doce, y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes. Y son exteriores entre sí por siempre, con excepción de los vigilantes, los tres vigilantes, *Iaaôê*, *Iaeai* y *Eae*.

P. 57 »Y hay doce cabezas en cada tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, estos nombres que están en los lugares. Y hay

doce en cada orden, y este nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos, cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue potencia luminosa. Estos son los que *Iôbaô* emitió desde sí cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Hay doce cabezas en cada emisión, y este nombre es el (de las) doce. Y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes, que son estos, y que son exteriores entre sí por siempre, con excepción de los vigilantes de las emisiones. Los tres vigilantes, *Oyeia*, *Theynôea* y *Ôzai*.

P. 58 »Y hay doce cabezas en los tesoros, es decir sus órdenes, o sea, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y este nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos, cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue potencia luminosa. Son estos los que *Zizyô* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y este nombre es el (de las) doce. Y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes y son externos entre sí por siempre. Estos son los nombres de las emisiones, **P. 59** con excepción de sus vigilantes. Los tres vigilantes, *Nazya*, *Ioyeeai* y *Eêôkik*.

P. 59 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos, cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue potencia luminosa. Estos son los que *Oaziô* emitió, cuando el poder de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes y son externos entre sí por siempre. El nombre de los tres vigilantes, *Oaazphye*, *Ôeezêai*, *Athakkei*.

P. 60 »Y hay doce cabezas en cada lugar, es decir sus órdenes, o sea, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos, cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Estos son los que *Ioêithôï* emitió, cuando la potencia de mi padre brilló en su interior. Él emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes, y uno rodea al otro por siempre. Los tres vigilantes, *Eitzaô, Eizaeê y Thôieil*.

P. 61 »Y hay doce cabezas en cada lugar, es decir sus rangos, o sea, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el de las doce, con excepción de los que estarán en ellos, cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Estos son los que *Thisiôp* emitió, cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes, y uno rodea al otro por siempre, siendo estos sus nombres con excepción de sus vigilantes. Los tres vigilantes, *Thêosaie, Êae y Charsasa*.

P. 62 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, los nombres son los que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos, cuando canten a mi Padre, para que les otorgue la potencia luminosa. Son estos los que *Ziôthaôï* emitió, cuando el poder de mi padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes, y son externos entre sí por siempre, siendo estos sus nombres con excepción de sus

vigilantes. Los tres vigilantes, *Nôôêiea*, *Ônia*, *Ayzoie*.

P. 63 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos, cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Estos son los que *Eiôthêi* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes, y son externos entre sí por siempre, siendo estos sus nombres, con excepción de sus vigilantes. Los tres vigilantes, *Thrêesêl*, *Azaza*, *Êoiizaz*.

P. 64 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el de las doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Son estos los que *Izaêia* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce, y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes y son externos entre sí por siempre, siendo estos sus nombres, con excepción de sus vigilantes. Los tres vigilantes, *Yôxai*, *Eixaza* y *Eieoye*.

P. 65 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Son estos los que *Oiêzza* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce

cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce, y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes, y son externos entre sí por siempre, siendo estos sus nombres, con excepción de sus vigilantes. Los tres vigilantes, *Naôôxaie*, *Ôoaz* y *Etazei*.

P. 66 »Y hay doce cabezas en cada lugar de su tesoro, es decir, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es (el de) las doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Son estos los que *Aiôzê* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y son doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes, y son externos entre sí por siempre, siendo estos sus nombres, con excepción de los vigilantes. Los tres vigilantes, *Ôiaxaa*, *Azaz* y *Azeazê*.

P. 67» Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, los nombres son los que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Son estos los que *Iêôooyzaa* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes, y ellos son externos entre sí por siempre, siendo estos sus nombres, con excepción de sus vigilantes. Los tres vigilantes, *Ôxê*, *Aiotyxai* y *Zaazai*.

P. 68 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, estos son los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi

Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Estos son los que *Iezêma* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes, y son externos entre sí por siempre, siendo estos sus nombres, con excepción de sus vigilantes. Los tres vigilantes, *Oyxabe*, *Ezaazai* y *Azêizai*.

P. 69 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, estos son los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada lugar, y su nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, dado que les otorgará la potencia luminosa. Son estos los que *Ôêzaoi* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce de acuerdo con cada uno de los órdenes, y se rodean entre sí por siempre, siendo estos sus nombres, con excepción de los vigilantes. Los tres vigilantes, *Osyizae*, *Eythozaie* y *Zaiey*.

P. 70 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgará potencia luminosa. Son estos los que *Zaizôa* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce en cada orden, siendo estos sus nombres, con excepción de los vigilantes. Los tres vigilantes, *Siasae*, *Azthoôzas* y *Iôixia*

P. 71 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el (de las) doce, con

excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Estos son los que *Ôaziai* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce en cada orden, y son externos entre sí por siempre, siendo estos sus nombres con excepción de sus vigilantes. Los tres vigilantes, *Yzôî*, *Zoôixa* y *Ieaozethf*.

P. 72 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, sus órdenes, o sea, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden. Y su nombre es el de los doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Son estos los que *Eiazôî* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el (de las) doce. Y hay doce en cada uno de los órdenes y se rodean entre sí por siempre con excepción de los vigilantes. Los tres vigilantes, *Ieathaie*, *Thôzaexapha* y *Ôzsatxe*

P. 73 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el (de las) doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, dado que les otorgará la potencia luminosa. Son estos los que *Iôrazzô* emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el de las doce. Y hay doce en cada uno de los órdenes, siendo estos sus nombres, con excepción de sus vigilantes. Los tres vigilantes, *Ôsya*, *Ezthie* y *Saôsaoes*.

P. 74 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el de las doce, con excepción de los que estarán

en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Estos son los que Ôêiôz emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada una de las emisiones, y su nombre es el de las doce. Y hay doce en cada uno de los órdenes, y ellos son externos entre sí por siempre, siendo estos sus nombres, con excepción de los vigilantes. Los tres vigilantes, *Eixas*, *Aôaêaz* y *Thôozai*.

P. 75 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, los nombres de los que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el de las doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Son estos los que Zôzaieô emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el de las doce. Y hay doce en cada uno de los órdenes, y ellos son externos entre sí por siempre, siendo estos sus nombres, con excepción de los tres vigilantes. Los tres vigilantes, *Daiyzae*, *Oyeoz(za)*, *Thôztôea*.

P. 76 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y su nombre es el de las doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Son estos los que Ôzêzai emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones, y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el de las doce. Y hay doce en cada uno de los órdenes y se rodean entre sí por siempre, siendo estos sus nombres, con excepción de sus vigilantes. Los tres vigilantes, *Aysaae*, *Aêzeai*, *Oypsaozas*.

P. 77 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, los nombres que están en los lugares. Y hay doce en cada orden, y

su nombre es el de las doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Estos son los que Ôiônzaza emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el de las doce. Y hay doce en cada uno de los órdenes, y son externos entre sí por siempre, siendo estos sus nombres con excepción de los vigilantes. Los tres vigilantes... *Razai y Nalatmêi.*

P. 78 »Y hay doce cabezas en su tesoro, es decir, los nombres son los que están en los lugares. Y hay doce en cada orden y su nombre es el de los doce, con excepción de los que estarán en ellos cuando canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia luminosa. Son estos los que Ôêzôôz emitió cuando la potencia de mi Padre brilló en su interior. Emitió doce emisiones. Y hay doce cabezas en cada emisión, y su nombre es el de las doce. Y hay doce en cada uno de los órdenes, y se rodean entre sí por siempre, siendo estos sus nombres, con excepción de los vigilantes. Los tres vigilantes, Ôieosax, Thoôzaee y Ôzzay...». (*El copista ha omitido aquí una notable extensión del texto original*).

Canto al Primer Misterio

P. 79 «Óyeme cómo te canto, oh Primer Misterio, que has brillado en tu misterio, que has movido a Yeú a constituir el quinto eón y que has establecido arcontes, decanos y ministros en el quinto eón, cuyo nombre imperecedero es *Psamazaz*; libera a todos mis miembros que están esparcidos desde la fundación del mundo en todos los arcontes, los decanos y los ministros del quinto eón y reúnelos a todos ellos conjuntamente y llévalos a la luz.

»Óyeme cómo te canto, oh Primer Misterio, que has brillado en tu misterio, que has movido a Yeú a constituir el

sexto eón y que has establecido arcontes, decanos y ministros en el sexto eón, cuyo nombre imperecedero es *Zaoyza*; libera a todos mis miembros que están esparcidos desde la fundación del mundo en los arcontes, decanos y ministros del sexto eón; reúnelos a todos ellos conjuntamente y llévalos a la luz.

»Óyeme cómo te canto, oh Primer Misterio, que has brillado en tu misterio, que has movido a Yeú a constituir el séptimo eón y que has establecido arcontes, decanos y ministros en el séptimo eón, cuyo nombre imperecedero es *Chazabraôza*; libera a todos mis miembros que están esparcidos desde la **P. 80** fundación del mundo en los arcontes, decanos y ministros del séptimo eón; reúnelos a todos ellos conjuntamente y llévalos a la luz.

»Óyeme cómo te canto, oh Primer Misterio, que has brillado en tu misterio, que has movido a Yeú a constituir el octavo eón y que has establecido arcontes, decanos y ministros en el octavo eón, cuyo nombre imperecedero es *Banaza...*; libera a todos mis miembros que están esparcidos desde la fundación del mundo en todos los arcontes, los decanos y los ministros del octavo eón; reúnelos a todos ellos conjuntamente y llévalos a la luz.

»Óyeme cómo te canto, oh Primer Misterio, que has brillado en tu misterio, que has movido a Yeú a constituir el noveno eón y que has establecido arcontes, decanos y ministros en el noveno eón, cuyo nombre imperecedero es *Dazaôza*; libera a todos mis miembros que están esparcidos desde la fundación en los arcontes, los decanos y los ministros del noveno eón; reúnelos a todos conjuntamente y llévalos a la luz.

»Óyeme cómo te canto, oh Primer Misterio, que has brillado en tu misterio, que has movido a Yeú a constituir el

décimo eón y que has establecido arcontes, decanos y ministros en el décimo **P. 81** eón, cuyo nombre imperecedero es *Tanoyaz*; libera a todos mis miembros que están esparcidos desde la fundación del mundo en todos los arcontes, los decanos y los ministros del décimo eón; reúnelos a todos conjuntamente y llévalos a la luz.

»Óyeme cómo te canto, oh Primer Misterio, que has brillado en tu misterio, que has movido a Yeú a constituir el undécimo eón y que has establecido arcontes, decanos y ministros en el undécimo eón, cuyo nombre imperecedero es *Ployzaaa*; libera a todos mis miembros que están esparcidos desde la fundación del mundo en todos los arcontes, los decanos y los ministros del undécimo eón; reúnelos a todos conjuntamente y llévalos a la luz.

»Óyeme cómo te canto, oh Primer Misterio, que has brillado en tu misterio, que has movido a Yeú a constituir el duodécimo eón y que has establecido arcontes, decanos y ministros en el duodécimo eón, cuyo nombre imperecedero es *Parnaza...*; libera a todos mis miembros que están esparcidos desde la fundación del mundo en todos los arcontes, los decanos y los ministros del duodécimo eón; reúnelos a todos conjuntamente y llévalos a la luz.

»Óyeme cómo te canto, oh Primer Misterio, que has brillado en tu misterio, que has movido a Yeú a constituir el lugar de las veinticuatro emisiones invisibles, con sus arcontes **P. 82**, sus divinidades, sus señores, sus arcángeles, sus ángeles, sus decanos y sus ministros en un orden de treinta eones, cuyo nombre imperecedero es *Ôazanazaô*; libera a todos mis miembros que están esparcidos desde la fundación del mundo en las veinticuatro emisiones invisibles y sus arcontes, dioses, señores, arcángeles, ángeles, decanos y ministros; reúnelos a todos conjuntamente y llévalos a la luz.

»Óyeme cómo te canto, oh Primer Misterio, que has brillado en tu misterio y has constituido el eón décimo tercero y has establecido las tres divinidades y al invisible en el eón décimo tercero, cuyo nombre imperecedero es *Lazazaaa*; libera a todos mis miembros que están esparcidos en los tres dioses y el invisible; reúnelos a todos conjuntamente y llévalos a la luz.

»Óyeme cómo te canto, oh Primer Misterio, que has brillado en tu misterio y has constituido todos los arcontes con Iabraot, el que ha creído en el reino de la Luz, en un lugar de aire puro, cuyo nombre imperecedero es *Chachazaôraza*; libera a todos mis miembros que han sido esparcidos desde la fundación del mundo en todos los arcontes, los decanos y los ministros, reúnelos a todos conjuntamente y llévalos a la luz. Amén, amén, amén». (*Laguna*).

Los tesoros y los sellos

P. 83 «Cuando lleguéis a este lugar, sellaos con este sello: “Este es su nombre, *Zaieôchaz*”, en tanto que la cifra (?) está en vuestra mano. Decid, además, este nombre tres veces, *Aaiôezôaz*, y los vigilantes y los velos retrocederán, hasta que lleguéis al lugar de su Padre y os dé... y crucéis... Esta es ahora la instalación de este tesoro. De nuevo nos adelantamos hacia el quincuagésimo quinto tesoro de *Aôzazê*. Yo y...».

Los discípulos de Jesús le dijeron: «¿Cuál es el número de orden de la paternidad a la que hemos llegado?».

Él dijo: «Este es el orden segundo del tesoro de los de afuera. Hay dos órdenes de paternidad en su interior, uno en el medio y dos externos. Ahora por este motivo atended, hemos ido hacia los dos externos, mientras que cinco órdenes de paternidad están en el medio, que están en los lugares del Dios que está en medio del Todo. Por esta razón he colocado dos afuera y dos adentro, en tanto que su semejanza es de

nuevo interior a todos; pero **P. 84** cuando los distribuyo, coloco dos afuera, dos adentro y uno en el medio. Esta es la constitución de estos órdenes de paternidad en estos lugares.

»Oíd ahora la instalación de este tesoro. Cuando lleguéis a este tesoro, sellaos con este sello, que es: “Este es su nombre, *Zôxaezôz*”, decidlo una vez solo mientras esta cifra está en vuestra mano, y decid tres veces este nombre: *Ôôiêzazamaza*, y los vigilantes y los órdenes y los velos retrocederán, hasta que lleguéis al lugar de su Padre y os dé... y vayáis hasta... Esta es ahora la instalación de su tesoro y de todos los que están dentro de él. De nuevo nos adelantamos hacia el quincuagésimo sexto tesoro de *eiôôzzioa*, yo y mi orden que me rodea.

Dije: »Oíd la instalación de este tesoro y de todo lo que hay en él. Seis lugares lo rodean... Cuando lleguéis a este lugar, sellaos con este sello: “Este es su nombre. Decid solo una vez *Zôazeyge*”, en tanto que esta cifra (?) está en vuestra mano, y decid este nombre tres veces, *Oyeiezôaz*, y los vigilantes, órdenes y velos retrocederán, hasta que lleguéis al lugar de su Padre y os dé... y crucéis... Esta es ahora la instalación de su tesoro”.

»Nos adelantamos de nuevo hacia el quincuagésimo séptimo tesoro, yo y **P. 85** mi orden... Llegamos al lugar de *Oiôzôô*.

»Oíd ahora su distribución y de todos en su interior. Seis lugares lo rodean. Cuando lleguéis a este lugar, sellaos con este sello: “Este es su nombre *Ieazôêzasaéz*”, decidlo solo una vez, en tanto que la cifra (?) está en vuestra mano, y decid asimismo tres veces este nombre, *Zôzôzô ieêzôa*, y los vigilantes, los órdenes y los velos retrocederán, hasta que lleguéis a su Padre y os dé... y crucéis. Esta es ahora la instalación de su tesoro y de los que están dentro de él».

De nuevo nos adelantamos hacia el quincuagésimo octavo tesoro de *eôzeôza*, yo y...

Dije: «Oíd ahora la instalación de este tesoro y de todos los que están dentro de él. Seis lugares lo rodean. Cuando lleguéis a este lugar, sellaos con este sello: “Este es su nombre *Zaaiyzôaz*”. Decidlo solo una vez, en tanto que esta cifra (?) está en vuestra mano, y decid asimismo tres veces este nombre: *Eeeieê zêôzaaize*, y los vigilantes, los órdenes y los velos retrocederán, hasta que lleguéis al lugar de su Padre y os dé... y crucéis... Esta es ahora la instalación de su tesoro y de todos los que están dentro de él.

P. 86 »De nuevo nos adelantamos hacia el quincuagésimo noveno tesoro de *oyêzazôê*, yo y [...].

»Oíd ahora la instalación de este tesoro y de todos los que están dentro de él. Seis lugares lo rodean... Cuando lleguéis a este lugar, sellaos con este sello, es decir: “Este es su nombre *Zêaôezôaz*”, decidlo una sola voz, en tanto que esta cifra (?) está en vuestra mano. De nuevo igualmente tres veces decid el nombre *Zôooiyôêza*, y los vigilantes, los órdenes y los velos retrocederán, hasta que lleguéis al lugar de su Padre y os dé... y crucéis... Esta es ahora la instalación de su tesoro».

Nos adelantamos de nuevo hacia el sexagésimo tesoro de *Ôazaêzô*.

Yo dije a mis discípulos: «Oídmme acerca de la instalación de este tesoro. Seis lugares lo rodean, *Ôazaêzo* está en medio de él. Estas dos líneas están dibujadas debajo de sus lugares de este modo: ... son la raíz del lugar en el que están de pie. Estas dos líneas asimismo, en las que estas *alphas* de su figura son dos, arriba y abajo, son los caminos cuando vayáis a la presencia del Padre, a su lugar y su interior. Estas *alphas* son también los velos que están dibujados ante vosotros. Hay también además doce lugares en su tesoro, y hay doce cabezas

en cada lugar, cuyo nombre es el de las doce.

»Y hay doce órdenes en **P. 87** su tesoro fuera de estas. Y forman una cabeza para gobernar sobre ellas que es llamada la primera regla y el primer misterio. Hay además solo una puerta dentro de este tesoro. También posee tres puertas en su exterior que está fuera de él. Y sobre ellas hay nueve vigilantes, tres sobre cada puerta, siendo diferente el nombre de cada uno de ellos. Cuando ahora lleguéis a este lugar, sellaos con este sello, es decir: “Este es su nombre, *Xaxaphazazôzaê*”, decidlo una sola vez, en tanto que esta cifra (?) está en vuestra mano, este es el sello. Decid de nuevo este nombre también tres veces, *êzomazazôalaôzaêz*. Y los órdenes y los velos retrocederán, hasta que lleguéis al lugar del Padre y os dé..., y entréis, hasta que lleguéis a la puerta dentro de su tesoro. Y estos vigilantes ven el sello de su Padre y se apartan (puesto que lo han reconocido), hasta que lleguéis a su lugar interior. Ahora esta es la instalación de este tesoro y los que están dentro de él, con excepción de los que llegarán a estar dentro de él.

P. 88 »Atended, pues, que os he hablado de la instalación de todos los tesoros, con todos los que estarán con ellos a partir del tesoro del Dios verdadero cuyo nombre es *Ioaieôthôyichôlmiô* hasta el tesoro de *Ôazaêzô*. Atended, pues, que os he hablado sobre la instalación de ellos con excepción de los que estarán en todos ellos cuando ellos canten a mi Padre, de modo que les otorgue la potencia de luz».

La razón de la existencia de los tesoros

Entonces los discípulos de Jesús le dijeron: «Señor nuestro, ¿por qué todos estos lugares han llegado a la existencia, o por qué estas paternidades que están en ellos han venido a la existencia, y por qué todos sus órdenes vinieron a existir, o por qué han sido constituidos?».

Jesús les dijo: «Vinieron a la existencia a causa de esta pequeña noción. Mi Padre dejó a uno rezagado y no lo atrajo hacia sí mismo. Lo arrastró todo hacia sí hasta esta pequeña noción que dejó rezagada. Yo resplandecí en esta pequeña noción como un vástago proveniente de mi Padre. Formé una ampolla y flui desde él. Me emitió y fui la primera emisión desde su interior. Fui su semejanza total y su imagen. Puesto que me emitió, me mantuve de pie en su presencia. De nuevo, igualmente, esta pequeña noción brilló. Le otorgué otra voz, que es la segunda voz. Después existieron todos estos lugares, es decir, la segunda emisión.

P. 89 »Una vez más, ella avanzó uno por uno y existieron todos los lugares, avanzando uno tras otro. Todos estos lugares llegaron a existir por ella. De nuevo, asimismo, produjo la tercera voz. (La) motivó para movilizar la potencia de los tesoros. Hizo que todas estas cabezas existieran de acuerdo con los lugares. Se irguieron de acuerdo con todos los lugares, desde el primero hasta el último de todos ellos. Del mismo modo, también mi Padre movilizó a todas estas cabezas. Motivó a cada una de las doce emisiones para ser emitidas. Las extendió en estos lugares de los tesoros desde el primero al último de todos ellos. A vosotros mismos, discípulos míos, os he hecho ingresar en los lugares de los más íntimos, en relación con vuestro orden, para que avancéis conmigo en todos los lugares a los que iremos, de modo que estéis a mi servicio en todos los lugares a los que iré y os pueda llamar “discípulos”. En el momento, pues, en que os adelantéis desde todos estos lugares, decid estos nombres que os he dicho, con sus sellos, para que seáis sellados con ellos. Y decid los nombres de los sellos con su cifra en vuestra mano, y los vigilantes, los órdenes y los velos retrocederán hasta que lleguéis al lugar de su Padre. De nuevo, asimismo, los atravesaréis a todos dentro de los lugares de los íntimos hasta

que lleguéis al lugar del Dios verdadero. Esta, pues, es la instalación total de los tesoros que les acabo de asignar».

P. 90 Entonces los discípulos de Cristo le dijeron: «Oh Señor, cuando te dijimos: “Danos solo un nombre que sea suficiente para todos los lugares”, entonces, tú, nos respondiste: “Cuando haya terminado de facilitarles la visión de todos los lugares, os lo diré”. Bien, los hemos visto todos y todos los que les son interiores. Tú nos has dicho sus nombres y el nombre de sus sellos y de todas sus cifras, de modo que los lugares desde el primero al último de todos ellos han retrocedido. Danos ahora, pues, el nombre del que nos has dicho: “Una vez que haya concluido de mostrarles los tesoros, os lo diré”. Ahora, Señor nuestro, dínoslo para que podamos decirlo a todos los lugares de los tesoros y retrocedan desde el primero al último de todos ellos».

Entonces Jesús les dijo: «Oíd y os lo diré para que lo podáis poner en vuestro corazón y guardarlo».

Entonces ellos le dijeron: «¿Se trata del gran nombre de tu Padre que existe desde el comienzo o es diferente a él?».

Cristo dijo: «No, pero cuando digáis el nombre de la gran potencia que está en todos los lugares, todos los lugares que están en los tesoros desde el primero hasta el último de ellos, hasta el tesoro del Dios verdadero, retrocederán. Los vigilantes, los órdenes y los velos retrocederán. Este es el nombre que diréis: *Aaa 25ôôô zezôrazazzzaaieôzaza eee iii zaie ôzôachôe ooo yyy thôêzaozaez êêê zzêêzaoza, chôza cheyd tyxaa(l)e(thy)ch*. Este, entonces, es el nombre que deberéis decir cuando estéis en el lugar de los íntimos, el lugar del Dios **P. 91** verdadero, a los de los lugares de lo más exterior. Quedad de pie en el lugar de los de lo más externo y nombradlo y sellaos con el sello que es este: “Este es su nombre, *zzêêôô chaaaêzaza*”.

»Decidlo primero antes que este. Tened esta cifra en vuestra mano. Cuando queráis nombrarlo, decidla primero. Después volveos hacia las cuatro esquinas del tesoro en el que estáis. Sellaos con este sello y decid su nombre en tanto que esta cifra está en vuestra mano. Después decid este nombre también solo una vez más, en tanto que lo decís, volviéndoos hacia las cuatro esquinas del tesoro en que estáis. Cuando hayáis concluido nombrándolo, decid: “Retrocedan los vigilantes de los sesenta tesoros interiores y exteriores en la infinitud, todos los órdenes de los tesoros, los velos de los tesoros y los lugares de los caminos de su paternidad total, hasta que llegue al lugar del Dios verdadero. Porque he nombrado el gran nombre que el Dios de todos los lugares y de todos los tesoros nos ha dicho”.

»Cuando digáis este nombre, estas palabras y este misterio, y os volváis hacia las cuatro esquinas del tesoro, o cuando estéis en el lugar en el que estáis, entonces los vigilantes de las puertas y los órdenes de los tesoros y sus velos **P. 92**, que son arrastrados ante estos, retrocederán todos, interiores y exteriores. Y desde el primero al último de ellos retornan a su propia semejanza, hasta que vosotros atraveséis los lugares de todos los tesoros y hasta que vayáis al lugar del Dios verdadero, que está fuera de los lugares de mi Padre. Mirad, os he dicho el nombre del que os dije anteriormente que os hablaría, hasta que todos los lugares de los tesoros retornen y vayáis al lugar del Dios verdadero que está fuera de los lugares de mi Padre. Atended, pues, os he dicho: “Tened cuidado y no lo pronunciéis continuamente, para que los lugares todos no se perturben a causa de la grandeza que hay en su interior. Prestad atención, os lo he dicho a vosotros, los doce que me rodeáis todos, con el sello y la cifra. Mirad que os he dicho el nombre sobre el que me habéis preguntado, de modo que lo podáis poner en vuestro corazón”».

Pero cuando terminó de decirles esto, les dijo, irguiéndose en el tesoro propio de los de los íntimos: «Seguidme». Y ellos lo siguieron. Ingresó en los tesoros y entró en el séptimo tesoro. Se mantuvo firme en este lugar. Les dijo a los doce: «Rodeadme todos vosotros». Y ellos lo rodearon todos.

Himno a la gloria del Padre

Les dijo: «Respondedme y dad gloria conmigo como yo doy gloria a mi Padre, a causa de la distribución de los tesoros». Y Él comenzó a cantar y a dar gloria **P. 93** a su Padre, diciendo: «Te doy gloria a ti, tú que eres aquel cuyo gran nombre es “padre” y cuyos signos son los de esta figura: ... ¿Por qué te has retirado por ti mismo dentro de ti en verdad, hasta que des lugar a tu pequeña noción, que no has atraído hacia ti, lo que ahora es tu voluntad, oh Dios inasequible?».

Entonces hizo a sus discípulos responder: «Amén, amén, amén», tres veces.

Les dijo una vez más: «Repetid después de mí diciendo amén según cada una de las alabanzas».

Dijo Jesús nuevamente: «Te canto, oh Dios, Padre mío, porque eres tú el que ha permitido a esta pequeña noción que brille dentro de ti. ¿Cuál ahora (es tu voluntad), oh Dios inasequible?».

Entonces ellos dijeron (amén) tres veces.

Entonces dijo: «Te canto, oh Dios inasequible, porque has brillado tú mismo solo dentro de ti, queriendo que ella brille. ¿Cuál ahora (es tu voluntad), oh Dios inasequible?».

Ellos igualmente lo dijeron tres veces.

(Dijo Jesús): «Te canto, oh Dios inasequible, porque a través de tu propia voluntad yo he brillado dentro de ti, siendo una emisión única. He fluido desde ti. ¿Cuál es ahora

tu voluntad para que todas las cosas vengan a la existencia, oh Dios inasequible?».

Entonces ellos respondieron (amén) tres veces.

(Dijo Jesús) «Oh Dios inasequible. **P. 94** Te canto, oh..., porque me has emitido como una emisión única. ¿Cuál es ahora tu voluntad para que todas estas cosas vengan a la existencia, oh...?».

Entonces respondieron «Amén, amén, amén», tres veces.

«Oh... Te canto para que me constituyas en tu presencia, siendo tu semejanza total y tu imagen total, y estés satisfecho conmigo. ¿Cuál es ahora tu voluntad para que todas estas cosas vengan a la existencia, oh, D. ...?»

Entonces respondieron (amén) tres veces.

«Oh D. ...Te canto, oh Dios inasequible, puesto que has dado brillo a esta pequeña noción dentro de ti. Has emitido la segunda emisión. Has distribuido sus lugares que te rodean, ¿cuál es ahora tu voluntad para que todas estas cosas vengan a la existencia?, oh D. ...?». Entonces respondieron: ..., tres veces.

«Oh Dios inasequible. Te canto, oh D. ..., porque has brillado dentro de ti mismo. Has emitido la tercera emisión, que es la que has hecho existir, distribuyendo tú mismo todos estos lugares. ¿Cuál ahora, oh, D. ..., es tu voluntad para que todas estas cosas vengan a la existencia?».

Dijeron..., tres veces.

«Oh Dios, te canto. Tú has emitido **P. 95** también esta emisión, la has establecido sobre todos los lugares. ¿Cuál ahora (es tu voluntad), oh Dios inasequible?».

Entonces dijeron: ..., tres veces.

«Oh Dios... Te canto, porque has brillado dentro de ti mismo. Has emitido nombres y les has dado el nombre del

tesoro. ¿Cuál ahora (es tu voluntad), oh D. ...?».

Dijeron...

«Oh Inasequible. Te canto, porque has brillado dentro de ti mismo. Has emitido lugares. Les has hecho existir en todos los tesoros. ¿Cuál es ahora tu voluntad para que todas estas cosas lleguen a la existencia, oh...?».

Entonces respondieron..., tres veces.

«Oh D. ... Te canto, oh... Inasequible, porque tú mismo has brillado dentro de ti. Has emitido una potencia y ella ha motivado a estas cabezas, para que des a una de ellas el nombre de “el Dios verdadero”. ¿Cuál es ahora tu voluntad, para que todas estas cosas puedan llegar a la existencia?».

Entonces respondieron: ..., tres veces.

«Oh Dios inasequible. Te canto, D. ..., porque tú mismo has brillado dentro de ti. Has emitido una potencia y ella ha motivado al Dios verdadero, para que él movilice al resto de las emisiones que están sobre los tesoros, de modo que hayan emitido otras emisiones y tú las constituyeras como órdenes en los tesoros. ¿Cuál es ahora tu voluntad, para que todas estas cosas lleguen a la existencia, oh ...?».

P. 96 Entonces respondieron... tres veces.

«Oh Inasequible. Te canto, D. ..., porque tú mismo has brillado dentro de ti. Has emitido una emisión para que produzca vigilantes según los tesoros desde el primero hasta el último de ellos. ¿Cuál es ahora tu voluntad, para que todas estas cosas lleguen a la existencia, oh D. ...?».

Respondieron: ...

«Oh Inasequible. Te canto ..., porque tú mismo has brillado dentro de ti. Has emitido una emisión. Le has hecho engendrar sesenta emisiones que son estas paternidades. Has constituido una... según los tesoros desde el primero hasta el

último de todos ellos. A ellos son a los que has dado nombre como los órdenes de los cinco árboles. ¿Cuál es ahora tu voluntad, para que todas estas cosas vengan a la existencia, oh D. ...?».

Entonces respondieron: ...

«Oh Inasequible. Te canto, a ti D. ..., porque tú mismo has brillado dentro de ti. Has emitido una gran potencia y la has hecho producir sellos. ¿Cuál es ahora tu voluntad, para que todas estas cosas lleguen a la existencia, oh D. ...?».

Entonces respondieron: ...

«Oh Inasequible. Te canto, a ti D. ..., porque tú mismo has brillado dentro de ti. Tú has generado para nosotros este gran nombre que nos has dado y que es el que has dicho **P. 97** y por el que todos los lugares retroceden. ¿Cuál ahora (es tu voluntad), oh D. ...?».

Respondieron: ..., tres veces.

«Oh Inasequible. Te canto, a ti Dios inasequible, porque tú mismo has brillado dentro de ti. Has emitido un misterio desde ti mismo. ¿Cuál es ahora tu voluntad, para que todas estas cosas lleguen a la existencia, oh Dios inasequible?».

Respondieron: ...

«Oh Inasequible. Te canto, a ti Dios inasequible, porque tú mismo has brillado dentro de ti. Has emitido una imagen de luz. La has constituido rodeándote, a ti mismo. ¿Cuál es ahora tu voluntad, para que todas estas cosas lleguen a la existencia, oh...?».

Entonces respondieron...

«Oh Inasequible. Te canto, a ti Dios inasequible, en otros lugares. Tú eres inasequible en ellos, en estos lugares de estos grandes discursos de acuerdo con los misterios. Has colocado tu grandeza dentro de ellos, porque tu voluntad de nuevo es la

que haces accesible en ellos. ¿Cuál es ahora tu voluntad, para que todas estas cosas vengan a la existencia, oh D. ...?».

Entonces respondieron...

«Oh Inasequible. Te canto, a ti Dios inasequible, porque tú mismo has brillado dentro de ti. Has emitido una emisión desde el origen, para distribuir todos los lugares. La llamaste “Yeú”, para que los que están en todos los lugares sean llamados “Yeú”, de manera que sean reyes sobre todos ellos. ¿Cuál es ahora tu voluntad, para que todas estas cosas vengan a la existencia, oh D. ...?»

P. 98 Entonces respondieron...

«Te canto, a ti Dios inasequible, porque tú mismo has brillado dentro de ti. Has emitido tu propio misterio en el que eres un Dios inasequible en los discursos. Tú eres inasequible dentro de ellos en este gran discurso según los misterios de Yeú, el padre de todos los Yeú, que eres tú mismo. ¿Cuál es ahora tu propia voluntad, para que te hagas accesible en ellos, oh ..., que eres accesible en este gran discurso según los misterios de Yeú, tú el máximo de todos los padres, oh ...?».

Respondieron: ...

«Oh Inasequible, porque tú mismo has brillado dentro de ti. Te has retirado tú mismo hacia ti mismo enteramente en tu semejanza total y noción total. Has dejado detrás una pequeña noción, para que reveles tu gran riqueza, tu grandeza plena y tus grandes misterios. ¿Cuál es ahora tu voluntad, para que todas estas cosas vengan a la existencia, oh ... I.?».

Entonces respondieron: «... Oh Inasequible. Te canto, a ti Padre que existes desde el origen, que has emitido la raíz de todas estas grandes cosas y esta pequeña noción. ¿Cuál es ahora tu voluntad, para que todas estas cosas lleguen a la existencia, oh ... Inasequible?».

Entonces respondieron: «Eres el Dios inasequible, amén,

amén, amén; tres veces...».

SEGUNDO LIBRO DE YEÚ

Prohibición de divulgar los misterios

Jesús dijo a sus discípulos que estaban reunidos con él, los doce discípulos y discípulas:

«Rodeadme, mis doce discípulos y discípulas, para que os hable de los grandes misterios del Tesoro de la Luz, estos que nadie conoce, (que) están en el Dios invisible. Tampoco dan muestras de ellos los eones del Dios invisible cuando los celebran, porque son los grandes misterios del tesoro de lo más íntimo de los íntimos. Tampoco los pueden comprender. Pero vienen los recibidores del Tesoro de la Luz y manifiestan al alma en el cuerpo, hasta que atraviesan todos los eones y los lugares del Dios invisible y la hacen entrar en el Tesoro de la Luz. Y les borran todos los pecados que han cometido tanto consciente como inconscientemente. Y las hacen que sean puras. Y el alma va con continua rapidez según cada lugar, hasta que alcanza el Tesoro de la Luz. E ingresa en el interior de los vigilantes del Tesoro de la Luz. Entran en el interior de los de los tres amén, ingresan en los gemelos y entran **P. 100** dentro de la triple potencia; pasan al interior de los órdenes de los cinco árboles e ingresan en el interior de las siete voces. Y existen en el lugar que está dentro de ellos, que es el lugar de los incomprensibles del Tesoro de la Luz. Y asimismo todos estos órdenes les dan sus sellos y misterios, porque ellos han recibido los misterios antes de que salieran del cuerpo».

Y una vez que terminó de decir esto, les expresó una vez más: «Guardad estos misterios que os daré, y no los deis a ningún ser humano, salvo que sea digno de ellos. No los deis al padre, a la madre, al hermano, a la hermana o al deudo, o bien sea por alimento, bebida, una mujer, oro, plata o cualquier otra cosa de este mundo. Guardadlos y no los deis a

ningún otro en absoluto a causa de los bienes de todo este mundo. No los deis a ninguna mujer u hombre que participe de la creencia de estos setenta y dos arcontes, o que los sirva. Tampoco los deis a quienes sirven a las ocho potencias del gran arconte, que son las que ingieren la sangre menstrual de su impureza y el semen varonil, diciendo: “Hemos conocido el conocimiento verdadero y oramos al Dios verdadero”; sin embargo, su Dios es malvado. Oíd ahora lo que os digo sobre su emplazamiento. Es la tercera potencia del gran arconte. También este es su nombre, Tariqueas, el hijo de Sabaot, el Adamas. Es el enemigo **P. 101** del Reino de los Cielos. Su rostro es el de un cerdo. Sus dientes asoman de su boca y posee otro rostro de león por detrás. Preveníos ahora, para no dar(los) a los humanos de esta creencia ni decirles el lugar de la luz y los que están dentro de ella, porque este es el Tesoro de la Luz y los que están dentro de ella, y es él el que el Dios inasequible emitió. No les digáis estos misterios del Tesoro de la Luz, salvo a quienes sean dignos de ellos, los que han dejado atrás el mundo entero y todas sus obras, sus dioses y sus divinidades y no participan de ninguna otra creencia salvo de la fe de la luz, según los Hijos de la Luz, que se obedecen y son dóciles entre sí como Hijos de la Luz. Atended, pues he hablado con vosotros acerca de los misterios, guardadlos.

»No los divulgéis a nadie, a no ser que sean dignos de ellos. Ahora, puesto que habéis dejado atrás a vuestros padres, madres y hermanos y a todo el mundo, me habéis seguido y habéis cumplido todos los mandamientos que os he prescrito, ahora oídme y os diré los misterios. Amén, amén, os digo que os daré el misterio de los doce eones divinos y sus recibidores y la manera de invocarlos para ir a sus lugares. Y os daré **P. 102** el misterio del Dios invisible y los recibidores de este lugar y como... para ir a sus lugares. Después de esto os enseñaré el misterio de los del medio y los recibidores y el

modo de... Y les daré el misterio de los de la derecha y sus recibidores y el modo de... Pero antes de todo esto os daré los tres bautismos, el bautismo de agua, el bautismo de fuego y el bautismo del Espíritu Santo. Y os daré el misterio de remover la maldad de los arcontes. Y después de estas cosas os daré el misterio de la unción espiritual.

»Y antes de todo esto, mandad a los que van a recibir estos misterios no jurar en falso, ni incluso jurar en absoluto, no fornicar, no cometer adulterio, no hurtar, no desear las cosas, no amar la plata, no amar el oro, no decir el nombre de los arcontes ni el nombre de sus ángeles, y, en general, no robar, no maldecir, no acusar falsamente, no difamar, y de ningún modo permitir el “ojo por ojo” (Mt 5, 38). En una palabra, cumplir los mandamientos que son buenos».

Una vez que Jesús concluyó de decir estas palabras **P. 103** a sus discípulos, estos se afligieron mucho y se postraron a los pies de Jesús, lamentándose y condoliéndose. Dijeron: «Oh Señor, ¿por qué nos has dicho: “Os daré los misterios del Tesoro de la Luz?”».

Pero el corazón de Jesús se afligió por sus discípulos, porque ellos habían apartado de sí a sus padres, a sus hermanos, a sus esposas y a sus hijos, habían apartado de sí la vida total del mundo y lo habían seguido por doce años y habían cumplido con todos los mandamientos que les había prescrito.

El Reino de la Luz

Respondió y dijo a sus discípulos: «Amén, les he dicho. Os daré los misterios de los nueve vigilantes de las tres puertas del Tesoro de la Luz y el modo de (de invocarlos para ir a sus lugares). Os daré también los misterios del niño del niño y el modo de... E igualmente después de esto os daré el misterio de los tres amén y el modo de... Y asimismo os daré el

misterio de los cinco (árboles) del Tesoro de la Luz y el modo de... Y también después de esto os daré las siete voces y la voluntad de las cuarenta y nueve potencias. Y les daré además el misterio del gran nombre de todos los nombres que es la gran luz que rodea al Tesoro de la Luz y el modo de..., para ir hasta el interior de las siete voces. Y en verdad os he dicho y mandado que cumpláis los misterios de los cinco árboles, los misterios de las siete voces y los misterios del gran nombre que es la gran luz que rodea al Tesoro de la Luz. Porque el que los celebre no tendrá necesidad de ningún otro misterio del Reino de la Luz, salvo del misterio del perdón de los pecados.

P. 104 »Porque es necesario que todo hombre que crea en el Reino de la Luz cumpla el misterio del perdón de los pecados una vez solamente. En efecto, cualquier hombre que cumpla el misterio del perdón de los pecados, les serán borrados todos los pecados que haya cometido consciente o inconscientemente, desde su niñez hasta hoy y que haya cometido desde la fundación del mundo hasta hoy, llegará a ser una luz pura y será recibido por la Luz de estas luces. Y os digo que desde que están sobre la tierra ya han heredado el Reino de Dios. Poseen su parte en el Tesoro de la Luz y son dioses inmortales.

»Y cuando salen del cuerpo estos que han recibido estos misterios y el misterio del perdón de los pecados, todos los eones retroceden uno tras otro y huyen hacia poniente, hacia la mano izquierda, porque el alma ha recibido el misterio del perdón de los pecados, hasta que ellas alcancen las puertas del Tesoro de la Luz y los vigilantes de las puertas les abran. Cuando alcancen los órdenes del Tesoro, los órdenes los sellarán también con sus sellos y les darán el gran nombre de sus misterios e ingresarán en su interior. Cuando alcancen el orden de los cinco árboles del Tesoro de la Luz, les darán el gran nombre y los sellarán con sus sellos y les darán su

misterio, hasta que pasen al interior de las siete voces. Cuando alcancen este orden, les darán el gran nombre. Y los sellarán con su sello y les darán su misterio, hasta que pasen al interior de los que carecen de padre, hasta el orden de los lugares de su herencia. Estos órdenes les dan el gran nombre. Y los sellan con su sello y les dan su misterio, y ellos pasan al interior del orden de los triples espíritus. Y les dan el gran nombre y su misterio y los sellan con su sello hasta que alcanzan el lugar de Yeú, quien es del tesoro de los más externos y que es el gobernador de la totalidad del tesoro. Pero cuando alcanzan este lugar les da el gran nombre y su misterio y los sella con su sello hasta que ellos vayan a su interior al tesoro de los íntimos, a los lugares del íntimo de los íntimos, que es el silencio y reposo, y descansan en este lugar, porque han recibido el misterio del perdón de los pecados. Y os daré todo misterio, para que os podáis llenar en todo misterio del Reino de la Luz y para que podáis ser llamados “Hijos de la Plenitud, completos en todo misterio”».

Los tres bautismos

Sucedió también que, después de estas palabras, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: «Venid todos y recibid los tres bautismos, antes de que os hable sobre el misterio de los arcontes».

Vinieron todos entonces —discípulos y discípulas— y todos juntos rodearon a Jesús.

Jesús, pues, les dijo: «Id a Galilea y encontrad a un varón **P. 106** o a una mujer en la que lo máximo de la maldad haya muerto. Si se trata de un varón, es aquel que no ha tenido cópula, o bien, si se trata de una mujer, es aquella que ha dejado de practicar el comercio carnal femenino y no ha tenido cópula. Recibid dos vasijas de vino de las manos de estas personas y traédme las a este lugar, y traedme sarmientos

de vid».

Los discípulos, pues, le trajeron las dos vasijas de vino y los sarmientos. Y Jesús ofreció una ofrenda. Colocó una vasija de vino a la izquierda de la ofrenda y la otra vasija a la derecha de la ofrenda. Puso sobre la ofrenda enebro, *kasdálanthos* y nardo. Hizo que todos los discípulos se vistieran con vestidos de lino y colocó una planta de anémona en sus bocas. Y puso la cifra de las siete voces, que es, en sus dos manos, y colocó la planta de girasol en sus dos manos, y puso a sus discípulos ante la ofrenda. Y Jesús se quedó de pie al lado de la ofrenda. Extendió un mantel de lino sobre un lugar y puso una copa de vino sobre él. Puso sarmientos sobre el lugar de la ofrenda y los coronó a todos con **P. 107** los sarmientos.

Y Jesús selló a sus discípulos con este sello: su interpretación es esta, *Thesôzaz*, su nombre es *Sazapharas*. Jesús con sus discípulos se volvió hacia los cuatro rincones del mundo. Les mandó que cada uno juntara sus pies. Y formuló la plegaria, diciendo: «*Iôazazêth azazê asasêth*, amén amén amén; *Eiazei eiazei gêth zaêth zaêth*, amén...; *Apbazazaza baôzazzaz zazzoôs*, amén...; *Azaachazararacha zaracha charzabarcha thazath thazath*, amén... Óyeme, Padre mío, Tú eres padre de todas las paternidades, Tú eres infinita Luz que está en el Tesoro de la Luz. Vengan los quince auxiliares, que sirven a las siete vírgenes de la luz que están sobre el bautismo de vida, cuyos nombres indecibles son estos: Astrapa, Tesfoiode, Ontonio, Sinetos, Lachon, Poditanio, Opakis, Fedro, Odontycho, Diaktio, Knesio, Dromio, Euideto, Polypaidós y Entropon. Vengan **P. 108** y bauticen a mis discípulos en el agua de vida de las siete vírgenes de la luz y perdonen sus pecados, purifiquen sus injusticias y los cuenten entre los herederos del Reino de la Luz. Si me has oído ahora y has tenido misericordia de mis discípulos, si también ellos son considerados ya asignados al

Reino de la Luz, si has perdonado sus pecados y has borrado sus injusticias, danos una señal, y que aparezca Zorokothora y produzca el agua del bautismo de vida en una de estas vasijas de vino».

Y en aquel momento tuvo lugar la señal de la que Jesús había hablado, y el vino que estaba a la derecha de la ofrenda se tornó agua. Y los discípulos se aproximaron a Jesús, los bautizó, los hizo participar en el ofrecimiento y los selló con este sello: ... Y los discípulos se regocijaron con gran alegría porque sus pecados fueron perdonados y sus injusticias compensadas y fueron contados entre los herederos del Reino de Luz; y porque fueron bautizados con el agua de vida de las siete vírgenes de la luz y habían recibido el sello santo.

Sucedió asimismo que Jesús prosiguió con el discurso. Dijo a sus discípulos: «Traed-me sarmientos de vid para que podáis recibir el bautismo de fuego».

Los discípulos le trajeron los sarmientos. Ofreció Jesús **P. 109** una mezcla de incienso. Puso en él incienso y mirra, goma del lentisco, nardo, *kasdálanthos*, terebinto y bálsamo. Y de nuevo extendió un mantel de lino sobre el lugar del ofrecimiento. Colocó sobre él una copa de vino y puso hogazas de pan sobre él según el número de los discípulos. Hizo que todos sus discípulos se vistieran con vestidos de lino y los coronó con plantas de verbena. Y puso anémona en sus bocas e hizo que la cifra de las siete voces, que es, fuese colocada en sus dos manos. Y puso la planta de crisantemo en sus dos manos y colocó la planta de cola de caballo bajo sus pies y los colocó frente al incienso que había ofrecido. Y les hizo unir sus pies y Jesús llevó detrás el incienso que había ofrecido.

Los selló con este sello: «Este es su nombre, *Thôzaeêz*, y esta es su interpretación, *Zôzazêz*».

Jesús se volvió hacia los cuatro rincones del mundo con sus discípulos y formuló esta plegaria, diciendo así: «Óyeme, Padre mío, tú eres el padre de todas las paternidades, tú eres Luz infinita. Haz a mis discípulos dignos de recibir el bautismo de **P. 110** fuego. Perdona sus pecados y haz que sean purificados de sus injusticias, las que hayan cometido consciente e inconscientemente y las que hayan cometido desde la niñez hasta hoy. Y sus calumnias, maldiciones, perjurios, hurtos, mentiras, acusaciones falsas, fornicaciones, adulterios, concupiscencias y avaricias e incluso aquello que no han hecho desde su juventud hasta hoy. Bórraselo todo y purificalos a todos ellos y haz que Zorokothora Melquisedec venga en secreto y aporte el agua del bautismo de fuego de la Virgen de la Luz, la juez. Ahora óyeme, Padre mío, pues te llamo con los nombres indecibles que están en el Tesoro de la Luz: *Azarakaza a..amathkratitath iô iô iô*, amén amén; *Iaôth iaôth iaôth phaôph phaôph phaôph chiôephôzpe*. *Chenobinyth zaplailazaplai laizai*, amén, amén, amén; *Zazizayach nebeoynisph*; *Phamoy phamoy phamoy*; *amoynai amoynai*, amén, amén, amén; *Zazazazi etazaza zôthazazaz*. Óyeme, Padre mío, padre de las paternidades, Luz infinita, porque te llamo con los nombres imperecederos que están en **P. 111** el Tesoro de la Luz. Haz que Zorokothora venga y traiga el agua del bautismo de fuego de la Virgen de la Luz para que pueda bautizar a mis discípulos en ella. Óyeme ahora, Padre mío, tú eres el padre de todas las paternidades, eres la Luz infinita. Venga la Virgen de la Luz y bautice a mis discípulos en el bautismo de fuego y perdone sus pecados y purifique sus injusticias, porque la llamo con los nombres imperecederos que son estos: *Zothôôza thoitha zazzaôth*, amén, amén, amén. Óyeme ahora, tú eres la Virgen de la Luz, tú eres juez, perdona los pecados de mis discípulos y purifica sus injusticias, las que han cometido consciente e

inconscientemente y las que han consumado desde su niñez hasta hoy. Y que se puedan contar entre los asignados al Reino de la Luz. Ahora, Padre mío, si les has perdonado los pecados, les has borrado las injusticias y los has hecho ser contados dentro del Reino de la Luz, dame una señal en el fuego de este incienso fragante».

En ese momento la señal a la que Jesús se había referido tuvo lugar en el fuego y Jesús bautizó a sus discípulos. Los hizo participar en el ofrecimiento y los selló en sus frentes con el sello de la **P. 112** Virgen de la Luz que les permitió ser contados entre los (participantes) del Reino de la Luz. Y los discípulos se regocijaron porque habían recibido el bautismo de fuego y el sello que perdona los pecados, y porque eran contados entre los asignados al Reino de la Luz. Este es su sello: ...

Sucedió que después de esto Jesús dijo a sus discípulos: «Prestad atención vosotros que habéis recibido el bautismo de agua y el bautismo de fuego. Venid y también os daré el bautismo del Espíritu Santo».

Ofreció el incienso del bautismo del Espíritu Santo. Puso los sarmientos de vid junto con enebro, *kasdálanthos*, azafrán, goma del lentisco, cinamomo, mirra, bálsamo y miel. Colocó dos vasijas de vino, una a la derecha del incienso que había ofrecido, y la otra a la izquierda. Dispuso hogazas de pan de acuerdo con el número de los discípulos. Y Jesús selló a los discípulos con este sello: «Este es su nombre, *Zakzôza*. Esta es su interpretación, *Thôzônôz*».

P. 113 Sucedió, pues, que cuando Jesús los hubo sellado con este sello, se mantuvo de pie al lado del incienso que había ofrecido. Colocó a sus discípulos delante del incienso, los vistió a todos con vestidos de lino, en tanto que la cifra de las siete voces, que es, estaba en sus dos manos. Jesús clamó,

diciendo: «Óyeme, Padre mío, tú eres padre de todas las paternidades, tú eres Luz infinita. Te llamo con los nombres imperecederos del Tesoro de la Luz, *Zazazoy zôthzazôth thôzaxazôth chenobinyth athaêêy ôzê ôzaêôz krobialath*. Óyeme, Padre mío, tú eres padre de todas las paternidades, tú eres Luz infinita, por esto te he llamado con tus nombres imperecederos del Tesoro de la Luz. Perdona los pecados de mis discípulos y borra sus injusticias, las que hayan cometido conscientemente y las que hayan cometido inconscientemente y las que hayan cometido desde su niñez hasta hoy. Y haz que se les cuente entre los asignados al Reino de la Luz. Ahora, Padre mío, si has perdonado los pecados de mis discípulos y has purificado sus injusticias y has hecho que sean contados dentro de la asignación del reino de la Luz, dame una señal en el ofrecimiento».

Y en ese instante la señal a la que Jesús se había referido tuvo lugar y bautizó a todos sus discípulos **P. 114** con el bautismo del Espíritu Santo. Y les dio participación del ofrecimiento. Selló sus frentes con el sello de las siete vírgenes de la luz, que les permitieron ser contados dentro de la asignación del Reino de la Luz. Y los discípulos se regocijaron con inmenso júbilo, puesto que habían recibido el bautismo del Espíritu Santo y el sello que dio perdón a los pecados, purificó las injusticias y les hizo ser contados dentro de la asignación del Reino de la Luz. Este es el sello: ... Y Jesús realizó este misterio mientras todos sus discípulos estaban vestidos con vestidos de lino y coronados de mirto, y una anémona de *kriste* había en sus bocas y una sola rama de artemisa en sus dos manos, y sus pies estaban unidos y se daban vuelta hacia los cuatro rincones del mundo. Sucedió asimismo que después de estas cosas Jesús ofreció el incienso del misterio que expulsó la maldad de los arcontes de los discípulos. Les hizo construir un ara de incienso mezclado

sobre plantas de *thalasia*. Puso sobre él sarmientos de vid enebro, betel índico, *kouôsi*, amianto, ágata e incienso puro. Hizo que todos sus discípulos se vistieran con vestidos de lino, que se coronaran con ajenjo y que pusieran **P. 115** incienso puro en sus bocas. Colocó la cifra del primer amén en sus manos. Unieron sus pies. Permanecieron delante del incienso que él había ofrecido. Jesús selló a sus discípulos con este sello, que es así: «Este es su nombre, que es el verdadero, *Zêzêzô iazôz*. Esta es su interpretación, *Zôzôzai*».

Cuando Jesús concluyó de sellar a sus discípulos con este sello permaneció de nuevo de pie al lado del incienso que había ofrecido. Dijo la oración con estas palabras: «Óyeme, Padre mío, tú eres padre de todas las paternidades, tú eres Luz infinita, porque te llamo con los nombres imperecederos del Tesoro de la Luz, *Nêrênêr zophonêr zoilthizoybaô xoybaô*, amén, amén, amén. Óyeme, Padre mío, tú eres padre de todas las paternidades, tú eres Luz infinita. Óyeme y obliga a Sabaot, a Adamas y a todos sus jefes a venir y a expulsar su maldad de mis discípulos». **P. 116** Y cuando hubo pronunciado esta oración, diciéndola junto con sus discípulos a los cuatro rincones del universo, los selló con este sello de los dos amén, que es así: «Este es su nombre verdadero, *Zacho zakôz*. Esta es su interpretación, *Zchôzozô*».

El misterio de los arcontes y la ascensión a la Luz

Y cuando Jesús concluyó de sellarlos con este sello, al instante los arcontes expulsaron de los discípulos todos sus pecados. Se regocijaron con gran júbilo porque toda la maldad de los arcontes había desaparecido dentro de ellos, y una vez que la maldad de los arcontes desapareció de su interior, los discípulos fueron inmortales y siguieron a Jesús a todos los lugares hacia los que irían.

Y Jesús dijo a sus discípulos: «Os daré la justificación para

todos estos lugares de los que os he dado su misterio, sus bautismos, sus ofrecimientos, sus sellos, todos sus receptores, sus cifras, sus nombres verdaderos y sus justificaciones en relación a cómo llamarlos para ir a sus lugares, de modo que podáis pasar al interior de todos ellos. Os diré los nombres de sus justificaciones y sus cifras. Oídmeme ahora y os hablaré sobre la salida de vuestras almas, ya que os he dicho todos estos misterios junto con sus sellos y sus nombres. Cuando salgáis del cuerpo y cumpláis estos misterios, todos los eones y todos los que están dentro de ellos se retirarán hasta que vosotros alcancéis **P. 117** estos seis grandes eones. Pero estos huirán a poniente, hacia la izquierda, con todos sus arcontes y todos los que están dentro de ellos. Sin embargo, cuando vosotros alcancéis los seis eones os retendrán hasta que recibáis el misterio del perdón de los pecados, porque él es el gran misterio que reside en el tesoro de lo íntimo de lo íntimo. Él es la salvación plena del alma. Y cuantos reciban este misterio superarán a todos los dioses y a todos los señoríos de todos estos eones, que son los doce eones del Dios invisible, ya que este es el gran misterio del inasequible que está en el tesoro de lo íntimo de lo íntimo. Por esto ahora, todo hombre que quiera creer en el Hijo de la Luz debe recibir el misterio del perdón de los pecados, para que sea perfecto totalmente y completo en todos los misterios, porque este es el misterio del perdón de los pecados. El que quiera ahora recibir a partir de estos misterios, debe recibir el misterio del perdón de los pecados. Por esto os digo que cuando recibáis el misterio del perdón de los pecados, todo pecado que hayáis cometido conscientemente y los que hayáis cometido inconscientemente, los que hayáis cometido desde vuestra niñez hasta hoy y hasta la liberación de los lazos de la carne de la fatalidad, todos os serán borrados, ya que habéis recibido el misterio del perdón de los pecados. Y cuando

estéis por salir del cuerpo y hayáis cumplido su misterio y también su justificación, todos los eones y todos los que están dentro de ellos se retirarán.

»Entonces, una vez más, **P. 118** huirán a poniente, hacia la izquierda, ya que habéis recibido el misterio del perdón de los pecados. Y cuando todos los eones se retiren, la luz del Tesoro purificará a los doce eones de modo que todos los caminos por los que salgáis estén purificados. Y el Tesoro de la Luz es revelado. Podréis mirar a los cielos desde abajo y veréis los caminos de los lugares de todos los eones, porque todos han sido purificados, ya que todos los eones con todos los que están dentro de ellos huyeron a poniente, hacia la izquierda. De nuevo, igualmente, cuando los caminos estén purificados, os daré el misterio del perdón de los pecados, sus justificaciones, sus sellos, sus cifras y sus interpretaciones. Vosotros mismos, discípulos míos, si los habéis recibido, cuando estéis para salir del cuerpo os tornaréis pura luz. Y os apresuraréis hacia lo alto uno después del otro, e iréis hacia los lugares en los que todos los eones están esparcidos, hasta que no quede ninguno en los caminos y alcancéis el Tesoro de la Luz. Entonces los vigilantes de las puertas del Tesoro de la Luz verán el misterio del perdón de los pecados que vosotros habéis cumplido, con sus justificaciones y todos sus mandamientos. Verán el sello en vuestras frentes y verán la cifra en vuestras manos. Entonces los nueve vigilantes os abrirán las puertas del Tesoro de la Luz y entraréis en el Tesoro de la Luz.

P. 119 »Los guardianes no hablarán con vosotros, pero os darán los sellos y sus misterios. Del mismo modo cuando alcancéis el orden de los tres amén, los tres amén os darán sus sellos y su misterio. E igualmente os darán el gran nombre y cruzaréis a su interior. Cuando vayáis al orden del niño, os darán su misterio y su sello y el gran nombre. Del mismo

modo, una vez más llegaréis a su interior. Cuando alcancéis el orden de los salvadores gemelos, os darán su misterio, su sello y su gran nombre. Nuevamente pasaréis a su interior, al orden del gran Sabaot, el del Tesoro de la Luz. Cuando alcancéis su orden, os sellará con su sello, os dará su misterio y el gran nombre. Del mismo modo, entraréis en el interior del orden del gran Iaô, el Bueno, el del Tesoro de la Luz. Os dará su misterio, su sello y su gran nombre. Igualmente iréis al interior del orden de los siete amén. Nuevamente os darán su misterio, su sello y el gran nombre. Iréis igualmente de nuevo al interior del orden de los cinco árboles del Tesoro de la Luz, que son los árboles serenos. Os darán su misterio que es el gran misterio, su gran sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz, que es rey sobre el Tesoro de la Luz.

P. 120 »Iréis asimismo al interior del orden de las siete voces. Os darán su gran misterio, el gran nombre del Tesoro de la Luz y su sello. De igual manera, iréis al interior del orden de los incomprensibles. Os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. También iréis dentro del orden de los infinitos. Os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Iréis asimismo al interior del orden de los pre-sobre-incomprensibles. Os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Igualmente iréis al interior del orden de los pre-sobre-infinitos. Os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Asimismo, iréis al interior del orden de los incontaminados. Os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Igualmente, iréis dentro del orden de los pre-sobre-incontaminados. Os darán su misterio, el gran nombre del Tesoro de la Luz y su sello. También iréis al interior del gran orden de los serenos. Os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Iréis además al interior del orden de los sobre-serenos.

Cuando logréis este orden, **P. 121** os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Iréis al interior del orden de los carentes de padre. Os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Iréis al interior del orden de los precarentes de padre. Os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. También iréis al interior del orden de las cinco marcas de la luz. Os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. También iréis al interior del orden de los tres regiones. Cuando alcancéis este orden, os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz.

»Igualmente ingresaréis en el orden de los cinco auxiliares del Tesoro de la Luz. Cuando alcancéis este orden, os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Igualmente ingresaréis en el orden del tres veces espiritual del Tesoro de la Luz. Cuando alcancéis este orden, os darán su misterio, el gran nombre del Tesoro de la Luz y su sello. Del mismo modo, iréis al interior del orden de la triple potencia del gran rey del Tesoro de la Luz. Os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. **P. 122** Ingresaréis también en el orden de la primera norma. Os dará su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Asimismo, iréis al interior del lugar del orden de la herencia. Os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Además, ingresaréis en el orden del lugar del silencio y del reposo. Cuando alcancéis este orden, os darán su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Del mismo modo, cruzaréis hasta el interior del orden de los velos que están corridos delante del gran rey del Tesoro de la Luz. Os darán su gran misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz y se retirarán hasta que los superéis y paséis dentro de ellos y hasta que alcancéis al gran Hombre, el que es el rey de este total Tesoro de Luz, cuyo nombre es Yeú.

Cuando alcancéis este lugar, veré que habéis cumplido el misterio del total Tesoro de la Luz junto con el misterio del perdón de los pecados, sus justificaciones, el incienso por vosotros ofrecido y todas sus obras. Y que habéis cumplido todos los mandamientos del misterio y todas sus obras. Entonces se regocijará por vosotros Yeú, el padre del Tesoro de la Luz. Por otra parte, también os dará **P. 123** su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. Igualmente iréis al lugar de la gran luz que rodea al total Tesoro de la Luz y a los que están en su interior todos. Y cuando lleguéis a este lugar —Yeú está nuevamente en este lugar—, él, la gran luz, os dará su misterio, su sello y el gran nombre del Tesoro de la Luz. E iréis a su interior a través de las puertas del Tesoro de la Luz, que es el segundo Tesoro de la Luz.

»Cuando alcancéis a los vigilantes de las puertas de este segundo Tesoro, decid los misterios y su justificación. Y cuando los vigilantes os abran las puertas del segundo Tesoro de la Luz, entraréis en el orden de las triples potencias de la luz. Estos son sus nombres, *Êazazô zôôaz eiôz*, todos, *êôzazôz*. Estos son ahora los nombres de las triples potencias de la luz del segundo Tesoro de la Luz. Cuando alcancéis también el orden de las triples potencias de luz, os darán asimismo su gran misterio del segundo Tesoro de la Luz, su sello y el gran nombre del segundo Tesoro de la Luz. Del mismo modo, ingresaréis en el orden del orden decimosegundo de la decimosegunda gran potencia de las emisiones del Dios verdadero que las ha emitido. Cuando alcancéis este orden, decid **P. 124** el misterio del perdón de los pecados y su justificación. Y ellas, que pertenecen a este orden, os darán su gran misterio, su gran justificación y su sello. Pero ellas son también del orden que son las doce potencias del Dios verdadero. Estos son sus nombres verdaderos. En cambio hay doce cabezas en este orden. Son estos los nombres de este

orden: *Zôzêzôza zôzezaz thôzôzaz thêzêzôz azôê zôzêa thêzôzaê êzôêzaz athôzôês êzôêz zêêêpsôz zazoz... zaazêiôz.* Estos son sus nombres verdaderos.

»Estos estarán entonces de pie solos en su lugar, y llamarán al Dios verdadero por sus nombres, diciendo: «Óyenos, Padre nuestro, Tú eres padre de todas las paternidades, *Iz za... zôz ôôôôôôô eee eeee ooooooooo yyyyyyy izê zôzô zezôzô zôzôoi ezôîô eiapttha eiapttha*, es decir, Tú eres el padre de todas las paternidades, porque el todo que proviene de *alpha* retornará cuando la plenitud de las plenitudes tenga lugar. Nosotros ahora llamamos a estos nombres imperecederos, para que nos envíes esta gran potencia luminosa para seguir a estos doce incomprensibles, que son los doce discípulos, pues ellos han recibido el misterio del **P. 125** perdón de los pecados. Por esto sin duda no son retenidos al acercarse al Tesoro de la Luz.

»Así pues, una vez que hubieron llamado con estos nombres, clamando al Dios verdadero, este mismo Dios verdadero envió una gran potencia cuyo nombre es este: *Thôrzôz zazaôz*. Y en ese instante esta gran potencia luminosa apareció detrás de los discípulos, y en ese momento hará que los tesoros de la luz y sus órdenes se retiren hasta que ingreséis y alcancéis el tesoro del Dios verdadero. Y él, el mismo Dios verdadero, os dará su gran misterio y su gran sello que es su rey por encima de su tesoro. Del mismo modo, cantará igual que llama al Dios inasequible, el que existe solo. Y él, el Dios inasequible, despedirá desde sí una potencia de luz para llegar hasta vosotros al lugar del Dios verdadero para que os dé la marca del tesoro del Dios verdadero. Ella os completará en todo Pleroma y os convertirá en un orden en este tesoro. Y daréis gloria al Dios inasequible porque habéis recibido el misterio del perdón de los pecados mientras estabais en el cuerpo. Y estaréis en el lugar del Dios verdadero, porque habéis recibido el misterio del perdón de

los pecados junto con su justificación, su sello, su cifra y todos los mandamientos que os he impuesto. **P. 126** Ahora, discípulos míos, sed pacientes y también os daré el misterio del perdón de los pecados y sus justificaciones y su sello».

Y cuando Jesús hubo terminado de decir todo esto a sus discípulos y de darles todos estos misterios que ya había cumplido, dijo a sus discípulos: «Es necesario que recibáis el misterio del perdón de los pecados para que podáis ser hijos de la Luz y completos en todos los misterios».

Cuando Jesús hubo concluido de decir todo esto a sus discípulos y de enseñarles los misterios, los discípulos de Jesús le dijeron: «Señor nuestro y maestro nuestro, te rogamos que des lugar en nosotros al misterio del perdón de los pecados, sus justificaciones, su sello y su cifra, para que seamos hijos de la Luz, de modo que los arcontes de los eones que están fuera del Tesoro de la Luz no nos retengan y para que podamos ser contados en la herencia del Reino de la Luz y completos en todos los misterios».

Jesús dijo a sus discípulos: «Sed pacientes y os lo diré. Porque ahora, antes de que os dé los misterios, os digo que primero os daré el misterio de los doce eones y sus sellos y el modo de llamarlos para ir a sus lugares. Oídme ahora, puesto que habéis recibido el misterio de los doce eones, el misterio del bautismo del agua de vida, el misterio del bautismo de fuego, el misterio del (bautismo) del Espíritu Santo y el misterio de la expulsión de la maldad de vosotros, ya que ahora **P. 127** os he dicho que os daré sus justificaciones y el modo como (usarlas) también junto con estos sellos».

Fórmulas para atravesar los reinos de los arcontes y llegar hasta el Reino de la Luz

«Oíd que ahora os digo sus justificaciones con las que les daréis justificación. Cuando salgáis del cuerpo y alcancéis el

primer eón, y los arcontes de este eón se presentan ante vosotros, sellaos con este sello: “Este es su nombre, *Zôzezê*”; decidlo solo una vez. Retened esta cifra en vuestras dos manos. Cuando hayáis concluido de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid también estas justificaciones: “Retiraos, *proteth persomphôm choys*, vosotros arcontes del primer eón, porque os llamo, *Êaza zêôzaz zôzeôz*”. Cuando los arcontes del primer eón oigan estos nombres sentirán pavor, se retirarán y huirán a poniente, hacia la izquierda y vosotros ascenderéis. Cuando alcancéis el segundo eón, *Choyneôch* aparecerá frente a vosotros. Sellaos con este sello: “Este es su nombre”, que debéis decir una sola vez, “*Thôzôaz*”. Retened esta cifra en vuestras dos manos **P. 128**. Cuando hayáis concluido de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid asimismo estas justificaciones: “Retírate, *Choyneôch*, oh arconte del segundo eón, porque os llamo, *Êzaôz zôêza zôozaz*”. Igualmente los arcontes del segundo eón se retirarán y huirán a poniente, hacia la izquierda, y vosotros ascenderéis. Cuando alcancéis el tercer eón, aparecerán delante de vosotros Yaldabaot y *Choychô*. Sellaos con este sello: “Este es su nombre, *zôzeaz*”, decidlo una sola vez. Retened esta cifra en vuestras manos. Cuando hayáis concluido de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid también estas justificaciones: “Retiraos, Yaldabaot y *Choychôchôzôz*”. Igualmente los arcontes del tercer eón se retirarán y huirán a poniente, hacia la izquierda, y vosotros ascenderéis. Cuando alcancéis el cuarto eón, aparecerán delante de vosotros Samaelo y *C hôchôchoyla*. Sellaos con este sello: “Este es su nombre, *Azôzêô*”, decidlo una sola vez. Retened esta cifra en vuestras manos. Cuando hayáis terminado de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid también estas justificaciones: “Retiraos, **P. 129** Samaelo y C

hôchôchoyla, vosotros arcontes del cuarto eón, porque os llamo, *Zôzêza chôzôzazza zazêzô*". Cuando hayáis terminado de decir estas justificaciones, los arcontes del cuarto eón se retirarán al poniente hacia la izquierda. Vosotros, sin embargo, ascenderéis. Cuando alcancéis el quinto eón os enfrentarán *Ialthô* junto con *Aiôka* y *Psôal*. Sellaos con este sello: "Este es su nombre, *Azêôza*". Decidlo una vez solamente. Retened en vuestras manos esta cifra. Cuando hayáis concluido de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid también estas justificaciones: "Retiraos, *Ialthô aiôch aisôal*, porque os llamo *Zômaêôzêgôaz zôôôzê*". Cuando hayáis terminado de decir estas justificaciones, los arcontes del quinto eón se retirarán y huirán a poniente, hacia la izquierda. Vosotros, sin embargo, ascenderéis. Cuando alcancéis el sexto eón, que se denomina "el pequeño Medio" —puesto que pertenece a los seis que han creído, y los arcontes de estos lugares tienen una bondad pequeña en su interior, pues los arcontes de estos lugares han creído—, se os enfrentarán *Zôzaôch chôzôazaô ôbaôth*, los arcontes del pequeño Medio, pensando que acaso **P. 130** vosotros no habéis recibido los misterios. Decid el misterio y sellaos con este sello, que es así: "Este es su nombre", decidlo una sola vez, "*Zachôôômazoz*". Retened esta cifra en vuestras manos. Cuando hayáis concluido de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid también estas justificaciones: "Retiraos, *Zôzaôcha chôzôazaô ôbaôth*, vosotros arcontes del pequeño Medio, porque hemos recibido el misterio de los doce eones y sus justificaciones, por esto os llamamos *zôzaêza chôzaez achôzôzêz*."

»Tan pronto también como digáis estos nombres, los arcontes se retirarán y os abrirán camino y no tratarán de apresaros, pues os habían enfrentado pensando que quizá no habíais recibido los misterios. Pero ellos también se

regocijarán con vosotros con gran júbilo, porque habéis recibido los misterios mientras todavía estabais en el cuerpo. Además, os tendrán celos porque los habéis aventajado. Y, una vez más, ascenderéis. Cuando alcancéis el séptimo eón, aparecerán frente a vosotros *Chôzôazachô iazô*. Sellaos con este sello: “Este es su nombre”, decidlo una vez solamente, “*Chôzôphrazaz*”. Retened esta cifra en vuestras **P. 131** manos. Cuando hayáis terminado de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid también estas justificaciones: “Retiraos, *Chôzôazachô iazô*, porque os llamamos *Zôêzô zachôzô zêazô*”. Igualmente, los arcontes del séptimo eón se retirarán y vosotros podréis ascender. Pero cuando alcancéis el octavo eón, aparecerán delante de vosotros aquellos arcontes que son *Iaô asachô aôeiô*. Sellaos con este sello: “Este es su nombre *Zôxaôz*”, decidlo una sola vez. Retened esta cifra en vuestras dos manos. Cuando hayáis terminado de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una vez sola, decid asimismo estas justificaciones: “Retiraos, *iaôs nachôi aôeiô*, porque os llamamos *zaaazôz zêiô*”. También los arcontes del octavo eón se retirarán y vosotros ascenderéis.

»Cuando alcancéis el noveno eón, os enfrentarán los arcontes del noveno eón, *Bôzêôth ôzai êxanatha*. Sellaos con este sello: “Este es su nombre, *Zôphrakas*”. Decidlo una sola vez. Poned esta cifra en vuestras manos. Cuando hayáis concluido **P. 132** de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid también estas justificaciones: “Retiraos, *Bôzêôth ôzai êxanatha*, porque os llamamos *Zôê zôza êêzêzôz chôzêz*”. Asimismo, los arcontes del noveno eón se retirarán y vosotros ascenderéis. Y cuando alcancéis el décimo eón, os enfrentarán *Ôbathôi oôsaôth thôiaz*, los arcontes de este eón. Sellaos con este sello, que es así: “Este es su nombre *thôzaôz*”. Decidlo una sola vez. Poned esta cifra en

vuestras manos. Cuando hayáis terminado de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez y os hayáis sellado una sola vez, decid también estas justificaciones: “Retiraos, *Ôebthôi iôsaôth thôiaz*, porque os llamamos *Dêôzazi ôôôzôaz chôzôaz*”. Igualmente, los arcontes del décimo eón se retirarán y vosotros ascenderéis. Cuando alcancéis el eón undécimo, os enfrentarán *Ageôpe zôteôz zêseôn*, los arcontes de este eón. Sellaos con este sello: “Este es su nombre *zôxazê*”. Decidlo una sola vez. Retened esta cifra en vuestras manos. Pero cuando hayáis concluido de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid asimismo estas justificaciones: “Retiraos, *genêzô aytozôch piatenzachô*, porque **P. 133** os llamamos *nêôazaê zaêzôz chôzamaô*. Otra vez igual los arcontes del eón décimo primero se retirarán y vosotros ascenderéis.

»Y cuando alcancéis el eón duodécimo, está en este lugar el Dios invisible con Barbeló y el Dios inengendrado. El Dios invisible es un lugar único en el eón decimosegundo. Los velos están echados delante de él. Porque en este eón hay muchos otros dioses que en el Tesoro de la Luz se llaman arcontes. Son estos los grandes arcontes que gobiernan sobre todos los eones. Ellos son los que sirven al Dios invisible junto con Barbeló y el Inengendrado. Asimismo, os enfrentarán los arcontes de este eón. Estos son sus nombres, *Charbyôthô arzôza zazaxaôth*. Sellaos con este sello: “Este es su nombre, *zxrka...a*”. Decidlo una sola vez. Retened esta cifra en vuestras manos. Y cuando hayáis concluido de sellaros con vuestro sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid asimismo estas justificaciones: “Retiraos, *Zamêôai eôniza barbôêy*, porque os llamamos *Zêêzô zaôz chôzôaz achazôz*”. De igual modo, los doce eones del Dios invisible se retirarán porque habéis dicho las doce justificaciones **P. 134** de los doce eones. Igualmente ascenderéis. Cuando alcancéis el

decimotercer eón, el gran Dios invisible está allí con el Gran espíritu virginal y las veinticuatro emisiones del Dios invisible que están en este lugar. Y las veinticuatro emisiones del Dios invisible se os antepondrán queriendo apresaros, porque habéis recibido los misterios. Son estos los nombres imperecederos de las veinticuatro emisiones que se os anteponen: la primera es *Autogethô*, la segunda es *Autochôa*, la tercera es *Agenezô*, la cuarta es *Aêaa*, la quinta es *Ôsô*, la sexta es *Ieô*, la séptima es *Ôia*, la octava es *Saôebô*, la novena es *Ôathô*, la décima es *Sasôthôes*, la decimoprimera es *Althôzô*, la decimosegunda es *Iôabôê*, la decimotercera es *Thaisabô*, la decimocuarta es *Naôî*, la decimoquinta es *Iaôsae*, la decimosexta es *Aisôra*, la decimoséptima es *Iaaeôs*, la decimooctava es ...*aô*, la decimonovena es *Ehab*, la vigésima es *Bahaô*, la vigésimo primera es *Alaeba*, la vigésimo segunda es *Cha...*, la vigésimo tercera es *Arira...* y la vigésimo cuarta es *Al..b...*

»Son estos los nombres de las veinticuatro emisiones del Dios invisible que he dicho. Se os pondrán por delante con intención de apresaros, porque os tienen celos a causa de los misterios que habéis recibido. Decid estas justificaciones: “Retiraos vosotras, las veinticuatro emisiones del Dios invisible”. Decid los nombres de las veinticuatro y sellaos con este sello: **P. 135** “Este es su nombre, *Zaxapharas*”. Decidlo una sola vez y poned esta cifra en vuestras manos. Cuando hayáis concluido de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid también estas justificaciones: “Os llamamos, *Sazaza aiôôzaêzê zôzômaza thrôzôez achôzêô zôê zaê ôôô ôôô ôôô ôôô êêê êêê êêê êêê eee zaêzôaz zêôzôe zêzê zêôz zôizê chôzôezô zêezô*”. Cuando hayáis terminado de llamar estos nombres del Tesoro de la Luz, decid asimismo: “Retiraos vosotras, las veinticuatro emisiones del Dios invisible, cuyos nombres hemos dicho desde el origen”.

»Tan pronto como los nombres del Tesoro de la Luz y su justificación hayan sido dichas, se retirarán y vosotros ascenderéis. Pero cuando alcancéis el eón decimocuarto, allí está el segundo gran Dios invisible. Y el gran Dios es allí el que es llamado en el eón decimocuarto, el gran Dios servidor. Él es asimismo una potencia de estos tres arcontes de la Luz, que están dentro de todos los eones, o sea, los tres dioses que están fuera del Tesoro de la Luz. Porque hay una muchedumbre de potencias en este eón. Pero no son tan numerosos como los que están en los eones fuera de ellos. Estas potencias se os antepondrán **P. 136** queriendo atraparos, porque os tienen celos por los misterios que habéis recibido, para reteneros y que llevéis a cabo mis misterios en sus lugares, de modo que también ellos reciban poderes de las potencias del Tesoro de la Luz. Pero yo os digo que os selléis con este sello: “Este es su nombre, *Zôezôzêiazach*”, decidlo una sola vez. Y poned esta cifra en vuestras manos. Decid de nuevo igualmente: “Retiraos todos vosotros que sois potencias del segundo Dios invisible, porque os llamamos *Zôôzêaz achôêzô zêêê zôazêz*”. Y las potencias de este eón se retirarán y vosotros ascenderéis.

»Y cuando alcancéis el lugar de estos tres arcontes que están en el interior de todos estos invisibles, o sea, los dioses de triple potencia que están fuera del Tesoro de la Luz, es decir, los arcontes de la Luz —porque aquellos tres arcontes están dentro de todos los eones, y los que están fuera de todos los Tesoros son superiores a todos los dioses que están en todos los eones—, y cuando alcancéis este lugar, ellos os verán y que habéis recibido estos misterios. También ellos han recibido los misterios del Tesoro de la Luz, porque cuando la primera potencia apareció, fueron estos los primeros que permanecieron en ella y les fue anunciada cuando descendieron al Reino de la Luz. Ella también les dio estos

misterios que yo os he dado. Sin embargo, no han visto el misterio del perdón de los pecados. Por este motivo todavía no han sido admitidos en el Tesoro de la Luz, puesto que aún no han recibido el misterio del perdón de los pecados. Por esto os digo: **P. 137** cuando llegue a enrollar a todos los eones, daré el misterio del perdón de los pecados a aquellos tres arcontes de la luz que son los últimos de todos los eones, porque han creído en el misterio del reino de la Luz.

»Y cuando alcancéis este lugar os verán y que habéis recibido todos estos misterios hasta el misterio del perdón de los pecados. Os aferrarán en este lugar, porque no han recibido todavía el misterio del perdón de los pecados, para que llevéis a cabo con ellos estos misterios que habéis recibido. A causa de esto, os digo ahora que no os es posible ir a su interior, hasta que hayáis recibido primero el misterio del perdón de los pecados. No tengáis miedo ahora de que os haya dicho que no os es posible ir al Tesoro de la Luz hasta que hayáis recibido el misterio del perdón de los pecados. Ellos os retendrán en el lugar de los tres arcontes de la luz. Sobre este os digo ahora que no hay lugar de castigo para corregir en estos lugares, porque los de este lugar han recibido los misterios, ni tampoco ellos los pueden castigar en estos lugares. Sin embargo, os tendrán aferrados en estos lugares hasta que recibáis el misterio del perdón de los pecados. Sellaos con este sello: “Este es su nombre, *Zôêzôêzaiô*”, decidlo una sola vez. Y retened esta cifra en vuestras manos. Cuando hayáis concluido de sellaros con este sello y hayáis dicho su nombre una sola vez, decid también estas justificaciones: “Retiraos **P. 138** vosotros, *Zôêazechôêzôê ôêzêaz eiôzêaô zazêô zazêôzô*”. Cuando hayáis terminado de invocar estos nombres, los recibidores de estos lugares os conocerán y os recibirán porque vosotros...».

(Faltan las líneas últimas).

8. Pistis Sofía

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Entre mitad y finales del siglo III, con motivos gnósticos quizá anteriores.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto de la primera mitad del siglo IV. *Codex Askewianus* conservado en el British Museum de Londres.

Pistis Sofía está contenida en el Codex Askewianus, denominado así por su comprador, un médico y coleccionista de manuscritos londinense, Antonino Askew, quien probablemente adquirió el original en 1750 de un librero en Londres. A su muerte, el códice fue comprado por el British Museum. La edición crítica del texto que se mantiene como modelo es la de C. Schmidt, publicada en 1905, varias veces revisada por él mismo y finalmente en el año 1978 por Violet MacDermot, que es la que base la presente traducción española.

El manuscrito es una traducción del griego al dialecto sahídico del copto. El texto copto data de la segunda mitad del siglo IV y el original griego se redactó probablemente un siglo antes, entre la mitad y el fin del siglo III. El título original debió de ser Los (cuatro) rollos o libros del Salvador sobre la Fe

Sabiduría. *La obra se compone de dos partes diferenciadas. La primera, que consta de la totalidad de los libros I y II, más la primera parte del III es de fecha más temprana que el Libro IV y la segunda parte del III (quizá desde la página 320). Pero los especialistas opinan que los motivos esotéricos de estas últimas secciones son en sí más arcaicos.*

El escrito en su totalidad es un diálogo entre Jesús Resucitado y diversos discípulos: María Magdalena, María, la madre de Jesús, más Juan, Tomás, Andrés, Felipe, Mateo, Pedro, fundamentalmente. También se menciona a Simón el Cananeo, Salomé y Marta. El tema central de la obra en su conjunto gira sobre la doctrina e interpretación que el Salvador facilita sobre el sentido de la actividad de la Fe Sabiduría en su función colaboradora al servicio de la obra salvífica en el nivel de intermediación psíquico-espiritual, en diversos momentos de su aparición en el relato gnóstico, a lo que se agrega la posterior descripción de los ritos que celebra el Salvador.

La primera parte trata sobre la actividad de Sabiduría caída y su arrepentimiento en forma paralela a como se conoce por la enseñanza valentiniana, advirtiéndose cómo en el plano de la fe ya los Salmos de David y Salomón y cinco de las Odas de Salomón anticipaban la profundidad de esta comprensión gnóstica, tanto en relación con el origen del mal como con sus consecuencias de cautiverio para las almas particulares.

La segunda parte de la obra avanza otro grado en la doctrina, pues describe la liberación de Sabiduría como el comienzo ejemplar de la liberación de los espíritus. La tercera parte retoma el sentido de la primera descripción en torno a Pistis Sofía, pero ahora aplicado a los creyentes pneumáticos en esclavitud a causa de la falta primordial de Sofía, pero rescatados a partir de su conversión. Este sentido se va

precisando por medio del diálogo que está encerrado en varias palabras transmitidas del Señor.

La segunda parte del libro III y el IV libro van introduciendo progresivamente al lector en lo más cumplido del Pleroma o el reino de los eones celestiales mediante las referencias al sentido oculto de las formulaciones de los nombres secretos y de los ritos inefables. Se completa así el mensaje esotérico del Revelador concretado en su obra liberadora de redención: descenso, ascenso y donación del conocimiento de lo verdaderamente real, momentos que se hacen efectivos por el cumplimiento de los ritos intramundanos de iniciación inseparables de los misterios de la Luz e imprescindibles para el logro de la liberación.

Dada la gran extensión de esta obra, debemos hacer aquí la única excepción en este volumen: ofrecemos solo una selección de la obra. Para la traducción completa de este texto, con una introducción extensa, notas y la correspondiente bibliografía, el lector debe recurrir a F. García Bazán, La gnosis eterna. Antología de textos gnósticos griegos, latinos y coptos II. Pístis Sofía/Fe Sabiduría, Trotta, Madrid, 2007.

LIBRO I

Resumen de la enseñanza de Jesús resucitado

P. 1 Sucedió que después que Jesús se hubo levantado de la muerte pasó once años en conversación con sus discípulos y les dio enseñanza solamente sobre los lugares del primer orden y sobre los lugares del Primer Misterio que reside dentro del velo que está en el interior de la primera disposición, que es el vigésimo cuarto misterio externo y de abajo, sobre los que están en la segunda región del Primer Misterio que es anterior a todos los misterios, el Padre bajo la apariencia de paloma (Mt 3, 16).

Y Jesús dijo a sus discípulos: «He venido desde el Primer

Misterio que es el postrero, o sea, el vigésimo cuarto».

Los discípulos, puesto que no conocían, entendieron que en el interior del misterio no había nada. En cambio pensaron que este misterio era la cabeza del Todo y la cabeza de todo lo que existe. **P. 2** Y pensaron que este era la plenitud de todas las plenitudes, pues Jesús les había dicho (nada) sobre este misterio, que rodeaba a la primera disposición, a las cinco marcas, a la gran Luz, a los cinco auxiliadores y a todo el Tesoro luminoso.

Y tampoco Jesús había hablado a sus discípulos de la extensión total de todos los lugares del gran Invisible, de las tres triples potencias, de los veinticuatro invisibles y de todos sus lugares y eones y de cómo se extienden todos sus órdenes, que son las emisiones del gran Invisible, sus inengendrados, sus autoengendrados, sus engendrados, sus luminarias, sus separados de pareja, sus arcontes, sus autoridades, sus señores, sus arcángeles, sus ángeles, sus decanos, sus ministros, todas las casas de sus esferas y todos los órdenes de cada uno de ellos. Tampoco Jesús había hablado a sus discípulos de la extensión total de las emisiones del Tesoro, ni de la extensión de sus órdenes, ni les había hablado de sus salvadores, según el orden de cada uno y de qué modo son ellos. Tampoco **P. 3** les había hablado de cuáles el vigilante que está sobre cada una de las (puertas) del Tesoro luminoso. Tampoco les había hablado sobre el lugar del gemelo salvador, que es el niño del niño. Tampoco les había hablado del lugar de los tres amén, en cuyos lugares ellos se expanden, y tampoco les había hablado de en qué lugares se esparcen los cinco árboles, ni de los otros siete amén, es decir, las siete voces, cuál es su lugar y cómo se extienden. Jesús tampoco les había dicho a sus discípulos de qué figura son los cinco auxiliadores o dentro de qué lugares se producen. Tampoco les había dicho de qué modo se difunden las grandes luces o

dentro de qué lugares se producen. Tampoco les había hablado de las cinco marcas, ni sobre la primera disposición y dentro de qué lugares se producen.

En cambio, les había hablado solo en general, enseñándoles que existían. Pero no les había dicho cuál fuera su extensión y el rango de sus lugares de acuerdo con el modo de su existencia. Por este motivo, tampoco sabían que existían otros lugares dentro de este misterio. Tampoco le había dicho a sus discípulos: «He venido de tales lugares hasta que he entrado en este misterio y hasta que he salido de él». No obstante, les había P. 4 dicho cuando les enseñó: «He venido desde este misterio». Por este motivo enseñaron ahora de este misterio que era la plenitud de las plenitudes, que era la cabeza del Todo y que era el Pleroma total, puesto que Jesús había dicho a sus discípulos: «Este misterio rodea a las Totalidades; de él os he hablado a todos vosotros desde el día en que os encontré hasta hoy». Por esto los discípulos pensaban ahora que nada existía dentro de tal misterio.

La potencia luminosa desciende sobre Jesús en el monte de los Olivos

Sucedió que estando sentados los discípulos juntos en el monte de los Olivos y hablando en estos términos con regocijo y con una gran alegría y estando muy satisfechos, se decían unos a otros: «Somos bienaventurados más allá de todos los hombres que habitan la tierra, porque el Salvador nos ha revelado estas cosas y hemos recibido el Pleroma y la plenitud total».

Mientras se decían estas cosas, Jesús permanecía sentado a corta distancia de ellos. Sucedió, pues, en el decimoquinto día de la luna en el mes de tobe, que es el primer día de luna llena y en el momento de ese día en el que el sol había elevado su curso, que se puso de relieve después de él una gran potencia

de luz, produciendo una grandísima luz sin que hubiera medida alguna para la luz que la acompañaba, porque provino de la Luz **P. 5** de las luces y del misterio último, que es el vigésimo cuarto misterio desde dentro en relación con los de fuera, que son los que están en los órdenes de la segunda región del Primer Misterio.

Este poder luminoso descendió sobre Jesús y lo rodeó completamente cuando estaba sentado a distancia de sus discípulos, y le dio luz por demás, careciéndose de medida para la luz que había en él, y los discípulos no vieron a Jesús a causa de la gran luz en la que estaba o que le era propia, ya que los ojos de ellos estaban oscurecidos a causa de la gran luz en la que estaba. Ellos solo vieron la luz despidiendo múltiples rayos luminosos. Y los rayos de luz no eran iguales entre sí. Y la luz era de diversas apariencias y era de diferentes figuras desde abajo hacia lo alto, de modo que un (rayo) era a menudo de mayor excelencia que otro en una gran gloria de luz para la que no existía medida. Ella iba desde lo inferior de la tierra hasta el cielo. Y cuando los discípulos vieron esta luz cayeron en un gran pavor y en gran agitación.

Ascensión de Jesús

Pues bien, sucedió ahora que cuando la potencia luminosa hubo descendido sobre Jesús, gradualmente lo rodeó por completo. Entonces **P. 6** Jesús se levantó o bien ascendió hacia la altura, despidiendo luz desbordante, con (una) luz para la que no había medida. Y los discípulos lo miraron y ninguno de ellos dijo palabra alguna hasta que hubo alcanzado el cielo. Todos, sin embargo, mantuvieron un gran silencio. Estas cosas, pues, tuvieron lugar el decimoquinto día de la luna, el primer día de luna llena en el mes de tobe. Sucedió entonces que cuando Jesús subió al cielo, después de tres horas todos los poderes de los cielos se inquietaron y

todos ellos se lanzaron unos contra otros; ellos y todos sus eones, todos sus lugares, todos sus órdenes y la totalidad de la tierra se agitó con todo lo que habita sobre ella. Y se agitaron todos los hombres en el mundo y asimismo los discípulos y todos ellos pensaron: «Quizá sea enrollado de nuevo el mundo». Y todos las potencias que están en los cielos no se detuvieron en su agitación, ellas y el mundo todo, y todos ellos se lanzaron entre sí unos contra otros a partir de la hora tercera del día decimoquinto de la luna en (el mes de) tobe hasta la hora novena del día siguiente. Y los ángeles todos y sus arcángeles y todos los poderes de la altura íntegra cantaron al más íntimo de lo íntimo, de modo que el mundo entero oyera sus voces y no hiciesen pausa hasta la hora novena del día siguiente.

Descenso de Jesús

P. 7 Pero los discípulos permanecieron sentados juntos con temor y estaban profundamente inquietos. Se sobrecogieron, sin embargo, por el gran terremoto que ocurrió, y se lamentaron conjuntamente, diciendo: «¿Qué ha de suceder ahora? Quizá el Salvador destruya todos los lugares».

Cuando decían estas cosas y se lamentaban entre sí con lágrimas, a la hora novena del día siguiente se abrieron los cielos y vieron a Jesús que descendía, despidiendo una luz desbordante, y que no existía medida para la luz en la que estaba. Porque da (ahora) más luz que en la hora en que ascendió al cielo, de modo que los hombres que habitan en el mundo no podían hablar de la luz que había en él, y ella despidió muchísimos rayos luminosos y no existía medida para sus rayos. Y su luz no era igual en su totalidad, sino que era de diversas apariencias y era de diferentes figuras, de modo que unas eran a menudo superiores a otras, y la luz total en su conjunto poseía tres formas y una era

frecuentemente superior a la otra; la segunda que estaba en el medio era superior a la primera que estaba abajo, y la tercera que estaba encima de todas ellas era superior a la segunda que estaba debajo. Y el primer rayo que estaba debajo de todas ellas era similar a la luz que había descendido sobre Jesús antes de que ascendiera a los cielos y era enteramente igual a ella por su luz. Y las tres formas luminosas eran de diferentes apariencias de luz y eran **P. 8** de diferentes figuras. Y unas eran a menudo superiores a otras.

Sucedió que cuando los discípulos vieron estas cosas estaban muy atemorizados y perturbados. Así pues, Jesús, el compasivo y misericordioso, cuando vio que sus discípulos estaban tan perturbados, les habló diciéndoles: «¡Ánimo!, que soy yo, no tengáis miedo» (Mt 14, 27).

Ocurrió, pues, que cuando los discípulos oyeron estas palabras, dijeron: «Señor, si eres tú, desplaza de ti tu gloria luminosa para que podamos estar de pie, de otro modo nuestros ojos se enneguecen y nos perturbamos, e incluso el mundo entero se agita a causa de la gran luz que te pertenece».

Entonces Jesús se despojó de la gloria de su luz. Y una vez que esto hubo tenido lugar, todos los discípulos se animaron, se aproximaron a Jesús, se inclinaron todos ante él al mismo tiempo y lo adoraron, llenándose de enorme alegría.

Le dijeron: «Rabí, ¿de dónde has venido o cuál ha sido el servicio para el que has venido, o por qué motivo ha habido todas estas conmociones y todos estos remezones que han tenido lugar?».

Entonces Jesús, el compasivo, les dijo: «Alegraos y sed felices (Mt 5, 12) desde ahora, porque he estado en los lugares de donde he venido. Desde hoy en adelante ya os hablaré abiertamente desde el principio **P. 9** de la verdad hasta su

cumplimiento. Y os hablaré cara a cara, sin parábola (Jn 16, 25). Y no os ocultaré desde ahora en adelante ninguna cosa de la altura y del lugar de la verdad. Porque me ha sido dada facultad (Mt 28, 18) a través del Indecible y a través del Primer Misterio de todos los misterios, para que os hable desde el principio hasta el Pleroma, desde dentro hacia lo de fuera y de fuera hacia lo de dentro. Oídmme, pues, para que os diga todo esto. Sucedió que cuando estaba sentado a poca distancia de vosotros en el monte de los Olivos, pensaba sobre el rango del servicio para el que había sido enviado, puesto que debía completarse y puesto que mi vestido todavía no me había sido enviado por el Primer Misterio, que es el misterio vigésimo cuarto desde dentro hacia fuera. Los veinticuatro misterios están en la segunda región del Primer Misterio en el orden de esta región. Ocurrió ahora cuando supe que el orden del servicio para el que había sido enviado estaba completo, y que a causa de este misterio aún no me había sido enviado el vestido, que dejé en su interior hasta que el tiempo se completara. En tanto que pensaba estas cosas, estaba sentado en el monte de los Olivos a poca distancia de vosotros [...].

Interpretación de María Magdalena en referencia a Isaías 19, 3 y 12

Una vez que hubo dicho estas cosas a sus discípulos, les dijo: «El que tenga oídos para oír, que oiga» (Mc 4, 9).

Sucedió entonces que una vez que María oyó estas palabras cuando el Salvador se las decía, miró admirada durante una hora al aire y le dijo: «Señor mío, mándame que hable abiertamente».

Jesús, el misericordioso, respondió y dijo a María: «María, eres bienaventurada, te completaré en todos los misterios, habla abiertamente, eres la que tienes más orientado el corazón hacia el Reino de los Cielos entre todos tus

hermanos».

Entonces María dijo al Salvador: «Señor mío, las palabras que nos has dicho: “El que tenga oídos para oír, que oiga”, las has dicho así para que podamos entender lo que nos has dicho. Mi Señor, óyeme, **P. 27** porque hablaré abiertamente. Las palabras que has dicho: “Tomaré un tercio del poder de los arcontes de todos los eones, y he dado la vuelta a su Fatalidad y a la esfera sobre la que gobiernan, para que cuando la generación de la humanidad los invoque en sus misterios —los que los ángeles transgresores les enseñaron para el cumplimiento de sus acciones malvadas e injustas en el misterio de sus técnicas mágicas—, desde ese momento no puedan completar sus actos injustos, porque les has quitado su poder, el de sus astrólogos, el de sus adivinos y el de todos los que vaticinan a los hombres que están en el mundo todas las cosas que sucederán, para que desde ahora no entiendan nada de lo que sucederá para poder decirlo. Porque tú has dado la vuelta a su esfera, los has hecho completar seis meses vueltos hacia la izquierda, completando sus (periodos de) influencia, y seis meses mirando hacia la derecha, completando sus (periodos de) influencia”. Ahora bien, en cuanto a este discurso, Señor mío, la potencia interior al profeta Isaías ha hablado de este modo y lo ha referido una vez en una parábola espiritual hablando sobre la visión de Egipto: “¿En dónde están entonces, Egipto, en dónde están tus adivinos, tus astrólogos y cuantos invocan desde la tierra y cuantos invocan desde sus entrañas? Déjalos ahora que te digan, desde **P. 28** ahora, las cosas que el Señor Sabaot hará” (Is 19, 3-12). Ahora bien, antes de que tú hayas venido, la potencia que estaba dentro de Isaías, el profeta, profetizó sobre ti que despojarías del poder a los arcontes de los eones, de su esfera y de su Fatalidad, para que desde ahora no sepan nada. Referente a esto también se ha dicho: “No sabréis lo que

el Señor Sabaot hará” (Is 10, 12). Es decir, ninguno de los arcontes sabrá qué harás a partir de ahora. Ellos son (los de) Egipto, porque son materia. La potencia que estaba dentro de Isaías profetizó una vez sobre esto diciendo: “No sabréis desde ahora lo que el Señor Sabaot hará”. Sobre el poder luminoso del que has despojado a Sabaot, el Bueno, que está en el lugar de la derecha y que al presente está en el cuerpo material, sobre este, pues, nos has dicho, Señor mío, Jesús: “El que tenga oídos para oír, que oiga” (Mc 4, 9), para que conozcas el corazón de quien se dirige hacia el Reino Celestial [...].

Intervención de Felipe

Sucedió que una vez que Jesús hubo concluido de decir estas palabras, Felipe, que estaba sentado, escribía cada palabra que Jesús decía. Ahora bien, después que esto ocurriera, Felipe se adelantó, se prosternó a los pies de Jesús y lo adoró, diciéndole: «Señor mío, Salvador, dame facultad para que hable en tu presencia y para que te interrogué sobre este discurso antes de que nos hables de los lugares a los que irás a causa de tu servicio».

El Salvador, compasivo, respondió y dijo a Felipe: «Te doy autoridad para que des las palabras a quien las quieras dar».

Felipe respondió y dijo a Jesús: «Señor mío, ¿a causa de qué misterio has dado la vuelta a la prisión de los arcontes, sus eones, su Fatalidad, su esfera y todos sus lugares, y con confusión los has hecho confundirse en sus caminos y desviarse de su carrera?, ¿has hecho esto con motivo de la salvación del mundo o no?».

Jesús, por su parte, respondió y dijo a Felipe y a todos los discípulos en conjunto: «He dado vuelta a sus caminos para la salvación de todas las almas. Amén, amén, os digo: Si no le hubiera dado la vuelta a sus caminos, habrían sido

aniquiladas **P. 33** una multitud de almas. Y habrían cumplido un largo periodo temporal, si los arcontes de los eones, los arcontes de la Fatalidad y la esfera y todos sus lugares y todos sus cielos no se hubieran disuelto junto con sus eones todos. Y las almas habrían cumplido un gran (periodo de) tiempo fuera. Y habría habido una postergación en el cumplimiento del número de las almas perfectas, que serán contadas en la herencia de la altura, por medio de los misterios y estarán en el Tesoro de la Luz. A causa de esto le he dado la vuelta a sus caminos para que se confundan y agiten y abandonen la potencia que está en la materia del mundo de ellos, a la que dan forma de almas, de modo que las que serán salvadas con toda la potencia son rápidamente purificadas y ascienden y las que no lo serán son rápidamente disueltas [...].

LIBRO II

Interpretación de Juan en referencia al Salmo 84

P. 127 Igualmente se adelantó Juan y dijo: «Oh Señor, mándame que también exprese la interpretación de las palabras que una vez tu potencia luminosa profetizó a través de David».

Jesús respondió y dijo a Juan: «A ti también, Juan, te mando que expreses la interpretación de las palabras que mi potencia luminosa profetizó por medio de David: “Misericordia y Verdad se han encontrado, y Justicia y Paz se han besado con ternura. La Verdad ha brotado de la tierra y la Justicia se ha inclinado para mirar desde el cielo”» (Salmo 84, 10-11).

Juan respondió y dijo: «Esta es la palabra que una vez tú nos has dicho: “He venido de lo alto y he entrado en Sabaot el Bueno, he besado a la potencia (que hay) en mi interior”. Así pues, en el presente: “Misericordia y Verdad se han encontrado” (Sal 84, 11-12). Tú eres la Misericordia que ha

sido enviada desde los lugares de la altura por tu Padre, el Misterio Primero, que mira adentro. Te envió para que tuvieras compasión del mundo entero. La Verdad, además, es la potencia **P. 128** de Sabaot el Bueno, que se liga a ti y que hiciste soltar a la izquierda, tú, el Misterio Primero que se inclina a mirar. Y el Pequeño Sabaot el Bueno la recibió, la soltó en la materia de Barbeló y anunció el mensaje sobre el lugar verdadero de la verdad en todos los lugares de los de la izquierda. Ahora bien, es esta materia de Barbeló la que hoy es para ti un cuerpo. “Y la Justicia y la Paz se han besado con ternura”. La Justicia eres tú, que hiciste traer todos los misterios por medio de tu Padre, el Misterio Primero que mira dentro, y que hiciste bautizar a la potencia de Sabaot el Bueno. Y viniste al lugar de los arcontes, y les diste los misterios de la altura y fueron justos y buenos. La Paz, en cambio, es la potencia de Sabaot. Es decir, tu alma que entró en la materia de la Barbeló. Y todos los arcontes de los seis eones de Yabraot se han pacificado con el misterio de la luz. Y “la Verdad que ha brotado de la tierra” (Sal 84, 11) es la potencia de Sabaot el Bueno que proviene del lugar de la derecha, que está fuera del Tesoro de la Luz, y que fue hacia el lugar de los de la izquierda. Entró en la materia de la Barbeló y les anunció el mensaje de los misterios del lugar de la Verdad. La Justicia, por otra parte, que se inclinó a mirar desde **P. 129** el cielo, eres tú, el Misterio Primero que ha venido desde las regiones de la altura con los misterios del Reino de la Luz. Y bajaste sobre el vestido de luz que recibiste de la mano de la Barbeló y descendiste sobre aquel que es Jesús nuestro Salvador, como una paloma».

Enseñanza del misterio primero: otra explicación de la liberación de Pistis Sofía

Sucedió que una vez que Juan concluyó sus palabras, el Misterio Primero que se inclina a mirar, le dijo: «Óptimo,

Juan, eres un hermano querido».

El Misterio Primero prosiguió diciendo: «Así pues, sucedió que la potencia que provino de lo alto, o sea, yo mismo, a la que mi Padre envió para liberar a la Fe Sabiduría del caos, pues bien, yo con la otra potencia que provino de mí y el alma que he recibido de Sabaot el Bueno, ellos avanzaron de acuerdo, hicieron una emanación luminosa que era sumamente brillante. Convoqué a Gabriel y a Miguel para que bajaran desde los eones, por orden de mi Padre, el Misterio Primero, que mira dentro y les di la emanación luminosa. Los induje a descender hacia el caos para ayudar a la Fe Sabiduría y apresar las potencias luminosas que las emisiones del Jactancioso habían tomado de ella y entregárselas a la Fe Sabiduría. Y en el momento en que bajaba **P. 130** la emanación luminosa al Caos, dio luz en exceso al Caos entero y se esparció por todos sus lugares. Y cuando las emisiones del Jactancioso vieron la gran luz de aquella emanación, colectivamente se asustaron. Y la emanación extrajo de ellas todas las potencias luminosas que habían tomado de la Fe Sabiduría. Y las emisiones del Jactancioso no se arriesgaron a apresar a la emanación luminosa en la tiniebla del Caos. Pero tampoco fueron capaces de atraparla por la técnica del Jactancioso que tenía presas a las emisiones. Y Gabriel y Miguel llevaron la emanación luminosa sobre el cuerpo de materia de Fe Sabiduría. Y soltaron dentro de ella todas las luces propias que le habían sido sustraídas. Y recibió luz plena el cuerpo de su materia. Y asimismo recibieron luz todos las potencias interiores a ella, cuya luz les había sido arrebatada y dejaron de estar faltas de luz, porque la luz les había sido dada por mí. Y Miguel junto con Gabriel, que me sirvieron y llevaron la emanación de luz hacia el Caos, les darán los misterios de la Luz. A ellos es a quienes se ha confiado la emanación

luminosa, a los que **P. 131** se las di y los saqué del Caos. Y Miguel (junto con) Gabriel no conservarán para ellos nada de luz de las luces de Fe Sabiduría, que ellos recuperaron de las emisiones del Jactancioso.

»Pues bien, sucedió que cuando mi emanación de luz derramó en el interior de Fe Sabiduría todas sus potencias de luz, las que había recuperado de las emisiones del Jactancioso, se iluminó por completo. Y asimismo las potencias luminosas que estaban en la Fe Sabiduría y que las emisiones del Jactancioso no recuperaron, se regocijaron de nuevo y se llenaron de luz. Y las luces que se concentraron en el interior de Fe Sabiduría vivificaron al cuerpo de su materia que carecía de luz, que estaba enfermo próximo a su corrupción o estaba corrompiéndose, y ellas exaltaron todas sus potencias que, enfermas, estaban próximas a la disolución. Y recibieron potencia de luz para sí mismas, llegaron a ser como al principio y crecieron en la percepción de la luz. Y todas las potencias luminosas de la Sabiduría se reconocieron entre sí por mi emanación de luz. Y fueron liberadas por medio de la luz de esta emanación. Y mi emanación luminosa, una vez que adquirió las luces de las emisiones del Jactancioso, las que él había tomado de la Fe Sabiduría, las arrojó dentro de la Fe Sabiduría. Y se dio la vuelta y ascendió fuera del Caos» [...].

«Y os hablaré del misterio del Uno Solo, el Indecible, y de todas sus caracterizaciones, y de todas sus figuras, y de su administración total, ya que él provino del último miembro del Inefable, porque aquel misterio es el establecimiento de todos ellos. Y el misterio del Indecible **P. 228** es de nuevo una palabra que igualmente existe en la lengua del Indecible y es la administración de la liberación de todas las palabras que os he dicho. Y el que reciba la palabra única de aquel misterio, la que enseguida os diré junto con todas sus caracterizaciones y todas sus configuraciones y el modo de cumplimiento de su

misterio —porque vosotros sois completados en la perfección total y completaréis todo el conocimiento de aquel misterio y de toda su administración, porque a vosotros son confiados todos los misterios—. Atended, pues, ahora que os voy a decir aquel misterio, que es este: el que reciba la palabra única del misterio que os he dicho, cuando proceda desde el cuerpo material de los arcontes, los recibidores *erinaíoi* se presentan y lo liberan del cuerpo material de los arcontes —los recibidores *erinaíoi* son los que liberan a las almas que proceden del cuerpo—. Pues bien, cuando los recibidores *erinaíoi* liberen a las almas que han recibido este misterio único del Indecible, que ya os he dicho, en el momento en que la liberen del cuerpo material se tornará una gran emanación de luz en el medio de estos recibidores. **P. 229** Y los recibidores sentirán un gran temor ante la luz de aquella alma. Y los recibidores desfallecerán y caerán y desistirán por completo, a causa del temor a la gran luz que han visto. Y el alma que recibe el misterio del Indecible ascenderá a la altura, siendo una gran emanación luminosa. Y los recibidores no podrán apresarla y tampoco podrán conocer cuál es el camino por el que irá. Porque es un gran destello de luz y vuela hacia la altura y ninguna potencia la puede contener, ni en absoluto aproximarse a ella. En cambio, ella entra en todos los lugares de los arcontes y en todos los lugares de las emisiones de la luz, y no da ninguna respuesta en ningún lugar, ni ensaya ninguna defensa, ni da ninguna contraseña, ni tampoco ninguna potencia de los arcontes, ni ninguna potencia de las emisiones de la luz se puede aproximar a tal alma. Sin embargo, todos los lugares de los arcontes y todos los lugares de las emisiones de la luz —cada uno de ellos le canta loas en sus lugares, puesto que temen a la emanación luminosa que rodea a aquella alma, hasta que avanza a través de todos y va al lugar de la herencia del misterio que ha recibido—, o sea, el

misterio del Uno Solo, el Indecible, y se **P. 230** une dentro con sus miembros. En verdad os digo que estará en todos los lugares por el corto lapso en el que un hombre dispara una saeta [...].

María Magdalena y Juan, superiores al resto de los discípulos

Pero **P. 233** María Magdalena y Juan el Virgen serán superiores a todos mis discípulos. Y todos los hombres que reciban misterios del Indecible estarán a mi izquierda y mi derecha. Y yo soy ellos y ellos son iguales a mí. Y serán iguales a vosotros en todo, salvo en que vuestros tronos serán superiores a los suyos, y mi propio trono será superior a los vuestros. Y todo hombre que encuentre la palabra del Indecible, en verdad os lo digo: los hombres que conozcan aquella palabra conocerán el conocimiento de todas aquellas palabras que os he dicho, las de la profundidad y las de la altura, las de lo largo y las de lo ancho. En resumen, conocerán el conocimiento de todas las palabras que os he dicho y de las que todavía no os he dicho y que os diré según el lugar y según el orden en la dispensación del Todo. Y en verdad os digo: conocerán de qué modo el mundo es establecido, y conocerán dentro de qué caracterización todos los de la altura son establecidos, y conocerán por qué motivo el todo llegó a existir».

LIBRO III

Enseñanza de Jesús sobre la renuncia al mundo, la transmisión del mensaje y los medios para ir al Reino de la Luz

P. 256 Jesús siguió de nuevo con el discurso y dijo a sus discípulos: «Cuando haya ido a la luz, transmitid el mensaje a todo el mundo. Decidles: No dejéis de día ni de noche de buscar y no reparéis fuerzas hasta que encontréis los misterios del Reino de la Luz, que os puedan purificar, haceros luz

limpia y obtener el Reino de la Luz.

»Decidles: Apartaos del mundo entero y de toda la materia que hay en su interior y de sus preocupaciones todas y de todos sus pecados; en resumen, de todos sus usos ordinarios, de modo que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y poder salvaros de los castigos interiores a los juicios.

»Decidles: Renunciad con pesar, para que lleguéis a ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros del fuego del rostro de perro.

»Decidles: Alejaos de escuchar (la falsedad), (para que lleguéis a ser dignos de los misterios de la Luz) y salvaros de los juicios del de rostro de perro.

»Decidles: Apartaos del que enreda, de modo que podáis ser merecedores de los misterios de la Luz y salvaros de los castigos de Ariel.

»Decidles: Renunciad a la falsedad, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y ser salvados de los ríos de fuego **P. 257** del de rostro de perro.

»Decidles: Apartaos del falso testimonio, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y escapar y salvaros de los ríos de fuego del rostro de perro.

»Decidles: Renunciad al orgullo y vanagloria, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los fosos del fuego de Ariel.

»Decidles: Alejaos del amor al vientre, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los juicios del Amente^[726].

»Decidles: Apartaos de la locuacidad, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los fuegos del Amente.

»Decidles: Renunciad a los vicios, para que podáis ser

dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los castigos en el Amente.

»Decidles: Alejaos de la ambición, para que podáis ser merecedores de los misterios de la Luz y salvaros de los ríos de llama del rostro de perro.

»Decidles: Renunciad al amor por el mundo, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los vestidos de betún y fuego del rostro de perro.

»Decidles: Apartaos del robo, para que podáis ser merecedores de los misterios de la Luz y salvaros de los ríos de fuego de Ariel.

»Decidles: Renunciad al lenguaje nocivo, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los castigos de los ríos de llama.

»Decidles: Renunciad a la maldad, para que **P. 258** podáis ser merecedores de los misterios de la Luz y salvaros de los mares de fuego de Ariel.

»Decidles: Renunciad a la falta de compasión, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los juicios de los rostros de dragón.

»Decidles: Renunciad a la cólera, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los ríos de llama de los rostros de dragón.

»Decidles: Apartaos de la maldición, para que podáis ser merecedores de los misterios de la Luz y salvaros del fuego de los mares de los rostros de dragón.

»Decidles: Alejaos del hurto, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los mares hirvientes de los rostros de dragón.

»Decidles: Renunciad a la violencia, para que podáis ser merecedores de los misterios de la Luz y salvaros de

Yaldabaot.

»Decidles: Apartaos de la calumnia, para que podáis ser dignos de los misterios de la luz y salvaros de los ríos de fuego del rostro de león.

»Decidles: Renunciad a la guerra y a las riñas, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los ríos hirvientes de Yaldabaot.

»Decidles: Renunciad a la ignorancia, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los ministros de Yaldabaot y de los mares de fuego.

»Decidles: Alejaos del malhechor, para que lleguéis a ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los demonios todos de Yaldabaot y de todos sus castigos.

»Decidles **P. 259**: Renunciad al furor enloquecido, para que seáis dignos de los misterios de la Luz y salvaros de los mares hirvientes de betún de Yaldabaot.

»Decidles: Apartaos del adulterio, para que podáis ser dignos de los misterios del reino de la Luz y salvaros de los mares de azufre y betún del rostro de león.

»Decidles: Alejaos del asesino, para que podáis ser dignos de los misterios de la Luz y salvaros del arconte con rostro de cocodrilo que, en la escarcha, es el primer depósito de la tiniebla de afuera [...].».

Pero una vez que el Salvador dijo esto, Juan prosiguió. Dijo: «Señor mío, sopórtame que te pregunte y no te enojés conmigo, porque te pregunto todo con seguridad y firmeza, sobre el modo como anunciaremos el mensaje a los hombres del mundo».

El Salvador respondió y dijo a Juan: «Pregunta todo lo que debas preguntar y te lo revelaré más y más, abiertamente sin parábola, y también con seguridad».

Juan respondió y dijo: «Mi Señor, si vamos a anunciar el mensaje y entramos en una ciudad o una aldea y los hombres de esta ciudad vienen ante nosotros y no sabemos quiénes son y se manejan con gran astucia y mucho fingimiento y nos reciben y nos introducen en sus casas, **P. 273** queriendo ensayar los misterios del Reino de la Luz; y si son hipócritas con nosotros mostrándose sumisos y pensamos que aspiran a Dios y les damos los misterios del Reino de la Luz. Y si después de esto sabemos que no son dignos del misterio y sabemos que nos han fingido y que han sido astutos con nosotros y asimismo que han hecho difamación de los misterios en cualquier parte, al hacer la prueba con nosotros y nuestros misterios, ¿qué les sucederá a estos hombres?».

El Salvador respondió y dijo a Juan: «Cuando vayáis a una ciudad o aldea, si entráis en una casa y os reciben (Mt 10, 11-12), dadles un misterio. Si son dignos, conseguiréis sus almas y heredarán el Reino de la Luz. Pero si no son dignos, sino que actúan astutamente con vosotros y asimismo difaman los misterios, haciendo la prueba con vosotros y también con los misterios, entonces invocad al misterio primero del Primer Misterio, que es misericordioso con todos, y decidle: “Tú también, oh, Misterio, del que hemos hecho partícipes a estas almas impías e inicuas que no han hecho lo que es digno de tu misterio, sino que nos han difamado, devuélvenos el misterio y hazlos ajenos al misterio de tu reino para **P. 274** siempre”. Y sacudid el polvo de vuestros pies (Mt 10, 14 y par.) como un testigo para ellos, diciéndoles: “Sean vuestras almas como el polvo de vuestra casa”. Y en verdad os digo que en ese momento todos los misterios que les habéis dado retornarán a vosotros. Y serán privados de todas las palabras y de todos los misterios del lugar en la medida en que han recibido configuración. Sobre tales hombres os hablé en una oportunidad en una parábola,

al deciros: “Cuando entréis a una casa y os reciban, decidles: La paz sea con vosotros. Y si son dignos, vuestra paz llegue sobre ellos. Y si no son dignos, vuelva vuestra paz a vosotros” (Mt 10, 12-13). Es decir, si esos hombres hacen lo que es digno de los misterios y aspiran a Dios verdaderamente, dadles los misterios del Reino de la Luz. Pero si fingen con vosotros y son astutos sin vuestro conocimiento y les dais los misterios del Reino de la Luz, y si igualmente después de esto difaman los misterios y hacen una prueba de vosotros y de los misterios, llevad a cabo el primer misterio del Misterio Primero y él os devolverá todos los misterios que les habéis dado. Y los hará ajenos a los misterios de la Luz para siempre. Y estos **P. 275** no retornarán al mundo desde ahora. Pero en verdad os digo: su morada reside en medio de las fauces del dragón de las tinieblas exteriores. Pero si en un momento de arrepentimiento renuncian a todo el mundo y a toda la materia que le es interna y a todos los pecados del mundo y se someten por completo a los misterios de la Luz, ningún misterio los puede oír o perdonar sus pecados, salvo el misterio único del Indecible que es misericordioso para todos y perdona los pecados de todos» [...].

P. 292 Pues bien, cuando el Salvador hubo dicho esto a sus discípulos, les dijo: «¿Entendéis de qué modo estoy hablando con vosotros?».

María se levantó otra vez y dijo: «Sí, mi Señor, entiendo de qué manera hablas y lo comprenderé todo. Porque ahora, acerca de estas palabras que has dicho, mi intelecto ha generado dentro de mí cuatro pensamientos. Y mi hombre de luz (me) ha guiado y se ha alegrado y ha brotado en mi interior, queriendo salir de mí e ir hacia ti. Por tanto, ahora, mi Señor, oye y te diré los cuatro pensamientos que han nacido en mi interior. El primer pensamiento que ha nacido dentro de mí, en relación con la frase que has formulado:

“Ahora, pues, el alma da la defensa y el sello a todos los arcontes que están en los lugares del rey Adamas. Y da la defensa y el honor y la gloria de todos sus sellos y los himnos a los lugares de la Luz”. Sobre estas palabras, por consiguiente, nos dijiste una vez cuando se te entregó una estatera y observaste que era de plata y cobre, preguntaste: “¿De quién es esta imagen?”. Respondieron: “Es del rey”. Pero cuando viste que era una aleación de plata y cobre, dijiste: “Dad, por tanto, lo que es del rey al rey y lo que es de Dios a Dios” (Mt 22, 19-21). Es decir, cuando el alma recibe misterios, da la defensa a todos los arcontes del lugar del rey Adamas. Y el alma da **P. 293** el honor y la gloria a todos los del lugar de la Luz. Y la frase: “Brilló cuando viste que era de plata y cobre”: es decir, la caracterización de esta, ya que la potencia de luz dentro de ella es la plata que se purifica y el espíritu remedador dentro de ella es el cobre material. Este, mi Señor, es el primer pensamiento.

»El segundo pensamiento, igualmente, nos lo acabas de decir ahora acerca del alma que recibe misterios: “Cuando llega al lugar de los arcontes del camino del Medio, hacen nacer en ella un miedo excesivo por demás. Y el alma (les) entrega el misterio del miedo, y se atemorizan ante ella. Y entrega el destino a su lugar y da el espíritu remedador a su lugar. Y da la defensa y los sellos de cada uno a los arcontes que están sobre los caminos (del Medio). Y da el honor y la gloria y la alabanza de los sellos y los himnos a todos los del lugar de la Luz”. En relación con esta enunciación, mi Señor, nos has hablado una vez a través de la boca de Pablo, nuestro hermano, diciendo: “Dad tributo a quien se le debe tributo, temor a quien se le debe temor, impuesto a quien se le debe impuesto, honor al que se le debe honor, y dad alabanza **P. 294** al que se le debe alabanza, y no debáis nada a otro” (Rom 13, 7-8). Es decir, mi Señor, el alma que recibe

misterios da la defensa a los lugares. Este, mi Señor, es el segundo pensamiento.

»Asimismo, el tercer pensamiento sobre la palabra que una vez nos dijiste: “El espíritu remedador es enemigo del alma, incitándola a cometer todos los pecados y a seguir todas las pasiones. Y la acusa en los castigos por todos los pecados que ha cometido. En síntesis, se torna hostil al alma de toda forma”. Acerca de esta sentencia, por tanto, nos dijiste una vez: “Los enemigos del hombre son sus propios familiares” (Mt 10, 36), es decir, los familiares del alma son el espíritu remedador y el destino, que siempre son hostiles al alma, induciéndola a cometer todos los pecados e iniquidades. Mira, mi Señor, este es el tercer pensamiento.

»El cuarto pensamiento, además, sobre la palabra que has dicho: “Si el alma abandona el cuerpo y va por el camino con el espíritu remedador y no ha encontrado el misterio de la liberación de todas las ataduras y de sellos que la atan al espíritu remedador, de modo que deje de seguir asignado a ella; por consiguiente, si no lo encuentra, el espíritu remedador lleva al alma ante la presencia de la Virgen de la Luz, la jueza. Y la juez, la Virgen de la Luz, examina al alma y encuentra que ha pecado, y tampoco encuentra **P. 295** con ella misterios de la Luz y la entrega a uno de los recibidores. Y su recibidor la toma y la mete en un cuerpo y no abandona los cambios del cuerpo antes de que llegue el final del ciclo» [...].

El Salvador respondió y dijo a sus discípulos: «Transmitid el mensaje a todo el mundo y decid a los hombres: Esforzaos por recibir los misterios de la Luz en este tiempo limitado, de modo que entréis en el Reino **P. 315** de la Luz. No paséis día tras día o ciclo tras ciclo, estando confiados en que recibiréis los misterios cuando entréis en el mundo en otro ciclo. Estos tampoco conocen cuándo tendrá lugar el tiempo del número

de las almas perfectas, porque cuando se dé el número de las almas perfectas clausuraré las puertas de la Luz. Y desde ese momento nadie entrará. Tampoco ninguno más llega a salir, porque el número de las almas perfectas está completo, y los misterios del Primer Misterio están completos, por cuya causa vino a la existencia el Todo; es decir, yo soy este Misterio. Y desde ese momento ninguno entrará en la luz ni saldrá (de ella). Porque cuando sea el cumplimiento del tiempo del número de las almas perfectas, antes enviaré fuego al mundo para purificar a los eones, a los velos, a los firmamentos, a toda la tierra y a la materia que hay en ella, existiendo todavía la humanidad. Entonces, en aquellos días, la fe y los misterios serán los más manifiestos. Y muchas almas vendrán a través de los ciclos de los cambios del cuerpo. Y cuando entren en el mundo, algunas de ellas en aquel tiempo en que me habían oído enseñarles sobre **P. 316** el cumplimiento del número de las almas perfectas, encontrarán los misterios de la Luz y los recibirán, vendrán hacia las puertas de la Luz y encontrarán que el número de las almas perfectas está completo, que es el cumplimiento del Primer Misterio y que es el conocimiento del Todo. Y encontrarán que he cerrado las puertas de la Luz y que no es posible para nadie entrar o salir a partir de ahora. Por tanto, esas almas golpearán, en las puertas de la Luz, diciendo: “Oh Señor, ábrenos”. Responderé y les diré: “No os conozco, ¿de dónde sois?”. Y ellas me dirán: “Hemos recibido misterios de ti y hemos completado toda tu enseñanza y nos has enseñado sobre las llanuras”. Y responderé y les diré: “No os conozco, ¿quiénes sois, vosotras que fuisteis agentes de iniquidad y de mal hasta ahora? (Mt 7, 22-23, y 25, 11-12). Por esto, id a las tinieblas exteriores”. Y en aquel momento irán a las tinieblas de fuera, el lugar en donde hay llanto y rechinar de dientes (Mt 8, 12 par.). A causa de esto, por tanto, transmitid el mensaje a todo el mundo. Decidles: Esforzaos

por renunciar al mundo entero y a toda la materia que hay en él, para que podáis recibir los misterios de la Luz, antes de que el número de las almas perfectas se complete, y os quedéis ante la entrada **P. 317** de la puerta de la Luz y seáis arrojados a las tinieblas exteriores. Por tanto, ahora, el que tenga oídos para oír, que oiga (Mc 4, 9)».

Pues bien, cuando el Salvador hubo dicho esto, se levantó otra vez María y dijo: «Mi Señor, no solo mi hombre de luz tiene oídos, sino que mi alma ha oído y entendido toda palabra que has dicho. Por tanto, ahora, mi Señor, sobre las palabras que has dicho: “Transmitid el mensaje a los hombres del mundo y decidles: Esforzaos por recibir los misterios de la Luz en este tiempo limitado, para que podáis heredar el reino de la Luz”» [...].

Sobre la tiniebla exterior y los lugares de castigo. El dragón de doce reparticiones cuya cola está en su boca. Nombre de los arcontes.

María prosiguió y dijo a Jesús: «Mi Señor, ¿cuál es la caracterización de la tiniebla exterior o, mejor, cuántos lugares de castigo hay en ella?».

Jesús respondió y dijo a María: «La tiniebla exterior es un gran dragón cuya cola está en su boca y está fuera del mundo entero y rodea a todo el mundo. Y hay un enorme número de lugares de juicio en su interior, y tiene doce reparticiones de castigos severos y hay un arconte en cada repartición y las fisonomías de los arcontes difieren entre sí. El primer arconte que está en la primera repartición tiene rostro de cocodrilo y su cola está en su boca, y toda helada proviene de la boca del dragón, y todo polvo **P. 318** y todo frío y todas las diversas enfermedades; este es denominado por su nombre genuino en su lugar: Enkhthonin. Y el arconte que está en la segunda repartición, un rostro de gato es su rostro genuino. Este es

llamado en su lugar: Kharakhar. Y el arconte que está en la tercera repartición, un rostro de perro es su genuino rostro. Este es llamado en su lugar: Arkharokh. Y el arconte que está en la cuarta repartición, un rostro de serpiente es su genuino rostro. Este es llamado en su lugar: Akhrokh. Y el arconte que está en la quinta repartición, un rostro de toro negro es su genuino rostro. Este es llamado en su lugar: Markhur. Y el arconte que está en la sexta repartición, un rostro de cerdo de monte es su rostro genuino. Este es llamado en su lugar: Lamkhamor. Y el arconte que está en la séptima repartición, un rostro de oso es su rostro genuino. Este es llamado por su nombre genuino en su lugar: Lukhar. Y el arconte de la octava repartición, un rostro de buitres es su rostro genuino. Este es llamado en su lugar: Larokh. Y el arconte de la novena repartición, un rostro de basilisco es su rostro genuino. Este es llamado por su nombre en su lugar: Arkheokh. Y en la décima repartición hay un gran número de arcontes, cada uno con siete cabezas de dragón con su genuino rostro. Y el que está sobre todos ellos es llamado por su nombre en el lugar de ellos **P. 319**: Zarmarokh. Y en la repartición décimo primera hay un gran número de arcontes, cada uno de ellos poseyendo siete cabezas de gato con su rostro genuino. Y el mayor que los supera a todos es llamado en el lugar de ellos: Rokhar. Y la repartición duodécima hay un gran número de arcontes, teniendo cada uno de ellos siete cabezas de perro con su rostro genuino. Y el que los supera es llamado en el lugar de ellos: Khremaor.

»Estos arcontes de las doce particiones están dentro del dragón de la tiniebla exterior. Y cada uno de ellos posee un nombre de acuerdo con la hora. Y cada uno de ellos cambia su rostro de acuerdo con la hora. Y, asimismo, para cada una de las doce reparticiones hay una puerta que se abre hacia lo alto —de modo que el dragón de la tiniebla exterior tiene

doce reparticiones de oscuridad—, y hay una puerta para cada repartición que se abre hacia lo alto. Y hay un ángel de la altura que vigila cada una de las puertas de las reparticiones, al que Yeú, el Primer Hombre, el inspector de la Luz, el Mensajero del Primer Mandato, ha colocado para que vigile sobre el dragón, de manera que no se insubordine conjuntamente con todos los arcontes de sus particiones que están dentro de él» [...].

María respondió y dijo: «¿Para todo hombre que está en el mundo, es necesario que todo lo que le ha sido asignado por el Destino, bien sea bueno o malo, o pecado, o muerte o vida, en una palabra, es necesario que todo lo que le ha sido asignado por los arcontes del Destino le llegue?».

El Salvador replicó y dijo a María: «En verdad os digo: todo lo que ha sido asignado a cada uno por el Destino, bien sea bueno o malo, o si es todo pecado, en una palabra, todo lo que les ha sido asignado les llegará. Por esto he traído la llave de los misterios del Reino de los Cielos, o de otro modo ninguna carne en el mundo se salvaría. Porque sin misterios ninguno irá al Reino de la Luz, bien sean justos o pecadores. Por esto he traído de este modo las llaves de los misterios al mundo, para poder liberar a los pecadores que crean en mí, y me obedezcan para que pueda liberarlos de las ligaduras y de los sellos de los eones de los arcontes y para que los pueda ligar a los sellos, a los vestidos y a los órdenes de la Luz. De este modo, a quien libere en el mundo de los lazos y de los sellos de los eones del arconte, será liberado **P. 347** en la altura de los lazos y de los sellos de los eones de los arcontes. Y al que ate en el mundo dentro de los sellos y de los vestidos y de los puestos de la Luz, será atado en la Tierra de Luz dentro de los puestos de la herencia de la Luz. Por tanto, a causa de los pecadores me he atormentado y les he aportado los misterios, para poder liberarlos de los eones de los

arcontes y atarlos dentro de las herencias de la Luz. No solo a los pecadores, sino asimismo a los justos, para poder otorgarles los misterios para que sean ganados por la Luz, porque sin misterios no es posible ser adquiridos por la Luz. Por este motivo no lo he ocultado, sino que lo he proclamado manifiestamente. Y no he separado a los pecadores, sino que he hecho proclamación y he hablado a todos los hombres, a los pecadores y a los justos, diciendo: “Buscad, y encontraréis; golpead, y se os abrirá. Porque todo el que busca la verdad la encontrará y al que golpea se le abrirá” (Mt 7, 7-8; Lc 11, 9-10). Porque he dicho a todos los hombres que deben buscar los misterios del Reino de la Luz que los limpiarán y harán puros y los llevarán a la Luz.

»A causa de esto, Juan el Bautista profetizó sobre mí al decir: “Os he bautizado ciertamente con agua de arrepentimiento **P. 348** para el perdón de vuestros pecados. El que viene detrás de mí es más fuerte que yo, en su mano tiene el biello. Limpiará su era. La paja ciertamente la quemará con fuego que no se apaga. Pero su trigo lo recogerá en el granero” (Mt 3, 11-12; Lc 3, 16-17). La potencia que estaba en Juan profetizó sobre mí, sabiendo que traería los misterios al mundo y purificaría los pecados de los pecadores que tuvieran confianza en mí y me obedecieran y yo les haría ser límpida luz y los ganaría para la luz».

Pues bien, una vez que Jesús hubo dicho esto, María respondió y dijo: «Mi Señor, cuando los hombres proceden y buscan y se encuentran con las enseñanzas del error, ¿cómo sabrán si forman parte de él o no?».

El Salvador respondió y dijo a María: «Os dije en una oportunidad: “Sed como el cambista avezado, tomad lo que es bueno y desechad lo que es malo”. Ahora, pues, decid a todos los hombres que buscan a Dios: “Hoy habrá tormenta, porque

sopla viento del norte. Hoy va haber un buen tiempo, porque sopla viento del sur” (Mt 16, 3). Entonces, por tanto, decidles: “Si sabéis discernir el aspecto del cielo y de la tierra por medio del viento, si alguno ahora llega y os predica a Dios, **P. 349** sabed con seguridad que sus palabras han estado de acuerdo y han convenido con todas vuestras palabras, las que os he dicho por medio de dos o tres testigos (Dt 19, 5; Mt 18, 16), y han estado de acuerdo con la fundación del aire y del cielo y de los ciclos y de las estrellas y de las luminarias y de toda la tierra y de todo lo que está dentro de ella, y asimismo de las aguas todas y de cuanto hay dentro de ellas”; decidles: “Los que vengan a vosotros y cuyas palabras convengan y estén de acuerdo con la totalidad del conocimiento que os he dicho, los acepto como formando parte de nosotros”. Es esto lo que diréis a los hombres cuando les transmitáis el mensaje, para que puedan guardarse de las enseñanzas del error. Por tanto, por causa de los pecadores, me he sometido al tormento. He venido al mundo para poder salvarlos. Porque incluso para los justos mismos que nunca han hecho mal y que no han cometido pecados en absoluto, es necesario que encuentren los misterios que están en los *Libros de Yeú*, que insté a Henoc a escribir en el Paraíso cuando hablé con él desde el Árbol del Conocimiento y desde el Árbol de la Vida. Y lo he compelido a colocarlos en la roca de Ararad (Gn 8, 4) y he colocado al arconte Kalapataurôth, que está por encima de Gemmut, sobre cuya cabeza están los pies de Yeú y que gira en torno de todos los eones y del Destino, he colocado a este arconte para que custodie los *Libros de Yeú* a causa del Diluvio, para que ninguno de los arcontes **P. 350** tenga celo de ellos y los destruya; los que os daré cuando haya terminado de hablarles de la dispensación del Todo».

Una vez que el Salvador hubo dicho esto, María respondió y dijo: «Mi Señor, ¿quién es el hombre en el mundo que no ha

cometido pecado y que esté exento de iniquidad? Porque si está a salvo de uno no podrá estarlo de la otra, para que encuentre los misterios que están en los *Libros de Yeú*. Porque digo que ningún hombre en el mundo estará libre de pecado, ya que si de uno estuviera libre no lo estaría de otro».

El Salvador contestó, y dijo a María: «Os digo, se encontrará uno entre mil (Ecl) y dos entre diez mil, a causa del cumplimiento del misterio del Primer Misterio. Estas cosas os las diré cuando haya concluido de establecer para vosotros el Todo. Porque por esto me he sometido a tormento y he traído los misterios al mundo, puesto que todos están bajo pecado. Y todos necesitan el don de los misterios».

María respondió y dijo al Salvador: «Mi Señor, antes de que vinieras al lugar de los arcontes y antes que ingresaras en el mundo, ¿algún alma fue hacia la Luz?».

El Salvador respondió y dijo a María: «En verdad, en verdad, os digo, antes de que viniera al mundo ningún alma ha entrado en la Luz. Y ahora, pues, como he venido, he abierto las puertas de la Luz. Y he abierto los caminos que conducen a la Luz. Y ahora al que haga lo que es digno de los misterios, le está permitido recibir los **P. 351** misterios e ir a la Luz».

María prosiguió y dijo: «Mi Señor, no obstante, he oído que los profetas han ido a la Luz».

El Salvador prosiguió y dijo a María: «En verdad, en verdad, te digo, ningún profeta fue a la Luz. Pero los arcontes de los eones han hablado con ellos de los eones y les han dado el misterio de los eones. Y cuando llegué al lugar de los eones, hice retornar a Elías y lo envié al cuerpo de Juan el Bautista. A los demás, sin embargo, los hice volver a cuerpos justos que pueden encontrar los misterios de la Luz, e ir a la altura y heredar el Reino de la Luz. He perdonado a Abrahán, a Isaac

y a Jacob todos sus pecados e iniquidades, y les he dado los misterios de la Luz en los eones, y los he colocado en el lugar de Yabraot y a todos los arcontes que se han arrepentido. Y cuando vaya hacia la altura y esté por ir hacia la Luz, transportaré sus almas conmigo hacia la Luz. Pero en verdad te digo, María, que no irán a la Luz antes de que transporte tu alma y las de todos tus hermanos hacia la Luz. Pero el resto de los patriarcas y de los justos, desde el tiempo de Adán hasta el presente, que están en los eones y en todos (los órdenes) de los arcontes, cuando llegue al lugar de los eones, haré que la Virgen de la Luz los haga a todos retornar a cuerpos que serán justos y **P. 352** encontrarán todos los misterios de la Luz y entrarán y heredarán el Reino de la Luz».

María respondió y dijo: «Bienaventurados somos por encima de todos los hombres por estas grandes cosas que nos has revelado».

El Salvador respondió y dijo a María y a todos los discípulos: «Todavía no os revelaré todas las grandes cosas de la altura, desde lo íntimo de lo interior hasta lo más externo de lo exterior, de modo que seáis plenificados en todo conocimiento y en todas las plenitudes, en la altura de las alturas y en la profundidad de las profundidades».

María prosiguió y dijo al Salvador: «Mi Señor, veo que hemos conocido abiertamente y con seguridad y claramente que has traído las llaves de los misterios del Reino de la Luz que perdona los pecados a las almas y las purifica y las hace límpida luz y las recibe en la Luz».

LIBRO IV

Plegaria ritual de Jesús resucitado. Descripción de la fuga del cielo, el mundo y el mar hacia occidente. Jesús y sus discípulos permanecen en el aire, en el camino del medio

P. 353 Pues bien, sucedió que cuando crucificaron a

nuestro señor Jesús, surgió de la muerte al tercer día (1 Cor 15, 4). Sus discípulos se reunieron con él y le imploraron, diciendo: «Señor nuestro, ten compasión de nosotros porque hemos dejado padre y madre y todo el mundo detrás de nosotros, y te hemos seguido (Mt 10, 27 par.)».

Entonces Jesús se quedó de pie con sus discípulos a la orilla del océano y oró diciendo: «Óyeme, Padre mío, tú, padre de todas las paternidades, tú, Luz infinita: *aeêiouô, ïaô, aôî, ôïa, psinôther, thernôps, nôpsiter, zagourê, pagourê, nethmomaôth, nepsiomaôth, parakhakhtha, thôbarrabau, tharnakhakhan, zorokhothora, ïeou, sabaôth*».

Cuando Jesús hubo dicho esto, Tomás, Andrés, Santiago y Simón el Cananeo (Mt 10, 4) estaban en el este con los rostros vueltos hacia el oriente. En cambio, Felipe y Bartolomé estaban en el sur, vueltos hacia el norte. El resto de los discípulos y las discípulas estaban, sin embargo, de pie detrás de Jesús. Pero Jesús estaba de pie ante el altar. Y Jesús gritó, puesto que giraba hacia los cuatro rincones del mundo con sus discípulos, y todos ellos estaban cubiertos con vestidos de lino, y dijo: «*ïaô, ïaô, ïaô*».

«Esta es su interpretación: iota, porque el Todo procedió; alpha, porque retornará; omega, porque tendrá lugar la plenitud de todas las plenitudes». No obstante, cuando Jesús hubo dicho esto, dijo: «*ïaphtha*. **P. 354** *ïaphtha, mounaêr, mounaêr, ermanouêr*, es decir, oh Padre de todas las paternidades de los infinitos, óyeme por mis discípulos a los que llevaré a tu presencia para que puedan creer toda palabra de tu verdad. Y hazles poner en obra todo lo que te clamé, porque conozco el nombre del Padre del Tesoro de la Luz» [...].

Jesús les dijo: «Verdaderamente, mis hermanos y mis

amados, el que ha dejado padre y madre a causa de mi nombre (Mt 19, 29), le daré los misterios todos y todo conocimiento. Os daré el misterio de los doce eones de los arcontes, sus sellos y sus cifras, y el modo de invocarlos para ir a sus lugares. Y asimismo os daré el misterio del eón decimotercero y el modo de invocarlos para ir a sus lugares. Y os daré sus cifras y sus sellos. Y os daré el misterio del bautismo de los del Medio, y el modo de invocarlos para ir a sus lugares. Y os hablaré sobre sus cifras y sus sellos. Y os daré el bautismo de los de la derecha, nuestro lugar junto con sus cifras y sus sellos y cómo **P. 359** invocarlos para ir allí. Y os daré el gran misterio del Tesoro de la Luz y el modo de invocarlos para ir allí. Y os daré todos los misterios y todo conocimiento para que seáis llamados “hijos del Pleroma, completos en todo conocimiento y en todos los misterios”. Sois bienaventurados sobre todos los hombres de la Tierra, porque los Hijos de la Luz han llegado en vuestro tiempo».

Prosiguió Jesús con la enseñanza, y dijo: «Sucedió, entonces, que después de esto vino el Padre de mi Padre, que es Yeú. Se llevó otros arcontes entre los arcontes del Adamas que no creyeron en los misterios de la Luz. Los ató en estos lugares aéreos en los que ahora estamos, debajo de la esfera. Estableció otros cinco arcontes sobre ellos, o sea, aquellos que están sobre el camino del Medio. El primer arconte del camino del Medio es denominado Paraplex, un arconte que posee una forma de mujer, cuyos cabellos llegan hasta sus pies. Hay archidemonios bajo su autoridad que gobiernan sobre otra muchedumbre de demonios. Y son estos demonios los que entran en los hombres y los incitan a la ira, la maldición y la calumnia, y son ellos los que se llevan a las almas por despojo y las envían a través de su negro humo y de sus castigos malvados».

María dijo: «No me cansaré de preguntarte, pero no **P. 360**

te enojas conmigo por preguntarte de todo».

Jesús dijo: «Pregunta lo que quieras».

María dijo: «Señor mío, revélanos de qué modo las almas son transportadas por despojo, para que lo entiendan asimismo mis hermanos».

Jesús, que es Aberamenthō, dijo: «Puesto que el Padre de mi Padre, que es Yeú, es el preentendedor de todos los arcontes y los dioses y las potencias que han venido a la existencia en la materia de la Luz del Tesoro, Zorokhotora Melquisedec es el enviado de todas las luces que son purificadas en los arcontes, en tanto que las recibe dentro del Tesoro de la Luz, entonces estos dos solos son las grandes luces. Este es su orden, pues descendieron hacia los arcontes y las luces son puras en ellos. Y Zorokothora Melquisedec toma lo que es puro de las luces que ha sido purificado en los arcontes, y lo lleva hacia el Tesoro de la Luz. Cuando la cifra y el tiempo de su puesto llega y los induce a descender hacia los arcontes, estos los oprimen y afligen, sacándoles lo que es purificado de los arcontes [...].

Visión de los discípulos de fuego, agua, vino y sangre.

Los misterios de la luz que perdonan los pecados.

Enseñanza sobre los misterios del bautismo de fuego, agua y espíritu

Cuando los discípulos hubieron oído estas cosas, se arrodillaron y lo veneraron, diciendo: «Auxílianos, nuestro Señor, y ten piedad de nosotros, para que seamos salvados de esos malos castigos que están dispuestos para los pecadores. Ay de ellos, ay de ellos, los hijos de los hombres, porque son como ciegos que andan a tientas en la oscuridad y no ven. Ten piedad de nosotros, Señor, en la gran ceguedad en que estamos. Y apiádate de todo el género humano, porque los arcontes persiguen a sus almas como los leones van tras la

presa, y la disponen como delicias para sus castigos, por medio del olvido y la ignorancia que hay en ellas. Ten piedad de nosotros, Señor nuestro y Salvador nuestro **P. 367**, ten piedad de nosotros y sálvanos en esta gran miseria».

Jesús dijo a sus discípulos: «Tened valor y no temáis, porque sois bienaventurados. Porque os haré soberanos sobre todas las cosas y lo llevaré todo a que se os someta. Recordad que ya os dije antes de ser crucificado: “Os daré las llaves del Reino de los cielos” (Mt 16, 19). Ahora nuevamente os digo: “Os las daré”».

Una vez que Jesús hubo dicho esto elevó un himno al gran Nombre. Los lugares del camino del Medio estaban cerrados, y Jesús permaneció con sus discípulos en un aire de luz muy fuerte.

Jesús dijo a sus discípulos: «Acercaos a mí».

Y ellos se le aproximaron. Giró hacia los cuatro rincones del mundo. Dijo el gran Nombre sobre sus cabezas, los bendijo y sopló en sus ojos (Jn 20, 22). Jesús les dijo: «Levantad la vista y mirad lo que veis».

Y levantaron sus ojos y vieron una luz grande y muy fuerte, de la que no puede hablar ningún hombre sobre la tierra.

Les dijo nuevamente otra vez: «Apartad la mirada de la luz y mirad lo que veis». Dijeron: «Vemos fuego, agua, vino y sangre». Jesús, que es Aberamenthō, dijo a sus discípulos: «En verdad os digo, cuando vine nada traje al mundo salvo este fuego, esta agua, este **368** vino y esta sangre. He traído el agua y el fuego desde el lugar de las luces del Tesoro de la Luz. He traído el vino y la sangre desde el lugar de Barbeló. Y poco después mi Padre me envió al Espíritu Santo bajo la caracterización de una paloma (Mt 3, 16). Pero el fuego, el agua y el vino han venido a la existencia para purificar todos los pecados del mundo. Además, la sangre era para mí un

signo en relación con el cuerpo humano, que he recibido en el lugar de Barbeló, la gran potencia del Dios Invisible. Asimismo, el Espíritu atrajo juntamente a todas las almas y las llevó hacia el lugar de la Luz. Por este motivo os he dicho: “He venido a traer fuego sobre la tierra” (Lc 12, 49). O sea, he venido a purificar los pecados de todo el mundo con fuego. Y por esto he dicho a la samaritana: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viviente y habría sido en ti una fuente (de agua) que brota para vida eterna” (Jn 4, 10-14). Y también por este motivo tomé una copa de vino, la bendije y os la di, diciendo: “Esta es la sangre de la alianza que será derramada **369** por vosotros para el perdón de vuestros pecados” (Mt 26, 27-28). Y también por esto la lanza atravesó mi costado y brotó de allí agua y sangre (Jn 19, 34). Estos son los misterios de la Luz que perdonan los pecados y que son las denominaciones y los nombres de la Luz».

3. COMENTARIOS A LAS DOCTRINAS SECRETAS DE JESÚS

Los dos últimos textos gnósticos son más bien una reflexión y comentario a las doctrinas secretas del Revelador Jesús que un «evangelio» como el resto de toda la colección gnóstica, es decir, un diálogo más o menos directo entre el Revelador y sus discípulos. Sin embargo, tanto la tradición, en el de los egipcios, como el autor mismo en el caso del Evangelio de la Verdad, han visto en estas obras un caso de evangelios

gnósticos. Por esta razón las presentamos en este volumen en último término.

1. Evangelio de los egipcios

Autor: Desconocido.

Fecha de composición: Primera mitad del siglo II.

Lugar de composición: Desconocido, algún lugar del Oriente cristiano.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi III 2 y IV 2.

El título Evangelio de los egipcios es convencional, y está tomado del segundo título aclaratorio que aparece en su epílogo. Su título real es El libro sagrado del gran Espíritu invisible. Propiamente este escrito no es un evangelio convencional en cuanto no contiene revelaciones directas de Jesús, solo indirectas. El título de «evangelio», sin embargo, se ha impuesto universalmente, por lo que es conveniente recogerlo en esta colección.

Evangelio de los egipcios significa que este texto contiene como «buen anuncio» el relato de la revelación gnóstica que proviene del Padre secreto o Espíritu invisible. La enseñanza es el telón de fondo de una liturgia que se describe al final y que se transmite entre creyentes egipcios. Este escrito es diferente de su homónimo conocido por Clemente de Alejandría y que publicamos en la p. 624.

En los códices de Nag Hammadi aparece el Evangelio de los Egipcios copiado dos veces (códices III y IV). De ambas copias traducidas del griego al copto la versión del códice IV es más fiel al original, pero no tan completa como la del III. Por ello frecemos la traducción de este último.

La redacción de este texto es exotérica, es decir, para la gente de fuera del grupo. Consta de cuatro partes con subdivisiones. I. 40, 12-55, 16 (= IV, 50, 1-67, 1). Presentación del Espíritu invisible, su expansión trascendente y el contenido de su esfera.

II. 55, 16-66, 8 (= IV, 67, 2-78, 10). Origen, continuidad y liberación de la generación de Set.

III. 66, 8-67, 28 (= IV, 78, 10-80, 15). Sección himnico-ritual que reactualiza la enseñanza gnóstica, con dos himnos de alabanza por la iluminación y regeneración otorgada al gnóstico.

IV. 68, 1-69, 17. Conclusión sobre el origen y custodia del divino libro que viene de la época del comienzo del universo, de Set, hijo de Adán.

El Evangelio de los Egipcios es una obra arcaica de la corriente gnóstico setiana, probablemente de la primera mitad del siglo II. Van entre corchetes las palabras suplidas por el sentido donde el texto presenta una laguna. Las palabras inteligibles en mayúsculas son fórmulas mágicas.

* * *

Introducción

P. 40 El libro sagrado [de los egipcios] sobre el gran [Espíritu] invisible, el Padre cuyo nombre no se puede pronunciar, el que proviene de las alturas de [la perfección], la luz de la luz de los [eones de luz]; la luz del [silencio] del Prepensamiento y el Padre del Silencio, la [luz] de la Palabra y de la Verdad; la luz de las **P. 41** incorruptibilidades, la luz que

es sin límite; el resplandor a partir de los eones de luz del Padre inmanifestable, insignificativo, que no envejece e improclamable, el Eón de los eones, el autoengendrado, el autogenerado, el autoproducido, el extranjero, el Eón verdaderamente verdadero.

Manifestación de las tres potencias

De él han provenido tres poderes desde el Silencio viviente que proviene del Padre incorruptible, ellos son el Padre, la Madre y el Hijo. Estos han venido, pues, a partir del Silencio del Padre oculto.

Composición del Reino de la Luz

Y a partir de este lugar ha provenido Domedón Doxomedón^[727], el Eón de] los eones y la luz de cada uno de sus poderes; y de este modo el Hijo llegó cuarto, la Madre quinta y el Padre sexto. Él existía [...], pero sin proclamar. Es el que es insignificativo entre todas [las potencias], las glorias y las incorruptibilidades.

Las tres Ogdóadas. Su manifestación

A partir de este lugar procedieron las tres potencias. **P. 42** Las tres Ogdóadas que [el Padre] en (el) Silencio junto con su Prepensamiento [manifestó] desde su seno, es decir, el Padre, la Madre y el Hijo.

La primera Ogdóada

La primera Ogdóada, por la que el Triple Varón procedió, que es el Pensamiento y la Palabra, la Incorruptibilidad y la vida eterna, la Voluntad, el Intelecto y el Preconocimiento, el Andrógino paterno.

La segunda Ogdóada

La segunda potencia ogdoádica, la Madre, la Barbeló virginal EPITITIOCH [...] AI, MEMENEAIMEN [...]que] domina sobre el cielo; KARB[...] el poder que no se puede

interpretar, la Madre indecible. Ella nació de sí misma [...], procedió. Estuvo de acuerdo con el Padre del [Silencio] silencioso.

La tercera Ogdóada

El tercer [poder] ogdoádico, el Hijo del Silencio [silencioso] junto con la corona del Silencio silencioso y la gloria del Padre y la excelencia de la **P. 43** [Madre]. Produjo desde el seno los siete poderes de la gran luz los siete sonidos y la Palabra que es su cumplimiento. Estos son los tres [poderes], las tres Ogdóadas que el Padre proyectó desde su seno en su Prepensamiento; los proyectó en este lugar.

Descripción del eón de Doxomedón

Procedió, entonces, Domeón Doxomedón, el eón de los
eones y el trono que está en él y las potencias que lo rodean,
las glorias y las incorruptibilidades. El Padre de la gran luz
que procedió] del Silencio. Es [el gran] Doxomedón, el eón en
el que el triple varón reposa y consolidaron en él el trono de
su gloria, en el que su nombre inmanifestable está inscrito en
la tableta [de boj]. Domedón que [...] es el Padre de la Luz del
todo. [...] Una es la Palabra, el Padre de la Luz del todo. El
que procede del Silencio, descansando en el Silencio, aquel
cuyo **44** nombre (está) en un símbolo invisible; procedió en
un [misterio oculto, invisible: IHHHHHHHHHHH
HHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH HH 0]
OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO
YYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYYY
EEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE
AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA W W W W W W W W
WWWWW W W W W W W W W W W.

Alabanza y petición de las tres Ogdóadas

Y [de este] modo las tres potencias dieron alabanza al [gran] Espíritu invisible, innominable, virginal, inapelable, y a

su Virgen masculina. Pidieron una potencia. Procedió, pues, un Silencio silencioso viviente, y glorias e incorruptibilidades en los eones [...] eones que por miríadas se agregaron [...] los tres masculinos, las [tres...] generaciones masculinas, las razas masculinas que llenaron al gran eón Doxomedón con el poder de la Palabra del Pleroma [entero].

La alabanza del Infante triple varón

Entonces [el Infante] tres veces masculino [el gran] Cristo al que ha ungido el [gran Espíritu] invisible, aquel cuyo poder fue [llamado] Ainón, dio alabanza al gran Espíritu invisible y a su virgen masculina Youel y al Silencio de silencioso silencio y a la grandeza [...].

Faltan las pp. 45 a 48 en el código III, pero el código IV en la p. 56, 1 prosigue así:

56 [...] que es admirable [...] inefable [...], el que posee todas las grandezas en una grandeza del silencio silencioso en [este lugar]. El Infante tres veces varón emitió una alabanza y pidió un poder al gran Espíritu invisible virginal.

Manifestación de Youel y Esefec

Entonces se manifestó desde este lugar [...] que [...] ve las glorias [...] los tesoros en un [...] de los misterios invisibles [...] del silencio que es el varón virgen Youel. Entonces se manifestó el infante del infante, Esefec^[728]. Y así se completó, pues, (la tríada), el Padre, la Madre y el Hijo, los cinco sellos, el poder invicto que es el gran [Cristo] de todos los incorruptibles **P. 57** [...] santo(s) [...] el infinito [...] son poderes y glorias e incorruptibilidades [...] salieron [...]. Este dio una alabanza al inmanifestable, misterio oculto [...] el Oculto [...] y los eones [...] tronos [...] y [...] cada uno [...] lo rodean miríadas de poderes innumerables, **P. 58** glorias e incorruptibilidades [...] y ellos [alaban y dan gloria al] Padre, a la Madre y al Hijo y [al Pleroma] entero que anteriormente

[he mencionado y a los] cinco sellos y al misterio de los [misterios]. Se manifestaron [...] el que domina sobre [...] y los eones eternos verdaderamente verdaderos.

Manifestación del Prepensamiento

Entonces se manifestó un Prepensamiento [en silencio] en un silencio viviente del Espíritu y una palabra del Padre y una luz, que tiene [...] los cinco] **P. 59** sellos que el Padre emitió desde su seno. Atravesó todos los eones que anteriormente he dicho y estableció tronos de gloria y miríadas de ángeles innumerables que los rodean, poderes y glorias incorruptibles, que cantan y glorifican alabando todos con una voz única, con un mismo acorde y con una voz y que nunca calla [...] al Padre, a la Madre y al Hijo [...] y a todos los Pleromas que anteriormente he mencionado, que es [el gran] Cristo, que (es) a partir del [silencio, que] es el Infante incorruptible *TELMAEL TELMACH[A]EL [ELI EL]I MACHAR MACHAR SET^[729]* el poder que vive verdaderamente de verdad, y el varón virgen que está con él, Youel, y Esefec, el resplandeciente, el infante del infante y la corona de su gloria [...] de los cinco sellos, el Pleroma que he mencionado anteriormente.

Manifestación de la Palabra

P. 60 Entonces el gran Autoengendrado, [Palabra] viviente, el Dios verdadero, la naturaleza ingénita, aquel cuyo nombre os diré: [...] *AIATHAOTHOSTH* que es el hijo del gran Cristo, que es el Hijo del silencio indecible que llegó a ser desde el gran Espíritu invisible e incorruptible. El [hijo del silencio], en silencio se manifestó [...] y los tesoros de su gloria. Este se manifestó en el [...] manifestado [...]. Y estableció los cuatro [eones]. Con la palabra los estableció.

La alabanza de la Palabra

Dio una [alabanza] al gran Espíritu invisible virginal. [...]

del Padre en un silencio del Silencio viviente silencioso, el lugar en donde el Hombre [...] reposa [...] a través de [...] (*Continúa NHC III*):

La plasmación y origen de Adamas^[730]

P. 49 [Entonces se manifestó desde este lugar] la nube de la gran luz, la potencia viviente, la madre de las incorruptibilidades santas, el gran poder, Mirotea, y engendró a aquel que nombro su nombre cuando digo: «Eres Uno, eres Uno, *EA EA EA*», tres veces. Porque este Adamas es la luz resplandeciente que existe desde el Hombre, el primer Hombre, por cuyo medio todo existe y por el que todo es (y) sin el que nada existe. Apareció, el Padre inconcebible e incomprensible. Él descendió de lo alto para suprimir la deficiencia.

La unión de Adamas y la Palabra

Entonces la gran Palabra, el Autoengendrado divino y el hombre incorruptible Adamas se mezclaron entre sí. (De su unión) llegó a ser, pues, una palabra de hombre y el hombre, asimismo, llegó a ser por una Palabra.

La alabanza de la Palabra y Adamas

Dio alabanza al grande, invisible, incomprensible, virginal Espíritu y a la virgen masculina y al Infante tres veces varón **P. 50** y a la virgen masculina Youel y a Esefec, el resplandeciente, infante del infante y la corona de su gloria y al poder del eón Doxomedón y a los tronos que están en él, y a los poderes que lo rodean, las glorias y las incorruptibilidades, y al Pleroma entero, que mencioné anteriormente, y a la tierra etérea, la receptora de dios, el lugar en el que reciben la imagen los hombres santos de la gran luz, los hombres del Padre del silencio silencioso viviente, el Padre y el Pleroma total, al que antes me he referido.

La petición de la Palabra y Adamas

Dieron alabanza la gran Palabra, el Autoengendrado divino y el hombre incorruptible Adamas, pidieron una potencia y fuerza para siempre para el Autoengendrado, para la plenitud de los cuatro eones, de modo que por medio de ellos se manifestaran **P. 51** [...] la gloria y la potencia del Padre invisible de los hombres santos de la gran luz que vendrá al mundo, que tiene la apariencia de la noche. El hombre incorruptible Adamas les pidió un hijo a partir de la gran luz, para que él fuera padre de la raza inquebrantable e incorruptible, de modo que por medio de ella se manifestara el silencio y la voz y que por medio de ella surgiera el eón que es mortal para disolverse.

Generación de las cuatro luminarias y del gran Set

Y de este modo vino de lo alto la potencia de la gran luz, la Manifestación. Ella generó las cuatro luminarias: Armozel, Oroiael, Daveité y Elelet^[731] y al gran Set incorruptible, el hijo del hombre incorruptible, Adamas.

El cumplimiento de la Hebdomada y las consortes de las luminarias

Y de este modo se completó la Hebdomada perfecta que existe en los misterios **P. 52** ocultos. Una vez que recibió gloria fue once Ogdóadas. Y respondió afirmativamente el Padre. Estuvo de acuerdo también con las luminarias el Pleroma entero. Procedieron sus consortes para el acabamiento de la Ogdóada del divino Autoengendrado: la Gracia, para la primera luminaria, Armozel; la Sensibilidad para la segunda luminaria, Oroiael; la Inteligencia para la tercera luminaria, Daveité; la Prudencia para la cuarta luminaria, Elelet. Esta es la primera Ogdóada del divino Autoengendrado.

Los servidores de las luminarias y sus consortes

Y aceptó el Padre. Estuvo de acuerdo el Pleroma entero de las luminarias, procedieron los [servidores]. El primero el gran Gamaliel, (para) la primera gran luminaria, Armozel. Y el gran Gabriel (para) la segunda gran luminaria, Oroiael. Y el gran Samblo, para la gran luminaria, Daveité. Y el gran Abrasax para P. 53 la [gran luminaria], Elelet. Y las consortes de estos procedieron por la voluntad de la buena voluntad del Padre, la Memoria para el primero, el gran Gamaliel; el Amor para el segundo, el gran Gabriel; la Paz para el tercero, el gran Samblo; la Vida eterna para el el cuarto, el gran Abrasax. De este modo se completaron las cinco Ogdóadas, cuarenta en total, como un poder que no se puede interpretar.

La petición de la Palabra y el Pleroma

Entonces la gran Palabra, el Autoengendrado y la Palabra del Pleroma de las cuatro luminarias dieron alabanza al gran Espíritu invisible, inapelable, virginal y a la virgen masculina y al gran eón Doxomedón, a los tronos que están en ellos y a los poderes que los rodean con las glorias y las autoridades; a los poderes del Infante tres veces varón y a la virgen masculina Youel y a Esec, P. 54 el resplandeciente, [el infante] del infante y la corona de su gloria, al Pleroma total y a todas las glorias que están en este lugar, los Pleromas sin fin y los eones innominables para que den nombre al padre como «el cuarto» junto con la raza incorruptible y para poder llamar a la semilla del Padre «la semilla del gran Set».

Respuesta a la petición

Entonces todos se agitaron y el temblor dominó a los incorruptibles. Entonces el Infante tres veces varón procedió desde arriba hacia abajo en los inengendrados y los autoengendrados y los que fueron engendrados en lo que es engendrado. Procedió la grandeza, la grandeza total del gran Cristo. Estableció tronos en gloria, miríadas innumerables en

los cuatro eones que lo rodean, miríadas innumerables, potencias y glorias **P. 55** e incorruptibilidades. Y dimanó de esta manera.

Aparición de la iglesia espiritual. Alabanza y bautismo

Y la incorruptible asamblea espiritual acreció en las cuatro luminarias del gran Autoengendrado viviente, el dios de la verdad, alabando, cantando y glorificando con una voz única, con un acorde y con una voz sin descanso al Padre, a la Madre y al Hijo, y al Pleroma todo, como he dicho. Los cinco sellos que están en las miríadas y que gobiernan sobre los eones y que transportan las glorias de los jefes fueron encargados de revelarse a los que son dignos. Amén.

La alabanza de Set y la petición de su simiente

Entonces el gran Set, el hijo del Hombre incorruptible Adamas, dio alabanza al gran Espíritu invisible, indecible, innominable, virginal, y a la [virgen] masculina Youel y al infante tres veces masculino Esefec el resplandeciente de gloria y la corona de su gloria **P. 56** y a los grandes eones de Doxomedón y al Pleroma del que he hablado anteriormente. Y él pidió por su semilla.

Plesitea y su obra

Entonces vino de este lugar el gran poder de la gran luminaria Plesitea, la madre de los ángeles, la madre de las luminarias, la madre gloriosa, la virgen de cuatro pechos aportando el fruto desde la fuente de Gomorra junto con Sodoma, que es el fruto de la fuente de Gomorra que está en ella. Ella vino a través del gran Set.

El júbilo del gran Set

Entonces el gran Set se alegró por el don que el incorruptible Infante le concedió. Tomó su simiente de la virgen de los cuatro pechos y la colocó con él en el cuarto eón

(y) en la tercera gran luminaria Daveité^[732].

Creación de los gobernadores del mundo

Después de cinco mil años, la gran luminaria Elelet dijo: «Gobierne alguno sobre el caos y el Hades». Y apareció una nube **P. 57** [cuyo nombre] es Sabiduría material, y ella miró a las regiones del caos, siendo su rostro como... y su forma era... sangre. Y dijo el gran ángel Gamaliel al gran Gabriel, el servidor de la gran luminaria, Oroiael: «Apareza un ángel para que gobierne sobre el caos y el Hades». Entonces la nube condescendiente engendró de las dos mónadas, cada una de las cuales tenía una luz... el ángel que ella había colocado en la nube de arriba. Entonces vio Saclas, el gran ángel, al gran demon que está con él, Nebruel. Y llegaron a ser juntos un espíritu generador de la tierra. Y generaron ángeles asistentes. Dijo Saclas al gran demon Nebruel: «Sean los doce eones en el... eón, de los mundos», dijo el gran ángel Saclas por la voluntad del **P. 58** Autoengendrado: «Llegué a ser... en el número de siete [...]». Y dijo a los [grandes ángeles]: «Id y que cada uno de vosotros reine sobre su [mundo]». Fueron cada uno de estos doce [ángeles]. El primer ángel es Atot. Es aquel al que llaman [las grandes] razas de los hombres [...]. El segundo es Harmas, [que es el ojo del fuego]. El tercero [es Galila]. El cuarto es Yobel. [El quinto] es Adoneo. El sexto [es Caín], al que llaman las [grandes razas] de hombres, el Sol. El [séptimo es Abel]; el octavo, Aqiresina; el [novenio, Yubel]; el décimo es Harmupiael; el decimoprimerio es Arciadoneo; el decimosegundo [es Beliás]. Estos son los que presiden el Hades y el caos.

La arrogancia y el rencor de Saclas; la plasmación del hombre

Y después de la fundación del mundo, dijo Saclas a sus ángeles: «Yo, yo soy un Dios celoso y además de mí ningún

otro existe», puesto que creía en su firmeza. **P. 59** Entonces vino de lo alto una voz diciendo: «¡Existe el Hombre y el Hijo del Hombre!», y a causa del descenso de la imagen de lo alto que es como su voz en la altura de la imagen que ha mirado (hacia abajo), por la mirada de la imagen de lo alto, formaron la primera plasmación.

Actividad redentora de Arrepentimiento y la obra de Hormos

A causa de esto existió el Arrepentimiento. Recibió su cumplimiento y su poder por la voluntad del Padre y su aceptación cuando dio el acuerdo a la gran raza incorruptible e inquebrantable de los poderosos hombres del gran Set, para que la sembrara en los eones que han sido engendrados para que por el Arrepentimiento, se completara la deficiencia. Porque había bajado de arriba al mundo que es de la apariencia de la noche. Cuando llegó, rogó conjuntamente por la semilla del arconte de este eón y de [las] autoridades que existían a partir de él, la semilla contaminada que será destruida, del dios engendrador de demonios, y por la semilla de Adán, **P. 60** que es semejante al sol, y por la del gran Set. Entonces vino el gran ángel Hormos para preparar por medio de las vírgenes de la generación corrompida de este eón en una Palabra-engendrada, vaso santo a través del Espíritu santo, la semilla del gran Set.

El lugar de la semilla de Set

Entonces vino el gran Set. Trajo su simiente y fue sembrada en los eones que habían sido producidos, cuyo número es la cifra de Sodoma. Algunos dicen que Sodoma es el lugar de pastura del gran Set —que es Gomorra—, pero otros (dicen) que el gran Set tomó su planta de Gomorra y la plantó en el segundo lugar al que dio el nombre de Sodoma.

La generación de Edocla

Esta es la raza que vino por medio de Edocla. Porque generó por la Palabra a la verdad y a la justicia, que son el origen de la semilla de la vida eterna que está junto con los que resistirán a causa del conocimiento de su emanación. Esta es la gran raza incorruptible que ha venido a través de tres mundos al mundo.

Peligros de la semilla de Set

P. 61 Y el diluvio fue una figura en relación con la consumación del eón, y será enviado al mundo a causa de esta raza. Por consiguiente, una conflagración tendrá lugar sobre la tierra. Y la gracia estará con los que pertenecen a la raza por medio de los profetas y los guardianes que guardan la vida de la raza. Por motivo de esta generación habrá hecatombes y plagas. Pero esto sucederá a causa de la gran raza incorruptible. Porque por esta raza tendrán lugar tentaciones y el error de falsos profetas.

Set reconoce las artimañas del Maligno y pide guardianes para su generación

Entonces el gran Set vio la actividad del Maligno y sus múltiples encubrimientos y sus proyectos, los que se llevarán a cabo contra su raza incorruptible, inquebrantable y las persecuciones de sus poderes y sus ángeles y el error de ellos, que opera audazmente contra ellos mismos. Entonces el gran Set dio alabanza al indecible, gran Espíritu virginal y a la **P. 62** virgen masculina Barbeló, y al infante tres veces masculino *TELMAEL TELMAEL, HELI HELI, MACHAR MACHAR SET*, la potencia verdadera que vive verdaderamente, y a la virgen masculina Youel y a Esefec el resplandeciente de gloria y la corona de su gloria y al gran eón Doxomedón y a los tronos que están en él y a los poderes que lo rodean y al Pleroma todo como antes he dicho y pidió guardianes para su semilla.

Llegada de los guardianes

Entonces procedieron desde los grandes eones cuatrocientos ángeles etéreos acompañados por el gran Aerosel y el gran Selmequel, para guardar a la gran raza incorruptible, su fruto y a los grandes hombres del gran Set desde el tiempo y el momento de la verdad y la justicia hasta la consumación del eón y de sus arcontes, a los que han juzgado los grandes jueces condenándolos a muerte.

La misión y obra de Set

Entonces el gran Set fue enviado por las cuatro luminarias de acuerdo con la voluntad del **63** Autoengendrado y del Pleroma entero, gracias [al don] y al buen consentimiento del gran Espíritu invisible y de los cinco sellos y del Pleroma todo. Atravesó las tres presencias que he dicho antes: el diluvio y la conflagración y el juicio de los arcontes, y las potencias y las autoridades para salvar a la que se extravió por la reconciliación del mundo y el bautismo por medio de una Palabra-engendrada corporal que preparó para sí el gran Set misteriosamente a través de la virgen para que pudieran ser engendrados los santos por el Espíritu santo y por medio de símbolos invisibles secretos por una reconciliación del mundo con el mundo, por la renuncia al mundo y al dios de los trece eones y (por) las convocatorias de los santos y los inefables y los incorruptibles senos y (por) la gran Luz del Padre que existió anteriormente junto con su Prepensamiento, y por él estableció el santo bautismo que supera el cielo por la incorruptible Palabra-engendrada, **P. 64** Jesús el viviente, el que ha revestido al gran Set. Y ha clavado a las potencias de los trece eones y ha establecido por medio de él a los que lleva y a los que trae. Los armó con una armadura de conocimiento de la verdad (y) con un poder invencible de incorruptibilidad.

Lista de los portadores de salvación

Se les manifestó el gran Auxiliar, Yeseo Mazareo Yesedeceo, el agua viviente, con los grandes guías Santiago el grande y Teopempto e Isavel, y los que presiden la fuente de la verdad, Miqueo y Micar y Mnesino, y el que preside el bautismo del viviente y los purificadores y Sosengenfaranges y los que presiden las puertas de las aguas, Miqueo y Micar, y los que presiden el monte Seldao y Eleno, y los recibidores de la raza, la incorruptible de los hombres poderosos del gran Set, los ministros de las cuatro luminarias, el gran Gamaliel, el gran Gabriel, el gran Samblo y el gran **P. 65** Abrasax y los que presiden el nacimiento del Sol, Olses e Hypneo, y Eurumario y los que presiden el ingreso en el reposo de vida eterna, los gobernadores Mixanter y Micanor, y los que guardan a las almas de los elegidos, Acramas y Strempsujo, y el gran poder *Heli Heli Machar Machar Seth*, y el gran Espíritu invisible, indecible, innominable, virginal y el silencio y la gran luminaria Armozel, el lugar del Autoengendrado viviente, dios de la verdad y [del] que está con él, el hombre incorruptible, Adamas; la segunda, Oroiael, el lugar del gran Set y de Jesús que posee la vida y que vino a crucificar al que está bajo la ley; la tercera, Daveité, el lugar de los hijos del gran Set; la cuarta, Elelet, el lugar en donde las almas de los hijos descansan; la quinta, Youel, la que preside el nombre de aquel al que le será permitido bautizar en el bautismo santo que supera el cielo, el incorruptible.

Seguridad de la salvación actual

P. 66 Desde ahora, sin embargo, por medio del hombre incorruptible Poimael y los que son dignos de la invocación, de la renuncia, de los cinco sellos en la fuente de bautismo, estos conocerán a sus recibidores según se los ha instruido sobre ellos y serán conocidos por ellos. Estos no experimentarán la muerte.

Sección himnica: himno bautismal; visión e iluminación

IH IEYS EO OY EO OYA. Verdaderamente con verdad Yeseo Mazareo Yesedeceo, ¡oh agua viviente!, ¡oh infante del infante!, ¡oh nombre glorioso, verdaderamente con verdad, eón que (es) el que es, IIIII HHHH EEEE OOOO YYYY WWW AAAAA verdaderamente con verdad, HI AAAA WWW, el que es que ve a los eones verdaderamente en verdad, A EE HHH IIII YYYYY WWWWWWWW, el que es eterno eternamente verdaderamente con verdad IHA AIW en el corazón que es! ¡Tú eres siempre Y, eres el que eres, eres el que eres!

Este gran nombre tuyo me preside Perfecto Autoengendrado que no estás fuera de mí, yo te veo, ¡oh tú que eres invisible para cualquiera! ¿Quién, en efecto, podrá abarcarte? —Ahora en otro tono—: **P. 67** Te he conocido, me he mezclado con lo inmutable. Me he armado con una armadura de luz, me he transformado en luz, ya que la Madre estaba en este lugar a causa de la belleza espléndida de gracia. Por esto he alargado mis manos mientras estaban inclinados. Recibí forma en el círculo de los ricos de la luz que está en mi seno y que da forma a los muchos engendrados en la luz que ningún agravio recibe.

Glorificación y regeneración por el Espíritu

Afirmaré tu gloria verdaderamente, porque te he captado SOY N IHS IDE AEI W AEIE OIS W, ¡Eón, eón, Dios del Silencio! Te honro totalmente. Eres mi lugar de reposo, el hijo HS HS O E, el carente de forma que es en los carentes de forma, el que es, levantando hasta al Hombre en el que me purificarás en tu vida, según tu nombre imperecedero. Por esto el incienso de vida está en mí. Lo mezclé con agua para modelo de todos los arcontes, para poder vivir contigo en la paz de los santos, tú, el que eres por siempre verdaderamente

con verdad.

Primera conclusión

P. 68 Este es el libro que escribió el gran Set y lo colocó en altos montes sobre los que el sol no se ha levantado ni lo podrá hacer. Y desde los días de los profetas, de los apóstoles y de los mensajeros, el Nombre no se ha levantado absolutamente sobre sus corazones ni lo podrá. Tampoco el oído de ellos lo ha oído.

Segunda conclusión

Este libro lo ha escrito el gran Set, en caracteres gráficos, durante ciento treinta años. Lo colocó en la montaña que se denomina Caraxio para que al fin de los tiempos y en los momentos convenientes, según la voluntad del divino Autoengendrado y del Pleroma entero, por medio del don de la Voluntad inescrutable e incomprensible del Padre, se manifieste y revele a esta incorruptible santa generación del gran Salvador y a los que residen con ellos amorosamente y con el gran Espíritu invisible, eterno y su Unigénito Hijo y la luz eterna **69** y su gran consorte incorruptible, la Sabiduría incorruptible, Barbeló y el Pleroma entero para la eternidad. Amén.

Colofón (falta el texto del código IV)

El *Evangelio de [los] egipcios*. El libro escrito por Dios, sagrado y secreto. La gracia, la inteligencia, la sensibilidad, la prudencia están con el que lo ha escrito. Eugnosto el amado, (es mi nombre) en el Espíritu —mi nombre en la carne es Gongesos— junto con mis hermanos de luz en la incorruptibilidad. Jesús el Cristo, el Hijo de Dios, el Salvador. *ICHTYS*. Escrito de Dios (es) el libro sagrado del gran Espíritu Invisible. Amén. El libro sagrado del gran Espíritu Invisible. Amén.

2. Evangelio de la Verdad

Autor: Probablemente el gnóstico Valentín.

Fecha de composición: Primera mitad del siglo II.

Lugar de composición: Alejandría.

Lengua original: Griego.

Fuente: Traducción al copto del siglo IV. Manuscritos de Nag Hammadi I 3.

Este evangelio es más bien una homilía cristiano-gnóstica que se abre con las palabras: «El evangelio de la Verdad es alegría...». Es posible que su autor sea el maestro Valentín, el iniciador de la secta gnóstica que hoy se denomina «valentiniana» o un discípulo próximo. La obra parece ser de mitad del siglo II. El autor expone ante una audiencia reservada el sentido del «evangelio» o «buen anuncio» como la proclamación del misterio oculto: Jesús que revela al Cristo celeste y cumple así la obra de salvación en la intimidad del gnóstico. El contenido de la plática combina doctrina y parénesis en un eximio estilo retórico. Propiamente este escrito no es un evangelio convencional en cuanto no contiene revelaciones directas de Jesús, solo indirectas. El título de «evangelio», sin embargo, se ha impuesto universalmente, por lo que es conveniente recogerlo en esta colección.

El redactor de esta obra proclama que la Verdad es una libre donación y tiene como fuente al Padre, que se sirve de su Palabra para expresarla. Mas para llegar plenamente a poseerla, en el reposo del cielo, debe explicarse al oyente/lector un largo proceso que comienza con una alteración en el seno mismo de la divinidad, del Pleroma o Totalidad, sigue con la generación del universo, la creación del hombre, y el envío del Revelador, el Hijo, que permite que se conozca lo inescrutable

del Padre. Bajo su envoltura carnal lo conocen y aceptan los elegidos, lo que les permite la salvación, el retorno de su espíritu al ámbito celeste. El autor parece haber experimentado en una visión un adelanto de ese final.

* * *

Prólogo

P. 16 El *evangelio de la Verdad* es alegría para quienes han recibido de parte del Padre de la Verdad el don de conocerlo por el poder de la Palabra que ha venido desde el Pleroma, y está en el Pensamiento y en el Intelecto del Padre. La Palabra es llamada el Salvador, como el nombre de la obra que ella debe llevar a cabo para la salvación de quienes eran **P. 17** ignorantes del Padre. Y el evangelio es la manifestación de la esperanza, ya que por él se descubre la salvación a quienes la buscan.

Aparición de la Ignorancia. Frustración de la búsqueda y creación ilusoria

Puesto que la Totalidad buscó a Aquel del que habían salido sus eones^[733], y la Totalidad estaba dentro de Él, que es el Incomprensible, el Impensable y el que está sobre todo pensamiento, ignorar al Padre produjo angustia y terror. Pero la angustia se hizo densa como una bruma y de este modo nadie podía ver; por este motivo se ha fortalecido el Error^[734] y ha trabajado su materia vanamente, puesto que no conocía la verdad. Empezó una obra disponiendo con esfuerzo y belleza algo semejante a la Verdad. Esto, en realidad, no constituía una humillación para el Incomprensible, el Impensable, puesto que la angustia, el olvido y la obra engañosa no eran nada, en tanto que la Verdad siendo firme es inmutable e inquebrantable y totalmente bella. Por esto, despreciad el Error. De este modo no tenía raíz y estaba en una bruma respecto del Padre, empeñado en disponer

actividades, olvidos y terrores, para por medio de ellos atraer a los del medio^[735] y hacerlos cautivos.

El Olvido

P. 18 El Olvido proveniente del Error no se manifestó. No es un [...] del Padre. El Olvido no tuvo lugar a partir del Padre, aunque tuvo origen por su causa. Pero lo que nace en Él es el conocimiento que se manifestó para que el Olvido se disipara y el Padre pudiera ser conocido. Puesto que el Olvido llegó a existir porque el Padre no fue conocido, cuando el Padre sea conocido, a partir de ese momento el Olvido dejará de existir.

Descubrimiento del Padre. Jesús crucificado y la existencia en el Padre

Este es el evangelio del que se busca, el que se reveló gracias a la misericordia del Padre a los que son perfectos; el misterio oculto, Jesucristo, por cuyo medio iluminó a los que estaban en la oscuridad a causa del Olvido. Los ha iluminado y (les) ha mostrado un camino. Y el camino es la verdad que les ha enseñado. Por este motivo, el Error se ha irritado contra él, lo ha perseguido, lo ha maltratado y lo redujo a nada. Se lo clavó en un madero (y) fue un fruto del conocimiento del Padre. El fruto del árbol no causó destrucción al ser comido, sino que a los que lo comen dio motivos para que sean felices por el descubrimiento^[736], pero Él los descubrió en sí mismo y ellos lo descubrieron en ellos, al que es Incomprensible, al que es Impensable, el Padre, el Perfecto, el que produjo la Totalidad, en el que está la Totalidad y del que necesita la Totalidad. Aunque ha conservado en sí su perfección, la que no ha dado a la Totalidad, el Padre no era celoso. Pues ¿qué celo podría haber entre Él y sus miembros? **P. 19** Porque si el Eón hubiera recibido de tal modo su (perfección), [los eones] no podrían llegar al Padre, el que conserva en sí su perfección, dándosela

como una conversión hacia Él y un conocimiento perfectamente único. Él es el que ha producido la Totalidad, en el que está la Totalidad y del que la Totalidad necesita. Sucede igual que ocurre en el ejemplo de alguien al que otros desconocen, que desea que lo conozcan y que lo amen; del mismo modo, ¿por qué motivo la Totalidad estaría necesitada de algo salvo que sea del conocimiento del Padre? Jesús fue un guía, silenciosamente y en reposo.

El Salvador maestro

Apareció en las escuelas y profirió la Palabra como un maestro. Se le aproximaron para probarlo los que se consideraban sabios. Pero los confundió, porque eran vanos, y ellos lo odiaron, puesto que no eran sabios verdaderamente. Después de todos estos se le aproximaron también los niños, a quienes pertenece el conocimiento del Padre. Fortalecidos, aprendieron los aspectos del Rostro del Padre. Conocieron y fueron conocidos; fueron glorificados y han glorificado.

Previsión salvífica. El libro del viviente y la crucifixión

Se manifestó en su corazón el libro que vive del viviente, el que está escrito en el Pensamiento y en el Intelecto **P. 20** del Padre y que estaba en su Incomprensibilidad desde antes del establecimiento de la Totalidad, el que nadie podía tomar, puesto que está reservado para el que lo tomara fuera inmolado. Ninguno se hubiera podido manifestar de cuantos creyeron en la salvación si no hubiera aparecido ese libro. Por ese motivo, Jesús el compasivo, el fiel, aceptó con paciencia los sufrimientos hasta que tomó este libro, pues sabe que su muerte es vida para muchos. Del mismo modo que en un testamento antes de abrirse se ocultan los bienes del dueño de la casa fallecido, así sucede con la Totalidad, ella permanece oculta en tanto que el Padre de la Totalidad era invisible, tratándose de un ser engendrado por sí mismo y del que

proviene todos los intervalos^[737]. Por este motivo apareció Jesús, se revistió de aquel libro, fue clavado en un madero y publicó el edicto del Padre sobre la cruz. ¡Oh, sublime enseñanza! Se humilló hasta la muerte, aunque revestido de la vida eterna. Después de despojarse de estos harapos perecederos, se revistió de la incorruptibilidad, la que nadie le puede sustraer. Habiendo penetrado en las regiones vacías de los terrores, atravesó a los que a causa del Olvido estaban desnudos, llegando a ser conocimiento y perfección y proclamando lo que hay en el corazón **P. 21** [...] enseñar a sus discípulos. Y los discípulos son el viviente, los que están inscritos en el Libro del viviente. Ellos reciben la enseñanza sobre sí mismos, la reciben desde el Padre, y de nuevo se vuelven hacia Él.

Previsión paterna y llamada del elegido. Himno a la Palabra

Puesto que la perfección de la Totalidad está en el Padre, es necesario para la Totalidad subir hacia Él. Entonces, el que posee el conocimiento adquiere lo que le es propio y lo atrae hacia sí. Porque el que es ignorante es menesteroso y está falto de muchas cosas, ya que le falta lo que lo perfeccionará. Dado que la perfección de la Totalidad está en el Padre, y es necesario que la Totalidad ascienda hacia Él y que cada uno adquiera lo que le es propio, los ha inscrito de antemano y los ha preparado para dar la perfección a los que han salido de Él. Aquellos cuyo nombre conoció de antemano han sido llamados finalmente, de este modo el que posee el conocimiento es aquel cuyo nombre ha sido pronunciado por el Padre, pues aquel cuyo nombre no ha sido dicho es ignorante. Efectivamente, ¿cómo lo podrá oír aquel cuyo nombre no ha sido convocado? Porque el que es ignorante hasta el fin es una obra del Olvido y con él será disuelto, de lo contrario, ¿cuál es el motivo de que estos desgraciados

carezcan de nombre y de que no haya para ellos una llamada?

Respuesta a la llamada y contenido del libro

P. 22 De esta manera, el que posee el conocimiento es de lo alto. Si es llamado, escucha, responde y se vuelve hacia quien lo llama para ascender hacia Él. Y sabe cómo se llama. Al poseer el conocimiento hace la voluntad de quien lo ha llamado, lo quiere complacer y recibe el reposo. Su nombre propio aparece. El que llegue a poseer el conocimiento de este modo sabe de dónde viene y adónde va. Sabe cómo una persona que habiendo estado embriagada ha salido de su embriaguez, ha vuelto a sí mismo y ha corregido lo que le es propio. Jesús ha desviado a muchos del Error. Los ha precedido hasta sus lugares, de los que se habían alejado cuando aceptaron el error, por motivo de la profundidad del que abarca a todos los intervalos, mientras que ninguno existe que lo abarque a Él. Era algo muy prodigioso que estuvieran en el Padre sin conocerlo y que fuesen capaces de autogenerarse, puesto que no podían comprender ni conocer a Aquel en el que estaban. Porque de este modo su voluntad no había emergido de Él. En efecto, la reveló en consideración a un conocimiento que pudiera persuadir a todas sus emanaciones. Este es el conocimiento del Libro viviente que reveló a los **P. 23** eones, por fin, como sus letras, revelando cómo no son vocales ni consonantes, para que el que las lea piense en algo vano, sino que son letras de la Verdad que solo pronuncian los que las conocen. Cada letra es un pensamiento completo, como un libro completo, porque son letras escritas por la Unidad, al haberlas escrito el Padre, para que los eones por medio de sus letras conozcan al Padre.

Liberación salvífica. Advenimiento de la Palabra y reintegración del elegido

Su sabiduría contempla la Palabra, su enseñanza la

pronuncia y su conocimiento la ha revelado. Su clemencia es una corona sobre ella. Su alegría está en armonía con ella; su gloria la ha exaltado, su imagen la ha manifestado; su reposo la ha recibido en sí mismo; su amor hizo un cuerpo sobre ella; su fe la ha rodeado. De esta manera la Palabra del Padre surge en la Totalidad, como el fruto **P. 24** de su corazón y como impronta de su Voluntad. Pero sostiene a la Totalidad eligiéndola y recibe también el aspecto de la Totalidad. Jesús, el de infinita dulzura, la purifica, le da vuelta hacia el Padre y la Madre. El Padre descubre su seno. Pero su seno es el Espíritu Santo. Descubre su secreto, su secreto es su Hijo, para que por la misericordia del Padre los eones dejen de inquietarse buscando al Padre y descansen en él sabiendo que es el reposo. Después de haber completado la deficiencia, abolió la forma. La forma es el mundo en el que fue esclavo.

Disolución del mundo y de lo múltiple

Porque la región en donde hay envidia y discordia es deficiente, pero la región en la que hay unidad es perfecta. Puesto que la deficiencia se produjo porque se ignoró al Padre, entonces cuando se conoce al Padre, la deficiencia dejará de existir. Igual que sucede con la ignorancia de una persona, que una vez que conoce se desvanece su ignorancia, como la oscuridad cuando aparece la luz, **P. 25** del mismo modo también se desvanece la deficiencia ante la perfección. Así, desde ese momento no se manifiesta más la forma, sino que se disolverá fundida con la Unidad, porque es ahora cuando sus obras yacen dispersas; a su vez, la Unidad dará perfección a los intervalos. En la Unidad cada uno se realizará; en el conocimiento se purificará de la multiplicidad en la Unidad, consumiendo la materia en sí mismo, como una llama, y como la oscuridad se consume por la luz y la muerte por la vida. Si estas cosas verdaderamente han sobrevenido a cada uno de nosotros, hay que vigilar sobre todo para que la

morada sea santa y esté en silencio para alcanzar la Unidad.

Parábola de los vasos y juicio de la Palabra

Sucede lo mismo en el ejemplo de ciertas personas que han dejado los lugares que en sus puestos tenían vasos que no eran buenos; si los hubieran roto, tampoco habría sufrido daño el dueño de casa. Sin embargo, él queda satisfecho, pues en lugar de los vasos deteriorados hay vasos llenos que son de manufactura perfecta. Porque así es el juicio que ha venido de lo alto. **P. 26** Ha juzgado a cada uno, como una espada desenvainada y de doble filo, que corta de ambos lados. Cuando apareció la Palabra, que está en el corazón de quienes la pronuncian, ella no es solo un sonido, sino que tomó un cuerpo, una gran conmoción sobrevino entre los vasos, porque algunos estaban vacíos y otros estaban llenos; es decir, algunos habían sido provistos, pero otros derramados, unos habían sido purificados, pero otros habían sido quebrados.

Conmoción cósmica y derrota del Error

Todas las regiones se agitaron y se conmovieron, porque carecían de orden y de estabilidad. El Error se desconcertó, ignorando qué hacer; se afligió, lamentándose, y se quedó vacilante, porque no sabía nada, después que se le aproximó el conocimiento que es su destrucción y el de todas sus emanaciones, porque el Error es vano, ya que no tiene nada adentro. La Verdad apareció y todas sus emanaciones la conocieron. Saludaron al Padre verdaderamente con una potencia perfecta que las une con el Padre. Porque cada una ama a la Verdad, puesto que la Verdad es la boca del Padre y su lengua es el Espíritu Santo, **P. 27** el que se une a la Verdad se une a la boca del Padre por su lengua, cuando llegue a recibir al Espíritu Santo, puesto que tal es la manifestación del Padre y su revelación a sus eones. Ha revelado lo que de Él estaba oculto y lo ha explicado. Pues ¿quién abarca, sino el

Padre solamente?

Seres ocultos y descubiertos

Todos los intervalos son sus emanaciones. Han sabido que proceden de Él como hijos provenientes de un Hombre perfecto. Sabían que todavía no habían recibido forma y que todavía no habían recibido un nombre, cada uno de los que engendra el Padre. En ese momento reciben una forma por su conocimiento, pues aunque estén en Él, no lo conocen. Pero el Padre es perfecto, y conoce todo intervalo que está en Él. Si quiere, manifiesta a quien quiere, dándole una forma y dándole un nombre y lo llama y motivando que ellos vengan a la existencia, los que antes de venir a ella ignoran a quien los ha formado. No digo, por lo tanto, que no son nada los que todavía no existen, **P. 28** sino que están en Él, que querrá que vengan a la existencia cuando quiera, como el tiempo conveniente por venir. Antes de que todas las cosas se manifiesten, sabe lo que producirá. Pero el fruto que todavía no se ha manifestado, nada sabe y tampoco hace nada. De este modo también cada intervalo que existe en el Padre proviene del que es, que lo ha establecido desde lo que no es. Pues el que carece de raíz, tampoco tiene fruto, y por más que piense interiormente: «He comenzado a existir», sin embargo, será destruido por sí mismo. Por este motivo, el que no ha existido en absoluto existirá nunca. Entonces, ¿qué quiso para pensar de sí mismo? Esto quiso pensar: «He existido como las sombras y los fantasmas de la noche». Pero cuando la luz ilumina al terror que esa persona ha experimentado, comprende que no es nada.

El estado de pesadilla y el despertar

P. 29 De este modo eran ignorantes del Padre, al que no veían. Pero puesto que existía el terror, la turbación, la inestabilidad, la vacilación y la discordia, eran muchas las

ilusiones y las vacuas ficciones que los dominaban, les sucedía como si estuvieran sumergidos en el sueño y convivieran con sueños inquietantes. Bien huían a algún lugar, bien se daban vuelta extenuados, después de perseguir a otros, bien daban golpes o bien los recibían, bien caían desde grandes alturas, o bien volaban por el aire, aunque sin poseer alas. A veces (les) sucede como si alguien fuese a matarlos, aunque nadie los persiga, o bien como si ellos mismos fueran los que mataran a sus vecinos, porque se encontraron manchados con su sangre. Pero una vez que los que pasan por estas cosas se despiertan, nada ven, aunque estaban en medio de todas estas confusiones, puesto que ellas no existen. Semejante es el modo de los que han rechazado la ignorancia lejos de sí, porque igual que no tienen en ninguna consideración el sueño, así tampoco consideran **P. 30** sus acciones como algo sólido, sino que las abandonan como un sueño tenido en la noche. El conocimiento del Padre lo aprecian como el amanecer. De esta manera ha actuado cada uno de ellos, como cuando estaban dormidos mientras que eran ignorantes. Y este es el modo como ha (llegado el conocimiento) igual que si se despertara. ¡Feliz será el que llegue a darse vuelta y a despertarse! Y bienaventurado es el que ha abierto los ojos del ciego. Y el Espíritu ha corrido tras él, dándose prisa para despertarlo. Habiendo tendido la mano al que yacía sobre la tierra, lo afirmó sobre sus pies, pues todavía no se había levantado.

Intervención paterna. Mediación del Hijo

El Espíritu les dio los medios de conocerlo, el conocimiento del Padre y la manifestación de su Hijo. Porque cuando lo han visto y lo han oído, los hizo gustarlo y sentirlo y tocar al Hijo bienamado. Cuando apareció, instruyéndolos sobre el Padre, el Incomprensible, cuando les hubo insuflado lo que está en el Pensamiento, cumpliendo su voluntad, cuando

muchos hubieron recibido la luz, se dieron vuelta hacia él. **P. 31** Porque los materiales que eran extraños y no vieron su semejanza, tampoco lo habían conocido. Pues él vino en una forma carnal, sin encontrar ningún obstáculo a su desplazamiento, puesto que la incorruptibilidad es irresistible, desde aquel momento de nuevo dijo cosas nuevas, hablando sobre lo que está en el corazón del Padre, habiendo proferido la Palabra sin defecto. Una vez que la luz habló por su boca y su voz engendró la Vida, les dio pensamiento e intelecto, la misericordia y la salvación y el espíritu poderoso proveniente de la infinitud y de la dulzura del Padre. Habiendo detenido los castigos y las torturas, puesto que desviaban de su Rostro a muchos que estaban en el error y los lazos necesitados de misericordia, ha destruido a ambos con poder y los confundió con el conocimiento.

Parábola de la oveja perdida

Ha llegado a ser camino para los que iban descarriados y conocimiento para los ignorantes, descubrimiento para los que buscaban y confirmación para los vacilantes e incontaminación para los manchados. **P. 32** Es el pastor que ha dejado las noventa y nueve ovejas que no estaban perdidas y ha ido a buscar a la que estaba extraviada. Se regocijó cuando la encontró, porque noventa y nueve es un número que está en la mano izquierda, que lo contiene. Pero cuando se encuentra el uno (faltante), el número entero pasa a la mano derecha. Del mismo modo sucede al que le falta el uno, es decir, la mano derecha completa, que atrae a lo que era deficiente y lo toma del lado de la mano izquierda y lo lleva a la derecha, y de este modo también el número, llega a ser una centena. Se trata del signo del que está en su sonido, o sea, del Padre. Incluso ha trabajado en Sábado por la oveja que encontró caída en el pozo. Ha reanimado a la oveja subiéndola desde el pozo para que sepáis íntimamente,

vosotros, los hijos del conocimiento interior, cuál es el sábado, en el que no es conveniente que la salvación descanse y para que podáis hablar del día de lo alto, que carece de noche, y de la Luz que no se oculta, porque es perfecta. Proclamad, pues, desde el corazón que sois el Día perfecto y que en vosotros mora la Luz que no desfallece. Hablad de la Verdad con los que la buscan y [del] conocimiento a los que han pecado en su error.

Deberes del elegido

P. 33 Afirmad el pie de los que vacilan y tended vuestra mano a los débiles. Alimentad a quienes tienen hambre y consolad a los que sufren. Levantad a los que se quieren levantar y despertad a los que duermen, porque sois el entendimiento que atrae. Si actuáis así como fuertes, seréis también más fuertes. Prestaos atención a vosotros mismos y no os preocupéis de las otras cosas que habéis apartado de vosotros. No volváis a lo que habéis vomitado para comerlo. No seáis polillas. No seáis gusanos, porque ya lo habéis rechazado. No seáis un lugar para el diablo, porque ya lo habéis destruido. No consolidéis vuestros obstáculos, los que sois vacilantes, aunque seáis como un apoyo (para ellos). Pues al licenciado se le debe tratar incluso como más nocivo que al justo. Efectivamente, el primero actúa como una persona sin ley, pero el último actúa como una persona justa entre los demás. Así pues, vosotros haced la voluntad del Padre, puesto que le pertenecéis.

El Padre y los elegidos. El elegido como fragancia del Padre

Porque el Padre es dulce, y lo que hay en su Voluntad es bueno. Ha tomado conocimiento de lo que es vuestro para que podáis reposar en Él. Porque por los frutos se toma conocimiento de las cosas que son tuyas, ya que los hijos del Padre son su fragancia, **P. 34** pues existen desde la gracia de

su Rostro. Por esta razón, el Padre ama su fragancia y la manifiesta en toda región, y si la mezcla con la materia, da su fragancia a la luz y en su Silencio la hace superar toda forma (y) todo sonido, pues no son los oídos los que perciben la fragancia, sino que es el hálito el que tiene el sentido del olfato y atrae la fragancia hacia sí y se sumerge en la fragancia del Padre, de manera que así lo protege y lo lleva al lugar de donde vino, de la fragancia primera que se ha enfriado como algo en una obra psíquica, semejante al agua fría que se congela sobre la tierra que no es firme y que los que la ven piensan que es tierra, pero después de nuevo se disuelve. Si un soplo la atrae, se calienta. Las fragancias, pues, que se han enfriado provienen de la división. Por este motivo vino la fe, disolvió la división y aportó el Pleroma cálido de amor para que el frío no vuelva de nuevo, sino que exista la unidad del pensamiento perfecto.

Perfeccionamiento en el Padre

P. 35 Esta es la Palabra del evangelio del descubrimiento del Pleroma, para los que esperan la salvación que viene de lo alto. Mientras que su esperanza, por la que esperan, está en expectativa, ellos cuya imagen es luz, sin ninguna sombra, entonces, en ese momento, el Pleroma sobreviene. La deficiencia material no proviene de la infinitud del Padre, el que viene a dar tiempo para la deficiencia, aunque nadie podría sostener que lo incorruptible pudiera venir de esta manera. Pero la Profundidad del Padre se multiplicó y el pensamiento del Error no existía con él. Es algo que declina y es algo que fácilmente se pone derecho de nuevo con el descubrimiento de Aquel que ha venido hacia él al que recuperará. Porque este retorno es llamado arrepentimiento. Por este motivo la incorruptibilidad ha soplado y ha ido detrás del que ha pecado para que pueda descansar. Porque la clemencia es lo que queda para la luz en la deficiencia, la

Palabra del Pleroma. En efecto, el médico va ligero hacia el lugar en donde hay un enfermo, porque ahí está la voluntad que hay en él. El que es deficiente, entonces, no se oculta, porque uno posee lo que al otro le falta. De esta manera el Pleroma que no es deficiente, pero que colma la deficiencia, **P. 36** es lo que Él suministró desde sí mismo para completar lo que le falta, para que así reciba la gracia. Cuando era deficiente, no tenía la gracia. Por esto había deficiencia en el lugar en donde no había gracia. Una vez que aquella que estaba disminuida se recibió, reveló lo que le faltaba, siendo (ahora) Pleroma, es decir, el descubrimiento de la Luz de la Verdad que apareció sobre él porque esta es inmutable.

Unción del elegido y el paraíso como lugar del reposo

Por esto se habló de Cristo en su medio, para que los que estaban angustiados pudieran retornar y él pudiera ungirlos con el ungüento. Este es la misericordia del Padre que tendrá misericordia de ellos. Pero aquellos a los que ha ungido son los perfectos. Porque los vasos llenos son los que habitualmente se untan. Pero cuando la untura de un vaso se disuelve, está vacío y el motivo de su deficiencia es la causa por la que su untura desaparece. Porque en ese momento lo atrae un soplo, algo por el poder de lo que está con él. Pero del que carece de deficiencia, ningún sello es levantado, ni nada se derrama, sino que aquello que le falta, el Padre perfecto una vez más lo llena^[738]. El Padre es bueno. Conoce a sus simientes, porque es el que las ha sembrado en su paraíso. Pero su paraíso es su lugar de reposo.

P. 37 Este es la perfección en el Pensamiento del Padre, y estas son las palabras de su reflexión. Cada una de sus palabras es la obra de su voluntad única en la revelación de su Palabra. Mientras estaban todavía en la Profundidad de su Pensamiento, la Palabra que fue la primera en adelantarse las

reveló junto con el Intelecto que profiere la Palabra única en la Gracia silenciosa. Ha sido llamado Pensamiento, porque estaba en Él antes de revelarse. Le correspondió, pues, adelantarse la primera cuando la voluntad de Aquel que quiso lo determinó.

La voluntad inescrutable del Padre

Pero la voluntad es que el Padre esté en reposo y complacido. Nada sucede sin la voluntad del Padre, pero su voluntad es inescrutable. Su huella es la Voluntad y nadie puede conocerla ni es posible a nadie escudriñarla para comprenderla. Pero cuando quiere, lo que quiere ahí está, aun cuando el espectáculo no les agrade del modo que sea ante Dios, cuando el Padre quiere. Porque conoce el comienzo de todos y su final. Al final, efectivamente, los interpelará directamente. Pero el fin consiste en conocer al que está oculto, y Este es el Padre, **P. 38** del que ha salido el Principio y hacia el que retornarán los que han salido de Él. Ellos, por otra parte, han aparecido para la gloria y la alegría de su nombre.

El nombre del Padre es el Hijo

El nombre del Padre, sin embargo, es el Hijo. Es Él el que en el Principio dio un nombre al que ha salido de sí, que era Él mismo y al que engendró como Hijo. Le ha dado su nombre, el que le perteneció; es aquel al que le pertenece todo lo que existe en torno al Padre. Suyo es el nombre; suyo es el Hijo. A este es posible verlo. Pero el nombre es invisible porque solo él es el secreto del Invisible que viene a los oídos que están completamente llenos de él por él. Porque realmente, el nombre del Padre no es dicho, sino que se revela por medio del Hijo. Entonces, y siendo así, ¡grande es el nombre! ¿Quién, entonces, podrá pronunciar un nombre para Él, el gran nombre, salvo Él solo al que pertenece el

nombre y los hijos del nombre, en los que descansó el nombre del Padre, los que a su vez descansaban en su nombre? Puesto que el Padre es inengendrado, Él solo es el que lo engendró como nombre para sí mismo antes de producir los eones, para que el nombre del Padre estuviese sobre sus cabezas como Señor, el que es el nombre verdadero, **P. 39** firme en su autoridad por la potencia perfecta. Porque el nombre no pertenece a las palabras ni su nombre forma parte de las denominaciones, sino que es invisible. Se dio un nombre para sí solo, puesto que Él solo se contempla y solo tiene capacidad para darse un nombre. Porque el que no existe carece de nombre. Pues ¿qué nombre se puede dar al que no existe? Pero El que es, es asimismo con su nombre, y el único que lo conoce y el solo que sabe darle un nombre es el Padre. El Hijo es su Nombre. Por lo tanto, no lo ha ocultado, sino que ha existido y en cuanto es el Hijo, solo Él dio un nombre. El nombre, por lo tanto, es el del Padre, igual que el nombre del Padre es el Hijo. Puesto que ¿en dónde la misericordia encontraría este nombre si no es junto al Padre? Pero seguro que alguno dirá a su vecino: «¿Quién dará un nombre al que existía antes que él, como si los niños no recibieran un nombre de los que los han engendrado?».

P. 40 Primero, entonces, nos conviene entender acerca de este tema: «¿Qué es el nombre?». Este es el nombre auténtico; por lo tanto, no es el nombre que deriva del Padre, puesto que es el nombre propio. No ha recibido, por consiguiente, el nombre en préstamo como los demás, según el modo como cada uno es producido, sino que este es el Nombre propio. No hay ningún otro al que se lo haya dado. Pero Él es innominable e indescriptible, hasta el momento en que este, que es perfecto, solo lo expresó. Y él es el que tiene el poder para proclamar su nombre y contemplarlo. Por consiguiente, cuando le ha parecido bien que su nombre amado sea su Hijo

y le dio el nombre a él, este que salió de la profundidad, expresó sus realidades, sabiendo que el Padre es carente de mal. Por esto también lo ha enviado para que hablase del lugar y de su lugar de reposo desde el que ha venido y glorificase al Pleroma, la grandeza de su nombre y la dulzura del Padre^[739].

El reposo en el Padre

P. 41 Sobre el lugar de donde ha venido cada uno hablará, y hacia la región en la que ha recibido su constitución retornará con prisa y abandonará esta región, la región en donde se halló recibiendo gusto de aquel lugar, nutriéndose y creciendo. Y su lugar propio de reposo es su Pleroma. De este modo todas las emanaciones del Padre son plenitudes, y la raíz de todas estas emanaciones está en el que las hizo a todas crecer en Él mismo. Él les ha asignado sus destinos. Cada una de ellas se ha manifestado, para que por su propio pensamiento [...]. Porque el lugar hacia el que extienden su pensamiento, ese lugar, su raíz, es la que las eleva entre todas las alturas hacia el Padre. Toman posesión de su cabeza, que es reposo para ellas, y son sostenidas, uniéndosele, de manera que dicen que han participado de su rostro con sus besos.

P. 42 Pero no se manifiestan de esta manera, ya que no fueron elevadas por sí mismas; tampoco han sido privadas de la gloria del Padre ni lo concibieron como pequeño ni duro, ni irascible, sino como carente de mal, imperturbable, dulce, conociendo todos los intervalos antes de que existieran y sin haber tenido necesidad de instruirse. Esta es la manera de ser de los que poseen (algo) de lo alto de la grandeza inconmensurable, en tanto que esperan al Uno solo y perfecto, que está allí para ellos. Y no descienden al Hades ni hay para ellos celos ni lamento ni muerte, sino que descansan en el que permanece en reposo, sin esforzarse ni dar vueltas

en torno a la verdad. Por el contrario, ellos mismos son la verdad y el Padre está en ellos y ellos están en el Padre, siendo perfectos, siendo indivisibles en el verdaderamente bueno, de nada necesitan, sino que permanecen en reposo, refrescados por el Espíritu. Y tendrán en cuenta su raíz. Se interesarán con estas cosas en las que encontrará su raíz y no sufrirá pérdida para su alma. Tal es el lugar de los bienaventurados.

Conclusión

P. 43 En cuanto a lo demás, sepan en sus lugares que no me es conveniente decir nada más, habiendo estado en el lugar del reposo. Pero es en él en el que estaré, y para consagrarme por entero al Padre de la Totalidad y a los verdaderos hermanos, aquellos sobre los que el amor del Padre se derrama y en cuyo medio nada de Él falta. Son ellos los que se manifiestan verdaderamente, puesto que existen en la vida verdadera y eterna y hablan de la luz que es perfecta y colmada de la simiente del Padre, la que está en su corazón y en el Pleroma, mientras que su Espíritu se regocija en esto y glorifica a Aquel en el que ha existido porque es bueno. Y sus hijos son perfectos y dignos de su nombre, porque Él es el Padre y son hijos de este tipo los que Él ama^[740].

F) TEXTOS FRAGMENTARIOS

1. Evangelio de los nazarenos

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: En torno al 150.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Primera mención en Hegesipo hacia el 180^[741] y citas de diversos Padres.

1. Cuando José levantó los ojos, vio a una multitud de caminantes que se dirigían juntos hacia la cueva. Dijo entonces: «Me levantaré e iré hacia su encuentro». Cuando José salió, le dijo a Simón^[742]: «Me parece que los que vienen son unos magos; observa: a cada momento están mirando al cielo y hablan entre ellos. Parecen también extranjeros, pues su aspecto se diferencia del nuestro. Sus vestidos son muy lujosos, el color de su piel es oscuro, van tocados de tiaras en sus cabezas; sus vestidos son muy suaves y llevan polainas en sus piernas. Mira, se han parado y me están mirando; miran, se mueven de nuevo y vienen hacia aquí» (Sedulio Escoto, *Comentario a Mateo*, 2, 8-9, que utiliza probablemente el

Evangelio de los nazarenos, citado por Ph. Vielhauer, en W. Schneemelcher, *Neutestamentliche Apokryphen*,⁴ 1968, I, 137).

2. «Descenderá sobre él toda la fuente del Espíritu Santo.» «Sucedió que cuando el Señor subió del agua, descendió toda fuente del Espíritu Santo, descansó sobre él y le dijo: “Hijo mío, por todos los profetas yo esperaba que vinieras para que pudiera descansar en ti. Pues tú eres mi descanso, tú eres mi hijo primogénito, que reinas eternamente”» (citado por Jerónimo, *Comentario IV a Isaías* 11, 2; PL 24, 148 B-P).

3. «Contristar el espíritu de su hermano» (se enumera entre los crímenes mayores) (citado por Jerónimo, *Comentario IV a Ezequiel* 18, 7; PL 25, 174B).

4. He aquí que la madre del Señor y sus hermanos le decían (a Jesús): «Juan Bautista bautiza para el perdón de los pecados; vayamos y seamos bautizados por él». Pero él les dijo: «¿Qué pecado he cometido yo para que tenga que ir a ser bautizado por él? A no ser que esto que he dicho sea un pecado de ignorancia» (citado por Jerónimo, *Contra Pelagio*, III, 2; PL 23, 597B-598A).

5. El hombre que tiene la mano seca aparece como albañil cimentador cuando pide socorro con voces como estas: «Yo era cimentador y me ganaba el sustento con mis manos; te suplico, Jesús, que me devuelvas la salud para que no tenga que mendigar con vergüenza mi alimento» (citado por Jerónimo, *Comentario al Evangelio de san Mateo* 12, 13; PL 26, 80 A-B).

6. «Le dijo otro de los ricos: “¿Qué cosas buenas tengo que hacer para obtener la vida?”. Él le contestó: “Hombre, cumple con las leyes y los profetas”. El otro replicó: “Ya lo he hecho”. Y le dijo: “Anda, vende todo lo que posees y repártelo entre los pobres, y ven y sígueme”. Pero el rico empezó a rascarse la

cabeza, pues no le agradaba. El Señor le dijo: “¿Cómo dices que has cumplido la Ley y los profetas? Porque está escrito en la Ley: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero mira cómo muchos hermanos tuyos, hijos de Abrahán, están vestidos de basura y mueren de hambre, mientras que mi casa está llena de abundantes bienes, de los que no sale cosa alguna para ellos”». Y volviéndose, dijo a su discípulo Simón que estaba sentado a su lado: «Simón, hijo de Juan, es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos» (citado por el Pseudo Orígenes Latino, *Comentario al Evangelio de Mateo*, 15, 14).

7. «El dintel del Templo, de tamaño inmenso, se partió en dos» (citado por Jerónimo, *Comentario al Evangelio de san Mateo* IV, 27, 51; PL 26, 221B). Lectura variante: «El dintel del Templo, de tamaño inmenso, se vino abajo», citado por Jerónimo, *Epístola 120, 8 a Hedibia*; PL 22, 992.

8. (Habla Jesús): «Pues también en los profetas, después de ser ungidos con el Espíritu Santo, se encuentra materia de pecado» (Códice 566 del Nuevo Testamento; glosa a Mt 18, 22).

9. (Habla Jesús): « Si estáis en mi seno y no hacéis la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, yo os arrojaré de mi seno» (Códice 30 del Nuevo Testamento; glosa a Mt 7, 5).

2. Evangelio de los hebreos

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: En torno al 150.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Citado por Padres de la Iglesia a partir de Clemente de Alejandría: finales del siglo II.

1. (Habla Jesús): «El que se ha admirado, reinará; y el que ha reinado, descansará» (citado por Clemente de Alejandría, *Stromata* («*Tapices*»), II, 9; PG VIII, 981A).

2. (Habla Jesús): «El que busca, no descansará hasta que encuentre; cuando encuentre, quedará estupefacto; estupefacto reinará; cuando haya reinado, descansará» (citado por Clemente de Alejandría, *ibídem*, V, 14; PG IX, 141B).

3. (Habla Jesús): «Hace poco me tomó mi madre, el Espíritu Santo, por uno de mis cabellos y me llevó al monte grande del Tabor» (citado por Orígenes, *Comentario al Evangelio de Juan* 2, 6; PG XIV, 132C; *Homilía sobre el profeta Jeremías* 15, 14; PG XIII, 433B).

4. (Habla Jesús): «Yo elegiré a los que me agraden; y son los que me proporciona mi Padre que está en los cielos» (citado por Eusebio de Cesarea, *Teofanía*, versión siríaca, IV, 12). Lectura variante: «Yo elijo para mí a los mejores, los que me otorga mi Padre que está en los cielos».

5. (Habla Jesús): «Nunca estéis alegres, sino cuando miréis a vuestro hermano con caridad» (citado por Jerónimo, *Comentario segundo a la Epístola los Efesios* 5, 4; PL 26, 552D).

6. «El Señor, después de dar la sábana al siervo del sacerdote, se dirigió a Santiago y se le apareció. (Pues Santiago había jurado que no comería pan desde la hora en que había bebido el cáliz del Señor, hasta que lo viese resucitado de entre los muertos). Y de nuevo poco después: “Traed —dijo el Señor— la mesa y el pan”. Y enseguida se

añade: “Tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio a Santiago el Justo, y le dijo: ‘Hermano, come de tu pan, porque el Hijo del Hombre ha resucitado de entre los muertos’”» (citado por Jerónimo, *Sobre los varones ilustres* 2; PL 23, 641B-643A).

7. Cuando vino a Pedro y a los que con él estaban, les dijo: «Palpad y ved que no soy un fantasma sin cuerpo. Y enseguida lo tocaron y creyeron» (citado por Jerónimo, *Sobre los varones ilustres* 16; PL 23, 266B).

8. En el denominado *Evangelio según los hebreos*, en el lugar de «pan sobresustancial» encontré la palabra *mahar*, que significa «de mañana». De manera que el sentido es «Danos hoy el pan de mañana», es decir, «el del futuro» (citado por Jerónimo, *Comentario al Evangelio de san Mateo* 6, 11; PL 24, 44C-P). En el *Evangelio hebreo*, según Mateo, se dice: «Danos hoy nuestro pan de mañana», es decir, «danos hoy el pan que nos vas a dar en el reino» (citado por Jerónimo, *Tratado sobre los Salmos* 135).

9. «Si tu hermano pecara de palabra y te diera satisfacción, acéptalo siete veces al día. Le preguntó su discípulo Simón: “¿Siete veces al día?”. El Señor le respondió diciendo: “Yo te digo que hasta setenta veces siete. Pues incluso entre los profetas, después de ser ungidos por el Espíritu Santo, se encontró materia de pecado”» (citado por Jerónimo, *Contra Pelagio*, III, 2; PL 23, 598A).

10. Está escrito en (el Evangelio) según los hebreos que, como Cristo deseaba venir a la tierra para efectuar la redención, el Buen Padre llamó a una fuerza celestial llamada Miguel, recomendándole el cuidado de Cristo en esta empresa. Vino la fuerza al mundo, y se llamaba María, y (Cristo) estuvo siete meses en su seno. Después lo dio a luz, y creció en estatura. Y escogió a los apóstoles..., fue crucificado

y asumido por el Padre. Cirilo le pregunta: «¿En qué lugar de los cuatro Evangelios se dice que la santa Virgen María, madre de Dios, es una fuerza?». El monje responde: «En el Evangelio de los Hebreos». «¿Entonces, dice Cirilo, son cinco los Evangelios? ¿Cuál es el quinto?». El monje responde: «Es el Evangelio que fue escrito para los Hebreos»... Cuando ellos lo pusieron en cruz, el Padre lo asumió hacia sí en los cielos (Cirilo de Jerusalén, versión de un fragmento copto de su obra, publicado por V. Burch).

3. Evangelio de los ebionitas o de los Doce

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: En torno al 150.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Citas de Epifanio de Salamis.

1. «Hubo un hombre llamado Jesús, como de treinta años, que nos eligió a nosotros. Llegado a Cafarnaún, entró en la casa de Simón, de sobrenombre Pedro, y abriendo su boca, dijo: “Pasando junto a la orilla del lago Tiberíades, elegí a Juan y a Santiago, hijos de Zebedeo, a Simón y a Andrés, a Tadeo, a Simón el Celota y a Judas el Iscariote. Y a ti también, Mateo, que estabas sentado en la oficina de los tributos, te llamé y tú me seguiste. Quiero, pues, que vosotros seáis doce apóstoles para testimonio de Israel” (citado por Epifanio de

Salamis, *Contra las herejías* 30, 13; PG 41, 428C-P).

2. «Estaba Juan bautizando, y salieron los fariseos adonde él estaba, y fueron bautizados. Tenía Juan un vestido hecho de pelos de camello y un cinturón de cuero alrededor de sus riñones. Su comida era miel silvestre, cuyo sabor era el del maná, como empanada de aceite» (Mt 3, 4-7; ídem, *ibídem*).

3. «Sucedió en los días de Herodes, rey de Judea, que vino Juan bautizando un bautismo de penitencia en el río Jordán. Se decía que era de la estirpe del sacerdote Aarón, hijo de Zacarías e Isabel. Y todos salían hacia él» (Mt 3, 1 y ss., y par.; ídem, *ibídem*; PG 41, 428D-429A).

4. «Bautizada la gente del pueblo, vino también Jesús y fue bautizado por Juan. Y cuando subió del agua, se abrieron los cielos, y vio al Espíritu Santo en forma de paloma que bajaba y entraba en él. Sobrevino una voz del cielo que decía: “Tú eres mi Hijo amado; en ti me he complacido”. Y de nuevo: “Yo te he engendrado hoy”. Al punto una gran luz iluminó el lugar. Al verlo Juan, le dice: “¿Quién eres tú?”. Y otra vez una voz del cielo vino sobre él: “Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido”. Entonces Juan, postrándose ante él, decía: “Te lo ruego, Señor, bautízame tú”. Pero él se lo impedía diciendo: “Deja, porque conviene que así se cumpla todo”» (Mt 3, 13-17; ídem, *ibídem*).

5. «He venido a abolir los sacrificios, y si no cesáis de sacrificar, no se retirará mi ira de vosotros» (ídem, *ibídem*, 30, 16; PG 41, 432C-P).

6. «¿Dónde quieres que preparemos para que comas la Pascua?» (Mt 26, 17 paral.). Él respondió: «¿He deseado acaso ardientemente comer carne con vosotros en esta Pascua?» (ídem, *ibídem*, 30, 22; PG 41, 441D).

4. Evangelio de los egipcios

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Anterior al 200.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Citas de Clemente de Alejandría y Epifanio de Salamis.

1. A Salomé que preguntaba: «¿Hasta cuándo dominará la muerte?». El Señor respondió: «Mientras vosotras las mujeres engendréis». Y ello, no porque la vida sea mala o la creación perversa, sino demostrando lo que sucede naturalmente. Pues la corrupción sigue siempre a la generación (citado por Clemente de Alejandría, *Strom.*, III, 6; PG 8, 1149A-B).

2. El Salvador en persona dijo: «He venido a disolver las obras de la mujer. De la mujer, o sea, de la concupiscencia; sus obras, la generación y la corrupción» (ídem, *ibídem*, III, 9; PG 8, 1165B).

3. De ahí que, al tratar el discurso sobre la consumación, dice Salomé con toda razón: «¿Hasta cuándo los hombres seguirán muriendo?». El Señor responde con toda razón: «Mientras que las mujeres engendren»... (ídem, *ibídem*, III, 9; PG 8, 1165C-1168A).

4. Dice Salomé: «Hice bien al no engendrar»... el Señor replica diciendo: «Come toda clase de hierba, pero la que es amarga no la comas» (ídem, *ibídem*, III, 9; PG 8, 1168C-P).

5. Cuando quiso informarse Salomé acerca del tiempo en que sucederán las cosas que había preguntado, dijo el Señor: «Cuando pisoteéis el vestido del pudor, y cuando las dos cosas se hagan una sola, y cuando el varón con la hembra no sean ni varón ni hembra» (ídem, *ibídem*, III, 13; PG 8, 1192D-

1193A).

6. Dicen del Salvador... que manifestó a sus discípulos que «la misma persona es el Padre, la misma el Hijo y la misma el Espíritu Santo» (citado por Epifanio de Salamis, *Contra las herejías* 62, 2; PG 41, 1052D).

5. Evangelio o tradiciones de Matías

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Mediados del siglo II.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Cita de Clemente de Alejandría.

1. Cuentan que Zaqueo, jefe de los publicanos (algunos dicen que Matías), al escuchar al Señor cuando decidió alojarse en su casa, dijo: «Señor, he aquí que la mitad de mis propiedades la doy como limosna, y si a alguien lo he defraudado en algo, le restituyo el cuádruplo». Por ello también le dijo el Salvador: «El Hijo del hombre, al venir hoy, ha hallado lo que estaba perdido» (citado por Clemente de Alejandría, *Strom.*, IV, 6; PG 8, 1248A).

6. Evangelio de los adversarios de la Ley

y de los Profetas

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Siglos III/IV.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Cita de Agustín de Hipona.

1. Cuando los apóstoles preguntaban cómo se debía juzgar sobre los profetas de los judíos, que habían anunciado algo en el pasado sobre su venida, conmovido porque todavía tuvieran esos sentimientos, respondió: «Os olvidasteis del vivo que está ante vosotros y habláis de los muertos». Vamos a ver, ya que este testimonio procede de no sé qué escrituras apócrifas. ¿Por qué os admiráis de que los herejes hayan inventado tales cosas sobre los profetas de Dios, cuando ni siquiera aceptan sus escritos? (Agustín de Hipona, *Contra los adversarios de la Ley y de los Profetas*, II, 3, 14; PL 42, 647).

7. Evangelio de Eva

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: En torno al 150.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Citas de Epifanio de Salamis.

Estaba yo sobre un monte elevado cuando vi a un hombre

fuerte y a otro raquítico. Oí una voz como de trueno, y me acerqué para escuchar. Y me habló diciendo: «Yo soy tú, y tú eres yo; donde tú estás, allí estoy yo; estoy desparramado en todas las cosas. De donde quieras puedes recogerme, y al recogerme te recoges a ti mismo» (citado por Epifanio de Salamis, *Contra las herejías* 26, 3; PG 41, 336A).

8. Las grandes preguntas de María

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Del siglo III en general.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Cita de Epifanio de Salamis.

Tienen (estos herejes) muchos libros. Entre ellos presentan unas ciertas *Preguntas de María* (Magdalena)... y han compuesto otros evangelios en nombre de los discípulos en los que no se avergüenzan de decir que Jesús mismo presenta su obscenidad. En las *Grandes preguntas* presentan fraudulentamente a Jesús revelándose a ella (María Magdalena) después de haberla conducido a una montaña. Allí Jesús, tras orar, generó a una mujer de su costado y luego, tras tener con ella relaciones sexuales, le hizo compartir por así decirlo su misión y le mostró que «así debemos hacer de modo que vivamos». Y cuando María se perturbó y cayó al suelo, Jesús la levantó y le dijo: «¿Por qué dudaste, oh mujer de poca fe?».

Añaden que este es el significado de lo que se dice en el Evangelio: «Si os he dicho cosas terrenales y no habéis creído, ¿cómo creeréis las celestiales?», y aquello de «Cuando veáis al Hijo del hombre ascendiendo a donde estaba antes», es decir, participar de la emisión de donde procede. Y cuando Cristo dice: «Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre», los discípulos se turbaron y dijeron «¿Quién puede escuchar estas cosas?», afirman que esas palabras se refieren a lo pudiendo. Por ello quedaron perturbados y se retiraron, pues — sostienen— no estaban firmes en la perfección.

Y con las palabras «Será como un árbol plantado en la corriente de las aguas que dará su fruto en el momento oportuno», dicen que se refiere a lo pudiendo del varón, y lo de «las corrientes de las aguas» y «dará su fruto», a la emisión del placer, y lo de «sus hojas no se marchitarán», dicen que se refiere a que no dejemos que caiga a tierra, sino que la comamos. Y voy a pasar por alto muchos de los textos con los que prueban sus asertos para no hacer más daño que provecho, puesto que hablaría en demasía si expongo aquí todo lo que dicen malamente. Por ejemplo, cuando dicen que Rajab puso en su ventana una cinta purpúrea, afirman que no era una cinta, sino sus genitales, y que lo «purpúreo» se refería a la sangre de su menstruación, y que cuando se dice «Bebe el agua de tus cisternas» se refiere a lo mismo.

Sostienen que la carne pertenece a la corrupción y que no habrá de resucitar, sino que es del Arconte. Y que la potencia inherente a la menstruación y al semen es el alma «que recogemos e ingerimos» y que «lo que nosotros comemos — carne, verduras, pan o cualquier otra cosa— lo hacemos un favor a las criaturas, recogiendo el alma de todas las cosas y llevándolas al cielo por nuestro medio». Por ello toman toda clase de carnes y que eso es «tener misericordia para con la humanidad». Y afirman que el alma es la misma y que se halla

esparcida en los animales, en las bestias salvajes, en los peces, reptiles y en los seres humanos, en las verduras, árboles y en los productos del suelo.

G) EVANGELIOS DE TÍTULO DESCONOCIDO

1. Fragmento evangélico «Egerton»

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Siglo II.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiro posterior al siglo II.

Fragmento I [verso] 1-20: ... Pero Jesús dijo a los legisperitos: «Castigad a todo delincuente y malvado, y no a mí. [...] Y volviéndose a los jefes del pueblo, les dijo estas palabras: “Investigad las Escrituras, en las que vosotros pensáis tener la vida. Ellas son las que dan testimonio sobre mí. No penséis que yo he venido para acusaros ante mi Padre. El que os acusa es Moisés, en quien vosotros tenéis puesta vuestra esperanza”. Y como ellos decían: «Sabemos muy bien que Dios habló a Moisés, pero de ti no sabemos de dónde eres», Jesús les respondió diciendo: «Ahora sí que os acusa vuestra infidelidad»...

Fragmento I [recto] 22-41: ... Aconsejaron al pueblo que

tomaran piedras para lapidarlo entre todos. Y los jefes echaron mano sobre él con intención de arrestarlo y entregárselo al pueblo. Pero no podían apresarle, porque todavía no había llegado la hora de su entrega. Pero el Señor mismo, pasando por medio de ellos, se retiró de allí. Y he aquí que un leproso se le acercó y le dijo: «Maestro Jesús, que andas con los leprosos y comes con ellos en la posada, yo también he contraído la lepra. Si, pues, tú quieres, quedaré limpio». El Señor le dijo: «Quiero, sé limpio». Y al momento, se apartó de él la lepra. Le dijo el Señor: «Márchate, muéstrate a los sacerdotes...».

Fragmento II [recto] 43-59: [...] Presentándose ante él en actitud indagatoria, lo tentaban diciendo: «Jesús Maestro, sabemos que has venido de Dios, pues lo que haces da sobre ti un testimonio superior al de todos los profetas, dinos, pues: “¿Es lícito pagar a los reyes lo que conviene a su autoridad? ¿Se lo pagamos o no?”. Pero Jesús, conociendo su pensamiento, les dijo con indignación: “¿Por qué me llamáis de boca *maestro* si no escucháis lo que digo?”. Con razón profetizó sobre vosotros Isaías diciendo: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí. En vano me veneran... preceptos”».

Fragmento II [verso] 60-75: [...] estando aquellos en la duda frente a su sorprendente pregunta, Jesús paseaba y se detuvo junto a la ribera del río Jordán y extendiendo su diestra [...] sembró en el río [...] y ante su vista, el agua produjo fruto ...

2. Palabras del Señor («logia») reunidas en un papiro de Oxirrincó

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Finales del siglo II.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiro de Oxirrincó de comienzos del siglo III.

I. ... «Y entonces verás de sacar la paja que está en el ojo de tu hermano» (Mt 7, 5; Lc 6, 42).

II. Dice Jesús: «Si no os abstenéis del mundo, no encontraréis el reino de Dios. Y si no guardáis el sábado, no veréis al Padre».

III. Dice Jesús: «Estuve en medio del mundo y me manifesté a ellos en carne; y encontré que todos estaban ebrios, y no encontré a nadie entre ellos que estuviera sediento».

IV. (Dice Jesús): «Mi alma sufre por los hijos de los hombres, porque están ciegos de corazón y no miran hacia... la pobreza».

V. Dice Jesús: «Dondequiera que estén [...], y donde hay uno solo, yo estoy con él. Levanta la piedra y allí me encontrarás, parte el leño y allí estoy».

VI. Dice Jesús: «No es acepto un profeta en su propia patria, ni un médico hace curaciones entre los que lo conocen» (Lc 4, 24 paral.).

VII. Dice Jesús: «Una ciudad edificada en lo alto de un monte elevado y fortificada ni puede caer ni ocultarse» (Mt 5, 14).

3. Fragmento evangélico de Oxirrinco 655

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Del siglo III en general o anterior.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiro de Oxirrinco del siglo III.

Columna A, 1-23: No os preocupéis desde la mañana hasta la tarde, ni desde la tarde hasta la mañana, ni por vuestra comida que comeréis, ni por vuestro vestido que vestiréis. Porque vosotros sois mucho mejores que los lirios, que crecen y no hilan. También vosotros tenéis un vestido (Mt 6, 25 y s.; Lc 12, 22 y s.). ¿Quién podría añadir algo a vuestra estatura? (Mt 6, 27). Él os dará a vosotros vuestro vestido. Sus discípulos le dijeron: «¿Cuándo te vas a manifestar a nosotros, y cuándo te vamos a ver?». Él les contestó: «Cuando os desnudéis y no sintáis vergüenza» (Gn 3, 7).

Columna B, 41-50: Decía: «Han escondido las llaves del reino; y ni ellos han entrado ni dejan entrar a los que lo desean. Pero vosotros sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas» (Mt 10, 16).

4. Fragmento evangélico de Fayum

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Del siglo III en general, o anterior.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiro escrito probablemente en las últimas décadas del siglo III encontrado en el oasis del Fayum.

... Y después de comer según la costumbre, les dijo: «Todos os escandalizaréis en esta noche según está escrito: “Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas” (Zac 13, 7). Cuando le dijo Pedro: “Aunque todos, no yo”, Jesús le dijo: “Antes de que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres...”»

5. Fragmento evangélico de Oxirrinco 840

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Siglos IV/V o anterior.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiro de Oxirrinco de los siglos IV/V.

[Verso] 1-23: ... «Antes de obrar injustamente, lo intenta todo. Poned, pues, atención, no sea que padezcáis las mismas cosas que ellos. Pues los malhechores no solamente reciben su

recompensa entre los vivos, sino que tendrán que soportar el castigo y grandes tormentos en la otra vida». Luego, tomando a sus discípulos, los introdujo en el mismo lugar de las purificaciones. Y él se paseaba por el Templo. Entonces se acercó cierto pontífice fariseo, de nombre Leví, les salió el encuentro y dijo al Salvador: «¿Quién te ha dado permiso para poner los pies en este lugar de las purificaciones y contemplar estos vasos sagrados sin haberte lavado y sin que se hayan lavado los pies tus discípulos? Más bien, estando contaminado, has pisado este Templo, lugar sagrado, que nadie que no esté lavado y haya cambiado sus vestidos puede pisar ni se atreve a contemplar los vasos sagrados». Pero poniéndose al instante el Salvador al lado de sus discípulos, le respondió:

[*Recto*] 23-45: «Entonces tú, que estás en el Templo, ¿eres puro?». Aquel le dijo: «Sí, estoy puro, pues me he lavado en la piscina de David, y he subido por una escalera distinta de la de bajada; y me he puesto vestidos blancos y limpios. Así he venido y contemplado estos vasos sagrados». El Salvador le respondió diciendo: «¡Ay de los ciegos que no ven! Tú te has bañado en las aguas corrientes en las que se han metido perros y puercos de noche y de día. Te has lavado y te has enjugado la piel exterior, lo que también las meretrices y las flautistas perfuman, lavan, enjugan y atavían para excitar la concupiscencia de los hombres. Pero su interior está lleno de escorpiones y de toda clase de maldad. En cambio yo y mis discípulos, de quienes dices que no nos hemos purificado, nos hemos lavado en aguas de vida eterna que surgen de... Pero ¡ay de aquellos que...!».

6. Fragmento evangélico gnóstico de Oxirrinco 1081

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Siglos III/IV o anterior.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiro de Oxirrinco copiado entre los siglos III y IV.

[*Verso*] 1-24: Ahora bien, la naturaleza visible, disuelta por una gran extenuación y corrupción, no destruye la naturaleza de las cosas incorruptibles. El que tenga oídos auténticos más allá de los naturales, que escuche. Que yo hablo a los que están vigilantes. Todavía añadió y dijo: «Todo lo que nace de la corrupción perece, como nacido que es de la corrupción. Y lo que nace de la incorruptibilidad no perece, sino que permanece incorruptible, como nacido que es de la incorruptibilidad. Algunos de los hombres se extraviaron porque no vieron la corrupción... [y murieron].

[*Recto*] 25-46: Dijeron los discípulos: «Pues Señor, ¿cómo vamos a encontrar la fe?». El Salvador les contestó: «Pasando de las oscuridades a la luz de lo manifiesto. Esta emanación de la inteligencia os demostrará cómo debe encontrarse la fe clara del Padre que no tiene padre. El que tenga oídos para oír, que oiga. El dueño de todas las cosas no es el padre, sino su progenitor. Pues el padre es solamente principio de las cosas futuras, pero su padre es Dios, progenitor de todas las cosas desde su nacimiento en adelante».

7. Papiro 11710 de Berlín

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Anterior al siglo VI.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiro del siglo VI.

Natanael confesó y dijo: «Rabí, Señor, tú eres el hijo de Dios». El Rabí le contestó diciendo: «Natanael, camina al sol». Natanael le respondió y dijo: «Rabí, Señor, tú eres el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». El Rabí le contestó y dijo...

8. Fragmento de El Cairo: Papiro 10735

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Anterior a los siglos VI/VII.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiro en letras unciales de los siglos VI o VII.

[*Recto*] Habló el ángel del Señor: «José, levántate, toma a María tu esposa y huye a Egipto...».

[*Verso*] ... que te lo expliquen bien. Mas el jefe del ejército celestial dijo a la Virgen: «He aquí que Isabel, tu pariente, ha concebido también; y este es el sexto mes para la que era

llamada estéril. En el sexto mes, que es el mes de Thoth, la madre concibió a Juan. Y era conveniente que el jefe del ejército celestial anunciara a Juan, ministro y precursor de la venida de su Señor.

9. Papiro copto de Estrasburgo/Evangelio del Salvador o Evangelio desconocido de Berlín

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Anterior al siglo v.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: Griego.

Fuentes: Papiro del siglo v.

Copt. 5 (Recto): ... para que sea reconocido por su hospitalidad y alabado por sus frutos... Amén. Dame ahora tu poder, oh Padre, para que los que están conmigo puedan resistir al mundo. Amén. Yo he recibido la diadema (el cetro) del reino... la diadema de aquel que es... despreciados en su pequeñez, pues no son conocidos.

Yo he llegado a ser rey por ti, oh Padre. Tú a todos los someterás a mí. Amén. ¿Por quién será destruido el último enemigo? Por Cristo. Amén. ¿Por quién es destruido el aguijón de la muerte? Por el Unigénito. Amén.

¿A quién pertenece el poder? Pertenece al Hijo. Amén.

(Verso): Cuando Jesús hubo terminado todo el canto de alabanza a su Padre, se volvió a nosotros y nos dijo: «Está

cerca la hora en que seré separado de vosotros. El espíritu está presto, pero la carne es flaca; estad atentos y vigilad conmigo». Y nosotros, los apóstoles, le dijimos llorando: «Hijo de Dios»... Él nos respondió: «No tengáis miedo por la destrucción del cuerpo, temed más bien el poder de las tinieblas. Recordad todo lo que os he dicho: si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros. Alegraos ahora, porque yo he vencido al mundo.

Copt. 6 (Recto): ... para que os manifieste toda mi gloria y os muestre toda vuestra fuerza y el misterio de vuestro apostolado...

(Verso): Nuestras miradas han penetrado por todos los lugares. Nosotros hemos contemplado la gloria de su divinidad y toda la gloria de su poderío. Él nos ha revestido de la fuerza de nuestro apostolado.

H) PALABRAS DE JESÚS NO RECOGIDAS EN LOS EVANGELIOS CANÓNICOS («ÁGRAPHA»)

El Evangelio de Juan termina con una afirmación hiperbólica que testifica que Jesús hizo muchas más cosas que las que han sido registradas en los libros canónicos. Existen, además, múltiples tradiciones que hablan de palabras, eventualmente pronunciadas por Jesús, pero que no se hallan en los Evangelios canónicos, aunque algunas de ellas pueden encontrarse en otras obras del Nuevo Testamento. Estas sentencias han sido calificadas impropriamente como «no escritas» (griego ágrapha). J. G. Körner fue el que usó este término por vez primera en su obra De sermonibus Christi agráphois, de 1776. Esas palabras y expresiones «no escritas» son muy diversas y de orígenes muy diferentes. La inclusión en esta lista no es garantía ninguna de autenticidad.

* * *

1. «Ágrapha» canónicos extraevangélicos

1. Estando con ellos a la mesa, les ordenó que no se

retiraran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre «de la que me escuchasteis: que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo no después de muchos días». [...] Les dijo: «No os corresponde a vosotros conocer los tiempos y los momentos que el Padre ha establecido con su propio poder, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá a vosotros; y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra» (Hch 1, 4-8).

2. Es preciso... recordar las palabras del Señor Jesús, porque él dijo: «Es más feliz dar que recibir» (Hch 20, 35).

3. Haced esto en memoria mía. [...] Haced esto, cuantas veces bebáis, en memoria mía (1 Cor 11, 24-25; Lc 22, 19-20).

4. Pues esto os lo decimos según la palabra del Señor, que nosotros los vivos, los reservados para la parusía del Señor, no llegaremos antes que los que han muerto (1 Tes 4, 15).

5. Mirad que vengo como un ladrón. Feliz el que vigila y guarda sus vestidos de modo que no ande desnudo ni vean sus vergüenzas.

2. «Ágrapha» en lecturas variantes de manuscritos evangélicos

6. ... Vosotros tratad de crecer desde lo pequeño, y [no] disminuir desde lo más grande. Cuando entréis como invitados a un banquete, no os recostéis^[743] en los lugares más destacados, no sea que llegue otro más digno que tú y se acerque el anfitrión y te diga: «Vamos, retírate más abajo». Y

te llenarás de vergüenza. Pero si te sientas en un lugar más bajo y llega otro inferior, te dirá el anfitrión: «Colócate más arriba». Con ello saldrás ganando (cf. Mt 20, 28).

7. Aquellos se excusaban diciendo: «Este mundo inicuo e infiel está bajo el poder de Satanás, que no permite a los que son impuros por obra de los espíritus comprender la verdadera fuerza de Dios. Por eso, revela ya tu justicia», decían aquellos a Cristo. Y Cristo les respondió: «Se ha cumplido el plazo de los años del poder de Satanás, pero se acercan otras cosas terribles. Yo fui entregado a la muerte en favor de los pecadores, para que se conviertan a la verdad y no vuelvan a pecar, para que hereden la gloria espiritual a incorruptible que está en el cielo...».

8. En el mismo día, viendo a uno que estaba trabajando en sábado, le dijo: «Hombre, si supieras lo que estás haciendo, dichoso de ti; pero si no lo sabes, maldito eres y trasgresor de la Ley» (cf. Lc 6, 4).

9. Yo vine en medio de vosotros no como el que está sentado a la mesa, sino como el que sirve; y vosotros habéis crecido en mi servicio como el que sirve (cf. Lc 22, 27).

10. Cuando fue bautizado, surgió del agua un gran resplandor, tanto que se llenaron de temor todos los presentes (cf. Mt 3, 13-17).

11. De repente, hacia la hora tercia^[744] del día aparecieron tinieblas por todo el orbe de la tierra. Bajaron ángeles de los cielos, y cuando resucitó (Jesús) con la claridad de Dios vivo, ascendieron juntamente con él y enseguida se hizo la luz. Entonces las mujeres se acercaron al sepulcro y vieron la piedra removida.

12. Golpeaban su pecho diciendo: «¡Ay de nosotros! Este era Hijo de Dios. Ha llegado en efecto el juicio de la desolación de Jerusalén» (Lc 23, 48).

3. «Ágrapha» citados por los Padres

13. Así, dice, los que desean verme y alcanzar mi reino deben llegar a mí en la tribulación y el sufrimiento (*Bern.*, 7, 11).

14. Por eso también nuestro Señor Jesucristo dijo: «En la situación en que os encuentre, en esa os juzgaré» (*Justino, Diál.*, 47, 5; PG 6, 580A).

15. Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, dijo: «Es preciso que venga lo bueno, y dichoso aquel por quien viene» (1 *Clem.*, 96).

16. Mi secreto es para mí y para los hijos de mi casa» (Clemente de Alejandría, *Strom.*, V, 10, 63, 7; PG 9, 97A).

17. Pedid, pues, las cosas grandes, y las pequeñas se os darán por añadidura (Clemente de Alejandría, *Strom.*, I, 24, 158, 2; PG 8, 905B).

18. Con razón, pues, la Escritura, deseando que nos hagamos dialécticos de esta manera, nos exhorta: «Haceos banqueros experimentados, rechazando unas cosas, pero quedándoos con lo bueno» (Clemente de Alejandría, *Strom.*, I, 28, 177, 2; PG 8, 924B).

19. Dijo el Señor: «Salid de vuestras ataduras los que queréis» (Clemente de Alejandría, *Strom.*, VI, 6, 44; PG 9, 265A).

20. Así pues, dice Jesús: «Me hacía débil por los débiles, hambriento por los hambrientos y sediento por los sedientos» (Orígenes, *Comentario a Mateo*, 13, 2; PG 13 1097B).

21. Por eso dice el Salvador: «Sálvate tú y tu alma» (Clemente de Alejandría, *Excerpta ex Theodoto*, 2; PG 9, 263B).

22. De nuevo dice el Señor: «El casado no sea repudiado y

el no casado que no se case. El que según su designio de soltería ha decidido no casarse, que permanezca célibe» (Clemente de Alejandría, *Strom.*, III, 15, 97, 4; PG 8, 1197A).

23. En el Evangelio está escrito: «La sabiduría envía a sus hijos» (Orígenes, *Comentario a Jeremías*, 14, 5; PG 13, 409B).

24. Por eso dice el Salvador: «El que está cerca de mí, está cerca del fuego; el que está lejos de mí, está lejos del reino» (Dídimo el ciego, *Comentario a los Salmos*, 88, 8; PG 39, 7488D).

25. Por eso dice: «El que habla en los profetas, aquí estoy» (Epifanio de Salamis, *Contra las herejías*, 66, 42; PG 42, 93A).

26. ... el dicho evangélico que dice: «Pasa la figura de este mundo» (Teodoro Bálamo, *Epístolas de Rasaph*, PG 138, 1373).

27. Pues dice: «Has visto a tu hermano, has visto a Dios» (Clemente de Alejandría, *Strom.*, I, 19, 94, 5; PG 8, 812A y 1009A).

28. Marta dijo de María que la había visto sonreírse. María replicó: «No me he reído, pues cuando enseñaba (Jesús), os anunciaba que “lo débil se salvaría por lo fuerte”» (*Norma canónica de los Santos Apóstoles*, 26).

29. Por lo demás, el Señor les decía: «¿Por qué os admiráis de los signos? Os entrego una gran herencia que no posee el mundo entero» (Macario el egipcio, *Homilías*, 12, 17; PG 34, 568D).

30. En verdad dice también sobre el amor: «El amor cubre multitud de pecados» (Clemente de Alejandría, *Pedagogo*, III, 12, 91, 3; PG 669C y 1320B).

31. «Si alguien participa del cuerpo del Señor y se lava, será maldito», como dijo el Señor (*Norma canónica de los Santos Apóstoles*, 3).

32. Pues dice la Escritura: «Un varón que no es tentado, tampoco es aprobado» (*Didascalía*, II, 8).

33. Pues dijo: «Muchos vendrán en mi nombre vestidos por fuera con pieles de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mt 7, 15), y «Habrá cismas y herejías» (Justino, *Diál.*, 35, 3; PG 6, 549C).

34. Pues dijo así: «Sed compasivos para que lo sean con vosotros; perdonad para que se os perdone; como os portéis, así se portarán con vosotros; como dais, así se os dará; como juzgáis, así se os juzgará; como seáis de bondadosos, así lo serán con vosotros; con la medida con que midáis, con la misma seréis medidos» (1 Clem., 13, 2).

35. También se ha dicho acerca de esto: «Que sude tu limosna en tus manos hasta que sepas a quién se la darás» (*Did.*, I, 6).

36. Dice el Señor: «Cuando un árbol se incline y se levante, y cuando de un árbol brote sangre» (*Bern.*, 12, 1).

37. Mientras el Señor explicaba a sus discípulos sobre el futuro reino de los santos que sería glorioso y admirable, sorprendido Judas por lo dicho, preguntó: «Pues ¿quién verá estas cosas?». El Señor respondió: «Estas cosas las verán los que se hagan dignos» (Hipólito de Roma, *Comentario al profeta Daniel*, 4, 60).

Los ancianos, que habían visto a Juan, el discípulo del Señor, recordaron cómo le habían oído contar que el Señor los adoctrinaba acerca de aquellos tiempos y les decía: «Vendrán días en los que nacerán vides, cada una de las cuales tendrá diez mil sarmientos, en un solo sarmiento diez mil ramos, en un solo sarmiento diez mil renuevos, en cada renuevo diez mil racimos, en cada racimo diez mil granos de uva, y cada grano exprimido dará veinticinco metretas^[745] de vino. Cuando alguno de los santos tome un racimo, otro

gritará: “Yo soy un racimo mejor, tómame a mí, y por mí bendice al Señor”. De manera semejante, cada grano de trigo producirá diez mil espigas, cada espiga tendrá diez mil granos, y cada grano diez libras de flor de harina blanca y pura. Los restantes frutos producirán semillas y hierba en la misma proporción. Todos los animales, que se sirvan de estos alimentos nacidos de la tierra, se harán pacíficos y amigos unos de otros, sometidos a los hombres con total sumisión». Papías, discípulo de Juan y compañero de Policarpo, hombre antiguo, da también testimonio de estas cosas por escrito en el cuarto de sus libros; pues escribió cinco libros. Y añadió: «Estas cosas son fidedignas para los creyentes». Como Judas el traidor, dice Papías, no creía y preguntaba cómo llevaría a cabo el Señor tales nacimientos, dijo el Señor: «Los verán los que lleguen hasta ellos» (Ireneo, *Contra las herejías*, V, 33, 3 y s.).

38. Sed fuertes en la guerra y luchad con la serpiente antigua, y recibiréis el reino eterno», dice el Señor (Breviario romano, *Comm. Apost.*, antífona del *Magnificat*, II Vísperas).

4. «Ágrapha» de origen musulmán

39. Dijo Jesús (Dios le dé la paz): «¡Muchos son los árboles! Pero no todos producen fruto. ¡Muchos son los frutos! Pero no todos son buenos. ¡Muchas son las ciencias! Pero no todas son útiles» (Algazel, *Libro del nacimiento de las ciencias religiosas*, I, 24, 5).

40. Dijo Jesús (Dios le dé la paz): «No colguéis margaritas

al cuello de los puercos; pues la sabiduría es mejor que la margarita, y el que la desprecie es peor que los puercos» (Algazel, ob. cit., I, 43, 4).

41. Dijo Jesús (Dios le dé la paz): «¿Cómo podrá ser contado entre los sabios el que, caminando por el camino de la vida futura, dirige sus pasos hacia la vida de este mundo? ¿Y cómo podrá ser contado entre los sabios el que busca la palabra [de Dios, claro] para anunciarla a otros, pero no para cumplirla?» (Algazel, ob. cit., I, 46, 14).

42. Dijo Jesús (Dios le dé la paz): «Dichoso el que deje un deseo presente por una promesa ausente que todavía no ha visto» (Algazel, ob. cit., III, 48, 8).

43. Dijo Jesús (Dios le dé la paz): «Tened cuidado al mirar [a una mujer], porque ello fomenta la concupiscencia en el corazón y es suficiente para la tentación» (Algazel ob. cit., III, 74, 2).

44. Dijo Jesús (Dios le dé la paz): «No permanecen juntos en el corazón del creyente el amor de este mundo y el de la vida futura, como tampoco permanecen juntos el agua y el fuego en un mismo recipiente» (Algazel, ob. cit., III, 140, 10).

45. Dijo Jesús (Dios le dé la paz): «El que busca el mundo es semejante al hombre que bebe agua del mar: cuanto más bebe, tanto más crece su sed, hasta que [el agua] acaba con él» (Algazel, ob. cit., III, 149, 5).

46. Dijo el Mesías (Dios le dé la paz): «Dichoso aquel a quien Dios enseñe su libro, pero después no muera ensoberbecido» (Algazel, ob. cit., III, 235, 21).

47. Decía el Mesías (Dios lo bendiga y le dé la paz) a los hijos de Israel: «Os recomiendo agua pura, hierbas silvestres y pan de cebada. Cuidado con el pan de trigo, puesto que nunca podréis dar gracias suficientes a Dios» (Algazel, ob. cit., 164, 14).

48. Se cuenta de Jesús, el hijo de María (Dios llene a ambos de bendiciones y les dé la paz), que dijo: «¡Oh reunión de sabios! Os habéis apartado del camino de la verdad y habéis amado al mundo. Sin embargo, como los reyes os han dejado la sabiduría, así también vosotros dejadles a ellos mismos el dominio del mundo» (Samarqandi [s. x], *Desvelo de los negligentes*, 190, 12).

49. Se dice que Jesús (Dios le dé la paz) dijo a sus apóstoles: «No os he adoctrinado para que os vanagloriéis. Os adoctriné solamente para que trabajéis. La sabiduría no es desde luego la expresión de la sabiduría, sino la práctica de la sabiduría» (Ibn Abd al-Barr, *Breviario o summa acerca de la ciencia de las tradiciones proféticas...*, 100, 8).

50. Dijo Jesús (Dios le dé la paz): «Dos son mis amigos. El que los ama, a mí me ama; el que los odia, a mí me odia. A saber, la pobreza y la mortificación de la codicia» (Algazel, *Epítome del «Renacimiento de las ciencias religiosas»*, 146, 16).

51. Dijo el Mesías (Dios le dé la paz): «¡Oh reunión de los apóstoles! Son muchas las lámparas que el viento apaga; muchos los siervos que la vanidad corrompe» (Algazel, *Epítome...*, 63, 14).

Apéndice



LA FUENTE «Q»

Autor: Desconocido. Probablemente un discípulo directo de Jesús que, tras la muerte del Maestro, vive en Galilea.

Fecha de composición: Hacia el 50.

Lugar de composición: Galilea.

Lengua original: Griego.

Fuente: Reconstrucción del texto a partir de una comparación de los evangelios de Mateo y Lucas en aquellos lugares en los que coinciden muy estrechamente, y a la vez no se encuentran en el evangelio de Marcos.

Este «evangelio» es una reconstrucción técnica, absolutamente fiable —al igual que los científicos reconstruyen con toda seguridad la lengua antigua indoeuropea, hoy perdida, por medio de la comparación entre las lenguas hijas de aquella—, de un evangelio perdido. Este fue probablemente la primera colección por escrito, en griego, de dichos o sentencias de Jesús. Este «evangelio» no contenía relatos (con la excepción del relato de las tentaciones de Jesús [Q 4, 2-13] y el episodio del centurión de Cafarnaún [Q 7, 1-10]) ni historia de la pasión o de la resurrección.

Probablemente empezó a compilarse por parte de discípulos

anónimos de Jesús en Galilea en torno al año 50 d. de. C., o quizá antes, y sufrió diversas añadiduras y glosas. Probablemente fue editado un par de veces antes de adquirir su forma definitiva. Por lo que se deduce de la reconstrucción, Q no parece ser un evangelio de pretensiones como los otros cuatro canónicos. Se ha señalado que esta colección lleva la impronta de un momento del cristianismo que es aún un «radicalismo itinerante». Acentúa los aspectos proféticos de Jesús y no contiene aún algunos dichos y relatos que precisan los rasgos más pertinentes de la imagen de este: por ejemplo, faltan los conflictos en torno a la Ley (discusiones sobre el sábado o críticas a las normas sobre los alimentos).

No se sabe quién es el autor, o autores, de esta compilación. Probablemente carismáticos itinerantes de Galilea que predicaban a Jesús en ese entorno. La lengua original pudo ser el arameo, lengua materna de Jesús, pero muy pronto fue traducido al griego. Se discute también si el evangelista Marcos conoció o no esta compilación, que tiene un parecido estructural muy notable con el Evangelio de Tomás de Nag Hammadi (véase p. 432).

Se opina en general que el evangelista Lucas sigue con mayor fidelidad el orden de la Fuente Q. Por ello se utilizan los capítulos y versículos de su evangelio para numerarla.

* * *

Q 3, 7-9: Juan anuncia el juicio divino

⁷ Dijo a las gentes que venían para ser bautizadas: «Crías de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira que va a venir?». ⁸ Así pues, dad fruto digno de arrepentimiento y no esperéis decir entre vosotros: tenemos como padre a Abrahán. Pues os digo que Dios es capaz de hacer surgir de estas piedras hijos de Abrahán. ⁹ Ya se encuentra el hacha junto a la raíz de los árboles: es más, todo árbol que no dé fruto bueno es talado y

arrojado al fuego.

Q 3, 16b-17: *El que viene detrás*

¹⁶ Yo os bautizo mediante agua, pero quien viene tras de mí es más poderoso, cuyas sandalias no soy capaz de quitarle; él os bautizará mediante Espíritu santo y fuego; ¹⁷ cuyo ^[746] biello tiene en su mano y dejará limpia la era y reunirá el trigo en su granero, pero la paja la quemará en un fuego inextinguible.

Q 3, 21-22: *Bautismo de Jesús*

Jesús ... fue bautizado... se abrió... el... cielo... Y... el Espíritu... sobre él...

Q 4, 1-4, 9-12, 5-8, 13: *Tentaciones de Jesús*

¹ Y Jesús fue transportado al desierto por el Espíritu para ² ser tentado por el diablo. Y... cuarenta días tuvo hambre. ³ Y le dijo el diablo: «Si hijo eres de Dios, di que las piedras estas se conviertan en panes». ⁴ Y le respondió Jesús: «Está escrito que *no con pan únicamente vive el hombre*».

⁹ Lo lleva consigo el diablo a Jerusalén y lo colocó sobre el alero del Templo y le dijo: «Si hijo eres de Dios, tírate abajo. ¹⁰ Pues está escrito que *a sus ángeles se encomendará tu cuidado*.¹¹ Y en sus manos te levantarán para que nunca tropieces tu pie contra una piedra». ¹² Y respondiéndole, dijo Jesús: «Está escrito: *No tentarás al Señor tu Dios*».

⁵ Y lo lleva el diablo consigo a un monte alto por demás y le muestra todos los reinos del mundo y su esplendor. ⁶ Y le dijo: «Te daré todo esto, ⁷ si llegas a adorarme de rodillas». ⁸ Y respondiéndole Jesús, le dijo: «Está escrito: *al señor tu Dios lo adorarás de rodillas y a él solo lo servirás*». ¹³ Y el diablo lo deja libre.

Q 6, 20-23: *Bienaventuranzas*

²⁰ Y alzando sus ojos hacia sus discípulos... dice...: «Felices

los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. ²¹ Felices los hambrientos, porque seréis saciados. Felices los que lloráis, porque seréis consolados. ²² Seréis felices cuando os injurien y persigan y digan todo mal de vosotros por causa del Hijo del hombre. ²³ Alegraos y regocijaos, porque vuestra paga será abundante en el cielo; pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros».

Q 6, 27-28, 35c-d: El amor a los enemigos

²⁷ Amad a vuestros enemigos ²⁸ y rogad por quienes os persiguen, ^{35c-d} para que os convirtáis en hijos de vuestro padre, porque hace que salga el sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos.

Q 6, 29-32, 34: Contra la ley del talión

²⁹ A quien te golpea en la mandíbula, ofrécele también la otra; y a quien quiere juzgarte y quitarte la túnica, dale también el manto. ^{29+30/Mt 5, 41} Y quien te obligue a una milla, sigue con él dos. ³⁰ A quien te pida, dale; de quien te tome en préstamo, no reclames lo tuyo. ³¹ Y tal como queréis que actúen los hombres con vosotros, así actuad con los demás. ³²... Si amáis a quienes os aman, ¿qué recompensa tenéis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? ³⁴ Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué recompensa tenéis? ¿No hacen lo mismo los gentiles?

Q 6, 36-42: Compasión; corrección fraterna

³⁶ Sed compasivos como... vuestro padre es compasivo. ³⁷... No sigáis juzgando... y no seréis juzgados: pues según el criterio con juzguéis seréis juzgados, ³⁸ y según la medida con que midáis seréis medidos. ³⁹ ¿Acaso puede un ciego guiar a un ciego? ¿No caerán ambos a un hoyo? ⁴⁰ No hay discípulo por encima del maestro; le basta al aprendiz con ser como su maestro. ⁴¹ ¿Por qué miras la brizna en el ojo de tu hermano,

pero la viga en el tuyo no la notas? ⁴² ¿Cómo... a tu hermano: «Deja que te quite la brizna de tu ojo, y he aquí que la viga está en tu ojo? Hipócrita, quita primero de tu ojo la viga, y entonces verás con claridad para quitar la brizna... ojo... de tu hermano».

Q 6, 43-49: Escuchar y obedecer a Jesús

⁴³ ... No hay buen árbol que dé fruto podrido, ni a su vez árbol podrido que dé buen fruto.⁴⁴ Pues del fruto nace el árbol. ¿Es que se cogen higos de acantos o uvas de cardos? ⁴⁵ El hombre bueno saca cosas buenas del buen tesoro, y el malo saca cosas malas del mal tesoro; pues por causa de un exceso de corazón habla su boca. ⁴⁶ ¿Por qué me llamáis: señor/maestro, señor/maestro, y no hacéis lo que digo? ⁴⁷ Todo aquel que me escucha... palabra... y que las lleva a cabo, es igual al hombre que edificó su casa sobre la piedra; y cayó la lluvia y llegaron los ríos y soplaron los vientos y se precipitaron sobre aquella casa, y no cayó, pues estaba asentada sobre la piedra. Y todo aquel que escucha mis palabras y no las lleva a cabo es igual al hombre que edificó su casa sobre la arena; y cayó la lluvia y llegaron los ríos y soplaron los vientos y chocaron contra aquella casa, y al instante se derrumbó y su caída fue grande (estrepitosa).

Q 7, 1.3.6b-9. ¿10?: El siervo del centurión

¹ Y sucedió que, cuando... terminó estas palabras, se dirigió hacia Cafarnaún. ³ Se le acercó un centurión que le rogaba y decía: «Mi criado se encuentra mal». Y le dijo: «¿Me acercaré yo a curarlo?». ^{6b-c} Y respondiéndole, dijo el centurión: «Señor/maestro, no soy digno de que entres bajo mi techo, ⁷ pero di una palabra y mi hijo se curará, ⁸ pues también yo soy un hombre bajo autoridad, con soldados bajo mi mando, y digo a uno: ve, y va, y a otro: ven y viene, y a mi esclavo: haz esto y lo hace». ⁹ Al oírlo Jesús se sorprendió y dijo a quienes

lo seguían: «Ni en Israel he encontrado confianza semejante».

Q 7, 18-19, 22-23: Juan Bautista ignora si Jesús es el Mesías

¹⁸... Juan... tras tener noticias de todas estas cosas y enviar a sus discípulos a buscarlo, ¹⁹ le dijo: «¿Eres tú el que va a venir o esperamos a otro?» ²² Y respondiendo, les dijo: «Marchad y decidle a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos son curados y los sordos oyen, y los muertos son resucitados y los pobres reciben la buena noticia; ²³ y es dichoso quienquiera que no se escandalice por mí».

Q 7, 24-28: Alabanza del Bautista

²⁴ Tras marcharse estos comenzó a hablar a las gentes sobre Juan: «¿Qué vinisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ²⁵ ¿Pero qué vinisteis a ver? ¿A un hombre vestido con trajes? Tenéis a quienes llevan trajes en las casas de los reyes. ²⁵ ¿Pero qué vinisteis a ver? ¿A un profeta? Os aseguro que sí, y un profeta especialmente importante. ²⁷ Él es de quien se ha escrito: “Yo envío a un mensajero mío delante de ti que preparará tu camino delante de ti”. ²⁸ Os digo: no ha surgido entre los nacidos de las mujeres nadie mayor que Juan: pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él».

Q 7, 31-35: Jesús comilón y borracho

³¹ ¿Con qué identificaré a esta generación y a qué es igual? ³² Es igual a unos niños sentados en las plazas que hablando entre sí dicen: os tocamos la flauta y no bailasteis, nos lamentamos y no llorasteis. ³³ Pues vino Juan que no comía ni bebía, y decís: tiene un demonio. ³⁴ Vino el Hijo del hombre comiendo y bebiendo y decís: aquí tienes un hombre tragón y dado al vino, amigo de publicanos y pecadores. ³⁵ Y fue juzgada la Sabiduría a tenor de sus hijos.

Q 9, 57-60: Seguimiento de Jesús

⁵⁷ Y uno le dijo: «Te seguiré allí donde vayas». ⁵⁸ Y le dijo Jesús: «Las zorras tienen madrigueras y nidos las aves del cielo, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza». ⁵⁹ Otro le dijo: «Señor/maestro, déjame primero irme y enterrar a mi padre». ⁶⁰ Y le dijo: «Sígueme y deja que los muertos entierren a los muertos».

Q 10, 2-16: Misión de los setenta y dos

² Dijo... a sus discípulos: «La siega es mucha, pero los trabajadores pocos; pedid, pues, al dueño de la siega que envíe trabajadores a la siega. ³ Marchaos; mirad que os envíe como a ovejas entre lobos. ⁴ No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias ni bastón; y no saludéis a nadie por el camino. ⁵ En la casa en la que entréis, decid lo primero, paz para esta casa. ⁶ Y si en ella hay un hijo de la paz, se llegue vuestra paz sobre él; y si no, se vuelva vuestra paz sobre vosotros. ⁷ Y permaneced en esa casa “comiendo y bebiendo lo de aquellos”; pues digno es el trabajador de su sueldo. No paséis de una casa a otra. ⁸ Y en la ciudad a la que entréis y os reciban, “comed lo que os esté preparado”. ⁹ Y curad a quienes en ella estén enfermos y decidles: “Ya está cerca de vosotros el reino de Dios”. ¹⁰ Y de la ciudad a la que entréis y no os reciban, marchaos fuera de la ciudad. ¹¹ Quitad el polvo de vuestros pies. ¹² Os digo que para Sodoma será más llevadero aquel día que para esa ciudad. ¹³ ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón hubieran tenido lugar los milagros ocurridos entre vosotras, hace tiempo que hubieran hecho penitencia mediante saco y ceniza. ¹⁴ Más llevadero será para Tiro y Sidón en el juicio que para vosotras. ¹⁵ Y tú, Cafarnaún, ¿serás elevada hasta el cielo? Bajarás hasta el Hades. ¹⁶ Quien os reciba me recibe, y quien me reciba recibe a quien me he enviado».

Q 10, 21-24: Revelación del Padre a los pequeños

²¹ Entonces dijo: «Te agradezco, Padre, Señor del cielo y la tierra, que ocultaste esto a los sabios e inteligentes y lo desvelaste a los ingenuos; sí, padre, porque así te pareció bien.

²² Todo me fue concedido por mi Padre, y nadie conoce al hijo salvo el padre, ni conoce nadie al padre a no ser el hijo y aquel a quien el hijo quiera desvelarlo. ²³ Felices los ojos que vean lo que veis. ²⁴ Pues os aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que veis y no lo vieron, y escuchar lo que escucháis y no lo escucharon».

Q 11, 2b-4: El Padrenuestro

^{2b} Cuando recéis, decid: Padre, sea santo tu nombre; venga tu reino. ³ Nuestro pan de cada día, dánoslo hoy. ⁴ Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores; y no nos llesves a la tentación.

Q 11, 9-13: Efectos de la oración

⁹ Os digo: pedid, y se os concederá; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá. ¹⁰ Pues todo el que pide consigue y el que busca encuentra y a quien llama se le abre. ¹¹... ¿Quién es de vosotros un hombre tal que, caso de pedirle pan su hijo, le dará una piedra? ¹³ Entonces, si vosotros que sois malos sabéis dar buenos regalos a vuestros hijos, cuánto más dará el padre del cielo bondades a quienes le piden.

Q 11, 14-15. 17-20: Poder de Jesús sobre los demonios

¹⁴ Y expulsó a un demonio mudo; y expulsado el demonio habló el mudo y las gentes se maravillaron; ¹⁵ Y unos dijeron: «Mediante Belcebú, que gobierna a los demonios, expulsa demonios». ¹⁷ Y conociendo sus pensamientos, les dijo: «Todo reino dividido en sí mismo es devastado y toda casa dividida en sí misma no permanecerá. ¹⁸ Y si Satanás se dividió en sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? ¹⁹ Y si yo expulso los

demonios gracias a Belcebú, ¿gracias a quién los expulsan vuestros hijos? Por esa razón ellos serán vuestros jueces.²⁰ Pero si yo arrojo los demonios mediante el dedo de Dios, realmente el reino de Dios os ha alcanzado».

Q 11, 23

Quien no esté conmigo está contra mí, y quien no reúna conmigo dispersa.

Q 11, 24-26: *Regreso del espíritu impuro*

²⁴ Cuando el espíritu impuro salió del hombre, marcha por lugares desiertos buscando un descanso y no lo encuentra. Entonces dice: «Volveré a mi casa, de donde salí». ²⁵ Y al llegar la encuentra ya limpia y ordenada. ²⁶ Entonces se marcha y reúne consigo otros siete espíritus peores que él y cuando llegan se asientan allí; y el final de aquel hombre acaba por ser peor que su principio.

Q 11, 16.29-32: *La señal del cielo*

¹⁶ Algunos le reclamaban una señal. ²⁹ Él dijo: «Esta generación es una malvada; reclama una señal, y no se le dará otra señal que la de Jonás. ³⁰ Pues tal como Jonás se convirtió en señal para los ninivitas, el Hijo del hombre lo será para esta generación. ³¹ La reina del sur será resucitada en el juicio junto con esta generación y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón y aquí hay algo más importante que Salomón. ³² Algunos ninivitas resucitarán en el juicio junto con esta generación y la condenarán, porque se convirtieron a la predicación de Jonás, y aquí hay algo más importante que Jonás».

Q 11, 33

³³ Nadie enciende una lámpara y la coloca en un lugar escondido, sino en un candelabro, y alumbrará a todos los presentes en la casa.

Q 11, 34-35

³⁴ La vela del cuerpo es el ojo; si tu ojo es puro, todo tu cuerpo es luminoso; pero si tu ojo es malvado, todo tu cuerpo es tenebroso. ³⁵ Así pues, si la luz es en ti tiniebla, ¡cuánta tiniebla!

Q 11, 42. 39b. 41. 43-44: *Ayes contra los fariseos*

⁴² ¡Ay de vosotros, fariseos!, porque pagáis el diezmo de la menta, el eneldo y el comino y descuidáis la justicia, la compasión y la fe; pero esto hay que cumplirlo y no descuidar lo otro. ^{39b} ¡Ay de vosotros, fariseos!, porque laváis el exterior de la copa y del plato y por dentro están llenos rapiña y ambición. ⁴¹ Limpiad el interior de la copa y su exterior puro... ⁴³ ¡Ay de vosotros, fariseos!, porque amáis la presidencia en los banquetes y el puesto de honor en las sinagogas y los saludos en los mercados. ⁴⁴ ¡Ay de vosotros, fariseos!, porque sois como tumbas inciertas, y los hombres que caminan por encima no lo saben.

Q 11, 46b. 52. 47-48: *Contra los maestros de la Ley*

^{46b} ¡Ay también de vosotros, los expertos en la Ley!, porque atáis mercancías y las colocáis sobre los hombros de los hombres, pero vosotros mismos no queréis moverlas con vuestro dedo. ⁵² ¡Ay de vosotros, los expertos en la Ley! Porque cerráis el reino de Dios a los ojos de los hombres; ni vosotros entrasteis ni permitís que entren los que llegan. ⁴⁷ ¡Ay de vosotros!, porque construís las tumbas de los profetas, pero vuestros padres los mataron. ⁴⁸... Dais testimonio contra vosotros mismos de que sois hijos de vuestros padres...

Q 11, 49-51 *Jesús como la Sabiduría divina*

⁴⁹ Por eso también la Sabiduría... dijo: «Os enviaré profetas y sabios, de ellos matarán y perseguirán. ⁵⁰ Y así sea reclamada a esta generación la sangre de todos los profetas derramada

desde el principio del mundo. ⁵¹ Desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías el que murió entre el altar del sacrificio y el Templo. Os aseguro que será reclamado a esta generación».

Q 12, 2-3. 4-5. 6-7: La Providencia

² Nada hay oculto que no sea descubierto, ni secreto que no sea conocido. ³ Lo que os digo en tinieblas contadlo a la luz, y lo que oís por vuestro oído anunciadlo por las casas. ⁴ Y no temáis a quienes matan el cuerpo, pues no son capaces de matar el alma. ⁵ Al contrario, temed a quien puede arruinar cuerpo y alma en el infierno. ⁶ ¿No se venden cinco gorrones por dos ases? Y ni uno de ellos cae a tierra sin (quererlo) vuestro padre. ⁷ Pero todos los pelos de vuestra cabeza ya están contados. No temáis: vosotros valéis más que muchos pájaros.

Q 12, 8-9. 10: El Hijo del hombre celeste como abogado de los seguidores de Jesús

⁸ Todo aquel que se comprometa conmigo ante los hombres, también el Hijo del hombre se comprometerá con él ante los ángeles. ⁹ Quien me niegue ante los hombres, será negado ante los ángeles...¹⁰ Y quien pronuncie una palabra contra el Hijo del hombre será perdonado por esto; pero quien hable contra el Espíritu santo, no se le perdonará por esto.

Q 12, 11-12

¹¹ Cuando os lleven a las sinagogas, no os preocupe cómo o qué diréis; ¹² pues el Espíritu santo os enseñará en su momento qué diréis.

Q 12, 33-34

³³ «No atesoréis tesoros en la tierra, lugar en el que la polilla y la herrumbre destruyen y donde los ladrones hacen butrones y roban». Por el contrario, atesorad tesoros en el

cielo, donde ni polilla ni herrumbre destruyen ni los ladrones hacen butrones ni roban. ³⁴ Pues donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón.

Q 12, 22b-31: Confianza en la Providencia

^{22b} Por eso os digo: No os atormente el ánimo qué comeréis, ni en vuestro cuerpo qué vestiréis. ²³ ¿No es el alma más importante que el alimento y el cuerpo más importante que el vestido? ²⁴ Meditad sobre los cuervos, que no siembran ni recogen la cosecha ni la llevan a los graneros, y Dios los alimenta; ¿no sois vosotros más importantes que las aves? ²⁵ ¿Quién de vosotros, a causa de las preocupaciones, puede aumentar su estatura un codo? ²⁶ Y respecto a la vestimenta, ¿por qué os preocupáis? ²⁷ Comprended la forma en que los lirios crecen: no trabaja ni hila; pero os digo, ni Salomón mediante toda su gloria se vistió como uno de estos. ²⁸ Y si Dios viste así la hierba que hoy está en un campo y mañana será arrojada al horno, ¿no (lo hará) mucho más con vosotros, descreídos? ²⁹ Así pues, no os preocupe decir: ¿Qué comeremos? O ¿qué beberemos? O ¿qué vestiremos? ³⁰ Pues todo esto lo desean los gentiles, porque vuestro padre sabe que necesitáis todo esto. ³¹ Por el contrario, buscad su reinado, y todo esto os será dado.

Q 12, 39-40

³⁹ Sabed esto, que si el señor de la casa supiera a qué hora de la noche vendrá el ladrón, no permitiría que su casa sufriera un asalto.

⁴⁰ Y vosotros preparaos, porque no imagináis en qué momento vendrá el Hijo del hombre.

Q 12, 42-46: Los siervos fieles e infieles

⁴² ¿Cuál es entonces el esclavo fiel y prudente al que el señor colocó al frente de la servidumbre para que les diera en su

momento el alimento? ⁴³ Feliz el siervo aquel que encuentre su señor a su llegada actuando así; ⁴⁴ os aseguro que lo colocará al frente de todos sus bienes. ⁴⁵ Pero si el esclavo aquel se dijera para sí: Tarda mi señor, y comenzara a golpear a sus compañeros de esclavitud, y comiera y bebiera con los borrachos, ⁴⁶ llegará el señor de ese esclavo un día que este no se espere y en un momento que no sepa, y lo partirá en dos y le impondrá la suerte de los desleales.

Q 12, 49.51.53: Jesús no vino a traer paz

⁴⁹ He venido a arrojar fuego sobre la tierra y cuánto deseo que ya hubiera prendido. ⁵¹ ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No he venido a traer paz sino espada. ⁵³ Pues he venido a separar al hijo del padre, a la hija de la madre, a la recién casada de su suegra.

Q 12, 54-56

⁵⁴ Llegada la tarde decís: Buen tiempo, pues el cielo está rojo; ⁵⁵ y por la mañana, mañana mal tiempo, pues el cielo está rojo y tiene aspecto sombrío; ⁵⁶ sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¿pero no podéis distinguir el momento concreto?

Q 12, 58-59

⁵⁸ Hasta que... con tu adversario en el camino, esfuérzate en alejarte de él, que jamás el adversario te entregue al juez y el juez al asistente y el asistente te arroje a la cárcel. ⁵⁹ Te advierto, no sea que no salgas de allí hasta que entregues el último cuadrante.

Q 13, 18-19. 20-21: El reino de Dios

¹⁸ ¿A qué tiene semejanza el reino de Dios y a qué lo asemejaremos? ¹⁹ Tiene semejanza a una semilla de mostaza que cogió un hombre y la arrojó a su huerto; y creció y se convirtió en un árbol, y las aves del cielo se posaron en sus

ramas. ²⁰ Y de nuevo: ¿A qué asemejaremos el reino de Dios?
²¹ Tiene semejanza con la levadura, que una mujer tomó y ocultó en tres celemines de harina hasta que todo fermentó.

Q 13, 24-27. 29.28. 30: Los dos caminos

²⁴ Entrad por la puerta estrecha, porque muchos procurarán entrar y pocos son los que entrarán por ella. ²⁵ Desde el momento en que se levante el dueño de la casa y cierre con llave la puerta también empezaréis a quedaros fuera y a llamar a la puerta diciendo: «Señor, ábrenos», os dirá por respuesta: «No os conozco». ²⁶ Entonces empezaréis a decir: «Comimos frente a ti y bebimos y en nuestras plazas enseñaste»; ²⁷ y él os dirá: «No os conozco; alejaos de mí quienes causáis el desprecio a la Ley». ²⁹ Y muchos de los orientales y occidentales llegarán y serán llamados ²⁹ junto a Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de Dios, pero vosotros seréis arrojados a la oscuridad exterior; allí estará el llanto, y el rechinar de dientes. ³⁰ Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos.

Q 13, 34-35

³⁴ Jerusalén, Jerusalén, que matas a tus profetas y apedreas a los enviados a ti, ¡cuántas veces quise congrega a tus hijos, a la manera en que un pájaro congrega a sus crías bajo las alas, y no quisiste! ³⁵ Por eso se os privará de hogar. Os aseguro... que no me veréis hasta que llegue el momento en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor.

Q 14, 11

¹¹ Todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

Q 14, 16-18.21.23: Parábola del banquete

¹⁶ Cierta hombre preparaba un gran banquete, y llamó a muchos, ¹⁷ y envió a su esclavo a la hora del banquete a decir a

los convocados: «Venid, porque está ya listo». ¹⁸ Uno se excusó a causa del campo... ²¹ Y el esclavo (contó) esto a su señor. El señor de la casa se enfadó y dijo a su esclavo: ²³ «Sal a los caminos y a cuantos encuentres convídalos para que se llene mi casa».

Q 14, 26-27.33: Seguimiento de Jesús

Quien no odia a su padre y a su madre no puede ser discípulo mío, y quien no odia a su hijo y a su hija no puede ser discípulo mío.²⁷ Quien no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. ³³ Quien encuentra su alma la pierde, y quien pierde su alma por mi culpa la encuentra.

Q 14, 34-35: Los discípulos comparados a la sal

³⁴ Buena es la sal; pero si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se condimentará? ³⁵ Ni para la tierra ni para el establo es útil, la tiran fuera.

Q 16, 13: Dos señores

Nadie puede servir a dos señores; pues u odia a uno y al otro lo ama, o se consagra a uno y al otro lo desdeña. No se puede servir a Dios y a *mamoná*^[747].

Q 16, 16

¹⁶ La... Ley y los Profetas hasta Juan; desde entonces, el reino de Dios sufre violencia y los que usan de la fuerza lo saquean.

Q 16, 17: Jesús y la Ley

¹⁷ Que pasen el cielo y la tierra es más fácil que caerse una i o una coma de la Ley.

Q 16, 18: Adulterio por el solo pensamiento

¹⁸ Todo el que repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio, y quien se case con una repudiada comete adulterio.

Q 17, 1-2: Los escándalos

¹ Es necesario que vengan escándalos, pero ¡ay de aquel por cuya causa vengan! ² Más le conviene a aquel que una piedra de molino le rodee el cuello y sea arrojado al mar que escandalizar a uno de estos pequeños.

Q 15, 4-5a.7. 8-10: La oveja y la dracma perdidas

⁴ Cierta hombre de entre vosotros tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja las noventa y nueve por el monte y marcha a buscar la perdida? ^{5a} Y si acaba encontrándola, ⁷ os aseguro que se alegra más por ella que por las noventa y nueve no extraviadas. ⁸ ¿Acaso una mujer que tenga diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende una vela y barre la casa y la busca hasta que la encuentra? ⁹ Y cuando la encuentra llama a sus amigas y vecinas y dice: «Alegraos por mí, pues he encontrado la dracma que perdí».

Q 17, 3-4: Corrección fraterna

³ Si tu hermano peca contra ti, incrépalo, y si se arrepiente, perdónalo. ⁴ Y si peca siete veces contra ti, también lo perdonarás siete veces.

Q 17, 6: La fe

⁶ Si tenéis una fe tal como una semilla de mostaza, diríais a esta morera: Arráncate y procrea en el mar; y os haría caso.

Q 17, 20-21. 23-24. 37: Cuando viene el reino de Dios

²⁰ Al preguntarle cuándo vendrá el reino de Dios dijo por respuesta: no vendrá el reino de Dios ostentosamente. ²¹ ¡Aquí está!... pues el reino de Dios está dentro de vosotros. ²³ Si os dijeran: «Mirad, está en el desierto», no salgáis; «Mirad, está en los graneros», no os pongáis a andar. ²⁴ Pues tal como el relámpago surge por levante y brilla hasta poniente, de la misma manera se presentará en la tierra el Hijo del hombre.³⁷ Allí donde hay un cadáver, ahí se reunirán los buitres.

Q 17, 26-27. 30: Revelación del Hijo del hombre

²⁶ Tal como sucedió en los días de Noé, así ocurrirá en el día del Hijo del hombre. ²⁷ Pues como en aquellos días comían y bebían, se casaban y daban en matrimonio, hasta el día que llegó Noé a su arca, y vino el cataclismo y a todos se llevó. ³⁰ Así ocurrirá y en el día del Hijo del hombre será revelado.

Q 17, 34-35: Jesús como causa de división

³⁴ Os aseguro, habrá en el campo dos, uno será acogido, el otro despedido; ³⁵ dos (habrá) moliendo, una será acogida, la otra despedida.

Q 19, 12-13. 15-24. 26: Parábola de las minas

¹² Cierta hombre, al irse de viaje, ¹³ llamó a diez esclavos suyos y les dio diez minas y les dijo: «Trabajad mientras vuelvo». ¹⁵ Después de mucho tiempo, vuelve el señor de aquellos esclavos y reúne la cuenta con ellos. ¹⁶ Y llegó el primero y dijo: «Señor, tu mina ha producido diez minas». ¹⁷ Y le dijo: «Bien, buen esclavo, fuiste leal en lo poco, te colocaré al frente de mucho». ¹⁸ Y vino el segundo y dijo: «Señor, tu mina ha producido cinco minas». ¹⁹ Le dijo: «Bien, buen esclavo; fuiste leal en lo poco, te colocaré al frente de mucho». ²⁰ Y vino otro y dijo: «Señor, ²¹ sabedor de que eres un hombre duro, que cosechas donde no has sembrado y haces acopio de donde no has despilfarrado, atemorizado, me fui y escondí tu mina bajo tierra; aquí tienes lo tuyo». ²² Le dijo: «Mal esclavo, ¿sabías que cosecho de donde no sembré y hago acopio de donde no despilfarro? ²³ Entonces debías mis monedas de plata a los banqueros, y yo hubiera ido y hubiera recogido lo mío interés. ²⁴ Quitadle, pues, la mina y dadla a quien tiene diez minas. ²⁶ Pues a todo el que tiene se le dará y a que no tiene incluso cuanto tiene se le quitará».

Q 22, 28.30: Premio al seguimiento de Jesús

²⁸ Vosotros, los que me seguisteis, ³⁰ os sentaréis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Índice de evangelios



- «Ágrapha» canónicos extraevangélicos
- «Ágrapha» citados por los Padres
- «Ágrapha» de origen musulmán
- «Ágrapha» en lecturas variantes de manuscritos evangélicos
- Actas de Pilato
- Carta de Herodes a Pilato
- Carta de Jesús acerca del domingo
- Carta de Pedro a Felipe
- Carta de Poncio Pilato al emperador Claudio
- Carta de Pilato a Herodes
- Carta de Poncio Pilato a Tiberio
- Carta de Tiberio a Pilato
- Ciclo de Pilato
- Copia de la carta escrita por el rey Abgaro a Jesús y enviada a Jerusalén por medio del correo Ananías
- Correspondencia entre Pilato y Herodes
- Declaración de José de Arimatea
- Descenso de Cristo a los infiernos
- Diálogo del Salvador
- Escrito, compuesto en siríaco, unido a las cartas anteriores
- Evangelio árabe de la infancia

Evangelio armenio de la infancia
Evangelio de Bartolomé
Evangelio de Eva
Evangelio de Juan
Evangelio de Judas
Evangelio de la Verdad
Evangelio de los adversarios de la Ley y de los Profetas
Evangelio de los ebionitas o de los Doce
Evangelio de los egipcios (gnóstico)
Evangelio de los egipcios
Evangelio de los hebreos
Evangelio de los nazarenos
Evangelio de Lucas. Primera parte: lo que obró el Espíritu en Jesús
Evangelio de Lucas. Segunda parte: *Hechos de los apóstoles*: Lo que obró el Espíritu en sus seguidores, especialmente Pedro y Pablo
Evangelio de Marcos
Evangelio de Mateo
Evangelio de Nicodemo
Evangelio de Pedro
Evangelio del Pseudo Mateo
Evangelio del Pseudo Tomás, filósofo israelita
Evangelio o tradiciones de Matías
Evangelio según Felipe
Evangelio según María
Evangelio según Tomás
Fragmento de El Cairo: Papiro 10735
Fragmento evangélico «Egerton»

Fragmento evangélico de Oxirrinco
 Fragmento evangélico de Oxirrinco 840
 Fragmento evangélico del Fayum
 Fragmento evangélico gnóstico de Oxirrinco 1081
 Fuente «Q»
 Historia de José el carpintero
 Las grandes preguntas de María
 Libro de Juan, arzobispo de Tesalónica
 Libro de la infancia del Salvador
 Libro de san Juan evangelista, el teólogo
 Libro de Tomás el atleta
 Libro secreto de Juan
 Libro secreto de Santiago
 Libro sobre la infancia del Salvador
 Libro sobre la natividad de María
 Los dos libros de Yeú
 Muerte de Pilato
 Palabras del Señor («logia») reunidas en un papiro de Oxirrinco
 Papiro 11710 de Berlín
 Papiro copto de Estrasburgo/Evangelio del Salvador o Evangelio desconocido de Berlín
 Pistis Sofía
 Protoevangelio de Santiago
 Relación de Pilato (*Anaphorá*)
 Respuesta de Jesús al príncipe Abgaro por medio del correo Ananías
 Revelación a Pedro
 Revelación a Santiago

Sabiduría de Jesucristo
Sentencia de Pilato
Tradición de Pilato (*Parádosis*)
Tránsito de la Virgen María
Venganza del Salvador (*Vindicta*)

* * *

«Ágrapha» canónicos extraevangélicos
«Ágrapha» citados por los Padres
«Ágrapha» de origen musulmán
«Ágrapha» en lecturas variantes de manuscritos
evangélicos

Abgaro a Jesús, Carta de
Adversarios de la Ley y de los Profetas, Evangelio de los
Bartolomé, Evangelio de
Evangelio de Juan
Descenso de Cristo a los infiernos
Diálogo del Salvador
Ebionitas o de los Doce, Evangelio de los
Egerton, Fragmento evangélico
Egipcios, Evangelio de los
Egipcios, Evangelio gnóstico de los
Eva, Evangelio de
Evangelio árabe de la infancia
Evangelio armenio de la infancia
Felipe, Evangelio según
Fuente «Q»
Hebreos, Evangelio de los
Hechos de los apóstoles, Evangelio de Lucas, segunda parte

Herodes a Pilato, Carta de
 Infancia del Salvador, Libro de la
 Infancia del Salvador, Libro sobre la
 Jesucristo, Sabiduría de
 Jesús acerca del domingo, Carta de
 Jesús al rey Abgar, Respuesta de
 José de Arimatea, Declaración de
 José el carpintero, Historia de
 Juan evangelista, el teólogo, Libro de san
 Juan, arzobispo de Tesalónica, Libro de
 Juan, Libro secreto de
 Judas, Evangelio de
 Lucas, Evangelio de, primera parte
 Lucas, Evangelio de, segunda parte o Hechos de los
 apóstoles
 Marcos, Evangelio de
 María, Evangelio según
 María, las grandes preguntas de
 María, Tránsito de la Virgen
 Mateo, Evangelio de
 Matías, Evangelio o tradiciones de
 Natividad de María, Libro sobre la
 Nazarenos, Evangelio de los
 Nicodemo, Evangelio de
 Oxirrinco, fragmento evangélico
 Oxirrinco, fragmento evangélico 840
 Oxirrinco, fragmento evangélico gnóstico 1081
 Palabras del Señor («logia») reunidas en un papiro de
 Oxirrinco

Papiro 10735, Fragmento de El Cairo
 Papiro 11710 de Berlín
 Papiro copto de Estrasburgo/Evangelio del Salvador o
 Evangelio desconocido de Berlín
 Pedro a Felipe, Carta de
 Pedro, Evangelio de
 Pedro, Revelación a
 Pilato (*Anaphorá*), Relación de
 Pilato (*Parádosis*), Tradición de
 Pilato al emperador Claudio, Carta de
 Pilato a Herodes, Carta de
 Pilato a Tiberio, Carta de
 Pilato y Herodes, Correspondencia entre
 Pilato, Actas de
 Pilato, Ciclo de
 Pilato, Muerte de
 Pilato, Sentencia de
 Pistis Sofía
 Pseudo Mateo, Evangelio del
 Pseudo Tomás, filósofo israelita, Evangelio del
 Santiago, Libro secreto de
 Santiago, Protoevangelio de
 Santiago, Revelación a
 Tiberio a Pilato, Carta de
 Tomás el atleta, Libro de
 Tomás, Evangelio según
 Venganza del Salvador (*Vindicta*)
 Verdad, Evangelio de la

Yeú, Los dos libros de

Bibliografía



Para los textos base, griegos, latinos, coptos, árabes, véase de Santos Otero, «Bibliografía General», 11-14

Para los evangelios de Nag Hammadi, véase la «Introducción general» de la versión española de Piñero-García Bazán-Montserrat.

Colecciones modernas de evangelios apócrifos:

ERBETTA, M.: *Gli Apocrifi del Nuovo Testamento*, Marietti, Turín, 1975.

ELLIOTT, J. K.: *The Apocryphal New Testament. A Collection of Apocryphal Christian Literature in an English Translation*, Clarendon Press, Oxford, 1993.

BONACORSI, G.: *Vangeli Apocrifi*, Firenze, 1948.

PIÑERO, A.; GARCÍA BAZÁN, F., y MONTSERRAT, J.: *Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi*, vols. I-III, Trotta, Madrid, 2006. Sigla BNH.

PIÑERO, A., y DEL CERRO, G.: *Hechos apócrifos de los apóstoles*, I-II, B.A.C., Madrid, 2006.

SANTOS OTERO, A. DE: *Los Evangelios Apócrifos*, Madrid, B.A.C., reimpresión 2003.

SCHNEEMELCHER, W.: *Neutestamentliche Apokryphen*, I-II, Mohr, Tubinga, 1987.

Relación de traductores



- «Ágrapha» canónicos extraevangélicos: G. del Cerro
«Ágrapha» citados por los Padres: G. del Cerro
«Ágrapha» de origen musulmán: G. del Cerro
«Ágrapha» en lecturas variantes de manuscritos evangélicos: G. del Cerro
Actas de Pilato: G. del Cerro
Carta de Herodes a Pilato: G. del Cerro
Carta de Jesús acerca del domingo: G. del Cerro
Carta de Pedro a Felipe: Antonio Piñero
Carta de Pilato a Claudio: G. del Cerro
Carta de Pilato a Herodes: G. del Cerro
Carta de Poncio Pilato a Tiberio: G. del Cerro
Carta de Tiberio a Pilato: G. del Cerro
Carta escrita por el rey Abgaro a Jesús: G. del Cerro
Ciclo de Pilato: G. del Cerro
Correspondencia entre Pilato y Herodes: G. del Cerro
Declaración de José de Arimatea: G. del Cerro
Descenso de Cristo a los infiernos: G. del Cerro
Diálogo del Salvador: Antonio Piñero
Evangelio árabe de la infancia: A. Martínez Castro
Evangelio árabe de la infancia, versión latina: G. del Cerro
Evangelio armenio de la infancia, versión latina: G. del

Cerro

Evangelio de Bartolomé: G. del Cerro

Evangelio de Eva: G. del Cerro

Evangelio de Juan: E. Gómez Segura

Evangelio de Judas: A. Piñero

Evangelio de la Verdad: F. García Bazán

Evangelio de los adversarios de la Ley y de los Profetas: G. del Cerro

Evangelio de los ebionitas o de los Doce: G. del Cerro

Evangelio de los egipcios: G. del Cerro

Evangelio de los egipcios gnóstico: F. García Bazán

Evangelio de los hebreos: G. del Cerro

Evangelio de los nazarenos: G. del Cerro

Evangelio de Lucas, primera parte: lo que obró el Espíritu en Jesús: E. Gómez Segura

Evangelio de Lucas, segunda parte, denominada *Hechos de los apóstoles*: E. Gómez Segura

Evangelio de Marcos: E. Gómez Segura

Evangelio de Mateo: E. Gómez Segura

Evangelio de Nicodemo: G. del Cerro

Evangelio de Pedro: G. del Cerro

Evangelio del Pseudo Mateo: G. del Cerro

Evangelio del Pseudo Tomás, filósofo israelita: G. del Cerro

Evangelio o tradiciones de Matías: G. del Cerro

Evangelio según Felipe: F. Bermejo

Evangelio según María: F. Bermejo

Evangelio según Tomás: F. Bermejo

Fragmento de El Cairo: Papiro 10735: F. Bermejo

Fragmento evangélico «Egerton»: G. del Cerro

Fragmento evangélico de Oxirrinco 655: G. del Cerro
 Fragmento evangélico de Oxirrinco 840: G. del Cerro
 Fragmento evangélico del Fayum: G. del Cerro
 Fragmento gnóstico de Oxirrinco 1081: G. del Cerro
 Fuente «Q»: E. Gómez Segura
 Grandes preguntas de María: A. Piñero
 Historia de José el carpintero: G. del Cerro
 Libro de Juan, arzobispo de Tesalónica: G. del Cerro
 Libro de la infancia del Salvador: G. del Cerro
 Libro de san Juan evangelista, el teólogo: G. del Cerro
 Libro de Tomás el atleta: A. Piñero
 Libro secreto de Juan: J. Montserrat
 Libro secreto de Santiago: F. García Bazán
 Libro sobre la infancia del Salvador: G. del Cerro
 Libro sobre la natividad de María: G. del Cerro
 Los dos libros de Yeú: F. García Bazán
 Muerte de Pilato: G. del Cerro
 Palabras del Señor («logia») encontradas en papiros de Oxirrinco: G. del Cerro
 Papiro 11710 de Berlín: G. del Cerro
 Papiro copto de Estrasburgo/Evangelio del Salvador o Evangelio desconocido de Berlín: F. Bermejo
 Pistis Sofía: F. García Bazán
 Protoevangelio de Santiago: G. del Cerro
 Relación de Pilato (*Anaphorá*): G. del Cerro
 Respuesta de Jesús al príncipe Abgar: G. del Cerro
 Revelación a Pedro: A. Piñero
 Revelación a Santiago: J. Montserrat
 Sabiduría de Jesucristo: F. García Bazán

Sentencia de Pilato: G. del Cerro

Tradición de Pilato (*Parádosis*): G. del Cerro

Tránsito de la virgen María: G. del Cerro

Venganza del Salvador (*Vindicta*): G. del Cerro

* * *

BERMEJO, FERNANDO:

Evangelio según Felipe

Evangelio según María

Evangelio según Tomás

Fragmento de El Cairo: Papiro 10735

Papiro copto de Estrasburgo/Evangelio del Salvador o
Evangelio desconocido de Berlín

DEL CERRO, GONZALO:

«Ágrapha» canónicos extraevangélicos

«Ágrapha» citados por los Padres

«Ágrapha» de origen musulmán

«Ágrapha» en lecturas variantes de manuscritos
evangélicos

Actas de Pilato

Carta de Herodes a Pilato

Carta de Jesús acerca del domingo

Carta de Pilato a Claudio

Carta de Pilato a Herodes

Carta de Poncio Pilato a Tiberio

Carta de Tiberio a Pilato

Carta escrita por el rey Abgaro a Jesús

Ciclo de Pilato

Correspondencia entre Pilato y Herodes

Declaración de José de Arimatea

Descenso de Cristo a los infiernos
Evangelio árabe de la infancia, versión latina
Evangelio armenio de la infancia, versión latina
Evangelio de Bartolomé
Evangelio de Eva
Evangelio de los adversarios de la Ley y de los Profetas
Evangelio de los ebionitas o de los Doce
Evangelio de los egipcios:
Evangelio de los hebreos:
Evangelio de los nazarenos
Evangelio de Nicodemo
Evangelio de Pedro
Evangelio del Pseudo Mateo
Evangelio del Pseudo Tomás, filósofo israelita
Evangelio o tradiciones de Matías
Fragmento evangélico «Egerton»
Fragmento evangélico de Oxirrinco 655
Fragmento evangélico de Oxirrinco 840
Fragmento evangélico del Fayum
Fragmento gnóstico de Oxirrinco 1081
Historia de José el carpintero
Libro de Juan, arzobispo de Tesalónica
Libro de la infancia del Salvador
Libro de san Juan evangelista, el teólogo
Libro sobre la infancia del Salvador
Libro sobre la natividad de María
Muerte de Pilato
Palabras del Señor («logia») encontradas en papiros de

Oxirrincos

Papiro 11710 de Berlín

Protoevangelio de Santiago

Relación de Pilato (*Anaphorá*)

Respuesta de Jesús al príncipe Abgar

Sentencia de Pilato

Tradición de Pilato (*Parádosis*)

Tránsito de la virgen María

Venganza del Salvador (*Vindicta*)

GARCÍA BAZÁN, FRANCISCO:

Evangelio de la Verdad

Evangelio de los egipcios gnóstico

Libro secreto de Santiago

Los dos libros de Yeú

Pistis Sofía

Sabiduría de Jesucristo

GÓMEZ SEGURA, EUGENIO:

Evangelio de Juan

Evangelio de Lucas, primera parte: lo que obró el Espíritu en Jesús

Evangelio de Lucas, segunda parte, denominada *Hechos de los apóstoles*

Evangelio de Marcos

Evangelio de Mateo

Fuente «Q»

MARTÍNEZ CASTRO, ANTONIO:

Evangelio árabe de la infancia

MONTSERRAT TORRENTS, JOSÉ:

Libro secreto de Juan

Revelación a Santiago
PIÑERO, ANTONIO:
Carta de Pedro a Felipe
Diálogo del Salvador
Evangelio de Judas
Las grandes preguntas de María
Libro de Tomás el atleta
Revelación a Pedro

Sobre los autores



ANTONIO PIÑERO

Chipiona, 14 de agosto de 1941. Catedrático de Filología griega de la Universidad Complutense de Madrid. Especialidad en lengua y literatura del cristianismo primitivo.

Entre sus publicaciones más importantes podemos destacar:

Textos: Editor y coautor de la serie *Apócrifos del Antiguo Testamento* (6 volúmenes), Cristiandad, Madrid, 1983; editor y coautor de textos gnósticos: *Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi* (3 volúmenes), Madrid, Trotta, ² 2000; editor y coautor (con Gonzalo del Cerro) de *Hechos Apócrifos de los apóstoles* (2 volúmenes), Madrid, BAC, 2005; *El Evangelio de Judas*. Traducción y comentario (con Sofía Torallas Tovar), Lisboa, Esquilo/Madrid, Vector-Puzzle-Funambulista 2006.

Estudios del Nuevo Testamento: *El Nuevo Testamento. Introducción al estudio de los primeros escritos cristianos*, El Almendro, Córdoba, 2000; *Guía para entender el Nuevo Testamento*, Madrid, Trotta, ³ 2008; *Los Apocalipsis. 45 textos apocalípticos apócrifos, judíos, cristianos y gnósticos*, Edaf, Madrid, 2007; *Cristianismos derrotados*, Edaf, Madrid, 2007; editor y coautor de *Biblia y Helenismo. Pensamiento griego y formación del cristianismo*, El Almendro, Córdoba, 2006; *Jesús y las mujeres*, Aguilar, Madrid, 2008; *Año 1. Israel y su mundo cuando nació Jesús*, Laberinto, Madrid, 2007; *La Biblia*

rechazada por la Iglesia, Badajoz, Esquilo, 2008; 60 capítulos de libros y artículos científicos en revistas nacionales e internacionales; 15 traducciones al español de libros científicos del Nuevo Testamento o religión en general, vertidos del alemán, francés, inglés e italiano.

Novela histórica: *Herodes el Grande*, Esquilo, Badajoz, 2007, 478 pp.

EUGENIO GÓMEZ SEGURA

Logroño, 1966. Licenciado en Filología Clásica. Ha participado en las excavaciones arqueológicas de Tell-Hazor, en Israel, dentro del equipo técnico. Ha publicado artículos sobre religión griega. Entre sus libros destacamos: *Educación en la era mediática: Una modalidad virtual*, Bellaterra, 2003; *La ceguera de Edipo*, Perla Ediciones, 2004; *Pablo de Tarso. El segundo hijo de Dios*, Oberón, 2006; *La verdadera historia de la Pasión* (con A. Piñero), Madrid, 2008.

GONZALO DEL CERRO CALDERÓN

Toledo, 1931. Licenciado en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma. Licenciado en Sagrada Escritura por el Instituto Bíblico de Roma. Élève Ordinaire de l'École Biblique de Jerusalén. Licenciado en Clásicas por la Universidad de Salamanca. Doctorado en Filología griega por la Universidad de Málaga. Catedrático de Griego de Enseñanza Media. Profesor Titular de Filología Griega en la Universidad de Málaga. Profesor emérito de la Universidad de Málaga. Sus obras principales son: *Obras de Elipando de Toledo*, texto, traducción, 2002, Diputación de Toledo (con José Palacios); *Introducción al Adopcionismo*, Toledo, 2002; *Las Mujeres en los Hechos Apócrifos*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2003; *La Mitología grecolatina en la ciudad de Málaga*, Ayuntamiento de Málaga, 2004; *Dión de Prusa. Ensayo sobre su vida y obras*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2007; *Hechos apócrifos de los*

Apóstoles, edición bilingüe griego y latín, introducción, traducción y notas (con A. Piñero), BAC, vols. I y II, Madrid, 2006.

FERNANDO BERMEJO

Doctor en Filosofía, Máster en Historia de las Religiones. Es autor de *La escisión imposible. Lectura del gnosticismo valentiniano* (Universidad Pontificia, Salamanca, 1998) y de *El maniqueísmo. Estudio introductorio* (Trotta, 2008); coautor de los tres volúmenes de *Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi* (1997-2000) y de la obra colectiva *¿Existió Jesús realmente?* (ed. A. Piñero; Raíces, Madrid, 2008); coeditor, con J. Montserrat, de *El maniqueísmo. Textos y fuentes* (Trotta, 2008). Sus artículos son publicados en revistas y colecciones especializadas, como *Estudios Bíblicos*, *Rivista di Storia e Letteratura Religiosa* o *Nag Hammadi and Manichaeon Studies*. Actualmente es docente en el Máster de Historia de las Religiones de la Universidad de Barcelona. Es miembro de la International Association of Manichaeon Studies y del comité científico español de *Henoch: Studies in Judaism and Christianity from Second Temple to Late Antiquity*.

FRANCISCO GARCÍA BAZÁN

Catedrático de Filosofía e Historia de las religiones en la Escuela de Graduados de la universidad argentina J. F. Kennedy. Investigador superior del CONICET argentino. Entre sus publicaciones destacamos: *Filosofía comparada de Oriente y Occidente* (1972), *Gnosis. La esencia del dualismo gnóstico* (² 1978), *Oráculos caldeos. Numenio de Apamea* (1991), *Plotino. Sobre la trascendencia divina: sentido y origen* (1992). Coautor y coeditor de *Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi* (³ 2007) y *La gnosis eterna*. Antología de textos gnósticos, griegos, latinos y coptos I y II (2007). En 2003 fue

distinguido por el Gobierno de Argentina con el Premio Bernardo Houssay al Investigador Consolidado en las áreas de Filosofía, Psicología y Ciencias de la Educación.

JOSÉ MONTSEERAT

Barcelona, 1929. Catedrático emérito de filosofía de la Universidad Autónoma de Barcelona. Autor de *Los gnósticos* (Madrid 1983); *Platón. De la perplejidad al sistema* (Barcelona, 1995); *La Sinagoga cristiana* (Madrid, ² 2005), traductor y coeditor de *Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi* (Madrid, ³ 2007), *El maniqueísmo. Textos y fuentes* (con Fernando Bermejo).

Director de la Escuela de Egiptología de la Fundació Arqueològica Clos de Barcelona. Miembro de la International Association of Manichaeic Studies y de la Société Francophone de Coptologie.

ANTONIO MARTÍNEZ CASTRO

Madrid, 1974. Es licenciado en Filología Árabe por la Universidad Autónoma de Madrid. Durante los años 2005-2008 fue lector de español de la AECID en la Universidad de Damasco (Siria), y en la actualidad ostenta ese mismo cargo en la Universidad de Sanaa (Yemen). Ha colaborado en diferentes revistas especializadas, internacionales en la actualidad política y cultural del mundo árabe.

[1] La palabra griega *christós*, significa en griego «ungido», es decir, refiere directamente a la ceremonia de ungir con aceite el cuerpo del rey de Israel el día de su coronación. <<

[2] «La relación íntima con alguien se expresa a menudo en el lenguaje bíblico mediante un semitismo: hijo de», cita de Max Zerwick, *El griego del Nuevo Testamento*, p. 37. <<

[3] Ex 23, 20; Mal 3,1. <<

[4] Is 40, 3. <<

[5] Título mesiánico en los evangelios. <<

[6] Traducimos así la palabra *éxestin* para intentar recoger mejor la sumisión a la única ley admitida por los fariseos, la ley de Moisés. <<

[7] Is 6, 9 y s. <<

[8] Un cajón utilizado como medida de capacidad para grano al estilo de nuestro antiguo celemín. Su capacidad era de 8,75 litros. <<

[9] Sal 103, 12. <<

[10] Habitantes de Gerasa, en la actual Jordania. <<

[11] Región mayoritariamente situada en la actual Jordania y una parte en la Cisjordania moderna, cuya capital era Gerasa. <<

[12] Núm 27, 17. <<

[13] Col 2, 22. <<

[14] Cualquier ordenanza de la Ley de Moisés, realmente una recopilación de ordenanzas sobre el comportamiento social y religioso de los judíos. <<

[15] Ex 20, 12 y Dt 5,16. <<

[16] Ex 21, 17 y Lv 20, 9. <<

[17] El versículo 16 es eliminado en las ediciones modernas

porque no parece original. <<

[18] Ciudad de la costa oeste del mar de Galilea, también conocida como Magdala. <<

[19] Jr 5, 21; Ez 12, 2. <<

[20] Mal 3, 23 <<

[21] Los versículos 44 46 son suprimidos por los editores modernos. <<

[22] Is 66, 24. <<

[23] Gn 2, 24. <<

[24] Sir 4, 1. <<

[25] El texto ofrece dos palabras basadas en la misma raíz: *aion*, que suele traducirse por «eón». El eón era un concepto filosófico y religioso que en griego indicaba un cambio cualitativo trascendente del tiempo, puesto que se quería decir que un tiempo de unas cualidades filosóficas o metafísicas concretas dejaba paso a otro de otras distintas, en general mejores las segundas. Por ejemplo, las edades de los metales de Hesíodo, de oro, plata, etc., podrían servir de ejemplo, aunque en este caso el cambio de edad o era o eón significaba un cambio a peor. <<

[26] Sal 118, 25 y s. <<

[27] Is 56, 7. <<

[28] Jr 7, 11. <<

[29] El versículo 26 es eliminado en las ediciones modernas. <<

[30] Sal 118, 22 y s. <<

[31] Traducimos «ilícito» así para recoger el carácter exclusivamente judío, es decir, referido a la Ley de Moisés, que tenía toda referencia a la licitud o ilicitud de algo. Por supuesto, ni se refiere a la ley romana ni a una supuesta ley

universal. De hecho, los siguientes pasajes pivotan unánimemente en torno al concepto de ley de Moisés, por lo tanto exclusivamente judía y antirromana. <<

[32] En griego *apódote*, «Devolved», no «Dad». <<

[33] Dt 25, 5 y s. <<

[34] Ex 3,6, 15 y s. <<

[35] Dt 6, 4. <<

[36] Dt 6, 5; Jos 22, 5. <<

[37] No cabe ninguna duda de la traducción del griego *plesíon* como «vecino», todo lo más «próximo» o «cercano». <<

[38] El texto griego se refiere al primero, del que ha hablado en primer lugar, no al segundo, el más cercano en el discurso. El uso de los pronombres en Marcos es dificultoso. La frase en cursiva es cita de Dt 6, 4 y 4, 35 e Is 45, 21. <<

[39] Dt 6, 5 y Jos 22, 5. <<

[40] Lv 19, 18. <<

[41] Esta, precisamente, es una característica del fariseísmo, desdeñar los sacrificios del Templo y potenciar la comprensión y seguimiento de la ley de Moisés. <<

[42] Sal 110, 1. <<

[43] Una cantidad humildísima. <<

[44] Dn 12, 11; 11, 31; 9, 27. <<

[45] Is 34, 4. <<

[46] Dn 7, 13. <<

[47] Frasquito de cerámica utilizado para guardar y transportar aceites aromáticos. <<

[48] El texto tiene esta construcción tan abrupta. <<

[49] Se refiere al cordero para la cena de la Pascua. <<

[50] Los judíos de la época comían como los griegos y romanos reclinados sobre camas. <<

[51] Zac 13, 7. <<

[52] En este caso, el mismo verbo que en 9, 15 parece significar quedar aterrado más que admirado. Pero ambos contextos son incompatibles. <<

[53] Sal 42, 6 y 43, 5. <<

[54] En griego, la frase es muy vulgar y poco ortodoxa también. <<

[55] Dn 7, 13. <<

[56] Este dato es probablemente erróneo. <<

[57] Así en griego. Más correcto, tanto en griego como en español: «a reclamarle lo que les otorgaba». <<

[58] Sal 22, 19. <<

[59] Los editores eliminan el versículo 28. <<

[60] Sal 22, 2. <<

[61] Se trata de lo que arqueológicamente es denominado «cueva para sepultura», panteón familiar de un único cuarto con nichos en tres de sus paredes al que se accedía a través de una pequeña puerta. <<

[62] Este es el final que la crítica reconoce en el evangelio de Marcos. Los versículos 9 a 20 son una copia de pasajes de Mateo y Lucas con teología muy cercana a Juan y no aparecen en los manuscritos más antiguos y relevantes de Marcos. <<

[63] Seguimos la transliteración de Nacar-Colunga. <<

[64] Is 7, 14. <<

[65] Is 8, 8, 10. <<

[66] Literalmente en griego, levante, *anatolé*, donde se levanta el sol, que en latín se dice oriente. <<

[67] Miq 5, 1-3. <<

[68] 2 Sam 5, 2; 1 Cro 11, 2. <<

[69] Os 11, 1. <<

[70] Jr 31, 15. <<

[71] Gn 35, 19. <<

[72] A la muerte de Herodes el Grande, Roma dividió el reino en tres territorios, al mando de los cuales situó a los hijos del rey muerto. Arquelao reinaba en Judea, Idumea y Samaria; Herodes Antipas, en Galilea y Perea; Felipe en Gaulanítide, Traconítide, Batanea y Auranítida. <<

[73] Is 40, 3. <<

[74] La crítica moderna concluye que esta expresión intensiva es un aramaísmo que escapó a la corrección de los manuscritos realizada en fechas muy tempranas del cristianismo. <<

[75] Compárese con Mt 4, 25. <<

[76] Así en el original griego. <<

[77] En griego pone literalmente «fue levantado». <<

[78] Dt 8, 3. <<

[79] Sal 91, 11 y s. <<

[80] Dt 6, 16. <<

[81] Dt 6, 13. <<

[82] Is 8, 23-9, 1. <<

[83] Construcción semítica denominada Participio gráfico, es decir, una explicación que, tanto en griego como en español, describe parte de la acción expresada por el verbo principal, aquí enseñó, para lo cual es imprescindible abrir la boca. Conservamos la expresión, y muchas otras a lo largo de la traducción, para no enmascarar el estilo del Evangelio de

Mateo. Igualmente aparece en los demás evangelios. <<

^[84] Participio de uso extraño al griego, muy arameo en realidad, conservado en nuestra traducción en muchos pasajes para no evitar el estilo que para un griego de pura raza revestirían estilísticamente estos textos. <<

^[85] Debería entenderse vela. Cf. Mc 4, 21. <<

^[86] Cf. nota a Mc 4, 21. <<

^[87] Recuérdesse la nota a Mc 1, 1 sobre «hijo de Dios». <<

^[88] Compárese con Mc 12, 28-34 y sus notas respecto a los fariseos y saduceos. <<

^[89] En griego es el mismo término que aparece en las expresiones «Cumplir lo dicho» o similares de Mt 1, 22; 2, 15; 2, 17; 2, 23; 4, 41, y otras muchas que aparecerán a lo largo del texto de Mateo. El significado es, por tanto, claro y unívoco, como confirma rotundamente el final de v. 19. <<

^[90] Recuérdesse lo comentado en nota a Mc 7, 8 a propósito de la traducción de mandamiento y lo que en realidad significa. <<

^[91] La expresión griega utilizada indica que la acción de oír se ha venido repitiendo en el pasado, es decir, se dirige a quienes están acostumbrados de tiempo a escuchar interpretaciones sobre la Ley de Moisés. En cambio, el «se dijo» indica que algo va a cambiar en lo dicho, de ahí el «pero yo os digo». <<

^[92] Ex 20, 13, y Dt 5, 17. <<

^[93] Recuérdesse la nota a Mc 1, 1 y lo que significa ser entonces hermano por hijo de Dios, es decir, judío sometido a la Ley. <<

^[94] En hebreo en el original. Significa «estúpido». <<

^[95] En hebreo en el original. Significa «infierno». También

en hebreo en el original en los versículos que siguen. <<

[96] Moneda romana, la cuarta parte de un as. <<

[97] Ex 20, 14; Dt 5, 18. <<

[98] Ex 21, 24 y s.; Lv 24, 20; Dt 19, 21. <<

[99] Lv 19, 18. <<

[100] Futuro bíblico de prohibición también extraños en griego. Se repiten en todo el capítulo. <<

[101] En los textos sin artículo. <<

[102] También puede traducirse como «estatura». <<

[103] El codo era medida de longitud. <<

[104] Sal 6, 9. Por supuesto, la ley de Moisés. <<

[105] Construcción tan extraña en griego como en español.

<<

[106] Is 53, 4. <<

[107] Os 6, 6. <<

[108] Da la sensación de que preguntan porque se sienten parte del mismo grupo. <<

[109] Palabra en griego demasiado general. En Mc 5, 22, y Lc 8, 41, es denominado «jefe de sinagoga». <<

[110] Título mesiánico. <<

[111] Núm 27, 17; 2 Par 18, 16, y Jdt 11, 19. <<

[112] En griego el nombre es Filipo, que ya usamos en español para el padre de Alejandro Magno. <<

[113] Así de incorrecto gramaticalmente también en griego.

<<

[114] Miq 7, 6. <<

[115] Se entiende el mesías que restauraría el Israel dedicado a Yahvé. <<

- [116] Ex 23, 20; Mal 3, 1. <<
- [117] Fórmula habitual en el arameo. <<
- [118] Jr 6, 16. <<
- [119] Os 6, 6. <<
- [120] Parece que aquí no se trata del título mesiánico sino del arameísmo que significa un hombre cualquiera. <<
- [121] Is 42, 1-4. <<
- [122] Era en sentido metafísico. El tiempo se divide en una era presenta, maligna, y una era futura, que llegará con el reino, benéfica. En griego, *aiôn*, eón. <<
- [123] Opciones excluyentes. <<
- [124] En griego *apò sou*, que indica procedencia, no pertenencia. No debe traducirse «una señal tuya». <<
- [125] El texto quiere decir que ya Jonás fue una señal. Véase el libro de Jonás en el AT. <<
- [126] Jon 2, 1. <<
- [127] La reina de Saba. <<
- [128] Is 6, 9-10. <<
- [129] El maligno, Satanás. <<
- [130] En griego eón, el tiempo presente y corrupto. <<
- [131] La misma palabra que en amor al enemigo, también aquí con claro contexto de enemigo conocido, vecino enemistado. <<
- [132] Sal 103, 12. <<
- [133] Sal 78, 2. <<
- [134] Compárese con lo dicho en Mc 1, 1, nota. <<
- [135] Eón. <<
- [136] Dn 3, 6. <<

[137] Especies. <<

[138] Dn 3, 6. <<

[139] En griego, patria, pero hemos de entender la región donde nació. También en v. 57. <<

[140] También aquí, como en Mc 15, 39, Dios sin artículo. <<

[141] Ex 20, 12; Dt 5, 16. <<

[142] Ex 21, 17; Lv 20, 9. <<

[143] Is 29, 13. <<

[144] En Mt 12, 38-39 la señal requerida debía proceder de Jesús. <<

[145] En arameo en el original: Hijo de Jonás. <<

[146] Fórmula judía para referirse a la humanidad. <<

[147] Asamblea, en griego *ekklesia*. Pero no siempre traduciremos iglesia, sino asamblea, por ejemplo en Mt 18, 17. <<

[148] El infierno, en griego en el original. <<

[149] Sal 62, 13; Pr 24, 12; Eclo 35, 22. <<

[150] Mal 3, 23 y s. <<

[151] El versículo 21 falta en las mejores ediciones del texto. <<

[152] Impuesto de ese valor, dos dracmas. <<

[153] Otro tipo de impuesto. <<

[154] De pagar se entiende. <<

[155] Moneda de plata. <<

[156] El versículo 11 es suprimido por los editores del texto. <<

[157] Dt 19, 15. <<

[158] Una cantidad desorbitada. <<

[159] Una cantidad pequeña. <<

[160] Gn 1, 27 y 5, 2. <<

[161] Gn 2, 24. <<

[162] Ex 20, 12-16; Dt 5, 16-20. <<

[163] Lv 19,18. <<

[164] Los editores del texto suprimen por considerarla una adición la segunda parte del versículo. <<

[165] Is 62, 11; Zac 9, 9. <<

[166] En hebreo en el original. Significa honor, gloria. <<

[167] Sal 118, 25. <<

[168] Sal 148, 1; Job 16, 19. <<

[169] Is 56, 7. <<

[170] Jr 7, 11. <<

[171] Sal 8, 13. <<

[172] El texto es así. <<

[173] Así en griego. Se entiende «Yo sí voy». <<

[174] Sal 118, 22 y s. <<

[175] Es decir, «No haces acepción de personas». <<

[176] Traducimos «ilícito» así para recoger el carácter exclusivamente judío, es decir, referido a la Ley de Moisés, que tenía toda referencia a la licitud o ilicitud de algo. Por supuesto, ni se refiere a la ley romana ni a una supuesta ley universal. De hecho, los siguientes pasajes pivotan unánimemente en torno al concepto de Ley de Moisés, por lo tanto exclusivamente judía y antirromana. <<

[177] Véase nota a Mc 12, 17. <<

[178] Según Flavio Josefo, los fariseos, al igual que Jesús, admitían la resurrección; los saduceos, en cambio, no. <<

[179] Dt 25, 5, y Gn 38,8. <<

[180] Ex 3, 6. <<

[181] Semitismo por 'El mayor'. <<

[182] Dt 6, 5; Jos 22, 5. <<

[183] Ver nota a Mc 12, 31. <<

[184] Lv 19, 18. <<

[185] Sal 110,1. <<

[186] Las filacterias son pequeños rollos con la Ley, y las franjas son propias de los ropajes de los rabinos. <<

[187] En hebreo en el original. La traducción es maestro. En algunos pasajes es aplicada a Jesús, tanto en hebreo como en griego, tal como habrá observado el lector. <<

[188] Los editores suprimen el versículo 14 en sus ediciones. <<

[189] Gentil convertido al judaísmo. <<

[190] Impuesto para el Templo, no romano, por supuesto. <<

[191] Sal 118, 26. <<

[192] Recuérdese que el amar al vecino ya estaba en la Ley de Moisés. <<

[193] Dn 12, 11; 11, 31; 9, 27. <<

[194] Expresión semítica que significa «hombre alguno». <<

[195] Is 13, 10. <<

[196] Dn 7, 13 y s. <<

[197] Se entiende talentos. <<

[198] Zac 13, 7. <<

[199] Sal 42, 6. <<

[200] Se entiende: pero que no ocurra como yo quiero, sino como tú quieres. <<

[201] Vaso. <<

- [202] Dn 7, 13. <<
- [203] Debemos entender «un inocente». <<
- [204] Zac 11, 13. <<
- [205] Ex 9, 12. <<
- [206] Este dato es completamente falso. <<
- [207] Cetro y corona irónicos. <<
- [208] Capital de Libia en época griega y romana. <<
- [209] Sal 22, 19. <<
- [210] Sal 22, 9. <<
- [211] Sal 22, 2. En hebreo en los manuscritos. <<
- [212] Literalmente «echar fuera el aliento». <<
- [213] Véase nota a Mc 14, 39. <<
- [214] Cada grupo atendía tareas concretas en el templo de Jerusalén. <<
- [215] Nm 6, 3; Lv 10, 9. <<
- [216] La esterilidad. <<
- [217] Recordar nota a Mc 1, 1 y comparar con «David su padre» a continuación, y el vers. 35. <<
- [218] Se entiende mes. <<
- [219] Bendita y bendito son semitismos por «La más bendita de las mujeres» y «El más bendito». <<
- [220] Se entiende «llega», «alcanza». <<
- [221] Una forma hebrea de expresar la veneración hacia el Dios judío. <<
- [222] «Hablar a favor de» equivale a «Prometer». <<
- [223] Se entiende fuerza. <<
- [224] Tradicionalmente se suele transcribir como Quirino, ya que así es el nombre latino usual. Pero el texto griego invita a

esta transcripción. <<

[225] Siete días para el niño y cuarenta para la madre, según Lv 12, 2-4. <<

[226] Entiéndase, primogénito. <<

[227] Ex 13, 2 y 12, 15. <<

[228] 28-29 d. de. C. <<

[229] Is 40, 3-5. <<

[230] Se entiende en cuestión de impuestos. <<

[231] Así en el original griego. <<

[232] Dt 8, 3. <<

[233] Así en griego. <<

[234] Dt 6, 13; 10, 20. <<

[235] Sal 91, 11. <<

[236] Sal 91, 12. <<

[237] Dt 6, 16. <<

[238] Se trata de un volumen. <<

[239] Is 61, 1 y s. <<

[240] Is 58, 6. <<

[241] Genitivo hebreo. En griego y español sería «palabras hermosas». <<

[242] Se entiende al poseso. <<

[243] Aramaísmo que algunos manuscritos corrigen por «cuando estaba junto al lago Genesaret». <<

[244] Aramaísmo: «por decirlo tú». <<

[245] Como siempre, lícito respecto la Ley de Moisés. <<

[246] Así en griego. <<

[247] Falta en griego el verbo haber, «había». <<

[248] Nótese el indudable matiz de relaciones personales, no

universales, que preside el texto. <<

[249] Medida de capacidad para grano. <<

[250] Literalmente, «se produjo una gran rotura de esa casa». <<

[251] En griego tan mal construido como la traducción española. <<

[252] Recuérdese lo dicho a propósito de los temerosos de Dios. <<

[253] Is 29, 18. <<

[254] Is 42, 18. <<

[255] Is 26, 19. <<

[256] Ex 23, 20; Mal 3, 1. <<

[257] Semitismo, ya mencionado en Mc 1, 1, que indica una relación especial entre un concepto y una persona. <<

[258] El texto original presenta esta incorrección. <<

[259] Consideran los estudiosos que «cada día» es un añadido ajeno al autor de Lucas. <<

[260] Se entiende alojamiento. <<

[261] 2 Re 1, 10-12. <<

[262] Genitivo hebreo. <<

[263] La palabra griega en el original. <<

[264] Deut 6, 5. Jos. 22, 5. <<

[265] Lv 19, 18. <<

[266] El codo era medida de longitud. <<

[267] Ex 12, 11. <<

[268] Construcción semítica que significa que el espíritu provoca la enfermedad. Todo el versículo es muy poco griego, y así lo reflejamos en la traducción. <<

- [269] Es decir, perteneciente al pueblo de Israel. Véase nota a Mc 1, 1. <<
- [270] Sal 103, 12. <<
- [271] Construcción semítica que significa «los que actuáis contra la Ley». <<
- [272] Sal 118, 26. <<
- [273] Igualmente fuera de lugar en griego. <<
- [274] Medida hebrea de capacidad equivalente a tres ánforas. <<
- [275] Medida hebrea de capacidad equivalente a 393 litros. <<
- [276] Semitismo por «administrador injusto». <<
- [277] Palabra hebrea en el texto griego. Significa «dinero»; y la frase, parecida a la de la nota anterior, «dinero injusto». <<
- [278] Algunos manuscritos dicen «nuestro». <<
- [279] En griego en el original. <<
- [280] El versículo 36 es eliminado de las ediciones del texto. <<
- [281] Como en otras ocasiones, semitismo por «el juez injusto». <<
- [282] Ex 20, 12-16; De 5, 16-20. <<
- [283] Moneda ateniense que equivalía a 100 dracmas. Una dracma podría ser el salario de un jornalero cada día. <<
- [284] Así en griego. <<
- [285] Aquí Señor se refiere a Dios. Es cita de Sal 118, 26. <<
- [286] Is 56, 7. <<
- [287] Jr 7, 11. <<
- [288] Así en griego. <<
- [289] Sal 118, 22. <<

- [290] En esta época Tiberio César, heredero de Augusto. Tras él vendría Gayo Calígula. <<
- [291] Véase nota a Mc 12, 17. <<
- [292] Dt 25, 5. <<
- [293] Ex 3, 6. <<
- [294] Sal 110, 1. <<
- [295] Frase incorrecta también griego. <<
- [296] Serán los causantes de la perplejidad. <<
- [297] Dn 7, 13. <<
- [298] Dn 7, 13. <<
- [299] Literalmente *las Pascuas*, es decir, los corderos que constituían el plato principal de esa cena. <<
- [300] Is 53, 12. <<
- [301] Los versículos 43 y 44 son interpolaciones, tempranas desde luego, añadidas al texto original. <<
- [302] El conocido sanedrín, *synedrion* en griego. <<
- [303] Recuérdese que Cristo, *christós* es la traducción griega del hebreo *MSHIIH*, mesías, el ungido, el líder que restauraría un reino de Yahvé independiente en Israel. <<
- [304] Literalmente el rey cristo, el rey mesías, ungido de aceite según el ritual judío (cf. 1 Re 10, 1). <<
- [305] Ver nota a Lc 3, 1. <<
- [306] Literalmente, «con muchas palabras». <<
- [307] El versículo 17 es eliminado de las ediciones modernas. <<
- [308] Os 10, 8. <<
- [309] Sal 22, 19. La primera parte de este versículo, que no aparece en nuestra traducción, es una interpolación. <<
- [310] Sal 31, 6. <<

- [311] Entiéndase, que se atenía a la Ley. <<
- [312] Construcción forzada también en griego, con paso de estilo indirecto a directo sin transición. <<
- [313] Sal 69, 26. <<
- [314] Sal 109, 8. <<
- [315] *Ioustos* en griego, transliteración del latín *Iustus*. <<
- [316] Fiesta judía tradicional que celebraba la siega (Ex 23, 14 y ss.) y, más tarde, la renovación de la alianza entre Yahvé e Israel. <<
- [317] Joel 3, 1-5. <<
- [318] Sal 15, 8-11. <<
- [319] Así en griego. Se entiende, por supuesto, «uno de su linaje». <<
- [320] Sal 109, 1. <<
- [321] Se refiere a ser temerosos de Dios, es decir, creyentes. <<
- [322] Así en griego. Mejor, en griego y español, sería: «Era llevado y colocado todos los días...». <<
- [323] Ex 3, 6. <<
- [324] Físicamente, es decir, dio fuerza a sus pies, pues era tullido. <<
- [325] El nombre. Así de oscuro el griego. <<
- [326] Convertíos, aunque aquí es imposible puesto que no son paganos. <<
- [327] Dt 18, 15-20. <<
- [328] Lv 23, 39. <<
- [329] Gn 22, 18 y 26, 4. <<
- [330] En todo el mundo antiguo la palabra o el nombre podían ser marca divina. <<

[331] 2 Re 19, 15; Is 37, 16; Neh 9, 6; Ex 20, 11; Sal 146, 6. <<

[332] Sal 2, 1 y s. <<

[333] Así en el texto original. <<

[334] Participio gráfico de origen semítico que, también en griego, sobra. <<

[335] Tampoco el texto indica dónde. <<

[336] Gn 12, 1. <<

[337] Gn 48, 4. <<

[338] Gn 15, 13; Ex 2, 22. <<

[339] Ex 1, 8. <<

[340] Ex 2, 14. <<

[341] Ex 3, 16. <<

[342] Ex 3, 5. <<

[343] Ex 3, 7-8, 10. <<

[344] Ex 2, 14. <<

[345] Dt 18, 15. <<

[346] Ex 31, 1, 23. <<

[347] Am 5, 25-27. <<

[348] El conocido como Tabernáculo, literalmente «tiendecilla» en latín. <<

[349] Así el texto griego. Jesús es la helenización de Josué. <<

[350] Is 66, 1 y s. <<

[351] Se entiende de la ciudad. <<

[352] Is 53, 7 y s. <<

[353] Participio gráfico semítico ya comentado en otros pasajes de los evangelios. Tan raro en griego como en español. <<

[354] El versículo 37 es suprimido en las ediciones modernas.

<<

[355] Situada en sentido contrario a Gaza, es decir, al norte de Jerusalén. <<

[356] Se supone judíos, no cristianos. <<

[357] Así en griego. <<

[358] Es decir, se comportaba prácticamente como un judío piadoso pero no estaba circuncidado. <<

[359] Así en griego. Ha de entenderse: «Han sido tenidas en cuenta por Dios». <<

[360] Otro ejemplo de semitismo. <<

[361] El discurso de Pedro es bastante incorrecto desde el punto de vista de la gramática. Quizá sea así, frente al estilo normal de Lucas, porque en los primeros capítulos de Hechos se insistía en la idea de iletrado como caracterización de este personaje. No hemos disfrazado esta incorrección en nuestra traducción. Con todo, el final del discurso es más correcto. <<

[362] Es decir, sin circuncidar, gentiles. <<

[363] Reinó entre los años 41 y 54. <<

[364] Literalmente «Jacobo». Santiago proviene de Sant Yago (Yacob). <<

[365] Hablan judíos y Lucas introduce un semitismo: exhortación sería lo apropiado en griego. <<

[366] Sal 2, 7. <<

[367] Is 53, 3. <<

[368] Sal 16, 10. <<

[369] Hab 1, 5. <<

[370] Is 49, 6. <<

[371] Como en otras ocasiones, el autor, fiel a su estilo, cambia la estructura de la frase con toda libertad. Lo

mantenemos en nuestra traducción y también en los versículos 10, 22 y 27. <<

[372] El ritual griego para sacrificar consistía en sacrificar sobre un altar colocado a las puertas del templo. De hecho, el texto, cuando habla del Zeus que está delante de la ciudad, se refiere al templo de Zeus. <<

[373] Ex 20, 11; Sal 146, 6. <<

[374] Siguiendo la costumbre judía de elegir como jefes espirituales de una comunidad a los ancianos. Ese cargo acabó por ser conocido técnicamente en la cristiandad con la palabra griega para anciano: presbítero. <<

[375] Nombre hebreo de Simón Pedro. <<

[376] Jr 12, 15. <<

[377] Am 9, 11. <<

[378] Is 45, 21. <<

[379] El versículo 34 es eliminado de las ediciones modernas. <<

[380] Se entiende una sinagoga. <<

[381] La frase en griego es abrupta. <<

[382] Así en griego. <<

[383] Entiéndase como casa consistorial, conjunto de magistrados de la ciudad. <<

[384] Cita del filósofo estoico Arato, concretamente *Fenómenos*, 5. <<

[385] Frase evidentemente imposible según la teología de la época. <<

[386] Es pasado. <<

[387] La torre Antonia, sede de la guarnición romana en Jerusalén, dominaba incluso el mismo Templo, de ahí la idea de bajar hacia él. <<

[388] Ex 22, 27. <<

[389] Semitismo en el texto que en griego y español debería decirse «la esperanza en la resurrección». <<

[390] Así en el original. <<

[391] El versículo 7 es suprimido por los editores modernos. <<

[392] La construcción de la frase es igualmente forzada en griego. <<

[393] Otra manera de invocar al César Augusto. <<

[394] Semitismo. En griego y español: cosas ciertas y sensatas. <<

[395] Refrán que significa, ha ocurrido a la vista de todos. <<

[396] Viento del nordeste («euro»: del este; «aquilón», del norte). <<

[397] Personajes de la mitología griega a quienes se consideraba benefactores de los navegantes. <<

[398] Is 6, 9-10. <<

[399] El versículo 29 es suprimido en las ediciones modernas. <<

[400] Se entiende la Palabra. <<

[401] Construcción vulgar en griego que aparecerá reiteradamente en el texto. <<

[402] Así en griego. <<

[403] Según algunos manuscritos, simplemente «Hijo único». <<

[404] Is 40, 3. <<

[405] Así en el original. <<

[406] Cristo en griego y Mesías en hebreo significan Ungido, en referencia a la ceremonia de unción con aceite de los reyes

de Israel. Véase el versículo 49 y las escenas de la pasión ante Pilato. <<

[407] Es relativamente común encontrar en este evangelio que un verbo en singular tiene sujeto en plural. <<

[408] Gn 28, 12. <<

[409] Literalmente «a él», pero eso es imposible en español. Repetimos Jesús para dejar constancia de lo vulgar del texto. <<

[410] Medida de capacidad; en Atenas de unos 40 litros. <<

[411] El texto griego es así. <<

[412] Sal 69, 10. <<

[413] Como ya hemos visto un poco más arriba, signo, también «señal», es la palabra que elige este evangelista en lugar de milagro, debido a que el milagro es para el evangelista un indicio de la divinidad. <<

[414] Traducción directa al griego de un semitismo. En griego y español sería de esperar: «prefirieron la oscuridad a la luz». <<

[415] Los samaritanos no iban a Jerusalén para venerar a Yahvé. <<

[416] Es decir, puerta por donde entran los ganados (griego *próbaton*). <<

[417] En las ediciones modernas se suprime la segunda parte del versículo tercero y el cuarto completo. <<

[418] Sal 78, 24. <<

[419] Is 54, 13. <<

[420] Conservamos esta frase claramente semítica en la traducción. En griego y en español sería: los signos que tú llevas a cabo. <<

[421] El contexto judío en que predicó Jesús obliga a pensar

en la justicia respecto a la Ley. <<

[422] Esta perícopa es muy probablemente secundaria: se trata de un episodio de la vida de Jesús que circuló por su cuenta y que fue añadido en este lugar al Evangelio de Juan. En otros manuscritos aparece en el Evangelio de Lucas, después de Lc 21, 38. <<

[423] Suprimimos los versículos 7, 53 a 8, 11 por no proceder de la mano del evangelista que escribió el resto de la obra. <<

[424] El texto es especialmente difícil y corrupto y dista mucho de haber opinión unánime sobre su estructura y significado. Nuestra traducción es tentativa. <<

[425] Interpretamos que el autor no se refiere ahora a Dios, sino a los padre de los judíos, que como tales enseñan un comportamiento concreto a sus hijos. <<

[426] De la mentira, por supuesto. <<

[427] En la actualidad se diría: y resulta que. <<

[428] Sal 82, 6. <<

[429] Juego de palabras: el verbo dormirse también significa en griego morir. <<

[430] Se entiende el templo de Jerusalén. <<

[431] Así en el original. Significa honor, gloria. <<

[432] Sal 118, 26. <<

[433] Sof 3, 15. <<

[434] Zac 9, 9; Is 35, 4, y 40, 9. <<

[435] Sal 6, 4 y s. <<

[436] Así el texto griego reconstruido. <<

[437] Is 53, 1. <<

[438] Is 10, 6. <<

[439] La palabra en griego significa tanto limpio como puro,

intraducible juego de palabras en español. <<

[440] La palabra griega es, literalmente, apóstol. <<

[441] Sal 41, 10. <<

[442] Recuérdese que los judíos, como los griegos y romanos, comían tumbados y que la distribución de las camas podía hacer coincidir dos cabezas. <<

[443] Sal 35, 19; 69, 5; Sal Salomón 7, 1. <<

[444] Construcción vulgar en griego, por lo que la mantenemos vulgar en la traducción. Igualmente en el versículo 12. <<

[445] Se entiende mancharse en sentido ritual, pues el pretorio es lugar impuro y la Pascua requiere pureza. <<

[446] Sin embargo, recuérdese los versículos 10 y 26 de este capítulo. <<

[447] En griego, lugar con suelo de piedra, pavimentado. <<

[448] Sal 22, 19. <<

[449] Ex 12, 10 y 46; Sal 34, 21. <<

[450] Zac 12, 10. <<

[451] Bastante cara. <<

[452] Se entiende cabecera y pies del nicho alargado donde fue depositado el cadáver. <<

[453] Algunas gramáticas traducen «no me retengas». <<

[454] Título que aparece en el código Vindobonense del siglo XIV (Biblioteca Cesárea). <<

[455] Las tres de la tarde. <<

[456] El efod era una vestidura sacerdotal en forma de delantal, empleada en contextos de culto. <<

[457] La próxima menstruación de María era considerada por los sacerdotes como un hecho que mancillaba el lugar sagrado

donde estaba residiendo. <<

[458] Este Leucio es el referido en el Decreto Gelasiano como autor de libros que deben ser rechazados. Es también el mencionado por Focio como autor de los *Hechos Apócrifos de los Apóstoles* (Biblioteca, cod. 114). <<

[459] En el Concilio II de Nicea, del año 787, se condenó como herético el libro de los *Hechos Apócrifos de Juan* cuando se debatió el tema de los iconoclastas. <<

[460] La hora de sexta correspondía a las doce del mediodía. <<

[461] La púrpura era por excelencia la tela empleada en los vestidos de los reyes. <<

[462] O en otras transcripciones «Quirino» <<

[463] Hab 3, 2 LXX. <<

[464] Lc 2, 29-32. <<

[465] Lc 2, 36 y ss. <<

[466] Las citas de los Salmos siguen la numeración del texto hebreo. <<

[467] Is 65, 25. <<

[468] Mt 2, 20. <<

[469] El escriba solamente puede mencionar temas de la ciencia humana. Jesús, en cambio, puede hablar de conocimientos ocultos para la ciencia humana. <<

[470] Jn 12, 32. <<

[471] Coro era una medida de sólidos equivalente a 380 litros. <<

[472] Sal 65, 10. <<

[473] Es la fiesta que conmemoraba, por una parte, la dedicación del templo edificado por Salomón cuando terminó su construcción (2 Mac 2, 9), y, por otra, la nueva dedicación

por Judas Macabeo después de la profanación del Templo por el rey Antíoco IV Epífanes (año 164 a. de. C.; 2 Mac 10, 5). <<

[474] No existe en toda la Biblia un texto semejante, aunque ciertos pasajes parecen dar a entender ideas parecidas, como Ex 23, 26. <<

[475] Sal 72, 8. <<

[476] Lc 1, 33. <<

[477] Sal 45, 7. <<

[478] Herejía del siglo II, según la cual el cuerpo de Jesús era meramente apariencial, no verdaderamente carnal (del griego *dokein*, «aparecer»). <<

[479] Del texto latino del *Codex Arundel 404* del Museo Británico de Londres. <<

[480] Según el manuscrito Hereford, «después de que ha nacido de ella un varón». <<

[481] Elegimos esa versión de un texto poco claro (*opere deficientes*). <<

[482] Tanto las estrellas fijas como los planetas se mueven en el cielo en virtud del movimiento de la Tierra (las estrellas fijas) y de sus propias órbitas (los planetas). La estrella de los magos no seguía esos movimientos. <<

[483] *JThSt* 30 (1928-29) 51-54. Cf. A. de Santos, *Los Evangelios Apócrifos*, p. 276. <<

[484] El manuscrito vaticano latino (Va) justifica en cierto modo la conducta de Jesús diciendo en boca de los padres del difunto: «Es verdad que nuestros hijos son unos insensatos». <<

[485] Lugares paralelos de otros apócrifos hablan de un puñado o un poco de trigo. <<

[486] En el texto griego de Delatte es Santiago el que da

gracias a Dios por haber recibido sabiduría y gracia para escribir esta historia. <<

[487] P. Peeters, *Évangiles Apocryphes II: L'évangile de l'Enfance; rédactions syriaques, arabes et armeniennes, traduites et annotées*, París, 1914, LIII y ss., págs. 274-275. <<

[488] Metropolitá (yazaliq en árabe: «primado»). Conviene señalar que los nombres propios y títulos del manuscrito *Laurenziano Orientale* 387 a menudo no concuerdan con los de la tradición evangélica. Para reflejarlo, se han conservado unos pocos como: imán, genio, sultán, bimaristán, pero la mayoría han sido adaptados. <<

[489] Lc 2, 29-32. <<

[490] Traducido en la versión latina como «hospicio». <<

[491] Os 11, 1; Mt 2, 15. <<

[492] La versión latina lee: «Aquella mujer les otorgó abundantes regalos». <<

[493] Este capítulo «En Matarieh» y el siguiente «En Menfis» no aparecen en varios manuscritos, por lo que se consideran como interpolaciones encaminadas a dar base a ciertas tradiciones locales. <<

[494] Sal 7, 16. <<

[495] La versión siríaca explica que los etíopes merodeaban alrededor de los rebaños y molestaban a los pastores. La traducción latina indica: «Cuando el Señor Jesús respondió que los hijos de Israel eran como los etíopes entre las naciones». <<

[496] Mc 1, 11. <<

[497] Jn 2, 1-11. <<

[498] Mt 4, 1-11. <<

[499] Cf. Lc 23, 14. <<

[500] Los fariseos (*mu'tazila* en árabe: escuela filosófica medieval) aparecen en los dos grupos. Además de la incoherencia en el sentido, es de notar que los términos que aquí traducimos por saduceos (*zanadiq* en árabe: maniqueos) y fariseos son extemporáneos en el manuscrito *Laurenziano Orientale*. <<

[501] El texto contiene una alusión clara al ángel de la guarda o ángel custodio. <<

[502] Véase nota 484, pág. 255. <<

[503] Se cree que la expresión viene a significar que María concibió por la fe: «Dichosa eres la que has creído» (Lc 1, 45). <<

[504] R. Reinisch, *Die Pseudo-Evangelien von Jesu und Maria's Kindheit in der romanischen und germanischen Literatur*, Halle, 1879; G. Bonaccorsi, *Vangeli Apocrifi*, I, Firenze, 1948. Seguimos aquí la selección de A. de Santos Otero, pág. 360 y ss. <<

[505] Modio era una medida de capacidad para áridos, equivalente a 8,75 litros. <<

[506] Lc 7, 16; cf. Pseudo Tomás 12. <<

[507] Los capítulos 7-11 refieren sucesos de milagros conocidos ya por otros apócrifos. <<

[508] Tácito, *Annales*, 12, 12, 9-14. <<

[509] Eusebio de Cesarea confirma la noticia en su *HE* 2, 1, 7. <<

[510] «Ukkâmâ» quiere decir «El Negro». <<

[511] Jn 20, 29. <<

[512] Mt 16, 18-19. <<

[513] Mc 13, 31. <<

[514] La aparición de Yahvé a Abrahán en el encinar de

Mambré, en la que el texto habla de tres varones, fue interpretada como indicio de la Trinidad (Gn 18). <<

[515] Ex 31, 18. <<

[516] Lc 1, 26. <<

[517] Algunos, partiendo de la tradición recogida en el evangelio denominado *Evangelio según Pedro* o libro de Santiago, afirman que los hermanos de Jesús son hijos de José, habidos de una primera mujer, que convivió con él antes que María (Orígenes, *Comentario al evangelio de Mateo*, 10, 17; PG 13, 876C-877A). <<

[518] «Por cierto, los denominados *Hechos* suyos (de Pedro) y el evangelio que lleva su nombre, el llamado su *Kerigma* y el denominado su *Apocalipsis*, sabemos que no han sido transmitidos de ningún modo entre los católicos. Porque ningún escritor eclesiástico, ni de los antiguos ni de los de nuestros días, se ha servido de sus testimonios (Eusebio, *HE*, III 3, 2; PG 20, 217). «La forma de expresión (del *Evangelio de Pedro*) discrepa de la simplicidad evangélica. Y también la doctrina misma y el contenido que se transmite se apartan totalmente de la ortodoxia verdadera. Porque está claro que se trata de invenciones de hombres herejes. Por consiguiente, estos libros no deben catalogarse entre los espurios, sino que como absurdos e impíos deben ser rechazados (Eusebio de Cesarea, *HE*, III, 25, 6-7; PG 20, 269B-271A). <<

[519] «Nosotros, hermanos, aceptamos a Pedro y a los demás apóstoles como a Cristo. Pero rechazamos por experiencia las obras escritas falsamente bajo su nombre, pues sabemos que no hemos recibido tales obras por la tradición. Cuando yo me encontraba entre vosotros, suponía que todos erais fieles a la fe verdadera. Y al no revisar el evangelio que lleva el nombre de Pedro y que ellos manejaban, dije que si aquello era lo único que parecía provocarles congoja, que lo leyeran. Pero

ahora, después de saber que su pensamiento andaba enredado en cierta herejía, según los informes que me han llegado, me esforzaré por presentarme otra vez ante vosotros. En consecuencia, hermanos, esperadme que llegaré pronto. Pues nosotros, hermanos, comprendemos cuál es la herejía de Marciano, quien se contradecía incluso a sí mismo, porque no entendía lo que hablaba. Vosotros podéis conjeturarlo por lo que os he escrito.

Esto pudimos comprobarlo por parte de otros que utilizan ese mismo evangelio, es decir, por los sucesores de los que iniciaron el movimiento, a los que llamamos docetas, ya que la mayor parte de sus doctrinas provienen de su enseñanza. Pero por ellos pudimos revisar el libro y descubrir que la mayoría de sus ideas está de acuerdo con la palabra correcta del Salvador, pero que algunas cosas son discordantes, y las sometemos a vuestra consideración. Hasta aquí, lo dicho por Serapión» (Eusebio de Cesarea, *HE*, VI, 12, 2-6; PG 20, 545A-B). <<

[520] Según la recensión B, fue el mismo Pilato el que se quitó su propio manto y se lo entregó al servidor para que Jesús pasara por encima. <<

[521] El autor traduce el término original hebreo *Hosanna* («Salva, por favor»), que era el grito de los manifestantes según el relato de Mt 21, 9. <<

[522] Mt 27, 19. <<

[523] Mc 16, 15-18. <<

[524] Dt 19, 15. <<

[525] Lc 2, 34. <<

[526] Ex 10, 23, 20; Mal 3, 1. <<

[527] Mt 3, 17. <<

[528] Mc 14, 34 par. <<

[529] Sal 24, 7-9. <<

[530] Os 13, 14. <<

[531] Sal 24, 8. <<

[532] Is 9, 2; Mt 4, 16. <<

[533] Sal 24, 7-9. <<

[534] Sal 24, 8. <<

[535] Sal 24, 7-9. <<

[536] Sal 24, 10. <<

[537] Inédito en español. Aparecerá en el tomo III de la edición de *Hechos apócrifos de los apóstoles*, de Piñero-Del Cerro, B.A.C., Madrid, presumiblemente en 2010. <<

[538] Es la fórmula acostumbrada en la correspondencia entre los griegos. <<

[539] Mt 27, 64. <<

[540] Es decir, en pergamino (lat. *pecus -oris*: «ganado menor/oveja»). <<

[541] Con De Santos Otero omitimos los párrafos 46-49 en los que el Diablo se confiesa ser el causante de ciertas calamidades del Antiguo Testamento como la idolatría de Jeroboán, las tentaciones de Job, los pecados de los hijos de Helí, murmuraciones del pueblo hebreo contra Moisés y Aarón y martirio de los tres jóvenes en el horno de Babilonia. Asimismo, se confiesa el inspiración de la muerte de Juan Bautista. <<

[542] Se refiere a una población cercana a la ciudad de Roma. <<

[543] Lc 1, 48. <<

[544] Una intencionada interpolación añade: «Pedro, que fue establecido como el primero entre nosotros por el mismo Señor». <<

[545] Sal 133, 1. <<

[546] Hch 8, 17. <<

[547] Cf. Dn 14, 36. <<

[548] O «¿No está bien lo que hacemos?». <<

[549] Literalmente a «blasfemar». <<

[550] Probablemente se refiere al sueño y apartamiento de los discípulos en Getsemaní. <<

[551] Literalmente, «con humildades». <<

[552] Probablemente se refiera a un «sacerdote» (*presbítero*) aunque emplee el vocablo «diácono» por lo que viene a continuación. <<

[553] Literalmente, «demon», como el demon/genio de Sócrates. Indica que Judas pertenece a los gnósticos o espirituales. <<

[554] Véase P. 22, 5. <<

[555] Es decir, en el reino eterno, futuro. <<

[556] Probablemente el Gran Espíritu Invisible, es decir, el Uno trascendente o Primer Principio. <<

[557] El Autoengendrado. <<

[558] Es decir, el Gran Espíritu Invisible. <<

[559] O también «destrucción» o «perdición». <<

[560] En hebreo *El* significa *dios*. El plural es más conocido por la Biblia: «Elohim», literalmente «dioses», aunque la Biblia hebrea lo utiliza para designar al Dios único (¿un recuerdo de antiguos politeísmos?). <<

[561] Es decir, el Hades griego, sin las mismas connotaciones que el infierno cristiano. En copto se designa como *Amente*. <<

[562] Lit., «auxilio». <<

[563] «Vida», en griego. <<

[564] El Uno Trascendente. <<

[565] O «del que estoy revestido». <<

[566] Es decir, se ha hecho fuerte. <<

[567] Conjetural. Los editores indican que se puede pensar también en griego *tópos*, «lugar». <<

[568] O: «sobre el Todo». <<

[569] «El niño de siete días» designa al creyente, convertido en niño perfecto que ha retornado a la condición del ser humano en el séptimo día de la creación, antes de la caída de Adán. <<

[570] Se ha postulado un error. En este caso habría que leer: «Y el hombre se convertirá en león». <<

[571] Entiéndase: «¿Quién nos dirigirá?». <<

[572] La traducción habitual es «yo he medido». Sigo una sugerencia de W. Clarysse. <<

[573] Probable semitismo; puede ser traducido como «os perjudicaréis». <<

[574] Podría traducirse también: como célibes. <<

[575] 1 Cor 2, 9-10. «Corazón» como sede del pensamiento. <<

[576] El texto no tiene mucho sentido. Si se presupone un original siríaco, el copto podría traducir un verbo que significa tanto «desvestirse» como «renunciar». En ese caso, habría que entender: «Renunciarán (a sus derechos)». <<

[577] Probable semitismo. En tal caso, debería traducirse: «Ama a tu hermano como a ti mismo». <<

[578] El texto copto está probablemente corrupto. Según el Papiro de Oxirrinco 1, 23 y ss., podría leerse: «Donde hay tres, hay dioses». <<

[579] Entiéndase: «Por lo que os vais a vestir». <<

[580] Es decir: «Estad de paso». <<

[581] El texto no tiene sentido, y está probablemente corrupto. <<

[582] Probablemente deba ser enmendado y entender: «¿Quiénes sois?». <<

[583] El texto no tiene sentido. Puede explicarse como una traducción de un verbo siríaco que significa tanto «rodear» como «atar». Así, probablemente haya que traducir: «Ese está atando el cordero». <<

[584] *Khrestés*. La laguna permite también la reconstrucción de *khrestós*, en cuyo caso habría que traducir «Un hombre bueno». <<

[585] El texto dice literalmente: «No les reconoció», pero parece estar corrupto. <<

[586] O: «el Todo». <<

[587] El copto dice literalmente: «Y no se encontrará un lugar en el que seréis perseguidos». Esta frase parece ser una corrupción debida al desplazamiento de lugar de una partícula negativa. Leo el negativo con la apódosis, de acuerdo con el criterio de otros estudiosos. <<

[588] Literalmente: «Alrededor de la herida, pero ninguno en la enfermedad». <<

[589] O: «sobre todos». <<

[590] O: «el Todo». <<

[591] O cuerpo (*sy̅ma*). Puede ser un error por *pt̅y̅ma* (cadáver). Lo mismo en la frase siguiente. <<

[592] Reconstrucciones posibles: «las aniquilen»; «las destrocen». <<

[593] Reconstrucción posible: «La que me engendró, me dio

la muerte [o: me destruyó]». <<

[594] Con la espada; es decir, «se arme». <<

[595] Entiéndase: el campo. <<

[596] La fórmula introductoria de este logion es inusual. Puede haberse suprimido texto. <<

[597] «Adulterio» tiene aquí un sentido amplio, como metáfora que designa genéricamente la caída del alma, y quizá también la unión del elemento espiritual con el cuerpo. <<

[598] El sentido de este pasaje es oscuro. Podría significar que quien no está en armonía con las realidades superiores lo estará con las inferiores. <<

[599] Este pasaje contiene un florilegio de citas de los evangelios canónicos. <<

[600] La referencia a la masculinización tiene sentido para los gnósticos valentinianos, para quienes la salvación consiste en la reunión del elemento espiritual (entendido como femenino) con su contrapartida angélica (entendida como masculina). <<

[601] Esta idea se contiene también en el *Evangelio de Felipe*. <<

[602] El individuo dice a la Concupiscencia que era suya solo por la «vestimenta», es decir, por su elemento psíquico, que ahora abandona como quien se quita un vestido: la verdadera naturaleza del individuo es espiritual. <<

[603] La animadversión de Pedro hacia María Magdalena es recogida en varias obras gnósticas. Cf. *Evangelio de Tomás*, log. 114; *Pistis Sofía*, I, 36. <<

[604] Es decir, Mateo. <<

[605] Espiritual. Es decir, la otra parte del espíritu del gnóstico que lo aguarda en el cielo para que unidas las dos

descansen eternamente. <<

[606] Cf. Mt 6, 22-23 par. <<

[607] Este pasaje parece un comentario o expansión de Jn 11, 9-10: «Si uno anda de noche, tropieza porque le falta la luz»... <<

[608] Se trata de la misión del gnóstico que busca captar otros espirituales. <<

[609] Alusión a las bienaventuranzas: Cf. Lc 6, 21: «Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis». <<

[610] Es decir, las obras del cuerpo. <<

[611] Cf. Mt 8, 12 par. <<

[612] Cf. Gn 1, 2. <<

[613] Cf. Mc 8, 34 par. <<

[614] *Evangelio de Tomás*, logia 2, 92 y 94. <<

[615] ¿Del mundo? ¿De sí mismo? La alusión a Gn 2, 5 («Pues Yahvé Dios no había aún hecho llover sobre la tierra...») es probable. <<

[616] El [Padre] o el [Logos]. <<

[617] Es decir, «¿dónde vais a situar las cosas que preguntáis al Hijo [del hombre]?». <<

[618] Cf. EvT, logion 3: «Si os conocéis a vosotros mismos, seréis conocidos...». <<

[619] Cf. Mt 11, 27, y Jn 14, 7-9. <<

[620] Cf. Mt 6, 34b. <<

[621] Cf. Mt 10, 10. <<

[622] Cf. Mt 10, 24, y Jn 13, 16. <<

[623] Cf. 1 Co 2, 9, y EvT logion 17. <<

[624] Cf. Jn 18, 37, y Jn 11, 25. <<

[625] Cf. Mt 13, 31par., y EvT logion 20. <<

[626] Cf. Lc 11, 1 par. <<

[627] Cf. Jn 6, 28, y 14, 10 sobre hacer «las obras de Dios». <<

[628] ¿Alusión al esquema de EvT log. 2: buscar, encontrar, admirarse, descansar/reinar? <<

[629] Cf. Ap 1, 19. <<

[630] Todo lo que sigue, salvo lo que el texto señale expresamente como preguntas de Juan, hijo del Zebedeo, son palabras del Revelador Jesús, por lo que no es necesario que vayan entrecomilladas, al estilo de un diálogo. <<

[631] Cf. 1 Tim 6, 16. <<

[632] Cf. Jn 1, 18. <<

[633] Cf. Jn 7, 38-39, y Ap 22, 1. <<

[634] Nombre semitizante de etimología insegura. Podría ser una composición sobre el hebreo *be arbáh El* = «dioses en cuatro»: «la tétrada divina». <<

[635] Cf. Jn 1, 14. <<

[636] *Autogenés* en griego: literalmente, «el que se genera a sí mismo». Ahora bien, este eón aparece como generado por Barbeló. Hay dos tipos de generación para los gnósticos: la corruptible y la incorruptible o genuina: la autogénica. «Genuino» es, por otra parte, el significado clásico de la palabra *autogenés*. <<

[637] Cf. Ef 1, 20-22. <<

[638] Alusión a la nube en que se hallaba el trono de Yahvé, cf. Ex 16, 10. <<

[639] Cf. Gn 3, 20. <<

[640] Del griego *árchon*, príncipe. Término gnóstico genérico para designar a los entes racionales intermediarios entre la divinidad y el hombre, responsables de la creación corporal. Cf. Jn 12, 31; Ef 2, 2; 6, 12. <<

[641] Se trata de los doce signos del Zodiaco. <<

[642] Cf. Is 45, 5; 46, 49. <<

[643] Cf. Gn 1, 2. <<

[644] Cf. Col 1, 15, y 2, 9. <<

[645] Cf. Gn 2, 7. <<

[646] Cf. Gn 3, 7. <<

[647] Cf. Is 6, 10. <<

[648] Cf. Gn 3, 20. <<

[649] Cf. Gn 7, 7. <<

[650] En el escrito básico este himno parece que era pronunciado por el Padre, o más bien por su Pensamiento, pero como salvador. En su forma posterior, cristianizada, debe entenderse que este salvador es Jesús en cuanto Logos. <<

[651] Es decir, después del Padre, la Madre y el Hijo. También es posible que se refiera al «cuarto» cielo, el de Mercurio, lugar del paraíso desde el que Adán y Eva fueron arrojados por el Demiurgo con las «túnicas de piel» o carne, al traspasar las esferas inferiores. Cf. Gn 3, 1 y ss. <<

[652] Cf. Mc 4, 26-29. <<

[653] Cf. Jn 20, 29. <<

[654] Cf. Flp 2, 6-7. <<

[655] Cf. 2 Re 2, 11. <<

[656] Se trata de la comunidad gnóstica, la de los «amados» o «santos», ámbito normal de un escrito de revelación secreta. <<

[657] En la tradición cristiana normal el envío es realizado siempre por el Salvador. Aquí asume esta función Santiago como dirigente del grupo, es la autoridad por su parentesco

con el Señor (cf. Eusebio, *H. E.*, IV 22, 1, 4-5). Tras haber tenido la experiencia de gnosis inicial reconoce a la comunidad de gnósticos, a los «amados» del Padre. <<

[658] Además del *Testimonio de la Verdad* 31, 25, el *Evangelio según Felipe* es el único texto de Nag Hammadi que se refiere de modo explícito a los cristianos. <<

[659] Este texto puede considerarse una interpretación del relato evangélico del Buen Pastor (Jn 10, 1-18). <<

[660] El parentesco del pneumático con las realidades trascendentes es central en las corrientes gnósticas. <<

[661] Para una idea semejante, cf. más adelante logion 34a. <<

[662] Cristo es llamado «hombre perfecto» en el logion 15. <<

[663] «Espíritu Santo» es un nombre doble en la medida en que está compuesto de dos palabras, pero lo es también en tanto que el personaje de Sofía es doble, pues hay una Sabiduría superior y una inferior. <<

[664] Entiéndase: Adán. <<

[665] Emplazo aquí la particular adversativa que en el original encabeza la frase siguiente, siguiendo una sugerencia de R. Kasser. <<

[666] Aparición después de la resurrección con elementos que evocan a Mt 28, 10, 16-17, y Lc 24, 36-41, 44-45. Participan de ella «los doce» (Mt 10, 1-5 par., y Hch 1, 12-26) y algunas mujeres, entre las que destaca María Magdalena. <<

[667] Es decir, de la «economía» o planes de Dios para la salvación de los hombres. <<

[668] La «raza» de los gnósticos. <<

[669] Se supone que es Magdalena <<

[670] Por comparación con el *Apócrifo de Juan* 4, el autor

parece describir aquí la emanación/generación del Segundo Principio: es reflejo del Padre, igual «en edad» al Padre, pero del mismo poder. <<

[671] O el Uno. <<

[672] A la Luz. <<

[673] La chispa divina o espíritu del ser humano gnóstico, espiritual. <<

[674] Se trata del «Límite», un eón que divide el mundo superior del inferior. <<

[675] Es decir, a los gnósticos o espirituales. <<

[676] El Demiurgo. <<

[677] Cf. Hch 1, 12. <<

[678] Probablemente los arcontes, ángeles, del Demiurgo. <<

[679] Cf. Ap 1, 12-16. <<

[680] Los apóstoles formulan cinco preguntas, pero luego Jesús solo da cuatro respuestas. Quizá haya que ver en ello un retoque secundario del texto por un editor posterior. <<

[681] El Arrogante, es decir, el Demiurgo. La arrogancia es una característica tan acusada de este personaje que el adjetivo funciona casi como nombre propio. <<

[682] Es decir, la porción de luz, o espíritu que, procedente del Pleroma, queda aprisionada en el universo material, reino de las tinieblas. <<

[683] Porque su cuerpo ha sido moldeado por los poderes del Demiurgo. <<

[684] Naturalmente, se trata también de Jesús. <<

[685] Como en la teofanía del Sinaí: Ex 19, 16. <<

[686] Cf. Lc 21, 12 par. <<

[687] Expresión probablemente errónea. El autor pretendía

decir «condiscípulos». <<

[688] Cf. Jn 1, 19. <<

[689] Expresión probablemente doceta: el Salvador/Revelador es extraño a la materia: su cuerpo es mera apariencia. <<

[690] Quizá se refiera a la reunión de los apóstoles en Pentecostés narrada en Hch 2. <<

[691] Cf. Jn 20, 19 <<

[692] Cf. Mt 28, 18-20. <<

[693] Así literalmente. Se ha propuesto enmendar este texto sin sentido en «se separaron hacia cuatro direcciones (los cuatro puntos cardinales)». <<

[694] Cf. Jn 14, 6. <<

[695] Cf. Mt 10, 10, o 1 Tm 5, 18. El «operario» ocupa ya una escala superior al discípulo (aún en trance de aprender). Es el apóstol, que ya sabe y expande sus conocimientos espirituales por la enseñanza o la predicación. <<

[696] Cf. Jn 1, 9; 8, 12; 12, 35, etc. <<

[697] Frase oscura. Quizá signifique: la vida del Revelador-Illuminador en la tierra es breve: es comparada a un día de sol: el astro se levanta y se pone en pocas horas. <<

[698] Es decir, la doctrina ascética sobre el abandono del cuerpo y lo material. <<

[699] Sal 1, 3. <<

[700] «El que siembra» (el hombre que genera a otro ser humano; semen = semilla) y «lo que es sembrado» (el nuevo ser humano) perecerán en el infierno si ambos siguen los dictados de la materia. <<

[701] El texto parece indicar que el cuerpo de los impíos se corromperá en la tierra («tumbas tenebrosas») por obra de los agentes naturales (lluvia, sol) y que solo el alma será castigada

en el infierno. <<

[702] Frase oscura. Quizá haya que entender: el alma de los impíos, que es sí imperecedera, perecerá también en el Tártaro, ya que siguió los dictados del cuerpo material. <<

[703] Eclo 42, 16. <<

[704] Cf. Mt 5, 11. <<

[705] Cf. Mt 5, 5. <<

[706] Es decir, las potestades que no habitan en la región superior, sino en la «media» (los arcontes, los verdaderos impulsores de la pasión de Jesús). <<

[707] Posible alusión a Mt 26, 69-75. Los arcontes son los fautores de la falsa enseñanza sobre el salvador Jesús. En todo este oscuro párrafo parece contraponerse el Salvador auténtico, de quienes los gnósticos son discípulos verdaderos, al Imitador, el Jesús de los eclesiásticos. <<

[708] Cf. Mt 23, 16. <<

[709] Es decir, de tu cuerpo. <<

[710] La frase tiene poco sentido. Probablemente haya que pensar que falta algún elemento. Quizá: «Mientras tú estabas sentado se escuchó una alabanza» (celeste). <<

[711] El Salvador aparente, el Jesús meramente carnal, el «imitador», que no es más que un «muerto». <<

[712] Se trata probablemente de Helena, la prostituta rescatada del burdel por Simón, el Mago, y luego su compañera de apostolado. <<

[713] Cf. Lc 6, 43. <<

[714] Cf. Lc 6, 44. <<

[715] De huida de este mundo. <<

[716] Es decir, por los gnósticos verdaderos. Cf. Mt 18, 6. <<

[717] Cf. Lc 11, 52 par. <<

[718] Es decir, por su doctrina. <<

[719] Probablemente alusión a la leyenda de Salomón, que encierra a los demonios en un recipiente. Cf., en general, el *Testamento de Salomón* en el vol. V de los *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Cristiandad, Madrid, 1985. <<

[720] Cf. Mateo 28, 20. <<

[721] Se refiere al Jesús carnal, cuya figura estaba hecha a imagen de los arcontes o ángeles del Demiurgo. Al ser consagrado a ellos —es decir, sacrificado en la cruz— acaba siendo superior a ellos. El Demiurgo, el dios justo (en su opinión), se irrita contra Santiago porque este sabe que lo sucedido en la cruz es mera apariencia. <<

[722] La de los gnósticos, cuyo maestro es Santiago. <<

[723] Es decir, adquirir la gnosis. No tenerla es estar ebrio. <<

[724] Es decir «en cuerpos». <<

[725] La de Sabiduría, de la que proceden los espirituales. <<

[726] Vocablo copto que designa el infierno = «el lugar de occidente». <<

[727] Dome-dôn = «el que da morada»; Doxome-dôn = «el que da gloria». <<

[728] Ainon = *aînos*, «alabanza»; Youel: «dios eterno»; la que retiene alabanza, entidad intermediaria entre la anterior y Esefec, el brillante de gloria, luz que al ascender lo corona. <<

[729] Machar Set o Emmacha Set, el Hijo primordial del Adán primordial (Gedaramas), según el tratado gnóstico *Tres Estelas de Set* 118, 28-29. <<

[730] Adamas es el Hombre Primordial, inmortal, asimilado al Logos, es el ser de los cuatro eones, siendo igual a la Palabra por sus cuatro letras (*adms*). De él proviene cuanto existe realmente y fuera de él nada. <<

[731] Armozel (= Orhmazd-êl) primer día del mes zurvanita iranio; Oroiael (= Xwar-êl), día once; Daveité (= Day-êl), día veintitrés; Elelet (= arameo *ʿlith*), «erguida» = equivalente a la Xrad (Sabiduría) irania. <<

[732] La respuesta a la petición de Set para que se le conceda la plenitud espiritual implica que Plesitea (= diosa plena), la Sabiduría sin defecto, la Madre espiritual, nutra a su simiente, los gnósticos, para que llegue al Padre. Es normal que los «hijos inmortales de Set», los gnósticos, reacios a la procreación porque el cuerpo es la cárcel del alma (simbolizados por los sodomitas), inspirados por la Madre (simbolizada por Gomorra), quieran ser destruidos por el Maligno para que el mundo siga. Pero conducido el espiritual al Paraíso, «cuarto eón» o «cielo», es auxiliado para proseguir su ascenso hacia la tercera luz. <<

[733] La Totalidad o el Pleroma es la expansión de la divinidad, la divinidad considerada al completo, que es una y a la vez compleja y múltiples. Los eones forman la Totalidad o el Pleroma. <<

[734] Referencia al denominado lapso de Sabiduría, uno de los eones del Pleroma, que al desear conocer plenamente al Padre antes de tiempo comete un «error», cuyo fruto, en último término, es la generación de la materia, es decir, el universo. <<

[735] «Los del medio» son los hombres «psíquicos», dotados solo de cuerpo y alma, según la tripartición valentiniana de hombres espirituales, psíquico/animales y puramente materiales. Los «psíquicos» forman la mayoría de los creyentes que no han recibido la gnosis. Su salvación, si cumplen los mandamientos, tendrá lugar en un lugar intermedio y nos será tan perfecta como la de los espirituales. <<

[736] Reflexión sobre el pecado de Adán en Gn 3. La crucifixión vence a la muerte por la vida, pues de la cruz, como del árbol prohibido, pende el fruto de la gnosis, que es vida para el viviente. <<

[737] La designación de «intervalos» para los eones es específica y de influencia neopitagórica. Indica que el Pleroma es perfecto y rítmico como la música. Los componentes del Pleroma están invadidos por la armonía del Espíritu/Madre para permanecer en el reposo de una música en silencio. <<

[738] Esta mención a los vasos, llenos o no de unción/untura, da a entender que la presente homilía fue pronunciada quizá en el transcurso de un rito gnóstico de la «confirmación», donde se unge a los confirmados. La imagen de los vasos ilustra la oposición entre el espiritual y el que no lo es. <<

[739] Es la cuarta oportunidad en la que el texto se refiere al nombre dedicándole una reflexión sistemática. Esta reflexión sobre el nombre del Padre carece, por su extensión, de paralelos en la teología antigua. <<

[740] La cima de la iniciación gnóstica ha experimentado el autor de la homilía e invita a los hermanos a que la logren con el ascenso gradual hacia la divinidad, ya que solo en el seno de Dios sería posible hablar de la profundidad del misterio de la gnosis. <<

[741] Muchos comentaristas creen que es el mismo que el *Evangelio de los hebreos*. San Jerónimo, que cita a ambos, es bastante confuso. Probablemente el desconocido autor de este evangelio tomó como base el Evangelio de Mateo y lo parafraseó <<

[742] Véase Mc 6, 3: «¿No es este el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿Y no están sus hermanas aquí entre nosotros? Y se escandalizaban

a causa de él». <<

[743] Según las costumbres de la época, los comensales se recostaban en lechos o literas para la comida. La palabra hebrea para significar la mesa (*shulján*) era más bien una estera que se extendía en el suelo. <<

[744] Según el cómputo del tiempo, la hora tercia del día era la de las nueve de la mañana. <<

[745] La metreta era una medida de capacidad de unos 40 litros. <<

[746] Así literalmente en griego. <<

[747] En arameo en el original. Significa «dinero». <<

ÍNDICE

Todos los evangelios	3
Índice	5
Abreviaturas	10
Libros de la Biblia	10
Nuevo Testamento	12
Obras cristianas primitivas	13
Prólogo	14
I Evangelios canónicos	18
EVANGELIO DE MARCOS	19
EVANGELIO DE MATEO	63
EVANGELIO DE LUCAS	130
Primera parte: lo que el Espíritu obró en Jesús	130
EVANGELIO DE LUCAS	202
Segunda parte: Hechos de los apóstoles: lo que obró el Espíritu en sus seguidores, especialmente Pedro y Pablo	202
EVANGELIO DE JUAN	271
(Hacia el 95-100)	271
II Evangelios apócrifos	325
A) EVANGELIOS DE LA NATIVIDAD DE JESÚS	328
1. Protoevangelio de Santiago	328
2. Evangelio del Pseudo Mateo	344
PARTE PRIMERA	348
PARTE SEGUNDA	370

3. Libro sobre la natividad de María	383
4. Libro sobre la infancia del Salvador	394
Extracto sobre el nacimiento de Jesús	394
B) EVANGELIOS DE LA INFANCIA DE JESÚS	408
1. Evangelio del Pseudo Tomás, filósofo israelita	409
APÉNDICE	420
Los tres primeros capítulos del Pseudo Tomás latino	420
2. Evangelio árabe de la infancia	421
3. Historia de José el carpintero	463
4. Evangelio armenio de la infancia	482
5. Libro de la infancia del Salvador	495
APÉNDICE	501
Cartas de Jesús	501
1. Copia de la carta escrita por el rey Abgaro a Jesús y enviada a Jerusalén por medio del correo Ananías	503
2. Respuesta de Jesús al príncipe Abgaro por medio del correo Ananías	503
3. Escrito, compuesto en siríaco, unido a las cartas anteriores	504
4. Carta de Jesús acerca del domingo	506
C) EVANGELIOS DE LA PASIÓN Y LA RESURRECCIÓN	514
1. Evangelio de Pedro	514
2. Ciclo de Pilato	522
2.1. Evangelio de Nicodemo/Actas de Pilato/Descenso de Cristo a los infiernos	522

2.2. Escritos complementarios al Ciclo de Pilato	570
3. Evangelio de Bartolomé	617
D) EVANGELIOS ASUNCIONISTAS	640
1. Libro de san Juan evangelista, el teólogo	640
2. Libro de Juan, arzobispo de Tesalónica	655
3. Tránsito de la virgen María	680
«Narración del Pseudo José de Arimatea»	680
E) EVANGELIOS GNÓSTICOS	689
1. EVANGELIOS PROBABLEMENTE DEL SIGLO II	691
1. Evangelio de Judas	691
2. Evangelio según Tomás	703
3. Evangelio según María	722
4. Diálogo del Salvador	727
5. Libro secreto de Juan	739
6. Libro secreto de Santiago	767
2. EVANGELIOS PROBABLEMENTE DEL SIGLO III	779
1. Evangelio según Felipe	779
2. Sabiduría de Jesucristo	809
3. Carta de Pedro a Felipe	824
4. Libro de Tomás el atleta	831
5. Revelación a Pedro	842
6. Revelación a Santiago	851
7. El libro del gran discurso iniciático/Los dos libros de Yeú	863
8. Pistis Sofía	919
3. COMENTARIOS A LAS DOCTRINAS	

SECRETAS DE JESÚS	955
1. Evangelio de los egipcios	956
2. Evangelio de la Verdad	973
F) TEXTOS FRAGMENTARIOS	991
1. Evangelio de los nazarenos	991
2. Evangelio de los hebreos	993
3. Evangelio de los ebionitas o de los Doce	996
4. Evangelio de los egipcios	998
5. Evangelio o tradiciones de Matías	999
6. Evangelio de los adversarios de la Ley y de los Profetas	999
7. Evangelio de Eva	1000
8. Las grandes preguntas de María	1001
G) EVANGELIOS DE TÍTULO DESCONOCIDO	1004
1. Fragmento evangélico «Egerton»	1004
2. Palabras del Señor («logia») reunidas en un papiro de Oxirrincó	1006
3. Fragmento evangélico de Oxirrincó 655	1007
4. Fragmento evangélico de Fayum	1007
5. Fragmento evangélico de Oxirrincó 840	1008
6. Fragmento evangélico gnóstico de Oxirrincó 1081	1009
7. Papiro 11710 de Berlín	1010
8. Fragmento de El Cairo: Papiro 10735	1011
9. Papiro copto de Estrasburgo/Evangelio del Salvador o Evangelio desconocido de Berlín	1012
H) PALABRAS DE JESÚS NO RECOGIDAS EN LOS EVANGELIOS CANÓNICOS («ÁGRAPHΑ»)	1014

1. «Ágrapha» canónicos extraevangélicos	1014
2. «Ágrapha» en lecturas variantes de manuscritos evangélicos	1015
3. «Ágrapha» citados por los Padres	1017
4. «Ágrapha» de origen musulmán	1020
Apéndice	1023
Índice de evangelios	1041
Bibliografía	1048
Relación de traductores	1049
Sobre los autores	1056